LIBRO SEGUNDO.

EL MILAGRO EN PARTICULAR



CAPITULO I.

MILAGROS DEL VIEJO TESTAMENTO.

ARTÍCULO I.

En Adán tiene principio la religión sobrenatural.—Dios escoge con particular providencia el pueblo depositario de sus promesas.—El milagro es el distintivo con que le honra.—Sistema de los mitos.—Advertencias. —En el Edén empiezan los milagros.—La formación de Adán y Eva fué milagrosa.—El evolucionismo lo niega.—La serpiente fué verdadero reptil agitado por el demonio.—Maravilla de su habla.—La serpiente es la clave de muchos problemas históricos.—La longevidad de los Patriarcas más fué providencial que natural.—Opiniones contrarias.—El profeta Henoc.

La religión sobrenatural, que Dios tuvo por bien revelar á los hombres para recibir de ellos un culto digno de su soberana majestad, dió principio en Adán y Eva, padres del humano linaje. Recibidos los primeros destellos de la revelación transmitiéronla á sus descendientes, y de padres á hijos corrió por larga cadena de siglos, yendo en aumento hasta la venida de Jesucristo que completó y echó el sello al tesoro de verdades reveladas. Ya desde los primeros días de la humanidad tuvo Dios cuidado de escoger y señalar con su especial predilección una familia que guardase fidelísimamente la santidad de sus enseñanzas. Todo el afán de Moisés, ya en el Génesis, se reduce á llamar la atención sobre la familia dichosa, á quien debía caber la suerte de ser depositaria de los divinos testimonios. Puestos en ella los ojos la va entresacando del resto de las demás familias. De la descendencia de Adán elimina la descendencia de Caín hasta Set, de la familia de Set excluye los hijos de Caín y de Jafet y llega hasta Sem, de la casa de Sem deja las familias que no conducen á Tare, de la cepa de Tare descarta los padres que no llegan hasta Abrahan, de la descendencia de Abrahan separa á Ismaél, de la de Isaac desecha á Esaú, y deja en pie la casa de Jacob, entre cuyos doce hijos da preferencia á Judá y á su tribu, familia gloriosa que ha de dar al mundo á David, ascendiente bienhadado del Mesías, en quien tendrán cabal cumplimiento los vaticinios, promesas y deseos de patriarcas y profetas. [1]

Con cautela deja atrás y como olvidadas el sagrado escritor las cosas y familias que no hacían al intento, y expone á la larga la formación, educación, progresos de la única familia, blanco de las divinas bendiciones y objeto de todo el antiguo Testamento. Mas esta eliminación, exagerada más de lo justo por algunos críticos, [2] de tal manera ha de entenderse, que al despedir Moisés y soltar de la mano ciertas familias porque embarazaban el paso de su narración, vuelve á encontrarse con ellas y las nombra más adelante cuando las relaciones con los acontecimientos del pueblo escogido lo pidan y proporcionen; porque como cuidadosamente advierte el P. Brucker, *los beneficios especiales de Dios no fueron desde el principio incidentes históricos de una casta de hombres privilegiada, sino episodios de la historia religiosa del humano linaje; nó demostraciones de una Providencia restringida, sino manifestaciones de una Providencia universal que abraza en su seno todos los hombres y procura á todos salvarlos.* [3] Así la revelación que tuvo principio en Adán antes que cayese en pecado, [4] vino sin

---

1 Vigouroux, *Manuel*, I p. 265.—Kaulen, *Einleitung*. p. 157.—P. Cornely, *Cursus Sacr. Script. Introd. spec. in V. T.* 1887, p. 7.

2 Motais, *Le déluge biblique devant la foi, l'Écriture et la science*, 1885, p. 276.—Jean d'Estienne, *Le déluge biblique et les races antédiluviennes*. Révue des questions scientifiques, Octobre 1885.

3 *L'universalité du déluge*. Revue des questions scientifiques: Juillet, 1885, p. 140.

4 San Epifanio, *Hæres*. 80.—San Ireneo, lib. IV, cap. XLII.

interrupción á parar en Jesucristo, pura, limpia, incontaminada.

Para acreditar la elección de esta línea extraordinaria y afianzar la verdad del sagrado depósito, empleó la divina providencia la señal infalible de los milagros, mediante una sucesión de esfuerzos sobrenaturales, que hiciesen visible la mano de Dios en la establecida tradición. Hablando San Agustín de los milagros del antiguo Testamento escribe en *La Ciudad de Dios* estas notables palabras: *Dirá alguno que estos milagros son falsos, y que nunca hubo tal, sino que los que los escribieron mintieron. El que dice eso, si niega que en estas cosas absolutamente no debemos creer á ninguna criatura, podía también decir que tampoco hay dioses que cuiden de los mortales. Porque no por otro camino persuadieron ellos á los hombres que los adorasen sino haciendo cosas maravillosas, las cuales refieren también las historias de los gentiles, cuyos dioses pudieron más hacer ostentación de admirables que mostrarse útiles.* [1]

Sin embargo, en nuestro aciago siglo se ha roto guerra cruel contra el texto de la Biblia por los enemigos de la religión católica. La astronomía, la lingüística, la geología, la etnología, la biología, la historia, la paleontología, la física, en una palabra, todos los ramos del moderno saber explotados alevosamente por los incrédulos, levantan soberbias torres contra el sacrosanto volumen. ¡Ah! Borrad de la Biblia aquellos pasajes que refieren sucesos milagrosos, y todas las ciencias y sus profesores guardarán perpetuo silencio. La escuela que con más furia demostró su braveza, á principios de este siglo, contra los milagros del Viejo Testamento, es la escuela de los mitos. Eichhorn (1752-1827) igualó los libros Santos á los de la mitología griega y romana, pero concedía que aquéllos son históricos, éstos fabulosos. ¿Cómo no entendió el racionalista que si los libros de la Biblia eran mitológicos, no podían ser históricos? Los discípulos de Eichhorn tuvieron más pecho, y negaron al Viejo Testamento el carácter histórico. Baur, en su *Mitología hebrea*, en el mismo concepto comprendió los hechos bíblicos y las fábulas romanas y griegas. Por este precipicio se despeñaron muchedumbre de críticos, Heyne, Creuzer, Müller, Wolf, Niebhur, con la pretensión de que las relaciones de milagros ni eran mentiras, ni cosas naturales, sino mitos, es decir, expresiones de una idea, de un hecho, de una creencia, en forma simbólica y emblemática; pretensión que daba al traste con la autenticidad del Viejo Testamento, y por más que no faltaron quienes, como Vater, sustentasen la importancia y necesidad de milagros en el Pentateuco, pero los entendían míticos y fabulosos.

El que con más frenesí puso las manos en nuestros libros sagrados fué De Wette (1780—1849), hábil maestro de interpretación mítica. Hacía tan grande estima de las pruebas intrínsecas, que con esta balanza pesaba todo el valor de la obra, y negando oidos á la tradición y autoridad extrínseca, y no dándosele nada por los descubrimientos recientes que comprueban la verdad histórica, no reparó en apodar el Pentateuco con el calificativo de *epopeya teocrática de Israél*, y le imaginó poema disforme y horrendo, fraguado por muchas manos, lleno de mitos *jurídicos*, de mitos *etimológicos*, de *leyendas*, como la Ilíada de Homero, la Enéida de Virgilio, el Mahabárata de la India; ni otro concepto le merecieron á este presumido hereje aquellos relatos bíblicos que alguna maravilla expresan.

Viene después Wellhausen: para con más apariencia de razón condenar los milagros del Pentateuco, destroza el libro en ocho pedazos, y señala á cada uno su autor, siempre yendo en pos de la malaventurada evolución darwínica aplicada á la historia y á la exégesis. *Si es verdad el sistema de Wellhausen, la ley de Moisés es obra de una gavilla de falsarios.* [1] Apócrifos, interpolados, retocados, falsificados se le antojan á Wellhausen los libros históricos del antiguo Testamento que no describen acciones milagrosas, y si las describen no hay más remedio sino conceptuarlos míticos, simbólicos, novelescos, en fin caballerías ni mas ni menos. ¡Están los racionalistas alemanes tan acostumbrados á adorar delirios! ¿y luego dirán que comentan la palabra de Dios? Si tan dementados andaban los maestros, no es fácil imaginar cuán sin tino discurrían los discípulos y secuaces en Francia, Inglaterra, Italia. El Dr. Colenso († 1883)

1 Lib. X, cap. XVIII.

1 Grätz, *Geschichte der Juden* p. 472.

se cegó hasta el punto de escribir, que todo el Pentateuco es un zurcido de fábulas y alegorías: [1] no obstante seguía cobrando el pingüe sueldo que le valía su obispado de Natal, á pesar de haber vuelto las espaldas á la doctrina anglicana y ultrajádola con su incredulidad y apostasía. [2]

No viene á nuestro propósito establecer contra los críticos negativos la infinita distancia entre nuestras narraciones y las fábulas de los gentiles. Pero claro está que los egipcios, indios, persas, griegos, escribieron después de los hebreos por lo común, y después de pasados sus tiempos mitológicos; ¿qué mucho que cebasen la curiosidad del vulgo con cosas fabulosas é increibles? Mas los que sujetaron á la escritura los hechos, por sí ó por personas conocidas presenciados, no merecieron la nota vil de narradores de fábulas. Moisés y los profetas dejaron apuntados los sucesos que habían alcanzado ellos, por sí ó por varones de notoria autoridad en su nación; y si alargaron la pluma á cosas remotísimas, como las del paraíso terrestre, todos los esfuerzos de los modernos críticos no han sido parte para desdorar un solo punto de las cosas por ellos historiadas, antes bien los asisiólogos, egiptólogos y doctos comentadores han corroborado con nuevos documentos la autenticidad de las narraciones escriturales.

En el libro antecedente hemos considerado el milagro en su condición especulativa. Entramos ahora á contemplar su verificación y autenticidad. La regla para averiguarla es si el hecho se conforma con las partes todas de la economía á que pertenece. El milagro entra en el orden de una providencia supernatural en cuanto es un atestado de la especialísima voluntad del Señor. Las circunstancias (de lugar, tiempo, sazón, personas) son las que nos han de guiar en la averiguación del suceso milagroso; á ellas toca decirnos si concurre Dios inmediatamente por sí sellando su querer con la autenticidad de su firma. Es, pues, notable la diferencia que hay entre las consideraciones generales hechas hasta el presente, y las individuales que van á desprenderse de los relatos históricos. Si algunas dudas pudieron originarse del análisis metafísico, quedan sin valor ante la contemplación de los casos numéricos y circunstanciados que vamos á referir. Los que los presenciaron creyéronlos milagrosos porque no hallaban otro expediente razonable, pues veían que cosas tan estupendas se ajustaban muy bien al plan divino desenvuelto ante sus ojos. Pero los incrédulos de nuestra edad, por discurrir *a priori* que los milagros no dicen bien con la sublimidad de su *ciencia*, han hallado el cómodo expediente de echar en ellos tinieblas alegando, según decíamos, que los libros en que se refieren son *viejos*, quieren decir, interpolados, falsificados, alterados, supuestos, controvertidos, apócrifos, como si la distancia de tantos siglos les fuera razón para poner sospecha en la validez de documentos en todo siglo llamados auténticos. Por contentar el capricho de estos adversarios, deberíamos emprender el trabajo de mostrar en cada relato la verdad histórica que contiene. No lo haremos, ya porque en este campo es bien notoria la derrota de los enemigos, ya porque viene mal á nuestro propósito sacar á la vergüenza lo frívolo de sus razones. [1]

Mas antes de entrar en los milagros del Viejo Testamento conviene advertir con diligencia tres cosas. La primera es, que cuando ciertos hechos de la Escritura se llaman milagros, no siempre se entiende que sean, absolutamente hablando, superiores á fuerzas criadas en toda circunstancia; basta que lo sean relativamente al lugar, tiempo, orden, y casos particulares en que acontecieron. La física, la química, la fisiología, la medicina serán suficientes para dar razón de un suceso tomado á bulto, desnudo de circunstancias, entresacado del texto bíblico. Así proceden los enemigos de la revelación, y juzgan por muy natural un acontecimiento que tomado de la Escritura se explica sin relación al lugar, modo, tiempo en que acaeció. Y á la verdad, ¿cuántas cosas hay que pudieron parecer extraordinarias sin salir del orden común? Pero lo que de ellos quisiéramos es, que no apartasen los ojos del texto bíblico, y que pesadas bien todas las palabras del relato con antece-

---

1 *The Pentateuch and book of Joshua*, 1879

2 VIGOUROUX, *Les livres saints.*, t. II, lib. IV.

1 LAMOURETTE, *Pensées sur la philosophie de la foi*, Disc. III, chap. XXIX.

dentes y consiguientes verificasen el acaecimiento sin salir del curso ordinario de las cosas; porque descabalar una narración, y echar por alto versículos, y desmembrar el orden de las partes, y hacer caso omiso de los lugares paralelos, es camino facil para desnaturalizar un hecho y quitarle todo aspecto de milagroso, pero es proceder sin juicio, sin crítica y con malísima fe, es discurrir mal y concluir peor.

La segunda advertencia es, que en el comentar ciertos hechos milagrosos no se ha de limitar la atención á una parte ni á una circunstancia, ha de extenderse al todo y á todas las circunstancias. Consideradas las partes cada una de por sí, tal vez no ofrezcan efecto superior á la facultad natural, y contempladas en conjunto y tales como en realidad concurrieron, muestran en su encadenamiento, en sus relaciones y respectos, que van ordenadas por una causa superior, libre y omnipotente, de forma que un hombre sensato tenga por necedad referirlas á causa ciega, necesaria y natural. En esta clase de hechos abunda la Escritura Sagrada, y si algunos teólogos, como en otra parte se dijo, [1] señalaron una cuarta especie de milagros comprendiendo en ella muchos sucesos que sólo constan de circunstancias excepcionales, pero nosotros con Benedicto XIV los redujimos al tercer grado.

La postrera cosa es, que aquí entramos en discusión con racionalistas y deistas, que no quieren reconocer en la Historia Sagrada la infalibilidad fruto de la divina inspiración, ni admitir la comunicación de Dios con el mundo sensible. A éstos basta probarles que los hechos gozan de gran probabilidad moral cuanto á la verdad histórica, y supuesta la gran probabilidad se les persuade la verdad filosófica que cuanto al milagro encierra el suceso. Al menos se les ata de pies y manos, de modo que admitido el hecho histórico no puedan escapar del milagro, ni demostrar que no lo sea con evidente razón. Proceden con poco acuerdo aquellos filósofos, que porque un hecho no rebosa certeza moral ni moral evidencia, le condenan por nulo y hacen burla de él. En cuanto concedan á un hecho posibilidad y probabilidad, cualidades que se demuestran en los tratados de Apologética, tendrán que confesar lo milagroso del caso, y desterrar de él toda causa física y accidental como insuficiente para dar razón de todo el suceso.

[1] Lib. I. cap. I. art. III.

En los albores del humano linaje rompe el velo de las manifestaciones naturales mostrándose á cara descubierta el milagro, como el que tanta parte ha de tener en el asiento del orden sobrenatural. El Angel de las Escuelas revolvía en su mente la misteriosa creación de Adán y Eva, relatada en el capítulo segundo del Génesis, y no pudiendo con su asombro, tomó la pluma y dejóla correr libremente diciendo: *La disposición del cuerpo en orden á recibir en sí el alma, es obra de la virtud concedida á la criatura, Pero si el alma se infundiera sin esa precedente disposición, como se ve con claridad en la fábrica del primer hombre, podría llamarse milagro.* [1] No queremos dar molestia con enfadosas citas. Santo Tomás compendió en substancia la exposición común á Padres y Doctores católicos sobre la formación de Adán y Eva. *Ninguno de los católicos antiguos se halla haber torcido á significación metafórica las palabras textuales de este lugar.* Así Benedicto XIV. [2] Dos milagros señaladísimos se ofrecen aquí, correspondientes á las dos formaciones distintas, de Adán y de Eva, ejecutadas por las manos de Dios inmediata y sobrenaturalmente. Tal es la enseñanza tradicional de la teología católica, sin que sea preciso apelar á los Sínodos provinciales de Colonia en 1860 y de Burdeos en 1868, [3] recibidos con elogio por la Santidad de Pío IX, en confirmación de la sentencia del Angélico Doctor.

Pero aquí dan principio nuestras admiraciones. Si Santo Tomás exceptúa del proceso natural el cuerpo del primer hombre, y descubre la cualidad de milagrosa en la infusión del alma, precisamente á causa de la ninguna preparación anterior para recibirla, no se entiende bien con qué razón pudo el Cardenal Zeferino González expresarse en estos tér-

[1] Si tamen sine tali præcedenti præparatione anima infunderetur, miraculum dici posset, ut patet in formatione primi hominis. In II Dist. XVIII q. I, a. 3.
[2] *De Servor. Dei beatif,* lib. IV, p. I, cap. XXIII, n. 5.
[3] *Colectio Lacens.*, t. V, p. 292, t. IV, p. 812.

minos: *Considerada en general la hipótesis de la preexistencia de un cuerpo orgánico y animado para el primer hombre, se halla en relación y armonía con las ideas de Santo Tomás acerca del proceso seguido por la naturaleza en la generación de los seres animados, sin excluir el hombre.* [1] De pura vergüenza se le cubriría el rostro á Santo Tomás si hubiese de firmar el dictamen del Cardenal González, por haber excluído de intento al primer hombre taxativamente de todo procedimiento natural, y por haber visto en su primera formación el esplendoroso carácter del milagro. Cómo el sabio Cardenal, encallecido en la lectura y exposición de las ideas de Santo Tomás, no penetró con acierto la mente del Angélico y no estuvo sobre aviso cuando se alargó á ese dictamen, es cosa que la torpeza de nuestro ingenio apenas puede alcanzar. A juicio del santo Maestro la hechura de Adán y Eva tuvo pasmados los cielos y sobrecogidos de espanto los querubines á tamaña grandeza de poder, superior á la capacidad angélica; ¿y parécele al eminentísimo escritor que la infusión del alma racional en un cuerpo organizado y apercibido por las vueltas y trueques del transformismo, había de embargar el pensamiento de Santo Tomás hasta el extremo de apellidarla milagro?

No es esto dar á entender que el Cardenal Zeferino use de fineza particular y comunique amigablemente con los evolucionistas. Al contrario, declárase contra ellos y déjalos malparados cuando lucha por el sentido literal del Génesis y por la creación inmediata de Adán; [2] pero la interpretación de Mivart en sentido simbólico y figurado no la juzga contraria al texto bíblico, sino muy conforme con las ideas de Santo Tomás. Esa flexibilidad en un tomista nos extraña: no precisamente porque el Cardenal González ponga en salvo la ortodoxia del sistema evolucionista, como la puso el Padre Monsabré; que mientras la Iglesia calla, temeridad fuera sentenciar.

Crece nuestra admiración cuando vemos al P. Leroy, dominico también, ocupado en hacer caricias y agasajo á la hipótesis de la formación mediata de Adán, [3] y en derivar su cuerpo de la preparación evolucionista precedente, desaprobada por Santo Tomás. Nuestra extrañeza no tanto proviene de ver al P. Leroy alejado del angélico Maestro, cuanto de contemplarle tan cortés y respetuoso con la costilla de Adán después de mostrarse tan despreocupado respecto de todo el cuerpo. *La manera*, dice sobre la formación de Eva, *que tuvo el Criador en este caso, es diferente de la observada respecto de Adán; cosa manifiesta es.* [1] En todo el reino orgánico no halla el P. Leroy un cuerpo del sexo femenil tan á propósito, como cree haber hallado un cuerpo del sexo masculino, para hospedar el alma racional: los textos del Génesis, de los Evangelios, de San Pablo, de la tradición le fuerzan á buscar exenciones y á mudar el estilo y la ley ordinaria cuando quiere explicar la especial formación de la mujer. Sentido metafórico en la creación de Adán, sentido literal en la de Eva; sujeción á ley evolucionista para el hombre, privilegio y excepción para la mujer; operación común y natural para el uno, operación exquisita y milagrosa para la otra; ese quitar y poner leyes tan sin consideración, tanta vulgaridad y rudeza en un caso, tanto extremo y zalema en el otro, deja á uno desconcertado y atónito, por más que nos participe el P. Leroy, cual si lo hubiese recibido del cielo, que *Dios tenía sus razones para sacar del cuerpo de Adán el cuerpo de su compañera*, [2] como si le hubieran de faltar á Dios razones para elaborar por sí inmediatamente del barro el organismo del primer hombre, sin necesidad de encomendar la perfección de la animalidad á la acción lenta de las causas segundas. ¿Con qué derecho á expresiones paralelas se dan interpretaciones tan encontradas? ¿En qué argumentos se funda tan diverso comentario?

En los mismos que alega Mivart; y esta es otra rareza más extraña. Mivart fué de opinión que el cuerpo humano había seguido, en el constituirse orgánicamente, las leyes naturales, y naturales llamó el catedrático de San Jorge las de la evolución que dieron sér y debido vigor al hombre hasta colocarle en la primavera de la edad adulta, no cuanto á la parte racional, sí cuanto á la vegetativa y sensitiva. El alma racional fué criada por Dios, otórgalo de

[1] *La Biblia y la ciencia*, 1892, t. I, p. 512.
[2] Ibid. p. 508. [3] *L' évolution des espèces organiques*, 1887.—*Révue thomistique*, sept. 1893.

[1] *La science catholique*, fevrier, 1892. p. 246. — *L' évolution restreinte aux espèces organiques*, 1894.
[2] *Science catholique*, ibid. p. 246

buen grado el profesor inglés; pero el cuerpo animal fué fraguado evolutivamente de la madre naturaleza guiada por la providencia de Dios. En tales producciones no cabe milagro; no en la creación del alma, no en la maniobra de la selección natural, no en la infusión del alma en cuerpo organizado y apercibido con todas sus jarcias. *El poder natural de Dios en el mundo físico*, así lo declara Mivart, *consiste en establecer leyes y energías que reemplacen la acción divina, á diferencia de su acción directa que podríamos llamar sobrenatural.* [1]

No condenemos, como lo hizo la *Revista de Dublin*, [2] por temeraria y próxima á herejía la hipótesis de Mivart; no entremos á investigar el alcance de los textos bíblicos, ni nos pongamos á sondear la trascendencia de las expresiones patrísticas, que á juicio de competentes autores [3] no pueden avenirse bien con las nuevas doctrinas; mas cuando se les pregunta á los defensores del evolucionismo con qué suerte de razones vuelven por él y le dejan bien asentado, da lástima ver las que presentan, tomadas de la fisiología, embriología, paleontología, anatomía, antropología, tan vagas, tan huecas, tan incongruentes, tan improbables, con ostentarse pomposas y arrogantes, que toda la buena fe del mundo no basta para tenerlas por dignas de consideración, cuanto menos por demostrativas y concluyentes, y sin embargo ellas son las que fatigan nuestra edad con el sobrescrito de *científicas* y perentorias.

Hecho riguroso análisis de esa parte *científica*, el P. Monsabré prorumpió en esta grave sentencia: *La creación del hombre, según la presenta la Biblia, nos coloca fuera de las leyes naturales; la hipótesis que aquí censuramos, al revés, es el trastorno cabal de esas leyes, es el milagro en la más alta potencia* (c'est le miracle à la plus haute puissance). Y *con todo eso, precisamente para excusar el milagro en el origen corpóreo del hombre, se inventó esa teoría nueva de la creación de nuestra especie.* [1]

Nueva causa de estupor. Los transformistas radicales, cuando se pusieron á idear la hipótesis del *hombre mono*, el principal intento fué echar bando contra el milagro, sin escrupulizar en conceder á las leyes naturales la omnipotencia que denegaban al divino Legislador. Haeckel, [2] Strauss, [3] Darwin [4] no se recatan de hacer pública su intención; y si Mortillet, [5] Topinard [6] y otros materialistas, disimulan con aparentes colores el odio mortal que al milagro profesan, échaseles bien de ver cuán atravesado le traen, en la farsa compuesta de secreto, cuando con tanta porfía le atrancan la puerta. Con éxito infelicísimo á la verdad. Crujen los dientes contra el milagro, y lo que hacen es rebosarle por la boca. Con razón llamó el P. Monsabré milagro de primera calidad la transformación del mono en hombre, á causa de los singulares tormentos, que abreviando y alargando, acrecentando y disminuyendo en los órganos y miembros del animal, habían de ejecutarse hasta reducirlos á la gentileza y gallardía humana; alteraciones que no pueden imaginarse más portentosas, si hay que confiarlas á la vara mágica de la evolución.

¿Cuándo acabarán los sabios católicos de reconocer los lazos tendidos á sus pies por los enemigos del milagro? ¿Es posible haya católicos, que por la ridícula presunción de parecer despreocupados, acepten el oficio de muñidores, y en vez de convidar á los enemigos con la paz, soplen el fuego de la discordia entre los amigos del milagro, y los turben é irriten con engañosas promesas? Presto se acabaría la discordia si se meditase con atención el dictamen del P. Martínez Vigil, Obispo de Oviedo, sobre la opinión de Mivart. *Para abandonar*, dice, *el sentido literal del Génesis, comunmente aceptado en la serie de los siglos, y por las eminencias del saber, han de presentarse, si no demostraciones científicas, hipótesis racionales y fundadas que hayan salido*

---

[1] And this power having been confered by God in the first instance, and those laws and powers having been instituted by Him, through the action of which the suitable conditions are supplied, He is said in this lower sense to create such various subsequent forms. This is the *natural* action of God in the physical world, as distinguished from His direct, or, as it may be here called, *supernatural* action. *The Genesis of species*, 1871, p. 290.

[2] July 1871, n. XXXIII, p. 38.

[3] KNABENBAUER *Stimmen aus Maria—Laach*, t. XIII 1877. p. 121. — KEIL, *biblischer comentar über die Büchner Mose's*, I Band, 1878, p. 52. — MAZZELLA, *De Deo Creante*, 1880, p. 344.

[1] *Confer.*, 1875. *La nature de l'homme*, p. 357.

[2] *Histoire de la création*, 1874, p. 307.

[3] *L'ancienne et la nouvelle foi*, § 54.

[4] QUATREFAGES, *Les émules de Darwin*, 1894, t. I, p. 14.

[5] *Le préhistorique et l'antiquité de l'homme*, 1883, p. 102.

[6] *Revue d'Anthropologie*, 1888, p. 318. — *L'homme dans la nature*, p. 341.

del período de prueba y hecho entrada solemne en el dominio de la ciencia, y ya veremos que no reune estas condiciones la hipótesis transformista. [1] Las razones de los evolucionistas han sido examinadas en claustro pleno, digámoslo así, por hombres imparciales, competentes, autorizados; el sistema evolucionista respecto del hombre, no da lugar á más consulta; la luz de la ciencia, en vez de disipar, ha puesto más á la vista los graves inconvenientes; es cargo de conciencia consumir en disputas el tiempo; anacronismo fuera cansarse un escritor en opinión tan gastada.

Con gran consuelo y convicción abrazamos el parecer del antropólogo Nadaillac, cuando en el discurso presentado al Congreso internacional de París en 1891, al resumir los progresos actuales de la antropología, entre otras cosas dijo: *Ninguna noticia de importancia hemos adquirido, ningún hecho, ninguna teoría nueva ha venido á modificar los conocimientos que teníamos atesorados; sin embargo, los progresos no dejan de ser considerables. Hemos acabado ya con esas aseveraciones doctrinales tan rotundas cuan destituidas de pruebas serias. No hay sabio digno de ese nombre, que ose hoy día defender las generaciones espontáneas, la antigüedad fabulosa de nuestro linaje, el origen monesco del hombre... Esperemos del porvenir lo que el porvenir no puede ofrecer, digámoslo mejor, no esperen los sabios de los siglos venideros apear el origen de nuestro origen.* [2] No podía con más claridad denominarle milagroso. El antropomorfo, el antropoideo, el antropopiteco, el antropoteomorfo, son seres imaginarios, inventados para atropellar el respeto debido á la obra de Dios. [3] A los enemigos del milagro se les tuerce el juicio á lo mejor; no es mucho escriban cosas de loco cuando pretenden igualdad con los cuerdos. Santo Tomás dió en la vena de la verdad al intitularla milagro. [1]

Contra la obra inmediata de Dios levanta el demonio inmediatamente la suya, con permisión del mismo Dios. Hacer que el Criador vuelva atrás de su amoroso intento, no le es dable; pero tratará de oprimir la cerviz de la criatura con yugo gravísimo, y no parará hasta inducir al hombre á vergonzosa traición. El capítulo III del Génesis refiere el diálogo y conversación de la serpiente con la primera mujer. Acerca de la serpiente, Josefo [2] sintió que siendo natural y verdadera, estaba á la sazón dotada de la facultad de entender y de hablar, y que además andaba erguida sobre los pies. Absurda sentencia, sólo comparable con las fábulas y ficciones de los poetas. Si cosa natural era á la serpiente usar de piés y de habla, ¿por qué causa la vemos privada en lo antiguo y en lo moderno de tan rara facultad? De otra manera discurría San Efren, pensando que á instancias del demonio concedió el Señor á la serpiente por tiempo determinado el dón de hablar y de raciocinar. Igualmente increíble es esto, pues la serpiente carece de órgano apto para articular voces humanas, y mucho más sin comparación de aptitud para entender y discurrir. La opinión de San Cirilo fué que no era verdadero reptil, [3] sino aparente, y que su apariencia tomó el demonio para engañar á la mujer. Tampoco puede admitirse esta opinión, porque pasada la tentación no despareció la serpiente, ni paró en humo, como sucediera si lo hubiese sido de solas apariencias. Echa Dios á la serpiente la maldición, y llámala Moisés *el más astuto de todos los animales;* maldición y adjetivo que carecerían de significado en la opinión de San Cirilo. Otra más perniciosa inventó el Cardenal Cayetano, siguiendo en parte á Filón, á Orígenes y á Clemente Alejandrino. Pretendió que la serpiente ni fué natural ni

---

[1] *La Creación, la Redención y la Iglesia*, 1892, t. I, p. 158.

[2] *Compte rendu du Congrès international*, t. II, p. 34.

[3] El darwinismo, contra el cual tanto se ha declamado, confieso que no me repugna, antes me parece bien. Prefiero, aunque yo fuese más hermoso que Apolo, proceder del barro, en cuanto al cuerpo, pasando por mil formas sucesivas, que proceder del barro inmediatamente. Y áun interpretando con cierta amplitud unos cuantos versículos del *Génesis*, hallo más arte divino y menos antropomórfico arte el imprimir á la materia movimiento y apetito infalibles para elevarse hasta un organismo perfecto, digno ya de ser templo y morada del espíritu, que el construir este organismo de seguida, como un relojero hace un reloj ó un zapatero un zapato.—Obras de D. JUAN VALERA, *Nuevos estudios críticos*, 1888; *Sobre el arte de escribir novelas*, p. 86.—No conocemos en todo el orbe gente tan fresca como el español sin religión y sin filosofía.

[1] P. BRUCKER, *Études religieuses*, 1891, t. LV, p. 491.—P. KNABENBAUER, *Stimmen aus Maria-Laach*, 1877, p. 127.—P. DIERCKX, *L'homme-singe*, *Revue des quest. scientif.*, 1894.

[2] *Antiquit.*, lib. I, cap. I.

[3] *Contra Julian.* lib. III.

fingida, sino sólo metafórica, [1] en representación del demonio. Falsa, errónea, temeraria es esta sentencia, reprobada por los Santos Padres y teólogos, como derivación del sistema origenista que dió en interpretar este paso en sentido alegórico y simbólico.

Muchos racionalistas modernos han abrazado la significación alegórica de los alejandrinos, afeándola con nuevos y más impíos borrones. Rosenmüller [2] y Reuss [3] hacen á la serpiente símbolo del peligro que corre el hombre cuando abusa de su saber; Philipson la juzga alegoría de las malas inclinaciones del hombre; Bunsen, retrato de la voluptuosidad; Nork y Donaldson, figura obscena. [4] En verdad, los alejandrinos adoptaron la interpretación alegórica de este pasaje, pero mantuvieron en su integridad el dogma de la caída y de la promesa; al revés de lo que pretenden los racionalistas.

La sentencia común y aceptable es que la serpiente del Edén fué animal verdadero, natural, histórico, y no simbólico y mitológico al estilo de los introducidos en las fábulas de Esopo, Iriarte, La Fontaine, con intento de enseñar moralidad. Aquí podrían extenderse testimonios de Padres y teólogos en abono de esta aserción. [5]

Los primeros pasos de la historia hebrea no son fabulosos, como los de griegos y romanos, egipcios é indios, cuyos tiempos mitológicos se distinguen precisamente de los históricos por las relaciones absurdas, extravagantes é inverosímiles que se tejen introduciendo dioses y diosas y ridículas transformaciones; cosa ajena de la historia hebrea, que desde el principio pone las pisadas en tierra firme, asentando la unidad de Dios Criador y gobernador del mundo, y presentando al hombre en la plenitud de sus facultades físicas y morales, levantado primero á vida sobrenatural, tentado después por divina

[1] *Comment. in Genes.*, cap. III.

[2] *Scholia in Genes.*, III, 1. [3] *La Bible*, trad. nouvelle III.e p. Pentat., 1879, I, 296.

[4] Delitzch, *Commentar über die Genesis*, 1872, p. 135.

[5] S. Basilio, *In Genes.*, cap. III.—S. Crisóstomo, *Homil. in Génes.*, III.—S. Agustín, *De Genesi ad litt.*, lib. XI, cap. XXVII.—*De Civit. Dei*, lib. XIV, cap. XI.—S. Juan Damasceno, *De orthod. fide*, lib. II, cap. X.—Beda, *In Genes.*, cap. III.—Teodoreto, *Quæst.* XXXI, XXXII.—Lombardo. *Sent.*, lib. II, Dist. XXI.—Santo Tomás, I p. q. XCIV, a. 4.—Pereira, *Comment. in Genes.*, lib. VI.—Lamy, *Comment. in Genes*, 1883, t. I, p. 216.

permisión, y en fin, caído y derribado de su gloriosa cumbre por culpable desobediencia. Muchas son las tradiciones que conmemoran la fama de este suceso, y confirman la relación de Moisés. Baste indicar un monumento asirio, descubierto á mediados de este siglo, que representa un árbol cargado de fruta; á la una mano el hombre, á la otra la mujer, y detrás de ella la serpiente levantada sobre la cola; [1] pintura que declara cómo la serpiente del paraíso fué animal vivo, natural y verdadero, ora llamémosle boa, pitón, víbora, áspid, de cascabel, ora sea cualquier otro individuo del orden de los ofidios, según los varios dictámenes de los intérpretes.

Pero algunos racionalistas, admitida la verdad histórica de la serpiente, no acaban de consentir que el demonio tuviese parte en ella. Porfiando en su empeño Eichhorn, decía: *El fruto fatal convenía á la serpiente y le sería de alimento. Por serpiente entiendo yo el animal que suele llevar ese nombre. Eva pasando un día junto al árbol vedado, reparó que la serpiente comía de aquella fruta sin daño y con provecho. Introduzco aquí esta circunstancia que no está expresada en el Génesis, pero ya demostraré más abajo que semejantes omisiones no son raras en nuestro documento.* [2] De esta exposición de Eichhorn hicieron burla después otros racionalistas. Así son ellos. Sácanse de la cabeza mil desatinos, los encajan allí donde Dios quiso callar, los tienen por palabra divina, y donde Dios habla y expresa con palabras terminantes un suceso, envuelven y corrompen el sentido con perversa voluntad. ¡Mofa impia!

Más atentado en el hablar es Reuss; sin embargo dice así: *El diablo no camina sobre el vientre, ni come polvo. El diablo es un sér desconocido en el Antiguo Testamento.* [3] Cuán sin razón afirme este crítico que la serpiente que tentó á Eva, fuese mero reptil, lo demuestra el habla humana que en su boca resonó, y la disputa entablada con la mujer. ¿De dónde le vino al bruto el arte de vestir de voces conceptos que nunca poseyó? ¿Cómo pudo concebir el intento de seducir á Eva y apartarla del mandamiento divino? Cosas ámbas que sólo caben en un sér inteligente, hombre ó ángel; y no habiendo á la sazón más

[1] Vigouroux, *La Bible*, 2.ª edit., I, 199.

[2] *Repertorium für biblische Litteratur*. t. IV. p. 201.

[3] *La Bible*, III.e p. Pentat. I, 297.

hombre que Adán y Eva, y no pudiendo el ángel bueno haber sido autor de tentación tan maligna y depravada, resta que fuese demonio el tentador, *por cuya envidia entró la muerte en el mundo.* [1] Cuando San Pablo enseñaba que *la serpiente engañó á Eva con su astucia,* [2] y que *Cristo con su muerte deshizo el poder del diablo que tenía el cetro de la muerte,* [3] y cuando San Juan llamó *diablo* á la *serpiente antigua,* [4] seguramente definieron, que la serpiente del Génesis no era reptil como quiera, sino instrumento de Satanás, el cual le movió la lengua, le abrió la boca, reveló su secreta envidia, tentó, altercó, á la manera que en la posesión diabólica el demonio es quien, apoderado del hombre, le agita y menea los labios.

De esta suerte el espíritu del mal se aposentó en el cuerpo de la serpiente y puso en la boca del reptil su propio lenguaje, como después le pondrá en los labios y visajes de una pitonisa, en los golpes de una trípode, en la acción de un medium animado ó inanimado. El demonio hizo presa en la culebra, alojóse en su cuerpo, y le dió tal donaire y gentileza, que llevó tras sí los ojos y afición de la mujer. Si Eva no se espantó de oir sus voces articuladas, fué porque debió de pensar que había recibido del cielo aquel extraordinario dón, ignorando si de suyo podía ó no formar el habla, según enseñaron San Cirilo, [5] Pedro Lombardo [6] y el Tostado, [7] no repugnando el P. Pereira. [8]

Hubo aquí de parte del demonio un fenómeno superior á las fuerzas de la naturaleza sensitiva, como gravemente concluye Benedicto XIV; [9] maravilla que Dios permitió al demonio su enemigo, tomando su malicia por instrumento para poner á prueba la obediencia de nuestros progenitores, como sea doctrina común servirse Dios del demonio á las veces para examinar con el contraste de la tentación la fidelidad de los hombres, dejando hacer á su enemigo verdaderas maravillas, no milagros, como arriba se dijo; [10] la de la serpiente parlera fué permisión del altísimo Dios.

1 Sap. II. 2 II Cor. XI, 3. 3 Hebr. II, 14.
4 Apoc. XII, 9. XX, 2.
5 *Contra Julian.* lib. III. 6 II lib. Dist, XXI, q 2.
7 In cap. III *Genes.* quæst. 457.
8 *Comment. in Genes.* lib. VI, q. III.—SANTO TOMÁS, I p. q. XCIV, a. 4. 9 *De servor. Dei beatific.* lib. IV, p. I, cap. III. 10 lib. I, cap. V.

Muy á este propósito discurre San Agustín. *Después que aquel Angel soberbio,* dice, *y por consiguiente envidioso... cayó del paraiso espiritual...; deseando con cautelosa astucia insinuarse y apoderarse del sentido del hombre, á quien porque perseveraba en su estado habiendo él caido del suyo, tenía envidia, escogió á la culebra en el paraíso corporal, donde con aquellas dos personas, hombre y mujer, vivían los demás animales terrestres sujetos y pacíficos, sin hacer daño ninguno; escogió, digo, á la culebra, animal deleznable y que se mueve con unos sinuosos rodeos, acomodado á su traza y designio, para poder hablar por él; y habiéndole rendido por la presencia angélica y por la naturaleza más excelente, con astucia espiritual y diabólica, y usando de él como de instrumento, traidoramente comenzó á trabar plática con la mujer, comenzando en efecto por la parte inferior de aquella humana conjunción y compañía, para de lance en lance llegar al todo.* [1]

En otra parte explicando cómo pudo la serpiente hablar por arte del demonio, dice de esta manera: *El demonio fué quien habló por medio de la serpiente, valiéndose de ella como de instrumento y obrando sobre la naturaleza bestial según su capacidad, con palabras y señales dió á entender á la mujer la voluntad del que se esforzaba en persuadirla; pero la serpiente no entendía las palabras que á la mujer dirigía, porque no hemos de pensar que el alma de la bestia se mudó en racional, pues los hombres que poseen naturaleza inteligente, no saben lo que se dicen cuando el demonio habla en ellos, cuando los señorea y se los ha de conjurar.* [2]

Ahora definir si la maldición [3] lanzada contra la serpiente por Dios, deba referirse á ella ó al demonio, es controversia de no fácil solución. Lo más cierto es que se refiere á entrambos á la vez, históricamente al animal, figuradamente al demonio. Como éste se ocultase en el cuerpo de la serpiente, y ella fuese la

1 *De Civit. Dei,* lib. XIV, cap. XI.
2 *De Genes. ad litt,* lib. XI, cap. XXVII. Diabolus colubrum in paradiso corporali ubi cum duobus illis hominibus, masculo, et fœmina, animalia etiam terrestria cætera subdita et innoxia versabantur, animal scilicet lubricum, et tortuosis anfractibus mobile, et operi suo congrum, per quem loqueretur, elegit; eoque per angelicam præsentiam præstantioremque naturam spiritali nequitiæ sibi subjecto et tanquam instrumento abutens, fallaciam sermocinatus est fœminæ. Diabolus in serpente locutus est, utens eo modo quo modo vere ille movere et moveri illa potuit ad exprimendos verborum sonos et signa corporalia per quæ mulier suadentis intelligeret voluntatem.
3 Gen. III, 14.

que á los ojos sensiblemente se ofrecía, las palabras de la maldición venían á caer directamente sobre el bruto, y moralmente sobre el diablo, no de otra manera que aquella sierpe de metal [1] mirada por los heridos librábalos de sus dolencias, si bien la causa principal que los curaba eran los futuros merecimientos de Cristo. [2] La maldición comprendió al animal, no en sí considerado, sino respecto de los hombres. Porque pensar que la serpiente, antes de pronunciar Dios la sentencia, era cuadrúpedo y andaba por sus pies, como imaginó Barcebas [3] siguiendo á San Efrén, ó fingir como fingió Dídimo, [4] que andaba erguida sobre la cola, es ir contra las nociones científicas que de los reptiles nos da la investigación zoológica; y Dios no había de mudar la condición de los seres por causa del pecado, haciendo que lo natural á los ofidios antes de pecar Adán, no lo fuese después de pecar.

Mas con todo el barrer el suelo con el vientre y el mascar polvo (como el vulgo cree), aunque sean inclinaciones naturales en esta bestia, se han tornado viles, repugnantes, ignominiosas por efecto de la divina maldición, no de otra manera que la muerte es ahora pena y castigo del pecado, y al contrario la cruz, ántes blanco de ignominia, es título de gloria y veneración. Esto no quita, antes persuade, que la maldición debe referirse al demonio en sentido figurado, como exponen San Agustín, [5] San Gregorio, [6] Beda, [7] Ruperto, [8] y otros; los cuales aplicando al demonio las palabras de la maldición, enseñan que le resultó mayor envilecimiento por la empleada astucia, más sujeción á las cosas bajas de la tierra, mayor humillación por las derrotas sufridas en su trato con el hombre. [9]

De aquí nace que la serpiente haya sido estimada en toda la antigüedad por emblema misterioso, ahora del sumo bien, ahora del sumo mal, y que unos pueblos la adorasen por Dios, otros la detestasen por colmo de desdicha. [10] Va citado arriba el cilindro babilónico reproducido por Smith en su *Chaldean Account of Genesis*, [1] donde está pintada la sierpe inhiesta y desenvuelta al lado de una mujer. Digna de ser leída es la historia de la Serpiente de Esculapio cuando de Epidauro la trasportaron á Roma. [2] Ni son de menor instrucción las cosas que se cuentan en el libro de Daniel del dragón adorado por los caldeos. Igual atención merece el culto que después de la venida de Cristo se ha tributado á la serpiente, como largamente escribe San Epifanio. [3] Llególes á los pueblos paganos la noticia de lo acaecido en el Edén, y unos lo interpretaron mal, otros siguieron la puntual tradición, y todos confesaron á la sordas ó á las claras la verdad del prodigioso reptil.

Así los turaneses adoraban la serpiente, los acadios representaban al dios en figura de serpiente, los griegos tenían gran devoción á las serpientes; en fin, si damos la vuelta por Italia, Germania, Galia, Africa, Asia, América, hallaremos serpientes por doquier temidas ó veneradas, símbolos del bien ó del mal, como lo han demostrado Ferguson, [4] de Rialle, [5] Harlez, [6] Brinton, [7] Müller, [8] Grimm [9] y otros.

Pero á M. Breal le pareció que la serpiente del Génesis es un plagio ó transformación de las enseñanzas mazdeitas; [10] porfía que Arimán persiano dió ocasión y fundamento á la serpiente del paraíso. Engaño grande. ¿Qué punto tiene de comparación con nuestra serpiente el Arimán de los Persas? Ningún libro persa pinta al Arimán en figura de serpiente, porque según la doctrina de los dos principios, Arimán es autor y criador de la serpiente y de los animales venenosos, así como Ormuzd es el hacedor de todas las cosas buenas. Y aunque la astucia de Arimán sea comparable y áun superior á la de las serpientes, [11] analogías no bastan para dar por firme la naturaleza de una cosa. Además, en ningún libro zendo se menciona la tentación y caida del primer hombre, ni la sugestión de la serpiente, ni la mal-

[1] Num. XXI, 9. [2] Jo., III, 14. [3] *Lib. de Paradiso*, cap. XXVIII. [4] *In Catena Lippomani.*

[5] *De Genes. contra Manich.* lib. II, cap. XVII.— *De Genes. ad litt.* lib. XI, cap. XXXVI.

[6] *Mor.*, lib. XXI, cap. II. [7] *In Hexamer.* cap. III.

[8] *De Trinit.* lib. III, cap. XVIII.

[9] PEREIRA, *Comment. in Genes.* lib. VI, quæst. IV.— LAMY, *Dictionnaire apolog.*, art. *Proto-Evangile*, p. 2680.

[10] GAINET, *Hist. de l'ancien et du nouveau Test.*, t. I, I.e p. chap. XII.

[1] VIGOUROUX, *la Bible*, t. I, livre I, chap. II.

[2] VALERIO MÁXIMO, lib. I, cap. VIII.

[3] *Hæres.*, XXXVII. [4] *Tree and serpent worship*, 1868

[5] *Mythologie comparée*, chap. VI.

[6] *Les origines du zoroastrisme*, 1880.

[7] *Myth of the New World.*

[8] *Amerikanische urreligionen.* [9] *Deustche Mythologie.*

[10] *Mélanges de lingüistique et de mythologie comparées.* — *Hercule et Cacus*, 1878. p. 124.

[11] Bundehesch. III, II.

dición de Dios; y mucho menos conviene con las ideas avésticas el concepto de Arimán condenado por Aura-Mazda á vida ignominiosa sobre la tierra. Y así debe inferirse que siendo el Avesta, según buena razón, más reciente que el Pentateuco, *el Arimán representa resabios de una tradición antigua, contenida en el Génesis con mucho tiempo de anticipación*; [1] cuanto más, que Arimán es personaje relativamente nuevo en la religión persa, y el demonio es muy antiguo en la tradición judía; y fuera de esto, Satanás nunca fué contado entre los hebreos por autor de los males físicos, como Arimán, sin detenernos ahora en ponderar el carácter de independencia absoluta que dan á su Arimán los persas, al revés de la Biblia que hace al demonio sujeto y dependiente, á fuer de criatura, del supremo dominio de Dios, según que más adelante se dirá.

Aquí empiezan los milagros divinos y los prestigios diabólicos. Esta es la clave de todos los acontecimientos sobrehumanos. Dios hará milagros sin parar con el fin de acreditar la revelación; el padre de la mentira usará de mil artificios para contrahacer las obras de Dios en orden á desautorizar la divina palabra. El gran secreto de Satanás será en adelante procurar que los hombres se cieguen hasta el extremo de negar su desastrosa influencia en las cosas humanas. Y si en la cuna del género humano alcanzó tan imponderable victoria, ¿qué pensamos habría hecho en el decurso de las edades si no vinieran el segundo Adán y la segunda Eva á magullarle á la sierpe infernal la cabeza?

Una de las cosas más admirables que hallamos en la historia del mundo antediluviano es la longevidad de aquellos primeros hombres. [2] De los diez patriarcas el más joven murió á 777 años, el más viejo á los 969. No es mucho que los adversarios del milagro estimen por fábula tan extraña anomalía, ni que Draper la llame puerilidad, absurdo, contradicción. [3]

Pongamos en claro primeramente la verdad de este acontecimiento. Flavio Josefo no dudó escribir en sus *Antigüedades* [1] estas graves palabras: *Todos los historiadores del mundo, griegos y bárbaros, testifican la larga vida de los primeros hombres. Manetón escritor egipcio, Beroso autor caldeo, Mosco y Jerónimo de Egipto historiadores de Fenicia son contestes en esa declaración. Hesíodo, Hecateo, Agesilao, Heramio, Éforo, Nicolás Damasceno refieren que los primeros hombres vivían sobre mil años.* De todos estos escritores sólo ha llegado hasta nosotros Hesíodo, quien confirma en su poema *Obras y Dias* [2] la verdad del dicho de Josefo. Y no hay duda sino que cuando tal afirmaba Josefo, andaban de mano en mano los escritos de aquellos autores, sin que una sola voz se levantase contra la validez de su testimonio. Ni es menester traer aquí á Plinio, [3] ni á Varrón, [4] ni á Valerio Máximo, [5] en abono de Josefo; conformidad de testimonios tan persuasiva, que negar la longevidad de los patriarcas sería de golpe borrar toda huella de la historia antigua.

Críticos hay que, no pudiendo cerrar los ojos á la viveza de tanta luz, se tienen por muy seguros respondiendo con negaciones y desechando una tan exorbitante duración. *Es dificultoso de creer que un hombre haya podido vivir de setecientos á novecientos años.* Winer, que así habla, piensa que él solo ve la dificultad. [6] Reuss corta por lo sano todos los inconvenientes, con asentar que *las cifras del* Génesis *representan la longevidad ideal y no la real é histórica.* [7] No prosigamos la exposición de los sistemas que los críticos negativos han fingido para mostrarnos cómo los patriarcas antediluvianos fueron personajes fabulosos: mucho menos merecen la honra de la refutación. El que á un racionalista se le antoje que los macrobios de la Biblia son héroes solares, y que representan nubes, vientos, borrascas, ó, si queremos, dioses ó semidioses, como Júpiter, Apolo, Venus, Príamo, no hace argumento contra la verdad histórica del Génesis. El que un escritor tan grave como Reuss poetice tan libremente, que en el Tubalcain bíblico, quitando y poniendo, vea pintado al dios Vulcano, y en Abel al dios Apolo,

---

[1] HARLEZ, *Les origines du zoroastrisme*, journal asiatique, 1880. p. 153.—*Dictionn. apologét.* art. *Ahriman.*
[2] GLAIRE, *Les livres saints vengés*, t. I. p. 339.
[3] *Conflictos*, cap. VII.

[1] Lib. I, cap. III.
[2] Vers. 130.
[3] *Hist. nat.*, lib. VII, cap. XLVIII.
[4] LACTANCIO, *Inst. divin.* lib. II, cap. XII
[5] *De dictis factisque mirab.*, lib. VIII, cap. *de senect.*
[6] *Biblische Realwörterbuch*, t. II, p. 208.
[7] *L'histoire sainte et la loi*, t. I, p. 310.

y en Noema la diosa Venus, [1] podrá significar que hay alemanes que tienen á veces la cabeza llena de aire; pero, lo repetimos, tan indignas niñerías no pueden hacer mella en la entereza de la verdad histórica.

Dejémoslos en su ceguera, y vengamos á otros que, otorgada la realidad de los hechos, buscan nuevas invenciones de años. Así Heusler [2] concede sólo tres meses al año desde Adán hasta el diluvio, ocho desde Abrahan hasta José, doce de José para adelante. Rask quiere que de Adán á Noé los años se cuenten por meses. Lessueur limita á dos meses el ciclo anual de los Setenta, desde Adán hasta Abrahan. [3] Bunsen lee en los años de cada patriarca la duración de toda su familia. [4] El canónigo A. Chevalier ha inventado un año lunar de siete lunaciones (doscientos seis días y medio), sin decirnos de dónde le saca. [5]

El afán de inventar años peregrinos, y dar nueva significación á los del Génesis, ha ocupado la lozanía de muchos ingenios, los más con traza de alterar el lenguaje bíblico y herir con golpes despiadados la sacrosanta verdad. No malogremos tiempo en demostrar la vanidad de tales opiniones; el antojo de sus autores se trasluce en cada sistema. En la historia del diluvio se nombra el séptimo y décimo mes; [6] nombrado el décimo, dice el texto que transcurrieron cincuenta y cuatro días antes de acabarse el año; esto parece significar que el año era de doce meses, como agudamente arguye el docto Vigouroux. [7]

Otros han imaginado razones naturales con que hacer creible tan rara maravilla: atribúyenla unos á la vida sobria de los antediluvianos, á la sencillez de costumbres, al régimen herbívoro y frugívoro; acuden otros al conocimiento que tenían de la virtud de ciertas plantas, á lo apacible del clima, á la primavera perpetua que en aquella sazón gozaban; fúndanse otros en aquella ley fisiológica establecida por Buffon, Deluc y Cuvier, antevista ya por Plinio, en virtud de la cual, al paso que los siglos corren, los productos de la naturaleza orgánica pierden vigor y poderío. [1] Según esto, no puede afirmarse que la vida larga de los patriarcas sea fisiológicamente imposible. Por el contrario, el Dr. Foissac, muy ejercitado en esta materia, no teme afirmar que la vida secular no se opone á las leyes de la biología orgánica, y añade: *La larga vida de los patriarcas era un suceso más conforme á razón y á las leyes de la fisiología, que la breve existencia de los hombres que en el día pueblan la tierra.* [2] Finalmente, conocida es la opinión del doctísimo jesuita P. Para du Phanjas, autor del siglo pasado, que fundándose en la teoría del paralelismo del ecuador terrestre con el plano de la eclíptica, explica por principios de fisiología y física los años prolongados de los patriarcas, concluyendo que no es maravilla fuese diferente su vida de la nuestra. [3]

Todas estas exposiciones están muy lejos de satisfacer el intento. Porque todas abrazan aquel primer período comprendiendo las vidas de todos los mortales de entonces, y por consiguiente traspasan los justos límites, y tanto prueban que nada prueban. Lo primero, con haber señalado Dios á la vida humana el término de ciento veinte años, [4] eximió á los Patriarcas citados por Moisés, que son pocos, áun cuando juntásemos algunos más, como pensó San Agustín; [5] con la circunstancia de que en los diez Patriarcas antediluvianos no se guarda decrecimiento gradual en la edad, pues Matusalén, el octavo, tuvo más larga vida que otro alguno; Jared, el sexto, y Noé, el décimo, gastaron más años que los Padres anteriores después de Matusalén. En los nueve posdiluvianos se observa parecida desigualdad y una disminución más notable. Pero los demás descendientes de Adán, varones y hembras, fuera de estas esclarecidas cabezas, ninguna razón hay para pensar que llevarían tan adelante la edad como sus nobles progenitores; la promulgación dicha de la ley biológica persuade que morirían todos á los cien años, más ó menos, según la medida ordinaria.

Otra causa parece hubo de intervenir

1 *L'histoire sainte et la loi*, t. I, p. 305.
2 *Bemerkungen über Genesis*, p. 280.
3 *Révue archéologique*, t. XV, p. 65.
4 *Ægyptens Stelle in der Weltgeschichte*, t. 1, p. 8
5 *L'université catholique*, 15 Mai 1889, t. I, p. 635.
6 Gen., VII, 11; VIII, 4-13.
7 *Les livres saints*, t. IV, sect. V, chap. IX.

1 *Hist. nat.*, lib. VII, cap. XLVIII.
2 *La longévité humaine*, 1873, p. 346.
3 *Philosophie de la religion*, p. 1, sect. V, § 1.
4 Gen., VI, 3. 5 *De Civit. Dei*, lib. XV, cap. XV.

en tan particular providencia, fuera de la multiplicación del género humano, que en aquellos principios era tan necesaria, y fuera también de la invención de las artes y ciencias, á que podía ayudar la larga vida de los primeros hombres. La causa debió de ser la suma conveniencia de entregar los padres á sus descendientes íntegra é incontaminada la verdad de las revelaciones que en el paraíso se había dignado hacer á nuestros primeros padres el misericordioso Señor. Para esto no diremos que obrase Dios en los Patriarcas un raro milagro; basta que usase de una traza providencial muy conforme á sus divinos consejos, con grandes visos de milagrosa. Acaso por esta razón no consintió Dios que ningún Patriarca tuviese hijos antes de los sesenta años, como parece en el Génesis. Según esto, diremos acotando con el docto Danko: *Una singular providencia de Dios fué menester para que alargasen tanto su vida los hombres, y razón sapientísima fué tal vez la necesidad de trasmitir la tradición á sus descendientes. Así pudieron pasar de Adán á Matusalén, á Noé, á Sem, á Abrahan, íntegros y puros muchos capítulos de la revelación, en orden á la salud del humano linaje.* [1] Cosa es muy digna de ponderación cómo los pueblos orientales, occidentales, americanos han hecho de las diez primeras cabezas de la humanidad memoria excepcional y singularísima, muy conforme con la alta ancianidad en el Génesis expresada. El privilegio en la exención de la ley biológica no puede ser aquí más patente. [2]

El P. Lacunza, en su *Venida del Mesías en gloria y majestad*, aunque parezca adoptar la opinión del P. Para du Phanjas, hácese parte en juzgar milagro la vida patriarcal. *Por causa del diluvio*, dice, *á mí me parece que no puede señalarse otra sino la mano omnipotente del Criador, el cual, indignado con toda la tierra extremamente corrompida, la hizo moverse repentinamente de un polo á otro, inclinando el eje veintitres grados y medio, haciéndolo mirar por una de sus extremidades hacia la estrella que ahora llamamos polar, ó hacia la extremidad de la cola de la osa menor... De aquí resulta y debía resultar naturalmente que las costipaciones, las pestilencias, las enfermedades de toda especie, que ahora son sin número, eran entonces ó pocas ó ningunas, y que los hombres y áun las bestias vivían naturalmente diez ó doce veces más de lo que ahora viven, muriendo de pura vejez, después de haber vivido sanos y robustos unos 700, otros 800, y algunos más de 900 años, como consta de la Historia Sagrada, esto es, de la única historia auténtica que tenemos de aquellos tiempos.* [1]

Para explicar naturalmente la extraña ancianidad de los diez Patriarcas inventa Lacunza tantos artificios, se arroja á tales conjeturas, que apenas hay en el día de hoy geólogo ni astrónomo que les dé honroso lugar entre las hipótesis probables; como sucede con otras muchas interpretaciones esparcidas en todo el libro, puesto con razón en el Indice por la Iglesia Santa. Es gratuita ficción la del ingenioso autor suponer la eclíptica unida en un mismo plano con el ecuador terrestre, antes del diluvio; por ningunos indicios se hace probable la dicha unión del ecuador terrestre con la eclíptica en los tiempos cuaternarios. Sin embargo, tan milagrosa le pareció al P. Lacunza la longevidad de los Patriarcas, que sin la presupuesta coincidencia *no se halla*, dice, *cómo puedan volver naturalmente y sin un continuo milagro las vidas largas de los hombres que se acabaron con el diluvio.* [2] Como quiera, fuese ó no verdadero y propio milagro la ancianidad patriarcal, debióse muy sin duda á una providencia especialísima de alta consideración.

Otro caso de exención particular es digno de notarse en el profeta Henoc. Arrebatado á los 365 años no volverá á reanudar la vida. No murió muerte natural ni violenta, despareció del teatro del mundo por divina disposición. [3] Colmado de santidad fué trasportado á lugar desconocido y tornará al mundo á predicar penitencia. De su muerte, lo mismo se entienda de la de Elias, [4] podría alguno pensar que el desparecer fué dejar la vida súbita y plácidamente; pero es dictamen común de Padres y Comentadores que vive en cuerpo mortal, preservado por divina virtud. [5]

[1] *Histor. revelat. divin.* Period. I, cap. I.
[2] LAMY, *Comment. in Genes.*, 1883, t. I, p. 267.

[1] T. I, III p., cap. V, § 1. [2] Ibid. § 2.
[3] Gen. V, 24.—Eccli. XLIV, 16.—Hebr. XI, 5.
[4] IV. Reg. II, 11.
[5] S. HILARIO, *In Matth.* XX. — S. AMBROSIO, *In psalm.* XCV.—S. JERÓNIMO, *Epist. ad Marcell.* CXLVIII.

ARTÍCULO II.

El incendio de Sodoma y Gomorra; la estatua de sal. —Satisfácese á las objeciones contra estos dos prodigios.—Moisés y los espiritistas.—La columna de nube fué milagrosa; deshácense los reparos de los naturalistas.—El maná no fué mantenimiento natural; compárase con el tamarindo.—Balaam y los incrédulos.—El vellocino de Gedeón y los racionalistas

Dos raros acontecimientos refiere el Génesis [1] que traen escandalizados á los modernos enemigos del milagro. *Llovió Dios sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego del cielo, y asoló estas ciudades y toda la región circunvecina juntamente con todos los moradores de las poblaciones y vegetales del país.* [2] Este suceso es juzgado fábula por los mitólogos, los críticos menos andaces le tienen por cosa natural, los verdaderos sabios por caso milagroso.

Primeramente, cuán verosímil y llena de verdad histórica sea la narración de Moisés, pruébanlo todas las particularidades del texto. En ellas se contiene que la tierra de Pentápolis era rica de betún y azufre, materia inflamable y acomodada para inficionar las aguas y el ambiente. Testigos son Plinio, [3] Tácito, [1] Estrabón, [5] Solino, [6] Josefo [7] de que la comarca donde estaban situadas estas ciudades, había sido consumida por el fuego en tiempos remotos, quedando estéril y yerma. Si reparamos en el lago Asfaltites, que tiene su nivel á 392 metros debajo del nivel del Mediterráneo, y le tuvo aún más bajo en otro tiempo, como lo significan las margas de yeso y sal gema que cubren las laderas vecinas, parece indubitable que á su depresión hubo de contribuir un cataclismo como este. [8] La sal marina es alli doblado copiosa que en el Mediterraneo, el cloruro de magnesia sobrepuja al de sodio, el bromo es extraordinario y crece con la profundidad, falta el iodo, abundan los fragmentos de betún; tales son en fin las cualidades de sus aguas, cuales pedía que fuesen la narración bíblica, insalubres y perniciosas á la vida animal. Porque consumidas por el fuego las tierras bituminosas había de originarse una concavidad de aguas amarguísimas y nauseabundas, [1] que deponen con toda claridad á favor de la descripción de Moisés.

Orígenes, cuando Celso le opuso que los cristianos y judíos copiaban de las fábulas gentílicas sus milagros, y éste en particular, le desenconó el enojo con esta concluyente respuesta: *Lo que en el Génesis narra Moisés de Sodoma y Gomorra castigadas con fuego por sus pecados, Celso lo compara á la fábula de Faetonte cayendo en gran desvarío por no atender á la antigüedad de Moisés. Los que hablan de Faetonte son posteriores á Homero, y éste vino al mundo muchos años después del legislador hebreo.* [2] Y esto baste para deshacer la calumnia de los mitólogos. También contra razón y justicia reducen Grocio, [3] Leclerc, [4] Michaelis [5] este lugar á locución alegórica, y con solas figuras retóricas pretenden darle salida. No así los críticos más avisados; en su sentir prendió en las nubes el rayo, encendido por la ira de Dios, y dando contra el suelo cargado de betún y asfalto estalló un grande incendio que redujo á pavesa las ciudades de Sodoma, Gomorra, Adama, Seboim, quedando libre la quinta, Segor, por la oración de Lot. [6] Al fuego sucedió la inundación del Jordán, cuyas aguas al retirarse hallarían la hondura excavada, y formarían el Mar Muerto. El azufre del Génesis podría ser el ozono que suele seguirse á la caida del rayo; que así acostumbra la Escritura juntar en uno ambos efectos.

Además, los aficionados á la explicación natural quieren que la lluvia de fuego y azufre fuera simplemente una tempestad de rayos que abrasó las ciudades y comarcas, á cuya formación ayudaron el betún, la nafta y los combustibles de la tierra. Que tomando las cosas en globo pueda explicarse como quiera el incendio de Sodoma y Gomorra, no hay para qué dudarlo. Pero si advertimos que Dios

—S. Agustín, *De peccat. mer.* lib. I, cap. II.—S. Gregorio, *In Job.* XVIII, XXII.—S. Crisóstomo, *hom.* XXI in Genes.—Belarmino, *De Rom. Pont.* lib. IV, cap. V.—Bonfrère, *In Pent. Comment.* p. 142.—Calmet, *Dissert.* III.—Schrank, *Comment.* p. 176.—Danko, *Revelat.* t. I, p. 24.

1 XIX, 24, 25, 26.

2 Dominus pluit super Sodomam et Gomorrham sulphur et ignem á Domino de cœlo; et subvertit civitates has, omnem circa regionem, universos habitatores urbium et cuncta terræ virentia..... Viditque (Abraham) ascendentem favillam de terra quasi fornacis fumum.

3 *Hist. natur.* lib. V, cap. XV, XVI.

4 *Hist.* lib. V, cap. VII.

5 Lib. XIII.

6 *De ritu et mirab.*

7 *De bello judaico,* lib. IV, cap. VIII, cap. XXXVI.

8 Lapparent, *Géolog.* 1883, p. 492.

1 Danko. *Hist. Revel. prolog.* § XIV p. XXX.

2 *Contra Celsum,* lib. IV.

3 *Annot. in Gen.* I, 15.

4 Dissert. I, *De Sodom. evers.*

5 *Comment. de nat. et orig. mar. mort.* p. 118.

6 Gen. X, 19.—XIV, 2.—Deut. XXIX, 23.

se valió de dos ángeles para llevar á cabo su intento, que Abrahan tuvo del cielo aviso de la catástrofe inminente, que la lluvia ígnea hubo de ser extraordinaria, que debió de ocupar de pronto grande extensión de terreno para que hombres y animales no tuvieran lugar de huir, deberemos confesar que esta conflagración no fué natural, miradas las cosas en su conjunto, principalmente que el libro de la Sabiduría [1], el testimonio de Cristo [2], la alusión de San Judas [3] y otros lugares santos [4] son claros testimonios de la singular providencia que en este suceso campeó. [5]

En fin, los racionalistas modernos [6] porfían que la destrucción de las ciudades prevaricadoras fué efecto de erupción volcánica con intervención de terremoto, y no obra del poder de Dios. Fundan su opinión en que aquellas voces *subvertit civitates* suenan terremoto, el *ignem á Domino de cœlo* significa gas inflamable, y *favillam ascendentem de terra* representa lava y desechos volcánicos; de donde terremoto y volcán, ó terremoto causado por el volcán paréceles la exposición más obvia de este incendio y asolamiento espantoso.

Lo primero que en ella ocurre notar es que prueba á lo sumo la posibilidad, no la realidad de las causas naturales: las averiguaciones del terreno servirán para conjeturar lo que pudo ser, no lo que en hecho de verdad fué. Pero aquí queremos otorgar que un volcán cualquiera tuviese lugar, ¿por eso ya no intervino milagro? ¿por ventura no se vale Dios á veces de causas naturales para sus obras milagrosas? ¿acaso el fuego que llovía de las nubes no quemaba? Nadie negará que Dios llamó en un punto estas causas y activólas para producir el efecto que su Majestad intentaba: en esta presuposición, aplicable no á todos los milagros sino al caso presente y á otros tales, si bien no resplandece el milagro en toda su propiedad, es notable la traza particular de la divina providencia, que ordenó al intento y enseñanza moral una consecuencia antevista, decretada y con antelación dispuesta en las leyes de la naturaleza, como lo declaró *La Civiltà Cattolica* en 1882. [1] Así que si se llegase á demostrar, como lo tanteó el célebre Stoppani, que un volcán y un terremoto derrocaron las cinco ciudades, no se concluiría bien que no hubo milagro, porque ambos podían haber tenido origen milagroso y extraordinario; y cuando no en el origen, pero en el modo, tiempo y circunstancias presupondrían una desusada intervención del divino poder. Pero adviértase bien: no dice la Escritura que las malditas ciudades abrasadas del incendio se hundieron, como corrió voz entre algunos escritores. [2] Hánse descubierto hoy en día las minas de Sodoma y Gomorra, [3] y el silencio de la Biblia ha quedado en su lugar. Además, tampoco es verdad que las cinco ciudades de Pentápolis formasen con su hundimiento el lecho del lago Asfaltites, como creían Bullet [4] y Du Clot, [5] asentando que el Mar Muerto databa de aquella época. Porque este mar existía ántes que Abrahan entrase en Palestina. El Génesis dice con harta claridad que la lluvia de azufre y fuego asoló las cinco ciudades, [6] cuyas minas nos muestran las mismas Escrituras, no en el mar sino en sus riberas, [7] y de esto son fiadores Josefo, [8] Tácito [9] y Estrabón. [10] En qué lugar estuviesen situadas, es cosa incierta. A M. Lartet, estudioso investigador de esta comarca, parecióle que en la parte meridional del Mar Muerto, por ser menos profunda y más reciente. [11] Finalmente los que tienen por muy recio el castigo impuesto por Dios á los Sodomitas, consideren que el Señor es muy dueño de castigar los pecados ocul-

---

1 X, 6. 2 Luc., XVII, 29-32. 3 Epist. 7.

4 Is. XIII, 19.—Jerem. L, 40.—Ezech., XVI, 49.—Ose., XI, 8.—Amos, IV, 11.

5 GLAIRE, *Les livres saints vengés*, t. I. chap. I, art. 10. 6 EUGENIO FALEUCCI, *Il mar morto e la Pentapoli del Giordano*, 1881.

---

1 Nulla vieta ad un cattolico di credere che il Creatore, á cui fin dal principio delle cose era presente la futura prevaricazione dei Sodomiti, predisponesse le cagioni naturali cosi che nell'azione di queste, quelli ricevessero il meritato castigo: nella quale ipotesi, applicabile non á tutti i miracoli, ma al caso presente é ad altri consimili, se viene esclusa l'azione miracolosa nello stretto significato della parola, rimane pero ad ogni modo la speciale ordinazione della divina providenza, che indirizzava a scopo ed esempio morale una consequenza da lei preveduta, voluta e predisposta nelle leggi che imponeva alla natura. *La Civiltá Cattolica*, 1882, p. 713.

2 CHÂTEAUBRIAND, *Itinéraire de Paris à Jerus.* III part.

3 M. LANLEY, *Diction. des antiq. bibl.* p. 494.

4 *Réponses critiques*, 1826. t. I.

5 *La Sainte Bible vengée*, 1824. t. I.

6 Gen. XIX, 24.—Luc., XVII, 29.

7 Deut. XIX. 23.— Is., XIII, 19.— Jer. XLIX, 18.—Amos, IV, 11.—Soph. II, 9.—Sap. X, 7.

8 *De Bello jud.* lib. IV. cap. VIII; lib. V, cap. XIII.

9 Hist., lib. V, 7. 10 Lib. XVI, 2. 11 *Exploration géologique de la Mer Morte*, 1878, p. 267.

tos, cuánto más los manifiestos y escandalosos con ejemplar escarmiento, y en aquellos tiempos un castigo como este podía ser freno saludable á la perversidad de otros pueblos. En la aplicación de las penas la eterna justicia tiene código aparte, y usa de rigor y de blandura conforme conviene á su gloria y al bien de los pecadores. [1]

De lo dicho fácil será la explicación del segundo milagro combatido por los críticos. La mujer de Lot, volviendo, contra la orden de Dios, los ojos atrás á mirar el estrago de las llamas, fué convertida en estatua de sal. [2] De la realidad de tan rara maravilla responden muchos autores; [3] unos afirman que la masa de sal en forma de columna existía en su tiempo, otros que la mujer de Lot quedó hecha de sal para ejemplo de los venideros. Los críticos malavenidos con la realidad de la conversión, dicen unos que la mujer de Lot, visto el voraz incendio, se quedó como de piedra, desmayada y medio muerta; otros, pasando más adelante, la quieren muerta del todo, ahogada por el humo del azufre; otros en fin, sólo opinan que se erigió un monumento de sal á su memoria. [4]

La interpretación más sencilla y conforme al sagrado texto es, que ora el sentimiento de perder á Sodoma le robase los ojos, ora la desconfianza de escapar el temeroso fuego le hiciese volver la cabeza, ora la curiosidad del extraño caso le embargase la vista, con ser así que el ángel de Dios los tenía á ella y á su marido prevenidos y certificados, en castigo de la desobediencia las centellas la alcanzaron, ya que no el golpe de las llamas, y henchido su cuerpo de sal y de nitro quedó petrificado en figura de estatua con las mismas facciones de antes. [5] A los reparos de la crítica se responde: los que quieren que la mujer quedase tiesa y pasmada *como* estatua ¿de dónde sacan ese *como*? Si así fuese, diría el texto: quedó de piedra ó de estatua, mas no estatua de sal. Si en algún lugar las Escrituras emplean metáforas, el contexto las explica; aquí todo el contexto concurre al sentido obvio y llano de los vocablos, y clarísimos son los lugares paralelos. [1] A los que quisieran que *netsib* y *melahh* suenen cuerpo pesado, ó terreno estéril, baste por toda respuesta que *netsib* es columna ó estatua, *melahh* sal ó cualidad salitrosa; ni hay ejemplo que autorice la pretensión de los adversarios; luego no cuadra exponer: *la mujer asfixiada por el humo cayó muerta.* Menos conveniente es traducir: *levantaron á su memoria un obelisco ó montón de tierra.* El contexto repugna semejante interpretación. En fin, concluyamos, esta fué obra de la divina justicia no menos milagrosa que la lluvia del fuego abrasador.

No queremos mencionar el diluvio de Noé, que por cualquier lado que se mire y cualquiera opinión de las tres corrientes se abrace, está preñado de grandes milagros; no nos detendremos en la profecía de Noé en que bendijo á Sem y á Jafet, y maldijo la descendencia de Cam, [2] profecía confirmada por las tradicionas paganas; [3] pasaremos por alto las curaciones hechas por la oración de Abraham en el rey Abimelec y familia; [4] dejemos también en silencio las grandiosas teofanías del Génesis, [5] la escala de Jacob, [6] los sueños proféticos de José y de Faraón, [7] los vaticinios de Jacob, [8] las trágicas escenas del Santo Job: acontecimientos inexplicables sin particular intervención del divino poder, y llenos de grandes y estupendas maravillas; de propósito las omitimos para que conste ser sin cuento los prodigios hechos por Dios en la vida de los Patriarcas antes de venir al mundo el *legislador Moisés.*

Los espiritistas, que son la flor de los racionalistas, ponen el principio de las comunicaciones espirituales en este varón famoso. *Moisés fué el primero que abrió el camino*, dice Allan Kardec, *dando á conocer*

---

[1] Gainet, *La Bible sans la Bible*, t. I, III.e ep., chap. VII. [2] Gen. XIX, 26: versa est in statuam salis. —Sap. X, 7.—Luc. XVII, 32.

[3] Filon, *De profugis*.—S. Ireneo, lib. IV, cap. XXXI. —S. Cirilo de Jerusalén, *Catech.* XIX.—S. Crisóstomo, *hom.* XLIV, *In Genes.*—Clemente Alejandrino, *Stromat.* lib. XI.—S. Ambrosio, *De Virgin.* lib. II, cap. IV. [4] Mislin, *Saints lieux.* t. III, chap. XXXVII.

[5] Moigno, *Les splend. de la foi*, t. III, p. 1169.—Glaire, *Les livres saints vengés*, t. I, p. 447.

[1] Luc., XVII, 32.—Sap. X, 7. [2] Gen. IX, 18-28.

[3] William Jones, *Asiatic Researches*, t. III, p. 262. —Clavijero, *Historia de Méjico*, t. IV, p. 16.

[4] Gen. XX, 3-17.

[5] III, 9.—IV, 3.—VI.—VII.—VIII.—XII, 7.—XVII, 1.—XVIII, 1.—XVI, 13.—XIX, 18.—XXVI, 2.

[6] Gen. XXVIII, 10-15. [7] Gen. XXXIX.—XL.

[8] Gen. XLVIII.

la existencia y naturaleza del mundo espiritual y sus relaciones con el mundo corpóreo. [1] El despropósito no puede ser más palpable. Sin entrar en más demostración, el milagro, que es la revelación del poder sobrenatural, data de antigua fecha, resplandece en la niñez del humano linaje; las comunicaciones del reino espiritual con el humano son tan viejas como el hombre, según que de lo dicho se infiere. [2] Prosigamos, pues, la relación de algunos milagros públicos acaecidos en el pueblo de Dios, y dejemos para el capítulo siguiente los obrados por particulares taumaturgos.

Al salir de Egipto los hebreos dos caminos se les ofrecían para llegar á la tierra de promisión, uno derecho por el país de los filisteos, otro más largo por el desierto. Moisés guió por este último derrotero para verse libre de los filisteos, nación enemiga y temible. No bien empezaron á caminar apareció una columna de nube que de día los guiaba, y de noche los alumbraba luciendo como fuego. La opinión más probable es que no fueron dos, sino una sola columna, como se saca del Éxodo [3] y Números [4] claramente. Esta nube fué milagrosa: el ángel del Señor la gobernaba haciendo con ella señal de parar y de proseguir; constando el campamento de dos millones de almas, colocada la nube entre los egipcios y los israelitas era por la noche para éstos luminosa, para aquéllos obscura; de día servía á los israelitas de parasol; movíase por sí, ora mostrándose en la vanguardia, ora en la retaguardia del ejército. Todas estas particularidades constan terminantemente en el Éxodo, [5] Números, [6] Deuteronomio, [7] de cuyo cotejo resulta haber sido la nube portentosa y de altísima providencia.

A mayor abundamiento, concédele la Santa Escritura diversas denominaciones, á saber, nube del Señor, [8] columna de nube, [9] nube opaca, [10] nube tenebrosa para unos y lúcida para otros, [11] fuego y especie de fuego, [12] columna de fuego, [13] gloria del Señor, [14] majestad del Señor; [15] calificativos que expresan lo raro y singular, la visibilidad, la sobrenaturalidad, la superioridad de este fenómeno, el cual llevaba la delantera á los caminantes, descansaba sobre el tabernáculo cuando paraban, rondaba la puerta de él, ocupaba su interior, le rodeaba y envolvía por defuera, en una palabra, decía á voces ser instrumento puesto en las manos de Dios para hacer ostensible su especial cuidado y providencia con el pueblo escogido por espacio de cuarenta años.

[1] *Evang. según el Espirit.*, cap. 1, n. 9, 5.
[2] Ráulica, *La razón filosófica y la razón católica*, Confer. IV. [3] XIII, 19.—XIV, 20. [4] IX, 21.
[5] XIII, 20—22.—XIV, 19, 20, 24.—XL, 32—36.
[6] IX, 15—23.—X, 11, 12, 13, 33, 34.—XI, 25.—XII, 5.—XIV, 14.—XVI, 43. [7] 1, 33.
[8] Exod., XL, 36. [9] Exod., XIII, 21.
[10] Exod., XX, 21. [11] Deut., IV.—Exod., XIV, 20.
[12] Num., IX, 25.— Exod., XL, 36. [13] Exod., XIII, 21.
[14] Num., XIV, 10. [15] Exod., XL, 32.

Pero al inglés Toland en el siglo pasado, [1] y á Dubois-Aymé deista presente, se les ofreció que esta nube era una gran tea encendida, ni más ni menos, como la que Alejandro enarboló en un poste para capitanear mejor sus tropas en la expedición de Asia, como narra Quinto Curcio. [2] Otros la comparan á una suerte de alumbrado á la usanza de los persas, ó al brasero portátil que suelen llevar las caravanas egipcias; ni desdeñan en confirmación aquel gran fuego [3] de Trasibulo, que es pura fábula á juicio de todos los críticos; lo único que les faltaba era llamar á la dicha nube foco de luz eléctrica, para rematar sus dislates. Vea quien quiera su refutación en el erudito Glaire. [4]

Salido que hubieron de la tierra de Egipto los hijos de Israél, acampados en el desierto comenzaron á sentir la falta de vituallas, y quejándose murmuraron contra Moisés y Aaron. [5] Para acallar sus clamores, y para arraigar su fe y confianza en el divino poder que los gobernaba, dispuso el Señor que cada día les bajase del cielo el maná, menos el sábado, y que por la mañana recogiesen una cierta cantidad para el resto del día. Este milagro patentísimo duróles cuarenta años sin falta, hasta que pudieron cosechar trigo en la tierra de promisión. [6] Atónitos y espantados hicieron aclamación de milagro, viendo por vez primera la abundancia de aquellos granitos blancos de gusto tan exquisito, que les sabía á todo lo que ansiaba su paladar.

Pero los racionalistas no hallan aquí materia de admiración. El químico fran-

[1] *Tetradymus*, p. III. [2] *Hist.*, V, 2.
[3] Clem. Alejandr., *Stromat.*, lib. 1.
[4] *Les livres saints vengés*, t. II, p. 20.
[5] Exod., XVI, 3. [6] Jos., V, 11.

cés Berthelot sospechó si sería el maná un suco del tamarindo, ó goma espesa y melosa, que en gotas sale á la corteza de esta planta. [1] A dicha opinión se adhieren gustosos los poco afectos al milagro. Chrenberg quiere que el maná sea una substancia producida por la picadura de un insecto en un arbusto; esta resina cae en tierra, y los monjes y griegos la recogen y comen con pan. Otros introducen dos suertes de maná, uno exprimido del vegetal, otro llovido del cielo. El Dr. Keil opina que el maná de Moisés es goma, que Dios multiplicó prodigiosamente mientras pasaron los israelitas por el desierto: Lanche, por el contrario, prefiere que sea el fruto del tamariz amasado con harina. Ya Josefo dió en comparar con el maná el zumo del tamarindo. [2]

Mas ¿qué es todo esto sino repugnar contra la letra, según el estilo de los racionalistas, que, despojados los textos de sus circunstancias características, consideran las cosas al por mayor? ¿Y quién no entiende que un hecho desnudo de circunstancias específicas puede torcerse á varias interpretaciones? Mas pesadas las notas particulares que la Biblia señala al maná, se ve cuán diferente sea de todo otro alimento. El maná de Moisés duró por cuarenta años continuos todos los días puntualmente; caía del cielo en tanta copiosidad, que tocaba á cuatro litros por persona; llovióles la primera vez en el desierto de Sin, la última en la llanura de Jericó; [3] al caer se posaba sobre el rocío, [4] cubriéndole, hasta que venido el sol, deshacía el rocío, pero no el maná, que alfombraba con sus granos el suelo; cada día les brindaba el Señor con este regalo, fuera de los sábados, en que les conservaba fresco el del día anterior, con ser así que en los otros días se corrompía y perdía á la noche.

Que el maná fuese cosa de milagro, se hace más evidente por las propiedades señaladas en la Escritura, de esta forma: era duro, y tan recio, que se machacaba en el almirez; [5] adquiría más dureza cuando le cocían al horno; con todo eso, se ablandaba y cedía al menor rayo del sol; [6] tenía todos los sabores para unos, [7] á otros les daba náuseas y les sabía á cosa dulce; [1] duraba un solo día, y el sobrante llenábase de gusanos; [2] en la víspera del sábado se conservaba fresco hasta pasada la fiesta; una misma medida dejaba hartos y satisfechos todos los estómagos, como si igual cantidad de comida se ajustase á la indigencia de cada individuo; de noche llovía solamente y fuera de los campamentos israelíticos; [3] caía al rededor de los reales y no dentro de la zona militar; [4] si no le recogían muy de mañana, el sol le derretía al momento; el que cogiese más ó menos de lo necesario, se hallaba después con la misma cantidad que los otros. [5] Estas propiedades, contrarias, peregrinas, superiores á todo conocido manjar, prueban lo milagroso del maná, sin que sea dable conjeturarle natural.

Las dichas particularidades abren camino á las principales diferencias entre el maná y el tamarindo. El maná de Moisés abundaba por un igual en todas las estaciones del año, el fruto del tamarindo sólo se coge en primavera; el maná caía á la madrugada, el otro en la mitad del día; aquél copiosísimo y bastante para tan inmenso gentío, éste rarísimo y tal que llena de él toda la comarca apenas diera abasto para ocho días; aquél cada semana seis días seguidos, éste seis semanas solas en el curso del año; aquél se agusanaba á las veinticuatro horas menos el viernes, éste dura fresco y sin riesgo largos días; aquél se dejaba moler, hervir y hacer tortas que sabían á pan con aceite, [6] con éste no vale semejante industria; aquél venía á quedar repartido por un igual entre todos, aunque alguno cogiese más que otro, con éste no cabe igualdad de medida para todos; aquél en fin era alimento substancioso, el único que mantuvo á los israelistas por tan largo espacio de años, éste ni tan siquiera es nutritivo, más es purgante que alimenticio. El referido Berthelot que examinó químicamente el maná del Sinaí y otro maná natural (Tamarix mannifera, maná del Kurdistan), descubrió que aunque contienen ambos alguna substancia nutritiva (miel, dextrina), carecen de principio azoado, y por esto no pueden

---

[1] *Sur la manne du Sinai et sur la manne de Syrie. Comptes rendus de l'Acad. des Sciences*, 1861, p. 584, Sept. [2] *Antiquit.*, lib. III, cap. I. [3] Jos., V, 12. [4] Num., XI, 19. [5] Num., XI, 8. [6] Sap., XVI, 27. [7] Sap., XVI, 21.

[1] Num., XXI, 5.—Exod., XVI, 31.—Num., XI, 8. [2] Exod., XVI, 20. [3] Exod., XI, 9. [4] Exod., XVI, 13. [5] Exod., XVI, 18. [6] Num. XI, 8.

servir para sustentar cuarenta años continuos á una tan grande muchedumbre de gente como los hebreos. Finalmente el maná era alimento tan nuevo y nunca gustado de los hebreos, que su repentina vista obligóles á exclamar: *Manhu ¿quid est hoc?*, [1] y á Moisés le precisó á la necesidad de explicarles el misterio de tan rara maravilla, y para ponderársela poníales delante la novedad nunca presenciada por sus padres y antepasados; [2] argumento demostrativo de que ellos más hábiles conocedores de la tierra que todos nuestros adversarios, no hallaban natural explicación á la causa de su asombro. Queda pues que el maná de la Biblia era sobrenatural, llovido por milagro, fabricado por otras manos que las de la naturaleza. [3]

El Dr. D. Juan Huarte de San Juan, inclinado como buen médico á buscar en la naturaleza la causa de muchos prodigios, toma en la pluma el maná de los hebreos y le compara con el natural, sin confundirlos. *Yo siempre tengo entendido que Dios se acomoda*, dice, *á los medios naturales, cuando con ellos puede hacer lo que quiere, y lo que falta á la naturaleza lo suple con su omnipotencia. Dígolo, porque darles á comer maná en el desierto, fuera de lo que con ello quería significar, parece que estaba también fundado en la disposición de la tierra, la cual hoy engendra el mejor maná que hay en el mundo: y así dice Galeno* [4] *que en el monte Líbano, que no está léjos de allí, se cría en gran cantidad y muy escogido, en tanto que los labradores suelen cantar en sus pasatiempos que Júpiter llueve miel en aquella tierra. Y aunque es verdad que Dios criaba aquel maná milagrosamente, en tanta cantidad, á tal hora y en días determinados, pero pudo ser que tuviese la misma naturaleza del nuestro, como la tuvo el agua que sacó Moisés de las piedras, y el fuego que hizo bajar del cielo Elías con sus palabras, que fueron naturales, aunque milograsamente sacados. El maná que pinta la Sagrada Escritura dice que era como rocío.* Quasi semen coriandri album, gustusque ejus quasi simile cum melle; *como si dijera: el maná que Dios llovió en el desierto tenía la figura como simiente de culantro, era blanco y el sabor como miel; las cuales condiciones tiene también el maná que produce naturaleza.* [1] Todas las conjeturas que han hilvanado los modernos libres pensadores apenas exceden á las observaciones del Dr. Huarte, sin embargo de que reputa mantenimiento dado por Dios y no cosa natural el maná descrito en el Éxodo, por las razones alegadas y por otras que podrá ver el curioso en el citado lugar.

Alguno podría dificultar aún y decir que el amasador del maná no fué Dios, sino el ángel custodio de aquel pueblo, porque Dios que sólo tenía de los Israelitas una providencia general y eminente, encomendó á los ángeles el cuidado particular de acudir á su socorro y favor, conforme les viniera á los ángeles en voluntad. Esta fué doctrina de Malebranche, nueva y peligrosa, porque pervierte la acción de la divina providencia, la cual si se vale del ministerio de los ángeles para la conservación y gobierno del mundo, no les confía de suerte el cuidado de las cosas, que los deje obrar sin ninguna dependencia y á su arbitrio. [2] De todo lo cual se concluye lo que tantas veces va dicho, que á los racionalistas podrán antojárseles cuentos muchas narraciones bíblicas, pero recibida la verdad histórica del texto no les queda otro camino que el milagro; reducir los de la Biblia á hipérboles poéticas, á rasgos de énfasis oriental, á mitos fabulosos, es sobre necedad petulancia en el arte de interpretar. Durante el largo viaje de los israelitas por el desierto multiplicó Dios los prodigios, y con ellos aseguraba en su pueblo la religión mosáica y descubríales poco á poco la condición de su misericordiosa bondad.

El rey Balac no podía llevar en paciencia las victorias de los Israelitas. [3] Manda llamar á Balaam, y le encarga que les eche maldiciones y estorbe la gloria de sus triunfos. Balaam apareja su cabalgadura, y vase allá. Dios le había prohibido que no maldijera á los Israe-

1 Exod. XVI, 15.
2 Et cibavit te Dominus manna in solitudine quod nescierunt patres tui.—Deut. VIII, 16.
3 ROBINSON, *Biblical Researches*, t. I. p. 170.—LEON DE LABORDE, *Comment. sur l'Exode*, p. 95.—KNOBEL, *Exodus*.—KURTZ, *Geschichte des alten Bundes*, t. II, 227.—ROSENMÜLLER, *Alterthumskunde*, t. IV, p. I, p. 310.—VIGOUROUX, *La controverse*, 1881, p. 803.—DANKO, *Hist. div. relev*. t. II, p. 124.
4 Lib. III *de alimen. facultat.* cap. XXXIX.

1 *Examen de los ingenios*, 1580, cap. XIV.
2 BENEDICTO. XIV, *de Servor. Dei beatif. et canoniz.* lib. IV, p. I, cap. II, 8.
3 Numer. XXI, 23-32,—Deute. II, 26-37.

litas y envióle un ángel que le atajase los pasos. Espantóse la acémila á vista del ángel y echó á correr por aquellos campos. Balaam quería meterla á puros palos en vereda entre dos tapias, mas la presencia del ángel que se atravesó con la espada desnuda, la obligó á arrimarse, y puesta entre la espada y la pared le cogió al jinete el un pie; perdidos éste los estribos de puro coraje menudeaba los palos de suerte que llegando á un lugar angosto, siempre con el ángel delante, la burra se le arrodilló en el suelo. Fuera de sí Balaam apaleábala con más bravura, porque no había visto aún al ángel del Señor. Aquí abrió el animal la boca y se quejó con sentidas palabras de la crueldad de su amo: abrió éste los ojos y vió al ángel con la espada desnuda, el cual reprendióle su mal término y desobediencia mandándole proseguir el camino, pero hablar tan solamente lo que el Señor le inspirase. [1] Presentóse el profeta al rey Balac: delante de él comenzó á echar bendiciones en vez de maldiciones al pueblo de Dios, vaticinándole mil bienes y prosperidades. Entre otros vaticinios pronunció aquel tan celebrado: *Nacerá la estrella de Jacob y brotará la vara de Israél, que herirá á los caudillos de Moab y asolará á los hijos de Set*; profecía ilustre de Cristo nuestro Salvador. [2]

No es mucho que un suceso tan importante y extraordinario haya puesto de mal humor á la turba de incrédulos, mitólogos, críticos de todo jaéz. A tres pueden reducirse las exposiciones inventadas para quitarle el lustre de milagroso. Unos (Bauer, Hezel, Less, Ditmar, Justi) tienen por figurada y mítica toda esta parte de los Números; otros lo estiman todo, desde el versículo 22 hasta el 35, donde se contiene el hecho principal, interpolación y falsedad; otros (Maimónides, Hengstenberg, Herder, Leibnitz) califican de sueños y de visión todo el relato. No es nuestro propósito refutar estas opiniones; harto sólidamente lo han hecho los exégetas católicos: baste al intento señalar algunas razones que pongan en claro el desconcierto de las suposiciones contrarias.

En primer lugar, quién fuese Balaam, si profeta de Dios, ó adivino, está por

[1] Num. XXII, 21-25.
[2] Apoc. II, 28.—XXII. 16.—Psalm. II, 9—XLIV, 7 —CIX, 2.

averiguar. Los antiguos expositores le tuvieron generalmente por verdadero profeta, si bien malvado y facineroso; [1] y aunque algunos le notaron de mago y encantador, todos juzgaron que habló inspirado por Dios en esta ocasión.

En segundo lugar, que esta historia no es ficticia, sino real, demuéstralo el mal consejo dado por Balaam al Rey Balac para perder á los hebreos, lográndolo á la postre; [2] demuéstralo el castigo de Dios que les sobrevino á la prevaricación provocada por Balaam; [3] demuéstralo la muerte violenta del profeta [4] en expiación de su criminal consejo; demuéstralo la declaración de Josué que pone este suceso en la cuenta de los extraordinarios y milagrosos: [5] que si éste es fingido, ¿cuál de los hasta aquí apuntados podría quedar con visos de verdadero?

Lo tercero, propiedad es de las visiones imaginarias ser objeto del sentido interno y no verse por todos indiferentemente. [6] Esta visión de Balaam no fué así, sino corpórea y real. Los que le acompañaban no echarían de ver al ángel con la cuchilla desenvainada, porque *el animal se había apartado del camino y andaba por el campo;* [7] y es natural y verosímil que el jinete anduviera también separado de la comitiva. Además, tampoco dice la Escritura que los compañeros viesen ni dejasen de ver. Pero cuando San Pedro asegura que Balaam recibió la reprensión de su insensatez, y la recibió de un animal mudo que hablaba con voz de hombre, [8] reproduce el sentido literal de esta corpórea visión y certifica la verdad histórica del hecho tal cual la tradición hebrea le entendía é interpretaba.

Lo cuarto, articular palabras una burra no contiene imposibilidad. Que habló verdaderamente, lo tienen por averiguado Rosenmüller, Herder, Deyling, Leclerc y otros críticos hostiles al milagro; ni al poder de Dios repugna, ni al aparato vo-

[1] S. Ambrosio, *Epist.* CII, 50.— S. Jerónimo, *Quæst. hebr. in Gen.*, III, 339.—S. Agustín, *Quæst. in Heptat.*, lib. IV.—S. Crisóst., *in Genes.*, hom. IX.—S. Cirilo Alej., *De ador. in spir.* IV.—Teodoreto, *Quæst. XLII.* —Origenes, *hom. XIII* in Num.—Calmet, Cornel. á Lap., Lorino, Tirino, Estio, Kurtz.
[2] Num., XXIV, 16. [3] Num., XXXI, 14, 16.
[4] Jos., XIII, 22. [5] Jos., XXIV, 9, 16.
[6] Sto. Tomás, sunt in sola imaginatione videntis, unde non videntur indifferenter ab omnibus.—I p. q. IX, a. 2.
[7] Num., XXII, 23.
[8] Correptionem habuit suæ vesaniæ mutum animal, hominis voce loquens.—2 Petr., II, 16.

cal de los cuadrúpedos; y si á la jumenta repugnase, supliría Dios la falta de orgánica disposición así como suplió la intelectiva y racional, porque al menearle Dios la lengua no alteró la naturaleza de su alma bestial, así como tampoco hizo mudanza en la disposición de sus órganos. *De ella se valió como de instrumento para producir los sonidos y vocablos que quería oyese el malvado profeta.* [1] A los que se extrañan de que Balaam no se asombrase al oirla hablar, y creen inverosímil que trabase con ella conversación, respondemos que lo que más sorpresa causó á San Agustín en este paso fué la estupidez de Balaam, que oía sin espanto los lamentos y réplicas de su borrica y seguía con ella el diálogo, cual si estuviera dotada de razón. No es de importancia la autoridad de Josefo, que lo contrario afirma. [2] Si vemos que nuestros arrieros hablan á sus acémilas con tanta libertad y energía cual si de ellas esperasen respuesta, ¿cómo no concederemos que Balaam, desbravando la furia y desesperación al ver á la jumenta derribada, replicase á sus palabras y la reconviniese con su villanía menudeando los palos? Acostumbrado á sus encantamientos, [3] pudo creer que la bestia movía la lengua por arte mágica: la ceguera en que aquel viaje le traía puesto no le dejaba fijar la atención en caso tan extraño. [4]

Lo quinto, es de notar de dónde le vino á Balaam tan repentina mudanza. Es llamado por el rey para cargar de imprecaciones á los hebreos. Él era moabita, y á fuer de tal estaba enconado con ellos; él cultivaba una religión contraria, y con todo eso, por tres veces los bendice y ensalza en presencia del rey y de su corte, y les predice eximios bienes, y promete glorias y grandezas. ¿De dónde procede este milagro en el orden moral sino del otro milagro en el orden físico? Si Balaam no hubiera tenido novedad en el camino, no habría llegado á la corte con afectos tan otros y contrarios. Este señalado suceso enseñó á los hebreos á fiarse del Señor, cuyo poder no podían contrastar las trazas de todos los adivinos. [5]

[1] CALMET, *in Numer.*, XXII, 28.
[2] *Antiquit.*, lib. IV, cap. VI.
[3] Num., XII, 5.—XXIV, 1.—2 Petri II, 15.
[4] TRONCHON, 1887. *Comment. in Numer.*, XXII, 28.
[5] DARRAS, *Hist. de l'Egl.*, t. I, p. 719.

El vellocino de Gedeón ofrece otro prodigio singular. Gedeón, de campesino siéntese convertido en héroe nombrado por Dios para defender y acaudillar á su pueblo. Con ánimo de persuadir á sus guerreros la verdad de la elección, ruega al Señor declare visiblemente su voluntad; en prenda de ella le propone que el vellón de lana amanezca al día siguiente empapado de rocío, quedando seca la tierra. Como así, en efecto, sucediese, tornó á suplicar al Señor que la lana fuese hallada del todo seca, y la tierra humedecida. [1] Lo natural del caso era quedar lana y tierra igualmente mojadas; estarlo la una y no la otra, fué dispensación de la ley natural. [2]

Nadie extrañará que el caudillo pidiese á Dios una espléndida confirmación del divino nombramiento. No la pedía para seguridad propia, hartas prendas tenía de su elección; ni era falta de confianza en el poder de Dios; quería dar á sus soldados una garantía de las divinas promesas, y suplica al Señor dos milagros que les desvanezcan las dudas. Con esto queda respondido á los que pensaron que pecó este varón esclarecido en tentar á Dios. ¿Cómo convocara sus tropas á són de trompeta si no hubiese confiado en el divino poder? ni S. Pablo habría celebrado con encarecimiento la grandeza de su fe. [3] Por esta causa muchos autores (San Ambrosio, S. Isidoro, Cayetano, Suárez, Lessio, Bonfrère, Lirano) le absuelven de toda sombra de culpa; y áun no pocos de ellos dan á inspiración divina la petición de ambos milagros, pues había motivos para que Dios quisiere obrarlos, no siendo el menor la necesidad de avivar en los soldados la llama de la fe y esperanza. Porque teniendo el Señor dispuesto con 300 hombres de Gedeón derrotar un ejército de 135.000, [4] era fuerza dar ánimo á los desvalidos mostrándoles á dónde llegaba el poder del que los favorecía; que esto significó el rocío empapado en la lana, á saber, la gracia divina protectora del pueblo escogido, quedando seca y estéril la tierra de la gentilidad, según que lo exponen los Santos. [5]

¿Qué respuesta merecen los que tratan

[1] Jud., VI, 36.
[2] MOIGNO, *La clef de la science*, n. 1461.
[3] Hebr. XI, 32.
[4] Jud. VIII, 10.
[5] HUMMELAUER, *Comment. in Jud.* 1888. p. 156.—CLAIR, *Comment. Le livre des Juges*, chap. V, 37.

de parvulez este doble milagro, y espantados de la verdad filosófica vuelven las espaldas á la verdad histórica? Estaba muy puesto en razón que las tropas recién juntadas demandasen á su caudillo una señal de la divina voluntad, ya que en nombre de Dios presumía gobernar el campo; y era cosa muy á propósito que tomase un vellón de lana, la tendiese por el suelo, y les prometiese quedaría seca sin gota de agua, y el suelo empapado en ella, allí donde el rocío es tan frecuente y abundoso. Ni había razón más oportuna para atajar dudas que pedir por contraprueba un segundo milagro. Por donde el vellocino de Gedeón no es niñería, sino asunto de imcomparable gravedad: ni San Agustín, [1] ni Orígenes, [2] ni S. Jerónimo, [3] ni S. Ambrosio, [4] ni S. Crisóstomo [5] humillaron el vuelo de sus ingenios ni sintieron torpe la pluma en el tratar los misterios de este pasaje. Muy bien se entiende, según esto, que los fabulistas se levanten con tanta furia contra la autenticidad del libro de los Jueces, que contiene tan insignes muestras del divino poder; pero lo que no se alcanza con tanta facilidad es cómo de *una leyenda, fraguada con añadiduras y enmiendas sucesivas* [6] pretendan luego sacar argumentos históricos con que embravecerse contra la religión mosaica. [7] Los enemigos de la Biblia no tienen para combatirla más remedio que despedirse de las reglas de sana lógica.

ARTÍCULO III.

Jonás en el vientre del pez.— Exposiciones de los racionalistas.—Verdad histórica del suceso.—Su carácter milagroso.—Milagros acaecidos en la enfermedad del rey Ezequías.—Objeciones de los críticos.— Explicación del positivista Littré.—El horno de Babilonia y las dificultades de la ciencia.—Daniel en el lago de los leones: doble milagro.—Ocúrrese á las dificultades modernas.—El *Angel del Señor* en las teofanías.—Respuesta á otra más general dificultad.

El profeta Jonás, fiel á la religión sobrenatural, fué enviado por Dios á predicar penitencia á la ciudad de Nínive, emporio de abominables cultos. La repugnancia en seguir la voz de Dios, le dictó la traza de huir por rumbo contrario, y hallando en el puerto de Joppe una embarcación que se hacía á la vela para

1 *De unit. Eccles.* cap. V. 2 Hom. VIII.
3 Epist. ad Paul. 4 *De Viduis.—De Spir. Sto.*
5 In. psalm. LXXIV. 6 Así apellidan este libro Vernes y Wellhausen, Prolegom. 238.
7 Vigouroux, *La Bible*, t. III, Gedeon.

Tarsis, la fletó y se atrevió á los golfos del mar. Tarsis era ciudad de Cilicia, según algunos; [1] según otros, [2] á quienes siguen Rosenmüller, Ackermann, Kaulen, [3] era ciudad de España; otros con San Jerónimo, [4] Ribera, Lirano, el Tostado, Villalpando creen que significa el mar indeterminadamente.

Muy sin cuidado y á sueño suelto dormía Jonás, cuando levantóse en el mar una brava tormenta que puso consternación en los tripulantes, y los forzó á botar al agua parte del cargamento, sin que por eso dejase de bramar el huracán, ni de crujir la tablazón de la nave estallando los mástiles al troncharse entre los gritos y gemidos de los marineros. Estos perdido el ánimo echaron suertes á quién tocaba ser arrojado al furor de las encrespadas olas para aplacar la cólera divina, pues alguno de ellos por su culpa (así lo pensaban) había provocado tan súbito contratiempo. Cayó la suerte en Jonás, y como manifestase á los marineros que por su desobediencia á la voz de Dios tenía merecido aquel castigo, fué lanzado á las ondas, y éstas se restituyeron al punto á su primera bonanza. Un gran pez, que estaba cerca de la nave tragó al profeta, le retuvo tres días y tres noches en el vientre, y al cabo le devolvió á la playa sano y salvo. Si en tiempo de San Agustín recibían con rechifla é irrisión este suceso los paganos, ¿qué ha de esperarse de los modernos racionalistas que son más taimados que ellos? [5]

Es cosa entretenida pasar la vista por los sistemas que han fabricado para cohonestar su horror al milagro, ya que ninguna otra razón les asista para poner tachas en la verdad histórica del libro de Jonás, sino el milagro del gran pez que los desatina y desespera. Ya Hermann Hardt pensó que Jonás había aportado por la violencia de las aguas á un paraje que llevaba por nombre la *Ballena*. [6] Otro protestante, Less, [7] imaginaba que el monstruo

1 Josefo, *Antiquit.* lib. IX, cap. XI.— Aben-ezra, Alápide, Calmet.
2 Pineda, *De Rebus Salomonis*, lib. IV, cap. XV.—Mariana, *Hist. de Esp.*, lib. I.— Lenormant, *Révue des questions historiques*, t. XXXII. 1882.
3 Vigouroux, *Les livres saints.*, t. V. p. 72.
4 Epist. CXXXIV ad Marcell.
5 Hoc genus quæstionis multo cachinno á paganis graviter irrisum animadverti. Epist. CII.
6 *Ænigmata prisci orbis*, 1723.
7 Vermischte Sckriften, 1782, p. 161.

que recibió á Jonás fué otro buque, ni más ni menos, en cuya proa figuraba por mascarón la ballena, y desembarcó en la costa opuesta. Otros (Griendorf, Vanpel, Anton) dijeron que el monstruo que engulló y vomitó al profeta era muerto y no vivo. Otros (Palmer, Eichhorn, Semler, Chave, Ammon) juzgaron que temporal, mar, pez, nave, son voces simbólicas, y representan el estado de un alma fluctuante y congojada; y así dieron á la relación el apodo de fábula instructiva y moral. Otros (Grimm, Goldhorn, Herder, Sonnenberg) decretaron que toda esta borrasca y catástrofe fué puro sueño de Jonás, y que en despertando tomó el camino de Nínive. Blasche atribuye la tormenta á visión tenida por Jonás. Otros (Ronsenmüller, Gesenio, Krahmer, Baur) quieren ver en esta narración alusiones á fábulas mitológicas, como la de Hércules devorado por un tiburón. Friedridchsen dió en pensar que la relación es un poema didáctico. Dereser prefería decir que como la nave fuese á pique, Jonás se salvó en los lomos de un monstruo, y á los tres días se vió surto en la orilla. El rabino Astruc, siguiendo á Paulus y á Munck, no consideró aquí otra cosa sino una parábola relativa al ministerio de los profetas. [1] Finalmente M. Rebattu [2] tuvo por cosa cierta que era un mito inventado para declarar la clemencia y bondad de Dios con los gentiles.

Quien los hace tan discursantes es el miedo. Por miedo mudan parecer, por miedo escarpian los versículos sin compasión. En cada suceso bíblico miran pendiente sobre sus cabezas el golpe mortal que los ha de herir; por eso cautelan todas las contingencias huyendo aspaventados de las que suenen á especial intervención de la divinidad. A este tenor, soñando lo que se les antoja, y queriendo ver lo que fantasean, por hacérseles horrible la gloria de este famosísimo hecho, le llaman alegoría, sueño, visión, fábula, mito, parábola, con que se mueven guerra unos á otros y méntense en arrecifes de dificultades de más ardua salida que si defendiesen lisamente la verdad histórica que contiene.

Ciertamente, nadie en el día hace caso de las explicaciones naturalistas ó alegóricas por estar faltas de razón y fundamento. Los amigos de figurones y mascarones de proa ó popa deberían probar que no va nada de ballena á galeón, de pez á barca, de parecer á ser. No tiene la verdad mejor vallado que los pomposos encarecimientos de la mentira. La única opinión que entre los libres pensadores actuales ha prevalecido es la de Reuss, autor entronizado y absoluto, muy malo para enemigo, que reputa por *cuento moral* la historia de Jonás. [1] Con esto parece que han vaciado la aljaba de sus saetas: ello es que quedan tan asaeteados de los engaños y vaciedad de sus sistemas, que ya no saben á dónde volver los ojos. Que sea verdadera historia la de Jonás ningún Padre lo dudó, ningún rabino antiguo lo negó, muchos protestantes con De Wette lo defienden, las Escrituras lo comprueban, [2] sin que sea menester invocar otras razones. *Burlen ellos de nuestras Escrituras*, decía San Agustín, *burlen cuanto quieran, que los burladores van siendo de cada día menos en número, ó porque se mueren ó porque creen.* [3]

El arqueólogo acostumbrado á recorrer las ruinas de Nínive, y á considerar las esculturas desenterradas, ve campear en muchos monumentos el pescado con atributos de deidad; el sepulcro de Jonás es llamado por los musulmanes túmulo del arrepentimiento. [4] Los bajosrelieves, lápidas sepulcrales, frescos de catacumbas, medallones de metal, lámparas, vasos, dípticos y otras suertes de restos de la antigüedad cristiana, reproducen con frecuencia la historia de Jonás y su tempestuosa huida. [5]

Pero el argumento más perentorio en esta materia, es la autoridad de nuestro Salvador. Algunos escribas y fariseos dijeron á Jesús: *Maestro, queremos ver algún milagro tuyo* (signum, σημεῖον). El Salvador les respondió: *Esta casta ruín y adúltera pide milagros, y no le será dado más milagro que el del profeta Jonás; que así como Jonás estuvo tres días con tres noches en el vientre del pez, así el Hijo del hombre estará en las entrañas de la tierra tres días y tres noches.* [6]

[1] *Revue de Belgique*, 1874, p. 147.
[2] *Disp. de lib. Jonæ*, 1875.

---

[1] *Philosophie religieuse*, p. 667.—KUENEN, *Hist. critique de l' Ancien Testam.*, t. II.
[2] Eccli, XLIX, 12.—Tob. XIV, 5.
[3] Rideant Scripturas nostras; quantum possunt rideant, dum per singulos dies rariores pauclores que se videant, vel moriendo vel credendo. Ep. 102, cap. XXXII.
[4] OPPERT, *Expédit. en Mésopotamie*, t. I, p. 304.—VIGOUROUX, *La Bible*, t. V, chap. VI.—BONNETTY, *Annal. de Philos. chrétienne*, t. III, p. 364.
[5] MARTIGNY, *Dictionn. des antiquit. chrét.*, 1877, p. 397.
[6] Matth., XII, 38.

No cabe en estas palabras alegoría, ni mito, ni sueño, ni parábola, ni cuento moral; porque lo que querían los fariseos no era una ficción simbólica, sino un hecho milagroso que abonase la divinidad de Jesús, y la respuesta de Cristo hubo de satisfacer á su demanda; especialmente, que como ellos admitían el hecho de Jonás, se dieron por entendidos, y conjeturaron que el Señor haría un milagro semejante al de Jonás, resucitando entre los muertos á los tres días. *Si el milagro de Jonás no es real, sino fingido, ¿á qué se reduce la promesa del Salvador?* dice oportunamente Lamy. [1] Y si el milagro de Jonás es alegórico, alegórica será también su predicación y la penitencia de los ninivitas, y eso cuadra muy mal con las palabras de Cristo confirmadas por San Lucas, [2] las cuales carecerían de significación, ó significarían una notable falsedad, á no ser cierto y seguro el hecho de que tratamos.

Y no replique la obstinación de los racionalistas, que el libro de Jonás fué escrito por la Sinagoga en tiempo de Esdras, ó en época más reciente; porque ni Vatke, ni Hitzig, que eso pretenden, traen pruebas demostrativas de su aserto, y aunque se lo otorgásemos, no queda evidente con eso que el acontecimiento sea falso ó fabuloso, á no ser que demuestren que un suceso no es histórico en el mero hecho de no historiarse en el acto de su acaecimiento. Tan verdadero es éste de Jonás, cuan verdadero le hay en toda la Escritura. [3] Por manera que, *ó ningún milagro debe ser creido, ó no hay motivo para quitar á éste el crédito que se merece,* [4] dice el glorioso San Agustín. [5]

Viniendo á tratar de la bestia marina que sorbió al profeta Jonás, dice el sagrado texto, que *Jehová deparó un pez grande,* (דג גדול) *que tragase á Jonás, y estuvo en el vientre del pez tres días y tres noches, y desde el vientre del pez invocó Jonás á Jehová su Dios... Y Jehová mandó al pez que arrojase á Jonás en tierra firme.* [6] Los Setenta vertieron el *piscis grandis* de la Vulgata por Κητος-*cete*, [7] que suena pez enorme, sin determinar, como tampoco determina el original, si era del género de los cetáceos, ó de los escuálidos, ó de otra familia de las más corpulentas, pues cosa sabida es que Κητος no designa especie alguna determinada de peces, bien que denote animal marino de extraordinaria magnitud, cual es la ballena, delfin, tiburón, atún, can marino. Es común llamar ballena al pez que dió hospedaje á Jonás; pero ya por no ser bestia del Mediterráneo, ya por no ser pez propiamente tal, ya porque en los monumentos de la antigüedad cristiana no es la ballena el animal representado, no se hace preciso adoptar la voz ballena, bastando otra cualquiera, como el tiburón, animal voracísimo y descomunal, para el intento que nos ocupa, pues que no hace falta fingir nuevos milagros en el concretar este punto.

Las maravillas que el hacer morada Jonás en las entrañas de la bestia supone y requiere, superan nuestra admiración. Las tres principales son éstas: alojarse un hombre en el vientre de un animal vivo por tres días y tres noches, sin ser consumido por la voracidad del estómago; orar despacio y con sosiego, estando sumido en aquella capacidad; ser arrojado vivo y sin lesión en la ribera de Palestina. [1] En estos tres admirables portentos señalóse providencialmente el divino poder. Es imposible á la condición del animal, que devorando á un hombre entero, le conserve tanto tiempo en el estómago, le deje respirar aire fresco, resista al trabajo digestivo, le haga llevadero el hedor intolerable de aquellos gases, y le despida de sí vivo y entero como antes. [2]

Lo que la naturaleza no alcanza, alcánzalo su divino Autor, que donde pone la todopoderosa mano ataja los humanos discursos y deja atónita nuestra flaca razón. Altísima fué la que tuvo el Señor en este grandioso suceso. Enviaba á Jonás á predicar á los gentiles, á convertir una populosa ciudad, y convenía que le abriese camino con la grandeza de tan incomparable portento. En fin, Dios que andando los siglos había de resucitar á su precioso Hijo para salud de judíos y gentiles, preparaba de lejos en la persona de Jonás una

[1] *La Controverse*, 1882, t. IV, p. 676. — *Dictionn. apologétique*, art. *Jonas*.
[2] XI, 29-32. — Matth., XVI, 4.
[3] VIGOUROUX, *Les livres saints*, t. V, p. 358.
[4] Aut omnia divina miracula credenda non sint, aut cur hoc non credatur nulla causa sit.
[5] *Ad Deo gratias*, ep. CII, in quæst. VI de *Jona*.
[6] Jon., cap. II, 1-11.
[7] Matth., XII, 40.

[1] KNABENBAUER, *Comment. in Prophet. minor* I, p. 379.
[2] LAMY, *Dictionnaire apologétique*, art. *Jonas*.

traza llena de misericordia, que ofreciese al mundo corrompido los dones de su amistad y gracia. [1]

Estaba el rey Ezequías enfermo de gravedad, aquejado de un tumor maligno con amagos de muerte. A ella le había preparado el profeta Isaías intimándole orden de disponer de sus cosas, cuando el Señor le reveló que por las lágrimas del rey le concedía quince años más de vida. El profeta obró aquí dos milagros: primero, hacer que la sombra del sol retrocediese diez grados en el cuadrante de Acaz; después, aplicar á la llaga encancerada emplasto de higo. A los tres días el rey gozaba de perfecta salud. [2]

Este segundo milagro es el torcedor de nuestros adversarios, á la presencia del fenómeno se les turba el afán de inventar. Las cosas que resultan ciertas, son: la gravedad del mal, la promesa de perfecta curación y de quince años más de vida. [3] La enfermedad del rey se designa con la voz שְׁחִין *schehhin*, que significa *llaga*, *tumor*, *úlcera*, como procedente de la raíz שָׁחַן [4] *arder* y consta en muchos lugares [5] de la Escritura. No entremos á disputar si era tisis, angina, pleuresía, cáncer; dejémoslo á los intérpretes. [6] Tampoco nos detengamos en si es exacta ó no la división de las neoplasias en *benignas* y *malignas*. A los oncólogos remitimos la disputa. Lo que nos incumbe es llamar á consulta á médicos y cirujanos para que formen el pronóstico de esta enfermedad y dicten el método curativo. Deberán, por fuerza, resolver que el tumor del monarca era *maligno*, pues le ponía á las puertas de la muerte; y además, que el neoplasma había entrado en el segundo período de su evolución histológica, período de ulceración; y por lo mismo habrán de ver aquí indicadas alteraciones funcionales ó nutritivas, fenómenos patológicos, hemorragias, exudaciones purulentas, dolores lancinantes, ardores febriles en sumo grado, [7] que hacen indefectible el fallecimiento, si no entra en acción el brazo de Dios.

Preséntase el profeta, y cuando la fuerza del mal amenaza acabar presto con la vida del rey, receta que le apliquen á la úlcera *p.m de higo* (דְּבֶלֶת תְּאֵנִים), y el mal cesa de pronto. Los enemigos del milagro, al ver atajada la proliferación de los elementos histológicos con un apósito tan desproporcionado, desearían calificar la dolencia regia de lipoma, fibroma, osteoma, adenoma ó de otro tumor benigno de fácil remedio; pero les sale al paso todo el contexto con sus antecedentes y consiguientes, y les quita el aliento del ánimo para fingir y engañar. San Jerónimo y Teodoreto [1] conceden que algún alivio podía resultar de la masa de higos; Grocio, por el contrario, la cree más perjudicial. La súbita y fácil restitución de la desesperada salud, no puede menos de atribuirse á operación milagrosa. Para deshacerse de ella, insinúan los racionalistas que el rey Ezequías padecía el mal de la peste, pelagra, lepra, etc.: y *el emplasto de higos es remedio usado por médicos árabes y turcos.* [2] Esto dice Munck, y con la cataplasma quiere curar de raíz en un instante. Así se exonera de la carga, disimulando en cada palabra un yerro. ¿Con tales tópicos cómo no ha de enconarse la hinchazón racionalista? Que sea específico calmante de la peste la carne pulposa del higo, faltaría saber qué Academia de Cirugía ó Medicina lo decretó; pero con la frescura de estos emolientes se hace cruda guerra á la Biblia. El higo podrá con su pulpo gelatinoso mitigar los ardores del tumor, pero curar radical y súbitamente una úlcera de tanta gravedad, á solo Dios está reservado. Es por demás multiplicar razones. Tienten ellos todas las vías posibles, todo será topar ciegos con las paredes en mediodía.

Y si esta curación desespera á los médicos, el retroceso de la sombra del sol desconcierta á los astrónomos. Había el rey pedido en prueba de la prometida salud que la sombra volviese atrás diez grados. En el acto le fué concedido. Lo primero aquí es definir qué linaje de má-

---

1 Matth., XXI, 39. 2 IV Reg. XX, 1, 11.
3 Ibid, XX, 1, 5, 6. 4 PAGNINI, *Lexic. hebr.*
5 Exod. IX, 10.—Levit. XIII, 18.—Deut. XXVIII, 27.
6 CALMET, In IV Reg. XX, 1, 7.
7 A medida que el neoplasma crece, se hacen más frecuentes y agudos los dolores, para adquirir en el periodo ulcerativo su grado de intensidad insoportable al paciente, que no halla alivio ni áun con los calmantes más energicos. DR. FERRER Y VIÑERTA, *El Siglo Médico*, t. XXVI, p. 680.—Desarróllase la fiebre héctica ó consuntiva, y el enfermo muere en medio del cuadro morboso local y general más triste y desconsolador.—Ibid. p. 681.

1 In Is. XXXVIII. 2 *Palestine*, p. 337.

quina era aquella que tuviese grados y sombra. San Jerónimo advierte que empleó en la versión los vocablos *línea* y *horologium* para mayor claridad, y siguiendo á Simmaco; mas es cierto que el texto original no expresa reloj solar, ni género de artefacto. Algunos pensaron que sería un obelisco levantado en alto, de arte que su sombra se proyectase en una escalinata colocada alrededor, y que las varias proyecciones denotarían diversas horas del día; y según éstos, pues el rey Ezequías propone al Profeta que la sombra suba ó baje diez grados, se ve claro que serían por lo menos veinte los escalones. Muchos modernos admiten esta forma de mecanismo [1], y parece fué la idea de San Jerónimo. Pero este no podía llamarse reloj solar, sino es que concedamos que tenía gnomón, ú otra pieza equivalente, ó que el curso del sol se marcaba en alguna pared, suelo, cuerpo redondo, mediante la sombra, de una manera regular y matemática. Aunque creemos que los babilonios y caldeos usaron relojes de sol, [2] mientras no den los arisiólogos con este monumento de Acaz, quedará la duda por resolver. El célebre Montucla quería que el cuadrante de Acaz fuese el primer ejemplar de la gnomónica. [3] Mucho le habría costado al sabio matemático demostrar con la Biblia en la mano, que este fuese cuadrante solar. A las diligencias de los arqueólogos toca esta curiosa demostración.

Tampoco dice la Biblia que el sol retrogradó: solamente afirma que la sombra del sol volvió atrás diez líneas ó grados. En tres lugares hácese memoria del suceso, fuera del libro de los Reyes, en Isaías, [4] en el Eclesiástico [5] y en los Paralipómenos. [6] En Isaías se refiere al sol el retroceso, pero bien se advierte que por sol debe entenderse la sombra, pues dice que el sol volvió sobre sí diez líneas. El Eclesiástico, posterior á Isaías, de igual modo ha de exponerse. El texto de los Paralipómenos es más explícito, porque en el hecho de enviar el rey de Babilonia mensajeros que preguntasen por el portento ocurrido en Judea, significó que en Babilonia no había causado efecto el movimiento del sol, y que por tanto el astro no había alterado su marcha progresiva. Además, la señal pedida y ofrecida consiste en retroceder la sombra. El hebreo no habla del sol sino de la sombra, de la sombra habla el profeta cuando le propone al rey el prodigio, [1] á la sombra pertenecen las voces *reducam*, *descendit*; si se menciona el sol es para indicar que el efecto de los rayos solares se trastornó y volvió al revés. Así lo entendieron los intérpretes Arias Montano, Manuel Sá, Sanchez, Pablo Burgense, tomándolo de los antiguos Padres: así también lo interpretan Clair [2] y Knabenbauer. [3] Y dado que otros [4] sostienen que el sol fué quien propiamente se movió, no son tan decretorias las voces que no puedan bien entenderse de la sombra solar, como está dicho; y pues no hemos de acumular milagros sin necesidad, no creemos de tanto peso las razones que debamos por fuerza aceptarlas.

Conforme á lo dicho ¿qué valor tiene la objeción de los incrédulos, cuando claman que á ser verdad el milagro de Ezequías, la naturaleza toda hubiera hecho movimiento y se habría roto el concierto del sistema solar á vueltas de la retrogradación de la tierra? Risa da la objeción y muestra la liviandad de sus inventores. No se interesa aquí el movimiento de traslación, sino el de rotación; no era la tierra quien debía parar en su curso, bastaba que se extinguiese su movimiento rotatorio, ¿y quién dirá que Dios carece de energías para suspender, anular, contrarestar el efecto de la fuerza centrífuga en caso dado, sin que se turbe el sosegado curso del cielo? En los textos bíblicos no pueden los fabulistas hacer destrozo, y vencidos del desmayo se turban aquí más al milagro de la sombra que á la sombra del milagro.

Algunos autores han querido explicar el volver atrás de la sombra en el reloj de Acaz, por una desviación de los rayos solares al atravesar la atmósfera. Como no sea fuerza suponer que el sol paró, ni que la tierra dió media vuelta al revés, sino que todo el punto estuvo en la sombra, con modificarse los rayos del sol al

[1] CLAIR, *Comment. Les livres de Rois*, 1884, p. 544.
[2] *Heródoto*, lib. II, CIX.
[3] *Hist. des Mathemat.* t. I. p, 62.
[4] XXXVIII, 8. [5] XLVIII, 26. [6] XXXII, 31.

[1] IV Reg. XX, 9. [2] *Les livres des Rois*, 1884, p. 544.
[3] *Comment in SS.* t. II, p. 34.
[4] NATAL. ALEJANDRO, *Hist. Vet. et Novi Test.* t. II. *dissert. VIII.*—CALMET, *Dissert. de Retrogradat. Solis in horologio Achaz.*—GRAVESON, *Hist. Vet. Test.* t. II.

penetrar en las capas atmosféricas y con padecer desviación, podían haber causado el retroceso de la sombra. ¿Y Dios no había de poder lo que está en la virtud de un prisma de cristal? Cuánto más que una refracción extraordinaria en la atmósfera, podía ser fruto de la oración de Ezequías, y dar solución al milagro. [1]

Otros autores imaginan una nube que por vía de milagro determinó en el reloj la sombra de regreso y progreso, y con esto excusan el movimiento del sol.—R. Pero Isaías [2] y el Eclesiástico [3] hacen al sol con su sombra autor de la alteración efectuada en el reloj. La embajada de los babilonios al rey Ezequías [4] pide razón *del portento acaecido en la tierra*, y no puede entenderse del estrago hecho en las tropas de Sennaquerib, que aún no se había ejecutado cuando este milagro sucedió. Así la nube dicha no remedia los inconvenientes, antes los multiplica, en especial que hubiera obrado con lentitud, y entonces el prodigio se habría advertido al cabo de tiempo, contra lo expresado en el texto.

Merece alguna atención la manera que tuvo Littré de impugnar esta maravilla. El principio fundamental del positivista es que *si se contiene milagro en la relación bíblica, los críticos la desechan como apócrifa, por motivo de que no hay palabra ni plegaria de quien quiera que tenga virtud para forzar á los astros á mudar su dirección, y adelantarse ó volver atrás, contra las fuerzas que los mueven.* [5] Muchos son los dislates contenidos en estos renglones, no siendo el menor el que en este lugar de la Escrituro tratase el profeta Isaías de alterar el rumbo de los astros. Mas dejando esto, que va ya dicho arriba, veamos cómo Littré retiene la letra y explica el hecho sin introducir milagro.

Llama en su apoyo al geómetra M. Guillemin, y toma de su boca los teoremas de gnomónica [6] que le convienen para demostrar, que si al plano de un reloj horizontal se le da una cierta inclinación, la sombra en vez de ir adelante, se retira hacia atrás apartándose de la meridiana. El ángulo que ha de formar el plano de un reloj con el horizonte ha de ser de 13° 21' en una latitud como la de Jerusalén, para que la sombra retroceda diez grados, según acaeció en tiempo de Ezequías. Asentados estos preliminares, entra la explicación de Littré por estas palabras: *El profeta Isaías movió el cuadrante dándole la debida inclinación para el efecto del resultado que pretendía; porque según el texto Isaías invocó al Señor, é hizo que la sombra retrogradase. Si no hubiera puesto las manos en el cuadrante, el texto diría: Isaías invocó al Señor, y la sombra volvió atrás. Luego la invocación del Señor no fué el único artificio puesto en ejecución por el profeta.* [1] Con su invención piensa el positivista haber atado el humo: en ordenar tanto embuste gastó días y papel.

Muchos son los despropósitos de Littré en su teoría. Primero, que el *horologium* de Acaz fuese cuadrante solar; ni lo dice la Escritura, ni lo demostrará Littré con todos los astrónomos del orbe. Segundo, que el *horologium* de Acaz fuese reloj horizontal y movible; ni lo dice la Escritura, ni valen cálculos geométricos para concluirlo. Tercero, que Isaías convirtiese el reloj horizontal en inclinado con inclinanación de 13° 21'; ni lo dice la Escritura, ni hay manera de averiguarlo. Poco sabe de gnomónica, según se ve, nuestro positivista. Ignora que fuera de los horizontales, que son los más sencillos, hay relojes verticales con declinación y sin ella, inclinados con declinación y sin ella, esféricos, cilíndricos, irregulares, portátiles; en una palabra, en toda superficie, plana, cóncava, convexa, alabeada puede describirse un reloj de sol con su correspondiente horario. Suponer, como supone Littré, que el *horologium* de Acaz era un simple cuadrante horizontal, es hacer muy poca honra al mérito y fama de aquel instrumento, en cuya construcción la ciencia de los caldeos debió de echar el resto de sus especulaciones.

Pero en lo que á sabiendas yerra Littré, es en decir que el profeta Isaías torció con arte el curso de la sombra, haciendo de industria que caminase atrás diez grados. Nada de eso tenemos en la Escritura, sino todo lo contrario, y esto por varias razones. El Eclesiástico dice: *En los días de Ezequías el sol volvió atrás,*

[1] Clair, ib. p. 544. [2] XXXVIII, 8. [3] XLV, 26.
[4] II Paralip. XXXII, 31.
[5] *Philosophie positive*, 1879, t. XXII, p. 147.
[6] *De la retrogradation de l'ombre sur le cadran solaire*, 1878.

[1] Ibid. p. 149.
[2] *Dictionnaire de la Bible*, 1891 art. *Achaz*, p. 134.

y se le acrecentó al rey la vida. [1] En los Paralipómenos se lee: *Oró Ezequías al Señor, y el Señor le oyó y dióle una señal.* [2] Los Reyes atribuyen la señal ó milagro, no á Isaías, sino al Señor, en prenda de la salud y de las otras promesas que el santo rey había de ver cumplidas. [3] Estos lugares claramente demuestran que no tuvo parte alguna el profeta en la retirada de la sombra. Fingir que Isaías tocó el reloj y le hizo de horizontal inclinado, es convertir al profeta en artífice de relojes solares, sin razón ni fundamento: semejante artificio despertara sospechas en los presentes y hubiera desvirtuado la eficacia de la señal que el enfermo rey pedía. Pero á Littré le convino sobresembrar en todo cuanto escribió neguilla de errores, sin ahondar la profundidad del contexto. Promete el profeta al monarca la salud de parte de Dios, profetízala con toda certeza; en prenda de que la profecía tendrá cumplimiento, pide el rey que la sombra vuelva atrás diez líneas, y el profeta se lo otorga. La profecía contenía cuatro predicciones, á saber; que el rey cobraría presto salud, que á los tres días bajaría al templo, que viviría quince años más, que derrotaría á los asirios; [4] predicciones que no podían ser debidas á humana previsión. ¿Y pretenden los positivistas que la confianza dada por el profeta de que sus predicciones se cumplirían, consistiese en un juego de manos, en una operación de gnomónica? O nieguen las Escrituras, ó expliquen con más sensatez; y si no saben explicar, callen y reverencien tan famoso hecho. [5]

En fin, corten por donde quieran, no hay otro remedio sino juzgar el caso por milagroso. Aun presuponiendo que el ir y venir de la sombra fué debido á la invención de una parelia, como quería Espinosa, ó á la concurrencia de un eclipse, como pensó Peyrère, [6] ó á un súbito movimiento del reloj como otros imaginaron; [7] siempre queda que el fenómeno fué ejecutado en el acto, sin pérdida de tiempo, á petición del doliente, en la medida deseada, á vista del público atónito: ¿qué más queremos para atribuirle al soberano Autor de la naturaleza? [1] Y es mucho de ponderar que el profeta Isaías dió al rey á escoger entre dos extremos igualmente milagrosos, ó de ver correr la sombra del sol diez líneas hacia adelante, ó diez líneas hacia atrás: Ezequías que pudo escoger lo primero, pidió lo segundo; pero el profeta en su mano tenía la facultad de extender la sombra con igual presteza. No podía constar con más evidencia el milagro.

Pongan fin á este capítulo dos sucesos que por demasiadamente extraordinarios no merecen ser creídos, en concepto del racionalista De Wette. [2] No les ha quedado á los críticos negativos cosa por hacer para deslustrar la autoridad del libro de Daniel, para lograrlo hasta se han cansado en el ejercicio de fingir. Viene mal á nuestro intento demostrar su autenticidad; otros escritores han puesto las manos en esta empresa valentísimamente. [3] Satisfagamos á las principales dificultades que á estos insignes milagros se suelen oponer.

El rey Nabucodonosor, orgulloso con la gloria de sus triunfos, había mandado erigir una estatua forrada con láminas de oro, que representaba un ídolo de los muchos que en Babilonia eran celebrados, como parece en las inscripciones cuneiformes y otros descubrimientos recientes. En el día de la inauguración tenía dada el rey orden de que á la primera señal de la orquesta todos los presentes se postrasen y adorasen. Fueron hallados tres mozos hebreos, Ananías, Misael, Azarías, que sin embargo de administrar cargos públicos de palacio no quisieron acceder á aquellas muestras de culto á la señal convenida. Notados y acusados por ciertos caldeos envidiosos y lisonjeros, [4] de desobediencia al real decreto, el príncipe, tan altivo cuan devoto, como lo dicen sus descubiertas inscripciones y ordenanzas, tuvo por caso grave aquella actitud hostil de sus vasallos; y llamándolos á su presencia, y enojado por la entereza de sus respuestas, monta en cólera sañoso y bravo, y sin darles tiempo de desnudarse, manda que así conforme estaban con sus mantos, sanda-

---

1 XLVIII, 26. 2 XXXII, 24. 3 IV. Reg. XX, 9.
4 IV. Reg. XX, 5. 6.
5 VIGOUROUX, *les livres saints.*, t. V. p. 278.
6 *Syst. præadamit*, p. 202.
7 GUMPACH, *Allert. Stad.* p. 198.

1 CHAIS, *La sainte Bible*, t. VI, p. 11.
2 *Einleitung*, p. 491.
3 CORNELY, *Introd. in lib. Sacr. V. T.* vol. II, 1887.
4 Dan., III, 8.

lias, tiaras y demás adornos de gala, sean arrojados en un horno, encargando á los ministros que ceben las llamas con combustible siete veces mayor que de ordinario. [1] El fuego después de serpear por los cuerpos de los tres mancebos, tratólos con reverencia, dejólos sin lesión y sin chamuscarles los vestidos, y quemóles solamente los cordeles de manos y pies; en cambio se apoderó de los ministros y los hizo ceniza. [2] Nabuco, visto el prodigio, despachó un edicto general por todo el imperio, con orden que fuese muerto quien quiera que blasfemase el santísimo nombre del Dios de Israél.

Merecen consideración en este suceso los prodigios siguientes: el fuego respeta los santos cuerpos y se ceba en las ataduras, envuelve y sofoca á los ministros con muerte repentina, echa resplandor sin causar adustión, deja á los tres hombres la facultad de respirar en medio de la hoguera, allí cantaron un elegantísimo himno divinamente inspirado, el ángel con majestad de Dios anda entre ellos á par de hombre, el aire les templa la fuerza del calor con suavísimo refrigerio; siete prodigios, que ponderados, como los pondera el P. Pereira, [3] aumentan la veneración de este admirable suceso. En él como caso concreto, descúbrese la confirmación de lo afirmado en otro lugar (p. 141) cuando decíamos, que en ciertas apariciones de ángeles concurren muchas maravillas complicadas en el hecho total, en cuya ejecución se queda corto el poder angélico, ni basta por sí para satisfacer del todo á la filosófica investigación.

Las objeciones que aquí levantan los críticos, dejadas las que tocan á la exégesis bíblica, son fáciles de resolver. Primeramente juzgan por arrogancia la entereza de los tres jóvenes en las respuestas que dan al monarca. No así opinaron los Santos Padres y Doctores. La rectitud y firmeza ha respirado con igual generosidad en los pechos valerosos y producido iguales efectos. La noticia que el Rey tenía de los tres mancebos muestra cuán notoria le era la valentía de sus creencias y que no le quedaba esperanza de doblegar sus ánimos.

Instan.—¿Por qué los ministros habían calentado el horno de antemano?—R. Ninguna expresión escritural significa que tuviesen orden de hacerlo, y de alguna manera debería indicarse el escrúpulo de los adversarios. Lo que el rey mandó, decretada la sentencia, fué que echasen siete veces doblado combustible que de costumbre. El horno, suplicio común en Caldea, Persia, Asiria, para castigar crímenes de blasfemia y rebeldía, [1] aunque también solía servir para fundir metales, cocer ladrillos y ayudar á las públicas construcciones, de creer es que á todas horas estaría dispuesto y provisto, como lo comprueba el ejemplar de Jeremías, [2] especialmente que Nabuco los amenazó con la hoguera encendida. El ser comprendidos por la voracidad de las llamas los ejecutores de la orden real, es fácil de entender, pues que siendo tan elevada la temperatura del horno, y concurriendo en el arrojar á los tres mozos proximidad de peligro, y más que todo, gobernando la llama el Señor del mundo, no es mucho fuesen ejecutados en aquello mismo en que eran ejecutores, como les acontece á los enemigos del milagro.

Preguntan: ¿Qué fin se propuso Dios en este milagro? El fruto que consiguió fué la confesión de su santísimo nombre y la propagación de su divina gloria, fin general de todos los milagros. Además, el rey confirió á los tres donceles jurisdicción y cargo de todos los israelitas, que moraban en su imperio. Finalmente, este milagro fué parte, junto con las proezas de Daniel, para que el pueblo de Dios lograse entera libertad y saliese pronto del humillante cautiverio.

Pretendía Matta [3] que esta suerte de maravillas, que se llaman milagros negativos, como dijimos en el libro anterior, [4] no deben contarse por verdaderos milagros. Entre las razones que daba, una era, que para ser milagros debería admitirse presunción de presunción, porque debería presumirse que el fuego debió quemar, y además que si no quemó sería por milagro. Pero es falso que sea presunción, sino necesidad física, el que aplicado el fuego prenda en la materia dispuesta, y no prendiendo es señal cierta de intervención superior: aquí no cabe presunción.

[1] SMITH, *Dictionary of Antiquities*, *Fornax*.
[2] VIGOUROUX, *la Bible*, t. IV, p. 446.
[3] In Dan. III, 49.

[1] SMITH, *History of Assurbanipal*, p. 157 y 163.
[2] XXIX, 22. [3] *De canoniz. Sanctor.*, p. III, cap. VIII.
[4] Cap. XIV.

Y si decimos que bastó un ángel para estorbar la combustión de los mozos, no es obstáculo, sabiendo que no podía ser malo, sino bueno, porque obraba por orden y gloria de Dios. Así la opinión de Matta fué rechazada por los doctos, como lo dice Benedicto XIV. [1]

Dirá por ventura alguno: Si el ángel del Señor entró en el horno y aventaba las llamas para que no molestasen á los tres israelitas, ¿qué mucho que quedasen ilesos?—R. Era muy conforme al poder natural del ángel apartar de los cuerpos la llama; pero con Santo Tomás va dicho en el libro anterior, [2] que cuando el ángel obra un efecto sensible sobre las fuerzas físicas impidiendo su connatural resultado, es milagro propio de Dios: fuera de que no podía el ángel por sí solo efectuar todos los siete prodigios arriba indicados y comprendidos en este glorioso hecho. De aquí le vino al rey aquel pasmo grande y aquella solemne confesión del divino poder. Extraordinaria providencia y singular disposición del cielo intervino muy sin duda en esta maravilla.

Las regias alabanzas y aclamaciones de admiración parécenles á los críticos demasiadas é inverosímiles. Carece de fundamento su censura. El rey babilónico sabía, y era voz común, que Dios protegía con particular cuidado á los judíos, y tenía seguridad de que adoraban un solo Dios. La ira feroz, atizada por el soplo de la soberbia, sólo podía ser comprimida por el divino poder. Los milagros la abatieron. Grandes hubieron ellos de ser para sojuzgar tan irremediable pasión. Por ellos, vencido el monarca, entendió que reinaba en el cielo quien podía más que él, y se allanó á celebrar su glorioso triunfo: blasón magnífico del milagro. ¿Quién dijera que tras tan humilde y sincera confesión, la inveterada soberbia había de entumecer otra vez el pecho de este príncipe? ¡Ojalá nuestros racionalistas viesen á la luz de las llamas babilónicas lo que la sinceridad de Nabuco no pudo menos de ver! [3]

[1] *De Serv. Dei beatif.*, lib. IV, p. I, cap. XXII, n. 4.
[2] Cap. V, art. III.
[3] P. NIEREMBERG, *Stromata Scripturæ*, Stroma. II.

Daniel en el lago de los leones es otra suma de grandes prodigios. A consecuencia de haber el profeta dado muerte al dragón adorado de los caldeos, le acusaron de sedicioso y le echaron pérfidamente á la cueva de los leones, adonde no solamente le envía Dios un celeste mensajero que cierre á las siete fieras las fauces, sino que despacha también otro ángel al profeta Habacuc con orden de que cuando partiese el profeta con las alforjas al hombro á llevar comida á los segadores, le asiese de un cabello y diese con él en la leonera de Babilonia, para que proveyera á Daniel del necesario sustento. A los siete días asoma el rey por la puerta, y al ver á Daniel incólume, mándale salir y que en su lugar encierren á los autores de aquella iniquidad: en el acto fueron despedazados por los leones, áun antes de tocar en el suelo de la cueva. Visto tan espantoso milagro, y haciendo cuenta el rey que la envidia y ojeriza de hombres perversos le habían compelido á tan manifiesta maldad, promulgó por todo el imperio una provisión real que decía: *Tiemble la tierra delante del Dios de Daniel, que arrebató á su siervo de las fauces de los leones.* [1]

Siguióse después aquel escandaloso festín, en que mientras el rey Baltasar con las damas y magnates profanaba los vasos sagrados, aparecieron en la pared unos dedos misteriosos que dejaron escritas aquellas simbólicas voces: *mane*, *tecel*, *fares* (número, peso, división). Daniel por haber sabido, cual ninguno, interpretar estas palabras, fué levantado á la honra de primer ministro del reino, pero la envidia armóle otra celada y apremió al Rey medo á que mandase arrojarle á la leonera. Selló el rey con su anillo imperial la losa que cerraba la entrada; y al día siguiente fué hallado sano y salvo el profeta de Dios. Después fueron arrojadas las familias de los sátrapas que habían jurado perder al profeta, y comidas á bocados por las fieras. Entonces el rey expidió un decreto en que mandaba fuese reverenciado el Dios de Daniel porque lo había librado de las garras de los leones. [2]

La primera dificultad que objetan los racionalistas náceles de su asombro, pareciéndoles cosa recia de creer que un

[1] Daniel, XIV, 22. [2] Dan. VI, 1-27.

hombre entregado á la bravura de fieras hambrientas salga bien librado de sus garras. Y crece la admiración, si consideramos que Daniel, léjos de ser ningún diestro domador, ni hombre que hubiese en sus días ejercitado el oficio, ni tratado con animales, había ocupado toda su vida en literatura, en gobernar, en escribir profecías, y era del todo falto de habilidad para acallar el hambre de bravos leones: milagro fué verse libre de sus acometimientos.

Cuanto á la verdad histórica del suceso pocos son los mitólogos que entren á medir las armas, pocos los que pongan los casos dichos en la cuenta de los mitos. Pocos son, porque los monumentos asirios, que pueblan ya los museos de Europa, nos presentan infinitas figuras de hombres acariciando leones; [1] grupos colosales de mármol y de linda escultura son los hallados en las ruinas de Babilonia. *La cueva de los leones*, dice Lenormant, *es para nosotros una circunstancia de especial puntualidad, cuando contemplamos los admirables bajosrelieves de cacerías de Assurbanipal, que han sido llevados á Londres, en los cuales vense descargar en jaulas los leones reservados para divertimiento del rey.* [2] De esta consideración débese concluir con Vigouroux que la historia de la leonera prueba con nuevo argumento la autenticidad del libro de Daniel. [3]

Mas ¿cómo, reponen, podía el rey de los Medos confiar que el Dios adorado por Daniel le ayudaría y libraría? [4] Esta segunda vez no es de maravillar que el rey Darío, que sabía con qué providencia Dios había guardado en otro tiempo al gran profeta, esperase verle ahora salvo también. Nótese la diferencia de los dos casos. En el primero el rey babilónico tiene por segura la muerte del profeta, y acude á los siete días dándole por muerto con ánimo de llorarle; [5] en el segundo, al revés, el rey medo no llora, y si pasa congojosa noche y cruel ansiedad, no pierde la confianza, y por esto no bien llega á la cueva, en amaneciendo, llama á Daniel con voces lastimeras, aunque no temiese quedarse burlado.

Otra dificultad se origina del agujero que servía como de boca á la cueva. Aquí la objeción pierde su fuerza, porque no poseemos aún monumentos antiguos que den noticia de cómo estaban fabricadas las leoneras en Media y Babilonia. Si la boca ó puerta era lateral, ó si estaba en la parte superior, poco hace á nuestro caso; el sello real fué impreso en la dicha puerta en testimonio de autenticidad y para evitar fraude ó superchería.

Detengamos aquí la pluma, antes de pasar á los insignes taumaturgos del Viejo Testamento. Pero declaremos sin rebozo que la epigrafía de los egiptólogos y asiriólogos, en estos últimos años, han puesto en muy clara luz los milagros dichos y otros muchos que omitimos, sin salir del texto sagrado. De mucha consideración es el siguiente testimonio. *Debo declarar*, decía Lenormant, *que los argumentos de Corrodi, Eichhorn, Jahn, Gesenio, De Wette, Lengerke, Ewald é Hitzig me han parecido refutados hace tiempo. Yo seguía sus opiniones, pero motivos puramente científicos me obligaron á mudar de rumbo y á atenerme á la tradición.* [1]

Prometimos en otra parte considerar en el Viejo Testamento el embajador que Dios solía enviar á los Patriarcas y Profetas para participarles sus voluntades y obrar tan frecuentes milagros. Apareciáseles en visión real ó imaginaria el *Angel del Señor (Angelus Domini)*. Agar oye de sus labios grandes promesas; [2] Abrahan le oye también, y le ve; [3] Jacob lucha con él, y le invoca; [4] Moisés le adora en la zarza ardiendo, pídele su bendición [5] y le venera como á tutor y guía de su pueblo; Josué le contempla junto á sí blandiendo espada, y todo el pueblo le oye afirmar que Él sacó de Egipto á los Israelitas y que dió la ley á Moisés; á Gedeón le anima con sus palabras y promesas; Manué le contempla volando sobre la llama del holocausto, [6] y en otros infinitos lugares á los profetas y siervos de Dios el ángel del Señor se deja ver y les trasmite la voluntad del Altísimo.

Pues ¿quién, diremos, era el *Angel del Señor* en las teofanías del Antiguo Testa-

---

1 *Annal. de philos. chrét.* t. III, p. 364.
2 *La divination chez les Chaldéens*, p. 192.
3 *La Bible*, t. IV, p. 486.
4 VI, 16.
5 Dan. XVI, 39.

1 *La divination et la science des présages*, p. 170
2 Gen. XVI, 7.
3 Gen. XVIII, 3.—XXII, 14.
4 Gen XLVIII, 16.
5 Deut. XXXIII, 16.
6 Judic, XIII, 20.

mento? ¿Sería, por ventura, el mismo Verbo del Padre, que después se había de encarnar y ser el visible Medianero y Redentor de la humanidad? El Angel del Señor no parece fuera ningún ángel creado que hablase en nombre de Dios, porque se llama á sí propio Dios, [1] los que le veían pensaron ver á Dios, [2] y le tratan cual tratarían á Dios si le tuviesen presente. Por otra parte, en el Nuevo Testamento á Cristo se le llama *Angel del Señor*, y se le dan aquellas atribuciones que al Angel del Señor decreta el Testamento Viejo. [3]

Tan altamente tuvieron impresa muchos Padres esta sentencia, que declararon andar oculto debajo del apellido de *Angel del Señor*, el mismo Señor de los ángeles, el Verbo Hijo de Dios, y de aquí concluyeron, que autor y pregonero de la revelación hecha á los Patriarcas y Profetas fué el Hijo de Dios en persona, y no por medio de delegados inferiores. Esto sintieron los Padres de los cuatro primeros siglos, en especial los que disputaban con los arrianos, [4] y algunos otros, como los Cirilos y los Gregorios griegos.

San Agustín llevó otro camino. Considerado despacio el sentido escritural, vióse impelido á dar á los ángeles la propiedad de las apariciones. [5] Siguió sus huellas San Jerónimo, [6] San Gregorio Magno hizo pie en la misma exposición; [7] llevando por guía á los tres Doctores latinos, el Angel de las Escuelas no titubeó en la resolución [8] que convenía tomar. A su parecer hicieron honra y acatamiento los doctores y teólogos, desde Suárez hasta Perrone, de común acuerdo, persuadidos á que los ángeles ejecutaban las apariciones bíblicas, como instrumentos divinos, en muchos casos donde solamente Dios parecía intervenir. [1] El P. Suárez divide en dos partes la tesis: no todas las apariciones fueron hechas inmediatamente por Dios, sin ministerio de los ángeles; nunca Dios se dejó ver sensiblemente á los hombres sino por medio de ángeles. La segunda parte es menos cierta que la primera, pero se prueba con suficiencia de argumentos negativos. [2] Aunque haya apariciones en el Viejo Testamento, que pueden ser referidas al Verbo de Dios y á las otras dos soberanas personas, como lo discurre San Agustín; [3] pero la común sentencia de los teólogos, es que Dios nunca se hizo visible, antes de la Encarnación, en cuerpo tomado por persona divina, siempre que apareció fué por obra de algún ángel. Tal grado de validez ha conseguido esta opinión, que habiendo ciertos teólogos mostrado aficiones á la primera de los antiguos Padres, Benedicto XIV juzgó no convenía apartarse de la enseñada por Santo Tomás. [4]

La razón general es que *Dios administra las cosas medias por las supremas, y las ínfimas por las medias, cuando convenientemente puede hacerse.* [5] San Agustín constituye la excelencia del Nuevo Testamento sobre el Viejo, en que hablaba Dios á los hombres, en el Viejo por medio de profetas, y á los profetas por ministerio de los ángeles; pero en el Nuevo habló á los hombres inmediatamente por su soberano Hijo. [6] Así, cuando la Escritura pinta la aparición de un ángel, sin mencionar á Dios, entendamos que solamente el ángel aparece; y cuando describe á Dios apareciendo, podemos sentir que no excluye, antes incluye tácitamente al ángel; es decir, en el primer caso habla el ángel en persona propia, en el segundo en persona y nombre de Dios, mas nunca sin divina dispensación, ni sin especial misterio. [7]

---

1 Exod., III, 6. 2 Gen., XVI, 13.—Os., XII, 4.

3 I Cor., X, 4. — Hebr., XI, 25. — I Petri, I, 10. —Jo., VIII, 56.

4 San Justino, *Dialog. cum Triphone.* — Orígenes, *Hom. I in cap. VI Is.*—Tertuliano, *Contra Praxeam*, cap. XIV; *Contra Judæos*, cap. IX. — San Ireneo, lib. VI, cap. XIII. — San Cipriano, *Ad Quirin.* lib. II, cap. V. — San Epifanio, *Anchorat.* — San Crisóstomo, *Hom. XVI in Act.*, cap. VII.—San Ambrosio, *Præf. in Luc.*; *De filii divinit.*, cap. VIII.—San León, Epist. III *Ad Pulcher.*

5 Illa omnia, quæ patribus visa sunt, cum Deus illis secundum suam dispensationem temporibus congruam præsentaretur, per creaturam facta esse manifestum est. Et si nos latet quomodo ea ministris angelis fecerit, per angelos tamen esse facta, non ex nostro sensu dicimus, ne cuiquam videamur plus sapere... extat enim auctoritas divinarum scripturarum.—*De Trinitate*, lib. III, cap. XI. 6 *In Galat.*, III.

7 *Mor.*, lib. XXVIII, cap. II.

8 Modo angelus, modo Dominus memoratur; angelus videlicet propter hoc quod exterius loquendo serviebat, Dominus autem dicitur quia interius præsidens loquendi efficientiam ministrabat, et inde est etiam quod quasi ex persona Domini angelus loquebatur. — 1.ª 2.ae, q. XCVIII, art. 3 ad 1.—In II Dist. VIII, art. 6.

1 Pereira, *In Dan.*, III.—Tyrhée, *De apparition.*, lib. I, cap. XXIV.—Lorino, *In Act.*, VII.

2 *De Angelis*, lib. VI, cap. XX, n. 29, n. 36.

3 *De Trinit.*, lib. II, cap. XI, XVIII.

4 *De servor. Dei beatif.*, lib. III, cap. I, n. 4.

5 Suárez, *De Angelis*, Ibid., n. 28.

6 *De Trinit.*, lib. II, cap. XI.

7 Dice Santo Tomás: Hoc autem quod angeli corpora assumpserunt in Veteri Testamento, fuit quoddam figurale indicium quod Verbum Dei assumpturum esset cor-

Acerca de la intervención de los ángeles en la obra de los milagros bíblicos, queda asentado arriba [1] con Santo Tomás, que como toda operación exterior angélica vaya conforme al orden estatuido en la naturaleza sensible, nunca sale del curso ordinario, á menos que Dios, ó emplee á los espíritus en calidad de instrumentos para cosas superiores al orden natural, ó en atención á sus deseos y súplicas disponga algunos efectos extraordinarios y milagrosos. La doctrina de Santo Tomás se refiere á los milagros verdaderamente tales. En las apariciones hemos de distinguir el mero aparecimiento y la acción verificada en él. El aparecimiento es milagroso, y lo dejamos probado atrás; [2] ni es insignificante confirmación de lo dicho allí, la singularísima providencia contenida, según San Agustín y Santo Tomás, en las antiguas apariciones, figuras y preludios de la solemnísima Aparición en carne pasible del Verbo eterno, para comunicar á los míseros mortales los tesoros de su divinidad. La aparición angélica, ó su indicio exterior, es milagro; pero podrá no serlo la acción que el aparecido obra: esto decíamos (pág. 147). Vémoslo comprobado en la operación de asir el ángel á Habacuc del cabello é introducirle en la leonera. Prescindiendo ahora del carácter milagroso de esta introducción, el levantar el ángel al hombre y transportarle á remota región, no supera la virtud natural del espíritu, ni ofrece al propio espíritu materia de admiración. [3] Otro tanto debe decirse de parecidas proezas. [4] Si la acción sobrepuja las fuerzas todas de la naturaleza visible é invisible, será auténtico milagro, sea ángel, sea hombre el tomado por Dios para ejecutor instrumental, porque no se puede negar que se haya servido Dios de hombres, como de ángeles, para la ejecución de grandes hazañas: tanto en las unas, como en las otras, el Omnipotente es el autor único de lo extraordinario y milagroso que nos asombra en el Antiguo Testamento.

La creencia de los ángeles no ha padecido alteración desde el principio del mundo, dado que se haya desenvuelto con más universal esplendor. Los racionalistas, atentos á igualar los Israelitas con los demás pueblos, enseñan que los ángeles fueron transformaciones de los dioses antiguos, y que los dioses del Olimpo patriarcal se convirtieron después en mensajeros y ministros subalternos; alteraciones, que tuvieron su principio en las creencias de los Caldeos y Persas, con quienes trataron los hebreos por algún tiempo. Entre otros M. Haag [1] defiende esta teoría, y señala varios períodos de transición en que la angelología hebrea fué perfeccionándose partiendo del politeismo. Sistema falsísimo. Porque los ángeles desde el origen del hombre son ministros de Dios, y de ninguna manera dioses secundarios, en las páginas de la Biblia; las mismas denominaciones reciben en los primeros libros del Viejo Testamento que en los últimos del Nuevo, los mismos cargos desempeñan al principio, al medio y al fin de la Biblia, iguales honores reciben en ambos Testamentos; y si con el transcurso de los tiempos la noción de los ángeles se ha esclarecido más, y *la parte que han tenido en la obra de Dios pareció á las claras, pero el esclarecimiento ha nacido de las relaciones más antiguas de la Biblia.* [2] Si los Persas barruntaron alguna noción de ángeles, ni es original del Zoroastrismo sino extraña á sus libros, ni tiene punto que ver con la noción bíblica, como lo demuestra Harlez. [3]

Una dificultad han levantado los modernos racionalistas en este punto de los ángeles, asentando que son resabios de otras religiones los milagros en que ellos

---

pus humanum. Omnes enim apparitiones Veteris Testamenti ad illam apparitionem ordinatæ fuerunt, qua Filius Dei apparuit in carne. I p., q. LI, art. 2 ad 1.—En SAN AGUSTÍN, (*De Trinitate*, lib. III, cap. XI), debió de leer el Angélico este profundo pensamiento.

[1] Lib. I, cap. V. art. III. [2] Lib. I, cap. V, art. V.

[3] Illa quæ per angelum fiunt, quo difficiliora et ignotiora, eo mirabilia sunt nobis; illis autem tanquam suæ actiones notæ atque faciles. — SAN AGUSTÍN. *De Trinit.*, lib. III, cap. X.

[4] Hæc autem, licet indolem miraculi præferre videantur, re tamen vera, miracula non sunt, quæ nempe totius naturæ, non modo corporeæ atque visibilis, verum etiam incorporeæ ac invisibilis (ad quam pertingere angelis datum non est), facultatem superare debet. Hac itaque de causa qui notionem miraculi nobis præscriptam tenent, operationes illas angelorum vocare consueverunt miracula minora, aut secundum quid et improprie, vel comparate ad cognitionem et facultatem nostram, quæ ultra naturam visibilem et corpoream non efferuntur. Sint ergo ipsa nobis *portenta* et *mirabilia* ferme instar miraculorum, nuspiam vero *miracula simpliciter*; quia enim exinde Deus miracula edit authoritate propria, quoniam natura universa est ei subjecta; non est autem subjecta angelis.—JUAN BAUTISTA GENER, *Theol. dogmatico-scholast.*, 1775, p. 111, Tract. I, lib. 1, cap. III, n. 82.

[1] *Théologie biblique*, 1870, 396, 121.

[2] A. VACANT, *Dictionnaire de la Bible*, 1892, art. *Ange*. p. 589. [3] *Dictionnaire apologétique*, art. *Bible et L'Avesta*, p. 296.

intervienen. *El hombre*, dice Renan, *pobló el espacio de fuerzas libres, apasionadas, susceptibles de ser invocadas y exorables... Una constante experiencia, confirmada por la ciencia exactísima, nos ha probado que esta hipótesis primitiva de las causas libres particulares fuera de nosotros, es del todo errónea. Por encima de la voluntad humana ningún agente intencional ha sido hallado en la naturaleza. Esta es inexorable, sus leyes son ciegas. La oración no encuentra sér ninguno que á ella se rinda. No hay voto que cure una enfermedad, ni alcance victoria en ninguna batalla. Pero para llegar á esta verdad... era menester que viniesen generaciones de hombres ingeniosos y aunasen sus esfuerzos.* [1] Reuss, [2] Lichtenberger, [3] Wellhausen, [4] vienen á parar en lo mismo; aunque parezcan admitir algunos milagros, el llamarlos *formas poéticas* introducidas en el *fondo histórico*, [5] significa que acotan con lo escrito por Renan, Kuenen y De Wette.

Para responder á esta y parecidas objeciones, en que tanta confianza ponen los adversarios, se ha de tener presente que los libros bíblicos no arguyen nimia credulidad en la relación de los milagros. Distinguen con toda cautela la acción ordinaria de las causas naturales y la extraordinaria en casos excepcionales. La creación de la materia, la formación de los reinos mineral, vegetal, animal, [6] las leyes de la reproducción de animales y plantas, [7] el curso regular de las cosas que patentiza los atributos de Dios, [8] son obras que ostentan el concurso ordinario de la divinidad conforme á la condición de los seres. Por otra parte, señálanse en las Escrituras otras obras grandiosas, sensibles, insólitas en que resplandeció la acción directa y especial de Dios [9] fuera del curso regular. Esta diferencia, establecida con toda claridad por los libros inspirados, demuestra que los Israelitas no eran tan lerdos que no acertasen á distinguir entre la intervención ordinaria de Dios y la extraordinaria, ni tan ignorantes que en todo evento viesen brotar milagros. Si á esto se añade que los hechos relatados son sensibles y públicos, y no piden gran caudal de ciencia para discernirlos, y si juntamos que la Biblia no los califica de milagrosos contentándose con dejar la índole de su grandeza al juicio de los doctos, se verá que la ignorancia y credulidad imputadas por los críticos voluntarios á los escritores de la Biblia, no son motivos para desestimar por inverosímil su relación, ni causas bastantes para tacharlos de crédulos y de ignorantes, antes al contrario, la imputación de nuestros adversarios arguye en ellos suma ignorancia y malísima fe.

No es menos gratuita la otra calumnia que imponen á las tradiciones bíblicas, conceptuándolas plagios de las tradiciones caldeo-babilónicas, [1] en donde la verdad y la mentira andan mezcladas y revueltas. Las tradiciones profanas no son de ningún modo comparables con las hebreas. La única analogía que podría imaginarse es la intervención de los seres sobrehumanos en el curso de las cosas. Pero los dioses de los caldeos, persas, egipcios, griegos, indios, son más humanos que divinos, sus empresas extravagantes, sus resoluciones antojadizas y faltas de razón, sus proezas fantásticas, sus maravillas evidentemente inverosímiles, increibles y absurdas. Los ángeles bíblicos, por el contrario, á las veces toman parte en el orden establecido llevándole adelante con regularidad y discreción, teniendo á la mira un fin honesto, moral y grandemente provechoso al hombre, y si rara vez salen del orden común es con intención de un fin más excelente, y en todo caso benéfico; mas en cualquier evento dependen del Dios único, sabio, omnipotente. En este punto las tradiciones de los pueblos quedan muy atrás y van por camino opuesto á las hebreas y bíblicas. Los críticos voluntarios se escandalizan cuando ven [2] al Dios bíblico ocupado por sí ó por sus ángeles en cosas que tocan á agentes físicos, y las tienen por fingidas y absurdas. Pero les falta luz para ver que Dios es Criador, conservador, proveedor y por eso mismo autor de los efectos ejecutados por sus criaturas, y no acaban de entender que referir á Dios y á sus ministros los tales efectos no es negar á las causas físicas su debida eficiencia; no lo acaban ellos de entender, porque no

1 *Histoire d'Israel*, I, 27.
2 *L'hist. sainte et la loi*, t. I, p. 70.
3 *Enclyclop. des sciences religieuses*, t. IX. art. *Miracles*. 4 *Prolegom. zur Geschichte Israels*, 1886.
5 Reuss, ibi. p. 7. 6 Gen. I, 1, 28. 7 Gen. I, 11, 24.
8 Psalm. XIX, CIV. CXLVIII; Prov. VIII; Job. XXVI, IX. 9 Psalm. CV. 22, Sap. XIX, 7; Is. VII, 11; Eccli. XLVII, 5.

1 Renan, *Hist. d'Israel*, t. I, p. 77.—Wellhausen, *Prolegom*. p. 322. 2 Reuss, *Hist. sainte et la loi*, t. I, p. 287.—Wellhausen, *Prolegom*. p. 319.

quieren considerar los cuidados paternales que Dios mostraba con un pueblo á quien había escogido para ejecutor de sus soberanos designios, y que para obrar con él así, tenía razones especiales que no tenía respecto de los demás pueblos. ¿Qué mucho que una providencia tan característica corriera de labio en labio y quedase esmaltada en los sagrados libros con algunos sucesos extraordinarios y portentosos?

Vanamente trabajan nuestros contrarios en pintarnos la tradición conservada en la Biblia como transformación de las tradiciones paganas: ni demuestran el intento, ni entre sí andan de acuerdo en señalar el cuándo, el cómo, el por qué de la presunta transformación. La preocupación los divide y hace disentir unos de otros. Un pueblo como el hebreo, inclinado de continuo á prevaricar, á extralimitarse de su tradición secular, á confederarse con pueblos idólatras, á dar cabida á sus falsos cultos, y que sin embargo después de frecuentes recaidas vuelve, como pródigo, al hogar paterno, y frecuenta su antigua religión, tan contraria á la de las naciones comarcanas, no es posible sino que la tenía original y divina. A la conversión ayudaron, no lo neguemos, los profetas; pero no en calidad de transformadores, sino de reformadores, mejor dicho, de conservadores del antiguo culto. *Los profetas de Israél, empezando por Moisés, fueron poderosos agentes de la conservación de las tradiciones bíblicas, pero secundarios; el agente principal fué la Providencia de Dios. Si estos profetas eran meros hombres dotados de facultades puramente naturales, como pretenden los críticos, ¿era posible que concibiesen y ejecutasen una reforma tal en semejante pueblo?* [1]

Así que la tradición de la Biblia y los milagros que contiene, por ningún estilo dependían de tradiciones extrañas; la tradición taumatúrgica no es tradición profana más acrisolada y expurgada, es una tradición única, original, independiente que se deriva del único supremo Dios. *¿Por qué*, pregunta M. de Broglie, *estos hombres los hallamos en Israél, y sólo en Israél? ¿Por qué un número excepcional de ilustres varones, Moisés, Samuel, Elías, Eliseo, Isaías, Jeremías y tantos otros?... ¿Cómo varones, hijos de este pueblo, le modelaron y figuraron de suerte que fuese diferente de los otros pueblos? ¿Cómo la severidad de sus elevados pensamientos pudo encarnarse en los símbolos, pasar del estado especulativo al práctico, y reinar en el pueblo de Israél por espacio de tres siglos?* [2] Nó; la tradición bíblica no llena sus libros de leyendas como las otras tradiciones, contiene los purísimos raudales de la verdad escrita por el dedo de Dios.

---

[1] P. Brucker, *Études*, mars 1890, p. 469.
[2] *Cours d'hist. des cultes non chrétiens;* p. 38.

CAPÍTULO II.

TAUMATURGOS DEL VIEJO TESTAMENTO.

ARTÍCULO I.

Moisés: su ministerio en el pueblo de Dios.—La zarza de Horeb.—La vara trocada en sierpe.—Artificio de los magos.—Primera plaga: no fué natural; cómo la remedan los magos.—Segunda plaga.—Tercera plaga: no la contrahacen los magos.—Expónense las plagas restantes, y muéstrase que fueron milagrosas.—El tránsito del Mar Bermejo fué milagroso; suéltanse las dificultades.—La serpiente de metal y sus milagrosas curaciones.

El pueblo de Israél creció y floreció con extraño aumento en medio de la civilización egipcia, sin desistir de sus firmes creencias y sin deslustrar los resplandores de la divina revelación en el decurso de cuatro siglos. Este efecto es en el orden moral milagro inestimable, que prueba por sí mismo la intervención sobrenatural de la divina Providencia. Los racionalistas no aciertan á conciliar los imposibles que hubo de vencer Moisés para sacar á su pueblo libre de tantas contradicciones. [1] Muy llana le es al católico la razón de este misterio. Admitido el milagro, todo es claro; á los enemigos del milagro, la historia de los israelitas es un laberinto inextricable.

Moisés, instrumento escogido para tan alta empresa. Al llamarle Dios para salir con ella, confiérele el dón de milagros. No contemos sus prerogativas de profeta, de legislador, de consejero, de historiador, de caudillo; la más augusta es ser taumaturgo. Un día, llegado al monte Horeb, vió una zarza que se ardía sin consumirse; desde ella hablóle Dios, y le manda que intime á Faraón sus órdenes, avisándole de antemano la resistencia que le haría el monarca, y prometiéndole la vara de su poder para rendir su rebeldía. La zarza de Horeb es ya un insigne milagro. A los incrédulos se les desmayan aquí los ánimos; turbados á la vista del prodigio dicen sin reparo que el fuego de la zarza fué, ni más ni menos, el que suelen prender los viandantes á las carrascas del bosque. ¿Tan novicio era Moisés que de cosa tan vulgar se espantase, ni osase aproximarse? ¿Y tan necio había de ser que se descalzase al acercarse, y tembloroso escuchase la orden y nombramiento? Gran milagro es éste, principio de todos los que hizo. Otro, y no pequeño, fué soltar el cayado pastoril por orden de Dios, y verle convertido en serpiente. Otro, cogerla y tornársele en las manos la sierpe en cayado de pastor. Esta vara está destinada á obrar grandísimos portentos, [1] y á desmenuzar todos los sistemas inventados para quitarles valor.

Antes de entrar en su exposición, débese notar que la escuela de Reuss mira con ceño las más de las relaciones contenidas en los libros del Pentateuco, so pretexto de ser *inverosímiles*, quiere decir milagrosas y sobrenaturales. Este motivo *a priori* honra poco á los que blasonan de críticos. Es su cabeza un almacén de peros que nunca llegan á madurez. Y sin embargo, hay hechos inverosímiles que son grandemente reales, cosas que parecen mentira y están llenas de histórica verdad, pues ésta depende del criterio que se tome para evaluarla. En esta parte del Éxodo ocupa Reuss su ingenio en forjar dificultades sobre cosas que le parecen in-

[1] M. Salvador, *Hist. des instit. de Moïse*, t. I., p. 27. —M. Munk, *Palestine*, p. 120.—Dubois-Aymé, *Description de l'Egipte*, t. VIII, p. 103.

[1] Exod. III.

verosímiles. [1] Todas quedan desvanecidas y en concepto de niñerías ante las expediciones científicas de ingleses y franceses que han visitado con estudio los monumentos egipcios. Hora es que Reuss y Wellhausen miren mejor por su honra y dejen de asombrarnos con sus inepcias y parvuleces. Consúltense los estudios de Vigouroux, [2] Maspero, [3] Naville, [4] Meyer, [5] Chabas, [6] Broglie, [7] y se tendrá formado concepto de la sinrazón de los racionalistas.

Preséntase Moisés al rey de Egipto, y le manda de parte del Dios que dé libertad al pueblo de Israél. Merienptah, en vez de someterse, somételos á ellos á la dureza del trabajo, [8] añadiendo sobrestantes que mirasen bien lo que hacían, y no les perdiesen de vista en las fortificaciones que les mandaba construir, en los diques y canalización del Nilo; [9] así, no dando paz á las manos ni libertad á las lenguas, pensaba atajar molestias y murmuraciones.

Vuelven Moisés y Aarón á renovar al rey el mandamiento de Dios. En testimonio de su embajada arroja Aarón por mandato de Moisés la vara en el suelo, y se le trueca en serpiente. ¡Gran milagro! Llama Faraón á sus hechiceros. Echan ellos sus bastones, y se mudan también en la forma de serpientes; pero la de Aarón se tragó las de los magos. [10] ¡Milagro mayor! en su lugar los discutiremos. Entretanto óigase la voz del incrédulo Bayle: *Vemos que Dios ordena á Moisés que en nombre de Dios intime al rey Faraón que deje salir á los israelitas. Para confirmar su embajada, Dios encarga á Moisés que haga milagros asombrosos y superiores á los prestigios de los magos de Faraón; y reduce á este príncipe á la necesidad de confesar que, en efecto, el Dios de los hebreos es el verdadero Dios.* [11] Y podía Bayle haber añadido, que no sólo encarga Dios á Moisés que haga milagros para rendir la porfía de Faraón, sino que tiene por bien que el príncipe los exija y demande [1] como necesarios al intento.

No abrió Faraón los ojos á la primera maravilla, otras diez fueron menester para que dejase ir libres á los hebreos. Los diez milagros, llamados las plagas de Egipto, fueron éstos por su orden: mudar en sangre las ondas del Nilo, lagos, arroyos y pozos, y dar muerte á los peces; henchir la tierra de ranas, y luego desparecerlas; levantar del suelo nubes de mosquitos; llenar de moscas los aires; afligir con peste los animales caseros; inficionar á los hombres y bestias; causar horrible granizo; producir enjambres de langostas; cubrir de espesas tinieblas, por tres días, todo el país; dar muerte súbita á los primogénitos de hombres y animales, excepto de los israelitas. De estos diez portentos los magos de Faraón remedaron los dos primeros, al tercero hubieron de confesar su incapacidad, y la mano de Dios que asistía á Moisés. Empiezan los enemigos á objetar que no fueron milagros los de Moisés, como no lo fueron los de los magos, y pues éstos produjeron sin milagro ranas, sangre y serpientes, tampoco fué menester milagro para las otras maravillas. Añaden que estas plagas eran ordinarias en Egipto, á causa de las circunstancias locales de la tierra, y por tanto el anteverlas, como las antevió Moisés, no ofrecía especial dificultad.

Primeramente, notaremos con Fillion [2] cómo la gravedad de estos castigos crece al compás de la dureza faraónica. Los tres primeros prodigios, imitados por los encantadores, causan poca admiración; aumenta el pasmo en los siguientes hasta rematar en terror. Las tres primeras calamidades á nadie perdonan; las otras hacen merced á los hebreos no tocando en ellos. La primera, segunda, cuarta, quinta, séptima, octava, décima son notificadas al monarca con antelación; la tercera, sexta, nona sobrevienen de improviso.

Hechas estas indicaciones, queremos otorgar por ahora que los tres prodigios obrados por Moisés y por los magos fueron del todo naturales; ¿sacarán de ahí los adversarios que los otros siete, á que no alcanzó el poder de los dos hierofantes, lo fueron también? no corre la consecuencia.

---

[1] *L'Histoire Sainte et la loi*, t. I.
[2] *La Bible et les découvertes modernes*, t. II.—*Les Livres Saints*, t. IV.
[3] *Hist. ancienne de l'Orient.*, 1886, p. 171.
[4] *The store-city of Pithom*, 1885.
[5] *Der Stamm. Jacob*, 1886.
[6] *Mélanges égyptiens*, II.e série.
[7] *La caractère historique de l'Exode*, 1887.
[8] Exod., V, 1, 4. [9] JOSEFO, *Antiq.*, lib. III, cap. V.
[10] Exod., VII, 12. [11] *Pensées divers*, t. II.

[1] Exod., VII, 9.
[2] *La Sainte Bible*, 1888, t. I, p. 208.

Si Moisés intentó hacer demostración del divino poder á vista del rey Merienptah, y previó á dónde podía llegar la virtud mágica de los gentiles, bien se deja entender con qué solercia se acomodaría á igualarlos en destreza; pero para llevarlos de vencida y arrancar de sus labios aquella ilustre confesión, *digitus Dei est hic*, [1] pujó más arriba y dió cima á cosas que estaban puestas fuera de la jurisdicción de sus competidores: con este ardid los dejó aturdidos y humillados. Quédese para el libro siguiente la averiguación de los prodigios hechos en esta circunstancia por los magos de Faraón. Baste por ahora saber que los encantadores habían corrido al parecer con Moisés lanzas parejas y sacado moscas como él, ranas y aguas vueltas en sangre como él; en llegando á los mosquitos cesan los encantamentos y quédales impedida y pasmada la virtud de los prodigios.

En segundo lugar, otorgamos á los críticos que las diez plagas fueron en la substancia naturales y comunes, y que estuvieron relacionadas con las circunstancias físicas y meteorológicas de aquella comarca. Esta posición toman los sabios Vigouroux, [2] Glaire, [3] Danko, [4] Zschokke, [5] Allioli, [6] y otros modernos controversistas. Mas con todo eso, sostenemos que fueron verdaderos milagros. Estilo de Dios es valerse de cosas naturales para hacer notoria la magnificencia de su poder. No siempre espanta con efectos inauditos; pero en el modo, lugar, tiempo y circunstancias con que produce los ordinarios, resplandece su insuperable pujanza y la verdad del milagro. Este dictamen parece tanto más discreto y acertado, cuanto que por ahí se mantiene más inconcusa la relación, y se obvian más fácilmente los inconvenientes que los antiguos comentadores tenían que vencer, por prescindir de las condiciones físicas y queriendo mirar las plagas como insólitas producciones.

Lo tercero, según esto, ningún cuidado deben darnos los exégetas acatólicos, cuyo caudillo es Eichhorn, cuando porfían que Moisés tenía observadas las calamidades que cada año cargaban sobre el Egipto, y que de sus observaciones se aprovechó para amenazar á Faraón y traerle á sus intentos. Eichhorn, á fuer de ladino racionalista, las cosas que le estorban sepúltalas en silencio , y las que le arman, si no las halla, las finge; y parecidamente hacen Bertholet, Knobel, Winer, Friederich, Vaihinger, y otros tales. No quieren atender á que los sucesos se denuncian anticipadamente para determinado día, en coyunturas concretas, como castigos de la desobediencia; no advierten que se ejecutan al día señalado, por orden de Moisés, con solo menear la vara, en obra de un mes todas juntas; no consideran que cesan á instancias del rey, por un mandato del taumaturgo, en el tiempo indicado por Faraón, sin que haya para nadie exención, sino para sólo los israelitas. Como no atienden los racionalistas á la coincidencia de tan raras circunstancias, les falta luz para ver lo infinito que distan de las calamidades naturales los acontecimientos bíblicos, y concluyen sin razón que las obras de Moisés fueron hacederas y comunes.

Mas vengamos al particular y digamos brevemente de cada una. La primera consistió en alzar Aarón la vara, herir las aguas del rio y convertirlas en sangre, matando los peces á un tiempo. De nada sirve oponer el enrojecimiento acostumbrado del Nilo. Este río toma color en Julio, y la primera plaga aconteció á mediados de Febrero; [1] el Nilo se pone rojo á causa de la inundacion, que dura de Julio á Octubre, y aquí no hubo lugar á inundación; el tinte proviene de la confluencia de muchas avenidas después de grandes aguaceros, y aquí fué inopinada y súbita la coloración; el Nilo rojo nunca es malsano ni nauseabundo como lo es el Nilo verde, antes sus aguas son saludables y riquísimas, [2] y aquí por el contrario tan insalubre fué el agua que dió muerte á los peces, y no se podía beber; en las inundaciones ordinarias se tiñe solo el Nilo y los canales, y aquí lagos, pozos, algibes, balsas, vasijas, [3] todo quedó inficionado y tan turbio, que para no morir de sed hubieron de cavar á orillas del río unos pozuelos donde sacar agua más cla-

1 Exod. VIII, 19.
2 *La Bible*, t. II, livre IV, chap. IV.
3 *Les livres saints vengés*, t. II, chap. II, art. II.
4 *Hist. or. Revelat. Vet. Test.*, t. II, p. 122.
5 *Hist. sacra ant. Test.*, p. 36.
6 *Nouveau comment.*, t. I, p. 287.

1 KURTZ, *Geschihte des alten Bundes*, t. II, p. 100.—ALLIOLI, *Biblia*. t. I.—DRIOUX, *Biblia sacra*, t. I.—VIGOUROUX, *La Bible*, t. II p. 271.
2 OSBURN, *The monumental History of Egypt*, t. I, p. 10.—MASPERO, *Hist. ancienne des peuples d'Orient*, p. 3.
3 Exod. VII, 19.

ra; [1] la corrupción del Nilo verde se efectúa por las aguas estancadas y fétidas que se mezclan [2] durando tres ó cuatro días el estado de fetidez, [3] y aquí duró siete días el agua hecha sangre, y se estragó sin verdear; en fin el hallarse rojas las aguas del Nilo no es cosa que espante ni azore á los naturales, más bien los hace saltar de placer ofreciéndoles prendas de salud, y aquí pasaron grande agonía á vista de aguas tan amargas y mortíferas, y buscaron cómo aclararlas y hacerlas potables. [4]

Estas diferencias muestran que el enrojecimiento del Nilo fué extraordinario, instantáneo, universal y permanente, conviene á saber, milagroso. Y aunque algunos católicos escritores sintieron, como va insinuado, que el color de las aguas fué cosa milagrosa cuanto al modo y circunstancias, pero más seguro es pensar que el agua se mudó en verdadera sangre, porque así lo entendieron los Santos Padres, ni hay razón que sea de fuerza para alejarnos de su sentir, principalmente que Orígenes, [5] San Cirilo Alejandrino, [6] el abad Isaías, [7] que vivieron en Egipto y entendían razonablemente las alteraciones del Nilo, tuvieron por más plausible en nuestro caso la mudanza del agua en sangre, y de ello dan razones que encarecen la grandeza y significación del castigo. [8]

Cómo pudieron los hechiceros de Faraón remedar este milagro, lo entenderá fácilmente quien considere que no les faltaba agua menos turbia en aquellos mismos pozos que cavaron para beber; en ésa pudieron hacer la prueba tornándola colorada para apostar con lo que Moisés había hecho. [9] Fuera de que si las aguas de la tierra de Gesen, donde moraban los hebreos, quedaron claras y limpias, en ellas podían los magos ejercitar sus encantamentos, y de ellas servirse los egipcios para los usos comunes en aquellos siete días. Sin embargo á San Agustín le pareció, siguiendo á Filón, que los egipcios en sus excavaciones no hallaron sino sangre en vez de agua, [10] y por tanto los magos hubieron de aguardar á que pasasen los siete días, para hacer su hecho y convertir el agua en sangre, como quiera que si los depósitos de toda la tierra de Egipto quedaron ensangrentados, [1] no hay razón para exceptuar la parte de Gesén habitada por los israelitas, como San Agustín opinó. [2]

Vista la ninguna mella causada por este milagro en el corazón del monarca amágale Moisés con una segunda plaga. En levantando la vara y en tocando en el Nilo, luego al punto salieron de donde quiera ranas (sapos leen otros), que asaltaron [3] las casas, llenaron de su asquerosidad los aposentos, invadieron todos los muebles y rincones, sin quedar mesa ni plato en la casa real que de ellas no estuviese lleno. Otro tanto hicieron los magos. Asombrado el rey y mirando por sí, rogó á Moisés y Aarón que le librasen de aquella feísima turba, ofreciendo dar al pueblo la deseada licencia. En un punto, á instancia de Moisés, murieron todas las ranas, y los egipcios hicieron de ellas grandes montones en plazas y campos. [4] La evidencia de estos milagros no consiente explicación natural. Ya que el Nilo abunde en ranas, y después de las avenidas y creces se hayan visto más de una vez parecidas invasiones, nunca se había observado que en primavera quedase el suelo cubierto de ellas, ni que pareciesen súbitamente, en un día fijo, después de anunciar la irrupción, ni que penetrasen en los más escondidos retretes, y mucho más de admirar es que, á solicitud del rey se hallase por orden de un hombre limpia en el acto la tierra de tan desapacible chusma. Señales más claras de patente milagro no pueden desearse.

En medio del golpe detuvo Dios el azote, más visto que el rey hacía rostro y se cruzaba de brazos sin darse por entendido, asegundó Moisés con la plaga de los insectos. Llámalos el original *Kinnim* (כִּנִּים), y son los cínifes ó mosquitos, según que los describen Orígenes [5] y Filón, [6] dado que modernos eruditos señalan otros animalillos alados. La plaga de mosquitos es común en Egipto de tiempo inmemorial. [7] Suelen presentarse pasada

---

1 Exod. VII, 14.
2 Lambert. *Hygiène de l'Égypte*, p. 30.
3 Osburn, l. c.
4 Exod. VII, 18.—Sap. XI.
5 Hom. IV in Exod.
6 *Glaphyr.* in Exod. lib. II.—Comment. in Os.—in Jo. lib. IV.
7 Orat. XXV.
8 Vigouroux, *La Bible*, t. II, livre IV, chap. IV, p. 268.
9 S. Justino q. XXVI.
10 In psalm. LXXVII.

---

1 Exod. VII, 24.
2 Quæst. XXIII in Exod.
3 Exod. VIII, 2.
4 Exod. VII, 8
5 Hom. IV in, Exod.
6 *Vita Mosis*, lib. I.
7 Herodoto, *Hist.* II, 195.

la inundación del Nilo, formando á veces enjambres que asombran el sol, contra cuyas picaduras y molestias se prevenían los habitadores del río con gran diligencia. [1] Que fuera milagroso el repentino levantamiento de los mosquitos, lo prueba el haber herido Aarón el polvo con la vara, y haber luego brotado aquel molesto ejército de insectos, sin precedentes preparativos, avisado primero el rey de lo que iba á pasar, en sazón extraordinaria y desacostumbrada. No contrahicieron esta proeza los magos de Merienptah por más que lo procuraron, reconociendo que andaba de por medio el dedo de Dios. [2] Dícelo San Agustín por estas palabras: *No ocurre más razón de porqué no pudieran hacer estas pequeñísimas moscas lo que habían hecho ranas y sierpes, sino que resplandecía aquí mayor dominio de Dios que lo vedaba por el Espíritu Santo, lo cual confesaron los mismo hechiceros diciendo: aquí está el dedo de Dios.* [3]

Pero como la obstinación del rey no se ablandase con el escarmiento, sobrevínole por disposición de Moisés una cuarta prueba, anunciada con tiempo, una muchedumbre de moscas pesadas á manera de tábanos, que poblaron y fatigaron con su molestia, excepto la tierra de Gessén morada de los israelitas, desde el alcázar real hasta la choza más pobre. No hay para qué detenernos á declarar lo milagroso de este castigo, prestamente ejecutado sin auxilio de la vara, y súbitamente desparecido. La divina mano es patente. Algunos interpretan la voz *harob* (עָרֹב) en sentido de *fieras* (Pagnino), de escorpiones y sierpes (R. Salomón), de leones y leopardos (R. Aben-Ezra); pero el libro de la Sabiduría [4] declara que si era posible á Dios mortificar á los egipcios con semejantes brutos, no tuvo entonces por bien hacerlo, sino con insectos de menor corpulencia y de enfadosísima compañía.

Ni fué menos asombroso el quinto castigo. Insistía el rey en su porfiado intento, tras de tantas palabras quebradas: envióle Dios peste que hizo estrago en los ganados egipcios, y dejó sin lesión á los hebreos. Frecuentes son las epidemias que diezman los camellos, bueyes y ovejas en aquella región, á causa de los pantanos y lodazales, y otras circunstancias del país cálido y húmedo; mas nuestro caso fué excepcional, irregular, extraordinario, como del texto se infiere y lo exponen los doctos Allioli, [1] Vigouroux [2] y otros. Porque esta pestilencia que inficionó todos los animales de los egipcios, [3] fuera de que empieza á picar en el momento notificado por Moisés, respeta los animales de los hebreos. [4] Y es muy de advertir con cuánta cautela acude la Escritura á esclarecer la verdad de este milagro, mostrándonos cómo Faraón tocó con las manos que los animales de los hebreos quedaban exentos de la general mortandad. Pero también es razón considerar que, al decir la Escritura que perecieron todos los animales de los egipcios, habla sólo de los que había por el campo y en las dehesas, como se ve claro en el vers. 3 y lo declara San Agustín. [5] Según esto quedaron salvos muchos animales para el servicio doméstico, [6] y áun para arrastrar los carros [7] de Faraón.

Ardua tarea es en la sexta plaga particularizar qué linaje de enfermedad sería la causada por Moisés y Aarón en hombres y animales egipcios y no en los hebreos, con sólo tomar dos puños de ceniza de un hornillo y esparcirla ante los ojos del rey por los aires. Nacíanles unas pústulas malignas y ponzoñosas, y derramábase la infección por los cuerpos de bestias y hombres, de suerte que los abrasaba con no creibles ardores y contaminaba las carnes causando dolores intensos y rabiosos. Pero seguía el rey en sus trece sin dejarse mover, con ser que veía cómo los magos no podían sufrir la presencia de Moisés á causa de las úlceras que no los dejaban sosegar. [8] En realidad no hay tópico tan eficaz que destruya en un punto las bacteridias desarrolladas en las enfermedades virulentas, como la presente hubo de ser, porque debiera renovar la sangre profundamente alterada y expeler los gérmenes de la infección gangrenosa. Producirse, con sólo arrojar polvos de ceniza, flemones y tumores de tanta gravedad, que únicamente corrompiesen la sangre

---

[1] LABORDE, *Comment. géogr. de l'Exode.*
[2] PHILON, *De Vita Mosis*, lib. I.—TERTULLIANO, *contra Marcion.*, lib. IV, cap. XXVI.
[3] Neque enim occurrit alia ratio, cur non potuerint, nisi quia major aderat dominatio prohibentis Dei per Spiritum Sanctum, quod etiam ipsi magi confessi sunt dicentes: digitus Dei est hic.—Lib. III *de Trinit.*, cap. IX.
[4] XI, 18.

[1] *Biblia*, t. I. [2] *La Bible*, t. II, p. 278. [3] IX, 6. [4] IX, 7. [5] In Exod., quæst. XXXIII. [6] IX, 19. [7] Exod. XIV. [8] IX, 11.

de los egipcios dejando intacta la de los hebreos, milagro duplicado fué.[1]

Carga el Señor la mano con séptima plaga, una deshecha tormenta de fuego y granizo cual nunca se había oido en aquella tierra. Tenía Moisés avisado al rey que diese órdenes con que ocurrir al azote. A la voz del taumaturgo rómpense los cielos con furiosa descarga de rayos y pedrisco: hombres, animales, árboles, yerba, cebada, lino, todo lo maltrató y desperdició la tormenta, menos el trigo y el farro; y quedaran yermos campos y ciudades, si Moisés, á ruego de Faraón, no se hubiese puesto por medio, como lo hizo, cesando al punto el granizo. Los autores antiguos y modernos[2] testifican ser raro y extraño el pedrisco en la tierra de Egipto, más inaudito es que se despeñase de las nubes en el mes de marzo, como luego veremos. No pódía haber razón que convenciese al rey, y le declarase con más fuerza la grandeza del divino poder. Con todo eso no le bastó á su ánimo empedernido tan gran milagro, porque si su espanto fué grande, no fué su temor cual convenía, pues no era temor de Dios,[3] ya que fuese temor de la pena, como lo expone San Agustín.[4]

La invasión de langostas es el azote más desastroso que puede caer sobre una comarca. Con esta octava calamidad amenazó Moisés al protervo Faraón. Los grandes de su consejo, deseosos de evitar el infortunio, persuadían al rey que dejase vivir en libertad á los hebreos, mas él sólo quería concederla á los varones robustos, y no al resto del pueblo. Empuña la vara Moisés, toca en la tierra, y levantándose un viento caliente poblóse el aire de tanta cantidad de langostas, que no dejaron verde ni seco que al punto no lo talasen: todo cuanto había perdonado la granizada, lo asaltó y desmenuzó esta tropa insaciable. Y es cosa notoria el exterminio que suele causar la langosta, peste de la ira divina, como la llamaban los antiguos;[1] ni hay poder que baste á prevenir los daños ni á cortar los pasos de este ejército asolador. Pero Dios, agradado de la penitencia de Faraón alzó la mano, y en un punto por la voz de su siervo Moisés, atajó el mal arrojando las langostas en el Mar Rojo sin dejar una, y allí murieron todas anegadas. Estas dos últimas calamidades robaron á los egipcios la cosecha de aquel año, y abrieron puerta á los males del hambre. Excusado trabajo es demostrar el milagro de este acontecimiento. En verdad los monumentos egipcios nos enseñan no ser nuevos en la tierra los impetuosos acometimientos de la langosta;[2] pero ninguna irrupción fué tan extraordinaria y calamitosa como ésta, ninguna predicha y verificada como ésta, ninguna tan prestamente remediada como ésta.[3]

No obstante Faraón quedóse tan duro como antes. Extendió entonces Moisés la mano hacía el cielo, y cubrióse el día con un manto de oscuridad, cual si fuese noche cerrada y sin rastro de luz. Los hombres no se divisaban entre sí ni por los rostros se conocían, ni podían moverse de un lugar, y eran forzados á quedar cautivos en sus casas. Pero sólo donde vivían los hijos de Israél cesaron las tinieblas, y con luz y claridad se veían los unos á los otros. ¿En dónde hallar explicación natural de tan lúgubre suceso? El viento llamado *simoun* (veneno), como quien enciende en los cuerpos un calor que los abrasa y mata, es periódico y sopla entre Marzo y Mayo varios días consecutivos levantando montes de arena que arrollan y envuelven á miles de viajeros. Los modernos expositores son de opinión que Dios se valió de este funesto metéoro para causar aquellas palpables tinieblas que cayeron impensadamente sobre los egipcios. Este viento impetuoso con sus ardores impide á los animales el huelgo, oscurece el aire con la polvareda que levanta, con los torbellinos y ciclones que forma invade y trastorna las casas, convierte en desiertos

---

[1] Considerada la enfermedad (habla de la pústula maligna y del carbunco) por el Sr. Olavide en sus *Lecciones de dermatología general*, como constitucional aguda, produce en la piel lesiones tan graves que casi siempre termina por la muerte. Su pronóstico ha dado motivo al Dr. Vidal de Cassis para expresarse en su *Tratado de patologia externa* en la forma siguiente: Nunca he observedo una curación de carbunco, ni áun siquiera que haya sido contener algo su curso por el tratamiento médico ni por los medios quirúrgicos.—DR. LAMANA, *El Siglo Médico*, t. XXVII, p. 217.

[2] HERÓDOTO, lib. III, 40.—SÉNECA, lib. IV *natur. quæst.* cap, II —LABORDE, *Comment. Géogr. sur l'Exode*, p. 45.—PRUNER, *Krankheiten des Orients*, p. 36.

[3] IX, 30.

[4] In Exod. quæst. XXXV.

[1] PLINIO, *Hist. natur.* XI, 35.

[2] MASPERO, *Hist. anc, des peuples d'Orient.* p. 101.

[3] VIGOUROUX, *La Bible et les decouvertes*, t. II.—SCHOKKE, *Hist. sacra antiqui Test.*, p. 56.— OSBURN, *Monum. history of Egipt.*—EBELING, *Bilder aus Kairo*, t. I.—LAUTH, *Allgemeine Zeitung*, 1895.

las calles, entenebrece las habitaciones y roba al público día su hermosa claridad. [1] No menciona la Escritura el calor excesivo del *simoun*, y al señalar la consternación de las tinieblas que es su efecto más temible y extraordinario, dice cosas que piden una causa más poderosa. El libro de la Sabiduría [2] describe por menudo los horrores de esta negrísima noche, narrando cómo los egipcios huían á los más apartados rincones á buscar aire fresco que fácilmente pudiesen respirar, y cómo al mejor tiempo veían espantados arder la leña de improviso con el encendimiento del aire caliente que por doquir pegaba fuego.

A fines del siglo XVI hallábanse en la isla de Ormuz, puerto de Asia en el golfo pérsico, acampados muchos soldados, cuando un día *el cielo y el aire descargaron una horrible tormenta de piedra y viento con tan espantoso estruendo y nubes tan espesas de polvo, que por media hora no se vieron los soldados los unos á los otros, dándose todos por perdidos.* [3] Y cuando los Iconoclastas declararon guerra á las santas imágenes, acaecieron tinieblas en el Asia parecidas á las que acompañaron la muerte de nuestro divino Salvador. Estas de los egipcios duraron tres días sin que diesen luz el fuego, ni las lámparas ni las teas: [4] solamente los hijos de Israél vivían bañados de dulce claridad. No eran, pues, tinieblas causadas por eclipse de sol, ni por haber encogido sus rayos las estrellas, ni por el viento *simoun*, ni por impresión hecha en los ojos de los egipcios; sino milagrosas tinieblas, tan densas y totales que con las manos habían de andar palpando los que querían dar un paso, por la grande oscuridad, como interpreta Calmet. [5]

Faltaba al rey egipcio el último argumento que ablandase la dureza de su pecho, y le sacase de las manos el pueblo oprimido. Un ángel de parte de Dios pasó á la media noche espada en mano, hiriendo de muerte todos los primogénitos de Egipto, hombres y animales, sin excepción, desde el heredero de Merienptah hasta el hijo de la más vil esclava, sin que apenas quedase casa que no tuviera duelo, [1] fuera de los israelitas. Los documentos hallados recientemente comprueban la verdad de esta postrera plaga. [2] De qué manera el ángel exterminador hizo tan lastimoso estrago, no consta: pudo bien valerse de pestilencia; pero cierto está que no fué natural la mortandad, sino dispuesta y ordenada por Dios. Disputan los intérpretes si se valió Dios del ángel bueno ó del ángel malo para ejecutar tanto exterminio. Ruperto, Lirano y el Abulense opinan que fué obra del ángel malo; lo infieren de varios lugares paralelos, [3] y parece la más acertada exposición. Sea de esto lo que fuere, no cabe sostener lo que el judío Salvador imaginó, esto es, que los hebreos se calentaron con el dolor de la libertad perdida, y se amotinaron contra los egipcios por medio de una secreta conjuración; que ésta fuese la espada del ángel exterminador es ficción absurda, indigna de expositores. Visto por los egipcios cómo las casas de los hebreos quedaban exentas de aquel funesto estrago que por las suyas pasaba, les hacían fuerza y daban prisa para que abandonasen su tierra, sin reparar en que llevasen consigo ganados y familias, y áun cargándolos de joyas, telas y regalos, con tal que acelerasen el viaje. Ramsés segundo, el Sesostris de los griegos, perteneciente á la dinastía XIX, fué el Faraón que persiguió á los israelitas. Su hijo Merienptah los dejó al fin ir libres. Y es cosa muy digna de notarse cómo los monumentos egipcios demuestran que el hijo del Faraón Merienptah, ó Menephtah, murió antes que su padre, habiendo sido Sethós el sucesor en el trono; por manera que *todo cuanto sabemos por los descubrimientos modernos viene en confirmación de los relatos bíblicos.* [4]

En este glorioso teatro intentaba Moisés escarmentar al rey gentil y obligarle á sentenciar cuál de las dos religiones era la verdadera, la pagana ó la hebrea. Aquí se versaba esta fundamental cuestión, es á saber: quién tiene en el mundo dominio universal, el Dios de Moisés, ó el Dios de

---

[1] DRIOUX, *La Bible*, t. I, p. 181.—MARTINI. *Vecchio Testamento*: t. II, p. 61.—VIGOUROUX, *La Bible*, t. II, p. 228.—VOLNEY, *Voyage en Sirie et en Égypte*. t. P.
[2] Cap. XVII. [3] *Varones ilustres de la Compañía de Jesús*, 1889, t. II, p. 146. [4] Exod. IX, 23.—Sap. XVII, 5. [5] In cap. X, V. 21 Exod.

[1] Exod., XII, 29, 30.
[2] CHABAS, *Recherches pour servir á l'hist. de la XIX dynastie.*—EBERS, *Durch Gosen Zum Sinai*
[3] Psalm. LXXVII, 49.—Exod., XII, 23.—S. JERÓNIMO, in cap. II Joel, in cap. XXX, Ezech.—S. AGUSTÍN, in psalm. LXXVII. [4] DUPLESSY, *Dictionnaire apolog.*, art. *Plaies d'Égygte*, p. 2468.

Faraón. ¿Demuestra Moisés su intento? Divinamente. ¿Qué maravillas hace Faraón por medio de sus hierofantes? Pocas, menguadas, indignas del divino poder. Dubois-Aymé, con ser deista, se da por entendido y hace acatamiento á esta verdad, diciendo: *El concurso de tantos acaecimientos extraordinarios, si bien naturales, y la impresión que hicieron en el empedernido pecho de Faraón, puede estimarse argumento evidente de la protección divina.* [1]

Muy esclarecido milagro del Antiguo Testamento es el tránsito del Mar Rojo. Partido que hubieron de Egipto los israelitas, teniendo Faraón gran cuenta con la huella, salió con toda su gente en busca de los fugitivos, y hallólos acampados en la playa del Mar Bermejo. Levantó el pueblo hebreo los ojos, y viendo á mano derecha una cadena de montañas, á la izquierda los filisteos y amalecitas, delante de sí la anchura del mar, detrás un mundo de enemigos que picaban la retaguardia, [2] se quejó con grandes clamores, y se entregó al despecho contra Moisés. Este, por orden de Dios, toma la vara, toca en el mar, y al punto las aguas se abren, convirtiéndose las ondas á una y otra mano en peñasco cristalino, la lama en piso firme, el abismo en camino llano, por donde entró á pie enjuto la inmensidad de aquel pueblo. Tras ellos entraron también los egipcios atrevidamente, yendo toda la noche con denuedo en sus alcances. Al despuntar la alborada, el ángel del Señor comenzó á trastornar los carros de Faraón y á hacer en sus tropas grande mortandad. Cuando pensaron volverse hacia atrás, hirió Moisés otra vez con la vara las aguas, y al instante, recobrando ellas su primera fluidez, dieron sobre los egipcios, y cerrándoles el paso, envolvieron á los seiscientos carros, numerosa caballería, inmensa infantería, y quedaron todos anegados, sin que se escapase con vida uno tan siquiera, mientras el pueblo de Dios entre las enfrenadas ondas proseguía su camino con imperturbable sosiego.

Este suceso, tan lleno de sencillez y verdad, ha sido tratado por los racionalistas con tanta ligereza y desacierto, que ha venido á perder en sus manos todos los caracteres de milagroso que contiene. No nos detengamos en señalar el derrotero seguido por los hebreos hasta llegar al Mar Rojo, tampoco hace á nuestro propósito fijar el paraje por donde pasaron; ni nos toca resolver si atravesaron de parte á parte toda la anchura del mar; en estas contiendas cabe diversidad de opiniones. La crítica racionalista embaraza con reparos la salida y el camino de los hebreos; á casi todos satisface la laboriosidad de los egiptólogos, los de menos importancia quedan en la liza al arbitrio de los contendientes. Pero tócanos proponer las circunstancias milagrosas de este grandioso suceso.

El crítico Brugsch, [1] atento á calumniar el milagro, asienta que los hebreos pasaron por el istmo de Suez, caminando luego á lo largo del Mediterráneo, sin necesidad de atravesar el Mar Eritreo. Este modo de explicar el paso de los hebreos poco dista del que usaron muchos rabinos, el Tostado y algunos otros comentadores, cuando porfiaban que los israelitas para llegar al otro lado, hicieron un rodeo semicircular, lamiendo los escollos del desierto Etham y dando la vuelta á la opuesta orilla. La sentencia más recibida es que la jornada hecha por los hebreos fué un verdadero tránsito por el mar en línea recta, y no rodeo semicircular. La Escritura no puede ser más terminante, ni con palabras más claras expresar que los hijos de Israél pasaron el Mar Rojo, [2] enderezando los pasos por medio de las aguas. San Gregorio Niseno, [3] San Jerónimo, [4] San Gregorio Turonense [5] apoyan este sentir con el peso de su autoridad. Ni parece pueda darse á las palabras escriturales otro sentido sino éste, á saber, que habiendo primero puesto los pies en el mar los hebreos, y siguiendo en pos los egipcios hasta la mitad del lecho, al ver éstos que las aguas antes tiesas se les despeñaban encima, echaron á huir por donde habían entrado y quedaron oprimidos por el peso de las ondas, resultando de aquí que parte de los cadáveres fueron vistos por los hebreos desde la ribera en que estaban

[1] Pourront être considerés quand même une preuve frappante de la protection divine.—*Description de l'Égypte*, t. I, p. 307.
[2] Exod., XIV.

[1] *L'Exode et les monuments égyptiens.*
[2] I Cor. X, 1.—Hebr. XI, 29.—Sap. X, 18.—Num. XXXIII, 8, 22.
[3] Lib. *de vita Moysis.*
[4] Epist. 127.
[5] Hist. lib. II, cap. X.

seguros y salvos.[1] Ni una palabra dice la Escritura que signifique viaje ó vuelta por la orilla, ni vereda á lo largo del Mediterráneo, todos los lugares citados hablan por el contrario de pasaje por el mar, de travesía de las aguas, sin que sea lícito á cualquiera pensar en esto lo que se le antoje, como Josefo por no perder la gracia de los romanos, tímida y ligeramente afirmó.[2] Véase con qué discreción resuelve el Dr. Wouters las dificultades en contra.[3]

Otra manera de explicación han discurrido el judío Salvador, Du Bois-Aymé y otros; imaginan que el tránsito se hizo vadeando el mar y aprovechándose los hebreos de la parte seca que la marea había dejado. No es parto moderno este discurso. A Josefo se le ocurrió, aceptóle Porfirio,[4] le reprodujo Espinosa,[5] le celebraba Leclerc[6] observando que los hebreos como gente pedestre pudieron esguazar el fondo más aprisa que los egipcios con su tren de carros y caballería.

Esta exposición tiene contra sí dos poderosas razones, la Escritura y el discurso natural. La Escritura dice que los hijos de Israél pasaron *por medio del mar seco, porque el agua hacía como un muro á su derecha é izquierda;*[7] y el *medio del mar*, tan repetido en la Escritura por donde llevó camino el pueblo de Israél, no es parte donde llegue la marea. El Real Profeta cantó: *Interceptó Dios el mar, y los condujo, y constituyó las aguas como en odre.*[8] Y en otro salmo dijo: *Dividió el Mar Bermejo en divisiones,*[9] esto es, en dos partes, según lo interpreta Barradas,[10] y no en tantos caminos cuantas eran las tribus, como algunos intérpretes pensaron, cuya interpretación tampoco favorecería á los adversarios. El profeta Habacuc con riqueza y preñez de enfáticas voces dijo: *Dió el abismo clamores, la alteza levantó las manos,*[11] conviene á saber, el mar comprimido por ambos lados rugió y lanzó gritos de entusiasmo, y aquel abismo profundo levantadas sus ondas como con manos aplaudió y palmoteó al omnipotente Hacedor. Otros muchos lugares[1] con argumentos demostrativos del milagro prueban la sinrazón de nuestros impugnadores.

Igualmente la prueba el discurso natural. La pleamar y bajamar imaginada por ellos es insuficiente para el caso. De testimonios fidedignos consta que en aquella bajamar quedan en seco unos doscientos metros, á lo sumo, por espacio de seis horas; y ¿quién será tan sin cordura que en tan corto tiempo conciba posible el paso de dos millones y más de gente cargada, por un punto no muy ancho? El Éxodo nos da *casi* 600.000 *hombres de á pie*,[2] salidos de Egipto. En efecto, un año después los hombres aptos para la guerra ascendían á 603.550,[3] en cuya cuenta no deben figurar los levitas, los que no llegaban á veinte años, los que pasaban de cincuenta, las mujeres, las gentes advenedizas;[4] los cuales todos sumados forman un total inmenso de pasajeros que con ganados y animales[5] y con las cargas de bagajes, vituallas, alhajas, y riquezas sacadas de Egipto, habían de vadear en solas seis horas, con mucha más lentitud que los seiscientos carros escogidos de Faraón, la calle dejada por la marea. ¿Es esto posible? ¿A quién se hace esto concebible? Después, ¿cómo no se salvó de la pleamar la caballería de retaguardia ya que la vanguardia quedase sumida en las olas? ¿cómo se compone con el flujo y reflujo la división del mar en dos muros, el quedar seco el lecho para los unos, el desplomarse las aguas súbitamente sobre los otros, sin que uno solo librase el socorro en los pies?[6] Y pues los israelitas que se hallaron presentes celebraron este glorioso acaecimiento cada año con gran solemnidad, como ingente y esclarecido prodigio del brazo de Dios, y transmitieron su memoria á toda la posteridad, concluyamos que en hecho de verdad lo fué, y que no hay causa natural suficiente á darle entera y razonable solución.

En segundo lugar, lo que alegan los contrarios, que en varias ocasiones por efecto de un viento impetuoso el reflujo ha

---

[1] Num. XXXIII, 31. [2] *Antiquit.* lib. II, cap. VI.
[3] *Dilucidatio in lib. Exodi*, cap. XIV, quæst. II,
[4] EUSEBIO, *Præpar. Evangel.* lib. XX, cap. XXVII.
[5] *Tract. theol.* cap. VI. [6] *Dissert. de maris Idumæi trajectione, Comment. in Exod.*
[7] Per medium sicci maris, erat enim aqua quasi murus á dextera eorum et læva.—Exod. XIII, 22.
[8] Interrupit mare, et perduxit eos, et statuit aquas quasi in utre.—Psalm. LXXVII, 13. [9] Divisit mare rubrum in divisiones. — Psalm. CXXXV. 13.
[10] *Itiner. Israelit.* lib. III, cap. XI.
[11] Dedit abyssus vocem suam, altitudo manus suas levavit. Hab. III. 10.

[1] Sap. X. 17; XIX, 7.—Is. LXIII, 11.—Judit, V, 12.—Psalm. LXXXIII, 13. [2] XII, 37. [3] Num. I, 45.
[4] Vulgus promiscuum ascendit cum eis. Exod. XII, 38. [5] Oves, armenta et animantia diversi generis, multa nimis, ibid. [6] Ne unus quidem effugerit. Num. XIV, 28.

durado doce horas sin que la creciente arribase á la orilla, es vanísima razón en nuestro caso si se concede autoridad al texto sagrado. Dice claramente que las aguas se amontonaron unas á un lado y otras al otro, y no que el viento las empujase hacia arriba como convenía al intento de nuestros adversarios. Si un viento caliente echó las ondas á derecha é izquierda, abriendo paso entre dos montes fluídos, viento fué milagroso y soplo de Dios. El mismo Leclerc, arriba citado, no puede menos de reconocer milagro ora *en el viento vehemente y abrasador*, ora en la predicción de Moisés acerca de este feliz pasaje y del desdichado ahogamiento de los Egipcios. Fuera de que el viento introducido por los racionalistas, por fuerza debió de ser norte, como Rosenmüller lo confiesa; [1] y con todo Moisés dice que el que á la sazón reinaba en el mar era levante, con que no salen con la suya los enemigos del milagro. En fin, si el viento secó las aguas, y Moisés eso mismo predijo, [2] y ese mismo efecto empezó á obrarse al levantar la vara, y cesó en aportando los hebreos á la orilla, y las aguas tornaron á henchir el vacío cuando quiso el caudillo tender el brazo sobre la mar; [3] luego obra fué de la divina providencia ese vacío, y manifiesto milagro como lo declaró sin empacho el famoso Michaëlis, al decir de Niebhur. [4]

Los monumentos arqueológicos hasta el día descubiertos no expresan este desastre, ni sería novedad el silencio para quien sabe que los egipcios cuidaban cautelosos de no conmemorar sus derrotas. Pero Artapano [5] y Diodoro Sículo [6] suplieron su silencio confirmando la relación de Moisés. No dice el texto sagrado que se ahogase en las aguas el Faraón egipcio: la historia hace, según parece, memoria de él en época posterior á este descalabro militar.

Algunos estudiosos han ocupado sus ratos de ocio en investigar de qué manera obraría Dios el portento. El agente físico que el Señor empleó para hacerle, juzga el docto P. D. Pujol que debió de ser una convulsión volcánica que levantase y sumiese el fondo del mar en el paraje por

1 *Schol. in Exod.*, p. 273. 2 Exod. XIV, 16. 3 Exod. XIV, 27. 4 *Description de l' Arabie*, t. II, p. 298. 5 Euseb., *Præpar. evangel.*, lib. IX, cap. XVI. 6 Lib. II, cap. III.

donde los israelitas pasaron, [1] como parece lo significan muchos textos escriturales. [2] Al prudente lector quédale libre el juicio en este particular, á tal que confiese la intervención de una fuerza muy superior á las naturales.

Milagro como éste no se vió en el mundo otra vez. Si Josefo [3] se atrevió á decir que hizo otro tanto Alejandro en el mar de Panfilia, escribió sin fundamento y merece de los críticos reprensión. [4] Entre otros, Bayle [5] refuta á los que atribuyen á causa natural el paso del Mar Bermejo, y baldonando á Josefo por haber comparado este prodigio con el paso de Alejandro por el estrecho de Panfilia, demuestra que esta expedición nada tuvo de milagrosa, y nada de natural la de Moisés con su pueblo. A vista de tan incomparable portento, Moisés entonó á la grandeza del divino poder magníficos loores por la victoria de Israél sobre los carros de Faraón y su anegado ejército. [6]

Quédense atrás varios prodigios que en el desierto y en el Sinaí resplandecieron de grande admiración, y demos lugar á la serpiente de metal enarbolada por Moisés en la soledad. Guiaba el caudillo á su gente por una tierra áspera, seca y sin regalo, [7] cuando rompieron en quejas amargas contra él y contra Dios. No se hizo esperar el castigo debido á la insolente desconfianza. Viéronse los reales apestados de unas serpientes venenosas, que con sus mordeduras encendían las partes heridas causando rabiosos dolores, y á no pocos la muerte. [8] Acuden á Moisés con demostraciones de penitencia. Mándale el Señor labrar una sierpe de metal, y que la levante en un palo á vista de todo el pueblo, con promesa de que cuantos pongan la vista en ella se sentirán luego libres de la mortal ponzoña. Hácelo así Moisés. Todos los que levantaban los ojos á mirar la serpiente, hallaban seguro remedio contra

1 *Études religieuses*, 1872, p. 684.
2 Psalm. LXXVII.—Sap. XIX, 7, 8.—Psalm CXIII.
3 Lib. II. *Antiquit.*, cap. VII.
4 Fr. Juan Marquez, *El gobernador cristiano*, lib. I. cap. XV. 5 *Diction.*, art. *Phaselis*.
6 Darras, *Hist. de l'Eglise*, t. I, p. 567.—Glaire, *Les Livres Saints vengés*, t. II. — Vigouroux, *La Bible*; t. II.—Danko, *Hist. revelat*, t. I. p. 123.—Calmet. *Dissert.* I.—Moigno. *Les Splendeurs*., t. III, p. 1170.
7 Num. XXI. 8 Numer. XXI, 6.—Deuter. VIII, 15.

mortífero mal. Este acontecimiento, conmemorado en la Sabiduría, [1] en Judit, [2] en S. Pablo, [3] confirmado por el testimonio de nuestro divino Salvador [4] y encarecido por los Padres de la Iglesia, [5] ha sido mordido y deslustrado por los presentes incrédulos, que sólo descubren en él efectos de imaginativa calenturienta, ó excesos de superstición.

En primer lugar, en la Arabia son comunes las serpientes ponzoñosas, como lo declaran los viajantes antiguos y modernos que la han visitado. [6] Y aunque no todos estos reptiles causen herida mortal, de creer es que los de los hebreos eran dañinos, como suelen ser las víboras, mayormente cuando se los enviaba Dios en pena de sus descomedimientos; y los que no mataban, con su infección dañaban y afligían. De lo contrario, ¿con qué razones prueban los racionalistas que eran culebrillas inofensivas y de blanda boca? El poder de la fantasia era corto é ineficaz remedio. Ningún médico cura mordeduras mortales con solo recetar que se clave la vista en un poste. Si el veneno era real, si verdaderamente abrasaba y corrompía la sangre, hacíalo sin depender de la fantasía; y así si el estar los ojos enclavados en la sierpe metálica colgada en el leño, era remedio seguro para los mordidos, no lo era por virtud de lo que miraban, sino por la de aquel Señor que á manera de la serpiente había de ser levantado en alto á la vista de los redimidos. [7]

No sería temeridad pensar que las serpientes del desierto inoculaban en la sangre de los israelitas el microbio productor del carbunco, pústula maligna que causa edemas, vesículas violáceas, pesadez para los movimientos, respiración anhelosa, anorexia, vómitos, alta fiebre, color amarillento, palidez cadavérica; síntomas muy conformes con los indicados en la Biblia. [8] *Yo creo*, dice el Dr. Gómez Aguirre, *que el carbunco estalla en los animales espontáneamente, y es producido, según varios autores de Veterinaria, por el* bacillus antracis, *que los mata rápidamente, resultando la enfermedad también llamada* sangre de bazo, *y que inoculada al hombre infecta localmente la sangre, produciendo la pústula maligna.* [1] Toda la dificultad está en contener la invasión del microbio, dándole muerte ó expeliéndole de la sangre; operación que pide mucho espacio y mucho tino, como lo confiesan los más diestros facultativos. Los Santos Florencio y Patricio se hicieron famosos en exterminar invasiones como la de los Números. [2]

Y de aquí se colige la respuesta que merecen los reparos de aquellos deistas que en la serpiente mosáica ven señales de superstición. Moisés participó á los suyos el misterio de aquella simbólica figura, entendieron ellos que Dios quería hacer triaca y antídoto de salud lo que fuera instrumento de muerte; á la vista espiritual llena de fe, se debía en gran parte la curación prontísima y radical de los dolientes: ¿qué resabios ven aquí los deistas de superstición é idolatría? Por esta causa el rey Ezequías, ocho siglos más adelante, cuando los judíos prevaricaban tan á menudo, para evitarles que abusasen de este milagroso monumento, mandóle hacer pedazos y se le quitó de los ojos.

Quien deseare ver de cuerpo entero la figura del taumaturgo Moisés, consulte la obra de los *Bolandistas.* [3] Digna es de especial recomendación la del P. Fr. Manuel de Santo Tomás, carmelita descalzo, que lleva por título *Apología de la religión católica*, publicada en 1795. Propone el docto escritor dos objeciones de los incrédulos contra los milagros de Moisés, en esta forma: Dicen primero, que si fueran verdaderos tantos milagros, debían haber producido grandísima sumisión y reverencia en el pueblo; y con todo, lejos de acatar la majestad soberana, se sublevaron los israelitas con alborotos continuos contra Dios, y se atrevieron contra la autoridad del gran gobernador. Dicen lo segundo: Si Moisés tenía en su mano el poder de obrar milagros, ¿por qué no se aprovechaba de ellos para reducir el pueblo á la obediencia, en vez de emplear despótico

[1] XVI, 6., 8. [2] VIII, 24, 25.
[3] I. Cor. X, 9. [4] Jo. III, 14, 15.
[5] S. JUSTINO, *Dialog.* cap. XCIV. — TERTULIANO, *De Idolol.* V. — S. CIRILO ALEJANDR, lib. I. *Comment.* in Jo. — S. AGUST., serm. CCXCIV. — *De Civit. Dei*, lib. X, cap. VIII. — *De peccator merit.*, lib. I, cap. XXXII. — S. GREGOR. NAZIANZ., orat. XLII. — S. MAXIMO, Hom. I. *De Cruce.* — TEODORETO, q. XXXIX, in lib. Num.
[6] HERÓDOTO lib. II, cap. LXXV. — BOCHARD, *Hieroz.* p. II, lib. III, cap. XIII. — BURCKHARD, *Travels*, p. 499. — LABORDE, *Comment. géogr. sur l'Exode*, p. 133.
[7] Sap. XVI, 8. — Jo. III, 14.
[8] Num. XXI, 6. — Judith, VIII, 25. — Sap. XVI, 5. — I Cor. X, 9. — Sap. XVI, 12.

[1] *El Siglo Médico*, t. XL, p. 292.
[2] PETRASANCTA, *Thaumasia veræ religion.*, t. I, cap. XXXV. [3] T. II de Septiembre.

é inhumano rigor para reprimir á los rebeldes?—A estos argumentos responde sereno y despacio el Padre carmelita sin dejar efugio á los arguyentes, como podrá ver el curioso. La respuesta más sencilla es, que los milagros de Moisés contenían en su deber á los hebreos, y los movían á dolor de sus culpas y á más confianza en Dios. Jamás, no obstante su sediciosa contumacia, osaron negar la verdad de los milagros, ni acusaron á Moisés de impostor. La fuerza de los milagros los mantuvo adheridos á la unidad de un Dios pérsonal, al perfecto monoteismo; y cuando la viciosa impaciencia hizo portillo á la salida de la fe, el milagro los trajo de nuevo á la melena: ¿y era éste pequeño fruto? [1]—Al segundo argumento se responde, que en muchos casos de motines y discordias, los milagros apaciguaban las rebeliones; en otros, era menester la severidad del castigo mezclada con la blandura para lograr temor y amor. Cuando Moisés enfrenaba á los levantiscos con escarmientos, hacíalo por orden de Dios y con la divina protección: ¿cómo un hombre sin fuerza armada porfiara en resistir á raudal tan impetuoso? ¿Cómo había de guiar por un desierto árido á tanta muchedumbre, durante cuarenta años, sin la dispensación paternal de Dios? *El argumento de los incrédulos se dirige contra Dios más que contra Moisés; pero ¿quién son ellos para juzgar al Omnipotente, que es dueño y señor absoluto de las criaturas?* [2]

ARTÍCULO II.

Josué, sucesor de Moisés.—El paso del Jordán y los racionalistas.—La toma de Jericó.—El sol detiene su curso.—Examínanse las objeciones de la crítica.—Establécese la substancia de este milagro.—Respuesta á ocho dificultades.

Moisés con el auxilio de los milagros libertó al pueblo hebreo de la servidumbre egipcia, y le gobernó en el desierto con arte verdaderamente milagroso. Tocábale á Josué el cargo de introducir los israelitas en la tierra prometida, tomar posesión de la Palestina y repartirla entre las doce tribus. A este efecto fué muy conveniente que un caudillo tan providencial, sucesor del gran taumaturgo á los ochenta y cinco años de edad, [1] favorecido del trato con Dios, recibiese del cielo el dón de hacer milagros, con que autorizar su elección y acreditar el poder de Dios que su pueblo gobernaba.

El primero fué el paso del río Jordán, frontera natural de la comarca que iban á conquistar. Había Josué de parte de Dios echado bando por todos los reales, con aviso que cuando viesen el Arca en hombros de los sacerdotes, marchasen luego tras ella, á dos mil codos de distancia: á los sacerdotes mandó que entrasen con el Arca por medio del Jordán, á vista del pueblo, y que se parasen dentro del cauce y no pasasen á la otra parte del río hasta que hubiera desfilado el campo todo. Entran los sacerdotes con el Arca, y no bien se hubieron mojado el empeine del pie, cuando las aguas que de arriba se venían despeñando, detuvieron su curso é hicieron alto, arremolinándose en aquel paraje y formando un fortísimo parapeto que se descubría desde lejos; en tanto las que habían pasado ya, se apresuraron á correr y no cesaron hasta desembocar en el Mar Muerto. Así quedó en seco toda la madre del río, y pudo vadearla á pie llano todo el pueblo. Pasado que hubo, cayeron de golpe las aguas y tornaron á correr como antes. [2]

Lo primero que en esta historia se ofrece á los enemigos del milagro, es notar que podían los hebreos haber pasado el río, ora en barcas, ora echando puentes; achaque ordinario de los incrédulos querer pasar por ingenieros para hurtar el cuerpo á la letra. La cuestión es ésta: ¿esguazaron el río á pie enjuto, sí ó nó? ¿Qué dice el sagrado texto? Lean con atención las palabras: *El Señor dijo á Josué: Hoy empezaré á exaltarte delante de todo el pueblo, para que entiendan que como asistí á Moisés, estoy también contigo. Manda á los sacerdotes que llevan el Arca de la Alianza, que cuando hayan puesto el pie en el río paren y se detengan... Entonces las aguas bajas se escurrirán y desaparecerán, y las altas se amontonarán.* Si estas palabras carecen de

---

[1] Graetz, enemigo del milagro, no puede menos de hacer esta confesión: «Celui-là même qui ne croit pas aux miracles doit reconnaître qu'il y a, dans l'histoire du peuple israélite, quelque chose qui tient du miracle. On n'y remarque pas seulement, comme chez les autres peuples, les phases successives de la croissance, de l'épanouissement et du déclin, mais aussi ce phénomène extraordinaire qu'au déclin a succédé une renaissance, une nouvelle floraison, et que cette alternative s'est trois fois répétée.» (*Histoire des juifs*, 1884, t. I, Introd. p. 10.)

[2] *Apologia*, t. I, lección LVIII.

[1] JOSEFO, *Antiquit.*, lib. V, cap. I.

[2] Josue, III, 14-17.

claridad, si este texto no arguye milagro, digan por favor, ¿qué sentido pueden tener? ¿A qué se enderezaban los preparativos y purificaciones ordenadas para el caso? [1] ¿Qué significarían aquellas doce piedras sacadas de la madre del río y asentadas en Gálgala? ¿Qué dicen aquellas otras doce levantadas en medio del Jordán en memoria perpetua del milagro? [2] ¿Qué quiso Josué enseñar á los suyos al encargarles la celebración de este solemne acaecimiento? Si todo fué quimera, lo que hicieron los judíos festejando este suceso no fué sino con destreza y artificio una de las más descaradas mentiras. No cabe engaño en la verdad del sagrado texto.

Falta saber si este paso fué natural. Rosenmüller piensa que Josué llevó su gente con armas y bagajes por el punto somero y de poca profundidad que habían vadeado sus exploradores días antes. Carece de fundamento esta interpretación. Que el Jordán fuese en algún sitio vadeable, lo sabían los capitanes de la tribu de Gad que le pasaron [3] en el mes de Marzo, y áun hoy en día se puede traspasar de parte á parte por ciertos parajes, aunque venga crecido, y no tan sólo en verano, como exageradamente escribe Du-Clot. [4] Pero lo que conviene investigar es en qué razones fundan estos inventores su sentencia, lo que más importa es inquirir qué pretexto da la Escritura para tal interpretación. Porque sin más ni más no se han de fingir vados y esguazos. Dereser [5] imaginó también que el Jordán quedó por virtud de un terremoto partido por mitad, y dió paso franco á los hebreos; pero ninguna voz escritural favorece semejante ficción. Ni hay para qué tomar en cuenta la manía de Paulus y de Eichhorn, que han propalado que este hecho, natural de suyo, adquirió por la fama cuerpo y aire de milagroso. No mencionemos la insolencia volteriana que pretendió mellar la verdad bíblica afirmando que la siega se hacía en Junio, y no en Abril, cuando sucedió el caso: de estulticia le condena la pascua en que se ofrecían las mieses, [6] sin entrar en más razones. Cuanto al puente, es idea bien peregrina suponer á los israelitas, perseguidos de los cananeos, ocupados despacio en levantar puentes enormes sobre la anchura del río que corría caudaloso. [1] En toda la Escritura no se halla memoria de parecidas construcciones. Más llana y obvia es la exposición, ateniéndonos á la sencillez de las palabras. Comparado este suceso con el paso del Mar Bermejo, se ve que si al golpe de la vara de Moisés el mar se dió por entendido, el Jordán cedió á sola la presencia del Arca; que si las aguas de entrambos lados quedaron suspensas en el Mar Rojo, aquí las que venían de arriba se enarmonaron y treparon unas sobre otras, quedando enfrenadas y detenidas, y las inferiores siguieron su carrera hasta el mar y dejaron todo el cauce desierto y desembarazado, hasta que pasada la necesidad en ambos casos, el elemento recobró su primera propensión á fluir. Toda otra exposición es arbitraria, hace violencia al texto, y muestra la liviandad de los que la proponen y defienden. [2]

La toma de Jericó es otra proeza de Josué totalmente milagrosa. Mandó el adalid rodear los muros de la ciudad por siete días, con orden que precediesen los sacerdotes con las trompetas, luego siguiese el arca y tras ella el vulgo y la gente desarmada, todos con gran silencio sin desplegar los labios. Amaneció el día séptimo, y dadas las siete vueltas de ordenanza con el arca, á la postrera intima Josué al pueblo junto esfuerce el grito y clame con grandes alaridos. Al ruído de las voces dieron en tierra los inmensos paredones súbitamente, y entrando el pueblo á muro roto pasó á cuchillo toda la ciudad. Con ser esta plaza fuerte la más pertrechada y defendida por la naturaleza y el arte de toda Palestina, no hay memoria de fortaleza tomada por asalto con aparato tan inofensivo, y con efectos tan imponentes. El poder de Dios no podía campear con más augusta claridad. San Pablo atribuye á la fe la causa de la extraordinaria victoria. [3] Después de rodear los muros con el arca siete veces, al cabo habían de tocar las bocinas sacerdotales; no les manda Dios que el sonar de las trompetas sea la consigna

1 Jos., III, 5. 2 Jo., IV, 2. 3 Paralip., XII, 8-15.
4 *Vindicias de la Biblia*, t. II.
5 *Die heilige Schrift*, 2 t. I, B.
6 VICTOR GUÉRIN, *Descript. de Samarie*. t. I.—GHIRINGHELLO, *De libris hist. Ant. fœd.*, cap. I, art. 3.

1 Jos., III, 15. 2 KÖNIG, *Alttestamentliche Studien*, 1836. — KEIL, *Einleitung*. 3 Hebr. XI, 23.

para arremeter, que eso fuera animarlos á la conquista y poner ellos el brio de su parte; mándales que antes que vean caer aquellos murallones de argamasa, apellíden la victoria confiadamente, y que dando por hecho lo que parecía imposible, luego de ver tendidas por el suelo las murallas hagan la señal de acometer. Esta es la verdad de los hechos.

¿Qué reponen aquí los críticos? Renan no tiene otra cosa que objetar sino las tinieblas impenetrables del suceso. [1] Jahn [2] atribuye el asolamiento á la acción de un terremoto, como si un terremoto se anunciase con siete días de anticipación, para hora fija, y sobreviniese sin sacudir edificios y sólo abatiendo muros. Paulus [3] introduce una mina volada en el acto, como si en siete días se ejecutase una obra subterránea sin que los ciudadanos oliesen la conspiración. Baur [4] y Herder [5] inventan máquinas bélicas con que los hebreos hubieron de batir la muralla; ¿dónde tenían las baterías los sitiadores, y con qué voces se expresan en la Biblia? Woltmann [6] lo explica todo por vía de traiciones; es decir, á una traición se debe que librase bien la casa de Rahab, y que los sitiados pereciesen todos á manos de los sitiadores. Más valiera discurrir, como algunos han querido, que el clamor del pueblo, el sonido de las trompetas, y la gritería de los soldados, sin más armas ni invenciones, fueron causas bastantes para dar abajo con los macizos lienzos, cayendo cual castillos de naipes al soplo del aire agitado.

Otra vereda sigue Munk: califica por *fragmento antiguo de poema* el cerco y la toma de Jericó, y atribuye el hundimiento á un vigoroso asalto librado al són de trompas guerreras. Mas ni se descubre asomo de poesía en este pasaje, ni hay expresión que suene á estilo poético, ni nadie imaginó hasta hoy poema en esta hazaña. ¿Y qué linaje de asalto sería este, en donde no hubo preparativos de guerra, ni se mencionan máquinas disparadas, ni suenan voces de sitiados, ni hay acometimientos de sitiadores, ni se van desmantelando las altísimas cortinas, y sólo concurre una procesión, un grito, y un súbito hundimiento, sin resistencia, con estrago inaudito? Confiésenlo nuestros racionalistas: sus explicaciones son más inverosímiles que los milagros que tratan de criticar. Las ruinas de Jericó son muros de bronce donde se estrella la pertinacia de los modernos cananeos.

[1] *Études d'hist. relig.*, p. 92. [2] *Einleit.*, II, 174.
[3] *Exeg. Conserv.*, II, 155. [4] *Hebr. Myth.* II, 11.
[5] *Geist des hebr. Poes.*, II, 231.
[6] *Grudriss der altern Mensheng.* I, 165.

Queden entre renglones otros hechos de todo punto milagrosos: vengamos al campo de Josué, y veamos cómo se para de golpe el sol en su camino. ¡Gran portento! Esta jornada era decisiva, en ella debía el pueblo de Dios entregarse de la parte meridional de la tierra prometida. Cinco reyes habían de caer en sus manos, y los del norte debían temblar espantados á la rara maravilla. Muy poco restaba del día, la luna mostraba la palidez de su creciente, las tinieblas de la noche iban sacándole á Josué de entre las manos las huestes amorreas. Entonces empuña la lanza, levántase sobre los estribos con brío varonil, y tendiendo el brazo en presencia de los soldados pide tiempo al sol, hasta que se desquite y tome satisfacción del campo enemigo.

Josué habló al Señor en el día en que derrotó á los Amorreos: [1] es decir, oró al Señor y lleno de confianza imploró el favor divino. Después, hecha oracion, *apostrofó al sol y á la luna, diciendo en presencia de Israél: sol, párate; luna, no te menees.* A este mandamiento, siguióse luego la ejecución. *El sol y la luna se detuvieron hasta que los hebreos hubieron tomado venganza de sus enemigos.* El día se prolongó de arte que, al caer la noche, se había acabado todo. Las palabras bíblicas se traban y corresponden con tanta conveniencia, que las unas suprimidas queda manco el relato y falto de estilo histórico. Síguense luego estas otras: *¿Acaso no queda esto escrito en el libro de los Justos?* Este documento público es aquí traido por Josué en testimonio de la verdad que relata. [2] Según la costumbre de los hebreos, cuando acae-

[1] Jos. X, 17.
[2] Tunc locutus est Josue Domino, in die qua tradidit Amorrhæum in conspectu filiorum Israel, dixitque coram eis: Sol contra Gabaon ne movearis, et Luna contra vallem Aialon. Steteruntque Sol et Luna, donec ulcisceretur se gens de inimicis suis. Nonne scriptum est hoc in libro Justorum? Stetit itaque sol in medio cœli, et non festinavit occumbere spatio unius diei. Non fuit antea nec postea tam longa dies, obediente Domino voci hominis et pugnante pro Israel.—Jos. X, 12—14.

cía alguna notable hazaña componían un himno en memoria del suceso, y después en las historias escritas alegaban los instrumentos auténticos en que los cánticos se contenían. El *Libro de los Justos* era una colección de cánticos militares y de himnos triunfales, muy á propósito para que Josué á la vuelta de treinta años le citase copiando algunas palabras. [1] En vano pretenden Dereser y Gesch que la narración de este hecho está copiada del *Libro de los Justos*: poco importa que lo esté. A Glaire parecióle cosa de alta trascendencia aclarar este punto; [2] á nosotros nos parece de poco ó de ningún momento. Porque el estar el Pentateuco como entretejido de himnos poéticos, no es agravio ni desdoro á la verdad histórica. Las expresiones poéticas no por serlo tienen sentido contrario á lo que suenan; si metafórica fuese la frase del *Libro de los Justos*, también lo sería la del Eclesiástico [3] y de otros lugares paralelos [4] que hacen mención del sol y luna detenidos en su carrera. Ninguna impresión deben hacernos los autores citados por el P. Sa, [5] que dejan por dudosa la índole del *Libro de los Justos*; ni los hebreos alegados por el P. Mariana, [6] que le tienen por libro de legislación: fuera legal, fuera histórico, fuera poético, siempre la relación de Josué correrá libre de sospecha, ni hay hipérbole, ni figura poética que empañe el brillo de la histórica verdad. Si el *Libro de los Justos* describe el milagro realizado, el de Josué narra el milagro pedido; ambas autoridades se completan y refunden en una sola.

Mas las palabras *El sol suspendió su curso clavándose en el cielo, y no se dió prisa á ponerse en el espacio de un día*, son del historiador y no del poeta. Muchas razones lo persuaden. La primera es porque el pronombre *esto* (הִיא , *hi*) en la Biblia suele referirse á cosa precedente, de que va hecha mención, como notaron Gesenio [7] y Maurer [8] que son racionalistas. La segunda es, porque donde quiera que se emplea esta forma de alegar, pónese después y no antes de la cosa alegada. [9] La tercera, porque las dichas palabras no son poéticas, sino muy prosáicas y propias del estilo histórico; que si dijeran: *quedóse el sol pasmado en el cielo* ó cosa semejante, podrían parecer poesía; pero decir *detúvose el sol en la mitad del cielo, por espacio casi de un día*, es decir lisamente lo preciso para señalar la substancia de lo acaecido. El ritmo tampoco favorece á los adversarios; es tan imperceptible que apenas ellos le notan. La cuarta razón es, porque aunque fuesen ellas poéticas y parte del himno nacional, la forma interrogativa con que el héroe invoca el entusiasmo popular y el testimonio de sus soldados, es señal de convicción histórica; y asi dice: *¿Por ventura no se lee en el Libro de los Justos esto, conviene á saber: el sol paróse en la mitad del cielo, casi por un día entero?* Finalmente sus últimas voces *non fuit antea nec postea tan longa dies*, [1] pueden muy bien significar que día como aquél ni antes ni después le hubo, en que se mostrase más patente la protección del divino poder.

Singular es la exposición de Eusebio Salverte en esta forma: *Hacia el fin de un obstinado combate, y en el momento de una victoria por mucho tiempo disputada, las nubes amontonadas velaban el día y anticipaban el imperio de la noche; pero de pronto se disipan delante de la luna, que casi en su lleno, se alza en Oriente, mientras que en Occidente aún no se ha ocultado el sol bajo el horizonte. Los dos astros parece que juntan sus luces, para prolongar el día y dar al jefe de los israelitas el tiempo de acabar la derrota de sus enemigos: Este jefe ha detenido el sol y la luna.* [2] No fiándose el taumatófobo de la explanación natural, se limita á ver en el relato de este portento *el énfasis y estilo figurado propio de los cánticos y de los himnos de una poesía elevada* [3] El sistema de Salverte, que reduce el origen de los casos extraordinarios y maravillosos, acaecidos á gentiles y hebreos, á transformación de una alegoría ó expresión poética en hecho físico y sensible contra la intención del narrador, [4] ha merecido la acre censura del positivista Littré, como puede verse al fin de la citada obra: no es mucho que entre tantos despropósitos como en ella se leen, hallemos el antedicho, en prueba de que el autor cuando se lo sacaba de la cabeza, la tenía llena de nubes.

De estas consideraciones conclúyese haber sido el suceso totalmente milagro-

---

[1] CORNELY, *Introd. Specialis in Hist. V. T. libros*, vol. II, p. 194. [2] *Les livres saints vengés*, t. II, p. 248. [3] XLVI, 4, 5. [4] Jud. V, 20.—Is. XXX, 30—Hab. III, 10.—17. [5] In Jos. X. [6] *Scholia in Josue*. [7] *Thesaurus*, p. 368. [8] *Comment. in Job*, p. 113. [9] GLAIRE, *Les livres saints vengés*, t. II, p. 250.

[1] X, 14. [2] *Las ciencias ocultas*. Trad. de Orellana, 1865, pag. 40. [3] Ibid. pag. 41. [4] Ibid. pag. 34.

so, sin que haya manera de interpretar el texto en otro sentido. Mas aquí se destemplan sin tasa y ponen el grito en el cielo los críticos y los astrónomos, saliendo de mancomún á defender la posición y libertad solar. Respondamos brevemente á sus reparos.

Primero, los deistas Munk, Herder, Michaëlis toman por metafóricas las voces de Josué, cual si hubiera pedido á Dios esfuerzo en su gente y espanto tal en los reales enemigos, que pareciese haberse dilatado el día por el suceso inopinado de la interpresa militar; y juzgan que en efecto quedarse el sol y la luna inmóviles y atónitos significa, que tantas y tan grandes hazañas remató Josué en aquel día, cuantas ningún otro general pudiera en dos enteros llevar á cabo. No reparan los alevosos críticos que la parada del sol se conmemora en otras Escrituras, como cosa real y efectiva, ni han leido en Josefo estas graves palabras: *que en aquel caso se extendió el día, y sobrepujó á los ordinarios, lo declaran las Escrituras conservadas en nuestro templo.* [1] Ni importa que ningún escritor profano aluda á la grandeza del suceso: ¿quién le ha de mencionar que no diste siglos de su verídico narrador? Porque en los monumentos egipcios, fenicios, asirios, persas, chinos, se eche menos la memoria de tan notable acontecimiento, ninguna razón hay para concluir su fabulosa existencia; si le conmemorasen, tampoco se rendiría la terquedad de los adversarios.

Segunda dificultad. El sol no se mueve, decía Voltaire, luego tampoco pudo Josué mandarle parar.—R. Es falso que el sol esté quedo: ¿qué cuerpo hay que lo esté en la creación? El sol fuera de girar en torno de su eje, camina con todo el sistema planetario hacia la constelación de Hércules (232 millones de leguas al año). Pero al decir Josué, *sol, no te muevas*, no fué el sol quien se paró, sinó la tierra; en esto usó Josué el lenguaje que suelen usar los hombres de ciencia en su estilo vulgar. *Si hubiera clamado*, tierra, párate, *no sólo ningún soldado de su ejército le habría entendido; pero habría empleado un decir anticientífico.* [2] Por esta causa declara la Escritura que el sol hizo pausa *acomodándose Dios á la voz del hombre* (obediente Deo voci hominis).

Tercera dificultad. Al proferir Josué, *Sol, tente sobre Gabaón; luna, párate sobre el valle de Ayalón*, cometió un yerro, porque estos puntos no estaban debajo del sol.—R. La Biblia, que no es libro de astronomía, viste los conceptos de voces comunes y puestas al alcance de los hombres vulgares, narra las cosas de la manera que parecen á los ojos sensiblemente. Y como á Josué le pareció estar el sol en el zenit de Gabaón y la luna en el de Ayalón, por eso manda que no pasen adelante del lugar mismo donde la vista se los representaba.

Cuarta dificultad. El fin de este milagro no fué manifestar la divina misión de Josué, ni la verdad de alguna nueva enseñanza, ni el cumplimiento de orden recibida de Dios; luego no pudo tener lugar un portento tan enorme.—R. El fin de todo milagro se resume en la gloria de Dios y en la manifestación de los divinos atributos, como en el libro antecedente se trató. El milagro de Josué persuadió á los amorreos que Jehová asistía á su pueblo fiel y castigaba á los enemigos del culto judáico, y demostró al mismo tiempo que el sol y la luna, tenidos por ellos en concepto de dioses y de monarcas absolutos del cielo, [1] eran meras criaturas sujetas á la disposición del Dios único adorado por los hebreos, el cual así como mandaba á su arbitrio en la región de los astros, también tenía en su mano los ejércitos terrestres y daba ó negaba la victoria según su soberana voluntad, sin que el triunfo pudiera atribuirse al valor de los soldados ni á la borrasca del granizo. De aquí había de originarse en los vencidos un alto concepto del caudillo Josué, del ejército vencedor, de la religión revelada, del culto y poder de Jehová, cuya gloria quedaba del todo asegurada y firme en la grandeza de este milagro.

Quinta dificultad. Dice la Escritura que Josué consumió toda la noche en acosar á los amorreos, [2] y que en el alcance mientras los corría por todas partes, una lluvia de pedrisco se embraveció contra ellos y les dejó las tropas diezmadas. ¿Qué inconveniente hay en decir que el resto del día se ocupó en meter á fuego y á san-

---

[1] δηλοῦται διὰ τῶν ἀνακειμένων εν τῷ ἱερῷ γραμμάτων— *Antiq.*, lib. V, cap. I.

[2] Arago, *Astronomie populaire*, t. III, p. 23.

[1] Is. XL, 14.

[2] Jos. X, 9.

gre la parte de ejército que había quedado con vida? En tal caso la parada del sol sería metáfora y encarecimiento del historiador.—R. Cinco eran los reyes que con sus ejércitos acampados habían acudido á las armas contra Gabaón; Josué resuelto á decidir la justicia por las hojas de las espadas, sustentaba la guerra contra tan formidables escuadrones y alentaba á los suyos á cortar los pasos al enemigo en nombre de Jehová, resuelto con el divino favor á humillar el orgullo de los contrarios. En este aprieto ¿cómo no había de ser corto el día é insuficiente para dar alcance á los que huían y quitar á los que peleaban la victoria de las manos, quedando él victorioso y triunfador? Cuando pide treguas al sol y le manda quietud *hasta poner fin á los desacatos de sus enemigos*, y el astro se da por preso y maniatado á las palabras del general, menester es confesar que la longitud de un día común no era bastante para celar la gloria divina y tomar cabal venganza de tan poderosa gente.

Sexta dificultad. Al mandar Josué al sol y luna que no se moviesen, enfrenó las causas del movimiento terrestre y embarazó la marcha de todo el sistema solar, de cuya detención nació la duración extraordinaria de aquel día, y parece inconveniente que para hacer más larga la duración de un día, se pusiese entredicho á todo el sistema planetario.—R. La respuesta es que el día depende de la rotación de la tierra sobre su propio eje, no del movimiento de traslación en torno del sol. Reprimido el movimiento giratorio de la tierra, podía ésta proseguir caminando por la eclíptica al igual que los demás planetas, y el sol estarse quedo sin que el sistema se alterase.

Séptima dificultad. *Todos los católicos están obligados á concluir de la Bula* Speculatores, *y de los decretos de Paulo V y de Urbano VIII, que la doctrina heliocéntrica es falsa*, y que las palabras de Josué expresan estar la tierra quieta y el sol en movimiento. [1]—R. No nos corre tal obligación. La sentencia pronunciada en la causa de Galileo no emanó de la autoridad pontificia, como en el libro de *La Creación* queda suficientemente probado, [2] sino de la Sagrada Congregación de Cardenales, falible y sujeta á error; la cual forzada por las circunstancias y por las impertinencias del astrónomo florentino, condenó sus mal demostradas proposiciones. A los católicos quédanos ancha libertad para adoptar el sistema de Tolomeo, de Tico, de Copérnico, ú otro cualquiera, en el interpretar el pasaje de Josué; ni los protestantes llegarán á demostrar que la Iglesia católica prescriba, ni que los hijos de ella debamos darle sentido determinado conforme á un sistema astronómico en particular.

Octava dificultad. Si de repente la tierra hubiese perdido el movimiento rotatorio, todos los cuerpos terrestres se habrían escapado por la fuerza tangencial con una velocidad de 500 metros por segundo, todas las cosas se lanzaran vertiginosamente por los espacios, las aguas cayeran sobre los continentes con rapidísimo ímpetu, el exceso de calor producido por la detención del movimiento rotatorio causara funestos incendios, y caballos y caballeros, armas y pertrechos se habrían evaporado en un abrir y cerrar de ojos. — R. La respuesta no es aquí necesaria. El susto mortal de los críticos basta y sobra. El milagro cabalmente consistió en tener á raya la rotación terrestre impidiendo que los cuerpos no se escapasen de la superficie, y en atajar el estrago de la fuerza centrífuga. Pintar el cataclismo es deshacer el milagro. Habiendo querido Dios hacer ostensible su poder en favor de los hebreos, al contraponer el freno de su mano soberana quebrantó el empuje de la fuerza tangencial y contrarrestó el desbaratamiento consiguiente. ¿Quién de los adversarios probará que le faltó á Dios poder para tanto? Si alguno quiere admitir la hipótesis de que el movimiento de rotación terrestre fué disminuyendo por grados insensibles, tal vez habrá excusado en parte los desastres apuntados, y tendrá un día largo, con sólo el inconveniente de las graves alteraciones que de la supuesta gradual lentitud se debían temer y que el divino concurso hubo de reprimir con milagro tal vez mayor.

En esta materia vemos á muchos católicos afanados en reducir la acción de Dios á los más estrechos límites, como si fuera indecoroso al Criador trastornar las leyes cósmicas, cuando puede valerse de causas segundas para llegar á su fin. [1]

[1] W. Roberts, *The pontifical Decrees against the doctrine of the earth's movement*, 1885.
[2] Cap. XXIX, art. II.

[1] Hamard, *Dictionnaire apologétique*, art. *Josué*;

Según esto piensan unos que podía Dios haber alargado la duración del crepúsculo dando tiempo y lugar á la victoria, que era lo que pedía Josué. Otros creen que para concitar entusiasmo en los suyos, y amilanar á los contrarios, bastaba el fenómeno de la refracción, ora se interpusiesen capas atmosféricas más y más densas, ora se colocasen entre los dos astros y la atmósfera nubes cósmicas invisibles, ora se remitiesen las leyes de la refracción para este caso, ora se perturbase la atmósfera variando su poder refringente, ó de la manera que á Dios le plugo; de suerte que con un solo milagro, sin alterar el movimiento terrestre, pudo suceder que los combatientes viesen el sol y la luna enclavados en un punto del cielo por el tiempo necesario. Otros han propuesto el fenómeno de un parhelio, ó de un halos. [1] Muchos escritores católicos han seguido alguno de estos expedientes, y reducido el milagro á hecho meteorológico, á fenómeno óptico, á crepúsculo, refracción, parhelio, capa atmósferica y semejantes, llegando algunos autores á simplificar tanto las cosas, que un tan considerable portento apenas tenga en sus manos visos de providencia especial.

No podemos menos de confesarlo, no alcanzamos qué razones han podido moverlos á echar mano de tales arbitrios, que en vez de atajos son leguas de mal camino. Sencillamente bastaba que Dios con la robustez de su brazo tuviera trabada la tierra no consintiéndole vuelta ninguna en torno de su eje, y consiguientemente estorbase los efectos que de su detención debían naturalmente seguirse. Perfectamente se verifican con toda puntualidad en tal supuesto las palabras de Josué. Las susodichas tramoyas y escamoteos ni son menos milagrosos, ni más dignos de Dios, ni más verificativos del texto. Con un solo augustísimo milagro glorificamos el dominio del sumo Hacedor, y le atribuimos sabiduría y poder para reducir á debida templanza las perturbaciones que tanto espantan á la ciencia moderna; y es equidad que no regateemos á Dios tanta gloria, por meternos en un laberinto de escabrosas dificultades, de que no salimos sin multiplicar maravillas. ¿En qué ocasión, sino en ésta, podía la divina Majestad mostrarse señor absoluto de sol, luna, tierra y cielo?

El doctísimo Schenchzer [1] desvanecía, hace un siglo, con discretas razones los argumentos con que Peyrère, [2] Espinosa [3] y Le Clerc [4] querían demostrar que la maravilla de Josué consistía en un metéoro natural. Uno de los raciocinios de Le Clerc era este. *No es verosímil que por una cosa tan baladí como la muerte de unos cuantos cananeos, y en un día más que en otro, se interrumpiese el movimiento diurno de la tierra, ó digámos del sol. No suele Dios, por decirlo así, ser tan maniroto y pródigo de milagros, que una causa tan leve le induzca á perturbar el orden de la naturaleza en tan insigne parte del universo.* No merecen respuesta los muchos dislates estampados en las palabras del crítico genovés; pero ¿por qué se alambica tanto los sesos el rival de Bayle buscando en un parhelio extraordinario la razón del milagro, si Dios tampoco suele acudir, digámoslo así, con parhelios extraordinarios á casos de tan leve importancia? A estos metéoros, como á sus defensores, debería bastar por toda respuesta el considerar que duran en el cielo pocas horas, y no se extienden al espacio de un día entero, como el hecho presente.

Espinosa acudía á una nube preñada de granizo que, recibiendo en sí los rayos solares, dió lugar á la prolongación del día. —R. El un prodigio no embaraza el otro. Pedrisco hubo y dió sobre los amorreos, [5] dejando á muchísimos descalabrados y muertos, y á los hijos de Israél sanos y salvos; [6] pero las piedras de granizo, no la granizada de piedras, como entendía Calmet, [7] descargaron la preñez de las nubes, siendo mal contada para los enemigos la lluvia furiosa que en su retirada los azotó. Así la nube de Espinosa, el parhelio de Leclerc, el paraselene de Peyrère y los demás metéoros imaginados por los modernos ni atajan el milagro, ni satisfacen á la letra, ni son de ningún provecho. En éste como en otro semejante suceso

p. 1726.—VIGOUROUX, *Les livres saints*, t. V, p. 26.—GLAIRE, *Les livres saints vengés*. t. II.

1 GLAIRE, *Les livres saints vengés*. t. II, p. 254.—JEAN D'ESTIENNE, *La Controverse*, 1881, t. II, p. 87.—BERGIER, *Dictionn. de Theologie*, art. *Soleil*.—PEYRÈRE, *Systema Theol.*, lib. IV, cap. V.

1 *Physica sacra*, 1732, t. II, tab. 371.
2 *Systema Theol.* lib. IV, cap. V.
3 *Tract. Theol. polit.* cap. I, IV.
4 *Comment.* in Josue X.
5 Jos. X, 1.
6 Josue, X, 21.
7 *Dictionar.* art. *Lapidum pluvia*.

es temeridad pronunciar cómo Dios corona cosas tan altas; entremeterse en escarbar el secreto de los juicios divinos ha sido en todo tiempo manía de ingenios altivos é indóciles, y muchas veces el que escarba, lo que no quería halla, dice el refrán, esto es, su propia confusión.

¿Qué sintieron sobre este paso los Santos? Dijeron claramente que el mismo sol *(solem ipsum)*, es decir, la tierra se estuvo parada hasta rematarse la victoria. Así San Justino, [1] San Ambrosio, [2] San Jerónimo, [3] San Agustín, [4] Tertuliano, [5] San Crisóstomo, [6] Teodoreto [7] y otros. ¿Qué pensaran estas lumbreras del cristianismo si viesen con qué desenfado tratan algunos católicos un tan respetable suceso? Fiados en su opinión y presuponiendo que el milagro hubo de ser meteorológico y local, rehusan reconocer que la remota antigüedad haya alcanzado de él la menor noticia. Otros infatigables campeones [8] han sudado juntando tradiciones de pueblos y testimonios de autores antiquísimos en abono del milagro astronómico; y si bien los que no son legendarios podrían á todo trance entenderse de otro suceso cualquiera, no vemos por qué se les deba negar toda autoridad y alguna fuerza comprobativa, siquiera cuanto á la substancia de este ilustre acontecimiento, aunque tampoco creemos necesario concedérsela, como va dicho.

ARTÍCULO III.

Elías y los cuervos.—La viuda de Sarepta.—El niño resucitado.—La lluvia deseada.—Elías y los Sacerdotes de Baal.—Elías y los soldados de Ocozías.—La carroza de fuego.—Eliseo vuelve potables las aguas amargas.—Los niños devorados de los osos.—La Sunamitis y su hijo.—Naaman leproso.—Otros milagros de Eliseo difunto.—El milagro de los incrédulos.—Resumen de otros muchos milagros.—Recapitulación de lo dicho y traza de Dios en los milagros del Viejo Testamento.

No hace á nuestro propósito particularizar las milagrosas acciones de todos los taumaturgos del Viejo Testamento. El libro de los Jueces comprende abundante suma de prodigios obrados por Gedeón, Sansón, Débora, Otoniel y otros preclaros caudillos, asistidos de superior virtud. Dejándolos en silencio, pasemos á exponer algunas de las proezas narradas en el libro de los Reyes. La historia de Elías y Eliseo es en nuestros días blanco de las iras de los críticos, á causa de los milagros que á sus ojos no son sino leyendas, mitos, exageraciones fantásticas, fundadas en hechos puramente naturales. Cómo la fama de aquellos santos profetas corrió tan válida en los tiempos antiguos antes de Jesucristo, es misterio inexplicable para los enemigos del milagro; pero sólo por haberlos hecho señaladísimos puede convenientemente explicarse. Ni es de maravillar que los críticos de hoy, llevados de su apasionamiento, desdoren sin compasión la grandeza de estos héroes, y reduzcan su historia al vil papel de ridícula fantasía.

Escogido por Dios el profeta Elías para contrastar con su celo las supersticiones introducidas en el pueblo de Dios por la impía Jezabel y el desalmado Acab, como no aprovechasen razones para enfrenar al pueblo, hizo al Señor oración suplicándole cerrase el cielo y no enviase á la tierra más lluvia. Lo que pidió alcanzólo, después de avisárselo de antemano al rey Acab. [1] No determina el libro de los Reyes cuánto tiempo duró esta sequedad, que se extendió por todo el reino; pero del Nuevo Testamento se saca que las nubes no se acordaron de llover por tres años y medio. [2] Josefo trae la esterilidad pronosticada y alcanzada por la oración de Elías, [3] dado que le concede más corta duración.

A causa de la gran sequía con que Dios afligió á su pueblo, el profeta se emboscó en el desierto, y allí vivía de la comida que le procuraban diariamente unos cuervos que Dios le había deparado. El Abulense quiere que el alimento le llegase al profeta de la cocina del rey Acab; [4] pero ahora los cuervos quitasen al cocinero real la comida, ahora la tomasen de otra parte, fué maravillosa providencia de Dios que unas aves tan voraces y crueles usasen con Elías de tanta humanidad. Contra estas aves benignas pierde los estribos la paciencia de los racionalistas, pareciéndoles su servicio inverosímil y de poca

[1] *Dialog. cum Triph.*, 113. [2] Lib. I *offic.*, cap. XL.
[3] *Comment.* in cap. XXVIII Isaiæ.—*Advers. Jovin.* lib. II, 15. [4] *De Civit. Dei*, lib. XXI, cap. VIII.
[5] *De jejun.*, cap. X. [6] *Hom.* de David et Saul, III, 6.
[7] Quæst. XIV in Josue.
[8] Gainet, *La Bible sans la Bible*, t. II, IV époque, p. 194.—Bonnetti, *Annal. de philos. chrét.*, t. X, p. 321.—Darrás, *Hist. de l'Eglise*, t. II, p. 64.—Calmet, *Retrogradatio solis et lunæ.*

[1] III Reg. XVII, XVIII.—Eccl., XLVIII.
[2] Luc., IV, 25.—Jac., V, 17.
[3] *Antiq.*, lib. VIII, cap. VII. [4] III Reg. XVII, 6.

consideración. Para dar color á su saña arguyen que *khorebim* (עֹרְבִים) no son cuervos, sino árabes ó merchantes. Pero, ciegos, no ven que tienen contra sí las versiones todas, á Josefo, á los Santos Padres, á los rabinos, á los intérpretes, que entendieron *cuervos*, y no gente de servicio. Si no eran cuervos, sino moradores de Arabia ó de Oreb, ¿cómo éstos no le favorecieron con agua cuando, secado el torrente, hubo de enviarle Dios á Sarepta y mandó á la viuda que le diese de comer? [1] Por divina disposición conservó el santo Elías la salud, tanto aquí como cuando el ángel le suministró pan y agua para las enojosas jornadas que había de hacer. [2] La verosimilitud resulta del cuidado particular que convenía tuviese Dios de su siervo entre los desafueros y atropellos de Acab, y del esfuerzo que necesitaba Elías para cumplir con su ministerio. Michaëlis opina que el profeta se alimentaba, no del pan y carne que le servían los cuervos, sino de la caza que les robaba de las uñas: ¿no nos dirá el deista en qué pergaminos halló semejante patraña? [3]

Extremada era la escasez de agua. El torrente de Carit, junto al cual moraba Elías, vino á secarse del todo, y el santo profeta tuvo que procurarse alivio por otro medio. Avisado por Dios fué á hospedarse en casa de una viuda pobre, temerosa de Dios, [4] que vivía en Sarepta, ciudad marítima, sita entre Tiro y Sidón. Digan primero los racionalistas: ¿por qué se recoge Elías en una ciudad fenicia, donde fuera tan fácil echarle mano y presentarle á Jezabel, y donde el nombre de Jehová era blasfemado? No obran, cierto, así los demagogos y sediciosos, ya que de tal tratan con impío rigor á Elías. Quién le encaminó á Sarepta fué el llamamiento de Dios.

Pide á la viuda de comer, ella se excusa con la pobreza; prométele el siervo de Dios que no faltará harina en su panera, ni aceite en su alcuza, hasta que el Señor beneficie con lluvia los campos sedientos. Así con efecto sucedió los tres años que fué morador de la ciudad de Sarepta. [5]

1 CALMET, *Dictionar.*, art. *Corvus.*
2 III Reg., XIX, 8.
3 GLAIRE, *Les livres saints vengés*, t. II, p. 340.
4 III Reg. XVII, 10.
5 III Reg. XVIII, 8, 16.

Los modernos críticos maltratan las hazañas de Elías con igual alevosía que las de Moisés, condenándolas de haber llegado hasta nosotros *llenas de tradiciones míticas y de tinieblas impenetrables.* [1] No son razones esas; son miserables evasivas, dislates de gente mal intencionada, maneras indignas que muestran habérseles acabado á los incrédulos las municiones con que combatir la Biblia. Cuán de otro modo discurrían los Santos Padres. *Mira cómo está viuda por un puñado de harina y por unas gotas de aceite granjeó una perpetua despensa*, decían San Juan Crisóstomo [2] y San Ambrosio. [3]

La viuda tenía un hijo; sobrevínole una violenta enfermedad que le acabó presto la vida. Teníale la madre muerto en los brazos y y mostraba al profeta con amargo llanto la viveza de su sentimiento. Toma Elías el cadáver, súbele á su aposentillo, déjale sobre la cama, y hecha oración á Dios, tiéndese tres veces sobre el cuerpo exánime, y orando con nuevo fervor le restituye la vida, y entrégale vivo y lozano á la desolada viuda. [4] El Eclesiástico al engrandecer las maravillas del profeta, dice que la palabra de Dios sacó de las presas de la muerte á un difunto, [5] que no pudo ser otro que el hijo de esta mujer.

Los racionalistas, malavenidos con un Señor que tiene las llaves de la vida y de la muerte, como entienden poco de enjugar las lágrimas de las madres, dos respuestas han ideado. La una es, que el niño estaba desvanecido pero no muerto; la otra, que el calor del cuerpo varonil y los remedios aplicados le sacaron naturalmente del desmayo. Si la dolencia era puro desvanecimiento, clara cosa es que todos los efectos causados por Elías no pasaron la raya de naturales; pero si era el mal de la muerte, no cabe dudar sino que fué gran milagro volver un difunto á la vida. Que fuese del todo muerto lo prueba Alápide, [6] y lo tiene la opinión común. La otra respuesta denota miedo. Cómo los abrazos del profeta dispusieron el frío cadaver á recibir calor vital y cómo si estaba yerto

1 MUNK, *Palestine*, p. 309.—RENAN, *Études d'histoire relig.* p. 92.
2 *Com.* XLII in Genes.
3 *De Viduis*, cap. III.
4 III Reg. XVII, 17.
5 XLVIII, 5.
6 In lib. IV Reg. cap. IV, 34

pudo calor extraño despertar del sueño de la muerte un cuerpo exánime, no lo dicen los racionalistas porque no lo saben decir, porque sólo Dios es poderoso para unir otra vez con el fallecido cadáver el alma separada. Los abrazos, gestos y clamores de que usaron á veces los taumaturgos, sólo valían para significar altísimos misterios. [1]

Pasados los tres años de esterilidad quiso Dios alzar la mano y conceder por la de su profeta la tan deseada lluvia. Inepta es aquí la observación de los modernos críticos; para calumniar el dón de profético fingen que Elías era muy versado en meteorología y pudo pronosticar por las leyes atmosféricas la pronta venida del agua. Mal pudo Elías prever la cercana lluvia, si cuando su criado escudriñando con los ojos el cielo no divisó sombra de nube, hasta la séptima vez en que ya el profeta tenía prometido el remedio. [2] Dios fué quien le ilustró con los rayos de su infinita presciencia, y para mayor crédito de su autoridad mándale que se presente al rey. Recíbele Acab con rostro airado como quien le buscaba para matarle, y trábase entre los dos una tan porfiada lucha de razones, Acab acusando á Elías de sedicioso, y Elías cargando á Acab los males y desórdenes que afligían al pueblo, que para definir quién de los dos estaba en lo cierto, propúsole el profeta un solemne desafío. El profeta solo había de entrar en campo con todos los profetas de Baal en el monte Carmelo, y no en Jerusalén, á causa de la división política que andaba entre las tribus de Israél y de Judá, y también para que no se profanase la santidad del templo. En el día señalado, en medio de un gentío inmenso, el más imponente que menciona la historia judía, preséntase Elías al palenque, solo, desarmado, desapercibido, llama á razón la turba de falsos profetas, pone contra todos cartel prometiendo desenmascarar la infamia de aquel culto y justificar la verdad y santidad del suyo propio. La propuesta fué la siguiente. [3] Los cuatrocientos cincuenta sacerdotes ofrecerán un toro á su dios Baal sin fuego ni cosa alguna; Elías sacrificará también el suyo al Dios de Israél, no sólo sin fuego, pero aún rociando con agua la leña, altar y víctima. El Dios que haga descender fuego del cielo que abrase el sacrificio, será tenido por el verdadero Dios.

Principia la prueba. Los profetas atruenan con su gritería los oidos de los circunstantes, con voces desaforadas de la mañana hasta mediodía claman: Baal, óyenos; Baal, acude á tus profetas. Así con estos alaridos gritaban. Entre tanto todo se les iba en herir con cuchillos y ensangrentar sus cuerpos para mover á piedad las entrañas del dios, que las tenía de palo. Toma la mano Elías: por unas breves palabras que á Jehová dirigió, cayó al punto fuego del cielo, y prendiendo en la víctima, consumió y lo redujo á cenizas todo, leña, altar, piedras, agua, polvo de la tierra. El pueblo que esto vió, dió la palma al Dios de Elías aclamándole por el único digno de culto y adoración. La furia del pueblo no hubo menester más que la orden del profeta para poner las manos en la sangre de todos los embaucadores, como lo hizo junto al río Cisón. Después Elías, dando al rey aviso que presto llovería, como en efecto llovió copiosísimamente, [1] se subió al monte Horeb. Materia de risa da la insipiencia de aquellos críticos, que para hacer burla de este suceso, filosofan que el agua derramada por Elías sobre la víctima sería en realidad petróleo.

Tres milagros tenemos aquí singularmente extraordinarios: el fuego venido del cielo, la mudanza súbita de los ánimos en favor de Elías, la entrevista de Elías con Acab, antes y después del sacrificio. Un rey tan depravado y altanero sufre la reprensión del profeta, sin mandarle luego degollar por reo de lesa majestad; se acomoda á las condiciones del desafío; no le arma celada en el camino. Para que Acab le tuviese tanta veneración, debió ver en él un taumaturgo, un varón extraordinario, y no un simple mortal, cuánto menos un demagogo, un fanático exaltado, cual nos le pinta la pravedad racionalista. Achacan á Elías que fué un inhumano, un homicida. ¿Por ventura la ley mosáica no imponía pena de la vida á los infames sacerdotes? Enternécenseles á los deistas las entrañas por amor de Jezabel, la principal que persiguió á los santos profetas, la taimada que mandó dar muerte á un

[1] IV Reg. IV, 34.—Act. XX, 10.
[2] III Reg. XVIII, 43, 44.
[3] III Reg. XVIII.

[1] III Reg. VIII, 40.

sinnúmero de sacerdotes hebreos, la pérfida que depravó el culto nacional; y á trueque de calumniar los milagros del gran profeta, no reparan en amplificar y tener por sumo decoro la crueldad, alevosía, implacable desalmamiento de una mala hembra.

Otro proceso de crueldad instruyen contra el santo profeta en el caso siguiente. Muerto Acab, el rey Ocozías mandó á un capitán del ejército que con cincuenta soldados fuese á prender á Elías, y se le trajesen preso, porque estando enfermo le había amenazado con muerte cercana. Llegan á la falda del monte donde moraba el profeta, y empieza el capitán á dar voces en són de burla, diciendo: *Varón de Dios, por orden del Rey, que bajes.—Si soy varón de Dios*, responde Elías, *baje fuego del cielo, y acabe contigo y con los cincuenta tuyos*. En el acto fuego del cielo los redujo á ceniza á todos. Envía el rey otra embajada, y el fuego ejecutó en todos igual castigo. Llega el tercer capitán, y postrado en tierra le suplica se apiade de ellos y los perdone, pero no les niegue la gracia de acompañarlos. El Angel del Señor dice á Elías: *Síguelos sin recelo.* Baja Elías, y puesto en presencia del rey, le habla así: *Oye lo que dice el Señor: Por cuanto enviaste á consultar á Belzebú, Dios de Acaron, cual si careciésemos en Israél de Dios á quien consultar, no te levantarás de esa cama: la muerte está á tu puerta llamando.* El rey á los pocos días murió. [1]

Es muy de ver cómo interpretan los enemigos del milagro el fuego celeste que abrasó á los enviados de Ocozías. Sin más ni más dicen que fué un fuego metafórico, el ardor de la lucha empeñada entre los soldados de Ocozías y los alumnos que Elías tenía consigo. Y no alcanzan que eso no puede ser, porque los profetas y discípulos de Elías andaban á la sazón separados, hurtándose á las pesquisas de Jezabél, y Elías era el único que hacía rostro á la persecución, como se lo dijo una vez; [2] especialmente que después del degüello mandado por el profeta, según ley, la junta de sus discípulos se hacía del todo imposible. Si los cincuenta hubiesen muerto á manos de gente armada, no hubiera Ocozías osado enviar á otros cincuenta, ni ellos se habrían arrojado al trance de una muerte segura.

No es razón queden sin respuesta los incrédulos que culpan aquí de cruel y sanguinario al profeta del Señor: esto, si lo diéramos de barato, ni quita ni añade á la verdad histórica. Pero ¿tenía merecido Ocozías el castigo de sus soldados? Claro que sí; con propósito de tomar satisfacción del profeta mandó que cerrasen con él para prenderle, y prenderle para dar más rienda á la prevaricación de Israél; soltura que redundaba en deshonra de Dios. Mirando por la gloria divina invocó Elías el fuego celeste, y cuando el rey debía de haber abierto los ojos con el primer castigo, mereció por su temeridad un segundo escarmiento. Es muy para considerada la contradicción de los racionalistas. Renan nota á Elías de turbulento demagogo, de alborotado revoltoso; Munk le estima hombre providencial llamado á levantar el abatido culto. [1] Renan achaca á fanática exaltación las proezas de Elías; Munk, á valor y á celo de la buena causa: ámbos, con todo, son enemigos del profeta y de sus milagros; mas ni los denuestos del uno, ni las lisonjas del otro aumentan ni merman un punto la grandeza extraordinaria de sus gloriosos hechos. Elías en este suceso no salió una raya de los términos de la justicia y recta razón; así lo demuestran San Agustín [2] y Santo Tomás. [3] El capitán y los soldados eran cómplices del pecado de Ocozías. La sentencia pronunciada por el profeta volvía por los fueros de la gloria divina, y se ordenaba á la corrección de los pecadores, como lo expone Wouters, [4] grave y sólidamente.

En fin sabiendo Elías que presto partiría de este mundo, bajó al Jordán, y golpeando con su capa las ondas abrióse camino, y pasó á pie enjuto con su discípulo Eliseo á la otra orilla. Aquí pidióle Eliseo el doblado espíritu, de profecía y de milagros, según Santo Tomás; [5] y después vióle volar por los aires en carroza de fuego. [6] No merecen consideración los racionalistas, que sólo ven aquí ficciones

---

1 IV Reg. I, 2-17.

2 III Reg. XVIII, 22.

1 RENÁN, *Le Cantique des Cantiques*, p. 111.—MUNK, *Palestine*, p. 307.

2 Lib. I *de Serm. Domini in monte*, cap. XX.

3 II.ª II.ae, q. CVIII, art. I ad 4.

4 *Dilucidatio in Reg.*, cap. I, pars. XI.

5 *Contra Gent.* lib. IV, cap. XI.

6 IV Reg. II, 8, 11.

poéticas y lindas alegorías. Con este libro de los Reyes concuerdan Malaquías, [1] los Macabeos, [2] el Eclesiástico, [3] los Evangelios, [4] en testimonio de que Elías no murió, y que vendrá con Enoch á debelar al Anticristo.

Pasemos al profeta Eliseo. Los habitadores de Jericó rogáronle tornase potable una fuente que no era de beber; hízolo así echando en ella sal. La opinión de santidad que había alcanzado le daba grande ascendiente en el pueblo. Las aguas estaban cuajadas de materias resinosas y salobres; no podían volverse saludables con solo mezclar sal, que debía hacerlas más amargas. [5] La química moderna no consiente se llame natural tan raro efecto; enséñanos todo lo contrario. Demos que la sal fuese alcalina; al precipitarse no podía convertir en dulce el agua de la fuente. Sube de punto la maravilla considerando, primero, que la sal se la procuraron los habitantes de Jericó; segundo, que el cántaro que le dieron era nuevo y sin estrenar; tercero, que el profeta tomó el cántaro y arrojó la sal en el agua malsana diciendo: *Esto dice el Señor: yo he purificado las aguas, y de hoy más no habrá en ellas muerte ni esterilidad.* En el punto mismo las palabras obraron lo que sonaban; el agua se purificó, y las tierras se tornaron fértiles y abundosas. No porfíen, pues, los adversarios, que las aguas eran sólo corrompidas, y que la sal las desinfectó y sazonó: las aguas eran malas, nocivas y bituminosas por la vecindad del lago Asfaltites, algo más que corrompidas, como lo demuestran las voces del texto. Y fuera de que faltaría probar que la sal sea desinfectante de aguas podridas, los mitólogos, Winner entre ellos, convienen que tuvo lugar la alteración, pero piensan que Eliseo usó de procedimiento natural para convertir toda una fuente de salada y desabrida en sazonada y potable. Cuál fuese el procedimiento, ni lo dice él, ni lo dirá nadie con razón y justicia. [6]

[1] IV, 5. [2] II, 58. [3] XLVIII, 5.
[4] Matth., XI, 14.—XVII, 11.—Marc., IX, 11.—Luc., I, 17.—IX, 8.—Jo. I, 21. [5] IV Reg. II, 19, 25.
[6] Glaire, *Les livres saints vengés*, t. II, p. 352.

Subía el profeta á la ciudad de Betel, y como reparasen unos muchachos en su calvicie, con insolente descortesía mofaron de él y de su lento caminar, y le decían: ¡¡Sube, calvo; sube, calvo!! Volvióse el anciano á mirarlos; no bien los hubo amenazado en nombre de Dios con la divina venganza, salieron del bosque de repente dos osos, y á cuarenta y dos de ellos hiciéronlos pedazos. [1] Esta carnicería parece inverosímil y del todo increible á la piedad entrañable de nuestros críticos. No es inverosímil que en una ciudad donde tenían asiento los servidores de Baal, donde era Elías odiado y su discípulo temido, le salieran al encuentro, ó le fueran en zaga mozuelos petulantes y díscolos, y baldonasen con mofa su religión y santidad. Ni es increible que para disimular su irreligión acudiesen al sarcasmo y le insultasen en la parte más venerable del cuerpo, tratando con contumelia un defecto natural que pasaba por vergonzoso y bajísimo. [2] ¿Cómo pues, no eran gravemente culpables y dignos de severo castigo, según las leyes hebreas, los que habían hecho befa de un profeta de Dios *y tenían edad para insultar, por no decir blasfemar?* [3] El Señor cuidó con su secreta providencia de despertar luego verdugos, que dejasen escarmentada la sacrílega avilantez, vengada la ofensa divina, y en su lugar la palabra y persona del profeta.

No digan haber sido casual la salida de los osos, y natural que en saliendo hiciesen mil piezas á los mozuelos; porque la circunstancia de haber caído sobre ellos de improviso en el acto mismo de amenazarlos el siervo de Dios, [4] hace que si podía ser natural en otra ocasión, en ésta fuese disposición particular de la providencia divina, como lo fué cuando hablando Moisés abrióse la tierra y tragó á Datan y Albirón, [5] y cuando extendiendo Jeroboán la mano contra el profeta, se le secó y quedó baldada. A la dificultad de los osos no hay para qué responder, pues Isaías, [6] Amós, [7] Jeremías, [8] el Eclesiástico, [9] Oseas, [10] testifican que los había en Palestina; y que no faltaban en Samaria bosques en tiempo de Eliseo es cosa cierta.

[1] IV Reg. II, 23. [2] Is. III, 17. 24.
[3] Tertuliano, *Contra Marcion.* lib. IV. cap. XIII.
[4] IV Reg. II, 24. [5] Numer. XVI, 31.
[6] XI, 7.—LIX, 11. [7] V, 19. [8] Thren. III, 10.
[9] XLVII, 3. [10] XIII, 8.

Había vaticinado á un matrimonio de Sunam que dentro de un año tendrían sucesión. Nació el niño en el día y hora señalada por el profeta; pero á los tres años se les murió de una insolación [1] trocándoseles en llanto el gozo. La Sunamitis con impacientes ansias corre al monte Carmelo á pedir al profeta la vida de su hijo. Da Eliseo á su criado Giezi el báculo que solía usar, y envíale á la casa del difunto con orden de aplicarle el báculo á la cara. Como saliese sin efecto esta diligencia va Eliseo en persona, y haciendo como en otra ocasión su maestro Elías, extiéndese sobre el cadáver dos veces, y logra que el niño abra los ojos lleno de vida y salud. Acerca de este suceso, que fuese verdadera resurrección no parece dudoso, pues dice la Escritura que el niño murió y que volvió á la vida; no fué su mal síncope ni desfallecimiento, sino verdadero fallecimiento: esta es la sentencia más común. [2] Nuestro Francisco Vallés [3] aunque confesó que el niño era muerto según la opinión más recibida, pensó que se explicaría todo por causas naturales si fuese permitido creer que era síncope la dolencia que le aquejaba. Los que introducen el magnetismo animal, ponen en manos de Eliseo un arbitrio bien inepto para el caso, en que se trataba de resucitar un muerto, y no de despertar á un aletargado. [4]

La fama del poder sobrenatural de Eliseo corrió por los pueblos de la Palestina con suma presteza, y pasando la frontera llegó á la corte de Siria. Naaman, general del ejército, asaltado de lepra fué por remedio á Gálgala, donde el profeta moraba. Mandóle éste que se lavase siete veces en el Jordán, y hallaría remedio para su mal. Hízolo así, y súbitamente sanó, quedándole el cuerpo limpio y luciente como el de un niño pequeño. [5] Convencido por la evidencia del milagro confesó que solo el Dios de Israél era el verdadero Dios, digno de vasallaje y adoración. Cuán claro fuese este milagro lo dicen las aguas del Jordán, que de suyo carecen de virtud para curar leprosos, y lo prueba también el haber el santo profeta castigado con el mal de la lepra á su sirviente Giezi, porque había aceptado dinero y telas mintiendo á su amo con ánimo codicioso. [1] Podía Naaman haber buscado remedio de su mal en la aplicación de medicamentos, nadie lo duda; [2] mas cobrar entera salud al instante con solos baños de agua fluvial, sin más diligencias, y quedar remozado totalmente y libre de la gravísima dolencia, fué, cierto, obra superior á fuerzas naturales.

No queda lugar para exponer otros muchos milagros que hicieron esclarecido á este gran taumaturgo. A una viuda le acrecentó el aceite, cuanto necesitaba para satisfacer á sus acreedores y vivir con holgura; [3] á unos convidados á quienes por inadvertencia se había servido un plato de coloquíntidas (cucumis colocynthis), con solo echar polvos de harina los libró de aquel amarguísimo bocado, y acre veneno; con veinte panecillos alimentó gran número de gente, y sobraron relieves; [4] meneando las aguas del río con una rama de árbol, hizo que subiese nadando sobre el agua el hierro de una hacha escapada del ástil. [5] A todos estos hechos no tiene el racionalismo más respuesta que negarlos, y tratarlos por indignos de Dios y contrarios á la humana razón. En buena lógica no les queda otro partido razonable á los que han jurado guerra sin cuartel á lo sobrenatural y divino.

Eliseo murió, y fué enterrado cerca de Samaria. Cual en vida, después de muerto hizo Dios su nombre glorioso. Sus huesos obraron maravillas: [6] la primera fué volver la vida con el contacto á un difunto; [7] otras refiere S. Jerónimo [8] y con-

---

1 IV Reg. IV, 8.—37. 2 S. Cesareo de Arlés, *serm.* 42. 3 *De sacra philosophia.*, cap. XXXV.
4 Clair, *Les livres des Rois, comment.*, p. 441.
5 IV Reg. V. 1.—15.

---

1 IV Reg. V, 15.
2 Nueva medicación contra la lepra: «A causa de la extrema rareza del medicamento, importa no emplear el remedio en sujetos cuya enfermedad se encuentre en estado muy avanzado, y sí reservarlo para aquellos que no ofrezcan síntomas muy graves.—Antes de empezar el tratamiento se anotarán con exactitud todos los síntomas del mal.—Será necesario tener perseverancia y seguir un régimen higiénico riguroso, alimentándose los pacientes con carnes y legumbres y absteniéndose de todo pescado. Se notan comummente mejorías muy prontas, mas la enfermedad marcha con gran lentitud y la curación no puede ser rápida.—No se han de forzar las dósis del remedio, que ocasionarían más daño que provecho si fueran elevadas. Un adulto puede tomar unas cien pildoras al mes, de modo que con mil píldoras pueden tratarse cinco enfermos durante cuatro meses, período bastanto para juzgar los efectos de la medicación.» *El Siglo Médico*, t. XXVI, p. 614. 3 IV Reg. IV, 1.—7.
4 IV Reg. IV, 28 5 Reg. IV.—VI, 1.—7.
6 Eccli. XLVIII, 13. 7 IV Reg. XIII, 20, 21.
8 *Epist.* CVIII *in Epitaph. Paulæ ad Eustoch.*

fírmalas el martirologio romano. [1] Ocho milagros hizo Elías, dieciseis Eliseo. De aquí S. Pedro Damiano, [2] S. Ambrosio, [3] Teodoreto, [4] S. Agustín [5] son de parecer que poseyó el discípulo el dón de milagros con más plenitud que el maestro.

De grandes milagros están sembradas las Santas Escrituras. Moisés, Josué, Elías, Eliseo fueron verdaderos taumaturgos, y prepararon el camino á los taumaturgos cristianos. Los milagros de Elías y Eliseo tienen alguna semejanza con los del divino Salvador, no sólo cuanto á su condición y variedad, mas también cuanto al modo de ser hechos, empleadas en ellos cosas al parecer inútiles y vanas; así mostraba Dios tener en las obras de sus siervos más parte y autoridad. [6] Con todo eso, sombra son y figura estos prodigios al lado de los de Cristo y sus apóstoles, como en su lugar se dirá, y lo exponen S. Agustín [7] y S. Bernardo. [8] Los textos cuneiformes, los descubrimientos egipcios, los monumentos asirios, los documentos babilónicos han influido en los milagros bíblicos tanta luz y claridad, que es imposible, sin cegarse, no reconocer la verdad de las Sagradas Letras. Podrán los incrédulos morder cuanto quieran el milagro bíblico, no morderán en los ladrillos que le apoyan sin que se les rompan los dientes. *Un milagro será menester andando el tiempo para negar la fe á la Biblia,* decía el historiador Darrás. [9] El milagro le tenemos delante, es la obstinación de los modernos racionalistas. ¿Qué objeciones presentan contra los taumaturgos del Viejo Testamento? Las hemos pesado; livianas por extremo, huecas y sin fondo, las de siempre, mil veces refutadas, puestas á la vergüenza por los recientes descubrimientos, deshechas y pulverizadas por todos los ramos de las ciencias naturales; con ser tantas las baterías, que habrían acabado con el libro más monumental, no han podido invalidar ni una sola letra de la Biblia. Y sin embargo los racionalistas no cejan, la Biblia los saca de seso, y ellos suplen con mañas lo que les falta de razón por no rendirse al milagro. ¿No es este el mayor de los milagros? *No ver cosas vistas, no saber cosas sabidas, no creer cosas creidas, no tanto es incredulidad cuanto milagro singular,* decía S. Pedro Crisólogo. [1]

Fuera de los milagros hasta el presente discutidos, ciñamos en pocas cláusulas con la posible brevedad los más principales que en el Viejo Testamento se contienen. Varones portentosos en obras y palabras como Adán, Noé, José, Moisés, Salomón, Samuel, Hiram, Beseleel, Daniel, [2] nunca en lo antiguo los vió y contempló el linaje de los hombres. Pasando en silencio las visiones corpóreas, imaginarias, intelectuales esparcidas por el Pentateuco, Jueces, Paralipómenos, Isaías, Ezequiel, Daniel, Zacarías, Jonás, Reyes, Macabeos, comprendamos en un breve renglón la multitud de maravillas derramadas en toda la Biblia. Milagros verificados en el fuego, ó castigando con él Dios á los malos, ó consolando y librando á los buenos; [3] en el aire, representando espantables visiones, ó armando repentinas borrascas; [4] en el agua, lloviéndola por las oraciones de sus siervos; [5] en la tierra, conservando incólume y sin riesgo la vida á Noé y familia, [6] á Lot, [7] á los israelitas, [8] á Moisés, á Jeremías, á Baruc, [10] á Tobías. [11] Milagros en las ilustres victorias alcanzadas, mediante la divina intervención, por los israelitas contra los pueblos gentílicos de Palestina, [12] por los reyes contra los filisteos, [13] ammonitas, [14] moabitas [15] y otros enemigos del pueblo judío; [16] por Judit contra Holofernes, [17] por los Macabeos contra Antioco, [18] Lisias [19] y Nicanor. [20] Milagros en la salud otorga-

1 14 Junio. 2 Serm. 2 *De Nativ.* S. Jo. *Baptistæ.*
3 Serm. 2 *De Elis.* 4 *Quæst.* VII.
5 *Tract.* LXXIV in Jo. 6 DANKO, *Hist. revel. div.* t. II, p. 346. 7 Serm. XI *De verb. apost.*
8 Serm. XVI *in Canti.*
9 *Hist. de l'Eglise*; t. III, p. 437.

1 Visa non videre, nescire scita, credita non credere, non incredulitas facit sed miraculum singulare.—Sermo LXXXI.—Incredulitas vestra quanta sit tunc probate, cum videritis auditui vestro mundum credere, qui credere vestro visui non potuistis.—Sermo. LXXXIII.
2 Exod. XXXV, 31.—III Reg. III, 12.—Ib. VII, 14.—Dan. II, 17.
3 Exod. III, 2.—Ib. XXXIV, 35.—Levit. IX, 24.—Ib. X, 2.—Num. XI, 1.—Ib. XVI, 35.—II Machab. I, 22.—Judic. XIII, 20.—IV Reg. II, 11.
4 I Reg. XII, 12.—III Reg. XVIII, 1.—II Machab. V, 2.—Psalm. LXXVII, 26.—Exod. XXVI, 13.
5 Gen. VII, 11.—Num. XXI, 24.—Num. XX, 11.—Judic. XV, 19.—IV Reg. II, 8, 14.—Ib. VI, 6.
6 Gen. VII. 7 Gen. XIX. 8 Deut. XXVI.—Psalm. CIV, 37. 9 Exod. XXIV, 18.—Ib. XXXI, 18.
10 Jer. XXXVI, 2. 11 Tob. VIII, 3.
12 Psalm. XLIII, 4.—Act. XIII, 19.—Jos. XI, 10.—Num. XVII, 11.—Ib. VIII. 2.—Judic. IV.—Ibid. VII, 12.
13 I Reg. VII, 9.—I Reg. XIII, 13.—II Reg. V, 9
14 II Reg. XI.—I Paralip. XIX.—II Paralip. XVIII, 4.—Ibid. XX, 22. 15 IV Reg. III, 22.
16 II Paralip. XV, 3.—Ibid. XIV. 17 Judith, VIII, 7.
18 II Machab. X, 30. 19 Ib. XI, 2.
20 Ib. XV, 26.

da á la familia de Abimelec, [1] á María hermana de Moisés, [2] á Tobías, [3] á los soldados del rey asirio; [4] en la fecundada esterilidad de Sara, [5] de Rebeca, [6] de Manué, [7] de Ana, [8] de Elisabet; [9] en las fuerzas formidables de Sansón, [10] de David, [11] Jeroboam, [12] Eleazar [13] y Semma. [14] Milagros de enfermedades ignominiosas por graves transgresiones, como en los filisteos, [15] en Giezi, [16] en Antioco; [17] de muertes súbitas y ejemplares como las de Her y Onan, [18] de los israelitas detractores, [19] de Core, Datan y Abirón, [20] de Acan, [21] de Ofni y Finees, [22] de Oza, [23] de setenta mil israelitas, [24] de dos hijos de Saúl [25] y otros. [26] Circunstancia característica de los milagros resumidos es haber tenido efecto después de su clara notificación, juntándose en ellos casi siempre la profecía que despertase la atención del mundo é inculcase con ponderación la maravilla de lo que iba á pasar.

Haciendo recapitulación de lo dicho hasta aquí, el milagro fué la traza providencial ordenada por Dios al sostenimiento y confirmación de los revelados misterios, así como ha servido después para darles colmo y coronarlos con definitivo triunfo. La revelación hecha á los Patriarcas había quedado vinculada en la casa de Israél por divina disposición, y eran necesarios varones santísimos y poderosísimos en obras y palabras que la mantuviesen lozana y perpetua haciendo que corriese libre de riesgo hasta amanecer la plenitud de las edades. A cargo de los taumaturgos quedó en el Viejo Testamento esta gloriosa empresa; ellos regularon la religión que debía conservar en depósito las verdades sobrenaturales. Moisés, Josué, Elías, Eliseo, nombres venerandos, representantes del divino poder; Moisés prepara, Josué ordena, Elías y Eliseo conservan íntegra la religión de Israél, tesorera de las divinas misericordias.

Moisés libra de la esclavitud de Egipto y conduce á la tierra de promisión al pueblo de Dios, que entre sombras y figuras ha de apercibir despacio el advenimiento del prometido Redentor. Para cumplir Moisés su ministerio varias suertes de milagros tendrá que ejecutar; milagros fiadores de la embajada que Dios ante el pueblo le comete, milagros que fuercen á los egipcios á dejar libre el pueblo de Israél, milagros que confirmen la autoridad del gran caudillo durante el largo viaje por el desierto, milagros que graben el temor de Dios en los ánimos de los Israelitas al recibir el Decálogo, milagros que sancionen la santidad de las leyes, ritos y ceremonias figurativas del culto establecido. La vara en las manos de Moisés será el instrumento de tan señalados portentos, cuya razón se halla en la economía general de aquella especialísima providencia.

Muerto Moisés antes de entrar en la Palestina, sucédele Josué con encargo de ocupar y distribuir al gran pueblo la tierra de promisión. Al efecto y para asentar el respeto y temor de Dios en los ánimos, nuevos milagros hará Josué, sin vara ni otro instrumento, con sólo abrir los labios y mandar, porque son convenientes para que brille con claridad la divina intervención y entiendan los hijos de Israél y las naciones enemigas que el verdadero Dios ampara á su pueblo con protección paternal. Los espantosos portentos de este segundo gobernador acabaran de dar asiento á la religión revelada sin que sean menester otros, si bien no dejaran de parecer, de tarde en tarde, por espacio de trescientos cincuenta años, taumaturgos de menor calidad, que den voces y espanten con prodigios á los hijos de Jacob si acaso tropiezan en idolatrías, como en el período de los Jueces aconteció.

Interesa á los designios del verdadero Dios fundar una radiante monarquía, cuya sangre corra por las venas de las generaciones anunciando las divinas promesas; y como conviene preparar esta nueva forma de gobierno teocrático, y determinar el monarca y autorizar su mando, se dejaran ver otros enviados de Dios, profetas y taumaturgos, un Samuel, un Isaías, un Jeremías, que desplegando todas las velas de los dones taumatúrgicos ilustren el trono de David y de sus descendientes hasta llegar al venturoso Mesías,

[1] Gen. XX, 17. [2] Num. XII. [3] Tob. XI, 24.
[4] IV Reg. VI, 18. [5] Gen. XVIII, 10.
[6] Gen. XXV, 21. [7] Judic. XIII, 3.
[8] I Reg. I, 10. [9] Luc. I.
[10] Judic. XIV, 19.—Ib. XV, 6.—Ib. XVI, 12.
[11] Eccli. XCVII, 3.—I Reg. XVII, 35.
[12] II Reg. XXIII. [13] II Reg. XXIII, 10.
[14] II Reg. XXIII, 11. [15] I Reg. V, 6.
[16] IV Reg. V, 27.—Ib. XV, 5. [17] II Machab. IX.
[18] Gen. XXVIII, 7, 10. [19] Num. XII, 29.
[20] Num. XVI, 31. [21] Jos. VII, 15.
[22] I Reg. II, 34. [23] II Reg. XII, 15.
[24] II Reg. XXIV, 15. [25] II Reg. XXI.
[26] Judic. XII.

Mas antes, el cisma quebrantará la hermosa unidad de las tribus, y abrirá camino á la idolatría fomentada por los reyes de Israél. No tardará el Señor en despertar el celo de un Elías y de un Eliseo, que con desmostraciones de poder sobrenatural humillen la perfidia del rey Acab y la impiedad de Jezabel, y afirmen y mantengan en vigor la ley de Dios que se venía á tierra sin remedio. La necesidad de salvar de peligro la religión y los misterios revelados hacía que los taumaturgos se levantasen á trechos en el pueblo de Dios. Al fin se eclipsaron ellos y sus milagros, y quedó el pueblo á obscuras, entretenido con el halago de la esperanza contando los años, al fin de los cuales había de venir, como en efecto vino, el Deseado de las naciones, el Taumaturgo de taumaturgos, la verdad de todas aquellas figuras, Jesucristo nuestro Dios y Señor.

CAPÍTULO III.

VERDAD DE LOS MILAGROS DE CRISTO.

ARTÍCULO I.

Convenía que Cristo hiciese milagros. — Se prueba su verdad histórica.—Cristo fué el mayor milagro.—Los Evangelistas son testigos fidedignos.—Muchedumbre de los milagros que Cristo obró.—Universalidad y publicidad.—Ocúrrese á una dificultad.—Absurdos que resultan de haber sido creidos los milagros, no siendo verdaderamente acaecidos.

Si Jesucristo era Hijo de Dios y tenía de su Padre cargo de enseñar á los hombres el camino del cielo, había de dejar formalmente asentada su divinidad, so pena de hacer frustránea su venida. Y habiendo de dar cumplimiento á los oráculos de los profetas, que con solemnes figuras y enfáticos clamores anunciaban que á la presencia del Mesías los ciegos cobrarían vista, los sordos oído, habla los mudos, y ligereza de gamos los cojos y perniquebrados, [1] no podía dejar sin efecto tan claros vaticinios, indicios manifiestos de la verdadera salud que en el Mesías había el mundo de alcanzar. Además, la alteza de la doctrina pedía el sello de los milagros, como prendas de verdad, y en Cristo habían de dar testimonio de ser Hijo de Dios el que la predicaba, por unión hipostática y no por mera adopción, como se lo dijo el Salvador á los judíos. [2] Finalmente, tan de piedra tenían los judíos el corazón, tan en tinieblas el entendimiento cuando empezó Cristo el ministerio de su predicación, que apenas les quedaba memoria de las antiguas tradiciones, ni rastro de aquellos portentos obrados en la vieja ley; y era convenientísimo que vieran por sus ojos otros nuevos y estupendos, que hiciesen inexcusable su ceguera y terquedad.

[1] Is. XXXV, 6.

[2] Opera quæ dedit mihi Pater ut perficiam ea, ipsa opera quæ ego facio testimonium perhibent de me. —Jo., V, 36.—X, 25.

Y si milagros había Cristo de hacer, era muy justo que la naturaleza toda luciese y resplandeciese con públicos testimonios de su infinito poder; de lo contrario, ¿quién se tuviera por obligado á creerle? ¿quién siguiera su santa voz, por razonable persuasión? La tierra había de reconocerle por natural Señor, el mar debía sentir la fuerza de su poderoso brazo, el cielo pasmarse de su alta soberanía, los elementos quedar atónitos y espantados al oir sus nuevas disposiciones, los demonios tenían que asombrarse y quedar mudos en presencia de sus inapeables maravillas, los hombres, en fin, habían de descubrir en Él, suspensos y atónitos, un ser sobrehumano, un Moisés con vara divina, un Josué gobernando el cielo, un Elías mandando sobre los elementos, un Eliseo resucitando difuntos, al Taumaturgo, por excelencia, el sello, en fin, y el timbre de la divinidad impreso en su augusta persona.

Convenientísima cosa fué y en cierto modo necesaria que Cristo hiciese milagros. Lo llevamos discurrido en el libro anterior. ¿Los hizo en realidad? La verdad histórica de los milagros de Cristo es tan patente, que no necesitaría demostración si no nos forzase á ella la petulancia de los enemigos del orden sobrenatural. Los argumentos sobran para mostrarlo; propongamos los más principales.

En primer lugar, el mismo Cristo fué el mayor de los milagros. Los profetas le señalaron en lontananza como portento y maravilla grande, [1] y lo fué con singular

[1] Ezech., XII, 6.—Isai., IX, 6.—Psalm. LXX, 7.

prerogativa. No hay cosa más admirable y fuera del curso común, que ser un hombre concebido sin concurso humano en las entrañas de una doncella, y salir á esta luz sin quebranto de la entereza virginal. Hecha su entrada en el mundo, cada paso que da es un milagro, [1] y si no los hizo antes de comenzar su predicación grandes y estupendos, no fué por falta de poder, fué por no haber sonado la hora de manifestarle al mundo. Eutimio interpreta aquella palabra del santo Simeón: *Ecce positus est hic... in signum cui contradicetur*, [2] de Cristo en cuanto había de ser el gran milagro de todo el orbe, el (θεάνθρωπος) Dios-Hombre, á quien judíos, gentiles y herejes habían de contradecir. El P. Barradas propone otro sentido, comparando á Cristo con aquella serpiente de metal, [3] de que dijimos antes. *Muchos pondrán*, dice, *los ojos en este milagro, con fe viva, y recibirán salud y vida; muchos repugnarán y serán derrocados. Signo será propuesto á todos, para unos ruina, para otros resurrección.* [4] San Bernardo amontona las maravillas del Verbo Encarnado en estas regaladísimas palabras: *En Cristo se echa de ver longitud corta, anchura angosta, alteza baja, profundidad llana. Se reconoce luz que no luce, palabra que no habla, agua sedienta, pan hambriento. Verás, si lo consideras, cómo el poder es regido, la sabiduría enseñada, la fuerza sustentada; Dios, en fin, alimentado y alimentando á los ángeles, llorando y consolando á los miserables.* [5] Natural y propio de Cristo era hacer milagros: bien mirado, no eran para Él milagros los suyos, como lo eran los de Moisés y Elías, sino acciones muy conformes á la dignidad de su celestial persona, y muy ajustadas á su oficio de redentor y maestro. Considerando San Agustín las excelencias de Cristo y contemplando cuántos prodigios habían hecho los profetas, creyó propiedad suya obrar cuanto á ningún otro se había visto hacer. [6]

En segundo lugar, los que los historiaron eran testigos dignos de todo crédito. San Mateo y San Juan pusieron por escrito las cosas que su vista alcanzó; San Marcos, discípulo é intérprete de San Pedro, escribió el Evangelio según lo que á su maestro había oido; [1] San Lucas, si no trató ni conoció á Jesús, el haber sido compañero de San Pablo y conversado con los apóstoles fuéle ocasión de tener perfecta noticia de los hechos que nos dejó escritos. Fingir que estos cuatro historiadores pecaban de crédulos, sería desconocer la condición de sus ánimos. Graves y repetidas reprensiones hubo el Salvador de dar á sus apóstoles para que acabasen de admitir su gloriosa resurrección. Si á ella se rindieron fué á más no poder, y plenamente convencidos. No bajaron la cabeza hasta que con las manos palparon la verdad; pero fué tan firme su fe, que no dudaron sellarla con la sangre entre heróicos padecimientos. Los escribas y fariseos, enemigos del Redentor, tampoco anduvieron perplejos sobre la verdad de las cosas, ni disputaron si, en efecto, eran tales cuales á los ojos parecían. Para nosotros, un solo milagro de Cristo es argumento incontrastable de su divinidad; mas para ellos, todos juntos los que veían eran de poca importancia. No les iba mucho en que fuesen cosas peregrinas aquellas, sino con qué poder y en nombre de quién se hacían: á la sombra de esta perversa perplejidad guerreaban contra la doctrina de Cristo y contra su sagrada persona. Porque preguntados con qué virtud ejecutaba Cristo obras tan pasmosas, respondían sin titubear que por virtud de Belzebú, caudillo de los demonios. De suerte que Jesús, en vez de ser adorado por Hijo de Dios y por enviado del cielo, era vilipendiado por hechura del demonio y por embajador del reino de las tinieblas. De aquí nacía la sañuda contradicción que experimentaba el Evangelio de parte de los rabinos; porque, áun otorgada la realidad de los hechos pues no la podían negar, llegados á la conclusión que eran obras diabólicas, parecióles cosa razonable cobrar á su autor odio, trabar con él sangrientas enemistades y llevarlas tan al cabo, que no pararon hasta ejecutar en él la más afrentosa pena.

---

[1] Et mirabantur judæi dicentes: quomodo hic litteras scit quum non didicerit.—Jo., VII, 15.

[2] Luc., II, 34.

[3] Num., XXI.—Jo., II.

[4] *Commentaria*, t. I, lib. X, cap. III.

[5] Hom. II, *Super Missus est*.

[6] Sed tamen et aliquid proprium facere debuit: nasci de virgine, a mortuis resurgere, in cœlum ascendere: hoc Deo qui parum putat, quid plus expectat ignoro... Homo enim de virgine procreatus, et a mortuis in æternam vitam resuscitatus, et super cœlos exaltatus potentius fortasse opus est quam mundus.—Epist. II, *Ad Volusian*.

[1] Marcus discipulus et interpres Petri juxta quod Petrum referentem audierat, rogatus Romæ á fratribus breve scripsit Evangelium.—S. JERÓNIMO, *De vir. illust.*—Marci Evangelium Petro narrante et illo scribente compositum est.—EUSEB., *Hist. Eccles.*, III, 39.

Lo tercero, muchos fueron los milagros que obró Cristo en el discurso de tres años. Los evangelistas los cuentan por mayor y con términos tan generales, que dejan lugar á cómputo exorbitante. San Mateo dice que andando Jesús por la provincia de Galilea curaba toda suerte de enfermos, y que, llevado su nombre de boca en boca por la Siria, le presentaron endemoniados, lunáticos, paralíticos, y á *todos* les dió salud. [1] En otra parte afirma que echaba los espíritus con la palabra, y sanaba *á todos los enfermos.* [2] Más abajo refiere que salían de las ciudades atropadas las gentes á verle y oirle, y que *curó sus enfermos.* [3] Después añade que yendo por la tierra de Genesaret, le rogaban les dejase llegarse á la orla del vestido, y que los que la tocaban *quedaban sanos.* [4] En otro capítulo pone que se le ofrecieron *en gran número* ciegos, cojos, mudos, baldados, y que en el acto les dió perfecta salud, con espanto y extrañeza de las turbas. [5] Igual estilo de escribir usó San Lucas. Amontonando palabras preñadas de gran significación, dice: *Los atormentados de los malos espíritus eran curados, y la gente ansiaba tocarle, porque salía de él una virtud que á todos sanaba.* [6] En el capítulo siguiente resume grandes hazañas en estos términos: *Aquí libró á muchos enfermos, llagados y energúmenos, y dió vista á muchos ciegos.* [7] San Marcos recapitula y hace sumaria relación de incomparables grandezas, diciendo: *En donde quiera que se dejaba ver, en aldeas, ciudades, cortijos, sacaban á la calle y plaza los enfermos y le suplicaban les permitiese tocar la orla de su vestidura, y cuantos se le acercaban quedaban buenos y sanos.* [8] Finalmente, San Juan insinuó que fueron tantas las maravillas obradas por Cristo, que no tienen cuento, ni hay para qué gastar papel en ponderarlas y narrarlas todas. [9] *Considera,* dice San Crisóstomo, *qué muchedumbre de curados refieren los Evangelistas, no contándolos por menudo, sino en una palabra comprendiendo y resumiendo un piélago infinito de milagros.* [10]

Lo cuarto, fueron generales é ilimitados. Encerró Cristo con la fuerza de su poder, como en el puño, todos los elementos, aire, tierra, agua, cielo, infierno, con tanto asombro de los presentes, que fuera de sí preguntaban: *El Mesías, cuando venga, ¿hará, por ventura, más milagros que éste?* [1] Y sumando en dos palabras los que obró con los hombres, á los ciegos dió ojos, [2] á los sordos abrió los oidos, [3] á los mudos soltó la lengua, [4] á los cojos enderezó los pies, [5] á los hambrientos procuró hartura, [6] á los dolientes sanó, [7] á los muertos resucitó. [8]

Lo quinto, hacíalos en público, no en secreto, como quisieran los racionalistas; en las plazas, en el templo, delante de concursos frecuentes, en presencia de amigos y enemigos, á los ojos de sabios é ignorantes, de día y de noche, en día festivo y de labor, con ricos y con pobres, en aldeas y ciudades, á vista de testigos diferentes en educación, en disposición de ánimo, en cultura, en prejuicios y prevenciones, sin temer la censura de los calumniadores que por esta causa le perseguían de muerte. [9] Públicos fueron y ruidosos: muchos los calumniaron, nadie los negó; convenía á los fariseos que fuesen falsos, no los hallaron tales; á los sacerdotes les importaba deshacerlos, no los deshicieron; á los enemigos los desazonaba su publicidad, ninguno osó contradecirlos; los achacaban á demonio, los recibieron por hechos y verdaderos.

Los racionalistas son los únicos que los miran con desapacible ceño. Con muestras de desconfianza responden: los milagros de Cristo son narrados por sus discípulos y amigos; autoridad sospechosa.—R. No era de esperar que los enemigos los recogiesen y pregonasen. No era esto posible, á no estar dispuestos á decir toda la verdad, y no podían estarlo si primero no desterraban de sus corazones la ojeriza que con los milagros tenían; principalmente, que los milagros eran los más poderosos estímulos

---

[1] Matth., IV. [2] VIII, 16. [3] XIV, 14.
[4] XIV, 36. [5] XV, 30.—XXI, 14. [6] VI, 19.
[7] VII, 21. [8] VI, 56. [9] XXI, 25.
[10] Verbo unico infinitum miraculorum pelagus complectentes.—*In Matth.*, VIII, 16.

---

[1] Jo., VII. 31.
[2] Matth., IX, 7.—XI, 4.—XII, 22.—XV, 30.—XXI, 14.—Marc., VIII, 32.—Luc., IV, 17.—VII, 21.—Jo., IX, 6.—X, 21.—XI, 37.
[3] Matth., VII, 32.—Marc., IX, 24.—Luc., VII, 22.
[4] Matth., IX, 32.—XII, 22.—XV, 30.—Marc., VII, 32.—IX, 24.
[5] Matth., II, 4.—XV, 30.—XII, 24.
[6] Matth., XIV, 15.—XV, 32.—Marc., VI, 35.—Jo., VI, 5.
[7] Matth., IV, 24.—VIII, 5.—IX, 2.—Jo., V, 5.
[8] Matth., IX, 15.—Luc., VIII, 41.—Jo., XI, 43.
[9] Matth., XI, 5.—IX, 34.—XXVII, 18.—Marc., II, 3.—Luc., VI, 17.—VI, 17.—Jo., IV, 46.—X. 37.—IX, 13.

que los hacían bramar de coraje contra la doctrina de Cristo: sin ponderar ahora, que los escritores profanos hacían punto de honra de hablar al gusto de los enemigos de la nueva religión, y no habíamos de exigir que plumas vendibles, lisonjeras y apasionadas, entretenidas en comprar la gracia y en regalar los oidos de los príncipes, guardasen la entereza y ley que á la historia se debe, ni que los lectores descansasen seguros en la fidelidad de sus relatos, precisamente en cosas que pasan los confines de lo usual y comun.

Después, el haber sido amigos de Cristo los evangelistas, no disminuye un punto la verdad de sus relaciones. Donde no concurren extraños en una causa, ¿con qué derecho se dará por nula la atestación de amigos y domésticos? Mejor informados están los de casa que los de fuera, de lo que en el seno de la familia ocurrió, con más pleno conocimiento de causa pueden deponer, con más confianza deben ser oidos cuando son hallados sinceros é imparciales en la declaración de los hechos. ¿Y qué historia de humanas acciones está escrita con mayores prendas de verdad que la relación de los milagros evangélicos? Allí no se especifican todas las circunstancias, como era natural que lo hiciese un escritor adocenado y poco fiel, cada evangelista ingiere los milagros que dicen mejor con el fin propuesto en su evangelio, los que el uno cuenta omite el otro, y si los narra, es añadiendo ó dejando circunstancias que demuestran con toda claridad, que ni se concertaron al emprender la narración, ni se repartieron entre sí pensadamente la tarea de historiar, en el referir hazañas tan grandes y nuevas gastan un lenguaje sencillo y llano, cual si manejaran cosas triviales y comunes, el estilo de la narración descubre grande amor á la verdad, porque ni detienen la pluma en ponderativas descripciones, ni engrandecen con hipérboles el pasmo de los presentes, ni encumbran con excesiva exornación la grandeza del beneficio, ni encarecen lo arduo de las hazañas, ni magnifican á su héroe con ambicioso artificio, ni comparan hechos con hechos, ni llaman á parangón á los antiguos taumaturgos, ni defienden sus sentencias, ni se esfuerzan en persuadir lo narrado, ni áun se atreven á calificar de divinas aquellas obras; en una palabra, presentan las cosas más admirables del mundo en traje tan humilde, que á los hombres de poca fe no les cabe en el pensamiento cómo sucesos tan sublimes y augustos se hallen historiados con tanta pobreza de formas; argumento claro que los sagrados escritores no quisieron faltar á la verdad.

En tercer lugar, ni pudieran aunque quisieran. No había en ellos capacidad para sacarse de la cabeza invenciones tan peregrinas. Quiso Buda, ó quien quiera que fuese, fingir milagros, ¿y pudiéronse acumular mayores desatinos? Quiso Mahoma vender milagros, ¿y cuántas marañas no urdió? Quiso Filóstrato espantar el mundo con los milagros de Apolonio, ¿y qué lector pacienzudo no pierde los estribos á vista de tan insulsas extravagancias? No era posible inventar los milagros evangélicos, sin que el menos avisado lector descubriese el artificio de la invención, porque la brevedad de los relatos, la sobria elección de las circunstancias, lo decoroso de la forma, la verosimilitud de los hechos, la consonancia de las cosas con las costumbres de aquella nación, son cualidades que cuadran perfectamente con la dignidad del Señor, que tan extrañas obras hacía, sin que sea dable advertir en ninguna relación cosa que disuene ó ingiera sospecha de humano embuste. El ingenio más privilegiado habría dado al través, si hubiera acometido la empresa de tejer un libro como el Evangelio con fábulas de propio Marte; ¿cuánto menos osaran intentarla hombres de corto saber, de mediano ingenio, de imaginación apagada? Y nada digamos, que cada milagro es ocasión de altísimas enseñanzas, y que de los milagros se aprovecha el Salvador para exponerlas á sus oyentes adelantando la obra de la redención.

En cuarto lugar, en tal sazón fueron escritos los milagros evangélicos, que era imposible deslumbrar con fingimiento á los contemporáneos. Cuando se estaban escribiendo, vivían aún los más interesados en desterrarlos del mundo, y no lo consiguieron porque no podían poner dolo en su esplendorosa verdad. Ningún rabino salió á poner dificultad contra maravillas narradas en el Evangelio, ninguno de cuantos odiaban á Cristo y le habían condenado tuvo boca para ponerla en la realidad de los hechos. Alza Pedro la voz en medio de un gran concurso, renueva la memoria de los milagros obrados por

Jesús, desenvuélvese contra la crueldad de los que le habían crucificado, llámalos por testigos de tantas maravillas; [1] ¿qué resistencia hacen los judíos á los argumentos con que Pedro apelaba á la veracidad de los sentidos? ¿qué responden? concurren silenciosos con la cabeza baja á comprobar la verdad de los milagros que el apóstol conmemoraba, abrazando á miles la fe y recibiendo el bautismo.

En quinto lugar, tampoco hubo gentil que trabase contienda sobre la verdad histórica de los milagros; y no es creible que griegos, romanos, partos, medos, árabes, egipcios, filósofos, retóricos, reverenciasen tan de corrida, como reverenciaron historias llenas de casos inauditos y rarísimos, á no hallarlas bien comprobadas y dignas de toda fe. Intente un mahometano, un judío, un hereje, hacer que el mundo crea uno solo de sus milagros, como los apóstoles hicieron creer los de Cristo; no lo conseguirá, y no porque se haya perdido en el mundo el arte de fingir, sino por no ser hacedero que las gentes acojan con los brazos abiertos una hazaña que no tenga visos de verdadera.

En sexto lugar, coloquémonos en la posición de nuestros adversarios, ocupemos la menos favorable; supongamos que los Evangelios fueron escritos, no poco después de subir al cielo el divino Redentor, sino durante el siglo segundo. En esta suposición cuando por vez primera se publicaron y fueron leidos los milagros evangélicos, por fuerza nos han de conceder que vivían á la sazón hombres que habían tratado á muchos testigos oculares de aquellos extraordinarios sucesos, y á muchos otros que habían formado cabal concepto del Salvador y de los apóstoles por la fama que de sus hazañas corría. No consta, repetimos, que en este segundo siglo un solo gentil ni un solo judío alzase la voz contra las maravillosas narraciones contenidas en los Evangelios, como quiera que sobre ellas reinase entre cristianos y judíos, entre cristianos y gentiles encarnizada contienda, y en ella, aceptada por entrambas partes la escritura evangélica, los cristianos luchaban con rabinos y gentiles probándoles que los milagros daban razón á Cristo y le declaraban por verdadero Mesías y por Hijo natural de Dios. Así las cosas, ¿es posible que los milagros no fuesen reales? ¿es dable pensar que fueron inventados por amor de Jesús? ¿es de presumir que un asunto capitalísimo, como el milagro, en que se revolvía toda la importancia de la disputa entre el cristianismo y el paganismo y rabinismo, fuese cosa de ficción, falta de realidad histórica? La razón lo lleva mal y reclama en contrario: no puede ser. Aun en el supuesto, como quisieran los enemigos del milagro, que los Evangelios se hubiesen fraguado en el segundo siglo, resulta inexpugnable la autenticidad de nuestros milagros. No es menester dar un paso más. Preséntese una reseña histórica de los milagros de Buda, de Zoroastro, de Brama, Vishnú, Júpiter, Minerva, Laotsé; propónganse en ella informaciones de testigos oculares y auriculares que depongan la verdad de las cosas acaecidas un siglo antes, sin que los del siglo siguiente hayan remontado una sola dificultad sobre la relación de los sucesos, y estamos prontos á abrazar con ambas manos los prodigios que nos quieran contar.

¿Qué si aseguramos la autenticidad de los Evangelios en los argumentos extrínsecos suministrados por la tradición? A la vista está respecto del Evangelio de S. Mateo el testimonio de S. Papias obispo de Hierápolis, discípulo de S. Juan, [1] el juicio de S. Ireneo discípulo de S. Policarpo, [2] el *Diatéssaron* de Taciano discípulo de S. Justino, el dictamen de Clemente alejandrino; [3] respecto del Evangelio de S. Marcos el dicho de S. Papias, [4] de S. Ireneo, [5] de Tertuliano; [6] respecto del Evangelio de S. Lucas el fragmento de Muratori, el dictamen de Tertuliano, [7] de S. Ireneo, [8] de Clemente alejandrino, [9] de Orígenes, [10] de S. Justino; [11] respecto del Evangelio de S. Juan la declaración de S. Ireneo, [12] de Clemente alejandrino, [13] el fragmento muratoriano, las car-

---

1 Act. II, 22.

---

1 EUSEBIO, *Hist. eccles.* lib. III, cap. XXXIX.
2 *Advers. hæres.* lib. III, cap. XIV.
3 EUSEBIO, *Hist.* lib. VI, cap. XIV.
4 EUSEBIO, *Hist.* lib. III, cap. XXXIX.
5 *Advers. hæres.* lib. III, cap. I.
6 *Adversus Marcion.* lib. IV, cap. V.
7 *Adver. Marcion.*, lib. IV, cap. V.
8 *Advers. hæres.* lib. III, cap. XI.
9 *Stromat.*, lib. I, cap. XXI.
10 EUSEBIO, *Hist.* lib. VI, cap. XXV.
11 *Apolog.*, I, 66.
12 *Advers. hæres.* lib. III, cap. I.
13 EUSEBIO, *Hist.*, lib. VI, cap. XIV.

tas de S. Ignacio mártir [1] y de S. Policarpo, [2] la epístola á Diognetes, [3] por no citar á los gnósticos que hacían uso del mismo Evangelio en sus reyertas con los católicos. Estos abonados testimonios, pertenecientes al segundo siglo, descubren la ficción de nuestros adversarios y no permiten prevalezca la falsedad de sus comentos. La relación de los milagros evangélicos pasó de la lengua á la pluma en época cercana á su ejecución, goza por lo mismo de la fidedignidad requerida en historia auténtica y verdadera.

Finalmente, y sea el séptimo absurdo, todos los cristianos abrazaron con gran voluntad en todo tiempo y lugar, de toda edad y condición, la verdad histórica de los milagros. Estupendo prodigio fuera que varones diferentes en educación, ingenio, nacionalidad hubiesen tenido tan desconcertada la razón y tan trastrocado el juicio en cosa tan grave. No basta insinuar á lo somorgujo, que los primeros creyentes fueron pocos, y que de esos pocos prendió la poca credulidad en los muchos; porque no fueron pocos sino muchos los floridos ingenios que libres de preocupaciones pesaron en justa balanza los motivos que hacían creíbles aquellos hechos extraordinarios, no alcanzados por sus propios sentidos; y examinado su peso y estima los tuvieron por indubitables, creederos y grandemente divinos; y creyéronlos no en Palestina sólo, ni en Grecia, sino en Africa, en Europa, en Asia; y creyéronlos en los primeros siglos, en los posteriores, en los medios, y los creen aún en el día de hoy no obstando los abusos históricos de los críticos solapados.

Si en efecto no hubo milagros, y estos esclarecidos varones los dieron por reales, resulta un espantoso milagro, ó de necedad y estolidez, ó de hipocresía y maldad; ó se engañaron á sabiendas, ó se dejaron torpemente engañar: cuál de los dos milagros sea el mayor júzguelo la crítica moderna. Pero en todo caso, milagro hubo sin duda, ó en Cristo que los hizo, ó en los hombres que los creyeron. Decir que los creyeron sin razón, es todavía mayor milagro, es el milagro de la ignominia. Tres causas podemos imaginar influirían en esta creencia, á saber, pensar ellos que la doctrina de Cristo pedía milagros aunque no se hicieran, tener apasionados los ánimos por lo milagroso, nacer del entusiasmo la fama de los milagros.

Ninguna de estas tres causas basta para poner en claro la creencia universal que sobre los milagros reinó, si en hecho de verdad no los hubo. La doctrina de Cristo no pedía milagros, al revés los milagros exigían que ella fuese divina. Podía ser creida por su excelencia y sublimidad, sin que fueran absolutamente necesarias obras milagrosas que la confirmasen; pero pensar que una doctrina que rompía la guerra contra las pasiones y mandaba sujeción á los entendimientos, debía ir acompañada del resplandor de milagros que la autorizasen, y con todo eso suponer que no tuvieron lugar, es absurda manera de discurrir; más lógico es conceder que si fué humildemente aceptada, debióse á que los milagros la acreditaron. Decía Guizot: *La figura de Jesucristo según el Evangelio sería muy incompleta si al lado de los preceptos no apareciesen los prodigios.* [1] La segunda causa tampoco bastó: los judíos ya que tuvieran por ciertos los milagros, estaban siempre dispuestos á calumniarlos y á llamar endemoniado al que los hacía, y como por fuerza los hubieron de admitir, hicieron imposibles por condenarlos al silencio. Los paganos, prontos siempre al sarcasmo, á dudar, á negar, no era posible reconocieran prodigios tan nuevos, cuales no se leían en las mitologías de sus dioses, á no haberlos visto fundados en sólida verdad. La tercera causa pesa menos aún: no fué el entusiasmo el autor de los milagros, sino al contrario, vistas tan asombrosas maravillas creció el entusiasmo hasta rematar en aclamación. Además ¿quién por Cristo se entusiasmó? ¿los que no le conocían sino por la fama de sus milagros? ¿Quién? ¿los que de enemigos que antes eran, al ver milagros, se le daban por discípulos? ¿Quién? ¿los que al cabo de siglos no hallaron qué replicar á sus milagrosas operaciones? En fin negar la verdad histórica de los milagros de Cristo es afirmar el mayor de los milagros, el más incomprensible de los misterios, el más ridículo de los absurdos. Los racionalistas llevan por apodo ese renombre, porque abusan de la recta razón.

---

[1] *Ad Philadelph.* 7. [2] *Ad Philipp.*, 7. [3] VII, X.

[1] *Méditations sur l'essence de la réligion chrétienne*, VIII médit. §. 3.

ARTÍCULO II.

Autoridades de los Padres apostólicos.—Bernabé, Policarpo, Justino, Clemente Romano, Quadrato.—Otros Padres y escritores eclesiásticos, Tertuliano, Arnobio, San Gregorio Nazianzeno, San Cirilo, Lactancio, San Atanasio, Orígenes, San Agustín, San Gregorio.—Testimonio de Josefo.—Testificación de los judíos: documentos.—Dichos de los gentiles, Celso, Hierocles, Juliano.—Las Sibilas: qué peso tiene su autoridad.—Respuesta á una objeción.

Tiempo es ya de trasladar aquí los pareceres de los primeros hombres que tuvo el cristianismo en sus principios, y pudieron observar de cerca los resplandores despedidos por los milagros del Evangelio. Un grueso volumen podría hacerse de sus sentencias y dichos. Abra camino San Bernabé, diciendo así: *Enseñando el Salvador al pueblo de Israél, y haciendo muchas señales y muchos milagros entre ellos, predicábales y mostrábales el grande amor que les tenía.* [1]—También San Ireneo, refiriéndose á San Policarpo, dice que le oyó contar *lo que había sabido de testigos oculares acerca de los milagros y doctrina de Cristo.* [2]—San Ignacio mártir trata de los sucesos maravillosos que acompañaban la vida y predicación de Cristo, y dice: *Los apóstoles, persuadidos por su entendimiento y por sus sentidos, creían; y así menospreciaron la muerte haciéndose superiores á ella.* [3]—San Justino: *Curó ciegos, sordos, mancos de nacimiento; á una palabra suya saltaban, oían, veían: también resucitó muertos restituyéndolos á la vida.* [4]—San Clemente Romano [5] y San Policarpo [6] conmemoran la resurrección de Cristo y la misión de los apóstoles.—Quadrato, primer apologista del segundo siglo (117—127), declara con palabras encarecidas que *los milagros de Cristo eran permanentes porque eran verdaderos. Los enfermos que curó y los muertos que resucitó en presencia del pueblo no fueron mudanzas pasajeras; vivieron largo tiempo después que Cristo murió, y algunos de ellos viven aún al presente.* [7] Las obras citadas son reconocidas por auténticas entre los críticos más descontentadizos. Y que estos Padres apostólicos no se refieran á milagros apócrifos, es cosa evidente, y queda asentado en la pág. 210.

---

[1] τηλικαῦτα τέρατα καὶ σημεῖα ποιῶν ἐκήρυξε καὶ ὑπερηγάπησεν αὐτόν.—*Epist.*, cap. V.
[2] Ad Cor.—EUSEB., *Hist.*, lib. V, cap. XX.
[3] Ad Smyrneos, cap. III.
[4] *Dial. cum Triph.*, 69.
[5] Ad Cor., cap. XLII. [6] Ad Philip., cap. II.
[7] EUSEBIO, lib. IV, cap. III.

Mucho pudiéramos extendernos en autoridades del segundo y tercer siglo; bastará citar algunas. Tertuliano: *Al que los judíos tenían por mero hombre mirando á la bajeza de su condición, era natural le estimasen por hechicero mirando á la grandeza de su poder, cuando con sola su voz lanzaba demonios de los cuerpos, alumbraba ciegos, limpiaba leprosos, curaba paralíticos, daba vida á difuntos, servíase como quería de los elementos enfrenando tormentas y entrándose por las aguas, con que mostraba ser Verbo de Dios, esto es, aquella Palabra primordial y primogénita.* [1]—San Pedro así habla, según que lo trae el libro III de *Las Recogniciones*, obra falsamente atribuída á San Clemente Romano, si bien antiquísima y digna de consideración: *¿Qué ventaja trae el enseñar cómo andan las estatuas, cómo ladran los canes de metal ó de piedra, cómo saltan los montes volando por los aires, y otras parecidas cosas que contáis de Simón? Las cosas que vienen del buen espíritu, á la salud miran, como son las hechas por nuestro Señor, que dió vista á ciegos, oido á sordos, derechura á cojos, vida á muertos, y cosas tales, que yo también hago, como veis. Cosas que son provechosas á la salud, y traen bienestar á los hombres, no puede hacerlas el espíritu malo.* [2]—Arnobio, después de citar la suma de los milagros evangélicos, dice: *Estas cosas no las creéis. Pero advertid. Los que las presenciaron y con sus propios ojos las vieron, eran testigos excelentísimos y autores segurísimos; ellos las creyeron y las trasmitieron á los venideros para que las creyesen.* [3]

---

[1] Quem igitur Judæi solummodo hominem præsumpserant de humilitate, sequebatur uti magum æstimarent de potestate, cum ille verbo dæmonia de hominibus excuteret, cæcos illuminaret, leprosos purgaret, paralyticos restringeret, mortuos denique verbo redderet vitæ, elementa ipse famularet, compescens procellas et freta ingrediens, ostendens se esse Logon Dei, id est, Verbum illud primordiale primogenitum.—*Apol.*, cap. XXI.

[2] Dic quæso, quæ utilitas est ostendere statuas ambulantes, latrare æreos aut lapideos canes? salire montes? volare per aerem? et alia his similia quæ dicitis fecisse Simonem? quæ autem a bono sunt, ad hominum salutem deferuntur, ut sunt illa quæ fecit Dominus noster, qui fecit cæcos videre, surdos audire, debiles et claudos erexit, languores et dæmones fugavit, mortuos fecit resurgere, et alia similia, quæ etiam per me fieri videtis. Ista ergo signa, quæ ad salutem hominum prosunt et aliquid boni hominibus conferunt malignus facere non potest.

[3] ¿Ergone, inquiet aliquis, Deus ille est Christus? Deus respondebimus. Postulabit an se ita res habeat, quemadmodum dicimus, comprobari. Nulla major est comprobatio quam gestarum ab eo fides rerum. Ergo ille mortalis aut unus e nobis fuit, cujus imperium, cujus vocem invaletudines. morbi, febres atque alia corporum cruciamenta fugiebant? num fuit e nobis qui redire in corpora jamdudum animas præcipiebat inflatas?... num

Y en otra parte añade: *Es cosa averiguada que Cristo hizo esas maravillas sin auxilio de medios, sin ritos ni ceremonias legales, con solo el poder de su nombre. Y lo que era propio y conforme al Dios verdadero, no hubo en ellas cosa nociva, sino saludable y llena de favor y gracia.* [1]—San Gregorio Nazianzeno: [2] *De la muchedumbre y concurso del pueblo provino la frecuencia de los milagros que cautivaban los hombres al yugo del Evangelio. De los milagros nació la envidia, de la envidia el odio, del odio las asechanzas y la traición; de aquí la cruz y las demás cosas que nos trajeron salud.*—San Cirilo, obispo de Alejandría, narradas varias obras maravillosas del Salvador, convida á las naciones á glorificar la alteza de su nombre; *porque*, añade, *hizo cosas excelsas, que están sobre la facultad humana y vencen todo pasmo y admiración.* [3]—Lactancio: [4] *Fueron sus obras las que Apolo llamó con el nombre de portentíficas; por donde quiera que pasase, á enfermos y dolientes, y aquejados de cualquier mal, con una palabra y en un momento les devolvía la salud tan por entero, que con haber carecido del uso de sus miembros, súbitamente recobraban las fuerzas y llevaban á cuestas las camillas que los habían poco antes llevado á ellos.*—Orígenes: *Celso no pudiendo negar los milagros de Cristo los calumnia por obras mágicas; yo he tenido que combatirle en este terreno.* [1] *El celo con que los apóstoles se dedicaron á la conversión del mundo atropellando peligros es clara prueba de la resurrección de Jesús; si hubieran inventado este suceso, ¿cómo habían de enseñar con tanto empeño? ¿cómo habían de inculcar el menosprecio de la muerte, siendo ellos los primeros en dar ejemplo?* [2] *No es patraña de los escritores de los Evangelios la resurrección de los muertos; si lo fuese, de muchos más se leería haber resucitado; y pues sólo de pocos se lee, clara señal es de que no hay impostura.* [3]—San Atanasio: *¿Quién que le viese poner remedio á las dolencias que afligen á los mortales, le tuviera por hombre y no por Dios? Purificaba leprosos, restituía los pies á los cojos, abría el oído á los sordos, daba vista á los ciegos, en fin, desterraba de los hombres toda manera de enfermedades y dolencias; á cualquiera ciertamente era fácil descubrir en estas obras su divinidad.* [4]—San Agustín: *No basta poner los ojos en los milagros de Cristo, preguntemos á los mismos milagros qué nos dicen de Cristo, pues tienen su lengua si bien se consideran. Pues por ser Cristo Palabra de Dios, los hechos de esa Palabra, palabras son para nosotros.* [5]—San Gregorio: *Sus hechos, preceptos son, porque mientras en silencio obra algo, nos enseña lo que debemos nosotros hacer. Los milagros de nuestro Señor y Salvador una cosa enseñan cuanto al poder, otra cuanto al misterio.* [6]

No acabaríamos de amontonar á este tenor sentencias de autores eclesiásticos, si fuera menester alargarnos en esta materia. Demos lugar á Josefo. Declara que Cristo hizo grandes milagros por estas pa-

---

fuit e nobis qui, deposito corpore, innumeris se hominum prompta in luce detexit? qui sermonem dedit et accepit, docuit. castigavit, admonuit? qui ne illi se falsos vanis imaginationibus existimarent, semel, iterum, sæpius familiari collocutione monstravit?... Sed non creditis gesta hæc. Sed qui ea conspicati sunt fieri, et sub oculis suis viderunt agi, testes optimi, certissimique autores et crediderunt hoc ipsi et credenda posteris tradiderunt.—*Advers. gentes*, lib. I, cap. XLII, LVIII.

[1] Constitit Christum sine ullis adminiculis rerum, sine ullius ritus observatione vel lege omnia illa quæ fecit, nominis sui possibilitate fecisse. Et quod proprium, consentaneum, dignum Deo fuerat vero, nihil nocens aut noxium, sed opiferum, sed salutare, sed auxiliaribus plenum nobis potestatis munificæ liberalitate donasse. Ibid., lib. I, cap. XLIII.

[2] Ἐκ δὲ τοῦ πλῆθος ἡ τῶν σημείων ἐπίδειξις, καὶ τὰ θαύματα τῷ Εὐαγγελίῳ προσάγοντα. Ἐκ δὲ τούτων ὁ φθόνος· ἐκ δὲ τούτου, το μίσος· ἐκ δὲ τοῦ μίσους το τῆς ἐπιβουλῆς, καὶ τῆς προδοσίας· ἐκ τούτου δὲ ὁ σταυρὸς καὶ ὅσοις σεσώσμεθα — *Oratio XL in sanctum Baptisma*, cap. XXIX.

[3] Ὑψηλὰ γὰρ ἐπιποίησε. Καὶ γὰρ ἐστιν ἀληθῶς ὑπὲρ ἀνθρώπου χεῖρα, μάλλον δὲ καὶ παντὸς ἐπέκεινα θαύματος τα κατωρθωμένα — *In Isaiam*, lib. II, vers. 4 — 6.

[4] Virtutes ejus fuerunt quas Apollo portentificas appellavit: quod quacumque iter faciebat, ægros ac debiles, et omni mortorum genere laborantes, uno verbo unoque momento reddebat incolumes, adeo ut membris omnibus capti, receptis repente viribus roborati, ipsi lectulos suos eportarent in quibus fuerant paulo ante delati. *Div. Inst.*, lib. IV, cap. XV.

[1] *Contra Cels.* lib. II, cap. XLVIII.

[2] Ibid., cap. LVI.

[3] Ὅτι δε καὶ νεκροὺς ἀνίστη, παρίσταται ἐκ τοῦ, εἰ μὲν πλάσμα ἦν, πολλοὺς ἀναγεγράφθαι τούς ἀνιστάντας .... ἐπεὶ δε οὐκ ἔστι πλάσμα πάνυ εὐαριθμητους λελέχθαι — Ibid., cap. XLVIII.

[4] Τίς, ἰδὼν αὐτὸν τὰς νόσους ἰώμενον, ἐν αἷς ὑπόκειται το ἀνθρώπινον γένος, ἔτι ἄνθρωπον καὶ οὐ θεὸν ἡγεῖτο; Λεπρούς γὰρ ἐκαθαριζε, χωλοὺς περιπατεῖν ἐποίει, κωφῶν τὴν ἀκοὴν ἤνοιγε, τυφλοὺς ἀναβλε'πειν ἐποίει, καὶ πάσας 'απλῶς νοσοὺς καὶ μαλακίας πάσας ἀπήλαυνεν ἀπὸ τῶν ἀνθρώπων, ἀφ' ὧν ἦν αὐτοῦ καὶ τον τυχόντα τὴν θεότητα θεωρεῖν — *Oratio de Inc. Verbi*, § XVIII.

[5] Non sufficit intueri miracula Christi; interrogemus ipsa miracula quid nobis loquantur de Christo; habet enim si intelligantur linguam suam. Nam quia ipse Christus Verbum Dei est, etiam factum Verbi, verbum nobis est. Tract. XXIV in Joan.

[6] Miracula Domini et Salvatoris Nostri et per potentiam aliud ostendunt, et per mysterium aliud loquuntur. Hom. 2 in Evang. — Ipsa facta ejus præcepta sunt, quia dum aliquid tacitus facit, quid agere debeamus innotescit. Id. hom. XVII in Evang.

labras: *En aquel tiempo existió Jesús hombre sabio, hemos de llamarle hombre; porque fué obrador de hechos ilustres, maestro de hombres. Les apareció resucitado al tercer día, y ellos narraban estos y otros mil milagros suyos.* [1]

El testimonio de Josefo, por ser tan esclarecido, ha sido puesto en duda por muchos críticos, pues les ha parecido apócrifo é intercalado en sus escritos por fraude. Pero fuera de hallarse en todos los códices de las *Antigüedades*, cítanle graves autores, [2] el eruditísimo Huet le defiende con copia de doctrina, [3] y Benedicto XIV [4] reivindica su autenticidad. La razón de esta defensa fué que después del siglo XVI comenzaron á repugnar Osiander, Salmasio, Blondel, Leclerc y algunos otros, tachándole éstos de espurio, aquellos de interpolado. Un sinnúmero de eruditos afamados rebatieron los golpes contrarios, en defensa de su autenticidad é integridad. [5]

A la verdad Josefo, cuando estuvo de gobernador en Galilea, no podía ignorar la existencia de Jesús y de sus discípulos, que en aquel tiempo formaban ya una considerable comunidad. Habla de las tres sectas judáicas, esenios, saduceos, fariseos; [6] de las cabezas de partido que entre los judíos se levantaron; [7] de S. Juan Bautista; [8] de Teodas; [9] de Eleazar; [10] de un mago impostor. [11] Según esto, ó creyó que las maravillas de Jesús celebradas por el vulgo eran falsas, ó las tuvo por verdaderas. Si las hubiera creido falsas, no las habría sepultado en el silencio; el interés de su religión, el amor de su gente, la estima de la verdad le forzaban á mirar por la gloria israelítica y á granjearse el favor de los emperadores que maltrataban á los cristianos; de forma que si fueran falsos los milagros de Cristo, el callar Josefo cuando el mundo los pregonaba, hubiera sido crimen de alta traición. Si los creyó verdaderos, y con todo los echó por alto, no pudo ser sino por desazonar á los suyos, por trampear con la verdad. Tanto prueba su silencio como su dicho. Ni importa que muchos eruditos achaquen á invención cristiana el texto citado. La verdad sea que no podía Josefo tener por de ninguna importancia los rumores que en su tiempo corrían sobre los milagros de Jesús. [1] El anglicano Paley resuelve: *Yo creo tener motivos para concluir, ó que el pasaje es verdadero, ó que si es falso, la omisión está hecha adrede.* [2]

Más sólido argumento de la verdad histórica de estos milagros, es el juicio de los enemigos del nombre cristiano que en los primeros siglos florecieron. San Justino expone y deshace las razones de Trifón, Orígenes copia y rebate los discursos de Celso, Eusebio de Cesarea refiere largos textos de Porfirio y déjalos sin fuerza ni réplica, San Cirilo trae y contraresta las objeciones de Juliano, San Agustín combate las cavilaciones de los maniqueos; astutos enemigos eran del Evangelio, declarados adversarios de la Encarnación, cuyas osadías los Santos Padres contrastaron haciéndoles tascar el freno. A pesar de su encarnizado odio al nombre de Cristo, jamás pusieron dolo ni sombra de duda en la realidad histórica de sus milagros, que es la que aquí tratamos; nunca tuvieron los Padres que reprimir su audacia en este particular, siempre presuponían como indisputable la verdad de hechos públicos y notorios, certificados por pueblos enteros. Discurrían aquellos adversarios que el callar y disimular de los judíos y gentiles contemporáneos de Cristo, era harto criterio de verdad. ¿Cómo habían ellos de perdonar, si fueran ficciones fabulosas, los portentos atribuídos al nombre de Cristo? Y los perdonaron y no los contradijeron. Y si no los dejaron es-

---

[1] *Antiquit.* lib. XVIII, cap. VI.— Γίνεται δὲ κατὰ τοῦτον χρόνον Ἰησοῦς, σοφὸς ἀνὴρ, εἴ γε ἄνδρα ἀντὸν λέγειν χρή. ἦν γαρ παραδόξως ἔργων ποιητὴς, διδάσκαλος ἀνθρώπων ..... ἐφάνη γαρ ἀυτοῖς τρίτην ἔχων ἡμέραν πάλιν ζῶν τῶν θείων προφητῶν ταῦτα τε καὶ ἄλλα μυρία θαυμάσια περὶ ἀυτοῦ εἰρηκότων.

[2] S. JERÓNIMO, *De Scriptor. Eccles.*, Josephus.—EUSEBIO, *Præpar. Evang.*, lib. IV. — *Hist. Eccles.*, lib. I, cap. XI.—ISIDORO PELUSIOTA, Lib. IV, epist. CCXXV.—SOZOMENO, *Hist.*, lib. I, cap. I.—CEDRENO, *Histor. comp.* —NICÉFORO, *Hist.*, lib. I, cap. XXXIV.—SUIDAS, *Lexic. Josephus.*

[3] *Demonstr. Evangel. thes.*, III, n. 11.

[4] *De serv. Dei beatif.*, lib. I, cap. I.

[5] NATAL ALEJANDRO, *Hist. Eccl.*, V. T. diss. X.—PAGI, *In Annal. Baron.*, *ad an.* 32.—DAUBZ, *Pro testimonio Flavii Jos. de J. C.*, lib. III.—DITMARO, *Dissert. hist. eccles. in Fl. Joseph. testim.*—MARTÍN, *Dissert. crit. sur le pasage de Joseph.*—WOUTERS, *Dissertationes*, t. I, *Dissert.*, VII.—BTO. CANISIO, *Notæ in Evangel. lect. in feria secunda Pasch.*

[6] *Antiquit.*, lib. XVIII, cap. II.

[7] Ibid. cap. I, lib. XX, cap. III.

[8] Lib. XVIII, cap. VII.

[9] Lib. XX, cap. II.

[10] Ibid. cap. VI.

[11] Ibid. cap. VII.

[1] BERGIER, *Certitudes des preuves du christianisme*, p. I, chap. II, § 6.

[2] *Tableau des preuves du christianisme*: 1800, p. I, chap. VII.—«S'il a droit, comme historien, aux lauriers littéraires, il n'a droit en aucune façon à la couronne civique, ni comme ami de la vérité, ni comme ami de sa patrie.»—GRAETZ, *Histoire des juifs*. 1884, t. II, p. 404.

critos en sus historias fué, ó porque carecían de la fe necesaria para estimar su mérito, ó porque no creían deber realzar con hechos tan gloriosos una religión acriminada por infame y sacrílega. Mas con todo eso, los que así discurrían no podían menos de acatar la verdad de aquellos acaecimientos, cuya fama había llegado á conmover las naciones y á espantarlas con nunca oida resonancia.

Entren primero los judíos y expongan clara y distintamente qué concepto les mereció la verdad histórica de los milagros evangélicos. El Talmud [1] da por averiguado que Jesús sacó de Egipto en una herida hecha en su cuerpo el arte de hacer milagros, y de persuadir que los hacía por su propia virtud. Los judíos fraguaron dos historias de Jesús; la una publicada por Huldric, la otra compuesta por el rabino Isaac en el siglo XVI, y publicada por Wagenseil: [2] en ambas se dice que Jesús hacía milagros por haber sabido pronunciar el augusto nombre de Jehová. [3] En comprobación de la tesis no faltan autoridades de cuenta, sin las citadas en la pág. 201. En las actas de San Pionio, que son auténticas, se dice que los judíos trataban á Cristo de nigromante. [1] Tertuliano echa en cara á los judíos que ellos no negaban los milagros de Jesús. [2] En San Crisóstomo declaran los judíos haber puesto en la cruz á Cristo á causa de sus prestigios. [3] En San Isidoro consta que los judíos blasonaban haber hecho los

1 *Schabbat*, 104. 2 *Tela ignea Satanæ*, t. II.

3 La impudencia judáica llegó á su colmo al inventar aquel infame comento del *Schem hamphorasch* שם המפורש, con que señalan el nombre de Dios, compuesto de cuatro letras, escritas en la famosa piedra. El *Toledoth*, libro desvergonzado é impío, dado á luz por Wagenseil, refiere la especie por estas palabras, que vertidas en romance, dicen así: «Guardaba el templo de Jerusalén el nombre inefable de Dios esculpido en la piedra del pavimento (τοῦ στερεώματος—שתיה). Porque al abrir el rey David las zanjas, encontró allí una piedra, á la boca del abismo, en que el nombre de Dios se veía grabado, y tomándole depúsole en el Sancta Sanctorum. Pero como recelasen los doctores que los mancebos estudiosos aprendiesen y divulgasen por el orbe la santidad de ese nombre, fabricaron con encantamentos dos leones de bronce, y los colocaron á la puerta del Sancta Sanctorum, el uno á la derecha, el otro á la siniestra. Si alguno entraba allí y aprendía el nombre misterioso, le rugían los leones, y por el causado pavor y consternación se le borraba de la memoria lo allí aprendido. Habiendo, pues, Jesús sabido que cundía por el mundo su nombre con fama de espurio é ilegítimo, huyendo de Galilea se vino ocultamente á Jerusalén, y entrando en el templo aprendió allí las sagradas letras del nombre divino; y después que hubo copiado este nombre inefable en un pergamino, se abrió las carnes, pronunciando el dicho nombre para no sentir dolor, y en la incisión escondió el pergamino con sus misterios. Luego profirió aquel nombre, y la llaga se le cicatrizó. De seguro hubo de entrar en el templo por arte mágica y á poder de encantamentos; de lo contrario, ¿cómo le habían de permitir la entrada los sacerdotes? Manifiesta cosa es que Jesús hizo estas hazañas por obra de un hombre impuro y por arte diabólica. Al salir le ladraron los dos canes, y se le fué de la memoria el nombre aprendido. Pero él se escondió lejos de la ciudad, allí tornóse á rasgar las carnes, sacó el pergamino, aprendió otra vez el nombre de Dios, le retuvo bien grabado en la memoria, y con la virtud de aquel nombre provocó á sus enemigos y obró innumerables milagros.»

Esta es la relación del *Toledoth*, publicada también por el P. Fr. Ramón Martí (*Pugio Fidei*, p. II, cap. VIII) con algunas variantes, alegada por Nicolás de Lira (*Adventus Christi*), presentada por Buxtorfio (*Lexicon*, p. 2541), y admitida por todos los eruditos como invención de los judíos; «de suerte que ha tenido que perder la vergüenza Salomón Zevi en su libro *Theriaca judaica*, al negar que existiese entre los judíos tal relato.» (TEODORO HASEO, *Diss. de lapide fundamenti*, cap. III, § 13.) Gracias á Dios, confiesan los judíos en la relatada fábula ser verdaderos históricamente los milagros del Evangelio; Jesucristo los obró, lo dan ellos de barato. Si los hizo, ó fué por su propia virtud, ó por virtud ajena. Si por propia virtud, no fué hombre como los demás quien se adelantó á todos en acciones tan asombrosas. Si por ajena virtud, esa no pudo venirle sino de Dios, ó permitiéndola, ó dirigiéndola, pues cosas tan peregrinas no caen bajo el poder de Satanás. ¿Y Dios había de permitir ó dirigir una facultad tan rara en un hombre que se llamaba el Mesías y se decía Hijo de Dios, y á título de ese testimonio hacía milagros, si en verdad no fuera el que los milagros demostraban? La virtud del nombre cuadriliteral robado al templo por arte mágica, en manos de un impostor malvadísimo, cual hubiera sido Jesús, á no haber sido el que Él propio se decía, fuera una prueba evidente de faltar en el mundo la divina providencia, y de andar el poder de Dios al arbitrio de los hombres. Luego si Cristo hizo aquellos milagros, como los judíos confiesan, ó los hizo por sí propio, ó le auxilió el poder de Dios.

Mas, ¿qué crédito merece la antedicha relación, llena de inepcias y absurdos? ¿Dónde han aprendido los judíos, que David para fabricar el templo de Jerusalén diese, cavando, con la piedra colocada en el centro de la tierra en medio del abismo? ¿Quién halló nunca vestigios de aquellos dos bravos leones, ó canes de bronce, como dice otra relación, que espantaban con sus bramidos á los transeuntes? ¿Cómo no los mencionan ni los talmudistas, ni los rabinos, ni Trifón, ni Celso, ni Porfirio, ni Juliano, ni otro cualquiera de los antiguos adversarios del nombre cristiano? ¿Qué se hizo de los leones? ¿En qué vinieron á parar cuando se destruyó por vez primera el templo de Salomón? ¿Quién los guardó durante los setenta años del cautiverio babilónico? ¿Quién los puso otra vez en el templo? ¿A dónde fueron á parar en la segunda destrucción del templo? Porque en ningún lugar se hace memoria de ellos, sino en el relato dicho, que en ninguna autoridad estriba. Fuera de que si tanto poder tenía quien articulaba el nombre sacrosanto, fácil le hubiera sido tapar la boca á las fieras de bronce, sin ser de necesidad herirse la piel y ocultar en la herida los misterios divinos. ¿Y en tantos siglos, ni á Salomón, ni á Ezequías, ni á otro monarca ó Sumo Sacerdote se les ocurrió una traza tan sencilla y á propósito para causar daño á los enemigos de la nación ó para convertirla en propia utilidad y gloria? ¿Cómo no hubo en todo el judaismo un taumaturgo tan famoso como Cristo nuestro Salvador? ¿Por qué á los apóstoles no les acumularon esa fechoría cuando hacían milagros? No es mucho que los rabinos más cuerdos se hayan avergonzado de sostener tales despropósitos, y hayan afirmado que Jesús ignoró el nombre cuadriliteral, como puede verse en Haseo (*Thesaurus antiquit. sacrar.*, t. VIII, p. 494), contentándose con atribuir á magia la obra de sus milagros.

1 BOLANDIST. 1 Febr. 2 *Advers. Judæos*, cap. IX.

3 In psalm. VIII.

profetas tantos milagros como Jesús. [1] Gregencio, obispo de Abisinia, tuvo una disputa con Herbano judío, quien porfiaba que Cristo era hechicero y curaba enfermos en sábado. [2] Agobardo, arzobispo de Lión, en el siglo IX, refiere la tradición judía, que Jesús fué ahorcado por mago, que sus discípulos robaron después su cadáver durante la noche, y que Pilato mandó publicar que había resucitado. [3] Parecida es la relación que leemos en una obra contra los judíos, atribuída por muchos críticos al obispo Amolón, del siglo IX, publicada por el P. Chifflet (S. J.) en 1656. En la disputa entre Gisleberto, en el siglo XII, y un judío, éste no reparó en confesar que el poder divino asistía á Jesús. [4] En la *Disputa de la Iglesia y de la Sinagoga* [5] aseguran los judíos que la Iglesia si prevaleció contra la Sinagoga fué por virtud de artes mágicas. Pedro Alfonso, judío convertido, en el siglo XII, compuso un diálogo donde refiere como tradición de los judíos, que Jesús indujo á error á su nación con artes ocultas, [6] y trae los milagros evangélicos. Otro diálogo del siglo XIV entre un hebreo y un cristiano pone de manifiesto la misma creencia.[7] En el comentario de Moisés Hadarsano [8] y en el Midras Coheleth [9] léese que el Mesías obraba milagros, según rumores, por arte de magia. En fin, por no extender más citas, en todos los siglos han creido los judíos que el Salvador hizo hechos maravillosos en realidad de verdad; pero unos los dieron á magia, otros al nombre inefable de Jehová: de estos dos tan contrarios extremos nunca salieron.

Con todo eso, el libre pensador Laurent rompe animoso por el campo vedado de la fantasía, y al escapar por la fragura de las peñas explota malévolo un filón de bajo metal. En prueba de que los judíos no tuvieron conocimiento de los milagros del Salvador, cita el silencio del filósofo alejandrino versadísimo en toda erudición. *Encuéntrase*, dice, *á la sazón en Alejandría un judío que pasa su vida entera en filosofar sobre religión, sobre el mosaismo, y no había de saber nada de Cristo, ni siquiera el nombre! Si los judíos habían sido testigos de los milagros referidos por los Evangelios, sería preciso otro milagro para explicar el silencio de Philón.* [1] —R. El milagro será tal vez menester para explicar el aturdimiento de Laurent y el sueño de su traductor. En la *sazón* está el artificioso embuste. Cuando vino Cristo al mundo estaba Filón cansado de vivir; y cuando Cristo murió, ó había Filón dado cuenta á Dios de su platónica empresa, ó tenía un pie en la sepultura. Al silencio de un escritor alejandrino, que pasaba de los sesenta se acoge Laurent para probar que los milagros de Jesucristo eran ignorados por los judíos de Palestina, y parécele inexplicable su silencio sin un patente milagro, cuando toda la malicia talmúdica no ha bastado para sofocar los clamores de la historia. Ocupado Filón en restaurar el edificio del *Thorá*, que se caía á pedazos, con el uso del alegorismo y de ideas copiadas del Pórtico, juzgábase el hombre providencial para mantener en su vigor la santidad y la inviolabilidad de la *Ley*, sin ver la imposibilidad de conciliar el espíritu helénico con el espíritu judáico; y no es maravilla que absorto en sus teorías platónico-judáicas cerrase los oidos á la publicación del Evangelio, si en verdad los cerró, pues de San Jerónimo [2] resulta lo contrario. Quiero decir, ora tuviese Filón noticia de los milagros de Cristo, ora los ignorase, el haberles negado lugar en sus escritos no es cosa tan rara ni tan milagrosa, como al belga y á su traductor parece.

Como los judíos sentían los gentiles, que ó presenciaron, ó alcanzaron por noticia, ó recibieron de oidas los hechos notorios acaecidos en Palestina. El P. Juan Fernández, de la Orden franciscana, con cinco razones satisface á los que preguntan por qué los gentiles no hablaron de los milagros evangélicos; [3] la más obvia es que sí hablaron, cuando les abrió Dios los ojos del alma para penetrar la verdadera razón de los milagrosos efectos. Testigos los Dionisios, los Teófilos, los Pantenos, los Arístides, los Quadratos, que convertidos no temieron publicar los milagros de Jesucristo que antes de convertirse habían mirado con prevención y recelo.

---

1 *De Nativit. Domini*, cap. XVII.
2 *Biblioth. maxima Patrum*, VI.
3 *De insolentia Iudæorum*.
4 *Oper. Sti. Anselmi*. P. CERBERON.
5 *Anecdot*. D. MARTENNE, t. V.
6 *Biblioth*. PP. LUGDUN, t. XXI, tit. X.
7 *Bibl*. PP. LUG., t. XXVI.
8 GALATINO, *De arcanis catholicæ veritatis*, p. 557.
9 Ibid. p. 669.

---

1 *Hist. de la Humanidad*, t. IV, pag. 367.
2 *De Scriptor. eccles.*, Philo.
3 *Demostraciones católicas*, lib. III, Disc. V.

Pero nó; Celso, filósofo epicúreo, introduce un judío en la disputa, y aunque el ánimo hostil le induce á negar la realidad histórica de los hechos, como en la pág. 35 se apuntó, luego tomado el pulso al testimonio universal y considerados los inconvenientes de su negativa, amaina velas, y sin reparar que afilaba contra sí sus discursos, atribuye los milagros á operaciones mágicas aprendidas en Egipto. [1] Confiesa que los cristianos los solemnizaban, [2] y por más que cerrada la puerta á todas sus dudas Orígenes le convenza de inconsecuente, [3] él se encalabrina y está firme en que eran obras de magia. [4] En esta reyerta es mucho de considerar que Celso muéstrase obstinado en desechar la resurrección de Cristo porque la conceptuaba falsa, pero con los milagros emplea otro ardid; al principio no recibe su verdad histórica, mas luego vuelto en sí y vistos los aprietos en que le ponía su temerosa terquedad, los otorga á más no poder, contento con darlos á magia. Más: acusa á los apóstoles de haber inventado las profecías con que Cristo anunció los acontecimientos, y se empeña en desdorarlas [5] por quiméricas; y sin embargo, no califica de quiméricos los milagros, cuya pública notoriedad tanto le embarazaba, antes los declara históricamente acontecidos.

También Hierocles hizo acatamiento á la realidad histórica de nuestros milagros, cuando los cotejó con los de Apolonio Tianeo. Castigó la insolencia de esta comparación Eusebio en un libro que escribió, demostrando bien claramente, en los retazos que de Hierocles traslada, cómo este pagano recibía los hechos evangélicos en su desnuda realidad, bien que los vilipendiase y humillase al odioso parangón con los del mago de Tiana. Haríase infinito el discurso si hubiesen de relatarse los testimonios de los gentiles, que vinieron en recibir la verdad histórica de los milagros de Jesús. S. Justino, [6] Arnobio, [7] Lactancio, [8] Eusebio [9] están contestes en que los paganos los prohijaban al arte mágica, que Cristo, en concepto de ellos, tentado por la codicia había usurpado de los santuarios egipcios la ciencia secreta con que los hacía, que los oráculos de Apolo deponían la misma testificación; y todos sus esfuerzos encaminaban á contrarestar las argucias gentílicas y á poner en grande alteza la divinidad de aquellas operaciones.

Finalmente, el apóstata Juliano en un libro que contra los cristianos publicó, no osando litigar belicosamente con la realidad de los hechos evangélicos, se contentó con echarlos en donaire y risa. En una parte dice que *Jesús hizo pocas obras de consideración, sino es que queramos estimar en algo el haber curado cojos y ciegos, y el haber conjurado demonios en Betsaida y Betania.* [1] Un poco más abajo añade: *Jesús, que mandaba á los demonios y los lanzaba de los cuerpos, que andaba sobre las aguas, si según vosotros decís fabricó el cielo y la tierra, ¿cómo no logró trocar los afectos de sus amigos y allegados para procurarles salud?* [2] En otro lugar escribe: *Cuando demos principio á la disquisición de las obras prodigiosas y de los embelecos que se hallan en el Evangelio, etc.* [3] Estos lugares demuestran que el taimado emperador si tenía en poco los milagros del Evangelio, nunca se arrojó á disputar sobre su realidad histórica, y el insinuar á la sorda que le merecían el nombre de invenciones y el recatarse de confesarlo con llaneza y claridad, denota muy á las claras que los admitía en su ánimo como efectivamente acaecidos. Si con tanto ceño los miraba, ¿por qué no los llamó embustes, en vez de operaciones mágicas, como solía calificarlos? ¿Qué podía recelar un emperador de la talla de Juliano? Lo que podía recelar era la nube de testimonios que le dejasen abrumado y corrido con la palpable verdad de los hechos y la sinrazón de sus calificativos. Esta era la espina que le punzaba el corazón, y le sugería aquellas burlas y pullas sardónicas con que ridiculizaba, según su inveterada costumbre, las cosas que no podía negar. El menosprecio y el miedo de Juliano prueban á satisfacción la verdad histórica de los milagros de Cristo.

Era muy común entre los gentiles pensar así como Juliano pensaba. Marce-

---

1 ORIGENES, *Contra Celsum*, lib. I, cap. VI, XXVIII, XXXVIII, LXVII, LXVIII, LXXI.
2 Ibid. lib. II, cap, XLVIII.
3 Ibid. lib. III, cap. XXVII.—lib. VIII, cap. XLVII.
4 Lib. VIII, cap. IX.
5 Ibid. lib. II cap. XIII.
6 *Apol.* I, XXX.
7 *Advers. gent.* lib. I.
8 *De div. instit.* lib. V. cap. III.—lib. IV. cap. XIII.
9 *Præp. Evang.* lib. III, cap. VIII.

1 S. CIRILO, *contra Julian.*, lib VI.
2 Ibid.
3 Ὅταν ἰδία περὶ τῆς τῶν εὐαγγελίων τερατουργίας καὶ σκευωρίας ἐξετάζειν ἀρξώμεθα. lib. VII.

lino ruega á S. Agustín que suelte las dificultades de Volusiano y de otros gentiles, *los cuales*, añade, *nos tienen llenos los oídos con su Apolonio y Apuleyo y otros tales hechiceros, blasonando que han hecho milagros más estupendos que Jesucristo.* [1] Otros sacaban á plaza libros escritos por Jesús, que contenían, en opinión de ellos, las artes ocultas para hacer milagros, como se ve en S. Agustín, [2] y lo dejamos dicho atrás. [3]

El protestante Grocio, tomando en las manos el Alcorán demuestra que Mahoma confesaba la verdad de los milagros Evangélicos. *Mahoma*, dice, *reconocía que Jesucristo dió vista á los ciegos*, *salud á los enfermos*, *enderezamiento á los cojos*, *vida á los muertos. Y en muchos lugares dice de sí haber sido enviado al mundo no para hacer milagros, sino para ganar crédito con el poder de las armas.* [4]

Termine esta serie de testimonios la autoridad de las Sibilas. Lactancio conmemora los versos que corrían en su tiempo entre los romanos. Helos aquí. [5]

πάντα λόγῳ πράττων, πᾶσαντε νόσον θεραπεύων,
νεκρῶν δ'ἀνάστασις ἔσται,
Καὶ χώλων δρόμος ἐστ'ωκὺς, καὶ κωφὸς ἀκούσει
Καὶ τυφλοὶ βλέψουσι, λαλήσουσ' οὐ λαλέοντες.

Con una palabra todas las maravillas hará, curará toda enfermedad, habrá resurrección de muertos, veloz será la carrera de los cojos, el sordo oirá, verán los que no veían, y hablarán los que no hablaban.—Lactancio á los reparos de los que tenían por hechizos y hábilmente compuestos estos oráculos, respondía diciendo: *Algunos hay que vencidos por estos testimonios suelen alegar que no son los dichos versos de las Sibilas, sino fingidos y compuestos por los nuestros. No hará esa cuenta por cierto quien haya leído á Cicerón, á Varrón y otros autores que mencionan la Sibila Eritrea y las otras, de cuyos libros hemos tomado estos ejemplos; autores, que murieron antes que naciese Cristo según la carne. Si bien no dudo que en los tiempos antiguos los tales versos pasaron por delirios, pues no había quien los entendiese. Anunciaban milagros monstruosos sin señalarles manera, tiempo, ni autor... Por muchos siglos durmieron, hasta que el nacimiento y la pasión de Cristo dió luz á los arcanos, no de otra manera que las voces de los profetas se leyeron por mil quinientos años y más entre los judíos, y nadie los entendió hasta que Cristo las interpretó con obras y con palabras.* [1]

Los antiguos Padres y apologistas admitieron por cosa cierta que en el seno del paganismo habían existido mujeres dotadas de espíritu profético, sin ser verdaderos profetas, y á la manera de Balaam y de Caifás habían pronosticado el advenimiento y las grandezas del Mesías, disponiéndole así Dios para preparar los ánimos de los gentiles, que ignoraban los oráculos de los judíos, á la introducción de la divina luz. Así Hermas en su libro *Pastor* [2] nombra con elogio una sibila; lo mismo hace San Clemente romano en una de sus dos cartas á los Corintios; San Justino atribuye á la sibila de Cumas inspiración sobrenatural y divina; [3] Taciano habla también de la sibila [4] como de cosa anterior á Homero; cita las sibilas Atenágoras; [5] San Teófilo de Antioquía da gran valor á los libros sibílicos [6] y les tributa verdad profética; Clemente de Alejandría admite y celebra la profecía inspirada á los gentiles y nombra las sibilas entre estos profetas; [7] San Gregorio de Nazianzo [8] menciona los libros sibilinos; en fin, Orígenes testifica que los idólatras llamaban sibilistas á los cristianos [9] porque invocaban la autoridad de las sibilas para convencer de error la idolatría pagana. Y aquí para la corriente de los padres griegos, pues San Basilio, San Crisóstomo, San Epifanio y los que siguieron al tercer siglo sepultan en el silencio las sibilas, cual si tu-

---

1 *Epist.* 135, 136 inter Augustin.
2 *De Consensu. Evang.* lib. I, cap. XIV.
3 Lib. I, cap. II, art. I.
4 *De la vérité de la religion chrétienne. — Démonstr. evangél.* t. XII, p. 128.
5 *Divin. Instit.*, lib. IV, cap. XV.

---

1 His testimoniis quidam revicti solent eo confugere ut aiant non esse illa carmina Sibyllina, sed a nostris ficta atque composita. Quod profecto non putabit qui Ciceronem Varronemque legerit, aliosque veteres, qui Erythræam Sibyllam cæterasque commemorant; quarum ex libris ista exempla proferimus: qui auctores ante obierunt quam Christus secundum carnem nasceretur. Verum non dubito quin illa carmina prioribus temporibus pro deliramentis habita sint, cum ea nemo intelligeret. Denuntiabant enim monstruosa quædam miracula, quorum nec ratio, nec tempus, nec auctor designabatur. . Jacuerunt igitur multis sæculis; postea vero animadversa sunt, quam Christi nativitas et passio patefecit arcana: sicut etiam voces prophetarum, quæ cum per annos mille quingentos, vel eo amplius lectæ fuissent a populo judæorun, nec tamen intellectæ sunt, nisi postquam illas Christus et verbo et opere interpretatus est.—Lib. IV, cap. XV.
2 Lib. I, vis. 1, § 2.
3 *Cohort. ad Græc.* § 37.
4 *Advers. Græcos*, § 41.
5 *Legat. pro Christo*, § 30.
6 *Ad Autolyc.* lib. II, cap. XXXVI.
7 *Stromat. VI*, p. 358, 762.
8 Carm. II.
9 *Contra Celsum*, lib. V, cap. LXI

vieran en menos estima su testimonio para defender el Cristianismo.

Los latinos no dejaron de mostrar afición á los versos de las sibilas. Tertuliano llegó á proclamar la sibila por *vaticinadora de la verdad*; [1] Arnobio las cita con grandes elogios; [2] Comodiano [3] hace mucha estima de los versos; Lactancio confiere á las sibilas virtud casi divina; [4] Constantino invoca la autoridad de sus oráculos [5] contra la obstinación de los paganos; San Jerónimo se muestra favorable á ellas; [6] San Agustín testifica singular veneración á sus versos; [7] San Próspero [8] y San Isidoro [9] hablan con loa de sus libros, ateniéndose á la autoridad de los antiguos maestros.

De este cúmulo de autoridades podemos inferir en cuánta veneración eran tenidas las sibilas por los Padres griegos y latinos de los primeros siglos. Pero, nótese bien, ningún Padre ni escritor eclesiástico confundió las sibilas con los profetas, porque mientras á los profetas concedían los Santos Padres conocimiento pleno y sosegado uso de su razón y sentidos cuando proferían oráculos, á las sibilas las pintaban ciegas y sin noticia de la inspiración, y áun no faltó quien las creyese por lo común órganos del demonio, furiosas y arrebatadas, dado que de vez en cuando pronunciasen oráculos de verdad divina. Podemos, pues, decir, que, en concepto de los Padres, Dios se valió de las sibilas como de instrumentos de su providencia sobrenatural para preparar de lejos el advenimiento del prometido Redentor, para proporcionar á los paganos un medio de recibir la divina luz, y para proveer largamente á la salvación de la gentilidad que yacía en sombras de muerte.

Añadamos los testimonios de los paganos que tuvieron en grande opinión las sibilas. Ovidio les daba mil años de existencia; [10] Dionisio de Halicarnaso [11] dice que eran celebradas en tiempo de los reyes romanos; otros muchos autores antiguos [1] al relatar los oráculos de las sibilas, dan á entender que pronosticaron la venida de un rey que había de señorear el mundo en calidad de monarca universal por medio de obras esplendorosas y extraordinarias. [2]

Los críticos se dividen en pareceres: los unos hacen muy modernos los oráculos de las sibilas, otros los refieren al segundo siglo de la era cristiana; los unos desechan la autenticidad, [3] otros la defienden y patrocinan. [4] Otros descubren en los libros sibilíticos parte antigua, parte nueva y parte moderna. Este modo de sentir es el más conveniente. Si los Padres hablaron altamente de las sibilas se referían á la parte antigua, y nunca les reconocieron tanta autoridad como á los profetas. [5] Pero las sibilas anteriores al cristianismo no trataron de Cristo directa y especialmente. Las claras alusiones al divino Redentor son de fecha reciente, posteriores á su venida, de autoridad muy secundaria y efímera. Mas en el determinar la mano que anduvo metida en la composición de los libros sibilinos más modernos, entra no pequeña dificultad.

Lo más probable parece ser que estos libros son obra de mano judía, siquiera en la parte más determinada y alusiva al mesianismo, si bien algún cristiano puso en el montón su piedra. Los judíos de la Diáspora (dispersión) formaban á fines del primer siglo dos partidos totalmente contrarios, tradicional y conservador el uno, reaccionario y radical el otro; pretendían ambos la conversión de todos los hombres, el tradicional mediante la observancia de la ley, del templo y de los sacrificios, el radical mediante la abolición de la ley, del templo y del sacrificio mosáico. En la confección de los libros sibilinos pusieron el estudio ambos partidos á fines del primer siglo, después de asolada la ciudad de Je-

---

[1] Veri vera vates.—*Adv. nat.*, lib. II, 12.—*De Pallio*, I.

[2] *Contra gentes*, lib. I.

[3] *Carm. apolog. in Spicil. solesm.*, t. I.

[4] *De Divin. Justit.* lib. I, cap. VI, lib. VII, cap. XXIII—cap. XXIV.

[5] *Ad cœtum Sanator*, cap. XX.

[6] *Contra Jovin.*, lib. I, cap. CXLI.

[7] *De Civit. Dei*, lib. XVIII, cap. XXII.—*Contra quinque hæreses*, cap. IV.

[8] *De promission.* lib. III.

[9] Lib. VIII, cap. VIII.

[10] *Metamorph.* lib. IV.

[11] Lib. IV.

---

[1] VARRÓN, *De re rustica*, lib. I, cap. I.—*De lingua latina*, lib. V.—CICERÓN, *De Divinatione*, lib. I.—TITO LIVIO, lib. III, IV, VII.—TÁCITO, lib. XV *Annal.*—SUETONIO, *In Octav. Augus.*—*In Jul. Cæsar.* cap. LXIX.—VIRGILIO, Eclog. IV.—FLORO, Lib. IV, cap. I.—QUINTILIANO, *Inst. orat.* lib. V, cap. VI.—APIANO, lib. II, cap. IV.—PLUTARCO, *Vita Cicer.*

[2] GAINET, *Hist. de l'Ant. et du Nouv. Testam.* t. IV, chap. I.

[3] CASAUBON, *Refut. error. Baronii.*—BLONDEL, *Traité sur les Sibylles.*—VOSIO, *De poetis græcis*, cap. II.

[4] NATAL ALEJANDRO, *Hist. eccles.* sæct. I, cap. XII, art. 17.—CARD. AGUIRRE, *Theologia Sti. Anselmi*, t. II, disp. LIII.

[5] BERGIER, *Certitude des preuves du christianisme.* 1767, p. I, chap. II, § 6.

rusalén con su templo. Enemigos de la religión cristiana cuyos gloriosos pasos contemplaban, resolvieron cantar la genera ción de hombres *piadosos* que en la venida del Mesías habían de florecer. Los judíos radicales entendían por hombres *piadosos* los que vivían como los esenios y terapeutas sin ritos ni espíritu mosaico, dueños de libertad en el culto de Dios; los conservadores y tradicionalistas al contrario, llamaban *piadosos* á los que vivieran según la Ley y el Santuario. Estas contrarias tendencias se notan en los libros tercero y quinto de las sibilas en particular. Cuando pues celebran la época mesiánica y prometen toda bienandanza á los mortales, y que Dios reinará en paz entre los varones devotos, curando cojos, sanando ciegos, resucitando muertos, habla la sibila del reinado del Mesías, según cada partido se lo pintaba en el deseo y fantasía. Pero al mismo tiempo, con evidente dolo, tenía presentes el compositor de oráculos los milagros de Jesús, cuyo Mesiazgo no había querido reconocer la perfidia judáica. En este sentido, los libros sibilinos, aún intercalados y adulterados en la parte más reciente, fundada sobre los oráculos antiguos, descubren con ánimo atraidorado la verdad histórica de los milagros del Salvador Cristo Jesús. Es muy posible que en el siglo segundo alguna mano cristiana sobreañadiese á la confección judía rasgos más definidos sobre la vida, pasión y milagros de Cristo según constaban en los Evangelios. [1]

El aplauso de los Santos Padres se limitó á la parte antigua de los oráculos, sin hacer caso de la parte más reciente, judía y cristiana. En este sentido de gran peso es la autoridad del Papa Benedicto XIV, cuando escribe: *Siendo tan alabados los oráculos de las sibilas por los antiguos Padres y autores eclesiásticos, aunque no deban tenerse por genuinas todas las cosas encerradas en los ocho libros sibilinos que han quedado, sería inconveniente calificar por apócrifas las encomiadas por los Santos Padres y escritores eclesiásticos de los primeros siglos, y presentadas por ellos como baluartes firmísimos de la religión cristiana contra la pertinacia de los gentiles.* [2] El docto Alexandre ha puesto en claro la existencia de las sibilas y deshecho las dificultades opuestas por los filósofos del pasado siglo. [1]

Una objeción se ofrece al paso y conviene resolverla con claridad. ¿Cómo es, dicen, que los primeros escritores cristianos, si tanta importancia tenían los milagros para fundar el cristianismo, no los mencionan, no los realzan, no los exponen con más elocuencia en sus cartas y discursos?—R. Esta dificultad es meramente negativa, si consideramos que nos faltan, por haberse perdido, muchos escritos de los primeros cristianos. San Papias escribió en cinco libros *La explanación de los discursos del Señor*, de que apenas conservamos unos pocos retazos. De San Justino faltan un tratado sobre la resurrección, otro contra las herejías, otro sobre la monarquía de Dios, y varios libros que andaban en manos de los fieles. Taciano, su discípulo, fuera del apologético, dió á luz innumerables tratados [2] que se han perdido. San Teófilo de Antioquía compuso una obra contra Marción, otra contra Hermógenes, un comentario de los Evangelios, que también perecieron. Arístides, Agripa, Aristón, Claudio Apolinar, San Dionisio de Corinto, San Melitón, Barde-

[1] *Révue des études juives*, t. XXIX, 1894, p. 183. — REUSS, *Die Gesch*. der *h. Schr. A. T.* p. 662.—FRÄNKEL, *Monastsschrift*, 1875, p. 327.

[2] *De servor, Dei beatif.* lib. III, cap. XLII, n. 8.

[1] *Oracula Sibyllina*, 1856.—DÖLLINGER, *Paganisme et judaisme*. t. III, 1858, p. 53.

Al racionalista Laurent se le ofreció este notable despropósito: «Entre las pruebas invocadas por los Padres de la Iglesia en favor de la revelación, figuran los versos sibilinos, que son en efecto, de una precisión notable: la encarnación de Jesucristo, sus milagros, su suplicio y sus predicciones en todas las lenguas; he aquí un testimonio que parece hecho para amenizar la conversación jocosa de Voltaire, más bien que para edificar á los fieles... El fraude se cometió para apoyar con él la revelación. ¡La revelación fundada sobre una falsedad, sobre un crimen!» (*Hist. de la Humanidad*, t. IV, pág. 335.) No podía ser más grosera la calumnia forjada por el catedrático belga, propalada por el traductor español. Desvanécese considerando que al rayar el tercer siglo existían tres colecciones de versos sibilinos, antiquísima la una, de origen incierto; la segunda evidentemente judía, la tercera de mano al parecer cristiana con rasgos recientes de la vida, milagros y pasión de Jesucristo. Algunos apologistas alegaban la primera colección en sus disputas con los paganos que admitían la inspiración de las sibilas, si bien otros se abstuvieron de reconocer el valor de los libros sibilíticos en pro de la revelación. San Agustín es muy explícito en desechar ese testimonio (*Contra Faust*, lib. XV, cap. XV.—*De Civit. Dei*, lib. XVIII, cap. XLVII). Pero retamos á Laurent y á su traductor á que nos citen los nombres de los Santos Padres de la Iglesia que invocaron los versos sibilinos, donde se alude á los milagros, en favor de la revelación: después, muestren que los Santos Padres inventaron los testimonios de las sibilas que invocan. Infaman á los Padres, y siembran calumnias soeces los libres pensadores cuando fingen que los apologistas cristianos se aprovecharon de una compilación fraudulenta y espuria para autorizar la realidad de los milagros (BERGIER, *Diccion.* art. *Sibilas*). Acostumbrados los racionalistas á beber en fuentes envenenadas, no es mucho escupan veneno en todas sus páginas.

[2] SAN JERÓNIMO, *De Scriptor. eccles.* XXIX.

sanes, Harmonio, Hegesipo, Milciades, Modesto, Musano, Rodón, Máximo, San Panteno, Heráclito, Cándido, Apión, Polícrates, Teófilo de Cesarea, Baquilo, sacaron á luz en el segundo siglo tratados apologéticos, dogmáticos, históricos; de algunos quedan fragmentos citados por escritores de los siglos siguientes, de los más ni memoria se conserva sino de solos sus títulos citados por Eusebio y San Jerónimo, que los conocieron y usaron. [1] ¿Quién podrá negar que estos autores del segundo siglo, discípulos de los Padres apostólicos en su mayor parte, discurrirían generosamente de los milagros evangélicos y expondrian el dictamen de sus maestros sobre las maravillas del Salvador?

Esta solución se allanará si explicamos qué fin se proponían los varones apostólicos en sus escritos. No puede convenientemente dudarse sino que el argumento de los milagros fuese la base de todos los razonamientos entablados por los apóstoles y primeros predicadores para convencer y convertir infieles y judíos. En los milagros ponían el nervio de sus discursos, porque por una parte entran por los sentidos y son de fácil comprensión, y por otra entrañan el poder de la divinidad, y de consiguiente constituyen una batería real y verdaderamente defensiva y ofensiva que sujeta los entendimientos al yugo de la doctrina revelada. Mas si esto acaecía en los sermones y conversación familiar, en los escritos que nos dejaron érales más conveniente dar claro conocimiento de los nuevos dogmas, confundir con razones los errores contrarios, inculcar la guarda de los preceptos, y argüir acérrimamente los vicios y perversas costumbres. Tal fué la empresa, y no debía ser otra, acometida por los escritores del primero y segundo siglo. El hacer descripciones minuciosas de los milagros no era traza acomodada á sus designios; de suerte que el callarlos, que es en nuestro caso presuponerlos, lejos de ofrecer dificultad contra su real existencia, la realza con fuerza soberanamente divina.

Comprobación de lo dicho tenemos en los *Hechos de los Apóstoles*. Cura San Pedro al cojo, [2] hiere con muerte súbita á los culpables, [3] sana á Eneas, [4] resucita á Dorcas, [5] ejecuta otras muchas maravillas, [1] con la sombra de su cuerpo da salud á los enfermos; [2] sin embargo de los seis sermones que predicó, en sólo dos alude á los milagros de Cristo, [3] sin hacer memoria de los muchos que él acababa de obrar. De igual conformidad San Esteban pronuncia un largo razonamiento, y no se acuerda de los grandes prodigios que en el pueblo había hecho. [4] San Pablo después de haber espantado el Asia Menor con el estruendo de sus milagros, [5] no solamente los desimula en los sermones que constan en los Hechos, pero aún de la resurrección de Cristo apenas hace mención directa sino en dos ó tres ocasiones, [6] contentándose en sus Epistolas con alusiones generales y compendiosas; lo que le hacía más al caso era, no tanto insistir en los fundamentos de la fe, como desenvolver sus consecuencias y aplicarlas á las costumbres, como quiera que en la verdad histórica de los milagros no había hombre que titubease con razonable motivo.

A este mismo paso caminan los escritos de los Padres apostólicos. La carta de San Bernabé, las de San Clemente, la obra de Hermas, las epístolas de San Policarpo y de San Ignacio, la carta á Diognetes, puesto caso que contengan los puntos fundamentales de la vida de Cristo, llevan por blanco principal exponer la parte dogmática, moral y disciplinar, más bien que asentar con argumentos la credibilidad de nuestros misterios. La razón es porque no había aún levantado bandera el error que disputase el campo á la notoria verdad.

No sucede lo mismo á los apologistas que luego en los siglos siguientes hubieron de ceñir las armas en defensa de la doctrina predicada por los apóstoles. Quadrato, Justino, Ireneo, Tertuliano, Orígenes, Arnobio, Lactancio y otros esforzados campeones de la fe, que van arriba citados, traen siempre en la memoria y representan al vivo los milagros del Salvador, y teniendo recurso á ellos justifican con nerviosa elocuencia el triunfo del cristianismo propagado por los apóstoles, así redarguyen victoriosos á los gentiles que ya los ponían en duda ó hacían de ellos indigno escarnio. Mas con todo es preciso confe-

[1] MIGNE, *Patrol. griega*, t. V. [2] Act. III, 1. [3] Ib. V, 1. [4] Ib. IX, 34. [5] IX, 40.

[1] II, 43. [2] IV, 15. [3] II, 22.—III, 2—X, 39. [4] VI, 8. [5] Act. XIII, 8.—XIV, 3, 8, 27.—XV, 12.—XVI, 16. 26.—XIX, 2.—XX, 10.—XXVII, 1.—XXVIII, 6, 8. [6] Act. XIII, 16.—XXIV, 10.—XXV, 8.

sar, que los prestigios de la magia y las supersticiones diabólicas que tenían embelesada la atencion de los paganos, ponían grande estorbo al triunfo de los apologistas, y les aconsejaban, fuera de los milagros, otras pruebas con que disipar las nieblas de tantas repugnancias y prevenciones. La singular prudencia que en estas lides usaban no significa ignorancia ni duda acerca de los milagros del Evangelio.

De los testimonios hasta ahora acumulados, sólo queremos concluir la verdad de los milagros de Cristo contra la osadía de los críticos modernos. En hechos de poca importancia bástales á ellos una medalla, una inscripción, un sepulcro, la palabra de un escritor por ahí; en cuestión de milagros ninguna tradición les satisface, ningún testimonio les llena, ningún texto les parece bien: todo es obscuro, todo incierto, todo exagerado, todo inverosímil, todo ridículo; las condiciones que á todo hecho histórico prescriben, tiénenlas por nulas y sin mérito cuando las aplicamos á hechos sobrenaturales. Este juego no puede andar, esta befa no se consiente, este desacato no se tolera; la razón no pasa por ello. Los hechos históricos, naturales ó no naturales, han de ir por un rasero, deben seguir la misma fortuna. Muchos nudos hacen los enemigos del milagro para enredar y eludir la fuerza de los testimonios; sin embargo, ya empiezan á confesar que no les hallan escape. Graetz reconoce un fondo de verdad histórica en las curaciones evangélicas; [1] pero se come luego las lágrimas de contento cuando, en especial las posesiones, las contempla efectos del diabólico poder. Tiene Dios entregados sus enemigos á las manos de la soberbia, y no es mucho se relaman en hincar los dientes de la reprensión en lo más santo y divino.

Los herejes toman otro camino: arguyen que los milagros del Evangelio han de entenderse en sentido místico y simbólico, pretenden que donde el Evangelista dice que Cristo curó al ciego, debemos entender que le iluminó espiritualmente, y así de los demás. Dos cosas confunden

[1] Les sources chrétiennes sont pleines de récits, où ces mêmes faits son singulièrement transformés. Jésus, y est-il dit, aurait opéré une foule de cures merveilleuses. Si la plupart de ces récits sont inspirés par le goût de l'exagération, par le désir d'amplifier et d'embellir les faits, il doit y avoir là, cependant, un fond de vérité historique.—*Hist. de juifs.*, t. II, p. 270.

aquí los herejes, la obra, y el fin de ella. Que Cristo tuviese entre los fines de sus milagros un intento espiritual, no puede negarse; los Santos van acordes en ello. *Las cosas que Cristo hacía corporalmente, quería que se entendiesen espiritualmente*, dice San Agustín, [1] por no alegar otros Padres. Mas si el fin era espiritual, la obra no lo era, sino material y corpórea. ¿Qué significaría que el paralítico tomó á cuestas su camilla espiritualmente, que en las bodas probaron el vino espiritualmente?

¿Qué quieren, pues, los críticos? que los sucesos del Evangelio estén dotados de publicidad y que hayan pasado á los rayos del sol? ningún hecho merece nombre de palpable y visible, si los milagros no lo fueron. ¿Qué quieren? ¿qué los relatos evangélicos estén poseídos de esplendente veracidad? á no estarlo, no habrían sido creídos por varones prudentes y doctos. ¿Qué quieren? ¿qué los echemos á embuste? digan cuándo el embuste empezó. En vida de los testigos oculares, no pudo ser. Más adelante cuando el Evangelio estuvo diseminado por el mundo, mucho menos. *Si antes era demasiado presto, y después demasiado tarde, luego fué imposible en todo tiempo*, dice con razón el P. Felix. [2]

ARTÍCULO III.

Pruébase la verdad filosófica de los milagros de Cristo.—Por la manera de hacerlos.—Respuesta á Rousseau.—Por la conducta de los fariseos y nazaretanos.—Por el poder concedido á los apóstoles.—Por el dicho de los energúmenos.—Por el cotejo entre Cristo y Moisés.—Por la autoridad de los gentiles, Porfirio, Hierocles, Quadrato.—Los milagros de Cristo no se debieron á magia.—Ni á su imaginación.—Ni á su temperamento.

Tócanos ahora tratar la verdad filosófica y la verdad relativa de los milagros de Cristo; conviene á saber, que fueron obra de Dios, y hechos en confirmación de la doctrina revelada. Mas antes nótese con atención que estas dos verdades no es fuerza consten con total evidencia. Si así constasen, *constaría también*, dice el P. Valencia, *con evidente consecuencia de razón la verdad de la doctrina de Cristo; y ésta solamente por fe la tenemos, y en la fe no cabe evidencia.* [3] Resta, pues, que nos consten con certidumbre moral. Dejando para el capítulo siguiente la segunda parte, cómo los milagros fueron hechos en confirmación

[1] *De Verbis Domini*, serm. XLIV.
[2] *Confér.* de 1864.—*Les miracles de Jésus-Christ.*
[3] *De fide*, Disp. I, q. I, p. IV.

de la doctrina de Cristo, tratemos al presente de probar cómo gozan de verdad filosófica, ó que son verdaderamente divinos.

Entrando en la consideración de estos hechos no alcanza el humano discurso á qué causa deban atribuirse, sino á solo Dios, siendo cosas ejecutadas no como quiera, sino en nombre de Dios, con un fin moral, por solos respetos divinos. Porque, primeramente, si miramos al modo que tuvo Cristo de hacer los milagros, no se valía de medios naturales, sino de palabras imperiosas ó de súplica. Con igual facilidad abonanzaba á su voz una tormenta, que despedía la mortaja un difunto. Ni buscaba en estas obras peregrinas su interés personal, ni gloria humana, ni propia comodidad, ni la opinión de los hombres; en todo su porte mostraba gravedad, humildad, silencio, agradecimiento. Donde no hallaba fe sencilla y humilde, excusaba ostentación de poder, porque ni la vanidad le trasportó, ni se pagó del aplauso popular. Unicamente buscó el bien de los pobres, el servicio de Dios, la enmienda de los vicios, la aceptación de su doctrina, la gloria de su eterno Padre.

Añádase que en el modo de obrar sus milagros no podía caber engaño. Un hombre que con solo aplicar la mano, mirando al cielo, levantando la voz, sin ningún preparativo, con medios fútiles y áun desproporcionados remedia toda suerte de enfermos, y saca con vida á los finados; y procede á la ejecución de estas maravillas sin congoja, sin cuidado, sin dudar del éxito, con imponente majestad, con plena seguridad; [1] y es por otra parte un hombre que no cursó aulas, [2] ni pudo aprender de nadie aquel arte nuevo, por que á ningún mortal le pudo caber en el pensamiento; ese hombre, seguramente no obraba por artes ocultas ni en virtud de fuerzas naturales. *Los milagros*, dice Rousseau, *eran hechos por Jesús sin aparato ni pompa, sencillos como sus discursos, como su vida y conducta. Uno de los más palpables fué la multiplicación de los panes y peces. Sus discípulos le presenciaron y pasó, digamos, por las manos de ellos.* [3] Según este enemigo de la divinidad de Cristo, los milagros evangélicos rebosan sencillez, espontaneidad, naturalidad y la conveniente intervención de testigos. Pero Rousseau, caminando á la huella de Juliano apóstata, reputaba indignos de Dios los milagros de Cristo, pues le parecían de poco momento la curación de toda clase de enfermos, la resurrección de tres muertos, la expulsión de los demonios, y en su fantasía soñaba trastornos terrestres y celestes, en que ansiaba ver brillar el poder taumatúrgico del Salvador, y va dicho en la pag. 89 y 249. Era Rousseau, y como él todos los enemigos del milagro, á semejanza de los fariseos, que cansados de presenciar tantos prodigios, puesto su disimulo en paliar la ciega obstinación, pedían al Señor señales celestes [1] para darse por vencidos, *como si no hubieran de calumniar las unas al par de las otras, con pretender que habían acontecido por alteraciones secretas y varias de la atmósfera*, dice S. Jerónimo. [2] Y porque exigían milagros celestiales, *signa de cœlo*, al estilo de los de Moisés, Josué, Elías, y afectaban credulidad con ánimo infiel y con designio de tentar al Salvador, [3] tratábalos con aspereza y los argúia acérrimamente el benignísimo Taumaturgo, más amigo de hacer bien á los hombres que ellos de regalar los ojos con aéreos resplandores. No así fué increpado el sencillo Gedeón cuando pidió un milagro. [4] *Este era*, dice el P. Didon, *el argumento favorito de los fariseos, con esta donosa doctrina presumían debilitar el valor de los testimonios milagrosos de Jesús, y adormecer sus conciencias espoleadas á cada instante por la voz y los prodigios del que se llamaba el Enviado de Dios.* [5]

Pero ¿cómo no acertó el filósofo deista á leer en S. Cirilo alejandrino la valiente contestación dada á Juliano, y habría visto con rubor la menguada originalidad de su pervertido ingenio? *Juliano, haciendo burla de los divinísimos milagros de Jesucristo, muestra bien que no sabe admirar lo que es digno de asombro. ¿Cómo podía el Señor probar con más acierto su divinidad y fundar su religión? ¿Acaso desbaratando los cielos, ó haciendo surgir de las aguas una tierra nueva, ó presentándonos maravillas en el sol, luna y estrellas? Nó. Engáñaste; no era ese el fin de la Encarnación de Cristo.* [6]

---

[1] Matth., VIII, 7, 13.— Marc., I, 22.—V, 23.—Jo., V, 62.—IX, 7.
[2] Jo., VII, 15. [3] *Lettres de la Montagne.*, Lettre III.

[1] Marc., VIII, 11. [2] In cap. XII. Matth.
[3] TOLEDO, *in Lucæ Evangel. Commentar.*, cap. XI, *Annot.* LXVII. [4] Judic. VI.—Is. VII.
[5] *Jésus.-Christ.*, 1891, livre III, chap. X, p. 460.
[6] Lib. VI. *Contra Julian.*

Y va prosiguiendo y enumerando el santo escritor los intentos morales y misericordiosos que en los milagros quería Cristo encerrar, y con eso demostró cuán lejos anduvo de los juegos y trastrueques usados por los juglares y tramoyistas, que sólo paran en vana curiosidad sin mirar por las necesidades espirituales y corporales de los hombres. Torpemente erraba Rousseau fantaseando en Cristo manifestaciones de ambicioso poder, que cautivasen los ojos y no hablasen al corazón. El misterio del Verbo encarnado había de mostrar al mundo la santidad y amor de Dios, y no solamente su poder extraordinario. El valor del milagro evangélico está en ser una revelación de la santidad divina. Fuera de que si los incrédulos suspiran por trastornos de la naturaleza para reconocer á Cristo por Dios, hartos trastornos cuenta el Evangelio llenos de amor y misericordia, causados en los reinos sideral, [1] mineral, [2] vegetal, [3] animal, [4] humano [5] y angélico, [6] para que doblen todos la rodilla y confiesen el poder y amor divinal que á Cristo acompañaba. De donde, en conclusión, la manera y la índole de los milagros de Cristo persuade que eran divinos.

Otro tanto significa la conducta de sus adversarios. Dos fueron los principales testimonios que le levantaron; que obraba por arte diabólico, que violaba la ley del sábado. [7] Toda la malicia de los fariseos era menester para echar á demonio maravillas colmadas de divinidad. Convencíalos Cristo de malos dialécticos, y ellos, no sabiendo cómo volver por su dialéctica. hurtaban el cuerpo y cargaban la mano en la observancia del sábado, poniendo en las nubes la santidad de la ley y mostrando al público que Cristo la quebrantaba. Revolvía contra ellos el Salvador con poderosa elocuencia, y cortándoles las alas dejábalos corridos á vista del concurso. Estas frecuentes derrotas encendieron á tal extremo los pechos de los malignos, que arrebatados de mil furias no pararon hasta condenar á muerte al que los traía tan humillados con obras de incostrastable poder. Los milagros eran á todas luces divinos; diabólicos los creyeron ó simularon creerlos los fariseos: de aquí las iras.

Ni fué otra la razón de los nazaretanos para maltratar á Jesús. Llevaban mal que el compatricio no hiciese en su tierra las proezas obradas en Cafarnaum. El Salvador, para convencer que donde menos había de hacerlas era en Nazaret, su patria, tráeles el ejemplo de Elías y Eliseo, que favorecieron con sus milagros á los extranjeros, y no á los de Israél, en quienes hallaban menos disposición para creer que en los extraños; coligiendo de ahí el Salvador que el milagro debía entrar donde quiera sin aceptación de personas, y no convenía fuese hecho allí donde menos acogida hallaba su divina autoridad. *Llenáronse de coraje los que esto oían en la sinagoga.* [1] Y pasando á las obras, arrojaron al Señor de la ciudad, y áun resolución no les faltó de subirle á una eminencia y dar con él en un precipicio. *Los primeros que comienzan á crucificar á Cristo son sus compatriotas, peores en cierto modo que los que le pusieron en cruz, por cuanto éstos procedieron con alguna forma de juicio, aquéllos sin juicio, y por solo pasión quisieron arrebatarle la vida.* [2] Siendo esto así, pues tanta crueldad les nacía de no haber conseguido un milagro, lo propio era culparle de impostor, de embaidor, de hechicero, de endiablado; la soberbia, la envidia, la herida susceptibilidad de los nazaretanos, estas armas habían de jugar, y no la furiosa crueldad ni el atentado de homicidio. ¿Por qué obraron así, sino porque los milagros de Cristo eran divinos y llenos de incomparable grandeza?

Este concepto tenían formado las ciudades de Betsaida, Cafarnaum, Corozain, cuando le oían predicar con aquella superior vehemencia, y declarar que si Tiro y Sidón hubieran asistido á las maravillas que en ellas se habían obrado, habrían hecho penitencia en cilicio y ceniza, [3] y cuando se veían tratadas por él de más culpables que los mismos sodomitas, porque á vista de tantos portentos se quedaban ellas frías é indolentes. Y estos judíos, tan aferrados á su justicia y santidad legal, no motejaban

---

1 Matth., II, 2, 9.—Marc., IV.—Luc., XXIII, 44, 45.
2 Matth., XXVII, 31. —XXVIII, 2.—Jo., IV, 46.—Marc., VI, 45.
3 Marc., XI, 13.—Matth., XIV. 4 Matth., XVII, 26.
5 Luc., VII.—Luc., VIII.—Jo., XI.
6 Luc., IV, 34.—Marc., V.—Matth., VIII, IX.
7 Marc., III, 22.— Luc., XI, 15.— Jo., IX, 16.—Matth., IX, 10 —Luc., XIII, 14.

1 Luc., IV, 28. 2 MALDONADO, *Comment.* in IV Luc.
3 Matth., XI, 21.

los milagros de Cristo, ni los achacaban á demonio, ni formaban de ellos otras querellas, ni los entregaban á la censura pública, como debieran haber hecho para de algún modo vengar la aspereza de los anatemas, porque conocían que no les quedaba escape ni explicación natural, sino que eran acciones del todo sobrehumanas y divinas.

En tercer lugar, Cristo comunicó á sus apóstoles el poder de los milagros. [1] Quien por sí confiere tan amplia facultad, no es posible carezca de ella, ni puede ser dudoso que sea fuente original del dón taumatúrgico quien con sola su voluntad hace taumaturgos á los que quiere. Desde entonces, elementos, enfermedades, demonios, seres todos espirituales y corporales quedan sujetos á la voluntad de hombres flaquísimos y rudísimos, por la virtud del nombre de Jesús. San Marcos [2] testifica que los apóstoles de Cristo lanzaban demonios y curaban enfermos; San Lucas [3] repite la misma declaración, y otro tanto dice de los setenta y dos discípulos. [4] Tan singular poderío no podía ser ilusorio: hubiéranse rebelado los discípulos contra el Maestro á no haber visto verificada la concedida facultad, principalmente, que toda su entereza hubo de emplear Jesús, cuando venían los discípulos ufanos y orgullosos con los milagros que hacían, para avisarlos, increparlos y abatir su vanagloria, enseñándoles que la gloria de Dios y el celo de las almas, y no otro motivo rastrero, había de ser el fin de las obras milagrosas. [5] Cristo que daba el poder, le poseía y ejercitaba con su divina omnipotencia.

No pudieron ser imaginarias las maravillas apostólicas, pregonadas auténticamente y recibidas con universal aceptación; pregonadas digo, por obras de Dios en todo el orbe, sin que los pregoneros fueran notados de ilusos, sin embargo de las amenazas y suplicios, ignominias y muertes consecutivas á su predicación, siendo más de admirar el concepto uniforme, universal y eficacísimo que engendraban sus maravillas en los pechos de los convertidos. Aceptadas fueron por gentes mal prevenidas á recibir cosas tan nuevas, por sabios ingeniosos, por filósofos hábiles, por médicos y juristas que no confundían fábulas con hechos, ni sueños con milagros. San Pablo, predicando á los Corintios la resurrección de Cristo, [1] y á los Tesalonicenses, [2] y demostrándola con efectos sensibles de divina virtud, halló en estos gentiles disposición contraria á la admiración de los milagros de Cristo; y con todo, los abrazaron por el testimonio del Apóstol que en nombre de Cristo hacía otros tales, y de vérselos hacer y de oirle estaban tan suspensos que hasta procedieron á querer adorarle por Dios. [3]

En cuarto lugar, el dicho de los demonios corrobora la verdad filosófica de los milagros de Cristo. —*Jesús, hijo de Dios, ¿qué hay entre ti y nosotros?* [4] —*¿Has venido aquí para atormentarnos antes de tiempo? Rogámoste no nos mandes ir al abismo.* [5] —*¿Qué hay de común entre ti y nosotros, Jesús de Nazaret? ¿Has venido para perdernos? Sé quién eres: tú eres el Santo de Dios.* [6] —Tales como estas eran las voces que proferían los demonios por boca de los poseídos; la fuerza de la verdad los necesitaba á bajar de su propia gana la cerviz y á confesar por Dios y por enemigo suyo al que los apremiaba á desamparar los cuerpos, y en efecto, salían de ellos á regañadientes por orden del aclamado enemigo.

Replicará alguno: los evangelistas debieron de añadir esas voces por hacer lisonja á su Maestro.—R. ¿Quién prueba que las inventasen? Pero si las ingirieron, fué porque sabían cuán arraigados eran los odios entre Jesús y los demonios y cuán encontradas máximas ambos profesaban. De la doctrina y conducta de Cristo aprendieron los apóstoles aquella contradicción que ponían entre Cristo y Belial, entre luz y tinieblas, entre Jesús y Satanás. Esto los que atentos consideraban las obras del Salvador, lo confesaban paladinamente. *Oyendo las palabras que decía, levantóse disensión entre los judíos. Decían muchos: tiene demonio y está loco; por qué le escucháis? Otros decían: no son de demonio las cosas que dice y hace; ¿acaso es capaz el demonio de abrir á los ciegos los ojos?* [7] Si los enemigos de Cristo escandalizados hacían al demonio autor de sus cosas, los cuerdos y razonables las veneraban por

1 Matth., X, 1, 7. 2 VI, 22, 23. 3 IX, 6.
4 X, 1, 9. 5 Ibid., 17.

1 I, cap. II. 2 I, cap. 1.
3 P. Buffier, *Exposition des preuves de la religion*, 1732, 2.e p., chap. II, art. IV.
4 Matth., VIII, 29. 5 Luc., VIII, 31.
6 Luc., IV, 41. 7 Jo., X, 19, 21.

divinas. De manera que la relación de los evangelistas fué muy verosímil y conforme á la índole de los sucesos, y no fraguada por espíritu de partido.

En quinto lugar, el parangón entre los milagros de Cristo y los de Moisés muestra ser aquellos soberanamente divinos. *Los Judíos piden milagros, los griegos andan en busca de sabiduría; nosotros predicamos á Cristo crucificado, escándalo para los Judíos, locura para los gentiles:* [1] así clamaba San Pablo, y quería denotar que los judíos abroquelados en los milagros de Moisés, no estaban dispuestos á hacer renuncia de su Thorá por seguir la nueva ley, y que los griegos fiados en sus filosofías, no trataban de rendirse á los milagros por parecerles gran locura y desatino. Sin embargo, *los Judíos y gentiles que han abrazado la fe*, proseguía el Apóstol, *sólo han estribado en Jesús, mirándole como poder de Dios y como sabiduría de Dios.* [2] Los judíos, en efecto, para perseverar en su ley, alegaban que los milagros de los antiguos profetas daban especial confirmación al carácter de su primer legislador Moisés, en cuya comparación no hubo ni habrá en la tierra hombre que sea digno de reverencia. Veamos, pues, cómo el Salvador Jesús tiene, no igual, sino mucho mayor excelencia que Moisés por sus obras incomparables.

Moisés poseyó un poder esclarecido que se extendió, dice Filón, á todas las criaturas, [3] como lo patentizan el Éxodo y los Números en hartos lugares, sin contar la íntima comunicación y trato que tuvo con Dios; Jesucristo dejó atrás las obras más estupendas que antes de él habían acaecido y pasmado al mundo, [4] porque la naturaleza toda le estuvo rendida, y ningun mortal así la sujetó ni con tanta facilidad como Cristo, [5] de forma que en el modo de hacer milagros no había tenido ejemplar. [6] No bajemos á contrapesar la grandeza de las divinas manifestaciones hechas á favor de Jesús [7] con las hechas por Dios en favor de Moisés, [8] porque este reconoció la superioridad de las del futuro Mesiás respecto de las suyas, como se saca de Filón, [1] de San Justino [2] y de otros Padres. Cuanto á la publicidad, si los milagros de Moisés pasaron plaza de grandes á los ojos de Faraón, de su corte, del Egipto, de millares de hombres, los de Cristo Jesús tuvieron por testigos y admiradores tropas de pueblos, [3] concursos de sinagogas, amigos y enemigos de ciudades populosas, la Palestina toda, el orbe entero, por cuyo ámbito corrió su noticia y fama. Considerada la autoridad, fué la diferencia grandísima. Moisés hizo milagros sin tener parte en ellos, [4] por mandato de Dios, [5] en virtud de la oración; Jesucristo los hizo á par de absoluto señor, [6] con voz de mando, con imperio irresistible, sin más adminículos que su palabra y su querer. Y, lo que engrandece la dignidad de Jesús y la encumbra con ventaja no comparable sobre la de Moisés, encomendó á sus apóstoles los poderes que poseía, en especial el de milagros, como va dicho; y así la excelencia y superioridad no puede ser más soberana. *Observemos,* dice á este propósito el protestante Stanhope, *que la virtud milagrosa de los discípulos añade nuevo esplendor á la gloria del Maestro, por motivo de que los milagros hechos por ellos, en nombre de Jesús fueron hechos; y no hubo jamás profeta que hiciese uno solo en nombre de Moisés; tanta verdad es lo que San Pablo dice, que Dios realzó el nombre de Jesús sobre todo nombre conocido.* [7]

Hacen agravio á la razón los Judíos modernos cuando vuelven las espaldas á Cristo Jesús. Dirán que se remiten al dictamen que formaron sus antepasados, contemporáneos de Cristo, en el menospreciar sus milagros y reputarle impostor; pero no les vale el efugio. Falso es que sus antepasados del tiempo de Cristo no viesen cosa grande en sus milagros. Infinitos fueron los que hicieron de ellos el caso que convenía, y á su vista creyeron, [8] y se pasaron al bando de Cristo. [9] Entre los Evangelios y los Hechos señálanse cinco muchedumbres, cuyo total asciende á treinta mil personas, que descansaron en los mi-

[1] I. Cor. I, 22, 23. [2] Ibid. 24.
[3] *De Vita Mos.* lib. I. [4] Jo., IX, 32.—XV, 24.
[5] Matth., VIII, 26.—XIV, 25.—Luc., IV, 29.—VIII, 20.—Marc., I, 31.—V, 25, 26.—Jo., IV, 47.—XI, 44.
[6] Matth., VIII, 13.—Luc., VII, 14.
[7] Luc., I, 26.—II, 9.—14.—XXII, 43.—Matth., II, 13.—21.—IV, 11.—III, 16.—XVII, 1.—16.—XXVIII, 2.—4.—XXVII, 51, 53.—Jo. XII, 28, 29.
[8] Exod. XX, 2.—XXIV, 18.

[1] *Allegor.* II.—*De Vita Mos.* lib. I.
[2] *Dialog. cum Triph.* 11, 43, 87.
[3] Matth., XIX, 21.—XV, 38. [4] Exod. XXXIV, 29.
[5] Exod. IV, 3, 7.—VII, 9, 20.—VIII, 5, 17.—IX, 29, 33.—Num. XI, 2, 11.—XII, 43.
[6] Luc., XVIII, 42.—Matth., VIII, 3.
[7] *Défense de la religion chrétienne*, I p. sect. II.
[8] Jo., VII, 31, 40; VIII, 30; XI, 45; XII, 11.
[9] Act. II, 41.—IV, 4; XXI, 20.

lagros de Jesús y los juzgaron por grandes con muestras de inestimable amor; sin meter en la suma las personas que no pertenecían á dichos grupos, que fueron sin cuento. Con que, si Moisés hizo verdaderos milagros, más divinos los hizo Jesús; si Jesús no los hizo divinos, tampoco Moisés, ni profeta alguno los hizo tales. *Si yo*, decía Cristo á los fariseos, *arrojo demonios en nombre de Belzebú, ¿vuestros profetas é hijos en virtud de quién los arrojan? Ellos serán jueces entre vosotros y yo.* [1]

En sexto lugar, añadamos la autoridad de los gentiles enemigos del nombre cristiano. Porfirio, tan cruel enemigo de los cristianos como hábil defensor del culto pagano, confesaba, muy á despecho suyo, que *los dioses habían declarado cómo Cristo era varón piadosísimo y vuelto inmortal*, *y que habían hablado de él con grandes alabanzas.* [2] El mismo testimonio trae Eusebio, [3] y añade este otro: *Desde que Jesús es venerado, nadie ha probado el favor público de los Dioses.* [4] En confirmación de esto el anotador de Addison, aludiendo á este pasaje dice así: *Porfirio reconocía que los demonios eran forzados á reverenciar á Cristo, como se ve en Eusebio, y en Holstenius.* [5] *Este servicio muy verificado de los demoniacos, hecho en obsequio de Cristo y de sus apóstoles, prueba claramente, como lo nota M. Jortin,* [6] *que el estado de los posesos no era demencia ni enfermedad, que si eso fuera, habrían variado infaliblemente en sus maneras de obrar: los unos habrían adorado á Cristo, los otros le habrían desacatado, según la variedad de sus disposiciones.* Hasta aquí el protestante traductor. [7]

No es menos explícito que Porfirio, otro filósofo gentil del siglo IV, Hierocles, gobernador de Bitinia, gran perseguidor de cristianos. Nunca negó los milagros de Cristo, como vimos en el capítulo anterior; al darlos por ciertos osó compararlos con los embaimientos de Apolonio Tianeo, y afirmaba que si Cristo había resucitado muertos, también los había resucitado Apolonio; si Cristo había subido al cielo, de igual manera había subido Apolonio. De esto nos informa Eusebio en su *Preparación Evangélica.* Y pues Hierocles reverenciaba no sólo por auténticos, mas también por divinos, los milagros de Apolonio, á quien quería divinizar con esplendorosa apoteosis, no menos divinos estimaba los de Jesús, á quien pretendía humillar y hacer aborrecible á los ojos de los cristianos.

Juntemos á estos testimonios el de Quadrato, filósofo ateniense, que por haber visto en los milagros evangélicos tanta luz de divinidad, se rindió á la fe, y depuso que en su tiempo (sesenta años después de Cristo), vivían aún personas curadas ó resucitadas por él, [1] y lo dijimos en otro lugar. ¿Cómo había de dar tanto crédito á las maravillas que oía contar, un filósofo, que después fué el primer apologista de la religión cristiana, á no descubrir en ellos señales manifiestas de divinidad? Cierto está que en aquellos primeros tiempos tenían los gentiles suficiencia de medios con que asegurarse de los acaecimientos evangélicos. *El primer medio*, dice Addison, *era la facilidad de examinar de cerca los milagros hechos por los cristianos en diversas ocasiones, y que se vieron en los primeros siglos con más ó menos esplendor entre los fieles; milagros, que fueron poderosos á trocar los paganos en Padres de la Iglesia. Por esta causa conmemoran éstos los milagros en sus escritos, como testimonios auténticos que Dios daba á la verdad de su religión.* [2]

Las seis razones expuestas parecen bastantes para dar por demostrada la verdad filosófica de los milagros evangélicos. Pero bien será para atajar los discursos de la incredulidad acudir á los reparos y objeciones que se pudieran mover. En primer lugar oponen los adversarios que los milagros de Cristo fueron cosas de magia y hechos por arte del demonio. Antigua es y muy gastada tal manera de argumentar, como queda indicado en el capítulo segundo del libro anterior. Aquí conviene dilucidar este punto mostrando con los Evangelios en la mano cuánta diferencia va entre los fariseos contemporáneos de Cristo y los rabinos talmudistas y cabalistas posteriores.

Es inexactitud grande pensar que los milagros del Salvador en común fueron atribuidos por los fariseos á virtud y ope-

---

1 Matth., XII, 27.
2 S. AGUST. *De Civit. Dei*, lib. XIX, cap. XXII.
3 *Præp. Evang.* lib. III, cap. VI.
4 Ιησοῦ τιμωμένου οὐδεμιᾶς τις θεῶν δημοσίας ὠφελείας ἤσθετο — Ibid. lib. V, cap. I.
5 *De Vita Porphyrii*, cap. II.
6 T. I. p. 14.
7 *De la réligion chrétienne*, 1726, sect. 1, § 1.

1 EUSEB., *Hist.*, lib. III, cap. XXXVI.
2 *Défense de la réligion chrétienne*, sect. VII.

ración del demonio. El vulgo de los judíos al ver restituída al ciego la vista exclamó: *nunca se ha oído decir que alguno diese vista á un ciego de nacimiento*; [1] y los fariseos y saduceos, cosa muy sabida es, eran hombres asaz doctos para entender que el demonio no alcanzaba á restaurar órganos estropeados, á multiplicar panes, á devolver la vida á los muertos, y cuando vieron tan felizmente efectuado el milagro del ciego, en lugar de acudir á Belzebú, con señales de gran cobardía se contentaron unos con decir: *hombre que viola el sábado no es de Dios*, [2] en tanto que otros haciendo mal gesto á este cargo se encararon con los detractores y volvieron por la honra del taumaturgo, de suerte que había discordia entre los mismos fariseos, y tiraba cada cual por su parte en el señalar causa á los milagros que presenciaban. [3] En otra ocasión algunos judíos escandalizados de las cosas oídas al Salvador, le dijeron despechos y escarnios, y le trataron de endemoniado y loco, [4] con intención de ganar honra de severos á costa de la justicia y santidad, pero otros más considerados les reprimieron la demasía con esta amonestación: *sus palabras no son de endemoniado, ¿por ventura es el demonio capaz de abrir á los ciegos los ojos?* [5] En fin, cuando los fariseos se juntaron con los saduceos en concilio á tratar de la pena que convenía dar á Cristo, no condenaron sus milagros por supersticiosos ni por obras diabólicas; habría sido expediente muy á propósito para salir de aquel trance el poder acusarle de hechicero, pero no se les ofreció otra acusación sino esta: *hace muchos milagros*, [6] y el hacer tantos parecióles argumento bastante para tomar resolución y atajarle los pasos; señal evidente de que la magia no explicaba, en su opinión, todas las maravillas por Cristo ejecutadas.

De unas pocas curaciones, pertenecientes á la tercera clase, en que los moradores de Nazaret padecieron escándalo, [7] podría caber duda si el escándalo les nació de haberlas creido obras de magia; así le pareció al Padre Maldonado, [1] pero la verdad sea que de las solas expulsiones de demonios leemos en los Santos Evangelios [2] haberlas los fariseos reprendido por obras diabólicas, con tanta impiedad como ignorancia. A ellos solos reconvino el Salvador arguyéndolos acérrimamente cuando las turbas le aclamaban por Hijo de David; [3] á ellos solos apremió dejándolos mudos y convencidos con razones demostrativas de su insensata blasfemia, que en otro capítulo se expondrán.

La conclusión resultante de los Evangelios es esta: los testigos oculares nunca llegaron á maliciar que todos los milagros de Cristo fuesen efectos de magia. Si los rabinos cabalistas y talmudistas posteriores, si los gentiles citados por los Padres, [4] si los discípulos de unos y otros echaron todos los milagros de Cristo á la peor parte entrando en la sospecha ó levantando la calumnia de que eran obras del demonio, caminaron en su recriminación por veredas nunca holladas de sus maestros, y hubieron de forjar nuevas mentiras, mil veces refutadas y deshechas. [5]

Así Celso, filósofo epicúreo del segundo siglo, uno de los más sutiles y furibundos enemigos de los cristianos, desplegó su lengua con diabólico despecho llamando á Cristo mago, como en otra parte dijimos, y enseñando que en Egipto había aprendido el arte de hacer milagros y que vuelto á Palestina presumió alzarse con el nombre de Dios mediante las trazas aprendidas. No le perdonó Orígenes á este vil adversario la calumnia, multiplicó razones con que rechazarla y cerrar al injuriador la boca. Arnobio la tomó en consideración y la rebatió con esta elocuente invectiva: *Fué mago y hurtando á los egipcios el arte taumatúrgica hizo aquellas cosas con artificios clandestinos. ¿Qué decís, niños parlanchines, con vuestra estúpida y temeraria charla? ¿Aquellas obras fueron prestigios diabólicos y juegos de arte mágica? Citadnos,*

---

[1] A sæculo non est auditum quia quis aperuit oculos cæci nati.—Jo., IX, 32.
[2] Non est hic homo á Deo qui sabbatum non custodit.—Jo., IX, 16.
[3] Et erat schisma inter eos.—Ib.
[4] Dæmonium habet et insanit, quid cum auditis.—Jo., X, 20.
[5] Hæc verba non sunt dæmonium habentis, ¿numquid dæmonium potest cæcorum oculos aperire?
[6] Multa signa facit.—Jo., XI, 47.
[7] Marc., VI, 5.—Matth., XIII, 57.—Luc., IV, 24.—Jo., IV, 44.

[1] In Matth., XII, 54.
[2] Luc., XI, 25.—Matth., IX, 34.—Ib. XII, 4.
[3] Omnes turbæ dicebant: numquid hic est Filius David.—Matth., XII, 23.
[4] San Justino, *Apol. I*, n.º 37.—San Cipriano, *De idolor. vanit.*—Origenes, *Contra Celsum*, lib. I. n. 54.
[5] San Justino, *Apol. I*, n. 14, 37. — San Ireneo, lib. I, cap. LVII.—San Agustín, *Contra Faust*, lib. XI. cap. XLV.—Origenes. *Contra Celsum*, lib. I, n. 5, 34.—Lactancio, *Divin. instit*, lib. XV.—Tertuliano, *Contra Marcion*, lib. III.—Salmerón, In Jo. VI, tract. IV.

presentadnos entre todos los hechiceros conocidos y por conocer, uno solo que haya ejecutado la milésima parte de las maravillas obradas por Jesucristo. [1]

Con este vigor los apologistas cristianos siguiendo el camino derecho de la letra evangélica empleaban los filos de su elocuencia contra el dasaforado error, y ponderaban la infinita distancia entre los milagros de Cristo y las operaciones mágicas: Cristo encaminó los milagros á testificar la guerra que hacía al pecado, el demonio pone todas su mañas é ingenio en acrecentar los pecados de los hombres; Cristo con solo mandarlo, en un punto rebosó grandes portentos, los magos han de usar largos preparativos de fórmulas y aparatos; las operaciones mágicas producen efectos aparentes, fantásticos y nocivos por lo común, los de Cristo eran reales, saludables y positivos: las obras mágicas desvían al hombre del trato íntimo con Dios, las de Cristo movieron á penitencia y á glorificación del divino poder; las obras del demonio nunca tuvieron en su abono la gloria de las profecías, las de Cristo fueron señaladas por el dedo de los profetas con largos siglos de antelación. [2] Con estas y semejantes razones quitaban los apologistas la máscara á los maliciosos detractores de nuestros milagros, y ponían en su desnuda avilantez la fábula inventada por los talmudistas que carece de patronos en la remota antigüedad.

Sin embargo, fautores de tan ignominiosa leyenda son en nuestros días los francmasones luciferianos, peores que los gentiles y más desalmados que los judíos. Con el infame propósito de tratar contumeliosamente y ultrajar furiosos la santidad de la Sacratísima Virgen María y de su benditísimo hijo Cristo Jesús nuestro adorable Redentor, se desvergüenzan á repetir que Jesucristo cultivó la magia ocupando en su estudio los años de su juventud bajo la dirección de los sacerdotes egipcios, de cuyas secretas instrucciones dió señales prodigiosas desde la primera niñez. A la edad de treinta años el hijo de Mirzam (María) hallóse colmado de todas las virtudes necesarias para curar enfermos, según la ley de naturaleza que quiere el progreso en el tiempo y en los cambios súbitos del orden vegetal y animal. A estos disparates y desacatos añaden los masones otros más impíos en esta forma: *El hijo de Mirzam fué uno de los tipos más cabales en el orden nominal.., Por esto el pueblo le daba el título de* curador *y lo expresaba llamándole* Jesús, *de la raíz* iesis, *curación. Y este apellido de Jesús le quedó y fué su nombre distintivo. El dón de curar enfermedades corporales de una índole particular, de que estaba dotado el curador Jesús, y cuyos efectos se manifestaban á manera de ley natural, añadido á ideas muy elevadas, á una lógica grande, y á una bondad excelente, convirtió á Jesús en la personalidad más notable de su época en la Judea.*

Estas son las blasfemias proferidas por los masones paladistas en sus discursos, citados por el Dr. Bataille. [1] Así con descaro sin artificio inventan calumnias, mentiras y engaños, que pueden verse en el lugar citado, [2] llamando falsa y de imposibilidad absoluta la resurrección de Lázaro. El odio á la religión sobrenatural los desatina y enloquece contra Adonai, que es en su concepto el Dios de los cristianos. A tan bestiales locuras no se ha de satisfacer con argumentos sino con mofa y desprecio, por la malicia diabólica que entrañan; es imposible quepa en pechos humanos tan desalmada perversidad si el furor de Lucifer no se la inspirase. En él logran el maestro que se merecen. Al paso que los hace hervir de ira, los trae entontecidos con mil delirios de ignorancia. Estupidez descomunal es derivar, como derivan, de la raíz *iesis* (ἴησις ὁ ἴασις) el sacrosanto nombre de Jesús, que no es griego sino hebreo; pero los paladistas son tan idiotas en regirse por solo el sonido de los términos, que iguales tinieblas palpan en la lengua griega como en la hebrea, al fin lo único que sacan de su maestro Lucifer es ignorancia y mala fe. Poco les importa graduarse de tontos á

---

1 Occursurus forsitan rursus est cum aliis multis calumniosis et puerilibus vocibus: Magus fuit, clandestinis artibus omnia illa perfecit, Ægyptiorum ex adytis angelorum potentium nomina et remotas furatus disciplinas. ¿Quid dicitis, o parvuli, incomperta vobis et nescia temerariæ vocis loquacitate garrientes? ¿Ergone illa quæ gesta sunt dœmonum fuere præstigiæ et magicarum artium ludi? Potestis aliquem nobis designare, monstrare ex omnibus illis magis, qui unquam fuere per sœcula, consimile aliquid Christo millessima ex parte qui fecerit? qui sine ulla vi carminum, sine herbarum et graminum succis, sine ulla aliqua observatione sollicita sacrorum, libaminum, temporum? *Advers. gentes*, lib. I, cap. XLIII.

2 HUET, *Demonstr. Evang.*, p. 421.—BOSSUET *Discours sur l'Hist. univers.*

1 *Le Diable au XIX siècle*, 1893, chap. XI, p. 199.

2 Ib. p. 203.

trueque de indignarse con rabioso furor contra los milagros de nuestro Señor Jesucristo. El estilo de los masones es blasfemar lo que ignoran presentando á los ojos, en vez de luz tinieblas, y al corazón, en lugar de amor odio. Audaces en afirmar, nunca demuestran sus afirmaciones. Si fueran teólogos ó filósofos, siquiera se esforzarían en mostrarnos los documentos auténticos donde consta el dón natural de curaciones que reconocen en Jesucristo. ¿Pero todos los milagros de Jesucristo se reducen á curaciones? Cuando los samaritanos decían á voces: *nosotros hemos oido y sabemos que éste es de verdad el Salvador del mundo*, [1] ¿por ventura tenían la intención de llamar á Cristo curandero, como los masones blasfeman? Ahí es donde se les descubre la estupidez, descaro, impiedad, alevosía.

Otro reparo presentan al decretar los enemigos del milagro que los de Cristo se debieron á la fuerza de la imaginativa. Tal fué el error de Avicena: [2] dió en pensar que el alma humana, de naturaleza angélica y señora de todo lo corpóreo, por un vehemente esfuerzo de imaginación es poderosa para alterar los cuerpos extraños, causar muertes, librar de enfermedad, excitar vientos, mandar lluvias, y mil revueltas de elementos. Al tenor de esta filosofía animal, han enseñado, algunos, que el alma de Cristo, exaltada sin medida su poderosa fantasía, alteraba los cuerpos humanos causando en los enfermos perfecta salud, en los celestes orden y hermosura, en los terrestres mudanza total y substancial. A estas razones ó desvaríos han respondido los teólogos Castro, [3] Medina, [4] y otros muchos con irrefutables argumentos. La imaginación es potencia natural, y los milagros vencen toda exigencia criada. Si mucho puede la imaginación en el propio cuerpo, es por ser potencia sensitiva, dependiente de órgano corpóreo, y por la estrechísima unión del alma con el cuerpo alcanza en ciertos casos un influjo extraordinario y arcano, como en su lugar se dirá. Pero el alma de Cristo no era forma de los otros cuerpos, y no podía introducir en ellos alteración con su imaginativa, y mucho menos obrar por medio de ella en cuerpos que no eran humanos. El Salvador no resucitaba muertos con solo dar vuelo á su fantasía, sinó queriendo positivamente y empleando la fuerza de su omnipotente divinidad, en prueba de que era el prometido Mesías.

Otros con Averroes [1] dijeron que el temperamento exquisito y perfecto que le había caido á Cristo en suerte y hacía grandes ventajas al de todos los demás hombres, le facilitaba en gran manera la obra de los milagros. En virtud de su excelentísima complexión señoreaba los elementos, mandaba en los enfermos, pisaba sobre las aguas, se transfiguraba y lucía, y se colocaba en cualquier elemento con suma facilidad. Cuán vana sea esta opinión consta por muchos capítulos. Por excelente índole que tuviese el cuerpo de Cristo, era más pesado que el aire, y con todo voló por el firmamento; el agua no por ser privilegiado el cuerpo de Cristo dejaba de ser líquida, y con todo pareció no serlo cuando anduvo sobre ella; el pan, no por estar en manos de tacto muy fino había de multiplicarse tan sin tasa como en San Juan vemos; en fin, un cuerpo sujeto á dolores, hambre, sed, cansancio, á las alteraciones que padecemos los mortales, como era el de Cristo, y que al propio tiempo obraba prodigios maravillosos, no poseía una constitución física tan perfecta como el moro Averroes pretendió. Demás de lo dicho, la complexión por perfecta que sea, es de provecho al que la posee, y no á los demás, y Cristo hizo milagros sin contacto de cuerpos, á larga distancia; la complexión no ejecuta acciones con medios desproporcionados, y Cristo sanaba con sola su palabra, con un acto de su voluntad; la complexión debiera producir unos efectos en temperamentos iguales, y Cristo con unos hacía milagros, con otros nó, porque curaba los enfermos que quería, resucitaba los difuntos que bien le parecía, entrando su voluntad como parte principal en la ejecución de las obras.

Finalmente, algunos pretendieron que los milagros de Cristo se originaban de la suma felicidad que gozaba. Pero si los deleites de su estado glorioso hubieran sido parte para robustecerle con fuerzas especiales, le sirvieran para mover cuerpos,

[1] Ipsi enim audivimus et scimus quia hic est vere Salvator mundi.—Jo. IV, 42.
[2] In IV. *Sexti Natur.* cap. VI.
[3] *Contra Hæres.* art. *Miracula*.
[4] *De recta in Deum fide*, lib. II, cap. VII.

[1] II. *De Genes. Commentar.*, XLVIII.

no para alterar substancias, como en verdad las alteró; ni hay para qué mencionar que Cristo se privó en su vida mortal de dotes gloriosas; si poseyó la visión beatífica, no es ella bastante para ser principio de efectos tan asombrosos. A la traza de esta opinión los modernos incrédulos, que todavía toman la mano en defensa del sistema naturalista, conciben el poder maravilloso de Cristo Jesús como una facultad natural residente en su cuerpo, y dicen que de ella usaba á su gusto, como otros hombres ponen en ejercicio la facultad de pintar, escribir, etc. Infundado es tal modo de discurrir. En muchos lugares vemos que Cristo hacía milagros con acto de voluntad, como cuando decía al leproso: *quiero, sé limpio*, y era aquella misma con que llamó al difunto Lázaro al goce de la vida, [1] y mudó el agua en vino sin física maniobra. [2] Merece consideración la facultad de milagros otorgada por Cristo á los apóstoles y á todos los creyentes, [3] los cuales con efecto la ejercitaron después, y no la hubieran podido ejercitar, ni áun recibir, sin estar dotados de aquel privilegiado temperamento imaginado en Cristo por los modernos racionalistas, que no podía comunicarse á hombres de complexión diversa. En fin, cosa natural es que los aires patrios favorezcan la calidad del temperamento feliz, y Cristo en Nazaret, patria donde se crió por largos años, no pudo obrar ningún efecto, [4] no por falta de poder, sino porque los moradores á causa de volver las espaldas y cerrar los oidos á su predicación y dignidad de Mesías, se mostraban indispuestos á recibir la gracia de sus milagros, para que entendiésemos que no el temperamento físico ni la habilidad natural, sino la voluntad de Jesús era la que actuaba el poder de su soberana persona.

Instan. En la hemorroisa del Evangelio se descubre que su sagrado cuerpo era milagroso manantial, aparte del ejercicio de su voluntad, y parecía estar dotado de una misteriosa fuerza que con el contacto se desarrollaba, como la electricidad sale de una batería de Bunsen. Y San Lucas parece indicarlo al decir: *Virtus de illo exibat et sanabat omnes*, [5] y era tocando, escupiendo, ungiendo, articulando; y si obraba á distancia, era como la fuerza de la gravitación.—R. La virtud de Cristo no era inhabitante, sino trascendente; porque lanzaba demonios con el dedo de Dios, [1] alzaba los ojos al cielo antes de obrar milagros, como reconociendo la fuente de donde manaban, [2] y daba gracias á su Padre porque había oído su plegaria. [3] Por esto dice S. Lucas que la virtud del Señor era en él para sanar enfermos, [4] denotando que no era corporal sino espiritual. Y San Marcos [5] cuenta que conociendo el Salvador la virtud que salía de su persona, vuelto á la gente decía: *¿quién me tocó el vestido?* No dice, quién me tocó, sino quién me tocó el vestido, significando que conocía perfectamente lo que pasaba, y queriendo sacar la gloria de Dios de los labios de la mujer, la cual viéndose cogida y descubierta, temblando se le puso de rodillas y declaró su atrevimiento. [6] El pueblo muy en ello estaba cuando reconocía por autor de aquellos efectos no al hombre sino á Dios. [7]

Concluyamos ya con el anglicano Porteus: *Jesucristo hizo milagros reales y verdaderos; y pues los milagros sólo pueden ser hechos por el divino poder, es igualmente cierto que Cristo y su religión son divinos y de Dios provienen.* [8]

ARTICULO IV.

Tampoco fueron obra del magnetismo.—Ni de habilidad natural. — Diferencia entre el curar de Cristo y el de los médicos. — Tampoco se debían á la imaginación de los beneficiados.—Qué suerte de enfermos sanó Cristo. — Cómo se portó con los posesos, paralíticos, ciegos.—Los milagros no tuvieron por causa la fe de los agraciados.—Qué parte era la confianza en los milagros.—Intento espiritual de los milagros evangélicos.

Dejando aquí estos desvaríos, no les queda á los adversarios más escapatoria que el magnetismo animal. Imaginan que Cristo era un diestro magnetizador, y que la multiplicación de los panes, la sosegada tempestad, la maldición de la higuera infructuosa, fueron obras de magnetismo. A Weiss tocóle la desventura de excogitar este sistema. [9] Su gran razón es ésta. El magnetismo encierra una fuerza mis-

---

1 Jo., XI, 44. 2 Jo., IV, 46. 3 Luc., XI, 1.
4 Non poterat virtutem ullam facere, nisi paucos infirmos impositis manibus curavit.—Marc., VI, 5.
5 VI, 19.

1 In digito Dei. Luc., XI, 21.
2 Marc., VII, 34.
3 Jo., XI, 41.
4 V, 17.
5 V, 30.
6 Luc., VIII.
7 Luc., XIX, 43.—Matth., XV, 31.
8 *The benefical effects of christianity*, 1806, prop. XI.
9 *Leben Jesu*, t. I. p. 499.

teriosa y extraordinaria, totalmente desconocida y de inauditos efectos; Cristo pudo bien ser un hábil magnetizador y obrar prodigios por virtud de la fuerza magnética. En confirmación de su tesis cita aquella fe y confianza que Jesús imponía á los enfermos cuando le pedían salud. Lo primero que al más inexperto lector se ofrece contra esta exposición es, que los milagros de Cristo no consistieron en solo curar enfermos; mostróse dueño absoluto de los elementos; á sí propio se dió la vida que le quitaron, y por magnetismo no podía hacer semejantes maravillas. A más de que el magnetizante no pone remedio radical á toda manera de enfermedades, y Cristo las curaba todas; el magnetizante ataja trastornos de ciertas dolencias, de cierta edad y condición, y Cristo no distinguía edad, ni condición, ni calidad de personas ni de dolencias; el magnetizante no todas veces da por seguro el resultado de sus manipulaciones, y Cristo siempre anunciaba el milagro con entera seguridad; el hipnotizante se apercibe con largas y molestas operaciones, y Cristo, sin apercibimientos ni preámbulos, obraba aún más de lo que le pedían; el hipnotizante reduce su arte á mudanzas de un estado en otro, pero deja á los histéricos en su mísera situación, y Cristo con solo querer, producía nuevas substancias y trocaba el sér y condición de los organismos. Si todos los magnetizadores é hipnotizadores poseyeran el caudal de poderío que Cristo tuvo, y fueran tan ruines como algunos de ellos son, podrían trastornar y hundir el mundo en un torcer de cejas, y merecerían ser ahorcados en las plazas públicas como gente peligrosísima al bienestar de las naciones. Pero eso no será; porque la fuerza magnética ó hipnótica dista tanto de la de Cristo, como la tierra del cielo, lo humano y natural de lo sobrenatural y divino. [1]

También los mesmeristas Wolfast, Gauthier, Kieser, Dupotet, opinaban que los milagros de Cristo eran fenómenos mesméricos. Y confirmaba su pretensión el oráculo de la edad moderna, M. Court de Gebelin, diciendo: *No es posible que le falte al magnetismo la virtud de llamar á la vida á un moribundo, y de hacer cosas más estupendas*. [2] Esto dicen, y entretanto hacen todo lo contrario, y Cristo nuestro Señor hizo eso y mucho más, dando vida robusta á los difuntos sin necesidad de contactos ni pases. Con más cordura que los mesmeristas, se portaba el médico protestante Alberto Haller. Escribía á su hijo: *La prueba procedente de los milagros, es á todos los hombres inteligible y fuerte por un igual. Quien contempla la divinidad presente en la operación de los milagros, ¿cómo no ha de quedar penetrado de admiración, enalteciendo el poder de Dios que se ostenta á nuestros ojos? Esta rara manera de persuadir dista mucho de las frías discusiones filosóficas; abre por los sentidos paso al interior del alma, la cual queda humillada á los pies de Dios, que así se digna mostrarse. Por este testimonio divino muchos miles de personas proclaman á Jesus por rey Mesías, de quien los profetas habian hablado.* [1]

Pero miremos con atención los enfermos que Cristo curaba. A todos los dejaba sanos con su imperio, de improviso, totalmente, sin rastro de mal; es decir, en un punto regeneraba tejidos deshechos, soldaba huesos quebrados, renovaba aparatos destruídos, reanimaba miembros atrofiados, fabricaba nervios perdidos, daba sér á líquidos desparecidos, reducía á debida templanza los humores, componía los órganos destrabados, enderezaba y ordenaba los organismos más desmazalados y descompuestos. A cada momento atajaba á la muerte los pasos; sus curaciones venían á ser unas como resurrecciones, que ponían en pie cuerpos caducos ó ineptos para la vida. En este extirpar de raíz la causa de graves dolencias y rehabilitar las fuerzas gastadas, ni cabe arte, ni ciencia humana, ni destreza, ni artificio natural. No hay poder, por ingenioso que sea, bajo la capa del sol, que sin combatir muy de asiento una grave enfermedad, triunfe de ella con solo mandar.

Se ufanan los médicos de proporcionar alivio en un soplo á las neurosis y accesos de histerismo; y porque un día sacaron de trance angustioso á enfermos, más de imaginación que de cuerpo, osan compararse con nuestro adorable Salvador, y porfían que era tan hombre como ellos, y ellos tan poderosos como Él. [2] ¡Brutal insensatez! ¿Qué tienen que ver la

[1] Hettinger, *Apol. du Christ.*, chap. XV, t. II.
[2] *Lettre aux souscripteurs*, 46.

[1] *Lettres sur les vérités les plus importantes de la Révélation*, lettre VIII.
[2] *Revue scientifique*, 1887, 12 janvier.

ignorancia y la incapacidad con la suma sabiduría y omnipotencia? ¿Las fuerzas naturales qué son sino limitadísimas en sus operaciones propias? A ellas proceden con apercibimiento de aparatos y adminículos; obrar sin preparación y sin arreos, es cosa inaccesible á la pujanza criada, aunque sea poderosísima. Digan cómo llevan á cabo sus curas nuestros médicos, cómo regeneran un órgano viciado, cómo reparan células degeneradas, sino es á poder de tiempo y tiento. Pensar que curan en un volver de ojos verdaderas y orgánicas dolencias, es donaire é ilusión vana. Males hay que más son adormecimientos de órganos que lesiones, embargos del sistema nervioso y no amagos á la vida, sueño y no muerte. Poco debiera de costar un recio sacudimiento para despertar y restablecer funciones paralizadas; áun así y todo, harto saben los médicos cuán á duras penas logran alcanzar victoria de las renitencias nerviosas.

Como quiera que sea, clarísima cosa es que va infinita distancia entre curar histéricos y regenerar tejidos. Si el facultativo que se arrestó á todos los secretos del arte y trató seriamente de emplear las fuerzas todas de la naturaleza, con haber puesto tanta costa de su parte, ha gastado al fin largas horas, y muchas son las veces que perdió en la demanda trabajo, estudio, paciencia, siendo muy poco lo alcanzado, por lo mucho que importaba hacer, claras muestras da de estar desprovisto de conocimiento y facultad para procurar á sus clientes la salud que tanto deseaba. Por el contrario, un médico que en un instante restituyese lozanía á miembros marchitos, y restaurase elementos fenecidos, y con un soplo de sus labios reformase un edificio que se desmorona y amenaza pronta ruina, y áun le fabricase por entero después de asolado y deshecho, no sólo ostentaría poseer más habilidad que los médicos ordinarios, sino conocimiento también perfectísimo del organismo cual ninguno, exactísima noticia de las enfermedades y de sus remedios, cabal y universal dominio de la terapéutica, y lo que más es, absoluto imperio sobre enfermos y enfermedades, las llaves, en fin, de la vida y de la muerte. [1]

Los salvadores terrenos instituyen largo y molesto interrogatorio, ocupados en escudriñar los síntomas de la dolencia, el Salvador celeste excusa la más insignificante pregunta en orden á examinar el origen de la enfermedad; los salvadores terrenos, por indicios y conjeturas, se desvelan en rastrear la condición morbosa del mal, el Salvador celeste no carga la consideración en el estado del cuerpo, el del alma aviva más su deseo y solicitud; los salvadores terrenos forman su diagnóstico sin columbrar á veces complicaciones que puedan sobrevenir, el Salvador celeste, seguro del remedio corporal, sólo encamina sus trazas á enderezar los extravíos del corazón; los salvadores terrenos, sin apenas estar convencidos del método empleado, dictan medicamentos, mandan gastos, prometen, pronostican, y entre tanto imponen al doliente actos heróicos de paciencia y sufrimiento, el Salvador celeste, como por vía de juego, manda, otorga, habla, y la muerte suspende su golpe, la vida reflorece, salta el cojo, parla el mudo, mira el ciego, límpiase el leproso, ríe y trisca el tullido, y todos cantan á Dios loor y reconocimiento. Cosas con tanta facilidad y felicidad acabadas, demuestran patentemente que quien las obra es Amo y Señor de todo lo criado.

Los incrédulos de nuestros días para hacer befa con aparente gravedad de los milagros evangélicos han tratado de trovarlos y comentarlos tórciéndolos á significaciones caprichosas. Por este camino, del relato más sencillo y verosímil que salió de pluma de escritor, han hecho un esfinge de sentidos morales y figurativos, que pervierten la verdad histórica, y desvanecen toda posibilidad de dar existencia á cosas y personas. Aquel plan que Eichhorn, Reimaro, Bauer, Heyne, Creuzer, De Wette, Vater inventaron para deslustrar los milagros del Viejo Testamento, han intentado Strauss, Schleiermacher, Renan, Baur, aplicar á los milagros del Nuevo empleando todos los filos de la inventiva en despojarlos de su grandeza y majestad. Cuánta confusión deba originarse de semejante licencia, cuántas nieblas en la historia, cuánta instabilidad en la certeza, cuántas cavilaciones y dislates, á la legua se echa de ver; porque denominar fabulosas y no acaecidas cosas cimentadas en tantos argumentos que las muestran hechas y positivas, es arbitrio bastante por sí solo para dar al

[1] *Apoc.*, I, 18.

traste con las historias mejor fundadas, de suerte que ni griegos, ni romanos, ni alemanes, ni españoles, ni franceses, ni americanos tendrán por qué alabarse de sus antiguas glorias, si éstas fueron sólo jeroglíficos ó representaciones morales de los pueblos que entónces vivían, ó indicios alegóricos del estado de la humanidad.

Vimos desde el principio del libro primero y acabaremos de ver más adelante, qué sistemas han soñado estos novadores para quitar de en medio la verdad de los milagros; el más en boga en nuestro tiempo es el que atribuye los del Evangelio á obra de la imaginación. Los médicos racionalistas, hoy en día los más fieros adversarios del milagro, el timbre de taumaturgo que al rey de cielos y tierra regatean, fácilmente le conceden al poderío de la fantasía, haciéndola autora de las maravillas evangélicas. Qué parte podía tener esta humana facultad en los hechos milagrosos narrados por los Evangelistas, á cualquier mediano ingenio se alcanza. Confiesen la verdad; no les han nacido en su huerto á los modernos semejantes malezas, retoños son de raíces añosas y mil veces descepadas, de casta de moros les vienen. Avicena las plantó; en mal hora quiso introducir la fuerza de la imaginativa para hacer increibles los milagros, como queda indicado y en otra parte más largamente se dirá. Con que siendo falso el fundamento del moro, y deleznable la base del edificio, forzoso debe venir al suelo el castillo sobre ella levantado.

Descartemos en primer lugar aquellas acciones que se ejecutaron en seres incapaces de sensibilidad, y que no podían proceder de imaginación vehemente, cual la presuponen nuestros adversarios; mudar el agua en vino, pasear sobre las ondas, sosegar de súbito temporales, mandar á peces y ellos obedecer, multiplicar panes, secar de repente un árbol frondoso, sacar lozanía de la corrupción de la tumba, son operaciones que huyen el imperio de la fantasía y distan infinito de ser efectos de mera credulidad; y no obstante sin influencia extraña, con solo el mandato y voluntad de Cristo tuvieron efecto y llenaron de asombro los ánimos mal dispuestos al tributo de la admiración. Poca ó ninguna diligencia ponen los médicos en examinar estos hechos, burladas quedarían sus trazas y se verían cogidos en un laberinto sin salida.

Para darla á su placer embisten con los enfermos, y plantan aquí las baterías deseosos de acabar con el poder sobrenatural. ¿Con qué enfermos? No con aquellos que el Salvador preservó en ausencia, como el criado del Centurión, la hija de la Cananea, el hijo del cortesano; porque éstos hallaron cierto é inopinado remedio en una sola voz de mando, no embargante la distancia y la ninguna noticia que tenían del divino Remediador. Estos prodigios meten á su lado nuestros críticos porque pondrían en contingencia la teoría medical. Tampoco paran la atención en la suegra de San Pedro, apretada de fiebre intermitente y perniciosa, y curada en un instante; [1] ni los detiene el hidrópico, cuyos humores acumulados desaparecieron á la voz del Salvador; [2] ni les interesa aquel hombre que con solo oir *alarga la mano*, recobró en ella el movimiento perdido por largo tiempo; [3] ni les hace fuerza aquella mujer que después de diezinocho años de andar encorvada, en un momento enderezó el espinazo; [4] ni tampoco muestran afición á los diez leprosos curados con solo abrir Cristo los labios; [5] ni pónense á examinar al ciego de nacimiento para cuyo remedio halló Cristo colirio en un poco de lodo; en ninguna de estas curaciones reparan los médicos racionalistas, porque no les cuadra tanta presteza y velocidad; todo su desvelo cifran en citarnos aquellos enfermos, en cuya curación podría tener algún lugar la fuerza de la fantasía, cuyos males en ciertas ocasiones se vencen por exceso de credulidad: aquí es donde amontonan ellos nubes de vanísimas humaredas y se encastillan soberbiamente.

Los energúmenos, que tienen alguna afinidad con los que padecen neurosis, fueron curados, dicen, por exaltación de fantasía. Mas ¿cómo se exalta la fantasía de un sordo-mudo, [6] de un mudo, imbécil y ciego, [7] de un niño sordo mudo? [8] ¿Con qué artificio excitaría el Señor la imaginación de estos hombres que tenían embotados los principales sentidos? ¿Exaltar digo? Por el contrario, serenar era lo que hacía con su celestial mansedumbre, y amansar del todo la tiranía de las con-

1 Matth., VIII. 14.—Marc., I, 29.—Luc., IV, 38.
2 Luc., XIV. 1—6.
3 Matth., XII, 9.—Marc., III, 1—Luc., VI, 6.
4 Luc. XII, 10—17.
5 Luc., XVII, 11,—19.
6 Matth., IX, 32.
7 Matth., XII, 22.
8 Marc., IX, 25.

vulsiones, y con sola una palabra de paz libertar á los desgraciados de tan pesada vejación. Aun dado y no concedido que las dichas posesiones fueran crisis neuropáticas, ello es indubitable que al instante una sola voz del Salvador, ó de los discípulos en su nombre, bastaba para templar y extinguir por siempre la crueldad de sus rigores. De aquí nacía en las gentes aquel espontáneo asombro á vista de tan grandiosa facultad. Poco hace el replicar que las posesiones eran dolencias nerviosas; áun así, los síntomas de los epilépticos, histéricos, frenéticos, neuropáticos, que no se vencen del todo con el vocear de los médicos, ni con impresiones morales, y requieren fuertes medicamentos y largas horas de prueba para acertar con la cura, Cristo, sin aplicar manos ni hacer experiencias, con proferir un mandato, y áun sin él, sujetábalos á su imperio, y radicalmente los dejaba remediados.

Entre estas enfermedades están las parálisis. Con ellas procedió Jesús, dicen, enardeciendo la imaginación de los paralíticos. Un hombre yaciente en su camilla, hacía treinta y ocho años, poseído de total languidez (εν τῃ ἀσθενίᾳ), sin fuerza para entrar en el baño, cuando bajaba el ángel á mover el agua de la piscina, sin embargo de las muchas veces que podía quedar vivamente impresionada su fantasía por el bullicio del gentío en aquel solemne instante, con no haber hecho mella en él la venida anual del ángel, y con sentirse cada día más extenuado, porque una sola vez oye á Cristo decir: *levanta y anda*, cobra alientos y fuerzas, levántase luego, toma osadía, carga con la camilla, vase á su casa cual si en su vida hubiera estado sujeto á enfermedad: ¿con qué linaje de exaltación pudo avivarse su fantasía que se proporcionase á tamaña novedad?

Al de Cafarnaum, que no podía valerse, tómanle en brazos cuatro hombres, súbenle al tejado, horadan el techo, y por él le descuelgan con sogas y pónenle delante de Cristo; [1] y el que estaba privado, inmovible, y podía haber recibido honda impresión con sólo saber la llegada de Cristo, hubo menester que el Señor le hablase palabras de salud y se la restituyese entera. ¿Qué pudo aquí la imaginación exaltada? *Las parálisis dejan burlados las más de las veces los esfuerzos de los médicos... Lo cual viene de que el arte, pertrechado con todos los remedios para enflaquecer, posee poquísimos para fortalecer sin causar graves inconvenientes.* Esto dice el médico Boisseau. [1] De cuyo testimonio y del discurso precedente se concluye en buena lógica, que la imaginación poco ó nada influyó en la operación instantánea de estas curaciones.

Pasemos á otras que podrían ofrecer materia de disputa. Cinco ciegos menciona el Evangelio, sin indicar qué suerte de ceguera fuese la suya. Los adversarios, sin embarazarse en dudas, meten en el catálogo de los *amauróticos* á los ciegos curados por Cristo. La amaurosis, ó gota serena, es una afección de la retina, enfermedad nerviosa, que si obedece á los medicamentos luego en algunos casos, no se remedia de repente. Los ciegos del Evangelio llevaban los ojos cerrados, pues ruegan que *les sean abiertos*. [2] Los amauróticos, que no ven por defecto de la retina, no han menester que se los abran, porque patentes los llevan de continuo. Estos no padecían amaurosis, sino vicio orgánico, ceguera radical, causado por el calor del clima, por ardor del sol, por otra causa cualquiera. ¿Qué poder había de tener la fantasía excitada para contrarestar la inflamación oftálmica, y habilitar instantáneamente el órgano lisiado? El milagro tiene por sí la victoria, y tiénenla también otros sucesos parecidos, en que más que la fantasía de los beneficiados luce la ignorancia y osadía de nuestros adversarios, como adelante más de asiento se dirá.

Pero hagamos caso de una dificultad que oponen. La fe obra milagros: los que Cristo obraba eran debidos á la buena disposición de los agraciados, eran mercedes hechas á la oración llena de fe: la credulidad era la autora de los milagros, así como la incredulidad hacíalos impracticables. En Nazaret *no podía Jesús hacer ningún milagro sino es unos pocos enfermos que curó poniéndoles encima las manos, y se extrañaba á causa de la incredulidad de ellos.* [3]

[1] Marc., II.

[1] Les paralysies se jouent le plus souvent de tous nos efforts pour les guerir... Cela vient... de ce que l'art, qui compte tant de moyens et de moyens si puissants pour affaiblir, en possède très peu qui soient capables de fortifier sans causer de graves inconvenients. *Encyclopédie* DIDOT, art. *Paralysie*.

[2] Dicunt illi: Domine, ut aperiantur oculi nostri.—Matth., XX, 33.

[3] Propter incredulitatem eorum.—Marc., VI, 6.

Antes de responder al argumento, nótese bien qué fin tenía Cristo en los milagros. No era, cierto, procurar á los hombres beneficios temporales ni hacer felices sus días, sino enseñarles el camino del cielo, encaminarlos á los bienes eternos é imperecederos de la gloria. Esta era la obra de Cristo, este el fin de su venida, en esta ocupación trabajaba sin descanso. A dos capítulos reducía su enseñanza: á demostrar que él era verdadero Mesías, y á predicar el verdadero y único Dios; [1] esto es, á manifestar al mundo que él era el único medianero para unirse el hombre con Dios y alcanzar la eterna salvación. Tal fué la empresa de toda su vida, y en particular durante los tres años de su predicación hasta morir en el patíbulo de la cruz, y pacificar el cielo con la tierra por los méritos de su preciosísima sangre.

Para llevar á término obra de tanta importancia, era preciso excitar en las almas la fe en Dios y la confianza en Cristo, medianero entre Dios y el hombre. Todas las acciones del Salvador, señaladamente los milagros, á este nobilísimo fin caminaban, á plantar en los corazones el reino de Dios, la verdadera vida, la sólida y celeste justicia. Efectivamente en las personas que recibían del Señor algún milagroso beneficio despertábanse tales afectos de santo entusiasmo y de vivísima fe, que les brotaban por los labios con loores al *Hijo de David*, al *Hijo de Dios*, al divino Mesías. Y era que ó antes ó después del milagro exigia disposición de fe y confianza en su omnipotencia, y ninguno hacía que no la avivase en los circunstantes, pues el fruto que de todos pretendía y lograba era la confesión de su divinidad. ¿Qué muestras no dió de consuelo viendo la fe del Centurión? llegó á certificar que no la había hallado tal ni tan grande en todo Israél, desde que andaba predicando por Palestina. [2]

Mas aunque la gloria divina y la salvación de los hombres fuese el fin principal de los milagros evangélicos, como quiera que la divina bondad siempre juntó con su gloria nuestra utilidad y provecho, al buscar Cristo el bien espiritual de las almas, proveía con amor á la salud y remedio de los cuerpos, siquiera secundariamente. En esto se diferencian los milagros de la antigua ley y los de la nueva: aquellos infundían por lo común espanto y terror y sembraban estrago y muertes, éstos solicitaban al amor de la virtud dulcemente y miraban por la humana flaqueza; los antiguos se hacían con la vara del rigor, los nuevos concedíalos la mano larga y amiga de la divina bondad; en aquéllos vibraba rayos la justicia revolviendo los seres inanimados, en éstos resplandecía la misericordia beneficiando á los seres racionales; allí el temor era el fiador de la verdadera religión, aquí el amor y la confianza eran atractivos de santidad; allí pocos milagros se obraron en que sólo actuase la blandura de la misericordia, aquí pocos en que sólo brillase el poder de la soberana majestad. De aquí nacía el mostrarse Cristo desabrido con los que anhelaban milagros y no cuidaban del conocimiento y confesión de la divinidad. Al régulo le dió en rostro con su poca fe porque solo pedía prodigios, [1] á los fariseos notábalos de perversos y alevosos porque no se cansaban de pedir milagros, [2] á las turbas que le seguían les afeó su codicioso afán por la satisfacción de la hambre que de sus milagros sacaban. [3] Véase la pág. 278.

Mas del consuelo que nuestro Señor recibía al ver la gran confianza de los unos, y del descontento que le causaba la incredulidad de los otros, nadie presuma inferir que la fe hiciese milagros. La fe nunca fué causa, si bien fue condición, que moviese á Cristo á conceder un milagro. Cuando un milagro se ordenaba en beneficio de un hombre, introducía una relación santa entre Cristo y el favorecido, y exigía por lo tanto que el hombre, como sér moral, concurriese por su parte con su fe al fin general de la Encarnación; pero la disposición de su alma no era la autora del milagro, nada tenía que ver la confianza del enfermo con la curación de su enfermedad; y con todo la viveza de la fe obligaba, en cierta manera, la bondad del Salvador y le estimulaba á procurar el bien del cuerpo, en cuya comparación el bien del alma era á sus ojos de inestimable precio.

Espiritual era el intento de los milagros, y hacíanse indignos de ellos los hombres carnales dados á la satisfacción

[1] Hæc est ita æterna ut cognoscant te solum Deum verum et quem misisti Jesum Christum.—Jo., XVII, 3.
[2] Matth., VIII, 10.—Luc., VII, 9.

[1] Jo., IV. [2] Matth., XII.—XVI.—Jo. II. [3] Jo. VI.

de las codiciosas pasiones. Eran los milagros de Cristo señales del divino poder, argumentos del infinito saber, prendas de la eterna bondad, y como tales á par de reclamos y voces enardecían la fe y la sustentaban con maravillosa eficacia. Por ser efectos de una Causa superior á las segundas y naturales, demostraban cuánto puede el divino poderío contra los enemigos del hombre, con que se alentaban en gran manera á la confianza los mortales, considerando que quien con tanta solicitud se desvelaba por el bien de los cuerpos, con qué cuidado no miraría por el bien espiritual de las almas. Finalmente encendían los milagros en los pechos la llama de la caridad; porque á tan singulares favores ¿qué corazón no se sentía preso con mil cadenas de agradecimiento y amor? Los milagros fueron anzuelos de plata con que Cristo atrajo y ganó la voluntad á tantos enemigos y discípulos.

De esto se sigue, que dos cosas se contienen en la obra de estos milagros; una exterior y material, otra formal y de alta significación. La parte exterior era el beneficio corporal, la parte interna y como la médula del milagro era la instrucción y edificación espiritual. Rodeábalos el Señor de circunstancias, como hacer barro con saliva, ungir los ojos, encargar baños, tocar la lengua, meter los dedos en los oidos, imponer manos, cosas no inútiles ni hechas por mera ceremonia, porque representaban sentidos místicos y profundos. En dos palabras podía el Evangelista describirnos la resurrección de Lázaro y la curación del ciego de nacimiento, pero detiene despacio la pluma en la concreta narración de todo, como avisándonos que en ello se esconden ocultos misterios en orden á la instrucción y reforma de costumbres, y como declarándonos que así como los milagros del Viejo Testamento figuraban los misterios del Nuevo, así los del Nuevo son cifra y representación de documentos espirituáles y suma de edificantes doctrinas.

Los Santos Padres penetraron con atenta consideración el sentido secreto de los milagros de Cristo, como vemos en San Gregorio Papa. *Los milagros de nuestro Señor y Salvador han de entenderse de manera, que por una parte los creamos hechos en realidad de verdad, y por otra hagamos cuenta que con su significación nos insinúan altas doctrinas porque sus obras una cosa nos muestran por el poder, otra nos dicen por el misterio.* [1] Así San Gregorio Papa. [2] San Agustín dice: *Los que asistieron á los milagros de Cristo y no entendieron qué significaban ni qué enseñaban á los que los entendían, quedaron asombrados de verlos; pero otros se admiran de que fuesen hechos, y también alcanzan lo que quieren decir. Tales hemos de ser nosotros en la escuela de Cristo.* [3] Y explica el Santo Doctor su pensamiento con aquel graciosísimo símil, de uno que ve en el papel rasgos que no entiende y sólo sabe alabar con los ojos la algarabía de aquellas garambainas; pero otro, diestro calígrafo, alaba con el entendimiento lo que sus ojos contemplan. De manera que los milagros de Cristo encierran tesoros de doctrina celestial y son como sermones mudos altamente instructivos, y á un tiempo contienen raudales de bien temporal. Aquella enseñanza muda y elocuente pretendía el Salvador embeber en las circunstancias de las maravillas obradas, como lo acabará de declarar el capítulo siguiente.

Razón es que digamos con San Francisco de Borja, si es el autor de las *Letanías: Tú á quien fué dada la facultad no sólo de hacer milagros, sino de traspasarla también á otros, ten piedad de nosotros.* [4]

---

[1] Miracula Domini et Salvatoris nostri sic accipienda sunt, fratres charissimi, ut et in veritate credantur facta, et tamen per significationem nobis aliquid innuant; opera enim ejus et per potentiam aliud ostendunt, et per mysterium aliud loquuntur.

[2] Hom. II in Evangel. Luc.

[3] Qui viderunt Christi miracula et non intellexerunt quid sibi vellent, et quid intelligentibus quodammodo innuerent, mirati sunt tantum quia facta sunt; alii vero et facta mirati et intellecta assecuti. Tales nos in Schola Christi esse debemus. *De Verb. Dom.* serm. XLIV.

[4] Tu cui non solum data est gratia faciendi miracula, sed ut illam in alios transfunderes, miserere nobis. —*Litania Incarnationis*, 1550, p. 24.

CAPÍTULO IV.

EXCELENCIA DE LOS MILAGROS DE CRISTO.

ARTÍCULO I.

Trátase la verdad relativa de los milagros de Cristo.—Intento principal de cada evangelista en su Evangelio.—Convenía que Cristo asegurase con milagros su divinidad.—Plan de Jesús.—Tuvo conciencia de su divinidad.—Probó á los judíos que era verdadero Hijo de Dios.—La blasfemia de los modernos incrédulos es muy antigua. — Respuesta á dos dificultades. — Los falsos Cristos.—Los milagros confirmaban la doctrina de Jesús.—Enlace necesario entre los milagros y los discursos.—Respuesta á una objeción.

Considerado que el intento principal de los milagros es guiar al conocimiento de Dios y poner de manifiesto alguna verdad revelada, tócanos ahora investigar qué linaje de verdad descubrían los milagros del Evangelio. La verdad principal por ellos derechamente demostrada era la divinidad de Jesucristo que los hacía. Esta es la que llamamos verdad relativa de sus milagros.

Para dar claro conocimiento de esta posición consideremos, lo primero, qué fin tuvo ante sus ojos cada evangelista en el escribir su Evangelio. San Mateo enderezó la intención á mostrar á los judíos que Cristo era el verdadero Mesías, y que la Iglesia por él fundada representaba el reino de Dios prometido por los profetas. A este blanco dirigía el evangelista su narración, y juntamente los discursos y milagros de Cristo, esforzándose en concluir que si los principales del pueblo no le reconocieron por Mesías, la causa estuvo en sus prevenciones y dureza de corazón. Así exponen largamente el fin de San Mateo los modernos escriturarios Cornely, [1] Schanz, [2] Valroger, [3] Patrizzi, [4] como lo habían declarado Salmerón, [5] Tena, [1] y otros antiguos. San Marcos, que no intentó compendiar á San Mateo, como algunos han querido suponer, se esmeró en probar que Jesús era Hijo de Dios y supremo Dominador de todos los seres, y que á su señorío todos los poderes visibles é invisibles obedecían y estaban sujetos. Así lo entienden Tena, [2] Glaire, [3] Cornely. [4] Por esta causa en su Evangelio, que es el más breve de todos, se aplica á exponer milagros, y sobre los de San Mateo, que relata menos cuatro, acumula otros nuevos, describiéndolos al vivo con circunstancias particulares, como quien de asiento estriba en pruebas seguras para fundar su pretensión. Especifica con singular conato el poder absoluto de Cristo sobre los demonios, llámalos espíritus inmundos con más frecuencia que San Mateo y San Lucas, y manifiesta cuánto valía la virtud de Cristo para deshacer su tiránico imperio. [5] San Lucas juntó en uno los intentos de San Mateo y San Marcos; prueba que Cristo era el Mesías, Hijo de Dios, á saber, el Salvador de todos los hombres y el médico universal de todas las almas, fuera del cual no hay salud ni esperanza posible. [6] Finalmente San Juan tuvo por fin y motivo ilustrar la divinidad de Cristo, y cómo la fe en el Hijo de Dios era necesaria y áncora única de salvación. No son muchos los milagros que refiere, pero según indica fueron tantos los que podría referir, que estarían bien empleados en su narración multitud de volúmenes. Los pocos que narra, certifica haberlos puesto

[1] *De lib. Nov. Test. De Evang. Sti. Matth.*, p. 58.
[2] *Comment. über das Evang., Matth.*, p. 46.
[3] Introd., p. 25.
[4] *De Evangel.*, I, p. 7.
[5] *Comment. in Evangel. III*, tract. XXV.

[1] *Isagoge*, III, 3, 8.
[2] *Isagoge*, p. 241.
[3] Introd. V, p. 119.
[4] *De Evangel. secundum Marc.*, p. 106.
[5] Marc., I, 23, 34, 39.—III, 11, 15, 22.—V, 2.—VI, 7.—VII, 25.—IX, 16, 37.—XVI, 17.
[6] TENA, *Isagoge*, p. 263.—GLAIRE, Introd. V, p. 128.

para que creyesen los fieles que Jesucristo es Hijo de Dios. [1] De esta consideración sobre el intento de los cuatro Evangelistas, resulta que en el escribir los milagros de Cristo pretendieron demostrar su divinidad y señorío universal sobre todo lo criado.

Pero vengamos á razones más directas que dejen bien asentada la eficacia de los milagros evangélicos para calificar á Cristo por Dios. Cierto está, los milagros de Cristo en sí mismos considerados, por verdaderos que fuesen, no demostraban eficazmente su divinidad, ni su santidad, ni la verdad de su doctrina: los mismos é idénticos prodigios podían haberse ejecutado por seres puramente humanos, en prueba de tener de su parte la divina asistencia; en especial que los milagros de suyo, absolutamente hablando, si centellan vivos reflejos de divina lumbre, no reluce en ellos la persona divina, ni la santidad del Taumaturgo, como quiera que hombres malos y perversos puedan servir de instrumentos á la suprema Omnipotencia para grandes y maravillosas hazañas, de lo cual dijimos arriba lo que al caso conviene. [2] No basta pues entender que los milagros de Cristo eran verdaderos y hechos por divina virtud, para reconocerlos por pruebas evidentes de que relumbraba en ellos clarísima la grandeza del Mesías prometido, hombre y Dios á la vez, [3] como no probaban á las claras la divinidad de Moisés, de Elías, de Eliseo, de Josué, de Sansón los centelleantes prodigios que estos profetas hicieron.

Pero, presupuestos los vaticinios que del Mesías daban testimonio en el Antiguo Testamento y eran notorios y aceptos á los judíos, es muy sin duda que los milagros del Señor hacían evidencia de su divinidad por el mismo Señor predicada. Por una parte los Profetas tenían avisado que el Mesías sería Hijo de Dios, y que en calidad de tal autenticaría su embajada con milagros patentes y tan señalados que quitasen á los judíos la ocasión y peligro de confundirle con otro; por otra parte Cristo declaró á Juan Bautista su dignidad de enviado, saliéndole al camino con las palabras de Isaías y dándole por prueba los mismos milagros vaticinados por el profeta, como en otro lugar se trató; [1] de donde resulta que los milagros de Cristo unidos á las profecías eran de tanta eficacia para convencer á los judíos entendedores de las Escrituras y espectadores de los hechos, que los precisaban á admitirle por Mesías y verdadero Dios, y á recibir su ley y doctrina por única verdadera.

Mas aún prescindiendo de las profecías los milagros, conforme los hacía el Salvador, debemos decir que demostraban con eficacia su divinidad. Conforme los hacía el Salvador iban encaminados á mostrar que era él Dios verdadero y verdadero Mesías. Y como sea imposible que acciones singulares, sobrenaturales, divinas canonicen un error ó una doctrina falsa, y va demostrado en otro lugar, [2] y eso mismo daban por supuesto los escribas y fariseos cuando oían á Jesús llamarse Hijo de Dios y veían milagros en prenda de su aserto, síguese de aquí forzosamente que los milagros evangélicos, aún no considerada su relación con las profecías, eran eficaces para probar la divinidad de Cristo.

Sólo falta demostrar que el Salvador hacía milagros en confirmación de su propia divinidad. Esto significa el milagro de Caná, cuyo fin fué manifestar Cristo su gloria; [3] esto significa el milagro del ciego, cuyo intento fué hacer notoria la filiación divina de Cristo; [4] esto significa el milagro de Lázaro, que tuvo por blanco glorificar al Hijo de Dios; [5] esto significa el milagro del paralítico, que se enderezaba á probar en Cristo la participación perfecta del divino poder; [6] esto en fin significan las palabras de San Juan que escribió los milagros para que todo el mundo entendiese que Jesús era el Mesías Hijo de Dios. [7]

Los milagros tuvieron la parte más principal en el establecimiento del reino de Dios, única aspiración de Jesucristo.

---

[1] Hæc autem scripta sunt ut credatis quia Jesus est Christus Filius Dei. XX, 31.

[2] Lib. I, cap. V.—Cap. IX.

[3] SUAREZ, *De mysteriis*, disp. XXXI, sect. 2.—TOLEDO, in Jo., III, *Annot.* 2.—SANTO TOMÁS, In II Tessal. II, lect. II.

---

[1] Lib. I, cap. XII. [2] Lib. I, cap. IX, art. II.

[3] Jo., II. 22.—manifestavit gloriam suam—gloriam quasi Unigeniti a Patre. Jo., I, 14.

[4] Tu credis in Filium Dei.—Jo., IX, 35.

[5] Ut glorificetur filius Dei.—Jo., XI, 4.

[6] Quia filius hominis habet potestatem in terra dimittendi peccata —Matth., IX. 2. — Marc., II, 3.— Luc. V, 18.

[7] Ut credatis quia Jesus est Christus Filius Dei, Jo., XX, 31.

Lo primero que deja atónito y espantado al que lee los Evangelios es la maravillosa unidad de plan trazada por Jesús desde el principio de su vida pública, no como resultado de largas meditaciones, sino brotando con más espontaneidad que de la flor el fruto, con cabal madurez y perfección, á fuer de concepción innata de su espíritu, sin ensayos, sin retoques, sin modificación alguna. La fundación del reino de Dios en la tierra, mediante el reconocimiento y adoración de su propia divinidad, fué el unico empeño de sus milagros, como lo era de sus discursos.[1] Los novadores Lessing, Hase, De Wette, que lo contrario asientan, muestran haber leido los evangelios muy por encima y casi durmiendo. Muy lejos estuvo del pensamiento de Cristo establecer la religión de las inteligencias libres, que fué el sueño de Renan; ni idealizar el judaismo reduciéndole á una suerte de humanismo socrático, opinión absurda de Baur; ni figurar el ideal del hombre justo, ridícula pretensión de Reville; ni proponerse á sí propio como el hombre de conciencia más ilustrada, desvarío de Schleiermacher: todos estos proyectos distan infinito del reino de Dios que Jesús vino á fundar. El reino de Dios plantado en la conciencia de todos los hombres, sin distinción de judíos y gentiles, sin diferencia de lugares, sin aceptación de personas, sin formas transitorias, sin legislación ceñida, reino espiritual, universal, conquistado á viva fuerza interior, comprado primero por la obediencia y muerte del hombre Dios; tal era la doctrina teórica y práctica que en el mundo se había de arraigar.

Una doctrina nueva, sobrenatural, contraria á las inclinaciones de nuestra carne, ardua de entender, recia de practicar, con señales divinas tenía que ser confirmada, y con timbres tales se había de sellar, que no pudiera haber hombre que hiciese razonable resistencia á la pureza de su verdad, ántes creyesen todos que era Hijo de Dios el que la predicaba cuando con tan notorias prendas de divinidad la apoyaba y persuadía. A los milagros apelaba para convencer la terquedad de sus enemigos,[2] en los milagros ponía la única razón de su divina embajada,[3] por los milagros quería ser legalizado Mesías,[1] de los milagros se valía por lo común para limpiar las almas de culpas, operación exclusiva de Dios.

Los modernos incrédulos están engañando al mundo cuando enseñan que el Salvador pudo haberse pregonado por Dios sin serlo y sin por eso dejar de obrar con rectitud y sinceridad. La sinceridad, dicen, es negocio de clima; los pueblos orientales están poco acostumbrados á la verdad y á las delicadezas de la crítica; todo lo ven con los antojos de sus pasiones. Los autores que han forjado esta quimera son muchos,[2] en cuya opinión Cristo nunca se figuró ser Hijo de Dios, ni presumió apropiarse las prerogativas que los profetas habían cantado del Mesías, pero el entusiasmo de los discípulos le puso en el trance de allanarse á su creencia, y aprovechándose de su opinión se dejó adorar por Mesías prometido: con esta traza estableció su divinidad. Los racionalistas, si prestamos atención á sus voces, todo lo han hollado, todo lo han corrido, hasta lo más hondo, hasta contar las arenillas de los mares, y cuando les pedimos cuenta de sus correrías, hallamos que no han sacado los pies de su casa para venir á enterarse de lo que en la nuestra acontece: merecida se tienen la urraca por blasón de sus armas. Contra la impiedad de sus dislates conviene demostrarles, que Cristo Jesús tuvo conciencia de su divinidad, y trató de persuadirla á los judíos, afirmándola con entereza y rectitud.

Andaban los judíos deseosos de oir de su boca que era el Mesías, para de ahí tomar ocasión de calumniarle. *¿Hasta cuándo nos has de traer perplejos? Si eres el Mesías, dínoslo claramente. Responde Jesús: hablo y no me creéis; hablen mis obras por mí.*[3] En otra ocasión le preguntaron lo mismo: *Si eres el Mesías, dínoslo.* Y nota San Mateo[4] que el Sumo Sacerdote preguntábaselo en nombre de Dios. Responde Cristo: *si os lo digo, no me creeréis.* Y prosiguiendo la plática vino á decírselo tan claramente, que rompieron en exclamaciones: *¿Luego tú eres el Hijo de Dios?*[5]

---

[1] P. Didon, *Jésus-Christ*, livre II.
[2] Jo., X.
[3] Jo., XV.

[1] Matth. XI.
[2] Renan, *Vie de Jésus*, p. 91.—Schenkel, *Charakterbild Jesu*, p. 56,80.—Colani, *Jésus-Christ et les croyances messianiques de son temps*, p. 55.—Schleiermacher, *Leben Jesu*, p. 382.—Baur, *Voslerungen über neutestamentliche Theologie*
[3] Jo., X, 23. - [4] XXVI, 36.
[5] Luc., XXII, 70.

Otorgólo Cristo, satisfaciendo llanamente: *Vosotros decís que lo soy, ó vosotros así lo decís,* [1] *ó sí lo soy.* [2] Confiesa Cristo que es el Mesías; y con no decirlo con entera claridad, los judíos lo entendieron perfectamente, bien que no podían delatarle al tribunal según ley. Como hubiese respondido que era Hijo de Dios, luego comienzan á dar voces diciendo: *qué falta hacen testigos; hémosle oido la confesión de su boca.* [3] Y van y ponen acusación ante el presidente Pilato, alegando que *se decía Mesías rey.* [4]

En este lugar, cuando Caifás toma cuenta al Salvador de su filiación no ignora lo sabido de todos, que Jesús llamaba á Dios Padre, singular y especialmente propio, igual y consubstancial suyo, [5] y cuando á Pilato le dicen luego los acusadores que merecía la muerte por haberse hecho Hijo de Dios, claro está que no lo entienden de una apelación común y vulgar, sino de una filiación natural y propia, y tan claramente lo entienden, que al reponerles él que sí era lo que Caifás y Pilato decían, no les bastan meneos y gestos, ni gritos ni cólera, para baldonarle por blasfemo, porque blasfemia era arrogarse la divinidad [6] y caso de pena capital. Weiss, Schegg y Wünsch andan ciegos en sostener lo contrario. [7]

Antes que le forzaran á pasar por la tela de este juicio, no les había asegurado el Salvador que fuese el Mesías, ni que fuese Rey; pero ellos, rectamente discurriendo, de haberle oido con tanta formalidad que era *Hijo de Dios*, sacaban como buenos lógicos estas dos consecuencias. Examínale después Pilato sobre el título de *Rey*, y le pregunta: *Eres tú Rey de los judíos?*. [8] Respóndele Cristo que sí, pero que no era rey al estilo de los reyes de este mundo: con cuya declaración dase Pilato por satisfecho, y le declara inocente. Los judíos querellándose que se había hecho Hijo de Dios concluían que se intitulaba Rey, y por entrambos capítulos le reputaban digno de muerte según sus leyes [1] y según las leyes romanas. De todo lo cual se infiere, que el Salvador mostró muchas veces ser Hijo de Dios, y lo probó con obras, y lo declaró con palabras, y el haberlo puesto tan evidente de palabra y de obra fué el capítulo general de toda la trama y proceso de sus enemigos.

Si pues cuando cargaban la acusación sobre que *se hacía Hijo de Dios* [2] lo entendían de filiación natural, y como nota el Evangelista [3] *los judíos intentaban dar á Cristo la muerte, porque no sólo violaba el sábado, pero llamaba Padre suyo á Dios, haciéndose igual con él,* [4] resulta vana y alevosa la interpretación de Schleiermacher, al propalar que Cristo se llamaba Hijo de Dios, en cuanto reflejaba mejor que otro hombre alguno las perfecciones divinas y servía á Dios con más fidelidad. Esa unión moral de Cristo con Dios no verifica los textos alegados, y pugna abiertamente con otros lugares esclarecidos: [5] la unión de Cristo con Dios era personal y substancial y no moral solamente.

No replique el incrédulo, que se hacía Dios en la estimación de los judíos, y no conforme á verdad. Porque la opinión de los judíos se conformaba con la verdad; de lo contrario los evangelistas habrían notado el sentido metafórico, como suelen hacerlo cuando hay lugar á ambigüedad, y en cosa que tanto importaba no podían menos de avisarnos abriendo el sentido verdadero de las palabras, y aquí, lejos de hacer reparar su mente, expresan en términos claros lo que Cristo quiso decir, pues no son palabras de los judíos, sino suyas propias, las que añade el evangelista, [6] como lo advirtió San Ambrosio. [7] Y también es de notar con qué disimulo trataba con los fariseos, y les deshacía las tretas, sin dejar satisfecha su maliciosa curiosidad. En público siempre obró con ellos así. En secreto con gente sencilla y bien dispuesta, descubría todo su pecho llamándose á boca llena Hijo de Dios, como vemos lo hizo con el ciego de nacimiento, [8] y con la Samaritana, [9] mereciendo demostraciones de adoración y vasallaje.

---

1 Matt., XXVI, 64.
2 Marc., XIV, 62.
3 Luc., XXII, 71.
4 Luc., XXIII, 2.
5 Jo., V, 18.—X, 33.
6 Deut. XVIII, 20.
7 Enmiéndales la plana Graetz, enemigo capital de Jesucristo, diciendo llanamente: «Le Sanhédrin a précisement condamné Jésus, parce qu'il s'etait appliqué cette sublimation jusqu'à se déclarer fils de Dieu, ce qui, pour le tribunal, était un blasphéme.»—*Révue des etudes juives*, t. XX, p. 14.
8 Jo., XVIII, 33.—37.

---

1 Jo., XIX, 7. 2 Jo., XIX, 7. 3 Jo., V, 18.
4 Patrem suum dicebat Deum, æqualem se faciens Deo.
5 Matth., II, 17, III, 19; XVII, 5.—Marc., IX, 7.—Luc., IX, 35.—Matth., XIV, 33.
6 Jo., V, 18.
7 *De Fide*, lib. II, cap. 1.
8 Jo., IX, 37.
9 Jo., IV, 26-42.

Añádase á esto el decir el Evangelista, *que trazaban los judíos darle la muerte*. Puesto caso que estuviese vedado en la ley, pena de la vida, llamarse un hombre *profeta*, [1] ¡cuanto más verdadero Dios!, no lo estaba el intitularse Hijo de Dios en significación de santo y justo; con que si los judíos condenaron á Cristo por reo de lesa majestad divina, fué porque *con ser tan carnales y rudos entendieron que se apellidaba Hijo de Dios en otro sentido, á saber, verdadero, legítimo, natural, y no por beneficio de adopción*, como interpreta Maldonado. [2] De manera que el pasar Cristo por el cargo hecho ante el presidente Pilato, y el admitirle aprobando, y el querer morir en esta demanda, fué argumento claro que se miraba como Dios en realidad de verdad, pues el verdadero Hijo de Dios es forzosamente Dios, así como el verdadero hijo del hombre es verdadero hombre, según toda buena filosofía.

Al llamarse Cristo con preferencia *Hijo del hombre*, y no *hombre* desnudamente, significó su proverbial pobreza y abatimiento, según la índole del lenguaje semítico, que usa del régimen para reduplicar la significación del substantivo regente; así *Hijo del Hombre* (*filius hominis*), viene á sonar hombre miserable y sumamente abatido. [3] Mas esta genuina significación no debe ser obstáculo para contemplar á Jesús, *Hijo del hombre*, como Daniel le había en lontananza contemplado, [4] antes da licencia para que veamos en él, no al representante del pueblo israelítico, sino al medianero y cabeza de toda la humanidad, en quien á título de segundo Adán se juntaba la flaqueza y fortaleza, la enfermedad y la salud, la caida y la reparación, el pecado y la santidad, el cautivo y el redentor, el hombre y Dios, en una palabra. El *Hijo del hombre* es señor del sábado, [5] salva lo perdido, [6] juzga á todos los hombres, [7] y merece el nombre de Jesús, que encierra la junta de todos bienes, terrenos y celestiales. Y como lo dice mejor nuestro León, *ordenó Dios el misterio de la Encarnación para que en el mismo que era la traza y el artífice de todo, según que es Verbo de Dios, fuese según que es hombre hecho una persona con Dios, el reparo y la medicina, y la restitución, y la salud de todas las cosas... De manera que en Jesucristo, como en fuente, ó como océano inmenso, está atesorado todo el sér, y todo el buen sér, toda la substancia del mundo; y porque se daña de suyo y para cuando se daña, todo el remedio, y todo el Jesús de esa misma substancia, toda la vida, y todo lo que puede conservar, eternamente la vida sana y en pie.* [1]

A declarar la sobredicha sentencia concurre lo que á lo anterior se sigue. El Señor, en vez de enmendar la opinión de los judíos, la confirma y aclara diciendo: *De verdad os digo, no puede el Hijo hacer por sí, sino lo que viere hacer á su Padre.* [2] Como si dijera: Soy yo tan coesencial y consubstancial con mi Padre, que también soy distinto de Él; y pues uno es el que ve, y otro el que es visto, así Yo hago todo cuanto hace el Padre, y tengo una voluntad y un querer con Él, y miro lo que hace Él para hacerlo también Yo, no sin la autoridad y consentimiento de mi Padre. Y arrojando de golpe toda la luz de la verdad y espantándolos con la entereza de su aseveración, dijo en fin: *Yo y el Padre somos uno.* [3] En la brevedad de esta sentencia entendieron muy á las claras que se hacía igual al Padre y verdadero Dios con Él; y como no pudiesen tolerar que tomase nombre de verdadero Dios, armaron las manos de piedras para arrojárselas. [4] Pregúntales el Señor, que por qué causa querían apedrearle; y ellos se lo estrellaron sin reparar, respondiendo que por la blasfemia que decía estimándose Hijo de Dios. [5] Y no había dicho eso, sino solo aquello: *el Padre y Yo somos uno*; lo cual entendieron ellos como si hubiera dicho: Yo soy Hijo de Dios.

Abre aquí la boca Strauss y vomita una horrible blasfemia; tacha de insensatas estas palabras, de más insensatas que las de aquel déspota que blasonando decía: *el Estado soy yo.* Caso de locura rematada. [6] En verdad, escándalo para los judíos, locura para los gentiles, ha sido siempre la divinidad de Cristo. [7] Peor que todos ellos es Strauss. Si los Celsos, Por-

[1] Deut., XIII, 5. [2] In Jo., V, 18.
[3] San Jerónimo, *In Prov.*, cap. XXV. — Ruperto, In cap. III, Jo.—Raynaud, *De attributis Christi*, t. II, sect. I, cap. II. [4] Dan., VII, 13, 14.—IX, 24, 25.
[5] Marc., II, 28. [6] Matth., IX, 6.—Marc., II, 10.
[7] Matth., XVI, 14.

[1] *Nombres de Cristo*; Jesús. [2] Jo., V, 19.
[3] Ego et Pater unum sumus.—Jo., X, 30.
[4] Jo., V, 31.
[5] Vos dicitis, blasphemas quia dixi Filius Dei sum.—Jo., X, 36. [6] *Vie de Jesus*, 1, p. 202.
[7] I Cor., I, 14, 23.

firios, Hierocles volvieran á este mundo, se escandalizarían y se harían cruces de ver el frenesí que trae dementados á estos nuevos detractores de la vida de Jesús.

Con más disimulo procede el racionalista Castelar. *Indignados los judíos*, dice, *cogieron piedras para arrojárselas, y Jesús les dijo que habiendo hecho tantas obras buenas, en nombre de su Padre celestial, ¿por qué lo apedreaban? Y ellos le respondieron que no le apedreaban por sus obras sino por sus palabras, porque siendo hombre mortal se llamaba á sí mismo Dios. Y Jesús extrañado de estas reconvenciones respondió con una pregunta en verdad sencillísima: ¿Pues no dicen los Salmos que somos igualmente todos hijos de Dios?* [1]—R. Ni la respuesta del Salvador es tan sencilla como á Castelar le parece, ni se redujo á las palabras[1] que Castelar inventa. La indignación de los judíos provino de haberles dicho el Señor: *El Padre y yo somos una misma cosa*, con que asentaba la comunidad que tenía de entendimiento, de voluntad y poder con el Padre. A la instancia con que culparon á Cristo de blasfemo por haber afirmado su filiación divina, replicó el Salvador, *no extrañado de estas reconvenciones*, como dice Castelar, sino acabándolos de abrumar con esta ineludible conclusión: *¿No está por ventura escrito en la Ley: Yo dije, dioses sois? Si pues la Escritura, que no puede fallar, llama dioses á los que recibieron la palabra de Dios, el que el Padre santificó y envió al mundo ¿cómo decís vosotros que blasfema por haber dicho: yo soy Hijo de Dios?* [2] Palabras muy diferentes de las citadas por Castelar, y de más alta significación que las que él taimadamente insinúa. En lugar de responder Cristo á sus adversarios que no había blasonado de Hijo de Dios, y con esto al punto les habría aplacado el enojo, toma la mano y muy de asiento se pone á demostrarles con una razón perentoria, que no se denominaba como quiera Hijo de Dios, sino que en hecho de verdad lo

[1] *La revolución religiosa*, t. I, Prólogo.

[2] Respondit eis Jesus: Nonne scriptum est in lege vestra, quia Ego dixi, dii estis? Si illos dixit deos, ad quos sermo Dei factus est, et non potest solvi Scriptura, quem Pater sanctificavit et misit in mundum, vos dicitis quia blasphemas, quia dixi Filius Dei sum? Si non facio opera Patris mei, nolite credere mihi; si autem facio, et si mihi non vultis credere, operibus credite, ut cognoscatis et credatis quia Pater in me est, et ego in Patre.—Jo. X, 34—38.

era. [1] Con tan admirable respuesta, por una parte, aleja el Salvador de sí la nota de blasfemo, y por otra deja sin efugio á sus ciegos enemigos. Y remachando la argumentación añade una prueba concluyente que acaba de asentar lo propuesto, por estas palabras; como si dijera: *Si no hago yo obras dignas de mi Padre, no me creáis, tened por sueño ó fábula cuanto os persuado de mi divinidad; pero si como os es notorio las hago, pues con potestad soberana propia mía, sin implorar la ajena, obro milagros dando salud á los enfermos y vida á los difuntos, que son acciones propiamente de Dios, cuando á mí no me queráis creer, dad por lo menos crédito á mis obras, para que por ellas vengáis en conocimiento de que mi Padre está conmigo y yo en mi Padre, y que ambos somos una misma cosa, una divinidad y un poder*. Con el argumento de las acciones milagrosas afianza y pone el último punto á la demostración de su divinidad. Bajaron la cabeza los judíos, y mohinos y cabizbajos pusieron freno á la lengua devorando en secreto la amargura de la reconvención. Pasó al otro lado del Jordán, y muchos acudían á Jesús y decían: *Juan Bautista no hizo milagro alguno, y todo lo que nos dijo de Jesus sale verdad. Y muchos creyeron en él.* [2] ¿Por qué creyeron sino porque el raciocinio del Salvador los ataba de manos y pies? Los milagros son locuciones de Dios, firmas de su poder, sellos de su sabiduría, rúbricas de su bondad; la sentencia refrendada con la validez del milagro no puede ser sospechosa. Luego plenamente demostró Cristo su divinidad en el antedicho discurso. Deje el Renan español de echar vendas á los ojos de sus

[1] Fue decirles en otras palabras, segun la interpretación del P. Valverde, *Vida de Jesucristo*, cap. XLVII. «¿No está escrito en vuestra ley, en nombre de David aunque es del Espíritu Santo la sentencia: yo digo, vosotros sois dioses? Si la Escritura llamó de Dios á los que solo merecieron que les hablase Dios, y comunicándoles un rayo de su divinidad y poder los constituyó vicarios y dioses en el mundo, sin que esto pueda carecer de efecto ó de verdad; aquel á quien el Padre santificó singularmente, comunicándole sin limitación su misma divinidad, y así lo envió al mundo para que le santificase con su presencia, ejemplos y doctrina, ¿será blasfemia que se llame Hijo de Dios? Esta singularidad con que soy el Hijo de Dios nacido de su substancia, es la que deseasteis saber de mí cuando me requerísteis si soy vuestro Mesías, pues quien lo fuere ha de ser Hijo de Dios con esta incomparable prelación á los demás dioses por gracia: ¿por qué pues os abrasáis de que sin enigmas os predique que soy el Hijo natural de Dios?»

[2] Et abiit iterum trans Jordanem.—Et multi venerunt ad eum, et dicebant: quia Joannes quidem signum fecit nullum. Omnia autem quæcumque dixit Joannes de hoc, vera sunt. Et multi crediderunt in eum.—Ib. 40-42.

lectores y de amenguar la fuerza del argumento. Cuando en todo su *Prólogo*, lejos de mencionar los milagros evangélicos, se ocupa en parar celadas á los incautos para que no reconozcan la divinidad de Jesucristo, toma asiento en el banco de los enemigos de Dios.

Por el hilo de esta disputa se viene á concluir que Cristo, no tan sólo afirmó solemnemente la verdad de su divina filiación, pero también se puso á pruebas y la hizo palpable á la arrogancia de los fariseos que repugnaban admitirla. Viejísima es la invención de los modernos enemigos de Cristo, siquiera sea nueva é inaudita la desvergüenza con que la proponen. Ya en el siglo XVI el Cardenal Belarmino redargüía con el vigor de su argumentación á los ministros transilvanos Francisco David y Jorge Blandrato, quienes representando como nuevas las blasfemias de Sabelio, Noeto, Cerinto y otros herejes de los primeros siglos, se arrojaban á estampar que Cristo no había afirmado claramente su divinidad. [1] Los antiguos apologistas, lo sabemos por San Cirilo, [2] hacían burla de los arrianos, porque no atinaban con la fuerza de los argumentos de Cristo que los fariseos habían tan de lleno penetrado. *No dejó el Señor*, exclama San Hilario, *incierta y dudosa una enseñanza tan fundamental, no nos abandonó á la confusión de sentido ambiguo, no nos emboscó en sendas extraviadas el que es camino, ni nos echó dado falso el que es verdad, ni nos dejó en manos del mortal error el que es vida. Sus palabras descubren á cada paso la conciencia que tiene de su naturaleza y de su poder* (haec vox conscia potestatis est). *Las obras que hace propias son de Dios, pisar las ondas, mandar á vientos, ahuyentar demonios, expeler enfermedades, corregir vicios de nacimiento, perdonar pecados, dar á muertos vida; y en medio de estas cosas, protestar que es Hijo de Dios* (Dei se filium inter ista profitentem). *Alterar estas obras, es de anticristo; negarlas, de judío; ignorarlas, de gentil. No tienen excusa los incrédulos, porque la afirmación de Cristo carece de obscuridad* [3]

No es cordura objetar que muchos aspiraron á los honores de la divinidad, que muchos presumieron ser adorados por dioses, que muchos erigieron templos y estatuas á sus propias personas, Augusto, Tiberio, Calígula, Domiciano, Heráclito, Menécrates, Alejandro, Sapor, Nabucodonosor, Simón Mago, sin mencionar los Mercurios, Apolos, Saturnos y la caterva de deidades paganas que pusieron en planta embustes, violencias, ardides, ingenios, á trueque de lograr adoración y culto. Pero sin embargo de tan atrevida disolución, ninguno de estos mortales aspiró al señorío universal, ni á la divinidad única y exclusiva; ninguno solicitó la gloria de único y verdadero Dios. A ninguno le nacieron alas para volar tan alto. A solo Cristo estaba reservada esta nunca oida pretensión; solo Cristo justificó su derecho gloriándose de ser Dios, con exclusión de todos los demás dioses; solo Cristo quiso ser adorado en espíritu y verdad, y que su culto y adoración se igualase á la perpetuidad de los siglos.

Tampoco es justo sacar á vistas del público las maravillas de los que fundaron sistemas religiosos: comparadas con las de Cristo Salvador, no tienen proporción ni cosa que ver. Las maravillas paganas, equívocas y poco notables, no descubren de necesidad la prerogativa de un divino poder; las de Cristo, grandiosas y determinadas en lugar y tiempo, requieren la asistencia inmediata de Dios: las paganas, legendarias las más, pueden ser atribuídas á impostura, ilusión, magia, no á intervención divina; las de Cristo, llenas de conveniencia histórica, no hallan cabal explicación sino en la acción directa de la divinidad: las paganas, exorbitantes ó ridículas, ni se encaminan á confirmar, ni en efecto confirman, la religión gentílica; las de Cristo, graves y provechosas, se ordenan á demostrar, y demuestran con efecto, la verdad de la religión evangélica: en una palabra, las paganas no llevaban por intento asegurar la deidad de los presuntos milagreros; las de Cristo exigían, clamaban á voces y tenían por blasón la divinidad del que las ejecutaba.

Castigo de Dios fué que los judíos, que habían fantaseado un Mesías terreno al talle de sus rastreras aprensiones, hallasen la pena de sus extravíos en su soñada pretensión. Por un Mesías legítimo que no quisieron recibir, se rindieron desatentados á un sinnúmero de Mesías fantásticos y mentirosos. El primero fué Judas, caudillo de la secta de los zelantes, que se rebeló contra los romanos y contra la

---

[1] *De Christo*, lib. I, cap. V.
[2] *Thesaur.*, lib. XII.
[3] *De Trinitate*, lib. VII, cap. XXXIII.

sinagoga. Siguióle Simón mago, que apellidándose hijo de Dios (año 36), formó bando, y hubo de huir de Pilato, que le seguía de cerca los pasos. Teodas (año 44) fué otro impostor; redujo innumerable pueblo, y le prometió pasar el Jordán á pie enjuto, pero pagó con la cabeza su audacia. También Elimas llamóse *Jesús hijo*; á la sombra de este nombre pensó hacer milagros, y la oración de San Pablo le tornó ciego (año 47). Josué (año 55) juntó treinta mil judíos para mostrarles un gran portento; los romanos los derrotaron, y el profeta se salvó por los pies. Todo esto cuenta Josefo, y añade que antes de la toma de Jerusalén fueron muchos los falsos cristos que sedujeron á los judíos ciegos y rebeldes, [1] siendo la causa principal de su rebeldía la expectativa del soñado Mesías, como el propio Josefo apunta. [2] Jonatás, tejedor, fué uno de ellos; levantóse en Cirene, llevó tras sí al desierto á dos mil judíos con el cebo de los milagros, pero purgó en la hoguera sus embelecos. Todos estos anticristos pertenecen al primer siglo.

En el segundo fueron afamados Andrés, Lukuas, Barcocebas, que en diferentes años atroparon gente engañándola con la esperanza de milagros y dándose por Reyes-Mesías; la verdad fué que murieron ellos y sus seguidores á manos de los imperiales. En el siglo tercero vino al mundo con pretensión de redentor Judas Hakkadosch, de quien dicen los talmudistas que tenía con Dios altas comunicaciones. En el cuarto entró en escena Moisés Cretense, con intento de llevar otra vez á los israelitas á la tierra de promisión; fueron innumerables en su seguimiento, y por su mandato se arrojaron á la mar. En el siglo quinto otro rabino se intituló *Sol*, y persuadió á muchos fanáticos que la antigua columna de fuego le aparecía con frecuencia; taló campos, saqueó iglesias de cristianos, hasta que Cobad acabó con su necio fanatismo. En el siglo sexto, Dunaan propalaba ser hijo de Moisés; al frente de ciento veinte mil hombres pasó á cuchillo todos los cristianos que pudo apresar. En el siglo séptimo, un tal Juliano fué nombrado Rey Mesías por samaritanos y judíos, y en el octavo hubo también dos pretensos Salvadores, uno en Siria y otro en España.

Hasta el siglo XII no vuelven á presentarse Redentores. En este siglo se dieron por tales diez judíos en Persia, España, Francia, Marruecos; en el siglo XIII Italia, Francia y España abundaron en nuevos profetas, uno de ellos tenía trazado convertir al Papa; en el siglo XIV tratóse como Mesías un rabino siciliano, y con libros cabalísticos embaucó mucha gente; en el siglo XV otro rabino predicaba la venida del Mesías y exhortaba á penitencia; en el XVI David, Moisés, Salomón, Malcu, Jodok, Isaac Luria quisieron granjear fama de Mesías redentores, vendían milagros y traían embelesada la atención de muchos discípulos; en el XVII no faltaron tampoco Mesías que por Egipto, la India, Bélgica, Suecia, Esmirna, Alemania, Italia, alterasen los ánimos con increible séquito y apariencia de prodigios; en el XVIII estuvieron en boga Baal-schem y Jacob Frank, estimados por Mesías, y célebres por las visiones, escenas y cosas estupendas que de ellos se narraban; el uno corrió por Polonia, el otro por la Crimea, ámbos llenaron el mundo de sí.

Ello es que con tantos cristos de burlas queda cumplida muy de veras la profecía de nuestro divino Salvador. *Se levantarán falsos cristos y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de suerte que caigan en el lazo, á ser posible, los escogidos. Os lo denuncio con tiempo. Si os dijeren, está en el desierto, no salgáis; está en la casa, no lo creáis.* [1] A la letra se ha verificado esta solemne predicción, y demuestra ser Cristo el verdadero Mesías, pues sus obras dicen puntualmente con sus palabras; al revés de los pseudo-Mesías arriba citados, como puede verse leyendo las obras de Sepp, [2] de Chassay, [3] de Eisenmenger, [4] de Baer, [5] de Corrodi [6] y de Juan de Lent. [7] Estos falsos cristos ni se atribuyeron la divina filiación, ni la confirmaron con milagros, cuanto menos con obras santas; por esto sus nombres cayeron en mortal olvido y sólo quedan estam-

1 *Antiquit.*, lib. XVIII, cap. XII; lib. XX, cap. VI. —*De bello judaico*, lib. VII, cap. XXXI.
2 *De bello jud.*, lib. VII, cap. XII.

1 Matth., XXIV, 24.
2 *Die jüdischen Christus oder die Pseudomessiasse* 1846.
3 *Jésus vainqueur de la mort*, apendice 2.e
4 *Le Judaisme dévoilé*. t. II.
5 *Hist. des sectes relig. des Juifs*. t. II.
6 *Hist. du Chiliasme*, t. I.
7 *De Judæorum Pseudomessiis*, 1797.

pados en la historia de los desengaños.

Pues aunque á veces se hayan visto hombres ambiciosos que con sus pensamientos soberbios intentasen pisar las estrellas, ninguna consonancia tenían con sus palabras las obras, y descubrían luego el bajo metal del que las hacía. Mas en Cristo las palabras y las obras abrieron camino á su incomparable grandeza y le sublimaron á la excelsitud de Hijo de Dios y Salvador de la humanidad. Las palabras alumbraban los entendimientos con su preciosa luz, para que reconociesen la dignidad de aquel hombre misterioso, y las obras señalaban con el dedo su divino origen y la mancomunidad de bienes que con el Padre tenía. Las palabras y las obras eran ramas de un mismo tronco, retoños de la misma raíz, demostraciones de la personalidad divina. Unas y otras descubrían el espíritu y sér de Cristo, y evidenciaban las íntimas cualidades de su divino corazón; las palabras mostraban su benevolencia, las obras su beneficencia; las unas completaban las otras y daban noticia plena de su soberano sér.

Es muy digno de considerar cómo crecía el resplandor de los milagros al paso que se aproximaba el sacrificio de la cruz. El señorío del Salvador iba como por grados dando muestras de sí más esplendorosas, destellando con nueva claridad los rayos de su celestial persona. Los primeros milagros se limitan al orden de los elementos materiales, y se reducen á restaurar organismos estropeados; los últimos tocan y entran en los confines de la vida, con que aquéllos declaran al taumaturgo por gobernador de las cosas, éstos le patentizan criador y dominador de la vida y de la muerte. Pero merece toda nuestra admiración el estilo de los Evangelistas. Convencidos de la divinidad de Cristo no califican la grandeza del milagro según que se remonte más ó menos sobre el orden natural; por tan llana y hacedera estiman la conversión del agua en vino como la vuelta de muerte á vida, porque el molde en que tan diversas obras se fraguaban érales el poder de Dios. Así como la atracción universsal, en concepto de los físicos, siendo una produce variados y muy desemejables efectos, la virtud de los milagros era una en Cristo y causaba los efectos que á su soberana voluntad parecía, empero todos los encaminaba á dar público testimonio de su omnipotente virtud. Por esta causa no leemos en los Evangelios aquellas ponderativas pinturas ni los hiperbólicos relatos que llenan las historias de los héroes y exaltan la fantasía de los que las leen; al revés, los Evangelistas refieren sucesos grandiosísimos con tanta parsimonia y sencillez, cual si el hecho mismo bastase para poner en hermosa luz la excelencia del autor, y resumen como de paso las cosas más raras acontecidas en el mundo y las más dificultosas de creer, con palabras las más ingenuas y las menos ponderativas.

De aquí se toma la respuesta á una que parece dificultad. Decía Cristo: *quien creyere en mí, hará lo que hago yo, y áun se extenderá á cosas mayores.* [1] Y San Pedro con la sombra de su cuerpo sanaba dolencias, [2] cosa no vista en Jesús.—R. Si hemos de entender las dichas palabras en sentido material, evidente es que ninguno ha hecho ni hará maravillas superiores ni iguales á las de Cristo, porque no sólo dió vida á los muertos, sino que se resucitó á sí propio. San Agustín á la dificultad de los gentiles que hallaban inconvenientes en consentir que los milagros de Cristo probasen su divinidad, como no probaban la propia los de los antiguos taumaturgos, respondía gallardamente, concediendo que Moisés y otros profetas habían salido al cabo con sus empresas mediante grandes portentos, pero eso era, decía, *por haber sido veracísimos anunciadores de nuestro Señor Jesucristo, pregonándole no por igual, ni por superior como quiera, sino por Señor universal de todos, el cual tuvo á bien hacer cosas parecidas á las hechas por ellos, para que no se estimase absurdo el no hacer él lo que por él hicieran otros; mas con todo eso otras cosas hubo él de hacer que ellos no alcanzaron, como nacer de madre virgen, resucitar de entre los muertos, subirse á los cielos: y si esto no basta por firme probanza de su divinidad, no sé yo qué cosa baste.* [3]

Otro sentido puede atribuirse á las palabras propuestas, y es que los apóstoles y creyentes harían milagros mayores que muchos obrados por Cristo, pues hizo

---

[1] Qui credit in me, opera quæ ego facit, et ipse faciet et majora horum faciet.—Jo., XIV, 12.

[2] Act. V, 15.

[3] Sed tamen et aliquid proprium facere debuit: nasci de Virgine, a mortuis resurgere, in cœlum ascendere. Hoc qui Deo parum putat, quid plus exspectet ignoro.—Epist. ad Volusian. cap. III.

algunos de menor esfera que los hechos por los apóstoles. [1] Mas si los apóstoles y fieles se aventajaron en el modo y en la substancia de algunos prodigios, ninguno ejecutaron sin el favor y autoridad de Cristo, como se lo dijo San Pedro á los judíos dándoles razón de las maravillas que en sus ojos se obraban. [2] Ningún milagro hizo Cristo en nombre de Pedro, como agudamente notó San Agustín, [3] y Pedro en nombre de Cristo los hizo todos, para que diferenciásemos entre adorado y adorador, entre Señor y humilde siervo. *Luego nadie hizo lo que Cristo hizo; cuanto los otros hicieron, hízolo él, y cuanto hizo él, solo y sin compañía de ellos lo hizo.* [4]

Otro comentario añadió San Agustín á las palabras *majora horum faciet*, refiriéndolas no tanto á los milagros de los creyentes cuanto á las conversiones que ellos con su predicación habían de conseguir, las cuales fueron en mayor número que las obtenidas por Cristo. [5] Esta interpretación, tocada en la pág. 158, desvanece la propuesta dificultad; mas así como los hombres convertidos por los apóstoles y creyentes, lo fueron merced á la virtud de Cristo, también los milagros hechos por los apóstoles y creyentes se debieron á la gracia é influjo de Cristo, ó Cristo los realizó mediante la acción de los apóstoles y creyentes. [6]

Finalmente, los apóstoles y taumaturgos tuvieron el poder de milagros transeunte y por vía de acto, en Cristo fué habitual y permanente, y de él podía usar al arbitrio de su voluntad. Ni le fué necesaria la oración para salir con el milagro, ni esperar licencia de su Padre; si se la pedía, era cautela con que conciliar la atención del pueblo y mostrar la conformidad de su Persona con la de su Padre; significaba con este proceder á los presentes, que ninguna parte en aquellas obras tenía el favor de Belzebú, como lo notó el Cardenal Gotti. [1]

La inefable unión del Verbo con la humanidad era la raíz de tan alto poder, y le contenía en sí como propiedad consecutiva; y pues la voluntad humana en Cristo debía tener siempre el concurso divino pronto y aparejado para cuanto quisiese absolutamente, de ahí es que estuvo á su disposición la facultad de hacer los milagros que quiso. *Siendo Dios por naturaleza, mostraba virtud propia de Dios, y con ella obraba tantos milagros*, dice San Cirilo. [2] Porque *así como el Padre resucita muertos y los vivifica, así el Hijo da vida á los que quiere darla:* [3] con solo alzar la voz era obedecido del cielo, de la tierra, del infierno. [4]

Parece constar claramente de lo dicho, que los milagros de Cristo estaban dotados de verdad relativa, en cuanto iban encaminados á ostentar su divina filiación. Además confirmaban su celestial doctrina. Esta proposición no es evidente, pero es tan cierta que sería imprudencia y temeridad titubear. Los apóstoles no tuvieron evidencia de la verdad relativa de los milagros en este sentido, según lo enseñó por más probable el P. Valencia. *Porque dado que con el imperio de Cristo se acabasen aquellas maravillas, y las acabase él afirmando que las ejecutaba en confirmación de su doctrina; con todo eso, no era evidente á los apóstoles ni á los otros testigos de tales efectos, que Dios no concurriese á ellos para otro fin oculto, y sí precisamente al intento que Cristo decía.* [5]

Esto supuesto, el Salvador dió claras muestras de que efectuaba milagros con ánimo de verificar su enseñanza. Los discípulos del Bautista, que no eran imprudentes ni rudos, cuando fueron á preguntar á Cristo quién era, oyeron de sus labios esta gravísima respuesta: *Id, avisad á Juan lo que habéis visto y oido: los ciegos ven, los cojos andan, los sordos oyen, los muertos resucitan...* [6] Para entender toda la fuerza de esta pública declaración, con-

---

[1] El teólogo pictaviense Radulfo, autor del siglo XI, en una homilía consagrada á la memoria de los apóstoles Felipe y Santiago dice: Divina opera quæ Filius Dei operatur operati sunt etiam credentes in eum. ***Et majora***, inquit, ***facient***. Majus enim est sanare infirmos ob solam umbram, quod factum est per Petrum, quam propter tactum fimbriæ quod factum est per Christum. Majus est etiam solum mundum convertere ad fidem, quod factum est per discipulos, quam paucos judæorum, quod factum est per Christum. Majus etiam et mirabilius est quod homo mortuus suscitatur ab homine mortali et etiam a mortuo, quam quod suscitatur ab omnipotente Deo.—MIGNE, t. CLV, pag. 1367.

[2] Act. III, 16.

[3] Sermo 340 de diversis.

[4] Quidquid alius homo fecit, ipso faciente fecit; hæc autem ipse non illis facientibus fecit. — Tract. XCI in Jo. Véase pág. 128.

[5] Majora enim fecit prædicatus a credentibus, quam locutus audientibus.—In Jo. Tract. LXXII.

[6] BELARMINO, *Concio V de domin. secunda Adventus.*

[1] *Veritas religionis christianæ*, lib. I, tract. V, cap. XX, § II.

[2] Lib. II Thes. cap. XIV.

[3] Jo., V, 21.

[4] Luc., IV, 39.—Matth., VIII, 26.—Luc., IV, 35.—Matth., VIII, 2.

[5] *De fide*, disp. I, q. V, p. I.

[6] Matth., XI, 4.

viene volver los ojos atrás y reparar la embajada del Bautista, y la respuesta del Salvador, contenidas en las págs. 254 y 319. En suma, los discípulos del Bautista tenían á su maestro tanta afición, estima y acatamiento, que no le acababan de dar crédito cuando se confesaba indigno de desatar á Cristo la correa del zapato, y tomaban á humildad, y no á verdad, que se hiciera menor que Él, siendo en su opinión mayor y más aventajado; y al discurrir así venían á poner en duda la condición del Salvador, bien que estuviera en lo cierto Juan, que le había aclamado por Cordero de Dios. Así lo interpreta Maldonado, [1] siguiendo á los santos Hilario, Crisóstomo, Cirilo Alejandrino y á los principales expositores.

Habiendo el Bautista oído los milagros de Cristo pregonados por la fama, como reparase que sus discípulos no se fiaban del todo, ni tampoco tenían valor para conferenciar con Cristo de propia cuenta, mándales que le visiten en nombre suyo, ya que él no podía acompañarlos por estar á la sazón detenido en la cárcel y con la muerte cercana; y haciendo del que dudaba, aconséjales que vayan á tratar con él á boca, y le tomen el dicho y confesión acerca de su persona. Oida Cristo la pregunta *¿Tú quién eres?* da luego razón de sí: *Decid á Juan las cosas que habéis visto y oido.* Qué cosas hubiesen visto los mensajeros, dícelo San Lucas, [2] notificándonos que delante de ellos había Cristo curado muchos ciegos, enfermos y endemoniados. Qué cosas hubiesen oído, lo publicaba la fama, divulgando los grandísimos portentos obrados hasta entonces, entre los cuales se contaba la resurrección de un muerto. De forma que, pudiendo Cristo responder terminantemente que era el Mesías prometido, remitió la respuesta á las obras, más elocuentes que las palabras, como testimonios de mayor excepción, en prueba de que su Padre le había enviado á enseñar al mundo la doctrina del cielo. [3] *Por esto decía Cristo:* Yo tengo testimonio mayor que Juan, [4] *porque á éste no le abonaron los milagros, y Cristo contaba con tantos testigos cuantos fueron los milagros que obró.* [5] La respuesta de Cristo convence que sus milagros poseían tanta fuerza para persuadir, que cualquier hombre prudente había de cerrar de todo punto el discurso, y concluir que se hacían para dejar clarísima su enseñanza y fuera de controversia su celestial embajada.

Demás de esto, si Dios concurría á la operación de aquellas grandezas, en orden á otro fin, y no á conciliar autoridad á Cristo, á la suavidad de la divina providencia tocaba dar á los hombres indicios ciertos de esotro fin, para que en cosa de tanta importancia no pudiesen llamarse después á engaño dejándose llevar de tan resplandecientes visos de verdad. *¿Qué otra cosa podían ellos pensar, sino que semejantes maravillas se hacían en gracia de Aquel que totalmente las ejecutaba? ¿O cómo hubieran adivinado que se referían á otro intento, cuando ninguna señal se les ofrecía por donde rastrearle ó sospecharle?* [1] Y así deberemos concluir, ó que el blanco de aquellos milagros fué solamente la aprobación de la doctrina predicada por Cristo, ó que Dios anduvo escaso y disimulado en cosa tan grave, como era el conocer la divina voluntad acerca de la salvación de los hombres; y siendo injurioso á Dios tacharle de descuidado y corto, queda manifiesto que las obras de Cristo, al mismo tiempo que autorizaban su divina filiación, se enderezaban á confirmar la verdad de sus enseñanzas. Los que recibieron la fe á vista de tan calificadas maravillas, obraron prudentísimamente, al abrazar con toda certeza la doctrina que Cristo enseñaba y al admitirla por revelada y traida del cielo. El dilema que San Agustín discurrió cuando consideraba los milagros evangélicos, es dignísimo de su levantado ingenio. O los milagros confirmaron la verdad religiosa, ó no la confirmaron; si la confirmaron, es divina y digna de ser profesada; si no la confirmaron, más divina es y más digna de ser profesada, por motivo de que mayor milagro es haber sido abrazada sin milagros que con ellos, [2] como en otro lugar se dirá más por extenso.

De este discurso colijamos no ser dable poner distancia entre doctrina y milagros. Ambos capítulos forman la obra evangélica, ambos concurren á dar feliz

[1] *Comment. in Matth.*, XI, 3. [2] VII, 21.
[3] Jo., V, 33, 36.—X, 37, 38. [4] Jo., V, 36.
[5] P. Fr. Nicolás Zegero, *Scholion in Evang.*—Jo., cap. VI.

[1] P. Valencia, *De Fide*, disp. I, q. I, p. IV.
[2] *De Civit. Dei*, lib. XXII, cap. V.

remate al plan divino. Los milagros autorizan la enseñanza, la enseñanza halla pie y fundamento en los milagros, como va dicho en la pág. 308. Destrabar estas dos partes del edificio, y considerar los discursos de Cristo como cosa ajena de sus milagros, es dejar vacías las zanjas del Evangelio. Solamente al moderno racionalismo se le podía antojar la quimera de establecer separación entre maestro y taumaturgo. Hacer reverencia á los discursos y desacatar los milagros no estimándolos divinos, es conjurarse contra la autoridad del sapientísimo Doctor.

No será, según lo dicho, difícil responder á la cien veces refutada objeción de los libres pensadores. *¡Cómo!* exclama Laurent con simulada turbación. *La persona de Cristo es, al decir de los cristianos, la esencia del cristianismo, y Jesucristo no dice una palabra sobre su naturaleza divina! Hay que confesar que es una singular manera de predicar una religión nueva, guardar silencio sobre el punto esencial de esa religión.* [1]—R. Cuando el Sr. Salmerón vertía estas cláusulas, debió de temblarle el pulso, si no se le llenó la boca de maliciosa risa, viendo cuánta doblez encierran. Porque el Evangelio demuestra, como está visto, que Jesús se tenía á sí mismo por Dios y por Hijo de Dios con toda propiedad. Resumamos los argumentos. Arroja á los profanadores del templo, y le llama *casa de mi Padre, casa mía;* [2] enseña con autoridad dictando leyes nuevas de moral; [3] se declara sabiduría eterna; [4] intitula á Dios su propio Padre; [5] se cree consubstancial á su Padre; [6] perdona pecados, blasón de solo Dios; [7] los discípulos entienden su divinidad, como los judíos.[8] Estas razones ó carecen de sentido, ó evidencian la divinidad de Jesús, y pulverizan la mal disfrazada argumentación de los libres pensadores. En breves términos concluye el P. Fray Juan Fernandez (O. F.) esta cuestión. Los milagros de Cristo fueron testimonios de su divinidad, *lo uno por la substancia de las obras que sobrepujan la facultad de toda virtud criada, como fué resucitar muertos, alumbrar los ojos de los que desde su natividad fueron ciegos; lo otro, por el modo con que los hizo, que fué con imperio y potestad y sola palabra, no orando como otros; lo tercero, por su doctrina, con que predicaba y testificaba ser verdadero Dios, que si no fuera verdadera, nunca pudiera confirmarla con milagros verdaderos, porque Dios no puede ni sabe dar ayuda á la mentira, ni puede ser testigo falso.* [1]

ARTÍCULO II.

Repugna que Dios confirmase con milagros verdaderos la falsedad en lo que Cristo predicaba.—Por qué causa los judíos no dieron crédito á Cristo en sus milagros.—Diferencia entre la gente plebeya y la gente principal.—Qué juicio formaron los demonios de la divinidad de Cristo.

Los judíos, al ver verificados en Cristo los vaticinios de los profetas, cuyos testimonios tenían por verdaderos y divinos, no pudiendo cerrar los ojos á la evidencia de aquellos incomparables extremos efectuados, debían inferir por recto discurso que el que los ponía en ejecución, recibía del sumo Dios aquella excelentísima virtud; de aquí pasando más adelante, podían y debían pensar que (como no sea Dios capaz de mentir ni de autorizar la mentira, y autorizando y rubricando con el sello de tan relevantes obras lo que Cristo predicaba, y predicando Cristo que era él el Mesías prometido, y dando en prenda de su dicho fehacientes demostraciones) no había manera de rehusar un tan abonado testigo, ni de desenvolverse contra sus pruebas, ni de poner dolencia en la verdad de su palabra.

La única instancia que podría enervar la fuerza de esta conclusión, sería decir que Dios pudiera en algún caso conceder á un hombre el dón de milagros, permitiéndole aplicar abusivamente esa gracia á la confirmación de una falsedad, á la manera que ha concedido á veces gracias *gratis datas*, y la humana malicia las torció y convirtió en deshonra de Dios, usando de ellas mal, sin que por eso debamos creer que Dios autorizó el desorden ni el abuso. Porque quien se jacta de que los milagros recomiendan una doctrina no es Dios, sino el hombre; y éste ¿quién duda que aconsejado de su malicia podría prometer de sí, contándolo á gran

---

[1] *Hist. de la humanidad*, 1884, t. I, lib. II, cap. I, pag. 840.
[2] Jo., II, 16.—Matth., XXI, 13.
[3] Matth., VII, 21.—XXIV, 35.—Jo., VIII,51.
[4] Matth., XXIII, 34.—Luc., XI, 49.
[5] Jo., XV, 18.—Marc., XII, 6.
[6] Jo., X, 38.—Matth., XI, 27.
[7] Luc., VII, 44.
[8] Jo., XIV, I.—Matth., X, 37.—Luc., X, 19.—Jo., X, 33.—Marc., XIV, 62.—Philipp., II, 6.—I Petr. II, 3

[1] *Demostraciones católicas*, 1593, lib. III, Disc. V, § 3.

valentía, que la proeza en que va á poner las manos, se encamina á efecto de corroborrar su intento, un error, sin que deba Dios suspender ni impedir la potestad que al hombre dió, y sin que pueda ponerse á cuenta de Dios la responsabilidad de aquel embuste?

A este reparo queda en general respondido en el libro primero [1], que á la divina providencia pertenece desarrebozar la pomposa arrogancia del impostor, y no permitir que en nombre de la divinidad sea propuesta una doctrina falsa, de suerte que á vista del divino testimonio se vean los hombres como por fuerza constreñidos á creerla enseñada de boca de Dios sin duda ninguna, porque eso sería hacer Dios ostentación de su poder con mengua de su propia autoridad, que es la que le hace digno de toda fe y rendimiento. Si los hombres pudieran sospechar que, puestos milagros patentes en confirmación de una doctrina, quedase aún resquicio por donde la falsedad se filtrase, ¿qué resguardo les sería bastante para abrazar sin sospecha la autoridad de Dios? ¿qué concepto les merecería su veracidad y sapiencia? ¿sería posible la fe? No es decoroso que Dios ayude al hombre, por la pendiente de los milagros, á despeñarse en doctrinas falsas con achaque de llevar el sello de la divina revelación.

En el caso de que un simple mortal caiga en la presunción de pretender igualdad con Dios, y reviente por parecer el Mesías, si no hace ostentación de milagros verdaderos, despídase de privilegios y aclamaciones; podrá, á lo sumo, preciarse de falsos y aparentes prodigios en favor de su perversa enseñanza, ni sería esto contra el orden de la adorable providencia. En tal caso nunca faltarán á los hombres auxilios con que separar la paja del grano, y quitar la máscara al fraudulento embaucador: las circunstancias, la persona, vida y costumbres del pretenso taumaturgo, las cualidades de la doctrina, sus consecuencias inmediatas, el modo y el fin del suceso, la discreción y el estudio de las Escrituras, son señales y divisas que suministran luz bastante para prevenir daños y hacer cautos á los hombres y que cierren los oídos á doctrinas de tan sospechosa procedencia. Siempre quedará, consideradas atentamente las cosas, camino abierto para definir con qué espíritu se llevó á efecto aquel hecho que parecía encaminado á confirmar la filiación divina; y aunque el taumaturgo lleve de continuo en la boca el nombre de Dios, á Dios toca ilustrar á los oyentes y descubrirles la impostura y el abuso que de sus gracias se hace. El error no puede prevalecer con descrédito de la divina autoridad. [1]

Porfían los adversarios. ¿Cómo podrá ser cosa segura creer nosotros lo que los judíos, testigos presenciales, no quisieron creer? Vieron ellos milagros, esperaban al Mesías, sabían que estaba próxima su venida, ¿cómo, si Cristo se les declara por Mesías, y en fe de ello les hace grandes cosas delante, con todo eso no creen? No habían ellos de repugnar á la evidencia de tan ruidosos efectos, si los hubieran experimentado reales y dignos de sus ingenios. —R. Muchas partes, y no poca confusión, encierra la dificultad. Lo primero que supone es, no haber hecho en ningún judío impresión las operaciones de Cristo: más que falso es ese supuesto. ¿Por dónde comenzó la Iglesia sino por Jerusalén? Quien formó el primer rebaño fueron los judíos; convertirse en dos tandas ocho mil, y hacerse predicadores de tanta novedad, no es argumento de que ningún judío hiciese caso de milagros.

Acerca del testimonio dado por los judíos sobre la persona de Cristo, vistas sus obras, débense con cuidado distinguir los que se les rindieron dóciles y los que contumaces le persiguieron y crucificaron. Los primeros testificaron su grandeza cual convenía al Mesías y al Hijo de Dios, como Pedro, que le confesó, [2] Marta que le creyó, [3] los apóstoles que le siguieron, los discípulos que se le juntaron, las santas mujeres que le servían, las turbas que ansiosas le acompañaban y oían, los enfermos que recobraban salud, los marineros del barco, [4] y tantos otros que estuvieron de su parte, conviene á saber, gran cantidad de discípulos, [5] muchos publicanos y pecadores; [6] no pocos jerosolimitanos, [7] la casa toda del Régulo, [8] gran golpe de gente allende el Jordán, [9] buen

[1] Cap. IX, art. III.

[1] SUÁREZ, *De Myster. Christi*, disp. XXXI, sect. II. —SIURI, *Tract. evangelici*, t. I, tract. XXVIII.
[2] Matth., XVI, 17.
[3] Jo., XI, 27.
[4] Matth., XIV, 33.
[5] Jo., II. 11.—Luc., X, 1.
[6] Marc., II, 15.
[7] Jo., II, 23.—Jo., VII, 31.
[8] Jo., IV, 53.
[9] Jo., X, 42.

número de judíos principales y calificados: [1] todos éstos, que se hallaron presentes á tantas maravillas, y las vieron acompañadas de vida santa é inculpable, por entender que eran confirmación de la sanísima doctrina que predicaba, y porque se persuadían que sólo anhelaba la honra de Dios y el bien de los hombres, convertidos en defensores de su omnipotencia aclamaron su poder, se fiaron á su palabra, adoraron su divinidad, reverenciaron humildes sus misterios, mayormente los que eran personas de alguna instrucción y capacidad.

La plebe, enseña Santo Tomás, no reconoció la divinidad y Mesiazgo de Cristo, [2] por cuanto faltos los pobres de luz en la inteligencia de las Escrituras, y no calando la virtud de aquellas hazañas, y quedándose á obscuras acerca del sentido de sus discursos, tampoco acertaban á formar debido concepto sobre la persona de Cristo, si bien á muchos, llevados de los rumores, se les representaba como varón extraordinario y digno de todo crédito, y aunque pensaban consigo mismos si es ó no es, entraban á la parte en las públicas demostraciones de honra y regocijo que se le hacían por doquier. Vista la multiplicación de los panes, voceaba la muchedumbre con loores al Salvador por profeta, los que recibían el beneficio de la curación desataban las lenguas diciendo maravillas del magnífico bienhechor, el mismo Cristo enalteció con grandes alabanzas la fe de los beneficiados, la turba en la fiesta de Ramos subía al cielo la gloria de Cristo, nombrándole Hijo de David, y ¿cuántos no serían los plebeyos convertidos á la fe, sabida la resurrección de Lázaro? [3]

Demás de la gente sencilla y vulgar, que de los milagros altamente hablaba, estaban los doctores de Israél. Eran estos hombres por una parte nada lerdos, por otra preocupados contra la predicación de Jesús; por un lado muy pagados de su suficiencia y virtud, por otro sobresaltados y envidiosos por ver la virtud y enseñanzas de Cristo tan contrarias á la suya; si amigos de sus rutinarias costumbres, enemigos de novedades; aferrados á mil corruptelas introducidas en la ley, contumaces á las voces y obras del Salvador; su fama los mortificaba, su palabra los confundía, su mansedumbre los carcomía, su porte celestial los suspendía y avergonzaba; pesarosos hacían con El mil pruebas, ponían mil oídos en sus discursos, mil ojos en sus acciones, atalayaban todos sus pasos, armábanle lazos y zalagardas, le mordían y acusaban, mentían traidoramente trayendo á diligente y astuto examen sus mínimos movimientos. No eran, cierto, doctores al estilo de los modernos, no se habían quemado las pestañas ni consumido las fuerzas en estudios de fisiología; pero tanto ó más que los modernos se la tenían á Cristo jurada, y se destemplaban sin término á trueque de convencerle de impostor y hechicero. ¿Cuándo lograron su intento? El día en que hubieron de dar título y renombre á las obras de su temido rival, ¿qué hicieron? ¿qué dijeron? ¿qué certificaron? *¿Qué adelantamos con este hombre?* exclamaban desesperados en su consejo; *este hombre,* multa signa facit, *nos pierde con los milagros que hace;* [1] y no pudiendo cogerle en fraude, ni desdorar sus gloriosas proezas, enredados en las propias redes, burladas sus esperanzas, anublados y ciegos sus entendimientos, tomaron por último remedio volverse todos contra él, y del clavo que traían atravesado, y de la espina que les quedaba en las entrañas, y de la cruz en que los tenía puestos el Señor, hacer instrumentos con que martirizarle hasta acabar con su vida.

No es mucho que esta suerte de hombres ahogaran en el secreto de sus conciencias los clamores que sugería la evidencia de tantos milagros. Los príncipes de los sacerdotes, los escribas y los fariseos esperaban ansiosos al Conquistador prometido por cuarenta siglos de profecías; pero imaginaban un Moisés con rostro de fuego, un Josué con tajante espada, un David con magníficas victorias, un Salomón con el fasto de su dignidad real. ¿Quién les dijera que su príncipe Mesías había de conquistar el reino de Dios entrando por la puerta de la pobreza y por los caminos de la humildad? Nuevo linaje de estrategia militar: los judíos no la entendieron. [2] Porque á los soberbios sacerdotes se les antojó que el Mesías había de reinar como los príncipes humanos,

[1] Jo., XI, 45.—XII, 11.—XII, 42.
[2] III, p. q. XLIII, a. 4.
[3] Jo., XI, 45.

[1] Jo., XI, 47.
[2] Jo., I, 11.

dando leyes á los pueblos, entablando y mandando ejércitos, imponiendo tributos, subyugando ciudades, destronando monarcas, haciendo temblar la tierra con el estruendo de sus conquistas; y no entendían, ciegos, que sus armas habían de ser los atractivos de la gracia, sus terrores blandas paces, sus violencias lazos de amor, sus victorias corazones humildes; no lo entendían ellos cuando lo veían pasar difundiendo rayos de gracias, haciendo bien á todos, trocando publicanos en apóstoles, convirtiendo pecadores, enseñando virtudes; no lo entendían los judíos, porque no alcanzaban que las derrotas de los vicios, que no lograban los filósofos en la arena de sus academias, ni ellos en la práctica de su ley, estaban reservadas al brazo de Jesucristo, quien por sendas desconocidas y no trilladas nos había de traer el olivo de la paz.

Por esta causa los principales entre los judíos no reconocieron á Cristo por Hijo de Dios; y si le otorgaron el predicamento de Mesías, no le añadieron la excelencia del Hijo natural de Dios, y templando el concepto le honraron con la cualidad de hombre santo y de profeta mayor que los antiguos profetas. Aun sobre el Mesías anduvieron perplejos, si Cristo lo era ó nó. Porque los milagros bien los apretaban y convencían con irresistible evidencia; mas en cuanto asomaba la pasión, atizando el odio y la envidia, se les anublaba el entendimiento, y con los ojos abiertos no veían, sin reparar en preferir la sombra de la gloria humana á la claridad de la gloria de Dios. Preguntado Cristo si era Dios en el Concilio, respondió: *Si os lo digo no me creeréis.* [1] Esta ignorancia testificó el Salvador en la cruz, [2] y San Pedro les reconvino con ello públicamente, [3] como quiera que en la verdadera noticia de Cristo les hubiera ido la honra, el bienestar, la gloria temporal y eterna.

Mas con todo, los milagros hicieron tan honda mella en el ánimo de los fariseos y sacerdotes, que no podían con su asombro, ni dudaron un punto de que la mano de Dios anduviese en aquellas maravillas. *¿Quid facimus?* repetían fuera de sí. *Si dimittimus eum sic, omnes credent in eum.* [4] Y tuvieron por más conveniente achacarlas á mal espíritu, disimulando lo que en contra les dictaban las conciencias. Así coloreaban su desapoderada codicia. En vez de condenar los hechos darles diabólica interpretación, lejos de negarlos y desmentirlos extraviar la opinión pública y echarlos á mala parte; tal fué el efecto causado por la luz de aquel Sol de justicia, que como á Faraón sucedió, cuanto más vivos resplandores los cercaban, más lobreguez amanecía en sus almas, y en más ciega noche se sumían sus empedernidos pechos. [1]

Además entra aquí una consideración de mucha gravedad. Los judíos, conocedores de las Escrituras, escribas y fariseos depositarios de la doctrina revelada, sabían, ni era posible ocultarlo, que el Mesías no había de tardar en venir al mundo. Ellos que habían torcido el espíritu de la letra, y eran carnales y terrenos y vivían pagados de sus tradiciones, hicieron cuenta que el Mesías anunciado venía á mirar por la gloria de su nación, á levantarla de su abatimiento, á emanciparla del yugo romano, á extender por el orbe entero la grandeza de su poderío. Este contraste entre lo que veían y lo que esperaban, esta oposición entre el soñado fasto del Mesías y la índole modestísima de Cristo, esta lucha entre los devaneos de su ambición y la abnegación y humildad evangélica, los desconcertó, los tuvo suspensos y deslumbrados, les dió mortal hastío, les trastornó las cabezas; y sin dar lugar á consideración, por no parecer que erraban, dieron en escandalizarse y en escarnecer las finezas de la eterna Verdad. [2] ¿Podían pintar con colores más vivos su inexcusable culpabilidad, como decíamos en la pág. 318 y siguientes?

Pero ¿no estaba por ventura profetizada muy de antemano tan deplorable ceguera? [3] ¿No habían vaticinado los profetas muy por menudo los malos tratamientos que el Mesías recibiría de su pueblo, y el ningún caso que de sus milagros se había de hacer? ¿Y el endurecimiento de los judíos no dió acaso materia á los lamentos proféticos? Más: ¿no estaba predicho también que la grandeza de Cristo sería de muy otro linaje que la grandeza de los redento-

---

1 Si dixero vobis, non credetis mihi.—Luc., XXII, 67.
2 Luc., XXIII, 34.
3 Act. III, 17.
4 Jo., XI, 47, 48.

1 Jo., X, 24.—XII, 37.—Matth., XXVI, 65.
2 Jo., V, 38, 44. — Luc., XXII, 66. — Matth., XXVII, 39.
3 Sap. II, 12.—Isai. LIII.—I Cor. II, 7.—Jo., X, 33.—Act. III, 4.

res humanos? ¿No estaban llenas las páginas santas de la humildad obscura y de la vida sosegada que el Mesías había de llevar? Sí: y tan llenas como de sus milagros. Luego si descubrían por una parte en el trato de su persona tanta obscuridad y pobreza, y por otra en sus labios y en sus manos tan incontrastable poder; si las Escrituras antiguas lejos de contravenir se hallaban tan conformes con lo que contemplaban sus ojos; si las obras, que con dominio superior les ponía Cristo delante, cuadraban perfectamente con la condición del profetizado Mesías, y eran argumentos irrefutables de ser el Hijo de Dios, infinitamente sabio, poderoso, bueno, digno de adoración, ¿por qué no le adoran? ¿cómo le baldonan? ¿cómo le condenan? ¿cómo hacen de sus milagros abuso tan criminal? ¿cómo tropiezan en tan resplandeciente luz? No hay más respuesta sino decir: tenían el corazón pervertido, eran semilla de víboras, sepulcros blancos llenos de vicios y corrupción, como Cristo se lo echaba en cara sin ellos tenerla para negarlo á pie quedo. [1]

La vista de un milagro no persuade á un hombre como quiera. El milagro pide almas bien dispuestas para adelantar su conversión. Es el milagro luz que esclarece los pasos del entendimiento, fuerza que arredra de la senda del error, aguijón que impele al camino de la verdad; pero cuando al hombre enseñorea un vicio, si la preocupación le avasalla, enojado con la luz, abusando de su loca libertad, dará coces contra el aguijón, romperá la cadena de oro que le maniata, apagará el resplandor que le guía, y preferirá quedarse ciego, frío, insensible á vista de tan incomparable poder. Los milagros atronando de lo alto más hieren el entendimiento y le aterran, que hablan con la voluntad; prevenida ésta por el vicio ó mala pasión, quédase dueña de esquivar la fuerza del convencimiento; sólo la gracia divina, libremente aceptada, es poderosa para quebrantar la rebeldía de un corazón viciado. [2]

Demos finalmente lugar á la cuestión si los demonios conocieron en hecho de verdad que Cristo fuese el Mesías y verdadero Hijo de Dios. San Agustín tiene que *Cristo se dió á conocer á los demonios cuanto quiso, y que quiso lo que convenía.* [1] Si Dios por especial providencia no les puso estorbo, verdaderamente cayeron en la cuenta de la divinidad y oficio de Cristo Jesús, como lo enseña Santo Tomás. [2] La razón es, porque tenían noticia evidente de la verdad de sus milagros, y de la inocencia y pureza de su vida, oían como se apellidaba y le apedillaban el Mesías prometido, [3] argüían que sus milagros se ordenaban á comprobar su divina misión, en fin descubrían con qué puntualidad tenían en él cumplimiento las notas del Mesías señaladas con el dedo por los Profetas, cuyos vaticinios no podían ignorar; todo lo cual, junto con la impaciente comezón que les aquejaba de averiguar quién fuese aquel hombre misterioso y extraordinario, hacía que acrecentasen diligencias por conocerle y no se les pasase circunstancia que no aprovecharan para llegar al cabal convencimiento.

Según la significación de estos indicios, hallamos dos opiniones contrarias en los Padres y Expositores acerca del conocimiento que tuvo el demonio sobre la divinidad de Cristo Jesús. La primera opinión siente que el demonio reconoció á Cristo por Mesías y por verdadero Hijo de Dios con entera claridad durante su predicación antes de subir á la cruz; la segunda juzga que no poseyó conocimiento evidente de la divinidad ni del Mesiazgo de Jesús hasta la muerte. Sigamos la doctrina de Santo Tomás.

Desde los principios el demonio anduvo á tientas y perplejo sobre el modo de la Encarnación, porque no le fué dado entender aquel nuevo linaje de maternidad en la Virgen Sacratísima, [4] disponiéndolo así la adorable providencia para que el plan de la redención se desenvolviese por grados y sin estorbo. San Jerónimo dice que *los demonios más sospecharon que conocieron al Hijo de Dios*: [5] concuerda con San Ignacio mártir en que durante la infancia de Cristo no tuvo el demonio

---

[1] Fr. Luis de León. *Nombres de Christo; Nombre* Brazo.

[2] Lorino, Act. III, 17.—Gaspar Sanchez, Act. III, 17.

[1] Christus tantum innotuit dæmonibus quantum voluit, tantum autem voluit quantum oportuit. *De Civit. Dei*, lib. IX, cap. XXI.

[2] III, p. q. XLIV, a. 1.

[3] Jo., IV.—Matth., XV.—XI.—Jo., XI.—XVII, 3.

[4] Virtute naturæ suæ diabolus cognoscere poterat matrem Dei non fuisse corruptam sed virginem, prohibebatur tamen a Deo cognoscere modum partus divini. —Santo Tomás, III p. q. XXIX, art. 1 ad 3.

[5] Dæmones suspicari magis Filium Dei quam nosse intelligendi sunt.—In cap. VII Matth.

barruntos de quién era aquel niño.[1] Esta ignorancia le duró hasta el desierto, donde nada dejó por intentar en orden á inquirir la verdad, sacando de sus ardides y de las respuestas de Cristo alguna mayor luz sobre la condición de su persona; mas todos los esfuerzos de su experiencia no lograron ponerle en un grado de conocimento perfecto sobre la divinidad de Cristo, impidiéndoselo Dios por secretísimos fines. Antes de la sagrada Pasión, llegado el tiempo de salir Cristo al campo con su cruel enemigo, más que ciencia cierta tuvo éste sospechas graves tocante á la divinidad de su poderoso competidor.[2] En el lenguaje empleado por los Santos Padres, se les ve, llaman sospecha el conocimiento que por conjeturas el demonio colegía, y que no le era revelado por Dios, sino aprendido por vista de milagros. Largo tiempo estuvo caviloso y titubeando sobre la verdad de las cosas que veía y oía; ocultábasela el Señor para que no pusiese trabas al tiempo y traza de la soberana disposición. Aún podemos asegurar que anduvo siempre entre dos aguas y mal seguro de aquellos secretos, bien que no fueran sus temores tales que bastasen á inclinarle á juicio contrario y á concebir duda positiva en los hechos que le persuadían ser Jesús el verdadero Mesías y natural Hijo de Dios.[3] Que después de resucitado el Salvador le amaneciese á su enemigo más clara noticia de su divinidad y menguasen sus sospechas, parece cosa cierta sin lugar á duda, pues experimentó señales tan patentes de su pujanza en el descendimiento al Limbo, en su gloriosa Resurrección y en su Ascensión á los cielos.

Y así podemos pensar que el demonio, considerados los milagros de Cristo, aprendió un conocimiento probable y sólo por conjeturas con algún temor de errar acerca de su divinidad.[4] Puesto caso que los milagros juntamente con las profecías, no ignoradas por el demonio, hacían alguna evidencia moral, pues de las Escrituras bien podía inferir que aquellas señales antiguas recibían total cumplimiento en Cristo y le marcaban puntualmente por Mesías verdadero; con todo, la vida vulgar y común de Cristo, la flor de la edad gastada en ocupación deslucida, la sujeción á necesidades corporales, la experiencia del hambre, el cansancio en los trabajos, la pobreza y obscuridad de su estado, eran cosas que podían dar al demonio mucho que pensar y tenerle deslumbrado y caviloso sobre que no convenía aquella manera de vivir con la majestad de todo un Dios; perplejidad que, como niebla en clarísima luz, no le dejaba asentar el pie en concepto determinado, y le precisaba á experimentar de nuevo aquella misteriosa humanidad que tan temblando y desconcertado le traía.

Podía, ciertamente, formar este silogismo: lo que Dios confirma con milagros es verdad; pero Dios confirma con milagros la divinidad de Jesús; luego Jesús es Dios: y en su consecuencia por discurso natural pudo descubrir con evidencia la filiación divina, como quien entendía lo admirabilísimas que eran las obras de Cristo. Sin embargo, concedido que no se le escondiese la verdad histórica y filosófica de aquellos milagros, y que la penetraba con evidencia natural, por más que lo niegue Ripalda [1] y lo ponga en duda el Cardenal Lugo;[2] todavía no era bastante ese conocimiento para concluir la verdad relativa ni para evidenciar que aquellas grandiosas proezas, tan molestas para él, llevasen por blanco principal la comprobación de la divinidad de Cristo, pudiendo, absolutamente hablando, llevar otros fines.

Por el sonido de muchas palabras pudiera argüir el intento de Dios, como cuando Cristo perdonaba pecados, y en prenda de que tenía poder para ello curó al mozo,[3] ó cuando el Padre le pregonó por Hijo suyo.[4] Mas de esto solamente se colige probabilidad de certidumbre con graves sospechas y juntamente con temor y perplejidad. Temerosas conjeturas daban lugar al demonio de sacar por conclu-

[1] In Matth., lib. I, cap. I.

[2] Quod autem postmodum eum aliqualiter cognovit diabolus esse Filium Dei non obstat, quia jam tempus erat ut Christus suam virtutem contra diabolum ostenderet.—SANTO TOMÁS, Ibid.

[3] Dæmones multo minus, Christo existente in mundo, perfecte mysterium incarnationis cognoverunt... Si autem perfecte et per certitudinem cognovissent ipsum esse Filium Dei et effectus passionis ejus, numquam Dominum gloriæ crucifigi procurassent.—I p. q. LIV, art. 1 ad 4.

[4] Postmodum visis miraculis, ex quadam suspicatione conjecturavit eum esse Filium Dei.—III p. q. XLIV, art. 1 ad 2.

[1] *De ente supernatur*, disp. VIII.

[2] *De Fide*, disp. II, sect. I.

[3] Matth., IX.

[4] Matth., XVIII.

sión que se escondían en aquellas extrañas cosas agentes misteriosos por él ignorados, como quiera que suceden casos de ser una cosa creible en cierto modo, y al mismo tiempo imposible, así como á veces hay cosas inverosímiles que son ciertas é indubitables, según lo expone el Padre Aranda, y lo dejamos dicho atrás. [1]

Tampoco hacen argumento en contra las voces de los endemoniados que decían á Cristo encarecidos loores en los oídos de todos, bendiciéndole por santo [2] y publicando que era el Mesías é Hijo de Dios. [3] Algunos comentadores (San Crisóstomo, Beda, Teofilacto, Eutimio) opinan que los demonios mentían aquellos clamores, y que Cristo les mandó callar, no tanto porque encerrasen adulación las alabanzas, cuanto porque no quería que testimonio tan ruín abonase y preconizase su divinidad. A Maldonado parecióle inconveniente esta interpretación, y propone la suya diciendo que les impuso silencio porque prefería que su divinidad fuese conocida y confesada por sus pasos contados, según la rudeza y el ingenio de los hombres, [4] sin apresuramientos ni trastornos. El doctísimo Arzobispo de Valencia, Beato Juan de Rivera, ateniéndose á la exposición de Santo Tomás, dejó escrita de su puño y letra que la expresión *sciebant ipsum esse Christum*, se entiende así: *El demonio por los milagros entendió, ó mejor sospechó que Cristo era Dios. El persuadir á los judíos que le crucificasen, no fué porque no pensase fuera Hijo de Dios, sino porque no previó que su muerte le había de condenar.* [5] Y cosa cierta es que el *saber* del *sciebant ipsum esse Christum*, atribuido al demonio por el evangelista, no dice forzosamente evidencia perfecta de la divinidad, pues basta para verificar el sentido una noticia conjetural con sospechas de lo contrario. [6]

La índole especial del demonio da razón del estado de ofuscamiento y cavilosidad que Santo Tomás descubrió. El santuario del orden sobrenatural tuvo siempre su puerta cerrada á la curiosidad del maligno, de manera que no sólo nunca penetró en él, mas ni atinó con lo que allí pasa. Sabrá á lo sumo que el orden sobrenatural existe en la actual providencia; la historia del pueblo judío le despabiló los ojos con la experiencia de tantos siglos. Esto sabe, esto cree, y esta fe le hace temblar de espanto. [1] En lo demás, por listo que parezca, es idiota de tres altos. En las tinieblas exteriores consume toda su vida sin penetrar en la región de la luz. Enigmas son para él los misterios de la gracia y de la redención. Sabe, sí, de memoria el designio de la Encarnación, pero fuera de este plan general, lo tocante á la ejecución de la divina voluntad, se presentó siempre á su vista rodeado de tinieblas, y quedóle en conjeturas, que en una hora le daban luz, en la siguiente le deslumbraban y entontecían. Los altibajos de la vida de Cristo, aquellas alternativas de grandeza y pequeñez, de poder y flaqueza, de loores y afrentas, de milagros y oprobios, éranle espinas agudísimas que con su fatigosa variedad le embarazaban y confundían, dejándole sólo barruntos de si será ó no será. Dependía de Dios desterrar de su mente las tinieblas y dar luz á lo profundo y misterioso, en frase de San Agustín; no le permitió más que la dicha, según el parecer de Santo Tomás, á quien invocan sin motivo los que siguen la sentencia contraria.

ARTÍCULO III.

Cristo no fué omnipotente en cuanto hombre: lo fué por la divinidad. — Las operaciones milagrosas fueron acciones teándricas. — La humanidad instrumento del Verbo.—Cristo poseyó este poder desde la Encarnación. —Cómo le manifestaba.—Majestad de su semblante.— Qué parte tomaba en los milagros su divino Corazón. —Cristo obraba milagros en calidad de Redentor.

Antes que descendamos á tratar más por extenso los milagros del divino Salvador, conviene dejar asentada una verdad, combatida por dos errores contrarios, antiguo el uno, moderno el otro. Error antiguo de los eutiquianos y también de los luteranos fué que la sacrosanta humanidad de Cristo era omnipotente, como lo era la divinidad; error moderno es sentir que Cristo fué incapaz, como cualquier

---

1 *De Incarnatione*, lib. I, disp. III, sect. IV.
2 Luc., IV, 34.
3 Luc., IV, 41.—Marc., V, 7.—Matth., VIII, 29.
4 *Comment. in Marc.*, 1, 25.
5 *Acotaciones* al cap. IV de San Lucas.
6 Quod autem ipsum confitebantur esse Filium Dei, magis erat ex quadam suspicione, quam ex certitudine... Nunc autem per signorum potentiam vel intellexit, vel potius suspicatus est esse Filium Dei. Non ideo igitur judæis eum crucifigere persuasit quia Christum Dei filium non esse putavit, sed quia se morte illius non prævidit esse damnandum. — SANTO TOMÁS, III p., q. XLIV, art. 1 ad 2.

1 Jac., VIII, 12.

hombre, de hacer un solo milagro. Entre estas dos herejías corre sosegada la verdad católica, pronunciando que no le fué comunicado á la Humanidad de Cristo el atributo de la omnipotencia, pero que el ser todopoderosa en obras y palabras le venía de la divinidad de la sagrada persona. Enseñan esta doctrina los Doctores Teólogos, [1] y la sacan de los Concilios y de los Santos Padres.

La razón principal es por ser el poder de la humanidad creado y finito de suyo, y el de la divinidad increado é infinito; y pues en Cristo las naturalezas no hacen comunes entre sí sus propiedades, ni se unen de suerte que pierdan en la unión sus respectivas prerogativas y atributos; síguese que en virtud de la unión hipostática la humanidad del Verbo no se hizo más poderosa de lo que su propia condición pedía, cuanto á los efectos físicos que en los milagros se encerraban. Porque ya que por razón de la unión hipostática se comunicasen á la sacratísima humanidad dones excelentísimos, como ciencia perfectísima y santidad eminente, y en virtud de la comunicación de idiomas las propiedades de la naturaleza divina se prediquen de la humana, diciéndose bien que Dios padeció, y que la humanidad fué deificada; pero no es lícito inferir que el alma de Cristo poseyese en sí la omnipotencia, por más que estuviera íntimamente unida con la divinidad y por ahí con la infinita omnipotencia. Ser todopoderoso significa poseer omnipotencia comunicada por vía de forma que denomine omnipotente al que la tiene; y es imposible que una criatura goce de tan alta comunicación, ni áun por analogía, así como no repugna que participe la santidad y la ciencia. Es la omnipotencia atributo tan privativo y exclusivo de Dios, que no puede contarle por suyo criatura alguna bajo ningún respecto ni denominación; y no habiendo la humanidad de Cristo sido hecha divinidad, tampoco podía alzarse con la propiedad de Dios que la denominase omnipotente. A los apóstoles fué conferido señorío sobre los demonios y enfermedades, pero no jurisdicción absoluta para encoger en su puño todas las cosas posibles, de suerte que llegase su capacidad á ejecutar todo lo que no incluyese contradicción; por esta causa no eran omnipotentes. Si algunos Santos Padres dijeron que al alma de Cristo acompañaba un infinito poder, [1] quisieron entenderlo en cuanto el alma de Cristo fué instrumento de la divinidad para obras extraordinarias propias de Dios, lo cual no es ser todopoderosa con propiedad, como enseña el Padre Vázquez exponiendo á Santo Tomás. [2]

Sin embargo, ya que no físicamente, siquiera moralmente fué la humanidad de Cristo todopoderosa desde el primer instante de su unión con el Verbo, pues estuvo á su franco albedrío el concurso de la divina omnipotencia para todas las cosas que bien le pareciesen. Así lo mostró el Señor cuando públicamente dijo, que el Padre había puesto debajo de sus pies todas las cosas, que todo principado le era propio en el cielo y en la tierra, que tenía á mano y en ella la voluntad de Dios; [3] significando que se le había dado opción y libertad para abrazar el género de vida que más le cuadrase, como enseñan nuestros teólogos. [4] Mas con todo no fué hecha todopoderosa formalmente para producir cualesquiera efectos, así como no vino á ser inmensa, ni eterna, porque para la verdad de los textos alegados basta la eficacia instrumental, que logró siendo empleada por el Verbo en obras milagrosas; ni fué menester poseyese más causalidad en ellas que si gozara de su propia y natural persona, por cuanto la unión con el Verbo le vino extrínsecamente y no alteró la esencia de su condición, según que lo enseña el Padre Vázquez. [5] Conforme á este dictamen, el alma de Cristo no granjeó, unida al Verbo, mayor capacidad para obrar que si hubiera quedado supositada en la humana persona, como querían algunos teólogos. [6] Ni tampoco se ha de conceder al alma de Cristo por virtud de la unión hipostática otro modo de obrar diverso del que convenía á su natural condición, excelso y sobrenatural en todas las acciones, áun las más comunes y bajas de

---

[1] S. Thomás, I p. q. XIV, a. 1, 2.— Magister Sent., III Dist. XIV.—S. Bonavent., In III, Dist. XIV, a. 3.— Suárez, *De Incarnat.*, disp. XXXI, sect. II.

[1] S. Damasceno, *De fide orthod.*, lib. III, cap. VIII.— Niceto, *Thesaur.* lib. III, cap. XXXVIII.

[2] In III p. q. XIII, disp. LVII, cap. I.

[3] Matth., XI, 26.

[4] Velázquez, In ep. ad Philipp. cap. II, 7.—Bernal, *De Incarnat*, disp. LII, sect. 2.—Alderete, *De Incarnat.*, disp. XVIII.—Aranda, *De Incarnat.*, lib. IV, disp. VI.— Moniesa. *De Incarnat.*, disp. XV, sect. IV.

[5] In III p. D. Thomæ, disp. LVII, cap. II.

[6] Ricardo, In III Dist XIV, a. 5, q. 2.

la vida vegetativa y sensitiva, porque ningún motivo hay que justifique tan maravilloso linaje de perfección. No se halló en ella más poder que el que le franqueó el Verbo cuando la tomó por instrumento de operaciones milagrosas.

Según observa S. Agustín el Salvador para mostrar que con efecto lo era, había de contrapesar lo pequeño con lo grande, la flaqueza con el poder, haciendo un temple divino de suerte que la flaqueza del hombre garantizase la omnipotencia de Dios. [1] Nace niño, pero de madre virgen; tiene hambre, pero le sirven de ministros los ángeles; duerme, y durmiendo enfrena las olas bravas; anda, y á un tiempo huella sobre las aguas; muere, y la naturaleza toda hace sentimiento y se estremece. Admirable economía, que anudando cabos tan distantes y juntando dos extremos opuestos, cuando nos le muestra hombre le descubre Dios, y cuando le declara Dios nos le presenta hombre. Maravillosa unión, en que con ordenadísima templanza la divinidad campea con todo su poder y la humanidad con toda su flaqueza. Expúsolo hermosamente el Papa Hormidas en carta al emperador Justino, [2] mostrándole cómo en Cristo se hizo aquella maravillosa junta de lo alto con lo bajo, de lo humano con lo divino, de lo flaco y lo fuerte. En ningún fundador de falsas religiones se nota tan singular disposición. [3]

Bajemos á particularizar la índole de las operaciones taumatúrgicas, y la parte que en ellas cupo á la naturaleza humana de Cristo. *Teándrica* (θεανδρικὴ ἐνέργεια) llamó S. Dionisio [4] la operación que procedía de emtrambas naturalezas unidas en la persona del Verbo. Así denomináronse por los Padres griegos *teándricas* aquellas acciones de Cristo divino-humanas, de tal manera ejecutadas por la humanidad que exigiesen la concurrencia de la divinidad. Andar sobre las aguas es acción teándrica porque andar es obra humana, y dar solidez á las aguas es obra divina. Como notó S. Cirilo, [1] una suerte de operaciones convienen á Cristo en cuanto Dios, crear, conservar los seres, destruirlos; otras le convienen en cuanto hombre, llorar, hablar, tener sed, fatigarse; y otras son mixtas, y en ellas se convidan una á otra las dos naturalezas al ejercicio de su particular virtud. A esta última clase pertenecen las obras milagrosas, y á ellas, dice S. Sofronio, [2] quiso S. Dionisio aplicar el singular renombre de *teándricas*. No á solos milagros se han de reducir las operaciones teándricas, porque *no con menos eficacia la tristeza de Cristo serenó la tristeza de todos, y la muerte de Cristo abolió la muerte de todos, que el contacto de Cristo despertó al muerto y su voz distante expelió la enfermedad.* [3] S. Máximo acotó [4] con S. Dionisio, al significar que las dos energías, divina y humana, se hacían en Cristo de mancomún y se prendían como con una lazada para tan gloriosos efectos, no de otra manera que las dos naturalezas, aunque sin confundirse ni rematar en una sola, y quedando salva la propiedad y diferencia de entrambas. El enlace de estas energías era llamado por los Santos Padres *sinergía* (κατὰ συνέργειαν), y tenía su propio lugar en las obras de los milagros.

Gran cuidado pusieron los Santos Padres y escritores eclesiásticos en distinguir en ellos la parte que á cada naturaleza correspondía. Eusebio dice: *Curaba Cristo por instrumento humano*, así como un músico que ostenta su pericia punteando el arpa. [5] De las mismas dicciones usaba Eustasio antioqueno. [6] Hipólito Portuense dice: *El Verbo por medio de la carne obró divinamente cosas propias de la divinidad.* [7] San Atanasio en el describir las acciones que concurrieron hermanadas en los milagros de Cristo, dice que cuando curó á la suegra

---

1 Ut solita sublimaret insolitis, et insolita solitis temperaret. S. AGUSTÍN, *Epist. ad Volusian.*

2 Servans quod ex Patre erat, et repræsentans quod ex matre suscepit. Nam jacens in præsepio videbatur in cœlo, involutus pannis adorabatur a magis, inter animalia editus ab angelis nuntiabatur, vix egressus infantiam et anuntians mysticam sine instituente doctrinam, inter rudimenta annorum puerilium edens cœlestia signa virtutum. Idem enim Deus et homo, id est, virtus et infirmitas, humilitas et majestas, redimens et venditus, in cruce positus et cœli regna largitus; ita nostræ infirmitatis particeps, ut posset interimi, ita ingenitæ potentiæ dominus ne posset morte consumi; sepultus est juxta id quod homo voluit nasci, et juxta id quod Patri erat similis resurrexit, patiens vulnerum et salvator ægrorum, unus defunctorum et vivificator obeuntium, ad inferna descendens et a Patris gremio non recedens.—*Epist.* LXXIX. MIGNE, t. LXIII, pag. 514.

3 BOSSUET. *Sermón sobre la natividad de N. S. J. C.*

4 *Epist.* IV. *ad Caium.*

---

1 *Epist. ad Acacium Melit. episc.*

2 *Epist. synod, ad Sergium.*

3 LUIS TOMASSINI, *Dogmata theologica, De Incarnatione Verbi*, lib. V, cap. IX.

4 *Schol. ad epist.* IV Dion.

5 ἐάτο ἄφθονος δι᾽ ὀργάνον ἀνθρωπίνου —*Præp. Evangel.*, lib. VIII, cap. XIII.

6 *Apud Theodoret.* dial. II.

7 διά σαρκός θεικῶς ἐνεργήσας ἅπερ θεότητος ἔστιν — *Collect. Anastasii.*

de Pedro, le dió la mano á par de hombre, la sanó de la fiebre á par de Dios; que cuando restituyó al ciego la vista, fué cosa humana aplicarle el lodo, cosa divina abrirle los ojos; que en el caso de Lázaro fué de hombre dar aquella voz, de Dios el restituirle la vida. *Ni decimos*, concluye, *que fuesen propios de la humanidad estos esclarecidos hechos, sí bien mediando el cuerpo se ejecutaban, sino que fueron obra de Dios.* [1]—San Cirilo Jerosolimitano: *verdaderamente dormía en la barca á manera de hombre, como Dios andaba sobre las ondas.* [2]—S. Gregorio Niseno: *No es la naturaleza humana quien vivifica á Lázaro, su vida se debe al que es en realidad Vida.* [3] Por el mismo estilo otros Padres griegos. [4]

Los Padres Latinos repiten sin contradicción esta doctrina. S. León Papa: *El Verbo ejecutaba lo que es del Verbo, la carne lo que es de la carne. El uno resplandece con milagros, la otra sucumbe á injurias.* [5] *Tener hambre, sed, cansancio y sueño es claramente cosa humana, pero de cinco panes hartar á cinco mil hombres... sin duda cosa divina es.* [6] Otro tanto afirman San Agustín, [7] San Ambrosio, [8] San Jerónimo, [9] y otros por lo común.

Pero con gran diligencia se debe advertir que la operación divina interesada en los milagros, no era privativa del Verbo, sino común á las tres augustas personas de la beatífica Trinidad, y propia de la naturaleza divinal. Expresólo Cristo claramente con decir: *Pater in me manens ipse facit opera* [10]—*In Spiritu Dei ejicio dæmones.* [11] Admirablemente expone San Gregorio Nazianzeno aquellas palabras de Cristo *El Hijo por sí propio nada puede hacer*, en esta forma: *No hay cosa que sea propiedad del Verbo, pues todas son comunes, una vez que común é igual es la esencia, dado que el Hijo la tenga del Padre.* [1] De donde, ninguna operación milagrosa había en el Hijo que no fuese del Padre y del Espíritu Santo, á causa de la comunidad de esencia que en las tres personas es única perfectísima. Al contrario, *aquella operación que Cristo actuaba por medio de la naturaleza humana, llamada por San Dionisio* ἀνθρώπικην θεουργίαν. [2], *era peculiar y exclusiva de la persona encarnada, así como suya propia era la humana naturaleza.* [3] Lo cual si bien se entiende, se evitará la confusión que vemos en el P. Petavio, cuando parece decir que las operaciones teándricas y milagrosas eran exclusivas del Verbo, por haber querido tener por propia la naturaleza humana, y que en ellas las energías humanas eran modificadas y terminadas por la propiedad personal del Hijo de Dios. [4]

Es de notar el título de *instrumento* de la divinidad con que los Padres honran á la naturaleza humana de Cristo en la operación de los milagros. [5] Santo Tomás [6] distinguió en el instrumento dos acciones, la una le es propia, la otra le viene de la moción ajena. Oficio es del pincel esparcir colores en la tabla, y bien manejado sacar lindísimas figuras. En las acciones teándricas de Cristo había acciones propias del hombre, como tocar, escupir, hablar, mandar, querer; otras eran propias de Dios, como sanar, resucitar, convertir. En los milagros aunábanse amorosamente ambas operaciones, y, ajustada la grandeza con la pequeñez, producían la obra extraordinaria, así como en colorir la figura concurren la acción del pincel y la mano del pintor, pero de distinta manera. Porque aunque las acciones sigan á la naturaleza más que á la persona, pero sean de la persona que posee aquella naturaleza, y aunque en Cristo la naturaleza humana contenga razón de instrumento, y la inteligencia, voluntad, locución, contacto, sean funciones suyas propias y distintas totalmente en sus efectos, de la dirección, dominio, omnipotencia, que son privativas de Dios; pero *en los milagros*, dice gra-

---

[1] οὐχ ἐλέγομεν ἀνθρώπινα εἶναι τὰ κατορθώματα, εἰ καὶ διὰ τοῦ σώματος ἐγίνετο, ἀλλὰ θεοῦ—*Advers. Arianos*, orat. IV.

[2] καθεύδων εἰς τὸ πλοῖον ἀληθῶς, ὡς ἄνθρωπος, καὶ περιπατῶν ἐπὶ τοῦ ὕδατος ὡς θεός — *Catech. IV.*

[3] οὔτε ζωοποιεῖ τον Λάζαρον ἡ ἀνθρωπίνη φύσις..... ἡ δε ζωη τῆς ὄντως ζωῆς — *Advers. Eunomium*, lib. IV.

[4] S. Gregorio Nazianzeno, Orat. XXXVIII.—Anfiloquio, Theodoret. dial. I.—S. Crisóstomo, Hom. LXXIII in Jo.—S. Cirilo, *Thesaur*. lib. XXIV.—Anastasio Sinaita, Cap. I. ὁδηγοῦν.

[5] Unum horum coruscat miraculis, alium succumbit injuriis.

[6] *Epist. X ad Flavian.*

[7] *De Trinit.* lib. III.

[8] *De Fide ad Gratin.* lib. II.

[9] In Matth. XXVI, 37.

[10] Jo., XIV, 10.

[11] Matth., XII, 28.

[1] οὐδὲν οὖν ἴδιον ὅτι κοίνα, ἔπει καὶ αὐτο τὸ εἶνα κοίνον καὶ ὁμοτίμον, εἰ καὶ τῷ υἱῷ παρὰ τοῦ πάτρος—Orat. XXX, núm. 11.

[2] *De Div. nomin.* cap. II.

[3] Card. Franzelin, *De Verbo incarnato*. cap. VI. thes. XL, p. 395.

[4] *De Incarnatione*, lib. VIII, cap. X, 11, 14, 15.

[5] S. Atanasio, orat IV.—S. Cirilo, *Dial. de Incarnat.*—S. Hipólito, *Collect. Anastas.*—Paulino de Aquilea, *Contra Felic. Urgelit.*

[6] III p. q. XIX, a. 1.

vemente el P. Petavio, *la eficiencia y energía no era doble, de suerte que tuviese su parte la naturaleza humana, sino una solamente operación de la divinidad que quiso aplicar la acción de la humanidad como instrumento para tan excelsas obras. Y así única fué la energía de la divinidad, á fuer de causa principal, si la consideramos respecto de estas obras admirables.* [1]

Entrañable es la correspondencia que tienen los milagros con la persona de Cristo. Considerándolos atentamente, vemos que quien los ponía en ejecución poseía dominio sobrenatural, directo, absoluto, independiente en todas las cosas, sin intervención extraña, sin auxilio exterior, porque la cualidad de ellos, las circunstancias que los acompañaban, la forma de hacerlos, decían á voces cuán soberana era la dignidad de su persona y revelaban la índole del prometido Mesías. El dón de milagros no significa de suyo ser varón extraordinario y divino quien le posee, pero puestas las condiciones que en Cristo concurrieron, aquellas hazañas eran argumentos de grandeza sobrenatural y expresaban la virtud infinita del que las llevaba á cabo. Eran acciones físicas que mostraban el imperio incontrastable de su fuerza moral; y le mostraban de mil maneras diferentes, con solo mandar, [2] con solo tocar, [3] alzando la voz, [4] hablando y tocando, [5] en presencia y en ausencia, [6] en el acto y con tiempo, sin remedios y con ellos, en ningún caso dejando frustradas las esperanzas de los deseosos, sin nunca excluir á los pobres de la largueza de su poder.

Esta excelencia le fué conferida en el acto de la Encarnación, en el tálamo purísimo de María, como lo enseña entre otros San Anselmo, [7] porque se derivaba de la unión hipostática. No sabemos por cosa cierta en qué punto de su vida estrenó la taumatúrgica facultad. Lo que dice San Juan [8] que el milagro de Caná fué el primero obrado por Jesús, debe entenderse de los públicos encaminados á demostrar su celestial doctrina; pero no consta seguramente si antes de salir á predicar pondría en algún otro la mano. Si no los hizo, no sería pequeño milagro estar treinta años continuos eclipsado y tener quebrados los rayos este soberano Sol. Daban vaya los infieles á los cristianos en tiempo de Juliano apóstata y hacían burla y escarnio de la vida oculta de Cristo en Nazaret, preguntándoles irónicamente: ¿qué hace ahora vuestro carpintero? Con una risita respondían los cristianos á la mofa: *está trabajando un ataúd*, y dábanles á entender con el sabroso donaire que la gloria del emperador estaba á punto de deshacerse como el humo, y que la de Cristo competiría con la duración de los siglos. La prerogativa de los milagros no sintió en Cristo mudanza: dúrale en el cielo, y permanecerá con indefectible firmeza, porque está arraigada en el fundamento no mudable de la unión del Verbo con la humana naturaleza. Por esta causa conceptúa verosímil el P. Suárez que la resurrección de los muertos en el juicio final se llevará á cabo por la humanidad de Cristo. [1] Y sácase bien de lo que dijo el Salvador por San Juan: *así como el Padre resucita y vivifica los muertos, también el Hijo vivifica á los que quiere*; [2] y se entiende dicho de Cristo en cuanto hombre, como lo declara el contexto.

Si miramos ahora cómo se descubría al exterior la omnipotencia del Verbo, faltan palabras con que expresarlo. Todo en Cristo era singularmente maravilloso, todo andaba fuera del curso natural de las cosas. Su porte, grandemente morigerado, era espejo de sólidas y perfectas virtudes. El amor de Dios y la caridad con los hombres constituían los dos quicios en que se revolvían sus sermones y afectos, sus obras y sus palabras. En el pensamiento le bullía la empresa de formar un reino de Dios, una sociedad de hermanos, donde todos los hombres entrasen á reinar en calidad de príncipes. ¿Qué ingenio había columbrado un tan sublime pensamiento? ¿qué sociedad humana ha soñado una tan excelsa institución, como la de establecer estrechos vínculos entre Dios y los hombres? A la generosidad de los pensamientos hacía consonancia la eficacia de las palabras. No hay lenguaje comparable con el suyo, sencillo, vulgar, clarísimo, lleno de gracia, pero también preña-

---

[1] *De Incarnat*. lib. VIII, cap. XIII, n. V.
[2] Matth. VIII.
[3] Matth. XIV.
[4] Luc. VII.
[5] Luc. VIII.
[6] Matth., IX.—Luc., XVII.—Matth. VIII.
[7] Lib. II *Cur Deus homo*, cap. XIII.
[8] II, 11.

[1] *De Incarnat*. Disp. XXXI, sect. 2.
[2] Sicut Pater suscitat mortuos et vivificat, sic et Filius quos vult vivificat. V, 21.

do de vivificante poder. Hablaba como un hombre del pueblo, y sonaban las voces con el brío y fuerza de omnipotente Señor de todo lo criado. Su semblante tomaba á veces un aspecto de tanta mesura, que forzaba á que se perdiesen por él de amor los que se le llegaban. No había valor que no tuviese vergüenza delante del suyo. *El resplandor*, dice San Jerónimo, *y la grandeza de la secreta divinidad que en su semblante humano resplandecía, tenía virtud para conquistar al primer aspecto la estimación de los que le miraban.* [1] Así como por la boca del volcán se exhala el fuego interior, así los ojos y labios de Cristo dejaban reconocer lo que se ocultaba en su amorosísimo pecho.

A la virtud de tan eficaz señuelo debe referirse, en parte, el pronto seguimiento de los discípulos. Andaba junto al mar de Galilea; llama á los dos hermanos Pedro y Andrés, y al punto dejadas las redes quedan presos de amores. [2] A los pocos pasos ve á otros dos hermanos, Diego y Juan, que aderezan redes con su padre; convídalos con su gracia, y luego abandonan padre, oficio y barca, por volar á su discipulado. La docilidad con que se le juntaron estos hombres rudos y sencillos, mostróla Mateo, alcabalero de profesión, aferrado al banco del interés. Dícele Cristo de paso: *sígueme*; y sin más razones levántase y se le da por discípulo, ablandado como cera aquel corazón de metal.

Ofrecía de los pies á la cabeza un retrato perfecto de gravedad y modestia. Lo menos que tenía era quedarse cautivos los oyentes con la cadena amorosa de su afabilidad. Este agrado despedía á las veces de sí vigorosos destellos de luz, y no podían entonces los hombres mirarle sin sentir mudanza en su interior. Al ver un día el templo de Jerusalén atestado de animales y mercaderes, se le encendió el corazón en ardoroso celo, y hecho con unos cordeles una manera de azote comenzó nuestro Cordero á dar tras los lobos y á echarlos de allí. Los regatones y mohatreros, turbados con aquella mesura de su divina faz, se rindieron á que ejecutase en ellos la valentía de su poder. [3] *Cierta cosa ígnea y sidérea destellaban sus ojos, y la majestad de lo divino relucía en su semblante*, dice San Jerónimo en este lugar. ¿Qué mucho que el uno dejase rodar los fardos de tela, otro los bolsones de oro, este los legajos de obligaciones, aquel las jaulas de pájaros, y todos sus mercadurías y tratos? De este milagro habla Orígenes, y le prefiere á la conversión de agua en vino, porque allí la materia inanimada se le sujeta, aquí *doma los ingenios de muchos miles de hombres.* [1] San Jerónimo pone más de relieve su admiración. Parecióle tan espantoso efecto el que un hombre solo, en traje despreciado, teniendo contra sí la saña y la codicia de escribas y fariseos, pudiese con un azote arrojar tanta chusma del templo, derribar mesas, romper cátedras, trastornar aparadores, cerrar con yentes y vinientes, y rematar y poner fin á tales cosas que un ejército apenas osaría acometerlas, que vino á decir: *Entre todos los milagros que hizo Cristo, éste paréceme á mí el más digno de admiración.* [2] Otro esclarecido ejemplo de dominio superior dió cuando en el huerto de Getsemaní derribó con solo dar una voz y tendió por tierra á la turba de gente armada que había ido á prenderle. [3] De donde, concluye el Doctor Angélico, Cristo cuando quería, con su divina virtud mudaba las almas de los hombres, atrayendo, cautivando, amedrentando, asombrando exteriormente, *lo cual*, dice, *pertenece á la condición de los milagros.* [4]

Demás del aspecto majestuoso y terrible que de vez en cuando relumbraba en la humanidad de Cristo, era muy común hacer patentes en los milagros los tesoros de su bondadoso corazón. ¿Los más de ellos qué fueron sino demostraciones de bondad? Su pecho amable y suavísimo no sufría que la miseria hiciese estrago en las personas y cosas de los necesitados. A la obra juntaba la palabra y con entrambas favorecía á los miserables á expensas del divino poder. Miseria es la enfermedad y la muerte, miseria mayor el pecado. De ambas quiso el Señor rescatarnos, ambas tomó sobre sí, por ambas salió fiador experimentando en sí sus espantosos efectos. Redentor fué de nuestras desdichas

---

[1] Fulgor ipse et majestas divinitatis occultæ quæ etiam in facie ejus relucebat humana, videntes ad se trahere poterat ex primo aspectu.—In cap. IX Matth.

[2] Matth. IV.—Marc. II.—Luc. V.

[3] Igneum quiddam et sidereum radiabat ex oculis ejus, et divinitatis majestas lucebat in facie ejus.

[1] Super Jo. II.

[2] Mihi inter omnia signa quæ fecit, hoc videtur mirabilius esse. *Comment. in Matth.* lib. III, cap. XXI.

[3] Jo., XVIII, 6.

[4] Quod pertinet ad ipsa miracula. III p. q. XLIV, a. 3

físicas y morales. Si las morales quiso reparar largamente á costa de su preciosa sangre, las físicas con el milagro alivió y remedió. Con maravillosa conveniencia expresó San Mateo este fin de los milagros. *Curaba*, dice, *y sanaba enfermos, para que se cumpliese aquella profecía: tomó sobre sí nuestras enfermedades, y llevó nuestros dolores.* [1] Un comentador moderno expone de otra manera este versículo, pareciéndole que San Mateo no cita el sentido literal de Isaías, sino el argüitivo y consecuente, como si hubiera sido intento del profeta mencionar los pecados que Cristo tomó sobre sí y no las miserias corporales de nuestra mortalidad. [2] Más conforme parece la exposición arriba indicada, porque demás de que el texto hebreo y la versión de San Jerónimo hablan sólo de enfermedades (*languores*) y de padecimientos (*dolores*), la intención principal del evangelista en el decurso del primer Evangelio es demostrar cómo se cumplieron en los milagros de Cristo las antiguas profecías. Por manera que aunque vemos á Cristo primero remediando los males del cuerpo con los milagros, y después cicatrizando las llagas del alma con la remisión de las culpas, ninguna necesidad hay de juzgar las enfermedades por efectos del pecado, como Fillión las considera, para dar razón al texto evangélico; al revés, claramente el intento de San Mateo muestra que Cristo obraba á título de redentor de la humanidad mediante los milagros, y ponía por medicina de las miserias humanas corporales y espirituales la omnipotencia de su voz. El milagro le ratificaba por verdadero redentor, y á sus apasionados enemigos les abría los ojos para que advirtiesen atentamente cuán de lleno tenían en él cumplimiento los antiguos vaticinios, y cuán legítimo Mesías era el que tan cabalmente los verificaba. Por esta causa nunca fué tan desatentada la malignidad de los fariseos como cuando achacaron á demonio la omnipotencia de Cristo, porque nunca probó con más evidencia ser el prometido Mesías é Hijo de Dios, como cuando juntaba en las curaciones la grandeza de la misericordia con la grandeza del poder.

[1] VII, 16. 17, ut adimpleretur quod dictum est per Isaiam Prophetam dicentem: Ipse infirmitates nostras accepit et ægrotationes nostras portavit. —Is., LIII, 4.— I Petr. II, 24.

[2] FILLION, *Évangile selon S. Matthieu*, 1878, p. 160.

Mas es muy para ser notada la condición de este poder. Menos extraño fué su ejercicio que su privación y enfrenamiento. ¿Puede caber en la imaginación facultad más espantosa que la de hacer milagros? ¿qué hombre, si la poseyese absoluta y sin limitación, no usaría de ella en su propio provecho alguna vez? ¿qué espanto, qué congoja, qué sobresalto no causaría en las gentes la sola previsión de que un taumaturgo pudiese á su arbitrio hacer estremecer los vivientes, estallar las columnas del cielo, y revolver las criaturas sin la menor dificultad? Cristo era el taumaturgo divino; y ni abusó una vez sola de su infinito poder, ni le convirtió en utilidad propia, ni traía sobresaltadas á las gentes; y aunque Señor de la naturaleza criada, vivía en estado vulgar, padecía hambre y sed, se acompañaba con la pobreza y desnudez, daba lugar á dolores y padecimientos, y el que atento á procurar á los miserables consuelo superaba imposibles, ni un dedo jamás movió que redundase en interés propio; nunca esa tacha pudieron notarle sus enemigos, porque el intento de sus milagros se relacionaba con la redención de los hombres, y era parte del fin de su venida al mundo. Así como quiso morir para redimirnos del pecado, quiso vivir ostentando poder con que preservarnos de los males del pecado, y quien pudiendo reducir su omnipotencia á la propia utilidad se abstenía de hacerlo, y sólo miraba á procurar el bien corporal y espiritual de los hombres, cierto está que en cada milagro coronaba una *obra*, [1] llena de grandeza moral, en que se reverberaban la santidad y perfección de su divina persona. *Cada obra milagrosa era una emanación del milagro viviente y central*, la Encarnación. [2]

Muchos fueron los prodigios con que manifestó Dios al mundo la gloria de su Unigénito. La embajada del arcángel San Gabriel á la Virgen Sacratísima, la nueva de su nacimiento anunciada por un coro de ángeles á los pastores, la estrella que guió los magos al pesebre de Belén, el mensaje del ángel enviado á San José, el Espíritu Santo descendiendo sobre Jesús en figura de paloma, la voz del Padre aclamando la filiación divina de Jesús, la gloriosa transfiguración, las tinieblas y

[1] Jo., V, 36.

[2] DE PRESSENSÉ, *Jésus-Christ*, 1884, p. 387.

trastornos ocurridos en la muerte de Cristo; todas estas maravillas, encaminadas á realzar las grandezas de Cristo, fueron dispuestas por el Eterno Padre que quiso con ellas abrir paso y mover los hombres á la adoración de su soberano Hijo. Pero él en ninguna ocasión quiso hacer ilustre su nombre ó procurar su comodidad con extrañas maravillas cuando en su mano estaba. Vivió de limosna el que multiplicó el pan para hartar á los hambrientos, se abrazó con los dolores el que libró de ellos á ciegos y paralíticos, olvidóse de su propia necesidad el que por socorrer la ajena hizo extremos de poderío. Quédense para los famosos milagreros las teatrales y románticas manifestaciones; reservadas estaban para nuestro Jesús *obras* incomparables de compasiva caridad. [1]

ARTÍCULO IV.

Controviértese si la humanidad de Cristo fué causa física ó moral de los milagros.—Razones en pro de la causalidad física.—La causalidad física satisface mejor á todas las conveniencias.—Amplitud de la virtud instrumental. — Prerogativas del poder ejecutivo de Cristo.

Queda arriba asentado que la humanidad de Cristo fué causa instrumental de los milagros, en cuanto la divinidad sirvióse de ella para hacer los que convenía al oficio de redentor. Más adelante pasan los Doctores teólogos, inquieren de qué manera daba remate á obras tan excelentes, si con influencia moral tan sólo, ó si con influencia física. Los antiguos escolásticos Escoto, Durando, Alejandro de Alés, Altisidoro, S. Buenaventura enseñaban que el poner Cristo milagros por obra, consistía en hallarse presente la divina virtud en aquellos actos cuando el Salvador quería hablar, tocar, mandar, pero no admitían que la omnipotencia obrase físicamente en las aguas cuando en ellas sustentaba el cuerpo sin hundirse, en el pan cuando le partía con sus sacratísimos dedos, en los demonios cuando los desposeía de los cuerpos; á lo sumo concedían que de aquella asistencia se derivaba un influjo moral, de suerte que ocupada la santa humanidad en su obra ordinaria, la divinidad ponía en ejecución con infinita fineza otra obra de todo punto maravillosa.

Santo Tomás con muchos teólogos entró por otro camino; tuvo por cierto que la sacratísima humanidad ejecutaba físicamente y hacía con perfección y aderezaba por su mano aquellos inauditos portententos. [1] Este dictamen siguió el P. Suárez y puede probarse con varias razones. Clarísimos son y terminantes los textos [2] que suenan acción física, y no meramente moral, si en su obvio sentido se interpretan; ni hay razón que aconseje una interpretación menos literal. Demás de esto, como dijimos, á las acciones de Cristo teándricas, procedentes del hombre-Dios, pertenecían las milagrosas, en cuanto el Verbo les daba sér mediante la humanidad como con instrumento, de manera que el hombre con sus humanas fuerzas realzadas por el divino poder sacaba á luz obras propias y exclusivas de la soberana omnipotencia. Por esta causa no le era forzoso apercibirse, ni orar, ni usar otras prevenciones; bastábale sólo querer para ver la maravilla puesta en planta en el acto sin más aparatos. Si la humanidad venía á ser el *órgano de la divinidad,* [3] ¿quién pondrá en duda que la humanidad recibiese de la divinidad tan consumada virtud? Así como defienden graves autores que el fuego del infierno y del purgatorio abrasa físicamente las almas, y de los sacramentos piensan muchos que obran con influencia física en la comunicación de la gracia; por esa misma manera hemos de decir que la humanidad de Cristo tenía acción física en la ejecución del milagro, y que su voz llamaba el alma al cuerpo difunto, y sus manos multiplicaban los panes, y sus dedos curaban la ceguera, y sus pies poseían la facultad de solidificar las aguas del mar. Cuando los Padres [4] sostienen que la humanidad de Cristo fué solamente instrumento del Verbo, pretenden signifi-

[1] FOUARD, *La Vie de Notre Seigneur Jésus-Christ.* — PORTMANS, *La divinité de Jésus-Christ vengée des attaques du rationalisme contemporain.* — SMITH, *Dictionary of the Bible*, art. *Jesus.*—REINKE, *Die messianischen Weissagungen.*

[1] III p. q. XIII, a. IV.—CAYETANO, in III p. q. XIII, a. 2.—VEGA, lib. VII *super concil. Trid.* cap. XIII.—PALUDANO, in IV Dist. I, q. 1.

[2] Virtus de illo exibat et sanabat omnes. Luc., VI, 19.—Ego sensi virtutem de me exisse. Luc., VIII, 46.—Imperavit ventis. Matth., VIII, 26.—Volo, mundare. Matth., VIII, 3.—Lazare, veni foras. Jo., XI, 43.

[3] EUSEB., *Præpar. Evangel.* lib. IV, cap. XIII.

[4] S. CIRILO, In Concil. Ephes. epist. ad Monach.—In Jo., cap. V, lib. II.—S. GREGORIO NAZIANZENO, *Carm. de miraculis Christi.*—S. ATANASIO, Serm. IV Contra, Arian.—S. CRISÓSTOMO, *Homil.* XXVI in Matth.—S. AGUSTÍN, Tract. XXIV in Jo.—EUTIMIO, In Luc. VII, cap. XIX.

car que no fué causa principal de los milagros, pero no niegan la causalidad física, secundaria y menos principal.

En qué consistiese la causalidad y virtud instrumental lo disputan los teólogos. Lo más probable es que se fundase en aquella potencia obediencial, común á todos los seres, de ser levantados por Dios, mediante su concurso superior, á obras extraordinarias y de altísima esfera, conforme á la doctrina de Santo Tomás, tratada en otro lugar. [1] En la humanidad de Cristo, la potencia obediencial activa fué elevada á tener capacidad y disposición para dar principio y glorioso fin, concurriendo con su física operación, á los nobilísimos portentos que en el Evangelio se leen. Esta extraordinaria capacidad era la que suspendía los ánimos y ponía en espanto grandísimo á los que veían cómo el lodo aplicado por los dedos de Jesús curaba la ceguera, cómo su bendita mano sanaba tocando, cómo su voz reprimía el mar airado, porque se les alcanzaba perfectamente no ser común ni cosa natural que órganos de tan baja condición poseyesen tan esclarecida virtud. Si debía ésta llamarse natural ó sobrenatural en Cristo es cuestión que poco importa. Por una parte la entidad de la potencia obediencial residía en su humanidad santa, ni era cosa distinta ni modo alguno suyo, como bien dice el P. Suárez; [2] por otra, los efectos pasaban la raya de lo natural y finito, y no podían deberse á lo menguado de la naturaleza humana: por eso poco va en que se llame natural ó sobrenatural; el principal agente era la persona del Verbo, y pues la acción no ha de medirse por la perfección del instrumento, venía á resultar una obra grandiosa y de orden superior, aunque la potencia instrumental fuese material y finita.

Esta doctrina del P. Suárez, que tanto enaltece la virtud de la sacrosanta humanidad, halló en el P. Vázquez un acérrimo impugnador. [3] Dividiéronse los obediencialistas, debajo de estos dos campeones, en absolutos y mitigados, y llevó cada uno en pos de sí doctísimos y numerosos secuaces de todas las sagradas religiones, como puede verse en el P. Esparza. [4] No es este lugar á propósito para emboscarnos en tan enmarañada contienda; pero menester será confesar que los obediencialistas absolutos, después de pasados grandes trances y altercaciones, no por eso quedaron derrotados en el terreno teológico; antes debe permanecer en pie su opinión, estribando en Santo Tomás, á saber, que las cosas materiales puestas en las manos de Cristo influían físicamente en los efectos milagrosos.

Según esto, la humanidad de Cristo ayudó con su concurso físico á las obras de los milagros. Aun los obediencialistas relativos, capitaneados por el P. Vázquez, se conforman en conceder que la naturaleza humana de Cristo, dotada de virtud obediencial para algunos efectos, ya que no para toda suerte de ellos, influyó físicamente, é inmediatamente hizo por sí misma aquellos milagros para los que poseía activa virtud; y aquellos para los que carecía de virtud obediencial, hízolos moralmente, y no con influencia física. [1] Mas á qué milagros se extendiese la elevación de la virtud obediencial, *Digo que no lo sé*, responde el P. Muniesa, [2] *porque como ignoramos todas las virtudes naturales de las cosas, no es mucho confesemos no saber todas las virtudes obedienciales para los milagros.* El P. Oviedo, obediencialista mitigado, explica por influencia física el andar de Cristo y el mandar á Pedro que anduviese sobre las aguas, y el curar á los enfermos; si bien parécele ardua empresa resolver por física acción las resurrecciones de los muertos.

La opinión de la causalidad física, por ser más acomodada á las doctrinas de Santo Tomás, como dijimos en otra parte, [3] merece más estima y consideración, siquiera respecto de la humanidad de Cristo, que fué instrumento conjunto para obrar milagros, y á la cual debíase esta honra sobre los demás taumaturgos. Por este camino se obvian todos los inconvenientes. Primero, queda á salvo la excelencia de Cristo sobre todos los taumaturgos, que no podían hacer milagros las

1 Lib. 1, cap. III.
2 *De Incarnat.* disp. XXXI, sect. VI.
3 T. I, In I p. disp. CLXXXVI.
De Sacramentis, lib. X, q. XXI, XXII, XXIII.

1 Esto resuelven VÁZQUEZ, I p. q. CLXXVI, cap. III.—III p. Disp. LVII, cap. V.—Disp. CXXXII, cap. II.—CONINK, III p. q. LXII, art. 4.—ALARCÓN, *De Angel.*, tract. VI, disp. IX, cap. IX.—GASPAR HURTADO, *De Incarnat.*, disp. IX, diff. 4.—ALDERETE, *De Incarnat.*, disp. XXXIII, sect. II.—ARANDA, *De Incarnat.*, lib. V, disp. VII, sect. III.—MUNIESA, *De Incarnat.*, disp. XIV, sect. VI.
2 Ibid., n. 55.
3 Lib. 1, cap. V, art. V.

veces que querían, ni como querían, ni cuando lo juzgaban conveniente, sino cuando y conforme era Dios servido darles aquel sobrenatural impulso; y Cristo no tenía más ley ni obstáculo para ponerlos en obra que su humana voluntad. Segundo, Cristo poseyó el dón de hacer milagros á modo de hábito, teniendo siempre á su llamar la divina Omnipotencia con atribución permanente en virtud del decreto de Dios; y los otros Santos sólo gozaron de esta gracia por vía de acto y las veces que Dios venía en favorecerlos con su especial asistencia. Tercero, quedan plenamente satisfechas en esta opinión las locuciones de los Santos Padres y Concilios, al decir que la carne de Cristo fué *vivificadora;* que *el Verbo hizo mediante la humanidad obras indicativas de la divinidad*; que *las hizo de un modo más perfecto que Moisés*; que *extendiendo Cristo su mano, la divinidad enfrenó la dolencia*, [1] y otras varias que se han trasladado más arriba. A todas ellas da satisfacción el concurso físico. Cuarto, ocúrrese con feliz suceso á la honra de la sacratísima Humanidad, á quien más alta nobleza viene de ser causa física que de ser causa moral, como es notorio.

Resta declarar cómo la virtud taumatúrgica de Cristo pasaba los límites del horizonte que le rodeaba y trascendía á efectos apartados de la esfera de los sentidos. Santo Tomás enseña que para hacer Cristo extremos de poder bastábale la presencia de su infinita virtud. [2] Aún en las operaciones naturales no es fuerza que el agente y el paciente estén juntos con mutuo contacto real; y si fuera menester en algún caso, en el nuestro no había razón de absoluta necesidad. Siendo Dios el agente principal, y ocupando todo lugar con su infinita inmensidad, y siendo la humanidad parte instrumental, podía Cristo obrar allí donde con el cuerpo no se hallase presente; ni era menester que su mano tocase, ni que su voz hiriese los oidos, ni que viesen y oyesen de cerca lo que decía y hacía; bastaba que de alguna manera diese indicios de su voluntad, para que el efecto sin dilación y con seguridad se siguiera, aunque el sujeto se hallase en remotísimo lugar. Según esta doctrina para curar enfermos distantes, ninguna previa disposición se requería, ningún preparativo ni condición; la santísima humanidad era cabal ejecutora del hecho con absoluta independencia.

En este sentido hemos dicho que hacía oficio de causa instrumental, no como lo son comunmente las artificiales, que exigen movimiento local y término proporcionado. Era ella instrumento manejado por la divinidad, y así el aplicar de la mano, como condición voluntaria de que dependía el milagro, recibía la virtud y eficacia de Dios, pero no era condición indispensable y *sine qua non*. De lo cual no se sigue que la humanidad de Cristo tuviese á su arbitrio dar orden en la ejecución de toda suerte de maravillas, absolutamente hablando, como reducir á la nada las cosas y tornar á darles sér. Aunque poseyera el privilegio de llevar hasta el cabo raros portentos, no consta, dice el P. Suárez, que le tuviese para producir todas las obras que de potencia absoluta pueden ser producidas, [1] pues no tenemos razón suficiente para afirmarlo, antes la hay poderosa para juzgar que únicamente se le comunicó facultad para realizar aquellas obras que según el orden de la divina sabiduría eran á propósito para llevar adelante el plan de la Encarnación y Redención.

Haciendo como un resumen de las cosas dichas, la perfección del poder ejecutivo en Cristo Jesús consistió en tener á su mandar la omnipotencia divina dispuesta á todas las maravillas necesarias y convenientes al fin de su venida al mundo. En lo cual son de notar tres circunstancias. La primera, que Dios estaba en todo momento y lugar pronto á la ejecución de cualquier milagro, según los deseos de Jesús. A diferencia de los demás taumaturgos, que sólo en ocasiones determinadas experimentaron el favor de Dios para cierta clase de milagros, Cristo nuestro Redentor en quien la unión con la divinidad era perpetua y habitual, sentía de un modo permanente la asistencia divina para toda suerte de operaciones milagrosas. La segunda circunstancia es, que la omnipotencia quedaba á la libre disposición y voluntad de Jesús, el cual sin necesidad de hallarse presente, ni de orar, ni de emplear medio alguno, con

[1] S. Atanasio, orat. IV *Contra Arian.*—S. Sofronio, ep. Synod. Syn. VI, act. II. [2] P. III, q. LVI. art. 1.

[1] *De Incarnat. disp.* XXXI, sect. IX.

solo querer y mandar ejecutaba grandezas y sentía poderío para obrar gloriosamente; los Santos al revés, con oración expresa ó tácita, según Santo Tomás lo notó, [1] acometían cosas grandes, como quienes no con imperio sino con ministerio servían á Dios de instrumentos. [2] La tercera cosa es, que el poder taumatúrgico de Jesús se circunscribió á los fines de la Encarnación, y no se extendió en efecto á otras obras ajenas de su divino ministerio. Así lo entendió S. Agustín cuando dijo que Cristo no debió crear otro mundo. [3] Si antes de su predicación vivió sin fama de taumaturgo, no fué porque le faltase poder para grandiosas proezas, pues le tenía íntegro y plenísimo desde el instante de su concepción, como convenía á la dignidad de hombre-Dios; [4] pero por no ser necesario al fin de la Encarnación adquirir estima y acreditar la verdad de sus enseñanzas, apenas hizo cosa de maravilla en el discurso de los primeros treinta años. [5]

Nacen de lo dicho tres excelentes prerogativas del poder taumatúrgico de Jesús. La primera, no haber tenido necesidad de ponerse en contacto con las cosas y personas para producir en ellas perfectísimos milagros; estando lejos de los dolientes sanábalos sólo queriendo, sin que la distancia del lugar impidiese la repentina curación. La segunda, sin necesidad de sujeto

[1] 2. 2. q. CLXXVII, a. 1.

[2] Ipsi quidem suo non imperio sed ministerio foris exhibent nobis nova et insueta.—S. BERNARDO, serm XIII in Cant.

[3] Arbitror enim talia flagitari, qualia gerens hominem facere non debuit. *Epist. ad Volus.* III.

[4] S. ANSELMO, *Cur Deus homo*, lib. II, cap. XIII.

[5] S. AMBROSIO, *Serm.* XIX.—S. EPIFANIO, *Hæres.* LI. —TEOFILACTO in Jo. II.—ISIDORO PELUSIOTA, lib. I, *epist.* CCCXCV.

érale fácil aplicar la divina virtud libre y desembarazadamente dentro del círculo trazado á su glorioso ministerio, como sacar á luz seres nuevos, producir cosas por educción de otra materia, reproducirlas de su propia materia; y que en algún caso puso en ejecución ese tan vasto poder lo admiten por cierto varios teólogos. [1] El aniquilar seres tornándolos á la nada, falta fundamento para afirmarlo de Cristo, pues no parecía conducente á la traza de la Encarnación, ni consta que tal hiciese, y el no haberlo hecho es prueba de que no era oportuno ni conveniente. [2] La tercera prerogativa fué no hallar obstáculo en el cabal cumplimiento de todas las obras sobrenaturales y extraordinarias que conceptuase necesarias y conducentes á los fines de nuestra redención. Defecto es de las causas finitas sentir desmayadas las fuerzas y no llegar con el poder á lo que el humano querer anhela. La voluntad de Cristo era tan plenamente eficaz en cualesquiera efectos, sin excepción alguna, ordenados á establecer el reino de Dios en el mundo, que contra ella no había resistencia natural, ni humana, ni angélica bastante á incapacitar su maravillosa energía. Si no pudo ejercitarla en Nazaret [3] cumplidamente, fué porque no convenía mostrar su infinita virtud entre gente desalmada é incrédula según lo tenía decretado; que una cosa es no poder por falta de capacidad, otra no poder por sobra de justicia y conveniencia, como dice S. Agustín. [4]

[1] TOLEDO, In Jo, VI, *Annot.* 5.— RAINAUD, *Christus Deus homo*, t. I, lib. IV, sect. II, cap. XI.—LESSIO, *De divin. perfect.* lib XII.

[2] RAYNAUD, *Christus Deus homo*, t. I, lib. IV, n. 479.

[3] Non poterat ibi virtutem ullam facere. Marc., VI, 5.

[4] *Contra Gaudent.*, lib. I, cap. XXX.

CAPITULO V.

PODER DE CRISTO SOBRE LOS ELEMENTOS.

ARTÍCULO I.

Advertencia importante.—Los milagros aquí tratados no dan lugar á los fantasiastas.—Milagro de Caná: relación del suceso.—Comentarios de los críticos negativos.—Razones y fin del milagro.—Hubo en él verdadera conversión substancial.

Antes de bajar á la exposición de los milagros evangélicos, conviene advertir, como cosa de grande importancia, no ser nuestro propósito demostrar que en todos los milagros de Cristo resplandezca por un igual la grandeza de su divino poder. Haber sido posible que algunos de los referidos en el Evangelio hayan pasado por manos angélicas, absolutamente hablando, nadie lo pondrá en duda si conoce la esfera del poder espiritual, pues no cabe duda sino que muchas de las maravillas puestas en su perfección por el Hijo de Dios, en sí consideradas, podían efectuarse por ministerio de ángeles, asistiendo Dios á la virtud natural que les tiene comunicada. Mas estos efectos, que por sí propios no hacen palpable la divinidad del taumaturgo, nada empece que, vistas las particularidades que los acompañaron, descubramos en ellos una demostración clara del divino Mesías. Ya que no siempre en la substancia, siquiera en el modo fué su ejecución llevada á cabo exclusivamente por un poder superior al criado, por cuanto en un instante indivisible obrólos Cristo, y no es ese el modo usado por las criaturas; y si algunos dieron lugar y tiempo para que un ángel ayudase á la obra, tales son los pormenores notados en los Evangelios, que ponen de manifiesto haber andado en ellos el solo dedo de Dios. Gravemente lo enseña el Papa Benedicto XIV: *Así como fueron hechos por él milagros que superaban las fuerzas de toda la naturaleza criada, también hemos de decir que los que podían hacerse de una ó de otra manera fueron hechos de la manera más sublime, no tanto excediendo la virtud de la naturaleza visible y corpórea, mas también la incorpórea é invisible.* [1]

Otra cosa es aquí muy digna de consideración. Los incrédulos de nuestros días se perecen por explicar los milagros evangélicos merced á exaltación de la fantasía, á reacción del sistema nervioso, á fuerza de la credulidad: esta es para ellos la gran taumaturga, como en otra parte se dijo. Precisamente nos introduce el presente capítulo en la exposición de sucesos en que estuvo por demás, para hacer su hecho seguramente, la credulidad de la imaginación exaltada. El agua, el viento, el pan, están muy lejos de sospecha en esta parte. Los enemigos del milagro, ó han pasado por alto estos hechos, ó no hacen de ellos mención, ó los callan á sabiendas. Es confesarse vencidos, y declarar á la faz del universo que quien impera sobre las criaturas inanimadas con tan absoluto señorío, no ha menester acudir á la fantasía de los seres racionales para obrar en ellas extraños portentos.

Cabalmente esta suerte de milagros, por ser de tan extraña grandeza, hallan poca acogida en el ánimo de los incrédulos. Entre el sanar de Cristo y el sanar de los médicos descubren ellos algún punto de semejanza que les da margen para tenerlo todo por natural; pero los milagros

---

[1] Sicuti ab eo miracula facta sunt quæ excedebant vires totius naturæ creatæ, ita dicendum est, quæ fieri potuerunt tam uno quam alio modo, ab eo facta fuisse modo sublimiori non tantum excedente virtutem naturæ visibilis et corporeæ sed etiam invisibilis et incorporeæ.—*De Servor Dei. Béat. et Canon*, lib. IV, p. I, cap. VI.

que recaen en seres inanimados les quitan todo asidero, por ser grande la ventaja que llevan al modo usual de las criaturas. Además, en las enfermedades curadas por Cristo ven un fin benéfico y muy en consonancia con su soberana misión; pero en estotros no descubren propósito, ni necesidad, ni utilidad, ni conveniencia; parécenles alardes de poder sin relación con el ministerio del Mesías. Por estas causas han resuelto exterminarlos y declararles guerra y destrucción. Schleiermacher, en nombre de estos adversarios, decía: *El exterminio de esta clase de milagros será fruto dichoso del criticismo y de la exégesis.* [1]

Descendamos á la exposición de algunos. Si es cosa de fe que en los Evangelios se contienen verdaderos milagros, no lo es que cada acto de Cristo en particular deba estimarse por tal. La autoridad de los Santos Padres y la resolución de los comentadores antiguos y modernos deberán servirnos de guía.

En la aldea de Caná, á legua y media de Nazaret, celebraba las bodas una familia pobre, que para autorizar la fiesta había convidado á María y á su hijo Jesús; éste, acompañado de cinco discípulos, llegó á la tarde del mismo día en que se daba el convite nupcial. Habíale aceptado el Señor con el intento de bendecir y santificar el matrimonio, como lo declaró el Concilio Efesino. [2] A la verdad era muy conforme á razón que quien venía á restaurar el orden doméstico y social, empezase á ilustrar su poder en las bodas, y se mostrase generoso en derramar alegría en el banquete de familia promoviendo los vínculos de la concordia y afianzando con prendas de afecto puro y noble la unión del santo matrimonio. También era razón comenzase Cristo de lejos á insinuar los altísimos misterios que venía á enseñar al mundo, el enlace místico que debía celebrar con su Iglesia y la transubstanciación eucarística que había de perpetuar su presencia real entre los fieles hasta el fin del mundo. [3]

[1] *Das Leben Jesu*, p 239.

[2] Christus dispensatorie tunc ipsis nuptiis benedixit, cum in Cana Galileæ cum sanctis apostolis vocatus, adesse dignatus est.—Act. I.

[3] S. IRENEO, lib. III, cap. XI.—S. CIRILO JEROSOLIMITANO, *Catech.* IV.—S. CIPRIANO, *Epist. Contra Aquar.*

Entremos en el patio de la casa y subamos á la galería cubierta que da paso á varios aposentos, y en particular á la sala del convite, modestamente aderezada. En esta galería vense personas de servicio y unas vasijas puestas allí para las purificaciones usadas entre los judíos. Solían no solamente lavar las manos antes de sentarse á la mesa, mas también los vasos y la vajilla, porque la purificación era uno de los puntos importantes de la santidad rabínica. Sin contar otros libros talmúdicos, sólo el Mishnah, que consta de seis partes, ocupa la última en tratar de las purificaciones, y dedica treinta capítulos á la limpieza de los vasos. La negligencia de los lavatorios, en especial tocante á la mesa, era notada en el pueblo por señal de ignorancia ó de impiedad. No sin razón el Salvador daba en rostro á los fariseos con su refinada hipocresía en cumplir tales prescripciones. [1]

San Juan describe entre los muebles de la sala, las seis tinajas de piedra de que hablan los libros rabínicos. Cosa ardua es averiguar su capacidad. Tres suertes de *metretas* usaban los hebreos de Palestina: las comunes, las de Jerusalén, las de Séforis. Las comunes contenían veintitrés litros, y eran como las ánforas romanas; las de Jerusalén medían veintisiete litros; las de Séforis treinta. Según este cómputo en cada tinaja de las que tenían tres metretas, cabían setenta litros si era común, ciento ocho litros si era de Séforis, y ochenta y un litros siendo de Jerusalén. Los vecinos solían prestárselas entre sí cuando el caso lo pedía, y era fácil hacerse con muchas de ellas. Los libros del Talmud advierten que parte servían al uso de los novios y comensales más señalados, y parte para el resto del concurso.

Nótese la rareza de Strauss. Se escandaliza de ver tan enorme cantidad de vino suministrada por Jesús. Es verdad que no consta cierto cuál sería la exacta capacidad de las tinajas. Mas la extrañeza de un Doctor como Strauss, pone á vista de todos su peregrina ignorancia, y nos da licencia para baldonarla y para notificarle que la fiesta nupcial duraba entre los judíos una semana por lo menos, y á veces llegaba á un mes entero, como del

[1] Marc., VII, 2.—Math., XXIII, 25.—Luc., XI, 38.

Talmud se colige. [1] Entrando, pues, en el espacioso comedor, alumbrado por lámparas y candeleros, colocábanse los convidados en mesas redondas, echados en camillas sobre cojines ó tapetes, ó también sentados en sillas. Dada la bendición nupcial llenábanse las copas de los esposos, y daba principio el banquete. No era éste vulgar, sino espléndido, en semejantes casos, según las noticias rabínicas; tampoco fué el nuestro profano ni bullicioso, como que bastaba la presencia de Cristo y de su modestísima madre para tener á raya cualquier desorden.

La Virgen Sacratísima que había tomado la delantera, echó bien pronto de ver la escasez de vino en aquella casa, y más cuando vió entrar á su Hijo con los discípulos; y en efecto aconteció luego que tras los servicios y viandas comenzó á faltar vino á causa de la afluencia de convidados. Vuelta pues á su Hijo, *No tienen vino*, le dice con la llaneza de madre. No intentaba la Virgen María exigir de Cristo un milagro ni ganar por la mano á las trazas de Dios, apresurando la manifestación del divino poder; eso fuera presentar á su Hijo como un milagrero de teatro. Había Cristo pasado treinta años sin obrar en público un solo milagro: solo el asunto de su Padre, que siendo de doce años andaba buscando en el templo, fué ahora el motivo que le impulsó á aceptar la invitación de Caná. Ignoraba la Virgen si quería su Hijo hacer milagros, ni se lo pidió expresamente; pero alentada por la confianza maternal y compadecida de la necesidad y afrenta de la familia, expúsole sencillamente lo que ocurría por si acaso hallaba manera de remediar aquel trabajo.

El Salvador del mundo, deseoso de complacer á su madre y de mirar por la honra de los novios en aquel momento crítico, respondió: *¿qué tienes que ver conmigo, mujer? No ha llegado mi hora;* dándole á entender que una cosa era el parentesco carnal, otra la filiación divina, una la amistad terrena, otra la disposición del cielo. *Nunca honró Jesús tanto á su madre*, dice el Padre Valverde, *como cuando mostró que podía seguramente tratarla con aspereza, sin peligro.* [2] Podría darse otra interpretación. Había la Virgen María ido á casa de los desposados con mucha anticipación en calidad de parienta, y es obvio pensar que estaría encargada de proveer á lo necesario para el convite de boda. Así discurren algunos intérpretes. Notó la falta de bebida, y acude á su santísimo Hijo, convidado por razón de la madre. A su instancia responde el Señor como si dijera: Yo soy convidado, tú la proveedora, á ti como á representante de la persona que da el convite te toca, y no á mí, proporcionar vino suficiente para los comensales: ¿qué tengo yo que ver contigo? [1]

La respuesta del Hijo, al parecer desabrida, en vez de angustiar el corazón de la madre con temores y desaliento, dióle más alegre seguridad, y con aquella gran luz que tenía para conocer el pecho de su benignísimo Hijo manda á los sirvientes hagan cuanto él les ordene, y fué que hinchiesen de agua las seis hidrias, para significar que no había convenio ni ilusión en la obra intentada. Dice el sagrado texto que las ánforas de piedra estaban puestas allí *conforme á la purificación de los judíos;* [2] circunstancia de gran ponderación, para indicar que el agua de estos depósitos servía exclusivamente á los lavatorios usados entre los judíos antes de sentarse á la mesa, y en prueba de no haber allí vino, ni heces, ni cosa que no fuese agua limpia y pura, como lo notó San Juan Crisóstomo. [3]

Hecho esto díceles el Salvador: *Ahora sacad de ahí y llevad al maestresala.* Arrima éste la copa á los labios, prueba la suavidad del licor, y al sentir cuán dulcemente se colaba por la garganta, asombrado y fuera de sí manda llamar al esposo, y quéjasele porque había guardado el vino más exquisito para la postre, contra la costumbre recibida en los festines.

Antes de discutir este milagro deben considerarse las particularidades de la operación mandada por Cristo á los sirvientes. Aquí presupone el Señor disminuída en las tinajas la cantidad de agua, por efecto de los lavatorios, como era natural. Si hubiese quedado en ellas algún

---

[1] JOMA., cap. I, 1.—Gen. XXIX, 17.—Judic., XIV, 12.

[2] *Vida de Jesucristo*, 1600, lib. II, cap. VIII.

---

[1] RÁULICA, *Escuela de los milagros*, homil. VI.

[2] Jo., II, 6.

[3] Ne quis suspicari posset quod aliquo crassiori vino in eis insidente, aqua deinde immissa limpidissimum vinum effectum. Quare illa particula *secundum purificationem judæorum* nunquam in eis vinum fuisse ostendit.—Hom. XXII, in Jo.

vacío, podía caer sospecha en si se había mezclado vino espiritoso y fuerte que comunicara al agua fortaleza y sabor; para quitar toda prevención dispone Cristo, no yendo él por sí, sino ordenando á los ministros, que echen, no en una sino en las seis grandes ánforas, agua hasta los bordes, con cuya disposición iba á ser evidente el milagro de la conversión, y quedaba vino para días con que contentar la curiosidad y satisfacer á las dudas de los siniestros calumniadores.

La segunda orden fué encargar á los sirvientes dieran á probar el nuevo licor al maestresala, idóneo y acreditado testigo. Ignorando éste de dónde pudiesen haber traído aquel vino tan precioso, pues atareado en cuidar de la mesa, no había visto ni oído lo que á sus espaldas había pasado, [1] hízose pregonero de la extraña novedad, y puso deseo en todos de experimentar la verdad de la maravillosa mudanza. No parece bien la sentencia de Salmerón que pensó haberse convertido en vino el agua en el momento de aplicar el maestresala los labios, y no dentro de las tinajas. [2] Maldonado tiene por repugnante esta exposición, y lo es en realidad, porque si se convirtió en vino el agua en el acto de beber, el líquido de las tinajas se habría quedado en su sér de agua, y el Evangelio indica que todos los seis depósitos se tornaron vino de primera calidad, de suerte que todos los huéspedes pudieran aproximarse y ver por sí mismos cómo en efecto era verdad lo asegurado por el architriclino.

Mudos quedaron de asombro al experimentar trocada en vino generoso, sin haberse empleado signo alguno exterior, ni palabra ni invocación , aquella enorme cantidad de agua. Resultado del prodigio fué creer en Cristo sus allegados con nuevo fervor de fe, y disponerse á ella los principiantes en las cosas de Dios. A ninguno se le ocurrió dudar, todos hubieron de rendirse á creer que Cristo sin plegaria, sin contacto, en un instante, con sola su voluntad, había hecho del agua vino por tan maravillosa manera, cual ningún profeta hasta entonces había usado, pues al sacar de las hidrias la que poco antes había sido agua, en el gusto, color y efectos mostrábase vino verdadero y añejo, y no de pasto y común. La fuerza incontrastable del portento abrió los ojos á Pedro, á Andrés, á Felipe, á Juan y á los demás compañeros de Cristo, y empiezan aquí á formar concepto de su maravilloso poder, y á preparar las almas para cuando se digne llamarlos en su seguimiento con especial vocación.

Tal fué el primer argumento que Cristo ofreció en público de su divina majestad. Aquí comienza á dar claras señales de ser el verdadero Mesías, aquí principia á echar refulgentes rayos su divina omnipotencia, como el poeta Claudiano cantó:

Convertit lymphas in vina liquentia Christus,
Quo primum facto se probat esse Deum.

Maldonado se inclinaba al principio [1] á pensar que este milagro de Caná había llevado la delantera á todos los demás en absoluto; [2] después [3] abandonada su opinión tuvo por mejor declarar, como Suárez, [4] que había sido el primero de los efectuados por Cristo en orden á probar al mundo la divinidad de su Persona. Nacer Cristo de madre Virgen, [5] descubrir á los doce años tanta sabiduría en presencia de los doctores, [6] abrirse los cielos y descender sobre él en forma de paloma el Espíritu Santo, [7] ayunar cuarenta días con sus noches sin probar bocado, [8] son grandes y excelentes maravillas, no ordenadas por Cristo como la de Caná, á patentizar la gloria de su divina misión.

Los críticos modernos manchan con enigmáticos borrones la hermosura de este sencillo relato. Ya Calvino dió en imaginar que la Virgen Sacratísima en aquellas palabras *vinum non habent*, quiso avisar á Cristo que era ya tiempo de echar un discurso á los presentes para distraerlos de la falta del vino y tenerlos embelesados con la dulzura de su lenguaje.—Schenkel pensaba que Cristo dió á su madre tan agria repulsa para denotar que no estaban él y ella en amistosas relaciones con la familia.—A Paulus se le asentó en el pensamiento que Jesús al prever que el vino escasearía, le había llevado consigo, y luego le echó en hidrias vacías mandan-

[1] MALDONADO, In cap. II, 9. [2] T. VI, Tract., VII.

[1] In Matth., II, 11.
[2] Usque ad suum in Jordane baptismum nullum Christus patravit miraculum.— S. EFREN, *In Ezechiel.*, cap. I.
[3] In Jo., II, 11. [4] In III, p. disp. XXVI, sect. 2.
[5] Is., VII, 14.—Matth., I, 23. [6] Luc., II. [7] Matth., III, 16. [8] Matth., IV, 2.

do llenar de agua una de ellas, con que granjeó reputación de listo y habilidoso.—Gfrörer prefirió decir que María había regalado el vino, y que en lo más público del sarao hizo señas á Jesús indicándole la razón y oportunidad de presentar el regalo.—A Pablo de Regla parécele más del caso juzgar que Jesús andaba en aquel entonces ocupado en estudiar los vegetales y los cuerpos simples, y que por vía de experimento ensayó en Caná esta artificiosa combinación. [1]—Lange tiene por más acertado opinar que la deliciosísima conversación de Cristo exaltó los ánimos de los comensales, y teniéndolos con su melosa y dulce verbosidad absortos y entusiasmados, en aquella extática elevación les comunicó la plenitud de su sabiduría.—Semejante bebida espiritual encarecieron, cada cual á su modo, Baur, Keim, Ewald, Hilgenfeld.—Este último en el milagro de Caná quiso descubrir que el Dios del Evangelio era un Dios más alto y poderoso que el del Viejo Testamento.—Neander, descartada la interpretación naturalista, niega que el agua se tornase vino; tiene por muy bastante que Cristo comunicase al agua un gusto y virtud parecida al vino.—Strauss en fin tanta inverosimilitud y contradicción halla en este milagro, que estimándole imposible, expone el suceso míticamente según su sistema. Moisés mudó el agua en sangre, y de la salada hizo agua dulce; Eliseo convirtió en potable la insalubre. De estos ejemplos se aprovecharon los discípulos de Jesús para ahijar á su Mesías el poder de Moisés y de los profetas. En esto consiste el mito de Strauss: ninguna analogía tiene el hecho de Caná con los hechos del Viejo Testamento; el mito de Strauss es un devaneo de su cabeza.

Tanto puede el vino de Caná con las de nuestros racionalistas, que les traba las lenguas y les pone temblorosos los labios con perversión y desconcierto de sus racionales potencias: bebedizo parece de la locura. Sus exposiciones más son desvaríos que comentarios, destrozan la relación evangélica en vez de explicarla, echan á una mano la segunda parte, no hacen caso de la sorpresa, pasmo, admiración de los convidados al sabor de la nueva bebida, ni siguen el sentido literal é histórico. Más les valiera descargar sus iras en la relación, que no maltratarla y profanarla con tanta mengua de sus ingenios. Para deshacer las pretensiones de nuestros adversarios basta considerar los caracteres de verdad que en este suceso se encierran. La necesidad de referir las cosas conforme pasaron, hace que el historiador ponga en los labios de Jesús una respuesta al parecer seca y menos ajustada á la dignidad de su Madre; [1] el mandar la Madre sin recelo á los criados hicieran cuanto su Hijo ordenase, denota que estaba segura del remedio á pesar de la aparente reconvención; el disponer el Hijo fuesen por agua cuando lo que faltaba era vino, es señal indubitable que trataba de socorrer la necesidad por vías desusadas; el hacer que llenasen las tinajas de agua cuanto eran capaces, significa que no pudieron mezclar vino; el catarle otros y calificarle de excelente, prueba que no era falsificado ni artificial; el hallarse más rico que el de mesa, es indicio de que era de otra especie; el ser tan abundante y dejar pasmado al maestresala, demuestra que cogía de sorpresa á todos los convidados; el ser tanta la muchedumbre, mayor que la que era de esperar, es argumento de la novedad del caso; en fin el reunirse tantas circunstancias en este milagro, convence de enemigo de la verdad al que no le acepta, como tantas personas le aceptaron con mil demostraciones de admiración y contento. Finalmente logró Cristo esta ocasión para mostrar á sus discípulos cuánto distaban su vida y su doctrina de la doctrina y vida de Juan Bautista que no bebía

---

[1] *Jésus de Nazareth, au point de vue historique, scientifique et social*, 1891, p. 93.

[1] La respuesta de Jesús, tan característica y significativa de la realidad histórica, ha sugerido al novelista Bois una interpretación muy propia del enemigo del nombre católico. «Le Christ jamais ne prononça le mot brutal: Femme, qu' y a-t-il de commun entre toi et moi?» — Esto dice el novelista, y añade por vía de nota: «M. Louis Ménard traduit très judicieusement et beaucoup plus exactement. λέγει αὐτῇ ὁ Ἰησοῦς τι ἐμοὶ καὶ σοι, γύναι; par «Jésus lui dit: Femme, qu' est-ce que cela nous fait à toi et à moi?» — C'était aux noces de Cana, Marie voulait qu' on eut du vin. Mais, pour des intelligences mystiques, que peut être un peu de vin?» (*Le Satanisme et la magie*, 1895, p. 11). — El novelista francés con el achaque de exaltar sin medida el ministerio de la mujer, viene á negar el asunto del milagro. ¿Ni á Cristo ni á su benditísima madre les había de importar que los novios tuviesen ó dejasen de tener vino, cuando el dársele en abundancia (y no *un peu de vin*) había de contribuir á la gloria de la Encarnación, en que se interesaba la gloria de Jesús y de María? Por este camino, un libro destinado, según las apariencias, á combatir á los amigos de Satanás, resulta un nuevo presente ofrecido con guante blanco al servicio del demonio.

vino y usaba de rigor y aspereza, [1] y también para condenar desde el principio la afectada rigidez de los fariseos que le habían de motejar de comedor y bebedor. Con la publicidad del milagro satisfizo á todas estas preocupaciones, enseñando que el reino de Dios abrazaba la santificación de todos los estados.

Planta el colono la cepa, riégala con agua, crece la cepa y produce racimos, el calor solar elabora en los racimos el precioso licor, el viñero le exprime en el lagar y hace que fermente, el mosto se convierte en vino. La palabra de Jesús, acortando plazos y excusando tan largas y penosas operaciones, hace que el agua dejando de ser lo que era, sepa á vino y adquiera el sér de tal; ahí esta el milagro. El zumo de la uva contiene en sí los principios siguientes: azúcar, fécula, pectina, albúmina, gluten, bitartrato potásico, materias colorantes, tartrato de cal, de alúmina y de potasa, cloruro de sodio y de potasio, materia grasa, agua. En la confección del vino fuera del alcohol, que va entre siete y veinte por ciento [2], entran estas substancias: agua, azúcar, pectina, albúmina, materia extráctica, ácido acético, bitartrato potásico, tartratos de cal y de potasa, cloruros de sodio y de potasio, sulfato potásico, éter enántico, ácido carbónico, materias colorantes. En el convertir súbitamente en estas substancias tantas y tan varias, las solas dos oxígeno é hidrógeno de que se compone el agua, estuvo la operación del milagro de Caná donde Cristo hizo el agua vino. [3] Dice aquí S. Agustín con maravilloso acierto: *El que mandó llenar de agua las seis hidrias y fabricó en ellas vino aquel día en las bodas, es el mismo que ocupa todo el año haciendo otro tanto en las vides. Así como lo que echaron de agua los criados en las hidrias fué convertido en vino por obra del Señor, así lo que las nubes derraman se convierte en vino por obra del mismo Señor. Aquello no nos espanta, porque cada año acontece: la costumbre le roba la admiración.* [4]

[1] Luc., I, 15.—Matth., XI, 18.
[2] Dr. D. Vicente Munner y Valls, *Análisis químico*, lección XXIX.
[3] Ubi fecit aquam vinum, Jo., IV, 46.
[4] Ipse fecit vinum illo die in nuptiis in sex illis hydriis quas impleri aqua præcepit, qui omni anno facit hoc in vitibus. Sicut enim quod miserunt ministri in hydrias in vinum conversum est opere Domini, sic et quod nubes fundunt, in vinum convertitur ejusdem opere Domini. Illud autem non miramur, quia omni anno fit: assiduitate amisit admirationem. —*Tract.* VIII in Jo.

Lo mismo dice en otros lugares, [1] y San Crisóstomo, [2] y S. Gregorio [3] repiten el mismo pensamiento.

Esta conversión fué substancial, y por tanto milagrosa. En la conversión accidental queda la materia y la forma substancial, y se aplica otra forma accidental: en la conversión substancial perseverando la materia se introduce otra forma substancial, y en esto solo pone las manos Dios, cuando en el acto se hace. La conversión comprende dos mudanzas en su esencial entidad: la una negativa, y es el acabamiento de un término; la otra positiva, y es la posición del otro término. Requiérese que la posición de éste excluya la existencia de aquél; no pueden concomitantemente existir ambos á dos, por motivo de que la conversión no es tránsito como quiera, sino tal, que el término *a quo* deje de ser y dé lugar al término *ad quem*, de esta suerte la conversión es mudanza de un término en el otro, y no salida desde un término para el otro. Así lo enseñan los Escolásticos, en especial el Padre Oviedo. [4] Por virtud de la mudanza y conversión de una substancia en otra, el término antiguo llámase con toda propiedad convertido y mudado en otro.

En las bodas de Caná se obró una conversión substancial del agua en vino. En toda conversión substancial es de necesidad que algo persevere y sea común con los dos términos *a quo* y *ad quem*. En nuestro caso al decir S. Juan que Cristo del agua hizo vino, [5] indica que alguna cosa hubo de permanecer, que ni era agua ni era vino, en orden á la cual cosa el término siguiente (vino) sucediese al antecedente (agua), porque si destruida el agua se pusiera vino en su lugar, no podía decirse que el agua se tornó vino.

Del modo que tuvo Cristo de obrar se ve claro quiso introducir en la materia del agua la forma substancial del vino, expelida la del agua; de lo contrario fuera trabajo excusado henchir las vasijas hasta que el agua sobrepujase. Si hubiera trasegado el vino tomándole de otra parte, después de arrojar el agua ó evaporarla, no habría manifestado su divino poder ni la

[1] *Serm.* CXXIII, 3. — *De Genes.* ad litt. lib. VI, cap. XIII.
[2] *Homil.* XXII in Jo. [3] *Moral.* lib. VI, cap. XV.
[4] *De Generatione, Controv. II*, p. V. n. 7.
[5] Aquam vinum factam. Jo. II, 9.— fecit aquam vinum. Jo. IV, 46.

gloria de Dios, comoquiera que el demonio podía hacer otro tanto, y no era decoroso á la soberana majestad, así discurre el Cardenal Lugo, [1] entretener la concurrencia con semejante trastrueque, porque pareciera quería jugar con los presentes, y fuera inútil aguarles el gozo y placer, ya que de las circunstancias habrían colegido que el agua misma había pasado á ser vino, pues no paladeaban en la nueva bebida rastro ni sabor de agua.

Además esta producción substancial no pudo hacerse de toda el agua, después de colmar las tinajas, combinando con ella los principios propios del vino. Porque estando las tinajas de agua hasta el cuello, si se hubiera introducido solo el alcohol necesario ¿quién duda que se habría derramado gran parte del líquido por de fuera? De donde para que aquella gran cantidad de agua viniese á parar en vino en el acto, fué menester conversión instantánea, y que la forma de agua ó cediese sus veces, ó diese lugar, ó se rindiese del todo á la forma de vino; forma que no existía antes, y fué preciso producirla é introducirla, haciendo que lo que era sólo oxígeno é hidrógeno combinados, incluyese los principios elementales del vino que van dichos, y que combinados entre sí diesen por efecto aquel licor generoso que á todos dejó espantados y que tenía fuerza para deleitar y embriagar. [2] El estado precedente del agua no podía ser más cierto, los testigos fueron muchos, ninguna cosa natural se empleó, la mudanza fué repentina y total; el milagro de la conversión no pudo ser más evidente.

De esta suerte alcanzó Cristo todos los fines principales que los milagros pretenden, la gloria de Dios y bien de los hombres. La gloria divina se manifestó en el milagro probando Cristo por él su divinidad. Y es de notar que los profetas antiguos no buscaban su propia gloria en los milagros, sino sólo la de Dios, cuyos embajadores y ministros eran; Cristo empero descubrió su propia gloria dando á conocer que era Dios y haciendo que los hombres que habían asistido á aquella maravilla, la propagasen por el mundo y se constituyesen sus auténticos narradores. El segundo fruto fué aumento de fe en los discípulos [1] que le seguían, firmeza en los que titubeaban y le miraban con algún recelo, confianza y rendimiento en los que aún no se le habían adherido. [2]

[1] *De Sacram. Euchar. disp.* VII, sect. II.
[2] Jo., II, 10.

ARTÍCULO II.

Multiplicación de los panes y peces; relación del suceso. —Las circunstancias prueban el milagro.—Otra interpretación moderna.—Refútase la escuela naturalista. —Paulus atribuye la abundancia á la ocasión que Cristo dió.—Otros á providencia natural.—Otros niegan que el milagro conste en el Evangelio.—Cristo no excluye, antes afirma el milagro.—La escuela mítica.—Objecion de los espiritistas.—Este milagro se hizo dos veces.

Cuán señalado fuese el convite que dió Cristo nuestro Señor á cinco mil hombres con solo cinco panes y dos peces, lo significa el acuerdo de los cuatro evangelistas, [3] que con particular cuidado le dejaron escrito para denotar la importancia del misterio.

Betsaida distaba unas leguas de Cafarnaum, y menos aún del lago de Genesaret: era ciudad rodeada de llanuras y colinas desiertas. El paraje muy á propósito para retirarse Cristo á descansar de su ordinario ministerio y vacar á la oración con quietud. Como muchas familias advirtiesen que se dirigía en la barca á esta parte del lago, le siguieron y cercaron al desembarcar, juntándose á ellas otras gentes de pueblos vecinos. Y dice San Marcos [4] que algunos de los que iban á pie llegaron al desembarcadero antes que Jesús y sus apóstoles; circunstancia no necesaria, pero muy del caso para corroborar la verdad histórica de la narración. El añadir San Marcos [5] artículo á *la barca*, indica que sería la misma de otras veces, ó por ventura de Pedro ó de los Zebedeos.

Subióse el Salvador á un altozano con los discípulos y con los que se habían adelantado, y se entretenían hablando de la muchedumbre que iba llegando, [6] la cual en un instante se agolpó y extendió por la ladera. Estaba cerca la Pascua: muchas caravanas de peregrinos alojadas junto al lago, se unieron con los de las inmediaciones, y formaron un gentío mayor que el que hasta entonces le había seguido, un rebaño sin pastor, cansado y acosado del hambre. Preciosa coyuntura le ponía en

[1] Et crediderunt discipuli ejus. Jo., II, 11.
[2] TOLEDO, in cap II, Jo., *Annot.* XVI.—MALDONADO, in cap. II Jo., vers. 11.
[3] Matth., XIV.—Marc., VI.—Luc., IX.—Jo., VI.
[4] VI, 33. [5] VI, 32. [6] Jo., VI, 3.

las manos el Padre celestial, y no convenía malograrla.

El sol cayendo al ocaso, el lugar desierto, la gente al pie de cinco mil, sin contar mujeres y niños, que serían otros tantos, todos cansados y fatigados de la necesidad. En este conflicto los discípulos insinúan al Maestro que los despida para que vayan á los lugares comarcanos á procurarse alimento. *No hay para qué despedirlos*, responde el Salvador, *dadles vosotros de comer.* [1] Habíales conferido facultad de hacer milagros, con que ensanchando las entrañas de su piedad, pudieran haber acudido al socorro de la natural apetencia. Pero con las grandes ansias que tenía de socorrerlos por su mano, pregunta á Felipe: *¿De dónde compraremos pan para que coman éstos?* significando que sin milagro no podía ser. La respuesta de Felipe fué decir: *no bastaran doscientos denarios para dar un bocado de pan á cada uno.* Y lo mismo habían dicho los otros apóstoles, y era confesar todos lo arduo de la dificultad, aunque bien se les alcanzaba, ya que no entendiesen el porqué de aquella pregunta, que algún intento traía entre manos de importancia su Maestro en orden á vencer aquella imposibilidad. Doscientos denarios (de 30 á 35 duros) repartidos entre los hombres tocaban á cuatro céntimos y medio de peseta por persona, una pizca de pan (modicum quid).

Aquí díceles el Señor: *¿Cuántos panes tenéis?* Averiguado, le ofrecieron cinco panes de cebada y dos peces reservados para el sustento. Pobre y vil era el repuesto, propio de pobres, pues los ricos gastaban pan de trigo. San Juan usa de la palabra ὀψάριον que significa companaje, ó lo que se acompaña con el pan, como sardina, arenque, ó cosa semejante; y tal vez este diminutivo adoptado por San Juan expresa una suerte particular de escabeche. El Talmud advierte que los pescados se salaban y escabechaban, y más los pequeños, y se servían y comían sin pasarlos por el fuego, por ser así adobados sabrosos y saludables. De ellos cogíase gran copia en el lago de Galilea, y de este adobo hacíase mercancía entre aquellos pescadores; la sardina escabechada era plato muy común á familias ribereñas. Mas ¿qué prestaban cinco panes y dos peces para tan crecido concurso?

Manda el Salvador á los apóstoles que hagan sentar toda la muchedumbre sobre el heno, que era verde, como notó San Marcos, [1] y después de Pascua no consiente yerba verde la condición del clima palestinense, y así este suceso tuvo lugar antes de la Pascua, como San Juan lo advirtió; [2] particularidad que comprueba á maravilla la verdad evangélica. Para el mejor orden y concierto acomodaron los apóstoles la gente por cuarteles de ciento en ciento y de cincuenta en cincuenta: tocaría á cada uno el cuidado de unas ochocientas cincuenta personas.

Cuando el dueño de la casa había de honrar con su mesa á personas extrañas, ó, aunque no comiese, había de repartir los manjares á sus hijos y familia, era costumbre entre los judíos bendecir la comida y dar gracias. Cristo aquí tomó en sus manos el pan, que era en este caso el principal alimento, levantó los ojos al cielo, dió gracias á su eterno Padre, bendijo el pan, y echada la bendición le partió y entregó á los discípulos para que ellos distribuyesen su ración á todos los que estaban acampados; lo mismo haría con los peces. Con qué palabras bendijo y dió gracias, no lo dicen los Evangelios.

Pero lo que no puede ponerse en cuestión es, que después de bendecido el pan, por extraño prodigio se multiplicaba mientras se partía. Lactancio opinó que el pan y los peces salían acrecentados de las manos de Jesús. [3] Lo mismo juzgó San Jerónimo. [4] San Crisóstomo, Eutimio, Leoncio intérpretes de este lugar, estiman que el pan creció entre los dedos de los apóstoles. Salmerón sintió que *Cristo al partir el pan daba á los apóstoles pedacitos y éstos se hacían mayores en el camino, y llegados á las mesas, acababan de crecer;* [5] *porque de lo contrario no hubieran sido las turbas testigos del milagro.* San Agustín parece que adoptó ambas exposiciones. [6] San Hilario anduvo también dudoso. El P. Mal-

---

1 Matth., XIV, 15.—Marc., VI, 35.—Luc., IX, 12.—Jo., VI, 5.

---

1 Super viride fænum. VI, 39.

2 Erat autem proximum Pascha, dies festus judæorum, VI, 4.

3 Frangebat ipse panem minutatim, carnemque piscium comminuebat, et utraque in manibus ejus augebantur.—*Div. Instit.*, lib. IV, cap. XV.

4 In Matth., XIV.

5 *De Miraculis.* t. VI, tract. XXVI.

6 Serm. CXXX.—*Tract. in Jo.*, XXIV.

donado [1] tuvo por más probable que los panes florecían y brotaban en las manos de Cristo, primer autor del milagro; después recibían extraño crecimiento en las de los apóstoles, ó en los canastos, de forma que cuanto más sacaban para dar á los que estaban sentados, más en aumento iba el número de los panes por divina disposición, como si hubiese despensas y arcas llenas de ellos y la muchedumbre no se diese manos á cogerlos. El hecho es, que ora creciese la cantidad en las manos de Cristo, ora en las de los apóstoles, ora en las de los que repartían, ora en las bocas de los que comían, ora en todos á la vez, no se consumía la provisión; todos los muchos miles de concurrentes aplacaron la importunidad del hambre, comieron á la medida de su apetito, y quedaron hartos y muy satisfechos, [2] con ser tantos, de diversas edades y complexiones, y con recibir todos de un mismo simple y rústico manjar. *¡Gran milagro!* exclama San Agustín; *si atendemos al que le hacía, no hay por qué asombrarnos.* [3] San Hilario dice: *No alcanza la vista cómo se produjese aquel efecto de invisible operación. Hay lo que no había; se ve lo que no se entiende. Sólo resta creer que Dios todo lo puede.* [4]

Acabada la comida, recogiéronse los residuos y con ellos se llenaron doce canastas. Al ver la estupenda maravilla la gente espantada, comenzó á decir en voz baja, y después á gritos de pura alegría y admiración: *Este es, cierto, el Profeta que esperamos.* [5] Antevió Cristo que le buscarían y harían fuerza para alzarle por rey, y apremió á sus discípulos á que se embarcasen á Betsaida y huyesen de allí. Con grandeza tal quedó afamada la misericordia y virtud de Cristo nuestro Señor.

De esta sencilla narración se coligen las circunstancias siguientes, que ponen á vista de todos la entidad del milagro. Lo primero, era cierta la necesidad; los discípulos aconsejan al Salvador que despida la muchedumbre, pues careciendo ellos de medios para socorrerla, no quedaba á las familias otro recurso sino buscarse provisiones en los lugares vecinos. Lo segundo, era cierta la imposibilidad de proveer á la hambre de unas doce mil personas; requeridos y rebuscados los cofres, sólo se hallaban cinco panes y dos peces, y los que andaban buscando eran doce hombres deseosos de favorecer á la turba y de obedecer á su Maestro. Lo tercero, fué suma la precaución de Cristo en patentizar el milagro; manda que se repartan en cuadrillas las turbas para que puedan todos ser testigos del milagro sin dar lugar al artificio, porque podrían haberse arrojado algunos panes á la voracidad de la muchedumbre, y apoderados de ellos los más hambrientos habría alguno tomado ocasión para propalar, que los cinco panes habían dado hartura á todos; y eso hubiera podido acontecer á estar la gente arremolinada en confuso desorden, inconveniente que se evitó ordenando Jesús que todos se sentasen y estuviesen quedos formando grupos de á ciento. Lo cuarto, fué altamente admirable la multiplicación; tomar Cristo en sus manos los panes y los peces fué representar al vivo el misterio y sustento espiritual de la palabra divina, y pasar de sus sacratísimas manos á las de los apóstoles, y de éstos á las del pueblo fué figurar propiamente el pan celeste, de que luego les ha de hablar, [1] sin que á ninguno se le alcanzase el secreto de aquella portentosa fecundidad. Lo quinto, fué palpable la multiplicación; con cinco panes y dos peces apagóse el hambre y quedó satisfecha cabalmente el ansia de cinco mil hombres, no contando niños y mujeres, y mandados recoger los relieves sobraron doce cestas de pan, sin lo que llevarían los muchachos en los senos; abundancia, que hizo en las turbas tan honda impresión, que no pensaron sino que aquel hombre era el profeta prometido de Dios, digno de ser nombrado rey, como rey creían los judíos había de ser el venturoso Mesías. Lo sexto, fué evidente el desinterés de Cristo; probado que era el verdadero Mesías, por ellos mal entendido, no sufrió le alzasen por rey, y rehusó el imperio temporal,

---

1 *Comment. in Matth.*, XIV, 19.

2 Et manducaverunt omnes, et saturati sunt. Et tulerunt reliquias, duodecim cophinos fragmentorum plenos. Matth., XIV, 20.—Marc., VI, 42.

3 Grande miraculum; sed non multum mirabimur factum, si attendamus facientem.—Serm. CXXX.

4 Non sensus, non visus profectum tan inconspicabilis operationis asequitur. Est quod non erat; videtur quod non intelligitur. Solum superest ut Deus omnia posse credatur.—*De Trinitate*, lib. III, cap. VI.

5 Illi ergo homines cum vidissent quod Jesus fecerat signum, dicebant: Quia hic est vere Propheta, qui venturus est in mundum. Jo., VI, 14.

1 Jo., VI, 27.

contento con el espíritual en sus almas y corazones.

Todas estas particularidades declaran que el milagro fué cierto, y que Cristo es Hijo de Dios. El día siguiente recordando á los cafarnaitas la multiplicación de los panes, les echa en cara que sólo llevaban puestos los ojos en el pan material y no en el espiritual y sólido que da la vida eterna; y les dice claramente que Él es *el pan de vida*, *el pan bajado del cielo*, *el que da vida al mundo*, *el que resucitará á los creyentes*. Y pues funda estas consideraciones en el milagro de los panes, y le da por sello y señal exterior de aquella comunicación celeste, de ese modo manifiesta que en figura y en realidad, en un pan y en otro pan es verdadero Hijo de Dios.

Esta ha sido en todo tiempo la exposición de los Santos y comentadores cristianos. Algunos protestantes, no satisfechos con ella, han inventado otra, que refiere el milagro á un apresuramiento invisible del curso natural. Lo que en muchos meses por vueltas y revueltas, de grano sembrado viene á resultar trigo, harina, pan, en un cerrar y abrir de ojos fué ejecutado por secreta disposición de Dios. Así Olshausen. [1] Esta ejecución acelerada, sin artificio de máquinas, del orden natural, no ha lugar en nuestro caso, donde tenemos, en vez de trigo y de óvulos, panes y peces del todo hechos y puestos en las manos de Jesús. Cuanto más exorbitante prisa se diera la naturaleza en la confección de estos alimentos, más milagros habían de intervenir en la aceleración del curso natural que en la instantánea multiplicación; más sencilla es la interpretación antigua que la reciente.

Pero mal provecho les hace á los racionalistas el bocado evangélico, aunque no puedan sosegar sino mordiendo. Siquiera aprueben la veracidad de la relación, con tanta irreverencia la profanan, por no decir insolencia, que le quitan todo rastro de autoridad y verosimilitud. No reparan en contar por parabólico el suceso, ni en darle significación de comida espiritual, ni en atribuirle origen mítico. Voceen cuanto quieran, cuando los cuatro Evangelistas tan perfectamente convienen, y se traban entre sí las circunstancias con tan natural enlace, es imposible carezca su dicho de base histórica, ni hay manera de achacarle á humana invención. El empeño de los críticos adversarios en inventar sistemas de interpretación y en reducir el hecho á leyenda, mito, alegoría, es clara demostración de que fuerzas naturales son insuficientes á dar razón de tan admirable relato.

Oigamos cómo discurren. Exaltando los vuelos de la fantasía, escriben que los Santos Padres y autores eclesiásticos imaginaron ver en los Evangelios maravillas y cosas que ni siquiera pueden concebirse. Para explicar naturalmente el suceso de los panes, discurren que Jesús no fué causa eficiente, sino sólo ocasional de la hartura prodigiosa. Así Paulus enseña que el repartir Cristo los cinco panes y dos peces entre la plebe sirvió de estímulo á los ricos para que hiciesen otro tanto con los pobres; las fiambreras de los que iban bien provistos acallaron el hambre de toda la muchedumbre. Pero discurrir así es fingir, y no explicar. Para hacer verosímil su exposición, suponen que los judíos seguidores de Cristo acababan de celebrar la fiesta de Pentecostés, y San Juan dice claramente que ni siquiera habían solemnizado la Pascua; [1] ellos imaginan que las turbas venían de Jerusalén, y San Mateo [2] y San Marcos [3] dicen que acudían de los pueblos vecinos; ellos introducen caravanas montadas en dromedarios cargados de víveres, y San Mateo y San Marcos testifican que iban todos á pie (pedestres); ellos encarecen la abundancia de vituallas, y los evangelistas dan por cierto que tanta escasez había de ellas, que hubieron de pedir á Jesús los apóstoles licencia para ir á comprarlas, como quienes sólo tenían á mano cinco panes y dos peces; [4] ellos osan aseverar que los doce canastos de pan eran los restos sobrantes en las mesas de los ricos cuando por insinuación de Cristo habían, dicen, convidado á los pobres, y San Juan expresa con toda claridad que los doce canastos eran residuos de los cinco panes de cebada, [5] y no del repuesto contenido en las petacas judías.

Parecida á esta es la exposición dada

---

1 *Bibl. Comment.* p. 1, 480.

1 VI, 4. 2 XIV, 13. 3 VI, 33. 4 Luc., IX, 13.—Matth., XIV, 17.—Marc., VI, 38.—Jo., IV, 9. 5 VI, 13

por Weisse[1] y por Beyschlag.[2] En el abastecimiento de comida ven estos dos críticos una traza providencial. Jesús, tomada la resolución de hacer el plato á tanta gente, al ver que aquellos pocos panes y peces no llenaban la necesidad, formó la intención de llevar á cabo su idea, confiando que no faltaría la providencia de su Padre, dado que ignorase de dónde le vendría el socorro. Empieza, pues, á distribuir á las familias más cercanas los cinco panes y dos peces. No dicen los evangelistas de qué manera se cumplió la expectación de Cristo; pero podemos conjeturar que el ascendiente que tenía en los ánimos de aquel gentío movería á muchos á brindarle con los bastimentos de sus cofres, y es creible que entre tantos no faltaron algunos de los concurrentes á la Pascua que pusieron á su disposición abundancia de comida; este inmenso aparador bastó para dejarlos á todos satisfechos y bien comidos. Tal fué la providencia especial de Dios.

En esta hipótesis, imitación de la de Paulus, Weisse y Beyschlag asientan que Cristo comenzó la distribución sin saber de dónde le vendría el suplemento, y creyó que Dios, su Padre, proveería, siquiera por milagro. Hablando en abstracto sin tener en cuenta la relación evangélica, tal vez podía tener cabida esa exposición. Pero la exégesis escritural es la que nos debe guiar. Lo podemos bien pensar: la muchedumbre llevaba consigo algunos manjares, demás de los hallados por los discípulos en poder de aquel muchacho,[3] que al cabo eran cinco panes y dos peces, como refieren los cuatro evangelistas. Mas el texto sagrado abre camino á consideraciones de otra especie.

En primer lugar, proponen los discípulos al Salvador que, vista la necesidad de víveres y la imposibilidad de obtenerlos, convenía que las turbas fuesen por ellos á las aldeas del contorno.[4] *No es menester*, respóndeles Cristo;[5] y fué confesar con su amorosa sonrisa que los discípulos no contaban con suficiente comida para doce mil personas, y que él hallaría traza para proporcionársela por sí propio, sin remitir la necesidad á la ajena compasión. Luego no dice el Evangelio que Cristo empezase á distribuir los panes, sino que los dió y repartió á sus discípulos,[1] y éstos á los que estaban sentados; circunstancia que no se cumpliría en la suposición de los adversarios. Después, sin añadir más palabra, concluyen los cuatro evangelistas que todos comieron hasta no desear más, y quedaron satisfechos. Este silencio de los evangelistas corta las alas al discurso de los críticos. Y lo que acaba de apearle es la aclamación de los judíos, cuando visto el milagro hecho por Jesús, decían: *Este es en verdad el Profeta que ha de venir al mundo.*[2] A tener fundamento la hipótesis que examinamos, la traza providencial habría parecido milagro á Cristo solo y no á las turbas. Los apóstoles tampoco habrían tenido parte en la intención de Cristo; al contrario, al separar en pelotones la gente, acabarían de entender que no era dable con aquellos doscientos denarios remediar la necesidad de tantas bocas, como antes imaginaran.[3]

Dirán acaso que el milagro estuvo en despertar los ánimos de los ricos y moverlos á convidar con lo que cada uno llevaba en su repuesto, para el común alivio. Pero tan poderoso efecto no era bastante para intitular á Cristo Profeta y para levantarle por rey.[4] Y aunque solo San Juan notó esta circunstancia, los sinópticos[5] la apoyan y la suponen cuando dicen que Jesús hizo fuerza á los discípulos para embarcarse y arribar á la opuesta orilla. Y es muy de advertir que no le llaman las turbas profeta como quiera, sino *el Profeta*, con el artículo enfático (ὁ προφήτης), y añaden verdaderamente tal (ἀληθῶς), el que esperamos (ὁ ἐρχόμενος), el que viene, el que ha de venir al mundo *(qui venturus est in mundum)*. ¿Y por qué le dan ese nombre? No porque hubiese anunciado cosas futuras, ni porque hubiera penetrado las intenciones de los ricos, sino porque á todos los hombres enviados por Dios con misión extraordinaria llamaban los judíos *Profetas.*[6] Dieron á Cristo este nombre porque, según la errada opinión

---

[1] *Das Leben Jesu*, II, p. 196.
[2] *Das Leben Jesu*, p. 310.
[3] Jo., VI, 9.
[4] Matth., XIV, 15.—Marc., VI, 25.—Luc., IX, 12.
[5] Jesus autem dixit eis: non habent necesse ire.—Matth., XIV, 16.

---

[1] Matth., XIV, 19.—Marc., VI, 41.—Luc., IX, 16.—Jo., VI, 11.
[2] Jo., VI, 14.
[3] Marc., VI, 31.—Jo., VI, 7.
[4] Jo., VI, 14, 15.
[5] Matth., XIV, 22.—Marc., VI, 45.
[6] Deut., XVIII, 15.

que del Mesías tenían, imaginando que los enriquecería de bienes temporales, extrañados de aquella esplendorosa y repentina manifestación de poder, creyeron tener consigo al soberano Bienhechor, y con él juntamente el colmo de toda bienandanza. Habían visto el milagro de Caná y otros varios, [1] ninguno tan público como éste; y los hombres carnales, atentos á ensanchar los senos del corazón, en vez de proclamarle Dios, se contentan con el renombre de profeta y rey. Así discurren San Crisóstomo, San Agustín, Eutimio, Leoncio, Ruperto, Maldonado, comentando este lugar.

Finalmente los cuatro evangelistas, son contestes en señalar lo resultado de allegar todas las sobras y pedazos de comida. Entre los fragmentos sólo cuentan panes [2] y peces, [3] el montón subió á la suma de doce *canastos llenos*. [4] Según la cuenta de los modernos críticos algunas chucherías más y no sólo pan y peces, habían de hallar en la suma de relieves recogidos. En conclusión, es de todo punto inadmisible la exégesis de Weisse y Beyschlag.

Concluidos en este palenque los naturalistas revuelven arguyendo con indignación y despecho: ¿dónde está la multiplicación de panes y peces? ¿qué palabras la declaran? ¿por qué no la expresan terminantemente los evangelistas?—Tal es el argumento de Schleiermacher, [5] empeñado en que como ignoremos si se hacía la multiplicación en las manos de Jesús, ó en las de los apóstoles, ó de los espectadores, no podemos asegurar de qué manera acaeció, ni qué habrían testificado los presentes, pues vemos á los expositores en esto tan divididos. No es de peso la dificultad. Los apóstoles y los espectadores podían declarar que los manjares se acrecentaban, sin darse ellos cuenta del acrecentamiento. Nada importa qué no le dejasen escrito; ¿por ventura habían de poner en los Evangelios circunstanciadamente cuanto veían? *El silencio de las narraciones da lugar á inferir que los evangelistas no dijeron cuanto sabían, pero eso no prueba que no pudieran haber contado lo acontecido*, como bien arguye el protestante Bruce. [1] Pero la preocupación quita la luz á los ayunos del pan vital, y quédanseles los dientes enclavados en la manzana podrida. ¿Para qué les dió la divina bondad entendimiento si no aciertan á sacar limpia la conclusión de premisas claras y evidentes? Las premisas son estas: el paraje era desierto y falto de provisiones; doscientos denarios tal vez bastaran á comprar unos centenares de panes, no para hartar á cinco ó diez mil personas; si habían de tener comida érales forzoso ir por ella lejos de allí; hechas las diligencias sólo disponían de cinco panes y dos peces; la gente se había mandado sentar en pelotones de á ciento y de á cincuenta individuos; los cinco panes se repartieron entre todos los grupos; de los dos peces participaron todos, hombres y mujeres; [2] comieron todos cuanto quisieron; [3] tomaron todos y quedaron hartos; [4] satisfecha el hambre resultaron de los cinco panes doce espuertas; [5] visto el prodigio las turbas aclamaron por profeta y áun intentaban nombrar por rey al que le había obrado; poco despues el mismo Señor recordó á la muchedumbre la comida que les había servido. [6]

En estas terminantes premisas ninguna consecuencia ven contenida nuestros adversarios, quisieran que los evangelistas usasen más explícito lenguaje, no les basta la discreción de los hombres que el hecho presenciaron. Viéronle mas claro que el sol. No saltaron de placer, ni salieron fuera de sí, como quisiera Strauss; [7] visto prodigio de tanta bondad y poder, quisieron hacer ilustre el nombre de su bienhechor, mostrando con profunda admiración y reverencia el concepto que de su grandeza habían formado. Igual discreción pueden los racionalistas modernos aprender en la escuela de Rousseau. *Uno de los más resplandecientes y vistosos milagros*, dice, *fué la multiplicación de los cinco panes y peces, que sustentaron á cinco mil hombres. Los discípulos le vieron claramente; y no podía ser de otra manera, atento á que pasó, digámoslo asi, por sus propias manos.* [8]

---

1 Matth., VIII, IX.
2 Jo., VI, 13.
3 Marc., VI, 43.
4 Matth., XIV, 20.—Marc., VI, 43.—Jo., VI, 13.
5 *Leben Jesu*, p. 299.

1 *The miraculous element in the Gospel*, 1886, chap. VI
2 Duos pisces divisit omnibus. Marc., VI, 41.
3 Quantum volebant. Jo., VI, 11.
4 Manducaverunt et saturati sunt. Matth., XIV, 20.—Marc., VI, 42.—Luc., IX, 17.
5 Jo., VI, 13.
6 Jo., VI.
7 *Vie de Jésus*, t. I, p. 357.
8 *Emile*, t. III.—Al enviar á los racionalistas al aula del *filósofo* ginebrino, no es nuestra intención presentar-

Pero para que se vea cuán cegados andan estos enemigos con su tema y enojo, discurre Schleiermacher de la manera siguiente. Cuando Jesús reconviene á los cafarnaitas, les dice: *Me buscáis no por los milagros que visteis, sino por los panes que comisteis, con que os pasasteis el hambre.* [1] Si hubiera dicho Jesús: *visteis el milagro mío, con que os dí de comer* podría tal vez afirmarse que la hartura de los cinco mil era milagrosa; pero usando del plural, el mismo Cristo excluye el carácter milagroso de la comida. [2]

Este juego de palabras gana poca autoridad al exégeta tubingiano. La respuesta más sencilla se contiene en el versiculo 14, donde dice S. Juan, cuyo Evangelio Schleiermacher admite aquí por auténtico: *Como viesen aquellos hombres* el milagro, *que Jesús había hecho* (ὁ ἐποιήσε σημεῖον ὁ Ἰησοῦς) *le aclamaron por gran profeta.* Este tan visible singular (σημεῖον), no visto por Schleiermacher, suelta el nudo de la dificultad. Schleiermacher, monstruo compuesto de verdad y mentira, de incredulidad y creencia, ha sido uno de los escritores que más estrago han hecho en el corazón de la moderna Alemania. A su autoridad solía remitirse Strauss. Cosa de risa parece que semejantes doctores hayan valido á Alemania el renombre de *docta* que los infatuados le dan. La dificultad de Schleiermacher se ofreció á la pluma del P. Maldonado dos siglos antes. ¿Cómo no vió el crítico la respuesta dada por este afamado expositor? [3]

Para que más claramente se conozca cuánta rudeza y bastardía va envuelta en la objeción de Schleiermacher, basta leer esta entrada de S. Juan: *seguíale* (á Jesús) *gran muchedumbre porque veían los milagros que obraba con los enfermos*; [4] y era la misma que después se halló presente á la multiplicación de los panes. Seguíanle *no por motivo espiritual, sino carnal*, dice San Agustín. [5] Curábales los enfermos y dábales de comer, por eso no le perdían de vista. El fruto de los milagros había de consistir en creer que Cristo era el verdadero Hijo de Dios, y no el proveedor de sus conveniencias temporales. Por esta causa al día siguiente después de tan abundosa comida, viendo Jesús que habían pasado al otro lado del lago, y que le seguían con porfiada codicia sin acordarse del reciente beneficio, y que en vez de rogarle con muestras de veneración le importunaban con desatinadas preguntas, díceles leyendo en sus corazones: *Me buscáis no por haber visto milagros, sino por haber comido pan.* Como si dijera: no es la grandeza de mi poder la que os mueve á seguirme, sino vuestra desordenada codicia: después que me aclamasteis profeta y quisisteis nombrarme rey, se enfrió en vuestros pechos el momentáneo entusiasmo, y ahora andáis tras mí porque os conviene; eso no es fatigaros por mí, sino por el pan. Y prosiguió diciendo: *No busquéis el pan que se gasta y perece, buscadme á mí que doy verdadera vida. Otro pan, otra comida es la que os tiene cuenta, la que dura hasta la vida eterna, que el Hijo del hombre os dará, es la que habéis de procurar con diligencia.* [1] — *¿Qué hemos de hacer para diligenciar esa comida y cumplir con ese consejo?* [2] — *Lo que habéis de hacer es creer al que Dios ha enviado.*

Aquí dieron en la cuenta los judíos de que el enviado por Dios era Él, y como tenían siempre á Moisés en el pensamiento, pídenle credenciales de su misión, como las tuvo Moisés; y así le dicen: *¿Qué milagro haces tú para que veamos y te creamos? ¿qué haces en tu abono?* [3] Habíales parecido gran milagro el de los panes y peces, dice San Agustín, [4] y por tal le habían confesado, como va dicho; pero piden otro mayor, maná del cielo, como luego lo significan, alegando que se le había enviado Moisés á sus mayores. [5] El pedir aquí un milagro no es negar que no lo fuese el de los panes y peces, como pretende Schleiermacher, sino olvidados del anterior, llevar hasta el cabo su insaciable curiosidad. No tenían por bastantes los prodigios que veían, y suspiraban por espectáculos estruendosos como los de Moisés, Josué, Elías, Eliseo. Hacíales de mal haber de pensar que el presunto hijo del car-

---

les un modelo de sensatez cristiana. Rousseau solía denominar absurdos los milagros en común, y si alguno en particular elogiaba, reducíale después á caso de imposibilidad. «Confieso, dice, que hay cosas que me asombrarían extrañamente si yo las presenciase..... Tanto me maravillaría yo de ver andar á un cojo como á un hombre sin piernas». —«Lo que á mí me espanta, es que hayan dado el título de *filósofo* á un hombre que sólo sabe disparatar.» — P. BOYLESVE, *Dieu et ses œuvres*, 1887, p. 116.

[1] Jo., VI, 26.
[2] *Leben Jesu*, p. 234.
[3] In Jo. VI, 26.
[4] Jo., VI, 2.
[5] *Tract.* XXXV, in Jo.

[1] Ibid. V, 27.
[2] 29.
[3] Vers. 30.
[4] *Tract.* in Jo. XXV.
[5] Vers. 31.

pintero pretendiese tanta ó mayor honra que Moisés, sin alzarse á proezas esplendorosas como aquéllas. Portentos en el cielo requerían los fariseos y saduceos. [1] La curiosidad de sentidos y de fantasía fué la venda que les anubló á los judíos el juicio y la razón, y los arrojó á mil necedades. Aquí responden al Salvador ciegos y tontos como si dijeran: Si hemos de creerte á ti haz un milagro grandioso y visible que nos mueva á creerte: hasta el presente ningún milagro has hecho que exija tanta fe como tú pretendes: *á ver qué milagro haces.* [2] No niegan los judíos que hubiese hecho milagros; pero porfían que los hasta entonces vistos no les bastaban para tenerle por Mesías y por Hijo de Dios. [3]

De estas consideraciones se ve que la dificultad de Schleiermacher no puede ser más fuera de propósito. Los críticos racionalistas no exponen las Escrituras; lo que hacen es enmarañarlas y poner á gran peligro la buena fe de los que las leen, cegándolos y haciéndoles perder el tino. Igualmente vana es la exposición de Weisse: [4] busca la clave del misterio en aquella pregunta hecha por Cristo á los apóstoles: *¿Cómo no entendéis que no hablaba yo de pan, cuando os dije que os recataseis de la levadura de los Fariseos y Saduceos?* [5]. Aquí el Salvador usa de la voz *levadura* y *pan* en sentido de doctrina, como dice luego el Evangelista; y Weisse saca en conclusión que tampoco fué real sino parabólica la multiplicación pasada. Esto es trepar por breñas y riscos para luego despeñarse. La pregunta de Cristo presupone la realidad del hecho; una cosa es el fermento de los fariseos, otra el bocado de pan, como lo verá el más lerdo con solo repasar el capítulo citado.

A Strauss no le pareció mala solución la de Weisse. Dice ser cosa *evidente* que la multiplicación de los panes no pertenece al dominio de lo real, [6] porque *Dios no puede en el acto producir tantos panes y peces que basten para miles de hombres.* Y remando contra el agua, acude á Elías y Eliseo para aliñar su exposición mítica. Así son los llamados críticos; sudan por lo imposible, y dejan el camino trillado. Si Elías y Eliseo acrecentaron alimentos, ¿Cristo que es el profeta por excelencia, no pudo gozar de igual prerogativa?

El espiritista Allan Kardec, atareado en el intento de asolar el orden sobrenatural, á este paso de la multiplicación de los panes no acaba de hallar salida, pero como hombre sin juicio da bocados en el aire. *El prodigio*, dice, *consiste en el ascendiente de la palabra de Jesús, bastante para cautivar la atención de la multitud inmensa hasta el extremo de quitarle de la memoria el apetito de comer. Fascinados acaso por la acción magnética que ejercía sobre ellos no es de maravillar que no hubieran experimentado la necesidad material de comer.* [1] Este lenguaje del espiritista muestra el atolondramiento de su ingenio y la flaqueza de su sistema. Por lo que dice no entendemos si los que seguían á Cristo sintieron hambre, si la repararon, si quedaron hartos con solo oir al Salvador; lo único que colegimos es que la voz de Cristo estuvo poseida de tal virtud, que borró de la memoria de sus oyentes el pensamiento del hambre que los fatigaba. Bien pudo el Todopoderoso acudir con su omnipotencia á socorrer aquella apremiante necesidad, sosegando el apetito; el cual sería milagro grandísimo. Mas la narración de los Evangelistas todo lo contrario enseña. Porque presupuesta el hambre natural que los molestaba, dice que todos comieron, que todos se hartaron, que levantadas las mesas quedaron doce cestas de mendrugos; y con todo la despensa de tantos bastimentos se reducía sólo á cinco panes y dos peces. ¿De qué horno saldrían tantos panes como eran menester para cinco mil y pico de bocas, sino del potentísimo horno de caridad que ardía en el pecho de Jesús?

El quedar tanta cantidad de sobras, dicen San Crisóstomo y Teofilacto, fué para demostrar la verdad del milagro, y para que entendamos que en realidad y no en fantasía y opinión mataron el hambre que tenían. Y notó Santo Tomás que no quedaron panes enteros sino pedazos (*fragmenta*), para que los que no lo vimos saquemos por los pedazos que los panes eran verdaderos y no imaginados. [2] Con-

[1] Matth., XVI, 1.
[2] Quod ergo tu facis signum ut videamus et credamus tibi. [3] TOLEDO., in cap. VI, 30. *annot.* XVI.
[4] *Die. Evangel. Geschichte.* [5] Matth., XVI, 11.
[6] *Vie de Jésus.* sect. II, chap. IX.

[1] *El Génesis, los milagros y predicciones*, cap. XV.
[2] Ne ullus quod factum est existimet esse phantasiam. —*Catena Aurea in Matth.*, cap. XIV.

firman grandemente lo dicho las palabras que el divino Salvador dirigió á las turbas el día después del suceso: *Me buscáis no á causa de los milagros que visteis, sino porque comisteis y quedasteis satisfechos: trabajad no por la comida que perece, sino por la que dura hasta la vida eterna.* [1] De estas líneas tres cosas claramente resultan: la primera, que Jesucristo declara haber sido milagro la multiplicación del día anterior; la segunda, que habían hallado satisfacción en la comida pasada; tercera, que en vez de afanarse por el pan material, habían de suspirar por el mantenimiento espiritual que es de mayor valor y estima. Con esto se satisface plenamente á la razón del espiritista.

San Mateo [2] y San Marcos [3] hacen memoria de otra multiplicación parecida á la expuesta según el acuerdo de los cuatro evangelistas. Varios críticos del día Schleiermacher, [4] Sieffert, [5] Hase, [6] Sepp, [7] Neander, [8] pretenden que las dos comidas no son sino una narrada en dos lugares del Evangelio. Carece la crítica de argumento firme que pruebe su intento. El ministerio de Cristo en Galilea se cerró con el milagro de los cinco panes, el de los siete panes dió fin á su ministerio en Decápolis; á la primera comida asistieron cinco mil hombres, á la segunda cuatro mil; la primera se dió por la tarde del día en que iban en pos de Cristo, la segunda al cabo de tres días de seguirle; en la primera se nombran canastas ó espuertas (κόφινους) [9] fáciles de llevarse á mano, en la segunda eran cuévanos (σπυρίδας) que son mayores y acarreables; en la primera sobraron doce canastas de fragmentos, en la segunda siete cuévanos tan solamente; en la primera solo había cinco panes y dos peces, en la segunda siete panes y unos pocos peces; la primera se componía de judíos, próximos á celebrar la Pascua, la segunda de solos gentiles; en la primera dió Cristo gracias y bendijo los panes, en la segunda dió gracias sin bendecir; en la primera se sentaron en la verde yerba, en la segunda en la desnuda tierra; la primera fué poco antes de la Pascua, la segunda muchas semanas

1 Jo., VI, 26. 2 XV, 32. 3 VIII, 1.
4 *Ueber den Lukas*, 5, 145.
5 *Ueber den Ursprung*, S. 97.
6 *Leben Jesu*, § 97. 7 *Evangelien Harmonie.*
8 *Leben Jesu.* 9 Math., XIV, 20.

después. No podía San Mateo [1] distinguir entrambos milagros con voces más terminantes. [2]

ARTÍCULO III.

La tempestad serenada; relacion del suceso.—Juicios de los críticos.—Explicación de Strauss.—Respuesta á dos dificultades de los naturalistas.—La calma no fué especial providencia de Dios, sino operación de Cristo.—Los espiritistas.—Anda Cristo sobre las aguas; relación del suceso.—Refútase la escuela alegorista.—Y la naturalista.—Y la mítica.

En el famoso estanque de Genesaret deseaba Cristo alejar de sí la mucha gente que le seguía, para internarse en la soledad de la Perea. Entró en un navichuelo, y mandando á sus discípulos hacerse á la vela, echóse á dormir en la popa sobre un cabezal: al mismo punto comenzó á bramar un viento recio y revolviendo contra el lago puso en gran consternación á los marineros. Orígenes pensó que la marejada fué dispuesta por vías extraordinarias; [3] al P. Salmeron le pareció que pudo ser natural. [4] La tempestad fué tan violenta que la barca se sumía entre montes de agua y los barqueros se veían amenazados de correr naufragio. No dice el Evangelio que se sumergiese la nave, [5] sino que se iba sumergiendo, y que se puso en términos de irse á pique, como interpreta el P. Nicolás Zegero. [6] Viendo la muerte á la vista, olvidados de la divinidad de su Maestro, que parecía dormir y mirar con descuido el peligro, dispensando con el respeto le dan voces: *Maestro, sálvanos, que perecemos.* Así mostraron la ilimitada confianza que tenían en su poder, si bien eran flacos en pensar que solamente velando los podía sacar del riesgo. Despierta el Señor, y mostrando que tenía bien despiertos los ojos de su divinidad y penetraba la turbación de sus almas, dióles en rostro con su flaqueza, diciendo: *¿De qué tembláis, hombres de poca fe?* [7] ó como escribió San Marcos *¿á qué temer? ni siquiera tenéis confianza?* [8] ó según San Lucas: *¿Dónde está vuestra fe?* [9] con

1 XVI, 9, 10.
2 San Paulino (Epist. XIII, n. 11.) hace una elegantísima aplicación de este milagro á la predicación apostólica de Pammaquio; igualmente presenta la exposición el africano Eugippio deduciéndola de San Agustín. (*Thesaurus*, cap. CLXVIII). 3 Hom. VI in cap. VIII Matth.
4 *De miraculis*, t. VI, tract. XII.
5 Luc., IV. 6 In Evang. Luc., IV.
7 Quid timidi estis, modicæ fides? Matth., VIII, 26.
8 ¿Quid timidi estis? nondum habetis fidem? Marc., IV, 40.
9 ¿Ubi est fides vestra? Luc., VIII, 25.

que les hizo cargo de la ninguna confianza que en sus palabras tenían.

Pero el buen Señor, que sentado ó dormido podía acudir con larga mano, quiso levantarse para darles á entender que Él en persona hacia este portento; y tomando semblante de autoridad, amenazó, [1] increpó, [2] mandó [3] á los vientos y á las aguas se quietasen y reprimiesen el tumulto de las olas. El elemento oida la orden de Cristo, sin aguardar el amago de la vara, como en tiempo de Moisés, [4] ni el apercibimiento requerido como en tiempo de Josué [5] ni la plegaria humilde como en tiempo de Eliseo, [6] detuvo su furia, estuvo quedo, tornóse mar de leche súbitamente, por manera que si grande fué la borrasca (*motus magnus*), grande fué también la bonanza que se siguió (*tranquillitas magna*). Visto los marineros, que iban en las otras barcas, el lago en paz, el cielo sereno, y pasado el peligro sin saber cómo ni de qué manera, llenos de estupor, como de caso imposible, exclamaban; *¿quién es éste, que tiene bajo su jurisdicción vientos y mar?* O si los hombres de que habla San Mateo [7] se entienden los apóstoles, admirados del portento dirían alabando: *¡Qué señor es el nuestro* (qualis est hic!) *á quien obedecen los vientos y la mar!*

Tal es la narración evangélica. Los críticos modernos han tratado de calumniarla: dando al humano discurso el timón quisieron engolfarse en alta mar, doblaron muchos cabos, presto las aguas les subieron sobre la cabeza y los sumergieron en simas profundas de absurdos. Califican de cuento mal forjado el relato de los evangelistas. ¿En qué fundarían éstos su invención? En el antiguo Testamento nó, porque ningún suceso se refiere en todo él que se asemeje ni pueda dar margen á nuestro relato. Ni tampoco hay en este evangelio exornación artificiosa de hechos naturales, como á Keim se le antojó; las circunstancias todas son comunes y mil veces acaecidas; la voz de Cristo es la única que introduce alteración inopinada en el curso natural: ¿en dónde pues estaría la exageración?

Si cotejamos con la viva expresión del lenguaje evangélico la audacia de las teorías modernas, descubriremos al punto cuán insuficientes y menguadas son. Paulus dice que nadie entendió las voces pronunciadas por Cristo durante la tormenta; Schleiermacher juzga que fueron simbólicas y figuradas, y que con ellas trataba el Señor de reprimir la turbación y aturdimiento de los discípulos. A los mismos autores que la proponen no les llenan estas exposiciones, porque distan infinito de ir fundadas en la letra de los evangelistas. Los tres van conformes en un todo, la descripción no puede ser más sencilla y espontánea, razón para apellidarla ficticia ninguna hay; luego ó condénenla del todo, ó acójanla con humildad. No es esto decir que á la sombra del sentido histórico y verdadero no se esconda un sentido místico y simbólico, las vicisitudes de la Iglesia, las tribulaciones de la vida humana, los contratiempos de las almas fervorosas, y semejantes. Mas en tanto estas cosas se comprenden en la narración evangélica, en cuanto es ella primero histórica, que moral, como dicen San Agustín [1] y Tertuliano. [2]

Strauss vió tan de bulto lo maravilloso del caso, que no pudo menos de confesar que *conforme le refieren los evangelistas debemos reconocer aquí un milagro.* [3] A esta conclusión se vió forzado por la consideración de las circunstancias textuales. Después de pasar por los filos de su espada crítica la exposición naturalista, asienta la suya buscando en el Antiguo Testamento punto de apoyo, y le encuentra en Moisés cuando mandó que el Mar Rojo se retirase y diese paso á los hebreos. Este suceso, cuya relación se conservaba entre los judíos, dió materia á los apóstoles para con la pompa del poder mosáico engalanar la figura de Cristo, en quien anhelaban acumular todas las grandezas y predicciones que al Mesías se referían. El sistema de Strauss no puede ser más frívolo. Los Padres apostólicos, los fieles, herejes, gentiles del segundo siglo dieron por verdaderos los hechos del Evangelio; ¿con qué cara pretende Strauss que estos hechos se fraguaron en el segundo siglo, sin contener rastro de realidad histórica? Y áun viendo que se le deshojan todos los

[1] Marc., IV, 40. Quid timidi estis? necdum habetis fidem? [2] Luc., VIII, 25. Ubi est fides vestra?
[3] Matth., VIII, 26.
[4] Exod., XIV, 21.
[5] Jos., III, 5.
[6] VI Reg., II, 9.
[7] VIII, 27.

[1] *Enarrat. in psalm*, XCIII.—In Jo. Tract. XLIX.
[2] *Adv. Marcion.* lib. IV, cap. XX.—*De Baptismo*, XII.
[3] *Vie de Jésus*, trad. de LITTRÉ, t. II, p. 189.

libros de historia en las manos, sigue imperturbable echando candados á la verdad.

No pueden otros críticos avenirse con aquellas súbitas voces de mando con que el Salvador enfrenó los vientos y la borrasca. Schleiermacher, Weisse, Paulus y Beyschlag despliegan el caudal de su sabiduría proponiendo estas dificultades. Las palabras dirigidas á los vientos y olas carecen de significado, con seres tales no tienen lugar mandatos ni reprensiones; dirigidas á los discípulos, indican vana ostentación de poder; el Jesús del mar de Galilea no es el Jesús terrestre, es un Jesús demasiado majestuoso, poco ajustado al talle del Jesús sencillo y humilde. Y son de parecer que el lanzar demonios y resucitar muertos con ruegos é invocaciones, podría tolerarse; pero sin plegaria, con imperio tan absoluto intimar á los mares silencio, lo tienen por invención de los evangelistas. Fúndanse los nuevos comentadores en que Jesús no hacía milagros por su propio poder y voluntad, sino sólo, como los ordinarios taumaturgos, por la confianza en el poder de su Padre, y en virtud de la oración que le dirigía, como parecen significarlo algunos textos evangélicos mirados por la corteza.

Antes de responder á esta última objeción, que es la más principal, deshagamos la primera. Es pueril reparo objetar que voces dirigidas á los vientos carezcan de significación. El común modo de hablar que usamos todos los hombres tratando con animales, con plantas, con seres insensibles, es enderezarles la palabra cual si nos hubieran de entender, nó para que penetren nuestro pensamiento, sino para significar y hacer público nuestro deseo y resolución. El apostrofar Cristo á los vientos fué manifestar en el exterior el poder que en su persona residía; fué hablar como todos hablamos, fué la espontánea expresión de su interna voluntad. El P. Maldonado previó la objeción de los modernos críticos, y explicando aquel ἐπιτιμήσε, empleado aquí por los tres evangelistas, [1] y vertido por la Vulgata, *imperavit, comminatus est, increpavit*, dice de la manera siguiente: *Habla Cristo á los vientos, tempestades, enfermedades y cosas parecidas, como si hablase con los malos espíritus, porque no reprendemos á seres naturales, sino á racionales; y esto, pienso yo, á causa de que las enfermedades y tempestades son ocasionadas á veces por malos espíritus.* [1] Esta explicación contentó al anglicano Trench, [2] aunque no al Dr. Bruce, [3] que es menos escrupuloso.

Pero vengamos al punto capital. Los tres evangelistas concuerdan en que los hombres maravillados decían: *¿Quién es éste á quien obedecen los vientos y la mar?* [4] Tal es, en verdad, el fin del milagro, ser Cristo exaltado por Señor de las criaturas. Con razón se maravillan, porque sin dar golpes con la vara como Moisés, sin arrodillarse pidiendo favor como los vulgares taumaturgos, sino ordenando con imperio como el señor á sus criados, conocido el riesgo de sus apóstoles riñe á vientos y olas, y pone en razón al mar turbado; á su voz no quedó rastro de la pasada tempestad, [5] siendo cosa tan natural irse la mar aplacando poco á poco cuando amaina la tormenta. Á San Hilario [6] y á San Crisóstomo [7] pareció que no serían los discípulos los que decían *qualis est hic*, sino otros y marineros que los seguían de cerca [8] en otras barcas; y así pensó Maldonado. [9] Bien podemos decir, según los evangelistas, que eran todos, discípulos y marineros, no dudando, sino alabando temerosos y espantados á la grandeza de aquella voz; porque el serenar y alterar los mares, propiedad de solo Dios es. [10]

Ahora pues, estando el agua en calma, quietas las olas, tranquilo el viento, de repente levántase el furioso huracán, ruge la tormenta, embravécese el lago, llénase de agua la nave, zozobran los remeros, turbados y marchitos no caben en ella; despierta el Salvador, y cuando en lo más recio del temporal vuelan olas hasta las nubes, descúbrense los abismos y fáltales á los marineros consejo, abre el Salvador los labios, alza la voz, y queda en aquel punto el agua en reposo, la atmósfera sosegada y los ánimos en regalada paz. ¿Qué relación hay entre la voz de Cristo y el cesar de la borrasca? ¿fué coincidencia ca-

[1] Matth., VIII, 26.—Marc., IV, 39.—Luc., VIII, 24.

[1] In Matth., VIII, 26.

[2] *Notes on Miracles*, 1862, p. 148.

[3] *The miraculous element in the Gospels*, 1886, p. 244.

[4] Matth., XIV, 27.—Marc., IV, 40.—Luc., VIII, 25.

[5] Facta est tranquillitas magna. Matth., VIII, 26.—Marc., IV, 39.—Luc., VIII, 24.

[6] In Matth., VIII.

[7] Hom. II in Matth.

[8] Marc., XIV, 36.

[9] In Matth., VIII, 27.

[10] Is., LI, 15.—Ps. LXIV, 8.—Ps LXXVI, 17.—Ps. CVII, 7.

sual? ¿fué previsión de meteorólogo bien aprovechada? ¿fué especial providencia de Dios? ¿fué verdadero milagro de Cristo? La respuesta nos la dan los marineros, al exclamar: *¿quién es éste? los mares y los vientos le obedecen.* [1] Los que tales voces daban eran pescadores, curtidos en peleas con los elementos, hombres que se habían visto con el agua hasta la boca, hombres que se habían creído inhábiles para salir con vida de aquel trance, hombres que en su aprieto habían acudido á Jesús por favor, hombres que libraban la salvación en las manos de su Maestro, hombres reprendidos por la poca fe que habían tenido, hombres que vista la inmediata conexión entre la voz de Cristo y y el silencio de los elementos se sentían forzados á ensalzar con admiraciones al defensor de sus vidas. Estas consideraciones muestran con toda claridad que el suceso no fué casual, como quiere Beyschlag; [2] ni antevisto como natural, según Paulus discurrió; ni exento de peligro, como presume Schleiermacher; [3] sino verdadero milagro acordado por el íntimo poder de Cristo, debido á su voluntad á quien incumbía el cuidado de mirar por los propagadores de su santo evangelio.

Tampoco puede atribuirse la súbita bonanza á especial providencia de Dios, en vano lo pretende Weisse, [4] sino á operación inmediata y efectiva de Cristo. ¿Qué significan las palabras de reprensión que dice á sus apóstoles, *dónde está vuestra fe?* [5] Quisiera Weisse que Cristo hubiese dicho: ¿dónde está la fe que en mí tenéis? Pero no importa que así hablase, ni debía hablar sino del modo que habló. Habría sido especial providencia de Dios, si estando Cristo durmiendo con todo el descuido del mundo, la tempestad se hubiera de repente apaciguado; y ésta era la fe y confianza que los discípulos debían tener. Pero no la tuvieron; por eso importunan á Cristo con gritos desesperados, porque les faltaba confianza en la divina providencia, la cual siquiera por atención á Jesús los había de poner á salvo. Esta poca fe en la divina providencia es la que Cristo censura, y no la fe que en él habían de tener; y ya que ésta tuvieran, había de inducirlos á creer que pereciendo ellos en la demanda, volcados y sumidos, podía Él tornarlos á la vida. Si el Salvador no hubiera dejado el sueño, tal vez entonces la repentina calma podría haberse mirado como especial providencia del cielo. Mas romper Cristo el reposo, y ponerse á razones con los elementos y enojarse con la borrasca, y enfrenar con la voz el tumultoso oleaje, más que providencia fué, fué operación milagrosa de Cristo. [1]

Resta que demos oído á los reparos del espiritismo. *No conocemos bastantemente los secretos de la naturaleza para afirmar si hay ó no hay inteligencias secretas que gobiernen los elementos. En esta suposición el fenómeno presente podría ser resultado de un acto de autoridad ejercido sobre esas mismas inteligencias, y probaría una potestad que no es dado á ningún hombre emplear.* [2] Con esta claridad confiesa Allan Kardec su ignorancia y su malicia. Los espiritistas son unos hombres muy singulares. Parece que han contado las arenas del mar y medido á palmos las bóvedas del cielo, y cuando abren la boca y toman la pluma, así escriben cual si nunca hubieran salido de su rincón, ni penetrado en el santuario de la ciencia. Así procede aquí Kardec. No acierta á definir si hay ó no hay espíritus que gobiernen los mares; y hecha la atraidorada confesión, resuelve sin dificultad que los espíritus de los mares sosegaron el temporal por mandado del Salvador. Ningún hombre es suficiente á ejercitar poder sobre las inteligencias imaginadas por Kardec, y aunque declara éste que Cristo les dió mucho en qué entender, fáltale pecho para confesar que la autoridad é influjo del Salvador pasa la raya de los términos naturales. Jesús riñe é impone silencio á los vientos y á la tormenta, no á los espíritus que los presiden, y los vientos y las aguas se le sujetan al punto mismo y enmudecen; y luego Kardec porfía que intervino en la absoluta calma virtud natural. Parécele cosa vulgar al espiritista que Cristo durmiese tranquilo en el fragor de la marejada *porque su espíritu veía claro que no había riesgo ninguno, y que el temporal esta-*

[1] οἱ ἄνεμοι καὶ ἡ θάλασσα ὑπακούουσιν αὐτῷ, según los tres Evangelistas. [2] *Das Leben Jesu*, I, p. 306.
[3] *Leben Jesu*, p. 234. [4] *Das Leben Jesu*, II, p. 36.
[5] Luc., VIII, 25.—Marc., IV, 40.

[1] Ex hoc intelligimus quod creaturæ sentiunt Auctorem; quos enim increpavit et quibus imperavit, sentiunt Imperantem, non errore hæreticorum qui putant omnia animantia, sed majestate Conditoris, cui quæ apud nos insensibilia sunt, sensibilia sunt.—S. JERÓNIMO, In cap. VIII, Matth.
[2] *El Génesis, los milagros y las predicciones*, cap. XV, n. 46.

ba á punto de cesar; [1] y no admite Kardec que la serenidad de Jesús demuestre que su poder campeaba sobre la fiereza de los elementos. Pero túrbanse los marineros, y el Señor se deja vencer del sueño, porque sabe que las ondas se encresparán hasta el punto que él les permita, enfrenadas tiene sus furias, quedarán atajados los vientos cuando él hable, templará su furia el revuelto oleaje por poco que levante la voz. La serenidad de Cristo perfectamente se explica, y no se explica sino confesando que era Dios y Señor de cielos y tierra.

Admirablemente ponderó Orígenes el asombro de los marineros y la grandeza del prodigio por estas sabrosas palabras: «¿Quién es éste, á saber, cuán fuerte, cuán poderoso, cuán grande? ¿Quién es éste, mayor que Moisés, más poderoso que Elías? El uno hiriendo el mar con la vara, escapó no sin trabajo; el otro con un golpe de piel, pasó el Jordán; pero Cristo, con una palabra, impera á los que carecen de palabras, y le obedecen los que carecen de oido. Los faltos de prudencia y de entendimiento se inclinan al que manda; los privados de habla y de discurso se le sujetan. En la misma substancia en que son y se mueven, sirven á su mandato para confusión de los mortales, para condenación de los corruptibles. Ordena al mar, y no le menosprecia; habla á los vientos y al temporal, y luego se aquietan; manda á toda criatura, y ninguna traspasa su mandamiento. Y el hombre, honrado con la semejanza de Dios, dotado de habla y prudencia, sólo el hombre resiste, sólo él desobedece, sólo él menosprecia. Por esto serán los hombres condenados en juicio y castigados por justicia como peores que los mudos animales y que los faltos de espíritu y de alma en este mundo. Admirábanse los marineros porque el mar enfrenó su oleaje y los vientos sus bramidos; admirémonos también nosotros cuando el Señor nos muestra tanta benignidad y benevolencia, cuando se digna salvarnos de peligros, cuando nos libra de tumultos, cuando nos saca de las garras de los enemigos que nos persiguen. Admirémonos, y admirados seámosle agradecidos; agradecidos obedezcamos, obedientes temamos, temerosos amemos para que nos haga herederos de la eterna caridad. Admirábanse diciendo: ¿quién es éste? Como hombre es visto, como Dios muestra su poder; es tenido por hombre de carne, y sobre toda carne descubre grandes maravillas; duerme como hombre, y manda al mar y al viento como Dios; sentado está en la barquilla, y con su mandar inclina toda criatura allí donde quiere, Jesucristo nuestro Señor.» [1]

Refieren los evangelistas [2] que estaban los discípulos una vez solos en la barca, cuando arreció un deshecho temporal que batía los flancos, sin poder ellos remando vencer la furia, por ser el viento contrario. Cristo nuestro Señor, que estaba en el monte orando, se les hizo presente andando sobre las aguas. A su vista los discípulos, llenos de miedo pensando que era fantasma, levantan el grito y dicen: *Fantasma es*, porque no hablaba; y cuando igualó con la nave, pareció querer pasar de largo. Al clamor habla Cristo y dice: *Confiad, yo soy, no queráis temer*. Pedro, que estas palabras oyó, como más arrojado y fervoroso, no vió la hora de estar junto á su Maestro, y dijo: *Señor, si eres tú, mándame ir á ti por encima del agua*. Notó agudamente el P. Fr. Antonio Broickwy [3] que *no dijo San Pedro: mándame ir sobre las aguas, sino á ti, porque creía que no sólo Cristo, sino los otros, fiados en él, podían sin riesgo hollar las aguas si se lo mandaba*. Y como se lo mandase, andaba el apóstol, no nadando, sino pisando las ondas cual pudiera una losa de mármol. Pero ya que llegaba á su Maestro, para que no se gloriase vanamente y los demás entendiesen que aquel favor se debía á la voluntad de Cristo, experimentado el bramido del huracán comenzó á temer, á perder pie y á hundirse, y dijo á voces: *Señor, sálvame*. Extiende Cristo la mano, y le dice: *Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?* [4] Al entrar

---

[1] Ibid.

[1] Hom. VI, in divers.
[2] Matth., XIV, 22.—Marc., VI, 45.—Jo., VI, 15.
[3] ***Enarration. in Evang.***, 1545, p. 1, art. 47.
[4] Respondens autem Petrus dixit: Domine si tu es, jube me ad te venire super aquas. At ipse ait: veni. Et descendens Petrus de navicula, ambulabat super aquam ut veniret ad Jesum. Videns vero ventum validum, timuit; et cum cæpisset mergi, clamavit dicens: Domine, salvum me fac. Et continuo Jesus extendens manum, apprehendit eum, et ait illi: Modicæ fidei, quare dubitasti? Et cum ascendissent naviculam cessavit ventus.

en el barco cesó el viento, y se hallaron surtos en la orilla.

Pongámonos á contemplar los dos principales milagros que aquí resaltan, á saber, andar Cristo sobre el mar, y Pedro también por mandato de Cristo. En este caso no creamos usase Cristo del dón de agilidad, que después le fué concedido en la Resurrección. *Eso no creo yo*, dice Santo Tomás; *lo que creo es que milagrosamente lo hizo*, [1] es decir, concurriendo con su divina virtud Dios sin que fuera menester privilegiar el cuerpo con el dón de agilidad. [2] Quede esto asentado aquí para más adelante.

De tres maneras considera el P. Salmerón podía andar Cristo sobre las aguas; ó por la virtud divina que le sostenía, ó endureciéndose el agua y dando sólida base á los pies, ó suspendiéndose la acción de la gravedad del cuerpo. Los Santos aunque no tocan la cuestión del cómo, significan claramente que el cuerpo de Cristo no perdió su gravedad específica. San Juan Damasceno dice: [3] *Cristo cuando ponía los pies terrenos en las flúidas é instables ondas, no se endurecía el agua (non indurata aqua), sino que por el eximio poder de la divinidad no corría ni cedía al peso de los pies corpóreos.*—San Agustín [4] afirma también que las aguas, sin solidificarse, hacían las veces de cuerpo sólido sosteniendo los pasos y huellas de los pies graves de Cristo. [5]— San Hilario [6] asegura que Cristo no se anegaba en las aguas, no porque careciese de peso, sino porque ellas no le dejaban hundir. Para explicar estos testimonios la razón más sencilla es decir que las aguas no obraban porque Dios no les daba facultad de fluir y moverse, y los pies de Cristo eran instrumentos con que se producía aquella consistencia en el líquido. Si las ondas se hubieran solidificado, como pensaba Calvino, ni Pedro habría podido sumergirse, ni tenía por qué temer. San Jerónimo comentando este lugar parece dar á entender que las aguas se consolidaron; [1] pero claramente se ve que significa la firmeza con que el cuerpo grave se mantuvo sin sumirse, cual si las aguas fueran sólidas. En este mismo sentido hablaron Leoncio, [2] San Justino [3] y San Ambrosio [4] con los arriba citados. Sea como fuere, el Salvador dió aquí soberana muestra de su omnipotencia y obró como quien tenía los elementos debajo de sus pies. Grandemente extrañados los marineros le adoraron diciendo: *Vere filius Dei es.* [5]

Los críticos modernos, mal contentos con el sentido literal, nos remiten al sentido alegórico. Keim le tuerce á significar la Iglesia, á quien se muestra Cristo en la cuarta vigilia de la noche, pasadas las tinieblas del paganismo. Volkmar pone la alegoría en el celo desplegado por San Pablo en la conversión de los gentiles. Mas ningún hombre si está en su acuerdo osará afirmar que los evangelistas, excepto San Lucas, compañero de San Pablo, trataron de disfrazar una historia tan clara con ropajes tan obscuros. Otros han achacado á leyenda la relación. Como si pudiera tener visos de leyenda la que carece de ejemplar y de fundamento en las antiguas Escrituras. Basta considerar la índole de la leyenda. Pinta ésta las cosas portentosas con rasgos no sorprendentes sino muy puestos dentro del curso natural, por manera que lo maravilloso se introduce en la narración legendaria con todo el aparato del embeleco, siendo éste la parte más esencial de la narración. Al revés en los milagros del Nuevo Testamento. Si fueran leyendas describirían los discípulos cercados de luz, conociendo á su Maestro por los rayos de claridad que lanzaba, adorándole reverentes y regocijados, viéndole pasear por las ondas como en terraplén seguro. Mas ¿qué vemos? Hombres temblando de miedo, despavoridos, imaginando ver una sombra, un espíritu, según las ideas de los judíos, y dando voces de puro espanto, y confusos de su propia cobardía. Ni esperan el aparecimiento, ni están dispuestos á presenciarle; y cuando caen en la cuenta de la realidad, sube de punto la extraña impresión. Este es el carácter de los mi-

---

1 Hoc non credo; credo enim quod miraculose fecit. In cap. XIV Math.

2 Petrum fecit super aquas ambulare, sine hoc, quod ei donum agilitatis tribueret.—SANTO TOMÁS, *De Veritate*, q. IX, art. 11 3 *De orth. fide*, lib. III, cap. XV.

4 Serm. 185 *De Tempore*, sem. I *De Pentecostes*.

5 Petrus ambulare super aquas debita soli Deo potestate præsumpsit, et rerum obstupescente natura per insueti itineris novas vias pendulum inferens gressum humentia maris dorsa calcavit.—Sermo CCIII.

6 In Math. hic.

1 Tu præcipe, et illico solidabuntur undæ et leve corpus fiet quod per se grave est. 2 In Math. XIV.

3 Quæst. t. CXVII. 4 Lib. I *de interp. Job*, cap. V.

5 Math., XIV, 33.

lagros evangélicos, coger descuidados á los presentes y salir con un efecto para todos asombroso, porque sobreviene sin pensar; y no sólo esto, pero por manera tan increible, que es menester repetición de pruebas y palpables experiencias para ser del todo creído. Y es aquí muy de notar, como en su lugar se dirá, que la señal más segura de ser real una aparición, es la realidad de los efectos que deja tras sí; y ¿qué crítico echa de menos en la escena que pasó entre Cristo y Pedro, lo real de los efectos?

Esta aparición fué un hecho verdadero é histórico, no alegórico ni mítico. El motivo no pudo ser más verosímil. Está Cristo de noche orando en una loma y hablando con su eterno Padre, después de la multiplicación de los panes, engolfado en los misterios de la Redención, cuando se levanta y ve desde la marina, á la luz de la luna, por el lago la barca de sus discípulos hecha juguete de los vientos, y daríale materia de congoja contemplar el rumbo de través que seguía. El viento contrario, el esfuerzo de los remeros, el riesgo y zozobra, todo se juntó para mover el corazón de Cristo y obligarle á favorecer con su presencia á los pobres marineros.

Los naturalistas, á ejemplo de Paulus, para desembarazarse del milagro, admitida la verdad histórica, imaginan que Cristo no anduvo sobre las aguas sino por la orilla, y traducen aquella expresión evangélica, περίπατων ἐπὶ τῆς θαλάσσης — ἐπὶ την θαλάσσαν περιπατοῦντα, [1] de esta manera: *Andando* por la ribera *del mar*, en vez de *andando* sobre *la mar*. La preposición ἐπὶ, que significa *sobre*, *encima*, *en*, cuando va con genitivo ó acusativo, la vierten por *cerca*, *alrededor*, *junto á*, *más allá de*; versión que admiten los naturalistas modernos de buena gana por el camino que les abre para negar el milagro. Pero muy mal comentario les proporciona la trastrocada preposición. Dicen los evangelistas que los discípulos estaban *dentro de la mar*, *en medio de la mar*: [2] si Cristo paseaba por la playa ¿cómo pudo arrimárseles, pues dice el Evangelio que se les avecinó y fué hacia ellos? [3] Además, Pedro da pasos sobre el golfo, y empezando á zozobrar traba Cristo de él, dale la mano y arguye acremente su poca fe (*apprehendit eum*). Esta escena de ningún modo se concibe que pasase estando Cristo en la orilla. Tampoco estaba en la barca, donde subió después; [1] y entrar Él y cesar el viento, fué cosa de un solo instante. Por este lado resulta incoherente la exégesis naturalista, que *ha tomado todos los sesgos imaginables para salir con su intento*, dice Strauss con señales de enojo. Y prosigue: *No se interesa aquí influencia psicológica ni magnética que ejerciera Jesús en el espíritu humano ó en cuerpo vivo, ni reviviscencia del organismo desamparado del alma, ni tampoco operación en la naturaleza irracional viviente; trátase aquí de un dominio actuado sin intermedio en seres privados de vida. La posibilidad de referir estos relatos á operaciones naturales es de todo punto vana.* [2] Con esta resolución combatía Strauss el sistema naturalista.

Pero después de tronar con él, puesta toda su atención en esquivarse del milagro, se escabulle por la puerta falsa de su interpretación mítica. El caminar de Cristo sobre las aguas es una reminiscencia de los hebreos que vadearon el Mar Rojo á pie enjuto: allí las aguas se apartan divididas, aquí se consolidan al sentir el peso de Jesús. Los evangelistas, que tenían en la memoria aquel ruidoso hecho, le idealizan y aplican á Jesús de Nazaret. El desacierto de Strauss en esta suerte de interpretaciones, consiste en no ser exegética ni fundada en las palabras textuales su crítica, sino en las torres de viento levantadas por su fantasía. *La teoría mítica cayó luego en disolución al primer análisis: la hipótesis del autor dió con ella al través*, dice con razón el protestante Fairbairn. [3]

En este suceso, que no viene á nuestro propósito comentar detenidamente, tres milagros advirtió el Beato Juan de Ribera en las notas marginales puestas de su puño al cap. XVI de San Juan; á saber, caminar Cristo por las aguas sin hundirse, serenarse luego el temporal y aportar en el acto la barca á la orilla. Pero cuatro milagros notan Maldonado [4] y Toledo, [5] conviene á saber: el Salvador pone

[1] Matth., XIV, 25, 26. — Marc., VI, 48.— Jo., VI, 19.
[2] Matth., XIV, 24.—Marc., VI, 47.
[3] Jo., VI, 19.—Matth., XIV, 25.—Marc., VI, 48.

[1] Matth., XIV, 32. —Marc., VI, 51.
[2] *Vie de Jésus*, II sect., chap. IX, § XCIX.
[3] *The contemporary Review*, may 1876, p. 977.
[4] In Matth., XIV, 32. [5] In Jo. VI, *annot.* XX.

los pasos en las aguas, hace que también Pedro las huelle sin irse á fondo, corta al viento las alas en el acto, en un instante la nave arriba á tierra. [1] Los protestantes Trench [2] Bruce [3] y Godet [4] realzan con ajustada crítica el milagro principal, bien que difieran en la exposición circunstanciada.

ARTÍCULO IV.

La moneda en la boca del pez: relación del suceso.—Respuestas á los naturalistas.—La higuera maldita por Cristo, relación del suceso.—Significación simbólica.—Deshácense varias dificultades.—Los milagros dichos tienen un carácter especial y prueban que Cristo era absoluto dueño de la creación.

No bien hubo entrado el Señor en la ciudad de Cafarnaum, los recaudadores de impuestos se fueron tras él, y preguntaron á Pedro: *¿Vuestro amo no paga didracmas?* significando si solía satisfacer el impuesto. Y se lo preguntaron á Pedro en secreto y en particular como quien estaba enterado en las cosas de Cristo. *Debían ser estos publicanos*, dice el Padre Valverde, *nuevos en el oficio, pues preguntaban como dudoso lo que no lo era en el estilo de Jesús.* [5] Con qué derecho cobraban los romanos el didracma (δίδραχμον), moneda de siete reales vellón, no consta con bastante claridad. Lo más cierto parece que aquel tributo, que según ley debían ántes los judíos al templo y culto de Dios, se le cargó después el César Augusto en su censo general, en prenda de vasallaje [6], para acrecentamiento del público tesoro. Tal es el dictamen de San Hilario, [7] de San Ambrosio, [8] de San Crisóstomo, [9] á quienes siguen Maldonado [10] y otros exégetas Grotius, Lightfoot, Michaëlis, Trench, Hammond, Olshausen, Greswell, y se saca bien de Josefo [11]. Cuán pesada fuese á los judíos esta carga, lo demuestran las rebeliones que intentaron después en razón de echarla de sí.

Responde Pedro á los cobradores que deseaban saber si Cristo tributaba: *Sí que tributa*, es decir, tiene intención y costumbre de pagar el tributo. Así respondió Pedro, sin antes tomar consejo de Cristo, porque sabía cuán fiel andaba en la guarda de las leyes vigentes no dando ocasión á que le acusasen, aunque le acusaron después, [1] de que no cumplía con el pecho del César. Entróse Pedro en casa para hablar á su Maestro, mas éste antecogiéndole y leyéndole el pensamiento le dice: *¿qué te parece, Simón, los reyes de acá de quién cobran los censos, de sus hijos, ó de los extraños? De los extraños*, responde Pedro.—En su pregunta dió Cristo á entender que sabía muy bien lo que le habían preguntado los recaudadores, y declaraba además estar exento él de impuestos, como quien era Hijo natural del Rey de todo lo criado. *Mas para ahorrar escándalo añadió: Ve luego al mar, echa el anzuelo, y al primer pez que saques, ábrele la boca y hallarás en ella un estáter* (cuatro dracmas: catorce reales vellón); *paga por nosotros dos.* En esta orden que á su apóstol dió, hizo manifestación de ser superior al César, y Señor de los peces, pues los tenía por pecheros. [2]

Que fuese éste gran milagro no tiene duda para los católicos intérpretes y áun para muchos teólogos protestantes. El milagro pudo estar, ó en saber Cristo qué pez era aquel en cuya boca estaba la moneda requerida, ó en conocer que el que la tuviese picaría en el cebo ántes que otros, ó en hacer que fuese el primero que subiese, ó en formar la moneda en el primero que mordiese el anzuelo. En todas estas operaciones resplandece el poder de Dios, que domina con absoluto señorío sobre el reino animal, [3] si bien se podría controvertir en cuál de ellas consistió la obra milagrosa.

Contra ella levantan la voz los enemigos con incomparable violencia. Paulus, al són de su sistema naturalista, vierte las palabras de Cristo en esta conformidad: Vete á pescar, vende la pesca, y procura sacar el dinero necesario para el pago. A Paulus se le figura que la expresión εὑρήσεις στατῆρα significa *procurarás* sacar del pescado, vendiéndole, tres pesetas y media, y no considera que al contrario en este lugar quiere decir *hallarás una moneda*, como se ve por las voces precedentes, cogiéndole en las manos

---

[1] Patrizzi, *In Evang.* lib. II, Not. LXX.—IV.
[2] *Notes on Miracles*, XVIII.
[3] *The miraculous element in the Gospels*, VI.
[4] *Comment.* in Matth.
[5] *Vida de Jesucristo*, lib. IV, cap. XI.
[6] Luc., II, 1.
[7] *Comment. in Matth.* XVII.
[8] *Epist.* VII *ad Just.* XII.
[9] In Matth. *hom.* LIV.
[10] In Matth. XVII, 23.
[11] *De bello judaico*, lib. VII, cap. XXVI.

[1] Luc., XXIII, 2.
[2] Matth., XVII, 23.—26.
[3] Jonæ, I, 17.—I Reg. XIII, 24.— XX, 36.— Amos, IX, 13.

y abriéndole la boca; no es pues *procurar* sino *hallar*. Y no contento con su inexacta versión, estraga el texto con más torpeza cuando traduce el ἀνοίξας τὸ στόμα αὐτοῦ (abriéndole la boca) no solamente por *soltándole el anzuelo*, sino de esta manera más alevosa: *abriendo tú la boca te pondrás á pregonar el pescado, y te darán por él catorce reales*. Y para hacer más sacrílega la farsa de su traducción, la embrutece con esta desvergüenza: *la grandeza de la moneda no vale la grandeza del milagro; es un milagro que apenas vale un duro, y un milagro de un dollar hubiera sido bien vano.*

Por el mismo estilo Beyschlag [1] dice, que Cristo envió á Pedro á coger un pez que valiese catorce reales, y que eso había dado motivo para imaginar que el pescado llevaba la moneda en la boca.—Weisse [2] parecidamente opinó que enviar Cristo á Pedro á pescar fué encargarle que se ocupase en su ordinario oficio, echando la red confiado en la bendición de Dios; promesa que la tradición transformó después en milagro.—Ewald piensa que Cristo usó de un proverbio popular fundado en ejemplos de monedas halladas en entrañas de peces, [3] pues no dice el Evangelio que en hecho de verdad hallase Pedro la moneda. —Strauss está en que el pez no retuvo la moneda en la boca, y en que debió de pasársele al estómago; pues no en la boca sino en las entrañas de los peces son halladas las cosas preciosas. En lo que aquí dice este crítico se ve que cita á la letra las palabras de Maldonado [4]. Otros, como Farrar, [5] ponen duda en el suceso pareciéndoles que faltan á la narración suficientes indicios.

Pero no se puede dudar que el contexto, tan breve como es, contiene todas las circunstancias necesarias para referir á poder superior el suceso evangélico. Ir Pedro al mar, arrojar el anzuelo, coger el primer pez, abrirle la boca, y hallar en ella la moneda, son actos sucesivos necesarios y muy bastantes para el intento antevisto y ordenado por el Salvador. Que el efecto respondió á las órdenes de Cristo no hay razón que lo contradiga. El que no tuviese Cristo necesidad de hacer este milagro es frívola objeción. Un hombre cualquiera podía hallar en Cafarnaum la pieza de dinero con que librarse del tributo, y Cristo tenía además personas que le seguían y proveían á su manutención, y le habrían descargado de la paga con facilidad. El milagro tuvo otro fin que el de satisfacer una presente necesidad, y fué enseñar á Pedro, cabeza de todos los apóstoles, que era Señor absoluto de tierra y mar, del reino animado é inanimado, como lo entendieron San Crisóstomo y Eutimio.

Los milagros del Evangelio debajo de su corteza exterior ocultan un misterio disfrazado, y entrañan en el profundo de su sentido histórico alguna provechosa lección, porque el Verbo de Dios, primera verdad por esencia, es el venero de todas las verdades naturales, morales y sobrenaturales.

Pasado el domingo de los Ramos, entraba el Salvador en Jerusalén, y después de predicar en el templo daba la vuelta y se retiraba otra vez á Betania. El lunes, al entrar en la ciudad, en el camino sintió hambre, ora fuese natural causada por la falta de alimento y por la vigilia nocturna, ora también espiritual y divina, y es lo que parece más cierto, atizada por el zelo de las almas de aquellos moradores. Así como la maldición de la higuera tuvo parte figurada y metafórica, también lo fué el hambre que dió margen á la maldición.

Entre los árboles plantados á la vera del camino despertó su atención una higuera copada de muchas ramas verdes; acercóse por si hallaba fruta con que desayunarse, y vió que no tenía sino hojas. *No era sazón de higos*, notó San Marcos. [1] La higuera antes se cubre de higos que de hojas. Y como las higueras de Palestina dan al año dos cosechas, una en Agosto, otra en Junio, y aunque en Mayo se cogen á veces higos en el monte Líbano; [2] la precocidad de la higuera del Evangelio hubo de hacerse reparar por Jesús; el cual buscaba en la mitad de Marzo no fruta tardía, sino muy temprana y sazonada.

Visto que la higuera no la llevaba, la

1 *Das Leben Jesu*, p. 304.
2 *Das Leben Jesu*, II, p. 147.
3 *Geschichte Cristus*, 467.
4 In Matth XIV, 26. 5 *The Life of Crist*, II, p. 46.

1 XI, 13.
2 THOMSON, *The land and the Book*, p. 349.

condenó, y condenada se secó en aquel instante y cayéronsele las hojas. Viéndolas los discípulos al día siguiente marchitas por el suelo, exclamaron: *¡Qué presto se secó!* De la maldición quedó el árbol seco y muerto del todo. Espantáronse los apóstoles de cómo el poder de su Maestro se extendía á la vida de las plantas, y sabía hacer daño, cuando convenía, con solo el imperio de su voz.

Más espantoso fué este anatema para la Sinagoga que para la higuera, figura y representación de la vistosa hojarasca de los fariseos. Ruidosas promesas, tradiciones vanas, jactancia de la ley, aparato de ceremonias, ornato de voces, estrechez de preceptos, minuciosidad de observancias, hojas en fin pomposas sin fruto de verdad, sin meollo de virtud, sin savia ni jugo espiritual; á esto se reducía la santidad de la Sinagoga. Al dar Cristo la muerte al insensible vegetal, quiso hacer impresión en la dureza de los insensibles corazones, espantarlos para que volviesen en sí, abrirles las puertas de su misericordia, y significar que así como había secado la higuera dejándole sólo el tronco desnudo, con aquel mismo enojo pudiera secarlos y agostarlos á ellos, si no los quisiera aguardar á penitencia y perdón, y que en efecto los dejaría secos y muertos si en lo sucesivo no daban fruto de obras buenas.

Este milagro referido por San Mateo [1] y por San Marcos, [2] hace contraste con el primero de Caná, por la severidad de la maldición; contraste, que es prenda segura de su histórica verdad. Todos los milagros de Cristo tienen estrecha relación con su divino Mesiazgo, pero éste por soberana manera es profecía en acción. *Este hecho si no se toma por figurado parece necedad*, dice San Agustín. [3] ¿Ignoraba acaso Cristo lo que sabía el labriego? ¿lo que conoce el agricultor no lo alcanza el Criador? [4] La realidad del suceso ningún Santo Padre la negó, como tampoco á ninguno le pasó por el pensamiento dudar que fuese milagro. Sólo pueden mover dudas sobre la verdad histórica y filosófica los que no se ponen á considerar la situación de Cristo antes de su sagrada pasión. El Mesías ha dado por tres años continuos pruebas inequívocas de su divina enseñanza, y el pueblo judío sigue cubierto con aparatoso ropaje de observancias legales sin fruto de obras santas. El enojarse Cristo con la higuera, es condenar á estéril la Sinagoga que ya no dará más fruto. Quien niega la verdad de este milagro, niega su simbólica representación. *El fingir no es mentir sino es que lo fingido nada signifique; que si algo significa, no es mentira sino figura. La ficción que se refiere á una verdad, es figura; la que á ninguna cosa se refiere, es mentira*, dice S. Agustín. [1]

No repliquen los contrarios, que fué injusticia ensañarse Cristo con un árbol incapaz de castigo y baldón. ¿Acaso no solemos los hombres trasladar á seres irracionales propiedades que solamente á personas humanas convienen por una cierta analogía? La falta de fruta en un árbol plantado en tierra gruesa, representa la ingratitud de un hombre llevado en palmas por el favor. La súbita muerte de la higuera hasta las raíces [2] por la maldición de Cristo, tiene analogía con la justísima venganza que podía el Señor tomar contra los menospreciadores de su divina clemencia. El misterio de esta condenación consistió, según Orígenes, San Hilario, San Jerónimo, comentando este lugar, en abrogar Cristo y dar por fenecida la Sinagoga y juntamente la ley antigua, pues no era ya de provecho. [3]

Lo que añadió San Marcos [4] *no era tiempo de higos*, no es parte de la analogía y semejanza, según Maldonado, porque los hombres y los árboles en esto se diferencian, en que éstos echan fruto en sazón determinada, aquéllos en toda sazón y tiempo han de concebir y sacar á luz fruto de buenas obras. El anglicano Trench propone esta interpretación. [5] En primavera es trabajo excusado buscar hojas ni fruto en las higueras, mas ésta del Evangelio anticipándose á las otras, hacía ostentación de tiesas y magníficas hojas, y avisaba de lejos que debía de tener higos, como quiera que los higos broten antes que las ho-

[1] XXI, 18.—22. [2] XI, 12.—25.
[3] Hoc factum nisi figuratum accipiatur, stultum invenitur.—Serm. LXXVII, 5.
[4] Cristus nesciebat quod rusticus sciebat? quod noverat arboris cultor non noverat arboris Creator? Serm. XCIII, 3.

[1] Fictio quæ ad aliquam veritatem refertur, figura est; quæ non refertur, mendacium est.—*Quæst. Evangel.* II, 51. [2] Marc., XI, 30.
[3] Is., V, 2.—Luc., XIII, 6, 7.—Matth., XXI, 43.
[4] XI, 13. [5] *Notes on Miracles*, 1862, p. 441.

jas; cuando este árbol se gloriaba de ser de más aventajada condición que los de su especie, va Cristo para él y, visto que carecía de fruta, no solamente le cuenta entre los demás que aún no la producían, porque no era tiempo de que la tuviese (*non erat enim tempus ficorum*), sino que da contra él sentencia de execración no tanto porque le faltase fruto, cuanto porque estando vestido de follaje negaba lo que prometía. Los gentiles no lucían con santas obras, tampoco blasonaban su lozanía, antes confesaban su esterilidad; los judíos, ufanos y orgullosos con la santidad de sus leyes, sacaban afuera fruto cocoso y sin virtud, á pesar de la tierra fértil en que estaban plantados. La Sinagoga no fué castigada en la higuera por el mal fruto que daba, lo fué porque andaba hinchada con la pompa de la hojarasca pagándose de su justicia y santidad, y era toda su médula hipocresía y maldad.

Esta exposición de Trench parece algo sutil y poco ajustada al intento del Salvador. Cristo echando la maldición á la higuera hizo dos cosas: la castigó por lo pasado, y la esterilizó para el porvenir. En figura simbolizó también dos cosas: que reprobaba la santidad farisáica y la corruptela de tradiciones introducidas en la ley, y que anatematizaba la misma ley condenándola por insuficiente y estéril para obras de verdadera santidad.

El comentador Calmet [1] no puso dificultad en que Cristo llegase con los ojos á registrar la higuera en busca de higos, aunque no los llevase la sazón, porque *en Palestina*, dice, *donde reina un invierno suave, nunca faltan higos precoces*, como si quisiera significar este expositor que en Palestina era entonces tiempo de higos, cuando el Evangelio dice todo lo contrario. Los Padres siempre contemplaron en este milagro el simbólico sentido, cifrado en la abrogación sempiterna de la Sinagoga, y poco solícitos anduvieron en examinar por qué motivo carecía de fruto la higuera, bastándoles por toda respuesta la de San Marcos: *no era sazón de higos.*

Lo que otros protestantes hacen cuando confunden la parábola de la higuera [2] con el presente relato, y presumen que la parábola primero se trocó en milagro, después el milagro perdió su simbólica significación, y por último se redujo á una historia mal interpretada por los dos primeros evangelistas, es osadía de protervos que poco á poco va deslizándose en el terreno del puro racionalismo. Esta es la diferencia entre los taumatófobos y los taumatófilos: los taumatófobos arrancan ó tronchan los textos bíblicos, ó siquiera los desfiguran y desnaturalizan con interpretaciones exóticas; al revés de los taumatófilos que aceptamos humildes los hechos escriturales esmerándonos en interpretarlas según la patrística tradición. El relato de San Mateo y de San Marcos no tiene punto que ver con la parábola de San Lucas; ésta es una enseñanza particular en forma sensible, aquél un hecho verdaderamente acontecido que comprende en sí todo el misterio de la redención.

Las cosas en este capítulo mencionadas merecen particular consideración por el concepto que dan del verdadero Mesías. Es muy de notar cómo nuestro amable Salvador no mostró afición á las maravillas que tanto cautivan los ojos del vulgo. Las que hizo en las criaturas irracionales son las dichas, y bien vemos cuán llenas están de gravedad y moderación. Maravillas exorbitantes y curiosas anhelaba aquella generación perversa; [1] íbales el Señor á la mano, apartándolos de lo terreno y levantando los corazones á lo celestial y divino. ¿Qué son cotejadas con las de Cristo aquellas fantásticas excentricidades atribuídas á Apolo, á Buda, á Laotze, á Apolonio, á la mitología pagana? ¿Dónde está en el Evangelio el aparato y solemnidad de tan decantados prodigios? En todos los de Cristo resplandece orden, honestidad, mesura, rectitud, provecho, verdad, prudencia; ni los ángeles le cantan la gala, ni le rodean genios, ni le guardan leones, ni le saludan pájaros, ni los astros se le rinden, ni las flores perfuman sus caminos, ni traba peleas con jigantes, ni la tierra brota vergeles en su presencia, todo es modestia, humildad, mansedumbre, señales clarísimas del vaticinado Mesías acompañadas de incontrastable pujanza.

Pocos fueron los milagros hechos en

[1] *Dictionar. Scrip.* art. *Ficulnea.*
[2] Luc., XIII, 6, 13.

[1] Matth., XII, 39.—XVI, 4.

criaturas privadas de razón; apenas llegan á diez los narrados en los Evangelios, á diferencia de las curaciones milagrosas que fueron sin cuento. Menor interés tenían para Cristo, por ser más ocasionados á cebar la curiosidad que á enseñar la verdad, que era lo que él ansiaba. A ratos los hacía y como por casualidad. En los pocos que acabó hizo público y notorio que era Señor de los reinos naturales, mineral, vegetal y animal, y que tenía la vara de la omnipotencia para regirlos á su voluntad. Sin embargo, los que quedan escritos no fueron actos humanitarios ni exigidos por imperiosa necesidad, si en abstracto los contemplamos, si bien representaban doctrina sublime que los hombres con el tiempo habían de descubrir, y estaban relacionados con su carácter de Mesías y con el establecimiento del reino de Dios en la tierra. Por otra parte eran demostraciones de su hidalgo corazón. El milagro de Caná fruto fué de su ánimo compasivo, y camino para la institución del enlace conyugal; el de los panes y peces, al mismo tiempo que patentizaba su misericordiosa benignidad, figuró el desinterés é independencia del ideal mesiánico; en la calma de la tempestad libra del naufragio á los tripulantes y guarda la vida á los grandes de su reino; en el lance del pez con la moneda en la boca mira por la obediencia legal y protege á los suyos contra la ambición de reinar; en la maldición de la higuera baldona el farisaísmo ambicioso, y vuelve por la santidad de la ley nueva. En una palabra, los milagros obrados en la naturaleza corpórea ostentan los caracteres de poderoso Libertador, de caudaloso Redentor, de verdadero Mesías.

Justo es exclamar con el autor de las Letanías atribuídas á San Francisco de Borja: *Tú, que en las criaturas irracionales hiciste milagros, porque importaba á la ostentación de tu divina virtud que toda criatura se te rindiese y sujetase, ten misericordia de nosotros.* [1]

---

[1] Tu, qui circa creaturas irrationales miracula fecisti, pertinebat enim ad ostendendam divinitatis virtutem ut omnis creatura tibi esset subjecta, miserere nobis. *Litaniæ Incarnationis*, 1550, p. 35.

CAPÍTULO VI.

PODER DE CRISTO SOBRE LAS ENFERMEDADES.

ARTÍCULO I.

Importancia de estos milagros. — El hijo del Régulo: relación del suceso.—Pondéranse las circunstancias.—Objeción de los críticos y respuesta. — Exposición de la escuela mítica.—El Centurión y el Régulo son dos diferentes personajes.— El paralítico de Cafarnaum: relación del suceso.—La escuela naturalista no acierta á explicarle.—Porfían en vano los racionalistas.

El capítulo de las curaciones ha puesto siempre en congoja á los enemigos del milagro. Cosa clara es en los Evangelios que Cristo extirpó toda suerte de enfermedades internas, externas, orgánicas, nerviosas, lesiones de miembros, afecciones en los órganos de los sentidos, y sin linaje de disputa les hallaba total remedio en procedimientos ajenos á los recursos de la medicina y por manera desproporcionada á la gravedad del mal. La incredulidad se ha cansado de inventar, en montones de libros, explicaciones naturales, que al cabo han quedado por partos livianos de ingeniosos inventores. Entremos en el examen de algunos de estos milagros, y veamos qué fuerza tienen las dificultades propuestas por los modernos críticos.

El segundo milagro hecho por Cristo en Galilea fué la curación instantánea del hijo del *Régulo*, [1] βασιλικός, según el texto griego. Era éste un hombre principal de Cafarnaum, ministro de Herodes ó del César, palatino rico y pudiente, que con todo su poder y nobleza no había llegado á salvar á un hijo suyo de la grave enfermedad que le consumía. La fama del Salvador volaba por todas partes, y era grande en Galilea, fuese por el milagro de Caná, fuese por las maravillas hechas en Jerusalén durante la Pascua. Corrían de su poder cosas tales, que llegadas á oídos del palaciego abriéronle camino á nuevas esperanzas, que la gravedad de su hijo daba ya por fenecidas. Como supo que el Salvador había llegado á Caná, el amor paternal púsole alas en los pies y no paró hasta ir á verse con Él.

Alguna fe tendría, sin duda, como conceden San Gregorio [1] y San Crisóstomo, [2] aunque tan flaca é imperfecta que creía necesaria la presencia de Cristo para conseguir la salud del enfermo. Llegó á Caná, y le rogó fuese á su casa y le curase al hijo que estaba desahuciado. [3] El texto latino usa aquí la frase *incipiebat enim mori*, que en el griego es más expresiva, ἤμελλε γὰρ ἀποθνήσκειν, y significa *estaba para morir, se hallaba á punto de rendir el alma, moriría sin remedio*: la partícula γὰρ denota que el estado alarmante del hijo fué el motivo que á su padre impulsó á acudir por remedio á Jesús.

El cual, oida la propuesta, respondió: *Nisi signa et prodigia videritis, non creditis.* Palabras que contienen dos sentidos: el uno de aprobación, el otro de reprensión. Maldonado apunta el primero, y es conforme al texto griego, que en vez de presente pone el futuro *non credetis*, οὐ μὴ πιστεύσητε, como si dijera: tal es vuestra incredulidad, que si no hiciese yo milagros, no creyerais; haré el milagro para que se persuadan muchos y crean; que si no, no creerán. [4] El otro sentido de reprensión parece más obvio. Solicitaba el hombre la salud de su hijo. Respóndele Cristo: primero queréis ver por los ojos, y luego creer; ni te basta, como si dijera, rogar que te cure al hijo sin ir yo en persona;

[1] Jo., IV, 46, 54.

[1] Hom. XX in Ev.
[2] Hom. XXXIV in Jo.
[3] Jo., IV, 47.
[4] In Jo., IV, vers. 48.

milagros pedís, y si no son muchos no quedáis contentos. Avisa aquí el Salvador que lo que pretendía en sus milagros, como blanco principal, era la salud de las almas y extender el reino espiritual de la fe, que es el que glorifica á Dios con verdad. Entendida la necesidad corporal del hijo, señala la enfermedad espiritual del padre, con que demuestra nuestro Médico celestial, que hacía bien su oficio, y que si procuraba remediar dolencias corporales, tiraba con todas veras á las espirituales y más importantes. Este fué el fin del presente milagro. Con la dicha respuesta quiso reportar la impertinencia de los judíos, que demandaban de continuo milagros y exigían muchedumbre de pruebas para rendirse á partido y sujetarse al yugo de la fe; y de camino quiso avisar á este áulico (que si bien no pedía milagros, sino solamente la salud de su hijo, ni la pedía con la insolencia de los demás judíos, los cuales, mirando á Cristo como á simple rabino dotado de especial poder, le tenían cansado con sus demasías) avisarle, digo, de paso, de cuán menguada era su fe, y cuán falso concepto formaba del Señor, que tanto de cerca como de lejos podía dar entera vida y salud. Y que efectivamente tuviese el régulo bien merecida la amonestación, lo declara su ceguedad, porque áun advertido y amonestado no sufría la tardanza y daba prisa á Jesús importunándole con palabras apremiantes *que bajase á la ciudad antes que el hijo se le muriese*, que sin duda le daba por muerto si no aceleraba los pasos.

El clementísimo Jesús, al ver que ni la reconvención abría al ciego los ojos de la fe, quiso alumbrarle por otro camino diciendo: *Vé, tu hijo vive.* Fué una manera de significarle que el enfermo no moriría, como se temía el palaciego, y declararle que su hijo estaba del todo bueno. Esta, en verdad, era palabra vital, y por ella el que tenía el alma en los dientes, quedaba con entera salud. [1] Oyó el régulo estas palabras como expresión de la verdad, y se rindió á la fe. Partió luego, y partido, saliéronle al encuentro los criados, y le participaron cómo el hijo estaba recobrado. Preguntóles á qué hora había empezado la mejoría: no se lo preguntó con mente dudosa ó mal segura, sino para asegurarse más y darse el parabién de haber creído, por ser común á los que creen buscar razones para comprobar la verdad, por el consuelo que halla el hombre en ver su creencia concorde con ella. Preguntados los criados por la hora, halló que era la misma en que Cristo le notificara la salud, á saber, las siete de la tarde. Creyó entonces él y toda su casa y familia. En este milagro mostró el Señor que su palabra hacía efecto á distancia, y que todo lo abarcaba con su voluntad y poder.

Este considerable portento ataja las réplicas de todos los adversarios, sin dejarles efugio razonable. Ninguno de los muchos sistemas, excogitados para contraminar las curaciones evangélicas, puede hacer efecto en la presente. Las circunstancias notadas por el evangelista los desarman y desacreditan. La curación de un enfermo desahuciado, efectuada en ausencia del taumaturgo, sin aplicación de remedio, con tres breves palabras, á distancia de muchas leguas, echa por tierra el sistema de la influencia moral, quita las fuerzas al sistema del magnetismo y de la sugestión hipnótica, contraresta el sistema de la imaginación, acusa de arbitrario é ineficaz el sistema de las causas ocultas, y patentiza con invencible evidencia que la operación no pudo ser sino sobrenatural y divina.

Los exégetas naturalistas, Paulus, [1] Hase, [2] Venturini [3] introducen para darle apariencia de natural un extraño discurso. Parte de la medicina es la semeiótica, que trata de los signos de las enfermedades; divídese en diagnóstico y pronóstico. El diagnóstico se hace cargo de los síntomas morbosos al efecto de calificar la enfermedad; el pronóstico investiga solícito la tendencia y remate del mal. Dicen los autores citados que el Salvador, diestro en semeiótica, pudo pronosticar el curso del enfermo por medio del diagnóstico conocido. El Evangelio no lo expone todo, pero al decir San Juan que este fué el segundo signo (σημεῖον) hecho por Jesús, indica que era la segunda vez que ostentaba su talento de pronosticar la curación de un enfermo grave. Así los naturalistas. Es cosa que asombra cómo dan á la voz *signum* el sentido de prueba de habilidad, muestra

1 Hebr., IV, 12.

1 *Comment.* Jo. IV, p. 253.
2 *Leben Jesu*, § 68.
3 *Natürliche Gesch.* II, p. 140.

de talento, siendo clarísima la significación de *milagro* que San Juan le atribuye, como lo dice el contexto. Además, hablan los naturalistas de diagnóstico y de pronóstico, ¿por qué no indican en qué versículos se contienen estas dos partes de la semeiótica de Jesús? Visionarios son los que fabrican en el aire sus vanísimos discursos. Trazar quimeras, devanear con fantásticos pensamientos, y luego hacernos creer que interpretan el Evangelio, es monstruosa burlería. En fin habla Cristo con el régulo, y en el acto le garantiza la salud del hijo moribundo; necia presunción fuera tanto prometer en ocurrencia tan desesperada. Ni es de provecho la instancia de Lücke en su comentario de San Juan: [1] imagina el exégeta que Cristo estaba dotado de ciencia superior, y que por ella alcanzó cómo el temperamento del enfermo triunfaría de la enfermedad. No tratamos aquí de conocimiento, sino de acción; Cristo más hace, que habla. San Juan, no contento con ensalzar el eminente saber de Jesús, [2] pone en altísimo predicamento su poder en muchos lugares que vamos exponiendo. En peor pie no podía fundarse la impugnación naturalista.

Sin embargo la crítica negativa para dar alguna razón del suceso, porfía que el enfermo por haber recibido de su padre previo aviso de que Jesús le otorgaba la gracia, se recobró tan aprisa que al llegar después el padre con la súplica concedida, se puso al instante bueno. La respuesta á este sofisma es palmaria. El hijo no esperaba la curación, y curó antes que estuviese de vuelta su padre. Estos dos hechos constan ciertamente en el Evangelio, ni tienen los críticos licencia para alterar el texto bíblico, y añadir y quitar á su talante.

Tres tiempos se han de distinguir en este caso; el tiempo en que los criados dieron á su amo la nueva de que el hijo se hallaba mejor, el tiempo en que el hijo comenzó á mejorar, el tiempo en que el régulo trató á boca con Jesús; estos dos postreros tiempos fueron simultáneos, no fueron dos sino uno. ¿Qué dicen al régulo sus criados? *Ayer á las siete la calentura le dejó.* [3] ¿Qué siete, de la mañana ó de la tarde? de la tarde, por fuerza. Primeramente, S. Juan expresó el tiempo romano, y no el judáico, porque en su Evangelio usa por lo común la computación como se estilaba en el Asia Menor. Además Cafarnaum distaba de Caná unas 35 millas, es decir, una jornada, y era imposible levantándose por la mañana llegar á Caná y avistarse con Jesús á la una de la tarde, que es la hora judáica correspondiente á las siete después de salir el sol. Crece la imposibilidad, si decimos que los criados se pusieron en camino luego después de comenzada la mejoría, porque ellos dieron á entender al amo dos cosas: primera, que á las siete había cesado la fiebre; segunda, que el enfermo estaba fuera de peligro y había recobrado salud: y ¿cómo podían esto último afirmar á no haber aguardado hasta ver el curso de la enfermedad? Así en efecto fué. Como vieron que súbitamente había parado la fiebre, lo tuvieron por inopinada novedad, y corrieron á congratularse con el padre. Además, si los criados contaran al amo por la tarde lo ocurrido pocas horas antes, dijeran: *á las siete cesó la fiebre*, y no *ayer á las siete*. Así resulta que no fué posible que el padre despachase correo á su casa comunicando la entrevista con Jesús, ni que la alegre nueva de que el niño curaría causase algún alivio; sino que el enfermo mejoró notablemente, antes de recibir nuevas, (ni había porqué esperase la curación) á las siete de la tarde en la hora misma en que su padre hablaba con el Salvador. La entrevista con Jesús y la mejoría fueron simultáneas. No fué, cierto, instantánea la curación; pero con todo fué tenida por tan gran milagro, que á vista de él toda la familia y casa abrazó la fe de Cristo. El Cardenal de Laurea [1] dice: *Puede suceder que una enfermedad, curable por la naturaleza, haya adelantado tanto que sea incurable por cualquier remedio y por cualquiera dilación de tiempo. Entonces pertenece á la segunda clase de milagros, como fué en mi juicio, la curación del hijo del régulo. Porque dice el texto:* incipiebat enim mori. *Luego la virtud á la naturaleza faltaba, y esto se discute cuando se busca de qué género son los milagros. Porque se considera si quedaba esperanza en la naturaleza para superar la fuerza del mal; si queda, se dice*

[1] I, p. 550.
[2] Jo., I, 49.—II, 25.—VI, 64.
[3] Jo., IV, 52.

[1] In III Sent. disp. XX, a. 5.

milagro quoad modum; *si no hay, se dice* quoad rem.

La escuela mítica provee á la exposición del suceso buscando analogía en la curación de Naaman hecha por el profeta Eliseo no estando á vista del leproso, y pondera que en la incredulidad de Naaman se representa la del régulo zaherida por Jesús, y en los mensajes la solicitud del criado del profeta: de donde colige Strauss que este milagro se fraguó con las reminiscencias de aquél, que también fué obra forjada por la credulidad judía. Cansa y enfada el continuado desvarío de esta escuela. Su principal desacierto consiste en quitar de en medio la cronología, clave de toda razonable historia. Quiere Strauss que los sucesos milagrosos, por el mero hecho de serlo, no estén atados á tiempo ni á época determinada, y pretende que acaecieron no sabemos cuándo, por transformaciones fabulosas de otros hechos sencillos y naturales. Desterrada la cronología introduce en la historia de Israél una confusión de esperanzas, recuerdos, sueños, jeroglíficos, conjeturas, que destrabados y sin relación entre sí engendran capítulos de un libro sin fecha, sin orden, sin autor, sin testigos, sin responsabilidad, sin cordura; y consiguientemente preséntanos una historia enigmática como un abismo lleno de tinieblas, porque hace del sacrosanto volumen una compilación indigesta de relatos tomados de fuentes desconocidas, tejidos de asertos inverosímiles y contradictorios, echando por este camino á volar por los cuatro vientos las hojas de todos los libros de historia que en el mundo se han escrito. Es el atentado más criminal que pudiera aconsejar el aborrecimiento de la religión revelada á hombres faltos de tino. Dice á este propósito el Padre Didon: *Esta curación á distancia es una imposibilidad humana, pero no deja de ser un hecho divino. El hombre que juzga la historia según el nivel de las energías conocidas, la rechaza; el que la juzga tal cual es, según la pauta de Dios, la recibe por testimonio de su infinita virtud: el primero la limita y cercena, el segundo la ensancha y engrandece anonadándose á sí propio en el acatamiento de la omnipotencia que todo lo dispone y gobierna.* [1]

Han pensado Semler, Weisse, Strauss y otros, tomando por norma un descuido de San Ireneo, [1] que el régulo y el centurión [2] componen una misma persona, y se les figura que los relatos no son dos sino uno solo. Poco hace á nuestro intento la diversidad; lo principal es que en ámbos la curación se efectuase distando leguas el médico del enfermo. Los Santos Padres y expositores están de acuerdo en que son dos. El centurión no quiso que Cristo fuese á su casa, el régulo le rogó que se diese prisa á ir; aquél creyó que Cristo ausente podía dar salud, éste mostró claro que no podía; aquél acudió á Cristo cuando bajaba del monte, éste á su vuelta de Samaría; aquél tenía en casa un enfermo de parálisis, éste de fiebre; á casa de aquél fué Cristo cuando le suplicaba que no fuese, á casa de éste no quiso ir siendo rogado que fuese; aquél le suplica remedie con su palabra y remedia con su propia mano, éste desea que cure con la presencia y cura con la palabra; la morada de aquél es Cafarnaum, la de éste Caná; aquél gentil, éste judio; aquél representa por medio de otros la necesidad, éste en persona la expone; aquél es ejemplo de fe viva, éste de fe lánguida; aquél por humilde logra el beneficio, éste á pesar de su arrogancia. Vea quien quisiere cómo señalan estas diferencias San Crisóstomo, San Agustín, Leoncio, Eutimio, Teofilacto exponiendo el caso del centurión que adelante se tocará.

Era Cafarnaum la ciudad que el Salvador había escogido por morada durante el tiempo de su predicación, como lo fué Nazaret de su vida oculta, y Belén de su nacimiento. Alojábase en casa de San Pedro, dicen los protestantes, [3] empeñados en que después de hecho apóstol acrecentó su fortuna y tuvo casa en Cafarnaum demás de la que tenía en Betsaida. La casa donde Cristo en la presente ocasión predicaba, no era pues la de San Pedro, sino otra que constaba de planta baja y de un solo piso como era costumbre. [4] Rodeábase el patio interior de una galería, á donde se subía por dos escaleras, una

1 *Jésus-Christ*, 1891, p. 272.

1 *Adversus hæres.*, II, cap. XXII.
2 Matth., VIII, 5.—Luc., VII, 2.
3 Edersheim, *The Life and Times of Jesus*, vol. 1, chapt. XVI. 4 Maldonado, in Matth., VIII, vers. 14.

que daba al cuarto de los huéspedes, otra á las habitaciones de la familia. Ora el Salvador se hallase dentro de una sala superior, ora en la misma galería, á su lado se agolpaban escribas y fariseos, destemplados mordedores de su proceder, que habían de varias partes de Palestina concurrido con ánimo de acecharle los pasos, y juntamente con ellos se apiñaba tanta multitud de pueblo, que no cabiendo en el umbral de la casa llegaban hasta la calle. [1] El amor de la novedad y el interés de la salud tenían en apretura toda esta concurrencia.

Estaba el Señor hablando, y oían todos atentos, cuando de improviso llegan cuatro hombres trayendo en una cama un hombre paralítico. Romper por el gentío que sitiaba la puerta, fuera imposible; malograr la ocasión y diferir la entrada, no se sufría; abrigaban la confianza de que Jesús quería dar salud á los dolientes, y éste anhelaba en efecto alcanzarla. ¿Qué hacen? Pegada á la casa había una escalera que subía al terrado, descubierto y hecho de ladrillos y cerrado con balaustres, según la usanza de los judíos. Aquí subieron al tullido en breves minutos, destecharon el suelo, y horadándole, por este boquete descolgaron con sogas al enfermo en su camilla, y ayudando los de abajo pusiéronle á los piés del Salvador: el cual considerada la fe de aquellos hombres que tal industria habían usado, y la disposición del paralítico que á tal artificio se había prestado, interrumpiendo la plática le dijo: *Confía, hijo: perdonados te son los pecados.* [2]

Dos cosas son aquí primero de advertir. La una es cómo el divino Salvador, que hasta entonces no había hecho curaciones en público, tal vez por no irritar la animosidad de los fariseos, agresores coléricos y alevosos, ahora cuando se le presenta un enfermo de gravedad se goza con la ocasión propicia de mostrar su infinito poder. La otra cosa es, que como los judíos conceptuaban los males corpóreos por expiaciones de culpas personales, buscaban primero alivio al cuerpo y dejaban á Dios la curación del alma. Calmet va fuera de camino pensando que el Salvador adoptaba la doctrina de los judíos. [1] Cristo nuestro Señor procede aquí al revés: antes ofrece socorro al alma del paralítico condonándole las culpas, y luego le libra del achaque corporal, dando á entender á los doctores de Israél que quien ejercía poder sobre la naturaleza sensible, mayor le gozaba que eso, árbitro era del propio de solo Dios.

Palabras tan amorosas como estas fueron bálsamo suavísimo al corazón del enfermo, y al par aceite caido en el fuego que ardía en los pechos de los fariseos, quienes con disimulada malicia procuraban recoger en sí el coraje que contra Cristo tenían, protestando en su interior que hacía alardes de un oficio que no le tocaba, porque de solo Dios es perdonar culpas; y poniendo tacha en su manera de proceder decían en sus adentros: *Quién así jamás habló? blasfemo es: ¿quién puede perdonar pecados sino solamente Dios?* Aquí dijo agudamente S. Ambrosio: [2] *Cuando los judíos afirman que solo Dios puede remitir pecados, por Dios confiesan á Cristo: juzgando así sacan á luz su perfidia, pues admiten en Dios la obra y niegan en Cristo la persona divina.* Aquí se abre el proceso que ha de cerrarse con la muerte de Jesús en un madero. La liturgia legal negaba al sacerdote la facultad de absolver del reato; linaje de blasfemia era arrogarse sin título un tan alto privilegio.

Leyóles el Señor los pensamientos con aquella su divina luz, y atajándolos y metiéndolos en un círculo de espinas, les dijo: *¿Por qué sois tan mal pensados?—¿Cuál de dos cosas es más fácil, decir á un tullido* perdonados te son los pecados, *ó decirle* levántate, toma tu camilla y anda? Callaban los muy ladinos porque no les daba lugar á respuesta, pues tanto la una cosa como la otra pedía poder divino; y á Dios ambas le son fáciles y naturales. Miradas en sí las obras, mayor dificultad encierra el perdonar pecados ó curar enfermedades espirituales, que el medicinar males del cuerpo por virtud propia, súbitamente y sin resabios, comoquiera que á los judíos pareciese más ardua empresa con una sola palabra aliviar el cuerpo que purificar el alma; y así bien probó Cristo su intento,

---

[1] Luc., V, 17, 18.—Marc., II, 1, 12.
[2] Matth., IX, 2.—Luc. V, 20.—Marc., II, 5.

[1] *Comment. in Matth.* IX.
[1] Cum Judæi asserunt peccata á solo Deo posse concedi, Deum utique eum confitentur: suoque judicio perfidiam suam produnt qui opus adstrunt ut personam negent.—Lib. V, in cap. V. Lucæ.

dando en confirmación de su poder espiritual, salud entera al enfermo.

Sacándolos pues de su asombro para echarlos en mayor confusión y vergüenza, probó un efecto invisible por otro efecto visible, diciendo: *Para que sepáis que el hijo del hombre posee en la tierra poder de perdonar pecados, tú, paralítico, levántate, toma tu camilla, y vete á tu casa.* Enmudecieron todos de espanto al ver con qué presteza un hombre baldado se levantaba por sí con perfecto movimiento y sensibilidad, y abriéndose paso por el gentío íbase á casa glorificando á Dios.

En este glorioso hecho resplandecen muchos milagros á la vez: penetra Cristo las intenciones, da salud al hombre enfermo, conoce el interior de su alma, y la limpia de pecados. Arrebatados de admiración los presentes, unos exclamaban: *Hemos visto hoy maravillas,* [1] engrandeciendo á Dios que diera tal poder á los hombres, en tanto que los fariseos temían y temblaban en presencia de tan poderoso adversario. Quería el Salvador que los afortunados publicasen el beneficio para que constase el poderío del Libertador, vista la incapacidad de los humanos remedios; de donde se seguía convertirse los tales en apóstoles, divulgar más con obras que con palabras la gloria del divino bienhechor y esparcir por doquiera la doctrina de la fe. [2] Además, Jesús leyendo en la conciencia de los doctores, tácitamente les da una advertencia que mortifica su indomable envidia. Ver á un hombre de fuerzas apocadas y reducido á suma flaqueza, cómo al punto se alza y se halla con tantos bríos para llevar á cuestas su cama, era demostración de dominio superior en el que se los había infundido, y prenda cierta de que quien tanto podía tenía en las manos las llaves del cielo.

¿Qué responden á este milagro los críticos de nuestros días? Hallan en el junco nudos. Donde los taimados de los fariseos no saben qué razón dar, ellos por no ceder responden con mil locuras; donde los escribas callan y otorgan, ellos vociferan y porfían. Porque toda la argumentación del divino Redentor se redujo á este silogismo: Quien tiene poder absoluto para hacer milagros, posee facultad de perdonar; es así qne yo tengo poder absoluto para hacer milagros; luego poseo facultad de perdonar: luego soy verdadero Hijo de Dios. No desplegando la boca sus capitales enemigos admitieron ambas premisas, y carcomíanse de enojo al tener que tragar la consecuencia y al ver victoriosamente demostrada la divinidad de Cristo.

Pero los doctores modernos ponen dolo en lo que aquellos doctores no osaron negar; niegan la menor del silogismo y claman: el milagro no tuvo lugar; la salud no le vino al tullido de solo oir la voz de Cristo, ni de poder que éste tuviera.—R. Vamos despacio. La escuela naturalista hace mucho hincapié en el perdón de los pecados: éste, dicen, facilitó la curación. Los alumnos de Paulus prueban su aserto mostrando que aquellas voces de Cristo, *Confía, hijo, los pecados te son perdonados,* infundieron en el tullido tales alientos, que despertada la flojedad á vueltas de la confianza, cesó el mental sopor y circuló por sus miembros una desusada fuerza. Si nuestros adversarios mirasen el perdón como preludio y disposición para la cura, tendría alguna apariencia de razón su discurso; pero pretender que el perdón fué un expediente terapéutico, como medio ordenado al propio fin, y áun conceptuarle tan eficaz que en él deba colocarse todo el sér de la curación, es resbalar sin tino por peligrosa pendiente. Para acertar fingen que la parálisis era más imaginaria que real, negra hipocondría que le imposilitaba el uso de los miembros, y que ésta removida por el logrado perdón de las culpas, se desvaneció del todo convertida en ilusión. Y Keim añade, que la indisposición era reciente, pasajera, fácil de remediar con baños, ó con fuertes sacudidas, ó destrabando de algún modo la fuerza latente de la voluntad.

Así atropellan los milagros los naturalistas. Todo su ardid consiste en hurtar el cuerpo al texto evangélico, y en no soltar de la mano sus aprensiones; así representan la farsa en público que en el secreto de sus ánimos tienen compuesta. Para responder á la dificultad, nótese primero, que el auditorio no podía ser más concurrido. De Galilea, de Judea, de Jerusalén se habían juntado fariseos y doctores de la ley á oir la doctrina del Salvador y á examinar de cerca sus obras. La gente se apretaba y tenía tapiada la puerta de la casa donde Cristo platicaba. Tres son los evangelistas que narran lo

[1] Luc., V, 26.
[2] Toledo, In cap. V. Jo., *Annot.*, VI.

acaecido, sin contradicción, notando cada cual pormenores que ponen fuera de sospecha la verdad histórica del suceso. Los esfuerzos de los cuatro hombres que llevaban al tullido y deseaban presentarle delante de Cristo, bastan para romper la trama de los adversarios. El paralítico tenía relajadas y del todo postradas las fuerzas con general descaecimiento. Algunos autores piensan que por haberle Cristo llamado τέκνον hijo, [1] y también ἄνθρωπε hombre, [2] era mozo; otros le conceptúan desmedrado de cuerpo y alma, una verdadera criatura. No sabemos cuál fuese la potencia que le tenía derribado totalmente en la cama, pero bien consideradas las palabras de Cristo, sólo prueban la paternal benignidad que con todos los enfermos usaba. [3] Ni estaba apoplético sin sentido, ni era bobo sin conocimiento, ni destituido de facultades mentales. Alguna fe tenía sin duda, de lo contrario ni se dejara poner en aquel trance, ni le dijeran después *remittuntur tibi peccata tua*, ni alcanzara perdón de sus culpas, como sea cosa cierta que no se concede á los adultos la salud del alma sin acción propia. Y aunque la salud corporal se otorga algunas veces á la oración y fe de otros, no así la espiritual; que ésta si bien pueden otros por alguna congruencia merecerla, es sólo remotamente en cuanto impetran al pecador la fe necesaria para la justificación. Si nuestro tullido carecía de fe podían con algún linaje de merecimiento valerle para ella los cuatro, y por esta vía la tendría cuando recibió el perdón: tal vez aquellas palabras de Cristo, *confide fili,* sirvieron para disponerle mejor y avivarle del todo.

Sin embargo, ya que tuviese fe y estuviese en su acuerdo, era grave su dolencia y general la imposibilidad de moverse. Faltábale fuerza en los brazos, porque sino no le habrían llevado á cuestas; también le bambaleaban ó no le hacían servicio las piernas, de lo contrario no le habrían bajado en su propia cama; y si cuatro hombres fueron menester y trabajo hasta ponerle delante de Jesús sin sacarle de la camilla, argumento es que el vehículo era indispensable, y que el enfermo había venido á extrema flaqueza. De aquí resulta que la enfermedad corporal, bien que hubiese entorpecido sus miembros, no había obscurecido su razón y humano conocimiento.

La expresión *viendo Jesús la fe de ellos* [1] usada por los tres evangelistas, acabará de ilustrar la solución de la propuesta dificultad. Por sus ojos se convenció Jesús de la gran fe que los cuatro tenían. Mucho trabajo padecieron hasta lograr su intento. La traza que por hallar tomada la puerta y del todo inaccesible tentaron á fin de evitar los enviones de la gente, fué subir al enfermo en su cama á la azotea, destejarla, agujerear el techo (*nudaverunt tectum*), y descolgar al paciente hasta ponerle á los pies del Salvador. En esta ingeniosa maniobra se echaba de ver el anhelo de los cuatro y la firme convicción de lograr su intento, que era ver curado al tullido. *Viendo la fe de ellos*, *dijo al paralítico*: estas palabras puestas por San Mateo y San Marcos notan la fe de los cuatro y la disposición del paralítico, porque no se refieren á fe que Cristo reparase en el paralítico, sino en los que le traían, como exponen San Cirilo, [2] San Ambrosio, [3] San Jerónimo [4] y San Crisóstomo. [5] *Aunque tuvo fe el paralítico, de tal manera hablan los evangelistas, que sin duda alguna quisieron consignar la fe de los cuatro portadores*, dice el Padre Maldonado. [6] La fe de ellos y la fe de él movió á Cristo á perdonarle y á curarle, pero la curacion no fué efecto inmediato del perdón; ambos fueron actos de doble poder, poder sobre las almas, poder sobre los cuerpos. Y así lo probó Cristo con aquellos tres imperativos; *levántate, toma á cuestas tu cama, llévala á tu casa*; que son del todo diversos de aquel indicativo: *perdonados te son tus pecados.* Verdadera curación moral, verdadera curación corporal. Viene pues al suelo la hipótesis naturalista.

Insta la escuela crítica y dice: Cristo atajó el mal en verdad, pero sin intención; el hombre tomó como formal el mandato, y creyéndose recobrado, lo quedó cumplidamente.—R. Ridícula instancia. Si así fuera, resultaría que Cristo quiso ser tenido por Dios, pues el perdonar pecados, en frase de sus enemigos, era obra de solo Dios, y el hacer un milagro en prueba de

[1] Matth., IX, 2.—Marc., II, 5.
[2] Luc., V, 20.
[3] MALDONADO. In Matth. IX, 2.

[1] Matth., IX, 2.—Marc., II, 5.—Luc., V, 20.
[2] Catech., V.
[3] In Luc., V.
[4] In Matth., IX.
[5] Hom., XXX.
[6] In Matth., IX, 2.

eso mismo, sería la mayor insensatez del mundo, á ser verdadera la suposición de nuestros adversarios, los cuales sin embargo conceden que Cristo era muy ingenioso y discursivo. Veamos el argumento que Cristo proponía á los fariseos.

Está platicando rodeado de fariseos y escribas [1] cuando los cuatro hombres descargan el enfermo á sus pies, y enseña doctrina del cielo y el modo de salvar sus almas; el espectáculo presente no puede servir más á propósito para confirmar su doctrina. No piden los hombres por favor la absolución de los pecados, sino la salud corporal de su enfermo; pero Cristo que conoce con quienes habla, quiere poner á sus enemigos en el trance de calumniarle, y dar á vueltas de la calumnia muestras de su divinidad, como San Crisóstomo discurre. [2] Dice al tullido: *perdonados te son tus pecados*. Decir esto, y comenzar los fariseos y escribas á desmandarse en su interior fué una misma cosa. Decían en su pensamiento: *sin duda éste es un gran blasfemo*, y si no lo rebosaron por la boca fué por temor del pueblo, que los apedreara y maltratara. No murmuraban entre sí unos con otros, sino cada cual dentro de su pecho; [3] por eso dice el Evangelio que Cristo *conoció sus pensamientos*, [4] entendió con su espíritu lo que cada cual pensaba en su interior, como con los ojos les deletreó los pensamientos, divisó sus juicios, leyóles las intenciones; propiedad exclusiva de Dios, como claman las Escrituras, y de ella infieren aquí los teólogos la divinidad de Cristo. Malicia farisaica fué imponer á Cristo la infamia de blasfemo, porque prometía absolver de pecados, pues podían hacer cuenta más piadosa y pensar que era un profeta, á quien Dios había comunicado el poder de perdonar; mas esa ocasión quiso darles Cristo para caer sobre ellos con todo el peso de su divinidad.

Hablándoles pues al pensamiento les dice: *¿por qué habéis de pensar mal en vuestros corazones? ¿Cuál de las dos cosas es más fácil, decir se te perdonan los pecados, ó decir alza y anda.?* [5] Así respondía en alta voz al secreto de sus sentimientos, significándoles que ningún corazón le era oculto, y notificándoles que como los corazones conocía las enfermedades, y que como tenía poder para lo uno lo tenía para lo otro. A la proposición de Cristo ningún doctor movió los labios. La sola propuesta debió de embargarles el aliento. En tesis general más ardua cosa es perdonar pecados que restituir salud á cuerpos, porque en frase de San Agustín más fácil es crear cielos y tierra que justificar pecadores, [1] por la parte que en la justificación toma la libre voluntad del hombre. Mas aquí Cristo lo entiende del *decir* y del *hacer* juntamente. Pretende probar no lo menos con lo más, sino lo menos claro con lo más claro, y concluir lo que era obscuro y parecía blasfemia por lo manifiesto y claro, y que de lo que viesen por sus ojos infiriesen lo que no veían. El curar se ve, el perdonar no se ve, y en el curar corre más riesgo la autoridad del que habla que en el perdonar; por eso es más fácil *decir* te perdono, que decir levántate y anda, porque el efecto del primer caso pone en menor compromiso la autoridad que en el segundo. De esta suerte viene Cristo á dar luz á lo menos claro y menos dificultoso de *decir* mediante lo más claro y más dificultoso de *hacer*, discurriendo así: Si yo no engaño en lo más comprometido y dificultoso de *hacer*, como es mandar al tullido que alce y ande, muy mal pensáis que engaño en lo menos comprometido y más fácil de *decir*, como es anunciarle que le son perdonadas sus culpas. Esta interpretación tiene escrita de su puño y letra el doctísimo Juan de Ribera, Arzobispo de Valencia, en una de las muchas Notas que puso al margen de toda la Sagrada Biblia. [2] Escribe así el Beato Juan: *Entre* decir y hacer *hay gran distancia. Si se le habían perdonado al paralítico los pecados sabíalo solo el perdonador, pero el levantarse y andar era notorio á cuantos lo veían.* [3] Con este argumento insoluble, da Cristo prenda segura de que merece ser creido, que era la tesis propuesta, quedando ejecutoriado el pleito contra sus enemigos y cerrada la conclusión de que era Dios, y que en calidad de hombre-Dios perdonaba los pecados.

---

1 Marc., II, 2. 2 Hom., XXX.

3 ἐν ἑαυτοῖς — ἐν ταῖς καρδίαις αὐτῶν — ἤρξαντο διαλογίζεσθαι — Matth., IX. 3. — Marc., II, 6.—Luc., V, 21.

4 ἰδὼν τὰς ἐνθυμήσεις αὐτῶν —Matth., IX, 4.

5 Matth., IX, 4, 5.—Marc., II, 8, 9.—Luc., V, 22, 23.

---

1 *Tract*, *in Jo*. LXXII.

2 A la cortesía del Sr. D. Alejo Peyró, Rector en 1892 del Colegio valentino llamado del Corpus Christi, debemos y agradecemos el insigne favor de haberlas consultado. 3 Msc., al cap. II de San Marcos.

Ahora ¿qué fuerza tiene la réplica de los adversarios? Suponen que Cristo ignoraba lo que decía y hacía, y que hizo más de lo que sabía. Suponer en Cristo ignorancia es lo sumo de las necedades, dice bien el Padre Bonniot. [1] Cuando Cristo avisa que va á curar, está seguro de lo que dice, y sabe que su palabra tendrá el debido efecto. Si Cristo fuera mero hombre, al decir «alza y anda,» habría estado seguro de llenarse de confusión con su bravata, porque pretendiera cosas nunca vistas ni esperadas; habría dado muestra de arrojo é insensatez. Y sin embargo, en prueba de ser Dios promete un efecto no pensado ni verosímil, y el efecto se sigue á su dicho. Luego no era mero hombre por más que se apellidase hijo del hombre: *Hijo del hombre ningún otro se apellidó sino Cristo, que siendo Hijo de Dios, dignóse hacerse admirablemente y llamarse hijo del hombre*, dice el Beato Juan de Rivera, arzobispo de Valencia, siguiendo á Teodoreto [2] Las turbas al ver cómo el paralítico da con la carga valientes pasos, y se huella con tanta bizarría, claman fuera de sí de sorpresa: *Cosa tal jamás se vió;* y no acaban de maravillarse. Si tan ignorante estaba Cristo del efecto y tan poco poder gozaba, ¿por qué no contradicen los fariseos alegando que también ellos poseían aquel poder, y juntamente el de perdonar, y que tanto como él valían?

En vano pretenden los críticos que Jesús ignoraba lo que iba á suceder, que no medía la fuerza de sus palabras, que todo el efecto dependía de la aprensión y credulidad del tullido. Es errarlo todo de piés á cabeza pensar que Jesús delante de sus enemigos había de proferir tan terminante ordenanza, si no contaba con el efecto y si no tenía conocida la disposición del enfermo. La profiere, y proferida sana el enfermo, y el pueblo confiesa la restitución de la salud, y los escribas no recusan el milagro, y teniendo la escapatoria que presumen hallar los críticos no la aprovechan, ¿qué hay aquí sino previsión de la futura salud de parte de Cristo, salud alcanzada de parte del enfermo, imposible vencido á vista de todos, incalificable ceguera en los racionalistas que quieran volver la hoja á este ejemplar que no tiene vuelta?

[1] *Études*, t. XLIII, 1888. p. 34.
[2] *Notas marginales msc.* in cap. X, Matth.

Muy á propósito viene para desvanecer un falso concepto del libre pensador Laurent. *Los libres pensadores*, dice, *observan que Jesucristo no hace nunca milagros delante de los fariseos; sin embargo los judíos no cesan de pedírselos; ¿por qué no los hace en presencia de los que dudaban de su poder?* [1] Más extraño es aquí el atolondramiento de D. Angel Fernandez de los Ríos, que la desenvoltura de Laurent cuyos dislates traduce. El Salvador del mundo no se recató nunca de hacer milagros delante de sus enemigos, dudasen ó no dudasen de su poder. Los fariseos temblaron, como las hojas en el árbol, al presenciar el caso de nuestro paralítico, y no cabían en sí de puro coraje cuando les atronaba los oidos la voz augusta del divino Taumaturgo; los fariseos, presentes á la curación del poseso, turbados y sin acuerdo la atribuyeron á obra de Belzebú; [2] los escribas, tan enemigos de Cristo como los fariseos, [3] convencidos del poder que le asistía para hacer milagros, le preguntaron quién se le daba; [4] los fariseos avisados de lo acaecido en la resurrección de Lázaro, [5] se juntan en concilio resueltos á exterminar al glorioso taumaturgo precisamente por la muchedumbre y verdad de sus milagros; los fariseos, preguntados por Cristo si era lícito curar en día de sábado, medrosos y atortolados no dando lugar á consejo callan porque *no podían responder palabra* cuando el Salvador curó delante de ellos al hidrópico en aquel solemne día; [6] los fariseos vieron cómo Cristo Jesús curó al hombre de la mano seca, [7] y estaban frenéticos y acobardados no sabiendo qué resolución tomar á vista de prodigio tan ilustre: [8] ¿y Laurent se atreve á publicar, y Don Angel á traducir, que los fariseos no presenciaron ningún milagro de Cristo, que dudaban de su virtud taumatúrgica, cuando, por no poder embarazar su palmaria verdad, intentaron desembarazarse del que tan públicamente la ejercitaba?

Añade el racionalista de Gante: *los judíos no cesaban de pedir á Cristo milagros.* Otra alevosa falsedad. Dos veces se los pidieron; una vez los fariseos y escribas, [9] otra vez los fariseos y saduceos. [10] Cristo

[1] *Hist. de la Humanidad*, t. IV, 1880, p. 335.
[2] Matth., XII. 24.
[3] Jo., XXIII.
[4] Marc., XI, 27.
[5] Jo., XI, 47.
[6] Luc., XIV, 1—6
[7] Luc., VI, 6—11.
[8] Luc., XX, 2.
[9] Matth., XII, 38.
[10] Matth., XVI, 1.

lejos de negárselos, prometióles uno, su propia resurrección, que dejase asombrada la incredulidad farisaica y la delatase por más criminal que la de los Ninivitas. [1] Cesaron ellos de pedir milagros cuando vieron atajada su pretensión que era contentar el antojo pueril. Más injusto se muestra Laurent en estas otras expresiones: *No queda más que una explicación á la negativa que Jesús dió á los fariseos, y es que es precisa la fe para operar milagros y para creer en ellos.* [2] Tres yerros virtió en esas palabras D. Angel Fernández: 1.º Jesús dió negativa á los fariseos; del Evangelio no se saca que se la diese, sino todo lo contrario. 2.º No queda más que una explicación; al revés, quedan muchas, como las dan los Expositores. 3.º La fe es necesaria para obrar y creer los milagros; todo el Evangelio clama contra tal aserción. Convénzase D. Angel: al traducir la *Historia de la Humanidad* ha hecho un flaquísimo servicio á la Historia y á la humanidad.

ARTÍCULO II.

La hemorroisa: relación del suceso.—La exposición de Keim.—Sistema del contacto magnético.—Sistema de la credulidad mujeril.—Esta curación fué voluntaria de parte de Cristo.—El tullido de Betsaida.—Autenticidad del versículo cuarto de San Juan.—Teoría moderna sobre las aguas de la piscina.—Relación del suceso.—No puede atribuirse á imaginación exaltada.—Eficacia de la voz de Cristo.—Exposición de los espiritistas.

Cuando Jairo, presidente de la sinagoga, hubo rogado á Cristo Jesús tuviese por bien de resucitar á su hija, acompañáronle los apóstoles á la casa, y tras la comitiva agolpóse mucha gente con ansiosa curiosidad. Entre el gentío metióse una mujer. Molestábala una grave hemorragia; y eso que tenía gastada y apurada no sólo la paciencia, sino en médicos y medicinas, por doce años continuos, su hacienda sin provecho, antes yendo de mal en peor. [3] Era esta afección conocida en la Palestina, y humillante, por cuanto el pueblo la miraba como consecuencia de vida estragada y licenciosa, y juntábase el ser irremediable, si se ha de juzgar por la variedad de medicamentos que leemos en los Talmudes, en donde en un solo folio del Shabbath (110) se le prescriben once remedios, seis de ellos tónicos ó astringentes, los otros cinco supersticiosos y vanos. La fórmula que debía emplearse mientras la mujer tomaba las recetas era esta: *sé libre de tu flujo*.

Muy de otra manera se portó Cristo con esta desdichada mujer, á quien su enfermedad grave, larga, molesta y asquerosa tenía atada la lengua y traía llena de confusión y desconsuelo. Mas tenía fe; y al oir ponderar los milagros que Jesús hacía, dijo para sí: «como logre yo tocar su vestido, seré sana.» Y llegándose por las espaldas y con secreto, sin ser vista toca al Salvador el ruedo ó parte extrema del vestido, y en el acto sintióse curada. Llama el evangelista *fimbria* [1] del vestido la franja del manto, porque demás de la túnica interior, sin costura, de una pieza, llevaba el Señor un manto de mucho vuelo, de forma cuadrada, azul por lo común, que en sus cuatro cabos tenía franjas blancas ó azules según mandaba la ley. [2]

Aplicar la enferma la mano al manto del Señor y quedar aliviada fué una misma cosa. La artificiosa traza que la devota mujer pensó tal vez quedaría oculta, y que de muy secreto ejecutó por empacho de manifestar su dolencia, no se escondió al conocimiento de Cristo, porque luego entendió con su lumbre divina haber emanado de su sagrada persona una particular virtud. Vuelto á la turba, *quién me tocó* pregunta. Responde Pedro: *Maestro, las olas de la muchedumbre te bruman y afligen y tú preguntas quién te tocó?* [3] Dícele Jesús: *alguien me tocó, porque yo he notado que salía de mí virtud.* Así habló el Redentor al estilo vulgar significando que tenía poder para enfermedades, y mostrando que su cuerpo era órgano de la divinidad é influía por virtud de su augusta persona.

Al decir estas palabras paseó la vista por la concurrencia y fijóla en la mujer curada. [4] Esta con el sobresalto de verse descubierta, temiendo y temblando arrojóse á los pies de Cristo, y delante de todos declaró por qué motivo le había puesto las manos, y cómo al ponérselas había recobrado salud. [5] El Señor la con-

---

1 Maldonado, In Matth., XII, 39.
2 Ibid. pag. 366.
3 Matth., IX, 20.—Marc., V, 25.—Luc., VIII, 43.

1 Luc., VIII, 44.
2 Num. XV, 37.—Deut. XXII, 12.
3 Luc, VIII, 45.
4 Marc., IV, 32.
5 Luc., VIII, 47.—Marc., V, 33.

soló y aseguró del todo diciendo: *Confía, hija, tu fe te ha hecho salva, vete en paz*: con que ratificó la curación.

Quienquiera que lea con advertencia estos tres evangelios, cerrará la puerta á todas las dudas convencido de que el hecho fué milagroso. Las razones de Paulus, [1] Venturini, [2] Koester, Keim y de otros críticos, que quisieran fuera cosa natural y efecto de una accesión nerviosa, causada por la fantasía mujeril, hallan su total respuesta en el dicho de Jesús que por los rayos de poder emanados de sí conoció que alguno le había aplicado los dedos al vestido. Y si hay casos de hemorragia repentinamente restañada á causa de fuerte impresión, no debe ésta contarse entre ellos, porque no era simple hemorragia. Una enfermedad constituida en el decurso de doce años, en cuyo tratamiento se había invertido gran caudal de paciencia, dinero y medicinas, produjo en el organismo de la hemorroisa graves desórdenes que se manifestaban por las frecuentes hemorragias: y dado que una emoción extraordinaria fuese causa de la suspensión súbita de este síntoma, no podía atribuírsele la total desaparición producida en esta mujer por la palabra, *esto sana á plaga tua*, [3] que fué perfecta sanidad desde que tocó la vestidura de Cristo. [4]

Strauss escribe que Jesús sintió entre su cuerpo y el de la enferma desarrollarse por contacto *una fuerza magnética*, y que por eso quiso averiguar quién era el que le había tocado. A la crítica de Strauss satisface el Evangelio con decir que se veía Cristo apretado de la gente, y que le prensaban el cuerpo; era pues imposible que no se le agotase á Cristo la *virtud magnética* con tantos toques; ni tampoco hubiera Cristo ido á buscar con los ojos [5] la mujer que le había echado mano á la franja. Ni son de más peso las objeciones de Woolston y otros deistas, que mancillan con feísimos borrones la sencillez y hermosura de esta narración. Es achaque de estos críticos alambicar sus pensamientos con grande esfuerzo, y después de condenar por falsos los milagros de Cristo, introducir tales y tan descabellados comentos que deslustren el sentido obvio de la letra, oficio propio de demoledores, no de expositores.

Otros, haciendo ostentación de doctores en medicina, contemplan la curación de la hemorroisa como fruto de la credulidad é imaginación femenil, y discurren que, porque á veces la hemorragia para de golpe por virtud de una inopinada emoción, también pudo en nuestro caso la impresión moral producir este efecto físico. Los que tal piensan, pasan á la ligera por los doce años de padecimientos, de gastos, de medicinas, de tratamientos medicinales; echan en olvido que esta era una enfermedad arraigada en el fondo de las entrañas; no advierten que la pobre mujer, llena de confusión, no osaba pedir á las claras remedio al que hacía tan insignes curaciones; dejan de notar que en el asir con las manos el vestido de Jesús cifraba todo su remedio y se le prometía seguro: y una enfermedad de doce años, que había frustrado el tratamiento de la ciencia y traía marchita, opilada, anémica á esta infeliz, como suele acontecer á las de su condición, viniendo á guiarlas por sus pasos contados á muerte cierta con más ó menos lentitud, desaparecer así en un instante con la sola impresión de confianza, con solo exaltar la imaginativa, por el hecho de un sentimiento moral, si á eso llega la credulidad de nuestros críticos, no tiene duda que el infinito poder que á Nuestro Señor roban, se le conceden á la fantasía. No es concebible ceguera tal. San Lucas era médico, y con este rasgo pintó el efecto del tocamiento: *al instante la corriente sanguínea se restañó*. [1] De un caso de hemorragia rectal leemos: *Esta hemorragia á fuerza de reproducirse, había colocado á la enferma en tal estado de debilidad, que tenía con frecuencia síncopes; la muerte era inevitable, si no se conseguía remediar la enfermedad*. [2] ¿Qué medicamento, ni hidrastinina, tuvo una acción hemostática tan súbita como en el caso evangélico? No sólo el derrame se detuvo rápidamente, sino que en el acto cesó para no volver más. Fuera hemorragia uterina, ó menorragia funcional, ó leucorrea debida á causa interna, ó desor-

---

1 *Leben Jesu*, I, p. 244.
2 *Natürlich Geschichte des propheten von Nazaret*, II, p. 204.
3 Marc., V, 34.
4 Et salva facta est mulier ex illa hora. — Matth., IX, 22.
5 Circunspiciebat. Marc., V, 32.

1 Luc., VIII, 44. 2 *El Siglo Médico*, t. XVI, p. 60.

den efecto de lesión; ello es que su estado había de producirle dolores, adelgazamiento, extenuación de fuerzas, pérdidas vitales de consideración: todo cesó puntualmente en el momento de aplicar la enferma los dedos á la vestidura del Médico divino. *Es poco probable que la medicina moderna fuese más poderosa que la antigua contra un mal tan inveterado que hubo de trastornar toda la economía de la hemorroisa. Debemos pues maravillarnos de la omnipotencia encerrada en la fórmula ordinaria de Jesucristo: tu fe te salvó*. Así habla el Dr. Marmisse, [1] señalando los límites de la ciencia médica. El P. Bonniot aquí concluye diciendo: *¿Qué resulta de la explicación natural, inventada por los modernos clínicos? Resulta una nueva demostración de la inconcebible liviandad con que los hombres sin fe tratan las cosas de la fe, por más que á ella deban sus pingües rentas; resulta un notorio ejemplo de demencia espiritual, que es la peor y por desgracia la más común de las demencias.* [2]

Es muy extraño que no se le ofreciese á Strauss en el Viejo Testamento algún pasaje donde hallar el origen mítico de nuestra historia. Confiesa que esta cura se parece á las hechas por virtud de las reliquias, [3] pero luego las pone todas en ridículo, y si alguna gracia concede á la sombra de San Pedro y á la vestidura de Cristo, es una suerte de fuerza magnética. En ella insiste Weisse [4] como tan aficionado á explicar por magnetismo los milagros evangélicos. No perdamos tiempo en derribar estos castillos encantados.

Otros adversarios piden la palabra: largos discursos tejen defendiendo que esta curación fué involuntaria y automática de parte de Cristo. El asiento del milagroso poder estribó, dicen, en la voluntad de Dios, sin que tuviera que ver con él la de Cristo; y tomando la causa de la mujer aclaman la grandeza de su fe, como si á ella hubiese debido el beneficio de la salud y nó á la libre cooperación del divino Salvador. Este sintió que le asían del vestido y volvió la cabeza, y sabiendo de dónde le venía el tirón dijo á la mujer que su fe la había curado. Así Weisse [5] con otros naturalistas.

[1] *Merveilles évangéliques eclairées par la science médicale*, chap. XII.
[2] *Études religieuses*. Janv., 1888, p. 39.
[3] *Vie de Jésus*, II, chap. IX, § XCV.
[4] *Die Evangel. Geschichte*, I, p. 301.
[5] *Das Leben Jesu*, II, p. 545.

Engáñanse en eso mismo que leen: San Marcos dice que *Jesús conoció en sí la virtud que de sí propio había emanado.* [1] San Lucas declara otro tanto, con esta diferencia: según San Lucas, Cristo es quien se imputa á sí propio la conciencia de la virtud sanativa, y, según San Marcos, el evangelista es quien imputa á Cristo la conciencia de su virtud. Y de ambos á dos evangelistas se saca este orden de actos. Jesús experimenta que su persona echó de sí un rayo de virtud; de aquí infiere que alguien aplicó á su ropa la mano, y anda inquiriendo quién sea. Argumentan los enemigos del milagro: Eso supone en Cristo emanación involuntaria, porque ignora de dónde proceden los efluvios de la fuerza sanativa; por tanto, la mujer recibió en sí la salud como por sorpresa y sin racional concurrencia de Cristo.—R. A la cavilación se responde que Cristo no era hombre tan falto de ingenio como nos lo pinta la pluma de los críticos. Capacidad tenía bastante para simular que ignoraba é inquiría cosas que perfectamente conocía. Para que el milagro no quedara oculto y sirviera de preparativo á la resurrección que iba luego á obrar, buscó traza cómo la mujer pusiese en conocimiento del público lo que por su natural rubor nunca habría manifestado, siendo cosa notoria que la ley la hacía inmunda, pues por esto y por no arrostrar el furor del pueblo y los baldones de los presentes, [2] se escondió cautelosa á ver si el silencio le proporcionaba remedio. Al decir Cristo: ¿quién me ha tocado? [3] quiso significar que aquella virtud procedía de su divina persona mediante su naturaleza humana. Reparando la mujer que Cristo rodeaba con los ojos atentos la muchedumbre, y que la inquietaba á ella con su penetrante vista, sintió vuelco en el corazón, y temblando y sin pulsos cual si hubiese robado la salud y hubiera de pagar su temeridad, cae de pavor y espanto postrada á los pies de Jesús, y confiesa toda la verdad del caso. [4] Artificio de gran prudencia en Cristo fué, para arrancar de su boca tan ardua confesión. Por esta causa dice San Crisóstomo: *Cristo sintió á la que le tocaba; luego recibió ella salud, no del inconsciente, sino del consciente*

[1] V, 30. [2] S. Pedro Crisólogo, serm. XXXIII.
[3] Luc., VIII, 46. [4] Marc., V, 33.—Luc., VIII, 47.

y voluntario. [1]—*La divina virtud,* advierte el P. Salmerón, [2] *no fué cosa alguna que obrase á manera de los cuerpos; pero dice el evangelista que se derivó de Cristo, para enseñar á nuestros rudos entendimientos que estaba dotado de poder para sanar, á manera de vaso rebosante; y por razón del efecto quedando en él, obraba la divina virtud afuera, no de otra manera que la doctrina se comunica á los discípulos quedándose en el maestro.—El cuerpo de Cristo*, prosigue este sabio comentador, *no devolvía salud cual si en sí poseyese la virtud sanativa, porque no le cabía en el cuerpo virtud infinita, y entonces fuera el cuerpo el agente principal. Arrancaba el mal de raíz á par de órgano de la divinidad, ó de instrumento artificial que obra por la virtud del principal agente, que era Dios.*

De aquí se sigue que no fué automático el carácter da esta curación, como Godet presume, [3] ni tampoco mostró Cristo ignorar el sexo al decir, según el texto griego, *quién es el* (y no la) *que me tocó,* [4] como insinúa Bruce. [5] No mostró ignorancia ni cortedad el Salvador, sino suma oportunidad en hacer palpable la operación milagrosa por la pública confesión de la beneficiada; no de otra manera que no hay ignorancia en aquel padre que, avisado de la travesura cometida por un hijo, pregunta á todos quién la cometió para dar al culpable lugar á confesión y ponerse en el caso de perdonarle, de que están llenas las Escrituras. [6] Finalmente concluyamos: Cristo conoció en sí la virtud que obraba sanidad, no porque experimentase mudanza sensible, sino por la fuerza de su divino Espíritu, que todo lo abarca y comprende.

Deseoso de poner *el Salvador* alguna tregua á la predicación de Galilea, *subió á Jerusalén,* cerca del tiempo de Pascua, según la opinión más común, y sería la segunda *fiesta* á que asistió durante su vida apostólica. *Había en Jerusalén una alberca* ó balsa de agua, *llamada Betsaida,* [7] *cercada* y cerrada *por cinco soportales*, *á cuyo abrigo estaban echados por el suelo muchos enfermos, ciegos, cojos, mancos, esperando con ansiedad el movimiento del agua.* [1] Añade el sagrado Evangelio que *el ángel del Señor bajaba á cierto tiempo, y se movía el agua, y el primero que entonces entrase en el estanque quedaba sano de cualquiera enfermedad que tuviera.* [2] ¿Cuáles no serían los lamentos y suspiros de los que después de aguardar días y días, veían malogradas sus diligencias? No se sabe por cosa cierta en qué ocasión y tiempo descendía el ángel del Señor; probable parece que sería en la Pascua, en señal y representación de la salud espiritual que en tal día habían de alcanzar los redimidos por la muerte y resurrección de Cristo nuestro Redentor.

Grande es la porfía de nuestros críticos en desterrar de los pasajes evangélicos el elemento sobrenatural. Aquí ponen en cuestión la autenticidad de los versículos tercero y cuarto de S. Juan que describen la bajada del ángel y el movimiento del agua. La razón principal es porque no los hallan en algunos códices griegos, ni en la versión siriaca, ni en códices armenios y coptos. Pero Tertuliano, [3] Dídimo alejandrino, [4] S. Crisóstomo, [5] San Cirilo alejandrino, [6] S. Ambrosio, [7] San Agustín [8] y la mayor parte de los códices antiguos hacen memoria de estos dos versículos; fuera de que muchos protestantes como De Wette, Baumgarten, Hengstenberg, Trench, Cooper los dan por auténticos y dignos de aceptación.

Por esta misma causa los protestantes en común, [9] y áun algunos intérpretes católicos (Jahn, Sepp, Maier, Schegg, Scholtz,) dan la virtud curativa de estas aguas á las substancias minerales que contenían, y reprenden á los judíos que poco diestros en explorar las causas físicas la echaban á intervención angélica. Los Santos Padres y los doctores teólogos convienen de común acuerdo que era sobrenatural la virtud de la piscina. [10] Ya los anabaptistas del siglo XVI negaban la

---

1 παρ' ἑκόντος καὶ οὐ παρ' ἄκοντος.—In Marc., V.
2 *De Miraculis*, tract. XV.
3 *Comment. on Luke*, VIII. 4 Luc., VIII, 45.
5 *The miraculous element in the Gospels*, lect. VII.
6 Gen., III, 9.—Gen., IV, 9.—II Reg., V, 25.
7 Beth-Chisda, casa de misericordia; Beth-Isteva, casa de porches; Beth-Sitha, casa de oliva; Beth-Asuitha, casa de curación; Beth-zesis, casa de hervor.

1 Jo., V, 2, 3. 2 Jo., V, 4.
3 *De Baptismo*, cap. V. 4 *De Trinitate.*, II, cap. IV.
5 *Hom.* XXXVI in Jo. 6 In Jo., V, 7.
7 *De Spir. Sancto.*, lib. I. cap. 7.
8 In Jo., *Tract*, XVII.
9 FAIRBAIRN, *The life and times of Jesus the Messiah*, vol. I, chapt. XII, p. 463.
10 P. CORLUY, *Intégrité des Évangiles*, VII, VIII, IX.

verdad de esta maravilla por no hallarle fundamento; pero Salmerón [1] y Toledo [2] deshicieron los reparos hereticales y volvieron por la verdad evangélica.

Asientan pues los críticos (De Wette, Grotius, Tholuck, Maier, Kuinoel, Fairbairn, Marmisse), que el agua de la piscina era mineral, y que al revolverse los gases que echaba de sí la fuente, le daban virtud curativa; eran aguas termales. Esta razón es ajena de todo serio discurso. ¿Qué virtud química sería la que restaurase toda suerte de males, como estas aguas restauraban, según el sagrado texto? ¿Cómo un solo baño termal era medicina infalible para toda dolencia? ¿Cómo hallaba cierto remedio un solo hombre, y ese uno era el primero que acertaba á entrar en el baño? ¿cómo habría permanecido tanto tiempo tullido el del Evangelio, siéndole facil procurarse agua movida de aquella alberca?

Ningún crítico ha desatado cabalmente estos argumentos. Ammon, [3] Paulus, [4] Woolston [5] vista la dificultad del texto imaginaron otra exposición: dicen que Cristo no hizo curación ninguna; su grande hazaña fué desenmascarar el fraude de un hombre que se fingía enfermo. Con razón llama Olshausen [6] absurda la suposición de estos noveleros. La cual descartada, queda en pie la sentencia que atribuye la virtud de la piscina á la acción angélica por divina disposición. Aún dado y no concedido que las aguas tuviesen tal cual proporción con alguna particular dolencia, faltaría probar que los tullidos, cojos, ciegos experimentasen un mismo efecto al contacto del agua, si ésta naturalmente obrara.

No se había aún movido cuando llegó Cristo á los pórticos, y se presentó entre la multitud de achacosos, no llevado de curiosidad, sino en alas de la caridad. Y cuando todos tenían puestos los ojos en el estanque, los del Salvador andaban con ansia buscando al más desdichado, cual si por él solo hubiera acudido á aquel hospital de inválidos; y reparó en uno que estaba echado en un carretón treinta y ocho años había, llevando en paciencia un mal crónico y molestísimo, que muchos Santos Padres califican de parálisis. *Lánguido* (ἀσθενῶν) llámale el evangelista, y lo era tanto, que no podía valerse *ni tenía quién le ayudase á entrar en la piscina. Al verle Jesús y sabiendo el mucho tiempo de su enfermedad, díjole: ¿Quieres estar bueno?* Dándole á entender en el tono de la voz y en la mirada, que él también quería aliviarle. *Respondió el enfermo: Señor, no tengo hombre que me eche en la piscina cuando el agua se turba, porque al llegar yo ya otro ha entrado.* Y sin que precediese en el perlático más disposición, ni voluntad, ni sospecha de lo que iba á pasar, *dícele el Señor: Levántate, toma tu carretón y anda.* Esta palabra de Cristo despertó en el hombre tan vigorosos bríos, que *al punto quedó sano: tomó á cuestas su carretón y echó á andar.* [1]

Era sábado, día en que los judíos no tenían por lícito llevar cargas, y viendo cómo el hombre se había cargado sobre los hombros la cama y comenzaba á mover los pasos, le decían: *Mira que es sábado, y no te es lícito andar cargado. Respondió: El que me sanó me dijo, toma tu cama y anda. Y como porfiasen en saber quién era el tal*, no se lo pudo decir *porque lo ignoraba.* [2]

Ningún lugar tiene aquí el sistema que refiere el milagro á imaginación exaltada. Lo primero, los que acudían á la alberca no eran simplemente neuropáticos, sino enfermos desvalidos (ἀσθενούντων), aquejados de toda suerte de males, y con órganos lisiados y atrofiados. Lo segundo, el hombre de que tratamos, si bien no consta fuese paralítico, dice S. Juan que había pasado treinta y ocho años (ἐν τῃ ἀσθενείᾳ) en languidez, y por tener postradas las fuerzas estaba acostado (κατακέιμενον), y bien podemos pensar que los ciegos, cojos, mancos que le acompañaban en los porches no todos estarían peores que él. [3] Lo tercero, su ordinaria enfermedad ya que le dejase dar algún paso y hacer esfuerzo por bajar á la piscina, era tan sin provecho que nunca llegaba á tiempo, por faltarle quien le diese una mano amiga para meterle en la balsa. Lo cuarto, hartas veces había oido la gritería de la gente cuando en el día señalado el agua se movía, y había presenciado la agitación de ánimo y la prisa y anhelo con

---

1 *De Miraculis. tract.*, XVIII.
2 In cap. V, Jo., *Annot.* III.
3 *Leben Jesu*, II, p. 198.
4 *Exeg. Handb.* II, p. 241.
5 Disc. III.
6 *Comment.* Jo., V.

1 Jo., V, 9.
2 Jo., V, 13.
3 Tomás Bartolini, *De paralyticis novi Testam.*

que todos los enfermos porfiaban en llevar la delantera; y habiendo tomado parte en este común alborozo, el mal lejos de ceder á la moral impresión prevalecía con mayores creces. Lo quinto, este hombre no conocía á Jesús, ni entendía lo que quería decir, ni sospechaba hubiese de cobrar tan presto la deseada salud; y si había oido hablar de Cristo, no consta que tuviese de su potestad aventajado concepto. Lo sexto, como quiera que sea, *no hay emoción en el mundo que pueda dar movimiento, cuánto menos sanidad perfecta á un cuerpo extenuado por treinta y ocho años de enfermedad.* [1]

Y sin embargo, este hombre á la voz de Cristo, antes se sintió sano y vigoroso, que pensar que pudiese estarlo; en el acto *(statim)* hallóse bien, y extirpada la raíz del mal, el que por tantos años había andado tras ello sin provecho. Quien se la dió no fué su propia imaginación, sino la omnipotente palabra de Cristo. Son dignos de considerar aquí tres milagros en uno: primero, convalecer al momento; segundo, cobrar tales fuerzas que pudiera tomar y llevar su camilla; tercero, con sola una palabra quedar con perfecta robustez: es decir, un hombre, que acometido, por ejemplo, de una ataxia locomotriz y familiarizado con ella por largos años, en un instante se planta de pie sin oscilar ni balancearse, y se pone luego en marcha, y detiene los pasos cuando quiere, y vuelve la cara bruscamente, y sostiénese sobre un pie sin apoyarse, y baja y sube escaleras con facilidad, y lleva encima un peso notable, como en nuestro caso es de ver, señales da de haber corregido su mal, posee el pleno uso de sus facultades motrices. *Si consideramos según el humano concepto al obrador y lo que toca al poder, no hizo Cristo grande hazaña; y si miramos á su benignidad, poco fué lo que hizo. Tantos yacían, y uno solo fué curado por aquel que á todos podía curar con una palabra*, dice San Agustín. [2]

Consideremos, dejando por incorregibles á los críticos, cuánta eficacia poseía la voz de Cristo. Nuestras palabras significan lo que pensamos ó deseamos hacer, mas ni lo hacen ni lo ejecutan luego al punto; las de Cristo al tiempo que expresaban su voluntad, la ponían por obra cumplidamente. Cuando manda al paralítico que se levante, que tome á pulso y sobre sus espaldas la cama y que camine para su casa, le da fuerza para llevar adelante lo mandado fácil y prontamente. ¿Cómo había de moverse el lánguido á no suplir el divino poder la falta de vigor de sus miembros? Y adviértase: ni le exigió que creyese, ni alentó su confianza, ni le puso encima la mano, ni le lavó con el agua, como bien pudiera; solamente empleó la virtud de su voz, ella fué la que desarraigó el origen de un mal tan rebelde. Finalmente, con incomparable acuerdo ponía Cristo en claro la eminencia de sus curaciones, cuando hacía que los agraciados probasen luego sus fuerzas y mostrasen á los ojos de todos la verdad de su recuperada salud. *Las parálisis dejan con frecuencia burlados nuestros esfuerzos... Y esto proviene de que el arte, que posee tantos y tan poderosos medios para debilitar, dispone de muy pocos que sean aptos para fortalecer sin causar graves inconvenientes.* Así el médico francés Dr. Boisseau. [1]

Es muy donosa la argumentación de Allan Kardec para deslustrar la grandeza de este milagro. Dice: *La piscina de Betsaida en Jerusalén era una cisterna vecina al templo... cuyas aguas parece tenían propiedades medicinales.* [2] Confiesa el espiritista la

---

[1] P. BONNIOT, *Études religieuses*, t. XLIII, 1888, p. 32.

[2] Tract., XVII in Jo. Si consideremus humano captu facientem, et quod ad potestatem pertinet, non magnum aliquid perfecit: et quod ad benignitatem, parum fecit. Tot jacebant, et unus curatus est cum posset uno verbo omnes erigere.— «Como la parálisis en sus diversos grados y formas es rara vez idiopática, y puede depender, y depende en su mayor número de distintos orígenes, consistiendo por lo común en lesiones anatómicas del cerebro ó centros nerviosos, ó en afecciones ó alteraciones de estos centros de marcha progresiva y de poco probable curación, claro es que el empleo de la electricidad ha de ser limitado y sólo aplicable en circunstancias y casos dados... No podemos menos de declarar que consideramos semejante medio, cuando no ofensivo, ineficaz ó poco menos.» (*El Siglo Médico*, t. XXVII, p. 21.)

Convenimos en que el Dr. Brown-Sequard atajó en dos horas los síntomas de una parálisis incipiente con anestesia y afasia, aplicando la medicación antigotosa; mas todo el beneficio se debe á la pronta y oportuna aplicación. (*El Siglo Médico*, 1889, p. 74.)—«Consideramos, dice el Dr. Lécorché, como un error en la mayoría de los médicos el contentarse con aconsejar la expectación. Al dejar seguir esas manifestaciones el curso regular de su evolución, no sólo se facilita la aparición de lesiones locales con frecuencia irremediables, sino que se deja á la diátesis toda facilidad para llevar fatalmente los enfermos á la caquexia, siendo así que una medicación enérgica prudentemente empleada, habría, cuando menos coartado su acción, si no curado al enfermo.» *(Traité théorique et pratique de la goutte).* La terapéutica de Cristo echa por alto los humanos tratamientos.

[1] *Encyclopédie Didot*, art. *Paralysie*.

[2] *El Génesis, los milagros y las predicciones*, cap. XV.

verdad histórica del suceso, no le pone en disputa, pero le busca explicación natural, como si por estar aquella balsa dotada de alguna virtud, el paralítico no hubiese hallado remedio radical por desproporcionado régimen. ¿Qué importa para el caso ponderar que las aguas contenían virtud natural ó sobrenatural? Va dicho arriba lo que opinamos; mas no es esa la cuestión. La cuestión presente es, quién sanó al paralítico. Las aguas cierto que nó; porque no puso el pie en la piscina. Otro confortativo tampoco se le administró. Bastó por todo reparo y receta, la voz de Cristo, *levántate, toma la camilla y anda*; y en menos tiempo del que gastamos en decirlo, el tullido cobró para años salud, fuerzas y movimiento. ¿Quién, pues, atajó el mal? Díganlo los censores de Cristo, que no le perdonaban curase en sábado, y habrían desplegado las lenguas con injurias y baldones si hubiesen descubierto resquicio por donde referir á otra causa la súbita curación. Ciegos y maliciosos clamaban ser contra la doctrina de Dios el trabajar en sábado, y tenían por lícito sacar en sábado la oveja embarrancada; [1] y ahora que ven al paralítico con perfecta salud repugnan contra la obra divina: ¿con qué ojos han leido las Escrituras que anunciaron clarísimamente las curaciones mismas por ellos presenciadas? Con los ojos de la pasión, como los modernos detractores del milagro.

ARTÍCULO III.

El hombre de la mano seca.—Leyes farisáicas sobre el trabajo en día festivo.—Relación del suceso. — Argumentación de Cristo contra los fariseos.—Sistema naturalista. — El criado del centurión; relación del suceso. — Dificultades sobre este paralítico. — El sordomudo —Eminencia de las operaciones de Cristo. — El leproso.—Cómo los trataban los judíos. — Relación del suceso.—Cómo le combaten los naturalistas.—La lepra, mal incurable.

Corría entre los rabinos la tradición de que en día de fiesta no era permitido aplicar medicinas á los enfermos: sobre esto andaban ruidosas reyertas entre hilleistas y samaistas, bandos en que se dividía la secta de los fariseos. Los hilleistas notaban de parvuleces los escrúpulos de los samaistas, que cerraban la puerta en sábado con extremado rigor á la educación de los niños, al cuidado de los enfermos, al consuelo de los afligidos, á la limosna de los menesterosos. [1] El libro Misna consentía al que padecía anginas ó mal de garganta, enjuagues y gárgaras; [2] pero vedaba curar al que tuviese rota al pierna y frotarse con agua fría la parte dañada. En esto usaban de menos severidad con los animales, porque dábanles de beber en día festivo, como se lo echó en rostro el Salvador á los fariseos de nuestro Evangelio, que serían sin duda del partido de los samaistas. Consultado un rabino, si una persona podía, según ley, tomar una pócima purgante, respondía: si se hace por el gusto, se puede; si por razón de salud, no se puede. [3] En general estaban vedados los medicamentos externos; los internos, que eran remedios del mal, se exceptuaban de la ley. [4] Las gárgaras eran permitidas, con tal que se arrojase el líquido. Si las lesiones exteriores envolvían daño ó peligro de la vida, no quedaban sujetas á prohibición, y era lícito llamar por ellas al médico.

Hemos querido puntualizar estas indicaciones del Talmud, no porque le concedamos alguna autoridad ni importancia histórica, sino para que los rabinos modernos, aficionados á su lectura, acaben de entender cuán sin fundamento afligían los fariseos al Salvador cuando les notaba con acritud sus corruptelas y perversas tradiciones.

Un sábado entró nuestro Salvador en la Sinagoga, y los escribas y fariseos, que estaban á la mira buscando ocasión de disfamarle si le viesen curar en día festivo, [5] se lo preguntaron diciendo, si era lícito en sábado curar enfermos. [6] *Había allí un hombre que tenía la mano derecha seca* y sin movimiento. *El Señor, penetrando la maligna intención de sus adversarios*, llama al manco, y *le manda poner de pie en medio* de la concurrencia, donde todos le pudieran ver y oir; y, como quien no temía la lucha de los porfiados y pleitistas, *les dice* con varonil entereza: *A vosotros os pregunto yo: ¿es permitido en sábado obrar bien ó mal? ¿salvar ó perder un alma?* [7] Estuviéronse ellos mudos sin dar respuesta; porque si respondían que era lícito dejar perecer al prójimo, no lo llevara bien el pueblo; y

1 Matth., XII, 11.

1 Sabbahot, 12.
2 Joma, VIII, 6.
3 Jer. Sabb., XIV.
4 Sabb., XIV. 3.
5 Marc., III, 2.—Luc., VI, 7.—Matth., XII, 10.
6 Matth., XII, 10.
7 Luc., VI, 9.—Marc., III, 4.

si decían que no lo era, perdían la ocasión de acusar al Salvador.

Pero Cristo esforzó el argumento. Porque la enfermedad de la mano seca no era peligrosa, y los fariseos samaistas admitían por principio, que solamente en casos de muerte, de riesgo inminente, de mal grave, era permitido acudir al prójimo con el auxilio, y la razón era, porque en día de sábado quedaba facultad de hacer buenas obras. La cuestión propuesta del Salvador, sobre si era lícito hacer obras buenas en sábado, no supieron cómo resolverla; mas el Señor apretó el cerco y los puso en nuevo conflicto con esta instancia: *¿Quién de vosotros que tuviese una oveja, si se le cayera en una hoya, dejaría de sacarla, aunque fuese día de sábado? ¿Y cuánta diferencia no va de hombre á oveja?* Luego lícito es hacer el bien. [1] *Callaron* aquí de nuevo, por más concluyente que fuese contra ellos el argumento *a minori ad majus*, pues con los animales tenían tanta consideración.

Viéndolos Cristo taciturnos y cabizbajos echóles una mirada de indignación, doliéndose de la ceguera de sus corazones, [2] y para convencerlos con el hecho, *dice al hombre: Extiende la mano. Extendióla,* y recobró la sensibilidad y movimiento, con que pudo ganarse la vida. San Jerónimo [3] dice que este hombre había acudido á Jesús por no hacerse pordiosero. Esta pública humillación acabó de cegar y endurecer los pechos de los fariseos y escribas, *quienes saliendo de allí se fueron á concertarse con los herodianos para perder al Salvador.* [4]

Concentrando los evangelistas la atención en la controversia del sábado, describen muy brevemente la dolencia del miembro enfermo. Sólo dicen que tenía la mano seca, San Mateo y San Marcos, que era la derecha lo escribe San Lucas. Al decir luego San Mateo que recobró al punto la salud como la otra, claramente significa que demás del adquirido movimiento quedó libre de los síntomas mórbidos que la hacían insensible. Sería, como advierte el anglicano Trench, [5] una enfermedad que se extendía por todo el brazo, un atrofiamiento parcial que por grados iba consumiendo la dimensión del miembro quitándole la actividad y amenazando con total privación. [1] Evidente cosa es que en un segundo no era posible que una mano atrofiada recobrase la libertad del movimiento quedando hábil como la otra. San Jerónimo [2] cita el Evangelio de los Nazareos donde se dice que este hombre tenía antes oficio de albañil y vivía del trabajo de sus manos.

Sea como fuere, la brevedad de la evangélica descripción ha dado pie á la escuela naturalista para hacer punta al milagro. Keim [3] el sobrehueso que busca es que la mano del hombre tenía inflamación, ó reumatismo, ó esguince que podía desaparecer con un ligero esfuerzo de voluntad. A èso se opone el desabrimiento con que los fariseos presenciaron la curación, en prueba de que el carácter de la enfermedad era más grave de lo que imagina Keim. ¿Quién duda que á no haber sido milagrosa la cura, les habría dado menos pesadumbre? *La conjuración fraguada contra Cristo era una involuntaria confesión de que se había marcado por obrador de milagros: habrían tenido por mejor poder alegar que no había hecho cosa digna de mención, sino que hubiese quebrantado el sábado curando la mano seca.* [4]

---

1 Matth., XII, 11, 12.
2 Marc., III, 5. 3 *Comment. in Matth.*, XII, 13.
4 Marc., III, 6.—Luc., VI, 11.—Matth., XII, 14.
5 *Notes on miracles*, p. 323.

1 Examinado el fémur de uno que había muerto cojo, demostró el Dr. Regnard la composición química en materias orgánicas (75, 80 por 100) y en materias minerales (24, 20 por 100); de las orgánicas la grasa, que en el hueso normal sin médula es muy poca, fué de 37, 70, la oseina de 38, 10. La abundancia relativa de la grasa demuestra que en los atáxicos artríticos «existe una verdadera lesión de los huesos, una degeneracion grasosa con desaparición de la materia mineral» Dr. Ramón Serret, (*El Siglo Médico*, 1880, p. 44.) — Del pie contrahecho congénito dijo el cirujano doctor Bilhaut en el Congreso de Berlín, que sería la cura sencilla y eficaz si no le dejasen transcurrir meses ántes de corregirle. (*El Siglo Médico*, 1890, p. 667.)
2 In Matth. XII. 3 *Jesu von Nazara*, II, p. 465.
4 Bruce, *The miraculous element in the Gospels*, lect. V, p. 171.

«El Sr. Blum ha practicado una operación, de cuyos resultados nada puede inferirse todavía mientras no los confirmen nuevas observaciones.» Para corregir la falta de motilidad y de sensibilidad, el Dr. Blum cloroformiza al enfermo, descubre y diseca los nervios (radial y mediano), los estira mediante una sonda, les comunica un movimiento oscilatorio: á los quince días á vueltas de dolores y molestias consigue el enfermo notable mejoría. «Resta, añade el Dr. Resano, saber si el aventurado recurso usado por el Sr. Blum podrá ser de alguna utilidad en otros casos semejantes» de nervios heridos (*El Siglo Médico*, t. XXIV, p. 788).—Un caso de alalia, parálisis completa de la lengua y paresia de los músculos de la deglución, causada por ataques convulsivos, fué curada por el Dr. Herrero en diez sesiones hipnótico-sugestivas. (*El Siglo Médico*, 1888, p. 91.).

La historia del centurión y la curación de su criado se cuentan por San Mateo [1] y por San Lucas, [2] variadas las circunstancias, según el punto de vista en que cada uno se coloca. No es de maravillar que San Mateo haga referencia directa al Centurión, y San Lucas referencia indirecta; ni tampoco es de extrañar que el primero omita cosas notadas por el segundo, como quiera que la verdad fundamental sea en entrambos la misma.

Era el centurión capitán del presidio acuartelado en Cafarnaum, á cuyo cargo estaba la custodia del lago; componíase su gente de samaritanos y gentiles, al servicio de Herodes Antipas. [3] Es muy verosímil que fuese prosélito: venían estos á igualarse con los judíos en la libertad de tratar con Cristo y de invitarle á su casa, al revés de los gentiles, cuyas casas eran reputadas infames, y excomulgados é inmundos los que ponían en ellas el pie. Este Centurión había aprendido á reverenciar al Dios de Israél y á tomar parte en las cosas del culto judáico interesándose en la erección de una sinagoga.

Tenía en casa un criado paralítico. Si seguimos el parecer del Dr. Marmise, [4] su enfermedad era fiebre perniciosa, que suele producir estragos crueles en la inervación, convulsiones, delirio, coma, epilepsia, hidrofobia, parálisis, apoplegía, y con frecuencia la muerte. Tratábale el Centurión como á *muy querido suyo*: mirábale con mucha voluntad y afición porque le era provechoso, y como hubiese oido mentar los milagros del Salvador, no atreviéndose á parecer en persona delante de él, ni á suplicarle fuese á su casa, *envióle* por padrinos y medianeros *los ancianos del pueblo con este recado*: *Señor, un criado mío está en mi casa enfermo con perlesía y muy atormentado*: *y le rogaba fuese á curarle.* Fueron con el recado los ancianos, y para inclinar la voluntad de Cristo le ponderaban cuán *merecida tenía el Centurión aquella merced*, *como quien les era bien quisto*, y entre las obras buenas que le debían, una era *haberles edificado una sinagoga* á sus costas. [5]

En oyendo Jesús á los mensajeros *respondió*: *Voy á curarle.* [6] *Y caminando con ellos hacia allá, cuando estuvieron cerca, el Centurión envióle otra segunda embajada diciendo*: *Señor, yo no soy digno de que entres dentro de mi casa, por lo cual no me creí digno de presentarme delante de ti, solamente di una palabra y será sano mi criado.* [1] Añadió razones de grande humildad propia, y de estima de Jesús de *que maravillado el Salvador dijo á los que le acompañaban: De verdad os digo, que no he hallado tanta fe en Israél.* Y vuelto á los mensajeros del Centurión les mandó le dijesen de su parte: *Hágase como has creido. Y en aquel punto el siervo recobró la salud*, y el que se estaba poco antes muriendo fué hallado totalmente sano.

El aplauso con que Cristo había levantado la fe del Centurión, debió de hacérseles muy nuevo á los mensajeros judíos. Era entre ellos proverbial creencia que en los días del Mesías el pueblo de Israél había de ser invitado á un magnífico festín en compañía de los Patriarcas y Profetas de la antigua fé, á despecho y con exclusión de todos los pueblos gentiles. Este solemne sábado sería señalado por una extraordinaria festividad, en que el gran Señor de la familia, el Rey de Israél, honraría con su mesa á tan ilustre gente. El Targum y los libros Talmúdicos dicen grandezas del solemne banquete, en que los gentiles no habían de tener asiento. Las palabras de loor que Cristo pronunció del Centurión, desmentían y deshacían los sueños dorados de los Judíos, ni pudo el judaísmo recibir estocada más mortal de la predicación y milagros de Jesús. Verse los hijos del reino, cuanto quier celebrados en los escritos rabínicos, arrojados á las tinieblas exteriores, [2] y muchos de los extraños recostados con Abrahan en el reino de la luz, era el pensamiento más recio que podía desatinar y desesperar sin consuelo el orgullo nacional. Si este milagro de Cristo hubiera ofrecido por algún lado sombra de apariencia con que enflaquecer su importancia, ¿cómo la soberbia farisaica había de avenirse con su humillante verdad?

Los alumnos de la escuela naturalista, empleados en deslustrar su incomparable grandeza, enseñan que los paralíticos del Evangelio son achacosos privados de movimiento, ó por indolencia, ó por gota, ó

---

1 VIII, 5. 2 VII, 2. 3 JOSEFO, *Antiquit.* XIX.
4 *Merveilles evangéliques*, chap. IX. 5 Luc., VII, 5.
6 Matth., VIII, 7.

1 Luc., VII, 7. 2 Matth., VIII, 12.

por un accidente de poca importancia y de ninguna consecuencia. Para satisfacer á esta interpretación basta citar el dictamen de los médicos. Distinguen ellos muchos géneros de parálisis, según son muchas y variables las localizaciones de los centros nerviosos que ofrecen muy distintas combinaciones de los síntomas de la sensibidad y motilidad: y así hay parálisis de origen cortical; otras debidas á lesión del centro oval; otras producidas por alteración del haz motor en su paso al través de la cápsula interna, del pedúnculo cerebral, de la protuberancia y del bulbo; otras de procedencia espinal, otras, en fin, periféricas. En todas interviene lesión ó alteración notable del órgano, y es común originarse paroxismos de dolor en las partes paralizadas, contracciones, convulsiones, internos padecimientos, y á veces se llega, como en el tétanos, á una gravedad bastante para acarrear la muerte. Juntamente con estos géneros de parálisis orgánicas, de ardua medicación, admite la ciencia otras procedentes de alteraciones insignificantes, y pueden desaparecer con facilidad y prontitud. [1]

De qué suerte de parálisis adoleciera el criado del Centurión no lo expresan con claridad los evangelistas. El médico Guillermo Ader [2] opinó que era convulsión con trastorno del sentido y movimiento; Alápide la llamó parálisis aguda, con contracción y agudísimos dolores que le ponían á punto de morir; [3] Tomás Bartolini [4] la juzgó por parálisis complicada con convulsiones; Bullet declara [5] que según las experiencias comunes no es maravilla que el enfermo sintiese hervir de dolor y como encendidos los miembros paralizados. Según San Mateo [6] el amo decía: *male torquetur;* padece atroz tormento (βεβλῆται δεινῶς βασανιζόμενος). San Lucas [7] le pinta gravísimo, diciendo: *male habens, erat moriturus;* lo pasaba mal, estaba para morir (κακῶς ἔχων, ἤμελλε τελεύτᾳν). Estos son los llamados por San Mateo y San Marcos *paralíticos* (παραλύτικοι), y por San Lucas παραλελυμένοι. De lo dicho se infiere que aunque de suyo no sea mortal la parálisis, y se lo debemos conceder á los racionalistas, podrá serlo por la complicación de síntomas y por los tormentos que causa; pero si hay poderosas razones, según se expresan los evangelistas, para conceptuar orgánica y procedente de lesión la parálisis de nuestro enfermo, ninguna tienen los adversarios para llamarla meramente funcional y de ninguna consecuencia. [1]

Las dificultades que podría suscitar la concordia de estos Evangelios, veránse grave y doctamente resueltas en Maldonado [2] y Salmerón, [3] pues no son de este lugar. Tan grande beneficio como este mereció el Centurión; ya que no recibió al Señor bajo su techo, le aposentó en su pecho, dice San Agustín, [4] reconociéndole por autor de toda salud y por señor del mundo, y creyendo que una sola palabra suya era poderosa para curar á su criado, como si le hubiera dicho: si yo, hombre de autoridad, tengo potestad de mandar, ¿qué no podrás tú, á quien todas las potestades sirven y obedecen? según que lo interpreta el mismo santo Doctor.

---

1 La paralysie se produit chaque fois qu'une lésion intéresse les parties que nous venons d'indiquer; d'autres fois elle survient sans que l'on puisse y constater la moindre altération, et l'on peut affirmer en pareil cas que les modifications matérielles sont peu importantes, car les phénomènes morbides peuvent disparaître instantanément, comme ils sont venus; il en est ainsi dans l'hystérie.—HALLOPEAU, *Traité élémentaire de Pathologie gén.* 1887, p. 687.

2 *De morbis évangel.*, enarrat. II.

3 In Matth., VII, 6.

4 *De Paralyticis novi Testam*, p. I, hist. II.

5 *Dictionnaire de Médecine*, art. *Paralysie*.

6 VII, 6. 7 VII, 2.

---

1 GLAIRE, *Les livres saints vengés*, t. III, II, p. ch. I, art. V.—«Por neurosis no debe entenderse una enfermedad del nervio, en cuanto órgano que vegeta, se nutre y vive silenciosamente como las demás partes de la economía; sino enfermedad de la función que el nervio representa físicamente... Consiste esencialmente en fenómenos de la sensibilidad y del movimiento; pero estos fenómenos, sin ser ellos un sitio ni cosa perteneciente á la extensión, necesitan tener un sitio, y este sitio es en el organismo el sistema nervioso. Semejante sistema está fuera de ellos, como que es la exterioridad, y ellos constituyen la interioridad misma... Estas enfermedades, que cuando aparecen aisladas se llaman esenciales, pueden también aparecer como partes ó síntomas de otros cuadros morbosos más complejos, en cuyo caso se llaman sintomáticos. En estos cuadros más complejos existen á menudo lesiones materiales, inflamaciones, vicios de nutrición etc. de los nervios ó de otros órganos, que son por sí solas susceptibles de suscitar, promover, ocasionar tempestades de la vida sensible. (DR. RESANO, *El Siglo Médico*, t. XX, p. 419).—Un accidente imprevisto causa al sujeto una luxación al fémur. Antes de poder andar con muletas se ha de reducir el hueso dislocado: aquí se emplea el procedimiento de Després, la máquina de Taylor, el aparato Robert; y si la cabeza del hueso llega á ocupar su sitio, que no es de pequeña dificultad, si no hay que romper adherencias musculares y fibrosas, se deben esperar dolores intensos, se han de temer blenorragias, equimosis, escaras gangrenosas, hasta que el enfermo á fuerza de apósitos, cartones, vendas, almohadillas, pueda claudicar y echar con muletas algunos pasos. De estos tratamientos son á todas horas testigos los hospitales.

2 In Matth., VIII.

3 *De miraculis*, tract. XXII, XXIII.

4 Serm., LXXVII, 8.

Presentaron á Cristo ciertos hombres gentiles que tenían trato con los judíos, un *sordo* que á la vez era *mudo*, ó tartamudo, como lo significa la voz griega μογγιλάλος.[1] El no ser sordo de nacimiento mueve á conjeturar que su achaque provendría de enfermedad. *Suplican los hombres al Salvador que sea servido de poner las manos sobre él.*[2] *Tómale Jesús de la mano, apartándole de la gente entra sus dedos en los oídos y escupiendo toca su lengua, y mirando al cielo suspira y le dice: Effeta, que* en lengua aramaica *quiere decir, ábrete. Al punto se abrieron los oídos del sordo, y la lengua se soltó y hablaba bien*, conforme lo bien que oía.

El sentido de la audición es el más dificultoso de cultivo. Lo abstruso de su situación, la estrechez de sus entradas, lo diminuto de las cavidades, la pequeñez de los huesecillos, lo impalpable de los músculos y tendones, la delicadeza del teclado que constituye el órgano de Corti en el oído interno, lo impenetrable de las vallas que protegen menudísimas partes, todas estas dificultades hacen tan penoso el estudio de esta especialidad, que el 98 por 100 de los médicos que empiezan á estudiarla y á cultivarla, en breve la abandonan, no sólo por lo trabajosa, por el tiempo que reclama cada enfermo para su examen, curas y tratamiento, sino porque los esfuerzos del profesor no se ven premiados en muchos casos con el éxito, contribuyendo á esto en gran parte el que la mayoría de los pacientes que recurren al otólogo son crónicos, y han dejado pasar el período agudo de sus males sin aplicar remedios ó haciéndolos estériles y acaso nocivos.

La dificultad indicada nace de la especial dolencia de la sordera: si no se acude á tiempo, es casi imposible la curación.[3] La *Revista de Ciencias Médicas* de Barcelona, 1888, da cuenta de dos casos de sordomudez contraída por otopiesis, acaecida á dos niños, de cinco y de cuatro años, y curada en la clínica de Otología por el Dr. Verdós. La raíz del mal era un catarro en las trompas de Eustaquio que por haber enrarecido el aire de la caja, había determinado una compresión laberíntica que impedía toda audición. Las maniobras otiátricas, repetidas por varios meses, lograron corregir á tiempo las lesiones del órgano, cuando ofrecían poca ó ninguna esperanza de remedio. Entre tanto es imposible enseñar al sordo-mudo, como lo prueba el Dr. Eduardo Fournié,[1] la verdadera palabra, y mucho más costoso es hacer que piense con la pseudopalabra que se le puede enseñar.

Nuestro divino Salvador no necesitaba preceptos ni maniobras para desentorpecer los oídos y desatar la lengua al sordomudo del Evangelio. Son circunstancias dignas de consideración en este hecho, el haber Cristo tomado al hombre aparte, el haber suspirado y levantado los ojos al cielo, el haber introducido los dedos en ambas orejas, el haber escupido en la lengua y tocádola; pero el pronunciar con gran imperio aquella voz *Effeta* (ábrete), parece haber sido la causa eficiente del milagro, pues las acciones antecedentes habían servido como de preámbulos para despertar en los gentiles la fe en su omnipotencia. Fácilmente se concibe que en algún caso estos preparativos acompañados de otras fórmulas rabínicas, podían haber surtido su efecto, mas aquí en el presente eran desproporcionados al intento, y sólo recibían eficacia de la Persona divina que al fin principal las encaminaba. Sin embargo, entre paganos eran de utilidad los medios externos para actuar su atención y disponer mejor los ánimos. Ni se ponía Cristo á riesgo de que le tuvieran por mago, porque no usaba los adminículos de la magia, y si á veces hacía aplicación de manos era de suerte que al-

---

[1] *Enarrat.* in psalm., XLVI, 9.—Serm. LXII.

[2] Marc., VII, 32.

[3] La sordera proviene, por lo común, de catarro naso-faríngeo, propagado á la caja del tímpano por la trompa de Eustaquio. Por influencia de la flegmasía se entumece la mucosa de la trompa, obstrúyese su calibre, y el aire de la caja queda pronto absorbido. Faltando el aire en la caja, la presión atmosférica impele el tímpano y da á los huesecillos del oído interno un movimiento tal, que derriba el estribo en la cavidad del laberinto y hace que comprima su líquido; compresión que, trasmitida á los extremos del nervio acústico, es bastante para romperle é inutilizarle del todo. Destruído el nervio, la sordera es definitiva é incurable. «Combatiendo en tiempo oportuno el catarro naso-faríngeo y su complicación auricular, se puede impedir ó atenuar la sordera ó sordomudez. Las sorderas ó sordomudeces por suspensión del desarrollo del encéfalo, por ausencia del nervio acústico, por afección meníngea ó encefálica, por destrucción irremediable del oído interno, no son susceptibles de este tratamiento.» (DR. RAMÓN SERRET, *El Siglo Médico*, 1880, p. 411). Si no se combate la otopiesis ó compresión del nervio acústico, hácese progresiva la sordera, y entonces la curación es excepcional y tal vez inmedicable.—*El Siglo Médico*, 1881, p. 57.

[1] *El Siglo Médico*, t. XXII, p. 423.

canzaba efectos contrarios á los que se originaran de su natural aplicación. Si pues procede con tantas cautelas, es para ayudar á los presentes á que entiendan cómo de Dios viene todo poder, y que á Él solo le había comunicado el Padre absoluta y totalmente.

No falta un Wünsche que piense haber el Talmud condenado á eterno castigo á los que empleaban semejante manera de curar. El Talmud, cierto, condenaba la pronunciación de fórmulas mágicas sobre las heridas, después ó antes de escupir en ellas. Nada tiene esto que ver con el escupir de Cristo.

Mandó luego que no publicasen la merced; ellos, á fuer de agradecidos, y espantados del milagro, *mucho más la pregonaban diciendo: Bien ha hecho todas las cosas: ha hecho oir á los sordos, y hablar á los mudos.* [1] Ni paró en esto la honra. Desde la colina donde estaba, á vista del lago de Genesaret, vió venir muchedumbre de mudos, ciegos, cojos, mancos; [2] y era cosa de suma admiración con qué presteza se levantaban de los pies de Cristo hablando los mudos, corriendo los cojos, con vista los ciegos y saltando todos de alegría glorificando al Dios de Israél. La palabra omnipotente acrecentó la gloria de Jesucristo solemnizando sus proezas en toda la Palestina.

En el milagro antedicho puso el Salvador muy á las claras el blasón de su divinidad, con operación especial por el misterioso significado que quiso darle. Si unas veces con una sola palabra mostraba ser Dios sanando, resucitando, lanzando demonios y haciendo sentir su universal dominio en los seres, otras parecía querer medirsé al modo común de los hombres, usando del tacto, de saliva, de lodo, conforme á la condición de la obra que pensaba hacer. Y porque los aquejados de sordera parece como que tengan en el oído externo un impedimento que les dificulta la audición, aplicaba el Señor, como en el caso presente, los dedos, cual si intentase quitar el estorbo y restituir al órgano la perdida facultad; [3] pero la verdad era declarar que su cuerpo era instrumento de la divinidad, que con acciones improporcionadas lograba imposibles y extremos dignos de eterna admiración. Viendo lo cual las turbas, no obstante el silencio que les imponía, [1] aclamaban la grandeza de su poder con generosos aplausos, repitiendo: *Bene omnia fecit*, no hace cosa que no sea buena, y que no redunde en beneficio de la humanidad: *Hace que los mudos hablen y que los sordos oigan.*

[1] Marc., VII, 37. [3] MALDONADO, *In Matth.*, VII, 33.
[2] Matth., XV, 29.

La obra de Cristo daba principio allí donde terminaba la industria de los rabinos. Los leprosos no entraban en la cuenta de los enfermos tratados con remedios medicinales, mágicos ó simpatéticos. Era la lepra una muerte moral que forzaba á los desdichados á desterrarse del trato humano y amortajarse en vida con perpetuo luto. El vulgo, cuando veía pasar un leproso, los vestidos rotos, el cabello desgreñado, cubierta la mitad de la cara, asqueroso por sus manchas y pústulas ulcerosas, en el pronunciar la voz *inmundo, inmundo,* decretaba su muerte física y civil. Por causa de la infección, las leyes tomaban precauciones rituales y sanitarias; obligábanle á soledad, apartábanle de las personas no tocadas del mal, vedábanle la entrada en el templo y ciudades amuralladas, y teníanle de tal manera secuestrado, que su contacto no contaminase á los demás. [2] Los rabinos se creían insuficientes para contrastar tan feas ascosidades; lo más que se prometían de su habilidad se reducía á desenojar á Dios, y alcanzar por medio de la oración y de los sacrificios la limpieza de los leprosos. [3]

Un hombre lleno de lepra se llegó á Jesús, é hincadas las rodillas, pegando el rostro con la tierra, le adoró y le dijo: Señor, si quieres, puedes limpiarme. [4] Por estas palabras se entenderá cuán infundado sea el empeño de los que osan negar la verdad histórica de este Evangelio. Los leprosos no rogaban á Jesús que los declarase limpios, sino que los limpiase, y les sacase de las carnes aquella feísima corrupción, remitiendo á la voluntad del Señor el cumplimiento de su deseo y súplica. Ni hacía Cristo plegaria para librarlos, como los judíos solían, bien que raras veces; valíase del imperio de su voz. Si á la plegaria era en alguna ocasión posible la cura, no se ha-

[1] Matth., VII, 36. [2] Levit., XIII.
[3] ALFREDO EDERSHEIM, *The Life and Times of Jesus*, vol. I, chapt. XV, p. 492.
[4] Matth., VIII, 2.—Luc., V, 12.—Marc., I, 40.

cía esperar en abriendo Cristo los labios; por manera que, lejos de ofrecer los rabinos á esta enfermedad tratamiento conveniente, el que indicaban iba al revés del usado por Cristo Jesús.

El cual, compadecido de aquel miserable, *extendió su mano y le tocó, diciendo*: *Quiero; sé limpio: y al punto quedó sano.* En un abrir y cerrar de ojos se le cayeron al leproso las escamas que le cubrían todo el cuerpo, se le cicatrizaron las llagas, limpiáronse las úlceras asquerosas, y sin unciones ni drogas, por la sola voluntad de Jesús, fué visto en un instante lleno de robustez, fresco, limpio, perfectamente sano, sin que uno solo de los circunstantes osase calumniar el milagro, como apuntó San Crisóstomo en este lugar. ¡Qué impresión hubo de causar en el pueblo esta tan inusitada cura! Hubiera el leproso hurtado la vista á la sombra de un rabino, y llégase á Cristo en actitud suplicante. En todo el Antiguo Testamento, ni en Moisés, ni en Eliseo vemos rastro de tan augusto señorío. Quien le contemplaba en sus efectos, le graduaba en su ánimo de absoluto y universal. Mandó el Señor al curado que sepultase en el silencio la merced recibida, y se presentase al sacerdote á cumplir con las prescripciones legales, [1] puesta su mira en prevenir los inconvenientes que aquella novedad podía causar en el pueblo, levantando alboroto, como en efecto le levantó por la indiscreción del hombre, que esparció por doquier la fama de su bienhechor. [2]

En el caso de este implacable mal, arraigado en la carne, que la consume á pedazos y que no puede hallar alivio en el influjo psíquico, [3] sólo dos puertas les quedan á los enemigos por donde escapar del milagro: ó negar la verdad histórica del suceso y reducirla á puro mito, como Strauss, ó defender con Paulus que cuando el Salvador habló al leproso y le tendió la mano, se hallaba en estado convaleciente. Keim, puesto entre dos escollos, confiesa que no hay manera de salir bien librado; con todo, se obstina protervo en que el milagro no tuvo lugar. Salida indigna de hombre sensato. Los mitólogos vislumbran en la lepra un emblema del pecado, y buscan en Moisés y en Eliseo reminiscencias que dieran cuerpo á la narración evangélica: es despeñarse saltando de un inconveniente en otro. Los tres evangelistas rodean el acontecimiento de innumerables testigos; Cristo manda al hombre que parezca en presencia del sacerdote, conmemora á todos el precepto de la ley mosaica, el agradecido pregona por doquier el inestimable favor; [1] con tales circunstancias, ¿es posible despojar de verdad histórica un hecho tan público y manifiesto?

Pero la escuela naturalista se fatiga mucho por sustentar que Cristo no limpió al leproso: la única concesión que hace es facultar al Salvador para que declarase la limpieza del leproso, en lo cual, dice, no hizo sino lo que solía el sacerdote cuando un leproso convaleciente se ofrecía á su inspección. Cristo era un rabino como tantos otros que se alzaban con el oficio de autenticar la limpieza de los leprosos, y aconsejó á éste que fuera á verse con el sacerdote por no usurparle los derechos legales. Así discurre Keim. [2] Discurrir así es dejar en pie toda la dificultad. Si Cristo no purificó las inmundicias del leproso, y solamente liquidó por indicios su limpieza, y dió de ella testimonio, ¿por qué razón añadieron los tres evangelistas á una, que *al punto la lepra desapareció y quedóse el hombre limpio?* [3] Además, Cristo no dice: Yo declaro que estás limpio, sino esto: *Quiero, sé limpio* (θέλω, καθαρίσθητι), según los tres evangelistas. Los naturalistas lo entienden al revés: para ellos, el καθαρίσθητι suena *seas declara-*

---

[1] Levit., cap. XIV, 2. [2] Marc., I, 45.

[3] Bastaria citar en confirmación el libro *La lepra en Granada*, de D. Benito Hernando y la famosa obra de Neisser; pero queremos copiar aquí unas palabras muy significantes del antedicho D. Benito Hernando en su Discurso de ingreso en la Academia. «¡Triste es ver que nada alivia á éstos! (los lazarinos.) Las fricciones mercuriales, que alguna vez vuelven á emplearse, recuerdan la ceniza que se les ponía en la frente, al secuestrarlos para siempre, en la Edad Media; y al aplicarles los reóforos, los golpes del interruptor traen á la memoria los golpes con que iban marcando los versículos del salmo del *Oficio de sepultura*, que entonces se rezaba al entrar en las leproserías los lacerados. Nada los alivia ni los consuela, y alguna vez, á la expresión más cariñosa, contestan con un *y para qué quiero yo eso?*»

«Al oir á D. Benito leer emocionado, añade el doctor Viñals, estas frases tan sentidas, recordábamos con emoción los asilados del Hospital de San Lázaro en la Habana, en los que el dolor y la ulceración corrosiva de la enfermedad destruyen todo lo humano, hasta ocultar lo moral, la razón y los rasgos de raza de aquellos infelices, que bien pueden llamarse los seres más desgraciados de la humanidad...!» *(La Correspondencia Médica*, 8 Abril de 1895, p. 100.)

[1] Matth., VIII, 4.—Marc., I, 44.—Luc., V, 14.

[2] *Jesu von Nazara*, II, p. 172.

[3] Matth., VIII, 3.—Marc., I, 42.—Luc., V, 13.

do puro. Si así fuese, ¿qué sentido tendría lo que luego añade el evangelista (καὶ εὐθέως ἐκαθαρίσθη) *al punto fué purificado?* De ningún modo puede significar *fué declarado puro* sin incurrir en una ridícula tautología. En fin, se esfuerza Keim, siguiendo á Paulus, en hacernos creer que entre las dos voces, θελω, καθαρίσθητι, que los evangelistas dicen pronunció Jesús teniendo la mano puesta sobre el leproso, fueron pronunciadas con larguísima pausa en medio de las dos, de suerte que primero Cristo dijo *quiero* (θελω), y después de proceder á un reconocimiento formal y de pasar la mano con tiento y despacio por todo el cuerpo, visto que la erupción cutánea había cesado, pronunció la otra, καθαρίσθητι, como testificando que estaba purificado. Se engañan torpemente estos críticos: la voz tocar, ἅπτεσθαι, no es averiguar, examinar, sino tocar, asir, aplicar la mano. Con tanto aparato de erudición como ostentan los naturalistas, trastornan el sentido de las voces, y muestran no haber saludado los elementos más rudimentarios de la gramática griega. Nó, no pronunció Cristo estas palabras averiguando primero si podía dar su dictamen, como hacen los médicos al examinar á un apestado, y luego, dentro de un rato, asegurando que en efecto carecía de síntomas morbosos; nó, sino que rogado de rodillas por el leproso tuviese por bien hacerle aquella merced, puesto que si quería no le faltaba poder, [1] responde Cristo *quiero*; y ese *quiero* le bastó para dejarle del todo sano en aquel mismo instante. Poder, pues, no querer sólo fué lo que entrañó esta orden de Cristo. La diferencia entre Cristo y el sacerdote está en que Cristo hizo la curación, el sacerdote la legalizó; Cristo puso el hecho, el sacerdote aplicó el derecho; Cristo representa la gracia, el sacerdote la ley. Dejemos otras razones que prosigue Strauss con el propósito de asentar su exposición mítica, después que hizo rodar por el suelo la de los naturalistas.

Pero no pasemos en silencio la gravedad de este mal. Notoria cosa es [2] que los hebreos tenían especificada noticia de la lepra, de su duración y especies. Ignoramos cómo la curaban. Sólo sabemos que hasta su perfecta cura quedaba el en-

1 Si vis potes me mundare.—Matth., Luc., Marc.
2 Levit. XV.

fermo apartado de los demás. Y del silencio de Moisés, [1] de la historia de Naaman, [2] de la enfermedad de Job llamada lepra por Calmet, [3] podemos concluir que no tenían remedio seguro. La lepra, enfermedad antiquísima en el mundo, aclimatada en Egipto, contraida por los israelitas, reglamentada por Moisés, conocida después en Grecia, extendida por España antes de la era cristiana, [4] es un mal especialísimo y de muy ardua curación. La comisión inglesa enviada en 1891 á la India para dar informe sobre la índole de la lepra, entre las conclusiones publicadas por *The Lancet* en Abril de 1893, resolvió las más notables en esta forma: La lepra es una enfermedad *sui generis*, tiene analogía etiológica con la tuberculosis, no se difunde por transmisión hereditaria, debe considerarse contagiosa é inoculable, sin embargo su propagación por estos medios es muy poca, no pertenece especialmente á ninguna casta de hombres, las condiciones de insalubridad favorecen su desarrollo. [5] *La mudanza de clima parece hasta el presente la única manera de tratamiento con que podamos contar para vencer el mal de la lepra*: esto juzga Littré. [6] Traduciendo á Strauss, dice: *La lepra á causa de la profunda alteración de los jugos, es la más rebelde y maligna de las erupciones. Dar en el acto, con una palabra, con un tocamiento, á la piel del leproso entereza y sanidad, es totalmente inconcebible, porque sería proponer como efecto inmediato el que ha menester largas operaciones intermedias.* [7] No podían con más cordura dos enemigos del milagro solemnizar el obrado por Cristo en esta ocasión. [8]

1 Levit. XIII.
2 IV. Reg. V, 6, 7. 3 *Dissert. in morb. Jobi.*
4 Labourt, *Recherches sur l'origine des ladreries, maladreries et leproseries* 1854.
5 Confirma la verdad de estas conclusiones el testimonio del Dr. Luis Vega Rey diciendo: «De las observaciones del Dr. Arango aparece, que entre los leprosos que ha examinado en la Isla de Cuba, el 48 por 100 descienden de tuberculosos; que en la raza blanca la lepra se mata á sí misma en conformidad con lo expuesto por Leboit. Las formas que de la lepra hemos observado en Cuba, y con especialidad en el Hospital de San Lázaro de la Habana, son la sistematizada tegumentaria, la nerviosa y la mixta ó completa, y el tratamiento empleado es esencialmente sintomático, pero sólo la antisepsia y la higiene han producido aceptables resultados y algunos triunfos» (*El Siglo Médico*, 1894, p. 326).
6 *Dictionn. de Médecine*, art. *Lépre*.
7 *La vie de Jésus*, t. II, p. 71.
8 «La pelagra es una degeneración de la lepra primitiva, transmitida por la generación á través de millones de organismos, igualmente que su hermano el herpes, destru-

ARTÍCULO IV.

El ciego de nacimiento.—Proceso entablado por los fariseos.—Advertencias necesarias.— Proceder de los jueces.— Consecuencias que de las probanzas se derivan. —Cómo explica Paulus este hecho.—Pruébase la verdad del milagro.—Qué resultaría en caso de amaurosis congénita ó de cataratas.— Qué virtud tiene la saliva. — Reparos de otros críticos.—Los espiritistas.— Diferencias entre las operaciones médicas y las de Cristo Señor nuestro.— Un médico enemigo del milagro es un absurdo.

Junto al templo de Jerusalén acaeció un extraño suceso. Era día de fiesta: acertó Cristo, viniendo del templo, á pasar por donde estaba un hombre, ciego desde su nacimiento, pidiendo limosna, y como se parase á contemplarle, *los discípulos, viéndole pensativo, le preguntaron*: *Maestro, quién pecó, éste ó sus padres para que naciese ciego?* [1] Leemos en el Talmud: [2] muchos pecados son castigados por Dios con enfermedades y áun con la muerte. Los rabinos cuando preguntaban á los enfermos y desgraciados por qué suerte de pecado habían llegado á su estado de desventura, daban por cierto que los pecados ó virtudes de los padres lucían y hacían efecto en los hijos. Hasta la edad de trece años era considerado el hijo como parte y cómplice de los delitos de su padre: [3] áun los pensamientos de la madre influían en el estado moral de la prole antes de nacer. Ciertos pecados de los padres engendraban especiales enfermedades en los hijos; y uno en particular se menciona en el Talmud como causa de la ceguera. [1] De aquí pudo provenir la duda de los discípulos y la propuesta cuestión, si el Talmud merece crédito.

Fuera de ser el pecado original la causa remota de las infinitas miserias que todos padecemos, no podían los rabinos atinar con la verdadera y próxima causa de una enfermedad particular, pues tantas son las que pueden ser sus autores. Al responder Cristo á los discípulos: *Ni pecó éste ni sus padres: sino para que se manifiesten en él las obras de Dios*, hízose sordo y no satisfizo al *porqué* preguntado por ellos; contentóse con avisarles el fin á que aquella enfermedad se encaminaba particularmente, y era á descubrir el poder y gloria de Dios en las obras que son suyas. Callada la causa eficiente y pasando al intento moral, les ponderó que *á él le convenía llevar adelante la obra de su Padre,* que consistía en alumbrar á los hombres; que por eso era él *la luz del mundo*, y el serlo se simbolizaba en dársela al hombre ciego que tenía allí delante.

En diciendo esto, escupió en la tierra é hizo lodo con la saliva, y con la masa ungió los ojos del ciego y le dijo: *Ve á los baños de Siloé, y lávate allí.* Añade el sagrado texto que la voz *Siloé significa enviado,* para que entendamos que como *Siloé* era figura del Mesías, esta operación y los medios empleados eran todos figurativos y ordenados á representar altísima enseñanza. Los rabinos usaban la saliva para mal de ojos, bien que no curase la ceguera. Si indagamos por qué motivo se ayudó el Señor de estos medios, hallaremos que en parte miró al provecho espiritual del hombre ciego, en parte á la edificación é instrucción de los que después oyeron contar el milagro. El ciego ignoraba la condición del médico, [2] y eran de provecho estos aparatos para disponerle á la fe, pues la desproporción que tenían con el mal le había de abrir los ojos del alma y hacer confesase la omnipotencia de su Remediador. Enlodar los ojos con tierra y saliva y lavarlos en una alberca, son arbitrios muy buenos para mostrar que la vista cobrada por ellos es obra del divino poder.

Fué, lavóse y volvió con vista. Los que

---

yendo ambos á la especie humana de Occidente... Quien quiera saber algo con evidencia sobre la plaga europea lepra-pelagra, lea y reflexione lo que se revela en el capítulo XIII del Levítico, versículo 2.° y siguientes, fijando su atención en el *quippiam lucens* de dicho versículo 2.° y en el *humiliorem carne reliqua* y también en lo de *cicatrix ulceris* semejante á las huellas que dejan las quemaduras. Lo mismo entonces que hoy, en viendo el *lucens, nitens* ó *splendens* (equivalentes ó sinónimos, segun el comentador Calmet y según Casal) en los metacarpos ó alguna vez á la par en los metatarsos, con ó sin el tercer signo de la especie de cicatriz blanco-reluciente, ya sabéis, médicos de Europa, siquiera por la simple vista de la más ligera brillantez ó lustrecito de la epidermis, aún cuando el color rubicundo del *eritema*, como querían los pelagristas italianos, no exista siempre, sino solamente el *lucens*, sin inmutar el color natural de la cutícula, y aún limitado esto á una sola tercera ó cuarta parte alguna vez de dicha región metacarpiana; ya sabéis, repito, máxime si alguna vez hay tambien *depresioncitas*, que ahora son ya tan poco extensas como una lenteja, que el sujeto es pelagroso. Inherentes á dicha erupción *reluciente* son los desvanecimientos ó vértigos, y muchas veces el zumbido de oídos y el color pálido del cutis. *Cutis palidus color signum hepatis patientis*, decían los médicos antiguos..... Con eso y otra Memorita mía adjunta quedaría descubierta la causa de la degeneración física y moral de la especie humana en Occidente, que es la lepra-escorbuto-pelagra-herpes, un solo árbol con sus ramas y ramillas mil» (Dr. José Martínez, *El Siglo Médico*, t. XXV, p. 440.)

[1] Jo., IX, 2. [2] Sanh. 91. [3] Sabbath. 32.

[1] Nedar. 20. [2] Jo., IX, 11.

le conocían antes, apenas acertaban á creerlo; unos afirmaban, otros negaban, otros ponían en duda su identidad. Él estaba firme en lo acaecido, y repetía con sencillez y entereza: *fuí, lavéme, y veo.* [1]

Con esto los vecinos le delatan al tribunal, no deseosos de proporcionar á los fariseos noticias del milagro, sino pretexto para calumniar al Salvador. Aquí hubo comparecencias, requisitorios, capítulos, interrogatorios, amenazas, insultos, excomuniones, en fin, gran boato de poder judicial. El fundamento era que esta curación contenía un manifiesto atentado contra la ley del Sábado, porque había ocurrido amasamiento de lodo, y unción de ojos, casos ambos á dos de infracción manifiesta de la ley, que solamente permitía aplicación de remedios á órganos internos, á menos que corriese peligro la vida ó se temiese perdición del órgano externo, [2] fuera de que la unción de los ojos con saliva estaba terminantemente vedada en calidad de medicamento. [3] Este era el capítulo fundamental del proceso. A los religiosos doctores toca examinar la calidad del milagro.

En sábado no era permitido tener consejo, y el testimonio de un hombre solo tampoco servía de suficiente probanza; pero los fariseos, perdido el miedo, se resolvieron en llevar adelante la causa, y no contentos con la denuncia de los que le habían presentado al Sanedrin, requirieron otra vez el testimonio del ciego, y oyeron la misma deposición del caso, sin hallar razonable evasiva. [4] Gran conflicto: una de dos, ó habían de cerrar los ojos al quebrantamiento de la ley sabática, ó debían confesar que aquel milagro no era divino. Si Cristo no era siervo de Dios, ¿cómo pues hacía milagros? Y si lo era, ¿cómo quebrantaba la ley? En estos dos dictámenes se dividieron los fariseos, ladeándose unos á que era el Mesías, porfiando otros que era pecador y á fuer de tal no podía hacer milagros; y como hombres desatinados y sin seso le preguntan al ciego: tú, *¿qué dices de ese que te abrió los ojos?* —*Que es el Profeta*, respondió. [5]

No les quedaba más camino que poner duda en la ceguera del hombre. Es la primera vez que leemos en el Evangelio la verificación de un hecho; hasta ahora ningún fariseo se había atrevido á poner duda en la verdad de las dolencias remediadas por Cristo. El expediente más sencillo era examinar jurídicamente á los padres del ciego. Mándanlos comparecer ante sí y que respondan á tres cosas: si es su hijo aquél, si nació ciego, y cómo sanó. A las dos preguntas primeras *dan satisfacción diciendo*: *Sabemos que es hijo nuestro, y que nació ciego.* Pero amedrentados por los fieros de los jueces, hurtan el cuerpo á la tercera pregunta y sólo se alargan á decir que *en cuanto á cómo veía* y *quién le abrió los ojos, él era mayor de edad* y testigo hábil, y así que se lo *mandasen declarar á él* en juicio y *que hablase por sí.* [1]

Para entender qué razón tuvieron para proceder así los padres, es de considerar que tres géneros se usaban de excomunión entre los judíos, si hemos de atenernos á los libros talmúdicos: [2] dos temporales y una perpetua. La primera duraba siete días, y se reducía á una reprensión, que no pasaba de los tres cuando la daba el presidente del Sanedrín. La segunda se extendía al término de treinta días. De ambas parece habló San Pablo cuando dijo: *al hereje después de la primera y segunda amonestación échale de ti.* [3] La tercera carecía de tasados límites, era una expulsión definitiva de la Sinagoga, una excomunión mayor pronunciada á són de trompeta en junta de diez magistrados con aparatos de castigos y maldiciones, [4] cuyos efectos eran ser tenido el sentenciado por maldito de Dios y de los hombres, por muerto civilmente, sin trato ni conversación con nadie, por réprobo y peor que apestado.

A esta maldición y destierro estaban sujetos, por ley dada poco antes, los que confesaban que Jesús era el Mesías. [5] Los padres del ciego trataron cautelosamente de sacudir de sí tan terrible pena, remitiéndose á la declaración de su hijo y acreditándole para que fuese más valedero su dicho. Ni es dificultoso de entender cómo la confesión del Mesiazgo de Jesús se castigase con tanto desafuero, si advertimos que de los treinta y cuatro capítulos de excomunión mayor, los más eran obra de

[1] Jo., IX, 11.
[2] Sabbat. XXIV.
[3] Jer. Sabb. 8.
[4] Jo., IX, 15.
[5] ¿Tu quid dicis de illo qui aperuit oculos tuos? Ille autem dixit: Quia propheta est, Jo., IX, 17.

[1] Jo., IX, 21.
[2] In Jer. Moedo, k. 81
[3] Tit. III, 10.
[4] Moed, k. 16.—San. 36.—San. 107.
[5] Jo., IX, 22.

saduceos y fariseos. Repugnar á la autoridad de los escribas, contravenir á sus decretos, frustrar el cumplimiento de sus órdenes, y cualquier osadía contra ellos, era causa bastante para incurrir en el rigor de excomunión, siendo ejecutivo acuerdo del tribunal, que excomulgado el maestro lo quedaban por el mero hecho sus discípulos. [1] Sin embargo algunos escritores opinan que la excomunión fulminada contra el ciego, sería la menor, á saber, la que duraba treinta días, [2] y lo sacan de San Juan. [3]

Como nada se adelantase con la declaración de los padres, citan otra vez al hijo, no para pedirle razón de su ceguera ni de la curación, sino para que retractase su testimonio y lo mirase mejor; y así tomando en sus sacrílegas bocas un juramento solemne y de antiguo usado en los juicios hebráicos, [4] le dicen: *Da gloria á Dios*, júranos la verdad si has sido curado. *Nosotros sabemos que ese hombre es pecador*; [5] como si dijeran: confiesa que de Dios es la vista que tienes; á ese hombre tú nada debes, la saliva y el lodo de sus manos no tienen relación con tus ojos, solo Dios tiene que ver en eso, lo demás ha sido casualidad; él es un mal hombre y aborrecido de Dios; esto es más claro que el sol.—De dos premisas verdaderas sacan consecuencia falsa: las premisas eran, que la ley sabática vedaba el trabajo empleado por el Salvador, y que á Dios debía el ciego el beneficio de la vista; y de ahí en vez de concluir que quien había abierto los ojos á un ciego, bien que con operación laboriosa, había hecho un milagro y era delegado de Dios, ó el mismo Dios en propiedad, ellos ciegos por la pasión sacaban la contraria, negando que hubiese milagro porque aquel hombre era enemigo de Dios, lo cual era negocio saneado y cosa notoria por demás.

Mas el curado *respondió*: *No disputemos ahora si es pecador ó nó. Si es pecador no lo sé*, es decir, como interpreta el B. Juan de Rivera, arzobispo de Valencia, *no veo que sea pecador, puesto que el milagro le declara profeta.* [6] Y añadía con énfasis: *yo lo que sé es, que habiendo nacido ciego, ahora veo.* [7] Triunfaba la lógica del hombrecillo, concluyendo tácitamente contra los letrados á vista del público que era cosa de Dios su cura. Vuelven ellos á la carga con mal disimulada malicia, y le dicen *¿qué te hizo?* ¿cómo te abrió los ojos?—Tal vez pensarían hallar cosa de magia en la curación ¿pero no les habría declarado ya lo ocurrido? Ni tampoco hallaban serias razones contra lo milagroso del caso. ¿Qué lograban con sus reiteradas preguntas? Lo que lograron fué que el hombre, cansado de tantas vueltas, los zahiriese con ironía de apasionados, diciendo: *¿será que también vosotros queréis haceros discípulos suyos?* Picóles en lo más vivo esta salida sarcástica, y *respondieron con desgarro*: *Tú seas discípulo suyo, que nosotros de Moisés somos discípulos, á Moisés Dios le habló; mas de dónde sea ése, no lo sabemos.—Bueno va eso á fe mía, que vosotros no sepáis quién es, y á mí me abrió los ojos.* De sobra tenía razón el hombre, los doctores de Israél no podían ignorar que quien obraba milagros, de Dios tenía recibida facultad, y *que Dios no la concede á pecadores* en prueba de doctrinas peligrosas y subversivas. [1]

En lo que con santa libertad aseguraba el hombre, á saber, que Dios no oye á pecadores, ni obra por su medio milagros, pudo caber error si lo entendió absolutamente, porque es cierto que á veces los oye, y obra por ellos milagros, aunque no por sus oraciones ni por acreditarlos de inocentes y amigos suyos. [2] Pero aquí hablaba al estilo de los fariseos, que si es verdad lo que leemos en sus libros, [3] predicaban depender de la devoción del hombre el responder Dios á sus plegarias. Y de esto debieran ellos concluir, como el ciego concluía, que si Jesús no tuviera amistad é intimidad con Dios, carecería de semejante poder.

Era perentorio el argumento. El milagro, que es un alarde de divinal poder, era en Cristo ostentación de superior legacía. Mas ¿qué pueden los resplandores de tan notorias manifestaciones en hombres que les cierran los ojos? Tratando de esta ceguera de los judíos, tenía muy de antemano vaticinado Isaías, [4] que las profecías y milagros serían para ellos como libro sellado, que si le damos al docto dirá que no

---

1 Jer. Moed. k. 81.
2 De Pressensé, *Jésus-Christ*. 1884, p. 512.
3 IX, 34. 4 Jos., VII, 19.—I Reg VI, 5.
5 Jo., IX. 24.
6 Notas marginales á este capítulo, de propio puño.
7 Jo., IX, 25.

---

1 Jo., IX, 31.
2 Crespo, *Vida de N. S. Jesucristo*, t. I, cap. XXXIX.
3 Ber. 6.—Taan. III.—Joma, 28.
4 XXVIII, XXIX.

le puede abrir, y si al indocto que no sabe leer. ¿Qué les quedaba para tapar la boca á un hombrecillo, que los reportaba quebrando el tesón de sus réplicas, sino afrentas, dicterios, baldones, y áun excomunión y destierro de la Sinagoga? [1] *Mirad*, decían, *quién nos viene á enseñar, un hombre nacido todo en pecados.*

El Salvador que no dormía sobre el caso, al saber que le habían echado de la Sinagoga, *hízose encontradizo con él, y le dijo*: *¿Crees tú en el Hijo de Dios?* no en el Hijo del hombre, como Westcott y Hort [2] han querido leer. *Él contestó y dijo*: *Quién es, Señor, para creer en él? Y díjole Jesús*: *Le has visto con tus ojos, y el que habla contigo ése mismo es. Entonces él dijo: Creo, Señor. Y postrándose le adoró*: [3] adoración, que no fué respeto humano, sino acto de culto y muestra de religión. [4] Un milagro basta para creer en el Hijo de Dios y adorarle por tal. Con éste del ciego acaba Cristo de establecer su divinidad; por tantos resplandores alumbrado el ciego le rinde adoración sin límites, y condena por ciegos con su proceder á los fariseos, que por obstinación no quisieron abrir los ojos á la luz.

Los racionalistas se desojan por hallar explicación natural á este esplendoroso milagro. Mil invenciones buscan con que logren contarle por fruto de la ciencia médica, y se la conceden al Salvador en grado eminente. Confiesan que el hombre fué ciego desde la cuna, si bien no aciertan á rastrear la índole de su ceguera, que podía ser muy varia. Al tratar el Doctor Paulus de exponer la curación artificial dice lo siguiente: *El Evangelio hace notar que Jesús preparó y aplicó un ingrediente. Púsole en los ojos una cosa que tenía traza de pasta. Este betún parecía hacerse con saliva, ó así lo creían. Acaso era un cáustico. Y la enfermedad de los ojos tal vez consistía en un estorbo exterior que se podía quitar así. Es imposible imaginar y afirmar cosa cierta en estos casos, porque el historiador no describe la enfermedad ni el remedio... y así es cosa extraña concluir que el remedio fué sobrenatural... El relato nos previene y avisa, que el hombre no fué curado por la mera voluntad de Jesús, ni por una palabra de sus labios, sino por un medio natural, por un colirio que le fué puesto en los ojos, acaso muchas y repetidas veces. Además nos enseña el Evangelio que el enfermo hubo de emplear otro remedio natural y tomar baños no sabemos cuántas veces... en una piscina á la cual se atribuye una virtud curativa.* [1]

Suma y rara es la ceguera de los incrédulos parecidos á Paulus. Al lodo llaman *pasta*, á la loción *baños*, al polvo con saliva *cáustico;* al untar los ojos con lodo, *pasarle una suerte de pomada;* al lavarse y volver luego, *tomar baños muchas veces.* Con tales mañas curan estos médicos los ojos, y esclarecen la vista á un ciego de nacimiento, y en pocas horas restituyen la vista perdida, y hacen que el lodo que parece excogitado para enaltecer la grandeza del milagro se convierta en un colirio que ni más ni menos contenga virtud de curar. Como si no indicase el Evangelio el remedio se perecen ellos por buscarle á costa de tantas y tan arbitrarias consultas. Observa el Cardenal Gotti que si á las veces aplicaba Cristo algún medio externo, era para mostrarnos que el misterio de la Encarnación había dado eficacia á su humanidad con que hacer milagros valiéndose de ella como de instrumento, [2] como lo dijimos en su lugar. [3] Y conforme á esto afirma San Agustín que cuando de la saliva hizo Cristo lodo, hízolo por haberse el Verbo hecho carne. [4]

Pero para enmendar los yerros de los adversarios, comprobemos la verdad histórica y filosófica de este milagro. 1.° El ciego lo es desde que nació; testigos sus padres que lo deponen así, no embargante el temor de dar pesadumbre á los fariseos; testigos los que le han visto pordiosear en lugar público tantos años; testigos los vecinos y conocidos, que nunca supieron hubiese hecho uso de los ojos. 2.° El ciego no ruega que le curen, ni hay razón para sospechar fuese fácil la cura; Cristo le envía con los ojos embarrados á la fuente, sin aguardar en qué para la ceguera; por ambas partes no intervino concierto ni fraude. 3.° Antes de la operación denuncia Cristo con claridad qué fin pre-

---

[1] Jo., IX, 34. [2] *The N. Testam.*, p. 212.
[3] Audivit Jesus quia ejecerunt eum foras, et cum invenisset eum, dixit ei: ¿Tu credis in Filium Dei? Respondit ille, et dixit: Quis est, Domine, ut credam in eum? Et dixit ei Jesus: Et vidisti eum, et qui loquitur tecum ipse est. At ille ait: Credo, Domine. Et procidens adoravit eum. Jo., IX, 35—38. [4] Jo., IV, 20, 24.—XII, 20.

[1] *Leben Jesu.* t. I, §. 129.
[2] *Veritas relig. christianæ.*, t. I, tract. V, cap. XX, § III.
[3] Lib. II, cap. IV, art. III. [4] *Tract.* XLIV. *in Jo.*

tende, y mira la ceguedad de aquel hombre como traza especial de la divina providencia, protestando altamente cómo la gloria de Dios y la manifestación del divino poder se interesa en aquella enfermedad, y de camino junta al milagro la profecía; profecía y milagro, que sellan su divina misión, como quien ántes de sacar al hombre de tinieblas llámase á sí propio *luz del mundo*, porque venía á derramarla en los entendimientos ciegos é ignorantes. 4.° El medio que toma es improporcionado, inverosímil, contrario al efecto que intenta; el lodo no es artificial, ni compuesto en la farmacia ó en el hogar doméstico, sino confeccionado allí en público con polvo del suelo y con saliva natural; y es barro que recuerda el que sirvió para formar al hombre, y ahora va á servir para reformar y perfeccionar un órgano destruido. 5.° La operación anda fuera del camino ordinario: enlodar al ciego los ojos, y mandar que se los lave con agua cristalina, estragar el órgano para luego restaurarle, enviarle al baño con que el lodo desaparece; no podían imaginarse acciones más ajenas de los dictámenes de la terapéutica. 6.° La obediencia del ciego es inexplicable: déjase embarrar los ojos, y va á la fuente á limpiarlos de las inmundicias, expuesto á la risa de las gentes sin saber si volverá con luz, ignorando el remate de aquella traza. Todo está pendiente de designio premeditado: ningún hombre que lea este Evangelio con reposo, negará que el Salvador tuviese cabal noticia y seguridad de todo cuanto iba á suceder. 7.° Los fariseos no dejan diligencia por evacuar; desenvuelven el negocio con todas las cautelas que puede el odio aconsejar á poderosos enemigos; no mucho ántes del suceso han decretado excomunión contra los que confiesen á Cristo por Mesías; juntando la envidia al mando, á la autoridad la amenaza, entablan el procedimiento jurídico, requieren, instan, vuelven, porfían, tienden lazos á la inocencia, tratan de sorprender la credulidad, amedrentan á los débiles, y no hallando cosa de qué asir para trocar en injuria el milagro, revuelven contra el que le hizo notándole de violador del sábado; y tampoco logrando coger en contradicción al testigo, cárganle de insultos y desaires por verse faltos de razones que oponer á la fuerza del testimonio; y como si les pesara del beneficio, echan de sí al que le recibió, y le maldicen como á un villano; y dando por cerrado el proceso, rebeldes á la verdad, hacen profesión de ser discípulos de Moisés. 8.° Al cabo de tantos dares y tomares, el punto final de la causa se resume en una cabal derrota. El cuerpo doctrinal que da en vez de razones baldones, en lugar de respuesta golpes, por sentencia injurias, declara su propia flaqueza y sinrazón. Un mendigo sin letras y sin prevenciones canta victoria contra los sabios corrompidos y envidiosos. [1] De suerte, en conclusión, que por parte de ellos todo es apasionamiento, contumacia, malignidad, injusticia; por parte del ciego, sinceridad, sencillez, entereza, constancia; por parte de Cristo, modestia, cordura, inocencia, rectitud, dignidad; y los artificios de los jueces, y las piezas de proceso, y los indicios de la causa y el fallo del tribunal ponen la verdad del milagro en alto y relumbrante evidencia. Tenemos pues aquí un hecho de pública notoriedad, acaecido á presencia de numeroso concurso, con división de pareceres, con abundancia de deposiciones, con probanzas jurídicas más que suficientes para la debida calificación. [2]

Los doctores judíos hacen aquí el oficio de nuestros racionalistas, cuando centelleando furor se obstinan *a priori* en que el ciego confiese no poder ser sobrenatural su curación. Estos mismos, que aquí hacen tantas pesquisas y se cierran á toda intervención divina, dirán luego en la muerte de Lázaro: *Este que abrió los ojos al ciego de nacimiento ¿no podía estorbar la muerte de su amigo?* [3] Strauss, examinadas las circunstancias del suceso, que van resumidas, concluye contra la escuela naturalista: *La explicación natural nos deja aquí sin salida: hénos aquí un ciego de nacimiento curado milagrosamente por Jesús.* [4] Zacchías dice: *el que nació ciego recobrar la vista, es totalmente fuera y sobre las fuerzas de la naturaleza.* [5] Como no halló Strauss en el Viejo Testamento memoria de ciego curado, para impugnar el carácter histórico de este milagro, llama en su favor á los otros tres evangelistas alegando que

---

[1] S. Crisost. *in Jo. hom.* LVII.
[2] Glaire., *Les livres saints vengés*, t. III, 1874, p. 407.—Vigouroux, *Les livres saints*, t. I. 1890, p 79.—Crespo. *Vida de N. S Jesucristo, t. I.* cap XXXIX.—Chassay, *Hist. de la prédication de Notre Seigneur*, t. II chap. XXII.—Calmet, *Comm. Jo.* IX.—Pressensé, *Jésus-Christ*, 1884, p. 510
[3] Jo., XI, 37. [4] *La vie de Jésus*, II, p. 97.
[5] *Quæst. médico-legal.* lib. IV, tit. I, q. VIII.

le pasaron por alto. Y no sabe el mitólogo que S. Juan tomó sobre sí la tarea de relatar con especialidad las empresas apostólicas del Salvador en la ciudad de Jerusalén. Una cosa causa mucha maravilla en Strauss: los argumentos forjados por él contra este milagro son los más débiles que sus escritos contienen, y un hecho tan importante merecía más profunda discusión, y es que se les acaban las municiones á los adversarios del milagro en lances peligrosos.

Contra la verdad filosófica de este milagro queda por resolver una dificultad. Porque podría ser que la ceguera congénita no fuese incurable, y tal vez hay amauróticos de fácil remedio, como lo prueban los hipnotistas cuando con una fuerte excitación de la *voluntad* dan vista súbita á los hipnotizados.—R. Los enemigos del milagro son muy duchos en contar todos los ciegos del Evangelio por amauróticos curables, cual si nada hubiese de maravilloso en las operaciones de Cristo. Lo primero, deberían indagar qué linaje de ceguera aquejaba á nuestro doliente. Si era orgánica, en vano aplican su sistema naturalista, pues á todos consta ser ese caso insanable. Aunque en el nuestro particular nos falte de todo punto el diagnóstico, algunos expositores se han regido por los términos usados en el Evangelio, al decir que Cristo abrió los ojos al ciego, para colegir que no era amaurótico, [1] porque los tales llevan los ojos abiertos, si bien no les son de provecho para ver. No nos empeñemos en este debate. Concedamos á los enemigos cuanto quieran suponer. No les preguntemos si la amaurosis provenía de lesión en la retina, de atrofiamiento en la papila del nervio óptico, de compresión en las fibras, de parálisis del propio nervio, de otras causas señaladas por la medicina. Ni ellos darán respuesta, ni nos hace falta que la den. [2]

Hagamos gracia de toda lesión, pongámonos en el caso menos enbarazoso. Apelan á la amaurosis histérica? Entremos en la sala de clínica. *La Unión de las ciencias médicas*, de Cartagena, da cuenta de una amaurosis consecutiva al histerismo acaecido á una joven de temperamento linfo-nervioso, el 16 de Septiembre de 1880. Al sexto día del tratamiento conveniente procurado por el médico al histerismo, desapareció la ceguera. El 26 de Octubre perdió otra vez la vista á consecuencia de ataques histéricos, y volvió á recobrarla el 9 de Diciembre. [1]—La *Revista de Ciencias médicas* de Barcelona ofrece otro caso de amaurosis histérica curada mediante la sugestión hipnótica por el Dr. Carreras Solá. La ceguera reinaba en una señora histérica dos meses hacía. Hipnotizada, durante el sonambulismo distinguía claramente los objetos; pasado el período hipnótico quedó tan ciega como antes. Otros dos ensayos de hipnotización dieron igual resultado. Fueron menester repetidas sugestiones para alcanzar el beneficio de la vista. *Estos hechos prueban que la histeria es una enfermedad que puede decirse sólo existe en la imaginación de la histérica, y que la sugestión, en particular la hipnótica, combatiendo este desorden nerviosomental, es el medio más seguro y rápido para alcanzar la curación del histerismo y de todas las manifestaciones.* [2] En otra parte [3] se refiere otro caso análogo de amaurosis histérica accidental. [4]

Los adversarios habrán de confesar aquí dos cosas: primera, no fué amaurosis accidental histérica la del ciego que nos ocupa; segunda, si en las indicadas intervino, para su remedio, operación quirúrgica, tratamiento complicado, régimen temporal, la curación de Cristo procedió sin los medios empleados en la clínica

[1] P. Bonniot, *Études religieuses*, t. XLIII, 1888, p. 38.

[2] El Dr. Lanceraux ha buscado la relación etiológica entre ciertas afecciones cerebrales y la amaurosis. «Resulta que la amaurosis es un síntoma de gran valor para la determinacion del sitio de las lesiones encefálicas. En efecto partiendo de este síntoma, y teniendo en cuenta los trastornos cerebrales que le acompañan, se puede llegar en cierto número de casos á fijar más ó menos aproximadamente el asiento de la alteración del cerebro. Si hay exorbitismo al propio tiempo que amaurosis, se presume que hay humor en la región orbitaria... Si la sordera acompaña á la amaurosis se podrá pensar en una lesión de los tálamos ópticos.»—*El Siglo Médico*, t. XI, p. 524.—Sobre las localizaciones cerebrales para los diversos actos de la visión, audición y formación gráfica del lenguaje y escritura, tienen estudios preciosísimos los Doctores Charcot, Pitres y Ferrier; en ellos se demuestra que la destrucción del tejido nervioso en dichos centros acaba definitivamente con la propia función.

[1] *El Siglo Médico*, 1881, p. 171.

[2] *El Siglo Medico*, 1887, p. 346. [3] T. IX, p. 76.

[4] La amaurosis repentina puede producirse por varias causas (embolia de la arteria central de la retina, neuritis exudativa retrobulbar, afecciones del cerebro ó del cráneo, pérdidas sanguíneas, acción directa de los rayos solares, intoxicación, sífilis, intermitentes, diabetes,) y también á consecuencia de una parálisis. De esta índole presentó el Dr. Isidoro de Miguel y Viguri un caso (*El Siglo Médico*, t. XXV, p. 139): «todos los síntomas, añade, desaparecieron después del empleo por cuatro días, del cornezuelo de centeno.»

humana, sin las leyes de la oftalmología facultativa. Tampoco hallamos aquí caso de hemeralopía, como el de D. Rodolfo del Castillo, verificado en una mujer embarazada. *Después del parto empezaron á modificarse aquellos trastornos de ceguera nocturna, desapareciendo en absoluto al mes, sin dejar huella alguna.* [1]

Pero hacen pompa los oftalmólogos de haber curado brevísimamente ciegos de nacimiento.—R. El oculista Dr. Santos Fernández no acababa de ponderar un caso de amaurosis congénita, cuya curación espontánea presenció. Una niña, que nació ciega, á los catorce años y medio, al despertarse un día por la mañana recibió de improviso la dicha de ver, que nunca había disfrutado. *¿Cómo explicar la amaurosis y su curación? La falta absoluta de lesión anatómica en el fondo del ojo, la transparencia perfecta de los medios, el desarrollo normal de la pupila y de los vasos excluye desde luego la idea de un cambio repentino sobrevenido en la textura de estos órganos siendo racional suponer su perfecta integridad desde su nacimiento.* [2] La causa determinante de la vista recobrada fué la edad seguida de los indicios que mostraban núbil la niña. En la edad crítica, en que empiezan á moverse todas las ruedas del complicado organismo, se desenvuelven extrañamente las energías de la vida interior, y entonces ó la naturaleza triunfa, ó debilitada sucumbe. No es menester buscar otras causas de esta remediada amaurosis, basta la erupción espontánea de la pubertad. ¡Cuán otro es nuestro caso! El ciego del Evangelio era hombre de edad. *Edad tiene*, respondían sus padres á los fariseos; y en la santa libertad y en el atinado discurso con que les habló, mostraba bien haber salido de los verdes años. No se podía esperar de la edad la curación espontánea; ni tampoco la artificial procurada por sulfato de cobre, nitrato de plata, nitrato de potasa, polvos de acetato de plomo, calomelanos, discos de gelatina: éstos y parecidos medicamentos aplicados á cegueras comunes harán efecto si se aplican con precaución y á tiempo, pero no tienen influencia en la ceguera total. La oftalmología se cree incapaz de curar afecciones graves.

Aún más queremos suponer, para ajustarnos á las pretensiones de los adversarios: suponemos que el ciego evangélico lo era por efecto de unas cataratas congénitas, reducidas al saco capsular. Si así fué, atendamos. Los buenos oculistas hacen primero la operación en un ojo, y al cabo de días en el otro, y antes de retirar el vendaje se aseguran, por el examen oftalmoscópico, de la perfecta normalidad del ojo curado: entre tanto pasan los días. Más: todos los casos de cataratas operadas requieren tiempo más ó menos largo para la educación del sentido. Antes de valerse de los ojos para la percepción de los objetos han de aplicarse lentes y el tacto y el oido, y del confrontamiento resulta la distinción de colores, la designación de objetos, la recta interpretación de las impresiones luminosas. La joven de veinticinco años operada por Stafford [1] tardó cuatro meses en conocer los objetos de uso común; la de diez y seis años asistida por el Dr. Fernández, [2] necesitó varios días para utilizar la vista; el niño operado por Gayet en 1884, tardó dos meses en educar el sentido de la vista. [3] Estas curaciones de cataratas congénitas, ni se hacen en un instante, ni en breves días surten el efecto deseado. Los primeros momentos de la terminada operación desconciertan á los amauróticos y no les dejan designar bien los objetos sin auxilio de los otros sentidos.

En nuestro caso se obvian en un tris todas las dificultades. El ciego recibe la luz en el acto, y al recibirla conoce de cerca y de lejos las cosas y las personas. Así al menos parece del Evangelio. Sus ojos no tuvieron necesidad de educación. Embadúrnaselos Cristo con lodo común hecho allí mismo, mediante saliva, mándale que se los limpie con agua fresca, y de la saliva y del polvo salieron unos ojos tan graciosos y vivos, que deslumbraron á los presentes. ¿En qué tiempo se curaron así cataratas? ¿En qué clínica se restituyó la vista á un ciego por tan sorprendente manera?

A la saliva concedieron los antiguos virtud de curar afecciones oculares. Plinio [4] habla de esto. Y en dos casos de cie-

---

1 *Anales de Oftalmología*, 1887.
2 *Crónica Médico-Quirúrgica de la Habana*, 1879.

---

1 *Annales d'oculistique*, t. X, p. 146.
2 *Crónica Médico-Quirúrgica de la Habana*, 1876.
3 *Annal. d'oculistique*, t. XXI, p. 259.—*El Siglo Médico*, t. XXXIX, p. 458.
4 *Hist. nat.*, lib. XXVIII, cap. VII.

gos curados, dicen, por Vespasiano, referidos por Suetonio, [1] y Tácito, [2] se menciona este remedio, como en otro lugar se tratará. Cristo nuestro Señor aplicó en otras ocasiones la saliva, [3] mas nunca por vía de remedio natural ni necesario para el intento, pues sin él dió vista á ciegos. [4] De Vert se atrevió á referir toda la salud del nuestro al esputo y al lodo: Suesonio, Obispo de Augusta, le respondió, como era razón, y le redujo al silencio. [5] Así lo narra Benedicto XIV. [6] Queda, pues, que el emplear Cristo la saliva, era símbolo de moral enseñanza, como lo expone San Agustín, [7] y no medicina sanitaria.

Otros críticos han contado esta operación entre los efectos meramente fisiológicos, como si la confianza le hubiese dado al ciego vista. Nunca la sola confianza obró prodigio súbito y radical como éste, ni consta que el ciego tuviese confianza sino todo al revés, pues confesó lisamente que ignoraba quién fuese Jesús. En la hipótesis de los adversarios, semejante confianza sería un insigne milagro. Renan, con toda su impiedad, no halló manera de sanear esta curación según su desvariado sistema, y cautelosamente la veneró con alto silencio. Porque una curación instantánea sin medicamento ajustado, es notabilísimo milagro cuanto al modo y cuanto á la substancia. [8]

Traigamos, finalmente, á capítulo al espiritista Kardec, y oigámosle con qué dobleces enmaraña las cosas. *Jesucristo dió vista al ciego por la acción del flúido curativo de que estaba dotado.* [9] Preguntado qué linaje de flúido sea ése, responde muy ufano con su presunción: *el flúido perispirital.* En qué consista el flúido perispirital, nunca lo definió Kardec con propiedad. Sólo sabemos que el *perispíritu* de los espiritistas es un embeleco inventado para hacer burla del alma espiritual y racional. Dice Allan Kardec: *el perispíritu, por su naturaleza fluídica es expansible, irradia al exterior y forma al rededor del cuerpo una especie de atmósfera que el pensamiento y la voluntad pueden extender más ó menos. De aquí se sigue que personas que no están en contacto corporal, pueden comunicarse por medio del perispíritu y transmitirse las impresiones.* [1] *Con la ayuda de semejante palanca, los espíritus producen ciertos efectos físicos, golpes, ruidos, elevación, transporte.* [2] Pero convendría averiguar si el perispíritu es poderoso para sanar enfermedades; que si eso fuera, todos los hombres, pues que todos gozamos de perispíritu, según Kardec, ó siquiera algunos, estarían dotados de la facultad de curar ciegos de nacimiento sin necesidad de apósitos. ¡Mal año para los oculistas! Esperamos que nos digan cuándo han dado los espiritistas indicios de poseer tan preciosa facultad.

Dejándolos por zoilos, atendamos á la falange de escritores sapientísimos, que de los apóstoles acá sentenciaron por milagro este suceso. *No de agua se sirve*, dice Santo Tomás en nombre de ellos, *para hacer lodo, sino de saliva, para que nada se atribuya á la fuente, sino declares que la virtud de su boca abrió los ojos; y después, para que no parezca que recobran vista por virtud de la tierra, mándale que se los lave.* Maldonado va por el mismo camino. *Cuando cura con lodo, cosa la más contraria á los ojos, no puede creerse curación natural, sino por el poder divino de Cristo.* [3] No alarguemos las citas y concluyamos: un suceso expuesto en una narración, la más natural y acabada en su género, donde entran testigos fidedignos, pruebas fehacientes, testimonios irrecusables, examen jurídico, interrogatorio público, demandas y respuestas, empeño de jueces, amenazas y baldones, preocupación contra el autor, y en donde todo el proceso viene á parar en condescendencia y silencio, no puede menos de ser verdadero.

Muy característica es la condición del milagro. Los hombres sencillos le reciben abiertos los brazos y fructuosamente, los hinchados y soberbios le hacen rostro é irrisión. Es imposible, claman, un hecho contrario á la severidad de nuestras leyes,

---

1 *Vespasian.*, VII. 3 Marc., VII, 33.—VIII, 23.
2 *Hist.*, lib. IV, cap. VIII. 4 Matth., XX, 30, 34.
5 *De vero spiritu Ecclesiæ*, § 39.
6 *De servor. Dei beatif.*, lib. IV, p. I, cap. VIII, n. 9.
7 In Jo., tract. II.
8 P. José Corluy, *Comment. in Evang. Jo.*, 1878, p. 224.
9 *El Génesis, los milagros y las predicciones*, cap. XV, n. 25.

1 *Obras póstumas*, cap. II, n. 17. 2 Ibid., n. 13.
3 Non aqua utitur ad lutum faciendum sed sputo, ut nihil adscribatur fonti; sed dicas quoniam virtus oris ejus oculos aperuit; et deinde, ut non videatur eis ex virtute terræ esse curatio, jussit lavari. *Catena aurea* in cap. IX, Joan.—Cum luto curaverit, quo nihil magis contrarium oculis est, credi non poterat naturali luti virtute, sed divina Christi potentia curationem esse factam. In cap. IX, Jo.

á las leyes incontrastables de nuestra ciencia. Los testigos presentan indicios y pruebas evidentes del hecho, el pueblo enfádase y toma competencia con las teorías de los sabios, que reprobaron el milagro por serles más molesto atenerse á la realidad de las cosas que á la sutileza de sus conceptos. ¿Qué hacen los sabios entonces? Por no doblar la altivez de sus cervices falsifican documentos, sobornan testimonios, replican razones impertinentes, rifan con los sencillos, los injurian y baldonan tratándolos de indignos, de ignorantes, de supersticiosos, y para cerrarles la boca los persiguen y excomulgan. Tal es la suerte de la religión católica en presencia de los enemigos del milagro. [1]

No viene á nuestro propósito el dar razón de todos los enfermos que Cristo milagrosamente libró, ciegos, leprosos, hidrópicos, contados por centenares en los Evangelios. Merecen ser repetidas las palabras con que resumía Lactancio las curaciones de Cristo. *Por donde quiera que pasaba, á todos los enfermos y dolientes de cualquiera mal, con una palabra, en un momento, dejábalos totalmente curados.* [2] Y no hemos de hacer cuenta que se le presentasen enfermos con achaques de pronta cura; más verosímil y conforme á razón y al sentido obvio del Evangelio es pensar que recurrían por favor á su poder los tan maltratados de sus dolencias, que no les hallaban fácil remedio en lo humano. San Ambrosio dice: *que un ciego de nacimiento se cure, no es arte, sino poder: el Señor dió salud, no ejerció medicina, porque sanó á los que nadie curara.* [3] Esto no obstante, ponemos duda y áun vemos inconvenientes en la opinión de Zacchias, [4] de Vecchi, [5] de Ader, [6] que enseñaron haber sido incurables por arte médica todos los enfermos curados por Jesucristo. Lancisio en la causa de San Francisco Regis asegura que no era desesperada, sino dificultosa y refractaria la enfermedad de la suegra de Simón, de la cual dícese: *estaba molestada de grandes fiebres.* [1] Los *male habentes*, los *variis languoribus et tormentis comprehensi*, [2] los *debiles et alii multi*, [3] los *infirmi* [4] no es creible ni verosímil fuesen todos graves, desahuciados é irremediables por diligencia humana. Más acertado sería presumir que siquiera en cuanto al modo muchos de ellos fueron milagrosamente curados.

Muy común es en nuestro siglo oir ponderar curaciones instantáneas operadas por médicos materialistas. Schenckio cuenta que un hombre molestado de hemipleja por muchos años, á vista de un incendio prendido en su casa convaleció y tuvo fuerzas para huir y arrojarse por la ventana á la calle. [5] De otro paralítico refiere Horstio que asaltando de noche los enemigos la ciudad, al punto se levantó y salió con otros hombres al encuentro de los salteadores. [6] Una baldada de treinta años de paraplegia y hemiplegia recobró en el acto movimiento y robustez al fragor de un rayo que de noche la horrorizó: así lo narra Diemerbroeck. [7] Semejantes á éstos son los casos que oponen los enemigos del milagro para debilitar las curaciones evangélicas.

A los ejemplos citados y á otros parecidos debe responderse que si no constan de testimonios fidedignos, poca fuerza tienen para el intento. Concedido que un afecto vehemente, una impresión moral enérgica, un miedo grande, un arrebato de cólera pueda alterar y trastornar los humores causando saludables efectos unas veces y otras también desastrosos accidentes; pero que una enfermedad diuturna, confirmada y crónica, como las del Evangelio, halle remedio súbito, total y perfecto en una impresión moral pacífica, cual es la ocasionada por preces y palabras de confianza, no se puede conceder que sea

[1] P. Didon, *Jésus-Christ*, 1891, livre IV, chap. IV, p. 543.

[2] Quacumque iter faciebat ægros ac debiles, et omni morborum genere laborantes, uno verbo, unoque momento reddebat incolumes.— *Divin. instit.* lib. IV, cap. XV.

[3] Eos enim sanavit Dominus, quos nemo curaret. En Alapide in cap. IX Jo.

[4] *Quæst. medico-legal*, lib. IV, tit. I, q. V, n. 66.

[5] *Observ. medic. in S Scriptur.*, Observ. LXXXVIII.

[6] *Tract Bibl.* t. IX, *De morb. evang.*

[1] Tenebatur magnis febribus.—Marc. I.—Matth. VIII. —Luc. IV.

[2] Matth., X, 24.

[3] Ib. XV, 29.

[4] Marc, VI, 55.—Ib. III, 9.

[5] *Observ.*, lib. I, *De Paral.*

[6] *Consil.*, lib. III.

[7] *Anat.* lib. VIII, cap. I, *De Nervis.*—Al laborioso y acreditado Dr. D. Francisco Viñals, debemos la noticia de un caso notable observado por él en la Clínica de San Carlos, el año 1881, en la cama 12 de la Sala de Primer año de Medicina. Un mozo robusto sintió un valído, y vióse luego asaltado de convulsiones, en la procesión de la fiesta de su pueblo. Quedó sordomudo después del accidente por espacio de algunos años, y con un tratamiento empleado en el hospital, que consistió en purgantes y en revulsivos aplicados á la nuca y detrás de las orejas, una mañanita despertó haciendo señas muy regocijadas de que oía; á los dos días hablaba.

consecuencia de causa natural; ningún médico ha sabido hasta el presente usar de tan sencilla y eficaz terapéutica. La habilidad de los dichos facultativos se reduce á sacudir el embotamiento de una función, que en un cuerpo sano se ejercía con dificultad ó estaba del todo embargada. Curar así será ejercicio de destreza y habilidad, no ostentación de gran poder. Quien queda mudo de espanto en presencia de tan triviales maravillas, y lee luego desdeñoso las curaciones evangélicas, da indicios de no saber leerlas ó de leerlas por tela de cedazo. El médico que tan menguadamente conoce los milagros del Evangelio, ¿cómo los ha de creer?

Un médico enemigo del milagro parece una flagrante contradicción.[1] El médico es un instrumento de la paternal providencia de Dios. La enfermedad en el presente estado de cosas se reduce á una pena física debida al pecado original: el médico tiene á su cargo mitigar el rigor de la pena corpórea, así como corre por cuenta del sacerdote librar las almas del reato moral; ambos á dos se completan y vienen á constituir la buena andanza del hombre en este valle de miserias. Por esta causa nos manda Dios que honremos al médico, como á instrumento necesario y puesto por la divina bondad para procurarnos el bien de la salud.[1] Al efecto dotó el Señor de virtudes naturales los elementos orgánicos é inorgánicos haciéndolos remedios de dolencias físicas, y *constituyó al médico depositario y administrador de los tesoros de la Providencia y su legítimo representante en la obra de ternura que realiza en bien de los que sufren.*[2] Si el médico en calidad de representante de Dios cura enfermos ocupando tiempo y cuidados, ¿con qué razón podrá negar que Dios sin aplicación de tiempo ni de cuidados otorgue de repente el beneficio de la salud á un enfermo desahuciado?

---

[1] Hemos tenido ocasión de tratar á varios médicos en las primeras capitales de la península, y sería hacer agravio á la verdad el desconocer la rectitud de ideas filosóficas y religiosas que acompaña al crédito de su ciencia profesional. Buena demostración dan las Revistas, publicadas con acertado criterio. Si algunas empiezan á torcer, y de torcer á quebrar va poco, la causa está en la prisa y menos cautela con que ciertos autores inoculan en sus escritos, tal vez sin formar escrúpulo, el virus contagioso del materialismo, positivismo, racionalismo, contraído en la lectura de Revistas extranjeras. Así como un médico verdaderamente cristiano merece se le tenga gran reverencia, así provoca á piedad y lástima un doctor maleado, sin fe ni religión.

---

[1] Eccli., XXXVIII, 1.—14.

[2] *El sentido católico en las ciencias médicas*, año II, 8 de Enero de 1880, p. 20.

CAPÍTULO VII.

PODER DE CRISTO SOBRE LOS DEMONIOS.

ARTÍCULO I.

Guerra de los incrédulos contra las posesiones del Evangelio.—Las cuentan por enfermedades *religiosas*.—Los protestantes: Bekker las llamó *locuras religiosas*.—Semler le siguió en su demanda.—Keim las tiene por ilusiones.—Lardner por enfermedades raras.—Weisse por estado pecaminoso.—Algunos católicos opinan como los protestantes.—Entáblase la controversia.—Diferencia entre las ideas de los rabinos y la de los evangelistas sobre los posesos y el modo de curarlos.—Conclúyese la realidad objetiva de las posesiones diabólicas narradas en los Evangelios.

Al que abre los Evangelios grande extrañeza causa la multitud de energúmenos curados por Cristo, y fácilmente viene á reconocer que su ministerio estaba ordenado con especialidad á la expulsión de demonios. Muchos son los casos narrados por los evangelistas; [1] los apóstoles y discípulos gozaban de igual poder. [2] Las señales exteriores notadas en los posesos fueron muy varias, frenesí, sordera, mudez, ceguedad, demencia y otras raras y peregrinas. Con serlo tanto, los que las daban diferían sumamente de los enfermos no poseídos del mal espíritu; distinción de estados que el vulgo marcaba sin dificultad y con acierto.

Los modernos enemigos del milagro no sufren el golpe de luz sobrenatural que estas curaciones reverberan, y entretienen sus ocios haciendo entremeses con ellas, como con cosas dignas de escarnio. Se escandalizan nuestros incrédulos á vista de un endemoniado, y toman de su escándalo ocasión para negar con más porfía los milagros del Evangelio. Asunto de gravísima importancia. Citemos ante todo los dictámenes de estos *sabios* en la materia propuesta.

Ya en el siglo XIII, Guillermo, parisiense, hacía memoria de algunos médicos, [1] que por negar la existencia de los posesos evangélicos los conceptuaban epilépticos ó dementes. Lemnio, en su obra *De occultis naturæ miraculis* (murió 1568), reprodujo la misma idea, haciendo eco á Pomponazzi, á Schenckius, á Hecquet, á los cuales el P. Teófilo Raynaud [2] dió suficiente respuesta fundada en los cuatro Evangelios. Los modernos, que repiten igual atribución cual si fuera parto original de nuestro tiempo, no hacen sino renovar las dificultades de los antiguos, mil veces deshechas y refutadas.

Littré, discípulo del positivista Augusto Conte, llama *enfermedades* religiosas *las del sistema nervioso que nacen al impulso de emociones é ideas religiosas: son esencialmente epidémicas.* [3]—*La posesión pertenece á la categoría de las enfermedades religiosas. Dábase nombre de posesos á los que experimentaban accidentes nerviosos, variados, siempre extraños, á causa de ignorarse la índole de estos achaques; se suponía que tales personas eran poseídas de un demonio.* [4]—En el dictamen dado por Daremberg sobre la obra de Littré, leemos en esta forma: *La ciencia moderna ha descubierto que las dichas posesiones demoniacas iban siempre acompañadas de temblores, convulsiones, tensiones tetánicas, trastornos de sentidos, perversión de la sensibilidad, parálisis; dolencias que caían bajo la jurisdicción de los médicos. Tantos demonios y espíritus, que merced al sistema nervioso podían hacerse visibles, han perdido el sér y parado en*

---

1 Luc., VI, 17, 18.—Math., VIII, 16; XII, 22, 24.
2 Math., IX, 1; X, 17.

1 Lib. *De universo*.
2 *Angelus malus*, t. IX, cap. X.
3 *Dictionnaire de Médecine*, art. *Maladie*.
4 Ibid., art. *Possédé*.

achaques nerviosos; y la escuela de la Salpêtrière, dirigida con tanto acierto por M. Charcot, ha demostrado que la posesión era la histero-epilepsia, observada en nuestros días. [1] —Charcot, á vueltas de los ensayos hechos en personas histéricas, ha descubierto una suerte de contorsiones que, por parecerle muy conformes con las que leemos en los energúmenos del Evangelio, ha tenido por bien designarlas con el nombre de achaques *demoniacos*. [2]—Renan [3] da á las posesiones la cualidad de *actos que en el día serían tenidos por achaques de locura ó de ilusión*. De los racionalistas alemanes aprendió Renan su aversión á las posesiones evangélicas.

No son pocos los herejes que siguen el bando racionalista en el tratarlas; y no andaría mal lógico quien derivase de la familia protestante la guerra contra ellas. Uno de los primeros que las combatió fué Baltasar Bekker en el siglo XVII, profesor holandés, partidario de Descartes, en un libro que en 1691 publicó, intitulado *De betooverde Weevelt*, ó sea *El mundo embrujado*, traducido en francés en 1694. En esta obra arriscóse Bekker á probar que nunca han existido verdaderos poseídos, y que los demoniacos mencionados en el Evangelio eran *locos religiosos*, ni más ni menos. Aún enseñaba que la Santa Escritura en ningún paraje da por cierta la existencia del diablo, y si algo dice que á eso parezca, habla en sentido figurado, porque el demonio no puede salir del infierno, y así sus apariciones, obsesiones, posesiones, vejaciones, son delirios de imaginación ó fábulas fraguadas por la impostura. No fueron pocos, en verdad, los protestantes que cargaron la mano confutando las inauditas proposiciones del pastor holandés. Scheuchzer [4] las trituró con buenos argumentos. En cambio Semler (1725-1791) las tuvo por buenas, y hecho su abogado, compuso un libro en que mantenía ser los energúmenos de los Evangelios y de los Hechos Apostólicos enfermos acosados de frenesí ó de epilepsia, y que el Salvador y los apóstoles nunca pensaron fuesen reales y verdaderos posesos. [5] Por esta causa decía Bergier (1718-1790), hablando de Bekker: *Ha tenido imitadores y defensores en Holanda y en Inglaterra.* [1] El Dr. Isaac Wats, [2] entre otros excesos en defensa de tan perversa doctrina, enseña que si el alma humana sólo puede con sus voliciones mover el sistema muscular, no es justo concedamos al demonio más amplia facultad; y así, que es imposible la posesión diabólica. Apoya Farmer este raciocinio, y se adhiere á la conclusión; como si el espíritu angélico no hubiese de poseer otras fuerzas diversas del humano, el cual hace que el cuerpo vegete y sienta, facultad que no está al alcance del demonio.

De aquí nace la diversidad de pareceres en los protestantes sobre la naturaleza de estos fenómenos. Keim los echa á ilusiones y burlas. Un endemoniado no es, en su concepto, un hombre enfermo, sino un hombre con la conciencia embargada y y trabada por humores mórbidos, melancolías y supersticiones nacidas y fomentadas por aquella creencia vulgar de que los demonios hacen presa en los cuerpos humanos. No es maravilla que un hombre de esta suerte conformado, reparase sus tristezas tratando amorosamente con un temperamento tan privilegiado y sanísimo como era el de Jesús. [3] Según este crítico lo principal del estado demoniaco estaba en la fantasía y aprensión; lo secundario en la pena mental ó física, epilepsia, demencia y demás: de donde la cura era fácil y hacedera. Lardner, por el contrario, puso la raíz de la posesión en una enfermedad, nerviosa ó mental; y el apellidarse posesión diabólica, lo miró como estilo de aquellas gentes que prohijaban á demonio las enfermedades más raras. [4] Farmer estuvo en lo mismo; casos de manía ó locura vió en los de posesión evangélica. [5]

Otros protestantes modernos disienten poco de los antiguos. L. Grimm apellida *endemoniados* (δαιμονιζόμενοι) *los hombres maltratados por graves enfermedades de cuerpo y alma, como parálisis, ceguedad, sordera, mudez, melancolía, epilepsia, demencia.* [6]—Winer tiene esta opinión, [7] y no dista de ella

---

1 *Revue des deux Mondes*, 1882, p. 663.
2 RICHER, *Études cliniques sur la grande hystérie*, 1885, p. 195.
3 *Vie de Jésus*, chap. XVI. 4 *Physica sacra*, t. IV.
5 *De demoniacis quorum in Novo Testamento fit mentio*, 1760.

1 *Diccionario teológico*, art. *Demonio*.
2 *Philosophical Essays*. 3 *Jesu von Nazara*, II, 199.
4 *The case of the demoniacs mentioned in the New Testament*, vol I.
5 *An Essay on the demoniacs of the New Testament*, 1775.
6 *Clavis Novi Testamenti philologica*, 1862.
7 *Realwörterbuch*, t. I.

Federico Farrar [1] cuando asemeja las posesiones á enfermedades nerviosas ó mentales. Weisse quiere que el pecado y la moral depravación constituyan la posesión diabólica. El pecado que enseñoreaba al hombre y le tenía preso y encadenado sin remedio, era el demonio de la posesión. [2] Y asienta que la infalibilidad de Cristo, que versaba sólo sobre verdades morales y religiosas, no quedaba menoscabada por la ignorancia que tenía acerca de la causa de la posesión, problema psicológico y psiquiátrico, según el teólogo de Jena.—Por este camino echa también Row, [3] si bien admite la posibilidad de la posesión, dado que su realidad no conste ni resulte de las palabras evangélicas. En opinión de Row las posesiones estriban en un error popular, que daba á causa sobrenatural lo debido á causa natural. Desengañar al pueblo enseñándole la verdad científica no tocaba al ministerio de Cristo. El que se subleva contra las posesiones demoniacas, no disputa á los evangelistas inspiración, ni á Cristo la autoridad, pues no participó de la creencia del vulgo. Con estas reverencias y obsequios se contentan los protestantes.

En las filas enemigas de las posesiones evangélicas se alistaron algunos católicos. Jahn, escriturario afamado, expuso en su *Archéologie biblique* (1802) una teoría que compendia las principales ideas de racionalistas y protestantes. *Jesucristo*, dice, *y los apóstoles debieron de aplicar al vocablo* demonio *el mismo sentido que era usado entre los judíos, griegos y romanos, de lo contrario los pueblos con quienes trataban no habrían entendido su lenguaje. Para judíos, griegos y romanos la voz* demonio *no sonaba lo que nosotros por lo común entendemos, sino las almas de aquellos muertos, que habiendo llevado vida criminal y acabado con muerte violenta volvían á la tierra á maltratar á los vivos, como el vulgo imaginaba. Creencia que era un verdadero error, que Jesucristo y los apóstoles nunca pudieron aprobar. Así que Jesucristo y los apóstoles no creían que las posesiones de que hablan fuesen reales, y hay que explicar de otra manera sus palabras.*

Tales son las opiniones de nuestros adversarios sobre los posesos del Evangelio. Concuerdan en que no eran reales y verdaderos endemoniados, y discrepan en señalar el género del mal que su estado representaba. Débese con advertencia considerar que la presente contención se abre, en especial, entre los amigos del milagro, á saber, entre los defensores del milagro en común y de los evangélicos en particular, y entre los propugnadores del orden sobrenatural, por manera que al declararnos por el sér objetivo de las posesiones, no tratamos de establecer la existencia del orden sobrenatural, pues le presuponemos sólidamente fundado por otros argumentos.

Antes de entrar en la narración de las luchas mantenidas por Cristo con los demonios, será razón exponer qué ideas reinaban entre los rabinos sobre los endemoniados. Los nombres más frecuentes que daban á los demonios eran *espíritus inmundos*, *espíritus malos*, *shedim*, *mazzikim*; el endemoniado era llamado *geber shedihhim*. [1] A los demonios concedían los rabinos la facultad de comer, beber, propagarse, morir y les daban por alimento vapores, sahumerios, olores. Los demonios entraban en los cuerpos humanos y de ellos se apoderaban, causándoles daños, enfermedades, desórdenes. El mal espíritu impelía al hombre á violar el sábado [2] y á comer el pan de Pascua, [3] despojábale de libertad y le hacía delinquir, [4] causaba la rabia, asma, anginas, y otros accidentes peligrosos, como encontrarse con un toro bravo. Estos daños debíanse, según el rabinismo, á los demonios. Los más peligrosos eran los de los parajes sucios. [5] Los números 2, 4, 6, así como las cosas que vienen de manos inmundas, eran azares peligrosos, procurados por los demonios que andaban en acecho. [6] En víspera de Pascua los demonios estaban atados, [7] y también en días precedentes á sábados y miércoles, pero fuera temeridad y caso de peligro hacerse encontradizo con ellos.

Notables son las diferencias entre los libros rabínicos y el Nuevo Testamento en materia de demonios. La primera es, que así como el Evangelio describe al demonio mostrándole con las señas de enemigo de Dios y adversario de todo bien, los rabinos le pintan solamente como enemigo del hombre. La segunda es, que el Evangelio hace la estampa de Cristo figurándole caudillo poderoso que derrue-

---

1 *The Life of Christ.* 2 *Das Leben Jesu*, I, p. 482.
3 *The supernatural in the New Testament*, p. 259.

1 Ber. R., 65. 2 Erub., 41. 3 Rosch, Sab. 28. 4 Erub., 41. 5 Sab., 67. 6 Ber., 54. 7 Pes., 109, 112.

ca al fuerte armado y le quita armas y despojos; los rabinos, prescindiendo de la espiritual pelea, y no mencionando el reino de Satán, sólo paran la consideración en la victoria que alcanza del hombre el demonio, su cruel adversario. La tercera diferencia es, que los rabinos ponen malicia y envidia en el demonio respecto del hombre, de quien le hacen tentador, aborrecedor y castigador, mas no respecto de Dios, como se ve en muchos lugares del Nuevo Testamento. De aquí es que la doctrina del Evangelio camina por sendas muy distintas y más levantadas que el rabinismo, y procede por principios y fundamentos encontrados. Léanse los libros rabínicos, [1] mayormente allí donde representan á Satanás en figura de *ángel de la muerte*, y quedará convencida la sinrazón de los modernos críticos, cuando quisieran derivar de fuentes rabínicas la satanología del Nuevo Testamento. El rabinismo ostenta un Satanás menguado y á medio hacer, el Evangelio un Satanás de cuerpo entero y cabal. Cristo nuestro Señor, así como enseñó la verdad al colocar en su genuino punto la condición del Mesías y la noción del reino de Dios; así también puso enmienda en la falsa doctrina que del demonio privaba entre los rabinos, y presentó á Satanás pintado de los pies á la cabeza como enemigo del hombre y juntamente antagonista y cruel adversario de Dios.

En segundo lugar, cómo entendiesen los rabinos la posesión diabólica, no es fácil averiguarlo; en todo el Talmud no hay dicción determinada para significar un poseso, una posesión. Trátase allí del mal espíritu, en cuanto prueba su ingenio en hacer al hombre graves daños; pero apenas se define que el mal espíritu se apodere y tome posesión del cuerpo humano. Pero consultando á Josefo, hallamos que los malos espíritus eran las almas de los difuntos que habían gastado vida viciosa y estragada, y después echaban sus uñas á los vivos y se gozaban en ejecutar pesadumbres y vejaciones en sus cuerpos y en sus almas. [2] Esta suerte de obsesión, y no de verdadera posesión, se limitaba entre los rabinos á causar enfermedades. La lepra, [1] la rabia, [2] la demencia, [3] la coqueluche, [4] provenían de demonio, y las personas asaltadas de estos males se llamaban endemoniadas. La habitación permanente del diablo en la persona humana, constitutivo especial de la posesión demoniaca con toda propiedad, apenas era conocida y tratada por los rabinos. Josefo achaca la turbación y mudanza de Saúl á influencia diabólica, [5] y juzga que el demonio (alma de difunto), se apoderó de él y le puso en trance de ahogarse. Mas si no alcanzaban los judíos noticia, si no sabían dar razón de la posesión diabólica, no por eso debe decirse que este espantable efecto estuviese desterrado de aquel pueblo. [6]

Los nombres que da el Evangelio á los energúmenos son estos: endemoniados, [7] hombre de espíritu inmundo, [8] hombre que tiene demonio, [9] molestado por espíritus impuros, [10] hombre que tiene espíritu de demonio impuro. [11] Recorriendo las páginas evangélicas hállase que San Mateo menciona *endemoniados* siete veces, San Marcos cuatro, San Lucas una, San Juan una; *espíritus* ó *espíritu*, dos veces San Mateo, tres San Marcos, dos San Lucas; *espíritu malo*, tres veces San Lucas; *espíritu inmundo*, una sola vez San Mateo, cuatro San Lucas, once San Marcos; demonio δαίμων en singular ó plural una vez cada evangelista, menos San Juan; pero demonio δαιμονίον en singular ó plural ocurre en nueve lugares de San Mateo, en tres de San Marcos, en catorce de San Lucas, en seis de San Juan. Con esta diversidad de vocablos es significado en el Evangelio el espíritu de tinieblas, enemigo de Dios y del hombre, cuando se hace dueño y mora en una persona como si fuera propia suya. Los evangelistas no se ajustaron al estilo común ni adoptaron las nociones rabínicas; al contrario, introdujeron una terminología única usada para

---

1 Sanh. 89.—Ber. R. 55.—Joma, 69.—Chetub, 77.—Zech. V.—Baba B., 17.

2 *De Bello judaico*, lib. VII, cap. XXV. —*Antiquit.*, lib. VIII, cap. II.

---

1 Hordj., 10.

2 Joma, 83.

3 Bechor, 44.

4 Joma, 86.

5 *Antiquit.*, lib. VI, cap. VIII.

6 SCHOTT, *Phys. curios.*, lib. IV, cap. XV, § 5.—DELRÍO, *Disquisit. magic.*, lib. II, q. XXX, sect. III.

7 δαιμονιζόμενος, Mat., IV, 24.—δαιμονισθείς, Marc., V, 18.—Luc., VIII, 36.

8 ἄνθρωπος εν πνεύματι ἀκαθάρτῳ, Marc., I, 23.

9 ἔχων δαιμόνα, Luc., VIII, 27.

10 ὀχλούμενος ὑπὸ πνευμάτων ἀκαθάρτων, Luc., cap. VI, v. 18.

11 ἄνθρωπος ἔχων πνεῦμα δαιμονίου ἀκαθάρτου, Luc., IV, 23.

expresar conceptos nuevos y corregir la falsedad de los antiguos y populares.

No repugnen los adversarios: los evangelistas no adulteraron los hechos, no disfrazaron las cosas vistiéndolas de traje artificioso llamándolas á otra diversa significación. ¿Son, por ventura, los Evangelios centones de leyendas? El Salvador y sus apóstoles no dieron cabida, en el trato con los energúmenos, á las ideas vulgarizadas por los rabinos. Nó: trataron á los posesos como á verdaderamente poseídos del demonio, y como á esclavos del enemigo de Dios. Cristo contempló la posesión diabólica desde su verdadero punto de vista moral y universal, representándola á los ojos de los fariseos y escribas como ostentación del poder satánico, como obra del espíritu infernal. Quien restituyó á su primera verdad el concepto del demonio, también reformó y corrigió, según verdad, la creencia de la posesión. *¿Qué doctrina es ésta tan nueva?* [1] exclamaba el pueblo á vista de una expulsión hecha por Cristo. El *espíritu mudo*, el *espíritu de enfermedad*, no eran, en la pluma de los evangelistas, maneras de disfrazar recatadamente las dolencias de los enfermos, ni tampoco el romper en desatinos los espiritados era porque imaginasen que los demonios hablaban por sus bocas, como nuestros adversarios piensan. Cristo y los apóstoles dirigen la palabra, no al hombre, sino al demonio; no al poseído, sino al poseedor; y éste, desposeído de su casa, abandona el asiento, huye á toda furia, no sin muestras de coraje, y significando con grandes fieros cuán costoso le es soltar de la mano la presa.

Además, en los casos evangélicos adviértese que los demoniacos hablan en nombre de otro que ejecuta en ellos su poder y los tiene rendidos á su disposición, aunque no con tal señorío que les quite del todo la conciencia propia. Esta dualidad se manifiesta ora hablando el paciente en su nombre, ora en nombre del que le domina, y es cosa que espanta descubrir á la vez en un mismo hombre dos voluntades que apetecen, dos entendimientos que piensan. Los ocho demoniacos expresados en el Evangelio, [2] por la razón dicha y porque al imperio de Cristo quedaban libres del espíritu interior y totalmente curados, deben llamarse posesos y no obsesos, en cuanto el demonio dejaba la morada y quitaba el maleficio causado en la substancia del hombre.

Por otra parte el estado de posesión no se marca con diagnóstico especial. Los casos ofrecen tanta variedad de señales, que no permiten calificarlos de enfermedad determinada. Demoniacos hay ciegos, sordos, mudos, paralíticos; pero ni todos los asaltados de estos síntomas son demoniacos, ni todos los demoniacos están notados por una de estas enfermedades. Lo que acontece es que en los enfermos delirantes crónicos suelen notarse épocas en que se exacerba su delirio de persecución, de ambición, de cosas religiosas y parecidas manifestaciones de su demencia, casi siempre incurable, pero de causa perfectamente conocida y de progreso regular. Entre los demoniacos evangélicos el uno es loco furioso, el otro epiléptico, éste se arroja al fuego, aquél se encoge hecho un ovillo, y cuando el Salvador les aplica el remedio de su divina virtud aullan echando espumajos por la boca; de donde toman los fariseos pretexto para sembrar malas sospechas haciéndole ministro de Belzebú, especialmente cuando oyen que los mismos demonios dan claras muestras de sí y solemnizan á voces la virtud del Hijo de Dios. [1]

Finalmente el estupor de las gentes que de cerca ven cómo el Señor lanza demonios, [2] la confusión y embarazo de los fariseos que se hallan presentes á tan extrañas escenas, el crédito que á Cristo de ellas resulta, las consecuencias y doctrina que él y sus apóstoles sacan de tales demostraciones, todo esto prueba cuánta novedad causaba aquella manera de proceder en Palestina, cuánto se adelantaba á las creencias populares, y cuán eminente era el poder que tan estupendas operaciones llevaba á cabo. [3] Concedamos que la posesión era admitida por causa de ciertos males físicos de origen desconocido, concedamos que esa opinión descansa-

[1] τίς ἡ διδαχὴ ἡ καινὴ αὕτη, Marc., I, 27.
[2] Matth., VIII, 28.—Ib., IX, 32.—Ib., XII, 22.—Ib., XV, 22.—Luc., VIII, 2.—Marc., I, 23.—Luc., IX, 39.

[1] Matth., VIII. 16; XII, 22.—Marc. III, 11; III, 41; V, 9.—Luc., IV, 34; VIII, 31, XI, 43.
[2] Matth., XII, 23.—Luc., VII, 16; X, 17.—Marc. I, 27.—Act., XIX, 17.
[3] AUGUSTO NICOLAS, *Estudios filosóficos*, t. III, cap. V. § I.—BERGIER, *Diccion.* art. *Demoniaco.*—PERUJO, *Diccionario de ciencias clesiásticas*, art. *Posesión*.

ba en el concepto formulado por los rabinos acerca de los espíritus, concedamos que tan imperfectas nociones eran peculiares á gentes faltas de ciencia bastante para explicar la opresión de la voluntad humana y la esclavitud de la persona; pero usen también de recto discurso los adversarios, y confiesen que los hechos del Evangelio no fueron escritos en la presuposición de tan inexactas creencias, antes al contrario en sus palabras y en sus obras el Salvador y los discípulos pusieron á la pública vergüenza la preocupación del vulgo, la redarguyeron de falsa, la combatieron, la deshicieron, señalaron á la posesión el verdadero significado, representaron al vivo su nativa entidad, y hablaron propiamente de ella con voces ajustadas, que á los oidos de los adversarios suenan sin sombra de razón á creencia popular.

En tercer lugar, también Cristo reformó la práctica de la expulsión diabólica. Solían los judíos tratar la posesión con fórmulas y conjuros, sin salir de medios naturales. Encarece Josefo con grosera y errónea calumnia la habilidad de Rey Salomón en expeler demonios causadores de enfermedades, [1] y le hace autor de ciertos cantos y exorcismos, no sólo para lanzarlos, mas también para exonerar por siempre al hombre de tan fatigosa carga. [2] A renglón seguido refiere que un cierto Eleazar había librado un energúmeno á vista del emperador Vespasiano y de sus tropas, poniéndole en la nariz un anillo con una yerba recetada por Salomón, y repitiendo el nombre del Rey sabio y las fórmulas por él inventadas, y que á estas industrias se debió el salir de aquel hombre el demonio y no volver más á ocuparle. Como dotada de virtud para echar demonios nombra Josefo [3] la yerba *Baaras*, de color de fuego, y la considera de tanta eficacia, que podría acarrear la muerte á no tomarse con los medios mágicos por él prescritos. Añade que los demonios que destierra la raíz *Baaras*, son los espíritus de los hombres malvados. Por estos términos expone el historiador judío las prácticas rabínicas, usadas en tiempo de Jesucristo, con que parece significar que explicaba la expulsión demoniaca por vía natural.

En una leyenda rabínica se cuenta este ejemplo de posesión. Yendo dos rabinos á Roma á negociar la revocación de un edicto imperial promulgado contra los judíos, hicieron por el camino pacto con el demonio *Ben Temalion*, á condición que obrarían con su favor ciertas maravillas. Llegados á Roma el demonio presuroso echó las garras á la hija del emperador. Y puestos en el trance de librarla, con solo repetir: *¡Ben Temalion sal de ahí! Ben Temalion sal de ahí!* la dejaron libre del mal huésped; habilidad que les mereció en retorno parte del tesoro imperial y exención del fulminado decreto. Esto se narra en la dicha leyenda. [1] Las fórmulas usadas por los judíos en sus conjuros consistían comunmente en voces sueltas y sin sentido, acompañadas con cierta cadencia rítmica, como: Baz Baziya, Mas Masiya, Chas Chasiya, Scharlai, Amarlai, [2] á cuya vehemente pronunciación dicen que el genio de la enfermedad ó el demonio se desvanecía por el aire.

En el lanzar Cristo demonios no hacía ostentación de aparato rabínico, ni aplicaba exorcismos, ni yerbas, ni olores, ni bebedizos, ni cantares mágicos; con solo mandar que se arrancasen de aquel hombre y no le inquietasen más, era al punto obedecido, y cesaba la vejatoria posesión; y la palabra que decía no era misteriosa ni mágica, ni insignificante, sino la necesaria para expresar de un modo inteligible el acto de su soberana voluntad. En ningún libro del Talmud leemos que los rabinos ordenaran al demonio que no recuperase en adelante el cuerpo poseido; en ningún caso se muestran los conjuradores enfrenando las violencias del demonio con absoluto imperio. Cuando Cristo envió sus discípulos pertrechados con la potestad de arrojar demonios, no les encomendó que echasen mano de fórmulas, amuletos ni otros preparativos. Y aquel día que no pudieron aliviar á un endemoniado, y fué menester acudir á Cristo para el efecto, cuando le preguntaron que cómo no habían ellos podido, les respondió: *este linaje sólo se lanza con oración y ayuno*. [3] De donde es fácil inferir cuán

[1] *Antiquit.*, lib. VI., cap. VIII.
[2] Ibid., lib. VIII, cap. II.
[3] *De Bello judaico*, lib. VII, cap. VI.

[1] Meilael, 17.
[2] Sabb., 77.
[3] Matth., X, 8; XVII, 21.

diversa era la práctica de los rabinos y la enseñada por los Evangelios en el arrojar demonios.

Lo cual significa que así como el Salvador purificó los errados conceptos que del demonio y su posesión privaban por el vulgo, así también instituyó un nuevo procedimiento, nunca imaginado, que consistía en desposeer Él en persona con su voluntad é imperio al enemigo de todo bien, y en conceder á sus discípulos la facultad de hacer otro tanto en su nombre y autoridad. Lo que en los Hechos Apostólicos leemos, [1] que unos exorcistas rabínicos quisieron curar energúmenos en virtud del Jesús predicado por San Pablo y no pudieron conseguirlo, ántes hubieron de confiar á los pies su vida con espanto de judíos y gentiles, [2] demuestra con evidente argumento que la doctrina y la práctica enseñadas por Cristo y sus apóstoles sobre la posesión demoniaca fueron instituciones nuevas, y no conocidas en el mundo, y fundamento claro de realísima posesión. Y de aquí finalmente se concluye que lejos de reflejarse en los Evangelios las exóticas nociones de las escuelas rabínicas, ó la fealdad de aquellos borrones con que los judíos obscurecieran la pureza de las primitivas enseñanzas, palpita en todas sus páginas sin velos ni rebozos con incomparable viveza el resplandor de la verdad revelada, siempre antigua y siempre nueva, esmaltada con el apacible consuelo y realzada con el indescriptible gozo que en todos despertaba la bondadosa presencia de Cristo nuestro Señor.

ARTÍCULO II.

Pruébase la misma tesis descendiendo á casos particulares.—El endemoniado de Cafarnaum; relación del suceso.—Respuesta á los médicos incrédulos.—El poseso de Gerasa; relación del suceso.—Explícase el punto principal de la objetiva posesión.—No fué caso de demencia ni de neurosis.—Ni otra enfermedad.—Respuesta á Rosenmüller.—Otros adversarios.—El mudo espiritado; prueba de verdadera posesión.

Dicho esto por razones generales, descendamos á casos particulares, con cuya consideración quede más claramente demostrada la tesis que contra los modernos críticos intentamos defender. Primeramente tratando de los endemoniados del Evangelio, inquiere Santo Tomás [3] cuán conveniente era que Cristo ejercitase el poderío contra los demonios arrojándolos de los cuerpos, y da esta sólida razón. Por cuanto los milagros del Salvador eran argumentos de la doctrina que enseñaba, y por virtud de su divinidad había de destronar al demonio y sujetarle á otras y más severas leyes, convenía que entre otras obras librase de los demonios á los posesos, y no convenía que hiciese milagros con los ángeles buenos, porque de ellos y de los hombres había trazado hacer una república santa y una ciudad espiritual y perfecta.

Uno de los primeros milagros hechos por Jesús de vuelta de Galilea fué este. [1] Habiéndose despedido de la incrédula Nazaret y entrado en Cafarnaum, frecuentaba la Sinagoga los sábados, y en ella enseñaba á los judíos la ley del Evangelio sin embarazo, con autoridad y confianza. Presentáronle un endemoniado. Porque durante la predicación de Cristo eran muchos hombres atormentados del mal espíritu, ora porque hubiese prevalecido el imperio de Satanás con la muchedumbre de supersticiones y vicios, ora porque era razón que quien venía á triunfar de su enemigo en batalla decisiva, le hallase en el campo propasado á extremos de violencia. Decía el demonio por la boca de este desgraciado: *Ea! ¿qué tienes tú con nosotros? á perdernos vienes: sabemos que eres el Santo de Dios.* [2] Por qué causa darían los demonios estas voces no consta con toda certeza. Unos dicen que para adular al Señor y lograr que no les echase de los cuerpos, como quienes sabían el gran poder que le asistía; otros, que para averiguar tentando lo que en el desierto no lograron; otros, que el demonio por las obras reconocía al Mesías prometido en los profetas y áun entendía que era Hijo de Dios. [3]

Toda nuestra consideración merece el testimonio de este demoniaco. El que le profiere no es hombre, es demonio como del contexto se saca, y demonio que habla en persona de muchos. No sabemos en qué coyuntura pronunciaría estas tan extrañas voces de esclarecida confesión. A Maldonado [4] le parece que después de intimarle Cristo la orden de abandonar aquel cuerpo humano; pero la presencia

---

1 XIX, 13. 2 Ib., 16, 17.
3 III p. q. XLIV, a. 1.

1 Luc., IV, 33.—Marc., I, 23. 2 Luc., IV, 34.
3 S. Agust. *Quæst. Vet. et Nov. Test.* q. LXVI.
4 In Marc. I, 23.

sola de Cristo, antes de mandarle salir, bastaba para infundir espanto en el ánimo de su enemigo, como dice Salmerón; [1] cuanto más que los discursos pronunciados por Cristo en aquella misma Sinagoga tenían atónitos á los circunstantes por el señorío y potestad que revelaban. Y no es mucho que así como los siervos fugitivos si ven á su amo después de algún tiempo, no se acuerdan sino de suplicarle que no los castigue; así tampoco es de extrañar que los demonios despedazados por el quebranto que la vista del Salvador les causaba, prorumpiesen en forzadas protestas, [2] y dijesen: *¿Quid nobis et tibi, Jesu Nazarene?*

Aquí habla uno por todos, y significa que Cristo había echado bando de exterminio contra las huestes infernales. Porque parafraseadas las expresiones dichas hacen este sentido: ¿Qué mal recibes de nosotros para que nos muevas guerra y tormento? no te molestamos á ti, que eres el Santo de Dios, sino á los hombres que son propiedad nuestra, no levantamos pendón contra tu persona que es santísima, sino contra los pecadores que merecen todo castigo: déjanos en pacífica posesión de nuestra presa, [3] y no turbes nuestros derechos.—En la brevedad de las voces que dijo el endemoniado compendió dos puntos capitales, la doctrina vulgar de los rabinos, y la doctrina de Cristo, la falsa enseñanza al lado de la verdadera. Enseñaban los fariseos, como va dicho, que el demonio es enemigo del hombre y no enemigo de Dios, y los evangelistas reproducen con admirable fidelidad las voces de los judíos, arteramente compuestas por el demonio para tenerlos en su error. Pero al propio tiempo los sagrados escritores consignan de industria las palabras diabólicas que deshacían aquella perversa interpretación, poniendo en boca del demonio esta fundadísima sospecha: *Acaso viniste á perdernos? Bien conozco que eres el Santo de Dios,* no santo como quiera, sino por excelencia, Hijo del Dios verdaderamente Santo.

En esta deposición es de notar cómo los evangelistas dan á las cosas su verdadero peso, y cómo al par que hacen al demonio eco de la preocupación vulgar y fementida, le hacen predicador de la verdad muy á pesar suyo. Y no se arrojaban á eso los demonios adulando ni mintiendo, sino ó conjeturando fundadamente, ó expresando lo que en aquel lugar por experiencia sabian, así como llaman á Cristo *Jesús Nazareno,* porque era el nombre común que las gentes le daban. Confiesan aquí los demonios, ó siquiera significan recelosos, el Mesiazgo de Cristo; y no deben ese conocimiento á voces del pueblo, pues empezaba entonces el Salvador á darse á conocer en Cafarnaum; pero hablan así, dice San Ambrosio, porque la lengua los llevaba á mostrar que le conocían mejor que aquellos hombres, amadores é inventores de novedades. [1] Vengan aquí los racionalistas y protestantes, y nieguen que las expresadas voces envuelvan espíritu de tinieblas, salgan á decirnos que significan enfermedades, gasten papel enseñando que son rasgos de locura, hagan á los evangelistas partidarios de los populares errores. El error popular queda puesto en clara luz, y á un tiempo refutado por la confesión del energúmeno. La coherencia y el hilo de la letra manifiesta que éste no era solamente hombre, por loco que le supongamos, morador tenía consigo, adversario de Dios y del hombre.

Para echarle fuera tres cosas hace el Salvador, le amenaza, le manda callar, le fuerza á salir. [2] *Calla, y salte de ese hombre.* Como si dijera: No culebrees con tus mañas pecho por tierra regalando mis oidos, lo que importa es que levantes la mano de la presa, lo primero y que más me incumbe es hacer pública la debilidad de tu poder. Alaban los demonios á Cristo, y Cristo los desprecia como á traidores. Y luego Strauss nos querrá persuadir con su increible desenvoltura que este evangelio se escribió por traza de los discípulos con el fin de honrar á su Maestro mediante las voces de los demonios: ¿cómo los evangelistas habrían puesto tanto cuidado en notar el ningún caso que hacía Jesús de aquellas voces? Y no replique Strauss que

---

1 *De miraculis,* Tract. X.
2 S. JERÓNIMO, *In Matth.* IX.
3 Sine; quid nobis et tibi? Luc., IV, 34.

1 *Comment.* in Luc., V.
2 Marc., 1, 25. Et erat in synagoga eorum homo in spiritu immundo, et exclamavit dicens: Quid nobis et tibi Jesu Nazarene? venisti perdere nos? Scio qui sis, Sanctus Dei. Et comminatus est ei Jesus, dicens: obmutesce; et exi de homine. Et discerpens eum spiritus immundus et inclamans voce magna exiit ab eo. Et miratis untomnes. Marc., 1, 23—27.

las voces procedían de los imaginados posesos, porque los loores dados á Cristo son atribuidos al propio espíritu inmundo por los evangelistas. Pero en fin, de ningún profeta se lee que con solo abrir los labios lanzase demonios de los cuerpos.

Al oir el poseso la orden arrojóse en tierra, agitóse convulso [1] en medio de la sinagoga y se mordía y despedazaba entre gritos desaforados. La grandeza del prodigio en medio de causar horror en el ánimo de los espectadores, despertó en ellos grandísima admiración y reverencia, y no acabando de entender cómo Jesús sin aparato de ritos y abluciones que solían usar los rabinos, exorcizaba demonios, decían temerosos: *¿Que palabra es esta de tanto poder, que manda á los espíritus, y ellos desamparan los cuerpos?* [2] No así exorcizaban los judíos. Señala Josefo [3] las operaciones penosas que practicaban para quietar á los endemoniados, como arriba se dijo.

Comienza la gritería de los médicos incrédulos: este enfermo era un neuropático. Qué enfermedad tenía, no lo dicen, pero piensan que todo fué juego de imaginación. Pues fuese epilepsia, demencia, histerismo,[4] ello es que á la voz de Cristo el enfermo recuperó el libre ejercicio de sus facultades sin que le quedase dentro la menor resistencia. Y para ponerlo en toda claridad, lo primero que hizo fué entrar en una violenta crisis y dar señales de espantoso acceso; pero en vez de continuar y desbravarse, serenóse, calló, y tornó á su antigua libertad. Esta no es obra de imaginación. Los médicos, como Charcot, describen minuciosamente los pasos que suelen seguir las neurosis cuando llegan á su crisis hasta el perfecto reposo. Aquí por el contrario, el endemoniado en vez de hallar descanso á la voz de Cristo, entra en crisis, y la crisis lejos de seguir su desenvolvimiento natural se para de repente y remata en completa quietud. ¿Qué médico ha logrado una tan súbita mudanza? Aun las accesiones de histerismo, puesto caso que padeciese tal achaque el de Cafarnaum, hácese muy dificultoso reducirlas á perfecto descanso por una impresión moral. [1] Además expliquen los neuropatólogos cómo este hombre, si era epiléptico, aclamó á Cristo por el *Santo* de Dios cuando el Salvador aún no había curado á ningún poseso; cómo Cristo podía mandar á la epilepsia que callase y saliese de aquel hombre; con qué razón dirían los evangelistas que la enfermedad dió voces, obedeció, salió del cuerpo, no volvió. Sin emboscarnos en una interminable logomaquia, fuera de todo punto imposible satisfacer á la sencillez de la letra evangélica. [2]

Detengámonos un poco más. El delirio maniaco exalta todas las facultades, produce incoherencia de conceptos, agitación incesante, inagotable locuacidad; [3] aquí en nuestro caso reina reposado sosiego hasta el violento despojo. La forma *demoniaca*, inventada por Charcot, presenta contorsiones exageradas, retorsión de miembros, actitudes extravagantes, protrusión de la lengua, aspecto horripilante; [4] aquí vemos al poseso en paz y templanza mientras no saque las uñas el enemigo. En el ataque de vesania el enfermo *hace discursos*, profetiza, etc.; [5] aquí se muestra concertado en el habla y agudo en el concepto. A los histéricos el implacable Charcot los espanta con su furibundo semblante y los amenaza con echarlos de la clínica; [6] aquí Cristo sin fiereza ni apreturas manda al demonio que calle y salga. Charcot cura *casi de repente* y *es necesario conocer, Señores,* añade, *la posibilidad de estas curaciones, que todavía se atribuyen á milagros, y de las cuales solamente los charlatanes se vanaglorían;* [7] Cristo nuestro soberano Médico, sin ostentación de altiva habilidad, sin esfuerzo ni resistencia, con imperturbable majestad manda, y ve cumplido al instante su extraño mandamiento.

Ponderen los críticos la voz de espanto

---

1 Luc., IV, 35.—Marc., I, 26.
2 Luc., IV, 36.—Marc., I, 27.
3 *Antiquit*, lib. VI, cap. VIII.
4 «Ciertos accidentes neuropáticos de la histeria pueden depender en su origen de una alteración puramente funcional de la médula; entonces el desorden es aún reparable y á veces muy prontamente. Más tarde, haciéndose el trastorno permanente, se establecen lesiones materiales, y se hacen definitivas é irreparables.» DR. CHARCOT, *El Siglo Médico*, t. XII, p. 329.—«Todo médico puede obtener éxito en la epilepsia, pero con las condiciones siguientes: tener gran perseverancia; administrar una sal brómica muy pura; vigilar los efectos cada ocho días; prolongar la curación durante un año y en el curso del segundo repetirla cada tres meses durante treinta días consecutivos.» DR. LEGRAND DU GAULLE, *El Siglo Médico*, t. XVI, p. 330.

---

1 P. BONNIOT, *Études religieuses*, t. XLIII, p. 29.
2 GLAIRE, *Les livres saints vengés*, 1874, t. III, p. 121.
3 HALLOPEAU, *Pathol. génér.* 1887, p. 628.
4 *Lecciones de las enfermedades del sistema nervioso*, por CHARCOT, 1882.—Apéndice de RICHER, p. 491
5 Ibid., p. 492. 6 Ib., p. 398. 7 Ibid., p. 399.

y de aplauso que dió la muchedumbre en presencia de tan imponente mudanza. Decían hablando unos con otros en tono de extrañeza: *Qué es esto? qué doctrina tan nueva es esta?* [1] —*Qué es esta palabra?*: [2] *con poder y virtud manda á los inmundos espíritus, y ellos le obedecen y salen.* A la verdad, doctrina era y ejercicio de poder, doctrina nueva y manera nueva de ejercitarla. *Nueva la llaman, porque no estaban acostumbrados á ver en escribas y fariseos semejante potestad junta con tal doctrina.* [3] Porque, como dice el Crisóstomo, solían los exorcistas judíos echar demonios no con aquel dominio superior, ni con una palabra; por eso no se maravillaban de ellos las turbas como de Cristo se maravillan. [4] La novedad de las ideas y la novedad de las prácticas los tenía fuera de sí de admiración, no porque en hecho de verdad fuese nueva la doctrina, pero para ellos lo era. No era nueva en sí la doctrina sobre el demonio y la posesión diabólica, vieja era y contenida ya en las primeras páginas del Génesis, profesada por Moisés, seguida por los profetas; pero era nueva, porque renovaba y hacía reflorecer la antigua reparando sus dañosas quiebras, despojaba de su mísera novedad la rabínica enseñanza, y en el remozar la una y en el desflorar la otra mostraba públicamente una autoridad nunca vista. Nuestros contrarios deberían poner atención, y no la ponen, á la novedad que vieron y proclamaron las turbas entusiasmadas.

A un cuarto de legua de la ciudad de Gersa, Kersa, ó Gerasa, ó Gergesa (otros quieren que fuese Gadara) se levanta una loma, cuya escarpada pendiente viene á dar junto al mar de Galilea. Todo aquel paraje está cuajado de cavernas y de sepulturas, muy á propósito para moradas de energúmenos. Porque, conforme á la superstición de los judíos, los espíritus malignos moraban en lugares solitarios y entre cuevas y sepulcros.

De estas cavidades salió un hombre que andaba suelto, y se sentía arrastrado á los desiertos y *á vivir en sepulturas de noche*, y *de día en las eminencias.* [5] El espíritu diabólico se había apoderado de su cuerpo *mucho tiempo hacía*, [1] y le incitaba á rasgarse los vestidos y *así andaba desnudo* viviendo en escampado, y era tan furioso que *todas las sogas, cepos y cadenas rompía*, ni había manera de domarle ni atarle, [2] antes todos huían de él, *ni osaba nadie pasar por aquella soledad.* [3] Todo el día *se ocupaba en vocear y en herirse con piedras.* [4] San Mateo dice que eran dos á cual más fiero é indomable, [5] y esta es la verdad. Pero S. Marcos y S. Lucas hicieron mención de uno solo, ó porque fuese más conocido, [6] ó porque más furioso, [7] ó porque padecía más cruel tormento; el hablar solo de uno, no prueba que fuera único.[8] El citar Maldonado [9] varios Padres en prueba de haber sido uno y no dos, es argumento ineficaz, como á Brancati le pareció. [10]

Había aportado Jesús en aquel país, cuando se le puso delante el energúmeno. Que este hombre lo fuese, no puede ponerse en disputa, pues que el Evangelio lo dice, y las señales son claras. Propio es de los endemoniados ser insuficientes por sí mismos para distinguir entre su conciencia y la influencia diabólica. El hombre cuerdo se diversifica del animal en tener su conciencia moral absoluta señora de sus actos; el demente pierde la conciencia de sí y los hábitos de vicio y virtud, y quédanle en ejercicio las facultades sensitivas con el sistema nervioso extrañamente alterado; el energúmeno siente en sí incorporado un poder que no le es natural y le señorea absolutamente atándole la conciencia moral, no por efecto de enfermedad ni por vicio del organismo, sino por influjo del satánico poder. En esta sujeción del hombre á la jurisdicción del demonio consiste la *posesión*.

En ella, hablando en nuestro caso, descubrimos un conjunto de síntomas, parte satánicos, parte personales. El andar en busca de lugares desiertos y lóbregos provenía de la creencia popular que se figuraba ser propias del demonio semejantes soledades; porque el demonio se acomoda fácilmente á los prejuicios de los hombres y al estilo y educación que recibieron. Las circunstancias notadas por los tres

[1] Marc., I, 27. [3] MALDONADO, in Marc. I, 27.
[2] Luc., IV, 36. [4] Hom. V in Marc.
[5] Luc., VIII, 29.—Marc., V, 5.

[1] Luc., VIII, 27. [2] Luc., VIII, 29.—Marc., V, 4.
[3] Matth., VIII, 28. [4] Marc., V, 5. [5] VIII, 28.
[6] S. AGUSTÍN, *De consensu Evangel.* cap. XXIV.
[7] BEDA, in Marc. V. 9.
[8] PATRIZZI, *De Evangeliis*, lib. II, *Annot.* LXII.
[9] In Matth. VIII, 28. [10] *De Miraculis*, n. 437.

evangelistas, que indican suma violencia, ánimo homicida, indómita pujanza, intento de suicidarse, [1] muestran el grado de *posesión* diabólica, y colocan al Salvador á vista de su más encarnizado enemigo.

Veamos en qué consistió el milagro. No bien hubo el Señor desembarcado y puesto el pie en la ribera, el hombre sintióse tan fuera de sí arrebatado hacia él, que llegó en su presencia al más subido punto de furioso paroxismo. Porque *al verle corrió á él, echóse á sus pies, y á grandes voces decía: ¿Qué tienes tú que ver conmigo, Jesús hijo del Altísimo Dios?* [2] *Has venido antes de tiempo á darnos tormento.* [3] *Ruégote no me atormentes.* [4] Empieza Schleiermacher [5] á exponer este lugar diciendo que el poseso había oído el calificativo de Mesías dado á Jesús por los que le acompañaban; Paulus [6] sostiene que se informó de ellos. Mas, ¿no dice el sagrado texto que nadie osaba arrimarse al hombre á causa de sus violentos desmanes? Olshausen [7] insiste pertinaz en que el hervor y paroxismo del sistema nervioso acrecienta en los demoniacos y sonámbulos la fuerza del presentimiento y causa una lucidez especial, que en nuestro caso dió al hombre vista agudísima para reconocer que Jesús tenía influencia sobre los espíritus. Muy mal ó de ninguna manera se explican las expresiones del texto evangélico por tales vías. El acto de *adoración* [8] hecho por el energúmeno fué obra del hombre y del demonio á la vez, en tal forma, que el demonio protestaba su reverencia, el hombre la manifestaba con acatamiento y con palabras, mezcla de humano y diabólico, según se pinta claramente en la expresión de San Mateo: *tú has venido á darnos tormento antes de tiempo*, en que se contiene la tradición judaica del futuro Mesías, y el horror del tormento que padecía el demonio.

La dualidad púsola más de relieve la pregunta de Cristo. Porque al mandarle se diese á partido y dejase desamparado aquel cuerpo, ofrecióle ocasión de suplicarle que no le impusiese aquella pena; y entonces el Salvador para hacer ostensible el poder de Satanás que señoreaba aquel individuo, *le preguntó*: *¿Cómo te llamas? — Y respondió: Legión, porque somos muchos.* [1] Tres mil infantes componían una legión romana, pero aquí significó el demonio muchedumbre de armados que presidiaban aquella morada, acomodándose así á la creencia de los judíos. *Somos muchos,* añade hablando en nombre de los demonios [2], y da la razón San Lucas [3] *porque muchos demonios habían entrado en él.* Una persona dominada por una legión de espíritus es caso extraño, cualquiera diría que el denominarse legión significaba la fuerza que tenía el hombre para quebrantar cepos y cadenas, si más adelante no nos certificasen los evangelistas que la legión de demonios tomó por asalto y ocupó dos mil animales. No es lícito discurir aquí dificultades contra la pluralidad de moradores que tenían aferrado con sus uñas el cuerpo del geraseno.

Quédanos otra dificultad, la principal en esta historia. Desde el pie de la escarpada loma, que dijimos arriba, hasta el agua del lago corría una estrecha senda, donde se hallaba en pie Jesús con sus discípulos y el hombre endemoniado. El intento de los demonios era hacer asiento en aquella región y no verse forzados á meter las alas en el abismo infernal. *Andaba por el monte una muy grande manada de cerdos,* [4] á gran distancia y esparramados por allí cerca, [5] por las laderas y por las llanuras junto al monte. [6] La tradición judáica trataba por inmundos estos animales, pero no vedaba se criasen y cebasen. Suplicaron los demonios al Salvador que si los había de echar de allí, les diese licencia para entrar en aquella inmensa piara. No se la dió el Señor, ni menos se lo mandó; pero con decir: *andad,* [7] consintió y sufrió y no estorbó que hiciesen lo que pedían.

Despidiéronse del hombre los demonios dejándole totalmente sosegado y libre. ¿Qué juego de imaginación tiene aquí cabida? Ninguno, por cierto. Que un hombre indomable y agitado de mil furias, quede en paz y en su acuerdo, y después de recobrar su total señorío goce de imperturbable sosiego, no es cosa de imaginación; pero que su tranquilidad esté librada en la desapoderada furia de dos mil cerdos,

---

1 Marc., V, 3, 4.—Matth., VIII, 28.—Luc., VIII, 27.
2 Luc., VIII, 28. 3 Matth., VIII, 20.
4 Marc., V, 7.—Luc., VIII, 28.
5 *Uber den Lukas*, p. 127. 6 *Leben Jesu*, I, p. 232.
7 *Bibl. Comment.*, I, 290. 8 Marc., V, 6.

1 Marc., V, 8, 9.—Luc., VIII, 30.
2 Marc., V, 9. 3 VIII, 30.
4 Marc., V, 11.—Matth., VIII, 30.—Luc., VIII, 22.
5 Matth., VIII, 30. 6 Marc., V, 11.
7 Matth., VIII, 32.

no hay imaginación que baste á explicarlo, es cosa sin duda muy positiva. Porque así como Cristo hubo dicho á los demonios: *andad*, arrancaron contra las bestias con tan irresistible ímpetu, que espantadas y fuera de sí se despeñaron pendiente abajo y dieron consigo en el fondo del agua. [1] *Esto permitió el Señor*, dice aquí Salmerón, *no para dar contento á los demonios, sino para mostrar la multitud de demonios que pueden morar en los cuerpos, y así dejar refutado el error de los saduceos que negaban la condición de los demonios, y sólo les concedían facultad para engendrar en el hombre enfermedades.*

Al ver la piara arrojada desastrosamente y ahogada en las aguas, los porqueros llenos de espanto dieron á huir, y llevaron á la ciudad la nueva de tan raro desastre y á sus amos razón de lo acaecido, para que no les hiciesen cargo de la súbita muerte de la manada. Salieron las gentes á informarse de la calamidad, y llegando á Jesús *vieron al hombre* antes endemoniado y fiero, ahora *sentado, vestido y con cabal cordura á los pies del Salvador.* [2] Toda la ciudad acudió á ver á Jesús y le suplicó se fuese á otra provincia.

Esta sencilla exposición avisa qué respuesta merecen los que achacan á demencia el estado del hombre geraseno. Cristo le trató como á poseído del demonio, porque mandó al demonio hiciese suelta del poseso, y dejóle del todo en paz, libre de la horrible vejación, habiendo hablado por los labios del poseso cual hablara si pudiese. Si los demonios causaron tanto infortunio en la piara, ni Cristo se lo ordenó, ni tampoco lo intentó; y si se lo mandara, dueño era y muy bien podía. Todas las cavilaciones de los modernos críticos se estrellan contra este irrecusable dilema: ó la historia tiene que admitirse toda entera, ó ha de rechazarse toda entera; no hay término medio posible. [3]

Objetan los adversarios. Los demoniacos gerasenos eran hombres imbéciles y melancólicos. Cristo les entendió el achaque, y los trató como convenía. Aparentando tener sus delirios por verdadera cordura, preguntóles el nombre de los demonios de que se creían poseídos; mandar á la legión de espíritus que saliesen y se trasladasen á los asquerosos brutos, no fué sino persuadir á aquellos dos hipocondriacos que sus manías pasaban á la manada cerduna: con tal ardid se imaginaron libres.—R. Esa interpretación es ofensiva á la santidad y rectitud de Jesucristo, á quien no es lícito atribuir fingimiento ni travesura en materia tan grave. Si hemos de estar á la letra, el único modo de satisfacer su sentido obvio es admitir la posesión. Véase cómo Tyrrhée, [1] Calmet, [2] Hay, [3] se desembarazan de esta dificultad.

Replican los médicos incrédulos que los dos posesos presentan síntomas de neurosis plenamente indiciada. De poca monta es la objeción. Evidentemente eran dos locos furiosos, no epilépticos ni histéricos. Pero una cosa es el estado patológico, otra el estado de diabólica posesión; el uno es natural, el otro artificial. Cuando el demonio toma por morada el cuerpo de un hombre, obra en él conforme halla constituído su temperamento. [4] Si antes

---

1 Matth., VIII, 32.—Marc., V, 13.—Luc., VIII, 33.
2 Luc., VIII, 35.—Marc., V, 15.
3 ALFREDO EDERSHEIM, *The Life and Times of Jesus, The Messiah*, vol. I, chap. XXV.

---

1 *De demoniacis*, cap. XXIII.
2 *Dissert. de obsidentibus et possid. corp. dæmonibus.*
3 *Doctr. of miracle*, chap. II.
4 «Las causas de la enajenación son materiales, únicas capaces de paralizar el pensamiento ó desordenarlo, pues no se concibe suponer lesiones en el mismo pensamiento, en las facultades ú operaciones propias del alma. Es incomprensible que algunos médicos atribuyan los fenómenos de la locura á otras causas que á las alteraciones en la organización del centro del sistema nervioso, y que hombres, muy eminentes por cierto, hayan querido explicarlos por simples trastornos de facultades psíquicas... Hallan dijo con mucha razón que debe buscarse la causa de las diversas especies de locura únicamente en los cambios que puede experimentar el órgano cerebral; pero se habían de tomar en cuenta hasta las más ligeras alteraciones, que por hoy nos son imperceptibles.» (DR. JUAN BAUTISTA PESET, *Siglo Médico*, t. XV, p. 499.)

No merece esta doctrina la aprobación del Dr. Nieto Serrano. Parécele que «la locura es en su esencia la fluxión patológica de los fenómenos mentales, idiopática ó consentida por la voluntad del individuo, en tales términos, que ha llegado á desaparecer la voluntad propiamente dicha, sustituyéndola una espontaneidad de fenómenos anormales, á los que no resiste ni se opone una espontánea normalidad racional.» (*Siglo Médico*, t. XV, p. 596.)—«Hé aquí cómo el espíritu, en la parte que se da á conocer, está propia y específicamente enfermo en la locura, y el espíritu en lo que se ignora y no aparece, ó sea la necesidad formativa, es el foco de donde dimanan los trastornos intelectuales.» (Ibid., p. 597.) La teoría del Dr. Matías Nieto Serrano, director de *El Siglo Médico*, haría absurda la diabólica posesión, como le sea al demonio imposible poner enfermo al espíritu del hombre.

Entre los desaciertos filosóficos de D. Matías Nieto Serrano podrían citarse los siguientes: «La razón es un orden de pensamientos sobre las cosas del mundo, de sensaciones reconocidas, de conceptos, de juicios y raciocinios, de datos históricos sobre todo linaje de determinaciones pasadas y presentes que se realiza libremente en cada individuo... Tenemos, pues, desde luego que

de la posesión tenía las funciones del sistema nervioso desordenadas, estragadas, ó si estaba predispuesto á crisis nerviosas, ó si había un principio de epilepsia, ó si estaba ya fraguada la enfermedad, cuando arremeta con él su enemigo y le cuente por suyo, *la influencia diabólica hará que los síntomas de la neurosis oculta rompan y se muestren al exterior, y será diversa la demostración según sean diversos los individuos.* [1] Así debe decirse que no por ofrecer algunos posesos síntomas de neurosis determinadas, han de reputarse asaltados meramente de aquella enfermedad, porque siendo natural el estado patológico, y preternatural el de posesión, éste, por la incomparable fuerza del espiritual agente, provoca mayores y más extrañas turbulencias en el sistema nervioso del hombre. Más, como quiera que concediésemos á los adversarios que los síntomas de los maniacos son idénticos á los de los demoniacos, no podían concluir contra la realidad de esta posesion, por cuanto el demonio es poderoso para revolver de tal suerte los aparatos del organismo, que parezcan dementes los que nunca pensaron serlo. [2] Fuera de esto, los posesos de Gerasa eran maniacos misantrópicos, huían del trato de las gentes, daban voces y alaridos espantables; pero también lo quebrantaban todo, hacían trizas las cadenas con que intentaban sujetarlos, ni había quien pudiese domar su fuerza, cosa que requiere esfuerzo sobrehumano; aclaman á Jesús por Hijo de Dios, loa que nunca supieron darle los doctores de la Sinagoga; se lamentaban de que Cristo los atormentase antes de tiempo, queja que presupone conocimiento de cosas ocultas; pedían licencia para alojarse en la piara de dos mil cerdos, licencia que á ningún mortal le pasara por pensamiento, cuanto menos ejecutarla. De todo lo cual, en definitiva, se sigue que el agente que actuaba su energía en los dos posesos no era enfermedad sola, ni manía sola, ni humanidad sola, sino juntamente un espíritu sagacísimo, activísimo, malhechor, desordenado. Otras dificultades que á este pasaje del Evangelio suelen oponer los incrédulos negando su verdad y verosimilitud histórica, pueden verse resueltas, pues no es este su lugar, en Bullet, [1] Glaire, [2] Fillion, [3] Chassay. [4]

No se nos pase por alto la interpretación del racionalista Rosenmüller. [5] El hombre de Gerasa imaginaba ser un mal genio, y habría oído contar que los demonios tenían por habitación el infierno; ruega, pues, á Cristo que no le arroje en aquellos fuegos. Después, creciendo el frenesí, desbócase por los campos, corre los cerdos y los precipita en el lago. El católico Jahn se allega al racionalista, con esta sola diferencia, que cuenta, no uno, sino dos hombres, que ahogaron en el lago á los animales. Dos fueron, en efecto; no está en el número la dificultad. Winer [6] juzga que hostigados por los dos hombres se ahogaron en las ondas muchos cerdos, pero no todos. Hasta aquí llega la crítica de estos intérpretes. Con ser tan leídos dan muestra de nunca haber abierto el Evangelio de San Mateo. *Ellos*, los demonios, *en saliendo se arrojaron á los puercos, y hete aquí que* toda *la manada dió consigo en el mar, y murieron en las aguas.* [7] Y en verdad no se concibe que uno ni dos hombres puedan ahogar dos mil animales, que son tan buenos nadadores. [8] ¿De dónde se sacaría Rosenmüller que el geraseno se

---

todo acto ejecutado sin que el individuo se dé cuenta de lo que hace, tanto que no se graba en su memoria y no necesita olvidarlo porque nunca lo ha aprendido, es un acto de locura ajeno á la libertad moral, y que, por lo tanto, no lleva consigo lo que se llama responsabilidad.» (*El Siglo Médico*, 1882, p. 19.)—Quien quiera enterarse de otros *actos de locura filosófica* del señor marqués, pase la vista por este párrafo: «El primer círculo inmaterial ó metafísico es el fenómeno inmaterial absoluto, el que se ha consignado como sujeto eterno, alma inmortal de cada sujeto en el universo. El segundo círculo es la ley eterna, la generalidad de las almas, Dios-persona universal; y el tercer círculo es la generación divina, la vida inmortal y eterna.» (*Simbolismo geométrico de la vida*, 1895, p. 44.)

[1] P. Bonniot, *Études religieuses*, t. XLIII, p. 31.

[2] «La curación de la locura se efectúa por mecanismos muy diversos: unas veces lentamente, por la vuelta gradual de las facultades y funciones; otras, después de oscilaciones de excitación y de presión intelectual; este último es de pronóstico menos favorable; finalmente, algunos enfermos curan bruscamente, terminación muy rara: ordinariamente los accidentes se van atenuando, y entonces una circunstancia excepcional determina la cura, que puede por otra parte no ser más que una remisión, y no una curación definitiva.» (*El Siglo Médico*, t. XXIV, p. 746.) Esta es doctrina del Dr. Savage.

[1] *Réponses critiques*, t. II, p. 398.

[2] *Introduction historique*, t. IV, p. 364.—*Les livres saints vengés*, t. III, 1874, p. 313.

[3] *Comment. sur S. Matthieu*, chap. VIII.

[4] *Jésus, lumière du monde*, chap VII, t. II.

[5] *Scholia in Matth.*, VIII.

[6] *Dictionnaire de la Bible*, art. *Desessene*.

[7] VIII, 32.

[8] El mar de Galilea está situado á 230 metros bajo el nivel del Mediterráneo; tiene forma oval irregular: el río Jordán le atraviesa de parte á parte: de largo mide cinco leguas, de ancho dos, de profundo 55 metros.

figuró ser un mal genio? A estos extremos llegan los doctos por andar tan casados con sus preocupaciones.

Ya que de ellos hablamos, razón será estampemos aquí las varias exposiciones que muchos han dado sobre el lance de los inmundos animales. Este rebaño de cerda los trae desatinados. Stendel [1] y Winer [2] dicen que quien se arrojó á los brutos fué el hombre, acosado de su monomanía; Weisse [3] y Kaiser [4] tienen por más conveniente que la enfermedad del demoniaco se traspasase á los animales; Krug [5] inventa un huracán que ahogó la piara, y Cristo sugirió al demoniaco que los demonios los habían precipitado; Neander [6] prefiere atribuir el desastre de los cerdos á causa desconocida; Schmidt [7] halla que los cerdos cayeron en el lago al llegar Jesús, por casualidad, infortunio que después se atribuyó á los demonios; Olshausen [8] opina que no entraron los demonios en los animales, sino que los malos espíritus influyeron en sus organismos, y por influencia externa lanzaron á más de dos mil en el piélago; lo mismo viene á enseñar De Pressensé, y añade: *Que los demonios entraron, así al pie de la letra, en los cuerpos de los cerdos, es imposible admitirlo; una inteligencia desarrollada no puede encarcelarse en un organismo de inferior calidad.* [9]

A todas estas exposiciones no hay otra respuesta sino la letra de los evangelistas. San Lucas y San Marcos dicen terminantemente que los demonios, así como habían salido del cuerpo del hombre, entraron en los de los cerdos ἐξελθόντες —εἰσελθόντες. *Entrar en los puercos, ó nada quiere decir, ó significa que los espíritus infernales se pusieron con los puercos en la misma relación que habían tenido con el demoniaco.* [10] — *En las telas de araña de la dialéctica berlinesa, una mosca escaparía de la muerte, cuanto más Dios*, decía Heine, poeta célebre nada sospechoso. [11]

[1] *Glaubenslehre*, 175. [2] *Bibl. Realw.*, I, 192.
[3] *Die evangel. Gesch.*, I, 497.
[4] *System des Tellurismus*, II, 72.
[5] *Mém. sur l'explic. des miracles*, *Heukés Museum.*
[6] *Leben Jesu.* [7] *Exeg. Beitræge*, II, 109.
[8] *Bibl. Comm.*, I, 292.
[9] *Jésus-Crist.*, 1884, p. 465.
[10] CHASSAY, *Jésus lumière du monde*, t. II, chap. VII, p. 141. [11] *Revue des deux Mondes*, 15 sept. 1854.

Después que hubo el Salvador dado vista á los dos ciegos de que habla San Mateo, [1] presentósele un hombre mudo que tenía demonio. Que fuese mudo por arte diabólica no consta, si bien algunos intérpretes lo dan por probable, porque echado el demonio, habló el mudo, [2] y así le pareció á San Crisóstomo. [3] Expelido el demonio, *las gentes asombradas decían: Nunca se vió en Israél cosa tal.* [4] Y es verdad, que en todo el Viejo Testamento no leemos ningún caso de exorcismo, dado que otros famosísimos milagros hicieron Elías y Eliseo, como en su lugar se dijo.

Es muy de observar que este poseso era un hombre que no daba nuevas de sí y pasaba la vida en absoluto mutismo. No sabemos por el Evangelio de qué le proviniese la mudez. Lo que consta es la sinrazón de los críticos, que como Winer y Jahn, no cesan de ponderar que todas las posesiones evangélicas se reducen á casos de manía y de epilepsia. Si fué ésta efecto nervioso, no se hubiera curado al instante. La afasia es un accidente común en el curso de la histeria. El Doctor Dechamps refiere la afasia de una señora de treinta y cinco años que le duró ocho, y con duchas se curó: sería afasia histérica, como le pareció al Dr. Rechler, y no es mucho la curase la hidroterapia. [5] De otro caso nos consta ciertamente, verificado en una anciana, que á los cuarenta y cuatro años de mudez recobró el habla por impresión violenta.

Otra circunstancia merece ser considerada. Los fariseos no ponen duda en la realidad de la posesión; lo único que hacen es tratar contumeliosamente la autoridad de Cristo acusándole de tener comercio con Belzebú. No se les caía de la boca esta censura, ni hay cargo más repetido que el de blasfemo contra Dios, porque lanzaba demonios, ni hay tampoco refutación más acabada que la de Cristo contra tan inicua falsedad. Aquí la narración no puede ser más breve, ni la defensa más compendiosa y eficaz. Las turbas alzan por Cristo la voz á vista de novedad nunca oída. Más juicioso fué el pueblo que sus doctores. No tenían atención los muy descorteses, á que quien obra por instinto diabólico es imposible obre el bien como Cristo le obraba, ni dé gloria á Dios, como Cristo se

[1] IX, 32. [2] SALMERÓN, *De miraculis*, tract. XVII.
[3] *Hom. XXXIII in Matth.* [4] Matth., IX, 33.
[5] *El Siglo Médico*, t. XL, p. 44.

la daba; mas ellos, que tenían del demonio doctrinas muy erradas, todo el punto de su honra ponían en tiznar el buen nombre del que se las enseñaba sanas y divinas, llegando á lo sumo del atrevimiento, que fué torcer á trato y amistad del demonio las obras santas de Dios. No les dió respuesta el Salvador, reservándola para ocasión más oportuna, como luego se verá.

ARTÍCULO III.

El ciego y mudo: relación del suceso.—La contienda entre Cristo y los fariseos demuestra la posesión.—La hija de la Cananea: relación del suceso.—Carácter diabólico de esta posesión.—El niño lunático: relación del suceso.—Diferencia entre lunático y demoniaco.—Pruébase la objetiva posesión en este caso.—Casos de epilepsia.—Respuesta á Weisse y á Strauss.—La mujer encorvada: relación del suceso.—Casos de escoliosis.—Razones de real posesión.—Incurabilidad de las contracturas.

Un día le presentaron otro hombre ciego y mudo, poseído del demonio, [1] y al punto enmendó su mal, de forma que hablaba y veía. *Maravillada la turba decía: ¿Es este el hijo de David? Pero los fariseos que lo oyeron clamaban por el contrario: Por obra del príncipe de los demonios echa éste demonios.* [2] La envidia hacía rabiar á sus émulos sugiriéndoles alevosas contumelias. Toma el Salvador la mano y deshace la falsedad de la calumnia, demostrándoles cómo es imposible que los demonios se arrojen unos á otros de sus propias moradas, que si *satanás echa á satanás, entra en su reino la división y dará en tierra con él.* [3] Y hablándoles muy al pensamiento [4] les declaró cómo Él era el fuerte armado que venía á debelar al dueño de la casa, á quitarle de las garras la presa, y á sujetarle con la fuerza de su brazo. Y dábales esta por señal de ser Él el Mesías: *si yo arrojo demonios*, no por virtud del Belzebú, sino *por el espíritu de Dios, es indubitable que ha venido á vosotros el reino de Dios.* [5] El demonio había llevado cetro y corona en Israél durante el cautiverio de Babilonia, llenado templos, corrompido costumbres y depravado con idolatría la religión revelada. Vuelto á la Judea, donde antes dominara, vióla si algún tanto purificada, libre de dioses falsos y de la pagana inmundicia, pero envuelta en supersticiones y muy pagada de su limpieza exterior y legal. Entendía Lucifer cuán fácil cosa era salir con el triunfo estableciendo en Israél su domicilio, y ejercer allí su imperio con absoluta tiranía. [1] Debajo de símbolos y enigmas respondió el Salvador á la malicia de los fariseos, [2] y con su respuesta les cerró la boca, no sin anunciarles el cúmulo de calamidades que amenazaban á la generación pésima [3] de aquel tiempo. No por eso los movió ni persuadió, pero hízoles que viesen cómo Él era el aguerrido campeón que sojuzgaba á los enemigos de Dios y del hombre con incontrastable pujanza.

Deteniendo la consideración en esta contienda de Cristo con los fariseos, no es dudable que á cada milagro que veían se les erizaban los cabellos y se les helaba el alma de espanto. Un hecho tan público aplaudido por la muchedumbre de espectadores cerraba la puerta á toda ambigüedad, ni era posible poner en disputa su histórica verdad; mas ellos ya que no tergiversasen el hecho milagroso, desopinaban lo milagroso del hecho, y hacían cargo al Señor de lanzar demonios no con divina potestad, sino por virtud del Príncipe de los demonios. Los judíos del siglo V de la era cristiana, como arriba se apuntó, en el Talmud segundo que en Babilonia escribieron, narran que Jesús fué un día á Jerusalén, y por arte mágica logró penetrar en el Sancta Sanctorum del Templo, robó el nombre inefable de Jehová, escribióle en un pergamino, abrióse las carnes pronunciando antes el nombre venerable para excusar el dolor, ocultó en la herida el pergamino, y pronunciando otra vez el nombre de Dios se cicatrizó la herida. Salióse después de Jerusalén, descubrióse la cicatriz, sacó el pergamino, grabó muy despacio en su memoria el nombre inefable de Dios, y con el favor de tan sacrosanto nombre hízose capaz de secretísimas cosas con que empezó á obrar milagros; gracia que debió al arte diabólico de que había usado para introducirse sin ser sentido en el santo lugar. Esta patraña, que en otro lugar hemos visto escrita por los antiguos rabinos, no se les ha caido de la boca á los modernos. Mas los fariseos contemporáneos de Cristo no atreviéndose á sacar al público una tan desaforada malicia, se contentaban con derramar la fama general de que tenía hecho pacto con el demonio.

Importa aquí notar que los fariseos

---

1 Matth., XII, 22.
2 Ibid., XII, 24.
3 Ibid., XII, 26.
4 Ibid., XII, 25.
5 Ibid., XII, 28.

1 Fouard, *La vie de Jésus-Christ*. t. II, p. 106, 1880.
2 Ibid., XII, 43.—45.
3 Ibid., XII, 45.

en ninguna ocasión trataban á Cristo de endemoniado sino sólo cuando lanzaba demonios. Imaginaban que en las huestes infernales había tres cabezas de primer orden, Sammael, Beelzebul, Asmodeo, que batallaban contra los arcángeles Rafaél, Gabriel y Miguel; y dieron en pensar que Cristo se valía del favor de Belzebú para guerrear contra los otros príncipes de los demonios. Cuando hacía otros milagros nunca se les fué la lengua á censurarle de profesar amistad con el demonio, antes leemos en San Juan [1] que como muchos judíos le oyesen doctrina levantada y les pareciese que solo el demonio se la podía sugerir, otros más avisados enfrenaron su descortesía con esta razón: *las palabras que dice no son de hombre poseido del demonio; porque ningún demonio puede curar los ojos de los ciegos*. Mas lo que no osaron los fariseos, lo llevaron á efecto los rabinos posteriores, acusando á Cristo de haber hecho milagros en común por arte de Lucifer. Celso [2] Porfirio. [3] Hierocles, [4] Juliano, [5] Volusiano, [6] Apolonio filósofo [7] á la calumnia de los fariseos añadieron esta otra esparciendo el rumor de que Cristo había hecho *todos* sus milagros por arte de Satanás, contra el parecer de los fariseos contemporáneos de Cristo.

En la respuesta del Salvador y en el razonamiento que con esta ocasión les hizo, enciérrase la verdadera enseñanza sobre el demonio que ellos habían supersticiosamente corrompido. La observancia de la ley y la fundación del reino mesiánico temporal y glorioso, eran los dos puntos capitales de las creencias farisáicas. La observancia de la ley la entendían material y minuciosa conforme al literal sonido de las prácticas legales; el reino del Mesías era para ellos un porvenir de gloria y poder, que había de hacerlos exentos del yugo romano y de las temporales miserias. A estos dos principios contrapone el Salvador la vida de la fe que se marca con obras santas nacidas de espíritu interior, y el reino del espíritu que avasalla las depravadas pasiones, reino espiritual, sobrenatural y eterno. Y pues el reino de Dios tiene en el demonio un adversario terrible, señal cierta será de haber llegado el reino de Dios si comienza el demonio á ver por el suelo sus banderas y quebrantada su soberbia cerviz. Este preclaro triunfo ponía Cristo delante á los fariseos [1] en su razonamiento, y con él argüíalos de falsos acusadores.

Yo no arrojo demonios en nombre de Belzebú, sino en nombre de Dios: tal era su proposición. Ellos le concedían poder sobrehumano; Cristo no pasaba por ello, pruébales que no le asistía poder sobrehumano, sino que debían concederle poder divino, *in digito Dei*, [2] *in spiritu Dei*, [3] privilegio muy propio suyo arraigado en su Persona, y tal y de tanta majestad, que arrancaba al fuerte armado de entre los dientes la presa, le desposeía de su casa y le ataba y rendía á su soberana jurisdicción. Ni era posible le valiese el poder diabólico para quitar al demonio á fuerza de armas los despojos, porque fuera venir abajo por sí mismo el poderío de Lucifer. *Y si yo*, añadía, *expelo demonios por arte de Belzebú, vuestros hijos con qué virtud los expelen?* Según la interpretación dada por los Santos Hilario, Jerónimo, Crisóstomo á este lugar, los que llama Cristo *vuestros hijos* son los apóstoles, que eran tenidos en concepto de rudos y sencillos, y menospreciados por los doctores rabinos, y con todo sin pasar por magos despojaban de la posesión á los demonios, como era pública voz y fama según el poder que del Salvador tenían. El argumento no podía ser más concluyente. Otros, como el Doctor Allioli, [4] opinan que había judíos exorcistas conjuradores de los demonios por invocación del nombre de Dios; en este supuesto también tenía fuerza la dialéctica de Cristo. Otros en fin, como el Doctor Sepp, [5] juzgan que los exorcistas judíos, citados por Josefo, [6] eran unos embaucadores que traían engañado al pueblo con embustes, y con ser tan malos lograban toda su confianza. Muy fuerte era la razón de Cristo, en esta opinión, porque apretaba con ella á los judíos dándoles á entender que más endiablados eran ellos y sus exorcistas cuando se jactaban de arrojar demonios por arte re-

[1] X, 21. [2] ORÍGENES, *Contra Celsum*, lib. II, 14.
[3] San JERÓNIMO., *Contra Vigil.*
[4] EUSEBIO, *Contra Hierocl.*
[5] SAN CIRILO ALEJANDRINO., *Contra Julian.* lib. VI.
[6] SAN AGUSTIN., *Contra Volus.*
[7] *Consultatio Zacchæi et Apollon.*

[1] Matth., XII, 28.—Luc. XI. [2] Luc., XI, 20.
[3] Matth., XII, 28 [4] *Coment. sobre San Mateo.*
[5] *Evangelien Harmonie.*
[6] *Antiquit.* lib. VIII, cap. II.

cibida de Salomón, [1] y sin embargo no guardaban la ley de Moisés ni honraban á Dios como Él le honraba. [2]

La argumentación de Cristo manifiesta muy á las claras, que el reino de Satanás, contrario al reino de Dios, no es solamente el reino del pecado y del mal moral, sino también del mal físico en cuanto efecto, símbolo, castigo, allegado suyo. De esta manera, según la doctrina de Cristo, no es Satanás mero causador de males morales, lo es también de males físicos y corpóreos; ni es solo instigador de los que pecan, es además tirano de los que padecen, especialmente achaques no procurados ni comunes quier mentales, quier corporales. En este predicamento tenía Cristo al demonio en sus reyertas con los fariseos, contemplábale causador de males físicos y no precisamente autor del mal moral. De ninguna expresión suya es manifiesto que hiciese entrar los demoniacos en la cuenta de los hombres malvados; ni todos los pecadores contaba él por endemoniados, ni todos los endemoniados por pecadores. A ciegas combaten los críticos, que toman por fundamento de la demoniaca posesión la moral pravedad ó la fantasía supersticiosa. El fundamento por Cristo asentado era el mal físico y real inducido por el demonio en los cuerpos humanos, fuese demencia, epilepsia, mudez, ceguera, contracción muscular, ó cualquiera otra enfermedad tan real á la sazón como las que en el día se tratan. Mas en todo caso la posesión era, en concepto de Cristo, tan verdadera como las vejaciones por ella causadas, y tan diferente de las vejaciones cuanto puede serlo del efecto la causa, y por consiguiente no representaba creencia vulgar, ni manera de decir, ni teoría inventada para simbolizar síndromos que hoy conocemos mejor.

De aquí se saca un argumento incontestable contra los adversarios de las posesiones evangélicas. La del ciego y mudo contenía en sí una objetiva realidad evidentísima. Los fariseos la reconocían, y haciendo de los esforzados fundaban en ella el pretexto de zaherir al Salvador; Él en la misma realidad apoyaba la defensa de su poder celestial contra los cargos de los fariseos, de suerte que la argumentación de Cristo y el silencio de sus enemigos son bultos de sombras enigmáticas, si los racionalistas se obstinan en negar á la posesión su histórica realidad.

No clamen: el sordo-mudo no era tal porque hubiese perdido la vista ó el oído, sino por causa interior desconocida, ni opongan que el mutismo y la sordera eran efectos de lesión cerebral.—R. Eso es hablar al aire. Los accesos epilépticos, por ejemplo, pueden originar sordera y mudez, mas no determinan un estado permanente; y su efecto ordinario no es la sordera y mudez duraderas, como en el hombre del Evangelio. [1]

Aquí finalmente queda redargüida la opinión de los que oponen, que la voz *diablo* no se emplea una sola vez en las posesiones evangélicas. [2] La razón de Cristo carecería de fuerza si demonio, diablo, satanás no significasen una misma cosa. Fuera de que se llaman endemoniados los *oprimidos por el diablo*, [3] y éstos se dice que eran poseídos, vejados y acosados; se pone diferencia radical entre ellos y los enfermos, y si se llaman curados y sanados es en sentido de libertados, como lo convence todo el contexto. No hizo Cristo á los errores del vulgo tan indigna concesión, que redundaría en descrédito de su infinita sabiduría. Vanamente discurren lo contrario Céllerier, [4] Jahn, [5] Lecanu, [6] como si este fuera solo error de historia natural y no error de doctrina sagrada.

Por las tierras de Tiro y de Sidón y por toda la Siria corría la fama del profeta que llenaba de sus maravillas la región de la Judea. Caminaba Jesús hacia aquellas partes, [7] cuando á su encuentro salió una mujer gentíl que vivía en una provincia de Siria, descendiente de la prosapia de Canaan, griega de lengua y costumbres. *Tenía una hija poseída del demonio que la afligía y maltrataba. La madre suplicaba al Señor* que tuviese por bien de *librar á su hija de aquella vejación*. [8] *No le quiso Cristo responder palabra: y los discípulos,*

1 JOSEFO., *Antiquit.* lib. VIII, cap. II — Act. XIX, 13.
2 WOUTERS., *Quæst. in nov. Testam.* cap. XVI, q. 1.

1 JÉHAN, *Dictionnaire apologétique*, 1885, art. *Possession*, § IV.
2 LECANU, *Dictionnaire des miracles*, art. *Démoniaques*, p. 576.
3 Act., X, 38. 4 *Manuel d' herméneutique*, p. 335
5 *Archæologia biblica*, § 196. 6 *Loco cit.*, p. 577
7 Matth., XV, 21.—Marc., VII, 26.
8 Matth., XV, 22.—Marc., VII, 25.

viendo que la mujer los seguía, *le decían: despídela, que clama en pos de nosotros. Respóndeles el Salvador: yo he sido enviado tan solamente á las ovejas perdidas de la casa de Israél.*

En esto entróse el Señor en una casa; penetrando ella también sin darse por vencida, *se echó á los pies de Cristo, le adoró y le rogaba que arrojase del cuerpo de su hija al demonio, diciendo: Señor, socorredme.* Ni sus lágrimas ni su humildad movieron las entrañas de Cristo, quien gravemente *respondió: Deja que primero se harten los hijos; no es bueno quitar el pan de los hijos y darle á los perros.* [1] *Ella replicó: Sí, Señor, que también los cachorrillos comen las migajas que caen de la mesa de los amos.* Al oir esto Jesús, no sufrió su corazón ver malograda tal fineza de humildad, y no limitando con la mujer sus favores le dijo: *Oh mujer, grande es tu fe, hágase lo que quieres: por esta palabra que has dicho, vete, que el demonio ha salido de tu hija. Y vuelta á su casa halló á su hija en la cama, libre* de la posesión diabólica: *y desde aquel punto quedó del todo curada.*

Incierta cosa es qué síntomas contrastasen esta posesión: lo callan los evangelistas. Pero que fuese verdadera y real es tan cierto, como que San Marcos [2] lo repite tres veces, y San Mateo [3] lo declara poniendo en labios de la mujer aquella voz δαιμονίζεται (*a dæmonio vexatur*). Dice el Padre Salmeron [4] que en su tiempo los flamantes intérpretes (que serían los protestantes) traducían esta palabra así: *vejada por furia; lo cual es,* añade el doctísimo expositor, *convertir en movimiento natural el que es sobrenatural.* El Salvador no acudió á ver la hija endemoniada, pero en ausencia notificó á su madre que estaba ya libre del demonio, como fué la verdad, y como de igual manera había Cristo concedido al Centurión y al noble de Caná la gracia que deseaban. En el ejemplo de esta mujer ostenta el Salvador que su religión es universal, aunque ceñida por entonces á los judíos; la excepción confirma la regla. Tenía trazado extender su doctrina y hacerla católica principiando por Palestina, primer centro de operaciones apostólicas; toda la rodeó, pasando de una tierra á otra, con tantas demostraciones de poder, que su fama había penetrado hasta la Siria [1] cuando esta madre siro-fenicia se acercó á pedirle á grandes voces la salud de su hija.

La escuela naturalista [2] descubre en nuestra enferma una histérica ó cataléptica de fácil curación, ó sino un caso de magnetismo animal. [3] Cuanto al magnetismo, el Dr. Strauss hace resistencia con gran porfía, asegurando ser imposible hallar solución que satisfaga y explique la curación instantánea de personas puestas muy lejos del operante. [4] A la escuela naturalista toca demostrar con argumentos no la posibilidad, sino la verdad en el caso presente, de la hipótesis que introducen.

El día que se siguió á la Transfiguración, bajando del monte con sus tres apóstoles vió Cristo á los otros discípulos rodeados de gentío, y que los escribas altercaban con ellos por la mala traza que habían usado. *Así que el pueblo divisó al Salvador, se espantó, y temeroso corrió á saludarle.* [5] En esto *llegóse á él un hombre del pueblo, y postrado delante de él, con gran voz le dijo: Señor, Maestro, ten misericordia de un hijo único que tengo lunático;* el espíritu mudo le arrebata y derriba en tierra, y le hace echar espuma por la boca, y dar diente con diente, y le pasma, y le deja casi despedazado, y unas veces le arroja en el fuego y no pocas en los pozos y ríos. Rogué, Señor, á tus discípulos que le sanasen, y no han podido. [6]

Jesús tendió la vista por la muchedumbre que cercaba al hombre, y contemplando á los escribas enemigos, al pueblo curioso, á los apóstoles faltos de fe, con amarga queja dijo: *¡Oh generación incrédula y perversa! ¿cuánto tiempo tengo de estar entre vosotros? ¿y cuánto tiempo os tengo de sufrir?* Aunque podía curar al lunático ausente, para que á todos constase la gravedad del mal, vuelto al padre *mandó que se le trajesen. Y en viéndole el* mal *espíritu le atormentó y revolcó por el suelo, echando espumarajos* el miserable: *¿De cuándo acá padece este accidente?* pre-

---

1 Matth., XV, 26.—Marc., VII, 27.
2 VII, 26, 29, 30.
3 XV, 22.
4 *De miraculis*, tract. XXIX.

1 Matth., IV, 24.
2 MARNISE, *Merveilles evangéliques*, chap. XXIV.
3 OLSHAUSEN, *Bibl. Comm*, I, p. 264.
4 *Vie de Jésus*. II, chap. IX.
5 Marc., IX, 14.—Luc., IX, 37.
6 Luc., IX, 39.—Matth., XVII, 14.—Marc., IX, 17.

gunta el Salvador.—*De pequeño,* dijo el padre: *y hartas veces le arrojó al fuego y al agua para perderle. Si puedes, ayúdanos y compadécete de nosotros. A quien Jesús respondió: Si puedes tú creer, todas las cosas son posibles al que cree.* [1]—*Creo, Señor, exclamó el padre, ayuda mi incredulidad.*

Como tuviese Cristo atención al concurso de gente, amenazó al espíritu inmundo y le reprendió ásperamente diciendo: Espíritu sordo y mudo, yo te lo mando, sal de ahí, y nunca más vuelvas á entrar en ese cuerpo. El demonio salió dando gritos y atormentando mucho al mozo, dejándole como muerto, de suerte que muchos decían: muerto está. Dióle Cristo la mano, levantóle bueno y fuerte, entrególe á su padre y quedaron todos atónitos y espantados de la grandeza de Dios. [2]

Llamó *lunático* al mozo su padre, como solían llamar los judíos á los energúmenos que de vez en cuando experimentaban los efectos del mal espíritu. Los ataques convulsivos que á este mozo á sus tiempos maltrataban, no venían de causa natural, y aunque desde la niñez padecía aquella vejación exterior, por justos secretos de Dios, pensó su padre que Cristo tendría poder para remedio de un mal tan inveterado. Y no le hallaron los apóstoles por falta de fe, porque al que se da poder para echar demonios, es á condición que crea que Dios puede, y confíe que Dios lo querrá hacer, lo cual explicaba Cristo con aquel lenguaje hiperbólico familiar á los judíos, que quien tiene fe diría á un monte, hazte allá, y el monte pasaría al otro lado. [3]

Lo que más hace al caso es mostrar la realidad de la posesión diabólica en este mozo. Escandalízanse los críticos porque leen que era lunático: y *enfermedades lunáticas,* dice Littré, *son aquellas que el vulgo creía relacionadas con las fases de la luna; y llamaba lunáticos á los maltratados de tal enfermedad. Los latinos daban á los epilépticos el nombre de* lunatici, *y los griegos de* σεληνιακοί. [4] La opinión que aquí menciona y censura Littré es la de los médicos de antaño, pasada á la esfera del bajo pueblo. Orígenes, comentando el pasaje del lunático de que tratamos, é inquiriendo por qué causa este muchacho fué dicho lunático, trae el parecer de los médicos de su tiempo, *que tienen por averiguado,* dice, *no haber aquí lugar á espíritu impuro, sino sólo á enfermedad corporal, y de sus experiencias fisiológicas deducen que por cierta simpatía con la luz lunar que es de condición húmeda, se revuelven los humores de la cabeza.* [1] Ya en tiempo de Orígenes los médicos buscaban en la luna la causa de los síntomas del niño que nos ocupa, y los tenían por de origen natural. Convencía Orígenes sus razones con poderosos argumentos, porque referían á los astros las enfermedades en común, y se esforzaba en demostrar que la del niño lunático no era natural, sino provocada por el demonio.—San Crisóstomo nos da la clave de este enigma. *No te extrañes,* dice, *que se nombre lunático, que es voz empleada por el padre del mozo. Por lo demás, el mismo evangelista dice en otra parte* [2] *que fueron curados muchos lunáticos, y los apoda así por la común costumbre del pueblo, que piensa que los demonios acometen y sueltan á los hombres según las mudanzas de la luna. Esta falsa opinión ha prevalecido entre muchos, y de ninguna manera es cierta.* [3]—Allégase San Jerónimo que dice así: *No eran verdaderos lunáticos, sino tenidos por tales.* [4] De las autoridades de estas tres lumbreras escriturarias saquemos que la voz *lunático,* usada en los Evangelios, es voz popular y no aplicada por los evangelistas á sentido determinado. Y por eso el padre del paciente representa á Cristo que su hijo *tiene lunas* σεληνιάζεται *y lo pasa mal,* queriendo decir que padecía por intervalos graves molestias; y al especificarlas añade: *porque unas veces cae en el fuego, y muchas otras en el agua.* [5] Pero cuando San Mateo toma la mano y declara sus pensamientos, no le apellida *lunático, sino endemoniado;* [6] y San Marcos [7] y San Lucas [8] cercenan de su relato aquella dicción vulgar, y señalan abiertamente verdadera posesión.

Debemos, pues, concluir que el adjetivo *lunático* no es indicio de posesión

---

1 Marc., IX, 19. 2 Marc., IX, 24.—Luc., IX, 43.
3 Matth., XVII, 19.—Luc., XVII, 6
4 *Dictionnaire de Médecine:* art. *Lunatique.*

---

1 μηδὲ ἀκαθάρτον πνεῦμα εἶναι νομίζοντες κατὰ τὸν τόπον, ἀλλὰ σωματικὸν σύμπτωμα, καὶ φυσιολογοῦντες τὰ ὑγρὰ λεγέτωσαν κινεῖσθαι τὰ ἐν τῇ κεφαλῇ κατα τίνα συμπάθειαν τὴν πρὸς τὸ σεληνιακὸν φῶς, ὑγρὰν ἔχον φύσιν.
2 Matth., IV, 24. 3 Hom., LVIII, in Matth.
4 Non vere lunaticos, sed qui putabantur lunatici.—In Matth., IV.
5 Matt., XVII, 15. 7 IX, 16, 24.
6 XVII, 18. 8 IX, 42.

diabólica, sin que por eso pueda inferirse que debajo de ese vocablo común no se esconda, en nuestro caso, otro sentido particular. El P. Salmeron [1] por no poner en esto atención, escribió que los lunáticos evangélicos eran afligidos á tiempos por el demonio, y los demoniacos en todo tiempo, si bien todos eran arrepticios y posesos. En ninguna buena razón se funda esa diferencia.

Con más acierto discurrieron otros, [2] asentando que el Evangelio da nombre de lunáticos á los epilépticos graves y confirmados. Según estos autores nuestro niño era epiléptico, y de su enfermedad tomaba ocasión el demonio para darle más tormento y agravar más la dolencia. Que fuese epiléptico lo deponen los síntomas notados por los evangelistas con gran esmero y puntualidad. Los ataques epilépticos tienen cuatro tiempos. En el primero acomete el mal súbitamente y derriba al sujeto donde quiera que esté; como herido de rayo cae en el fuego, en el agua, perdido el conocimiento y el color del semblante. En cayendo da un grito; [3] queda inmóvil en el suelo, insensible, rígido, sin respiración, de color lívido; [4] pasado el tetanismo suceden convulsiones clónicas y sacudimientos en los párpados, cara, mandíbula hasta romperse á veces los dientes, ó cortarse la lengua, ó fracturarse un hueso; entre medias la boca vierte espuma y los ojos por el estrabismo quedan en blanco. [5] Finalmente á la convulsión clónica síguese temblor ligero, estertor, hasta que poco á poco vuelve en sí el paciente y cobra valor, conocimiento y sentidos, como antes tenía, pero con torpeza y hebetud. Estos son los pasos que recorre la epilepsia. Los paroxismos si son frecuentes llegan tal vez á congojas mortales, y en algunos muy intensos es inevitable la muerte.

Los experimentados por el mozo del Evangelio eran frecuentes, y denotan verdadera epilepsia, neurosis terrible, de las más desaforadas que trata la medicina. ¿Sería la llamada *epilepsia precursiva*, propia de la infancia y juventud, con lesión anatómica de los órganos encéfalicos, aunque á veces también exista sin lesión orgánica apreciable en los centros nerviosos? ¿ó sería *epilepsia parcial*, ocasionada por un tumor ó traumatismo en el cerebro? Es muy posible que le naciese de lesión local, de alteración de tejidos, y no fuese mera neuropatía: cierto que no procedía de la pubertad. Cómo se conocerá si la epilepsia es enfermedad orgánica ó funcional, pregunta el Doctor E. Castelo y Serra: *Por desgracia esta importante cuestión*, responde, *lejos de hallarse resuelta, apenas se ha fijado, á pesar del mucho interés que tendría su dilucidación.* [1] Por otra parte, que nuestro muchacho tuviese por verdugo al mal espíritu, tampoco se puede negar. El Salvador al curarle apostrofa al espíritu, y le llama espíritu sordo y mudo,[2] y no se lo dice al niño sino al espíritu inmundo; [3] el demonio al levantar la mano de la presa atruena con desentonadas voces, y le despedaza con rabia y furia, dejándole por muerto, como la gente pensó,[4] el Salvador alarga al niño la mano y le pone en las del padre, bueno y sano del todo; [5] los discípulos no pudieron conjurarle; [6] preguntado el porqué respóndeles Jesús, haciendo cargos á su incredulidad, que tamaño mal pedía oración y ayuno; [7] en fin nuestro soberano Señor en vez de recetar al paciente belladona, nitrato de plata, óxido de zinc, antipirina, bromuro de potasio, sulponal, cloral, aconitina, etc., etc., como suelen los médicos á los epilépticos, á éste que de pequeño sintió los rigores del mal, se le quita de raíz, con solo una palabra, con solo alejarle del cuerpo el espíritu inmundo, y así déjale sanísimo de la epilepsia, y juntamen-

---

1 *De Miraculis, tract.* XXXVI.

2 CAYETANO, CALMET. *Comment.* in cap. XVII Matth.—VALLES, *De sacra philosophia*, cap. LXXI.—ZACCHÍAS — *Quæst. médico-legal.* lib. II, tit. I, q. XIV.—lib. IV, tit. I. q. VIII.—ADER, *De morbis Evangel. Enarrat.* IV.

3 Subito clamat. Luc., IX, 39.—Sæpe cadit in ignem et crebro in aquam. Matth. XVII, 14.—Marc., IX, 21.

4 Arescit Marc., IX, 17.

5 Elidit, et dissipat eum cum spuma, dilanians eum. Luc. IX, 39.—Allidit illum, et spumat, et stridet denbus. Marc. IX, 17.

1 *El Siglo Médico*, t. IX, p, 748.—«Aquí ocurre preguntar; ¿por qué una constitución delicada del cerebro responde morbosamente á los impulsos orgánicos siguiendo una dirección dada, y otra igualmente delicada en dirección opuesta? Con arreglo á nuestros conocimientos actuales confesamos no poder contestar á esta pregunta.» Así se expresa el Dr. Schüle (*Enfermedades mentales*, versión del Dr. Francisco Valina, 1888, cap. VI, §. 3 p. 90) hablando de esta enfermedad.

2 Marc., IX, 24.

3 Ibid.—Luc., IX, 43.

4 Marc., IX, 25.

5 Marc., IX, 26.—Luc. IX, 43.—Matth., XVII, 17.

6 Matth., XVII, 27.—Marc., IX, 17, 18.—Luc., IX., 40.

7 Matth., XVII. 20.—Marc., IX, 20.

te de la sordera y mudez. Todas estas son señales de posesión real. [1]

No carece de oportunidad señalar las proezas de los modernos especialistas. *Brown-Séquard refiere una observación recogida en el hospital de su cargo, de un joven de 17 años, que creía haber tenido convulsiones en su infancia, aunque no estaba cierto de ello... Se le administró ioduro de potasio, se le aplicaron vejigatorios al rededor del índice y después se le dieron unturas con la aconitina. Los calambres desaparecieron, y el enfermo, que no había tenido más que un verdadero ataque de epilepsia desde su entrada en el hospital, no tuvo ningún otro hasta cuatro meses después.* [2] Un niño de nueve años, á consecuencia de una caida, comenzó á sentir la furia de ataques epilépticos, precedidos de aura, con gritos característicos y pérdida de conocimiento: la antipirina administrada tres veces al día en altas porciones, atajó y desvaneció los accesos. [3] A estas se reducen las curaciones hazañosas de nuestros médicos. La aplicación de la electricidad ha surtido á veces efectos notables. [4] A impresiones morales se ha debido en algunos casos el remedio de la epilepsia. [5]

Tenemos en grande estima la prudencia de los médicos, y no osamos pensar que tomen ellos ocasión de las hazañas hechas en sus hospitales para cotejarlas con las del Evangelio. Nunca acaban ellos cosas que dejen asombrados á sus alumnos. Tampoco parece bien el dictamen del P. Ventura Ráulica cuando dice: *Con esto no se pretende decir que todos los epilépticos y los maniáticos estén endemoniados; pero muchos lo están y sus enfermedades mejor se curarían con los exorcismos de la Iglesia que no con las prescripciones de los médicos.* [1] Más indicios que los epilépticos requiere la posesión. Pero si intervienen síntomas de epilepsia y síntomas de posesión, como en el caso presente, podría afirmarse que el niño era epiléptico por natural enfermedad, y sordo-mudo por aflicción del demonio, como el Cardenal Cayetano y otros pensaron, si ya no es preferible concluir que el demonio hizo nuevo estrago en el sistema nervioso desbaratándole con más desconcierto y haciendo más frecuentes y peligrosos los ataques neuropáticos. *Sin razón se concluiría*, dice el P. Didon, *que en esta enfermedad física no entraba de por medio la posesión, y que en este como en todos los otros casos la ignorancia y la superstición descubrían sin más ni más la acción del mal espíritu. Cristo no hace caso de la enfermedad corporal. Los desórdenes violentos que experimenta el pobre epiléptico son manifestaciones del poder satánico que le avasalla. A este misterioso agente intima Jesús su mandato, y al arrojarle, sana al mozo... Todo el secreto de su acción sobre la humanidad sujeta al imperio del mal se revela en este suceso: la voz de Jesús hace que la humanidad libertada oiga la voz de Dios, aprenda á bendecirle y halle con la libertad el sosiego que ninguna vicisitud puede perturbar.* [2]

Por su aprensión se guía Weisse cuando contempla el accidente como efecto de pecado. Si desde la primera edad le atormentaba el demonio crudamente, no se debía su desgracia á culpa por él cometida. Menos razón tiene aún el crítico en sostener que no era poseso, sino simple epiléptico, y que se denominó lunático á causa de que los accesos periódicos corrían con las fases de la luna. El texto de los Evangelios no puede hacer visible con más claridad la verdadera posesión junto con la neurosis; y áun todo el conjunto de fenómenos podía reconocer por autora la misma diabólica posesión. Va dicho arriba por qué causa se cuentan en San Mateo [3] σεληνιαζομενοι y δαιμονιζομενοι curados por Cristo.

---

[1] GLAIRE, *Les livres saints vengés*, t. III, 1874, p. 319.

[2] *El Siglo Médico*, t. X, p. 108.

[3] *El Siglo Médico*, 1891, p. 492.

[4] El Dr. Rockwell discurriendo sobre el valor de la electricidad en el tratamiento de la epilepsia, dice: «Su valor es indiscutible cuando se emplea juntamente con los bromuros. Cuando no sirve la electricidad, sea para producir la curación, sea para favorecerla, todavía es eficaz por la acción saludable ejercida sobre ese conjunto de trastornos nerviosos indefinibles comprendidos con el nombre de neurastenia. El tratamiento por la electricidad exige emplearse con cuidado y juicio.» (*El Siglo Médico*, 1887, p. 299.)

[5] El Dr. Mariani refiere un caso de accesos histero-epileptiformes curados por impresión moral «Los ataques se caracterizaban por pérdida del conocimiento, caída al suelo y convulsiones clónicas y tónicas, moderadas las más veces, pero violentas en ocasiones. No había aura, ni trismo, ni salida de espuma sanguinolenta, ni en la lengua se veian huellas de mordeduras anteriores.»—Purgante, bromuro potásico, antiespasmódicos, quinina y otros tratamientos fueron inútiles: la niña de diez años seguía con sus ataques. Enteróse el Dr. Mariani del colegio á donde iba la enferma, y sospechó que por contagio de otras niñas había contraido el mal. Amenazóla con el termocauterio prometiéndole que le quemaría la cara. La amenaza le bastó. Por esto creimos entonces y seguimos creyendo que la enfermedad fué producida por imitación ó contagio nervioso, y que se curó por impresión moral.» (*El Siglo Médico*, t. XXXIII, p. 168.)

[1] *La escuela de los milagros*, homil. 1.

[2] *Jésus-Christ*, 1891, p. 481.

[3] IV, 24.

Strauss, con la premura de probar que la relación del niño lunático es leyenda, se goza en adivinar cómo San Mateo no hace sino bosquejar el cuadro, San Lucas pone perfiles é induce colores, San Marcos levantando luces y bajando sombras acaba la pintura; de donde concluye que los evangelistas se dan la mano para componer en Jesús las facciones del esperado Mesías. Toda esta andamiada del crítico se funda en que el Evangelio de San Mateo fué el primero que se escribió, el de San Lucas el segundo, y el último el de San Marcos; y así iba por sus pasos llegando á perfección la figura del Jesús-Mesías por arte de sus discípulos. Pero otros críticos por el estilo de Strauss, como Holtzmann, Weisse, Wendt, Abbott, enseñan que el Evangelio de San Marcos fué escrito antes que los otros tres. Bien considerados los Evangelios poca ó ninguna es la diferencia que va entre la descripción del caso presente hecha por San Marcos y la hecha por San Lucas. Pero bien discurre Strauss cuando concluye, que ó se ha de admitir la posesión, ó debe negarse la autenticidad de la historia evangélica.

Estando el Salvador en la Sinagoga reparó en una mujer que hacía dieziocho años andaba encorvada sin poder alzar arriba los ojos ni enderezar el espinazo. El demonio tenía tomado asiento en ella, y no contento con enflaquecerle el cuerpo la precisaba á no poder mirar al que se le pusiese delante. Vióla Jesús, y llamándola á su presencia díjole: *Mujer, estás libre de tu enfermedad.* No hubo aquí necesidad de intercesor ni de orador; él, por su amorosa bondad, libertóla de tan feo y antiguo mal. *Y poniéndole las manos, la enderezó; y ella se irguió y engrandeció el poder de Dios* que en Cristo resplandecía. [1]

Pero *el presidente de la Sinagoga llevó muy mal que en sábado la hubiese curado*, y dió sus quejas á la gente, prohibiendo que ninguno osase presentar enfermos en día de sábado. El Salvador le respondió: *Hipócritas, ¿cualquiera de vosotros desata su buey, ó el jumento, y le lleva al abrevadero, y esta hija de Abrahan, que Satanás tenía atada por espacio de dieziocho años, no era conveniente desatarla y darla por libre en día de sábado?* Confusos y avergonzados callaron sus enemigos sin salir á la defensa. Grande es el poder de Satanás, como por este ejemplo se ve, porque ora ensordece y enmudece á los hombres, ora los pone frenéticos y fuera de sí, ora los aflige con enfermedades molestas y largas, trastornando, impidiendo, trabando los órganos del cuerpo y sus funciones cuanto al movimiento mecánico y local, si Dios no le ata las manos.

Alguno podría dudar que esta fuese posesión diabólica. La palabra *espíritu de enfermedad* no determina bien la causa del mal. Y los síntomas son muy obscuros. Parece escoliosis osteopática, en que la curvatura dorsal es efecto de luxación en las vértebras, y desfigura y deja contrahecha la persona, que andando cargada de espaldas no puede mirar al cielo; monstruosidad que suele provenir de osteitis vertebral. Sea de esto lo que fuere, Cristo quería hallar analogía entre el desatar las bestias y el desatar la enfermedad de esta mujer, como si dijera: Vosotros en sábado no reparáis en desatar los jumentos y llevarlos á beber; con mayor razón puedo yo librar de cadenas á esta hija de Abrahan, cautiva del demonio hace dieziocho años. Este lenguaje expresa sin sombra de duda que fué caso de posesión diabólica.

Treinta y nueve trabajos manuales estaban prohibidos en sábado, [1] entre ellos era el veintidós el deshacer un nudo; *pero si se deshace con una sola mano, no hay pecado.* [2] Además, *no sólo no está vedado llevar cada cual su bestia á beber en día de sábado, mas áun es lícito sacar agua, teniendo cuidado de ponérsela delante al animal para que beba, y no llevarla á casa.* [3] Según estas tradiciones rabínicas, significó Cristo con su advertencia al archisinagogo, que el achaque de aquella mujer no nacía de causas naturales, y que tenía echadas más hondas raíces de lo que parecía; porque si de causa natural tuviera principio, podía parecer contra la ley procurarle remedio en sábado; pero siendo obra de Satanás, enemigo de todo bien físico y moral, era muy puesto en razón rescatar aquel cautivo en un día destinado á sacar á los hombres del poder de su más cruel enemigo, y á honrar y glorificar á Dios. Y llama *vínculo* y atadura la enfermedad, y el atar

---

1 Luc., XIII, 13.

1 Schabbath, VIII, 2.
2 Schabb., XV, 1.
3 Schabb., V, 1.

del demonio no cuadra bien con la joroba natural. Por esto puede sostenerse que hay enfermedades procuradas ó provocadas por el demonio, de cuyo poder se vale Dios para dar á los hombres tormento. [1] El mal espíritu no pudo sufrir la mano de Cristo, que cargó pesada sobre él; al punto echó á huir. Y huido, la mujer se enderezó *(confestim erecta est)*, sin remedios mecánicos, ortopédicos, eléctricos; las vértebras dorsales ocuparon su debido lugar, la espina quedó recta, la mujer, firme y á plomo, y para mostrar que lo estaba, y que la curación había sido radical, allí en pública Sinagoga dió gloria y alabanza á Dios, á fuer de agradecida, é ilustre testimonio delante de todos del milagroso favor. El efecto fué sentir vergüenza y confusión los enemigos de Cristo, quedar afrentado el hipócrita archisinagogo por la amarga reprensión, [2] y bañarse de regocijo el pueblo en presencia de aquellas hazañas llevadas á tan glorioso remate; fruto digno del gran milagro.

En él no tuvo lugar la epilepsia, ni histerismo, ni locura; una contracción muscular, una enfermedad raquídea, una escoliosis osteopática era el verdadero mal, tan real y rebelde que había burlado las industrias de los facultativos por espacio de dieziocho años. Una enfermedad tan inveterada no podía curarse en el acto por sola impresión moral, ni por sola imaginación, ni por exceso de fe religiosa, en especial, cuando Cristo no preparó la mujer para tan extraño lance: sin ser invitado la llamó ante sí, ella sin apercibimiento se presentó, Él aplicóle las manos, ella libre de molestias tornó á su antigua robustez.

No nos consta, en verdad, su estado patológico: sólo conocemos la irregularidad de algunas eminencias musculares, los relieves de otras eminencias óseas, la imposibilidad de elevar la cabeza, la contracción de la columna vertebral, y las pocas afecciones contenidas en estos síntomas generales; pero si el demonio fué autor de esta deformidad desde un principio, como lo declara el Evangelio, debemos también añadir que en el discurso de los años esta enfermedad procurada por arte diabólico fué produciendo sus naturales efectos, es decir, atrofia y degeneración en las masas musculares, compresiones en la médula y en las raíces de los nervios motores, dureza en las articulaciones, rigidez en algunos miembros, deformación ósea; lesiones y contracturas de muy dificultosa curación, por no decir imposible. [1] Ni hace al caso introducir la histeria por causa original de la deformación. [2]

Resulta de lo expuesto que el caso evangélico encierra posesión y escoliosis, de imposible remedio en lo natural y humano. Los trabajos presentados por los especialistas [3] no dan noticia de la curación de ningún escoliótico comparable al nuestro. El tratamiento general consiste en ejercicios gimnásticos que obren sobre las costillas y en los músculos espinales, con el fin de corregir la deformidad. Avisa el ortopedista Roth que *cuando existe deformación ósea, áun en pequeño grado, ya no es posible la completa y perfecta curación.* [4] Y añade: *Muchos casos de escoliosis, aunque en apariencia graves, no presentan deformación ósea, y pueden ser corregidos momentáneamente por el cirujano.* De una joven de diezisiete años, escoliótica desde los doce, al cabo de un año de tratamiento por medio del corsé de Sayre, *se obtuvo lo que del corsé puede esperarse: un efecto contentivo.* [5] El aparato de Wolm, modificado por Lorenz y perfeccionado por Redard, se emplea para obtener, mediante la suspensión lateral, la relajación de las articulaciones y el enderezamiento de la columna vertebral. Pero bien advierte el Dr. Serret que *la suspensión lateral para las escoliosis antiguas, rígidas, es inútil, peligrosa. Es útil sobre todo en los niños cuyas articulaciones vertebrales están laxas y flexibles los huesos.* [6]

---

1 Ps. LXXVII, 49; XC, 6.
2 Luc., XIII, 17.

---

1 Todas estas lesiones y deformidades, en su mayor parte, son debidas á la tuberculosis de las vértebras, enfermedad frecuentísima, conocida con el nombre de *mal vertebral de Pott*.

2 «El Dr. Briquet, que goza de justa autoridad en la histeria, ha dudado de la incurabilidad de las contracturas; pero se contradice confesando que, salvo en un solo caso, todos los medios terapéuticos han sido inútiles. Esto es lo más conforme con la verdad y con los hechos observados por el Sr. Charcot.—Este profesor observa actualmente, en 1865, en la Salpêtrière muchos casos de deformidad incurable por contractura permanente de las extremidades, cuyo origen es la histeria.» (*El Siglo Médico*, 1865, p. 329.) Ninguna relación tienen con el caso evangélico tales hazañas.

3 Staffel, *Centralblatt für Chirurgie*, 1884.—Picqué, *Gazette Médical*, 1884.—Roth, *El Siglo Médico*, 1884.

4 *El Siglo Médico*, t. XXXI, p. 794.

5 Ibid., p. 795.

6 *El Siglo Médico*, t. XXXVII, p. 93.

ARTÍCULO IV.

Resuélvense varias dificultades.—1.ª Los demonios de los posesos son almas de difuntos.—2.ª Los síntomas de los energúmenos señalan enfermedad.—3.ª *Tener demonio* era *estar loco*.—4.ª El Salvador y los apóstoles se acomodaban al lenguaje vulgar.—5.ª Ni en el Viejo Testamento ni en San Juan se mencionan demoniacos. —6.ª No es creible que sólo en aquellos tres años se poblase de endemoniados la Palestina.

Otros sucesos fuera de los dichos podrían presentarse á la consideración de los doctos, en que se toca palpablemente la posesión diabólica, consignada en los Evangelios y avasallada por el poderío de nuestro divino Salvador. A la injuria de nuestros tiempos estaba reservado el empeño de sostener que los endemoniados del Nuevo Testamento fueron puramente enfermos tocados de monomanía, de epilepsia, de hipocondría, de histerismo y semejantes achaques neuropáticos, como antes se dijo. Veamos qué razones esfuerzan los defensores de esta opinión.

Sea la primera, que la palabra *demonios* sonaba á los oidos de los judíos *almas de difuntos* fenecidos por muerte violenta y arrebatada, y que la significación señalada por los judíos á esta voz, ésa misma debieron de adoptar los evangelistas, y no la de ángeles réprobos.—R. Puede responderse á la objeción ser falso que *demonio* significase *alma de difunto* entre judíos y griegos. En Homero, [1] en Píndaro, [2] en Jamblico [3] δαίμων y δαιμόνιον expresan un genio poderoso distinto de Dios y superior á los héroes. Por el contrario Hesíodo [4] entiende por *demonios* las almas de los genios bienhechores, es decir, de aquellos hombres dichosos que florecieron en la edad de oro. Filón usa la voz *demonio* para denotar los ángeles, quier buenos quier malos. Josefo [5] aplica esta palabra á los espíritus malignos. Advierten los lexicógrafos Schleusner y Bretschneider que el vocablo *demonios* distaba infinito de figurar entre los antiguos las almas de los muertos. [6] Los gentiles creían que las almas de los que acababan con muerte violenta lograban sobre los cuerpos más poder que las de los muertos de muerte natural; pero no las significan con la palabra *demonios*. *Los demonios, como vosotros los llamáis* (οἱ δαίμονες οὓς ὑμεῖς οὕτω φάτε,) *tornáronse destemplados y codiciosos... A éstos adoráis, oh Griegos, después que se hubieron desordenado y procurado hacer ladrones de la divinidad* (λησταὶ θεότητος). Así reconvenía Taciano á los gentiles, [1] señalando por *demonios* los ángeles, buenos y malos en común, y los perversos en particular.

Si consideramos qué quisieron decir los Setenta con el nombre δαίμων, veremos que expresaron siempre un dios falso, ó ídolo: consta en el Deuteronomio, [2] en los Salmos, [3] en Isaías. [4] Y es de tanto mayor importancia atender á este uso de los Setenta, cuanto que *su lengua es la de los judíos helenistas del Antiguo Testamento y la de los apóstoles del Nuevo*; [5] por manera que los escritores de los Evangelios siguen dando al δαίμων la misma representación que los Setenta, á saber, de espíritu rebelde, cuya cabeza es Belzebú. Podríanse amontonar aquí autoridades tomadas de la Patrología en apoyo de esta verdad. Los escritores eclesiásticos de los primeros siglos, en sus contiendas con los paganos, nunca descubrieron en los demonios del Evangelio almas de muertos, sino espíritus enemigos de Dios y de los hombres. [6]

La segunda razón de los adversarios es, que ningún síntoma se dibuja en los endemoniados del Evangelio, que no pueda representar epilepsia, hipocondría, histérico, etc. Huir del público, vivir en sepulturas y cuevas, hacer trizas las ataduras, aullar furiosamente, revolverse con feas contorsiones, tener lunas, echar espuma, vocear descompuestamente, desatinar con bravura, tornarse sordos, mudos, contrahechos; todos estos son fenómenos característicos de la epilepsia, señales de alucinación, síntomas de vesania, tan significativos que excluyen toda intervención diabólica.—R. Primeramente, concedamos que las manifestaciones de los energúmenos evangélicos son, ni más ni menos, como las que los epilépticos ofrecen, ¿qué se sigue de ahí? ¿que no hay demonios de por medio? No vale la consecuencia, porque faltaría demostrar que los ata-

[1] *Iliad.*, lib. XIX, 188. [2] *Olymp.* XIX.
[3] *Vita Pithagor.* cap. XXI. [4] *Opera et dies*, 121.
[5] *De Bello jud.*, lib. VII, cap. LXI.—*Antiquit. jud.*, lib. VIII, cap. II.
[6] *Ditionnaire du N. Testam.*—*Lexicon manuale N. T.*

[1] *Or. advers. græcos*, n. 12.
[2] Cap. XXXII, 17.
[3] Ps. XCV, 5.—Ps. CV, 37.—Ps. XC, 6.
[4] Cap. LXV, 11.
[5] VIGOUROUX, *Les livres saints*, 1891, t. IV, IIe partie, p. 477.
[6] LACTANCIO, *Instit. divin.*, lib. II, cap. XV.—SAN AGUSTIN, *De Civit. Dei*, lib. IX.

ques de epilepsía, dado que todos los casos fueron tales, no eran provocados, ó causados, ó esforzados por el maligno espíritu. Tenemos efectos patentes, la causa es la que indagamos; pretender á todo remate que sea natural, es presuponer lo que viene en la disputa. *Armar celadas saben y causar daño en la salud, curar no saben los muy malignos*, decía San Crisóstomo de los demonios. [1] Atenágoras, [2] Taciano, [3] Tertuliano, [4] no se cansaban de repetir cuán grande era la astucia de Satanás en procurar enfermedades graves y áun á veces la muerte. ¿Qué adelantan nuestros contrarios con ponderar la semejanza de efectos, si pueden proceder de tan diversas causas? Otra cosa deberían notar, y es que como llevamos advertido, unas son las señales patológicas en un poseso, otras las específicas de la posesión. En los casos expuestos en este capítulo, en los gerasenos, en el lunático, en el sordo-mudo, en la mujer gibosa, los síntomas epilépticos van acompañados de otros que no pueden ser peculiares de enfermedad ninguna, como queda declarado, ora se consideren los mismos síntomas, ora las crisis provocadas, ora el instantáneo remedio, ora la significación de los circunstantes, por lo cual no es posible exponer con figuras y metáforas, según los principios de la medicina, las cosas que con los posesos acaecían.

La tercera razón es esta. En aquella época, *tener demonio* y *quedar libre del demonio* eran maneras de simbolizar enfermedad maniática y la curación de ella, y fué muy razonable que los que trataron con maniacos siguiesen el hilo y estilo del vulgo.—R. Digan por gracia en qué fuentes han bebido nuestros críticos la noticia que nos dan, quién les enteró de las expresiones usadas por los médicos y enfermos de aquel tiempo para hacer significación de las posesiones. Porque los Padres antiguos señalaban el *estar poseido del demonio* por sinónimo de *tener dentro del cuerpo* el espíritu satánico. El Salvador cuando trata con los posesos, habla con el demonio, manda salir al demonio, increpa y baldona al demonio, y el inmundo espíritu suelta al paciente, quedando tan extrañado de él, y éste en tan perfecto estado de salud, que no hay quien no se santigüe y espante. ¿Con qué sombra de razón, sino con suma blasfemia, se dice que el Salvador del mundo autorizó una creencia falsa y supersticiosa?

Instan los críticos. San Pedro pone las enfermedades entre las posesiones [1] diciendo que *Jesús curaba los oprimidos del diablo:* luego la expresión *echar demonios* era curar enfermos. —R. En verdad la posesión es tristísima enfermedad, suma y compendio de todas las enfermedades, pero es falsísimo que toda enfermedad deba llamarse posesión. Por el contrario con otros ojos miran los evangelistas las enfermedades y las posesiones, como cuando dicen que Cristo *sanaba enfermos y lanzaba demonios*, [2] y que á sus apóstoles concedió emtrambos poderes; con la diferencia y distinción dan á entender que *enfermos y posesos* son dos estados sumamente distantes, á menos que digamos que los enfermos, epilépticos y no epilépticos, comprendían entrambas clases; y si esto es así ¿qué hacemos de los posesos que eran mudos, sordos, y no lo eran por ser epilépticos? ¿en qué clase los colocamos? Y finalmente, decreten nuestros adversarios sentido determinado á las palabras de Cristo, á las voces de los pacientes, á las argucias de los fariseos, á las aclamaciones de las turbas, si en hecho de verdad todos eran puros enfermos.

Basta cargar el juicio en el lenguaje de Cristo. Trata con los demonios como con seres que oyen y son capaces de responder y replicar, y en efecto descubren su redomado furor, porque sienten la fuerza de los mandatos, pero al cabo reciben la ley, y se sujetan al mayor enemigo. En el supuesto que los demonios no ocupasen los cuerpos y no ejerciesen imperio violento en los corazones y potencias de los energúmenos, son de todo punto inexplicables, por muchas vueltas que se les dé, los mandatos del Salvador, las resistencias y los rendimientos de los posesos. Si éstos fueran enfermos, ¿qué linaje de sensatez fuera tener razones con sus enfermedades y ponerles la ley mandando que dejen á los dolientes en paz? Ningún médico manda á un mal que se pase de un cuerpo á otro, ni hay mal que cumpla el mandato con tanta ligereza y se rinda tan presto á la voz de un doctor. Sostener

---

[1] *Orat. I. in Judæos.*
[2] *Apol* II.
[3] *Or. adv. græc.* 18.
[4] *Apolog.* cap. XXIII.

[1] Act. X, 38.
[2] Matth., X, 1.—Marc., I, 34.—Luc., VI, 18.

que ponía precepto á los hombres, ó á las enfermedades, es ridícula pretensión; quien se conformaba con lo mandado no era el hombre, sino otro agente distinto de él; el hombre se mantenía en su puesto, lleno de paz y de salud, el otro sér aborrecía, desamparaba el asiento, volaba á otros rincones á revolver y hacer estrago. No se las había Cristo con enfermos ni con enfermedades, sino con espíritus que sentían su imperio y cumplían humillados la ley á despecho de sus repugnancias. Es digna de ser reida la especie del impío Renan, cuando dice que el echar Cristo demonios era desviar con su imcomparable belleza y hacer impresión al espíritu tentador.

¿Qué si atendemos á las insolencias de los fariseos? Acusan á Cristo de que arroja demonios en nombre de Belzebú: ¿qué responde el Salvador? que nó, sino por virtud de Dios, por ser imposible se contraríe el diablo y se deshaga á sí propio. Y saca de la réplica de los fariseos esta clarísima consecuencia: *luego si estribando yo en la virtud de Dios arrojo los demonios* de los cuerpos, señal es que *ha llegado á vosotros el reino de Dios* que viene á desterrar el reino de Satanás. [1] Con este argumento *ad hominem* les cierra toda escapatoria. Necesariamente se sigue que los fariseos no tomaban *los demonios* por *enfermedades*, de lo contrario le habrían podido negar á Cristo la consecuencia, y argüir que el curar enfermedades no demostraba su divino poder, pues que por arte mágica podía haberlas curado. Pero cuando Cristo les argumenta que el echar demonios no es obrar por virtud mágica, sino por divina asistencia, no le retuercen el argumento, callan y cubren confusos con el silencio su vergonzosa derrota.

Por eso daba ésta por señal de su divina misión: *Decid á ese zorro* (á Herodes) *que yo lanzo demonios y curo enfermedades*: [2] donde demás de que separa perfectamente entrambos poderes, señalar la expulsión de demonios por prenda de gran poderío fuera autorizar un gravísimo yerro y alentar la superstición judaica, si en hecho de verdad no había en el mundo diabólicas posesiones. Y cuando envía sus discípulos y los pertrecha con las armas de su poder, ambas á dos facultades les confiere, dar salud á los enfermos y lanzar demonios. [1] Y cuando antes de subirse á los cielos los enriquece de licencias con que ejercer su apostolado, ambas gracias coloca en sus manos, [2] marcas de legítima embajada, regalías de poder sobrenatural, distintivos de hombres apostólicos; y por consiguiente ambas diferentes en concepto de Cristo y en la opinión de los apóstoles, que de ambas usaron según las circunstancias que se les ofrecían. Y cosa rara, que debiera confundir á los modernos enemigos del Evangelio; los antiguos adversarios de la fe, Juliano apóstata, Volusiano, Celso, Marción, confesaban abiertamente que Cristo había lanzado demonios y curado enfermedades, sin caerles en pensamiento confundir entrambos efectos.

Vuelven á instar los adversarios. El Salvador y los apóstoles hacían como los médicos, que para facilitar el tratamiento del enfermo se acomodan caritativos á sus preocupaciones afectando un cierto lenguaje, que si bien no va conforme á la verdad, se ajusta al estado del paciente, sin que por eso deba culparse al médico de menos sincero y veraz en su conducta. Así, para curar á un loco, el médico alienista no se ciñe á la rigurosa verdad de las palabras, que para el demente nada significan; de igual industria usó Jesús, dice el hereje Neander, [3] con sus energúmenos. Y entendiendo él y los apóstoles, que los judíos comprendían con el nombre de *demonio* la causa de enfermedades extraordinarias, no enmendaron el abuso y dijeron *dæmonium habet* en vez de *está loco; el demonio sale*, porque desapareció la causa del mal.—R. Esta dificultad, por especiosa que sea, es flaquísima y de ningún valor. Las posesiones evangélicas son reales, es cosa clarísima en el texto sagrado, cuyas circunstancias consideran poco ó sin diligencia examinan los contrarios. Ningún razonable sentido haría el lenguaje de Cristo si fuera verdad que no había morada tal en los cuerpos humanos: decir á una enfermedad que se esté queda, que articule su nombre, que reprima ciertas voces, y salga de un lugar, entre en otro, obedezca con presteza, y no en secreto, sino delante de un público numeroso, y la dicha enfermedad darse por entendida y puntualmente

---

[1] Luc., XI, 20.
[2] Luc., XIII, 32.

[1] Matth., X, 8.
[2] Marc., XVI, 18.
[3] *Vie de Jésus*, I, p. 203.

ejecutar las órdenes impuestas, siendo materia de grande asombro con qué prontitud pone por obra la intimación; en ningún tiempo, en ningún hospital, en ninguna clínica han procedido así los médicos con las enfermedades tan formal y severamente cual si fuesen seres dotados de inteligencia y voluntad. Y sin razón reponen los contrarios, que no hablaba Cristo con las enfermedades, sino con los enfermos, porque el texto pone gran diferencia entre demonio y enfermo, ó entre enfermo y enfermedad, en el sentido de los adversarios; y lo que al demonio ordena, ni cuadra ni puede cuadrar al enfermo; y mucho menos le cuadra el conocimiento altísimo que muestra tener un poseso sobre Cristo y las cosas por venir.

Viniendo en particular á la voz *dæmonium habet et insanit,* [1] entiendan nuestros adversarios que la palabra *dæmonum habet* no significa *está loco, desvaría, delira,* sino *está poseido del demonio.* Ya San Mateo la usó en un caso que podía ofrecer dificultad, y bien mirado es de sencilla explicación. Los judíos, aunque generalmente mostraban al glorioso Bautista suma veneración por su admirable aspereza de vida, y áun llegaron á sospechar era el Mesías, al paso que tenían á Cristo en poca estima, sin embargo de los prodigios, porque usaba un modo de vida común y ajena de la ostentosa hipocresía de los fariseos; [2] no obstante, algunos no acabando de entender cómo podía un hombre pasar los años floridos sin comer ni beber, decían del Bautista que tenía demonio, [3] como se lo reprendió el Salvador á los que le censuraban á Él porque comía con los publicanos. El *dæmonium habet,* calumniosamente acumulado á San Juan Bautista por los judíos, no debe entenderse de locura ó enfermedad nerviosa, sino de demonio que le daba fuerzas, en opinión del vulgo, para sustentar aquella vida penitente tan asombrosa, la cual ninguna explicación, antes mayor dificultad, habría hallado en las neurosis racionalísticas. El trato con el demonio podía parecerles apta razón á los censores de Cristo y del santo Precursor.

Acerquémonos á San Juan evangelista. Ningún caso especificó de diabólica posesión; probó, sin embargo, cuánta verdad y certeza contenían las narradas por los demás evangelistas. En tres lugares emplea la expresión *dæmonium habet.* [1] Era mote infame con que los judíos deshonraban á Cristo tratándole de endemoniado, pero no de loco. Porque un loco no sabe lo que se dice, y los judíos le baldonaban con el *dæmonium habet,* ó porque les predicaba doctrina tan levantada que ellos no alcanzaban, y por esto le imaginaron arrebatado del demonio; [2] ó porque se hacía Hijo de Dios y usurpaba honra divina, achaque tenido por ellos como propio de demonios; ó porque les entraba en lo más secreto de sus pensamientos. Y para confirmar que estaba espiritado, le añadían el baldón de samaritano, porque se declaraba contra sus tradiciones, reformaba su ley, alteraba sus dogmas y quería introducir novedades en el culto religioso. Ni en la intención de ellos ni en las respuestas de Cristo la voz *dæmonium* llevaba otro sentido sino demonio propiamente, y de ningún modo delirio, locura, enfermedad. Si en otra parte dicen *dæmonium habet et insanit, tiene demonio y está loco,* [3] áun aquí designan verdadera posesión. El sentido es este: Cosas nos dice que sólo del demonio podían salir, el demonio es quien se las sugiere y pone en su boca (*dæmonium habet*); y porque es un endemoniado y sólo por sugestión diabólica suelta la lengua, por eso se le caen tantos desatinos que parecen cosas de loco (*insanit*). Y eran muchos los que esto decían, como notó San Juan. Y también notó que otros, al contrario, repugnaban diciendo: *Las cosas que éste profiere no son de endemoniado; ¿puede acaso el demonio abrir los ojos á los ciegos?* Todo el contexto de estos tres lugares de San Juan demuestran palmariamente que el *dæmonium habet* se refiere á verdadera posesión ó á obsesión, pero no á enfermedad natural.

Tornan á instar. Los astrónomos también dicen que el sol sale y se pone, con saber que es suposición falsa, y con todo se allanan al estilo del vulgo por laudables respetos. Por igual motivo Cristo se ajustó con el estilo y condición de aquellos con quien trataba.— R. No es verdad que los astrónomos sean tan llanos y vulgares en todo tiempo y ocasión; cuando hablan como astrónomos bien saben revestir los

[1] Jo., X, 20. [2] Matth., IX. [3] Matth., XI, 19.

[1] VII, 20.—VIII, 48.—X, 20.
[2] GREGORIO NAZIANZENO, *Or. I, contra Julian.*
[3] Jo., X, 20.

conceptos de vocablos propios, y cuando toman la pluma, y cuando enseñan de viva voz, y cuando entre sí confieren, buen cuidado tienen de subir el estilo y de hurtarse á la manera popular por preferir la exactitud astronómica en palabras y discursos. Pero ni Cristo ni sus apóstoles, en público ni en privado, salieron de su ordinario lenguaje, ni dieron otros comentarios ni explicaron en otro sentido sus dichos; y no porque les entrase en el alma el temor de los judíos, que hartas pruebas dió el Salvador, y los apóstoles también, de tener el corazón de acero y despreciador de amenazas; ni tampoco porque no osasen remar contra la corriente, que por eso su ministerio irritaba á los sabios de la ley porque iba contra la corriente de sus perversas tradiciones; ni menos porque creyesen importaba poco á la sana doctrina ser demonios ó no las enfermedades, antes gran parte del Evangelio había de consistir en publicar á voz de pregonero la flaqueza del trono satánico y el poder superior del divino Mesías, que le había de arruinar sin dejarle rueda con rueda. ¿Con qué apariencia de razón osan los adversarios decir que podía nuestro divino Salvador hablar figurada y revueltamente, haciendo buen semblante á las necedades del vulgo, y dando alas á la superstición judía, sin menoscabo de su propia veracidad y autoridad? ¿No cumplía á la santidad de Cristo representar las cosas con sus característicos nombres y mostrar la verdad en su sencilla desnudez? Si hubiera conocido que la opinión corriente era infundada y errónea, estaba obligado á desengañar á sus discípulos, y no podía tenerlos en error sin comprometer su propia veracidad. Si pues les dice á ellos en particular, *los espíritus se os rinden y sujetan*, [1] y no habla de enfermos ni de enfermedades, cierta cosa es que los quería mantener en aquella creencia. *Estaba obligado á declarar ante la faz de la tierra que Satanás no tenía poder sobre los hombres; que los demonios no eran seres quiméricos creados por la superstición y la ignorancia; que los demoniacos no eran cerebros enfermos, ni los exorcistas farsantes ni impostores.* [2]

El docto Padre Didon mostrándose desabrido con el sistema del acomodamiento le zahiere con su acerada elocuencia. *Expediente desdichado,* dice: *pretenden guardar intacta la sabiduría de Jesús, y sacrifican la rectitud, sencillez y lealtad de su condición...., Negar el demonio es negar el origen del mal; negar su constante intervención en la humanidad es negar la causa más poderosa de nuestra corrupción; negar la posesión es negar la más enérgica demostración del Tentador que nos avasalla; negar las curaciones de los seres avasallados por el Maligno en sus movimientos y potencias sensitivas es negar uno de los divinos poderes de Cristo. Errores fatales, que conducen á la negación de Jesús y de la obra mesiánica.* [1] Y más abajo añade: *Si Jesús enseñó la existencia de los demonios, argumento es de que existen; si los expulsó, poseía virtud de Dios para ello; no pactó con el error ni con el mal. Agravio hacen á su rectitud los que le achacan el sistema de acomodación, que adopta en apariencia las erróneas doctrinas y la infantil credulidad de la plebe.* [2]

Otra objeción. Ni en el antiguo Testamento, ni en el Evangelio de San Juan se halla memoria de endemoniado.—R. Demasiado probaría la dificultad. Ni antes ni después de Jesucristo han sido tan frecuentes como en su tiempo los milagros en común, y las posesiones en particular van marcadas con marca especialísima que dice bien con el advenimiento del Mesías. La expulsión de demonios es una lucha de cuerpo á cuerpo entre el poder de Dios y el poder de las tinieblas: el triunfar de Lucifer estaba reservado al que es Brazo de Dios, y no convenía partiese mano con otro taumaturgo anterior. San Juan, queda dicho arriba [3] en este mismo libro, cuál fué el intento que tuvo en el trazar su Evangelio. En su virtud muchas cosas pasó por alto que los otros tres habían particularizado; entre ellas han de contarse las posesiones demoniacas. Pero tampoco deja de mencionarlas cuando la ocasión lo exige, [4] como dijimos poco ha.

Finalmente no quede sin respuesta una argucia muy común. Extraña cosa es, dicen, que en los tres años de la vida pública de Jesús se poblase de demonios la Palestina, y que después acá apenas se tenga relación de endemoniados.—R. Nótese lo primero que la turba de posesos no es

[1] Luc., X, 20.
[2] JÉHAN, *Dictionnaire apologétique*, art. *Possession*, § III.

[1] *Jésus-Christ*, 1891, livre III, chap. II.
[2] Ibid. chap. VII.
[3] Cap. IV, art. I.
[4] X, 21.—VIII, 48.

tan exorbitante en los Evangelios, como se pretende; bien contados los particulares apenas llegan á diez, y no es mucho que en una vasta región pareciese en público una docena de posesos en obra de tres solos años. Además, la circunstancia de haber empezado el Salvador del mundo á hacer pública ostentación de su pleno poderío, es más que suficiente para dar razón de tan extraordinarias invasiones. Una de las principales sectas autorizadas en la Judea era la de los saduceos, que á fuer de materialistas negaban la existencia de los espíritus, y tenían los primeros cargos de aquella república. Los gentiles por otra parte vivían entregados al culto de los demonios, como se lo demostraban los Padres apostólicos y los primeros apologistas con hechos y con razones. Los judíos en fin, pasando los términos de la ley mosáica, seguían por veredas inventadas de su propio desenfreno. Era, pues, muy conveniente para desarraigar los yerros de los unos, y tener cohibida la insolencia de los otros, que Dios permitiese al demonio algunas violencias y osadías, con que el pueblo viniese á conocer la postración de las costumbres públicas y preparase los oidos á la divina enseñanza. *¿Por qué razón dejaremos de admitir*, dice el hereje Pressensé, *que en un siglo como aquél que veía llegado á su fin el mundo pagano, salió á luz y se produjo un mal nuevo, extraño, ó siquiera que la locura tomó una forma nueva espantable y misteriosa? Esta complicación se explica en el Evangelio por la posesión, y Jesús confirma esa explicación con sus obras y palabras.* [1] De esto procedía que cuando Cristo desarmaba y arrollaba los demonios, mostrasen ellos gran repugnancia, y con voces acres declarasen la fuerza que se les hacía, ni era corta demostración del poder y superioridad de Cristo hacer temblar á sus enemigos delante de los concurrentes, y forzarlos á confesar su villanía y á exaltar la santidad del Señor que los sujetaba y vencía.

La razón encarecida por los críticos, cuando nos enteran de que en el día de hoy no corren noticias de posesiones diabólicas, recibirá en otro lugar cumplida respuesta. Siendo el demonio muy hábil para dañar la salud y ocasionar la enfermedad, y pudiendo Dios tener sus designios en el soltarle la rienda, es muy posible que ciertos males modernos que parecen naturales, provengan del mal espíritu y entren en el plan de una particular providencia. Sea de esto lo que fuere, poner en cuestión la existencia de las posesiones evangélicas porque en los tiempos presentes no tengan lugar, es lógica de principiantes y linaje de presunción; y divulgar que en este siglo *iluminado* no caben posesos porque cesó la era de la superstición é ignorancia, es osadía alocada y supina necedad que solo puede haber salido de un endiablado alumno. [2]

---

[1] *Jésus-Christ*, p. 393.

[2] GLAIRE, *les livres saints vengés* t. III, IIe partie, chap. I, art. VI, § II —JÉHAN, *Dictionnaire apologétique*, art. *Démon, Possession*. —BERGIER, *Dictionnaire de théologie*, art. *Miracles de l'Evangile*. —CALMET, *Disertación sobre las obsesiones y posesiones del demonio*. —CHASSAY, *Jésus lumière du monde*, t. II, chap. IV.

CAPÍTULO VIII.

PODER DE CRISTO SOBRE LA MUERTE.

ARTÍCULO I.

Qué es la muerte.—Sus diferencias y señales para discernir cuándo es real.—Grandeza de la resurrección.—Pide poder divino.—La hija de Jairo; relación del suceso.—Exposición de Woolston.—Strauss combate con argumentos bíblicos la escuela naturalista.—Discútese el hecho en prueba de que fué verdadera la muerte, y no sueño ni síncope.—Es argüida la escuela sugestionista de falaz y alevosa.

Dice con profunda razón Santo Tomás: *la resurrección cuanto al fin es natural, por ser natural al alma estar unida al cuerpo, pero el principio activo de la unión no es natural, sino causado de la divina virtud.* [1] Es la muerte, en los seres organizados, el término definitivo de los actos vitales. Anatómicamente hablando consiste en el desaparecimiento de la energía individual, que es la que actúa la organización y la mantiene en su sér y lozanía. Desterrado el principio vital, los elementos semi-sólidos pasan á estado de composición más sencilla y elemental, síguese la indiferencia de los tejidos, en fin la putrefacción corrompe y pervierte las substancias orgánicas trocándolas en substancias minerales. Antes de ser el hombre cadáver, sobreviene la agonía con síntomas, originados del trastorno general que las funciones experimentan. La muerte puede ser natural y accidental: natural, cuando el enfermo lentamente y por pasos sucesivos siente menoscabarse la entereza y regularidad de las funciones; accidental, cuando como de un golpe y sin descaecimiento progresivo sale el hombre de los términos de la vida, ya sea por enfermedad, ya por causa violenta. Súbita es la muerte, si acaece sin indicio de síntomas precursores, cuando el corazón, cerebro, pulmón hacen pausa rematando su acción, todos por junto ó uno tras otro.

Siendo la muerte aparente aquella en que la circulación y la respiracion quedan ó suspensas ó debilitadas, sin por eso inficionarse las propiedades vitales de los tejidos, son necesarias algunas señales que la diferencien de la muerte real, y no den lugar á confundir ésta con el síncope, que puede ser completo con ausencia de pulso aunque el oido perciba los latidos del corazón. Señales ciertas de muerte real son la rigidez cadavérica, la falta de contracción muscular y de aflujo de sangre á la piel, la alteración de los glóbulos rojos de la sangre, la putrefacción. [1] Otros signos hay de menos importancia y de poca seguridad, tales como falta de respiración, enfriamiento, insensibilidad, suspensión de facultades intelectuales, alteración y hundimiento de los ojos, dilatatación é inmovilidad de la pupila, relajamiento de los esfínteres, lividez cadavérica, y otras semejantes, que fácilmente dejan burlado al que las contempla, no juntas, sino pocas ó cada una de por sí, como en otro lugar va dicho. [2] Cuando consta con toda certidumbre que el alma humana salió del cuerpo y queda en las manos de Dios, es cosa de milagro volver

---

[1] Resurrectio quantum ad finem naturalis est, in quantum naturale est animæ esse corpori unitam, sed principium ejus activum non est naturale, sed sola divina virtute causatur. — *Contra Gentes*, lib. IV, cap. LXXXI.

[1] LITTRÉ, *Dictionnaire de Médecine*, art. *Mort.*

[2] Noventa casos cita el Dr. Bouchut de muerte ficticia (*Traité des signes de la mort*, 1883); otros muchos pueden verse en Richard (*De la léthargie*), en Winslow (*Dissert. sur les signes de la mort*, 1742), en James Curry (*Observ. sur les morts apparentes*), en Bruhier (*Additions*, t. I), en Lancisi (*De morte subita*, lib. I, cap XV), en Zacchias (*Quæst. medico-legal*, t. III), en Lenormand (*Des inhumations précipitées*, 1844) y en otros autores modernos.

á dar nuevo sér al organismo fenecido. Muy de notar es la diferencia entre la resurrección de un muerto y los otros milagros hasta aquí considerados. La enfermedad y la salud distan á veces un paso imperceptible, la tempestad y la calma alternan con suma facilidad, el estado maniaco y el demoniaco difieren con relativa oposición; pero entre la muerte y la vida, del no sér al sér hay leguas infinitas, va un caos inmenso que espanta la imaginación porque sólo puede vadearle la mano poderosa de Dios. [1]

Tornar á dar forma substancial á un cuerpo desorganizado infundiéndole alma y vida racional es obra de soberana potencia; así lo dejamos establecido en el libro anterior. Resucitar un muerto no es reemplazar una vida por otra, es reanudar el hilo de una vida caducada y ponerla otra vez en pie con la lozanía de antes. Separada el alma del cuerpo llevó consigo la variada numerosidad de pensamientos y voliciones que había granjeado con el auxilio de los órganos corpóreos. El cerebro con toda la jarcia infinita de nervios perdió su prodigiosa energía, y no puede responder á las impresiones de los objetos externos; lisiado el sistema nervioso, la sensibilidad y demás facultades inferiores están totalmente muertas, el alma al fin voló y goza de sus potencias por otro modo antes no conocido. De aquel laboratorio sensitivo y mental ni rastro queda en el cadáver, yace el organismo sin orden, sin consistencia, incapaz de actividad, entregado al furor de parásitos roedores, que implacables se ceban en los derruidos restos. No hay poder en el mundo, fuera del divino, capaz de levantar del suelo esta fábrica arruinada.

Para que el que antes sentía, pensaba, y quería, prosiga su obra en el mismo sér primero, y tenga memoria de sus hábitos y pensamientos, y conciba nuevas ideas y con ellas fragüe otras voliciones, y se reconozca á sí propio por el de siempre, y no yerre en su conciencia refleja, un sér sobre manera espiritual es menester, una inteligencia vigorosa que sepa muy por entero los actos internos del hombre, una potencia suma que se los restituya totalmente, una dispensación maravillosa que rehaga en un punto los descompuestos ejidos, una mano grandemente artificiosa que repare los órganos asolados y les comunique junto con el alma habilidad para sentir como antes, para imaginar como antes, para ayudar como antes á las intelectuales potencias, sin menoscabo de la identidad personal, con perfecta consonancia de los actos futuros con los pasados; y nadie, sino solo Dios, es poderoso á acometer empresa tan grandiosa; nadie, sino solo Él, es suficiente para llevarla á cabo.

Y si se acerca un hombre á un cadáver corrupto y helado, y con voz de mando, sin necesidad de implorar el favor celeste, ordena al muerto que se mueva por sí, y muestre al punto señales de gallardía, y ponga en obra las cualidades de vivo, y ejercite actos indubitablemente vitales; si este varón majestuoso antevé el efecto de su ordenanza, y cifra su gloria en que todo el mundo sea testigo del grande espectáculo, y presenta la nueva vida del difunto como privilegio exclusivo de su especial poder, y como prenda segura de ser, no enviado de Dios como quiera, sino Hijo verdadero de Dios, digno de adoración y acatamiento; si el cadáver abre al instante los ojos, se agita, se levanta bañado de nuevo contento, lleno de vigor, y en prueba de ser el que antes era, anda, come, habla, discurre, quiere como primero; si los presentes amigos no caben en sí de gozo, si los enemigos rabian de envidia y coraje porque no pueden dudar, cual quisieran, del incomparable poder del varón extraordinario; cuando esto sucede, no una y dos veces solamente, ¿quién será tan contumaz, tan mentecato, tan falto de discurso y sentido, tan injusto y alevoso, que no vea aquí la mano de Dios, que no alabe, que no admire, que no adore?

Más de tres serían los muertos que nuestro divino Salvador resucitó, porque como escribe San Juan, *muchos y varios milagros hizo Jesús que no se pusieron en este libro*. [1] Y bien dijo San Agustín que no sabemos á cuántos difuntos restituyó visiblemente la vida, pues no todas sus proezas quedaron escritas; y por lo mismo más de tres fueron los favorecidos con vida renovada, si bien solos tres se conmemoran no sin altísima razón. [2] Los evan-

[1] P. Feijóo, *Teatro crítico*, t. V, disc. VI.

[1] Jo., XX, 30.

[2] ¿Quot mortuos visibiliter suscitaverit, quis novit? non enim omnia quæ fecit scripta sunt... Multi ergo sunt alii sine dubio suscitati; sed non tres frustra commemorati. Serm. 44, *De Verbis Domini*.

gelistas, que pretendían enseñar á los pueblos la verdad de la fe, escogieron aquellos hechos de la vida del Salvador que eran más á propósito para la salud de los creyentes, como dice el Santo Doctor. [1] Las tres resurrecciones especificadas en los Evangelios bastan para explicar los tres géneros de pecadores que podemos imaginar: ocultos, públicos, consuetudinarios, según que lo exponen San Agustín y San Gregorio. [2] La hija de Jairo, muerta entre las paredes domésticas, significa al pecador muerto á la culpa en su mismo interior sin escándalo de testigos; el hijo de la viuda figura al pecador público, que sin reparo ofende á Dios en presencia del mundo; Lázaro putrefacto de cuatro días representa al habituado y encallecido en la mala costumbre de pecar.

Jairo, príncipe de la sinagoga de Cafarnaum, tenía una hija de doce años, gravemente enferma y á punto de espirar, ó que estaba en eso. [3] No reparó en que todo un príncipe de la sinagoga se humillaba á los ojos del pueblo acudiendo á pedir favor al hijo del carpintero. Noticioso de las bondades de Cristo, que andaban en boca del pueblo, y recordando las veces que él propio había invitado al Salvador á que hablase en la sinagoga, y la impresión que de sus sermones le había quedado, se alentó á confiar que tendría por bien entrar en su casa, como se lo suplicó, y que poniendo las manos sobre su hija moribunda, le alargaría la vida. [4]

Oída Jesús la súplica del archisinagogo, enternecido con sus razones levantóse de donde estaba y fué tras él con sus discípulos. Ocurrió en el camino el milagro de la curación hecho en la mujer del flujo sanguíneo, que dijimos arriba. [5] Después llególe al padre un recado en estos términos: *Tu hija ha muerto; no molestes al Maestro.* [6] Por ventura las personas que avisaron el fallecimiento, no creyeron que la virtud de Cristo se extendiese á vivificar difuntos. *El Salvador, que los oyó, dijo al archisinagogo: no temas, creer es lo que importa, y tu hija será salva. Tomó consigo á Pedro, Diego y Juan, y entrando en la casa, hallóla llena de gente que lloraba y tocaba instrumentos lúgubres*, según costumbre en los duelos judaicos tomada del gentilismo, como San Ambrosio escribe. [1]

Díceles el Señor: para qué alborotáis y lamentáis? Apartad: no está muerta la niña, sino dormida. [2] *Movióles á risa* la palabra de Cristo y *mofaron todos de él, porque ciertos estaban de que había muerto*: mofa que sirvió para confirmar dos cosas: una, que la doncella había espirado del todo; otra, que si volvió á la vida, no pudo ser sino milagro.

Manda Cristo que desocupen todos el cuarto de la difunta, y acompañado de sus padres y de los discípulos entra en la cámara. [3] *Cogiéndola de la mano, con voz alta, dijo: Niña, contigo hablo, levántate.* [4] La palabra de Cristo fué *Talitha cumi*, voz aramea, conservada por San Marcos, quien la recibió de San Pedro testigo ocular del suceso. En el mismo instante que la pronunció, levantóse la muerta, y sin ademán de haber estado enferma comenzó á pasearse y á comer, con espanto y admiración de todos. Los críticos se dividen en pareceres. Keim y los suyos opinan que la muchacha parecía muerta, sin estarlo de veras; Strauss y sus partidarios juzgan por mito la historia: no pueden sufrir los racionalistas en Cristo tan extraordinaria facultad.

El anglicano Woolston publicó en 1728 el quinto de sus *Discursos* [5] con intento de dar razón natural de los tres milagros que aquí tratamos. *Jesús*, dice, *es cosa clara, ningún muerto resucitó. De una sola mujer podían los cristianos presumir que fué resucitada, y es la hija de Jairo, de que habla Mateo. Pero tenemos que, según el mismo Evangelio, ella estaba durmiendo y asaltada de un accidente letárgico cuando Jesús la llamó á la vida. Mas habiendo los galileos, ó los cristianos, que así después fueron llamados, hallado interés en un milagro de resurrección, Lucas imaginó, porque convenía, otra historia mejor fraguada, la del hijo de la viuda de Naim.* Con esta osadía se enfurece el protestante, sin hacer caso del Evangelio y sin presentar argumento ra-

[1] Electa sunt quæ scriberentur, quæ saluti credentium sufficere videbantur.—*Tract.*, XLIX, in Jo.
[2] SAN AGUST., Serm., XLIV, *De Verb. Dom.*—SAN GREGOR., *Moral*, lib. IV, cap. XXV.
[3] Luc., VIII, 42.
[4] Matth., IX, 18.—Marc., V, 22.
[5] Cap. VI, art. II.
[6] Marc., V, 35.—Luc., V, 49.

[1] Lib. in Luc., VIII.
[2] Luc., VIII, 52.—Marc., V, 39.—Matth., IX, 24.
[3] Marc., V, 40.
[4] Marc., V, 41.—Luc., VIII, 54.—Matth., IX, 25.
[5] *A fifth Discourse on the miracles of our Saviour.*

zonable contra un suceso tan claramente circunstanciado como este. Entre los muchos contemporáneos que rebatieron sus golpes y le confutaron debidamente, el principal fué Smaltroke. [1] Pero, como si tantas y tan sólidas refutaciones no hubiesen puesto en evidencia la sinrazón y los absurdos de Woolston, un siglo más tarde Paulus [2] seguía en su tema echando á síncope y á suspensión de la vida la que era verdadera y definitiva muerte. De este modo Schleiermacher, [3] Olshausen, [4] Neander, [5] se esfuerzan por probar que no hubo muerte real, y que Cristo no quiso tomasen por milagroso aquel revivir de la joven. Más adelante pasa Paulus, y nos habla del tratamiento medical que se empleó. Venturini [6] se entretiene recontando las pócimas y revulsivos que la sacaron del desmayo hasta que estuvo en su acuerdo. ¡Incalificable petulancia!

Levantóse Strauss, y tomando las armas contra la escuela naturalista, arrolló sus discursos cien veces triturados por los apologistas del siglo pasado. Eusebio Salverte descubría en la escena evangélica un acto benévolo de parte de Cristo, y nada más. *Una joven de doce años que se pone mala á causa de la pubertad, cae en un sueño letárgico, y Jesús la saca de él... Suponer que la niña era muerta, es suponer que Jesús profirió mentira al decir,* no está muerta; *suposición desatinada é injuriosa, y áun diría yo blasfema, si el entusiasmo de la gratitud no excusase los yerros que engendra.* [7] A esta razón, que es la inventada por Woolston y reproducida por Paulus y por otros muchos deistas, responde Strauss de la manera siguiente: *Con singular confianza procede aquí la escuela naturalista: cree tener en su favor la declaración de Jesús al defender que la jovencita no era muerta en verdad, sino que estaba desfallecida y desmayada. Y no solamente comentadores racionalistas como Paulus, ó semiracionalistas como Schleiermacher, pero áun teólogos sobrenaturalistas como Olshausen, creen por la declaración de Jesús que no intervino en este suceso ningún asomo de resurrección. El comentador Olshausen insiste mucho en la contrariedad que halla en las palabras de Jesús, y piensa que esta expresión:* no está muerta, sino que duerme, *no puede entenderse así*, no está muerta, porque tengo trazado resucitarla. *Esta razón de Olshausen es muy peregrina, porque si las palabras* ella duerme *indican que no está muerta, es únicamente porque Jesús tiene potestad de resucitarla.*

Además, citan lo que Jesús dijo de Lázaro, [1] *y la expresión* Lázaro ha muerto (Λάζαρος ἀπέθανε) *forma contraposición con la que examinamos*: la niña no ha muerto.—*Pero antes había dicho también Jesús, hablando de Lázaro*: su enfermedad no es mortal; [2] *y así niega en el pasaje de San Juan la muerte de Lázaro, y sostiene aquí como allí que es un simple sueño, y sin embargo, habla de muerte real en el caso de Lázaro. En consecuencia, Fritzche tiene razón cuando parafrasea las palabras de Jesús en el lugar que ventilamos, de la manera siguiente:* No déis por muerta la muchacha; creed que duerme, porque va luego á recobrar la vida. *Fuera de que cuando Mateo pone más adelante en boca de Jesús estas palabras:* Los muertos resucitan (νεκροὶ ἐγείρονται), *el evangelista, que no ha contado aún ninguna resurrección, parece que tiene ésta delante de los ojos.*

Demás de la falsa interpretación de las palabras de Jesús, la explicación natural ofrece otras dificultades. No disputemos si en muchas enfermedades pueden ocurrir casos de muerte simulada, ni tampoco cuestionemos si por ser tan imperfecta la medicina entre aquellos judíos, un síncope podía confundirse con muerte real. Pero ¿por dónde supo Jesús que en la joven no había sino muerte aparente? Aunque el padre le hubiese referido punto por punto el curso de la enfermedad, aunque hubiese Jesús tenido noticia anticipada del estado de la joven, como lo supone la escuela naturalista, en todo caso siempre podemos preguntar: ¿cómo tan vagas indicaciones son suficientes para declarar, conforme á la interpretación que dan á dichas palabras los naturalistas, que la niña no había muerto, contra la afirmación de los testigos oculares, y sin haber visto aún á la enferma? Temeridad, ¿qué digo? locura habría sido tal proceder, á no haber tenido Jesús por vía sobrenatural seguro conocimiento del estado de las cosas; y si ponemos ese conocimiento, pa-

---

1 *A Vindication of the Miracles.*
2 *Exeg. Handb.*, I, 526.
3 *Ueber den Lukas*, p. 132.
4 *Bibl. comm.*, I, 321.
5 *Leben Jesu.* 6 *Natürliche Geschichte*, II, 312.
7 *Des sciences occultes*, chap. XX.—M. MAURY, *Essai sur les légendes.*

---

1 Jo., IX, 14.
2 αὕτη ἡ ἀσθένεια οὐκ ἔστι πρὸς θάνατον—Jo., XI, 4.

samos la raya de la explicación natural.

Va Paulus más adelante. Los dos miembros de esta frase: Jesús tomó de la mano á la niña y ésta resucitó, *en Mateo están estrechamente unidos, y más aún en los otros dos evangelistas, por los adverbios* al punto, en seguida. *Pues con todo eso, Paulus intercala entre estos dos miembros de frase un tratamiento medical que duró algún tiempo; Venturini no repara en nombrar uno por uno los medicamentos que se emplearon*; *Olshausen, atento á combatir semejantes atentados contra el texto, sostiene firme y con razón que, en el concepto de los evangelistas, la palabra vivificadora de Jesús, y nosotros podemos añadir, el contacto de su mano armado de fuerza divina, fueron los intermediarios de la resurrección de la joven.* [1]

Todo esto es de Strauss, cuyo largo discurso hemos querido trasladar por entero, para que conste cuán frívolas juzgaba las razones de los naturalistas, y con cuánta claridad deducía del texto evangélico la muerte de la hija de Jairo. Después adornó Strauss, ó pervirtió, la sencillez y verdad histórica de este pasaje con su interpretación mítica, más ridícula y disparatada, si cabe, que la interpretación natural.

Veamos ahora cuán *a priori* y á su talante ensartan su razonamiento los racionalistas, sin ceñirle á las circunstancias anotadas en los Evangelios. A demostrar que no fué muerte aparente sino verdadera, dos cosas concurren: el progreso gradual de la enfermedad, la deposición de los testigos. El padre, visto el estado de su hija, la representa á Cristo en actitud de agonizante; y así le dice: *está al cabo de la vida* (ἐσχάτως ἔχει). [2] S. Lucas lo expresó diciendo: *estaba para rendir el alma* (ἀπέθνησκεν). [3] Con grandes ansias ruega á Cristo se sirva ir y ponga sobre ella la mano para que recobre la salud y salga de peligro. [4] Después que por el camino acaeció el episodio de la hemorroisa, notifican al príncipe de la Sinagoga qué *su hija ha muerto ya.* [5] Entonces se acerca al Salvador y haciéndole reverencia le dice: *Señor, mi hija acaba de morir* (ἄρτι ἐτελεύτησεν); [6] *vé, pon sobre ella la mano y vivirá.* Dale el Señor grandes esperanzas, prometiéndole que si aviva la fe, conseguirá el colmo de sus deseos. [1] Echaría de ver el Salvador que le faltaba al hombre judío aquel caudal de fe bastante para creer posible la resurrección, aunque afectase creerla. Del esfuerzo que Cristo le exigió, con que desviase las dudas del entendimiento y enmendase la tibieza de la voluntad, se infiere que antes de entrar en casa dieron ámbos por muerta la niña, como lo significan los evangelistas con toda claridad.

Por otra parte la verdad del fallecimiento no daba lugar á ningún género de duda, tratándose de una familia que disponía de médicos expertos y escogidos, y de amigos y sirvientes hábiles para certificar el curso de la enfermedad. Y tanta era la persuasión de los domésticos, que tenían ya avisada gente para el entierro, cuyo bullicio traía turbada toda la casa; unos daban prisa por el ataúd, otros por las hachas, otros por los aromas, aquí se aliñaban lutos, allí pertrechos funerales, los músicos preparaban sus flautas y chirimías, las plañideras sus velos, con que había grandes lamentos, gemidos y confusión cuando entró el Salvador con la comitiva; confusión y ruido bastante para despertar del sueño al durmiente más aletargado.

Al entrar díjoles el Señor: ¿por qué lloráis y alboratáis? *non est mortua puella sed dormit.* Y citan los tres evangelistas concordes este saludo, [2] que tanto enfurece á los naturalistas. No habló aquí el Salvador, como se ve en muchas escrituras que llaman durmientes á los muertos, porque Cristo aseguró terminantemente que la niña no era *difunta*, y las Escrituras no niegan que sean difuntos los que apellidan durmientes. Ni tampoco la llamó *dormida* para significar que pronto la despertaría del sueño, como dijo después de Lázaro, porque de éste nunca dijo que no hubiese muerto, y aquí declara que no está muerta, y que duerme, y eso mismo quiso entendiesen los presentes aunque no les descifró en qué consistía aquel sueño. Pero al decir que no había fallecido con toda verdad, no lo entendía como lo imaginaban los domésticos, los cuales carecían de fe suficiente para creer que había de dar nueva vida á un cuerpo falto de ella; *porque si la turba hubiera sabido que en breve había de tornar á vivir, como en*

---

[1] *Vie de Jésus*, II, chap. IX, § XCVIII.
[2] Marc., V, 23. [3] VIII, 42. [4] Marc., V, 23.
[5] Marc., V, 35.—Luc., VIII, 49.
[6] Matth., IX, 18.

---

[1] Marc., V, 36.—Luc., VIII, 50.
[2] Matth., IX, 24.—Marc., V, 39.—Luc., VIII 52.

efecto tornó, no la habría juzgado por muerta sino por dormida, dice el P. Maldonado. [1] Cristo habló como hablaría ni más ni menos aquella turba si acertara á sospechar que presto había la muerta de dejar de serlo. De manera que el decir Cristo, *la niña duerme*, fué lo mismo que decir: *la niña está muerta* en opinión de todos los presentes, que no piensan deba revivir; pero en concepto de Cristo el decir *duerme* denotaba espíritu profético, porque no habiéndola visto antes, no podía pronunciar que le quedase aliento vital, contra lo que todos alegaban, sino es ó que lo alcanzase por conocimiento superior, lo cual no consta, ó que resuelto á sacarla triunfante de la muerte, considerase como pasajero aquel momentáneo fallecimiento.

Los naturalistas que tanto exageran la fuerza de las voces *no ha muerto, sino que duerme*, deberían confesar que caen sin remedio en el inconveniente que pretenden excusar. Estas palabras arguyen espíritu profético en Cristo si en su sentido material se toman, pues no habiendo visto por sus ojos á la niña, y enterado de lo contrario por tantos testigos, afirmarse en que no estaba muerta, sólo á vista profética y sobrenatural puede atribuirse. Descartando los naturalistas el milagro han de admitir la profecía, y huyendo del orden sobrenatural por un lado, dan de ojos en él indefectiblemente por otro. ¿Cómo no ven que con sus propias manos derriban el castillo encantado que audaces levantan? ¿cómo no entienden que las palabras de Cristo *no está muerta sino que duerme* expresan clarísimamente todo lo contrario de lo que suenan, pues encierran la vista profética de la resurrección y consiguientemente la certificación de la muerte? No digan: el padre le informó; porque áun dado el diagnóstico, es profecía el pronóstico: sin haber visto á la enferma, contra el dictamen de los facultativos ningún hombre, mientras toda la casa llora consternada y cuando ha dado principio la solemnidad de las honras, osará certificar que no hay motivo de lamentarse.

En cierto sentido puédese decir que el Salvador con la ambigüedad de sus voces quiso prometer uno y dar otro, enredando con lazos á la turba con persuadirla que la niña no había del todo fenecido, como dice Maldonado. A menos que digamos que no anhelaba la gloria de resucitador, sino guardar el porte humilde que siempre solía en sus milagros, como quien contaba seguramente con la omnipotencia divina. Pero es digna de ponderación la burla que hicieron de Cristo al oirle que la niña estaba durmiendo y no sueño de muerte. Los tres evangelistas escriben: *Se mofaban de él.* [1] San Lucas añade la causa, y era que *tenían clara certidumbre de que había espirado.* Dábanle vaya y escarnecían de él con voces y meneos, teniendo por ilusión sus seguridades. Esta mofa es el argumento más perentorio de que la niña había dejado de vivir, y la prueba más eficaz de que el milagro se obró. La mofa era irreverente pero natural, irracional pero llena de significación, el escarnio significaba la imposibilidad de dar vida á un difunto por vía natural. ¿Quiénes eran los que mofaban de Cristo y sazonaban con donaires aquel para ellos desatino? los que estaban al rededor del cadáver rompiendo el aire con desentonados lamentos, y tenían bien conocida la índole de la enfermedad, el curso que había seguido, los remedios aplicados, los empleados desvelos, las sumas de dinero gastadas, y parecía natural cosa pensar que entre tantas demostraciones de tristeza, el llamar sueño á una vida segada en flor después de tantos sudores, era burla y agravio; agravio y burla, que pagaban ellos con otra burla é irreverencia. Para responder Cristo á la burla de los lamentadores y familiares, no tenía más remedio que mostrarles allí delante su poder milagroso. La mofa de los domésticos funda la histórica verdad de esta narración, y exige la verdad filosófica del milagro.

En cuya confirmación añade San Lucas que, como tuviese Cristo asida la difunta por la mano, y la mandara que se incorporase, *el alma le volvió súbitamente y resucitó*; [2] palabra la más vana del mundo si en realidad aquel cuerpo no recibió otra vez en sí el alma que había perdido. Y en prueba de que la había recobrado y juntamente rejuvenecido con nuevos rayos de vigor, ordenó que la diesen luego de comer. Los que se habían estado bur-

---

[1] In Matth., IX, 24.

[1] Matth., IX, 24.—Marc., V, 40.—Luc., VIII, 53.
[2] καὶ ἐπέστρεψεν τὸ πνεῦμα αὐτῆς καὶ ἀνέστη, VIII, 55.

lando al ver vueltas en veras las burlas, en himnos los gemidos, *quedaron espantados con grande admiración*, [1] porque no habían oido en sus días voz de tanta majestad, ni después del hecho de Naim se había visto cosa igual en el mundo.

Otro linaje de estupor causa á los médicos sugestionistas, y con otras burlas reciben el relato evangélico, que conviene aquí considerar. Tan orgullosos y pagados están de sus habilidades los que se ocupan en tratar enfermos neuróticos, que han querido compartirlas con nuestro divino Redentor. Adórnanle con las gracias de hipnotista ingenioso en el arte de lograr maravillas por medio de la sugestión. No es cosa nueva ver cómo un mandato decide prestamente la curación de una parálisis, que no se dejaba vencer de los medicamentos terapéuticos ordinarios. *Así por ejemplo*, dice M. Charcot, *un médico logra que se levante de la cama en que yacía inmóvil por largo tiempo una mujer acometida de paraplejia psíquica; y teniéndola de pie, le dice con imperio*: anda, *y ella echa luego á andar. Este es un ejemplo de curación* milagrosa *que da razón de otras muchas. No hay casos mejor averiguados que estos; y de ellos he sido testigo yo más de una vez.* [2] Esta dicción *más de una vez* significa *tres veces*, porque un poco más abajo leemos: *he presenciado en este hospital tres casos de esta índole.* [3] Convendría saber si en hecho de verdad las tres histéricas celebradas por el doctor Charcot salieron de sus manos felizmente y libres del mal que padecían; lo que es de repente no le remediaron, como lo dice el libro del autor que tenemos en las manos. Lograr que una histérica ponga los pies en el suelo y dé pasos geométricos no es gran maravilla; lo raro sería curarlas de raíz en el acto con solo querer, como lo hizo Cristo con muchos enfermos, amén de la hija de Jairo que era cadáver.

De la declaración de Charcot se aprovechó Pablo Janet para deslustrar la grandeza del milagro que traemos entre manos. *La parálisis espontánea*, dice, *cuando es solamente nerviosa, puede curarse por vía de sugestión. Ha llegado á mis oidos que una joven de catorce años asaltada de parálisis hacía un mes y más, ha sido librada en un instante por el doctor Charcot con solo intimarle la orden. Mandó que se levantase de la cama, en que yacía inmóvil, y cuando la tuvo en pie, en diciendole*: anda, *empezó luego á andar. Este es un ejemplo de curación milagrosa que da razón de otras muchas.* [1]

Sobre los tres casos antedichos del Dr. Charcot pónese á pensar el Dr. Hack Tuke, [2] y espántase considerando la especial influencia que ejerce el alma en ciertas enfermedades del sistema nervioso. Tiene para sí por cosa cierta el médico inglés que un muerto no puede volver á cobrar calor y nueva vida; pero también añade estar bien demostrado que una enfermedad, desahuciada por graves síntomas, halla á las veces cierto remedio en impresiones mentales. [3] No es este lugar á propósito para controvertir el valor de dichas autoridades, que indirectamente y con gran malicia tiran á deshacer el lustre del milagro que aquí tratamos; pero lo que ningún doctor pondrá en cuestiónes que son vanísimos todos los esfuerzos de los médicos sugestionistas para comunicar aliento de vida á un cadáver, como Cristo le comunicó.

Con cuánta malignidad hagan burla de esta resurrección los médicos racionalistas, lo pone claro como el día M. A. de Rochas. [4] Citadas las palabras sobredichas del Dr. Charcot, aconseja en una nota al lector que compare las habilidades del médico Charcot con el paso del Evangelio [5] que estamos estudiando, como queriendo significar que Cristo con la hija de Jairo no hizo sino poner en ejercicio la sugestión, y dando por supuesto que estaba viva la joven y que era histérica y con parálisis psíquica. Siquiera M. A. de Rochas admite la autoridad del texto bíblico, si bien da muestra de no haber en su vida confrontado los tres contextos. Pero llevando hasta el cabo la pérfida irrisión dice lo siguiente: *M. Voisin ha relatado el caso de una monoplejia histérica con fractura del miembro superior derecho, que databa de seis meses, curada por sugestión hipnótica.* Y luego prosigue citando: *La condición in-*

---

1 *Obstupuerunt stupore magno.*—Marc., V, 42: *stupuerunt parentes ejus*, Luc., VIII, 56.
2 Rien de mieux établi que ces faits, dont, pour mon compte, j'ai été témoin plus d'une fois.—*Leçons sur les maladies du système nerveux*. t. I, 5.e édit p. 356.
3 P. Bonniot, *Études religieuses*. t. XLIII, 1888, p. 43.

1 *Revue politique et littéraire*, 2 août, 1884, p 131.
2 *Le corps et l'esprit*. 1886, p. 318.
3 Ibid p. 336.
4 *Revue scientifique*, t. XXXIX, 1887, p. 213.
5 Marc., V, 39, 41.

dispensable para remediar las enfermedades psíquicas es el aislamiento, condición necesaria, principalmente en niños ó jóvenes que la familia afligida trata con cuidados continuos, muy loables en verdad, pero enderezados á lograr el efecto que se desea.

En estas citas de autores, con que Mr. de Rochas intenta cargar el látigo de su furor sobre la hija de Jairo, y en el recurso que hace al Evangelio, se desafuera sin tino con mil nulidades. Primero, finge que la niña era histérica y aquejada de parálisis psíquica; sólo sabemos que tenía doce años, y que había entregado su alma á Dios. Segundo, imagina que ordenar á una histérica que ande, es curar el origen de su mal, y que Cristo no hizo con la *Talita* ni más ni menos; falsedades ambas descomunales. Tercero, induce al lector á que piense que la niña estaba inmóvil, no por el mal de la muerte sino por parálisis; y aquí da del pie á San Lucas y enmaraña el texto sagrado, que no es pequeña alevosía. Cuarto, hace sospechar subrayando ciertas voces, que despedir Cristo de la habitación á la gente y quedarse solo con cinco testigos fué para asistir á la enferma, y usar con más libertad de la sugestión; y no advierte cuánta copia de testigos había que no titubeaban en el fallecimiento de la muchacha. Quinto, con alegar á solo San Marcos y pasar en silencio los otros evangelistas, y prescindir de antecedentes y consiguientes, significa que no hubo más que lo que traslada, habiendo mil razones que prueban cómo la doncella había partido de esta vida y dió después señales evidentes de haber vuelto á vivir con perfecta salud. De donde se muestra claro que comparar con el evangelio de San Marcos las sugestiones de Charcot, es sentar plaza de necio y de malicioso; no hay ni por asomo punto de comparación. Y mucho menos le hallará quien coteje las cosas que Mr. de Rochas nos manda cotejar. Mr. Charcot no tiene habilidad para lograr por sugestión que sus histéricas se levanten de la cama, no llega á tanto su persuasiva; á lo más consigue que cuando con gran trabajo y auxilio de brazos la sacaron del lecho y la pusieron en pie, mandando después él con grande prosopopeya que alarguen el paso y empiecen á caminar, las dolientes batallando con su flaqueza se mueven un trecho. ¿Qué semejanza tiene esta sugestión, cosa tan natural, con la acción de Cristo, el cual con solo decir *Talita cumi*, la doncella despide la mortaja por sí sola, se pasea con gallardía por la sala, come bien y procede cual si nunca hubiera estado, no digo muerta, pero ni áun sujeta á enfermedad en toda su vida? No manda Charcot á los suyos silencio, como Cristo le mandó á los que presenciaron este milagro, sin que su ordenanza fuese parte para que la fama no volase por la tierra. *Mandóles precisamente Jesús, que nadie por ellos supiese aquel milagro, y que seguramente diesen de comer á la hija. Mas viéndola viva y con salud robusta sus padres y la infinita muchedumbre que estaba fuera aguardando el suceso, discurriendo sobre él, conforme la inclinación de sus afectos (porque ha muchos siglos que las pasiones del alma sobrescriben el título á las cosas, sin que de este achaque se exima Dios, por más que vive en el sagrado de la suprema santidad), no fué posible contener en aquellas paredes el milagro, y así se divulgó la fama de él en toda aquella tierra, aunque cuanto era de su parte cautelaba Jesús estas acciones de ambición, de vanidad, ó aplausos populares.* [1]

ARTÍCULO II.

La resurrección del hijo de la viuda; relación del suceso.—Verdad de esta resurrección.—La escuela naturalista la contradice.—Fama de este milagro.—La resurrección de Lázaro; relación del suceso.—Circunstancias que precedieron.—Costumbres judías en los entierros.—Efectos de este suceso.—Consistorio de los fariseos.—Condenan á Cristo á muerte por este milagro.

Dirigía Cristo los pasos á la ciudad de Naim, no lejos de Cafarnaum, deliciosa y bien situada, en la llanura entre el monte Tabor y la montañita Hermón, en compañía de sus discípulos y de otra mucha gente, cuando [2] *al llegar á la puerta de la ciudad sacaban á enterrar á un mancebo difunto, hijo único de su madre, que era viuda é iba con ella mucho acompañamiento del pueblo.* Precedían la pompa funeral las mujeres, porque, dice el Comentario rabínico Midrasim, la mujer introdujo la muerte en el mundo. El cuerpo era llevado en una caja de madera, no cerrada sino descubierta, la cara sin velo y supina cruzadas sobre el pecho las manos. Esto era lo más común, y lo traen los libros talmúdicos,

---

[1] P. VALVERDE, *Vida de Jesucristo*, 1600, lib. II cap. XXVI.

[2] Luc., VII, 11

sin que debamos parar mucho en las mentiras y supersticiones que mezclan, ni en si á las personas solteras se les ponía en el féretro por señales de distinción pluma, llave, tintero, y á los novios un dosel y adornos de arrayán. El cadáver de este mozo sería llevado por amigos y vecinos de la casa, relevándose á trechos y dando lugar á los clamorosos lamentos de las plañideras. Iban en compañía de la afligida madre los parientes, amigos y conocidos en copiosa multitud; cerraba el cortejo fúnebre la turba de mujeres que acompañadas de flautas, címbalos y trompetas, expresaban, según la hebra que suelen tener, con grandes llantos y lástimas el general sentimiento.

De vuelta de Cafarnaum pasó Cristo por Endor, y se encaminaba á Naim cuando se encontró con la solemnidad del entierro. *Reparó en la madre* del difunto que seguía llorando y traspasada de pena. No conoció ella al Señor de la vida. *Él con entrañas compasivas* se acercó y *le dijo: no llores*, como dándola á entender que dejase el llanto para otra ocasión, que en la presente se le había de convertir en gozo. *Y arrimándose, pone la mano en el féretro, y los que le cargaban, al punto pararon.* En medio del general silencio que esta detención impuso, sonó la voz majestuosa de Cristo, *diciendo: mancebo, contigo hablo, yo te mando que te levantes.* En aquel punto el cuerpo, trocada en trofeo la mortaja, *se incorporó* rebosando vida, y en prueba de tenerla entera y de que el alma habia vuelto á juntarse con el cuerpo, *empezó á hablar*: así remozado fué restituido á su desolada madre.

Ocupó un desusado pavor á los circunstantes, compuestos de dos compañías de gente: *todos* á una *engrandecían á Dios, diciendo: Un gran profeta ha parecido entre nosotros, y Dios ha visitado á su pueblo: voces que corrieron por toda la Judea y por la región comarcana.*

Ahora falta que veamos si este acontecimiento es real é histórico. De ningún taumaturgo del Viejo Testamento leemos que en casos semejantes haya obrado con tanto poderío y sencillez: si aquéllos con oraciones y plegarias, éste con abrir los labios; si aquéllos agitándose y encogiéndose, éste cual si ejecutase una acción vulgar; aquéllos como siervos en casa ajena, éste como Hijo en casa propia; aquéllos con poder prestado, éste con propiedad de poder.[1] Tachar de ficción el relato, es tema de racionalistas, que pierden el tino cuando leen el Evangelio. En mente de hombre no cabe inventar tamaño suceso. En el Antiguo Testamento tampoco hay ejemplar que le sirva de pauta. ¿De dónde le sacaría el evangelista, si alguna sombra de verosimilitud le había de dar?

Además, aquí se le designa lugar, ocasión y multitud de circunstancias particulares, que convienen á maravilla con las costumbres judaicas, sin cosa que sobre ni cosa que falte: no se escriben así, por cierto, las leyendas. No pasa el milagro en el rincón de un aposento, ni en presencia de tal cual testigo, sino en campo raso, *á las puertas de una ciudad, á los ojos de inmenso gentío, siendo el portento celebrado por toda la Judea.* Tampoco fué natural. Ya que no repugne al cuerpo hospedar como quiera un alma, ó entrar el alma en un cuerpo, todavía no hay agente natural capaz de disponer un cuerpo desorganizado á recibir en un instante calor y vida. Mas lo que sale de los límites naturales, le es muy propio á nuestro poderoso Dios. Finalmente á haber sido ficción ó hecho puramente natural, no se habrían estado quedos los enemigos de Cristo pasando por este milagro como con efecto pasaron. ¿Y cuándo? cuando un valeroso apologista, Quadrato, notificaba al emperador romano que los que habían recobrado vida por la voz de Cristo, la conservaban lozana en su tiempo, y eran personas de notoria reputación, como en otro lugar se dijo.

La escuela naturalista ha compuesto, para combatir este milagro, una conseja muy hija de su redomada avilantez. Es como sigue. Al encontrarse Jesús con los que iban en la procesión mortuoria, detúvose á trabar conversación con ellos, é informado de la novedad conjeturó que el adolescente dormía, vencido de un profundo letargo y no herido de muerte real. Tal vez le habían llamado á Naim, y sabía lo que pasaba; lo cierto es que al ver el quebranto de la viuda, le aconsejó que se dejase de lloros; y era muy natural que así la consolase, sin por eso significar que su duelo fuese fundado. Acercóse á las andas, y reparó que el presunto muerto movía los párpados. Dábanse prisa los que le lleva-

[1] I Reg, XVII, 20.—II Reg. IV, 34.—Act. IX, 40.

ban á proseguir su camino: él los detuvo, y sacando un ungüento confortativo estrególe las sienes, sacudióle los brazos, apretóle la mano, y visto que volvía en sí le dijo: *mancebo, levántate, y ánimo.* El enfermo se levantó, y la gente, siempre inclinada á maravillas, aclamó milagro.

Esta invención ha sido engalanada por Paulus, [1] Venturini, [2] Hase [3] y otros de la escuela, con variedad de circunstancias, conformes al ingenio de cada cual. Malgastado sería el tiempo que empleásemos en deshacerlas: son, ó contrarias al texto, ó sobreañadidas, ó supuestas, ó imaginarias, ó incoherentes, ó inverosímiles, ó todo junto á la vez. Strauss las llamó *tejido de ficciones*, [4] y juntamente con Schleiermacher [5] declaró que la historia evangélica era caso de verdadera resurrección. El Dr. Smaltrooke, en una refutación completa de los discursos de Woolston, [6] que en el siglo pasado publicó, toma en consideración las dificultades propuestas por el deista inglés sobre este paso del hijo de la viuda, y las deja sin réplica posible. En la misma demanda insistió el docto Stebbing, [7] tomando á su cargo la confutación de los reparos dirigidos por Woolston contra las tres resurrecciones que examinamos. Uno de ellos era que las tres personas resucitadas ni dijeron ni pudieron decir palabra de lo que les había pasado en el otro mundo. La respuesta dada por Stebbing es, que dijeron los resucitados lo que pudieron saber: única respuesta adecuada á la insolencia de los enemigos.

Muy ajena de esta resurrección es la referida por Filostrato [8] en la novela de Apolonio Tianeo. Encontróse este mago en una calle de Roma con el cuerpo de una doncella cuando la conducían á enterrar. Dispuso que detuviesen el paso los que la llevaban, y preguntado el nombre, díjole al oído no sé qué palabras, tomóla de la mano, y ella se levantó, habló y se volvió á la casa de su padre. Filostrato que esto escribe, no cree que la joven hubiese muerto. La razon que da para tener su muerte por aparente, es la que en nuestro caso dan los discípulos de Paulus, á saber, que Apolonio notó en aquel cuerpo una centella de vida, no columbrada por los médicos y asistentes. Esta relación y la nuestra tienen muchos puntos de contacto; sólo que la nuestra es cierta y la de Filostrato fingida, y compuesta sobre el modelo de la evangélica, como en su lugar se dirá.

La fama de la nuestra se divulgó por Palestina [1] y acrecentó la grandeza de su autor. Cuando noticioso el Bautista de lo acaecido, llamó á dos discípulos suyos y los envió á Jesús con la proposición *¿Eres tú el que esperamos?* y para darles el Salvador cumplida respuesta, y fundarla en obras inequívocas, hizo delante de ellos varios milagros de curaciones, [2] de ningún muerto habían ellos visto la resurrección, pero la del hijo de la viuda sonaba aún en sus oídos. Muy averiguadas habían de ser estas maravillas, para que hiciesen fuerza á los discípulos del Bautista. Pasar de una escuela á otra, mudar de maestro, dar la preferencia á Jesús, reconocerle por el Mesías, y dejar que se les apagase aquella antorcha tan resplandeciente, era mudanza que exigía pruebas perentorias, razones incontrastables. Al fin el lustre de los milagros granjeó la confianza y afición de los que seguían al Bautista, y se pasaron á la banda de Jesús. [3]

La mayor de las maravillas hasta aquí consideradas, es la resurrección de Lázaro; ninguna incluye más fidedignidad de testigos, ni más magnificencia de poder, ni más eficaz consuelo para los que tenemos fe, ni más grave humillación para los que la han perdido. Por ser esto así, contra ningún otro milagro habían de menear las armas los enemigos con más fiereza.

Andaba el Salvador con sus discípulos por la Perea, en los confines de la Judea, al otro lado del Jordán, después de pasar entremedias de Galilea y Samaria, cuando le llegó un mensaje en nombre de las hermanas de Lázaro, Marta y María, cuya substancia era que su hermano *estaba en cama y de riesgo*. Con eficacia le apremiaban haciéndole presente que Lázaro era su *amado*; [4] para llegar á tanto el amor, mu-

1 *Exeg. Handb.*, I, 716.
2 *Naturliche Gesch.*, II, 293. 3 *Leben Jesu*, § 87.
4 *Vie de Jésus*, II, chap. IX, § XCVIII.
5 *Uber den Lukas*, 103.
6 *A vindication of our Saviour's miracles*, 1729.
7 *A defense of the Scripture-History* 1729.
8 *Vita Apollonii*, lib. IV, cap. XLV.

1 Luc., VII, 17. 2 Luc., VII, 22.
3 DUGUET, *Principes de la foi chrétienne*, III^e p., chap. XXIII. 4 Jo., XI, 3.

chas finezas debieron de pasar entre los dos, sepultadas en el silencio por los sagrados evangelistas.

Respondió Jesús á la embajada: *Esta enfermedad no es de muerte, sino para gloria de Dios, y para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella.* Oyeron la respuesta los apóstoles que acompañaban á Jesús, y como sacasen por discurso natural que Lázaro no moriría de aquella dolencia, tampoco cuidaron de averiguar cómo aquella enfermedad haría patente la gloria de su Maestro; pero conjeturaron que en el restablecimiento de la salud de aquel hombre estaría librada la esplendorosa manifestación del Mesías, que ellos y todo el pueblo con tanta avidez aguardaban.

Entre que recibió el mensajero la respuesta de Cristo y la llevó á las hermanas, Lázaro debió de morir, como con efecto murió, y lamentarían ellas su desdicha por haberle llamado tan tarde, con pena de que no se hubiese hallado presente. Enterráronle, según costumbre y como convenía á caballero tan principal, en la sepultura de familia, con todo el aparato y acompañamiento que decía bien con la fe profesada por los tres hermanos.

Sin embargo de saber Cristo con toda certeza que Lázaro su amigo había pasado á mejor vida, quedóse dos días en la Perea, donde le había cogido la nueva, y allí prosiguió en la obra de la predicación sin dar muestra de humano sentimiento, disimulando el amor que á los tres tenía y el deseo de consolarlos. *Pasados dos días* rompe el silencio, y *dice á sus apóstoles: Volvamos á Judea.* Aquí representáronle ellos que *poco antes le querían apedrear los judíos en Judea*, y no convenía exponerse á los tiros de los malévolos; mas él en lenguaje figurado significóles que teniendo Dios tasada la hora y tiempo de su muerte, y no siendo aún llegada la sazón del divino consejo, no había para qué reparar en dificultades ni dejar de acometerlas cuando se atravesaba la gloria de su Padre; con estas palabras los dispuso y alentó á la gran jornada que había de ser de gravísimas consecuencias.

Poco tardó en revelarles los secretos de su pecho. Súbitamente les dijo: *Lázaro, nuestro amigo, está durmiendo, voy á despertarle del sueño*, y entendió por aquella dormida el sueño de la muerte. Ellos no atinando qué linaje de sueño era aquél, lo interpretaron del sueño natural, y á motivo de esto repusieron: *Señor, si duerme estará salvo.—Por ventura fué esta de las más amargas congojas de Jesús, conversar entendimientos que debiendo adorar sus disposiciones, se las contradecían como desalumbradas, dando á sus misteriosas locuciones sentido grosero, indiscreto y desigual.* [1]*—Pero Cristo hablaba de su muerte.* [2]

Más claramente expresó Cristo su intención diciendo: *Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros para que creáis y os afirméis en la fe, por cuanto yo no estaba allí; pero vamos allá.* Tomás que vista la resolución de su Maestro, hizo cuenta que se ofrecía á la muerte, respondió con gran valor hablando con sus condiscípulos: *Vamos también nosotros para que muramos con él.* En estas palabras se descubre cuán mal y confusamente calaban las de Cristo, y cómo no rastreaban el sentido alegórico que había usado.

Llega Jesús á Betania, y halla que *Lázaro estaba muerto y enterrado, cuatro días había.* [3] Porque solían los judíos dar sepultura á los cadáveres muy luego de acaecida la muerte. [4] En el supuesto de haber ésta ocurrido al tiempo que el correo se partía de Perea con la respuesta para la casa de las hermanas, en tanto que Jesús dilataba dos días más su viaje á la Judea, podemos hacer este cómputo. El domingo saldría el propio con el recado, y llegó á Jesús el lunes; Jesús continuó en Perea hasta el miércoles, y vino á Betania el jueves; el día siguiente juntóse el consejo de los sacerdotes á decretar la muerte del Salvador; y el domingo próximo dió Cristo la vuelta á Perea y á Efrain. [5] No sabemos en qué paraje de la Perea se alojaría el Salvador, pero el haber las hermanas de Lázaro despachado el correo con tanto acierto y facilidad, denota lugar conocido, y también nos significa que entre Cristo y sus discípulos reinaba alguna manera de comunicación con facilidad para tenerlos enterados del paradero y plan que llevaba en sus excursiones. Por aquí también se entiende cómo algunos apóstoles andaban por Galilea cuando la resurrección de Lázaro; ausencia, que explicaría el silencio de los otros tres evangelistas, y áun la resolución de Tomás, caso que Mateo y Pedro no acompañaron á Cristo.

---

1 P. VALVERDE, *Vida de Jesucristo*, 1600, lib. V, cap. I.
2 Jo., XI, 13.
3 Jo., IX, 17.
4 Moed., k. 28.
5 Jo., XI, 54.

Estaba el cuerpo de Lázaro enterrado en sepultura particular. De creer es que en el enterramiento se guardarían las ceremonias legales, ya que no todas las extravagancias usadas por los rabinos, porque no consta en el Evangelio que el ser la casa de Lázaro amiga de Cristo, fuese motivo para que los fariseos la marcasen por enemiga de la Sinagoga. El vestido de luto era usado y sin ninguna señal de adorno. Solía haber discurso fúnebre. Alquilábanse plañideras y lamentadores, y mientras éstos se azotaban á sí propios y rompían sus vestiduras, [1] las mujeres desgreñábanse los cabellos, [2] rasgaban las tocas, abrían las bocas á mil lástimas con gritos descompasados y agudísimos, y hacían otras demostraciones de dolor extremadas y ridículas, que en el entierro de Lázaro debieron de suprimirse ó modificarse notablemente, en especial cuando dichas exterioridades se concedían por privilegio á familias de calidad.

Aquí por el contrario reinó mucha compostura en las señales de simpatía, de sentimiento, de consideración y estima entre los amigos y vecinos que habían acudido á consolar á las hermanas del finado. En la pompa fúnebre andaban separados los sexos, siendo cosa usual volver las mujeres solas de la sepultura. Aun antes del enterramiento daba principio el duelo, y en él tomaban parte los amigos y allegados, silenciosos en el suelo ó empleados en aderezar la comida de funeral. Sepultado el cadáver formábanse dos hileras, y entre ellas las lamentadoras entonaban endechas, y las repetían siete veces, hasta que la procesión llegase á la casa del muerto. [3] Aquí comenzaba el riguroso luto; duraba los tres primeros días con gran severidad, los restantes hasta treinta con signos menos expresivos de tristeza, excepto el sábado, en que toda demostración de sentimiento estaba prohibida.

No supieron en la casa la llegada de Jesús. Distaba Betania de Jerusalén media legua, [4] y de Jerusalén habían concurrido muchos amigos á templar el dolor de las afligidas hermanas. [5] Hallábase Marta en un aposento exterior, cuando le dieron aviso de que Cristo acababa de llegar. Salióle á recibir sin una sola voz de queja. Durante la congoja de aquellos cuatro días las dos habrían repetido en su soledad, que á tener en su compañía al divino Maestro no hubieran probado aquel trago de tanta amargura. Con este saludo recibió Marta al Señor, añadiendo: *yo sé que cuanto pidieres á Dios te será concedido;* no porque ella esperase milagro, que ni áun le daba por seguro cuando Cristo mandó apartar la losa del sepulcro. Pero el Señor se lo significó muy á las claras, diciendo: *Tu hermano resucitará*, si bien ella lo traspasó al juicio universal *en el último día.* [1] Preparó Cristo el ánimo de la desconsolada, levantando un poco el velo y señalando la dependencia que tenía de su sagrada persona la resurrección de los hombres; díjole: *Yo soy la resurrección y la vida*; *el que cree en mí aunque haya muerto vivirá*; *y cualquiera que vive y cree en mí*, *no morirá para siempre.* La Resurrección de Cristo era fruto de la Encarnación. Milagrosa fué la operación de entrambos misterios, y de incomparable semejanza. El recibir vida los muertos en el fin de los siglos venía á ser consecuencia de la relación que entre ellos y Cristo mediaba; pero el restituir á los muertos actuales vida, era privilegio del hombre-Dios, reservado á la grandeza de la fe. *¿Crees esto* que te he dicho? pregunta Jesús á Marta. ¿Crees que soy el autor de la resurrección, y el dador de la vida? *Sí, Señor*, responde, lo creo *y he creido que tú eres Cristo Hijo de Dios vivo que viniste á este mundo.*

Dicho esto fué Marta á llamar á su hermana María, y según parece indicar el sagrado texto, por orden de Cristo *le dijo al oido: El Maestro está aquí y te llama.* Se había María quedado en casa, y se hallaba con las visitas de pésame, rodeada de personas que mitigaban su pena, [2] con los pensamientos en otro mundo. Al oir la voz de su hermana, *levantóse de presto, y fué donde estaba Jesús.* El cual aún no había entrado en el palacio, y estaba parado en el sitio donde Marta le saludó. Juntamente con María levantáronse los que la consolaban, pensando iba á visitar la sepultura y á llorar al difunto hermano. Porque era muy recibida costumbre entre ellos, durante los días de mayor luto, hacer varias visitas á la tumba del muer-

[1] Ab. R. Nath., 25.
[2] Jer., Kidd., I, 8.
[3] Baba, B. 100.
[4] Jo., XI, 18.—Jo., XII, 1.
[5] Jo., XI, 31, 45.

[1] Jo., XI, 24.
[2] Jo., XI, 31.

to, [1] y esto decían entre sí los que la acompañaban. [2]

María llegando á donde estaba Jesús, de primera intención, sin hacer caso del acompañamiento, *cae, y póstrase á sus pies y le dice: Señor, si hubieras estado* en mi casa *no habría muerto mi hermano:* y calló lo demás que había añadido Marta, ó porque era más instruida en la ciencia de la fe, ó porque descuidada de las cosas terrenas se hallaba muy bien hallada á los pies del Señor. Ahogaron su voz los sollozos y dejó correr las lágrimas, como en casa del fariseo, y las suyas [3] derramaban también los nobles judíos: viéndolas el Señor no quiso contener la ternura, porque dando suelta á los afectos del corazón, al decir, *¿dónde le habéis puesto?* y al responder ellos: *Señor, venid y ved*, entristecido se turbó, sollozó, abrió la puerta á la copiosa corriente (ἐνεβριμήσατο τῷ πνεύματι), y rompió el aire con gemidos, no por indignación de espíritu sino por ternura de afecto; [4] de manera que advirtiendo ellos el llanto sosegado de Cristo, no sólo pensaron honraba con él la muerte de Lázaro, sino que aquellas señales de tiernos sentimientos conceptuáronlas prendas de entrañable amor, y por esto exclamaban: *reparad cómo le quería*. Otros se ponían á razones y preguntaban curiosos: *¿cómo no estorbó que Lázaro muriese, quien abrió los ojos al ciego?*

Va dicho más arriba que los milagros de Cristo no fueron meros alardes de su poderoso brazo; en ellos entraba la compasión de su blando pecho, como parte muy principal, pues no era tan solamente redentor de las culpas humanas, mas también fiador y remediador de nuestras enfermedades y penas, por eso tomólas sobre sí y gustó su amargura. *Esta conmiseración, unida á la cualidad de resucitador y vida nuestra no en cuanto dón extraordinario, sino en cuanto efecto de la divina Encarnación, nos da la clave para de algún modo rastrear el profundo carácter de sus teándricos sentimientos, que eran á la vez vicarios y redentivos, y que antes de resucitar á Lázaro mostraron todo el interior de su sér cuando, según S. Juan, movió con gran vehemencia su espíritu y se turbó y sollozó.* Así el protestante Alfredo Edersheim. [1]

Llegaron al sepulcro. Era éste una cavidad, labrada en la peña. Cerraba su puerta una losa para estorbar que los animales robasen los cadáveres. Aquí otra vez gimió Cristo dolorosamente, y entre sollozos mandó quitar la losa que cubría el sepulcro. Espantados quedaron y atónitos los que oyeron tan extraña disposición, que sólo se tomaba en caso de absoluta necesidad. Atravesóse Marta, haciendo tal vez cuenta que el Maestro deseaba contemplar la cara de su difunto amigo, y con ademán de resistencia, entre el temeroso silencio dijo: *Ya huele mal, porque ha cuatro días que está muerto.* [2] Más alma tenía la resistencia de Marta, porque no creía del todo que Jesús pudiese sacar del monumento con vida á su hermano, y con el disimulo del mal olor encubría la poca firmeza de su fe.

Una sola sentencia respondió Jesús con blanda reprensión al reparo de Marta, trayéndole á la memoria lo dicho antes acerca de la fe, y el fin que en aquella obra pretendía; y así le dijo: *¿No te tengo dicho ya, que si creyeres verás la gloria de Dios?* [3]

Tulerunt ergo lapidem. No entró Jesús en el sepulcro; estaba algo apartado, ni consta que pudiese mirar de lleno en lleno, ó tener la vista fija ó enclavada en el cadáver, como los críticos presuponen. Quitada la piedra, lo primero que hizo Cristo fué levantar los ojos al cielo y dar gracias á su Padre celestial diciendo: *Padre, gracias te hago porque me oiste; bien sé que siempre me oyes; pero digo esto por los circunstantes, para que crean que Tú me enviaste.* En esta plegaria mostró Cristo con entera resolución que acometía aquella empresa en testimonio de su divino Mesiazgo y en prueba de ser Hijo de Dios.

Esto dicho, en medio de aquel solemne silencio, delante de todo el concurso, cual si hablase con persona que está muy lejos, con voz imperiosa y esforzada dijo: *Lázaro, ven afuera*; y en aquel punto no como quien despide de los ojos el sueño ó vuelve en sí de un profundo letargo, sino como quien cobra el sér una vez perdido, venida el alma de donde estaba, y entrando en aquel cuerpo corrupto, y devolviendo

---

[1] Semach. 8.—Taan. 16.
[2] Jo., XI, 31.
[3] Jo., XI, 33.
[4] SALMERON, *De Mirac. Tract.* XLIV.—TOLEDO, in Jo., XI.—MALDONADO, in Jo., XI.

[1] *The Life and Times of Jesus the Messiah*, vol. II, chapt. XXI.
[2] Jo., XI, 39.
[3] Jo., XI, 40.

á sus huesos la antigua firmeza, y vistiendo las carnes de lozanía, y restituyéndolas el primer vigor, sacó el muerto por blasón la mortaja, *salió afuera, atado de pies y manos, con las vendas y cintas y cubierto el rostro con el sudario.* Era usanza judáica cubrir la cara de los cadáveres con un lienzo, y de los egipcios habían tomado el uso de atar con fajas ó cintas los cuerpos antes de enterrarlos. [1] Los presentes quedaron espantados y emblando de asombro, Lázaro sereno y silencioso, las hermanas mudas y sin pulsos, sólo Cristo, con voz majestuosa y grave, mandó á los circunstantes que *le desatasen y dejasen ir.* [2] El abismo de tamaña grandeza tenía sumidos los ánimos en un reverencial silencio. *¡Grandísimo y doble milagro!* exclama Eutimio; [3] *no sólo el que hedía se levantó, mas el que estaba atado salió por sí del monumento.* San Basilio llamó esta resurrección *milagro en el milagro.* [4]

No sabemos más del caso. Lo que después sucedió, cómo le desataron, qué dijo, qué hizo, qué pasó con las hermanas, lo ignoramos; ni era menester saberlo. Una leyenda, una novela, no dejaría el hilo de la narración roto por tan extraña manera. El evangelista suspende la pluma, y se contenta con añadir, que *muchos judíos, visto lo hecho por Jesús creyeron en él.* [5] *Y otros corrieron á los fariseos á darles parte de lo ocurrido.*

A consecuencia de las informaciones juntaron consejo los Pontífices y Doctores para deliberar y tomar resolución en lo que convenía hacer. Había sido éste verdadero milagro; dábanlo firmado todos, menos los saduceos, á cuyo bando pertenecían los más sacerdotes, y Anás y Caifás, que arqueando las cejas lo ponían en duda; mas al fin, fuese divino ó fuese diabólico el poder de Cristo, ello era que *hacía muchos prodigios, y si le dejaban obrar, todos creerían en él;* y si con sus malos intentos concitaba en el pueblo motines, y si el pueblo se emborrascaba en su favor y le alzaba por Rey, era muy de temer la ira y venganza de los romanos y la ruina del templo y de toda la nación.

No osaron condenarle á muerte, por más que lo deseaban. Pasáronse grandes altercados entre los asesores, y como no

[1] S. AGUST., *De Genes. ad litt.*, lib. II. — HERÓDOTO, *Hist.*, lib. II.—TÁCITO, *Hist.* V, 5.
[2] Jo., XI, 44.
[3] In Jo., cap. XI.
[4] *Homil. de grab. act.*
[5] Jo., XI, 45.

acabasen de entenderse, tomó la mano *Caifás, pontífice de aquel año, y dice: Vosotros no sabéis cosa, y no reflexionáis que os conviene muera un hombre solo por el pueblo, y no se pierda toda la nación.* Era este un refrán muy usado entre los judíos. [1] Pero aquí lo que dijo el Sumo Sacerdote no lo sacó de su cabeza, se lo puso en ella Dios, [2] porque cuanto al fin de la adorable Providencia *profetizó* lo que no entendía ni quería, aunque respecto de su particular intento, fué su consejo ardid de infame política. *Los fariseos*, dice gravemente el P. Salmerón, *mientras pudieron echar á demonio los milagros que Cristo hacía curando los cuerpos de los hombres, no hicieron cuenta de quitarle la vida; mas cuando la evidencia de la resurrección de Lázaro los apretó, y les cerró toda puerta, sin darles lugar para atribuir este ilustrísimo hecho al poder de Belzebú, luego al punto juntaron concilio y trataron de cómo darían á Cristo la muerte.* [3] Aprobaron todos la propuesta, y desde aquel día dieron traza cómo poner las manos en la sangre de Cristo y quitársele de los ojos. [4] Los fariseos, enemigos de los saduceos, hechos estatuas, en esta ocasión sellaron con el silencio los labios, porque más sobresaltados y amortecidos los traía la majestad de Jesús que el poder de los romanos. Con esta profética sentencia llegó á su fin la profecía en el judaismo, feneció el Sumo Sacerdocio, hundióse por siempre la nacionalidad judáica, sobre cuyas ruinas nació y creció una sociedad espiritual y moral, que entre las naciones dispersas dura y durará hasta la consumación de los siglos. [5]

[1] *Ber. R.*, 94.—*Midr. in Eccl.*, IX, 18.
[2] Jo., XI, 51.
[3] *Comment. in Evang.*, t. VI, tract. VI.
[4] Jo., XI, 53.
[5] SACY, *In Jo. Comment.*—MALDONADO, *In Jo.*—TOLEDO, *Comment. in Jo.* — SALMERÓN, *De Miraculis*, tract. XLIV.

No es justo quede en silencio una página elocuente del P. Fr. Francisco Dorantes, Obispo que fué de Oviedo y teólogo en el Concilio Tridentino. En sus *Lugares católicos* explana el texto de San Juan (XI, 47), diciendo: «O Pharisæi adeste, rogo, quid vos offendit in eo homine? Vita? At est innocentissima. Crudelitas? At humanitatis singulare exemplar est. Quid? Tyrannusne? Minime gentium. Qui fiet, ut tyrannus sit is, apud quem tantum valuit misericordia, et pauperum atque egenorum commendatio? Quid igitur vos urget? Quid vos premit? Quæ accusationis capita maxima? O rem mirandam, omniumque sæculorum memoria dignam! Non, inquiunt, ejus vita movemur, quia etsi malus esset is, nos qui tot sceleribus obnoxii sumus, utcumque eum vivere pateremur; doctrina est, quam ferre non sustinemus; non quia falsa, nam et inter nos hæretici sunt, qui futuram resurrectionem negant, sadducæi quidam de animarum immor-

ARTÍCULO III.

Solución de las dificultades.—La escuela naturalista juzga aparente la muerte de Lázaro.—Es refutada por Strauss.—La escuela mítica comete en su exposición grandes desaciertos.—La escuela tubingiana no hace caso del texto evangélico.—La escuela escéptica es refutada por los fariseos.—La escuela espiritista repite los argumentos de Rousseau.—Explícase el silencio de los sinópticos.—Acláranse otras dudas.

Es la resurrección de Lázaro esclarecida demostración de la divinidad de Cristo. Solía prometer el incrédulo Espinosa, como en otra parte dijimos, que se reduciría á vida cristiana si lograran persuadirle la verdad de este milagro, porque son las particularidades de la historia tan significativas y concluyentes, que viene á ser el engaño de todo punto imposible, á menos que se refunda en la santidad de Dios. Si en los milagros antecedentes hemos visto con qué furia emplean los adversarios los filos de sus ingenios, en éste amenazarán sin reparo fuego y sangre, más animosos que prudentes. Veamos algunas de las acometidas que dan. Los del siglo pasado enseñaban que esta hazaña de Cristo era caso extraordinario, nacido de coincidencias afortunadas; la muerte de Lázaro había sido aparente, y no real, el desentierro hábilmente combinado con las voces de Jesús, la conmoción de Cristo concertada de antemano para cuando el cuerpo se levantase. Los que estas falsedades alegaban hacían acatamiento á la verdad histórica, ya que negasen al milagro su filosófica condición. Pero cuanto más luchan con la evidencia del suceso, con más ahinco se les mete el milagro por los sentidos; las circunstancias que anteceden, acompañan y siguen al acontecimiento producen de sí grande luz para conocer que el hecho fué muy real y ajeno de combinaciones.

Primeramente Cristo predice la muerte de Lázaro [1] con ilustre profecía, y avisa á los discípulos que la resurrección del difunto será un argumento digno de su crédito; [2] después, dando nuevas llamas de claridad á la profecía, promete á Marta que su hermano resucitará antes del juicio universal, [3] y que ella misma verá resplandeciente en el sepulcro la gloria de Dios. [4] Si estas palabras no significan la realidad de lo que va á suceder, ¿con qué otras podía denunciarse la resurrección real y verdadera? Además, va Cristo al sepulcro y manda que se le abran, sin tener cuenta con la excomunión incurrida por los judíos que tocasen un muerto, sin atender al cumplimiento de las prescripciones legales, sin que el evangelista escrupulice en acumular inconvenientes, ni tenga empacho de escandalizar á los lectores no dándoles razón de sus osadías. Este proceder tan extraño no se compadece con el temor seguido por los evangelistas en los demás sucesos narrados, si con efecto ni hubo muerte ni cosa de resurrección. La crítica racionalista es inhábil para ahuyentar los imposibles que resultan, si en realidad de verdad no hubo milagro. [5]

El Dr. Paulus proponía en su tiempo otro camino más cómodo. [6] Engrandecía aquellas circunstancias que le eran favorables para desconcertar la armonía de todo el hecho. Discurría que cuando Cristo supo que Lázaro estaba malo, inquirió minuciosamente los síntomas de la enfermedad, y sacó por pronóstico: *Esta enfermedad no es mortal.* [7] Quedó en dicha persuasión, cuando á los dos días llególe otro recado participándole la muerte de Lázaro; recado que Paulus fraguó en su cabeza (porque el Evangelio no dice sobre eso palabra) para hacer venir bien la repentina determinación de Cristo de volverse á la Judea; y para arrancar á Cristo el espíritu profético, imaginó Paulus que el Salvador dió en sospechar si Lázaro ha-

---

talitate non catholicæ sentientes, quibus tamen per nos licet superstitibus esse; non, inquam, nuda ipsius doctrina offendimur, sed quod ut eam adstruat, ut probet, ut confirmet, *multa signa facit*... Pereant igitur manus istæ, non quod ad rapinas extensæ aliquando fuerint, sed quod in sabbatho lutum fecerint quo cæcus a nativitate lumen reciperet; pereat istud os, non quod ex fraude et mendacio loqui consueverit, sed quod tot male habentes valere jusserit et fecerit; pereant isti oculi, in perpetuumque claudantur, non quia superbi, non quia elati, sed ne amplius egenos spectent, miseros intueantur, tristes exhilaratos reddant; pereat istius vita, non quod minus sit pretiosa, sed quod tot mortes destruxerit .. Occidatur, quia miranda fortitudine et potentia est.» — *Locorum catholic.*, lib. IV, cap. III.

[1] Lazarus amicus noster dormit; sed vado ut a somno excitem eum.—Dixerat autem de morte ejus. Jo., XI, 11, 13.

[2] Lazarus mortuus est: et gaudeo propter vos, ut credatis. Ib., 14, 15.

[3] Dicit illi Jesus: resurget frater tuus. Ibid., 23.

[4] Dicit ei Jesus: nonne dixi tibi, quoniam si credideris, videbis gloriam Dei? Ibid., 40.

[5] P. Corluy, *Dictionn. apolog.*, art. *Miracles des Évangiles.*

[6] *Leben Jesu*, t. I, p. 244, 281; t. II, p. 151.

[7] Jo., XI, 4.

bía caido en un letargo ó síncope, de que podía bien ser que saliese, y también que no saliese, con vida.

Llega Jesús á Betania cuando habían dado ya sepultura al cuerpo de Lázaro. Marta le sale al camino, y al representarle amorosamente su ausencia, oye de los labios de Cristo que *su hermano resucitará*. Aquí Paulus, para librarse de la importunidad de esta significativa expresión, responde que Marta la entendió de la resurrección final, y entretanto, con malicioso ardid, pasa adelante, como gato por brasas, dejando en ayunas al lector acerca de la explicación de Cristo. [1] Pero en cambio se atreve á decir que Cristo no presumió resucitar á Lázaro, ni se creía con poder para ello, porque si le tuviera, añade Paulus con dolosa intención, no se habría derretido en lágrimas ni mostrado tanta cobardía en aquellas muestras de sentimiento. Cuando abrieron el sepulcro, Marta dijo que olía mal, y fué, comenta Paulus, porque no se le ofreció que un enterrado de cuatro días pudiese menos de echar de sí mal olor. También Olshausen [2] siente el fastidio de esta fetidez, por evitar el tufo recrea el olfato con el ámbar del sentido metafórico. Pero Jesús, prosigue Paulus, alentaba la confianza de que Dios *acaso* había mantenido la vida al aletargado Lázaro, y se prometía verle presto con entera salud. *Cuando quitaron la losa*, Jesús, que estaba á la puerta del sepulcro, hincó los ojos en el interior, y al percibir entre la oscuridad que el cuerpo se rebullía *dió gracias* á Dios de haber conseguido el término de sus deseos. Aquella gran voz, *Lazare veni foras*, no la dió Cristo con ánimo de quebrarle el sueño letárgico, sino para darle prisa á dejar aquella incomportable lobreguez. Mas porque su propio resuello le desasosegaba, y se revolvía inquieto por deshacerse del sudario, faja y cintas que tanto le molestaban, mandó Cristo le quitasen las ataduras y le diesen libertad. [3]

Tal es la exposición discurrida por el Dr. Paulus, en que después Kardec y Renan bebieron el veneno de las suyas. Strauss, no menos enemigo de la verdad que Paulus, tomó á destajo el refutarle, y notó las tachas siguientes. [4] Primera, ni Paulus ni el Evangelio dan razón de por qué Cristo resolvió ir á Betania, sino es que digamos que supo proféticamente la muerte de Lázaro, porque ni el Evangelio insinúa, ni Paulus tiene derecho para suponer que recibió aviso del fallecimiento. Segunda, cuando Cristo afirmó que iba á despertar á Lázaro durmiente, no pudo figurarse que estaba aletargado, sin antes verle y examinarle. Si le notifican que ha muerto, ¿cómo se empeña en volverle en su acuerdo? si no es sueño, sino muerte, ¿por qué asegura que vive, ó que vivirá? ¿sabía Jesús que su mal era síncope, y lo ignoraban los discípulos? Tercera, declara Cristo á los apóstoles que se alegra de no haber estado presente á la muerte, por contemplación de ellos, para que ellos *crean en él* y se ratifiquen en su poder; y viene luego Paulus á torcer las palabras á perverso sentido, poniendo este otro en boca de Jesús: me gozo de no haber visto la muerte de Lázaro, porque *habría derribado vuestra fe*: ni el verbo πιστεύω tiene sentido negativo, ni el ver morir á un hombre era razón para enervar la fe de los discípulos; y eso ninguno de ellos lo ignoraba. Cuarta, pretende Paulus que Jesús debía alegrarse en vez de entristecerse y llorar, al ver el llanto de María; pero la voz griega ἐμβριμᾶσθαι, que corresponde al *fremere* de la Vulgata, suena *desazonarse* y *sentir conmoción de disgusto*, y esto conforma muy bien con la noticia cierta de la resurrección; y ¿no es poderoso el amor que uno tiene á los que lloran para sacarle lágrimas de los ojos? Quinta, juzga Strauss dignas de risa las cavilaciones que Paulus forja para explicar el punto más principal de este acaecimiento cuando dice: *Entre el acto de levantar la losa y la acción de gracias de Jesús, hay el intervalo decisivo en que se obra el sorprendente suceso: no pudo ser sino que Jesús en aquel punto estando cerca del sepulcro, advirtiese que Lázaro estaba vivo.—¿En qué señales lo echó de ver? le preguntaremos á Paulus; ¿de dónde le venía una mirada tan pronta y certera? por qué á él y no á otro se ofreció esa vista? Conjetura Paulus que por meneos reconoció Cristo la vida de Lázaro*: *con gran facilidad podía engañarse al decir* veni foras, *pues el cuerpo yacía en una caverna obscura. Fué precipitación y temeridad declarar, sin antes examinarla atentamente, la verdad de la vida de Lázaro. Y si los movimientos del muerto eran claros y visibles, ¿cómo no los repararon los cir-*

[1] Jo., XI, 25, 26, 27.
[2] *Comm.*, 115.—*Leben Jesu*, I.
[3] *Com. z. er. Joh.*
[4] *Vie de Jésus*, t. II, p. 154.

cunstantes? Finalmente, ¿cómo Jesús pudo en la oración que hizo, ofrecer el suceso que iba á realizarse por prenda de su divina embajada, si sólo había de ser testigo y no obrador de aquella resurrección?—Todo esto es Strauss contra la exégesis de Paulus. En ella, concluye resumiendo, el expositor suple documentos, y posturas, toma por textos escritos sus propias suposiciones, [1] hace esfuerzos penosos y estériles para representar como naturales cosas que el documento da por sobrenaturales. Atanasio Coquerel, [2] protestante, dice de la interpretación naturalista: *No hay palabras que basten á expresar los infinitos absurdos que presenta este sistema. La mejor prueba de ser verdad la resurrección de Lázaro, es el contenido de la opinión contraria. Si las cosas pasaron como ella dice, son más milagrosas que el milagro.*

A la verdad Paulus era un teólogo, que dando á los milagros el menor lugar posible, y no osando juzgar por leyendas los relatos bíblicos, los empequeñecía para exponerlos de un modo natural. Paulus intentaba con su sistema conservar á la Biblia toda su autoridad y entrar en el verdadero pensamiento de los autores sagrados. Ahí estaba la ridiculez de Paulus... Caía en puerilidades sosteniendo que el narrador sagrado sólo había querido contar cosas muy sencillas, y porfiando que era hacer obsequio al texto bíblico descartar de él los milagros. [3] La proeza más provechosa y acertada de Strauss fué sacar á pública vergüenza sin compasión los engaños y achaques de la exposición natural inventada por Paulus: tan recios golpes recibió la escuela naturalista, que no pudo reparar el descalabro.

El comento de Strauss no fué más afortunado. Este crítico asentaba osadamente que como el Viejo Testamento hace mención de muertos resucitados, así los primitivos cristianos, soñando intentos soberbios, vistieron á Cristo de los atributos gloriosos de Elías y Elíseo. [1] Lo primero, si tuviera visos de verdadera la teoría mítica, la relación de este suceso mejor venía á la pluma de San Mateo que á la de San Juan, por causa de que en San Mateo predomina el espíritu hebreo, y en San Juan el helénico; si los judíos cristianos inventaron el hecho, no le narraría San Juan, y San Mateo no le pasaría por alto. Lo segundo, San Juan le describe con admirable sobriedad, con pormenores característicos y llenos de viveza, sin ponderaciones históricas, notando la situación topográfica, indicando menudas circunstancias, apuntando los efectos de dolor y de gozo, de amor y compasión, y trazando los caracteres con tanta llaneza y vivacidad, que más parecen ofrecerse á la vista que á la fantasía. No así obra la imaginación. La imaginación cuando fantasea se contenta con pinceladas generales é indeterminadas, y descuida los rasgos más interesantes y concretos. Lo tercero, la pintura de Marta y María es tal cual San Lucas [2] nos la describe; Marta firme, animosa, diligente; María sensible, dolorida, aficionada á los pies de Jesús. ¿Qué imaginativa habría acertado á idear obra tan delicada, y guardado tan perfecta consonancia en la variedad de los tipos, en especial cuando en toda la historia sagrada y profana no hay especies de donde recibieran influencia los autores? Finalmente, en vacío da la teoría mítica, porque si fuera cierta, á los judío-cristianos habrían bastado las dos resurrecciones de los tres sinópticos sin que tuvieran necesidad de componer esta tercera ataviándola con tan minuciosas circunstancias. En conclusión la explicación mítica es una quimera inventada *a priori*, desnuda de verosimilitud, de ningún modo histórica, y por el mismo caso inepta para declarar la grandeza de este acontecimiento. Con razón decía el Doctor Tholuck [3] que Strauss al mostrarse adversario del racionalismo se hacía cómplice de sus errores. Chassay [4] pone en clarísima luz las niñerías de estos

---

[1] Una suposición de Paulus es que Cristo miró á su amigo Lázaro antes de mandarle salir del sepulcro. Ni lo dice el evangelista, ni se colige del contexto la tal mirada. No fué Paulus en peregrinación á la Tierra Santa para escribir sus comentarios. «El sepulcro de Lázaro, tal como en el día se ve, es una cavidad vaciada en el peñasco, cubierta de mampostería; bájase á ella por seis escalones.» (MISLIN, *Les Saints Lieux*, t. II, chap. XXX.) Cuando el Salvador estaba en el vestíbulo de la gruta, aun después de quitada la piedra, no podía ver al sepultado, sin arrimarse y bajar; y no hay palabra evangélica que lo signifique. Aquella expresión *erat autem spelunca, et lapis superpositus erat ei* (Jo., XI, 38), no facilita la suposición de Paulus, porque no significa que la piedra estuviese colocada *encima de la gruta*, como lo entendió el citado Mislin, pues la partícula ἐπὶ del original griego (λίθος ἐπέκειτο ἐπ' αὐτῷ) cuando rige dativo se traduce por *en, delante de, junto á*, y nos obliga á contemplar la piedra en posición no horizontal, sino vertical ó lateral; posición que hacía imposible el mútuo aspecto de Cristo y Lázaro, sino es mediante la aproximación y la bajada.

[2] *Biographie sacrée*, art. *Lazare*.

[3] RENAN, *Vie de Jésus*, 1867, p. XXI.

[1] *Vie de Jésus*, II, chap. IX, § XCVIII.

[2] X, 38.—42. [3] *Réfutation du Dr. Strauss*, p. 7.

[4] *Le Dr. Strauss et ses adversaires*, 1845.

grandiosos comentadores que se titulaban ministros del Evangelio.

Baur, adalid de la escuela de Tubinga, buscó otra manera de exposición. Pensó que la historia de S. Juan es una parábola, ó composición ideal, fraguada artificiosamente con los materiales de los sinópticos [1] en orden á ilustrar aquella sentencia de Cristo: *Yo soy la resurrección y la vida*. Los pasajes que á ella ayudaron son el hijo de la viuda de Naim, la parábola del rico epulón, la escena entre Marta y María: estos materiales ordenados y puestos en acción dieron por resultado el relato de S. Juan, con que se simbolizó que Cristo es la vida del mundo. [2]

En verdad los lugares citados hablan de Lázaro y de difunto, pero tanto se diferencian del Lázaro de Betania como los muertos de los vivos. Si la parábola del rico enseña que las penas futuras son castigos de yerros presentes, la historia de S. Juan solo se circunscribe á lo que pasa en este mundo; si S. Lucas dice ser imposible el viaje del infierno al seno de Abraham, en S. Juan no se nota esa circunstancia; si S. Lucas encarece la angustiosa vida de su pobre Lázaro, S. Juan presupone el suyo rico, noble y de calidad; si S. Lucas afirma que por más que resucitasen los muertos no darían los hombres crédito, S. Juan testifica haber sido muchos los judíos que creyeron á vista de la resurrección de Lázaro. ¿Pueden imaginarse discrepancias más radicales y profundas? ¿puede mostrarse más palpable la liviandad de la escuela tubingiana? Cuando vemos que los rasgos dibujados en S. Lucas reaparecen en S. Juan, cuando contemplamos á los tres hermanos en esta nueva escena tan unos y conformes entre sí, cuando consideramos las circunstancias individuales que pintan al vivo la acción, la palabra, el sentimiento, forzosamente hemos de concluir que no es invención el relato de S. Juan, ni ficción forjada ni cosa soñada, sino que las personas son reales, real y no parabólica la minuciosidad de pormenores, real y no ficticia la sencillez y majestad de la obra, real y verdadera la muerte y resurrección del amigo de Jesús.

El artificio de los críticos modernos se cifra todo en hacer tabla rasa de las cosas que les son adversas. Dijo el Salvador á Marta: *Tu hermano resucitará*, quiso decir, alcanzarás lo que tanto anhelas, verás á tu hermano rebosando vida. Responde Marta: *ya yo me lo sé: ya sé que en el día postrero habrá de resucitar*, pero yo desearía, como si dijera, verle con vida antes del último día. A su deseo responde el Señor: *Yo soy la resurrección y la vida*, conviene á saber: Yo no solamente alcanzo con ruegos vida á los muertos, como otros hicieron y harán, mas poseo omnímoda potestad para dársela cumplida y perfecta, espiritual y temporal, porque soy el Resucitador de los muertos, causa de su resurrección, principal y eficiente en cuanto Dios, instrumental y secundaria en cuanto hombre, porque el que creyere en mí vivirá por eternidades aunque más muerto esté, y de consiguiente yo soy el autor de ella, y la doy al que no la tiene, y al que la tiene se la conservo según el beneplácito de mi voluntad. *¿Lo crees tú?*—Responde Marta: *Yo lo creo*, y entiendo *que* tú *eres Cristo, Hijo de Dios vivo que has venido á este mundo*, en calidad de Mesías y Redentor de los hombres. Pues esta ilustre confesión de Marta, que es la de la Iglesia católica, la dejan los críticos en perpetuas tinieblas, se la quedan entre dientes, la sepultan en el olvido, y sólo se acuerdan de que el evangelista quiso poner de manifiesto aquella voz: *yo soy la resurrección y la vida*. ¿Cómo no ahondan bien el gravísimo sentido de esta dogmática voz?

Vengamos á Renan, escritor romántico, que debe la parte principal de su fama á la audacia de los escritos alemanes que le han servido de modelos. Empeñado en arrebatar á nuestro adorable Salvador la auréola de la divinidad, habla de la resurrección de Lázaro en esta forma: *En Betania acaeció una cosa que fué estimada por resurrección..... Parece que Lázaro estaba enfermo..... Jesús habida noticia de su enfermedad y avisado por sus hermanas que tenían empeño en darle honra y fama, salió de la Perea: el gozo de su llegada fué parte para que Lázaro resucitase. Pretendían los amigos de Jesús vencer la incredulidad de los de Jerusalén. Tal vez Lázaro, pálido aún por su enfermedad se dejó fajar con vendas como un muerto, y encerrar en el sepulcro de familia. Jesús deseó ver al amigo, al cual contaba entre los muertos. Levantóse la piedra y Lá-*

---

[1] Mateo, Marcos y Lucas.

[2] *Kirchengeschichte der drei ersten Jahrhunderte*, 1863.

zaro sale afuera con las vendas y la cabeza cubierta con el sudario. Esta aparición debía naturalmente tenerse por todos en concepto de una resurrección verdadera. [1]

No queremos responder á este cúmulo de embustes. Respondan los fariseos: lleno el pecho de saña, carcomidos de envidia á vista de tan resplandeciente proeza, *intentan quitar á Lázaro* la preciosa *vida* que por milagro habría recobrado. [2] ¿Cómo, antes de ensangrentar las manos, no examinan el cuerpo del delito? ¿cómo no condenan á Cristo por embaucador? ¿por qué no ponen dolo en aquel hecho que tanto les escocía? Porque les hacía fuerza con su evidente demostración la verdad del milagro, y no osaron poner en él sus bocas venales. *Neciamente discurrieron,* exclama San Agustín, *al pensar dar muerte á Lázaro: quien le dió vida estando muerto, ¿no se la había de restituir si se la quitaban?* [3]

El no menos blasfemo Allan Kardec escribe: *Estaba sepultado hacía ya cuatro días, pero se sabe que hay letargos que duran seis y más días. Dicen que olía mal, y esto es indicio de descomposición, pero ¿quién podía saber que olía mal? Su hermana fué quien lo dijo; mas ¿cómo lo sabía? Pudo suponerlo, pero no tenía certidumbre de ello.* [4]—R. Para que se viese el mérito de estos reparos, sería preciso determinar primero en qué tiempo pronunció Marta las palabras que tanto Kardec critica. *Es cosa incierta,* dice Maldonado, *si las dijo antes ó después de quitar la losa;* [5] y cita autores que opinan las dijo después de haber percibido el fetor. Y si las dijo antes, débese afirmar que *ignorando el milagro futuro y siendo imperfecta en la fe resistió al mandato de Cristo, y modestamente previno que no tocasen la piedra, para que el hedor no ofendiera á los circunstantes, pues fácilmente se persuadía que estaba corrupto aquel cuerpo que había quedado sin alma cuatro días antes.* [6] Según esto llanas son y muy significativas las palabras de Marta.

Va también fuera de camino la razón del síncope ó letargo. Aquí pudo suceder, cuando le dieron sepultura por muerto, que estuviese Lázaro sincopizado, y que tornase en sí de su desfallecimiento pocas horas después, ó que no tornase hasta la llegada del Señor. Si decimos que quedó desamparado el vigor de su cuerpo durante cuatro días, tenemos por contrarios á los médicos que no conceden á la frialdad y palidez del verdadero síncope tanto espacio de tiempo sino unas pocas horas, á lo sumo un día entero, y cuatro días sería notabilísimo milagro. [1] Si sacudió de sí el desmayo cuando estaba dentro del sepulcro, fajado con cintas y atado el rostro con el lienzo, ligado de pies y manos, entre aromas y drogas, en medio del aire escaso y corrompido, es cierto que no podía vivir sino por milagro tanto tiempo, sin dar señales de su malestar á los que visitaban con frecuencia la sepultura, y con todo no se quejó de la apretura del mal ni de la negligencia de sus hermanas. Demás de esto, ¿qué fué de la enfermedad que antes le tenía postrado? ¿en qué paró aquella ansiedad de despertar á su amigo que apremiaba á Jesús? ¿qué hizo en fin Jesús para romperle el reposo y sacar de su inacción las embargadas potencias, y para que los latidos de las arterias recobrasen su libertad, las venas se llenasen de sangre, la suspensión de los movimientos cardiacos cesase, la respiración se hiciese franca y regular, el color amarillo y feo bermejease y se pusiese hermoso y radiante; operaciones muy costosas en los sincopizados asistidos de los médicos, sin hacer ahora otras consideraciones de antecedentes y consiguientes que muestran la ninguna atención de Kardec al contexto de la narración evangélica?

Débese advertir que no es invención de Kardec ésta, sino de Rousseau [2] seguida después por Schenkel y por Schleiermacher, si bien este último prefirió abandonarla. Decía Rousseau que Cristo adivinó cómo Lázaro estaba embargado de letargo, y que clamando le hizo volver en sí, y el despertar del desmayo fué juzgado resurrección.—R. Pero ¿por dónde vino el Salvador en conocimiento, si era mero hombre, de que su amigo estaba desmaya-

---

[1] *Vie de Jésus*, p. 362. [2] Jo., XII, 10.

[3] ¿Qui resuscitare potuit mortuum, non posset occisum?—Tract., XL, in Jo.

[4] *El Génesis*, cap. XV. [5] In cap. XI, Jo., n. 72.

[6] Fætere autem facile sibi persuadebat quia quatriduanus erat mortuus. TOLEDO, *Comment.* in cap. XI Jo.

[1] En el síncope las funciones de la sensibilidad y de la vida animal se suspenden ó interrumpen, pero no de manera que queden del todo abolidas. Los latidos del corazón son en todo caso perceptibles, mediante la auscultación, aunque resultan á veces tan débiles, que es menester gran cuidado para no errar en esta materia. «Cuando los latidos del corazón se han desvanecido del todo, al cabo de una ó media hora, la muerte es totalmente cierta.» (BOUCHUT, *Traité des signes de la mort*, p. 156).

[2] *Lettres de la montagne*, lettre III.

do en el sepulcro? Además, el desvanecido vuelve en sí por grados, y no se halla con enteras fuerzas de golpe. En verdad hombres ha habido que fueron enterrados vivos, pero distaban mucho de estar putrefactos como Lázaro, y la putrefacción es argumento cierto de muerte real. [1]—¿Pero quién contó los días? pregunta Rousseau. —R. Los moradores de Betania, los médicos, los asistentes, las hermanas, los amigos que visitaron al enfermo en su último trance. [2]—Lázaro hedía, ¿quién lo supo? dícelo su hermana y ahí está todo; y las mujeres ¿de qué no hacen asco?—R. Dícenlo todos callando y otorgando, á su dicho nadie resiste, porque en efecto penetraron la verdad de la declaración así que se descubrió el cadáver. Por eso dice San Agustín: *resuscitavit putentem*; [3] Tertuliano: *animæ nemo senserat fætorem*; [4] San Hilario: *Fætens Lazarus*; [5] San Ambrosio: *fætorem sentiunt circunstantes*; [6] San Bernardo: *Jam fætere ceperat.* [7]—*Rousseau cree físicamente posible sacar á un hombre de un síncope de cuatro días con tres palabras pronunciadas en alta voz. Hágame el favor de poner en práctica ese remedio cuando tenga ocasión, y dé al público nuevas del éxito.* [8]

Como hasta aquí se ha visto los racionalistas vanamente consumen sus fuerzas en combatir la verdad de esta famosa maravilla, aunque no se dan manos en desacreditarla. Finalmente se acogen á que San Juan la inventó porque es el único evangelista que la refiere, [9] y milagro tan importante y principal no era razón fuese entregado en las manos del olvido por los tres evangelistas sinópticos. —R. Antes de dar la solución, conviene advertirlo, es uniforme el silencio de los tres sinópticos acerca de este suceso, como en otros muchos puntos conmemorados por San Juan, y habiendo tratado con singular conformidad algunas cosas omitidas en el cuarto Evangelio, no es de maravillar hayan dejado de mencionar la relación de este milagro. En segundo lugar, con solo leer se entiende que intentaron los tres historiar el ministerio de Cristo en Galilea, como quienes apenas tocan lo acaecido en Judea, fuera de la Pasión y Resurrección del Salvador. Si San Lucas toca el incidente de Marta y María [1] en Betania, lo hace como de paso y sólo para demostrar que había por Jerusalén almas aficionadas á la doctrina de Cristo. Y aquí se ve cuán sin fundamento sostiene Schleiermacher [2] que los evangelistas pasaron en silencio el hecho de Lázaro porque ignoraban qué suerte de correspondencia tuviese el Salvador con la familia de Betania. Considerado el intento de los tres sinópticos, era muy de creer pasasen sin mentar este milagro que salía de los términos prescritos, especialmente que la hija de Jairo y el hijo de la viuda les eran argumentos bastantes para dejar bien asentado el universal poder de Cristo, y el de la Resurrección del Señor les proporcionaba luces vivísimas con que ilustrar su divina omnipotencia.

Además, San Juan contrajo su historia á los límites de la Judea por particular motivo. El fin que tuvo delante, como dicho va, fué mostrar la divinidad de Cristo contra las herejías que empezaban en su tiempo á levantar cabeza entre el pueblo judío. La resurrección de Lázaro, que venía á constituir el argumento más conforme á su propósito, no podía menos de ser por él celebrada con especial y minuciosa relación, por lo bien que se ajustaba y daba realce al carácter de su Evangelio. Lange [3] refiere el silencio de los tres evangelistas á contemplación que tuvieron con la seguridad de Lázaro, cuya vida corría peligro cuando escribieron sus Evangelios, y no le corría cuando San Juan escribió. Este parecer habían significado Grocio, Herder, Olshausen, Gerlach, Coquerel y otros protestantes; ingenioso por cierto, porque de él se seguiría que

[1] «La putréfaction a été avec raison considérée comme le plus certain de tous les signes de la mort, mais il y a des cas où on peut en attendre longtemps la manifestation.—Il ne faut donc pas dire d'une façon absolue que la putréfaction est le seul signe certain de la mort.» (*Traité des signes de la mort.* p. 389, 391). Al expresarse de esta manera el Dr. Bouchut significados cosas: primera, que la putrefacción del cuerpo humano es signo seguro de muerte; segunda, que no es el único, porque hay casos de muerte segura, en que la putrefacción se puede estorbar ó retardar, si el cadáver se deposita en un ambiente antipútrido, en un aposento saturado de ácido fénico, si se le inyecta en las arterias hiposulfito de sosa, sublimado, arsénico, cloral, etc. Mas siempre será constante que la putrefacción señala indubitablé fallecimiento.

[2] GLAIRE, *Les livres saints vengés*, t. III, p. 424.

[3] In. Jo. Tract., XLIX.

[4] *De resurrect. carnis*, cap. LIII.

[5] *De Trinit.* lib. VI, cap. XXXIII.

[6] *De fide resurrectionis*, lib. II, cap. LXXX.

[7] *In Assumpt.* ser. IV.

[8] BULLET, *Réponses critiques*, t. III, p. 168.

[9] *Revue des Deux Mondes*, 1866; t. LXIII.

[1] VII, 37.—X, 38.

[2] *Leçons sur la vie de Jésus.*

[3] *Leben Jesu*, III, p. 1132.

tampoco habían de mentar los tres sinópticos los nombres propios de ningún personaje convertido. Más desacertado es el dictamen de Heydenreich, [1] á saber, que San Mateo no puso el relato por haberse creido incapaz de narrarle con la gracia y elocuencia requerida.

Fuera de esto llevaba San Juan, con más particularidad que los tres sinópticos, el intento de tratar con menudo discurso el drama de la Pasión, y convenía que este gloriosísimo hecho le sirviese de entrada, porque sin él la muerte de Jesús pareciera tragedia mal prevenida, y puesto él por delante se desenvuelve con toda regularidad el sangriento drama que remata en el Calvario. No podía escribirse preludio más á propósito. El conmemorar los tres sinópticos la entrada triunfal y la determinación del Sanedrín no tiene explicación cabal sino en este sorprendente milagro, por ellos expresamente omitido. Los herejes Hase, [2] Neander, [3] De Pressensé [4] y otros opinan de igual conformidad. La muerte de Lázaro había sido pública y muy sonada en Jerusalén, por cumplir con el duelo muchos ciudadanos habían subido á Betania á enjugar las lágrimas á las hermanas del difunto, acompañaron á Cristo muchos de aquellos judíos al lugar de la sepultura, delante de ellos llama á la vida con voz poderosa al muerto de cuatro días, suben otros muchos de Jerusalén á ver al nuevo resucitado, no pocos enmiendan sus yerros al contemplarle lleno de vida y en perfecta salud, hombres principales y calificados salen de sus ceguedades y se rinden á la doctrina de Cristo, los fariseos que con ocasión de otros milagros [5] habían empezado la tela del proceso contra Cristo, á vista de este magnífico acontecimiento se resuelven á llevar el plan adelante, y al fin decretan su muerte; todas estas circunstancias se hacen verosímiles admitido el milagro, y no tienen explicación sino en la tumba de Lázaro. Ningún otro milagro esclarece con más viva lumbre la divinidad de Jesús y la maldad de sus enemigos, en ningún otro se cifra con más eficacia y soberanía el ministerio de Jesús, en ningún otro se representa más lúcida y dorada la operación de su milagroso poder. Aquí la divinidad y humanidad, la fe y la incredulidad, la muerte y la vida, las pasiones mansas y las bravas se juntan y mancomunan para derramar rayos de claridad demostrando la importancia de esta notabilísima hazaña, prodigio de prodigios, imagen y representación anticipada de la Resurrección del divino Redentor. ¿Qué hacemos, clamaban fuera de sí pasando bascas y dolores los fariseos, que este hombre se lleva en pos todo el pueblo, y si no le vamos á la mano, no habrá quien no se le rinda? Y tratan de irle á la mano, y de celadores de la religión trocados en infames políticos, alegan en público la razón de estado, en tanto que la vil envidia roía sus entrañas, y concluyen que la muerte del resucitador era de notoria necesidad al mantenimiento del orden religioso y civil. La resurrección de Lázaro es parte integrante de la historia que pone fin al cuarto Evangelio, el encabezamiento del proceso de la cruz, la llave de la tragedia sangrienta; y por tanto debía San Juan dejarla eternizada en su Evangelio, así como los sinópticos no habían de meter en ella la pluma, porque no cuadraba, antes estorbaba á la unidad y desarrollo de su plan.

Aquí preguntará alguno, ¿cómo se dice [1] que los saduceos negaban la resurrección, cuando era tan notoria la de los tres muertos resucitados por Cristo?—R. Los saduceos componían una secta de hombres que profesaban un materialismo crudo, como los modernos discípulos de Moleschott, y no admitían la inmortalidad de las almas, ni espíritu, ni cosa alguna que no pudiera averiguarse por vía de sentidos ó con palpable razón; [2] y aunque las resurrecciones obradas por Cristo no podían razonablemente negarse, mas porque los hombres resucitados al cabo habían de tornar á morir como los demás hombres, negaban la resurrección general, en que los hombres han de resucitar á vida inmortal é imperecedera. Así lo entiende el Abulense. [3] Y es muy conforme á lo dicho por Josefo de los saduceos, [4] en cuya opinión el alma muere con el cuerpo y no hay, después de la muerte, premio ni castigo. El componer este grosero materialismo

---

[1] *Über die Unzulässigkeit der mythischen Auffassung.*
[2] *Leben Jesu.*
[3] *Leben Jesu.*
[4] *Jésus-Christ*, 1884. p. 540.
[5] Jo. V, 16.—IX, 16.

---

[1] Matth., XXII, 23.
[2] P. MALDONADO, *Comment.* in cap. III Matth. vers. 7.
[3] In cap. XXII, Matth. quæst. CXXXII.
[4] *Antiquit.* XVIII, 14. — *De Bello jud.* lib. II, cap. VIII, XIV.

con la resurrección de Lázaro, tan sobrehumana como evidente, fué cosa que debió de embarazarlos de veras, como embaraza á nuestros materialistas, sino es que pensasen que aquella momentánea vida acabaría muy presto. A la verdad, el hecho de Lázaro les trastornó de suerte las cabezas, que les dejó sin seso ni discreción. Caifás pronunció en el Concilio una proposición de fe divina, pero fué órgano de metal que desde aquel grandioso teatro publicó á todo el orbe la salud del humano linaje sin percibir lo que se decía. [1]

Preguntará el incrédulo ¿cómo este milagro no convirtió á todos los de Jerusalén?—R. Muchos fueron los judíos que creyeron en Jesús: dícelo S. Juan. Pero las facciones de los fariseos y saduceos eran al pueblo estorbo insuperable. Cuantos más milagros veían los enemigos de Jesús, más ciegos y sordos se hacían y más de punto subía su encono y aversión. El pueblo y los que medían con la regla de la verdad las maravillas y sermones de Cristo, hacíanle en prenda de amor honrosas demostraciones de contento; pero estas sencillas disposiciones, afianzadas en el milagro de Lázaro, las ahogó presto y esterilizó la irritación de los adversarios que con palabras injuriosas, con baldones, amenazas, decretos y grandes fieros trataban de hacer en Cristo un ejemplar escarmiento, y de acabar con las aclamaciones del pueblo. La envidia y la soberbia son dos vicios tan bravos, que sólo viven de actos crueles y violentos; crueldad y violencia que, apuntando al pueblo, vinieron á dar en Jesús. Mas toda la infernal trama estaba ya profetizada muy de atrás. Díjolo claramente S. Juan. *Aunque Jesús hubiese hecho tantos milagros á los ojos de los judíos, éstos no creyeron, porque se había de cumplir la palabra del profeta Isaías.* Y la profecía era que de tal manera se habían de cegar los judíos y endurecer, que no hubiese remedio de ablandar su dureza y ceguedad. Según esta profecía, si todos los Judíos hubiesen creído en presencia de este milagro, habría carecido el Mesías de la señal característica que en él se debía cumplir, y con razón dudaríamos si era el verdadero Hijo de Dios. Estaba predicho que los judíos no creerían, no creyeron: luego la incredulidad judáica cuando parecía quitar á este milagro su carácter de verdad, le realza esplendorosamente.

De aquí se entenderá por qué los acusadores de Cristo echaron tierra á este milagro en el proceso de la Pasión. Caifás, en el consistorio tenido con los suyos para juzgar la resonancia del acontecimiento, insinuó arteramente que el alboroto levantado en Jerusalén con motivo de la resurrección de Lázaro, los ponía en el caso de dar á uno solo la muerte por no encartar toda la nación en la causa de un individuo, y éste fué el achaque que prevaleció en el tribunal de Pilato. Del milagro tomaron pie para acumular á Cristo un crimen político, y presentarle á los ojos del presidente romano como alborotador y faccioso; y aquella respuesta de Jesús de que era Rey de los judíos, trastrocáronla en Rey enemigo del César, porque les convenía propalar no lo que Cristo era, sino lo que les hacía al caso que fuese; y con esta maldita traza se purgaban ante el pueblo de las sospechas, mostrándose inocentes de la sangre ajena los que la derramaban infames por no sufrir los mil hierros con que el milagro de Lázaro los traía atravesados.

Esto confirma la triunfante entrada de los Ramos. Inexplicable sería á no haber precedido este glorioso milagro. ¿Dónde sino en Betania está la causa de tan extraordinaria ovación? Betania abrió las bocas y encendió los pechos en aclamaciones y vítores, de Betania arrancaba el ardor de la muchedumbre por correr tras Jesús, en Betania tenía su centro el amor de los amigos y la saña de los enemigos. Pero sucedió al pueblo judío lo que sucede á todo pueblo cuando ve aguada su esperanza, el placer se le torna en hiel amarga, el amor en odio frenético. La muchedumbre, exaltada por este portentoso milagro, aclamó á Cristo por creerle dueño de infinito poder, mas cuando le vió en las manos de los príncipes, maniatado, flaco, escarnecido, sin sombra de dignidad, llamóse á engaño, pesóle de haber creído, echó á demonio aquella gran maravilla, y vuelto contra Él, atizado por la rabia farisáica le pidió para la muerte clamando: *crucifícale, crucifícale*, y áun después de muerto le insultaba con sarcástica ironía diciendo: *á otros salvó, sálvese á sí propio.* [1]

---

[1] P. Valverde, *Vida de Jesucristo*, lib. V, cap. II.

[1] Ráulica, *La escuela de los milagros*, hom. XXI.—Luis Veuillot, *La vie de N. S. J. C.*, 1865, livre VI.

CAPÍTULO IX.

EL MILAGRO DE LA RESURRECCIÓN.

ARTÍCULO I.

Importancia y excelencia de este milagro.—Cristo murió profetizando primero que moriría.—Anunció su resurrección.—Primera razón: los apóstoles nunca la creyeron ni la esperaron formalmente.—Mudanza hecha en ellos después de la Resurrección. Criterio que los guió para asegurarse del hecho.—Resultas de su predicación en Jerusalén.—La Resurrección fué la base de su fe.—La Resurrección recibida por cristianos, judíos y gentiles.

Los milagros hasta ahora expuestos esmaltan con preciosas luces la narración evangélica, y levantan á grande altura la majestad de nuestro divino Salvador; mas no tocan al sér substancial de su sagrada Persona, ni son tan esenciales que de ellos dependa el establecimiento y gloria del cristianismo. Otros hay que constituyen la raíz fundamental de nuestra sacrosanta religión. El Nacimiento de Jesús y su Resurrección gloriosa son milagros substanciales y grandiosos á cual más. El principio de la vida mortal y el principio de la vida inmortal del Verbo humanado, ambos á dos se iluminan y califican recíprocamente. Si Cristo era Hijo de Dios, de Virgen sin mancilla había de nacer, y del sepulcro había de renacer con aquella limpieza y poderío con que salió del claustro virginal de María sin menoscabo de su celestial entereza. Si el Nacimiento es verdadero, no menos verdadera es la Resurrección. Del Nacimiento no tenemos pruebas históricas; tenémoslas de la Resurrección tantas y tan firmes, que no sólo demuestran la credibilidad y verdad de este misterio, mas también la necesidad perentoria de aquél. *La Resurrección del Mesías es el suceso decisivo de toda una grandiosa historia. El hombre que se coloca en el punto de vista ordinario no la entiende. Hechos como este de la Resurrección son rayos que rasgan las nubes y descubren lo más verdadero é íntimo de la historia. Borrar semejantes hechos es quitar á la historia el alma y dejarle solamente la cubierta exterior que la envuelve; el fondo, el valor y la substancia desaparecen una vez suprimido este acontecimiento; en tal caso la historia, despojada del elemento divino se convierte en un desierto, en un abismo, en un sepulcro vacío.* [1]

La Resurrección de Cristo es el dogma fundamental de la religión revelada, y la base en que se reclinan los otros dogmas. *Si Cristo no resucitó, vana es nuestra fe;* [2] y si Cristo resucitó, los artículos todos quedan en pie, y nuestra fe es sólida, fundada nuestra esperanza, y la desdicha del incrédulo fatal é incomportable. Puesta fuera de duda la Resurrección, caen por tierra los castillos de la incredulidad, cesa el ruido de las armas, y fuerza es que los enemigos arrumben, como inútiles, sus pertrechos de guerra. Por esta causa los apologistas cristianos dieron siempre á este milagro lugar principal entre los argumentos de nuestra fe.

Al entrar en la contienda se ha de presuponer que el mundo creyó la Resurrección de Cristo porque los apóstoles la habían creido, y porque veía que con efecto en nombre del resucitado predicaban y obraban maravillas. Mas una

[1] Dépouillée de tout élément divin, l'histoire n'est plus qu'un désert, un abîme, un tombeau. Pour vivre, il lui faut cette histoire intérieure, divine, transcendente la seule et véritable histoire, en un mot, l'histoire par excellence, κατ'ἐξοχήν. SCHELLING, *Philosophie de la révélation*: Œuvr. IV, II.e partie, p. 219.

[2] I Cor. XV, 17.

cosa es que creyesen, otra que fuese verdad lo que tan firmemente creían. No hay crítico que no acepte de buen grado que los apóstoles creyeran. A Baur le pareció que la creencia en la Resurrección fué la base del cristianismo, porque *lo que la historia exige no es tanto la realidad de la Resurrección, cuanto la realidad de su creencia... Lo que importaba era que la Resurrección fuese un hecho para la conciencia de los Apóstoles.* [1] Este discurso de Baur es contrario á las reglas de la sana lógica. La razón humana, ni la conciencia pueden quedar satisfechas mientras no conste que Cristo resucitó; porque caso de que no resucitase ¿qué persuasión era poderosa á fundar, propagar y arraigar la creencia de un hecho imaginado y de ninguna manera acaecido? La fe no se paga de fantasía; si de fantasía vive, su vida es efímera y limitada, á dos dedos está su total ruina y fallecimiento. La cuestión versa sobre si hubo ó no hubo Resurrección real y verdadera.

Privilegio es de nuestra soberana religión que este glorioso hecho, columna y sostén de todo el edificio espiritual, más duro de creer y más inconcebible á la razón humana, sea también facilísimo de probar, y cuente con argumentos más positivos, llanos é irrecusables. Antes de venir á su exposición será bien declarar que Cristo murió, anunciando primero su afrentosa muerte, y prometiendo que resucitaría á los tres días; prueba palmaria de su divinidad.

Probar que Cristo murió muerte de cruz afrentosísima, es tarea de poca dificultad para quien ha leido los escritos de los adversarios que tuvo nuestra religión en sus primeros siglos: todos á una dan por asentada y cierta la muerte de Cristo en el madero de la cruz, y la toman por fundamento en las disputas entabladas con nuestros apologistas. Celso, Trifón, Porfirio, Luciano, Juliano, Tácito, Plinio, Marción, Hierocles, todo el artificio de sus invectivas cifran en mofar de la cruz y en baldonar la *locura* de los que la seguían y adoraban.

No son menester más argumentos en testimonio de la muerte de Cristo. Ni tampoco hay que perder tiempo en probar que el divino Redentor profetizó con antelación el misterio de su muerte. En muchas ocasiones declaró que acabaría la vida en el tormento, que se la quitarían los Doctores de la Ley y los Sacerdotes de Israél, que primero sería escarnecido, azotado, puesto en cruz, y que ante todo un discípulo suyo le pondría en las manos de sus enemigos, que otro le negaría tres veces antes de cantar el gallo, que en su muerte se cumplirían los oráculos de las Escrituras, que su muerte iría acompañada de circunstancias particulares obscuras á la sazón, inciertas y contingentes, que á su muerte seguiría la destrucción y asolamiento de la ciudad de Jerusalén; en una palabra, predijo su ignominiosa muerte con señales tan características, que por depender de causas libres, ninguno que no fuese movido por el Espíritu de Dios, pudiera asegurarlas con tanta firmeza y resolución. [1] Todas estas profecías se vieron cumplidas á su debido tiempo. Quien tal vaticinó, fué verdadero profeta y hombre inspirado por Dios. Pero lo que más monta es, que ése mismo, que tan por menudo anunció su muerte de cruz y cuanto en la Sagrada Pasión había de suceder, se apellidaba el Mesías y el enviado de Dios, dábase por Hijo de Dios, probaba ser Dios, y en prenda de su divinidad hacía milagros, recibía adoraciones, era aclamado por Dios, y traía por eso mismo crucificada y mortificada la envidia de sus enemigos, como de los capítulos antecedentes es fácil colegir.

Después de profetizar su muerte, señaló su Resurrección clara y distintamente. Acababa de hacer ostentación en el templo de divina autoridad, embistiendo con las mesas, echándolas por el suelo, y dando con un azote de cordeles tras los avaros y codiciosos que traían hecho un mercado aquel monumento levantado á honra de la soberana Majestad; y pareciéndoles á sus enemigos aquella demostración de poder, no del todo expresiva de su divinidad, le requirieron una señal particular en prueba de la autoridad que ostentaba. Diósela por estas palabras; [2] *Asolad este templo, y en tres días tengo de ponerle en pie.* No entendieron los judíos

[1] Kirchengeschichte der drei ersten Jahrhundarte, p. 39.

[1] Matth., XVI, 21.—XVII, 22.—XX, 18.—XXVI, 1, 2, 20.—Marc., VIII, 31.— IX, 30.—X, 34.—XIV, 1, 17. —Luc., IX, 22.—XXII, 2, 14, 21.—Jo., XIII, 21.—32, 38.—XV, 18—27

[2] Solvite templum hoc, et in tribus diebus excitabo illud. Jo. II, 19.

que hablase *del templo de su cuerpo*, como el evangelista nos certifica que habló; [1] tampoco lo entendieron los discípulos hasta que le vieron resucitado. [2]

En otra ocasión determinó más claramente la profecía diciendo: *Así como Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre del monstruo, así el Hijo del hombre estará tres días y tres noches en las entrañas de la tierra.* [3] Con igual claridad decía á los discípulos: *Los judíos entregarán el Hijo del hombre á los gentiles; estos le azotarán y pondrán en una cruz; pero al tercero día resucitará.* [4] Y otra vez: *Después de resucitar me juntaré con vosotros en Galilea.* [5]

Tan grabada quedó esta profecía en el ánimo de sus enemigos, que hicieron de ella capítulo en el proceso de la Pasión. Como no se hallasen testimonios valederos para concluir la causa, presentáronse dos *testigos falsos* alegando: *Este dijo: puedo destruir el templo de Dios, y en tres días erigirle de nuevo.* [6] Aún en el Gólgota mofaban de su predicción, y meneando las cabezas, entre otras cosas decían: *Bah! ¡tú que destruyes el templo de Dios y en tres días le reedificas, sálvate á ti propio; si eres Hijo de Dios, baja de la Cruz!* [7] En la demanda que hicieron á Pilato para precisarle á poner guarnición en el sepulcro, hiciéronle presente esta razón: *Tenemos en la memoria que ese seductor dijo cuando vivía: al tercer día resucitaré. Manda, señor, que sea custodiado el sepulcro hasta el día tercero; no suceda que vayan los discípulos á robarle, y digan luego al pueblo: resucitó de entre los muertos; y este error postrero será peor que el primero.* [8]

Infiérese pues que la Resurrección había sido tiempo ántes anunciada por boca del mismo Señor, y era tan esperada de sus amigos cuán temida de sus enemigos. *Si la Resurrección se dilató tres días fué para que nosotros nos certificásemos de la verdad de su muerte, y no quedase rastro de duda de ella, y se cumpliesen los dichos de los Profetas, y del mismo Cristo nuestro Señor que así lo habia pronunciado.* [9]—*Era menester la amable desenvoltura y la frente de bronce de M. Renan*, dice gravemente J. Forget, [1] *para osar escribir, á vista de textos tan claros y numerosos lo siguiente: Jesús, si bien hablaba de continuo acerca de resurrección, de vida nueva, jámás dijo con toda claridad que resucitaría en su carne.* [2] Dos cosas confunde Renan con perversa intención; la claridad con que Cristo habló, la exactitud con que le entendieron los apóstoles; hablar Cristo más claro, apenas podía ser; los apóstoles no le entendieron, porque tenían preocupados sus entendimientos con ideas fantásticas de un reino temporal.

Probado ya que Cristo murió y que predijo su muerte y gloriosa Resurrección, vengamos á las pruebas que ponen fuera de controversia el hecho de que tratamos. Demostremos en primer lugar que ni apóstoles ni discípulos, como quiera que creyesen que Cristo había muerto, confiaban que resucitaría tan á lo propio como este vocablo suena. Habíales el Salvador hablado repetidas veces de la Resurrección, pero por más claro que se lo dijese y por profecías que les recordase, no daban alcance á sus palabras, [3] y entendiendo á bulto y confusamente tenían empacho de hacerle preguntas. Era para ellos un enigma aquella palabra *Resurrección* [4] y como bulto de sombras rodeaba de tinieblas sus entendimientos. Aun después de resucitar el Salvador no habían penetrado (ᾔδεισαν) lo contenido en las Escrituras, á saber que debía Cristo resucitar de entre los muertos. [5]

Las trazas tomadas antes y después del entierro demuestran que habían perdido la esperanza de ver restablecido por su Maestro el reino de Israél, y que sólo cuidaron de dar á su cuerpo la última honra, según la ley y costumbre de los judíos. Acuden José de Arimatea y Nicodemus, aquél con una sábana nueva, éste con mirra y áloe, [6] y bajando el cuerpo del Señor le envuelven en la mortaja [7] y le dejan ligado con lienzos. No dice el Evan-

---

1 Ibid. 21. 2 Ibid. 22. 3 Matth., XII, 39.
4 Matth., XX, 19.—Marc., IX 30.—Luc., XVIII. 33.
5 Marc., XIV. 28 7 Matth., XXVI, 40.
6 Matth., XXVI, 61. 8 Matth., XXVII, 63.
9 P. RIVADENEYRA., *De la gloriosa Resurrección del Señor*.

1 *Dictionnaire apologétique*, 1889. art. *Résurrection du Christ*, p. 2792
2 *Les Apôtres*, 1866, p. 1.
3 Illi ignorabant verbum; et timuerunt interrogare illum. Marc., IX, 31.
4 Et ipsi nihil horum intellexerunt, et erat verbum istud absconditum ab eis; et non intelligebant quæ dicebantur. Luc., XVIII, 34.
5 Nondum sciebant scripturam quia oportebat eum a mortuis resurgere. Jo., XX, 9.
6 Marc., XV, 46.—Jo., XIX, 39.
7 Matth., XXVII, 59. — Marc., XV, 46. — Luc., XXIII, 53.

gelio que le embalsamasen; dice solamente *ligaverunt illud linteis cum aromatibus, sicut mos est judæis sepelire.* [1] Las diligencias hechas, las idas y venidas, compras y preparativos les robaron el tiempo necesario para tan larga operación; y como fuese ya tarde, y los cogiese en la pompa funeral el sonido de las trompetas que desde lo alto del templo anunciaban el principio del Sábado sagrado, contentáronse con lo esencial que era envolver el cuerpo con el lienzo; y así ni le encierran en el ataúd, ni le ungen con drogas aromáticas, ni ejecutan en él todas las ceremonias, [2] encargándose las mujeres de completar este servicio el domingo por la mañana. [3]

Mientras le daban sepultura estuvieron presentes Magdalena y la otra María enfrente del sepulcro, [4] notando dónde le ponían, [5] y otras juntamente con ellas, [6] porque hacían cuenta de acabar de honrarle con la largueza de las mixturas y bálsamos, atentas á preservarle de corrupción, cuando la fiesta les diese lugar. En toda ella guardaron el descanso riguroso prescrito por la ley. Pasada la fiesta, al ocaso del sol, víspera del domingo compran aromas para ungir y embalsamar á Jesús, [7] y los preparan con diligencia. [8] El domingo muy de mañana madrugan, y salen de casa antes de rayar el sol á la luz del crepúsculo, [9] y llegan al sepulcro [10] con las unciones preparadas, [11] y sin pasarles por el pensamiento hallar lo que hallaron, sólo trataban entre sí de qué manera revolverían la piedra del sepulcro, como quienes ignoraban lo trazado por los príncipes de los Sacerdotes. [12] Llegan, y ven revuelta la piedra, y aún no caen en la cuenta de lo acaecido. La perplejidad recelosa que traía cargado de mil miedos el pecho de los apóstoles obligólos á recogerse en su casa, [13] y allí permanecieron escondidos hasta que el aviso de las mujeres sacó del retiro á Pedro y á Juan que habían tomado por delirios las nuevas de la Resurrección. Estos hechos significan con toda claridad, que los discípulos no esperaban que su Maestro resucitase tornando de muerte á vida en aquel cuerpo visto por ellos antes descoyuntado, muerto y sepultado.

No se diga que los príncipes de los Sacerdotes representaran á Pilato la predicción del Salvador, y temerosos de que no resucitase le rogaron les diese guarnición para custodiar el sepulcro. Los príncipes de los Sacerdotes, Anás y Caifás, eran saduceos, y como tales ya que no creyesen la resurrección de los muertos, recelaban de Cristo y de los suyos cualquier trampantojo; y estando por otra parte muy interesados en gozar de su posición y en que no se les fuese de las manos el gobierno sacerdotal aunque careciesen de celo por la ley, tenían por sospechosa toda novedad atentatoria contra el orden establecido. Por esta causa más se temían de Cristo muerto que de cuando era vivo, y menos paz se prometían de aquel sepulcro que de cuantos discursos y maravillas hasta entonces habían presenciado. Pero los discípulos, que adelgazaban menos el pensamiento, y obraban con más ingenuidad, echaron presto en olvido las promesas y predicciones del Salvador, y viéndole sepultado acabaron de dar por traspuestos y fenecidos los últimos rayos de sus esperanzas.

Ni vale aquí replicar que el tomar el Sanedrín precauciones para evitar la substracción del cuerpo, indica de parte del Sanedrín noticia de que los discípulos tenían tramado procurar á todo trance fuese tenido su Maestro, en concepto de todo el pueblo, por vuelto á la vida, [1] según parece en S. Mateo; porque, aunque la trama diabólica salió de la malicia de los Sacerdotes, ya que concedamos que los discípulos esperaban alguna suerte de Resurrección, no la esperaban corporal y de muerte á vida; lo que ellos esperaban era la segunda venida de Cristo en gloria y majestad á restablecer el reino de Dios, y á levantar de su abatimiento el pueblo de los judíos. Esto significa aquella persuasión de los dos que iban á Emaús: [2] *Confiábamos nosotros que Él rescataría y libertaría á Israél*, con que daban por defraudadas las esperanzas de los judíos y por

---

1 Jo., XIX, 40. 2 Act., IX, 37.
3 CHASSAY, *Hist. de la Résurrection de Notre Seigneur*, p. 58. 4 Matth., XXVII, 61.
5 Marc., XV, 47. 6 Luc., XXIII, 55.
7 Marc., XVI, 1.—Luc., XXIII, 56.
8 WOUTERS, *Questiones in Hist. Evangel.*, cap. XXIX
9 Cum adhuc tenebræ essent. Jo., XX, 1.—Luc., XXIV, 1.—Matth., XXVIII, 1.
10 SAN AGUSTIN, *De consensu Evangelii*, l. lib. III, cap. XXIV. 11 Luc., XXIV, 1.
12 PATRIZZI, *De Evangeliis*, lib. III, dissert. LIII.
13 Jo., XX, 19.

1 XXVII, 62-66. 2 Luc., XXIV, 21.

caducado el glorioso porvenir del reino mesiánico.

Tal fué la disposición de ánimo en que la muerte de su Maestro y su dolorosa sepultura los dejó. Desde que le vieron muerto y enterrado se les trastornaron los juicios, se les aguó la alegría, se les marchitaron los bríos, entrando en sus corazones un tan funesto desmayo, que á no haber por vista de ojos presenciado la muerte y sepultura, la creyeran imposible. La Virgen Sacratísima, que tenía la llave de los divinos secretos, era la única poderosa para infundirles aliento; con todo eso, la idea que del Mesías formaban, les estorbaba la inteligencia de este misterio. Porque aunque pudiesen imaginar que Cristo apareciendo en la tierra de algún modo sorprendente en cuerpo fantástico, proseguiría su obra hasta acabarla gloriosamente con la destrucción de sus enemigos; mas pensar que se restituiría á la vida tomando otra vez aquel mismo cuerpo molido y quebrantado por los tormentos y la muerte, no era cosa ajustada á las ideas judaicas. Admitían los judíos que el alma sobrevive al cuerpo y que al fin del mundo con él volverá á juntarse; pero un estado de corporeidad inmortal, como en la Resurrección de Cristo se verificó, no la creían factible, según se vió en Herodes, que aunque creyó que el Bautista había resucitado, muy lejos anduvo de acudir á la sepultura para certificarse de ello. Así que, los apóstoles no colegían la Resurrección de Cristo en carne impasible y gloriosa ni de las Escrituras, ni de la predicación de Jesús, ni de otra alguna enseñanza; todas las circunstancias ayudaban á tenerla por vana, impracticable, desesperada.

Y si esto es así, como lo es, si ellos tuvieron por cierta la muerte de Jesús, si no aguardaban que resucitase en carne propia, si se hallaban atajados y perplejos respecto de otro linaje de Resurrección, si la muerte y sepultura de Cristo no les embarazaba del todo para concebir á su manera el carácter de restaurador de las cosas que se atribuía al Mesías, ¿cómo es posible componer con estas disposiciones de ánimo las circunstancias y pormenores del santo Evangelio si es verdad que Cristo no resucitó? Porque ¡qué mudanza tan radical obró en los afectos y juicios de ellos la Resurrección corporal de su Maestro! Los que antes no sospechaban, ni tenían para ello motivos, admiten sin vacilar el tránsito de muerte á vida de su perseguido Señor, y le admiten como un hecho histórico, indiscutible. ¿Y por qué le admiten, sino por que deja satisfechos los sentidos, de suerte que el entendimiento más obstinado quede concluido y precisado á creer? Ojos, oido, tacto, todos los medios que tenemos los hombres para cerciorarnos de una verdad sensible, los usaron ellos para asegurarse de la verdad de la Resurrección; y con tanto más cuidado los usaron, cuanto estaban menos dispuestos á creer esta maravilla, nueva sobre toda novedad. Ven el sepulcro abierto y vacío, los guardas huidos, los ángeles presentes, no les basta; oyen á las mujeres relatar sus visiones, no dan oidos; algunos de ellos contemplan al Salvador resucitado, los demás los tratan de soñadores. Por manera que á fuerza de hacerse ostensible el Salvador, y de conversar con ellos, y de mostrárseles tal cual antes hablaba y trataba, llegan á deponer su terquedad, á rendir el entendimiento, á tener certidumbre, á convencerse que había en hecho de verdad tornado á vivir como antes era. [1]

Al convencimiento ayudó máximamente la diligencia del Salvador. *Palpate et videte*, [2] *tocad y ved, que los cuerpos fantásticos no tienen carne y hueso como yo tengo.* El tacto y el criterio de los sentidos quería que aplicasen á su cuerpo sacrosanto para persuadirse de que habían reverdecido y florecido sus carnes y huesos, y no eran

[1] Act. X, 41.

Es chocante la argumentación del libre pensador Laurent. Pretende que la credulidad de los apóstoles dió fundamento á los milagros evangélicos, y para concluirlo dice así: «¿Quién ha enseñado á los apologistas, que los apóstoles vieron y tocaron los milagros? los evangelistas. ¿Y quiénes son los evangelistas? Se ignora; pero supongamos que sean apóstoles ó discípulos de los apóstoles, su buena fe viene de su credulidad; ¿debe darse crédito á testigos dispuestos á creerlo todo, hasta lo imposible? *(Hist. de la Humanidad*, t. IV, p. 365). Con esta lógica concluye Laurent que los milagros del Evangelio son patrañas, hijas de la ilusión. Una de dos, ó Laurent y su traductor han leído el Evangelio, ó no le han leído. Si han leído, ¿cómo no han visto la incredulidad de los apóstoles respecto de la Resurrección de Cristo? Muy torpes son, ó tienen encandilados los ojos. Si no han leído el Evangelio, ¿cómo se afanan alevosos en vender mentiras al público sensato? Porque mentira palpable es decir que porque Séneca, Plutarco y Marco Aurelio guardaron silencio sobre Cristo y sus milagros, «pasaron siglos después de la venida de Cristo, y los hombres que por gusto ó profesión se ocupaban de creencias religiosas, ignoraban hasta el nombre de Jesús y no tenían noticia ninguna de su doctrina.» *(Hist. de la Humanidad*, t. IV, p. 365.) En semejantes tonterías como esa abunda la obra de Laurent.

[2] Luc., XXIV, 39.

fingidos, sino verdaderos, y los mismos que antes tuviera. La blandura y la dureza, el calor y el temperamento de un cuerpo vivo difiere infinito de las propiedades del cuerpo aéreo y hechizo, cual los espíritus fraguan en sus apariciones. *Multa et alia signa fecit Jesus in conspectu discipulorum quæ non sunt scripta in libro hoc.* [1] Estas notables palabras de San Juan han de entenderse, en especial, de las señales dadas por Cristo después de resucitar, al descubrir á sus discípulos la verdad de su Resurrección, como las interpretan Toledo y Maldonado en este lugar. Algunos comentadores las entienden de todos los milagros obrados por Cristo en los tres años de su predicación; pero fuera de que no habla aquí el evangelista de milagros, sino de señales parecidas á las dichas antes, el *alia signa* significa las demostraciones hechas delante de sus discípulos en los días que les apareció, que fueron muchas más que las notadas en el Evangelio. *Confieso,* decía el ateo Espinosa, *que la resurrección de Jesucristo se narra con circunstancias tales, que no podemos negar que los apóstoles viesen el cuerpo resucitado, y que los infieles habían podido verle como ellos, si se hubieran hallado presentes allí donde Él les aparecía.* [2]

En la evidencia de este criterio estriba toda la mudanza de los apóstoles. ¿Quién pondrá dolo en la veracidad de estos testigos? ¿Qué les iba ni qué les venía en adulterar la verdad? ¿Cómo es posible fingiesen un tan inaudito misterio? Nó: lo que vieron, eso predicaron; la Resurrección, averiguada á ojos vistas, fué la base de sus heróicas empresas. Hombres, que al ver preso y encausado á su Maestro, le abandonan y huyen; hombres, que se avergüenzan de pasar por discípulos del procesado; hombres, que, muerto su Maestro, emplean su ingenio en esconderse y en recatarse del público; hombres, que sólo sacan la cara cuando le ven resucitado; hombres, que de la noche á la mañana se declaran por discípulos, y se ostentan valerosos, y pregonan su doctrina, y provocan la admiración pública con el vigor de sus discursos; hombres, que estribando en la verdad de la Resurrección, hacen rostro á las amenazas, desprecian los tormentos, ofrecen á la espada los cuellos, reprenden á los matadores la iniquidad de su delito, y dejan con sus razones sumidos en un piélago de confusión á los doctos y poderosos; hombres, que no podían esperar de su creencia sino persecuciones, destierros, tormentos, muerte; hombres de este jaéz no fingen, no mienten, no sueñan, ni engañan, ni se engañan, están en lo cierto, dicen lisamente la verdad. *Los apóstoles y discípulos de Jesucristo morían por testificar que habían visto con sus propios ojos á este Señor resucitado, que le habían hablado, oído, tocado, el cual no era dogma especulativo, sino un hecho verificado por el testimonio de los sentidos;* non enim possumus quæ vidimus et audivimus non loqui. [1] *Puede bien un hombre empeñarse en una opinión, pero si es sensato, no puede sacrificar su vida por certificar que ha visto lo que realmente no vió.* [2]*—Si Cristo no resucitó, ¿cómo se entiende que los que mostraron tanta flaqueza y cobardía, estando Él vivo, que le abandonaron y le fueron traidores, mostrasen tanto pecho y diesen la vida por Él después de muerto?* [3]

San Pedro, en el primer sermón que hace á los judíos, les prueba la Resurrección por el testimonio de los que le vieron resucitado; [4] y ¿cuáles son las resultas de sus pruebas? Convertirse unos tres mil y recibir el bautismo. [5] En el segundo sermón demuestra la Resurrección con la repentina curación de un cojo de nacimiento; [6] y sin embargo de prenderle á él y á sus compañeros los sacerdotes y magistrados del templo porque predicaban la Resurrección de Cristo, [7] el número de solos varones que reciben la fe asciende á cinco mil. [8] Júntanse príncipes, ancianos, escribas; llámanlos á dar razón de sí, pregúntanles con qué autoridad hacen aquellas maravillas. [9] Toma Pedro la mano, y con vehemente esfuerzo los ataja con aquella inaudita voz: *En nombre de nuestro Señor Jesucristo, á quien vosotros crucificasteis y á quien Dios resucitó de entre los muertos, este hombre ha recibido salud.* [10] —*¿Qué les haremos á estos hombres?* decían atónitos los jueces, *porque han obrado un milagro público en Jerusalén,* [11] *y no lo podemos negar; pero á fin de que no crezca la*

---

1 Jo., XX, 30. 2 Carta XXV.

---

1 Act. IV, 20.
2 *Catecismo filosófico de Feller*, t. III, lib. IV, cap. III, art. 4.
3 San Crisóstomo, *Orat. in S. Ignatium.*
4 Act. II. 5 Ibid., II, 41. 6 Ibid., III, 15, 16.
7 Act. IV, 3. 8 Ibid., IV, 4.
9 Act. IV, 7. 10 Ibid., IV, 10. 11 Ibid., 16.

fama, amedrentémoslos y mandemos que callen, y que no prediquen al pueblo.—¿Eso intentan los jueces?—*No podemos menos de decir lo que hemos visto y oido,* [1] responden por todos Pedro y Juan; y embarazados los enemigos de Cristo, sin saber qué partido tomar, los despiden y echan de sí, llenándolos de improperios, porque todo el pueblo enaltecía aquel insigne milagro del cojo curado. *Con todo eso, los apóstoles daban testimonio de la Resurrección de Cristo con gran vehemencia y con ruidosos prodigios, y la gracia los acompañaba copiosa á todos ellos.* [2] ¡Ah! Bien saben lo que se hacen los modernos racionalistas cuando, desarmados y vencidos, se indignan contra los *Actos de los Apóstoles*, é insultan y niegan con pertinacia su autenticidad y veracidad. Como mazos de batán se levantan y tornan á caer, dando en mil cegueras al modo de aquellos insipientes que dicen que no hay Dios. [3] Vea el que quisiere las preciosas defensas [4] de los modernos expositores. [5] Si pues los apóstoles hallaron en el hecho de la Resurrección el fundamento de su creencia, la base de su predicación, el título de su apostolado, la causa de su martirio, ¿de dónde les vino tanta luz y tan extraña mudanza, si en realidad de verdad Cristo no volvió á la vida?

Porque no se concibe que pudieran ser impostores. Ningún impostor arma embustes previendo que compra con ellos su infamia y perdición. No hay hombre tan sin juicio que á costa de un embeleco labre su propia desdicha. ¿Impostores los apóstoles? Ningún provecho les acarreaba la impostura. Ellos no predican en nombre propio, no se alzan con los milagros, no dan por suya la doctrina; en cambio toman para sí la pobreza, gastan la vida en trabajos, escogen afrentas, derraman la sangre de sus venas por sustentar la verdad de la Resurrección; nunca se vieron impostores tan desinteresados. ¿Impostores los apóstoles? Hombres sencillos, rudos, ignorantes, no pueden dar cabida á la malicia propia de zainos; no es posible juntarse una gavilla de hipócritas para salvar el mundo enseñando moralidad y pureza de virtud, y arrostrando cadenas, cárceles, muertes. ¿Impostores los apóstoles? No traman el complot en un rincón del desierto para que la acusación tenga visos de probable; publican la Resurrección en las plazas de Jerusalén, á ciencia y paciencia de los homicidas de Cristo, á quienes apellidan por testigos, en el día más solemne y concurrido, á los cincuenta después del deicidio; y en prenda de la verdad que proclaman, ocho mil hombres la abrazan y se profesan sus defensores; y unos hombres que habrían tenido en el acto toda la capital contra sí, á no ser cierto lo que predicaban, no es equidad tratarlos de burladores, ni es posible que tuviesen la avilantez de andar con astucias y raterías, y de embaucar en dos días una turba tan inmensa. ¿Impostores los apóstoles? ¿Qué hacen ahí los jueces y sabios de la ley? ¿dónde está el crédito del Sanedrín? ¿cómo no cierra la boca á tan solemnes falsarios? ¿cómo no los escarmienta cual merece su taimada hipocresía? ¿con el Maestro tanta crueldad, con los discípulos tanta blandura? ¿el Maestro por blasfemo merece muerte de cruz, y los discípulos que pregonan la blasfemia son dignos de indulgencia? Y la impostura reina, prospera, triunfa, sin que se levante una voz á contradecir, á confundir, á desengañar. ¿Impostores los apóstoles? Milagro del orden moral de los más inauditos é increíbles fuera semejante impostura, rodeada de circunstancias

[1] Act. IV, 20.

[2] Act. IV, 33.

[3] Uno de los más ciegos y maliciosos ha osado escribir de su puño: «Ce n'est pas ce Sanhédrin judaïque, c'est Pilate qui fit exécuter Jésus comme sèditieux et condamné politique.» (GRAETZ, *Hist. des Juifs*, 1884, t. II, p. 277.

[4] CORNELY, *Introductio in libros sacros utriusque Testamenti*, t. III, p. 315, 336.—PATRIZZI, *In Acta Apost. commentar.*—BACUEZ, *Manuel biblique*, t. IV, n. 484, 510.—BEELEN, *Commentar. in Acta Apost. Prolog.*—LAMY, *Les Apôtres.*

[5] Incrépalos con dureza el indocto Laurent, preguntando malévolo: «¿Quién les ha dicho que los apóstoles fueron torturados por hacer constar los hechos? La necesidad de la causa que sostienen. ¿Quién les ha dicho que los apóstoles declararon que habían visto á Jesucristo muerto y resucitado? Siempre su imaginación y la necesidad de la causa.» (*Hist. de la Humanidad*, t. IV, pag. 337).—Es deplorable miseria que D. Antonio Fernández, cuando traducía este párrafo, no tuviese delante los *Actos de los Apóstoles*, donde consta la turbación y sobresalto de saduceos y fariseos al oir á Pedro y demás apóstoles testificar que habían visto á Jesús muerto y resucitado. (Act. II, 32.—III, 15.—IV, 10, 20.—V, 31, 32). Y prosigue Laurent impasible: «Aun cuando se les concediera á los apologistas que los apóstoles habían muerto por atestiguar que Jesucristo había hecho milagros y había resucitado, ¿se seguiría de ello que hubiesen testificado la divinidad de Cristo?» (Ibid.) No menos imperdonable es la distracción de D. Angel en este lugar. Los apóstoles llamaban á Cristo Hijo de Dios (Act., III, 13, 26), autor de la vida (ibid., 15), el Mesías prometido (ibid., 21), la piedra angular del edificio espiritual (IV, 11), el único remedio de nuestra salud (ibid., 12). Si esto hubiese leído el traductor, podía haber castigado con la pluma la audacia del racionalista y vuelto por la honra de los ingenios españoles, que no consienten baladronadas de ignorantes y falsarios.

tan notables. El libro tercero de la *Demostración Evangélica*, escrita por Eusebio de Cesarea, basta por sí para dar respuesta contundente á los que culpan á los apóstoles y discípulos de engañadores y falsos.

Reponen los racionalistas: estos testigos disienten unos de otros.—R. En la substancia nó, porque en la substancia del hecho concuerdan á maravilla, dado que en algunos particulares discrepen; discrepancia, que hacía de todo en todo imposible la conspiración é impostura. Nadie negará que la Resurrección de Cristo sea el suceso más calificado del Nuevo Testamento, nadie lo negó jamás, ni judíos, ni gentiles. Cuando los primeros cristianos convidaban á gentiles y judíos á que probasen su falsedad, callaban ellos no osando contradecir al escuadrón de testimonios que contra sí veían armados. Entre los griegos y los hebreos convertidos dividíanse escuelas y opiniones en muchos puntos, y áun respecto de Cristo había diversidad de pareceres; de un punto no disputaban, de su muerte y Resurrección, este era el acontecimiento más esclarecido en que se sustentaba el edificio de la fe. Y con ser el cristianismo sociedad pública, no secreta, y haber nacido al pie de la cruz, y levantado bandera junto al sepulcro, en solo este glorioso hecho estribaba y florecía. Quien mudó á Saulo en otro hombre fué el misterio de la Resurrección, que vino á ser luego el fondo capital de sus enseñanzas. Un hombre tan denodado propugnador de la ley, tan fiero impugnador de los cristianos, tan embravecido contra la nueva doctrina, forzado por la evidencia, camina por pasos contrarios, da de mano á sus preocupaciones, renuncia á su fama y estimación, pone debajo de sus pies su honra y conveniencia temporal: ningún argumento le abrió los ojos y le obligó á dejar de ser lo que era, después de la gracia de Cristo, sino el hecho glorioso de la Resurrección.

¿Qué diremos de los primeros discípulos de los Apóstoles? Aborrecían á los gentiles sólo porque no eran judíos; llenos de ideas judaicas esperaban, como sus maestros, la restauración social de su república. Pero oyen á los apóstoles que Cristo ha resucitado [1] y subido á los cielos; y rotas las cadenas de aquellas inveteradas tradiciones componen su vida según la pauta de la nueva doctrina, y emprenden la obra más vasta y dificultosa que en mente humana podía caber. La Resurrección es causa poderosa á explicar la fundación del cristianismo; sin ella es excusado buscar explicaciones. ¿Con quién hubieron de lidiar los primeros cristianos sino con los judíos? con los judíos aferrados á sus costumbres tradicionales, amigos de sus intereses, traficantes y negociadores; con los judíos, á quienes debieron disgustos, calumnias, asechanzas, destierros. Sin embargo, ningún judío llamó á juicio el misterio de la Resurrección, ni trató de argüir sobre él. Finalmente no sólo era la Resurrección profesada por los cristianos, respetada por los judíos, pero también contraria á las opiniones de los gentiles, y tan abiertamente contraria que el mero hecho de proponérsela era pedir imposibles á la razón pagana. La crucifixión y la muerte de Cristo fué cosa llana y muy al alcance de la experiencia gentílica; la Resurrección era durísima de tragar, porque en sí considerada escandalizaba el discurso de la humana razón; en términos que si los saduceos no podían oirla mentar sin regañar los dientes, los atenienses recibieron con burlas á Pablo que se le anunció. Festo le tuvo por dementado con solo escuchar su noticia. Sin embargo los apóstoles y discípulos la imponen al gentilismo, la establecen por principio cardinal de la teología cristiana y rinden á su vasallaje prevenciones, doctrinas, costumbres, instituciones, temores, odios y toda la turba de errores, vicios y pasiones humanas. [1]

---

[1] Qui enim Christum in carne resurrexisse et cum illa in cœlum ascendisse non viderant, id sibi narrantibus credebant. S. AGUST. *De Civit. Dei*, lib. XXII, cap. V.

[1] Leyendo los voluminosos tratados de Laurent, pensará el lector sencillo que ningún judío creyó la Resurrección del Salvador. Alude á Josefo, y sin dar prueba ninguna afirma que los cristianos falsificaron su historia. *Hist. de la Humanidad*, t. IV, pág. 367. Hablando en general añade: «Los judíos crucifican á Cristo, y no creen en él áun después de resucitado. Los hombres negándose á creer en Dios y matándole. Hay que exclamar: ¡prodigio! pero prodigio de majadería. El testimonio de los judíos es el gran argumento de los libres pensadores contra los milagros» (*Ibid*. pag. 368.) — Laurent y su traductor ni han leido los Evangelios, ni los Hechos apostólicos, ni las Cartas de los apóstoles, ni las historias eclesiásticas; porque si hubieran tenido á la vista tan venerandos documentos, darían «pruebas de la verdad y sinceridad más completa» que en el Prólogo prometieron. Acabamos de evidenciar que muchos judíos sujetaron el cuello al yugo de la fe, convencidos de los milagros y de la Resurrección del Salvador. Esto basta para cerrar el proceso y castigar con el desdén los antojos de la crítica insana.

De todo lo dicho hasta aquí se concluye que el testimonio de los apóstoles demuestra evidentemente la verdad de la Resurrección del Salvador y la realidad del milagro. Dignas son de ser consultadas en esta materia las obras de los controversistas católicos, protestantes y jansenistas. [1]

ARTÍCULO II.

Segunda razón; la verdad del hecho probada por los enemigos de Cristo.—Consejo del Sanedrín.—Aclárase el orden de los sucesos.—Inconvenientes del robo fingido por los Sacerdotes.—Voces de los Santos Padres.—Respóndese á la primera dificultad en esta materia.—Fábula de los racionalistas.—Imposibles antes del robo, en el robo, después del robo.—Imposibles de parte de los soldados.—Imposibles de parte de los judíos.—Razonamiento de San Agustín.—La calumnia voló por todo el mundo.

El segundo testimonio, después del de los apóstoles, hállase en los labios de los mismos enemigos del Salvador. Recelaron que los discípulos y amigos le robasen y sembrasen fama de que había resucitado. Para ocurrir á la eventualidad elevan al gobernador una súplica solicitando cuerpo de guardia que custodiase el sepulcro y estorbase todo atentado de alevosía; y no paran hasta ver el cadáver rodeado de centinelas de toda confianza. Pero acaeció que el domingo por la mañana el cuerpo había burlado la vigilancia de los guardas; no fué hallado en el sepulcro. ¿Quién le llevó?

Los guardas avisaron á los sacerdotes lo que pasaba: *entraron en la ciudad y participaron á los príncipes de los Sacerdotes lo acaecido*: conviene á saber, el terremoto, la losa revuelta, la llegada de las mujeres, la aparición del ángel, [2] los lienzos recogidos: *por manera*, dice Salmerón, *que los centinelas, quieran que nó, se hicieron testigos y predicadores de la verdad de la Resurrección; porque la verdad disfamada por los adversarios de Cristo, resplandeció más esplendorosa con el testimonio de los guardas.* [1]

Recibida la nueva los Sacerdotes tuvieron consejo sobre lo que convenía hacer para quitar crédito al prodigio. La determinación fué juntar una gran suma de dinero y entregarla á los soldados diciendo: *Vosotros daréis fe de cómo sus discípulos han ido de noche, y robado el cuerpo mientras estabais durmiendo; y si el gobernador llega á saberlo, nosotros le apaciguaremos y pondremos en cobro vuestro nombre y honra.* [2] Recibieron los soldados el dinero no por premio de su vigilancia y esfuerzo, sino por precio de la valentía con que habían de sustentar la orden dada. Al cabo ¿quién llevó el santo cuerpo? Según los enemigos, los discípulos, hecha conjuración y pandilla embistieron á mano armada, echaron las uñas al cadáver, y luego esparcieron el rumor de que había resucitado. Tal es el capítulo de acusación que han siempre echado en plaza todos los enemigos del catolicismo; porque esto fué lo que depusieron los soldados, esto lo que el gran consejo tuvo por bueno y razonable. [3]

---

1 Duvoisin, *Démonstration évangélique*. 1800, chapitre VII.—West, *Observations sur l'hist. et sur les preuves de la Résurrection de Jésus-Christ*, 1757, II p. chap. III.—Ditton, *La vérité de la religion chrétienne*, 1728, III, p. chap. III, VIII.—Duguet, *Principes de la foi chrétienne*, III p. chap. VIII.—Hettinger, *Apologie du christ*. t. II, chap. XV.—Sherloch, *Les témoins de la Résurrection*.—Rotten, *Cours élémentaire d'apologie chrétienne*, chap. XV.—Frayssinous, *Défense du christianisme*, t. II.—Van Weddingen, *Les éléments raisonnés de la religion*, chap. VI.—La Luzerne, *Dissert.*, II p. chap II.—Schouppe, *Curso abreviado de religión*, 1879, p. I, art. II, § 2.—Lafiteau, *Sermón sobre la Resurrección*.

2 Matth., XXVIII, 2, 11.

1 *De Resurrectione*, tract. XIII.

2 Matth., XXVIII, 15.

3 «Chose bien digne de remarque: à la mort du Sauveur, les juifs semblent croire bien plus à sa Résurrection que les apôtres eux-mêmes. *Les disciples ne savaient pas encore*, nous dit saint Jean, *ce que l'Ecriture enseigne, qu'il fallait qu'il ressuscitât d'entre les morts* (Jo., XX, 3); tandis que les juifs, instruits par leurs anciennes traditions, s'attendaient à la Résurrection du Messie. Le rabbin Moïse Hadarsan, en expliquant ces paroles du Psalmiste: *Le soir ce sont des pleurs, et le matin des chants d'allegresse*, avait dit: «Lorsque le Messie mourra, tous ses disciples seront affligés de sa mort, et lorsqu'il retournera à la vie, ou lorsqu'il ressuscitera, ils se réjouiront et chanteront.» (Galatin, *De arcanis catholicæ veritatis*, lib. VIII, cap. XXII). C'est parce qu'ils connaissaient l'immense portée de cet événement qu'ils prennent tant de précautions, non pour s'assurer si Jésus-Christ ressuscitera, mais pour pouvoir nier sa Résurrection.

Lorsque le corps de notre Sauveur eut disparu du lieu où ils croyaient le tenir enfermé, ils furent étrangement embarrassés.

On lit dans le Talmud que «ce fut Judas qui enleva secrètement le corps de Jésus, et qu'il l'enterra dans son jardin. Les disciples ayant ouvert le sépulcre, et n'y ayant point trouvé le corps de leur Maître, se mirent à crier: il n'est pas dans le tombeau! il est monté au ciel comm'il nous l'a dit lorsqu'il était vivant! Mais Judas le fit voir au peuple, lorsque les apôtres prêchèrent sa Résurrection.» (*Sepher Toledoth Jeschu.*—Voir aussi la réfutation de ce livre: Wagenseil, *Tela ignea Satanæ*, t. II).—Et ce peuple, témoin d'une imposture si évidente, se convertit en foule à la religion de Jésus-Christ; le nombre des disciples de Jésus s'accrut au point que dans peu de temps, selon le Talmud lui-même, ils furent assez nombreux pour empêcher les juifs de venir à Jérusalem aux grandes solemnités! Tandis que les juifs étaient dans la plus grande consternation à la vue de ces *malheurs*, la religion des *Nazaréens* prenait chaque jour des accroissements et se répandit au loin! La contradiction était par trop évidente: il fallut abandonner l'histoire de l'enlèvement du corps de Jésus par Judas, et recourrir à un autre

No vaya el caviloso á sospechar que, cuando los sacerdotes y fariseos fueron á sellar el sepulcro, ya los discípulos les habían echado el paso adelante y sin pérdida de tiempo habían madrugado al robo haciéndose dueños del cadáver. No lleva camino esta cavilosidad.

El orden de las cosas acaecidas en el sepulcro, fué como sigue, sacado de los evangelistas. Enterrado que hubieron los dos discípulos el Cuerpo santo, para mejor asegurarle de atrevimientos y desmanes, cerraron la puerta del monumento con una grande losa, que sirve hoy día de mesa de altar en la iglesia del Santo Sepulcro, cubierta por otra de precioso mármol. Los hebreos, es cosa notoria, comenzaban al anochecer el día oficial, y llamaban tres días, aunque fuesen incompletos (como en todas las lenguas se estila) la tarde del viernes, la noche y día del sábado, la noche y madrugada del domingo. [1] El enterramiento se ejecutó al caer de la tarde, antes de comenzar el sábado festivo. [2] Y porque empezaba ya á rayar el día solemne, [3] en que no era lícito á nadie trabajar, se volvieron á sus casas. Todo el día del sábado legal, es decir, el viernes después de puesto el sol, hasta la puesta del sol del sábado, estuvieron los discípulos de Jesús en silencio y sin hacer ninguna diligencia, como de las santas mujeres lo dice expresamente San Lucas, [4] por no contravenir al precepto de la ley.

No así los pontífices y fariseos. [5] El día siguiente, es decir, cuando terminado el viernes al ocaso del sol había dado ya principio el sábado, siendo casi de noche, no haciendo los religiosísimos pontífices caso alguno de la solemnidad, ni de contaminarse poniendo los pies en palacio de gentil, van personalmente á casa de Pilato á pedirle guarnición de soldados que velase el sepulcro. *Señor*, le dicen, *nos ha venido á la memoria que aquel embustero*, así nombraban á Jesús, *dijo cuando estaba vivo, que había de resucitar á los tres días de su muerte: será bien mandes poner custodia en su sepulcro hasta que pase el tercer día, no sea que los discípulos roben el cuerpo y luego publiquen que resucitó Jesús de entre los muertos; que sería error de más graves consecuencias que cuanto se ha esparcido de su divinidad.* [1]

Hasta aquí no podían los discípulos haber intentado apoderarse del cuerpo, ya porque era día de fiesta, ya porque los pontífices lo presuponen en su comisión, ya porque los apóstoles andaban huidos y temerosos, ya porque estaban ellos tan interesados como los pontífices en que la verdad prevaleciese. El único tiempo que tuvieron libre los discípulos para cometer el hurto fué éste, mientras los pontífices acuden á Pilato, y le hablan, y él les otorga licencia, y ellos la toman y buscan soldados y los guían al monumento. Este es el único instante, de pocas horas, que los apóstoles pudieran aprovechar para entenderse entre sí, robar y esconder el cuerpo de Cristo. Pero no le aprovecharon; eran ellos pocos y apocados, el tiempo corto para tamaña empresa, el día solemnísimo, el trance tan peligroso, que á ninguno de ellos se le pudo ofrecer la idea de robar. Cuando los fariseos se entregaron del sepulcro y le sellaron, y pusieron en su custodia una compañía militar, bien se enterarían de si estaba ó nó en el sepulcro el cuerpo que tan apurados los traía. Tan ciertos estaban, que hacen luego á los soldados esta advertencia: decid que los discípulos fueron *de noche* y robaron el cuerpo estando vosotros dormidos. Al decir *de noche* indican que ya estaba rodeado con guardias el sepulcro cuando los discípulos fueron á robar, y que no estaban durmiendo en sus casas, sino junto al sepulcro en el cuerpo de guardia.

---

moyen. *Les juifs dirent qu'il avait été ressuscité par la force de la necromancie* (Dicunt præterea Christum necromantiam exercuisse ejusque vi post crucem fuisse suscitatum.—BOLLAND., I febr.). Singulier magicien que celui qui, non content d'avoir ressuscité des morts pendant sa vie, se ressuscite lui-même après avoir été trois jours dans le tombeau!

Aussi tous ceux d'entre les juifs qui avaient encore des yeux pour voir et un peu d'intelligence pour comprendre, se convertirent à Jésus-Christ.—(Tacite, Suetone, Josèphe, Celse et plusieurs autres auteurs profanes confirment ce fait, qu'après la mort de Jésus-Christ un grand nombre de juifs embrassérent sa doctrine).—Todo esto es del abate mitrado Monseñor MISLIN, *Les Saints Lieux*, t. II, 1858, p. 272.

[1] PERRONE, *De vera religione*, cap. VI, n. 323.

[2] Et cum jam sero factum esset, quia erat parasceve quod est ante sabbatum. — Marc., XV, 42. — Matth., XXVII, 57.—Luc., XXIII, 54.—Jo., XIX, 42.

[3] Et sabbatum illuscebat.—Luc., XXIII, 54.

[4] Et sabbato quidem siluerunt secundum mandatum. —XXIII, 56.

[5] Altera autem die, quæ est post parasceven, convenerunt principes sacerdotum et pharisæi ad Pilatum.—Matth., XXVII, 62.

[1] Domine, recordati sumus quia seductor ille dixit adhuc vivens: post tres dies resurgam. Jube ergo custodiri sepulchrum usque in diem tertium, ne forte veniant discipuli ejus et furentur eum, et dicant plebi: surrexit a mortuis. Et erit novissimus error pejor priore.—Matth., XXVII, 63, 64.

Lo que con más atención se ha de ponderar es la trama del robo. Habíanla urdido los enemigos de Jesús en sus juntas, celebradas durante la hora misma en que se daba al cuerpo sepultura. Allí fraguaron el embuste, y le fraguaron porque la espina de la Resurrección los traía rabiosos y desesperados. Veíanla inminente, creíanla segura, y para desvanecer su verdad, empiezan ya desde el viernes, antes del sábado, á prevenirla con un solemnísimo desbarate. La inquietud no les dejó sosegar ni dormir, sin antes, apenas el sol se oculta, molestar al Presidente con los miedos de que los discípulos del muerto, amparados con las sombras de la obscuridad, no fuesen aquella misma noche á cometer tan espantosa maldad; desmán que se atajaría luego apostando centinelas de vista.

El Presidente, sin meterse en demandas y respuestas, les dijo sencillamente: *Andad, guardad el sepulcro como os diere la gana, soldados tenéis, traza no os falta*; pero tenedlo bien entendido, como si les dijera, si en amaneciendo el día tercero se os huye de las manos el cuerpo de Jesús, si falta en el sepulcro, responderéis de él á las gentes, y las gentes podrán creer que resucitó, como lo tenía predicho, según vuestra feliz memoria; y entonces sabrá el mundo si fué embustero ó profeta. Nadie mejor que vosotros para un lance tan espinoso. Andad, guardadle como sabéis hacerlo.—Los pontífices van, sellan la piedra enorme que cierra la entrada del monumento, y confían su custodia á los soldados. Esta diligencia debió de practicarse, repetimos, al anochecer del viernes, al poco rato de puesto el sol, principiado ya el sábado solemne. Los discípulos estaban tan interesados como los fariseos en averiguar la verdad del hecho, dispuestos, si no tenía lugar á tiempo, á declarar á Cristo por un impostor digno de odio eterno. [1] De aquí hemos de concluir, que no pudieron ellos robar el cuerpo, antes de acuartelarse los soldados cerca del monumento, ora se acordasen, ora no se acordasen de la predicción de Jesús. Porque va dicho ya que el Salvador les predijo que resucitaría, y en lo cierto estaban los fariseos y saduceos cuando tenían en la memoria atravesada como un clavo la formal predicción. [1]

[1] P. M. de Boylesle, *Jésus-Christ et son regne*, 1886, p. 518.

Repartidas las centinelas y vigilias entre los soldados, considerando que en la fidelidad de aquella custodia íbales la cabeza, pasaron con quietud la noche del viernes, el sábado entero, la noche del sábado al domingo; pero he aquí que al despuntar el alba la tierra se conmueve con temblores, y se hallan todos fuera de sí con el asombro, tendidos como difuntos por los suelos. Vueltos en sí, determinan que quedando algunos de centinela, vayan corriendo á dar razón á los pontífices de lo acaecido en el sepulcro, para que entendiesen que si faltaba el cuerpo no se les podía imputar á descuido ó cobardía. [2] Contáronles llanamente lo que habían visto por sus ojos, el temblor de tierra, la losa levantada, la aparición del ángel, el terror que su vista les infundió [3] y todas las demás circunstancias que pudieron presenciar.

Atónitos de espanto los pontífices á la deposición de testigos oculares tan autorizados, entran en consejo con los ancianos [4] acerca de lo que conviene hacer para salir del conflicto. El acuerdo es corromper con dádivas á los soldados. [5] Al llenarles las manos de dinero, les avisan cuidadosamente estén bien en la cuenta del descargo que han de dar al público y cómo le han de dar. *Diréis de esta manera: vinieron los discípulos por la noche, y estando nosotros durmiendo nos cogieron y hurtaron el cuerpo de Jesús.* [6] La bizarría militar puso algún reparo en el cargo que les haría el Presidente, si llegase el caso á su

[1] Non est hic: surrexit enim, *sicut dixit* Matth.- XXVIII, 6.—Ite, dicite discipulis ejus et Petro, quia præcedet vos in Galilæam, ibi eum videbitis, *sicut dixi vobis*. Marc. XVI, 7.—Non est hic, sed surrexit, recordamini qualiter *locutus est vobis*, cum adhuc in Galilæa esset, dicens: Quia oportet Filium hominis tradi in manus hominum peccatorum, et crucifigi, et tertia die resurgere. Et recordati sunt verborum ejus. Luc. XXIV, 6.—Hæc sunt verba, quæ *locutus sum ad vos*, cum adhuc essem vobiscum. Luc. XXIV, 44.—Jo., XVI, 16, 22.—¡Y luego se nos vendrá el desdichado Paulus gastando siete páginas de papel para persuadir que Cristo nunca predijo su Resurrección!

[2] Quidam de custodibus venerunt in civitatem et nuntiaverunt principibus sacerdotum omnia quæ facta fuerant. Matth., XXVIII, 11.

[3] Et ecce terræ motus factus est magnus.—Angelus enim Domini descendit de cœlo.—Præ timore autem ejus exterriti sunt custodes, et facti sunt velut mortui. Matth., XXVIII, 2, 4.

[4] Et congregati cum senioribus.

[5] Consilio accepto, pecuniam copiosam dederunt militibus, Matth., XXVIII, 12.

[6] Dicite quia discipuli ejus nocte venerunt, et furati sunt eum, nobis dormientibus. Matth., XXVIII, 13.

noticia; pero los pontífices atajan la dificultad diciendo: *Si el Presidente llega á saberlo, por nuestra cuenta queda el sosegarle y persuadirle; os guardaremos las espaldas.* [1] Y con estas seguridades se resuelven los soldados á recibir el dinero, á dejarse cohechar y á hacer y decir lo que les han encargado. [2]

Así corrió la fábula del robo entre el pueblo, [3] sin que nadie reparase en la contradicción de los términos, pues afirmaban los soldados como testigos de vista lo que sólo en sueño pudieran ver. *Sin embargo se asentó la ficción entre los judíos, y persevera hasta hoy escrita en láminas de bronce en sus espíritus con la punta de acero del odio implacable que le tienen, y con apariencia tan desvanecida en sí misma sustentan la incomposible mentira tantos años con el vigor y aliento que solían las verdades que en tablas de mármol escribió Dios de su mano. Gran mérito es sin duda el de la fe, y de valor inestimable á los ojos de Dios, pues pudiendo haber quedado el artículo de la Resurrección de Jesús sin controversia con sola la verdadera deposición de los soldados, ordenó que éstos vendidos al interés alterasen el suceso, y que su testificación cobrase fuerzas, para que este misterio, clave y coronación de los demás, quedase amparado de solamente los presidios de la fe.* [4]

Debemos aquí confesar, que si por entonces salían los enemigos de Cristo diestramente del encuentro, no podían en realidad haber imaginado traza que fuese más en daño y descrédito suyo y en gloria y provecho de la Resurrección. Divulgó la gente de guarda que los discípulos habían llevado el cuerpo, estando ella más descuidada y quieta. ¿Es esto creible? ¿es esto verosímil? ¿es esto posible? Si dormía á sueño suelto la guarnición entera, en vez de velar sobre el depósito confiado, no era posible atinase á descifrar que habían sido los discípulos precisamente los ladrones, pudiendo éstos haberse valido de terceros para el logro del hurto. Tampoco el Sanedrín tomó informaciones de la tropa, como era razón, con intento de apurar la verdad. Mucho menos escarmentó, como se merecía, la grave torpeza de los soldados, si en efecto faltaron al deber dejándose vencer del cansancio en momentos de tanta urgencia. *¿Por qué,* pregunta San Cirilo jerosolimitano, *así como cuando San Pedro escapó de la cárcel fueron condenados los carceleros, no lo son aquí los que custodiaban el cuerpo de Jesús? Aquéllos son castigados sin que la ignorancia del hecho les sirva de excusa, y éstos enterados de la verdad y ocultándola por la codicia del dinero, son perdonados por los Sacerdotes.* [1] Y si dormían, ¿cómo no discurren otro término medio, sino que hubo de ser robado el cuerpo por los discípulos? Si dormían, no habían de ver el hurto; y no viéndole, con ningún fundamento le dan por hecho. Ellos dicen que dormían; y ni lo abonan, ni lo indica el Evangelio, ni de ningún indicio se colige. Y si dormían, no podía el grave sueño sepultar sus sentidos tan del todo que no percibieran el rumor de los robadores cuando levantaban la losa y quebraban el sello imperial. Y si concedemos que alguno de los guardas cabeceó, no por eso diremos que todo el cuerpo quiso incurrir en la pena capital impuesta por la ley romana á los centinelas durmientes.

Y si la fuerza del sueño no les cerró los ojos, ó si rompieron el reposo á tiempo, ni declaran qué linaje de armas les faltaba para repeler la agresión, ni alegan las reyertas trabadas con los agresores; con que no declarando más, mal pueden hacer cargo á los discípulos de tan aleve atentado. Quedó la mortaja en el sepulcro: este es el hecho más claro que desmiente el embuste del hurto, y condena la avilantez de la soldadesca. Si fuera verdad que los discípulos hicieron presa en el cuerpo, no dejarían de llevarle como estaba, fajado y vendado; ni se anduvieran tan despacio en desnudarle y en desatarle de la sábana, porque nunca se ha visto que un ladrón se ponga de industria á desenvolver el fardo que ocupa; ninguno, si es robador, deja de tener ojo á abrazarse con el paño y con su funda; y si tanta prisa se dieron, no les podía quedar tiempo para doblar el sudario, extender los lienzos, dejándolo allí todo, ungüentos y aromas.

Más; si los soldados tenían razón, si

---

[1] Et si hoc auditum fuerit a præside, nos suadebimus ei, et securos vos faciemus. Math., XXVIII, 14.

[2] At illi accepta pecunia, fecerunt sicut erant edocti. Math., XXVIII, 15.

[3] Et divulgatum est verbum istud apud judæos, usque in hodiernum diem. Ibid.

[4] Fr. Fernando Valverde, agustino, *Vida de Jesucristo nuestro Señor, Dios-hombre, Maestro y Redentor del mundo*, 1600, lib. VII, cap. VI.

[1] *Catech.*, XIV.

durmiendo ellos les cautivaron el muerto, era justo que después cuando los apóstoles pregonaban la Resurrección de Cristo,[1] los mandase la autoridad prender y encausar como á delincuentes públicos y alevosos, y entablase careo entre discípulos y soldados. Cabalmente para prevenirse contra el robo del cadáver, cautelosos los sacerdotes y fariseos se presentaron al gobernador romano en demanda de guarnición que velase sobre el sepulcro y le asegurase con suficiencia de soldados,[2] como significando que tomaban sobre sus conciencias el cuidado de vigilar para que se frustrase toda tentativa de hurto. ¿Y ahora que la dan por verificada, no se acuerdan ya de sus pasados desvelos? No cuadra bien con el decoro de la autoridad andar tan solícita en busca de centinelas, que defiendan el cadáver del crucificado, y tan remisa luego en valerse de su poder para enfrenar la elocuencia de los imaginados robadores que se alaban de haber visto glorioso y resucitado al poco antes muerto en infame patíbulo. Tan ingeniosa política de los magistrados muestra claro que tenían interés en cubrir con las tinieblas del silencio la declaración de los centinelas, porque muy mal se ajustaba su dicho con la evidencia de las pruebas que ponían resplandeciente á los ojos la limpieza de los apóstoles y la verdad de la Resurrección.[3]

Los Santos Padres y Doctores de la Iglesia en declarar la verdad de este misterio empleaban todo el nervio de su fervorosa elocuencia. *¿Cómo hurtaron el cuerpo hombres pobres y rudos que huían de las gentes? ¿no estaba allí puesto el sello? ¿no había allí centinelas, soldados y judíos, que sospechándolo andaban cuidadosos y despiertos? ¿Y por qué le robaron? ¿acaso para inventar el dogma de la Resurrección? ¿Cómo les pudo venir tal cosa al pensamiento á hombres que sólo pensaban en hacerse invisibles? ¿de qué manera hubieran movido la piedra, y escapado de tantos ojos? Grande era la losa, y muchas manos eran menester para moverla. ¿Por qué no le robaron antes? que si robar intentaran, hubieran acudido la primera noche cuando sin peligro y seguramente lo pudieron ejecutar..... Y ya que quisieran robar, no se llevaran el cuerpo desnudo, siquiera para no perder tiempo en quitarle los lienzos y el sudario, malos de quitar por cierto..... El decir que le robaron confirma la Resurrección; confiesan que el cuerpo no estaba ya, y pues la presencia de la guarnición, el sello y la timidez de los discípulos declaran falso el hurto, síguese de aquí una demostración palmaria de la Resurrección de Cristo.*[1] Hasta aquí el Crisóstomo.—San Jerónimo hermosamente escribe: *Los guardas confiesan el milagro: apresurados entran en la ciudad, dan parte á los príncipes de lo que vieron y de lo que presenciaron. Los que habían de haberse convertido, con penitencia de su maldad, y puesto á buscar á Jesús resucitado, perseveran en su malicia, y el dinero destinado á los usos del templo le invierten en confesar una mentira, así como antes habían dado los treinta dineros al traidor Judas.* —[2] S. Agustín exclama:[3] *Qué dijiste malaventurada astucia? Hasta tal extremo te falta la luz del consejo y el favor de la piedad, y en tal abismo de raposerías te hundes, que oses decir: Diréis que estando vosotros dormidos vinieron sus discípulos y se le llevaron? durmientes traes por testigos? Tú sí que dormías cuando te arrojaste á discurrir tamaña ruindad!*[4]— En otra parte dice el mismo S. Agustín:[5] *El testimonio de los confesores no quieren oir para alcanzar la vida, y el testimonio de los durmientes oyen para lograr la muerte.*

La única salida plausible en este asunto era, que al dar cuenta los soldados de todo lo acaecido, hubiesen contado á los príncipes de los Sacerdotes el suceso en estas ó semejantes palabras: Señores: estaban los centinelas despiertos y nosotros descansando con todo el descuido del mundo, cuando de improviso hacen ellos una encamisada; capitaneados por

---

[1] Art. XI, 20.
[2] Ib. 66.
[3] *El Evangelio en triunfo*, carta VIII, t. I.

---

[1] Οταν οὖν αὐτοι μεν ὁμολογῶσι μὴ εἶναι το σῶμα ἐκεῖ, τὴν δὲ κλοπὴν δεικνύῃ ψεύδη καὶ ἀπίθανον ἡ προεδρεία αὐτῶν, καὶ τὰ σημαντρα, καὶ ἡ τῶν μαθητῶν δειλία ἀναμφισβήτητος κἀντεῦθεν ἡ τῆς ἀναστάσεως ἀπόδειξη φαίνεται.

[2] Custodes miraculum confitentur, ad urbem conciti redeunt, nuntiant principibus sacerdotum quæ viderint quæ facta conspexerint. Illi qui debuerunt converti ad pœnitentiam et Jesum quærere resurgentem perseverant in malitia, et pecuniam quæ ad usus templi data fuerat, vertunt in redemptionem mendacii, sicut antea triginta argenteos dederant Judæ proditori.—*In Matth.*

[3] ¿Quid est quod dixisti, o infelix astutia? Tantumne deseris lucem consilii pietatis, et in profunda versutiæ demergeris ut hoc dicas: Dicite quia vobis dormientibus venerunt discipuli ejus et abstulerunt eum? Dormientes testes adhibes? Vere tu ipse obdormisti qui scrutando talia defecisti.—In psalm. LXIII, 7.

[4] V. in psalm. XXX, 1.

[5] Testimonium martyrum nolunt audire, ut vivant; et testimonium dormientium audiunt, ut pereant. —Serm. 44, cap. IV.

José de Arimatea y Nicodemus entran con fuerza armada, cargan contra nosotros, sitian el sepulcro y se apoderan del cuerpo. La pelea fué á manera de rebato. Nosotros, pocos, desalentados y no bastantes á resistir en aquel trance á tantos centenares de facciosos, nos batimos como buenos, pero al fin tuvimos por mejor disimular por no exponer nuestras vidas; y nos dejamos ocupar el cadáver. Esto es lo que en puridad ha pasado: la guarnición poca, ellos muchos, no hubo resistencia posible. Del miedo quedaron mudos los más, aterrados todos como de piedra. [1] Aquí hemos venido algunos acogidos á los pies á dar razón de lo sucedido. [2]—Para pintar con color de verosímil este relato introducen los racionalistas Bahrdt y Venturini una secta secreta compuesta de esenios, que tenían cerca del Calvario casa y habitación; allí Juan, Nicodemus y José de Arimatea se juntaron á tratar la ejecución del robo, como quienes al bajar de la cruz el cuerpo de Cristo, notaron que no estaba del todo muerto y concibieron esperanzas de sacarle de entre las uñas de la muerte. Sobrevino un terremoto y tempestad extraordinaria, á cuyo estruendo se les heló el alma á los soldados. De esta situación se aprovecharon los facciosos, y al favor de las tinieblas dejóse ver por allí de improviso uno de ellos vestido de fantasma blandiendo una tea encendida y capitaneando una gran turba: fué tal el sobresalto y la consternación de los centinelas, que unos cayeron amortecidos, cortados de miedo sin poderse mover de un sitio, otros quedaron presos con cadenas de un helado pavor, á otros les daba saltos el corazón y sólo parecían vivientes en el temblor con que les palpitaba, otros en fin dieron á huir erizados los cabellos y llegaron sin aliento á la ciudad. En muchas circunstancias discrepan los *sabios* que así discurren, y más se diferencian en las mentiras que escriben, que en los caminos que toman para averiguar la verdad: en sola una cosa convienen, y es en no seguir el sentido ni la letra de los Evangelios.

Poniendo los ojos en el cuerpo de la dificultad, y dejando en silencio las indignas quijotadas fingidas por los noveleros, no hay duda sino que eso es lo más que en este punto puede objetarse. Dos cosas son aquí ciertas: el cuerpo de Cristo, debemos repetirlo, estaba en el sepulcro en la mañana del sábado, no se hallaba en el sepulcro en la mañana del domingo; entre estas dos mañanas hubo de desaparecer. De ambos hechos son testigos los mismos judíos. Ellos el sábado acuden á Pilato, [1] y otorgada licencia, van, echan el sello en la losa, dejan de retén la tropa militar. Ceremonia ridícula, á no estar ellos bien seguros de que el cuerpo difunto yacía allí en la sepultura. Lo segundo consta por los centinelas, que en la mañana del domingo dieron parte á los príncipes de los Sacerdotes, y los informaron de lo acontecido. [2] Entre la mañana del sábado y la mañana del domingo hubo lugar para el robo.

Pero tenemos aquí dos proposiciones contradictorias. Los judíos alegan que los apóstoles robaron el cuerpo, los apóstoles claman que no le tocaron, sino que resucitó. Y pues no tuvieron los judíos otro alegato que oponer á la testificación de los apóstoles, síguese que si el robo es falso, la Resurrección ha de ser verdadera. Los testigos hábiles y competentes de lo que en efecto pasó, son los judíos y los apóstoles. Inventar patrañas, como hacen los críticos incrédulos, es trasladar la controversia á campos imaginarios.

El supuesto robo es falso. Primeramente fué imposible que se guardase el secreto antes de cometerle. Eran muchos los que habían de concurrir en el designio. Hombres y mujeres declararon que había resucitado. Todos habían de concertarse en decir eso, áun sabiendo que tenían el cuerpo escondido; concierto que hubo de hacerse entre el anochecer del viernes y el amanecer del domingo, en cosa de treinta horas, en cuyo espacio habían de tratar del saqueo, convenir en los estratagemas, señalar caudillos, determinar hora, consigna, armas, gente, y asegurar el consentimiento de hombres y mujeres; con sólo una mujer que les blandeara, habría naufragado el intento y corrido riesgo la vida de todos. El fin principal era encubrir la verdad á todo el mundo. Primer imposible. No podía ser que todos los discípulos del Salvador consintiesen, que todos callasen, que todos perseverasen, que todos tomasen parte activa en el criminal atentado.

La ejecución era otro imposible. Pri-

---

1 Velut mortui. Matth. XXVIII, 2. 2 Ibid., V. 2.

1 Matth., XXVII, 62, 66. 2 Matth., XXVIII, 2.

mero habían de sujetar por armas á los centinelas, hombres escogidos expresamente por el Sanedrín. No dicen los evangelistas que fuesen soldados de la legión romana. Autores hay que piensan serían gente deputada á la custodia del templo. Pilato, al concederles la licencia solicitada, díceles: *Guardas tenéis á vuestro mandar; echad mano de ellos, como sabéis hacerlo.* [1] Si de guardas del templo se sirvieron para prender á Jesús, también los emplearían para custodiar su cuerpo, como á gente fiada y de un mismo parecer. Si más adelante les aseguran que no teman, que ellos responderán ante Pilato de su fidelidad, [2] fué para significar que tomaban á su cuenta la responsabilidad del robo y del tumulto. No admite Maldonado[3] que fuesen soldados del templo; prefiérelos legionarios, y trae buenas razones en su favor. El P. Jerónimo Nadal [4] juzga que los soldados fueron romanos, y de serlo quiere sacar que el milagro de la Resurrección se divulgó entre los romanos y llegó á oidos de Josefo. Lo muy creíble es que los príncipes ganarían á los guardas las voluntades y les darían para el caso órdenes severas, aviso y consigna conveniente. En esta noche del sábado al domingo debió de perpetrarse el atentado. [5] Imposible que todos durmiesen; y si sólo estaban cargados los ojos de los mensajeros que notificaron lo sucedido, los que hacían centinela cierto está que tendrían vivísimos los sentidos para asustarse de cualquier ruido; y si estuvieron en vela y eran gente de confianza, como por fuerza lo habían de ser, seguramente andarían bien apercibidos para cautelar contingencias, y no pudo acontecer que les sacasen de las manos el cadáver sin reyerta, combate, heridas y tumulto. Y aquí debe añadirse que los discípulos, si intentaron robar, anduvieron desatinados, dejando correr la tarde del viernes, cuando aún no había guardas, y acudiendo al saqueo cuando ya estaban los centinelas; porque, puesto el cuerpo de guardia, fué imposible, como luego veremos, entrar á saco el sepulcro. [6]

[1] Matth., XXVII, 65.
[2] Matth., XXVIII, 14. [3] In Matth., XXVII, 65.
[4] *Adnotationes in Evangel.—De Xti. resurrectione*, 1594, p. 408.
[5] Dicite quia discipuli ejus nocte venerunt et furati sunt eum nobis dormientibus.—Matth., XXVIII, 13.
[6] CARD. DE LA LUZERNE, *Dissert. sur la religion*, 2.e p., chap. II, § XXXIV.

Otro imposible que vencer. Supongamos que en hecho de verdad robaron el cuerpo del Señor y le llevaron consigo. Falta ahora saber cómo han de conseguir su intento, que es persuadir al mundo que Cristo recobró vida. Todos los autores, cómplices y fautores del robo, han de pactarse primero y convenir en dar fama al embuste; después han de engañar á los discípulos que no han entrado en el complot, haciéndoles que tengan por reales las apariciones imaginadas; luego han de armar zalagarda á los judíos induciéndolos á adorar al hombre puesto en cruz por blasfemo, sabiendo que sólo ha resucitado en las cabezas de los impostores; finalmente, han de enfrascar á los gentiles en el lance haciendo que los crean sobre su palabra, y abracen por su dicho la ley y severidad moral contraria á sus leyes y costumbres. [1] Pero ¿qué digo? lo primero que han de hacer, en tomando posesión del cuerpo, es engañarse á sí propios y cerrar los ojos á todo razonable discurso. Porque, como agudamente discurre el Padre Bourdaloue: *Si hubiesen quitado el cuerpo, fuérales evidente que Jesucristo no había resucitado, y que los había engañado; y como se habían expuesto por él al odio de toda su nación, era cosa natural que, al verse burlados, en vez de defender su honra, renunciasen á ella declarando á los magistrados que era un impostor; declaración, que habría sido recibida por la Sinagoga con general aplauso, y les habría granjeado la estima de todo el pueblo, cuando, por el contrario, de publicar la Resurrección, sólo habían de esperar malísimos tratamientos, persecuciones, cárceles, azotes y muerte.* [2]

Estos tres imposibles hubieron de vencer los apóstoles antes del robo, en el robo y después del robo, imposibles que no caben en mente humana, por depravada y dementada que esté. Dirá alguno: quisieron hacerse con el cuerpo y tenerle consigo, porque habían recibido facultad para resucitar muertos, y querían inspirarle nueva vida.—R. ¿Qué necesidad tenían de sacarle del sepulcro y esconderle para darle vida otra vez? Y si le hubieran resucitado, de Cristo fuera el poder, pues de él le tenían recibido; y si de Cristo, el Mesías era él, digno de adoración y de ser

[1] P. W. DEVIVIER, *Cours d'apologie chrétienne*, six.e édit., p. 153.
[2] *Sermon sur la Résurrection*, 1.e partie.

tenido por Dios. Si pues los discípulos toman el cuerpo, y le resucitan, y hacen ese tan estupendo milagro en nombre del mismo Cristo, Cristo es quien merece toda honra, gloria y adoración; él es el Dios vivo y triunfador de los muertos, como bien discurre el P. Salmerón.[1] Esta era la única salida que habrían tenido los pontífices, si acertaran á discurrir; pero ni la letra de los Evangelios, ni el proceder de los apóstoles da licencia á semejante interpretación.

Vengamos á los soldados, y descubramos otros imposibles en el caso del hurto supuesto. Dice el sagrado Evangelio, que los guardas en descargo de su oficio contaron á los príncipes del Sanedrín las cosas que habían pasado; y no especifica qué relación les hicieron. Que no contaron el robo, es cosa manifiesta porque habrían particularizado el asalto, el encuentro, la pelea, y ponderado las heridas y sangre vertida en defensa del depositado cadáver. Y si hubieran llevado la peor parte en la refriega, ó padecido flaqueza á vista de la encamisada de facciosos, ó si hubieran mostrado temor ó cobardía en el encuentro con otra fuerza menor y contraria, ó si hubiesen cedido al aspecto de un espantajo, jamás se habrían allanado á la fábula del saqueo furtivo mientras ellos estaban dormidos, por que más culpables se hacían confesando el cobarde sueño contra su consigna, que declarando que una tropa insuperable los había forzado á valerse de sus pies huyendo.[2] Antes de venir á este extremo de culpabilidad y deshonra, que en concepto del público hubiera sido afrentosísima, habrían demandado al Sanedrín examinase bien el estrago hecho en el sepulcro, en la losa, en los sellos, y tomadas declaraciones llamase á los sospechosos y obligase á los caudillos á dar cuenta de su comisión. Si el robo hubiera sido realidad, á todo se habrían avenido los soldados, menos á confesar que estaban durmiendo: de los Sacerdotes nació semejante maula; el dinero fué quien le dió consistencia.

Ni podían discurrir otra. No fué el Sanedrín, fué parte de él quien sobornó á los soldados. Los autores de todo el proceso de la Pasión habían sido Anás y Caifás y algunos pocos ancianos. Esto sienten los comentadores modernos.[1] Anás y Caifás eran saduceos encanecidos; decidieron la muerte de Jesús, y gozaban de influjo poderosísimo.[2] No admitían la resurrección de los cuerpos, ni la inmortalidad de las almas. ¿Cómo habían de imaginar que el cuerpo de Cristo pudiera tornar á tener vida? Por esta causa no podían dar crédito á la verdadera relación de los soldados, sino es imaginando que había sido robo la que parecía por los indicios verdadera Resurrección. ¿Qué resuelven? Corromper á los centinelas con dinero y hacerlos ministros de mentira. Tientan primero el vado; siéntanse á cuentas y escudriñan el ánimo de los guardas si estaban dispuestos á mentir, ó si confesaban de plano el hecho de la Resurrección. Si ven que tomando ellos el dinero ofrecido aceptan el embuste del robo, pensaran que si luego lo pregonan, será por haber recibido de otros dinero, ó juzgaran que han vendido el cuerpo á los discípulos; y si ven que no hay dinero que valga para cohecharlos y hacerlos mentir, entonces los amenazarán y pondrán pavor ponderando cuánto convenía á la estabilidad del imperio romano el no creer que haya resucitado, y cargándoles la infidelidad en la guarda del sepulcro. Mas ahora dan los Sacerdotes dinero á los soldados, y terciando éstos bien conforme al deseo de los cohechadores, queda á salvo la honra y paz del imperio. Porque podrán los príncipes decir que los discípulos acometieron de sobresalto estando los guardas dormidos, y que arrancaron por fuerza el cuerpo, y que eso lo saben los soldados de otros, ó que despertando al ruido no pudieron recobrar por armas el cadáver. Esta explicación discurría el Padre Salmerón,[3] casi dándoles hecha á los modernos por vía de solución reprobable, la teoría que ellos después han adornado con quiméricas pinturas.

Pero si los príncipes de los Sacerdotes no sacaron de su cabeza la calumnia, tenemos dos suertes de criminales, centinelas y apóstoles; éstos porque robaron,

---

1 *De Resurrectione*, Tract. XIII.
2 Card. De la Luzerne, *Dissert. sur la Religion*, 1843. p. 315.

1 Hess, *Leben Jesus.* — El Dr. d' Allioli, *Coment. sobre S. Juan.* — Olshausen, *Coment. bíblico sobre la Pasión.* — Chassay, *La Résurrection*, p. 151.
2 Stapfer, *La Palestine au temps de Jésus-Christ.* 1887. p. 98, 270, 410.
3 *De Resurrectione*, Tract. XIII.

aquéllos porque se dejaron robar. Los soldados confiesan su torpeza grave y punible por muchos conceptos; los apóstoles nada confiesan. Ni éstos ni aquéllos son requeridos sobre el caso. A los soldados ni reprensión, ni cargo, ni la más mínima información se les hace; á los apóstoles ni los llaman, ni les echan mano, ni les ponen acusación. Sin embargo, los soldados hacen correr la bola de nieve: [1] la bola se deshace y se resuelve en agua, agua tan pura y prodigiosa que basta para administrar el bautismo á ocho mil judíos en breve espacio de tiempo. Los que habían extendido la fama del robo, ni siquiera le dan fe. Combatir la Resurrección y ponerse en abierta contradicción con el orden de los sucesos, era una misma cosa. A los enemigos del Evangelio no les pasó por la imaginación tal conseja; los mismos que la inventaron la dieron luego por vana. A los modernos estaba reservada la triste gloria de colorir sus libros con tan monstruosas patrañas.

Porque admitamos que no lo sea; concedamos que los apóstoles tuvieron pecho y audacia para concertar la villanía; otorguemos que la pasión los dementó hasta ese extremo de malicia; demos que por no cejar en su tema, áun juzgando que les sería mal contado si seguían adelante, arrostraron tormentos, prisiones, afrentosos suplicios; añadamos que cuanto más los vejaban y acosaban con martirios, más firmes perseveraban ellos publicando la Resurrección de su Maestro y pregonando que no podían menos de testificar lo que habían visto sus ojos; pasemos por todos estos imposibles, y supongamos que toda su predicación fué burlería y engaño, y que por burla echasen en cara á los sumos sacerdotes y principales del pueblo el crimen cometido dando muerte al Autor de la vida; [2] y convengamos que por mera chanza hiciesen milagros con asombro y espanto de los presentes, [3] en nombre y por virtud de su crucificado Maestro: hechas todas estas suposiciones y tragados todos estos absurdos, asentemos que tuvieron alma y valor para inventar el complot de la Resurrección. Ahora nos queda otro grandísimo inconveniente, y es este: á vista de los fingidos burladores ¿qué actitud toman los magistrados de Jerusalén? ¿los buscan? ¿los juzgan? ¿los sentencian? ¿los castigan? Nó, nó; danlos por libres; ni los encausan, ni proceden contra ellos. ¿Es falta de poder y de autoridad? Nó, nó. ¿Por qué pues? Respondan aquí los políticos, los sensatos, los doctos, los hombres de probidad. Es falta de razón. La verdad de la Resurrección se hacía patentísimo lugar en los ánimos á vista de la actitud de los discípulos, brillaba con destellos deslumbradores al compás de los milagros, esclarecía las tinieblas con vivísimas luces al paso de las conversiones, prevalecía sobre todas las sospechas y dudas la testificación de haber Cristo resucitado; y porque á los jueces no les quedaba más arbitrio para cubrir con capa de verdad el fantaseado concierto de los apóstoles, callan, disimulan, enmudecen, córrense de su torpeza *porque no podían contradecir*; [1] y no sabiendo qué hacerse, les mandan silencio; [2] y prosiguiendo ellos en su resolución sin miedo, los encarcelan, y luego los sueltan y ordenan que callen; [3] y para dar algún color á su estólida sinjusticia, como hombres faltos de tino acuden al descrédito y á la deshonra cargando sobre ellos la mano de su furor con azotes crueles, sin embargo de mostrar en sus juntas la ninguna razón que les asiste para obrar con tanta arbitrariedad. [4]

En una de las que tuvieron para consultar lo que debían hacer, como deseasen muchos quitar la vida á los apóstoles, no como á malsines y robadores, sino á defensores de la Resurrección, los pareceres fueron varios; pero Gamaliel, varón principal, doctor de la Ley, hablando con-

---

[1] Math., XXVIII, 15.—Fecerunt sicut erant edocti.
[2] Act. V.
[3] Act. III.

[1] Act. IV, 14. [2] Ibid., 18. [3] Act. V, 21, 41.
[4] Con intento de ofuscar los rayos de este grandioso acontecimiento se hace de miel D. Emilio Castelar, y va azucarando la indómita crueldad de los pontífices destilando ternezas en cuanto hicieron y dijeron. «Aquellos mismos sacerdotes que tan tolerantes con Pedro se mostraron reduciéndose una vez á decirle que no mentara de nuevo á Jesús, y otra vez á expulsarle del templo, después de haberle propinado por fórmula, unos azotes, para aplacar la ira del pueblo, indignáronse contra San Esteban y le arguyeron como á Cristo de blasfemo.» (*La revolución religiosa*, t. I, lib. I, cap. I, p. 8.) Muchas falsedades acumula este meloso escritor. Dos fueron, y no una, las veces que los sacerdotes intimaron silencio á los apóstoles; ninguna vez fueron echados del templo ni Pedro ni los apóstoles; no llovieron los azotes sobre Pedro solamente, mas también sobre los apóstoles; si el pueblo quedó estomagado y se dejó llevar de la ira (no lo dice el texto sagrado), fué contra los injustos jueces y no contra los apóstoles; no fueron tolerantes con Pedro los sacerdotes, sino intolerantes y arrebatados con los apóstoles. No escribe cosa D. Emilio que no la enturbie con alguna falsedad ó mentira, de suerte que quien deba leer provechosamente *La revolución religiosa*, del primero al cuarto volumen, habrá de entender al revés todas las expresiones.

forme á quien era, pretendió sería bien usar con ellos de templanza y dejarlos en paz; que si era cosa humana la predicada por ellos, el tiempo la disiparía, y era despeñarse locamente en clara perdición si la cosa venía de Dios. Este parecer y consejo si fuera ó nó de otros muchos que hablasen por boca de Gamaliel, no lo dice San Lucas; [1] pero añade, que sin acordarse el Sanedrín de robo ni de impostores, aceptó el dictamen del escriba, y los pusieron en libertad. [2] Y un doble crimen de soldados y apóstoles que merecía el último suplicio, un doble crimen que debió de encender la cólera de todo el supremo Consejo, queda impune, y es mirado sin interés ante jueces que tenían poder, querer, y deber de darle su merecido. Entre tanto los miles de convertidos pasan la raya de lo verosímil, y la Resurrección de Jesús llena todos los pechos, vuela por todas las bocas, obra maravillas patentes y trae revuelta la devoción popular.

De este razonamiento se infiere que si los amigos apoyan invenciblemente el milagro de la Resurrección, más claridad resulta aún de las mil nulidades hechas por los enemigos, para su total demostración. Confirme lo dicho la autoridad de San Agustín. Propone tres milagros, á cual más increibles, que en este caso resplandecieron. El primero es la Resurrección del Señor, el segundo el crédito que el mundo le dió, el tercero el camino por donde vino el mundo á creer. Discurriendo por estas tres cosas increíbles, en realidad verificadas, dice grave y elocuentemente el Doctor africano: *De estos tres increíbles no quieren creer estos con quien disputamos, el primero; el segundo aunque no quieran, le ven áun con sus ojos, lo cual no hallan por donde ha sido, si no creen el tercero. Es cierto y sin duda que la Resurrección de Cristo y su subida al cielo con la carne con que resucitó, ya se predica y se cree en todo el mundo; y si no es creible, pregunto ¿cómo se ha creído ya en todo el orbe de la tierra? Si muchos nobles y poderosos y tambien doctos, dijeran que ellos lo vieron, y lo que así vieron lo divulgaron, no fuera maravilla que el mundo les haya creido; pero que éstos todavía no quieran creer, cosa es muy dura. Pero si como es verdad, predicándolo y escribiéndolo unos pocos, obscuros, bajos é indoctos que lo vieron, ha creido el mundo; ¿por qué unos pocos obstinadísimos que han quedado no quieren todavía creer al mismo mundo que lo cree? El cual por eso creyó á unos pocos hombres humildes, bajos é indoctos, porque en testigos tan despreciables, más admirablemente lo persuadió por sí mismo el espíritu divino; porque las arengas elegantes con que lo persuadían, fueron no palabras sino obras admirables; porque los que no vieron resucitar á Cristo en carne y subir con ella al cielo, creían á los que decían haberlo visto, no sólo porque lo dijesen, sino también porque hacían señales milagrosas.*

Porque á los hombres que conocían que no sabían más que una lengua y cuando mucho dos, los veían con admiración hablar de repente en todas lenguas. Y que uno que nació tullido de pies del vientre de su madre, al cabo de cuarenta años se levantó á una palabra que dijeron en nombre de Cristo; que los sudarios y lienzos que se quitaban de sus cuerpos, servían para sanar los enfermos; y que innumerables enfermos de varias enfermedades poniéndose en orden por los caminos por donde ellos habían de pasar para que les tocase la sombra cuando ellos pasasen, al momento cobraban salud: y otras muchas señales que hacían en nombre de Cristo: y finalmente veían resucitar los muertos.

Lo cual si conceden que pasó así como se ve, he aquí cómo á aquellos tres increibles podemos añadir tantos increibles. Y para que crean un increible, que se dice de la Resurrección de la carne y de la subida al cielo, amontonamos tantos testimonios de tantos increibles; y con todo no podemos moverlos de su increible dureza á estos incrédulos para que crean.

Y si no creen tampoco que los apóstoles de Cristo hiciesen estos milagros para que les creyesen la resurrección y ascensión que predicaban de Cristo, á nosotros bástanos sólo este grande milagro, que sin milagros lo haya creido todo el orbe de la tierra. [1]

La quimera fabricada por los príncipes de la Sinagoga para desvirtuar la verdad de la Resurrección, imponiendo á los apóstoles que habían llevado el cuerpo de Cristo mientras los guardas estaban dormidos, anduvo en las lenguas de todos y se derramó por la Judea, dice el sagrado Evangelio, reinando por largo tiempo [2] en concepto de pura verdad. El *Toledot Jeschu* repite la historia del robo.

---

[1] Act. V, 34, 40. [2] Et dimiserunt eos, Act. V, 40.

[1] *De Civit. Dei*, lib. XXII, cap. V.
[2] Matth., XXVIII, 15.

Eisenmenger [1] prueba que esta fábula corrió valida mucho tiempo entre los judíos.—San Justino, natural de Palestina, testifica cuánta presteza pusieron los judíos en propalar la calumnia, diciendo á los mismos judíos: *Vosotros escogisteis hombres calificados, y los enviasteis por todo el mundo, para que pregonasen que los discípulos de Jesús robaron de noche su cuerpo quitándole del sepulcro donde había sido sepultado, y que engañaron á las gentes esparciendo el rumor de que había resucitado de entre los muertos y subídose á los cielos.* [2]—Esto mismo insinúa Celso por boca de su judío. [3]—A esto alude San Jerónimo cuando dice que los judíos al principio despacharon cartas á todos los reinos induciéndolos á desechar la Pasión de Cristo: todo el orbe llenaron con la novedad de la descomunal blasfemia. [4]—Ecumenio en sus *Prolegómenos* á la Carta á los Romanos dice: *Hallamos en los Comentarios de los antiguos, que los Sacerdotes, Escribas y Ancianos que moraban en Jerusalén expidieron y mandaron cartas á todas las naciones, donde residían judíos, calumniando la doctrina de Cristo, y amonestando que no la recibiesen porque era ajena y contraria á Dios. Esta fama se había divulgado en Roma antes que San Pablo fuese allá, y por ella estaban avisados los judíos de Roma que no admitiesen la predicación acerca de la Resurrección de Cristo.*

Según esto no va fundado en razón el protestante Fairbairn, cuando opina que por haber San Pablo pasado por alto en sus Epístolas la grandeza de esta mentira, no hubo tal, como si el dicho de San Mateo fuese eco de falso rumor ó cosa soñada. [5] Con estos artificios hacen violencia á la verdad los protestantes. Veneran á San Pablo como á primer escritor evangélico: callar él es sacar falsa la relación de los otros apóstoles y evangelistas; pérfida lógica. ¿Por qué será que no se le caiga de la boca al Santo Apóstol la Resurrección de Jesús, sino para dejarla bien asentada en los ánimos, y para con su firme aseveración desterrar toda nubecilla de duda que los rumores esparcidos pudieron ocasionar? [1]

ARTÍCULO III.

Invenciones de los modernos contra la Resurrección.—Reimaro hace á los apóstoles fingidores del suceso.—Paulus pretende que Cristo no murió en hecho de verdad.—Strauss emplea el sistema de las visiones.—Otros quieren que la Resurrección debía hacerse en público.—La escuela tubingiana no hace caso de ella.—Milagros encerrados en la gloriosa Resurrección.

La odiosa calumnia levantada para disfrazar la ruindad de sus autores, bastante por sí sola para poner en evidencia el milagro de la Resurrección, fué en el siglo pasado adornada por el deista Samuel Reimaro, quien representándonos á Jesús como un político revoltoso, empeñado en regenerar el pueblo judáico, y á los apóstoles rendidos á la desventura por la muerte inesperada de su caudillo, finge que para salir con la empresa y favorecer el designio de su Maestro, trazaron la hazaña de la Resurrección y la pregonaron por el mundo, colocando en ella el triunfo de su causa. La razón principal que impulsó á Reimaro á imaginar su hipótesis, fué la llamada por él *contradicción* entre los evangelistas en el historiar lo acaecido después de la muerte de Cristo. Diez discordancias flagrantes descubrió en los cuatro Evangelios. Presumía este crítico que los cuatro evangelistas debían de haber contado la Resurrección con unas mismas palabras, y circunstanciado los hechos en la misma forma sin discrepar una jota: aún si así lo hicieran, no le habría faltado asidero á su prurito de criticar, y dijera que tres habían copiado de uno, ó los cuatro habían tenido su acuerdo y convención,

Muy lejos está la contradicción allí donde cada uno narra hechos singulares y circunstancias que no deshacen lo asentado por los otros. No estaba Reimaro en el secreto del caso, para inferir de los relatos su soñada oposición. Ni hacen los escritores profanos otra cosa sino historiar cada cual á su manera un suceso, añadiendo, quitando, variando, amplificando circunstancias y dejando íntegra la substancia del hecho, sin que por eso sea da-

[1] *Neuendeckt. Judenthum*, p. 1.

[2] Ἄνδρας χειροτονήσαντες εκλεκτοὺς εἰς πᾶσαν τὴν οἰκουμένην ἐπεμψάτε κηρύσσοντας ὅτι... οἱ μαθέται Ἰησοῦ κλέψαντες αυτὸν ἀπὸ τοῦ μνήματος νυκτὸς ὁπόθεν κατετέθη ἀφηλωθεις ἀπὸ τοῦ σταυροῦ πλανῶσι τοὺς ἀνθρώπους λέγοντες ἐγηγέρθαι αὐτὸν ἐκ νεκρῶν καὶ εἰς οὐρανὸν ἀνεληλυθέναι — *Dialog. cum Trisphone Judæo*, cap. CVIII.

[3] ORIGENES, *contra Celsum*, lib. II, cap. LV, LXIII.

[4] Totumque orbem hujus blasphemiæ disseminatione compleverunt.—CAUSMENT, *in Ssaciam prophet*, lib. V, cap XVIII.

[5] *Studies in the Life of Christ*, 1883, chapt. XVIII, p. 356.

[1] HERVÁS, *Hist. de la vida del hombre*, t. VII, libro VI, cap. XI, art. IV.

ble al lector cuerdo negarle crédito. Ninguna razón tuvo Reimaro para dejar de abrazar la verdad de la Resurrección, aunque concurran apariencias de oposición entre los cuatro Evangelios. Su primera obligación era enervar los argumentos de los expositores católicos que han tratado de conciliar los cuatro evangelistas. El día en que el incrédulo y astuto Lessing cometió la felonía de entregar á manos del público los Fragmentos de Wolfenbüttel, escritos por Reimaro, cuando sus blasfemias se dejaron oir por vez primera (1774) en Alemania, los hombres de bien quedaron sobrecogidos de espanto. Las blasfemias contra la Resurrección corrieron libremente y trastornaron muchas cabezas. Semler que emprendió la refutación de los Fragmentos, [1] no logró reprimir las insolencias de aquellas arrebatadas furias. *Para que las demasías de Reimaro causasen tantos desastres en Alemania, muy enferma había de estar en ella la fe.* [2]

El desalmado era Lessing: *no es posible negar que sus obras hayan causado en la Alemania protestante un efecto desastroso.* [3] Al fin la escuela de Reimaro, que se había dado tanta prisa á derribar, vino luego á hundirse y á quedar sepultada en el olvido.

Salió Paulus á la escena con un Comentario del Nuevo Testamento. [4] Explica la Resurrección del Salvador por vía natural, como si ningún comentador hubiera notado y pulverizado los reparos que á él se le antojaban irrefutables. A su parecer Cristo no murió; apresuróse á bajar la cabeza y sus discípulos á quitarle de la cruz, y con medicamentos facilitados por una sociedad secreta, le restituyeron las fuerzas, y después dieron al público la voz de que había resucitado. Esta fué la invención de la escuela naturalista. Cuán insidiosa y descabellada sea, lo puede cada cual juzgar leyendo los Evangelios. Ningún evangelista usa en verdad la dicción Cristo *murió* (ἔθανε), pero todos describen el hecho con palabras tales, que á un tiempo significan muerte real, y declaran la libre voluntad con que el Salvador á ella se entregó, según la hermosa razón de San Agustín: *no dejó por fuerza la vida, sino porque quiso, cuando quiso, como quiso.* [1] San Mateo escribe *emisit spiritum* (ἀφῆκε το πνευμα); [2] San Marcos y San Lucas, *expiravit* (ἐξέπνευσε); [3] San Juan, *tradidit spiritum* (παρέδωκε το πνεῦμα). [4] Además el Centurion testificó que Cristo había rendido el alma con aquel clamor que dió. [5] Los soldados al ir á desempeñar su oficio de quebrantarle las piernas, por haberle hallado muerto dejaron de hacerlo. [6] Pilato quiso enterarse del Centurión oficialmente si estaba muerto, y averiguó que sí. [7] Los Príncipes de los sacerdotes y los fariseos le dieron por muerto cuando representaron á Pilato de cuánta conveniencia era poner guardas en el sepulcro, porque Él había prometido resucitar al tercero día. [8] En una palabra, *ni el Sanedrín, ni los rabinos, ni los sofistas romanos ó griegos dieron nunca en pensar que Jesús no hubiese muerto, ni se les ocurrió propalarlo: solamente en nuestros días acuden los naturalistas á tan miserable efugio para negar la Resurrección.* [9]

El judío Salvador, enemigo de Strauss, se ha declarado defensor de Paulus y mantenedor de la escuela rabínica. Sin embargo de aceptar la autenticidad de los Evangelios, enseña que la muerte de Cristo fué de solas apariencias, desmayo, desfallecimiento de fuerzas, y que las recobró en la sepultura, pareciendo después á vista de los discípulos cual si se hubiera remozado y vuelto de muerte á vida. Para dar á su opinión semblante de verosímil, admite que Nuestro Señor fué atado con cordeles y no crucificado con clavos, y acusa al Sanedrín de haber andado tan remiso y dormido en el entierro de aquel ajusticiado. [10]

Tan grosera opinión no merece ser refutada. Pongamos que se desvaneció Cristo en la cruz á causa del agotamiento de fuerzas, y que después el aire insuficiente de la tumba y la fragancia de los aromas le despertaron del letargo. En este supuesto son sin número las dificultades. Un cuer-

1 *Beantwortung der fragmente eines Ungekannten*, 1779.
2 Vigouroux., *Les livres saints*, 1890, t. II, p. 420.
3 F. Schlegel, *Hist. de la litter*, t. II, p. 362.
4 *Philologisch-Kritischer commentar über das Neue Testament*. 1880.

1 Non vitam deseruit invitus, sed quia voluit, quando voluit, quomodo voluit. — *De Trinitate*, lib. IV, cap. XVI.
2 XXII, 50.
3 XV, 37; XXIII, 46.
4 XIX, 30.
5 Luc., XV, 39.
6 Jo., XIX, 33.
7 Marc., XV, 45.
8 Matth., XXVII, 63.
9 P. W. Devivier, *Cours d'apologie chrétienne*, I. p. chap. III, art. II § 2.
10 *Jésus-Christ, et sa doctrine*, t. II, p. 191.

po exánime, destrozado por los azotes, desangrado por tantas partes, descoyuntado por la crucifixión, después de tantos dolores, fatigas y congojas mortales, debía irse muriendo por grados, tener menos fuerzas en el sepulcro que en la cruz, hallarse más macilento dentro que fuera, asfixiarse del todo y acabar de morir en la estrechez de la tumba; no era posible le quedase vigor para escapar de aquella lobreguez. [1]

La gravedad del caso reconocían los judíos cuando acudieron al gobernador y trataron de estorbar, en lo posible, la Resurrección con achaque de justificar su homicidio. No tienen por necesario hacer pesquisa oficial sobre la muerte, la dan por indubitable, su verdad estaba en los ojos de todos. El rabino Salvador se habría extrañado y tenido por cosa ridícula el levantar dudas en un hecho tan público y notorio. No merece respuesta el rabino en lo que asienta acerca de la crucifixión. El Cardenal Wiseman hace tiempo se la dió cumplída. [2] Bastaba la protesta de Tomás, [3] *si no viere yo en sus manos el agujero de los clavos, y no metiere mi dedo en el lugar de los clavos*, sin otros testimonios claros y comprobativos, [4] para convencer de falsa la afirmación de la escuela naturalista.

La lanzada dirigida al costado del Salvador para desvanecer dudas sobre su muerte, aún en sí considerada, [5] fué bastante para acabarle la vida. Este es el dictamen emitido por médicos y fisiólogos de gran nombre; [1] juntaron todos sus esfuerzos para establecer que el golpe de la lanza fué mortal sin duda alguna. De éstos, unos opinan que el agua era la serosidad contenida en el pericardio y la pleura, otros que fué el suero separado del cuajarón sanguíneo. Algo más que efecto físico parece encerrarse en las palabras de San Juan que fué testigo ocular, y en los testimonios de los Padres. El citado Richter dice: *La sangre y el agua manaban de la herida, no como en los muertos suele acontecer, lenta y grumosamente, sino con fluidez y ligereza; brotaban de un manantial encendidísimo en misericordia.* El divino Salvador se lo dijo al incrédulo Tomás y en él á todos los incrédulos: *Mete el dedo aquí, mete la mano en mi costado.* [2] Donde el dedo y la mano podían entrar, fuerza era que la punta de la lanza hubiese dejado tras sí ancha puerta y una herida profunda de cuatro ó cinco pulgadas, no superficial y cualquiera.

En 1871 dióse á la pública luz la segunda edición de un libro que gozó de

---

[1] Poco se adelanta con acudir al síncope. El síncope no es un desmayo sencillo (lipotimia), ni una remisión cualquiera de los movimientos cardiacos y respiratorios; el síncope causa pérdida total de conocimiento y suma languidez en el pulso y latidos del corazón. De varias causas puede originarse (anemia, inanición, fatiga, emoción violenta, histerismo), á diversos estados se refiere; por eso, así como en algún caso será posible de la amarillez del rostro, del pulso imperceptible, de la anublada vista, de las suspensas potencias, pasar con facilidad á latidos más intensos, á respiración más franca, á conciencia clara; así por el contrario «el síncope es causa relativamente frecuente de muerte súbita, especial en la insuficiencia aórtica y en las fiebres.» (HALLOPEAU, *Traité élém. de Path gén.*, p. 494). De forma que si se limitan los adversarios á introducir el síncope, mal pueden echar mano de los ungüentos y especies aromáticas para la revivíscencia del Salvador, pues según la Medicina enseña, ningún sincopizado torna en sí, espontáneamente, sin aplicación de estímulos externos, que en nuestro caso no se suplen con la fragancia de los olores, más perjudicial que provechosa.

[2] Discurso III. V. [3] Jo., XX, 25.

[4] Luc., XXIV, 39.—Psalm. XXII, 17.—FILLION, *Évangile selon Saint Matthieu*, chap. XXVII, 25.

[5] El Dr. Pascual Candela y Miralles examinada la libertad omnímoda de Jesús hasta el postrer instante de su vida, la constancia de su carácter moral, la intensidad de los dolores, la moderada hemorragia consecutiva á las heridas, la energía de su voz poco antes de espirar, pregunta: «¿qué lesiones causaron su muerte?» Y responde: «En nuestra opinión no hay razón para atribuirla á hemorragia ni á otra lesión del encéfalo. Tampoco la pérdida de sangre consiguiente á la crucifixión ha determinado la muerte de los ladrones, y mucho menos puede considerarse como causa de la de un hombre de la edad y condiciones de Jesús; además no ha habido lipotimias. Si la herida del costado, atravesando el corazón ha determinado la salida de una considerable cantidad de sangre líquida mezclada con la serosidad del pericardio, pudiera con motivo creerse causada la muerte por la asfixia consiguiente al tétanos traumático; mas este estado del corazón no es exclusivo de la asfixia, y puede explicarse por la posición del cadáver. Por otra parte, un tetánico, máxime existiendo, como de ordinario, trismo, ¿podría dar fuertes voces momentos antes de morir, cuando la observación diaria nos enseña que la voz se debilita y extingue constantemente antes de la agonía? En conclusión, la muerte de Jesús, cuando conserva su voz un vigor científicamente incompatible con su angustiosa situación, cuando su inteligencia y moral permanecen inalterables, rehuye toda explicación fisiológica satisfactoria, y en nuestro humilde juicio es sobrenatural, pues no mueren así los hombres.» (*El Siglo Médico*, t. XV, p. 223.)—No parece claro lo dicho por el Dr. Candela, sin embargo de su buena intención. Sin necesidad de recurrir á la asfixia, ni mucho ménos al tétanos traumático, que es afección convulsiva muy diferente de lo que en las heridas de la Sagrada Pasión pudo acontecer, basta la abertura del corazón con su consecutiva hemorragia, para comprobar el definitivo fallecimiento, sin más fenómenos que los clásicos de muerte por corazón, como lo expone el Dr. Murino en su preciosa obrita *La morte di N. S. G. C.*, Roma, 1878.

[1] RICHTER, *Dissertationes quatuor medicæ*, 1775.—CARLOS GRUNER, *Comment. antiq. medica de J. C. morte vera*, 1805.—CRISTIAN GRUNER, *Vindiciæ mortis J. C. veræ*.—ESCHENBACH, *Scripta medico-biblica*, 1779.—VOGLER, *Physiologia hist. passion.* 1693.—TRILLER, *Scripta medicorum*, 1779.—CHASSAY, *Jésus vainqueur de la mort*, 1854. p. 37, 380.—GRIMM, *Dictionnaire apologétique*, 1889, art. *Résurrection du Christ*, p. 2812.

[2] Jo., XX, 27.

gran celebridad. El Dr. Stroud, meditando con estudio é ingenio los misterios de la Sagrada Pasión vino á concluir de tan intensas congojas como sintió Cristo en el interior de su alma, que fueron poderosas á destrozarle y quebrantarle las paredes del corazón, y resolvía que el Salvador por causa de esta ruptura había terminado la vida. Otro médico James Simpson confirmó este parecer y trajo á su opinión los juicios de muchos médicos ingleses. A la verdad el libro de Stroud fué puesto en el Indice, por no estar su sentencia conforme con la tradición de la Iglesia católica, que siempre ha creído la muerte de Cristo debida á la fuerza de los tormentos corporales, y no á solos sentimientos morales ni á ruptura de corazón. Pero lo que intentamos aquí demostrar es cuán sin duda les consta á los médicos sensatos, si leen con atenta consideración los Evangelios, ser grandísima necedad dudar que Cristo muriese, y cuán sin tino solemnizan su ignorancia los naturalistas, que esa duda promueven. A su cargo tomó Strauss el refutar la explicación natural dada por Paulus á la Resurrección de Cristo. *Los documentos nada de eso indican, y nosotros no tenemos razón para hacer semejantes conjeturas.* [1] Fuerza tiene también la autoridad del racionalista Reuss [2] para probar que la invención de Paulus es contraria á la fisiología, á la historia, á la psicología y al sentido común. Tampoco Renan le perdona. *La mayor seguridad*, dice, *que el historiador posee en un punto de esta índole es el odio suspicaz de los enemigos de Jesús. A ellos tocaba cuidar que estuviese del todo muerto. Si en alguna ocasión pudo echarse menos en los escribas la diligencia en cumplir puntualmente la ley y la severidad en su proceder, no es lícito creer que esta vez los interesados dejasen de tomar, en cosa que tanto importaba, las debidas precauciones.* [3] Así Renan. Todos los críticos concuerdan en el día de hoy en declarar que las explicaciones de los milagros inventadas por Paulus, son ridículas y pueriles. [4]

Pero ningún enemigo de la Resurrección ha mostrado tanta audacia ni tanta impudencia como Strauss. En un año escribió *La vida de Jesús* (1835), y con su comento desvariado escandalizó toda la

1 *Vie de Jésus*, t. II, p. 670.
2 *Histoire Evangélique*, 1876, p. 701.
3 *Vie de Jésus*, 13 édit. p. 90.
4 Vigouroux, *Les Livres Saints*, 1890, t. II, p. 463.

cristiandad. Para encarecer la fe que los apóstoles profesaron en la Resurrección, se acoge al sistema de las visiones. Siéntase en la cátedra, y como quien va á deshacer las tinieblas con los rayos de una nueva claridad, empieza diciendo así: *Según la creencia de la Iglesia, Jesús tornó milagrosamente á la vida; según la opinión de los deistas, como Reimaro, su cadáver fué robado por los apóstoles; según la exégesis de los racionalistas, Jesús solamente murió en apariencia y volvió en sí por vía natural; según nuestra opinión la sola fantasía de los discípulos, enardecida por el sentimiento de sus corazones, les presentó como vuelto á la vida al Maestro que no podían acabar de creer que fuese muerto. Un suceso que por espacio de muchos siglos fué tenido en concepto de cosa externa, juzgado primero por milagroso, después por debido al fraude, y en fin por simplemente natural, es colocado en el día de hoy entre los fenómenos de la vida del alma y se convierte en un hecho puramente psicológico.* [1]

Funda Strauss todo su andamiaje en dos puntos cardinales: primero, en el deseo que tenían los discípulos de glorificar la persona de Jesús; segundo, en la necesidad de juntar en él todos los vaticinios de los profetas; doble principio que ayudó á formar el mito. Los discípulos, según Strauss, negociaron con los fantasmas del amor, los fantasmas fraguaron una representación que los impresionó vivísimamente, y de la imaginación excitada, ó de la borrachez nerviosa nació el creer que Cristo había resucitado. Es decir, que, en opinión de Strauss, la ida de Pedro y Juan al Sepulcro, [2] el diálogo de María Magdalena con el fingido hortelano, [3] el saludo de Jesús á las mujeres, [4] el encuentro de Cristo con los dos discípulos, [5] la comida que tuvo con todos ausente Tomás, á puerta cerrada, [6] el incidente de Tomás ocho días después, [7] la aparición y pesca prodigiosa en el mar de Tiberíades, [8] la aparición hecha á los once en el monte de Galilea [9] y en Jerusalen, [10] la vista de más de quinientos dis-

1 *Essais d'histoire religieuse*, p. 74. 2 Jo., XX, 3.
3 Jo., XX, 11-18. — Marc., XVI, 9. — 11.
4 Luc., XXIV, 9-11. — Math., XXVIII, 8. — 10.
5 Luc., XXIV. 13, 35. — Marc., XVI, 12, 13.
6 Jo., XX, 19, 23. — Luc., XXIV, 36.
7 Jo., XX, 24, 29. 8 Jo., XXI, 1, 14.
9 Math. XXVIII, 16, 17.
10 Luc., XXIV, 44, 49. — Marc., XVI, 14, 18. — Math., XXVIII, 18, 20. — Act. apost., I, 4, 5.

cípulos, [1] y tantas conversaciones, razonamientos, promesas, dudas, alegrías, reprensiones, encargos, consejos, todos estos diversos efectos, en tan varias coyunturas, por espacio de cuarenta días, fueron puras ilusiones, alucinaciones mentales, sombras de cosa fantástica, sueños de gente despierta, frutos en fin de una quimérica visión. ¿Es esto discurrir con acuerdo? Nó, de ninguna manera: esto es quebrarse la cabeza para colocar la planta de un soberbio edificio en el albedrío de la pluma. Las razones son éstas.

Primera, dichas visiones presuponen la expectativa de un suceso, y es falso que los apóstoles esperasen la resurrección de la suerte que aconteció, según va dicho arriba. Segunda, es imposible que tantos como vieron á Cristo después de muerto, y en tan diversas disposiciones y coyunturas, padeciesen ilusión. Tercera, las visiones nacidas de imaginación acalorada no son durables ni causan los efectos que éstas causaron. Cuarta, estas apariciones serían alocadas y sin realidad de objeto, y los escritores sagrados las distinguen perfectamente de los delirios y antojos. Quinta, la invención mítica no se compadece bien con las acciones de comer, tocar, examinar. [2] Sexta, es falso que los apóstoles tornaron luego á Galilea, donde se les encendiese el entusiasmo con las visiones imaginarias. Séptima, creencia tan arraigada no pudo estribar en visión ilusoria, ni deber á sola fantasía la firmeza y claridad que á los apóstoles dió. Octava, no es posible que quinientos hombres se engañaran dando cuerpo de realidad á una mera alucinación. Novena, el viaje á Emaús, la entrevista con Tomás, la visita de los apóstoles, la promesa del Espíritu Santo, la colación del sumo pontificado, la facultad de perdonar, son obras que no se pueden achacar á solas apariencias. Décima, el suceso de la Ascensión gloriosa no está conforme con el sistema de las visiones. Undécima, tampoco las visitas del Salvador por seis semanas continuas se explican por solo el fervor entusiástico de los discípulos. Duodécima, no vale porfiar que estas visiones enviábalas Dios á los apóstoles para testificar que vivía el alma de Cristo, porque las sagradas llagas de su cuerpo, el comer con ellos, el obrar maravillas á su vista, la tumba vacía, la losa movida, los lienzos doblados, carecerían de significación. *Las cuales cosas*, dice con razón el protestante Edersheim, *parece las mencionan los evangelistas, con intento de mostrar la imposibilidad de la hipótesis de la visión.* [1] El protestante Keim, crítico racionalista, pesados los argumentos que dan color á la sentencia que combatimos, confiesa ser ella insostenible, y no haber manera de fundar en ella el asombroso efecto de la vida de Jesús. [2]

Acosado Strauss por todas partes se resuelve en decir que el cuerpo de Cristo fué enterrado muy aprisa y sin los ritos de costumbre, y que por eso después no fué posible dar con él para contrastar las voces de los apóstoles. Ningún documento presenta Strauss en apoyo de su aseveración. Nadie ignoraba el lugar de la sepultura. A José de Arimatea, miembro del Sanedrín, no le había caído de la memoria el enterramiento. Lo que tenían bien presente José y Nicodemus era que los cadáveres de los ajusticiados pertenecían, según las leyes romanas, á sus propios padres, y sin embargo el Sanedrín no requirió á la Virgen Santísima, nuestra Señora, que bien sabía donde habían depositado á su querida prenda, para averiguar si estaba el cuerpo en el lugar de la sepultura. Y no hallándole, ni se instruyó proceso á los audaces atropelladores de las leyes, ni se les probó que habían forzado y fracturado el sello imperial.

Porfía Strauss y dice: el Sanedrín no pudo convocarse para autorizar una calumnia y mandar á los soldados que mintiesen. A eso respondemos: pudo juntar capítulo para legalizar y decretar la muerte de un hombre inocente, sin probanzas bastantes; pudo después de muerto tornar á reunirse dos veces para interrogar y amenazar á los apóstoles sin probarles delito alguno, ¿y no le fué dado cabildear para esotro que era más fácil y hacedero? En una palabra: el sistema de los mitos es antojadizo y ruinoso. Muchos intérpretes protestantes, alemanes mayormente, rechazan por espurios los versículos [3] que

[1] I, Cor, XV, 6.
Luc., XXIV, 43, 30.—XXI, 13.

[1] In fact such a narrative as that recorded by Luke seems almost designed to render the vision hypothesis impossible.—*The Life and Times of Jesus the Messiah*, vol. II, chapt. XVI.
[2] *Gesch. Jesu* von *Nazara*, III, p. 600, 603.
[3] Marc., XVI, 9, 20.

señalan las apariciones de Cristo, fundándose en las razones que suelen alegar los críticos negativos para destrozar los libros sagrados, á saber que en ciertos códices antiguos se echan menos dichos versículos, que el estilo y las cosas narradas no concuerdan con el resto del Evangelio, y otras naderías de este jaéz. Mas ¿qué importa que algunos versos falten aquí ó allí, si constan en otros infinitos códices, en todas las versiones antiguas, en los escritos de los Padres más renombrados? Vea quien quisiere cómo defienden dichos lugares de las dentelladas de los críticos el P. Cornely, [1] el P. Patrizzi, [2] Fouard, [3] Fillion, [4] Sherlock, [5] Wallon [6] y otros.

Muchos fueron los católicos que salieron al campo á perseguir y acocear la teoría de Strauss; los principales fueron Kuhn, Mack, Hug, Sepp, Chassay, á cuyos golpes vinieron á tierra las exorbitantes conclusiones del soñador alemán, que habían hecho riza y tala espantosa en no pocos ánimos mal dispuestos. *Los resultados que saca Strauss con su crítica no pueden sostenerse ni bajo el aspecto histórico, ni filosófico, ni religioso.* Esto decía Hausrath, escritor de su vida. [7] Afirmación llena de verdad; porque en historia no se atiene Strauss á los hechos, sino á lo que él se soñó; en filosofía, sigue los principios del asqueroso panteismo; en religión, no tiene cuenta con el amor y servicio de Dios. *Falto Strauss de historia y de hechos no sale de cuestiones míticas y simbólicas, como si los acontecimientos primitivos del cristianismo hubieran tenido lugar fuera de este mundo sensible... Así concebimos por qué razón el libro de Strauss, sin embargo de la fama que ha tenido, no ha llenado las medidas á nadie. El historiador le halla vacío de hechos, el crítico demasiado uniforme en sus procedimientos, el teólogo fundado en una hipótesis subversiva del cristianismo.* Así juzga la obra de Strauss el escéptico Renan. [8]

Quédales á los defensores del mito este último reducto donde parapetarse. De boca de Celso toman la réplica, sin reparar que Orígenes la rebatió victoriosamente en muchos capítulos de su defensa. [1] ¿Cómo, dicen, no se hizo la Resurrección en público, á la luz del sol, para que un milagro tan importante, deshechas las nubecillas de dudas, recibiese plenísima autenticidad? ¿Por qué no salió Cristo del sepulcro á vista de toda la ciudad, así como á los ojos de todos fué crucificado y muerto? ¿Cómo argumentos de tanta eficacia los encomienda Dios á la discreción de unos pocos hombres sencillos y crédulos, dejando desairados á los sabios y gente principal? ¿No dicta por ventura la razón que fuera más digna de Dios la Resurrección pública y en la mitad del día, que no la oculta y privada, que huye la luz de la discusión?

Todo este tejido de congruencias significa que los incrédulos, atendiendo poco á los fundamentos, prefieren andarse por los tejados, y haciendo ningún asiento en la raíz revolotean cavilosos por las ramas. Los judíos no vieron á Cristo resucitado, luego tampoco le vieron los discípulos; donosa manera de raciocinar. Para nuestros adversarios la Resurrección ha de probarse según á ellos les cuadra; si no llena las condiciones que ellos señalan, no merece crédito; torpe falacia. También podían los ateos argüir contra los deistas de igual forma; si Dios no habla á cada uno de nosotros, no damos por probada su existencia. ¿Qué responderán los deistas? [2] La Resurrección, si se hubiera hecho más en público, quedaría más copiosamente probada, no por eso sería más cierta; los argumentos que la aseguran excluyen todo linaje de temor.

Poco interesa discurrir sobre lo que Dios podría ó debería haber hecho, si se descarta lo que hizo y dispuso que sucediese. Ninguna parte tiene el más agudo ingenio en hechos históricos. Ningún motivo habría bastado para creer la Resurrección testificada por vista de infinitos ojos, á los que estuvieron pertinaces en negar crédito á milagros manifiestos y ejecutados á la faz del mundo. Los que se hallaron presentes á la resurrección de Lázaro, no por eso habían de humillar sus entendimientos á Cristo públicamente resucitado, cuando no se rindieron á su di-

---

1 Vol. III *de Introducción*, p. 93.
2 *De Evangeliis*, lib. III, dissert. LIII.
3 *La vie de N. S. Jésus-Christ.*, t. II. *Résurrection.*
4 *Évangile selon St. Matthieu*, chap. XXVIII.
5 *Les témoins de la Résurrection.*
6 *De la croyance due á l'Évangile.*
7 *D. F. Strauss*, t. I.
8 *Études d'histoire religieuse*, 1880, p. 161.

1 *Contra Celsum*, lib. II, cap. LXIII, 6.
2 Cardenal de la Luzerne, *Dissert. sur la Résurrection*, LXXIV.

vinidad tan abiertamente declarada antes de resucitar. Las conjeturas de nuestros contrarios prueban demasiado ; prueban que un milagro, por el hecho de ser público, ha de arrebatar y llevar tras sí por fuerza los entendimientos y las voluntades rebeldes; y por cuanto esta argumentación es viciosa y disparatada, resulta que el no haber sido más pública la Resurrección, no es motivo para tenerla por sospechosa, cuando son suficientes las pruebas históricas en favor de su realidad. Un raciocinio fraguado por el antojo, no ha de contrapesar á razones positivas y evidentes; de lo contrario cerremos los ojos á toda luz, y finjamos un mundo nuevo al sabor de nuestra fantasía, y de lo real riámonos sin rebozo. Tal es el precipicio en que se despeñan los incrédulos. Danse á imaginar las cosas según se las pinta el capricho, y echando el pie en este vacío créense asegurados y libres de engaño. No somos tan temerarios los creyentes ; afirmado el pie en lo real y seguro, reverenciamos con profundo acatamiento las trazas de la adorable Providencia.

Y dando el último paso ¿quién le ha dicho al raposuelo con piel de armiño, al simulado celador de la divina gloria, que resucitar Cristo á los ojos de todos fuera obra más digna de Dios , y más al caso para convertir el mundo? Yo se lo niego. ¿Cómo lo demuestra ? amontonando congruencias, hilvanando conjeturas, ponderando conveniencias, fingiendo suposiciones. Quita allá esa ciencia de palillos; no así se convencen hombres de dura cerviz, ni con esa ligereza se concluyen aserciones tan graves. Siguiendo el tenor de esa argumentación, las cosas más ciertas pasarían plaza de imposibles, la vida real sería preciosa quimera , á poder de congruencias optimistas el mundo existente se convertiría en embeleco de chistosas nonadas. No lo que parece mejor, sino lo positivo y cierto , es lo que hemos de buscar en el campo de la historia. Porque de las congruencias podía resultar la necesidad de que Cristo resucitado se dejase ver de todos sus enemigos para convertirlos , de todas las naciones para atraerlas á la fe, de todos los incrédulos antiguos y modernos para confundir su terquedad. Exigía Strauss que Cristo resucitado hubiese recorrido las calles de Jerusalén; ¿á qué título promete el atraidorado inventor, que los escribas se habrían convertido, y que los racionalistas modernos habrían bajado la cabeza? Unos y otros hubieran imaginado cien pretextos para perseverar en su obstinación. [1]

Mas levantemos de punto las prerogativas de este misterio, y motrémosles á los malcontentos que la Resurrección fué no secreta y privada, sino pública y esplendorosa. Testigos los apóstoles, que comieron, bebieron y conversaron con el Salvador después de muerto y sepultado; [2] testigos los soldados, que espantados y despavoridos corrieron á llevar á la ciudad la noticia; [3] testigos los quinientos discípulos y más, que le vieron remozado y glorioso; [4] testigos los ciento veinte, que contemplaron su subida al cielo; [5] testigo Tomás, que entró la mano en la llaga del costado; [6] testigo Matías, escogido por suerte para dar testimonio de la Resurrección; [7] testigos las santas mujeres, que vieron vacío el sepulcro y los ángeles refulgentes; [8] testigos los mismos pontífices, que oyendo á los apóstoles intitularse testigos de la Resurrección se carcomían y querían matarlos de coraje. [9] ¿Y tantos y tan calificados testigos, no bastan para el intento? ¿Quiérese más solemnidad en una aparición testificada por quinientos y más hombres? ¿Pueden ser llamadas clandestinas las visitas frecuentes hechas á los apóstoles por espacio de cuarenta días, en que los recreó con su presencia el Salvador, y anduvo entre ellos comiendo y conversando con alegre familiaridad? ¿Qué quieren los adversarios para deponer sus dudas? ¿que Cristo se ostentase visible en la plaza pública de Jerusalén? Pero ¿cuántas veces, una ó muchas? ¿Una? Entonces extrañarían la novedad como una ilusión, y la achacarían á yerro popular, á fantasma, á magia, á brujería. ¿Dos ó más? Entonces darían rienda suelta á sus chistes, ó revolverían contra su fallecimiento, ó haciendo manos y gestos declamatorios romperían en mil incoherencias y antilogias, y moverían los labios en provecho de su terquedad y obstinación. Sería tiempo perdido. Con razón se maravilla San Agustín y pregunta: *Si á unos pocos obscurísimos mínimos indoctos que decían y escribían haber visto la Resurrec-*

---

[1] J. Forget, *Dictionnaire apolog.*, art. *Résurrection du Christ.*, p. 2816. [2] Jo., XXI, 12. [3] Math., XXVIII, 11. [4] I. Cor. XV, 6. [5] Act. I. 9, 15. [6] Jo., XX, 27. [7] Act. I, 22. [8] Luc., XXIV, 2, 3, 4.—Marc., XVI, 4, 5.—Math. XXVIII, 2, 9. [9] Act. V, 32, 33.

ción, el mundo creyó, ¿por qué los pocos obstinadísimos que han quedado no creen aún al propio mundo ya creyente? [1]

No disputamos aquí si podía el Salvador haber hecho demostración más solemne de sus apariciones; lo que importa es si aseguró su nueva vida con firmas tan públicas y auténticas que bastasen á persuadirla á todo hombre razonable. [2] A los racionalistas, aunque se dejara ver en lo más frecuentado de la ciudad, no les sería harta prueba; les constaría la solemne aparición por vía de abonados testigos, y no hay testigos que sean abonados para los ciegos que por el mismo caso de atestiguar un milagro los tachan de incompetentes. A quien no basta saber que los testigos son á cientos, de buena fe, sencillos y probos, que con arrojo deponen el hecho en el tribunal de sus enemigos, que arrastran á millares en pos de sí, que son encarcelados, azotados, maltratados por no querer negar lo que vieron, que dan milagros estupendos por prendas de la verdad de su deposición, que en todo el inmenso gentío no se levanta una sola voz para desmentir su testimonio; á los que tan gran cúmulo de razones no satisface, es por demás, para cerrar la puerta á sus dudas, andar en busca de probanzas públicas y solemnes.

La escuela tubingiana, puede decirse, fué la que contraminó con más destreza la obra de Strauss. Así como Eichhorn deshizo los desvaríos de Reimaro, y Paulus los de Eichhorn, y Strauss los de Paulus, así también el fundador de la escuela de Tubinga, Baur, desbarató los mitos de Strauss demostrando cuán vanos é insuficientes eran. Baur, sin embargo, en sus investigaciones exegéticas desocupóse con el secreto posible del asunto principal, que es el milagro, en la fundación del cristianismo, porque no le hallaba explicación decente visto lo agotados que estaban ya los esfuerzos de la flaca razón en los sistemas anteriores. En su *Historia de los tres primeros siglos de la Iglesia* [3] dice así hablando de la Resurrección de Cristo: *El escudriñar qué cosa sea la Resurrección es negocio que sale fuera de los términos de las controversias históricas. El historiador ha de dar por asentado que merced á la fe de los discípulos la Resurrección fué un hecho dotado de certeza firme é inquebrantable. Sobre esta fe puso el cristianismo el seguro fundamento de su histórico desarrollo. Lo que presupone la historia para explicar todo el orden de los acaecimientos, no tanto es la realidad de la Resurrección de Jesús, cuanto la fe que los discípulos tuvieron en esa Resurrección.* De suerte que, según Baur, el Cristianismo nada tiene que ver con la verdad histórica ni con la realidad de la Resurrección. Falsísimo aserto, como antes decíamos, pues que los apóstoles en ningún hecho estribaron con más fortaleza que en este gloriosísimo hecho, fundamento y baluarte de toda nuestra fe. [1] Quien no podía dar razón natural de tan evidente acontecimiento, usó el ardid de envolverle en sombras, mostrando cuán corto sea el humano ingenio.

Compendiemos los milagros contenidos en la gloriosa Resurrección, cuya verdad histórica echan los tubingianos á las espaldas tapándose la cara por no verla. Sale el cuerpo del Salvador penetrando la enorme piedra colocada á la puerta del monumento; [2] bajan del cielo dos ángeles en figura de mancebos, y dentro del sepulcro despiden resplandor como de rayo, y blancura como de nieve; [3] da saltos la tierra con espantoso temblor; [4] quédanse dentro de la sepultura los dos celestiales mensajeros para notificar que el cuerpo de Cristo no estaba allí; hablan á las mujeres y les participan la nueva de la Resurrección; [5] conmuévense de pavor los centinelas y quedan sin pulsos como muertos; el mismo día déjase ver Cristo cinco veces á las mujeres y discípulos; [6] resucitan juntamente muchos cadáveres de Santos, y visitan á personas varias de la ciudad. [7]

Tal es la congerie de prodigios en que los tubingianos no descubren cosa digna de consideración, por parecerles de poca ó ninguna estima. Sin embargo carguemos otra vez el juicio sobre su extraña conveniencia. El Salvador había avisado

---

1 Si paucis obscuris minimis indoctis resurrectionem se vidisse dicentibus et scribentibus credidit mundus, cur pauci obstinatissimi qui remanserunt ipsi mundo jam credenti adhuc usque non credunt?—*De Civit. Dei*, lib. XXII, cap. XXVIII.

2 Bergier, *Apologie de la Religion*, t. I. chap. III. § 9.

3 *Kirchengeschichte der drei ersten Jahrumdarte*, 1863, p. 39.

1 Act. II, 32; III, 15; IV, 10; V, 30; XVII, 31; XXV, 19.—I Cor. XV, 17.

2 Matth., XXVII, 60.

3 Marc., XVI, 5.—Luc., XXIV, 4.

4 Matth., XXVIII, 2.

5 Matth., XXVIII, 5.—Luc., XXIII, 56.

6 Marc., XVI, 9.— Luc., XXIV, 34.— Matth., XXVIII, 7, 9.—Jo., XX, 19.

7 Matth., XXVII, 52.

con tiempo que no se dejaría ver de sus enemigos, y sí de sus amigos; [1] no es de maravillar que en vez de darse á conocer á los escribas, á los fariseos, á los sacerdotes, á Pilato, á los verdugos y soldados, regalase con su vista en primer lugar á las mujeres y á varios discípulos. Las mujeres hubieron menester para rendirse á la verdad, un argumento sensible: idas al sepulcro con intento de regar con aromas los santos despojos, echando menos el cadáver, creyéronle llevado á otra parte, [2] hasta que el Señor se les mostró vivo hablándoles con amor, y ellas arrojadas á sus pies le adoraron [3] y recibieron la orden de avisar á sus hermanos. [4] Oyen los discípulos el aviso y se les figura sueño y antojo mujeril; [5] sale el Salvador al encuentro á dos de ellos, y tiene que brindarlos con pan para hacerse creer resucitado. [6] Entran en Jerusalén, dan el recado á los otros apóstoles, mas éstos no quedan convencidos; [7] póneseles Jesús en medio saludándolos con la paz, y aunque les dice «Yo soy», tampoco se dan por entendidos, [8] hasta que le ven sentado á la mesa y comiendo con ellos. Tomás, que estaba ausente, no podía persuadirse con razones mientras no metiese toda su mano en el costado abierto por la lanza, [9] y metida, al fin llega á creer.

Estas demostraciones llenas de evidencia física, por la importunidad de cuarenta días de apariciones y visitas frecuentes, [10] arrancan de raíz con su poderosa elocuencia la obstinada preocupación de los discípulos y rematan en ineluctable convencimiento, de forma que cuando unas cuarenta horas fueron suficientes para dejarlos satisfechos y persuadidos de la afrentosa muerte, cuarenta días fueron necesarios para recabar de sus corazones que creyesen el hecho de la Resurrección, misterio fundamental de la Iglesia. Los tubingianos que prescinden de él y se dan prisa á envolverle en tinieblas, si bien se forman perfecta idea de su importancia, lo que intentan es disimular la verdad con traje de mentira y substituir el ardid de sus artificios á la fuerza incomparable de los hechos.

---

[1] Adhuc modicum tempus vobiscum sum; quæretis me et non invenietis. Jo., VII, 33.—Modicum et jam non videbitis me, et iterum modicum, et videbitis me. Jo., XVI, 16. [2] Jo., XX, 15. [3] Matth., XXVIII, 9. [4] Ibid. 10. [5] Luc., XXIV, 11. [6] Luc., XXIV, 31. [8] Luc., XXIV, 36. [7] Marc., XVI, 13. [9] Jo., XX, 25. [10] Act. I.

ARTÍCULO IV.

Teoría de Renan.—Exposición de otros modernos.—Los espiritistas inventan un cuerpo perispiritual.—El por qué de esta hipótesis.—Razón general de tantas contradicciones.—Los enemigos se refutan unos á otros.—Aclamaciones á Cristo resucitado.

Otra teoría enseña que Cristo murió, pero que no resucitó. El espectáculo más asombroso que el mundo ha visto es la fundación del cristianismo; ésta se apoya en el milagro de la Resurrección. Exponer cómo este milagro vino á ser creido sin haber acaecido, y cómo su crédito se derramó por la redondez de la tierra, es todo el artificio de esta teoría. El primero que la sacó á luz fué Renan; á su increible liviandad y desapoderado arrojo pertenece tan portentoso engendro. Ante todo asienta por inconcuso este dictamen: el entusiasmo y el amor poseen la facultad de crear; son ambos á dos tan poderosos, que superan imposibles y dan en el suelo con lo más firme y real. Los discípulos no pensaban que su Maestro hubiese de triunfar de la sepultura, y tanto menos lo imaginaban cuanto que la inmortalidad era opinión de los griegos y no de los judíos. [1] De donde colige Renan que los primeros cristianos de su cabeza y corazon produjeron la Resurrección de Jesús. Quien le dió vida fué María Magdalena. Dotada de vivísima imaginación, yendo al sepulcro y viendo la losa levantada y el cuerpo quitado, abrió la puerta á la esperanza y no vió la hora de ganar las albricias y de participar á los apóstoles la extraña novedad. Pedro y Juan no sufren tardanza, van, entran, examinan, y luego se vuelven dejándola á ella preocupada con este pensamiento, *¿dónde le pusieron?* Arrebatada sobre sí misma, suspensa entre la extrañeza y el deseo, varias especies iban y venían en su alma. Con ellas empezó la fantasía á devanear, y componiendo una idea con otra, y levantando nuevas imágenes suministradas por la vehemencia del amor, y haciéndolas bullir con viveza, al fin, como quien hace montes de oro y bueyes volando, llegó á fingir una artificiosa figura de su Maestro en forma gallarda y gentil, la cual, adormecidas por el frenesí del éxtasis las fuerzas naturales, pasó en su aprensión de

---

[1] *Les Apôtres*, p. 2-5.

imaginada á creída; y hete aquí recibiendo vida gloriosa en su muerte el que había muerto ante sus ojos entre acerbísimos tormentos. Pedro y Juan sólo vieron el sepulcro vacío; María vió mucho más en su amoroso éxtasis. Y como sea el éxtasis pegadizo, se les pegó á los apóstoles la aprensión de la mujer, y todo el Colegio apostólico recibió en sí las influencias del figurado Cristo, y convirtióse en comunidad de visionarios, que pregonaron por el mundo sus especies y las mandaron creer á todas las naciones. *La viva imaginación de María Magdalena hizo en este caso un oficio principal. ¡Oh poder divino del amor! ¡Momentos sagrados en que la pasión de un alma alucinada da al mundo un Dios resucitado!* [1].

La escuela racionalista atribuyó el origen del cristianismo al robo de los apóstoles; la escuela naturalista, al embuste y ficción; la escuela tubingiana, á la vana creencia de los discípulos; la escuela mítica, al entusiasmo de los apóstoles; faltaba un hombre del descaro de Renan que estampase el dislate más descomunal que desde que hay hombres se ha oido, á saber, el cristianismo nació en el cerebro de una mujer histérica. Renan fué siempre arrendajo de escuelas alemanas, aquí mete á barato las lecciones de todos sus maestros. Consolémonos, lector amado; cuando los delirios pasan la raya de lo imaginable, señal clara es que se les acabaron á los enemigos las lanzas y pertrechos de guerra.

Las santas mujeres no salieron de casa hasta el sábado santo al anochecer; la fiesta se lo estorbaba. Ignorando que hubiese centinelas aplazados en el sepulcro, [2] va Magdalena antes que fuese bien claro, y lo primero que se ofrece á su pensamiento, viendo el sepulcro vacío, es imaginar que alguien había llevado el cuerpo. Lejos estuvo de pensar que hubiese Cristo resucitado, ni que se hubiera transfigurado, ni siquiera esperaba que había de reflorecer y triunfar de la muerte. Más arriba queda probado que habiendo los apóstoles visto morir á su Maestro sin restablecer el reino temporal de Israél, como erradamente esperaban, dieron media vuelta, huyeron, se ocultaron, ni les quedó memoria de la prometida Resurrección. *La fe casi perdida fué tomando vigor en sus almas á poder de grandes manifestaciones y trabajos, y fué necesaria vista de ojos para rendirse á un orden de cosas tan extraño y fuera de camino.* [1] Juan y Pedro visitan el sepulcro, penetran, escudriñan, salen sin acertar con la verdad de lo que ven. María no hace sino llorar; [2] llora sin consuelo, ocupada en preguntar quién le quitó á su Maestro, dónde le pusieron. Esta espina le punza el corazón, esto trata en su ánimo, esto revuelve en su pensamiento, olvidada, descuidada, sin acordarse de las predicciones hechas por su divino Maestro. [3] ¿Y quieren los adversarios que María, agitada por un estúpido frenesí, viese por doquier fantasmas del resucitado? Eso que tan hermosamente se dice sería la fábula más donairosa, si no fuese el más desaforado disparate. Y menos alucinadas estaban las otras mujeres, cuando iban con sus ungüentos á embalsamar el cadáver y á poner fin á la obra empezada por los enterradores. Toda su conversación era cómo quitarían la losa y penetrarían en el sepulcro. Yerran á sabiendas los que fingen que la persuasión de que Cristo resucitaría había precedido á la visión del ángel.

La verdad que resplandece en el hecho de la Resurrección, es que los apóstoles creyeron á más no poder, que no se sujetaron á la fe del misterio hasta que la evidencia de las razones puso en terrible aprieto su brava incredulidad. Ni hicieron caso de la Magdalena cuando les participó que le había visto resucitado. [4] No creyeron á las mujeres que declaraban y testificaban haber visto al Señor. [5] No creyeron á los discípulos que iban á Emaús, y contaban la conversación tenida con Cristo en el camino. [6] No creyó Tomás á los que decían haber visto á Jesús. [7] No creyeron á los que habían visto al resucitado Jesús, hasta el punto de que el mismo Señor tuvo que darles en rostro con su incredulidad y dureza de corazón. [8]

---

1 *Vie de Jésus*, p. 434.
2 Dr. Sepp, *Evangelien Harmonie*.

1 M. Chassay, *Hist. de la Résurrection*, 1854, p. 139.
2 Jo., XX, 11.
3 West, *Observat. sur la Résurrect.*, sect. III, art. 2.
4 Et illi audientes quia viveret et visus esset ab ea, non crediderunt.—Marc., XVI, 11.
5 Et visa sunt ante illos sicut deliramenta verba ista: et non crediderunt illis.—Luc., XXIV, 11.
6 Nec illis crediderunt.—Marc., XVI, 13.
7 Nisi videro... non credam.—Jo., XX, 25.
8 Exprobravit incredulitatem eorum et duritiam cordis; quia iis qui viderant eum resurrexisse, non crediderunt.—Marc., XVI, 14.

No creyeron al Salvador, que estaba delante de ellos y les mostraba las manos y pies. [1] Apretados de tan sensibles razones, no querían rendir sus entendimientos á la luz de aquel sol que reverberaba con tanta fuerza rayos de claridad, porque nunca imaginaron que huesos molidos y helados habían de volver á su antigua firmeza y gallardía. Tanta incredulidad era necesaria para fundar nuestra fe. *¡Dios mío, Salvador mío, Señor mío! Pedro y los apóstoles, antes que mueran por testificar vuestra Resurrección, no quieren creer hasta que ven. Por eso creo yo sin haber visto, y el mundo creerá hasta el fin de los siglos á hombres que sellaron con la sangre su dicho.* [2] Los apóstoles creyeron porque no les fué posible contradecir la verdad, porque la fuerza de la evidencia objetiva los llevó arrastrando tras sí. *Los apóstoles no tienen idea de la Resurrección de su Maestro, ni la tienen ni la desean; y como no la entienden, se obstinan en negarla. Son al revés de los alucinados: éstos imaginan ver lo que no hay, ellos se empeñan en negar lo que era. Invocar, para explicar la posibilidad de semejante estado, la primavera de Galilea, su cielo brillante, el amor ardiente de Jesús, el aspecto de la luz oriental, es exponerse á las burlas de los que conocen el Oriente, y saben las sutilezas y astucias de la incredulidad. El judío y el árabe no sueñan.* [3]

Arguye el raposo: el amor y el entusiasmo son dos poderosos creadores.—R. Falso de toda falsedad, y sobre falso impertinente. El entusiasmo y el amor son poderosos cuando señorean y triunfan. ¿Qué puede el entusiasmo en pechos marchitos, aunque firmes en el amor? ¿Qué vale amor sin entusiasmo? ¿Qué hace el amor con las alas caídas, al pié de una cruz, á vista de la sepultura, en presencia de la muerte? La muerte, que tenía al Maestro preso entre sus despiadadas uñas, traíalos asombrados, abatidos, llenos de confusión; y ¿hombres conocedores de su gran timidez y flaqueza, iban á dejarse llevar de los devaneos de una mujer que decía haber visto una aparición? Los animosos y confiados son los que están prontos á creer, los desesperados dan en incrédulos. Así se explica la incredulidad de los apóstoles.

Finalmente, este desvarío de Renan, acabemos, deja en blanco el punto más capital y digno de consideración en la historia de la humana creencia. Los judíos creían que Enoc y Elías habían sido trasportados al cielo; los romanos temían que Nerón resucitase para vengarse de ellos; Omar amenazaba pena de la vida al que negase que Mahoma vivía; en la Edad Media se creyó que Barbaroja vendría á restaurar las glorias del imperio; las leyendas están rebosando halagüeña confianza en héroes desparecidos. ¿De dónde nacían tan galanas esperanzas sino de la persuasión en que vivían las gentes, de que tales varones habían escapado de la muerte, y dormían en paz ó moraban en soñada región? No es eso lo que tenemos aquí. La muerte de Cristo no podía ser más pública, ni más real, ni más verdadera, ni más auténtica, ni más incontrastable; su vuelta á estos aires de vida en la propia carne no podía ser menos esperada ni más impensada. Si en aquellos casos la muerte era imaginada, y en el nuestro es real; si allí la esperanza se fundaba en la vida, y aquí sólo puede estribar en la muerte, ¿de dónde, veamos, pudo nacer la creencia en la Resurrección, si realmente ésta no tuvo lugar? De la vaciedad de la nada. No podía inventarse teoría más absurda. Renan, amontonando los desvaríos de todas las escuelas, naturalista, mítica, crítica, legendaria, incurre en los vicios de todas, y es el gran culpable de leso sentido común. Condenóse él á sí propio cuando dijo: *Si el milagro tiene alguna realidad, confieso que mi libro es un tejido de errores... Si el milagro es cosa real, mi método es detestable.* [1]

Hacía Renan en sus escritos, cuantos más libros daba á luz, más abierta profesión de descaro y de estulticia. Dogma absoluto es para él la negación del orden sobrenatural; el milagro no cabe en el trato de las cosas sagradas. Lleva adelante su odio frenético metiendo á saco todos los sistemas, de Woolston, de Reimaro, de Paulus, de Strauss, de Baur, y componiendo con las manos de todos un monstruo tan horrendo de dislates, que ni él propio sabe qué piensa, ni qué pre-

---

[1] Adhuc illis non credentibus... dixit: habetis hic aliquid quod manducetur? —Luc., XXIV, 41.

[2] DARRÁS, *Hist. de l'Eglise*, t. V, p. 272.

[3] P. DIDON, *Jésus-Christ*, 1891, livre V, chap. XII, p. 804.

[1] *Vie de Jésus*, 1867, p. VI, 9.

tende, sino es hacer mofa de todos sus lectores. *El Jesús histórico se nos huye de las manos; lo que nos cuentan de su nacimiento, de sus milagros, de su resurrección, de su ascensión, sobrepuja y contradice á nuestra facultad de conocer. Preciso es confesar que acerca de la vida de Jesús ha habido un retoque legendario, una idealización, una composición análoga á la de todos los poemas, en donde el héroe se convierte en tipo ideal... Hasta qué punto la doctrina y el carácter moral que el Evangelio atribuye á Cristo fueron real é históricamente la doctrina y el carácter moral de Jesús, es cosa imposible de resolver.* [1] Según esto, cuando el poeta busca entre la broza alemana los embustes que más podían prestar á la confección de su poema encantado, y cuando le intitula *Vida de Jesús*, solemniza la más grosera felonía, el fantasma de los fantasmas, la más asquerosa farsa. *La Vie de Jesus, de M. Renan, con toda la magia de su estilo y el matizado colorido de su pincel, paréceme ser una de las más desdichadas* (une des tentatives le plus manquées) *tentativas que yo conozco: es por antonomasia el Evangelio apócrifo del siglo XIX, más ajeno ciertamente de la verdad histórica que el Evangelio de Tomás, que las* «Actas de Pilato.» Tal es el dictamen del protestante E. de Pressensé. [2]

Entre los muchos libros publicados para afrentar y escarnecer las brutalidades de Renan, M. Enrique Lasserre escribió *Le XIII apôtre*, en donde, siguiendo los mismos raciocinios del poeta escéptico, prueba con mucha discreción y gracia, que la vuelta de Napoleón, prisionero de la isla de Elba, no tuvo realidad objetiva, sino solo fantástica en la imaginación de los alucinados admiradores del Emperador francés. Así con el sabroso donaire hacía burla el discreto Lasserre de la tontería y mentecatez de Renan: aguda manera de mofa, mostrar los dientes al descocado inventor, no para enojarse con él, sino para reirse y darle con la invención por las barbas.

Los críticos Holsten, Lang, Harnack, Sabatier, parecidamente á Renan, reducen las apariciones de Cristo á ilusión subjetiva, sin objetiva realidad. Insisten con estudio en que San Pablo no pone diferencia entre la aparición que tuvo de Cristo y la que tuvieron los apóstoles, y pues la que él gozó fué imaginaria, eso mismo fué también la que los apóstoles vieron. Para dar valor á su razonamiento, ponderan la inclinación y afición de San Pablo á los éxtasis y visitaciones celestes; y aquel *stimulus carnis meæ* [1] le entienden del sistema nervioso ó del estado epiléptico que disponía al Apóstol á frecuentes alucinaciones.

En primer lugar, San Pablo no fué visionario: San Pablo no ignoraba el carácter de la visión, ningún judío confundía las apariciones con las visiones. Cuando el Apóstol confesaba que había visto á Jesús en el camino de Damasco, ciertamente lo entendió de una manifestación corporal; su declaración es un nuevo argumento de la Resurrección del Salvador. Sus cartas nos le dibujan con los rasgos propios de un varón lleno de lozanía intelectual y moral. Del poder de su fantasía, tan encarecido por Eichhorn, Winer, Ammon, Renan, no se halla rastro ninguno en todos sus escritos. ¿Histerismo y neuropatías en un hombre que por espacio de treinta años arrostra peligros, tormentos, trabajos, largas excursiones? El vigor de la razón es el que prevalece en toda su vida, sublimes razonamientos y prudentísimos consejos son los capítulos de sus cartas; ¿dónde están los arrebatos nerviosos, los despropósitos extemporáneos, los ímpetus de pasión? La teoría visional no cabe en el apóstol San Pablo.

No repongan los adversarios que ni San Pablo ni los apóstoles fueron llamados á juicio, ni se les puso demanda sobre el hecho de la Resurrección. Debe negarse el supuesto, á saber, que sea de necesidad pasar por tela de juicio un suceso cierto y seguro, y que fuese necesaria para creerle la sentencia del juez. A los apóstoles se les obligó á comparecer ante el tribunal porque predicaban la Resurrección de Cristo, para que se purgasen de la sospecha de ser alborotadores del pueblo; se les sentenció, se les castigó, no cierto por inventores de fábulas. Pedro y Juan á pie quedo arrostran la tormenta. [2] Recobrada la libertad, predican de nuevo la Resurrección; [3] son otra vez encausados, y con ánimo invencible hablan, no se les cae de la boca la Resurrección de Cristo, al fin los dejan en paz. A Pablo

---

[1] *La liberté de penser*, Avril, 1849, p. 468.
[2] *Jésus-Christ*, 1884, p. 12.

[1] II Cor, V, 7. [2] Act., III, 4. [3] Act., V, 59.

se le cita para que parezca en juicio por causa de la Resurrección. En Jerusalén le presentan al concilio de los judíos; [1] después le vemos en el tribunal de Félix, presidente romano, [2] luego en el de Porcio Festo su sucesor delante del rey Agrippa. [3] En estos tres tribunales á nadie se le ofreció oponer capítulos de acusación contra el hecho principal que con tanto valor defendía, nadie discurrió mentiras que tuviesen apariencia de verdad, en todo caso le dieron por libre. [4] ¿Y querrán los adversarios que proceso tan hábilmente ventilado, tan victoriosamente concluído, tuviese por fundamento una fantástica visión, una mera figuración subjetiva?

Y áun si supusiéramos que sus visiones fueran meramente imaginarias, nada tienen de común con las visiones de los apóstoles. Él conoció la fe antes de ver á Cristo, ellos en la visitación de Jesús se hicieron fuertes y fieles; él halló la creencia establecida y arraigada, ellos la tuvieron original, nacida de los hechos presenciados; él la recibió de ajena experiencia, ellos la bebieron en su experiencia propia; él tuvo una visión, ellos frecuentes visiones; él experimentó la aparición de Cristo estando en arrobamiento, ellos estando en el uso libre de sentidos y facultades humanas. Confunden los críticos citados las apariciones de Cristo antes de subir á los cielos, con las que después hizo en diversas ocasiones. Acerca de estas últimas Santo Tomás, [5] y juntamente los teólogos y místicos [6] admiten un cierto modo de operación hecha por Dios en los sentidos del que recibe la visión. Más adelante trataremos de la de San Pablo. Pero ningún doctor católico ha defendido que las apariciones de Cristo á los discípulos antes de la Ascensión, dejasen de ser personales y en propio cuerpo. Por manera que la crítica moderna con su sistema de la *visión* no da buena cuenta de sí. Cuando Keim hace consistir la Resurrección en una aparición real, y para excluir la Resurrección verdadera viste á Jesús con ropaje glorioso de inmortalidad, se ve forzado á negar que el sepulcro quedase vacío. Pero los cuatro Evangelios van acordes en dejar bien asentada la vaciedad del sepulcro. El sepulcro vacío es la prueba más perentoria de la gloriosa Resurrección: el sepulcro vacío fué por eso mismo la cuna de la santa Iglesia. [1]

Restan, por último, los espiritistas. El hereje Apeles dijo que Cristo había resucitado sin carne, y que sin cuerpo había subido á los cielos. [2] Carpócrates, patriarca de los gnósticos, pensaba también que Jesús, con solo el alma, había penetrado en el cielo, y deducía de ahí que no había resucitado. Cerinto enseñaba lo mismo. [3] Resurrección es el levantamiento de lo caído; cayó el cuerpo herido de muerte, el alma júntase otra vez con el cuerpo helado, vuelve á darle calor y le infunde vida inmortal. El Concilio Toledano XI, celebrado en 7 de Noviembre de 675, lo confesó, y condenó el contrario error por estas graves palabras: *Confesamos que la Resurrección verdadera de todos los muertos se hace, según el ejemplo en nuestra Cabeza, no en carne aérea, ó en cualquiera otra, conforme algunos desatinadamente dicen, sino en esta en que vivimos, andamos y nos movemos.* [4]

Pues este delirio yacente ya en los antros del olvido hace siglos, vienen los espiritistas á refrescarle para más á su salvo negar la Resurrección del Salvador. Según Allan Kardec, el cuerpo de Cristo resucitado no fué el cuerpo enclavado y muerto en cruz. [5] *Los discípulos*, dice, *ignorando esto, y no conociendo la causa original de las apariciones, no advertían ciertas particularidades, en que probablemente no pondrían atención. Veían á Jesús, le tocaban, y por consiguiente aquel cuerpo debía para ellos ser resucitado*, [6] porque el cuerpo resucitado era vaporoso, etéreo, fluídico, perispirital, dispuesto á tomar una forma cualquiera (así les place á los espiritistas); en fin, tal como le imaginaban los antiguos herejes, y cual Eutiquio se lo figuró. Aquella herejía feneció, herida por la espada de la Iglesia, y San Agustín [7] y San Jerónimo [8] die-

[1] Act., XXIII. [2] Act., XXIV. [3] Act., XXV, 19. [4] Act., XXVI, 31. [5] III p., q. LXXVI, art. 8. [6] SUÁREZ, In III p., q. XLVIII, disp. LI, sect. V. —CARDENAL BONA, *De discret. spir.*, cap. XIX. —SCARAMELLI, *Dirett. mist.*, tr. IV, capo II.

[1] DE PRESSENSÉ, *Jésus-Christ*, 1884, p. 680. —BEYSCHLAG, *Die Auferstehung Christi*, p. 14.
[2] S. AGUSTÍN, *In catal. hæres.*
[3] TERTULIANO, *De Præscription.* cap. XLVIII.
[4] Hoc exemplo capitis nostri confitemur veram fieri resurrectionem carnis omnium mortuorum, nec in aerea vel qualibet alia carne, ut quidam delirant, resurrecturos nos credimus, sed in ista qua vivimus, consistimus et movemur. —*Colección de Cánones de la Iglesia de España*, por D. JUAN TEJADA, t. II, p. 438.
[5] *Milagros del Evangelio*, XVI, n. 65.
[6] Ibid, n. 64. [7] Lib. *Ad Deogratias*, q. I, n. 5.
[8] Ep. XXXVIII, *Ad Pammachium*.

ron debida satisfacción á las dificultades que los fantasiastas oponían.

San Gregorio Magno refutaba en su tiempo esta opinión, renovada ahora por los espiritistas, rebatiendo las argucias de Eutiquio, ingenio agudo y obstinado. [1] En el mismo lugar refiere el santo Doctor la disputa que tuvo con Eutiquio, Obispo de Constantinopla, y las objeciones y respuestas de entrambos. [2] Todo el intento de Eutiquio era probar que el cuerpo resucitado es impalpable y sutilísimo é incorpóreo más que el aire; y decía que aunque el Salvador mostró á sus discípulos el cuerpo palpable y sólido, fué más bien para desvanecerles la duda de su Resurrección; pero que después de tocarle se tornó sutil é impalpable, de arte que aquel tacto vino á ser como una ilusión de los sentidos. Cargó la mano San Gregorio sobre esta sutileza, y con tanta valentía la deshizo, que obligó á Eutiquio á abjurar su yerro. A esto ayudó no poco la resolución del Emperador Constantino, quien oyendo á entrambos, y pesadas las razones, determinó quemar el libro de Eutiquio contra la Resurrección. Acaeció en este intermedio que los dos contendientes enfermaron; y como San Gregorio enviase frecuentes visitas á Eutiquio ya convertido, éste mostraba á los que le visitaban la piel de sus manos, y decía: *Confieso que todos en esta carne hemos de resucitar*, que era lo que antes había negado.

Pero los espiritistas siguen en su pertinacia sin dar solución á las graves dudas que de su sistema nacen. ¿Qué se hizo del cuerpo de Cristo, si el resucitado no era el de antes? ¿Dónde fué á parar? ¿Cómo desapareció? Es tanto más importante averiguar su paradero, cuanto que Kardec parece suponer que no hubo hurto clandestino. *Este es un problema*, dice, *cuya resolución solo puede inferirse en hipótesis, sólo puede haber, sobre cómo esta desaparición se verificó, opiniones personales que no tendrían valor sino en cuanto estuviesen sancionadas por una lógica irrecusable y por la doctrina general de los espíritus; pero hasta la hora presente, ninguna de las que se han formulado ha recibido la sanción de este doble criterio.* [1] Así el oráculo del espiritismo. El cuerpo de Cristo resucitado no fué el cuerpo muerto: no se sabe cómo el cuerpo muerto desapareció; acerca de esto solo reinan opiniones sin valor. Conviene á saber, claramente niegan los espiritistas la Resurrección del Salvador; *ni la creen ni la quieren creer*, dice oportunamente el Dr. Benito Cantero; *todo al contrario, hacen completamente suyas las argucias de la incredulidad antigua y moderna en relación con la Resurrección de nuestro señor Jesucristo*. [2]

Alcemos ya la mano de tan insolentes atropellos. Saben los enemigos de cuánto momento sea la Resurrección de nuestro divino Salvador, y cuán grave el peso de este augusto misterio de nuestra santa fe, y porque lo saben, no han dejado cosa por intentar con ánimo de echar tinieblas en su lucentísima verdad. Quitada la Resurrección, no queda sino el grito de aquellos epicúreos, *manducemus et bibamus*, *cras enim moriemur*. [3] Y puesta la Resurrección de Cristo, críase en el ánimo deseo de la virtud y horror al vicio, por ser la Resurrección de Cristo suma y cifra de nuestra fe, acabamiento del pecado, humillación del demonio, destrucción de la muerte, suplicio del mundo, esperanza de otra vida, prenda de inmortalidad, argumento de nuestra eterna bienaventuranza. [4]

En la losa del sepulcro embotaron los filos de sus armas todos los incrédulos. [5]

---

1 Sciendum mihi est utrum in quodam alio subtili fortasse vel aereo, an in eo quo moriar corpore resurgam... Sed si in aereo corpore surrexero, jam ego non ero qui resurgo. Nam quomodo est vera resurectio, si vera esse non poterit caro? non enim recta resurrectio dici potest ubi non resurgit quod cecidit. —*Moral.* lib. XIV, cap. LV, in cap. XIX, Job.

2 Cap. LVI, *Mor.*

---

1 *El Génesis, los milagros y las predicciones*, cap. XV, n. 67.

2 *La magia disfrazada*, parte 2.ª, cap. V, 1886.

3 Is., XXII, 13.—LVI, 12.—Sap., II, 6.—I Cor., XV, 32.

4 I Cor., XV 17, 19.—II Timoth., II, 8. — Ephes., I, 20.—Coloss., II, 12.

5 Desde que Santiago el Menor tomó á su cargo la Silla de Jerusalén, los cristianos custodiaron y defendieron el Santo Sepulcro, áun en tiempo de persecución, sin apartar los ojos del baluarte de nuestra fe. Eusebio (*Historia*, lib. III, cap. XXXV; lib. IV, cap. V; lib. V, cap. XII; lib. VI, cap. X) conservó la serie de los treinta obispos, que se sucedieron en el gobierno de la Sede jerosolimitana hasta fines del siglo segundo, en que el Emperador Adriano mandó erigir en el santo lugar un templo á Júpiter Capitolino, y la cadena de acontecimientos sobrevenidos hasta el hallazgo del Santo Sepulcro en tiempo del Emperador Constantino. Los escritores eclesiásticos (S. Cirilo de Jerusalén, *Cateches.* XVI.—S. Jerónimo, *Epist.* XIII *ad Paulin.*—Sozomeno, *Hist.*, lib. II, cap. XXV.—Nicéforo, *Hist.*, lib. VIII, cap. XXVIII) ratificaron la identidad del Santo Sepulcro, cuando en 335 se celebró la Dedicación, y se llamó *Testimonio*, y no meramente *Iglesia*, derribado que fué el templo de Júpiter erigido antes en aquel sagrado lugar. Los autores protestantes (Schubert, *Reise in das Morgenland*, t. II, p. 502.—Schultz, *Jerusalem*, p. 100.—Adisson, *De la relig. chrétienne*, t. II) han insistido en demostrar la misma autenticidad con razones perentorias. Al fin, después de tantos

Desde Celso hasta Renan no han hecho sino inventar sistemas, entablar planes, disponer baterías, disparar dardos, asestar golpes, agotar recursos, y demostrar al mundo la vanidad de sus esfuerzos. Celso atribuyó á ilusión de los apóstoles la Resurrección del Salvador; la escuela deista de Woolston teniendo en poco el sistema de Celso, no vió sino impostura en los apóstoles y admitió á lo más una Resurrección mística; la escuela racionalista de Reimaro y Lessing, disgustada de tamaña acusación, la combate, y en su lugar asienta que la Resurrección fué urdida por una sociedad secreta ó fraguada por los apóstoles con plan premeditado; la escuela naturalista de Paulus, no llevando en paciencia la malévola intención de los racionalistas, la impugna, y en su lugar pretende desautorizar la Resurrección con solo decir que la muerte de Cristo no fué real sino sólo aparente; la escuela mítica de Strauss, reprobando la exposición natural, la derrueca con denuedo, y en su lugar levanta el sistema de los mitos enseñando que la Resurrección fué un devaneo de los apóstoles; la escuela crítica de Tubinga abomina de los mitos, y en su lugar, por mirar la Resurrección de Cristo como cosa de ningún peso, sella los labios y la deja en silencio; la escuela escéptica de Renan se pone enfrente, al lado, detrás de todas las dichas escuelas, lo niega todo, lo admite todo, á trueque de no dar cabida á la Resurrección de Nuestro divino Salvador.

Entre tan desconcertadas voces levanta la suya Eduardo Reuss, protestante liberal, racionalista radical en muchas cuestiones, y no pudiendo menos en ésta de confesar el milagro, exclama con su autorizado acento: *Siempre quedará en claro este indisputable hecho, á saber, que la Iglesia, que vive hace diezïocho siglos, fué edificada sobre el fundamento de la Resurrección, y es un testimonio vivísimo de su verdad; y que ella es, en realidad, la que salió del sepulcro de Cristo, con quien según todas las probabilidades, habría quedado sepultada por siempre jamás si Cristo no hubiera resucitado..... La apologética puede hoy excusar el trabajo de llamar á seria discusión ciertas exposiciones inventadas en tiempos pasados para descartar el milagro, tales como la suposición de un letargo, de una conspiración secreta, de una mentira propalada, y otras semejantes novelescas y peregrinas. La historia, la psicología, la fisiología, el sentido común han condenado hace tiempo estas causas en su tribunal.* [1]

Siendo así la verdad, como ya no puede dudarse, síguese con toda evidencia, que así como los Celsos, Porfirios, Julianos, antiguos adversarios de la Resurrección, fueron reducidos al silencio por los primeros apologistas y entre los hombres de ciencia pasaron por estúpidos y delirantes; así también los modernos enemigos de la Resurrección de tal manera se desbaratan unos á otros, y derriba cada uno lo que otro levantó, que según el dictamen de los hombres sensatos viene á ser Woolston un mísero declamador; Reimaro, un ateo solapado; Lessing, un hombre sin conciencia; Paulus, un taimado corruptor de Evangelios; Strauss, un ridículo inventor de fantasmas; Baur, un audaz falsificador de la historia, Schleiermacher un sentimentalista mentecato; De Wette, un estúpido presumido; Renan, un tontísimo embaucador, y todos ellos una cáfila de ateos, panteistas, pirrónicos; y aconteciéles lo que San Pablo dice de los filósofos de la gentilidad, que *con fama de sabios fueron unos grandísimos necios,* [2] el ludibrio de los hombres cuerdos, oprobio de la humanidad, sabios negativos, monstruos de insensatez, críticos sin gravedad, enemigos de la verdad, escritores de fantasía, hombres, en una palabra, faltos de ciencia, de religión, de piedad. *La ciencia alemana seduce á primer aspecto por su carácter de grandeza y unidad; pero si dando tregua al primer asombro la estudiáis con detención hallaréis quimeras en vez de realidades, conjeturas en lugar de certeza, y cayendo en el extremo contrario veréis cómo aquel tan ponderado edificio se os vá de los ojos como sueño fugaz. La ciencia alemana se parece á aquellos arcos de triunfo, que están sin concluir, y cuyos huecos se llenan en un inst*n-

---

accidentes de saqueos, incendios, cruzadas, el Sepulcro del Salvador cayó en manos de cismáticos.

Al presente los Turcos tienen la llave de la Basílica, y abren cuando bien les place. Humillante situación; peor fuera si los griegos cismáticos mandasen como señores. Seis naciones diferentes ofician, cada una según su rito, en la Basílica del Santo Sepulcro: latinos, griegos no unidos, armenios, coptos, abisinios y sirios; entre todos, solamente los latinos (Padres Franciscanos) son católicos, y tienen la facultad exclusiva de celebrar tres misas al día en el Sepulcro de Nuestro Señor; los monjes griegos y armenios dicen solamente una.

[1] *Histoire Evangélique*, 1876. p. 701.

[2] Hebr. I, 22.

te con telas embadurnadas para celebrar con ellas, en obsequio de un príncipe, fiestas que duran un día. [1] Y luego ¿cómo no ha de ser materia de risa la inocencia de aquellos españoles á quienes se les hace agua la boca hablando de la *docta* Alemania?

Pero los alemanes incrédulos no se rinden á partido. Humillados por tantas derrotas, han tomado á destajo hacer guerra á la autenticidad de los Evangelios. A esta ocupación se dedican al presente muy de propósito sus ingenios atados á los pesebres de sus desvariados principios. Saldrán con las manos en la cabeza. Estamos ciertos: quedarán también vencidos, y mostrarán en el descalabro su antigua insipiencia.

Entre tanto que les llega á ellos la humillación, repitamos nosotros reverentes aquellos loores y aclamaciones que dieron al Salvador los moradores de Cafarnaum, viéndole lanzar demonios: *Con poderosa virtud manda á los espíritus inmundos, y ellos le obedecen*; [2]—y los barqueros en Genesaret: *Quién es este á quien obedecen los vientos y el mar?* [3];—y los demonios saliendo de los cuerpos: *Tu eres el Hijo de Dios*; [4] —y las turbas de Cafarnaúm: *Hemos visto hoy gran maravilla*; [5]—y los ciudadanos de Naim: *Un gran profeta se levantó entre nosotros y Dios ha visitado á su pueblo*; [6]—y la

1 Edgardo Quinet, *Allemagne et Italie*, XII.
2 Marc., I. 27.—Luc., IV., 36.
3 Matth., VIII.—Marc., IV. 40.—Luc., VIII, 25.
4 Luc., IV. 41.
5 Luc., V. 26.—Marc. II, 12.
6 Luc., VII. 16.

legión de demonios: *Qué tienes que ver conmigo, Jesús, hijo de Dios?* [1]—y las gentes vista la curación del endemoniado mudo: *Nunca cosa tal se vió en Israél*; [2] —y los cinco mil hombres en el milagro de los panes y peces: *Este es el verdadero Profeta que ha de venir al mundo*; [3]—y los discípulos en el mar adorando: *Verdaderamente eres el Hijo de Dios*; [4]—y los Galileos en la curación del mudo: *Bien lo hizo todo: dió á los sordos oido, habla á los mudos*; [5]— y el ciego curado: *Si no viniera de Dios éste, nada podría hacer*; [6]—y la gente espantada con el mudo: *¿No es éste el Hijo de David?*; [7] —y los pontífices y fariseos en la resurrección de Lázaro: *qué hacemos? que éste obra muchos milagros*; [8]—y la turba de niños á vista de muchas curaciones repentinas: *Hosanna al Hijo de David*, [9] loor, gloria, bendición, por siempre jamás. Amén. [10]

1 Matth., VIII. 29.
2 Matth., IX, 32.
3 Jo., VI. 14.
4 Matth., XIV. 33.
5 Marc., VII. 27.
6 Jo., IX. 33.
7 Matth., XII. 23.
8 Jo., XI, 47.
9 Matth., XXI. 15.
10 Clemente de Jesus Munguia, obispo de Michoacan, *Exposición de la doctrina católica*, 1856, t. II, lib. VII, cap. XII, XIII, XIV.—P. Fr. Fernando Valverde, *Vida de Jesucristo*, 1600, lib. VII.—Perrone, *De vera religione*, 1840, p. I, cap. IV, prop. 1.—Boylesve, *Jésus-Christ et son regne*, 1886, *La Résurrection*.—Mérault, *Preuves abrégées de la religion*, § IV.—Ditton., *La vérité de la religion chrétienne*, p. III, chap. IV, sect. III.—Reinhard, *Diss. De Christo suam dum viveret resurrectionem prædicente*, 1798.—Bergier, *Diccionario de Teologia*, art. *Resurrección*.—Sherlok, *Les témoins de la résurrection de Jésus-Christ*.

CAPITULO X.

MILAGRO DE LA CONVERSIÓN DEL MUNDO.

ARTÍCULO I.

La doctrina cristiana era nueva y dificultosa.—No nació del rabinismo.—Ni de la China.—Ni de los Vedas: Tríade védica. — Trimurti bramánica. — Qué es *Kerchna* comparado con *Cristo*.—Ni del budismo.

Milagro de milagros puede llamarse la conversión del paganismo á la fe cristiana. Las arduas dificultades de esta empresa ponen á la vista un imposible en el orden moral, vencido con suma presteza y facilidad. La doctrina que había de prevalecer en los ánimos era muy cuesta arriba á la humana razón. El misterio de la Trinidad, base fundamental de los demás misterios, exigía al hombre que creyese con firmeza de fe que Dios, uno en esencia, es trino en personas, que el Padre con ser Dios, ni es el Hijo, ni éste el Espíritu Santo, ni éste el Padre, sin embargo de ser ámbos tan Dios como lo es el Hijo, y que siendo entre sí las tres personas distintas y opuestas, concuerdan en tener la misma esencia y consubstancialidad. Lo segundo, había el mundo de creer que el Verbo del Padre se humanó por virtud del Espíritu Santo en las entrañas de una Virgen inocentísima; y que aquel hombre al parecer obscuro y sin letras, era verdadero Dios, sabiduría infinita, criador de cielos y tierra. Lo tercero, que el Hijo de Dios humanado murió entre dos ladrones, en un infame patíbulo, sentenciado por malhechor y tenido en peor concepto que un público criminal.

Estos eran los principales artículos que se habían de intimar á los gentiles y filósofos, sin especificar ahora la Resurrección del Salvador, la virtud de los sacramentos, la real presencia de Cristo en la Eucaristía, la remisión de los pecados, la Virginidad de la Madre de Dios, y otras verdades, que por el tamaño de su dificultad se hacen muy costosas de creer al humano entendimiento.

Síguense los dogmas tocantes á la voluntad y al gobieno de pasiones y apetitos: guerra abierta al amor sensual, al amor mundano, al amor propio, por imitar á Jesucristo. Tales eran las nuevas que denunciaban los Apóstoles á las concupiscencias viciosas, y consiguientemente amor á los enemigos, gozo en los trabajos, menosprecio de riquezas, apetito de deshonras, paciencia en los tormentos, mansedumbre con los ofensores, entrañas de caridad con todos los hombres sin distinción; en una palabra, ejercicio de altas y macizas virtudes era la obra que trataban de fundar los ministros del Evangelio en los pechos de todos los fieles, contrastando la flota de enemigos que se hacen hijos de guerra para pervertir al hombre.

No conocían los míseros mortales otra vida que la terrestre, ni más reino que el de acá bajo. De Dios, del alma, del fin del hombre, de la vida futura, del cielo, poco ó nada sabía el paganismo; si un Platón, un Aristóteles, un Sócrates, columbraron algunas de estas verdades, las obscurecieron con fantasías desbaratadas, con alevosos errores, de arte que su saber era ciencia efímera y abatidísima. ¿A qué filósofo le pasó por el pensamiento fundar en la tierra *el reino de Dios*? Traza fué ella de solo nuestro divino Salvador.

Dos condiciones pedía la fundación de este reino entre los hombres: diminución de derechos, acrecentamiento de deberes; deberes intimados al entendimiento, de abrazar con ánimo generoso el nuevo orden de verdades superiores al poder de la razón, y por consiguiente arrumba-

miento universal de los errores contrarios; deberes impuestos á la voluntad, de ejercitar con afecto santo las virtudes teológicas y morales, y por consiguiente guerra sin tregua contra todos los vicios. Tales habían de ser las bases en que debía cimentarse el reino de Dios: ampliación de deberes, profesión de la pura verdad; diminución de derechos, profesión de la pura virtud, y todo dentro de la esfera sobrenatural. ¿Qué parentesco tenía con las antiguas religiones esta nueva religión?

Salen aquí al encuentro los israelitas modernos, descendientes de los fariseos antiguos, con la pretensión de que el cristianismo nació del judaismo, como el agua de la fuente. ¿Cabe desatino mayor? Abramos los libros rabínicos, el Misna, las Gemaras, el Midras, la colección entera de Talmudes: ¿qué vemos? Centones de páginas, sin estilo, sin plan, sin ingenio, sin forma, sin fondo. Si tal cual verdad ó precepto moral se halla sembrado en estos libros, dista infinito de la pureza y santidad del Evangelio. Cuanto va de las tinieblas á la luz, tanto difiere la hermosura de nuestras Escrituras de la fealdad de los Talmudes. *Afirmar que entrambas suertes de libros nacieron en Palestina y son contemporáneos, es cosa que espanta la imaginación*, dice Edmundo Stapfer; y con incomparable sencillez añade: *Había yo emprendido el estudio del Judaismo con gran calor, confiando descubrir en él más conformidad con el Nuevo Testamento de lo que piensan los cristianos en general, y empeñado en hallar doctrinas precursoras de las de Cristo... Mas aquí tengo de confesar que el estudio concienzudo del Judaismo del primer siglo me obligó á mudar de opinión. El Evangelio fué apercibido y preparado con antelación por el Viejo Testamento y por los profetas, pero de ninguna manera por los rabinos ni por las escuelas de los escribas. El Talmud es un fárrago incomprensible, el libro más enojoso y ridículo que pueda imaginarse.* [1] La autoridad de este escritor protestante semi-racionalista nos ahorra el trabajo de añadir calificaciones: basten las dadas en otro lugar.

Agréguese á esto que venía Cristo á plantar en el pueblo judío, carnal y terreno, un culto espiritual, interno, superior; y debía demoler aquella máquina de ceremonias y sacrificios legales, en que los judíos ponían la flor de su santidad, y que según la divina disposición eran sólo figuras representativas de la ley evangélica. La grandeza del culto mosaico había venido á parar en corrupción de tradiciones, tan condenables como los vicios de los pueblos paganos; á fuer de tal debía Cristo condenarla llamando hipócritas, sepulcros blanqueados, casta de víboras á los que se jactaban de sustentar el mérito y vigor de aquellas corruptelas. El Evangelio, lejos de tener su luz prestada, fué un sol que amaneció de repente en las tinieblas del judaismo corrompido, y con el resplandor de temerosos rayos puso espanto y llenó de confusión á sus vanísimos mantenedores.

¿Qué diremos de las religiones paganas? La moderna incredulidad asienta que el cristianismo les debe la grandeza de sus dogmas y áun los riquísimos veneros del culto, sacramentos y sacrificios. Los actuales racionalistas se jactan vanamente de ver estampados en las religiones orientales de la antigüedad, en los libros sacros de los Chinos, Persas, Indios, los dogmas de la Trinidad, Encarnación, Redención, no en sombras y por rastros mal bosquejados, sino en germen, como el animal en su embrión, de suerte que el dogma cristiano sea un resumen de todas las nociones sembradas en aquellas religiones y trasladadas al cristianismo.

No entraremos en esta espesísima selva de opiniones: no lo sufre el intento de este libro. Procuremos siquiera deshacer la pretensión de nuestros adversarios en el punto más principal. No han faltado cristianos apologistas [1] que, con intención de defender el misterio de la Santísima Trinidad, han querido ver rastros de ella en las religiones antiguas, y acerca del Verbo Hijo de Dios han imaginado otro tanto, de cuyos imprudentes asertos se han aprovechado en nuestros días los enemigos del cristianismo para pregonar en libros y revistas, que no sólo se contienen nuestros más altos misterios en las

[1] Les Talmuds ne sont, répétons-le, que le fatras le plus incompréhensible, le livre le plus ennuyeux et le plus ridicule qu'on puisse imaginer. Nous ne craignons pas d'être démenti par personne. *La Palestine au temps de Jésus-Christ*, 1885, Introd. p. 26.

[1] HUET, *Demonstratio evang.*, Prop. IV, cap. VI.—MORRIS, *Essai pour la conversion de l'Inde philosophique*, 1843, Dial. IV.—WILSON, *Théatre des Indous*, t. I, p. 293.—GAINET, *La Bible sans la Bible*, t. I.—DARRAS, *Histoire de l'Église*, t. IV.—LAMENNAIS, *Essai sur l'indifférence*, t. III.—AUGUSTO NICOLAS, *Études philosophiques*, t. I.—DONOSO CORTÉS, *Ensayo sobre el catolicismo*, t. IV.

religiones de la gentilidad, como en bosquejo y enigma, sino como en su nativa fuente y origen. Cuán erradamente discurran, es muy del caso declararlo con la posible brevedad.

En la religión de los chinos, con ser la que presenta desde su remota antigüedad claras señales de monoteismo, fué en todo tiempo ignorado el misterio de la Trinidad. Los judíos con haber poseído el tesoro de la revelación escrita, apenas vislumbraron la alteza de las tres personas divinas en unidad de esencia, y carecieron por lo común de su conocimiento explícito: ¿y los chinos serían más privilegiados que los judíos? Los libros sacros de la China, recogidos por Confucio, resumen toda la sabiduría de los antiguos maestros; divídense en Kings mayores que son seis, y en Kings menores que llegan á trece; los mayores son los más venerandos por su antigüedad, los menores pertenecen á época más reciente. La materia que todos los libros contienen, se limita á tradiciones históricas, á preceptos de educación y moral, á máximas de gobierno, á reglas de arte, sin una palabra de filosofía, de teología, de religión, ni áun apenas de Dios. La suerte de profecía que algunos apologistas [1] modernos han querido ver en un dicho de Confucio, que parece referirse al advenimiento del Mesías, como indicando que en el occidente nacería un santo reformador del mundo, es notoria falsedad debida á la siniestra interpretación de unas palabras enigmáticas, como lo ha demostrado Carlos de Harlez. [2]

Laotzé (603 A. C.) ocupado con ardor en el estudio de la religión, compuso en lo postrero de su vida el libro *Tao-Te-King*, y es el único que goza de autenticidad entre los infinitos que sus discípulos le ahijaron. Tao-Te-King (libro de la razón y de la virtud) es un libro obscurísimo y de un idealismo abstruso y enigmático. El *Tao*, ó sér primero, absoluto y universal, abismo de abismos, era eterno: *invisible*, *insensible*, *impalpable*, á estas tres notas se reducen los atributos de Dios, señalados en el Tao-Te-King, cap. XIV, por el filósofo Laotzé. Estanislao Julien [1] interpreta las voces *Ji-Hi-Vei* de la manera siguiente: *El Tao es eterno y carece de nombre. El que le mira no le ve, es incoloro (Ji); el que le escucha no le oye, es afónico (Hi); el que le busca no le alcanza, es incorpóreo (Vei). Si te pones delante de él, no divisas su rostro; si detrás, no descubres sus espaldas.* Según lo ha mostrado Carlos Harlez, [2] la voz *Ji* significa lo invisible y simple; *Hi*, lo no inteligible; *Vei*, lo intangible; atributos del supremo sér de la religión china. Abel Remusat [3] dió á las voces *Ji-Hi-Vei* tan alta significación, que en su concepto representaban el augusto nombre de Jehová; interpretación, reprobada por otro sinólogo, M. Pauthier, [4] y desestimada por los orientalistas modernos.

En el mismo libro Tao-Te-King leemos esta inextricable palabra; *uno produjo dos, dos produjo tres, tres produjo todos los seres*. Así la comentan Julien, Remusat, Harlez, sin alcanzar ninguno de ellos á dar cabal explicación. [5] ¿Y les cabe á los incrédulos en el pensamiento que unos rudos pescadores de Galilea fueran á consultar tan inapeables desvaríos para componer el Credo Evangélico? [6]

Bajemos á la India. Las investigaciones de los estudiosos que han comentado sus libros sacros no consienten linaje de duda acerca de su autenticidad y sentido. Los Vedas, que son los más estimados y antiguos, tendrán mil años (A. C.), el Código de Manú data del siglo V (A. C.), las epopeyas Mahabárata, Ramayana son de mediados del V (A. C.). En esto convienen

---

[1] AUGUSTO NICOLAS, *Estudios filosóficos*, 1851, t. I, p. 447.—RAMSAY, *Discours sur la mythologie*, p. 150.—GAINET, *La Bible sans la Bible*, 1867, t. IV, p. 19.—BEDIN, *Les Traditions messianiques*.—DARRAS, *Histoire de l'Église*, t. IV, p. 181.—HUET, *Demonst. evangel.*, prop. VII, § XXXII.

[2] *La Controverse*, 1888, t. XIV, p. 196.

[1] *Tao-Te-King*, XIV, 47.

[2] *Dictionnaire apologétique*, art. *La Trinité hors du christianisme*, p. 3113.

[3] *Mélanges asiat.* I p. *Mémoire sur Laotseu*, 40.

[4] *La Chine*, 111.

[5] A Pauthier se le ofreció que la doctrina de Laotzé tenía semejanza con el panteismo índico. Pero Laotzé, según todos los doctos, nunca fué panteista, tampoco lo fué la China que desde el principio dió culto al Dios supremo (*Chang-ti*, sumo Señor), personal, dominador del mundo universo (HARLEZ, *Dictionnaire apolog.* art. *Religion primitive des Chinois*, p. 2768). Confucio fué solo moralista, reformador social y político, no filósofo ni fundador de religión; áun su moral es incompleta, árida y de valor muy mediano. Pero van descaminados los que han querido ver en el *Tao* la persona del Verbo: á lo sumo podría el *Tao* estimarse la persona del Padre, por motivo de que á la unidad precede el *Tao*; mas de ninguna manera es el Hijo de Dios. «El Tao es vacío, está derramado por el universo mundo, vaga sin saber dónde parar.» Estas expresiones de Laotzé dieron á Pauthier ocasión de pensar que el que las escribió más era panteista que monoteista.

[6] CHASSAY, *Le Christ et l'Évangile*, 1849, p. 172.

los principales indianistas. [1] En los libros más antiguos se celebra muy en particular el *Agni*: en él ven los modernos incrédulos acabadamente figurado el *Agnus Dei*, Cristo nuestro Salvador. Era Agni en la más remota edad el fuego material usado en los sacrificios. Después los devotos le personificaron [2] concediéndole acción, vida, habla, origen celeste, [3] parentesco con el sol, [4] deidad y comunidad de sér con todos los dioses mayores, [5] y áun identidad con la vida universal. De aquí el Agni á vueltas de tan varios predicamentos vino á significar ofrenda, sacrificio, sacerdote, [6] el dios que se inmola á sí mismo para engendrar todo género de seres. Y siendo la humanidad, según el sistema panteístico del Oriente, parte de la divina substancia, al Agni le tocó la dignidad de progenitor de los hombres, su primer padre, [7] el braman por excelencia. [8] Por esto en el culto védico el Agni era á la vez altar, plegaria, víctima, sacrificador, sacrificio, Dios, culto, como más á la larga lo expone Barth; [9] ni había para qué mendigar de otra parte más ídolos ni santuarios que el fuego divinizador y divinizado, que representaba la vida y el alma universal.

El indio devoto, dando lado al Agni corpóreo sube con la consideración al Agni deificado, y le suplica con clamores que se muestre benigno, como el padre con su hijo, [10] y le conceda favores y mercedes. Aquí es donde el Rig Veda llama al Agni medianero entre el cielo y la tierra, y le invoca con el renombre de enviado y mensajero de todos los dioses, [11] conforme lo expone Muir. [12] Una religión que trastrocaba la condición de sus dioses y concedía parte de divinidad á las criaturas, no es mucho calificase de intercesor general al Agni, al fuego que prende su llama, luce y arde en las entrañas de todos los seres mundiales. Esta expresión *Oh Agni! todos los dioses en tu llama se revuelven y bullen*, [1] compendia las prerogativas que al fuego regalaban. Y cuando las almas preguntaban anhelantes y cansadas de vivir, *¿Quién de los dioses descenderá á librarnos?*, [2] quedaban mudos los cielos, no respondían los Vedas, y los hijos de la India védica sentían una sed de consuelo que los consumía de pena. [3]

En los Vedas no hay Trinidad posible. Burnouf piensa que el Padre es *Surya* (sol), el Hijo *Agni* (fuego), el Espíritu Santo *vayu* (viento); pero ni los tres hacen un solo Dios, ni son personas, ni dioses, ni cosa tal, ni tienen que ver el uno con el otro. El sol no engendra, no altera, no transforma los vivientes; con su luz y calor ayuda al crecimiento de unos y perjudica al desarrollo de otros: muy mal le entalla la calificación de padre. Menos le conviene al Agni la de Hijo divino, cuando ni del sol lo es, como quiera que con dos maderos frotando se producía el Agni védico; [4] y si los Indios le rendían adoración é imploraban su eficacia, era porque le daban representación de fuego sagrado. [5] *Vayu* es viento material, aire agitado; no tiene relación con el sol, sin embargo de que le personificaban y adoraban los indios. La Tríade fingida por Burnouf es un delirio de cabeza enferma. [6]

La forma antigua de la religión índica envejeció y degeneró en el bramanismo. Brama, entronizado en el panteón védico, ocupó el primer sitial, y resumió en sí la

---

[1] A. BARTH, *Religiones de la India*, 1878. — MAX MÜLLER, *Essais de mithologie comparée*, 1874. — *Origine et développement de la religion*. 1879. — BOURQUIN, *Le Panthéisme dans les Védas*, 1886. — BERGAIGNE, *La religion védique*, 1883. — HARLEZ, *La Personnalité historique du Christ*, *(La Controverse)*, 1882, t. III.

[2] *Rig. veda*, III, 5, 7. — VIII, 60. — VI, 3. — X, 91.

[3] Ibid., X, 45.

[4] Ibid., VI, 1.

[5] Ibid., VI, 52.

[6] Ibid., X, 109. — III, 2.

[7] Ibid., I, 96. — II, 10.

[8] Ibid., III, 1.

[9] *Les religions de l'Inde*, p. 36.

[10] *Rig Veda*, VIII, 68.

[11] Ibid. VIII, 23.

[12] *Original Sanscrit texts*, vol. V.

---

[1] *Rig Veda*, VII. 41.

[2] Ibid. X. 64.

[3] «Cristo es el dios Agni, el dios fuego de los Vedas.» Esta es la conclusión que saca el impío Burnouf en su malhadada obra *Science des Religions*, decretando que Jesucristo nunca existió, que es un mito, fruto de los mitos índicos; absurdos, que han despertado la saña de M. Julio Soury, tan incrédulo como Burnouf, en estos términos: «Nadie creyó jamás que la doctrina de Jesús hubiera sido transmitida á los judíos por los Persas durante el cautiverio, y que toda la metáfisica cristiana, con la Trinidad y todo, estuviese contenida en el Avesta, ni en el *Rig Veda*. El errar es patrimonio de todos; pero M. Burnouf es hombre que no yerra á medias. La audacia de su teoría nos ahorra la molestia de censurar sus yerros con severidad.»

[4] *Rig Veda*, V. II. 29.

[5] HARLEZ, *Dictionnaire apolog*. art. *Agni*. — P. BRUCKER, *La Controverse*, 1881. t. I, p. 375.

[6] Igual si no mayor es el desvarío de Marius que en el *Vac* de los Vedas descubre el Verbo bramánico, modelo del de San Juan. No acierta en lo que dice el racionalista. *Vac* es el canto divinizado. La voz era una deidad para los bramanes, y tributábanle adoración considerándola espantosa en el trueno, maravillosa en los animales, graciosa en los hombres, blanda en los amigos, brava en los enemigos (*Rig Veda*. X, 71); y si honraban con personalidad y subsistencia á la voz, hacían también personal el canto, que es *Vac*, reconociéndole divinidad: ¿qué proporción tiene de semejanza ese *Vac* con el Verbo de San Juan?

grandeza del divino poder. Fué tenido por la principal manifestación del sér absoluto. Así lo concluyen Max Müller, [1] Barth [2] y otros comunmente. El bramán llegó al colmo de la humana dignidad, porque el punto final de la perfección, característica de los bramanes, era la absorción y aniquilamiento en Brama. Nuevos dioses ganaron por la mano y reemplazaron á los tres Agni, Indra, Soma; y fueron Siva, Brama y Vishnu; Siva, el dios destructor; Vishnu el dios conservador, Brama el dios criador; tres formas del absoluto, triple evolución de la divina unidad. [3] Tal es la Trimurti que floreció entre los bramanes en el ocaso de la era védica. *La teología de los Vedas es una mixtura de naturalismo, panteismo, politeismo,* dice Carlos Harlez. [4] A estas tres deidades señalan los bramanes *sendas compañeras,* multiplicando dioses y diosas sin reparo y honrándolos con fabulosas hazañas é increibles aventuras.

Jacolliot ha intentado defender que Brama, principio criador, es el Padre; Vishnu, principio conservador, es el Verbo *encarnado en la persona de Christna;* Siva, principio destructor y reformador, es el Espíritu Santo. Marius acaba por decir eso mismo, á saber, que según los Vedas Brama es el amor, Vishnu la sabiduría, Siva el poder; tres personas distintas y un solo Dios verdadero. Lo que hacen Marius, Jacolliot y sus defensores es dar muestras de nunca haber tenido en las manos el Rig Veda, donde ni se cita á Siva, ni se da preferencia á Brama, ni Vishnu es dios verdadero, ni son uno los tres, sino tres entes del todo aislados y peregrinos. Aprender el Credo que se enseña á los niños en las escuelas católicas deberían los incrédulos, antes de tomar la pluma para bramar contra nuestros dogmas. Para de alguna suerte comparar la Trimurti con la Trinidad cristiana habían de ser iguales los dioses. Lejos de serlo Brama, Vishnu y Siva, andan en perpetua disensión, como lo saben los que han leido los libros de los bramanes. Brama orgulloso é indomable, Vishnu delicado y manso, Siva suspicaz y vengativo, tienen celos los unos de los otros y traban tan sangrientas enemistades por la desapoderada ambición de reinar, que la teología bramánica ha tenido que señalar á cada uno por morada, tierra, agua, cielo, llegando á decir Edgardo Quinet escandalizado de tanta discordia: *En la Trinidad de los Bramanes, las tres personas componían una suerte de politeismo. Tres dioses, ó tres religiones de origen diverso, rivales y contrarios, perpetuaban la diferencia esencial de las castas en el Estado.* [1] La verdad es que el bramanismo, el vishnuismo, el sivaismo son tres cultos usados en diversos paises de la India Oriental. Toman los racionalistas lo negro por blanco, y hablan por boca de otros que saben poco de la Trimurti y de la Trinidad, cuando ponen en dos balanzas cosas de infinita desproporción. Dioses tan malavenidos, como los de la India, son indignos de representar la paz que es el blasón del verdadero Dios. [2]

No es este el desatino mayor. Vishnu, dios conservador de los seres, en lo más recio de una batalla se presenta visiblemente al guerrero Ardjuna en figura del caudillo Kershna, armada la boca de terribles colmillos y destrozando con ellos los seres todos. Esta celeste aparición se lee en el Mahabárata, poema de doscientos mil versos; es la llamada encarnación de Vishnu hecha en el héroe Kershna, quien por tan señalado privilegio tuvo honroso lugar en el panteón indio, y tres siglos antes de Cristo era ya un dios popular, semejante á Siva, y al cabo de breve tiempo fué hecho una misma cosa con Vishnu, que había tomado su figura en la aparición dicha. Por este camino llegó Vishnu á tener fama de Dios humano, inclinado y siempre dispuesto á encarnarse. Su dicho era: *Cada y cuando que la religión peligra ó la impiedad triunfa, yo me encarno.* [3] Las encarnaciones eran tan frecuentes como los riesgos que corría la casta *sagrada* de los bramanes. A cada encarnación mudaba de semblante el dios invisible, y tomando diferente individuación se dejaba ver como persona diversa, por manera que el Mesías de la epopeya índica carecía de personalidad moral determinada, era un libertador mágico y fantástico, una forma impersonal de la substancia única, un redentor sin redención efectiva, un sueño,

---

1 *Origine et développement de la Religion.*
2 *Les Religions de l'Inde.*, p. 30.
3 BARTH, ibid, chap., V, VI.
4 *Dictionnaire apolog*, art. *Védas.*

1 *Génie des religions*, 270.
2 CHASSAY. *Le Christ et l'Evangile*, chap. V, art. 3.
3 *Bhagavat-Gita*, IV, 7, 8.

una ilusión, la Maya seductora que todo lo reduce á duendes que no se pueden asir.

Esta ficción poética, el Kerchna del poema Mahabárata, el caudillo que se identifica con el enmascarado Vishnu, ha sugerido traza á Luís Jacolliot con que robar la honra al cristianismo. Para llevar á cabo su mal intento ha fingido con mucho artificio la vida de Kerchna, dándole por nombre Jezeus, y trocando el vocablo Kerchna por Christna; así le llama Jezeus-Christna, y con sin par descaro va relatando el nacimiento, pasos de su vida, apostolado, milagros, predicación, etc., etc., asegurando á todo el mundo que Jezeus-Christna (en lugar de Kerchna Vishnu) es la segunda persona de la Santísima Trinidad en carne humana, el Mesías redentor prometido á los antiguos Padres. A los que pudieran tener por sospechosa la invención, Jacolliot declara haber leido en libros bramánicos la vida de Jezeus-Christna; pero Max Müller se hizo fuerte en negar la autenticidad de este libro, y Jacolliot no ha podido presentar en descargo el texto original. Dan por cosa averiguada los indianistas [1], que con intento de hacer popular su dios Kerchna-Vishnu los bramanes, se aprovecharon de algunos hechos evangélicos con que engrandecer su nombre y contrarestar la influencia del cristianismo en aquellas partes.

Otra fuente de la doctrina cristiana hallan los racionalistas en el budismo, cuya historia y religión han tratado con diligencia los sabios. [2] Buda fué un hombre, que sin ilustrar los entendimientos ni consolar los corazones con enseñanzas elevadas, pasó la vida lastimándose de las humanas miserias. Convencido de nuestra apocada existencia, que calificaba por el sumo de los males y por ilusión fatal, lejos de incitar á los hombres á la desesperación, tomó por oficio amparar á los afligidos, enfermos, pobres, maltratados, mostrándose con ellos compasivo, afable, generoso, predicando la igualdad de todos, y levantando la voz contra los principios de los bramanes. De Dios nunca dijo palabra. Enseñaba que la virtud se había de poner en remediar el mal del prójimo, y predicaba parábolas y preceptos de moralidad, que se resumían en la penitencia y en la moderación de las pasiones. El hombre llega al estado de Buda (sabio y esclarecido) cuando á poder de reprimirse logra perder la conciencia de su ser y se sume en el todo absoluto, en el Nirvana. El Nirvana era, en opinión de Buda, la muerte física y moral absoluta, el vacío irremediable, el abismo silencioso del no sér; en esto consistía la perfección de la virtud.

La doctrina y la vida de Buda han padecido alteraciones tales y tan peregrinas, que el que no acierta á deslindar la parte legendaria de la parte real, creerá que Buda fué un sér extraordinario, el ideal de la virtud, el hombre más santo y divino que han visto los siglos. A esta conclusión han querido poner su firma un Emilio Burnouf, [1] un Arnold [2] y otros incrédulos, con el designio de colocar á Buda al lado de Jesucristo y áun darle la preeminencia. Pero averiguada la verdad, resulta ser Buda un Mesías vacío é iluso, *el Anti-Mesías único que la naturaleza entregada á sí propia podía dar al hombre. El verdadero Mesías es aquel que levanta y redime la naturaleza sensible y espiritual.* [3] *No hay rastro de Dios en todo el Budismo, ni al fin ni al principio. Es un espiritualismo sin alma, una virtud sin deber, una moral sin libertad, caridad sin amor, un mundo sin naturaleza y sin Dios.* [4] Wilson describe los desastres morales y sociales causados por el budismo. [5] Siendo esta una religión atea, panteista, nihilista, poner su doctrina en competencia con la que Cristo nuestro Señor nos trajo del cielo, es hacer estupendos agravios á la sacrosanta verdad; y querer derivar la santidad del cristianismo de manantial tan corrompido, es dejar suelta la rienda al rematado frenesí.

---

1 ANGEL DE GUBERNATIS, *Enciclopedia indiana*, p. 244.—WEBER, *Kershna geburt*, Fest, 1867.—DOWSON, *Classical dictionary*, art. *Kershna*.—SENART, *Journal asiatique*, 1874, t. III.—HARLEZ, *Dictionnaire apologétique*, art. *Christ et Christna*, p. 471.

2 MAX MÜLLER, *Essai sur l'histoire des religions*.—*Essai de mytologie comparée*.—BURNOUF, *Introduction á l'histoire du Bouddhisme*, 1845.—BARTH, *Les religions de l'Inde*.—BARTOL. SAINT-HILAIRE, *Le Bouddha et sa religion*, 1860.—SENART, *Essai sur la religion de Bouddha*, 1875.—W. RHYS DAVID, *Non-christian religions systems Buddha*, 1882.—Buddhism, 1886.—ALFR. PERRET, *Le bouddhisme et le christ.*, 1874.—DE PRESSENSÉ, *Hist. de trois premiers siècles*, 1889.—CARD. GONZÁLEZ, *Hist. de la filosofia*, t. I.—HARLEZ, *La Controverse*, 1881, t. II.

1 *La science des religions*, 1887.

2 *The light of Asia*, 1885.

3 DE PRESSENSÉ, *Histoire des trois premiers siècles*, 1889, t. I, p. 366.

4 BARTOLOMÉ SAINT-HILAIRE, *Le Bouddha et la religion*, 1860, p. 4.

5 *Essays on the religion of the Hindoos*, p. 182.

ARTÍCULO II.

El mazdeismo no pudo comunicar al cristianismo la enseñanza de la Santísima Trinidad.—Qué es el Mitra de los Persas.—La Tríade caldeo-asiria: Marduk.—Tríade egipcia.—Los cristianos no recibieron de la filosofía griega sus dogmas.—Ni su moral, de los estoicos.—Tampoco provino el cristianismo de la filosofía judío-alejandrina.—Ni de los esenios.

Respecto del mazdeismo han errado torpísimamente algunos modernos críticos, Reynaud, [1] Creuzer, [2] Eugenio Burnouf, [3] pareciéndoles que los libros Zendos son manantiales de verdades cristianas. Reynaud llegó á decir que Zoroastro, Moisés, Jesucristo, son tres anillos brillantes de una cadena de oro que, bajando del cielo, se continúa á través de los siglos. La primera incongruencia que tiene el dictamen de este crítico es, que Zoroastro no vino al mundo antes de Moisés, como él asegura, sino á fines del siglo VI (A. C.), como enseñan los orientalistas más acreditados, cuyos testimonios pueden verse en Chassay. [4]

M. Marius [5] deriva del Avesta el Logos de San Juan; igual origen señalan los autores antes citados. Quiere Creuzer [6] que el *Honover* mazdeita sea una volición divina; Quinet [7] dice que es el mundo; á otros parece ser un vegetal que da vida milagrosa, y otros le encumbran á la dignidad de primer fundador del mazdeismo. Lo que consta con toda certeza es que con el nombre de *Honover* se denomina una plegaria litúrgica, una invocación hecha por Ormuzd al sacar las cosas á luz, y resume las obligaciones humanas, como dice el sabio Ott. [8]

El yerro nació de la traducción publicada por Anquetil. Mal informado y engañado este orientalista, tradujo la voz *Honover* por *Verbo*, y de esta falsa interpretación se aprovechó Marius para pintarnos el Verbo eterno del Avesta casi á la letra como le presenta San Juan en el principio de su Evangelio. Y añade Marius con desmedida insolencia: *De los descubrimientos de la ciencia resulta, como se ve, que el Logos histórico de Juan se viene al suelo, y que su origen debe buscarse en la Persia.* Tan rotunda afirmación es burbuja, que en soplando se desvanece. El Honover ni es Logos, ni eterno, ni santo, ni substancial, ni persona, ni creador, ni cosa tal, sino meramente una oración de veinte palabras que rezan los persas. Anquetil, al traducir el cap. XIX del *Jazna*, donde se dice que Ormuzd enseñó á Zoroastro esta plegaria antes de crear el cielo y la tierra, siniestramente informado escribió que Dios había hecho el mundo por medio del Verbo Honover; y lo que el autor del Avesta enseña ser una súplica eficaz y respetable, el francés la vendió por una persona divina. De esta manera, *el Verbo divino del Avesta es hijo de la imaginación europea.* [1]

Tampoco puede sustentarse que Mitra sea *medianero* entre Dios y los hombres, ni reverenciado en concepto de tal por los persas, como á Burnouf y á Marius se les antoja. A sabiendas tuercen las cosas los que por haber dicho Plutarco [2] que Mitra ocupa *término medio* entre Ormuzd y Ariman (ἀμφῶν μέσος), y que por eso los persas le llamaban *intermedio* (μεσίτην), no forman escrúpulo de escribir que Mitra es el medianero é intercesor entre el Dios justo y el hombre culpable. Quien tan mal asienta los dedos, se expone á dejar estampada su ignorancia. Plutarco significó que Mitra ni es autor del bien ni del mal, ni señor de la vida ni de la muerte, ni hacedor de la luz ni de las tinieblas, como eran Ormuzd y Ariman entre los persas. Aun en eso alargóse Plutarco á desmedidas interpretaciones. Los antiguos persas nunca tuvieron á Mitra por dios luminoso, ni por ente clarobscuro. El Avesta le contempla dios guerrero que pasa á fuego y sangre sus enemigos: [3] los parsis posteriores le añadieron el ministerio de juez en el trance de la muerte. [4]

La confusión de conceptos creció cuando los griegos y romanos, poco diligentes en estudiar las cosas de los *bárbaros*, dieron á Mitra un asiento que nunca había logrado en su país natal. Entronizáronle

---

1 *Encyclopédie nouvelle*, art. *Zoroastre*.
2 *Religions de l'antiquité*, *Notes*, liv. II.
3 *Comment. sur le Jazna.*
4 *Le Christ et l'Évangile*, chap. IV, art. 1.
5 *La Personnalité du Christ.*
6 *Religions de l'antiquité*. I.e p., chap. III.
7 Quinet, *Génie des religions*. liv. IV, § 1.
8 *Manuel d'Histoire ancienne, La Perse.*

1 C. Harlez, *Dictionnaire apolog.*, art. *Verbe divin*, p. 3154.—*Journal asiatique*, 1882, p. 507.—*La Controverse*, 1882, t. III.
2 Lib. de *Iside et Osiride*, 46.
3 *Avesta*, trad. de Harlez, 2.ª edic., p. 451.—*Jesht*, X, 10-27.
4 Spiegel, *Eran Litteratur der Parsen*, t. II.—Darmesteter, *Ormuzd et Ahriman*, 1877, *Essais orientaux*.—Harlez, *Diction. apol.* art. *Bible et l'Avesta*.

en el sol, y pusieron en sus manos el cetro de todos los dioses, como le tiene el sol entre los planetas. *Mitra es el sol de los persas*, clamaba Hesiquio. [1] Estrabón, [2] Suidas [3] y otros griegos y romanos escritores, adulterando la tradición oriental, hicieron de Mitra el dios sol, y le entregaron la dirección de las armas. [4] Ibaseles cayendo á pedazos el culto de los dioses á los gentiles, y para levantarle de nuevo se empeñaron en valerse de Mitra, oponiéndole á nuestro Señor Jesucristo, como lo declaran Tertuliano, [5] San Justino, [6] Julio Fírmico Materno. [7] El sol de la gentilidad pretendía quebrar los rayos del Sol de justicia. Con tanta sagacidad supieron los inventores engalanar la invención, que no pocas almas dieron en el lazo, seducidas por el ceremonial aparatoso de los mitriastas. [8] Vanamente usurparon al divino Mesías los principales atributos para adornar con ellos á Mitra; su culto vino al suelo á fines del siglo IV. Los sabios tomaron aborrecimiento á esta institución que vivía del hurto sacrílego hecho á la religión cristiana. Tal fué la suerte de Mitra.

Prosigamos. Ningún culto pagano intentó resolver la cuestión del mal moral. Llegaron algunas religiones á confesar su existencia; pero ponerle remedio ó barruntar medianero eficaz entre Dios y el pecado, ninguna llegó á tanto, sin embargo de que la profesión mazdeita, admitiendo el imperio del dios-mal, Ariman, pareciese reclamar la creencia del libertador que descargase las cervices humanas de un yugo tan insufrible. Nada debe la religión cristiana á la persiana, ni son los dogmas de ésta tan conformes á razón, que Cristo Señor nuestro los hallase naturalmente en su alma como ecos irresistibles y los comunicase á los apóstoles; por ninguna razón es aceptable tan extraña paradoja. Esto, empero, no es negar que no haya rastro de semejanza entre las doctrinas mazdeitas y las reveladas. Tal vez fueron los persas los que más pura conservaron la corriente de la tradición primitiva.

[1] *Lexicon, Mithras.* [2] Lib. XV. [3] *Lexic., Mithra.*

[4] San Jerónimo, *Advers. Jovinian.*, lib. I. —Tertuliano, *Advers. Marcion.*, lib. I, cap. XIII. —Garrucci, *Les mystères du syncrétisme phrygien.—Mélanges d'archéologie*, t. IV, p. 1-34. [5] *De Corona*, cap. XV.

[6] *Apol.*, I, 66.—*Dialog. cum Triphone*, cap. LXX.

[7] *De errore profan. relig.*, cap. XXI.

[8] San Agustín, *In Jo.*, tract. V —San Jerónimo, *Ad Lætam.*—Prudencio, lib. I, *Advers. Symmach.*

Los enemigos del cristianismo, en vez de sacar de aquí, que todas los pueblos conservaron rastros de ella, y barruntaron como de lejos algunas vislumbres de nuestros misterios, reman contra la corriente queriendo que nuestra religión se derive de las escuelas orientales, y que la inextinguible luz nazca de las densas tinieblas. Wiseman expone bien esta advertencia en su discurso VI. Además, antes de Zoroastro mandó Ciro [1], que en todo el imperio se diese culto al Dios de Israél. El judío Salvador [2] da por cierto que las diez tribus israelitas pasaron á la Media y comunicaron con los persas antes de nacer Zoroastro, y de esto infiere que los dogmas judíos, lejos de ser debidos al zoroastrismo, dejaron en Persia profundas huellas y memorias. [3]

Acercándonos á la Caldea, cuyas antigüedades han sido trasteadas en estos últimos tiempos por Botta, Layard, y otros afamados asiriólogos, y puestas en clara luz por Maspero, [4] Lenormant, [5] J. Smith, [6] Perrot et Chipiez, [7] Tiele, [8] Vigouroux, [9] Jeer, [10] y otros diligentes escritores según los rayos que las inscripciones cuneiformes y los monumentos hasta el presente hallados despiden, es cosa notoria y sin duda, que la religón caldeo-asiria adoraba tres dioses, Anu, Bel, Ea; Anu dios celeste, Bel dios terrestre, Ea dios marino. En esta tríade no engendraba un Dios al otro, ni tenían entre sí parentesco; sin embargo, eran tenidos por padres de los dioses mayores.

Asur y Marduk fueron en lo sucesivo dioses nacionales de los Asirios, tal vez más venerados que los tres dioses de la teología caldea. El dios Asur era la deidad mayor, con su nombre se honraban los monarcas, pero su culto no salía de los confines de la Asiria, ni tampoco excluía el culto de otras deidades que eran hijos suyos, ni de la diosa que era su mujer.

[1] Daniel, VI.

[2] *Jésus-Christ et sa doctrine*, I. notes.

[3] C. Harlez, *Origines des Mythes.—Origines du Zoroastrisme.—Les prétendues origines indoues du Christ.; La Controverse*, 1882, t. III.

[4] *Hist. des anciens peuples de l'Orient*, 1886.

[5] *La magie chez les Chaldéens et les origines accadiennes*, 1874.

[6] *The Asyrian discoveries.—The Chaldæan account of Genesis*, 1876.—*The history of Babilonia, of Assyria.*—

[7] *Hist. de l'art dans l'antiquité.*

[8] *Hist. compar. des anciennes religions.*

[9] *La Bible et les decouvertes modernes.*

[10] *Les ruines de Ninive.*

Incomparable distancia va del Asur asirio al Jehová israelita. Jehová carecía de esposa, no consentía compañero en deidad, era el Dios poderoso por excelencia, el Dios único y absoluto señor de todas las cosas; no así el Asur nacional de los Asirios.

Marduk, hijo del dios Ea, era el Sol, hijo del Océano. La pintura que de él hacía el pueblo babilónico merece consideración. Contábale por medianero entre su padre Ea y la humanidad. Esta prerogativa se saca de los himnos y cantares á honra suya, como consta en las obras citadas. Marduk es un dios manso y tratable, de blanda índole, amigo de favorecer á los hombres, amador de la humanidad; condición que no alcanzaron las religiones del Oriente. Si alguna se arrimó al concepto de medianero fué ciertamente la caldea en su dios Marduk, así como la asiria cifró el concepto del poder en su dios Asur. Sin embargo *por su origen y su ministerio está Marduk sujeto á un dios padre y señor supremo, y tiene con la humanidad relaciones tan estrechas que le quitan el ser dios absoluto... Si la religión de Nínive y la de Babilonia pudieran haberse refundido..., Marduk habría sido tan sólo el intermediario de los favores celestes, encargado por el poderoso Asur de proveer al bien de los hombres.* [1] Por falta de igualdad, de consubstanciabilidad, de encarnación, de mérito, de virtud, de poder, de eficacia, y por muchos otros respectos no merece Marduk nombre de *medianero*, comparado con el Verbo Hijo de Dios hecho hombre, Cristo nuestro Señor.

Finalmente la religión egipcia, tan antigua como la caldea, abunda en supersticiones y manifestaciones extravagantes del mundo espiritual. Su tríade se compone de padre, madre, hijo; el padre Osiris (Nou, Ra, Ammon, Ptah), la madre Isis (Mouth, Sokhist), el hijo Horus (Imhotep, Konsu); el dios supremo Osiris reprodúcese á sí propio en Isis, y halla en su hijo Horus su mismo poder con que triunfar del elemento malo. Osiris criando sus miembros produjo toda la caterva de dioses. El hombre es el Osiris terrestre; á los reyes cábeles serlo por excelencia, por esto son dignos de culto. El animismo fué universal creencia de los egipcios. Cada fenómeno material es causado secretamente por un espíritu, el animal siente con más vehemencia su influjo, y son privilegiados el carnero, el cabrío, el buho, el chacal, el gato, el cernícalo, el buey, el león, descollando entre todos el hombre, que se siente doble en su sér y conciencia. De aquí panteismo, fetichismo, monoteismo, naturismo en vergonzosa confusión.

La fe en la inmortalidad es peculiar asunto del Egipto. La identificación del hombre con Dios promete el seguro goce de ultratumba. El sepulcro es el santuario de los egipcios; de ahí la conservación de los cadáveres, la veneración de las momias, el lujo de las pirámides, el fasto de las inscripciones. El estado de inmortalidad lo es de ventura, no de transformación como entre los bramanes y budistas. Una tumba abastecida de alimentos, joyas, timbres, proezas, constituye para el egipcio el colmo de la futura bienandanza. Afianzados en tan halagüeños principios ¿para qué habían de esperar libertador, redentor, Mesías que pusiese término á la humana miseria? ¿para qué querían profetas, filósofos, doctores, sabios los que se hallaban bien con su terrena dicha, y la creían duradera por siglos eternos sin riesgo de mudanza? Grandeza y pequeñez, felicidad y miseria, verdad y mentira, luz y tinieblas, virtud y vicio; tal era el resumen de la religión egipcia que había de dejar aquellas gentes en un silencio y abatimiento absoluto. [1] De tan cenagosas charcas no podían brotar los purísimos raudales de la doctrina cristiana.

Y si de Grecia brotaron, ¿quién se los comunicó? No Licurgo que dió larga mano á los ladrones, no Solón que consentía á los atenienses crímenes nefandos, no Zenón que desconoció el origen y destino del hombre, ni Platón que permitía el trueque de mujeres, ni Aristóteles que autorizaba el infanticidio, ni Sócrates que anduvo tan poco escrupuloso como ellos. ¿De qué papiros, pues, entresacó el cristianismo su doctrina? ¿en qué Academias la aprendió? ¿á qué filósofos oyó para venir á juntar un cuerpo de dogmas tan altos y profundos, una moral tan severa y hermosa, un culto tan admirable y provechoso, una

[1] Loisy, *Revue des Religions*, 1891, N. 14, p. 318.

[1] Osburn, *The monument. hist. of Egypt.* I.—Maspero, *Hist. anc. des peuples de l'Orient.*—Lenormant, *Hist. anc. de l'Orient.*—Dunker, *Geschichte des Alterthums, I.*—Pablo Pierret, *Le Panthéon egyptien*, 1881.—Vigouroux, *La Bible et les découvertes*, t. I.

conveniencia de verdades y prácticas que cuanto con más diligencia se examinan y consideran, más consoladoras son y más conformes al recto discurso?

Han querido los modernos levantar tan sobre los cielos la doctrina de la Grecia, que nos han hecho creer que la filosofía platónica fué puntualmente la que preparó el camino á la religión cristiana. [1] Extravío lastimoso. El platonismo es una doctrina totalmente contraria al cristianismo. A Platon y á Sócrates se les puede conceder que ayudaron negativamente al advenimiento del cristianismo, en cuanto no dieron contentamiento á las necesidades humanas, ni señalaron felicidad que apagase el deseo vehementísimo que el hombre de ella siente; si barruntaron la causa del mal, no acertaron con la cura. El platonismo fué doctrina especulativa, el cristianismo es doctrina práctica. Platón con solas ideas quería sanar al hombre y fortalecer su voluntad, con sutileza de silogismos pensaba engañar las penas humanas; ¿qué refugio dejaba al ignorante sino la fatal desperación? El cristianismo cifra el remedio de la humanidad en la conciencia y no en la ciencia, en la voluntad más que en el entendimiento, en la práctica de las macizas virtudes y no en la especulación de verdades abstractas.

La *República* de Platón confunde el espíritu religioso y el político; ambos se sacrifican al Estado, ni queda al individuo libertad de poseer, de educarse, de elegir profesión, de mirar por sí; el Estado es omnipotente, autocrático, absoluto. Cuán contrario sea este principio al principio del cristianismo, no hay para qué declararlo. El Dios de los cristianos es un sér absoluto, personal, eterno, criador y conservador del universo; el de los platónicos es principio motor, idea suprema, sér impersonal, y las ideas de las cosas son eternas en sí mismas, substanciales, independientes de Dios. Infinita distancia media entre el cristianismo y el platonismo. San Justino, que había cursado en la escuela de Platón, reconocía que si algo les quedaba á los platónicos que oliese á cristianismo, era lo robado por ellos á los profetas hebreos, y enseñado por vía de alegorías para disfrazar el plagio, [2] pero en hecho de verdad no hay punto de semejanza (οὐκέτι πάντη ὅμοια). [1] La doctrina cristiana es la única que ostenta una filosofía cierta, consecuente, original y perfecta. [2] En el mismo sentido hablaron otros, [3] educados en las ideas platónicas. Clemente de Alejandría, gran defensor del platonismo, confiesa que los deseosos de salvarse han de aprender la verdad por la doctrina de Cristo, por más que sean filósofos, [4] porque la justicia platónica es pagana, natural, rastrera y mediata, pues ya consta que Platon tomó de Moisés, y encubrió lo que tomaba con los arreos de la humana sabiduría.

Escribe el Sr. Castelar: *Puede decirse sin temor alguno de exageración, que toda la filosofía griega es una filosofía esencialmente antipagana.* [5] *—El helenismo dió á la nueva religión principios metafísicos respecto á las relaciones del hombre con Dios.* [6]*—El genio platónico encontró como intermediario entre la criatura y el Criador, entre la divina y la humana inteligencia, el Verbo, es decir, la revelación verdadera de Dios.* [7]—Es imposible encerrar en menos palabras más desatinos, y ha de estar un hombre falto de nociones históricas y filosóficas para poner en venta con tanta frescura sus sueños. Platón, el divino Platón fué un ingenio malogrado. No costaría mucho demostrar que descubrió más errores que verdades. Platón no fué filósofo, repetía el P. Ventura Ráulica. [8] San Pablo decía de él y de sus consortes, [9] que á pesar de andar en busca de la sabiduría y de blasonar de sabios, fueron unos estultos y vanos en sus conocimientos. Tan lejos anduvo Platón de ser buen filósofo como el hombre zafio de poseer la ciencia. Si algunos filósofos alcanzaron conocimiento de Dios por discurso natural, [10] ni le dieron gloria de tal, ni sacaron fruto de su conocimiento sino grandísima vanidad, pues sirvieron más á

---

1 ACKERMANN, *Le Christianisme dans Platon*, 1835.
2 *Cohort. ad græcos*, cap. XXIX, XXXIV, XXXVIII.

---

1 *Apol.*, lib. II, cap. XIII.
2 *Dialog. cum Tryphone*, cap. VII, VIII.
3 TACIANO, *Orat. ad. græcos*, cap. XXXV.—ATENÁGORAS, *Legat. pro christ.*, cap. VII.—SAN TEÓFILO, *Ad Autolyc.*, lib. II, cap. IV.—EUSEBIO, *Præp. evang.*, lib. XI, cap. XIII.—TEODORETO, *Græc. affect, curat.* serm. V.
4 *Stromat*, lib. V, cap. XIII.
5 *La revolución religiosa*, t. I, Prólogo, p. XXIX.
6 Ibid. p. XXXIII. 7 Ibid. p. XXXVIII.
8 *La filosofía cristiana.*, p. I, cap. I, § 3.
9 Stultam fecit Deus sapientiam hujus mundi. I, Cor. I, 20.—Græci sapientiam quærunt. ibid. 22.—Semper discentes et nunquam ad scientiam veritatis pervenientes. II, Timoth. III, 6.—Evanuerunt in cogitationibus suis. Rom, I, 21.—Dicentes se esse sapientes, stulti facti sunt, ibid. 22.
10 Cum cognovissent Deum. Rom. I, 21.

la criatura que al Criador, [1] al cual ninguno de ellos reconoció por único Hacedor del mundo *ex nihilo*.

Un hombre que no ve las cosas que le vienen á los ojos y tira golpes vanos sin atinar con la unidad de Dios Criador, ¿qué filósofo podía ser? Un hombre que enseña el dualismo eterno, la corporeidad del alma humana, la deificación de las ideas, extravagancias de inmoralidad y otros absurdos enormes, originados del sistema platónico; un hombre que si admite á Dios por causa motriz, es para organizar la materia eterna, y no para darle á ella sér, ni para tributarle á él la honra de Criador en propiedad; un hombre que tan rateramente discurre, por más que levante las ideas de las cosas á una eterna subsistencia, es imposible sea hombre que filosofa, por ironía se le puede llamar genio. San Agustín reprueba, escarnece y castiga con desprecio afrentoso la filosofía platónica por parecerle contraria á la verdadera doctrina. [2] Véase la citada obra de Ráulica, [3] y quedarán más patentes los disparates de D. Emilio Castelar. [4]

Y cuenta, lo repetimos, que del afamado Platón dijo Aristóbulo, conforme lo traen Clemente Alejandrino [1] y Eusebio, [2] que había estudiado y discutido las leyes é instituciones judías. [3] Concuerda con Aristóbulo el judío Josefo. [4] Los escritores cristianos sintieron lo mismo. Clemente alejandrino le nombra entre los filósofos hebreos. [5] Igualmente San Justino, [6] Juan Filopono [7] y Teodoreto [8] declaran que usurpó muchas cosas á la teología hebrea. San Ambrosio llegó á decir que Platón hizo un viaje por el Egipto para estudiar los hechos de Moisés, los oráculos de la ley y los dichos de los profetas. [9] Tertuliano [10] conviene en lo dicho. Por esto Santo Tomás [11] sostuvo la misma sentencia. Si Lactancio [12] escribió que Pla-

---

1 Servierunt creaturæ magis quam Creatori. Rom. I, 25.

2 Laus ipsa qua Platonem vel Platonicos sive Academicos philosophos tantum extuli quantum ipsos impios homines non oportuit, non immerito mihi displicuit, præsertim contra quorum errores magnos defendenda est Christiana doctrina. — *Retractat.* lib. I, cap. I, IV. — *De doctrina christ.* lib. II, cap. X. — *De civit. Dei*, lib. VIII, cap. IX.

3 T. II. p. I, cap. III, IV, V.

4 El cual debió de tomar á pechos el bebedizo propinado por Laurent que escribe así: «A los ojos de San Clemente. la filosofía es un dón de Dios, tiene un origen divino, es un fragmento de la revelación universal, y el cristiano debe reunir todos esos fragmentos para llegar á la perfección» (*Hist. de la Humanidad.*, t. I, pag. 832). —Desearíamos saber en qué libro de Clemente alejandrino ha leido el profesor de Gante las sobredichas palabras. ¿Y D. Nicolás Salmerón no advirtió la ratonera armada con queso para sorprender su atolondramiento, cuando traducía ese capítulo cuarto? Para que se desengañen los tontos, y vean con qué ligereza traducen los libres pensadores, pongamos la versión literal de Clemente alejandrino. Dice así: «La filosofía griega y la bárbara contienen una partícula de la eterna verdad, no derivada de la mitología de Baco, sino de la teología del Verbo: quien otra vez componga y junte en uno las partes separadas, contemplará seguro el Logos perfecto, la verdad» (Ἡ τε βάρβαρος ἥτε Ἑλληνικὴ φιλοσοφία τὴν ἀΐδιον ἀλήθειαν σπαραγμόν τινα, οὐ τῆς Διονύσιου μυθολογίας τῆς δε τοῦ Λόγου τοῦ ὄντος αἰεὶ θεολογίας πεποίηται ὁ δε τὰ διῃρήμενα σύνθεις αὖθις καὶ ἑνοποίησας, τέλειον τὸν Λόγον ακινδύνως εὖ ἴσθ' ὅτι κατοψεται τὴν ἀλήθειαν —Lib I Strom., cap. XIII). A los ojos de Clemente el Logos perfecto, la verdad total, resulta de juntar en uno las verdades enseñadas por la filosofía de los griegos y de los bárbaros. ¿Quiénes eran los bárbaros? Los egipcios, caldeos, druidas, celtas, persas, bramanes (ibid. cap. XV): de ellos dimanó á los griegos la filosofía; pero sobre todo los hebreos que son mucho más antiguos (τούτων ἁπάντων πρεσβύτατον μακρῷ τὸ Ἰουδαῖον γένος —Ibid., cap. XV.) y empezarón su filosofía antes que los griegos, con esta otra diferencia, á saber, que habiendo los filósofos griegos robado á los profetas hebreos ciertas porciones de verdad, abrazáronse con ellas sin reconocer el hurto, y vendiéronlas por cosa propia, adulterando las unas, interpolando sofísticamente las otras, añadiendo otras de propia invención (ibid. cap. XVI). Varios capítulos gasta el erudito apologista para probar que los filósofos percibieron parte de verdad, y que la conocida por ellos ayuda á conocer el cristianismo (cap. XIX, XX).

Esto enseñaba Clemente: y se nos vienen ahora los racionalistas haciendo de una mosca un elefante, y ponderando que «el punto de vista del Padre griego es mucho más amplio que el de los escritores modernos» (*Hist. de la Humanidad*, t. I, p. 832). Cuando D. Nicolás Salmerón vertía esas páginas, ó tenía *sugestionado* el cerebro, ó estaba hecho un tronco. El cristianismo no es fruto del ingenio humano, sino hechura de Dios. La filosofía completa comprendía en su totalidad, según los Padres griegos, el cúmulo de verdades manifestadas á los hombres desde Moisés hasta Platón, reveladas por Dios las unas, adquiridas con estudio las otras; todas emanadas del Logos eterno y divinal. Esta es la verdadera interpretación de sus escritos. Los Padres latinos (S. JERÓNIMO, *Dial. contra Pelag.*, lib III. —S AMBROSIO, *Apol. II, David.*, cap. IX. —S. AGUSTIN, *De prædest. Sanctor*. cap. XIV) formaron el mismo concepto. Si el cristianismo ha de reunir todos los fragmentos de la verdad para llegar al Logos perfecto, no puede prescindir de la revelación divina, que contiene los más importantes.

1 *Strom.*, I.

2 *Præpar. evangel.*, lib. IX, cap. VI.

3 Leges et instituta nostra sectatus est; a quo etiam partes eorum singulas curiose et diligenter inspectas et excussas esse constat.

4 *Contra Apion*, lib. I.

5 τον εξ Εβραιων φιλοσοφον. —*Strom.*, I. —*Strom.*, V.

6 *Apolog.*, II.

7 Genes., lib. I, cap. II. — Lib. III, cap. V.— Lib VI, cap. XXI.

8 *Therapeutic.*, lib. II, VI, XI.

9 Eruditionis gratia in Ægyptum esse profectum, ut Moysis gesta, legis oracula, et prophetarum dicta cognosceret. — In psalm. CXVIII. — *De Noe et Arca*, cap. VIII.

10 *Apologet.*, cap. XLVII.

11 I p., q. LXXIV, art. 3. —Sent., I, dist III, q. II. art. 2. —Sent. II, dist. XIV, q. II, art 1.

12 Lib. IV, cap. II.

tón no había bebido en fuentes hebreas su sabiduría, fué por ignorar las cosas de Platón, como dice Selden. [1]

Entremos en la escuela de Alejandría. Era la única que resumía y representaba las doctrinas helénicas. ¿Qué Padres la siguieron? ¿Acaso San Crisóstomo, que se tapaba la cara por no ver un libro de Platón? ¿San Gregorio Nazianzeno, que echaba en donaire las teorías de Aristóteles? ¿San Basilio, San Cipriano, Teodoreto, que si á veces se acuerdan de ideas platónicas, las olvidan y borran de la memoria por no descubrir en ellas rastro de la católica verdad, cuanto menos el resplandor de la moral evangélica? La teología de los Padres, la filosofía de los Doctores, fué original, independiente, libre de trabas, como lo era la revelación que sustentaban con el poder de sus ingenios. *El siglo II carecía de crítica*, dice Aubé. [2] *Fuera de Luciano, que con su sátira universal no perdonó á ninguna religión, apenas encontramos un* espíritu fuerte. *La credulidad reina en todas las clases de la sociedad. La masa entera del pueblo, y los ingenios más cultos, sofistas, retóricos, poetas, historiadores, filósofos, creen comunmente en sueños, en maravillas, en apariciones divinas, en la intervención de deidades locales, en la santidad y conveniencia de sus prácticas.* ¿A la filosofía griega qué cristiano no le volvió las espaldas?

Y no es menester insistir ahora en el dictamen de los autores [3] cuando declaran que la mejor y más acendrada parte de lo enseñado por los filósofos griegos, fenicios y egipcios, la derivaron de las divinas Letras, y aprendieron en el trato y comunicación de los judíos. No hablemos de los despojos de los Libros Santos con que se alzó la flor de aquellos ingenios; pero áun así ningún provecho sacaron de los raudales de tan puro venero, ningún sistema religioso armaron con la solidez de sus doctrinas, ninguna moral edificaron con la riqueza de aquellos principios. ¿Qué digo edificar? ruinas lastimosas sembraron, en infinitos puntos desbarraron, dislates sin cuento escribieron, vergonzos vicios protegieron, increibles yerros autorizaron. Un dios veneraban Platón, Sócrates, Aristóteles, Cicerón, que carecía de personalidad, y era mundo y humanidad á la vez; amar á Dios estimábanlo cosa de sueño, y áun lo echaban á burlas; eran ateos en la vida práctica. El alma, ó la creían porción de la divina substancia, ó parte de la materia; la muerte ponía fin á todo el hombre, y llevaba al sueño eterno; en la práctica eran materialistas. Su moral era la de los panteistas modernos, fundada en la conveniencia y propio interés; eran utilitarios. Su política abría campo á una licencia sin límites, con menoscabo de la humana dignidad; eran déspotas. El egoísmo tenía las mujeres en posesión de esclavas, los esclavos en concepto de bestias; eran brutales. La familia presenciaba los más execrables desafueros y el trastorno de todos los derechos y deberes; eran desnaturalizados, [1] corrompidos y perversos.

Pasando de Grecia á Roma se nos ponen delante los estoicos, á quienes da la primacía sobre los moralistas de aquel tiempo D. Emilio Castelar por estas palabras: *En ninguna metafísica, quizás en ninguna religión, resulta como en la doctrina estóica, la caridad por todos los oprimidos y todos los desgraciados, el culto á la virtud severa, el menosprecio á los dolores de nuestra vida, el amor al descanso de la muerte. Los creeríais penitentes, y penitentes cristianos, cuando hablan de la igualdad natural en todos los hombres, del menosprecio á los honores y á las riquezas, del amor debido al esclavo, del culto debido á la conciencia, de la brevedad de nuestra vida, y de la ventura inenarrable que experimenta el corazón al practicar el bien y extender la virtud en nuestro obscuro mundo. Creeríais oir á un apóstol cuando encarga al Señor que no llame á sus servidores esclavos sino sus compañeros de esclavitud; á un predicador cristiano cuando añaden que somos siervos, tales de la corrupción, cuáles del interés, algunos de las ambiciones, y todos del miedo.* [2]

De esta suerte Castelar, leyendo tal vez á Cousin [3] ó á Leroux [4], deriva de los estóicos la moral cristiana. Los dispara-

---

1 *De jure naturali*, cap. II. —Non satis didicerat Platonis res.

2 *La polémique payenne à la fin du* II.e *siècle;* 1878, p. 72.

3 San Justino, *Apolog.*, I.—Clemente Alejandrino, *Stromat.*, lib. I.—Tertuliano, *Apolog.*, XLVII.—San Gregorio Nazianzeno, *Orat. contra Julian.*—San Agustín, *De Civit. Dei*, lib. XVIII, cap. XIX.—Teodoreto, *De Princip.*, lib. II.—Eusebio, *Præpar. Evang.*, lib. XI.

1 Eugenio Loudun, *Le mal et le bien*, vol. I.

2 *La revolución religiosa*, 1880, Prólogo, pág. XXXVI.

3 *Cours d'histoire de philosophie du XVIII.e siècle*, VIII leçon.

4 *De l'Humanité, Introduction.*

tes reunidos en el círculo de breves palabras son de tal enormidad, que es preciso estar ciego para no ver cuán lejos andan de lo razonable y cierto. Los estóicos hacían de la divinidad el alma universal del mundo, y del mundo el cuerpo de la divinidad. [1] En la inmortalidad del alma anduvo Séneca perplejo y á tientas. [2] La teología de los estóicos fué panteista de un cabo al otro, como lo era el fondo de la religión romana: [3] ¿qué mucho que tuvieran por providencia el hado, el *fatum* de la antigua mitología? *Pronuncian el nombre de Dios, y ese Dios es el mundo, después revientan por hablar de la providencia, pero esa providencia es el acaso.* [4]

La virtud, cuya severidad describían con grande afluencia de voces, era cosa de burla en su estima, pues el distintivo de los estóicos se cifraba en una profunda hipocresía, como se lo echó en cara San Agustín á Séneca diciendo de este ilustre senador: *hacía aquello mismo que baldonaba, adoraba lo mismo que tenía por ilícito.* [5] Sin embargo respiraban en sus palabras soplos de egoísmo tan envenenados, que de su farisaica virtud hacían escala para desmandarse contra Dios humillando su divina grandeza; eso era de presumir hiciesen los que ponían un Dios impersonal, á quien ni temían ni veneraban. [6]

¿Cómo se explican los rasgos de semejanza que ofrece la doctrina de Séneca con algunos puntos de la doctrina evangélica? Muchos escritores católicos [7] atribuyen el plagio á los destellos del cristianismo esparcidos en vida suya por el romano imperio. No que tuviese correspondencia epistolar con San Pablo, pues las cartas vulgarizadas con su firma ni San Agustín, ni San Jerónimo, ni Baronio, ni Belarmino las creen auténticas, dado caso que el pueblo las leyese cuando el Evangelio había difundido su luz por el mundo; pero un filósofo del talle de Séneca que tejía sus discursos con relevantes adornos de fatalismo, materialismo, panteísmo, y que profesaba el farisaísmo de la virtud, ¿cómo podía ser llamado á verter sus desenvueltas doctrinas en el seno de la religión cristiana? Sea muy enhorabuena que Alonso Núñez de Castro en el siglo XVI hiciese patentes al mundo las contradicciones del filósofo cordobés en su *Séneca impugnado por Séneca*, como las había escarnecido el elocuente Lactancio; [1] siempre será esplendorosa verdad que el Sr. Castelar, llamado por Don Juan Valera *piadoso y honrado, buen cristiano;* [2] y por Don Antonio Valbuena, hombre que *tiene mucho talento y sabe mucho,* [3] da señales de no haber abierto en su vida las obras de Séneca, ni de discurrir medianamente cuando al juzgarle escupe el veneno de tantos errores. Séneca fué panteísta, ateo, materialista, fatalista, inmoral y soberbio por los cuatro costados; ¿cómo su moral puede compararse con la moral evangélica? Séneca ni conoció el amor de benevolencia, ni guardó para los malos una lágrima, sino la altivez del sarcasmo: ¿y esto es cristianismo? *La virtud mas heróica que la filosofía de los estóicos antiguamente imaginó ó soñó, por hablar con verdad, comparada con la que Cristo asienta con su gracia en el alma, es una poquedad y bajeza.* [4]

Ciertamente, conocer cuánta ventaja llevan los bienes del alma á los del cuerpo, estimar lo invisible anteponiéndolo á lo visible, instituir un culto puro y espiritual, pregonar la adoración de un solo Dios en espíritu y verdad, condenar por insuficiente la filosofía, abrazar como única verdad provechosa el dogma sobrenatural, era empresa del todo milagrosa re-

---

[1] SÉNECA., Epist. LXV—*De beneficiis,* lib. I, cap. VIII.

[2] Epist. LV, LXIII, CII.

[3] SÉNECA, *Quæst. natur.*—EPICTETO, Dissert. lib. II, cap. VII.—MARCO AURELIO, lib. V, § 10, 27.

[4] JULIO SIMON, *Dictionnaire des Sciences philos.* art. *Epictète.*—Monseñor TALAMO ha puesto en evidencia la contrariedad de la teodicea de Séneca, con la teodicea cristiana (*La scienza e la fede*, agosto 1885, p. 209). El Dios de los estóicos era el éter, el fuego, el Sol, la natura universal.

[5] Agebat quod arguebat, quod culpabat adorabat—*De Civit. Dei*, lib. VI, cap. XI

[6] SÉNECA, Epist CVI.—*Vita beata*, V.—*De Clementia*, lib. II, cap. XVI.

[7] CONDE DE MAISTRE, *Veladas de S. Petersburgo*, IX.—CHAMPAGNY, *Les Césars*, IV, *Le Christianisme.*—CARD. GONZALEZ, *Historia de la filosofía*, t. I § 94—CHASSAY, *Le Christ et l'Evangile*, chap. III, art. V.—GREPPO, *Les chrétiens de la maison de Néron.*

[1] *De div. instit.* lib. III.

[2] *Estudios críticos*, t. I. 1864, p. 109.

[3] *Ripios académicos*, 1890, p. 259.

[4] FR. LUIS DE LEÓN, Nombre de *Rey.*—San Francisco de Sales formaba de Séneca el concepto siguiente: «Este filósofo en todo quiere que dependamos de nosotros mismos, sin querer que el sabio que él se propone en sus escritos, busque el contento ni la felicidad en otro que dentro de sí mismo; y este es orgullo manifiesto. El sabio cristiano debe ser en su estimación pequeño, y tanto que se tenga por nada; pero ese filósofo quiere que el suyo, ó el que él pretende formar, sea superior á todas las cosas, creyéndose dueño de todo el mundo, y capaz de labrar su propia felicidad; y esta es vanidad intolerable. *(El espíritu de San Francisco de Sales*, parte IV, cap. XIV).

servada á las proezas de la fe. Infinita sabiduría necesitaba el que había de concebir tan vasto designio, infinito amor para acometerle, infinito poder para salir al cabo. Ante obra tan inmensa los más altos querubines encogían las alas. Y sube de punto el asombro si advertimos que todas las dificultades de la empresa estaban ya previstas y muy de atrás anunciadas, [1] todas resueltas, todas vencidas, si bien cuando el Autor de esta obra las profetizó, pudieron parecer á la humana comprensión imposibles y quiméricas.

Resta que pasemos la vista por una objeción propuesta en estos últimos años en que cifran el triunfo nuestros enemigos. La doctrina cristiana, dicen, nació de la filosofía judío-alejandrina; no es original ni revelada.—R. Veamos qué parte tuvo en las enseñanzas cristianas el judaísmo, qué parte el helenismo alejandrino.

El judaísmo en su primera institución no fué una forma religiosa definitiva, así como no era religión humana por excelencia ni el reino de Dios sobre la tierra, sino una sociedad particular, teocrática y sin relación con las demás. El cristianismo le excede con gran ventaja; es por antonomasia monoteista, religión acabada y perfecta, verdadero reino de Dios, comunidad de almas santas, reinado del divino amor, culto de Cristo crucificado. El judaísmo en esto se diferenció del gentilismo en que conservaba en depósito las divinas revelaciones, y cuando les torcía el rostro ejecutaba Dios con él su rigurosa justicia hasta reducirle al camino. En el correr de los siglos recibió nuevos destellos de luz celeste, conocimiento más claro de las eternas misericordias, dirección divina más positiva y extraordinaria; pero caminaba por el desierto apercibiendo la venida del Mesías, infinitamente lejos del pueblo gentil: si tropezaba en idolatrías, le visitaba Dios con la vara por no privarle de su favor. El Dios judío, no era un Brama, ni un Bel, ni un Ormuzd, ni un Ra, seres inertes, impersonales, mudables; era un Dios personal, hablante, amante, obrante; obra divina, palabra divina, inspiración divina, sin mezcla ni resabio de cosa humana. Todas las religiones cayeron en la presunción de tener revelaciones de lo alto, ninguna recibió noticia de la vida íntima de Dios sino el pueblo judío. Fué en todo tiempo por esencial condición monoteista. Tiele juzga que los judíos adoraron el sol en sus principios, [1] como las otras naciones; discurrir así es fingir historias, no interpretar la verdadera. Los judíos eran por carácter y por natural inclinación idólatras, por gracia y divina elección fueron siempre monoteistas; á fuerza de azotes daban de mano á los ídolos. Ellos, que no eran como los aryas, caldeos, egipcios, persas, griegos, de ingenio excelente y emprendedor, ¿cómo podían vivir de continuo en una cumbre tan llena de resplandores que los asiáticos nunca vislumbraron?

Pero el judaísmo se estragó: el trato con los caldeos y egipcios le fué fatal. En tiempo de Jesucristo dividíase la aristocracia en dos clases: la una orgullosa y rica, se allanaba al trato del extranjero y compraba su influencia en pro de su política rastrera; la otra, rígida y sutil, vivía ajena del comercio, extraña, y áun separada del pueblo. Ambas sectas depravaron la religión nacional, que era santa y pura. Saduceos y fariseos pervirtieron y borraron la hermosura de la religión judaica. Los saduceos *tenían grande influjo en las familias ricas, ninguno en el bajo pueblo.* [2] No desechaban los libros sagrados, el Torá y los profetas eran su tesoro; pero estaban reñidos con la resurrección de los muertos, con la inmortalidad del alma, con la existencia del reino espiritual; eran absolutistas en política, positivistas en creencias, novadores en religión. Los fariseos, enemigos de los saduceos, eran por el contrario republicanos en política, conservadores en creencias, supersticiosos en religión, y por esta causa exclusivistas, intolerantes, escrupulosísimos en prácticas legales. Esperaban un Mesías contrario al de los Profetas, opuesto al verdadero Mesías.

Los esenios formaban la parte ascética y mística. Avasallados por un pitagorismo riguroso, y partícipes del dualismo oriental, habían abolido los sacrificios y puesto en su lugar la cena común. No era su doctrina fruto de exaltación júdía, como escribe Stapfer, [3] sino reac-

[1] Matth. VII, 11 c.

[1] *Hist. comp. des relig. anciennes*, chap. IX.
[2] JOSEFO, *Antiquit.* lib. XIII, cap. X.
[3] *La Palestine*, p. 176.

ción religiosa, que constituía verdadera secta, y en política representaba el moderno comunismo.

Estos partidos habían cubierto de tinieblas la figura del Mesías vaticinado por los profetas. [1] El alma de todo el antiguo Testamento, que era la esperanza del divino Libertador, á cuyo cargo estaba la reconciliación del mundo con Dios, vino á quedar ofuscada y obscurecida del todo por la tenebrosidad de estos degenerados creyentes; en vez de dar al Mesías el cetro de regenerador espiritual de toda la humanidad, le ponían en las manos la caña hueca de rey de judíos, y despojándole de la grandeza moral le convertían en conquistador fanático y en restaurador del reino de Israél: tal era el sueño dorado de todas los partidos y sectas.

Sin embargo, el anciano Simeón, Ana profetisa, Elisabet, Zacarías, Juan, Joaquín y Ana, su bendita hija la Inmaculada Virgen María y el Santo José su celestial esposo habían conservado en Galilea, pura y sin menoscabo la esperanza del Verdadero Mesías, excepciones tan raras cuan honrosas en Israél.

Pero importa ventilar qué parte tuvo en el cristianismo la secta de los esenios. *Algunos incrédulos de nuestro siglo*, decía en el pasado el abate Bergier, *sostienen con la mayor seriedad que Jesucristo era de la secta de los Esenios, que había sido educado entre ellos, y que en su Evangelio apoyó algunos artículos de su doctrina. Uno de estos incrédulos escribió un gran libro para probarlo: bien sabido es hasta dónde llegó su acierto. Pero el desprecio que los sabios hicieron de esta obra no fué parte para que otros imprudentes repitiesen el mismo aserto; no merecen ser refutados.* [2] A primeros del siglo XVIII Wachter derramaba con estudio las tinieblas de su error enseñando que el cristianismo se había establecido en el mundo como el esenismo, por vía puramente humana. Los deistas franceses é ingleses se arrimaron á este parecer, y los francmasones le esforzaron con audacia porque intentaban descubrir en el esenismo el origen de su secta, como lo defendió Stäudlin. [3] Gfrörer buscó trazas con que deducir el cristianismo del esenismo. [1] Pauthier [2] llevó más adelante su intento: dijo que los esenios y terapeutas tomaron de los chinos su filosofía, y que *Jesús, el hijo del hombre, fué el que la enseñó y mejor la representó.* P. Leroux en su libro *De l'Humanité*, á fuer de panteísta y sansimoniano, después de pronunciar que el cristianismo era una behetría de todas las enseñanzas del antiguo mundo, presenta á Cristo como matriculado en la escuela de los esenios y alumno de sus doctrinas. [3] El judío Salvador había emitido esta sentencia; [4] y otros judíos modernos la apoyan con terquedad. [5]

Hay mil razones para probar que ni la vida privada, ni la vida pública del Salvador, ni sus consejos, ni sus parábolas, ni sus preceptos muestran haberse correspondido con los esenios, ni criado con su enseñanza y trato. Lean los deseosos las noticias que se dan de esta secta, [6] y entenderán claramente que la doctrina de Cristo no tiene principio de los esenios. La filosofía religiosa de los judíos alejandrinos dió origen á esta profesión. Los terapeutas eran más teóricos, los esenios más prácticos; [7] aquéllos meditaban, éstos labraban la tierra; aquéllos cultivaban la metafísica, éstos la moral. [8] Filón y Josefo, que son las más seguras fuentes, muy pocas nuevas dan de sus doctrinas dogmáticas. Amor de Dios, amor del prójimo, amor de la virtud, eran sus tres grandes amores. Reinaba entre ellos comunidad de bienes, no pobreza ni riqueza, ni falta ni sobra de medios para la vida. [9] Todos libres, todos trabajando, ningún esclavo, ninguna posada, todo para todos. Tomadas del judaísmo las cosas fundamentales, lo demás suplíalo la

---

1 SCHÜRER, *Gesch. Des Judisch Valkes in Zeitalter J. C.* p. 332.—ZELLER, *Hist. de la philosophie grecque*, t. III, p. 290.

2 *Diccionario de teologia*, art. *Esenios.*

3 *Hist. de la moral de J. C.*, t. I.

---

1 *Hist. univers de l'Eglise*, I, 153.

2 *La Chine*, 114.

3 Ibid., t. II, p. 940.

4 *Jésus-Christ et sa doctrine*, I. p. 215.

5 «Il est impossible de bien comprendre le caractère et l'origine du christianisme primitif si on n'en recherche pas la source dans les mœurs presque maniaques et dans le mysticisme des Esséniens.» (GRAETZ, *Revue des études juives*, t. XX, 1890, p. 11.)—Le christianisme primitif trouva donc ici (chez les Esséniens) aussi le terrain déjà préparé dans la communauté même où il naquit.» (FRIEDLÄNDER, ibid. 1894, t. XXIX, p. 191.

6 DÖLLINGER, *Origines du Christianisme*, t. I.—ALZOG, *Hist. de la religion*, t. IV.—BELLERMANN, *Renseignements historiques sur les Esséniens.*—SCHÜRER, *Geschichte des Jüdisch Volkes in Zeitalter J. C.*—ZELLER, *Hist. de la philosophie grecque*, t. III, p. 290.—ROHRBACHER, *Hist. univ. de l'Église*, t. III.—STAPFER, *La Palestine*, chap. XIV.—CHASSAY, *Le Christ et l'Évangile*, chap. III, art. 4.

7 FILÓN, *de Vita contemplativa*, II.

8 FILÓN, *Quod omnis probus sit liber*, II.

9 JOSEFO, *Antiquit.*, lib. XVIII, § 10.

teología alejandrina. Moisés era el gran legislador, merecedor de muerte quien le blasfemaba. [1] Dios sér lleno de luz, el alma inmortal, los sacrificios sangrientos vedados, el sábado rigurosísimo, las observancias guardadas con toda escrupulosidad. Tales eran, [2] en compendio, la práctica y teórica de los esenios.

Los sermones predicados por Cristo contienen preceptos y consejos al parecer semejantes á los que ellos seguían en su vida externa, como son pobreza, moderación, aislamiento, penitencia exterior; semejanzas muy superficiales que han podido dar mano á que errasen los abogados de esta secta; pero la verdad sea que el Salvador del mundo combatió, confundió, anatematizó las doctrinas y las prácticas de los esenios. No hay principio más reprobado en el Evangelio que la nimia atención á las obras exteriores, desnuda de limpieza de corazón y privada de intención recta y sobrenatural. *Jesús nunca fué alumno suyo*, dice el racionalista Stapfer, *clamó contra ellos, envolviéndolos en la reprobación fulminada contra el fariseísmo ceremoniero. No olvidemos tampoco que Jesús hablaba á la muchedumbre, en campo raso, en lenguaje sencillo y popular*; *nunca fué amigo de lo peregrino y misterioso, que tanto halagaba á los esenios.* [3]

El propio Graetz no se atreve á establecer la comunicación entre Jesús y los esenios. [4] No se diferencian los judíos y judaizantes de los racionalistas en solo que creen locuras rematadas, sino en la impiedad con que maltratan la vida y doctrina de Jesucristo. Los esenios, so pretexto de la paz universal, profesaban la igualdad absoluta, el comunismo de todos los bienes, la abolición de todos los estados, el exterminio de todas las condiciones, la extinción de toda propiedad terrestre. Así los pintan Filón y Josefo, como va dicho. ¿Qué comunidad de principios era posible entre los esenios y los cristianos? Los esenios alejados del matrimonio, los cristianos respetuosos con él, porque es institución de Dios; los esenios menospreciadores de la propiedad privada y aspirando á la igualdad universal, los cristianos poseedores tranquilos de su peculio y acatadores del ajeno; los esenios entregados á la veneración de Moisés como si fuera igual con Dios, los cristianos elogiadores de Moisés, pero de Cristo sobre todos los profetas; [1] los esenios (llamados por Graetz *discípulos de Juan Bautista*) [2] dedicados al servicio de Dios por el bautismo y penitencia, los cristianos consagrados á toda suerte de virtud y de obras públicas y privadas, buscando en ellas el reino y la gloria de Dios; ¿cómo podía una religión, la cristiana, deber sus dogmas y prácticas á una secta que por no poder sostenerse con los dichos fundamentos, hubo de caer y acabar en el siglo II, deshecha por las águilas romanas? Y aunque concedamos que existió una clase de esenios que ni desechaban el matrimonio ni se divorciaban de la sociedad, pero eran enemigos de la ley mosaica, es decir, aspiraban á la verdad desnuda de ritos y ceremonias, á una especie de religión natural; al revés de Jesucristo, que vino á perfeccionar la ley y á darle cabal y divino cumplimiento. Turbias aguas beben los fariseos actuales cuando pretenden derivar de las sectas alejandrinas la santidad y hermosura de la religión cristiana. Pasemos al Logos de Filón.

ARTÍCULO III.

El Logos de San Juan no es el de Filón, ni el enseñado por los targumistas.—Qué significa la repugnancia de nuestros adversarios.—Resumen de la parte sana en las religiones antiguas.—La caridad con los pobres no es hija del paganismo.—Estado del mundo antes de establecerse la religión cristiana.—Depravación gentílica.—Cómo eran tratados los desvalidos y menesterosos.—Circos y lidias populares.—Lujo y riqueza.—Sensualidad y superstición.—Vanos esfuerzos de la filosofía.—Previénense varias objeciones.

Asientan los modernos racionalistas que los judíos alejandrinos profesaban el *Logos Dei*, enseñado después por Filón, venerado por los terapeutas y esenios, y se alargan á decir que San Juan de sus libros le robó y le trasladó á su Evangelio. La verdad purísima es, que en el *Logos* de San Juan no hay rastro ni resabio del *Logos* alejandrino. Filón, engreído neciamente con la presunción de que la filosofía griega había tenido capacidad bastante para influir en el desenvolvi-

[1] JOSEFO, *de Bello jud.*, lib. II, cap. VIII.

[2] KÖNIG, *Dictionnaire encyclop. de la théol. cathol.*, art. *Esséniens.*

[3] *La Palestine*, p. 446.

[4] Bien qu'il soit difficile d'établir si Jesus a été formellement admis dans l'ordre des Esséniens, de nombreux traits de sa vie et de sa prédication ne s'expliquent qu'autant qu'il aurait adopté leurs principes.—*Histoire des juifs*, 1884, t. II, p. 265.

[1] Matth., XVI, 13; XVII.

[2] *Revue des études juives*, t. XX, p. 15.

miento religioso de los antiguos cultos, resolvió en su corazón de qué manera le daría nuevo valor arrimándola al brasero del altar judío; y juntando el platonismo con el judaismo, [1] determinó vivificar el Dios impersonal y abstracto de los griegos con la paternidad viviente del Dios de Abrahan, Isaac y Jacob. Tan alta y celestial le pareció la filosofía griega, que se llegó á persuadir que el helenismo se había originado del judaísmo antiguo, y estaba encerrado en germen en las entrañas del Viejo Testamento, como declara en la *Vida de Moisés*. Yerro torpísimo é intolerable.

Su *Logos* viene á ser un intermedio entre el entendimiento divino y la materia mundana, el mundo trazado en el pensamiento de Dios, la materia sensible vivificada por la razón divina. La materia por sí nada es: hablada por Dios, adquiere forma. El mundo (κόσμος), ó sea la materia informada por la inteligencia divina, es el Verbo (*Logos Dei*). Tal es el *Logos* de Filón; [2] así definido consta de atributos, bondad, sabiduría, poder, hermosura, gracia, que son las potencias del *Logos* (δυμάμεις λογου), fuerzas divinas con que Dios alienta el mundo, fuerzas intermedias que cumplen los mandamientos de Dios, verbos de Dios, ángeles de Dios (δαίμονες), [3] virtudes que se reducen á dos, bondad y poder. Quien esto lee podrá dudar si el mismo Filón llegó á entender lo que escribía. Así al menos siente el doctísimo Tomassini. [4] Porque el Logos parcial es el centro, lugar y unión de las dichas fuerzas, el Logos completo constituye el mundo actuando los pensamientos de Dios. Este Logos es inferior á Dios, no igual, ni consubstancial, sus atributos no son los atributos de Dios; con todo, es imagen de Dios, el medianero entre Dios y el mundo, el gran sacerdote que intercede, un segundo Dios que obra. [5] Así Filón convierte las ideas platónicas en fuerzas activas y las siembra por el universo; pero el Verbo carece de persona. *El mundo inteligible es el Verbo de Dios formando el mundo*, dice Filón. [6]

[1] Ritter, *Hist. philosophiæ græco-romanæ*, p. 463.—Card. González, *Hist. de la filos.*, t. I, § 22
[2] Quod Deus inmutab.—*De Migrat. Abrah.*
[3] *Leg. alleg.* I, 222.
[4] *Dogmata theologica*, t. V, p. Tract. de Trinitate, cap. XXXVI, § IV.
[5] *Migrat. Abrah.* I, 430.—*Quis rer. div. hær.* I, 50.
[6] *De mundi opific.* I, 4.

La contradicción de esta doctrina está en que pone á Dios en relación con el mundo por medio del Verbo, que viene á ser una suerte de alma universal é imagen simbólica de la potestad creadora. No es este el verdadero Hijo de Dios, el Verbo del Padre, el Cristo del Evangelio; con el Verbo filónico son imposibles los misterios de la Encarnación y Redención, porque le falta Persona que suposite la naturaleza humana. Atento Filón á judaizar el platonismo, platonizó el judaísmo, y se le fué el pensamiento donde menos intentaba llegar.

¿Qué diremos, que de Dios, del Logos y del mundo, compuso una trinidad, sin comunidad de bienes, sin verdadera consubstancialidad, mezcla de eterno y temporal, de increado y creado, de infinito y finito? concepto que *apenas tiene analogía lejana, y como una sombra de la concepción trinitaria de la religión católica: y esto bien puede apellidarse y es verdad axiomática, para quien sin preocupaciones sistemáticas fije la atención sobre las dos concepciones trinitarias.* [1] Fuerza era que los sagrados apóstoles, y en particular San Juan, enseñasen al mundo la genuina noción del Verbo encarnado, eterno como el Padre, Dios absoluto como él, Criador, Conservador y restaurador del universo; y que con majestad de voces desplegasen la riqueza de la doctrina evangélica, esclareciendo la verdad obscurecida por los platónicos y herejes que empezaban á levantar á fines del primer siglo, nieblas de funestos errores. [2]

El prólogo de San Juan expone con señorío de palabras y claridad de conceptos, por medio del Verbo, las relaciones entre Dios y el mundo; solución ignorada ni aun sospechada en toda la antigüedad, contraria á la doctrina de Filón. El Logos de San Juan es persona, el de Filón es producto impersonal de la razón divina; el de San Juan es Dios por esencia, el de Filón lo es por sola representación; el de San Juan es increado y consubstancial con el Padre, el de Filón parte temporal y parte eterno; el de San Juan es criador, el de Filón mundo criado; el de San Juan da al hombre potestad para hacerse hijo de Dios, el de Filón aparta al hombre del

[1] Card. González, *Hist. de la filos.* 1878, t. I, § 100.
[2] Standenmaier, *Philosophie du Christ.*, 1840, t. I.—Dähne, *Expos. hist. de la Philos. relig. des juifs alexandr.*, 1834.—De Pressensé, *Hist. des trois premiers siècles*, t. II, livre I, chap. IV, § III.

trato divino; el de San Juan contiene doctrina de Jesús original, superior, excelentísima, el de Filón expresa doctrina platónica, panteística, absurda; en una palabra, el Verbo de San Juan con ser Dios es persona distinta del Padre, luz, vida, amor, unigénito, deseo eterno, figura de la divina substancia, manifestación perfecta del Padre, hacedor del mundo, reparador del pecado, deificador de los hombres, lleno de gracia y de verdad, propiedades y excelencias que no se pueden predicar del Verbo alejandrino.

Cuando, pues, los críticos racionalistas con Strauss [1] se ufanan de que la doctrina del Verbo es especulación alejandrina y peculiar de Filón, estriban en suelo de arena; vanísimo es su contento. Más que vanidad perfidia debe llamarse la de aquellos que con tomar tiempo para madurar las resoluciones, maltratan la verdad histórica con desalmado cinismo. Oigamos á Graetz: *El concepto obscuro y nebuloso del Logos alejandrino fué adoptado por el cristianismo naciente, que quería darse un barniz filosófico, y con eso lo que hizo fué hacer la obscuridad más tenebrosa. Filón sin haberlo premeditado, ni áun sospechando el advenimiento del cristianismo, le derrotó y le hizo tomar un fuego fatuo por el sol.* [2] Esto sí que es entrar á ojos vendados por el golfo de la historia y remar sin luz y sin tino. La doctrina del Verbo no se la debe el cristianismo á Filón, que andaba á tientas con su Logos y nunca acertó á penetrar, cuanto menos á exponer, su imaginado concepto. [3] La doctrina de San Juan es la de San Pablo, [4] y la enseñada por Cristo en el Evangelio. *En los escritos del Viejo Testamento hemos de buscar los antecedentes de esa gran página de metafísica cristiana*, dice Mons. Freppel. [5] Los Salmos, [1] Isaías, [2] los Proverbios, [3] Job, [4] la Sabiduría [5] demuestran que la *Palabra* es personal y obra juntamente con Dios, y crea y gobierna y ordena las cosas, y de este modo el Verbo del antiguo Testamento hace perfectísima consonancia con el del nuevo. El racionalista Reuss conviene en lo dicho. *El* Logos *de Filón difiere notablemente del* Logos *de nuestro Evangelio, en que denota, entre otras cosas, no la palabra, sino la inteligencia divina, en que más es una abstracción que una persona distinta, y en que no está relacionada con idea ninguna mesiánica y mucho menos con la de la Encarnación.* [6]

Otro Logos enseñaron los rabinos, muerto ya el Salvador y le expusieron en el Targum. No recibió San Juan de tales maestros la noción de su Verbo, ni le fué necesario frecuentar las escuelas de Onkelos y Jonatan para alcanzar con tanta eminencia el concepto del Logos divino, cuyas grandezas cantó en el proemio de su Evangelio. Las lecciones de Jesús diéronle cumplida inteligencia de su sacratísima Persona; ni era razón que el discípulo amado buscase rabinos que le enseñasen, cuando el Maestro por antonomasia le había infundido clarísimo conocimiento de sí; bastaba haberle oído, visto, tratado, y vivido en intimidad con El para estar lleno de su noticia. Los autores que abogan por

---

1 *Nouvelle vie de Jésus*, t. I, p. 28.

2 Le Logos n' est ni incréé comme Dieu, ni créé comme les êtres finis. Le Logos est le prototype de l'univers, le représentant de Dieu, qui transmet ses ordres au monde, l'interprète qui lui signifie ses volontés, l'exécuteur qui les fait obéir, l'archange intermédiaire des manifestations divines. Cette conception obscure et nuageuse du Logos fut adoptée et utilisée par le christianisme naissant, qui voulait se donner un vernis philosophique, et ne fit que rendre l'obscurité plus épaisse encore. Sans l'avoir prémédité, sans se douter même de l'avénement du christianisme, Philon l'égara et lui fit prendre un feu follet pour le soleil.—*Hist. des juifs*, 1884, t. II, p 314.

3 D. Francisco Javier Caminero, *La divinidad de Jesucristo según las escuelas racionalistas*, 1878, cap. IX.

4 I Cor. VIII, 6.—Colos. I, 15.—Hebr., I.—I Cor. I, 24.—Phil. II, 6.—Colos. II, 9.

5 *Origène*, 1868, t. 1, p. 259.

1 XXXIII, 4, 6, 9; CXLVIII, 15; CXIX, 89.

2 LV, 41.

3 VIII, 22.

4 XXVIII.

5 VI, VII, IX.

6 *La theologie johannique*, 1879, p. 110. — Cuando D. Emilio Castelar dándose una palmada en la frente alzó la voz y con disimulo gritó: «En realidad, donde la idea del Verbo se define, y se extiende y se aclara es en la escuela alejandrina, cuyos dos jefes primeros, Aristóbulo y Filón, unen la teología del pueblo de Israél con la ciencia de la Academia, dando así un nuevo fundamento al Cristianismo.» (*La Revolución religiosa*, Prólogo, p. XXXVIII), puso en carnes vivas su irremediable ignorancia y su realísima incredulidad. ¿Será menester repetirlo? En el perfecto mediodía sin sombras de la eternidad gozaba el Verbo con plenitud de resplandores la vida de Dios toda junta. En el fontal principio de todo sér estaba el Verbo naciendo de él como su Hijo, su consencial y consubstancial, tan Dios como el Padre, de cuya idea por obra de su fecundísimo entendimiento procedía, imagen natural, carácter de su persona, sello de su perfectísima esencia. Manaba en el Verbo la fuente de la vida, porque todo era vida en el, tan pura y abundosa, que, áun revertidos del inmenso manantial el vivir, el saber, el amar de todas las inteligencias criadas, quedaban atesorados inagotablemente en el Verbo los caudales todos de vida, sabiduría y ciencia de Dios... No es la rudeza de nuestro lenguaje para proseguir la paráfrasis de estos versículos. ¿Cuándo Filón barruntó ideas tan realzadas como las del *In principio erat Verbum* de San Juan? ¿Quién es D. Emilio para comparar el Aguila de Patmos con el mochuelo y la urraca? Por alto que sus mentiras suenen, no destruirán el credito del escrito evangélico.

el Logos de los targumistas, están muy poco curtidos en el estudio de esta materia. Porque bien mirado los rabinos columbraron la sombra, San Juan conoció el cuerpo; ellos apenas divisaron, él vió; ellos personificaron las manifestaciones divinas, él definió la divina personalidad; ellos trataron la parte negativa, él la positiva y verdadera; ellos se contentaron con descubrir un rasguño, él desentrañó el todo y puso en público lo ancho, largo y profundo de las entrañas de Dios.

Lo hasta aquí resumido sirve para demostrar cómo la doctrina cristiana es original, divina, revelada, y de ningún modo derivada de las religiones antiguas que gozan de más alta consideración. Las herejías de los primeros siglos otra cosa no fueron, sino ecos de las religiones paganas contrarios á la doctrina de Cristo. No podían sufrir aquellos heresiarcas que los dogmas católicos estuviesen poseídos de tanta soberanía, y trataban la Trinidad, la Encarnación, la Redención como creencias antiquísimas, si bien mejoradas y menos reprensibles: despojar á la Iglesia santa de aquella auréola de grandeza y originalidad, peculiar á las cosas divinas, fué el blanco de todas sus rebeldías. Teníales deslumbrados los entendimientos con persuasión muy necia el afán de venerar en la doctrina cristiana una suma de ideas más puras, un cúmulo de conceptos más altos, una obra más perfeccionada, porfiando empero que la base de la nueva religión era la naturaleza humana, en que habían fundado sus teogonías las religiones orientales. La Iglesia al luchar con ellos á brazo partido en las asambleas conciliares, al profesar y definir los dogmas de la Trinidad, Encarnación y Redención, reprimió las osadías de los rebeldes y puso en razón á los soberbios que se habían propuesto humillarla al nivel de las religiones vulgares.

Las voces de los modernos críticos que reducen á creencias paganas las creencias cristianas, son herejías antiguas solapadas y mal encubiertas, clamores de la indómita razón contra la docilidad de la fe, fieros del gentilismo contra el cristianismo, atentados del error contra la pura verdad. ¿Quién así los enfurece? ¿quién los despeña en tantos absurdos como tienen que devorar para concluir que el cristianismo robó al paganismo sus verdades, culto, sacramentos y ceremonias? ¿Quién los empeña en tan desigual batalla? El milagro: ven que una doctrina celestial y revelada no podía sin milagro fundarse, sin milagro arraigarse, sin milagro extenderse, sin milagro sobrevivir en el mundo; y ellos que traen guerra perdurable con el milagro, no han de llevar en paciencia que se tenga por superior y revelada una institución que desbarata su traza principal. Así comparada la doctrina de Cristo con la doctrina de los cultos paganos, y bien considerado el maligno intento de nuestros adversarios, inhábiles para resistir á la fuerza de las razones, resulta un argumento incontrastable en favor de la propuesta cuestión, el establecimiento del cristianismo fué un verdadero milagro.

Al demostrar que el cristianismo no nació ni podía nacer de la refundición de todas las religiones en el crisol de la filosofía platónica, no es nuestro ánimo echar tinieblas sobre el círculo de verdades y generosos sentimientos que los paganos alcanzaron. Existencia de Dios, providencia de Dios, bondad y poder de Dios, espiritualidad é inmortalidad del alma, persuasión de una vida futura, moral humanitaria y bienhechora, igualdad de todos los mortales en derechos y deberes, sed ardorosa de comunicación con Dios, aspiración al consorcio del cielo con la tierra, expectativa de un libertador que enjugase lágrimas, tales eran las verdades columbradas ó barruntadas por los caldeos, egipcios, chinos, persas, indios, griegos, latinos, en medio de su degradante panteísmo, materialismo, teísmo, naturismo y otros insanos errores. Mas si todo esto es indudable para el que hace justicia á la historia, *no es verdad que el fundador de la religión del Evangelio sea un mero hijo de la historia, que la religión cristiana sea el abrazo de las religiones antiguas, la confluencia en que sus corrientes se mezclaron.* [1]

Esta aserción del protestante De Pressensé es un valeroso mentís á la afirmación de Castelar. *Vendrán*, dice, *al término de todo este movimiento de la idea, y al comienzo de las nuevas fases del espíritu humano, cuatro pueblos, los cuales traerán la idea de la unidad de Dios, como el pueblo bíblico; la idea del hombre libre, como el pueblo griego; la idea de la humanidad, como el pue-*

[1] De Pressensé, *Hist. des trois premiers siècles*, t. I, p. 647.

blo romano; la idea del Verbo de Dios, como el pueblo alejandrino: y estas cuatro ideas fundamentales irán á desaguar, como cuatro ríos misteriosos, en el seno del cristianismo. [1] Yerra el Sr. Castelar cuando al poetizar la maravillosa organización del cristianismo, su eficacia regeneradora, la oportunidad de su advenimiento, la sublimidad de sus dogmas, contempla estas excelencias como partos naturales lentamente apercibidos en las entrañas de la humanidad.

Por no citar otros hechos, abre Cristo los labios en el sermón del monte, y comienza llamando *bienaventurados* á los pobres, tras los pobres y desvalidos se le va el corazón, por los pobres y desdichados hace prodigios, á los miserables libra de vejaciones y trabajos, á todos los hombres sin distinción de clases reparte los beneficios de su palabra y liberalidad, por todos los hombres derrama su sangre y vida. Los apóstoles, siguiendo las huellas del divino Maestro, derriban la pared que separa el esclavo del libre. [2] Los Padres apostólicos y sagrados Doctores predican la unidad fraternal y la defienden con ardoroso celo. [3] La Iglesia hace prodigios de valor por abolir la esclavitud con penas y excomuniones, [4] y admite á los señores al gremio de la fe, á tal que sean mansos y misericordiosos con sus esclavos. [5] El fruto felicísimo fué que la Iglesia católica acabó con la esclavitud en que yacía el mundo entero. ¿A quién debió esta doctrina? A los griegos nó: Aristóteles enseñaba que hay hombres de su naturaleza esclavos, [6] como lo demuestra Balmes con profundo discurso; [7] Platón sentía eso mismo. [8] A los romanos tampoco: era proverbial la suma de esclavos que cada patricio tenía. [9] A los bramanes menos; la radical distinción de clases conservaba su pujanza. A los budistas de ninguna manera; Buda que abolió la distinción de clases, á ninguna protegió, de los pobres y necesitados era consolador de palabra, no amigo de obra, dejólos por puertas, sin amparo y sin Dios. Tampoco podía aprender el cristianismo esta doctrina en la escuela de los esenios; no tenían ellos esclavos, todos eran libres, pero para serlo habían de matricularse en su comunidad después de tres años de prueba, y antes atarse con terribles juramentos, pena de expulsión si no los cumplían, [1] y expuestos á perecer de hambre. Solamente la caridad, enseñada y mandada por Cristo, doctrina y precepto nuevo y nunca oido en el mundo, podía ser ojo á los ciegos, socorro á los huérfanos, defensa á los presos, bolsa á los pobres, amparo á los desvalidos por abyecta y abatida que fuese su condición. La Cruz de Cristo fué el padrón glorioso que puso término á los errores y vicios del mundo antiguo, y prometía salud, verdad y virtud á todas las generaciones del porvenir [2] *Bien sabemos todos lo mucho que la antigua filosofía trabajó por hacer virtuosos los hombres, sus preceptos, sus disputas, sus revueltas cuestiones, y vemos cada hora en los libros la hermosura y dulzor de sus escogidas y artificiosas palabras; mas también sabemos, con todo aqueste aparato suyo, el pequeño fruto que hizo y cuán menos fue lo que dió, de lo que se esperaba de sus largas promesas. Mas en Cristo no pasó ansí.* [3]

Allanado ya el camino que embarazaba el discurso, demos un paso adelante. ¿A qué género de hombres esta doctrina se había de promulgar? A gentes encenagadas en lodazales de torpísimos vicios, envueltas en tinieblas de groserísimos errores, á hombres que perdida la esperanza de otra vida, ponían su paraíso en los bienes presentes, su descanso en madrugar á coger la flor del placer, su honra en coronarse de rosas, su valor en no conocer ni temer á Dios, su perfección en igualarse con los brutos, su sér y condición en pervertir la virtud, su Dios en burlar de él adorando dioses de palo. La idolatría, generalmente acatada en todo el orbe, resumía el estado moral é intelec-

---

1 *La revolución religiosa*, t. I. *Prólogo*, p. XIV.

2 I. Cor. XII. 13.—Gal III. 26.—Colos. III, 11.—I, Timoth. VI. 1.—Ephes. VI, 5.—Philem. 16.—I Petr. II. 18.

3 S. IGNACIO, ep. ad Polyc. cap. IV.—S. CLEMENTE, I, Cor. cap. LV.—ORIGENES, *Contra Cels.*, III. 44.—San CRISOSTOMO, Hom. XLIV ad Cor. I.—S. AMBROSIO, *De offic.*, lib. II. cap. XV.—S. AGUSTÍN, *De Civit. Dei.*, lib. XIX. cap. XIV.—S. GREGORIO, lib. V, ep. XII.

4 Concilios: Iliber. año 305.—Epaon. 517.—Aurelian. 549.—Emerit 666.—Tolet. 675.—Wormat. 868.—Arausic. 441.—Lugdun. 2.° 566.—3.° 683.—Tolet. 4.° 633.

5 BOLLAND. t. I Maji. p. 374.—t. 11, Januar p. 275.

6 *Polic.* cap. III.

7 *El protestantismo*..., t. I. cap XVI.

8 *De legib.* dial VI.

9 TÁCITO. An. lib. XIV.—JUVENAL, Satyr. III.—CÉSAR, *De bello gall.*, lib. VI.

---

1 JOSEFO, *De Bello jud.* II. VIII.—*Antiquit.* VIII.

2 BAUNARD, *Le doute et ses victimes.*—*Kirchenlexicon*, art. *Conversion.*—BERGIER, *Diction.* art. *Fanatismo.*—*Dictionn. apolog.*, art. *Conversion.*

3 FR. LUIS DE LEÓN, *Nombres de Cristo, Monte.*

tual de aquella civilización; dioses de palo troncos merecían por adoradores.

¿Qué era el mundo antes de hacerse cristiano? un egoísmo frenético, que sin pudor ni remordimiento todo lo sacrificaba á la codicia y soberbia. *En los hombres más cuerdos, y en los pueblos más morigerados y cultos, reinaba una dureza tal de corazón, un desprecio del prójimo, un odio á los pobres, un horror á los desgraciados, una afición á los asesinatos, que nosotros, imbuidos en nuestras cristianas máximas, apenas acertamos á concebir tanta vileza y crueldad de costumbres.* [1] En breves palabras sumó San Pablo el estado del mundo antiguo, escribiendo á los Romanos, que bien sabían cuánta verdad era todo, y habían juntado en uno las miserias propias con los vicios de los pueblos vencidos. Píntanoslos el Santo Apóstol entregados á *ignominiosas pasiones, al réprobo sentido,* [2] *llenos de envidia, inventores de males, insipientes, sin afecto y sin ley,* y otras tachas humillantes allí les va sacando, con que pone en plaza el cuadro mas repulsivo y lastimero que en las Escrituras se ve, y que cabe en pincel de hombre dibujar.

No escondían el piélago de tanta maldad los filósofos y escritores. Tito Livio, Aristófanes, Tácito, Plutarco, Suetonio, Cicerón, Luciano con insolencia retratan la impureza de las costumbres, los excesos de la crueldad, los atentados contra la libertad y dignidad humana; Juvenal, Horacio, Marcial, Petronio, Ovidio ponen á la vista del lector las abominaciones que públicamente se decían y cometían; Séneca, Apuleyo, Ateneo arrojan en sus libros las exhalaciones fétidas contenidas en aquella sentina de corrupción; y áun San Clemente, San Justino, Tertuliano, San Agustín viéronse forzados á exponer desnudamente á los ojos de todos el exceso de tantas inmundicias copiándolas de los libros paganos, los cuales parece quiso la divina providencia conservar intactos, para que viésemos de qué sumidero de inmoralidad sacó el divino Jesús á todo el linaje humano.

¿En qué opinión eran tenidos los extranjeros, sino en la de enemigos, [3] y por eso les segaban las gargantas sin compasión y con sumo arrojo griegos, cartagineses y galos? [1] ¿A los vencidos qué fortuna les cabía sino la esclavitud ó la muerte? ¿Qué hacían de los ancianos, enfermos, desvalidos, por no poder oir sus miserias, sino arrojarlos del puente abajo, [2] ó estrellarlos contra un peñasco? [3] ¿Y los pobres? era desatino mantenerlos, [4] y por eso los degollaban en Egipto y en Atenas; y en Roma corría la pobreza avergonzada cual vicio y mengua insufrible. [5] A los niños, si nacían feos, endebles, contrahechos, esperábales la muerte violenta ó el total desamparo, pues la policía y la dignidad urbana no consentía tales deformidades. [6]

Colíjase de aquí con qué ojos serían mirados los esclavos. No hombres sino bestias, no personas sino cosas, mercancías de feria, trastos de venta y explotación llamábalos la cultura romana. Por un puntillo de honra, por una puerilidad metíanlos en el cepo, los azotaban, crucificaban, [7] mataban, y eran los infelices tantos en número, que nunca el Senado quiso permitirles traje particular por evitar que la curiosidad contase los millones que de ellos había. [8] El estilo de Roma se extendía por Alejandria, Antioquía, Corinto, Siria, Egipto, Asia Menor, con que la mayor parte del género humano vivía sin nombre, sin cultura, sin voz y sin valedores, y tenía por amos tiranos y por remate de su vida el suplicio de la cruz.

Los extremos de brutal inhumanidad lucían en los anfiteatros, en que lidiaban hombres con hombres, hombres con fieras. En teniendo pan y circo [9] no pedía más el pueblo. No perdonaban á gastos ni á imposibles los gobernantes á trueque de levantar suntuosos coliseos, donde juntarse cien mil espectadores á satisfacer sus bárbaros instintos. Las fieras africanas gozaban de cierta exención é inviolabilidad antes de hincar los colmillos en las carnes de los esclavos; podían ser cazadas, mas no heridas, hasta que se hubie-

[1] Dupanloup, *La Charité Chrétienne*, chap. III.
[2] I, 26, etc.
[3] Ciceron, *De Officiis.*, XII.

[1] Plutarco, *Parall.*
[2] Cicerón, *Pro Sexto Amerino.*—Ovidio, *in V. Fast.*
[3] Silvio Itálico, lib. III.
[4] Plauto, *Trinummus*, act. 2.°
[5] Horacio, lib. III. od. XVIII. — Virgilio, *Eneida* lib. VI.
[6] Séneca, *De ira.*, lib. XIV. — Dureau de la Malle, *Économie politique des Romains*, t. I.
[7] Juvenal, *VI.*
[8] Séneca, *De clem.*, I. 24. — Ateneo, VI. — Tácito, *Annal.*, XIV.—Varrón, *De re rustica*, I, XVII. —Gayo, *Instit.* III. 211.
[9] Juvenal, Sat. X.

ran cebado de sangre humana. [1] Regalábanlas los Cónsules á porfía á los circos: Sila presentó cien leones, César cuatrocientos, Pompeyo seiscientos, Augusto cuatrocientas veinte panteras y veinte elefantes, para que peleasen con millares de esclavos. Mes hubo en que cayeron tendidos en la arena de Roma veinte mil hombres por contentar la humana curiosidad. [2] Africa, España, Galia, Grecia, Asia, todo el orbe civilizado fomentaba los espectáculos y lides de gladiadores con fieras, con achaque de criar en el pueblo ánimo esforzado y varonil. [3] A veces soldados, centuriones, mujeres [4] bajaban á la arena, sembrada con polvos de oro por los emperadores, [5] á regalar sus vidas á miles de corazones bestiales.

Y pasando al desorden moral, el imperio romano, que comprendía en sus vastos dominios todas las creencias, todos los cultos, áun del extremo Oriente, al intentar favorecer el culto de los dioses nacionales vino á desacreditarlos todos con la apoteosis de Augusto decretada por el senado. [6] Daban leyes contra el adulterio los que vivían en desenfrenado libertinaje. [7] El oro y la plata brillaban en las Termas, en los templos, en los Foros, [8] aún en las libreas de los esclavos. La voluptuosidad y el lujo pedían á la naturaleza milagros por dar pábulo á los sentidos; *el dios que esto contempla, lo ríe y baldona.* [9] Las matronas se echaban á reir descocadas al ver la estatua del Pudor; [10] los patricios huían del matrimonio [11] porque el espíritu de familia era vana ilusión. Entre tantos vicios cuantos eran los hombres ¿qué rastro de inocencia podía quedar? [12]

La impiedad por una parte adorando al cruel Calígula, festejando al imbécil Claudio, incensando al sanguinario Cómodo, arrodillándose al vil Antinoo, autorizando cultos y plegarias infames; por otra la superstición explotando la pública credulidad con impiedades de magia y llamando al panteón romano los dioses de Asia y Egipto, [1] hacía que los hombres mejores y más cuerdos mereciesen el baldón de farsantes, [2] truhanes y vil canalla. [3]

¿Qué pensar de aquella filosofía? Entre los nobles era escéptica, ó si no resumen de panteismo oriental. [4] Cicerón ni sabe, ni busca, ni le importa la verdad, destroza el paganismo sacando á la vergüenza sus monstruosas necedades, y concluye que áun de sí propio duda. [5] Lucrecio tiene por colmo de inmoralidad toda religión y después de achacarle infinitos crímenes, se acoge al epicureismo como á tabla de salvación. [6] Séneca define el estoicismo en esta frase: *hacer y deshacer nudos es toda nuestra ocupación*; [7] la base del estoicismo es la fatalidad, su perfección la insensibilidad, el remedio final del egoismo el suicidio. Séneca, con parecer á veces un Santo Padre, tiene al sol por Dios, la moral por alucinación, la virtud por vago concepto, la filosofía por nonada. ¡Y Havet, casi como Castelar, se atreve á estampar que en Séneca está resumido el Evangelio! [8] De manera que las religiones, doctrinas y prácticas de toda la antigüedad, resumidas y alentadas por el imperio romano dieron por fruto natural una vistosísima civilización junto con un abatimiento social espantable, una suavidad de costumbres junto con una abominable corrupción, el culto del humanismo junto con un despotismo incomportable, una filosofía desvariada junto con una incapacidad suma, un escepticismo sandio junto con una hambre insaciable de creer. ¿Y siguen todavía los críticos negativos ponderando que el cristianismo nada nuevo trajo al mundo, y que todo se lo dió hecho la pujanza del imperio?

La inconstancia natural, que el amor de la novedad saca de quicio, ningún atractivo podía tener para avasallar á grie-

---

[1] DEZOBRY, *Rome au temps d'Auguste*, t. III. p. 501. —M. DE CHAMPAGNY, *Les Césars.*
[2] JUSTO LIPSIO, *Saturn.* I.—DION, LXVIII. 15.—PLUTARCO, *Vita Cæsaris.*
[3] CICERÓN, *Tuscul.* II.—PLINIO, *Trajan.* 33.—MONS. DUPANLOUP, *La Charité chrétienne*, chap. III.— DÖLLINGER, *Paganisme et judaisme.*
[4] MARCIAL, *De spectaculis*, VI, 2.—SUETONIO, *Domitian.*, cap. IV.
[5] SUETONIO, *Caligula*, 18.
[6] BOISSIER, *Religion romaine sous Auguste.*, t. I. livre I.
[7] HORACIO, Oda IV.
[8] SÉNECA, *de tranquillit. animæ*, cap. 1.
[9] JUVENAL, *Satyr.* XV.
[10] JUVENAL, *Satyr.* VI.— CLEMENTE ALEJANDRINO, *Pedagog.*, II.—TÁCITO, *Annal*, XIII, 44.— SUETONIO, *Claudio*, 34.
[11] LAMPRIDIO, Mer. Sever. [12] SÉNECA, *De Ira, II.*

[1] TÁCITO, *Ann.*, XI, 15.
[2] SÉNECA, *Vita beata*, 17.
[3] SAN AGUSTÍN, *De Civit. Dei.*, lib VI, cap. XI.
[4] SAN AGUSTÍN, *De Civit. Dei*, lib. VII, cap. V.
[5] *De bono et malo, II,* 14.—*Tusculan.* I, 9; III, 3.
[6] *De natura*, II, 80.—III, 863.
[7] Epist. XLV.
[8] *Origines du Christianisme*, t. II, p 126.

gos y romanos y habituarlos á los desprecios, pobreza, suplicios, persecuciones, sacrificios que les exigía la profesión cristiana. La libertad é independencia con permitirles el uso de todas las opiniones y la adoración de todos los vicios, habíalos forzosamente de retraer de las creencias que el cristianismo profesaba. El amor de lo maravilloso que se ceba en lo sensible, no se rinde al sacrificio del entendimiento y voluntad por doctrinas incomprensibles. El desabrimiento causado en muchos gentiles por la corrupción de costumbres, no podía darles aliento para derribar sus altares y poner en ellos al Hombre Dios muerto en un patíbulo. El cansancio de los unos, las aspiraciones de los otros no fueron parte para que Celso, Porfirio, Jamblico, Hierocles, Juliano, Libanio, Símaco defendiesen con tanto ardor las deidades paganas. La moda de discutir y disputar de todo, á la sazón reinante en las escuelas, era grandísimo obstáculo á la admisión de visiones, profecías, prodigios, apariciones, qué el cristianismo creía sobrenaturales. Los males físicos y las calamidades públicas, lejos de convidar los pueblos al cristianismo eran conceptuados castigos y frutos de la nueva religión. Los buenos ejemplos, que cual nobles excepciones [1] habían conservado en el seno de la corrupción pagana instintos de honradez, eran tan escasos y representaban una moral tan mezquina, que no podían hacer efecto en la masa de la sociedad. En una palabra, ningunas disposiciones había en el imperio romano que abriesen la puerta al cristianismo, y asegurasen el triunfo de su purísima santidad, antes eran infinitas las que hacían imposible su definitivo establecimiento.

ARTÍCULO IV.

Qué eran los apóstoles encargados de convertir las naciones.—Luchan con los poderes de la tierra y con qué armas.—En qué concepto era tenida la cruz.—Invención de los modernos enemigos de Cristo.—Cómo venció.—Voces de los Santos Padres.—Cualidades de los que resistían al Evangelio.—Cuán de otro modo se propagaron el budismo y el islamismo.—Conquistas de San Pedro y San Pablo.—Gentiles convertidos en un siglo.

Veamos ahora á quiénes escogió Dios para desterrar las tinieblas de la idolatría y plantar esta santidad de costumbres. A hombres sin letras, faltos de elocuencia, desprovistos de reputación, ajenos de policía, flacos, pobres, tímidos, inermes, privados en fin de aquellas condiciones que á los ojos de la razón parecen necesarias para alentarse á grandes empresas. De estos hombres desvalidos, faltos de nombre en la tierra, sirvióse Dios para la conquista del mundo, y con esta rusticidad y flaqueza quebrantó la cerviz y derrocó la potencia de los soberbios.

Traza muy digna de Dios. El modo de triunfar será poner la mano en instrumentos viles, desproporcionados, ineptos, que lejos de inspirar confianza y ofrecer seguridad de que llenarán su obligación, más bien parezcan excogitados de intento para dar al traste con la empresa, y echar en perpetua vergüenza al autor y propagadores. Abiertamente lo declaró San Pablo diciendo: *Escogió Dios la locura del mundo para confundir su cordura, la flaqueza para darle en rostro con su fortaleza, y lo abatido y despreciado para humillar lo poderoso.* [1] Al reputado por fuerte parece le toca vencer, al que domina como señor parece le son debidos los lauros de la victoria. ¿Quién era tenido por fuerte y servido como señor en la casa de este mundo? Lucifer cuya jurisdicción se extendía á toda la redondez de la tierra. ¿Qué hace Cristo? envíale su pequeña grey, un puñado de flacos contra un ejército de valientes.

Examinemos los campos: allí emperadores, templos, dioses, verdugos, fieras, anfiteatros; aquí pescadores, ancianos, doncellas, niños con una cruz en la frente; á una mano la soberbia que manda, la envidia que muerde, la ira que vocea, la lujuria que halaga, la avaricia que se rebulle, todos los vicios que irritados turban los ánimos; á la otra mano la humildad sencilla, la caridad paciente, la mansedumbre silenciosa, la castidad tímida, la pobreza alegre, las virtudes, todas en admirable concierto.—¿Qué dijerais ¡oh Confucio! ¡oh Zoroastro! ¡oh Buda! ¡oh Sócrates! si hubierais tenido que presenciar el combate? ¿á quién prometierais la palma? Cierto al ver un campo de tanta flaqueza, habríais exclamado, como exclamaban los tiranos: ¡ay de los pequeños! ¡ay de los flacos! — *No temas ¡grey desvalida! id, corderos, desafiad la voracidad de los lobos:* [2] id, flacos, provocad la fortaleza de

[1] RENAN, *les Apôtres*, p. 547.

[1] I Cor. I, 28.

[2] Luc., XII, 32.

los fuertes. Al oir esta imperiosa voz, sintiendo los hombres de Cristo circular en sus venas un nuevo y vigoroso espíritu, van, corren, vuelan, embrazando el escudo de la fe, blandiendo la espada de la palabra, acorazados con el peto de la caridad; entran, con tosco lenguaje imponen silencio en las Academias de Atenas, de Roma, de Alejandría, centros de universal civilización: allí humillan la omnipotencia de los Césares, tratan de indignidad su religión, acocean á los dioses de sus padres, en sus altares colocan la figura de un hombre muerto en cruz, fundador de una religión contraria á la soltura de costumbres, y Jesucristo vence, triunfa, reina, y á los primeros rayos de este sol huye espantado el monstruo á su cueva no pudiendo sufrir la viveza de tanta claridad.

Reina Cristo con el cetro de su virtud, y vence muriendo los suyos; y cayendo ellos, el Rey de las virtudes y el Jefe de los combatientes espirituales se queda en pie con el lema en su frente; *cielo y tierra pasarán, mis palabras no pasarán.* [1] ¿Quieren los Césares hacer astillas la cruz? empínase la cruz como un cedro; ¿pisan osados la sangre cristiana? la sangre les ciega los ojos; ¿ciegos cantan victorias? derrotas son torpísimas; porque las cenizas de los que caen calientan á nuevos defensores de Cristo, reducen á polvo los ídolos y acaban con los idólatras. Matando éstos y muriendo aquéllos queda el campo por la cruz.

Subamos al Capitolio. Desde allí veremos cómo se derrumba Jerusalén sin quedarle piedra con piedra; y caerá también Roma á su vez. Jerusalén, que hubiera podido ser la catedral del mundo universo, por haber enlutado el Calvario con la sangre del divino taumaturgo, apretada por el cerco de Tito se convierte en montón de ruinas, en teatro de miseria, en cementerio de desolación. Mirad cómo huyen despavoridos desamparando sus moradas los sabios y doctores de la ley, en busca de desiertos donde guarecerse del deshecho torbellino; vedlos, desatinados andan llevando á cuestas sus libros, es decir, su condenación, porque ciegos no supieron, ó no quisieron entender la claridad de los vaticinios puestos por Dios en los labios de sus profetas, [2] y con antelación anunciados

[1] Math., XXIV, 35. [2] Ps. XLIV, 11. — Is. XI, XLII, LXIII, 3. — Dan. II, 34.

por el divino Redentor. [1] De hoy más los judíos vagabundos serán pergaminos llenos de polvo archivados en la secretaría de los siglos para autenticar la verdad de los milagros del Mesías. Roma también por haber bañado el Capitolio en la sangre de los discípulos del gran Taumaturgo, pagará su merecido; ajada su corona imperial, su manto hecho jirones, su cetro pedazos, vilipendiada por la barbarie, perderá los timbres de gloria, hasta que lavados sus crímenes en su propia sangre, vea sentado á Cristo, despojador de potentados, en el pedestal del Capitolio señoreando los reinos de la tierra. La compañía de flacos, el *pusillus grex*, entró en batalla campal con las codicias humanas, las persiguió, las debeló y sentóse sobre sus trofeos con imperturbable serenidad.

Y es de considerar la cruz, en qué predicamento era tenida por los romanos. Plinio refiere que ahorcaban los perros en cruces. [2] Suidas narra que al que moría desastrosamente le ponían en la sepultura una cruz en señal de su infamia. Horacio llamaba la cruz (servile supplicium) *suplicio de esclavos*. Tito Livio le daba el nombre de (infelix lignum, infelix arbor) *madero desdichado*. Cicerón no tenía apodos bastantes con que pintar como merecía la infamia de la cruz, [3] y á veces no sabiendo cómo adjetivarla suplía con aumentativos lo que no podía suficientemente declarar, y la apellidaba [4] el más cruel y el más espantoso de los suplicios; lo era más que la horca, pena de foragidos, homicidas, públicos criminales. Y no solamente los latinos, mas también los griegos y los judíos tenían la cruz por instrumento de suplicio como se ve en Ester, [5] en los Reyes, [6] en Apuleyo, [7] en Vopisco, [8] en Eusebio. [9]

Pero el inglés Mourant-Brock ha dado en la manía de atribuir al paganismo el culto de la cruz, y de imaginar que los cristianos adoptaron este símbolo para inducir los paganos con más suavidad á la admisión de sus religiosos dogmas. Toda la ar-

[1] Luc., XIX, 44. [2] Lib. XVI, cap. XXVI.
[3] Facinus est vincire civem romanum, scelus verberari, prope parricidium necari, ¿quid dicam in crucem tollere? verbo satis digno tam nefaria res appellari nullo modo potest.—*Orat. in Verrem, de Suppliciis*, 170.
[4] Crudelissimum teterrimumque supplicium. *In Verrem*, V. [5] VI, 7.
[6] II, cap. XXI, 10. [7] *De asin. aur.*, lib. VI,
[8] *In Aurelian. Hist. aug.* t. III.
[9] *Hist. eccles.*, lib. V, cap. XX.

gumentación del escritor inglés se reduce á confundir la cruz de Cristo con ciertos signos parecidos á una cruz, y no advierte que lo formal de nuestro culto no está en que se crucen dos palos de un modo ó de otro, sino en la muerte de Jesucristo que en la cruz adoramos. La cruz no recibía culto de los paganos. Para probar lo contrario Mourant-Brock donde quiera que ve figuras formadas de dos líneas entrecruzadas, cree hallar argumentos en favor de su tesis; de esta suerte nos muestra cruces en la India, cruces en Asiria, cruces en Egipto, cruces en Grecia, cruces en Méjico, las cuatro partes del mundo sembradas de cruces. *La cruz*, añade, *se veía en todas partes entre los paganos, en sus templos, en sus casas, en sus imágenes, en sus vestidos: los adoradores de las deidades paganas estaban acostumbrados á ver la cruz ó las cruces particulares dedicadas á cada una de ellas. Y así los paganos al adoptar el nombre de cristianos no hallaron dificultad en modificar, en cristianizar sus ideas en la cruz pagana.* [1]

Esta peregrina invención está más cuajada de mentiras que de cruces. Ni reinaba la cruz en el paganismo, ni si en alguna parte reinó, fué tenida por cosa de culto. En ningún libro de historia antigua, en ninguno de mitología, en ninguno de prosa ó poesía se halla rastro de cruz que á la cristiana se parezca. [2] Si en algún punto del globo, como en Méjico y Perú, estuvo en boga figura que semejase cruz, indicaba ó los puntos cardinales, ó los rayos del sol, ó la dirección de los caminos, ó cosas tales, pero de ninguna manera instrumento de suplicio, conmemorativo de obra santa. Tertuliano hacía burla con picante ironía de los argumentos paganos diciendo así: *Los que imaginan que nosotros adoramos la cruz ¿no son por ventura coadoradores nuestros cuando acuden á un pedazo de madera para captar su benevolencia? ¿Qué tiene que ver la figura si es igual la materia? ¿qué importa la forma si el cuerpo de un dios es el objeto? ¿Qué diferencia va entre el árbol de la cruz y la Palas de Atenas ó la Ceres de Paros, que son al fin postes bastos y leños informes sin efigie? Todo madero puesto en alto es porción de cruz. ¿Por qué nos han de reprender á nosotros, si adoramos al Dios entero?* [3] Esta invectativa del gran apologista

1 *Croix paienne et croix chrétienne.*
2 Harlez, *Dictionnaire apologétique*, art. *Croix.*—Art. *Sivastika.*
3 *Apolog.*, cap. XVI.

muestra cuán ignorado era de los paganos el símbolo de la cruz, y cuán siniestramente aborrecido el que adoraban los cristianos. [1]

Pues una señal tan detestable y detestada como la cruz, vémosla hoy en día enarbolada sobre un monte glorioso, llena de grandeza, adorada por los pueblos, honrada con el acatamiento de los grandes, incensada por la devoción de los pechos nobles, bendecida y consagrada por multitud de prodigios. No así en el primer siglo. Era terrero de ignominia, vilipendio de las naciones, sambenito de execración, señal de reprobación, patíbulo de infamia, blanco de persecución y de muerte. Los que la profesaban eran llamados ateos, [2] magos y maléficos, [3] impostores, [4] malos demonios, [5] obscurantistas, [6] burrícolas, [7] enemigos del linaje humano, [8] reos de toda maldad, [9] culpables de lesa divinidad, [10] supersticiosos, [11] perdidos y desalmados, [12] y con otros mil dicterios injuriosos, que no son para escritos ni dichos, los denostaban y entregaban á la burla y menosprecio de las gentes.

Mas ¿de qué manera prevalecieron? *No con armas*, responde San Crisóstomo, *no con grandes sumas de dinero, no con fuerzas atléticas, no con muchedumbre de ejércitos, ni con otras industrias cualesquiera, sino con sencillez de palabras, palabras que entrañaban gran virtud, la virtud de los milagros. Predicando al Crucificado y obrando portentos, así sujetaron el orbe.* [13] *Porque era inefable virtud de un pecador, de un publicano, de un fabricante de tiendas, que con solo mandar resucitaban muertos, arrojaban demonios, asombraban la muerte, reprimían la lengua de los filósofos, cosían á los Retóricos las bocas, vencían á reyes y príncipes, imperaban á bárbaros, griegos y á todo el humano linaje.* Todo esto es del elocuentísimo Crisóstomo. [14]

1 Martigny, *Dictionnaire des antiq. chrét.*, art. *Culte de la croix.*—Art. *Calomnies.*
2 S. Justino, *Apol.*, I, 6.—Taciano, *orat. ad Græcos.*—Atenágoras, *Legat.*, 3.—Minucio Felix, *Octav.* VIII.
3 *Act. S. Bonosi.—ap. Ruinart*, p. 665.
4 S. Jerónimo, *ep. X ad Furiam.*
5 *Act. Sti. Ignatii.*, II. 11.
6 Minucio Felix, *Octav.* VIII.
7 Tertuliano, *Apol.* XVI.
8 Tertuliano, *Apolog.*, XXXII.
9 Ibid. II.
10 Mamachi, 91.
11 Suetonio, *Nero*, XVI.—Plinio, lib. X. cap. XCVII.
12 Mamachi. I, p. 88.
13 τὸν γὰρ ἐσταυρωμένον κηρύσσοντες, καὶ σημεῖα ἐργαζόμενοι, οὕτω τῆς οἰκουμένης ἐκράτησαν.
14 *Lib. Quod Christus sit Deus.*, cap. V.

Con no menor elocuencia dice S. León Magno: *Habiéndose los doce Apóstoles distribuido las partes del mundo, tocóle al bienaventurado Pedro el alcázar del Imperio romano, á fin de que aquella lumbre de verdad que amanecía para salud de todas las gentes, asentada en el centro del universo difundiese la fuerza de sus resplandores con más eficacia y facilidad. ¿Y qué nación no contaba entonces en Roma súbditos y vasallos suyos? ¿ó qué gentes habían de ignorar lo que Roma hubiese aprendido?... Aquí en Roma debían ser conculcadas las opiniones de la filosofía, aquí ser deshechas las falencias de la sabiduría terrena, aquí confutados los cultos de los demonios, aquí anonadada la impiedad de los sacrilegios, porque aquí la cuidadosa superstición tenía recogido y sumado cuanto el vanísimo error en otras partes había instituido y celebrado. A esta Ciudad, tú, bienhadado Pedro, no temes venir, y teniendo por colaborador á Pablo, ocupado aún en organizar otras iglesias, entras en este bosque cuajado de fieras bravas, y pones el pié en este océano de encrespadísimas olas con más seguridad y constancia que cuando andabas sobre las aguas del mar. ¿Cómo no arredra la pujanza de esta señora del mundo al que la voz de una infeliz criada puso tanto miedo en el corazón? ¿Eran acaso menos temibles las osadías de Claudio y de Nerón? Nó; el amor vencía la cobardía del miedo..... Los milagros que habías obrado, los dones que rebosaban en ti, y las pruebas que habías hecho de tus poderes acrecentaban tu confianza. Ya habías reducido á la fe los pueblos de los Judíos; ya habías fundado la iglesia de Antioquía, donde salió á luz por vez primera la dignidad del nombre cristiano, ya habías paseado los trofeos de tu predicación por el Ponto, por Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia; y no dudando de las resultas de tu obra, ni del tiempo que te quedaba para coronarla, introducías el estandarte de la cruz por los arcos de la romana ciudad, donde según las trazas de la divina providencia te estaban esperando los homenajes del poder y las glorias del martirio.* [1]

La profesión de verdades altísimas, la continuación de frecuentes milagros, la inocencia de costumbres dieron á Pedro y á los demás apóstoles la victoria sobre los paganos. Aquellos eran hombres señoreados por el espíritu de Dios, éstos ciegos dominados del instinto natural; aquéllos reinaban sobre las malas pasiones, éstos vivían esclavos de su tiranía; los unos representaban el orden, la paz, la verdadera felicidad, los otros el desorden, la guerra, la suma desdicha; no podían vivir juntos, sin que la flaqueza moral del fuerte cediese al poderío moral del flaco. La fuerza superior del cristianismo hubo de tener en el puño la rebeldía y soberbia del paganismo. Así el espíritu divino, que vigorizaba la sentrañas de la nueva sociedad, había de transformar profunda y radicalmente la civilización pagana, dándole un nuevo sér, animándola de vida original y divina.

Poco embarazaba al establecimiento del reino de Dios la cualidad de los que resistían á la introducción del Evangelio. Era muy de presumir que moverían guerra á la descubierta y jugarían toda suerte de armas contra los indefensos corderos los millones de lobos, vicios y errores, mancomunados, reunidos con todas sus fuerzas, y cifrados en la potencia del Imperio romano, domador del universo. Judíos y gentiles, todos los hombres habían de hacer armas contra la religión de Cristo, escándalo para unos, para otros necedad. [1] Y así había de ser. Hombres que predicaban pobreza no podían parecer sino mentecatos á gentes entregadas á los regalos del bienestar; la nobleza era razón que hostilizase á la rudeza, la ciencia á la ignorancia, la desenvoltura á la severidad, la maldad á la pureza, la libertad á la sujeción, la carne al espíritu, la mentira á la verdad, el culto de todos los dioses al servicio del verdadero y único Dios; era de esperar que todas las pasiones se amotinasen contra los que pregonaban que los dioses adorados desde remotos siglos debían ser escupidos y arrumbados, y puesto en su lugar un hombre azotado y crucificado por autoridad del Imperio romano; no habían de ver los gentiles y los judíos, sin enojo y fríamente, destruídas las costumbres patrias, los fueros por el suelo, acoceadas las leyes de sus mayores, y notados y condenados los ritos y ceremonias de su antigua religión.

Pero si la fuerza brutal se armaba y hacía valentías y estragos, la fuerza moral no podía con la carga de razones, y sentíase herida de muerte. Los apologistas llamban á desafío á lo más granado de

[1] *Serm. I de SS. Apost. Petro et Paulo.*

[1] I Cor., I, 23.

los gentiles, probándoles cuán vano empeño era echar candados á la verdad. Antes de escuchar sus voces, tengamos paciencia para abrir los oídos á las de D. Emilio Castelar, enemigo mortal del cristianismo. Dice así: *Lo mismo que sucede con nuestro cuerpo, aglomeración de átomos esparcidos por la tierra y tomados por la asimilación, la nutrición, la respiración, sucede con nuestra fe, aglomeración de ideas esparcidas en la conciencia universal y tomadas por los mil medios de comunicación que entre sí tienen los espíritus. Indudablemente la idea de Dios es una idea semítica; la idea de la Trinidad una idea aria; la idea del Demonio y de su combate con Dios, una idea persa; la idea del Verbo una idea alejandrina; la idea del Juicio de los muertos una idea egipcia; la idea del Alma y de su inmortalidad, una idea esencialmente platónica, y toda la doctrina cristiana la síntesis más perfecta de las grandes concepciones teológicas y morales, á que la antigüedad ha podido llegar en su continua inspiración. Pues luego que el cristianismo quedó formulado en los primeros apólogos, fueron á él como por un movimiento inevitable los grandes caudales de ideas que surgían de tantas y tantas escuelas como elaboraban por las ciudades principales del mundo nuevos sistemas científicos.* [1] No merece el racionalista que le honremos los despropósitos con la respuesta. Tapóle la boca Lactancio hace quince siglos. Lactancio desplegaba las velas de su elocuencia y entraba en apuesta con los filósofos paganos, provocándolos con estas enfáticas voces: *¿Qué digo? Si algún rastro de confianza tienen puesta en su filosofía, en su elocuencia, ármense, y rebatan si pueden nuestras cosas, acérquense y discutan cada punto. Razón es que tomen la defensa de sus dioses, no sea que si nuestra religión venciere (y de día en día prevalece) se queden ellos solos con sus templos y bujerías. Y porque no les vale la violencia (pues la religión de Dios crece más cuanto es más perseguida) echen mano de razones y de discursos. Salgan al palenque los pontífices, grandes y pequeños, los sacerdotes, los augures, los sacrificadores, y cuantos tienen mano en el culto de los dioses. Llámennos á junta, exhórtennos á abrazar su religión, persuadan que muchos son los dioses que gobiernan al mundo, demuestren el origen de sus ceremonias, y cómo fueron confiadas á los mortales; expliquen su índole y condición, expongan qué galardón se sigue al culto, qué pena al que le menosprecia, por qué quieren los dioses ser honrados por los mortales, qué les va ó les viene de la humana piedad. Estas cosas confírmenlas, no con aseveraciones propias, (que en eso nada vale la autoridad de un mortal), sino con testimonios divinos, como hacemos nosotros, y no nos vengan con violencias ni con diatribas, porque la religión no se impone por fuerza; razones, que no azotes, han de fallar este asunto para que la voluntad le abrace. Agucen los aceros de sus ingenios; si sus razones valen, sáquenlas á luz, las estamos esperando prontos á oirlas rostro á rostro, si tienen gusto de enseñarlas; mientras que se callan no les damos crédito, así como tampoco cedemos si nos mortifican y oprimen. Imítennos á nosotros, y den pública razón de todo. Porque nosotros no halagamos á nadie, como ellos objetan; nosotros probamos, enseñamos, demostramos. Por esta causa nadie se queda con nosotros forzado, no sirve para nuestra religión el que carece de devoción y de fe, y con todo nadie se nos va, porque la verdad á todos los tiene asidos. Ellos, pues, si alguna confianza les inspira la verdad de su religión, enséñenla como nosotros, hablen, chisten* (loquantur, hiscant, audeant, inquam, disputare nobiscum); *sí, anímense á disputar con nosotros sobre algo, ¡cómo les reirán sus disparates y necedades nuestros ancianos y nuestros niños, que ellos tanto desprecian!... Así aprenderán cuánto va de la verdad á la mentira, cuando ellos, que son tan decidores, vean que no pueden persuadir, y los rudos é ignorantes pueden, porque la verdad misma por sí habla* (res ipsa et veritas loquitur). *¿Por qué, pues, se enconan, sino para poner colmo á su estulticia? Mucho distan la carnicería y la piedad, no anda bien casada la verdad con la fuerza, ni la justicia con la crueldad. Pero con razón no se atreverán á entrar en disputa de las cosas divinas, porque los nuestros harían burla de ellos, y los suyos los dejarían burlados y solos. Dirán que se han de defender las cosas sagradas. ¡Oh, con qué honesta voluntad yerran los infelices!... Sí; han de salir en defensa de la religión; no matando, sí muriendo; no con crueldad, sí con paciencia; no con maldad, sí con fe; aquéllo es de malvados, ésto de buenos y honrados; y la bondad y honradez fruto es de la religión.* Todo esto es del divino Lactancio, esclarecido defensor de la fe. [1]

---

[1] *La revolución religiosa*, t. I, cap. I, p. 4.

[1] *Divin. instit.*, lib. V, cap. XX.

Muy conveniente sería á D. Emilio meditar y cumplir el texto del preclaro apologista, y no hacer el tonto,

¿Qué dijeran los fundadores de religiones antiguas si hubiesen visto nacer entre tanta sentina de corrupción un pueblo tan fuerte y valeroso? ¿qué habrían dejado escrito á hallarse presentes á tanta concordia de ánimos y corazones, á tanto desinterés y paciencia, á tanta caridad y mansedumbre? ¿En qué concepto hubieran tenido sus ingeniosas teorías y la ostentación de su saber? Cierto está que se dieran por grandes necios al lado de la sabiduría dictada por el Evangelio, de pura vergüenza baldonaran la hora en que habían tomado afición á sus torpes despropósitos, no tuvieran cara para ver cómo la sangre derramada por causa de religión era riego precioso que fertilizaba los campos estériles y convertía en floridos verjeles los antes barrizales inmundos.

De muy diferente manera se propagó el budismo, el islamismo, el protestantismo, cuando se extendieron por las comarcas con tanta rapidez. No entremos á disputar si estas sectas se dieron prisa á dominar y si hallaron acogida en los ánimos con tanta facilidad como el cristianismo; poco se nos da de la pronta propagación, y de la amplitud de sus dominios. Lo que nos importa es que el budismo ni trajo al mundo oriental doctrinas nuevas, ni enseñó ningún misterio, ni arraigó costumbres santas; lo que consta es que en vez de conservar su unidad, se alteró y tomó diversas formas, y no fué perseguido en su origen, y debió su propagación á la política, á la industria humana, al favor de los monarcas, y más que todo á su moral humanitaria y filantrópica. Y el islamismo ¿á quién debió su difusión? á su intrínseca naturaleza y á la virtud del alfanje. Mahoma, aprovechándose de las luchas encendidas entre judíos y cristianos, intentó unirlos bajo una misma bandera, haciéndolos discípulos de una sola fe, la fe de Abrahan. Moisés y Jesucristo habían sido grandes profetas, pero los judíos y los cristianos habían adulterado con falsas interpretaciones sus enseñanzas, y convenía reducirlas á su verdadera interpretación. Mahoma se llamó enviado de Dios para acabar esta empresa y restituir á su integridad el monoteismo de Abrahan, padre de todos los creyentes. Esta religión media, que ni es puramente natural ni sobrenatural tampoco, mezcla de verdad y de error, de virtud y de vicio, de blandura y severidad, esta junta de dogmas religiosos que satisfacen la razón y de leyes útiles y cómodas que contentan las pasiones; *la unión en una sola mano, civil y religiosa, la propagación del culto por medio de las armas, el botín de la guerra santa, el paraíso prometido á los guerreros que mueren por la fe: todas estas causas dieron esfuerzo á los secuaces de Mahoma, y los fanatizaron y engendraron prodigios de valor. Y esto es muy natural.* [1] Pero el cristianismo en la novedad de doctrinas, en la severidad de preceptos, gravedad de costumbres, pureza de prácticas, dificultad de misterios, inflexibilidad de leyes, *apareciendo en un mundo tal como fué el de los primeros siglos de nuestra era, y obrando en las conciencias, en las familias y en los pueblos una transformación tal como la historia nos enseña y como nosotros mismos vemos aún por nuestros ojos, ha dado muestras de poseer una fuerza y una vitalidad incomparablemente superiores al budismo, al mahometismo, al protestantismo, y ha demostrado que su propagación no puede razonablemente explicarse sin la intervención sobrenatural de la divina omnipotencia.* [2]

La voz apostólica puso espanto grandísimo en los que por primera vez la oyeron. Al sonar en los oidos de hombres ciegos y corrompidos que Dios se había hecho niño y crecido en la obscuridad, y padecido y sido puesto en cruz por la salud del mundo, y que á los tres días por su propia virtud había salido triunfante de la muerte á vida inmortal y gloriosa, y que subió al cielo en cuerpo y alma á reinar eternamente con los bienaventurados como rey de reyes y señor de señores; viendo las gentes con cuanta fortaleza publicaban estas maravillas unos pocos obscuros hombres de suyo tan pusilánimes, y con qué entereza daban al mundo

como suelen los libres pensadores, que sin atender á las respuestas de los católicos, nunca varían de cantinela. Se fatiga un católico en revolver las fuentes de la historia y tradición, por amor de la verdad, y se le cae el alma á los pies cuando ve á los enemigos del cristianismo ocupados, no en consultar ó estudiar, sino en repetir, como loritos, sesgos y fríos las aserciones tantas veces confutadas. ¿Por qué no insisten y clavan sus baterías en las resfuestas que les damos? Porque ni poseen ni quieren poseer la verdad.

[1] LAHOUSSE, *Dictionnaire apolog.* art. *Jésus-Christ.*
[2] *Dictionnaire apolog.* art. *Conversion.*

en rostro con la falsedad de sus dioses, y cómo los baldonaban y escupían, y no dudaban en verter la sangre en defensa de su religión como única verdadera, y predicaban la indignidad, maldad y torpeza de los adorados y adoradores paganos; así que ver todo esto, y luego ser testigos de los milagros que en sus ojos se obraban, y de las conversiones sin cuento que en las estrenas de aquella predicación se hacían, y entender con cuánta facilidad las doncellas se enamoraban de la castidad virginal, las matronas daban de mano á sus devaneos, los varones ilustres hollaban generosos sobre todo cuanto hasta entonces habían amado y creido, por abrazarse con doctrinas y costumbres tan contrarias á la inclinación natural; ver todo lo dicho y testificar con qué rapidez corría el Evangelio, y con qué firmeza se arraigaba y daba frutos tempranos y sazonados de virtud y santidad; todo este cúmulo de maravillas ¿cómo no había de excitar en los que las presenciaban una suma admiración y estrañeza? ¿cómo no habían de inferir luego ser Dios el autor que tan rara mudanza obraba? ¿cómo podía caber en imaginación de sabio deberse á solos hombres una tan nueva, súbita y radical transformación?

Este fué el fruto que San Pedro recogió evangelizando en Jerusalén y en Cesarea, recorriendo la Palestina, anunciando á Cristo en Lídia, Tolemaida, Tiro, Sidón, Berito, Trípoli, Laodicea; fundando su sede en Antioquía y viajando por el Ponto, Asia Menor, Galacia, Capadocia, Bitinia; estableciendo después la cátedra en Roma, predicando por Africa y Egipto, enviando apóstoles por el Occidente de Europa, y abrazando con su corazón de apóstol las regiones más apartadas. ¿Qué diremos de San Pablo cuando con San Bernabé predicaba en Antioquía, rodeaba el Asia Menor, peroraba en Atenas, esparcía la semilla evangélica por Cilicia, Macedonia, Ilírico, Galacia, Tróade, Misia, Lidia, y después de torcer por Seleucia, Chipre, Salamina, se detenía en Iconio, Licaonia, Listra, Pisidia, Fenicia, Samaria; cuando con Sila y Timoteo volvía á Siria, Cilicia, Derbe, Listra, y entraba otra vez en Jerusalén, y luego daba la vuelta á Éfeso, Mileto, y áun es lo más probable y cierto que visitó la península española antes de padecer martirio en la ciudad de Roma, y de ello son fiadores los Padres antiguos, [1] sin contar otros autores más recientes que siendo sin número concuerdan en un parecer? En brevísimo tiempo verdaderamente los apóstoles extendieron por el orbe la santísima religión de Cristo, y el grano de mostaza luego creció, y hecho árbol frondoso ramificóse y esparció su frondosidad por toda la redondez de la tierra.

Acerca de la extensión alcanzada por el cristianismo en vida de los apóstoles, conviene reconocer y observar qué sentido deba darse á los testimonios [2] de algunos escritores antiguos, cuando declaran que la predicación apostólica llenó el orbe conocido, conforme lo significa San Pablo. [3] Lo que denota la amplitud de sus vocablos es, que en los apóstoles empezaron á cumplirse los vaticinios de los profetas y las ordenanzas de Cristo, que aseguraban á la fe cristiana la posesión y conquista del mundo entero. Porque Orígenes, [4] Rufino, [5] San Agustín, [6] San Próspero, [7] Sócrates, [8] confiesan á una que muchas tierras de bárbaros en Asia, Africa, Europa quedaron por evangelizar en aquel primer siglo, á cuyo parecer se arrimaron después un sinnúmero de teólogos y expositores del siglo XVI hasta nuestros días. Sin embargo, ya en tiempo del emperador Marco Aurelio los libios, egipcios, hispanos, germanos, partos, medos, persas habían levantado templos al nombre de Cristo; [9] en tiempo del emperador Severo los marcomanos, britanos, escitas, etiopes, getulos habían abrazado la fe; [10] en tiempo de Decio la Mauritania y la Bre-

[1] S. Atanasio, epist. *ad Draontium*. — S. Cirilo Jerosolimitano, *Catech.* XVII. — S. Epifanio, *Hæres.* XXVII. —S Crisóstomo, hom. VII *de laudibus Pauli*.— Hom. LXXVI in Matth.—*Præf. ad epist. ad hæbr.*— S. Jerónimo, in XI Is.—In Amos V.—Teodoréto, In II Timoth. IV.—In psalm. CXVI.—S. Gregorio Magno, lib. XXXI in Job, cap XXXII.—S. Isidoro, *De vita et morte Sanctor.*, cap. LXX.

[2] Eusebio, *Hist. eccles.*, lib. II, cap. III. — S. Hilario, in Matth., cap. XXV.—S. Jerónimo, in Is. II.— In Dan. IX.—S. Crisóstomo, hom. XVI in Matth.— Teofilacto y Eutimio, in Matth. XIV.—Teodoreto, *De cur. græc. affect.*, lib. IX.—Victor Antioqueno, in Marc., XIII, 10. — Zacarías, *Harmonia evangel.*, cap. CXLV.

[3] Rom., X, 18.—Coloss II, 5.

[4] In Matth., tract. XXVIII.

[5] *Hist. eccles.*, lib. I, cap. IX.

[6] Epist *ad Hesychium*.

[7] *Resp.* ad cap. IV, X, *gallorum.*—*De vocatione gentium*, lib. II, cap. VI.

[8] *Hist. eccles.*, lib. I, cap. XV.

[9] S. Ireneo, *Advers. hæres.*, lib. I, cap. III.—Bardesanes, Euseb., *Præparat. evangel.*, lib. VI, cap VIII.

[10] Tertuliano, *Apologet.*, cap. XXXVII.—*Advers. judæos*, cap. VII.

taña proseguían poblándose de fieles; [1] en tiempo de Diocleciano eran ya famosos los alemanes, persas, escitas, españoles, galos, aquitanos, sirios, mauritanos, asiáticos por su acendrado amor á la religión cristiana. [2]

Con manifiesta sinrazón los racionanalistas, entre otras quimeras, fingen que en los dos primeros siglos del cristianismo hacían poquísimo bulto los fieles comparados con la turba inmensa del imperio romano. El inventor de esta inculpación merecería el castigo del desprecio. Antes de espirar el siglo segundo exclamaba Tertuliano: *Somos de ayer, y ocupamos ya vuestras ciudades, vuestros edificios, vuestras plazas fuertes, vuestros municipios, los consejos, los campos, las tribus, las decurias, el palacio, el senado, el foro: lo único que os dejamos libre, son los templos. Si nos apartísemos de vosotros, quedaríais espantados al ver vuestra soledad y el silencio que convertiría vuestro rededor en mundo muerto.* [3] El imperio romano presumió ahogar el germen del cristianismo, y tuvo que ver con afrentosa confusión que al fin del segundo siglo era ya incapaz de contener su prodigioso desenvolvimiento. En otra parte el mismo apologista, fuera de las naciones citadas en los Actos de los Apóstoles, nombra, como va dicho, los Getulos, Mauritanos, Españoles, Galos, Ingleses, Sármatas, Germanos, Escitas, y otras muchas gentes y provincias desconocidas é ignoradas que no se pueden reducir á guarismo, *en las cuales*, dice, *el nombre de Cristo llegó y reina en la actualidad, porque las puertas de todas las ciudades le están de par en par abiertas y ninguna tiene cerrada.* Todo esto es de Tertuliano. [4] Lo mismo leemos en San Ireneo, [1] Arnobio, [2] Orígenes, [3] Crisóstomo, [4] Teodoreto, [5] y por no alargar más el discurso, la fe cristiana paseaba sus trofeos por lo vasto del imperio, y sus enemigos se le arrodillaban, y las costumbres se purificaban, y se plantaba en los corazones la dulce esperanza, y se arraigaba en los pechos el santo amor, y florecía el reino de Dios, y los hombres antes escandalizados y altivos enmendaban sus yerros, creían, confiaban y morían por un Dios crucificado, como se acabará de ver en el artículo siguiente. [6]

ARTÍCULO V.

Refútase una calumnia de los modernos.—Varones calificados que abrazaron y defendieron el cristianismo en los tres primeros siglos.—Sentencia de los Santos Jerónimo y Crisóstomo.—Asolamiento de la república judáica.—En la conversión del mundo echó Dios el resto de su poderío.—Ayudóse del milagro, juntóse la profecía. —Este fué un milagro singular.—En qué consistió y qué fuerza tiene.

Otro capítulo oponen los enemigos del cristianismo contra su propagación, y es que la Iglesia primitiva constaba de sola ínfima plebe y de gentes sin letras, sin ingenio, sin reputación. ¿Hasta cuándo habrán de cubrir los incrédulos con postizos colores los atributos de la primitiva Iglesia? ¿Dónde se hicieron las primeras y principales conquistas apostólicas, sino en las ciudades más cultas, Jerusalén, Atenas, Corinto, Roma? y en estas capitales ¿qué pesca no entró en las redes de los pescadores de Cristo?

No eran sólo niños crédulos, flacas mujeres, jóvenes atolondrados, viejos caducos, hombres vulgares y zafios, como declamaba Celso, los convertidos por los apóstoles, sino también varones prudentes, ricos, nobles y sabios, como convenía fuesen los que habían de acudir con sus caudales al remedio de los pobres, á cuyo socorro se nombraban personas de conocida probidad. [7] No podían ser ignorantes y plebeyos los corintios, efesios, romanos,

---

1 ORÍGENES, hom. IX in Genes.; hom. IV in Ezech.; hom. VI in Luc.—S. CIPRIANO, *De unitate Ecclesiæ*.

2 ARNOBIO, *Advers. gentes*, lib. I.

3 *Apolog.*, 37.

4 In quem alium universe gentes crediderunt nisi in Christum qui jam venit? Cui enim et aliæ gentes crediderunt: Parthi, Medi, Elamitæ, et qui habitant Mesopotamiam, Armeniam, Phrygiam, Cappadociam, et incolentes Pontum, et Asiam, et Pamphyliam, immorantes Ægyptum et regionem Africæ quæ trans Cyrenem, inhabitantes Romani et incolæ: tunc et in Jerusalem judæi et cæteræ gentes: ut jam Getulorum varietates, et Maurorum multi fines, Hispaniarum omnes termini, et Galliarum diversæ nationes, et Britannorum inaccessa Romanis loca, Christo vero subdita, et Sarmatarum, et Dacorum, et Germanorum, et Scytharum, et abditarum multarum gentium et provinciarum, et insularum multarum nobis ignotarum, et quæ enumerare minus possumus? In quibus omnibus locis Christi nomen, qui jam venit, regnat, utpote ante quem omnium civitatum portæ sunt apertæ et cui nullæ sunt clausæ.—*Advers. Judæos*, cap. VII.

---

1 Lib. I, cap. X.

2 *Advers. gentes*, lib. II.

3 Hom. V, in Ezechiel.

4 *Orat. quod Christus sit Deus.*

5 Serm. IX.

6 DE BROGLIE, *Problémes et conclusions de l'histoire des religions.*—REINKE, *Die messianischen Weissagungen.*—PORTMANS, *La divinité de Jésus-Christ.*—DEVIVIER, *Cours d'apologétique*, I p.—HENGSTEMBERG, *Christologie.*—P. FR. MANUEL DE STO. TOMÁS, *Una religión verdadera*, lección XLVIII, lección LXXI.—D. FRANCISCO JAVIER CAMINERO, *Estudios críticos sobre el Nuevo Testamento*, 1882. Conf. IX.

7 Act. VI, 4.

hebreos, tesalónicos, á quienes el apóstol San Pablo escribía cartas llenas de discursos y especulaciones doctrinales tan remontadas y divinas. Rico y noble fué Bernabé, [1] compañero inseparable de San Pablo en las excursiones apostólicas; noble y sabio fué Manahen, [2] muy renombrado entre los doctores de Antioquía; noble y poderoso fué Cornelio, [3] bautizado por el Apóstol con toda su familia; noble y principal Sergio procónsul, [4] admirador de la doctrina cristiana; noble y egregio Tito Justo, en cuya casa de Corinto explicó San Pablo el evangelio año y medio; [5] noble y docto Crispo, cabeza de la sinagoga, que abrazó la fe con toda su casa; [6] noble y sabio Apolo, elocuentísimo orador, diestro en la inteligencia de las Escrituras; [7] nobles y esclarecidos los príncipes de Asia, que eran amigos de San Pablo; [8] nobles y aventajados los sacerdotes hebreos que en gran numero obedecían á la fe; [9] noble y venerable Dionisio Areopagita, convertido á la evangélica ley con otros caballeros y señoras de la aristocracia ateniense; [10] nobles y de hidalga sangre las muchas personas que, entregados los libros perversos á los apóstoles, hallaron que ascendían al valor de cincuenta mil denarios. [11] No eran plebeyos ni de baja extracción los primeros convertidos por los apóstoles.

¿Qué diremos de los que luego los acompañaron rendido el ánimo al yugo de la nueva ley? La casa de los Pudentes, primer lance de San Pedro en Roma; San Clemente emparentado con familia consular, autor de cuatro epístolas llenas de celestial doctrina; [12] el autor de las *Recogniciones*, obra de inestimable valor; un Hermas, que compuso el libro *Pastor*; [13] un San Ignacio, discípulo de San Juan, sucesor de San Evodio [14] en Antioquía, de quien poseemos siete epístolas auténticas; un San Policarpo, [15] obispo de Esmirna; el escritor de la *Carta á Diognetes*, ingenio sobresaliente, de elocuencia y solidez inestimable; un Papias muy instruido en las Santas Escrituras; [1] un San Justino, filósofo platónico y preclarísimo ingenio, de los más elocuentes apologistas de su siglo; un Taciano, escritor de innumerables obras; [2] un Atenágoras, insigne expositor de los dogmas cristianos; un San Teófilo de Antioquía, notable por su fe y por su saber; [3] un Quadrato, varón de gran valía según Eusebio; [4] un Arístides, filósofo ateniense, apologista acérrimo; [5] un Agripa, desenmascarador de las primeras herejías; un Aristón de Pella, combatiente valeroso en la arena apologética; un San Melitón de Sardis, brillante lumbrera de la Iglesia Oriental; un San Dionisio de Corinto, escritor de ocho cartas llamadas católicas por Eusebio; [6] un Claudio Apolinar, de los más celebrados escritores de su tiempo, [7] de rico estilo y de ciencia escritural; un Bardesanes, un Harmonio, un Hegesipo, hombres de eminente sabiduría; en fin un San Ireneo, fecundo ingenio, de cuyas obras apenas nos ha llegado la mínima parte; por no citar á Milciades, á Modesto, á Musano, á Rodón, á Máximo, á Heráclito, á Cándido, á Apión, y dejando en silencio á San Serapión, Víctor, Polícrates, Teófilo de Cesarea, Palmas, Baquilo, campeones belicosísimos, que por sus letras y erudición en las disputas con los herejes alcanzaron inmortal renombre y justísimos laureles.

Ni son para omitidos entre los próceres del cristianismo primitivo San Eugenio, de nobilísimo linaje, gran prelado del Occidente; la muchedumbre de senadores y patricios convertidos por San Alejandro; Getulio, tribuno militar, con su mujer Sinforosa y siete hijos; los siete hijos de Santa Felicidad, espejo de matronas romanas; Apolonio, senador clarísimo que con toda su familia y casa dió la vida por la fe; todos los cuales vivieron en el segundo siglo de la era cristiana. Además San Panteno alumno del Peripato, celebrado por la amplitud de su saber, filósofo de Alejandría;

[1] Act. IV, 37.
[2] Act. XIII, 1.
[3] Act. X, 24.
[4] Act. XIII, 12.
[5] Act. XVIII, 7.
[6] Act. XVIII, 8.
[7] Act. XVIII, 24.
[8] Act. XIX, 31.
[9] Act. VI, 7.
[10] Act. XVII, 34.
[11] Act. XIX, 19.
[12] Euseb., *Hist. eccl.*, III, 16.—Iren., *adv. hæres.* III, 3.—Tertul., *Præscript*, XXXI.
[13] Orígenes, *Comment. in ep. ad Rom.*, XVI, 14.—San Jerónimo, *Catal.* cap. X.
[14] Euseb., *Hist. eccles.*, III, 36.
[15] Iren. *Advers. hæres*, III, 3.—San Jerón., *De vir. illustr.*, XVII.

[1] Euseb., *Hist. eccles.*, III, 39.
[2] San Jerón., *De Script.*, cap. XXIX.—Clem. Alejandr., *Stromat.*, III, 17.
[3] Euseb., *Hist. eccles.*, lib. IV, 26.—San Jerónimo, *De Script.*, cap. XXV.
[4] *Hist. eccles.*, V, 17.
[5] San Jerón., ep. 83 *ad Magnum*.
[6] *Chronic. ad an. M. Aurel.*, XI.
[7] Euseb., *Hist. eccles.*, lib. IV, 27.—San Jerón., *Catal.* cap. XXVI.

su discípulo Clemente de Alejandría, que ya pertenece al tercer siglo, de erudición y ciencia incomparable; y el discípulo de éste, Orígenes, pasmo de su siglo y de los posteriores por la fecundidad y poder del ingenio. Júntense á ellos Julio Africano, que gozaba de alta estima por su gran saber; [1] San Alejandro de Jerusalén, que fué de los hombres más doctos y activos de entonces; Amonio, que fundó en Alejandría una cátedra muy celebrada; [2] San Hipólito, autor de numerosos escritos que se han perdido, como los de tantos otros autores, de que apenas queda la memoria. Siguen á los dichos Apolonio, uno de los más aguerridos contrarios de los montanistas; Cayo, insigne por sus encuentros con los herejes; Arterio Urbano, autor de una obra profunda contra el montanismo; San Cornelio, competidor del antipapa Novaciano; San Esteban, mantenedor de la unidad de la Iglesia; San Dionisio, papa, lleno de erudición y doctrina; San Gregorio Taumaturgo, que dando de mano á las ciencias profanas, fué señalado en santidad y doctrina; Firmiliano, obispo de Cesarea, de cuyos libros habla San Basilio; [3] Berilo, obispo de Bosra; [4] Anatolio, ingenio de vasta erudición en filosofía y matemáticas; [5] Malquión, debelador de Pablo Samosateno; San Metodio, cuyos escritos, muchos y excelentes, son prendas de su grande ingenio; en fin, San Arquelao, Teonas, Pierio, Teognosto, San Pánfilo, San Luciano, Fileas, Alejandro, quienes con la copia de su erudición, nobleza de sangre, ingenio y doctrina esmaltaron la gloria del cristianismo.

Y éstos, ¿por cuántos otros no suponen, cuyos nombres no llegaron á nuestra noticia, como tampoco sus obras? Clemente Alejandrino danos una muy significativa expresión de esto, diciendo: *Andaba yo con gran tiento y consideración examinando los discursos de los varones santos que tuve la fortuna de oir; uno florecía en Grecia, otro en Sicilia, otro natural de Celesiria, otro de Egipto, otros dos vivían en Oriente; asirio el uno, hebreo el otro y oriundo de una antigua familia de Palestina. Caí, en fin, en manos de otro* (*San Panteno*), *que vencía á todos en saber y virtud.* [6]

[1] Sozomeno, *Hist. eccles.*, I, 21.
[2] *Ap. Photium*, cod. 241.
[3] *De spirit.*, I, cap. XXIX.
[4] Euseb., *Hist.*, lib. VI, 20.
[5] Ibid., lib. VII, 28.
[6] *Stromat.*, lib. I, cap. I.

Conmemoremos, finalmente, algunos apologistas del siglo III: Tertuliano, hijo de un centurión de las tropas proconsulares, hízose cristiano á la edad de treinta años, y fué señalado por su valor en defensa de la fe contra paganos, judíos y herejes; Minucio Félix, abogado y jurisconsulto romano antes de convertirse, [1] después dió muestras de excelente doctrina en defensa del cristianismo, como lo dice su obra rotulada *Octavio*; San Cipriano, nacido de una familia senatorial y pagana, abrazó después la fe de Cristo y la defendió valerosamente con su gran saber é ingenio; Arnobio, maestro de elocuencia, primero impugnador del cristianismo, al fin en prenda de su conversión compuso una apología de la religión que antes había combatido; Lactancio, discípulo suyo, nacido en el paganismo, abrazó la fe de Cristo, y por su elegancia y pureza mereció el renombre de Cicerón cristiano, como lo testifican sus libros apologéticos.

Doblemos la hoja, y dejemos al pensamiento los escogidos varones que la injuria de aquellos años condenó á irremediable silencio; pero colígese de los indicados cuán copiosa sería la muchedumbre de los nobles ingenios que en los tres primeros siglos, abatidos los penachos de la grandeza terrena, se abrazaron gozosos con la humildad de la cruz. Draper, por no soltar un sí que sea claro, procura quebrar los rayos al resplandor de la verdad, diciendo: *Todas las clases de la población no adoptaron con igual rapidez las ideas monoteistas. Los comerciantes, los abogados y los militares, que por la índole de sus ocupaciones estaban más familiarizados con las vicisitudes de la vida, y tenían opiniones intelectuales más amplias, fueron los primeros atacados: los labradores y los campesinos fueron los últimos.* [2] Historiador que así escribe, pocas prendas da de fidelidad, y persuade fábulas al lector, como de lo dicho se infiere. El Cardenal Belarmino, [3] el benedictino Nourry, [4] Elías Dupin, [5] Remigio Ceillier, [6] el benedictino Lumper, [7] Mœhler, [8]

[1] Lactancio, *Instit.*, lib. I, cap. I. — S. Jerón. *Catal.* cap. LVIII.
[2] *Conflictos*, cap. II.
[3] *De Scriptorib. ecclesiasticis*, 1613.
[4] *Apparatus ad Bibl. Veter. Patrum*, 1703.
[5] *Nouvelle bibl. des auteurs ecclésiastiques*, 1686.
[6] *Hist. génér. des auteurs sacrés et ecclésiast.*, 1729.
[7] *Hist. théol. et critique*, 1789.
[8] *Bibl. latina ecclesiástica*, 1718.

Winter, Busse, Wiest, Wilhelmi, Martigny [1] y otros muchos sabios modernos han quitado el antifaz á los mentirosos historiadores, y puesto en clarísima luz la pléyada de calificados ingenios que se afiliaron al culto de la religión cristiana, resultando de tanta riqueza de investigaciones que todas las clases de la sociedad, sin distinción, en todas las capitales del mundo civilizado, reverenciaron humildes los misterios de la fe, mereciendo ser los primeros los doctos, y juntamente con ellos los ignorantes y plebeyos. Juntamente, decimos, sin ser nuestro ánimo determinar aquí en el orden cronológico, cosa imposible, si ganaron por la mano en recibir el yugo de la fe los pobres á los ricos ó los grandes á los pequeños, si bien debe afirmarse en todo evento haber la Iglesia recibido los primeros abrazos de los humillados y sencillos, puesto caso que á la condición de éstos hubieron de reducirse los poderosos del siglo para abrazar la santidad de la fe. La gracia del Espíritu Santo no usó de acepción en el llamar á los paganos.

Apoyemos esta posición en la autoridad de los Padres. San Jerónimo escribiendo á Leta, noble matrona romana, dice así: *Pocos años ha que vuestro pariente de la nobilísima familia de los Gracos, siendo gobernador de Roma derribó, despedazó y echó fuera de la cueva de Mitras todos los ídolos con que eran honradas las constelaciones celestes, el Cuervo, la Virgen, Hércules, el León, Perseo, el Sol, Cáncer y el Águila; y por estas prendas de valor, alcanzó el bautismo de Cristo. La gentilidad padece ya en Roma desolación y escasez de ídolos. Los que antes eran dioses de las naciones, duermen ahora en los desvanes con los buhos y lechuzas. Los estandartes militares llevan por empresa la cruz. Las púrpuras y coronas de los reyes que resplandecen con piedras preciosas, están hermoseadas con la gloriosa señal de la redención. Ya el dios Serapis de Egipto se ha hecho cristiano. El dios Marna llora en Gaza encerrado, y tiembla por la destrucción de su templo. Cada día recibimos en esta tierra compañías de monjes que vienen de la India, de Persia y de Etiopia. El Armenio dejó sus saetas, los Hunnos aprenden el salterio, los fríos de los Escitas hierven con el calor de la fe, el ejército rutilante y rubio de los Getas ostenta señales de la Iglesia; y por esta causa tal vez pelean con nosotros con iguales fuerzas porque estriban en la misma religión.* Todo es del máximo Doctor San Jerónimo. [1]—En su carta á Heliodoro, en que le consuela de la muerte de Nepociano, sobrino suyo, dice: *Antes de la resurrección de Cristo en solo Judea era Dios conocido y en Israél grande su nombre, más ahora todas las lenguas y letras de las gentes cantan su sagrada muerte y resurrección. Callo las tres naciones de Hebreos, Griegos y Latinos, que nuestro Salvador consagró en el título de la cruz. Ya el judío, y el persa, y el godo, y el egipcio saben filosofar y tratar de la inmortalidad del alma, que vive después del cuerpo, que es lo que Pitágoras soñó y Demócrito no creyó, y Sócrates para consuelo de su condenación disputó en la círcel. La fiereza de los Bessos* (pueblos de Tracia) *y aquella turba de hombres que andan cubiertos con pieles de fieras, y que en tiempos antiguos sacrificaban hombres en los enterramientos de los muertos, mudaron su ferocidad en la dulce melodía de la Cruz: la voz común de todo el mundo es Jesucristo.* [2]

Siguiendo este pensamiento del máximo Doctor, dice San Juan Crisóstomo: *Los emperadores dejadas las diademas abrázanse con la cruz, símbolo de la muerte de Cristo; en la púrpura campea la cruz, en la corona la cruz, en las armas la cruz, en la*

---

[1] *Dictionnaire des Antiq. Chrét.*, 1877.

[1] Ante paucos annos propinquus vester Graccus, nobilitatem patritiam nomine sonans cum præfecturam gereret urbanam, ¿nonne Specum Mithræ et omnia portentosa simulacra quibus Corax, Nymphus, Miles, Leo, Perses, Helios, Dromo, Pater initiantur. subvertit, fregit, excussit? et his quasi obsidibus ante præmissis, impetravit baptismum Christi. Solitudinem patitur et in urbe gentilitas. Dii quondam nationibus cum bubonibus et noctuis in solis culminibus remanserunt. Vexilla militum, crucis insignia sunt. Regum purpuras et ardentes diadematum gemmas, patibuli salutàris pictura condecorat. Iam Ægiptius Serapis factus est Christianus, Marnas Gazæ luget inclusus, et eversionem templi jugiter pertimescit. De India, Perside, Æthiopia, monachorum quotidie turbas suscipimus. Depossuit pharætras Armenius, Hunni discunt psalterium, Scythiæ frigora fervent calore fidei. Getarum rutilus et flavus exercitus ecclesiarum circumfert tentoria et ideo forsitan contra nos æqua pugnant acie quia pari religione confidunt.—Epist. CVII. *Ad Lætam.*

[2] Ante resurrectionem Christi notus tantum in Judæa erat Deus, in Israel magnum nomen ejus, nunc cunctarum gentium et voces et litteræ sonant. Taceo de Hebræis, Græcis, et Latinis, quas nationes fidei suæ in Crucis titulo Dominus dedicavit. Immortalem animam et post dissolutionem corporis subsistentem, quod Pythagoras somniavit, Democritus non credidit, in consolationem damnationis suæ Socrates disputavit in carcere, Indus, Persa, Gothus, Ægyptius philosophantur. Bessorum feritas, et pellitorum turba populorum qui mortuorum quondam in feriis homines immolabant, stridorem suum in dulce Crucis fregerunt melos, et totius mundi una vox Christus est.—Epist. LX.

sagrada mesa la cruz, y en todas partes brilla la cruz más refulgente que el sol. [1]—Un poco más adelante pregunta el elocuente Doctor: ¿Cómo es que este símbolo de condenación y muerte maldita se ha hecho á todos amable y deseable? Y responde: porque *el que todo lo crió y fabricó, el que de tanta maldad convirtió la tierra en cielo, ése levantó sobre las nubes la cruz llena de vituperio, y una muerte entre todas ignominiosa la enalteció á honra santa.* [2]—Y luego más abajo suelta de su pecho con incomparable majestad el río de oro diciendo: *Resuelve ahora en tu pensamiento y considera cuán grande cosa sea henchirse el orbe todo en tan corto tiempo de iglesias, convertirse tantas gentes, empeñarse los pueblos en arrancar de raíz, sueltas las leyes patrias, las inveteradas costumbres, en sacudir la tiranía del deleite y la fuerza ó el polvo de la maldad, en echar por el suelo aras, templos, ídolos, misterios, en desterrar solemnidades profanas é impuros aromas, en erigir altares por doquier en tierra de romanos, de persas, de escitas, de africanos, de judíos: ¿qué digo? aun pasando más allá de nuestros términos; porque las islas Británicas, que están sitas fuera de este mar mediterráneo y asentadas en el mar Océano, experimentaron la virtud de la santa palabra y edificaron iglesias y altares. Aquella palabra en los ánimos de todos se asentó, por las bocas de todos floreció, y el mundo entero, como si dijéramos, lleno de espinas, fué repurgado, y convertido en campo purísimo recibió las semillas de la piedad. Cosa grandiosa es esta; sí, grandiosa, y argumento de suma grandeza y divina virtud.* Raudales como estos de suavísimas y persuasivas palabras brotaron de la pluma de Eusebio, [3] de San Agustín, [4] de Arnobio, [5] de San Gregorio Nazianzeno, [6] de Tertuliano, [7] de Orígenes, [8] en donde se contiene una esclarecida corroboración del tema propuesto.

Llevándole hasta el cabo, en la obra de la conversión del mundo tiene su parte principal el asolamiento de la república judaica, antiquísima entre todas las conocidas. En tiempo de David y Salomón floreció y se extendió con demostraciones de gran poderío y majestad. Más adelante, en la época de los Macabeos, las naciones más cultas emulaban su pujanza y apetecían su trato. Jerusalén con su famosísimo templo era la gala del orbe. El Salvador poniendo en ella un día los ojos profetizó lloroso, que aquella soberbia ciudad sería deshecha y asolada de suerte que no quedase piedra sobre piedra; [1] y como lo predijo, así se cumplió.[2] Cualquiera que la hubiese visto después llana é igual con el suelo, juzgara que nunca había habido allí población de hombres. El primer templo, destruído por Nabucodonosor, á los sesenta años fué reedificado; este segundo al cabo de mil ochocientos años no ha vuelto á ponerse en pie, sin embargo de los esfuerzos empleados en ello por la industria humana. Los judíos derramados por las cinco partes del mundo, sin culto, sin ley, sin sociedad, sin Dios, son un misterio tanto más profundo cuanto más les dura la ciega obstinación.

Entre tanto parece quiso Dios echar el resto de su poderío y hacer notoria la omnipotencia de su brazo en la conversión de la gentilidad. Tantas eran las dificultades encaminadas á hacer imposible la empresa, que solo Dios podía salir con ella mostrando la magnitud de su no vencible poder. Porque desterrar la idolatría, floreciente en todas partes con el favor de los príncipes, y exterminarla de los individuos y familias, acabar con hombres viciosísimos que creyesen y adorasen el misterio de la cruz, hacer que hombres sapientísimos cayesen presos y maniatados en la red de unos pescadores confesando la mengua de sus filosofías, conseguir que todo el peso de la majestad imperial no hiciese mella con la enorme crueldad de su fuerza en pechos flacos y delicados, alcanzar que aquella masa corrompida de la gentilidad diese por fruto varones santísimos, castísimas doncellas, ángeles de pureza y santidad, los cuales no solamente destrozasen los ídolos fabricados en sus corazones, ni se contentasen con desterrar de sus casas y personas todo linaje de vanidad, sino que aspirasen á gran desnudez y pobreza espiritual, y pidiesen con suspiros la gracia de la perse-

[1] παντάχοῦ τῆς οἰκουμένησ ὁ σταυρος ὑπὲρ τον ἥλιον διαλάμπει — *Lib. quod Christus sit Deus*, cap. VIII.

[2] πάντων θανάτον αἴσχιστον ὑπὲρ τῶν οὐρανῶν ἀνήγαγε — cap. X.

[3] *Præparatio Evangelica*, lib. III.

[4] *Retract.*, lib. 1, cap. XIII.

[5] *Advers. Gentes*, lib. II, cap. LXXI.

[6] *Advers. Julian.*, orat. III.

[7] *Apolog.*, cap. XXV.

[8] *Contra Celsum*, lib. 1, 62.

[1] Luc., XXI, 6.—Marc., XIII, 2.—Matth., XXIV, 2.

[2] Josefo, *De Bello Jud.*, lib. VI, cap. XIII.

cución, y en el contraste de ella se mantuviesen más firmes y consolados; en fin lograr que los adoradores del Crucificado se multiplicasen brevísimamente, llenando luego el orbe, y convirtiéndole de matorral en hermosísimo verjel, de maleza en paraíso; acabar, digo, estas portentosísimas maravillas y perpetuarlas por el decurso de las edades hasta la presente, ¿cómo podía ser á no intervenir el todopoderoso brazo de Dios? *¿Quién fué tan poderoso que retrajese del deleite é indujese al ayuno, que hiciese acocear las riquezas y acariciar la pobreza, que pasase los corazones de la lascivia á la templanza, del enojo á la mansedumbre, de la envidia á la benignidad, del camino ancho y espacioso á la senda angosta y escarpada? ¿A quiénes? á los regalados y que tenían hechos callos en la comodidad, y podridos los huesos en la molicie? ¿á quiénes? no á uno, ni á diez ni á veinte, ni á ciento, sino casi á todos los que moran bajo la capa del sol.* [1] No podía esto pensarse, trazarse, ejecutarse sin un grandioso milagro, ni era posible si la adorable providencia no acudiera con medios extraordinarios y prodigiosos.

Por esta causa á los predicadores evangélicos *dióles el Espíritu Santo señorío sobre todas las leyes de naturaleza y sobre todos los demonios, y poder de hacer milagros, sanando súbitamente los enfermos, resucitando los muertos y lanzando los demonios. Y este fué el principal instrumento por donde se fundó la fe, proveyendo la divina sabiduría que los hombres creyesen las cosas que están encumbradas sobre la facultad de la razón, viendo otras que estaban sobre la facultad de la naturaleza y que solo Dios puede hacer, con los cuales daba testimonio de la doctrina que los apóstoles predicaban.* [2] Y conviene en esto advertir que el testimonio de los milagros suele mover menos que el de las profecías cuando éstas se ven cumplidas, á causa de que en el cumplimiento de la profecía se descubre más claramente el dedo de Dios autor indubitable de ella, y el milagro deja tal vez lugar á dudas sobre si es obra de Dios ó si será del demonio ó cosa natural. Pero cuando el cumplimiento de una profecía está por venir, el milagro que se presencia ó se oye de testigo fidedigno la hace gran ventaja y excelencia, como en otro lugar ponderamos. Mas en la conversión del mundo tenemos juntas ambas á dos maravillas, el milagro y la profecía. El Salvador, dejados aparte los antiguos vaticinios, [1] antes de morir denunció en presencia del pueblo cómo era llegada la hora en que el príncipe del mundo [2] había de ser arrojado de sus dominios, y cómo en breve las naciones adorarían la cruz y le obedecerían á Él por único rey y señor. Nadie podía presumir cosa tan contraria á la opinión de los hombres, como era haber de ser la cruz, entonces señal de baldón é ignominia, en breve prenda de consuelo y amor, sino es Dios, que con su acicalada vista penetra y abarca los pensamientos por venir de todos los hombres. Solo Dios podía antever seguramente que la señal de maldición había de hacerse materia de bendición, y arma defensiva y ofensiva contra los enemigos del hombre.

Fuera del milagro y de la profecía, que en la conversión del mundo concurrieron en calidad de instrumentos, la misma conversión y propagación es un hecho de incomparable grandeza, y milagro grandiosísimo, por haberse llevado á remate á pesar de todos los obstáculos que debían haber impedido su ejecución y triunfo. Dice muy bien el P. Maestro León: *Una maravilla es, y maravilla que si no se viera por vista de ojos jamás se creyera, que tan pocos hombres osasen mover contra tantos. Y ya que movieron, otra maravilla es que en viendo el fuego que contra ellos el enemigo encendía en los corazones contrarios, y en viendo el coraje y fiereza y amenazas de ellos, no desistiesen de la pretensión. Y maravilla es, que osase entrar en la majestad de Roma un pobre hombre, y decir á voces en sus plazas della, que eran demonios sus ídolos, y que la religión y manera de vida que recibieron de sus antepasados, era vanidad y maldad. Y maravilla es, que una tal osadía tuviese suceso; y que el suceso fuese tan feliz como fué, es maravilla que vence el sentido... Por manera que aqueste hecho, por donde quiera que le miremos, es hecho maravilloso; maravilloso en el poco aparato con que se principió, maravilloso en la presteza con que vino á crescimiento, y más maravilloso en el grandísimo crescimiento á que vino, y sobre todo ma-*

[1] S. Crisóstomo, *lib. Quod Christus sit Deus*, cap. XII.
[2] Fray Luis de Granada, *Introd. al Símbolo de la fe*, parte quinta, trat. segundo, cap. XXVI.

[1] Is., LX; XLIX. — Dan., IX. — Psalm. CIX. — Mich., IV.
[2] Jo., XII.

ravilloso en la forma y manera como vino. [1]

Nadie ignora que hasta la venida de Cristo el mundo seguía de mal en peor, de abismo en abismo. Ninguno hay que no confiese el brutal envilecimiento á que habían llegado los corazones humanos. Las naciones antiguas hacían infinitas ventajas de moralidad á las posteriores, los orientales á los occidentales, los griegos eran mejores que los romanos, éstos crecían en ser peores. Cantábalo Horacio: [2]

> Ætas parentum pejor avis tulit
> Nos nequiores, mox daturos
> Progeniem vitiosiorem.

Sube el Salvador á los cielos, y la corriente del mal de súbito detiene su curso, vuelve atrás y sube agua arriba hasta casi del todo desaparecer. Este es el milagro. Tronar doce hombres contra errores y vicios y arrancarlos de cuajo, y arrancados plantar allí mismo semillas de verdad y virtud, y plantadas arraigarlas profundamente, y arraigadas producir frutos, y los frutos esparcir suavísimo olor de Cristo, y con la suavidad del olor purificarse aquel ambiente malsano, y purificado trocarse los eriales en amenísimas florestas, que no tuvieran más dueño que el Rey de los cielos, ni más riego que su gracia, ni más cultivadores que sus amadores, ni más deleite que su gloria y amor; esta es la maravilla que agota todos los entendimientos y los deja espantados de tamaña grandeza. Pregunta el P. Granada con la autoridad del glorioso San Agustín: *¿Por qué medio pudieron los apóstoles acabar cosas tan grandes? ¿Si fué por virtud de milagros, ó sin ellos? Si por ellos, claro está que la fe es verdadera, pues Dios con milagros da testimonio de ella, el cual solo los puede hacer. Si decís que sin milagros, negando los milagros habéis de confesar otro mayor milagro. Porque ¿qué mayor milagro que creer los hombres una cosa en que tantas dificultades había para ser creida sin milagros?* [3]

Vengan ahora los enemigos de toda verdad, y dígannos si les parece que el cristianismo fué continuación de la infidelidad que tiranizaba los hombres; dígannos con qué sombra de razón puede ser considerado como desenvolvimiento natural de aquel progreso en el desorden; dígannos y porfíen que el triunfo de la cruz fué un paso dado en las vías de la civilización humana. Nó; no mil veces. *El cristianismo fué un astro resplandeciente que de pronto amaneció en la noche obscura, y destellando rayos vivísimos llenó el mundo de ideas nuevas, de conocimientos superiores á la razón, de energías mucho mayores que las naturales.* [1] D. Emilio Castelar, que parece estar siempre durmiendo en cuanto echa á perder, cuando escribe, la parte racional, puso la mano en este famosísimo hecho, y dijo: *En el advenimiento de Cristo las almas todas de primera magnitud habíanse apartado de los altares paganos, y todos los dioses mayores y menores se morían al hielo de la duda que se cuajaba hasta en las cimas del Olimpo. Sí, la muerte de la religión pagana fué obra de una descomposición interior del paganismo.... Y en este momento supremo llega, para realizar la conjunción divina del espíritu antiguo con el espíritu moderno, el Salvador de los hombres, el prometido á las naciones, el Mesías de los judíos, el Dios único de los filósofos, el Verbo de los alejandrinos, Jesucristo.* [2] El dios olímpico se moría de anemia, el dios platónico florecía robusto: ¿en qué quedamos? Todo se le deshace en las manos al Sr. Castelar.

Con más tiento y juicio escribía el P. Maestro León: *Yo persuadido estoy para mí, y téngolo por cosa evidente, que sola esta conversión del mundo, considerada como se debe, pone la verdad de nuestra religión fuera de toda duda y cuestión, la hace argumento de ella tan necesario, que no deja respuesta á ninguna infidelidad, por aguda y maliciosa que sea; sino que por más que se aguce y esfuerce, la doma, y la ata, y la convence, y es argumento breve y clarísimo, y que se compone todo él de lo que toca el sentido.* Esto dice el P. Maestro Fr. Luis de León. Prosigue amplificando el argumento con su acostumbrada elocuencia, y le reduce después á este compendioso silogismo: *Si Cristo no fué error del demonio, de necesidad se concluye que fué luz y verdad de Dios; porque entre ello no hay medio. Y si Cristo destruyó el sér y saber y poder del demonio, como de hecho le destruyó, evidente es que no fué mi-*

---

1 *Nombres de Cristo: Brazo.*
2 Lib. III, 6.
3 *Introd. al Simb. de la fe*, parte quinta, trat. 2.°, cap. XXV, § 2.

1 Hettinger, *Apol. du christ.*, t. II, chap. XVII.
2 *La revolución religiosa*, prólogo, pág. XLI.

nistro ni fautor del demonio. Humíllese, pues, á la verdad la infidelidad, y convencida confiese que Cristo nuestro bien no es invención del demonio, sino verdad de Dios, y fuerza suya, y su justicia, y su valentía, y su nombrado y poderoso brazo. [1] En esta materia los autores [1] ofrecen cosecha de razones y ancho campo de clarísima exposición.

[1] *Nombres de Cristo: Brazo.*

[1] STATLER, *Certitude de la religion chrétienne*, § 215. —PALEY. *Tableau des preuves du christianisme*, II p., chap. IX. —CARDENAL DE LA LUZERNE, *Dissertations*, III p., chap. II. —WALLON, *De la croyance de l'Évangile.*—FOUARD, *La vie de Notre Seigneur J. C.*, t. II, livre VII.—DONOSO CORTÉS, *Ensayos sobre el catolicismo*, lib. I.—LE CAMUS, *L'œuvre des Apôtres*, 1891, cap. IV. —KURTH, *Les origines de la civilisation moderne*, 1886. —LE HIR, *Études bibliques*, t. II, p. 187.

CAPÍTULO XI.

EL MILAGRO EN LOS PRIMEROS SIGLOS.

ARTÍCULO I.

El milagro, instrumento de propagación en los principios del cristianismo.—Milagros apostólicos.—En ellos se cumplen las promesas de Cristo, aunque no todas.—Una se cumple por excelente manera.—Otros dones resplandecen en los apóstoles.—Discútese la sentencia de los protestantes sobre la continuación del milagro de las curaciones; muéstrase con sus propias razones la continuación de los otros dones taumatúrgicos.—Respuesta á una objeción.

El milagro de que se valió el divino Redentor para sellar su celestial doctrina, demás del vigor que tenía para persuadir á los que le presenciaban, extendió su demostrativa fuerza á la sucesión de las edades, y esparció por todo lugar y tiempo los rayos de su benéfica luz. A la manera que los acaecimientos históricos son tan ciertos ahora como cuando fueron vistos, y tanto ahora como entonces cierran la puerta á las cavilaciones de la humana incredulidad; no de otra manera los milagros, con igual claridad testifican los dogmas hoy que lo hicieron al principio cuando se obraban, y cuando formaron eslabonados entre sí aquella tan fuerte cadena, que no hubo quien no se rindiera á la fuerza de su poderío. Aquellos divinos instrumentos empleados para sembrar en el corazón de los judíos las semillas de la fe, tenían en sí eficacia absoluta para propagarla por el decurso de los siglos, y conservarla fresca y robusta perpetuamente.

Pero quiso Dios, en sus altísimos consejos y mirando por la flaqueza de los hombres, disponer que en los primeros siglos del cristianismo fueran muchos y frecuentes los milagros, sobre cuya firmeza no sólo fuese creciendo el edificio de la cristiana religión, mas aún estribasen los cetros y coronas para más fácilmente rendirse á los pies de los apóstoles. Vistas las maravillas, tantas y extraordinarias, los paganos corridos y confusos, públicamente confesaban, sin poder dar explicación congruente en contra, cuán desmesurado exceso hacía el Dios de los cristianos á sus apocadas deidades. Grande fué la vergüenza de los romanos al oir al mismo Júpiter pregonar á gritos, que los que parecían dioses eran verdaderos demonios y autores de un culto indigno de la divinidad y humanidad. Y mayor aún era la confusión cuando provocados los gentiles por los cristianos á que tomasen la mano saliendo á la defensa de su religión y deidades, no hallaban palabras con que volver por ellas, y atajados y vencidos tragaban en silencio la vergüenza y humillación. De donde ¿qué había de resultar, sino frecuencia de conversiones, acrecentamiento de la fe, ruina de los adoradores idólatras? Estos tres frutos, fortaleza de los cristianos, silencio de los paganos, numerosidad de conversiones, fueron los sucesos más extraños que esmaltaron la historia de los primeros siglos, y resumen los frutos que según la condición de las cosas el milagro había de producir.

Entremos en esta hermosa materia, compendiando antes los milagros obrados por los apóstoles, sin cuento y grandes sobre toda ponderación. Es imposible dignamente narrar la augusta bajada del Espíritu Santo en el día de Pentecostés sobre los apóstoles y las portentosas señales de su solemne aparición. San Pedro y los otros discípulos hablan diversidad de lenguas; [1] San Pedro manda á un cojo de nacimiento en nombre de Jesucristo que se levante y ande, y el cojo obedece y deja de cojear; [2]

[1] Act II, 8.—VIII, 46.

[2] Act. III, 7. Esta curación repentina por singular privilegio corrigió las lesiones óseas, la anestesia plantar, los desórdenes

San Pedro hiere de muerte súbita con una palabra á los dos prevaricadores Ananías y Safira; [1] con la sola sombra de su cuerpo cobran salud toda suerte de enfermos y espiritados; [2] metidos en la cárcel los apóstoles un ángel abre las puertas y los pone en libertad con espanto de carceleros y magistrados; [3] San Felipe cura á cojos, paralíticos, posesos; [4] conviértese el hechicero Simón á vista de tantos prodigios; [5] San Pedro sana á Eneas, paralítico de ocho años; [6] manda á Tabitha difunta que se levante, y la difunta se levanta con vida; [7] San Esteban trae al pueblo fuera de sí con las maravillas y grandes milagros que hace; [8] Agabo profetiza el hambre que después sobrevino en el reinado de Claudio, [9] y la persecución que San Pablo había de padecer en Jerusalén; [10] reciben el dón de lenguas los gentiles convertidos; [11] un angel saca á Pedro de la carcel, abiertas por sí las puertas; [12] á la voz de San Pablo ciega el hechicero Elimas y se convierte el Procónsul; [13] San Pablo y San Bernabé causan espanto en Iconio con la grandeza de sus prodigios; [14] San Pablo sana de improviso á un cojo de nacimiento; [15] libra á una niña endemoniada; [16] ábrense de par en par las puertas de la prisión con grande estruendo, y quedan libres Pablo y Silas, rotas sus cadenas; [17] hablan lenguas y profetizan unos doce recién bautizados, recibido que hubieron al Espíritu Santo por imposición de manos; [18] los pañuelos tocados en la persona de San Pablo obran salud en los enfermos y endemoniados á cuyos cuerpos se aplican; [19] San Pablo restituye el vigor vital al difunto Eutico; [20] San Pablo predice catorce días antes que sobrevenga, una borrasca, y promete buen suceso; [21] sacude una víbora que le tenía asida la mano, sin recibir daño ninguno; [22] libra de fiebre y disentería á Publio gobernador de Malta, con la imposición de manos; [1] en esta isla devuelve la salud á muchos enfermos; [2] hace prodigios en Tesalónica [3] y en Corinto; [4] cuenta á los Romanos los milagros que obró en extender el Evangelio desde Jerusalén hasta Ilírico. [5]

Esta es la suma de las maravillas obradas por algunos apóstoles, según consta en el libro de San Lucas, en la fundación del cristianismo. En ellas son de notar con especialidad tres cosas. La primera, cuán á la letra quedan cumplidas las promesas del Salvador. Cinco fueron las hechas por él á los que creyesen, no contando ahora la vida eterna que después de la temporal les espera. Las cinco promesas, según San Marcos, son las siguientes: lanzar demonios, hablar lenguas nuevas, tomar serpientes, beber venenos sin daño, curar enfermos con imposición de manos; es á saber, dominio sobre los demonios, dominio sobre los idiomas, dominio sobre las fieras, dominio sobre cosas venenosas, dominio sobre las enfermedades; cinco dominios que representan el dominio sobre los reinos natural mineral, vegetal, animal, humano, espiritual, y comprenden el universal dominio encomendado por Dios al poder de los creyentes. Estas promesas hizo el Salvador resucitado estando para subirse al cielo, [6] á los que creyesen en él.

Al principio de su predicación cuando enviaba los apóstoles á predicar, puso en su disposición cuatro facultades: curar enfermos, limpiar leprosos, resucitar muertos, lanzar demonios; [7] facultades, que si con las antedichas se comparan, veremos que el lanzar demonios y curar enfermos son comunes y se repiten en ambos casos, y concluiremos que Cristo las dejó en las manos de los apóstoles al llamarlos á la predicación, y se las renovó al despedirse de ellos para la gloria. Pero la de dar vida á muertos que antes les había confiado no se la ratificó después, así como les añadió al fin la de hablar diversas lenguas; porque como hubiesen ya recibido el privilegio de resucitar muertos, si bien no habían usado de él, pues no consta, así como consta que ejer-

---

gastro-intestinales, la esclerosis medular, la contracción espasmódica del sóleo y gemelos, los dolores fulgurantes, las vueltas imposibles al rededor del eje corpóreo, en una palabra, todos los síntomas anejos á la claudicación inveterada, que sólo con gran paciencia de procedimientos ortopédicos pueden aliviarse, si no curarse del todo.

1 Act. V, 5.
2 Act. V, 15, 16.
3 Act. V. 19.
4 Act. VIII, 7, 8.
5 Act. VIII, 15.
6 Act. IX, 34.
7 Act. IX, 40.
8 Act. VI, 8.
9 Act. XI, 28.
10 Act. XXI, 11.
11 Act. XI, 46.
12 Act. XII, 10.
13 Act. XIII, 11. 12.
14 Act. XIV. 3; XV. 12.
15 Act. XIV, 9.
16 Act. XVI, 18.
17 Act. XVI. 26.
18 Act. XIX, 6.
19 Act. XIX, 12.
20 Act. XX, 10.
21 Act. XXVII, 22.
22 Act. XXVIII, 5.

---

1 Act. XXVIII, 8.
2 Act. XXVIII, 9.
3 I Thessal, I. 5.
4 I Cor. II, 4. 5.
5 Rom. XV. 15.
6 Marc., XVI. 18.
7 Matth., X. 8.

citaron el de curar enfermos y lanzar demonios, [1] no era menester que de nuevo les confiase aquel poder, como les volvió á confiar los otros dos poderes que ya habían ejercitado. De igual conformidad á los setenta y dos discípulos envió ante sí á disponer los pueblos, y los nombró para el cargo de curar enfermos y echar demonios. [2] Así que siete fueron los poderes que Cristo encargó á los suyos, á saber: lanzar demonios, hablar lenguas, domar fieras, beber venenos, curar enfermos, resucitar muertos, limpiar leprosos. [3]

En los *Hechos de los Apóstoles* vemos usados cinco de estos siete privilegios: dos casos de resurrección, tres de dón de lenguas, curaciones sin cuento, expulsiones de demonios sin tasa, amansamiento de la víbora. Que bebiesen venenos mortíferos y limpiasen leprosos no lo dice claramente San Lucas, si bien podemos suponer que junto con curar enfermos librarían algún leproso de su asquerosidad; [4] y también podemos entender que San Pablo entre los innumerables trabajos que padeció, [5] bebería algún mortal veneno sin lesión, dado que expresamente no consta. En conclusión, aunque resplandecieron los apóstoles en el uso de cinco privilegios, no agotaron el caudal de los siete que Cristo encomendó á su fidelidad, pues no pusieron por obra dos de ellos tan esclarecidos y que más adelante habían de campear en los taumaturgos de la Iglesia santa.

Sin embargo, y es la segunda cosa que en los milagros apostólicos se debe notar, una promesa de Cristo muy calificada se llevó á fin en los apóstoles por sorprendente manera. A la gran fe de sus seguidores había asegurado el Redentor el privilegio de hacer mayores maravillas que las que él había hecho, [6] ora se refieran estas palabras á la cantidad y número, ora á la calidad y grandeza de los prodigios. Las gracias de curaciones y conjuros, comunes á todos los apóstoles, fueron en San Pedro y San Pablo tan señaladas, que San Pedro con la sombra de su cuerpo satisfacía á todo linaje de enfermos, y San Pablo con lienzos tocados en su persona desterraba dolencias y lanzaba demonios; maravillas verdaderamente inauditas, que Cristo no ejecutó, pero las antevió y prometió como fruto de la vivísima y acendrada fe de los suyos.

La tercera circunstancia, digna de consideración en los *Hechos Apostólicos* es la abundancia de carismas, visiones y profecías, que en los primeros fieles resplandecían. No anunció el Salvador, ni concedió, ni prometió determinadamente estas maravillosas operaciones, aunque dieron muestras de sí en la Virgen Sacratísima, en San José, en el anciano Simeón, y singularmente en el mismo soberano Redentor, en quien descansaba de lleno en lleno la virtud del Espíritu Santo con la riqueza de todos sus dones; pero ya que Cristo no las prometiera por sí á ningún apóstol, dió seguridad á todos con palabras misteriosas en el discurso de la cena [1] y en otras ocasiones, que su soberano Espíritu moraría con ellos hasta la consumación de los siglos, que los enriquecería con la largueza de ilustres carismas, que haría público y portentoso su nombre, y que lo que entonces no alcanzaba la rudeza de ellos lo verían á ojos vistas ejecutado con pasmo suyo y de otros.

Puntualmente vemos en el libro de los *Hechos* puesta en acción con gran colmo la asistencia del Espíritu Santo, y comunicado á los fieles el raudal de celestiales favores. San Pedro en el primer sermón que hizo, refiere la profecía de Joel, que tenía á la sazón cumplimiento con efectos admirables, comprendidos por San Lucas en breves cuanto significativas palabras; San Esteban ve al Señor Jesús antes de padecer martirio; un ángel encamina á Gaza á San Felipe, y el Espíritu de Dios le manda que se junte á la carroza del etíope; Saulo camina por pasos contrarios, merced á una visión de Cristo; San Pedro tiene otra visión misteriosa, que le simboliza la gentilidad; Cornelio es encaminado por un ángel; otro ángel saca libres á los apóstoles, y después á San Pedro de la cárcel; Agabo, y las hijas del diácono Felipe, rompen en profecías; un ángel avisa y alienta á San Pablo; Cristo habla de noche en visión al mismo apóstol. En esta suma de favores [2] es de notar cómo el dón de profecía revelaba, sin dar tiempo, pensamientos divinos, llenando las men-

---

1 Luc., IX. 6.—Marc., VI, 13.
2 Luc., X, 9, 19.
3 Matth., X, 8.
4 Act. V, 15, 16; XXVIII, 9.
5 II. Cor. XI, 23, 28.
6 Majora horum faciet. Jo. XIV, 2.

1 Jo., XIII, 32; XVI, 14; XVII, 1, 5.
2 Act., II, 16.—ib. VII, 55.—VIII, 26.—IX, 4.—X, 11.—X, 30.—XI, 28.—XII, 16.

tes con plenitud de ilustraciones que se dirigían á mover las almas al amor y conocimiento de Cristo; en tanto que las visiones y apariciones eran influencias secretas con que Dios promovía los triunfos y la propagación de la fe. La magnificencia de todos estos carismas redundaba en alabanza y gloria del divino Salvador, cuyo nombre era por todos los pechos loado y engrandecido.

De aquí podemos inferir que el tesoro de dones concedidos á la primitiva Iglesia por el Espíritu de Cristo, fué inmenso y de imponderable fruto. Señorío universal, dominio sobre las leyes físicas, imperio en toda la naturaleza criada: inmensidad de poder puesta en manos de los apóstoles y de los primeros fieles. Sin embargo, algunas facultades comunicó el Salvador á sus discípulos, y no consta que por sus manos pasase la ejecución de ellas; y porque Dios de sus dádivas jamás se arrepiente, ni encoge la mano que generoso abrió, fuerza es confesar que al Espíritu Santo pertenece hacer ostensible en los siglos posteriores la excelencia de sus liberalidades, cuándo y en quién le dé más gusto. Las más frecuentes demostraciones del divino poder consistieron en este primer siglo en curaciones, expulsiones, visiones; tres suertes de gracias que fueron las principales que ayudaron á la fundación del cristianismo, y que parecen haber autenticado la verdadera Iglesia con sello particular. En todos los siglos, hasta el nuestro, veremos campear la nobleza de estos tres privilegios y señalar por legítima la Iglesia en cuyas manos se depositen, y la continuación de ellos indicará la prosecución de la obra del Espíritu Santo, sin que quepa lugar á fraude, á impostura, á mera credulidad. Y si con estos tres excelentes dones se acompañan las otras maneras de milagros que el Salvador prometió á la fe de sus discípulos, resurrecciones de muertos, lenguas peregrinas, amansamiento de fieras, limpieza de leprosos, bebidas de venenos y otros actos de dominio sobre la naturaleza sensible; si estas manifestaciones resplandecen de tarde en tarde en la Iglesia, ya que no con aquella frecuencia que las expulsiones, curaciones y visiones, no quedará rastro de duda sino que la Iglesia que su ejercicio posea, es la verdadera y única Esposa del Espíritu Santo.

Dejemos este punto aquí asentado, y hagamos una breve pausa para controvertir, pues viene muy á propósito, una opinión de ciertos protestantes modernos, y acabará su discusión de poner en toda claridad el dón de milagros que en el libro primero se trató. En una obra escrita con copia de doctrina, [1] examinando A. J. Gordon el texto de San Marcos arriba citado, [2] enseña que prometió Cristo el dón de milagros á los que creyeren, de igual manera que al que creyere y fuere bautizado prometió la salvación. Concluye Gordon de su discurso, que el dón de curaciones no se ofrece á solos los apóstoles, sino á todos los que tuvieren la fe de Cristo, *no solamente á los discípulos del Señor, mas también á los discípulos de los discípulos del Señor*, como interpreta Bullinger, que también es protestante; [3] de manera que mientras permanezca en pie la promesa de salvarse los hombres por la fe y el bautismo, tendrá Cristo empeñada su palabra de autorizar los milagros, como quiera que *la incredulidad sea la razón final y más importante de acabarse los milagros*, en expresión de otro protestante. [4] Con más claridad y resolución comenta el anglicano Stier el pasaje citado. *Ambas cosas*, dice, *nos concede el Señor indefinidamente, la salvación y los milagros, á cuenta de la fe: ¿dónde se dice que la salvación esté prometida á los cristianos de todo siglo, y que los milagros que van con la fe, solamente sean privilegio de los cristianos del primer siglo?* [5]

No es nuestro intento en la disputa con dichos protestantes examinar los quilates de sus razones. Pasemos por ellas, y hagamos asiento en la tesis que intentan probar, reducida á sostener cómo los milagros deben durar con vigor sin menoscabo en la Iglesia de Dios, y no limitarse á siglo determinado, contra lo que pretenden otros muchos protestantes, que van refutados en el libro I, cap. XII. No tratamos de mover dificultad contra la distinción entablada por Gordon, sobre que la promesa de la vida eterna es personal y conforme á la disposición de cada individuo, en tanto que *la promesa de los milagros se hace á la fe del cuerpo* de la Iglesia, en cuanto es cuerpo de Cristo. [6] No todos los fieles hacen milagros en la

[1] *The ministry of Healing*, 1886.
[2] XVI, 17, 18.
[3] Ibid., p. 27.
[4] CHRISTLIEB, *Modern Doubt*, p. 336.
[5] GORDON, Ibid., p. 31.
[6] Ibid., p. 32.

Iglesia; pero este y otros dones son propiedad de ella en cuanto corporación, *porque la Iglesia es el cuerpo de Cristo, y para mostrar que tiene unión con su Cabeza, ha de hacer las cosas que hizo Él, así como dice las cosas que dijo Él.* [1] De su razonamiento saca el doctor inglés que el alegado texto persuade la permanencia, hasta el fin, de los dones taumatúrgicos, y que no siendo justo se cometa á cada fiel el uso de tantos privilegios, pero por ser cada uno miembro de tan perfecta sociedad, no se le puede excluir de la posibilidad de gozarlos, como arguye otro protestante, Roger Williams. [2] Confirma Gordon su intento con la explanación del texto de San Juan, [3] en donde Cristo da firmados de su nombre milagros mayores que los suyos propios al que creyere en Él, y por esto añade la razón, *porque Yo voy á mi Padre.* Palabras grandiosísimas; las cuales muestran con evidencia, que como la Iglesia de Cristo había de crecer, y cual grano de mostaza hacerse árbol prócer y frondosísimo y colmarse de frutos de santidad; así las dispensaciones del Espíritu de Cristo no habían de quedar estancadas y reducidas al corto espacio de la era apostólica. El añadir Cristo *porque Yo voy á mi Padre,* significa que dejaba á sus apóstoles libre de riesgo el dominio universal sobre todas las cosas criadas en beneficio de la fe, por cuanto la palabra indefinida *majora horum faciet*, requiere para su verificación un poder ilimitado y universal; poder que Cristo afianzaba con todas las seguridades y resguardos, y que en su ausencia había de franquear con perfecta comunicación su soberano Espíritu morando en la Iglesia hasta el fin de los tiempos. *A la manera que los discípulos estaban á la sombra del personal ministerio de Cristo, así nosotros estamos bajo el personal ministerio del Espíritu Consolador.* [4]

Estas razones, expuestas por Gordon, é indicadas en el libro primero (cap. XII), han movido á varios protestantes, [5] á tener por averiguada la continuación de muchas suertes de milagros en la Iglesia de Dios. Otros por el contrario [1] se obstinan en que tan solamente el dón de curaciones floreció en el decurso de los tiempos, y que las otras suertes de milagrosos dones tuvieron sólo cabida en la edad apostólica en que Dios les puso término. A probar esta posición endereza Gordon las razones antedichas; que si bien se consideran, borran la raya y levantan los límites á toda suerte de poderes taumatúrgicos, y no tan sólo á las curaciones. Hace Gordon hincapié con especial cuidado en aquel texto de Santiago, [2] en que la Iglesia católica entiende la institución del Sacramento de la Extrema Unción, y en donde Gordon [3] con Lange [4] descubre la institución del dón de curaciones milagrosas por la oración de los fieles, dando por razón que las instituciones, doctrinas y dispensaciones establecidas por Cristo no han sido abrogadas ni alteradas en su Iglesia. No entremos en contienda con el doctor anglicano sobre si se contiene ó no se contiene institución de la facultad taumatúrgica en el citado texto; pero certificamos á Gordon que si las palabras de Santiago le autorizan para perpetuar el dón de curaciones, las del divino Salvador, arriba por él alegadas, le obligan forzosamente á extender sin tasa ni medida por la amplitud de todas las edades los dones de resucitar muertos, de hablar lenguas, lanzar demonios, amansar fieras, y demás que en las promesas de Cristo se contienen. Aquí es donde el doctor muestra la flaqueza del terreno que pisa. Asienta que en ningún lugar de la Escritura está prometida la facultad de resucitar cadáveres al privilegio de la fe; y atajado por el texto de San Mateo, [5] resuelve que tales facultades fueron confiadas á la voluntad de los *doce* especificadamente con encargo temporal; [6] al revés, el dón de curar se pone en manos de *todos* los creyentes (to all believers). Pero San Pablo no fué de los doce, y resucitó un muerto, [7] y echó demonios, [8] y tomó la víbora sin daño; [9] ni San Esteban era de los doce, y hacía grandísimos milagros; [10] ni San Bernabé era de los doce, y no consistían en

[1] Ibid., p. 33.
[2] *Experiments of Spiritual Life and Health.*
[3] XIV, 2
[4] Ibid., p. 54.
[5] Tomás Erskine, *Letters*, p. 408. — *Brazen Serpent*, p. 203. — Horacio Bushnell, *Nature and the Supernatural*, p. 480. — Tomás Roys, *The Christian Dispensation miraculous.* — Newman, *Two Essays*, 1885, chapt. IV.

[1] Eduardo Irving, *Works*, V, p. 460. — Godet, *Defense of the christian faith*, p. 208. — Christlieb, *Modern Doubt*, p. 321.
[2] Ep. V, 14, 15.
[3] Ibid., p. 38.
[4] *Comment.*, in Marc., VI.
[5] X, 8.
[6] But this command was given specifically to the twelve, and in a temporary commission, ibid., p. 64.
[7] Act. XX.
[8] Act. XVI, XIX.
[9] Act. XXVIII.
[10] Act. VI, 8.

solas curaciones [1] las maravillas que obraba.

Además fatígase Gordon por demostrar cómo las curaciones pertenecen á la obra de la Redención, y que por eso abundan en el ministerio de Cristo y de sus discípulos, pero porfía que los otros milagros son propiedad exclusiva de Cristo, y por eso no los hallamos perdurables en hecho ni en promesa. [2] Vana argucia; también las resurrecciones, las expulsiones de demonios, el dón de lenguas y otros tienen su parte redentiva y se encaminan á contrastar el efecto del pecado que es la muerte, el instigador del pecado que es el demonio, las consecuencias del pecado que son la ignorancia é idolatría; y según el raciocinio de Gordon deberán conservar su noble condición sin mengua cuanto durare la Iglesia, que es la designada para aplicar á los hombres la redención del Señor.

Más adelante concede el anglicano, que los dones de profecía y de lenguas no estuvieron encerrados en los confines de la edad apostólica, sino que reinaron en más dilatados siglos. Si esto de buen grado concede, ¿cómo no advierte que San Pablo entre la gracia de curaciones y el dón de profecías cuenta la virtud de los prodigios, [3] sin descuidarse de advertir que el Espíritu Santo reparte estas mercedes según su divina voluntad? El dón de curar y la operación de virtudes son dos privilegios entre sí muy diferentes, y á muy diversas personas concedidos, según San Pablo, y entran en la cuenta de los nueve que el apóstol aquí señala entre las gracias gratis datas. La gracia de hacer milagros se divide en gracia de sanidad y en operación de virtud, como enseñan los doctores teólogos, [4] porque discurren que si los milagros tienen por blanco mostrar el divino poder y confirmar con su demostración las cosas de la fe, la gracia de curaciones es parte de la gracia general de hacer milagros y abraza los casos de salud recobrada sin aplicación de remedios proporcionados, así como la operación de virtudes (ἐνεργήματα δυνάμεων) comprende todas las otras derogaciones efectuadas en el hombre ó en los otros seres dentro del orden sensible. San Pablo no pone cotos á las profecías, curaciones, resurrecciones, ni á otra suerte de obras milagrosas, ni las limita á personas, á lugares, á tiempos; ¿qué razón hay para que el inglés Gordon les haga sus rayas y les señale por límite el primer siglo, y después deje correr sin término por la perpetuidad de los tiempos las profecías y curaciones, que son, tanto como las demás gracias, prendas del origen celeste de la verdadera Iglesia? La largueza del Espíritu Santo más se había de explayar que encoger en el decurso de las edades, conforme á las promesas de Cristo. [1]

Cualquiera lector que vea el poco respeto que tiene Gordon con las opiniones anglicanas sobre la continuación de los milagros á través de los siglos, pensará que el escritor inglés va á romper sin miedo con todos sus correligionarios, y que viene á salir á campo abierto y á cielo despejado por una senda nueva que le aproxime á la banda de los católicos. Mas nó; perder un anglicano la animosidad y audacia contra el catolicismo, sería milagro de primera clase. A todo se arroja, á todo se aventura, aún olvida su propio temor y condición, á trueque de atropellar la verdad. Hereje es, y la herejía es campo de división, la babel de las confusiones. Tomemos otra vez en las manos el libro de Gordon. El reinado de Constantino es, en boca de los protestantes, el tiempo crítico en que acabada la edad de oro, empieza la de hierro en la Iglesia de Dios. Al asomar el siglo IV *á la pureza y sencillez de las manifestaciones sobrenaturales suceden los groseros y espurios tipos que caracterizan la Iglesia de la Edad media*. Al expresarse Gordon así, muestra seguir el dictamen de los suyos, [2] y declara que la Iglesia dejando de servir al Rey del cielo, y siendo avasallada por reyes terrenos, no es mucho perdiera el lustre de tan excelentes gracias, y que en vez de curaciones alcanzadas por la oración de la fe, veamos curaciones hechas por contacto de huesos y cintas. [3] Remata sus ponderaciones con esta no pensada noticia: *Donde quiera que ocurre una restauración de la antigua fe y de la apostólica simplicidad, allí encontramos la existencia de aquellos castizos y evangélicos milagros, que califican la edad apostólica... Valdenses, Moravos, Hugonotes, Confederados, Baptistas, Metodistas, todos ellos poseen milagros en sus ana-*

---

[1] Act. XIV, 3. —XI, 24.
[2] Ibid. p. 64.
[3] I Cor. XII, 7, 11.
[4] Santo Tomás, 2.ª 2.ae, q. CLXXVIII, a. I. — Salmant., *Arbor prædic. virtut.* § 17. — Suarez, *De gratia*, Proleg. III, cap. V.

[1] Act. I, 9.—Jo., XIV, 12.
[2] Ibid., p. 76.
[3] Ibid., p. 77.

les. [1] Estas palabras dejarán al atento lector tan sobresaltado como confuso. Siguiendo el razonamiento de Gordon, cualquiera esperaba ver con qué gallardía el autor inglés extiende las velas de su erudición enumerando las curaciones milagrosas continuadas desde principios del siglo III hasta el siglo XII, en que se presentan los Valdenses en el campo de la Iglesia; pero queda uno mil veces atónito al ver que Gordon pasa volando por nueve siglos sin llenarlos con milagros de curaciones y sin apoyar la osadía de su sistema en los anales de la historia, que debía ser su principal apoyo. Y sobrepuja toda extrañeza la prisa que lleva, y cómo nos deja á obscuras en los siglos XIII, XIV, XV, XVI, cuando levantaron bandera los Moravos, y rompe con singular silencio aquella cadena de curaciones portentosas que poco ha nos dijo habían florecido con firmeza en todos los siglos de la verdadera Iglesia hasta el nuestro. No discurre el anglicano á lo teólogo, ni á lo filósofo, ni á lo científico, discurre á lo saltabancos, deja los asertos destituídos de pruebas, y da por hechos históricos razones de congruencia en un asunto que entra de suyo en la jurisdicción de la historia. En el libro siguiente examinaremos las proezas de los herejes citados por Gordon.

Pero quede concluído contra los protestantes, que las prerogativas de los milagros no relucieron en los Apóstoles tan sólo, ni quedaron limitadas á los tres primeros siglos con exclusión de los siguientes; en el terreno teológico está fuera de controversia esta conclusión. Conviene repetir aquí contra otro yerro de los protestantes, que los dones gratuitos de Dios no se confieren á cristianos determinados distinguidos por su categoría ó dignidad en la Iglesia, sino á los creyentes sin diferencia de clases y condiciones. Según las promesas de Cristo, el privilegio de los milagros es gala que ennoblece á los fieles, por razón de su fe, no á los predicantes ó doctores por razón de su ministerio. No es el dón de milagros una gracia que se comunique por via de institución, ni por imposición de manos, ni en virtud de orden jerárquico; no se da por la mano de la Iglesia, aunque sea ornamento de la Iglesia. No hay en la Iglesia Santa sucesión jerárquica de taumaturgos, como la hay de ministros, que desde San Pedro corre por los vicarios de Cristo hasta el último clérigo; no proceden los dones de gracias gratis datas como los dones de santificación, y lo llevamos expuesto largamente en el libro primero. No pocos protestantes han errado torpemente, imaginando que los católicos hacemos hacienda nuestra el dón de milagros, y que con tanto artificio le damos perpetuidad, que establezcamos sucesión regular, ejercicio permanente, transmisión determinada, por imposición de manos, para por estos trámites eternizar en la Iglesia el *poder estable (standing power)* de operaciones milagrosas. No es este el primer testimonio que nos levantan los herejes. Nó; en la Iglesia de Dios nunca existió sucesión regular de individuos encargados por oficio de ejercitar estos dones; ni á los antiguos Profetas ni á los Apóstoles de Cristo les fué cometida facultad de nombrar taumaturgos. Después de la Ascensión del Salvador á los cielos el Espíritu Santo quedó absoluto administrador y comunicador exclusivo de tales mercedes, y las confiere á quien quiere, cuando quiere, como quiere, por el tiempo que quiere, en gloria y provecho de su amada Esposa la Iglesia.

Antes de proseguir el camino, insistamos en el sofisma de otro linaje de protestantes. *Los Padres*, dice Middleton, *declaran en general que estas prerogativas reinaban en su tiempo, que ellos habían presenciado sus asombrosos efectos, que cualquiera podía haberlos también visto; pero omiten las condiciones de las personas que los hacían, y en vez de especificar nombres, circunstancias, señales, su ordinario estilo es decir: tales y tales cosas acaecieron entre nosotros, ó fueron hechas por nosotros, por nuestra gente, por pocos, por muchos, por legos, mujeres, niños, simples cristianos.* [1] Esta queja, tocada en el libro anterior, se desvanece fácilmente, notando que los Santos del Nuevo Testamento, como advierte Benedicto XIV y lo dijimos en su lugar, obraron menos milagros en vida que después de muertos, al revés de los Santos del Viejo Testamento, que no los necesitaban para ser canonizados, como los necesitan los del Nuevo para serlo, resultando de aquí que sus reliquias y sus se-

[1] Ib., p. 78.

[1] *Inquiry on miracles*, p. 22.

pulturas han sido teatros de famosísimos hechos. Ni era razón que en vida tomasen sobrenombre de taumaturgos, especialmente que á fuer de humildes hacían á Dios autor, como en hecho de verdad lo es, de las hazañas prodigiosas efectuadas por sus manos; y si bien claramente conocían que de sus personas se servía la divina majestad como de instrumentos, quitados los ojos de sí poníanlos en solo Dios. Muertos ellos, sus discípulos ó devotos, después de ver confirmada la singular predilección que el Señor con sus siervos había usado, recogieron aquella suma de favores y los publicaron como prendas de milagroso poder. Pero sería torpeza afirmar que al hacer milagros los Santos, no entendían ser ellos los taumaturgos, cuando oraban, invocaban el nombre de Jesús, avivaban la fe y hablaban con invencible confianza.

Mas el no particularizar los historiadores nombres, lugares, tiempos, demuestra que se hacían en verdad milagros. Los que los ponían por escrito hablaban lisamente de cosas notorias y no dudosas, no con intento de apacentar la curiosidad de los venideros, sino de edificar á los contemporáneos, y por esta causa no cuidaban ni les era forzoso confrontar testimonios, copiar documentos, añadir capítulos de piezas justificativas, que convenciesen á los hombres de nuestro siglo; y por el mismo caso habían de emplear en su relación el lenguaje vago y compendioso que usan, cuya sencillez en nada se diferencia de las narraciones evangélicas ó de los *Hechos apostólicos*. Si los narradores de milagros escribieron como era razón que escribiesen, y no trataron con largo y menudo discurso como no convenía tratasen, vana es la acusación puesta por los protestantes para hacer sospechoso el proceder de los antiguos.

ARTÍCULO II.

Pruébase directamente la copia de milagros en los primeros siglos.—Expulsiones de demonios.—Los apologistas defendían 1.º que los demonios vejaban los cuerpos; 2.º que los dioses eran demonios; 3.º que dioses y demonios eran vencidos por el nombre de Jesús. —Testimonios de los Santos Padres, griegos y latinos. —Demuestran la continuación de los otros dones los mismos escritores eclesiásticos.

Tiempo es ya de venir á los milagros presenciados por la Iglesia después de la edad apostólica, que fueron comunes en aquellos primeros siglos. Lugar de preferencia merecen los exorcismos; combátenlos con gran porfía los racionalistas y los protestantes, por la ojeriza que con el demonio tienen. Propongamos antes la tesis general, por los escritores eclesiásticos de aquel tiempo defendida, y trasladaremos después sus dichos en confirmación de tan interesante materia.

Toda la fuerza de sus ingenios empleaban los apologistas en demostrar á los paganos que los dioses de los templos eran demonios, enemigos del verdadero Dios, porque descubierta la substancia de esta verdad le llegaba el desastre y destrucción al culto del paganismo, que se reducía á la adoración de los dioses. No con razones especulativas, sino con hechos inconcusos hacían los cristianos palpable á los gentiles el vigor de sus raciocinios y lo inevitable de las consecuencias. La traza fué de esta manera. La acción diabólica en los cuerpos humanos era el artificio más común que el enemigo de Dios, Lucifer, usaba en aquellos siglos para arredrar al hombre de la verdadera religión. Dios con darle licencia permitía al maligno tentativas que hiciesen más patente la verdad de las cosas, y mostrasen á vista del mundo por una parte la flaqueza del que era tenido por fuerte, y por otra la fortaleza insuperable del divino Redentor. Por más de dos siglos este fué el arbitrio general que Dios empleó para acrecentar la sociedad de los creyentes. El designio de los Santos Padres y apologistas cristianos consistía en cargar la mano, y mostrar cómo la virtud de Cristo ahuyentaba y avasallaba los demonios con su incontrastable poder.

Presentemos á la consideración de los adversarios los testimonios de la antigüedad, que abonan este aserto. San Ignacio mártir: *La señal de la cruz es un trofeo contrario á la virtud del príncipe de este mundo: al verla se espanta, y en oyéndola teme.* [1]— S. Justino: *Por el nombre del Hijo de Dios, que nació de la Virgen, padeció debajo de Poncio Pilato, fué crucificado, y muerto y subió á los cielos, cualquier demonio conjurado es vencido y puesto debajo de los pies* (νικᾶται καὶ ὑποτάσσεται). *Y si le conjuráis en el nombre de algún rey vuestro, justo, ó profeta, ó patriarca, ningún demonio obedece* (οὐχ ὑποταγήσεται οὐδὲν τῶν δαιμονών); *si le conjura-*

[1] Signum trophæum est contra principis mundi virtutem, quod videns expavescit, et audiens timet.

seis por el Dios de Abrahan, de Isaac y de Jacob, tal vez se sometería [1] *Por vista de ojos podéis convenceros del poder de Cristo. A muchos hombres veréis agitados por los demonios en todo el orbe y en esta vuestra ciudad; los cuales no habiendo sido curados por todos los ensalmos, conjuros y medicina de los encantadores, lo han sido por nuestros cristianos con el solo nombre de Cristo crucificado, y lo son todavía, arrojados y quebrantados los demonios que tenían presos á los hombres.* [2] En el diálogo con Trifon dice también: *Al poder del nombre de Cristo temen y tiemblan los demonios, y en el día de hoy conjurados por el nombre de Jesucristo crucificado obedecen y se rinden.* [3]—S. Ireneo: *Otros arrojan demonios con fortaleza y verdad, y los libres de malos espíritus muchísimas veces abrazan la fe y se hacen de la Iglesia. Otros tienen presciencia de las cosas futuras y visiones y anuncios proféticos. Otros á los que padecen enfermedad los sanan y restituyen á la salud por imposición de las manos.* [4]—Orígenes: *Aun los magos pronuncian el nombre de Jesús y desbaratan y ahuyentan al demonio.* [5] —Tertuliano: *A los demonios no sólo los tenemos en poco, pero los atamos y debelamos, y á cada paso los ponemos á la vergüenza y los arrojamos de los hombres, como es cosa notoria á muchísimos.* [6] En el cap. IV refiere en particular varios casos de curaciones milagrosas acaecidas en personas principales. En otra parte dice: *Preséntese en vuestros tribunales un hombre poseido del demonio; mande un cristiano al demonio, y se confesará tan demonio hablando verdad como se confiesa dios en los ídolos hablando mentira. Preséntese también alguno de los adivinos y encantadores, el mismo Esculapio fabricador de medicinas, que cura, dicen, tantos enfermos; si delante de un cristiano no confiesan que son todos ellos demonios, derramad ahí mismo la sangre de aquel cristiano provocador. ¿Hay cosa más clara? ¿Queréis prueba más digna de fe? Ahí tenéis delante de vosotros la sencillez de la verdad: ¿qué sospecha puede infundiros lo que con desnuda sinceridad se os entre por los ojos?* [1] —Minucio Félix más claramente lo expresa diciendo así: *Los demonios están ocultos en las estatuas y en las sacras imágenes... Asentados están en el adoratorio, y allí inspiran á los profetas, mueven las fibras de las víctimas, dirigen el vuelo de las aves, ordenan las suertes, dan oráculos mezclando verdad y mentira... Deslízanse en el cuerpo secretamente porque son espíritus sutilísimos: allí fingen enfermedades, amedrentan el ánimo, revuelven el cuerpo, y luego haciendo creer que han obrado curaciones fuerzan á los hombres á que los adoren...* Y añade este autor: *Muchos de vosotros saben que los demonios declaran todo esto, cuando con nuestras palabras los atormentamos: de suerte que Saturno, Serapis, Júpiter y todos los dioses que vosotros adoráis, confiesan lo que son, y declaran que son demonios.* [2]

---

1 *Dialog. cum Triphone Judæo*, 85.

2 καὶ ἔτι νῦν ἰῶνται καταργοῦντες καὶ ἐκδιώκοντες τοὺς κατέχοντας τοὺς ἀνθρώπους δαίμονας. — *Apolog.*, lib. II, 6.

3 τήν τοῦ ὀνόματος Χριστοῦ ἰσχὺν καὶ τα δαιμόνια τρέμει, καὶ σήμερον ἐξορκιζόμενα κατὰ τὸ ὄνομα Ἰησοῦ Χριστοῦ τοῦ σταυρωθέντος ὑποτάσσεται.

4 Alii dæmones excludunt firmissime et vere, ut etiam sæpissime credant ipsi qui mundati sunt a nequissimis spiritibus, et sint in Ecclesia; alii autem et præscientiam habent futurorum et visiones, et dictiones propheticas; alii autem laborantes aliqua infirmitate per manus impositionem curant et sanos restituunt. l. II, cap. XXXII; lib, V, cap. VIII.

5 ὑπὸ φαύλων ὀνομαζόμενον ἀνύειν. — *Contra Cels.*, lib. I, 6, 25, 46, 67; lib. II, 8; lib. III, 23, 27; lib. VII, 4, 67.

6 Dæmones non tantum respuimus, verum et revincimus, et quotidie traducimus et de hominibus expellimus, sicut plurimis notum est. *Ad Scapulam*, cap. II.

1 Edatur hic aliquis sub tribunalibus vestris, quem dæmone agi constat. Jussus á quolibet christiano loqui spiritus ille, tam se dæmonem confitebitur de vero, quam alibi deum de falso. Æque producatur aliquis ex iis qui de Deo pati existimantur, qui aris inhalantes numen de nidore concipiunt, qui ructando curantur, qui anhelando profantur. Ista ipsa Virgo cœlestis (Juno) pluviarum pollicitatrix, iste ipse Æsculapius medicinarum demonstrator, alia die morituris..... nisi se dæmones confessi fuerint, Christiano mentiri non audentes, ibidem illius christiani procacissimi sanguinem fundite. ¿Quid isto opere manifestius? quid hac probatione fidelius? simplicitas veritatis in medio est: virtus illi sua assistit; nihil suspicari licebit. Magia aut aliqua ejusmodi fallacia fieri dicetis, si oculi vestri et aures permiserint vobis. Quid autem inniti potest adversus id quod ostenditur nuda sinceritate? Si altera parte vere dei sunt, cur sese dæmonia mentiuntur? an ut nobis obsequantur?..... Si altera parte dæmones sunt vel angeli, cur se alibi pro diis agere respondent?... Adeo nulla est divinitas ista quam tenetis, quia si esset neque á dæmoniis affectaretur, neque á diis negaretur.» — *Apolog, adv. gentes*, cap. XXIII. — *Ad Scapulam*, cap. II, IV. XXVII.

2 Isti igitur impuri spiritus, dæmones, ut ostensum a magis, a philosophis, et a Platone, sub statuis et imaginibus consecrati delitescunt, et afflatu suo autoritatem quasi præsentis numinis consequuntur, dum inspirant interim vatibus, dum fanis immorantur, dum nonnumquam extorum fibras animant, avium volatus gubernant, sortes regunt, oracula efficiunt falsis pluribus involuta. Nam et falluntur et fallunt, et ut nescientes sinceram veritatem, et quam sciunt in perditionem sui non confitentes. Sic a cœlo deorsum gravant, et a Deo vero ad materias avocant, vitam turbant, omnes inquietant, irrepentes etiam corporibus occulte ut spiritus tenues morbos fingunt, terrent mentes, membra distorquent, ut ad cultum sui cogant; ut nidore altarium, vel hostiis pecudum saginati remissis quæ contrinxerant curare videantur. Hi sunt et furentes quos in publicum videtis excurrere; vates et ipsi in templo sic insaniunt, sic bacchantur, sic rotantur. Par et in illis instigatio dæmonis, sed argumentum dispar furoris. De ipsis etiam illa quæ

Si el ardid de Satanás estribaba en ponerse máscaras con que mentirse divino, y la torpeza de los gentiles en porfiar que sus ídolos eran verdaderos dioses, prudencia de los cristianos fué esforzarse en desenmascarar á Satanás y en hacerles ver que sus dioses eran demonios. San Cipriano, escribiendo á Demetriano de qué manera debe un Obispo romper el silencio en defensa de su grey, contra un personaje que amenazaba con destierro y suplicios á los fieles, expone lo que pasaba con frecuencia en los conjuros y exorcismos: *¡Oh! si quisieras verlos y oirlos cuando los conjuramos y castigamos con azotes espirituales, y con tormentos de palabras los echamos de los cuerpos, cuando lamentándose y gimiendo con voz humana, y sintiendo los látigos de la divina potestad confiesan el juicio futuro! Ven, y verás cuánta verdad te decimos. Y porque dices que adoras á los dioses, ó cree á los que adoras, ó si quisieres creerte á ti propio, de ti hablará, oyéndolo tú, el que posee tu pecho, y que te cegó el entendimiento con las tinieblas de la ignorancia. Verás cómo nos ruegan á nosotros los que tú ruegas, nos temen los que tú temes, tiemblan y están maniatados ante nosotros los que tú adoras y tienes por señores. Podrás quedar avergonzado de tu error cuando veas y oigas que son tus dioses, y descubren con nuestras preguntas su ruín condición, sin que les sean de provecho sus embaimientos y embustes.* [1] En el libro *De la Vanidad de los ídolos* viene á repetir casi por su orden las palabras arriba citadas de Minucio Félix.

Arnobio dice: *¿Por qué en mentando el nombre de Cristo han de espantarse? por qué han de aborrecer á sus discípulos y tenerlos por enemigos?* [1] En otra parte añade: *El nombre de Cristo pronunciado ahuyenta los malos espíritus, impone silencio á los oráculos, quita el consejo á los arúspices, hace vanas las acciones de los arrogantes magos; no porque tengan horror al vocablo, sino por la virtud de mayor potestad.* [2]—Prudencio cantaba también: *Es Apolo atormentado por el nombre de Cristo, sin poder sufrir los rayos del Verbo: tantas son las palabras que agitan al miserable, cuantos son los milagros que se hacen á honra de Cristo.* [3]

Es muy ordinario en los enemigos del cristianismo considerar los dioses del paganismo como si fueran invenciones de la humana credulidad, y tomar la religión pagana por una farsa de fantásticas representaciones sin cosa real que á ellas respondiese. Cuán falsa suposición sea ésta lo evidencian los Padres de los primeros siglos, cuando prueban con claridad que los dioses paganos eran los demonios del infierno. Lactancio enseñó que los demonios habían instituido diversas maneras de culto según los diversos países, dándose renombres de reyes antiguos, con intento de disimularse más fácilmente y de ganar adoradores. [4] Igual dictamen había expuesto el teurgo Porfirio, como consta en Eusebio [5], atribuyendo á los dioses la institución de sacrificios, estatuas, ritos y ceremonias sagradas. [6] El mismo apologista demuestra que los dioses no hacían mal sino á los que los temen; á los justos y cristianos más bien los temían, porque experimentaban el peso de su mano. *Azotados por sus palabras como por láti-*

paulo ante tibi dicta sunt. Hæc omnia sciunt pleraque pars vestrum, ipsos dæmones de semetipsis confiteri quoties a nobis et tormentis verborum, et orationis incendiis de corporibus exiguntur. Ipse Saturnus, et Serapis, et Jupiter et quidquid dæmonum colitis, victi dolore quod sunt eloquuntur: quid utique in turpitudinem sui, nonnullis præsertim vestrum assistentibus, mentiuntur. Ipsis testibus esse eos dæmones de se verum confitentibus credite. Adjurati enim per Deum verum et solum, inviti miseris corporibus inhorrescunt: et vel exiliunt statim, vel evanescunt gradatim prout fides patientis adjuvat, aut gratia curantis aspirat. Sic christianos de proximo fugitant quos longe in cœtibus per vos lacessabant.—*Octavio*, cap. XXVII.

[1] O si audire eos velles et videre quando a nobis adjurantur et torquentur spiritalibus flagris, et verborum tormentis de obsessis corporibus ejiciuntur, quando ejulantes et gementes voce humana et potestate divina flagella et verbera sentientes venturum judicium confitentur! Veni et cognosce vera esse quæ dicimus. Et quia sic deos colere te dicis, vel ipsis quos colis crede, aut si volueris et tibi credere, de te ipso loquetur audiente te qui nunc tuum pectus obsedit, qui nunc mentem tuam ignorantiæ nocte cæcavit. Videbis nos rogari ab eis quos tu rogas, timeri ab eis quos tu times, quos tu adoras videbis sub manu nostra stare vinctos ac tremere captivos quos tu suscipis et veneraris ut dominos. Certe vel sic confundi in istis erroribus tuis poteris quando conspexeris et audieris deos tuos quid sint interrogatione nostra statim prodere, et præsentibus licet vobis præstigias illas et fallacias suas non posse celare.—***Ad Demetrian.***

[1] Cur ad Christi paveant mentionem? discipulos cur ejus inimicos habeant et invisos?—***Advers. gentes***, lib. I, cap. XXVII.

[2] Ejus nomen auditum fugat noxios spiritus, imponit silentium vatibus, haruspices inconsultos reddit, arrogantium magorum frustrari efficit actiones, non horrore, ut dicitis nominis, sed majoris licentia potestatis. — ***Adv. gentes***, lib. I, cap. XLVI.

[3] Torquetur Apollo
Nomine percussus Christi, nec fulmina verbi
Ferre potest; agitant miserum tot verbera linguæ
Quod laudata Dei resonant miracula Christi.
Apotheos. vers. 402.

[4] ***Div. Instit.***, lib. IV, cap. XXVII.

[5] ***Præp. Evang.***, lib. V, cap. XI.

[6] Ibid., cap. XV.

gos, no solo se confiesan demonios, pero declaran ser las mismas deidades adoradas en los templos. No mentían en este caso, ni les era eso posible, porque eran preguntados en nombre de Jesús por cuya causa eran azotados, como dice el mismo Lactancio.[1]

Tal fué la convicción de los cristianos, que retaban con valentía á los gentiles apostando con ellos á quién más podía, sus dioses ó la persona de cualquier cristiano. Celebres son los retos de San Cipriano,[2] de Tertuliano,[3] de Lactancio,[4] cuando prometían llevarlos de la mano delante de sus propios dioses á que reconociesen la verdad, y hacer que los mismos dioses confesasen que no eran sino demonios y malvados enemigos de los hombres. *Póngase un demonio*, dice Lactancio, *junto á una profetisa de Apolo*; *después del exorcismo entrambos quedarán espantados y aterrados, ambos después en silencio y en paz; luego unos son los demonios que oprimen y los dioses que mandan adoraciones.*[5]

Podrán los adversarios objetar que los demonios mentían en la profesión de un oficio que no era suyo, y que al blasonar su divinidad ofrecían lo que no sentían. No dejaron los Padres en el suelo esta objeción, la resolvían de esta manera. Los demonios ponen desembozada en total evidencia su desenvoltura, forzados por la voz de Cristo; callen siquiera al ser preguntados, ó digan que son ángeles del cielo enviados por Dios, como lo creían los gentiles, para defender el imperio. Pero ¿por qué se huyen de los templos? ¿por qué sacerdotes y sacrificios se destierran en breves años? ¿por qué los adoratorios enmudecen y dan lugar á las iglesias de los fieles? ¿Cómo los demonios, si no decían verdad, perdieron totalmente su crédito? Si el paganismo se despeñó cuesta abajo y no resistió al peso de su ruina, fué porque los dioses confesaron que eran demonios, y lo confesaron á despecho de su soberbia, vencidos por la autoridad de la fe. Esta es la causa señalada por Lactancio en muchos lugares de sus escritos. *La venganza que se sigue á las posesiones, como siempre sucede, impele con gran vehemencia á creer. No es éste pequeño motivo; los impuros demonios habida licencia se lanzan en los cuerpos de muchos, y después que son arrojados, los hombres que se ven libres abrazan aquella religión en quien tanto poder experimentaron.*[1]

La misma doctrina leemos ilustrada por la pluma de Julio Fírmico. Los demonios que señoreaban á los energúmenos eran los dioses adorados por los romanos. *Cuando vuestros dioses se apoderan de los hombres y habitan en sus cuerpos, la palabra de Dios los aflige como con fuego de llamas espirituales; los que vosotros adoráis por dioses se nos rinden por medio del dolor con el remedio de la fe.*[2] Esto apoya el testimonio de San Dionisio Alejandrino: (καὶ γάρ εἰσι καὶ ἦσαν ἱκανοὶ παρόντες καὶ ὁρώμενοι καὶ μόνον ἐμπνέοντες καὶ φθεγγόμενοι, διασκεδάσαι τάς τῶν ἀλιτηρίων δαιμόνιων ἐπιβούλας) *Podían y pueden con solo presentarse y ser vistos, con un soplo ó con una palabra deshacer todas las trampas de los malos espíritus.*[3] El de San Atanasio: *Venga cualquiera que*

1 Justos, id est, cultores Dei metuunt, cujus nomine adjurati de corporibus excedunt: quorum verbis tamquam flagris verberati, non modo dæmonas se esse confitentur, sed etiam nomina sua addunt, illa, quæ in templis adorantur, et quod plerumque coram cultoribus faciunt: non utique in opprobium religionis sed honoris sui, quia nec Deo per quem adjurantur, nec justis quorum voce torquentur, mentiri possunt. Itaque maximis sæpe ululatibus editis verberari se et ardere, et jam jamque exire proclamant: tantum habet Dei cognitio ac justitia potestatis.—*Div. Instit.*, lib. II, cap. XVI.

2 *Lib ad Demetrian.* cap. XV.

3 *Apolog.*, cap XXIII.

4 *Div. Inst.*, IV, cap. XXVII.

5 Ille nequissimi spiritus, ubi adjurantur ibi se dæmones confitentur; ubi coluntur ibi se deos mentiuntur, ut errores hominibus immittant, et avocent á veri Dei notione, per quam solam potest mors æterna vitari. Item sunt qui dejiciendi hominis causa, varios sibi cultus per diversa regionum condiderunt mentitis tamen assumptisque nominibus, ut fallerent. Nam qui divinitatem per se ipsos affectare non poterant, adsciverunt sibi nomina potentium regum sub quorum titulis honores sibi deorum vindicarent. Qui error discuti potest, et in lucem veritatis protrahi. Nam si quis studet altius inquirere, congreget eos quibus peritia est ciere ab inferis animas. Evocent Jovem, Neptunum, Vulcanum, Mercurium, Apollinem, patremque omnium Saturnum. Respondebunt ab inferis omnes, et interrogati loquentur, et de se ac deo fatebuntur. Post hæc evocent Christum, non aderit, non apparebit; quia non amplius quam biduo apud inferos fuit. ¿Quid hac probatione certius proferri potest?—*Div. Instit.* lib. IV, cap. XXVII.

1 Ultio consecuta, sicuti semper accidit, ad credendum vehementer impellit. Ne hæc quidem levis est causa, quod inmundi dæmonum spiritus, accepta licentia, multorum se corporibus immergunt, quibus postea ejectis, omnes qui resanati fuerint, adhæreant religioni cujus potentiam senserunt. — *Div. inst.*, lib V, cap. XXIII — *De morte persecutorum*, cap. X.

2 Gratias agimus, Porphyri, quod libris tuis deorum tuorum nobis substantiam prodidisti. Didicimus per te quatenus dii tui hominibus viventibus serviant. Serapis tuus ab homine vocatus et venit, et cum venerit statim jussus includitur, et loquendi necessitas nolenti forsitan imperatur. Sic apud nos deos vestros, cum hominibus nocere cœperint religiosi sermonis flagella castigant. Sic in corpore hominum constituti dii vestri verbo Dei spiritualium flammarum igne torquentur, et qui apud vos quasi dii coluntur, apud nos religiose fidei medela Christi gratia humano subjacentes imperio, et tormenta repugnantes sustinent et victi pœnis ultricibus subjugantur. *De errore profanar. relig.*, cap. XIV.

3 Ep. *Ad Hermam. Euseb. Hist.* VII, cap. X.

esto desee probar, y verá cómo en medio de los artificios de los demonios, entre las falacias de los oráculos, y en los prodigios de la magia, con sola la señal de la cruz, que ellos tienen por vil, y con solo el nombre de Cristo, al punto huyen los demonios, callan los oráculos, y se deshace toda la máquina de sortilegios y remedios. [1] El de Eusebio: [2] *Cuando Cristo hace demostración de su poderío, con solo su sacratísimo nombre salen huyendo de los cuerpos y de las almas humanas ciertos miserables y funestos demonios, como la experiencia cotidiana nos lo pone á la vista.* (ὡς αὐτὴ πεῖρα κατειλήφαμεν).

Finalmente, corrobora todo lo dicho la deposición de los autores, que dieron por fenecidas las voces de los oráculos. Plutarco escribió un libro entero buscando razones con que explicar por qué causa habían cesado los oráculos y tenían tan extraño silencio. Juvenal [3] dice: *En Delfos los oráculos callan, y las tinieblas del porvenir pesan sobre el linaje humano.* [4] San Hilario señala también el vergonzoso silencio que guardaban, después de predicado el evangelio, las estatuas de los ídolos. [5] Si algunos oráculos continuaron después de Cristo, como en su propio lugar se dirá, fueron conatos de abolido poder, y humo de hacha apagada, como decía el erudito Huet. [6]

A los racionalistas no les llenan el hipo las autoridades de los apologistas cristianos, ni el silencio de los enemigos. Las posesiones, claman osados, eran enfermedades epiléptico-histéricas, ó enajenaciones, en fin afecciones nerviosas, cosas naturales, y naturales también las curaciones.— R. Si así fuese, la neurosis sería un mal de muy fácil cura, porque todos los demoniacos quedaban libres al solo nombre de Jesús y cobraban repentinamente salud. La neurosis que resiste á todos los ensayos de la medicina, la neurosis que es tenida en mil casos por incurable, la neurosis que da tanto que hacer á la terapéutica, fué curada en todos los casos, al instante, por hombres del vulgo, indefectiblemente, en el espacio de cuatro siglos, sin aplicación de remedios proporcionados, con solo aclamar un nombre. [1] No se les ofreció á los paganos invención de palabra que causase á los enfermos aquella conmoción nerviosa que los curaba, ni se les aderezó el buscar manera de influir en la imaginación de los endemoniados con que desterrar el mórbido humor. Mas ¿qué digo? ¿Qué efecto ni impresión podía hacer en los oídos paganos el nombre de Jesús, cuya significación no conocían ni entendían, y si la entendían la juzgaban indigna de su levantada cultura? ¿Y qué dirán los racionalistas cuando sepan que el solo signo de la cruz, sin articular palabra, bastaba para echar el desorden en un acto religioso y atar al demonio de pies y manos, como en los textos alegados se contiene?

Por ellos quedan con evidente razón manifiestas las milagrosas hazañas obradas por los fieles en el lanzar con la invocación del nombre de Jesús los demonios de los poseídos. Para que la demostración resulte cabal y quede del todo zanjada la conclusión propuesta contra los protestantes é incrédulos, traslademos los di-

---

[1] ὄψεται πῶς δι' αὐτοῦ δαίμονες μεν φεύγουσι, μαντεία δε παύεται, μαγεία δε πᾶσα, καὶ φαρμακεία καταργηται.— *De Incarnat. Verbi oratio*. 48.

[2] *Lib. contra Hieroclem*, cap. IV.

[3] Satyra VI.

[4] Delphis oracula cessant
Et genus humanum damnat caligo futuri.

[5] Recordemur vatum murmura et inconditos bacchantium fremitus, et nonnunquam confuso audientium sensu incertum nescio quid sinus lacrorum ære sonuisse, omnem denique profano ceremoniarum cantu mundum resultantem. Num vero Domino Christo prædicato, silere omnia confutata et trepida, cum hi templorum et gentium dii virtute fidelium subjiciuntur ad pœnam; cum credentium verbis torquentur, laniantur, uruntur, et invisibiles nobis atque incomprehensibiles naturæ verbo continentur, puniuntur, abiguntur, cum vates silent, cum muta sunt templa. In psalm., LXIV.

[6] *Demonst. Evangel.*, prop. IX, cap. XXXIX.

[1] En el Congreso de Medicina mental celebrado en Blois, en Agosto de 1892, el Dr. Camuset leyó una Memoria sobre el *Delirio de las negaciones*, observado en los melancólicos. En ciertos casos de melancolía angustiosa se observan con las ideas de negación, las de posesión, de condenación, de inmortalidad; pero no parecen estos caracteres bastante específicos para determinar una nosología nueva. La mayor parte de los casos de este delirio ocurre en mujeres hipocondriacas, en sujetos sombríos, taciturnos y tímidos, en personas de cerebro inválido y defectuoso. En casi todas las observaciones ha reconocido el Dr. Camuset procedencia hereditaria (***El Siglo Médico***, 1892, p. 602).—Entre mil enfermos de locura se hallarán apenas media docena que lo sean de locura religiosa; y con todo eso, frenópatas ilustres colocan esta psicosis en clase aparte, con caracteres patognomónicos diferenciales. Así opinan Ball, Bra, Mattos, Bouchaud (*Annales Médico-Psychologiques*, 1891); y presentan razones para ello, como son las predicaciones activas y las propagandas religiosas, la existencia de ideas ambiciosas, las mutilaciones voluntarias, las alucinaciones del oído, las tendencias eróticas: quieren decir en lenguaje cristiano, el celo apostólico, los votos de religión, las obras de caridad, el trato afectuoso con Dios, el cultivo del interior; este orden de ideas constituye, al decir de estos autores, una vesania (teomanía ó demonomanía) especial y característica. El Dr. Esquerdo niega que exista la locura religiosa «como delirio especial, como entidad morbosa, puesto que puede presentarse en todo género de enajenaciones mentales sin excepción.» (***El Siglo Médico***, 1893, p. 27.)

chos de los Santos, que enumeran los otros dones milagrosos de que estuvieron dotados los fieles en los primeros siglos de la Iglesia. San Justino, que vivió en el segundo, en muchos lugares de su *Diálogo con el judío Trifón*, testifica que florecían entre aquellos cristianos las gracias del Espíritu Santo. *Este recibe el espíritu de sabiduría, aquél el dón de consejo. otro el de fortaleza, otro el de curación* (ὁ δὲ ἰάσεως), *otro el de profecía* (προγνώσεως), *otro el de doctrina, otro el de temor de Dios.* [1] — *Entre nosotros también ahora reinan dones proféticos; por aquí habéis de entender cómo las gracias que en otro tiempo nuestros profetas poseyeron, á nosotros se han traspasado.* [2]— San Ireneo, en su libro *Adv. hæreses*, [3] refiere en suma varias resurrecciones de cadáveres efectuadas por la oración de los fieles; además curaciones, expulsiones de demonios, profecías, [4] invocando el nombre de Jesucristo. Más abajo [5] añade: *A muchos hermanos hemos oído en la Iglesia anunciar profecías, hablar todas las lenguas* (παντοδαπαῖς λαλούντων γλώσσαις) *y publicar los secretos de los hombres.*

En el libro anterior (cap. XII) dijimos con qué libertad el Dr. Hey y Neander glosan el testimonio de San Ireneo, quien presumen no intentó hablar de resurrecciones reales, sino sólo de resurrecciones aparentes, porque usó de expresiones vagas y comprensivas. Si así fuera, tan aparentes serían las resurrecciones como las curaciones y los conjuros, pues con iguales términos señala las unas y las otras; y con todo, los protestantes por lo común conceden que las curaciones y conjuros eran reales, y las resurrecciones, por ser en concepto de ellos milagros mayores, parécenles que han de ir amplificados con más minuciosa relación y con todos sus colores y partes. Aquí tiende el engaño sus redes socapa de pedir fidelidad. A buen seguro que no han aprendido en los *Hechos Apostólicos* semejante manera de narrar. La resurrección de Tabita y de Eneas, con muy corto número de circunstancias y con muy medidas palabras se conmemoran. El Dr. Blunt confiesa de plano que *en la Iglesia de las Galias, según San Ireneo, floreció el poder de milagros, á saber, expulsión de demonios, curación de enfermos, profecía, lenguas, discernimiento de espíritus, resurrección de muertos*; [1] pero opone una dificultad, propia de niños de escuela. Descubre Blunt que San Ireneo pone en indicativo presente los milagros todos, menos las resurrecciones, de esta manera: los fieles lanzan demonios (δαίμονας ἐλαύνουσι), tienen visiones (προγνωσιν ἔχουσι), curan enfermos (κάμνοντας ἰῶνται), y así de lo demás; mas al entrar en las resurrecciones emplea con destreza el aoristo, ó tiempo pasado, diciendo: (τὸ πνεῦμα ἐπέστρεψε, νεκροὶ ἠγέρθησαν) *el alma le volvió al cuerpo, los muertos se levantaron.*—R. Poco presta aquí la gramática griega. Quería San Ireneo probar que los herejes Simón, Menandro y Carpócrates, negadores de la resurrección, no podían dar vida á ningún cadáver, á no ser por ilusión ó fingimiento (*per magicas illusiones, et non in veritate*); y sudaría en balde contra ellos si no fueran bien averiguados los hechos que alega. El usar tiempo pretérito es porque habla de cosas acaecidas y apuntadas más arriba (καθὼς ἔφαμεν). En tiempo pretérito pone su relación San Lucas hablando de los apóstoles, sin que ningún protestante se atreva á levantar dudas sobre los milagros que cuenta. Pierden trabajo y honra los que entretenidos en sutilezas descuidan el punto principal.

San Papias, discípulo de San Justino, trae á la memoria la resurrección de un muerto acaecida en su tiempo, y nota que Justo, por otro nombre Bársabas, tomado que hubo una bebida ponzoñosa, no recibió daño alguno. [2] — San Hilario dice: *Los venerandos huesos de los mártires dan testimonio de estar Satanás vencido, cuando delante de ellos los demonios braman* (dæmones mugiunt), *destiérranse las enfermedades* (ægritudines depelluntur), *levántanse los cuerpos sin lazos* (elevari sine laqueis corpora), *colgadas de los piés las mujeres, no les caen los vestidos en la cara* (suspensis pede fœminis vestes non defluere in faciem), *y quémanse sin fuego los espíritus* (uri sine ignibus spiritus)... [3] — San Ambrosio se enoja con los arrianos porque no querían aceptar los milagros de San Gervasio y San Protasio, y los za-

---

[1] Cap XXXIX.
[2] εἰς ἡμᾶς μετετέθη, cap. LXXXII. — Cap. XXX, LXXVI, LXXXV.—*Apolog.*, I, 40; II, 6.—TACIANO, *Oratio advers. judæos*, 16, 17, 18.
[3] Lib. II, cap. XXXI.
[4] Ibid., cap. XXXII, 4.
[5] Lib. V, cap. VI, 1.

[1] *On the Early Fathers*, p. 387.
[2] EUSEBIO, *Hist. eccles.*, lib. III, cap. XXXIX.
[3] *Liber contra Constantium imperator.* 8.

hiere con el baldón de judíos. [1] —San Jerónimo arguye también á Vigilancio porque tenía por inútiles los milagros de los mártires, y sólo buenos para los infieles: *No me digas que son cosa de infieles, sino responde ¿cómo es que en polvo y ceniza vil por ahí, resplandece tanta grandeza de señales y milagros?... Aconséjote que entres en las basílicas de los mártires, y al fin te purificarás...* [2]

Nos fué concedido, confiesa Isidoro Pelusiota, *el dón de milagros* (θαυμάτων ἐδεξάμεθα χάρισμα), *y por nuestra falta de fe le perdimos. Si en el día la vida de los maestros de la Iglesia imitase la vida apostólica, no faltarían milagros;* [3] con estas expresiones significaba el Pelusiota que en aquella iglesia, donde antes estuvo en su mayor auge el dón de milagros, había venido á menos por la tibieza de la fe; pero no niega que prosperase en otros puntos de la cristiandad. Igual tono usaba San Crisóstomo cuando decía: *De no verse ahora milagros no arguyáis que tampoco los hubo entonces; porque eran de provecho, ahora no lo son.* [4] *Diréis ¿por qué no vemos ahora quien resucite muertos y haga curaciones? Por qué no lo digo yo al presente* (Διά τί τέως οὐ λέγω), *pero ¿por qué no hay ahora quien aborrezca esta vida caduca?* [5] No convenía al santo Doctor entrar en lo profundo de esta materia, más al caso le hacía mostrar la paciencia y conformidad que han de tener los padres cuando la muerte les arrebata los hijos. En tanto que estos Santos negaban que Dios regalase con la franqueza de los milagros á particulares iglesias, otros contemporáneos, como dicho está, aseguraban que las suyas vivían en posesión de tan rico privilegio. Y pues no disputamos de la duración de los milagros en todos los lugares é iglesias, sino en todos los tiempos de la Iglesia universal y católica, queda por claro que esta divina institución en una ó en otra parte, gozaba prósperamente de los admirables dones que su Fundador á los apóstoles y creyentes había encomendado.

Los escritores católicos no trataban por lo común esta cuestión sino muy de soslayo y para otro intento. Sin embargo, cuando los gentiles infamaban con el apodo de *magos* y *maléficos* á los cristianos, y los acusaban de tener pacto con el demonio, Tertuliano, [1] Orígenes, [2] Arnobio, [3] Eusebio, [4] San Agustín, [5] los purgaban de tan infame nota, y respondían que se les lucía bien á los nuestros la fe en la grandeza de los milagros que los hechiceros no podían imitar; así dejaban asentado con patentes hechos que si hacían maravillas de orden superior no era por pacto tenido con el demonio, sino por la divina virtud que les asistía y esforzaba, como lo convence Ruinart. [6]

San Cirilo arzobispo de Jerusalén tilda con donaire la vanagloria que á veces ostentaban los obradores de milagros, diciendo en general: *Nosotros si alguna vez anunciamos cosas futuras, si echamos demonios por invocación, si damos alivio á alguno por imposición de manos, en vez de ocultar la buena obra luego la cacareamos ufanos.* [7] Quemazón muy significante en boca del santo escritor. San Gregorio Nanzianzeno [8] hace relación circunstanciada del milagro obrado por Dios en su hermana, y presenciado por él. [9] Prudencio canta que los limpios de conciencia solían frecuentemente alcanzar conocimiento de cosas futuras. [10] Orígenes certifica cómo en su tiempo quedaban imitaciones de los milagros que en los días de Cristo se obraron. [11] *Yo he visto*, añade, *á muchos librados de graves enfermedades, de locura, y de otros mil males por la sola invocación del nombre de Jesús, á quienes ni hombres ni demonios habían logrado sanar.* [12] San Basilio [13] recuenta los portentos de San Gregorio y los dones de curar que en los fieles perseveraban. San Nilo en una carta escrita á Heliodoro silenciario, leida en la sesión cuarta del Concilio de Nicea, hablando de los

[1] Epist. XXII.
[2] Nolo mihi dicas signa infidelium sunt, sed responde quomodo in vilisimo pulvere et favilla, nescio qua, tanta signorum virtutumque præsentia?... Do consilium: ingredere basilicas martyrum, et aliquando purgaberis...—*Lib. contra Vigilantium*, 10.
[3] ἴσως μεν καὶ σημεῖα ἐγίνετο ἄν, lib., 1, ep. 250; lib. IV, epist. 80.
[4] νύν χρησίμως ού γίνεται. In I Cor. hom. VI.
[5] *In ep. ad. Coloss*, cap. III, hom. VIII.

[1] *Apolog.*, XXIII.
[2] *Contra Cels.*, I, 38, II. 9. [3] *Contra gentes*, I.
[4] *Præp. evang.*, lib. III, cap. V, VI.
[5] Serm., XLIII; *Contra Faust.* XII, 45. ep. 138.
[6] *Act S. Bonosi*, p. 655.
[7] εἰ συμβῇ πότε ὀνείρατα θεάσθαι, ἤ διὰ χειρῶν βοηθῆσαι, ἤ δαίμονα δι' ἐπικλήσεως ἀπελάσαι.—Hom. in paralyt, XVI.
[8] Orat. VIII. *In Laudem sororis suæ Gorgoniæ*
[9] μάρτυρες ἀλλήλοις ἐσμὲν τοῦ θαύματος.—XVI.
[10] Hymn., *Ante somnum*, vers. 43, 44, 486.
[11] ἔτι ἴχνη σωζέσθαι.—*Contra Celsum*, lib. I, 2.
[12] Ibid., lib. III, 24.
[13] *De Spiritu Sancto*, cap. XXIX.

milagros obrados en su tiempo decía: *Por los milagros que en todos los lugares y en diversos tiempos se efectúan, el Señor invita á la estabilidad de la fe ora á los que la tienen escasa, ora á los que ninguna tienen, pero hace crezca la fe y la esperanza de los fieles y demuestra la grave y firmísima prudencia.* [1]

En las *Constituciones apostólicas*, què no son de San Clemente romano, sino de otro posterior, leemos: *No es de necesidad que todos los fieles echen demonios, resuciten muertos, hablen lenguas, pero el que goza de tales carismas es por causa de los infieles, que á veces se rinden á la operación de los milagros, y no á la elocuencia de las palabras, y tienen derecho á la salvación... Esto decimos para que los que recibieron los dichos carismas no se alaben ni se levanten sobre los que no los recibieron* (λαβόντας χαρίσματα τοιάδε κατὰ τῶν μὴ λαβόντων). *Y así ninguno de vosotros, sea profeta, sea taumaturgo, se estime en más que sus hermanos.* [2] Las *Recogniciones*, que también son de autor desconocido, si bien antiguo, ponen esta diferencia entre milagros y milagros; *los milagros que hace el malo á nadie aprovechan, los del bueno son provechosos á los hombres;* [3] y de aquí tomó Orígenes [4] la señal, que en otro lugar se apuntó, para discernir los verdaderos de los falsos. San Juan Damasceno dice: *Por los cuerpos de los santos lánzanse los demonios, sanan los enfermos, ven los ciegos, se purifican los leprosos, disípanse las tentaciones, y baja del cielo todo dón perfecto por diligencia de los que oran con fe no dudosa. ¿Por qué no ha de ser creible que las reliquias de los mártires despidan delicioso bálsamo?* [5] A este modo Teodoreto [6] y otros escritores encomian la virtud de las santas reliquias.

Las antedichas autoridades manifiestan con suficiencia que los autores de los primeros siglos usaron el lenguaje que todos usamos en hechos notórios que ninguna duda ofrecen. Sin rodeos de palabras y sin artificios de bizarra descripción historiaban las cosas llana y comprensivamente, porque escribían para provecho de los contemporáneos y no para satisfacción de los venideros, para gente de fe y no para hombres sin religión. Si hubieran llegado á barruntar que la crítica había de ponerlo todo en duda, y que la brevedad de sus expresiones podía dar armas á la incredulidad, otro estilo habrían empleado y con más menudas circunstancias habrían extendido los hechos. El compendiar con tanta brevedad significando por montón las cosas, las demuestra reales y verdaderas. Orígenes, después de rebatir las réplicas de Celso, concluye la divinidad de Cristo con esta sumaria sentencia: *Insigne obra de Jesús es* (γενναῖον ἔργον) *el ser curados en su nombre, aún en nuestros dias, los enfermos que Dios es servido* (ὅυς ὁ θέος βούλεται). [1] ¿Quién será tan insensato que de un tan acérrimo apologista piense había de cerrar la disputa con esta aseveración, á no tener por muy seguro que no consentía respuesta? Así que los Padres y escritores de los primeros siglos[2] anduvieron acordes en declarar que continuaban en su tiempo los milagros vinculados por Cristo en la fe de los creyentes, pues el Espíritu Santo, fuente y repartidor de toda gracia, las concedía bondadoso según la oportunidad de los tiempos y necesidad de los infieles, á honra de Jesucristo por amor de la santa Iglesia.

ARTICULO III.

Milagros, en particular, de aquellos siglos.—Milagros en los martirios.—La persecución vandálica.—La visión de Constantino.—La invención de la Santa Cruz.—Milagro en tiempo de Juliano.—Otros de varias suertes referidos por San Agustín.—Conclúyese la continuación de los milagros prometidos por Cristo á los creyentes.

Vengamos á especificar con brevedad algunos sucesos acaecidos después de la edad apostólica, y quede en fin establecido cómo los fieles de Cristo andaban cercados de maravillas y protegidos sin tasa, modo, ni límite por la asistencia del Espíritu Consolador. Las Actas de los mártires suministran cosecha abundantísima de prodigios más que ordinarios. Las colecciones que han llegado hasta nosotros son partes mínimas de aquel rico tesoro que la Iglesia poseía, sustraidas á la furia de los tiranos. San Clemente romano instituyó siete notarios con cargo de escribir los Anales de los martirios cristianos, á quienes San Fabián añadió siete subdiáconos que dirigiesen la obra, y por esta

[1] Per ea quæ per singula loca et in diversis temporibus quotidie fiunt miracula, Dominus hos quidem qui modicæ sunt fidei, necnon et infideles ad stabilitatem fidei invitat; fidelium vero fidem imo et spem crescere facit et gravem et immobilem demonstrat prudentiam

[2] Lib. VIII, cap. I.

[3] Lib. III, § LIX.

[4] *Contra Cels.* lib. II, 74.

[5] *De orthod. fide*, lib. IV, cap. XV.

[6] Lib. *de cur. græcar. affection.*

[1] *Contra Cels.* lib. II, 33.

[2] Véanse los citados en el lib. I, cap. XII.

causa las Actas de los mártires debieron de ser numerosísimas en los tres primeros siglos, no embargante la pena capital impuesta por los decretos imperiales á los que osasen poner por escrito relaciones de suplicios; [1] con todo eso, aquel siglo azaroso acabó con innumerables documentos, y entre ellos las Actas de los martirizados por Nerón fueron echadas al fuego en tiempo de Diocleciano, por cuya orden se dieron también á las llamas los libros de las iglesias. [2]

Sin embargo de tan lastimosa suerte, muchas son las Actas que la lograron más feliz perseverando, bien que incompletas, hasta nosotros con todos los indicios de auténticas. La colección del benedictino Ruinart, la obra de los Bolandistas, y el estudio del Cardenal Pitra son monumentos preñados de testimonios gravísimos, aunque no todos de igual autoridad, con que satisfacer á los desdenes de los aristarcos modernos. Muchas y raras maravillas cuenta de los mártires de aquellos siglos el historiador Eusebio Cesariense; no por eso hay razón para poner en ellos dolo. No le puso el erudito Baillet, que por las dudas levantadas en *las Vidas de los Santos* (1701), fué censurado por *demoledor de los Santos*, y castigado en el Indice; tampoco Tillemont rehusa la autoridad de Eusebio en sus *Memorias*, donde con rigor jansenístico desflora cuanto puede la memoria de los mártires. No tuercen el rostro estos críticos á los milagros de los mártires, por más que no sufran el peso de su copiosidad y grandeza. Pero respóndeles el docto Ruinart: *De estos portentos que á cada paso cuenta Eusebio, se colige que no merecen ser rechazadas las Actas por el solo título de insertarse en ellas milagros insólitos y raros.* [3] Fuera de esto el Padre Honorato de Santa María, carmelita, alega cantidad de Actas, recibidas por auténticas de los más críticos, y en ellas abundan los milagros. [4]

Conforme á lo dicho, de San Juan apóstol cuenta Tertuliano, y lo trae San Jerónimo, [5] que como en Roma le echasen en una tina de aceite hirviendo, en lugar de recibir daño salió más lindo y lozano de lo que había entrado, con espanto de todos los presentes. San Narciso, obispo de Jerusalén, hallándose su iglesia en Sábado Santo falta de aceite con que cebar las luces, mandó sacar agua del pozo y llenar con ella las lámparas: hace el Santo oración, y el agua quedóse convertida en aceite, que despedía hermosísima claridad. Eusebio [1] da cuenta de este suceso, acontecido á fines del segundo siglo, por tradición de la iglesia de Jerusalén, que hacía cien años duraba. Newman, antes de hacerse católico, defendió con copia de erudición la verdad de este portento, [2] y nuestro José Miranda [3] pondera la fuerza que en este milagro tiene la autoridad de Eusebio contra los profesores de la crítica voltaria. El mismo Eusebio cuenta que en la persecución de Aurelio, presentada á las fieras la esclava Blandina, ninguna de ellas atrevióse á tocarla, y fué restituída á la cárcel sin recibir lesión. Atormentada con azotes y silla candente, la expusieron á la fiereza de un bravo toro, tomóla en los cuernos, arrojóla por el aire, pero no murió hasta que le cortaron el cuello con la espada. *Nunca*, decían los espectadores, *ha resistido mujer entre nosotros á tantos y tan bárbaros tormentos.* [4]

Acerca de San Policarpo leemos en el propio Eusebio [5] una carta de los fieles de Esmirna, en donde refieren que arrojado á instancias del pueblo gentil el santo Obispo en la hoguera, con estar las llamas tan vivas y levantadas, que envolvían todo su cuerpo, entre la furia del incendio parecía resplandeciente como el oro, y exhalaba olor suavísimo semejante á incienso. Vieron los sayones que la carne no se consumía, y tomando uno de ellos la espada, allí mismo le acabó; pero con espanto de todos brotó de la herida sangre que también acabó con el fuego. Las Actas de San Alejandro, Papa, del segundo siglo, repudiadas por los críticos del XVII, y áun puestas en duda por Ruinart, han sido declaradas auténticas por los documentos de la arqueología moderna, merced á la sepultura del Santo, descubierta en la vía Nomentana. [6] Dignos, pues, son de entero

[1] RUINART, *Act. S. Vincent. et S. Anast.* p. 321.
[2] BARONIO, ad an. 98.
[3] *Acta SS. Honosi et Maximiliani*, not. n. 36.
[4] *Animadvers. super usu critic.* t. I, dissert. IV, art. 3.
[5] *Contra Jovinian.*, lib. I.

[1] *Hist.*, lib. VI, cap. IX.
[2] *Two Essays on miracles*, p. 256.
[3] *Propugnáculo de las tradiciones*, cap. IX.
[4] *Hist. eccles.*, lib. VI, cap. I.
[5] *Hist.*, lib. IV, cap. XV.
[6] VISCONTI, *Diario de Roma*, num. 289, 290. — *La Civiltà Cattol.*, t. IX, p. 238.

crédito los muchos milagros que en ellas se contienen, y que omitimos por no cansar con la prolijidad.

Yendo al martirio Santa Potamiena, exhortó al alguacil que la acompañaba, á tener valor, y le aseguró que ella le alcanzaría la gracia de la salvación. Estaba él encarcelado por no haber querido prestar un juramento, y la virgen Potamiena le apareció, púsole en la cabeza una corona, y le prometió que pronto subiría al cielo. Luego recibió el santo bautismo y dió la vida por Cristo. Esta aparición milagrosa, referida por Eusebio, [1] se corrobora con el testimonio de Orígenes, que se halló presente á este martirio. Dice así: *Poco me importa que Celso se ría de mí, cuando digo que muchos han abrazado el cristianismo casi á pesar suyo, en virtud de mudanza causada en sus corazones por alguna aparición de día ó de noche. Muchas mudanzas de éstas hemos conocido, y somos de ellas testigos, y áun las hemos presenciado. No hay para qué referirlas en particular, ni es menester despertar con ellas las burlas de los infieles, que las tendrán por fábulas é invenciones mías. Pero yo tomo á Dios por testigo de la verdad de lo que refiero: bien sabe Su Majestad que no quiero yo acreditar la doctrina santísima de Jesucristo con narraciones fabulosas, sino sólo con la verdad, evidencia y argumentos incontrastables.* [2]

Durante la persecución vandálica el Rey Hunnerico dió orden que á los confesores de Cristo les fuesen cortadas las manos y arrancadas las lenguas. Hecho esto, por gracia del Espíritu Santo los mártires de Cristo meneando los labios formaban palabras con igual facilidad que antes. *Ahí está, en Constantinopla, el diácono Reparato, uno de ellos, que perora sin embarazo y con mucha elegancia*, escribía Víctor, obispo vitense. [3] Eneas de Gaza, contemporáneo de Víctor, en un Diálogo que intituló *Theophrastus*, celebra estos confesores africanos, y testifica que después de cortadas de raíz las lenguas por el tirano, los vió y oyó cómo articulaban, y no pudiendo con el asombro, les registró las bocas, y visto que les faltaban las lenguas, no tanto se maravilló de que hablasen cuanto de que no hubiesen muerto con tan cruel carnicería. Procopio de Cesarea confirma la relación; [1] y el emperador Justiniano, [2] Marcelino, [3] Víctor obispo de Tonno, [4] San Gregorio Papa en sus *Diálogos* van acordes en relatar este suceso. Todos, menos San Gregorio, fueron ó testigos de vista ó contemporáneos; el uno Papa, el otro obispo católico, el tercero obispo cismático, el cuarto emperador, el quinto militar, el sexto cortesano, el séptimo retórico: todos testifican estas dos cosas, que les fueron arrancadas las lenguas (ἀπ' αὐτοῦ φάρυγγος) desde la faringe, y que decían palabras sin dificultad con toda perfección. No es posible negar la divina intervención en este raro suceso.

También á San Román le fué cortada la lengua por mandado del juez, y sin lengua pronunciaba mejor que antes. San Juan Crisóstomo [5] predicó un sermón en que realzó el espanto del médico y del tirano á tan rara maravilla. En las Actas de San Potito se lee que sacada la lengua cantaba Salmos, con grandísima confusión del cruel emperador. [6] El hecho de San León III, que cortada la lengua y sacados los ojos, veía y hablaba, aunque el martirologio romano le conmemora (12 Junio), Fleury [7] pone en él dificultad, y juzga que no le arrancaron los ojos por más esfuerzos que hicieron; pero Pagi [8] vuelve por su autenticidad con validísimos argumentos, fuera de que Alcuino, ayo de Carlomagno, le puso en verso como cosa averiguada. [9]

No era fuerza que el confesor de Cristo resplandeciese con milagros para que la pasión mereciera el renombre de verdadero martirio. Pero quiso Dios ilustrar aquellos primeros siglos con extrañas maravillas, ora quebrantando los instrumentos y máquinas con que sus siervos eran despedazados, ora haciendo bajar lluvia del cielo que matase el fuego encendido para abrasarlos, ya abiertas sus carnes sanándoles de repente las heridas, ya dándoles gracia de curaciones en lo más crudo de sus padecimientos, unas veces amansando á las fieras para que no les hiciesen mal, otras estorbando que los venenos ó fuegos no les causasen lesión. En

---

1 *Hist. Eccles*, VI, 5.
2 *Contra Celsum*, I, 46.
3 *Hist. persecut. vandal.*, lib. V, cap. VI.

1 *De bello vandal.*, lib. I, cap. X.
2 *Cod. Just.*, lib. I, tít. XXX.
3 *Chronic. an.*, 484.
4 *Chronic. an.*, 484.
5 *Orat.*, XLIII, LVIII.
6 BOLANDISTAS, 13 Januar.
7 *Hist. eccles.*, lib. XLV, an. 799.
8 *Vita Leonis III.*
9 DUCHESNE, *hist. script. franc.* t. II.

estos casos, cuando las criaturas sensibles obran necesariamente y no por libre elección, suspendía el Señor sus operaciones no concurriendo con ellas, y con la sola conservación de sus naturalezas testificaba el amor y cuidado paternal que con los fieles tenía. Mas aunque no con todos, sino con muchos singularizó Dios su poder, para no quitarles el mérito de la corona, no quiso poner obstáculo al brazo del verdugo cuando levantaba el cuchillo sobre la cabeza del mártir; y á quienes perdonó el fuego, la fiera, el potro, no perdonó el filo del hierro, porque no trababa Dios la mala voluntad del hombre, aunque trabase á veces la acción necesaria de los seres irracionales. En ocasiones estorbó la ejecución, ya dejando seco al verdugo el brazo, ya embotando el filo de la espada, ya privando al ejecutor de fuerza para herir, ya parando el golpe que iba á dar en la garganta, ya sacando al mártir de las uñas de los sayones; pero al fin la espada era la que tronchaba palmas y laureles coronando de martirio. Sin embargo, casos hubo, como de Santa Cecilia leemos, en que ejecutado el golpe tres veces con la segur, sobrevivió la víctima por espacio de tres días.

La turba de libres pensadores no quiere admitir la visión celeste que sobrevino al emperador Constantino cuando al frente de sus legiones traspasaba los Alpes. Eusebio, que se la oyó al mismo caudillo, la cuenta por estas palabras: *Una tarde yendo el sol á su ocaso, vió en los aires por encima del astro una cruz luminosa con éste rótulo*: Ἐν τούτῳ νίκα, In hoc vinces. *Todos los que le acompañaban la vieron como él. Averiguando qué significaba aquella visión, por la noche en sueños el Hijo de Dios se le mostró con la misma señal que en el aire había visto, y le mandó que la grabase en sus banderas en prenda de victoria.* [1] Lactancio, maestro de Crispo su hijo, dando por acaecida la visión narrada por Eusebio, dice: *Fué Constantino avisado por una visión en sueños que esculpiese en los broqueles de sus soldados el signo celeste, y que así entrase en campo. Hízolo, y trasponiendo la letra X torciendo la extremidad superior significó (☧) á Cristo en los escudos.* [2]

Estos dos testimonios coetáneos de Constantino son concluyentes. Sozomeno, [1] Nazario, [2] Prudencio, [3] Sócrates, [4] Gelasio Ciziceno, [5] son abonados autores y contestes en el relato de esta aparición cuanto á la substancia. El arco de triunfo levantado á la gloria del vencedor testifica que (*instinctu divinitatis*) *por inspiración de Dios... vengó la república de los agravios del tirano Majencio.* El Caballero Rossi [6] volvió por la autenticidad de este monumento.

Los enemigos de los milagros eclesiásticos disienten unos de otros, pero se les hace dificultosa la aparición por varias causas. Primero, dicen que Eusebio fué escritor lisonjero y poco escrupuloso. A esto se responde que habiendo escrito, como escribió, después de muerto el emperador, no tenía por qué ganar su gracia ni regalarle los oídos con excesivas lisonjas. Además tres veces repite que la narración la tenía de boca de Constantino: si fuese leyenda, á un escritor tan grave como Eusebio no le hiciera tanto peso. Segundo, añaden que la Cruz era muy conocida á la sazón, ni había por qué el emperador afectase ignorancia sobre el sentido de la visión. Contra esto prueba el preclaro Rossi que hasta el siglo quinto no se halla ejemplo de cruz en forma griega ☩ ó latina † [7]; cuando fuera conocida, ningún juicio seguro podía Constantino echar sobre la visión, y era menester se le aclarase el sentido en la aparición nocturna. Esta aparición nocturna y la visión diurna son dos insignes milagros. Tercero, reponen que la visión se explica fácilmente en el caso de ilusión óptica, ó por medio de un parhelio ó por la intersección de un arco con un halos. A Fabricius [8], que trazó esta solución, no le podía bastar un parhelio para que los ojos del emperador divisaran en la cruz celeste aquella inscripción que no es meteórica; hubo de ser cosa sobrenatural. M. Duruy, después de zurcir en su ánimo mil antojos, al cabo tacha de impostura la relación; [9] dióle anticipada respuesta Tillemont. [10] *El Dios que se había dado á*

---

[1] *Vita Constantini*, lib. I, cap. XXVII-XXXII.
[2] *De morte Persecutor.* cap. XLIV.

---

[1] *Hist. eccles.*, lib. I. cap. III.
[2] *Panegyric. Constantini dict.*, cap. XV.
[3] Lib. I *adv. Symmach.*
[4] *Hist.* lib. I, cap. VI. [5] *Act. conc. Nic.*, lib. I.
[6] *Bulletino di archeologia cristiana*, 1863.
[7] Martigny, *Dictionnaire des antiq. chrétiennes*, art. *Constantin.*
[8] *Exercitatio critica de cruce Constantini.*
[9] *Histoire des Romains*, t. VII, p. 36.
[10] *Mem. des Empereurs*, t. IV, p. 128.

conocer en su Encarnación por medio de milagros, toma al fin posesión del Imperio romano, después de tres siglos de persecución sangrienta, cuando el valor de los mártires, prodigio espantable, había contrastado todos los poderes del mundo. [1]

El Lábaro, enarbolado por las tropas de Constantino, dió al emperador la victoria el 28 de Octubre de 312, derribando á Majencio en el Tíber y enterrando con él las deidades romanas. La milagrosa enseña fué obradora de increibles hazañas, y principio de la más alta mudanza que la tierra presenció desde que hay hombres en ella. Vea quien quisiere cómo [2] fundan los críticos la verdad y autenticidad de esta visión, que antes del siglo XVII era por todos recibida, y después fué puesta en duda por los protestantes y librespensadores Fabricius, Schmid, Oisel, Clerc, Mosheim, Chaufpied, Thomas, Voltaire, Duruy.

Ilustre fué y público el prodigio acaecido en Jerusalén, cuando Santa Elena, madre del emperador Constantino, después de buscar con gran diligencia, y de cavar en las entrañas del monte Calvario, en lugar de una cruz halló tres distintas y con los clavos y tabla de la inscripción apartados de su cruz. No fué posible, por más cuidado que se puso, averiguar cuál fuese la verdadera en que el Salvador había dejado su preciosísima vida, hasta que el santo obispo Macario usando de una nueva traza, aplicó las tres á una matrona de Jerusalen que estaba á punto de espirar. Hízose la aplicación en presencia de todo el pueblo y de la emperatriz Elena. Al contacto de las dos primeras cruces no dió la enferma señal de mejoría; á la tercera revivió y se halló del todo sana. Un efecto tan inopinado bastó para calificar la excelencia de la verdadera cruz, con tanta más seguridad cuanto que otros milagros se siguieron á su aplicación. [3] Los fiadores de este nobilísimo suceso son San Cirilo de Jerusalén, San Paulino, Sulpicio Severo, San Ambrosio, San Crisóstomo, Rufino, Teodoreto, Sócrates y Sozomeno. El Papa Gelasio I condenó por apócrifos los escritos de un autor griego que ocupó su malhadado ingenio en fabricar Actas sobre la invención de la Santa Cruz, y por esto Gregorio Turonense, Rabano Mauro y Notker, que se aprovecharon de sus papeles para extender la historia, carecen en esta parte de crédito y autoridad. [1]

Cuando Juliano emperador, el más astuto y cruel de cuantos perseguidores ha tenido la Iglesia, [2] deseoso de exterminar el nombre de Cristo, trató de reedificar el templo de Jerusalén, derribado por el emperador Tito, volaron á la fama, de todas partes, los judíos con ofrendas, materiales y pertrechos, con la esperanza de recibir del emperador auxilio conveniente para llevar adelante la empresa. Dirigíala Alipio con grande empeño. Estaban abriendo las zanjas cuando sobrevino un terremoto que echó por tierra los materiales acumulados y no pocos edificios de la ciudad. Los salvados del peligro creyeron poder proseguir seguros y dar principio á la obra, pero lo mismo fué poner en ella las manos, que salir de los cimientos un fuego espantable, que embistió con sus llamas á los trabajadores, y corriendo por calles y plazas en forma de globos ocupó y redujo á ceniza á cuantos encontraba. Sabido por el emperador el estrago, medio muerto y turbado desistió de su pretensión.

Amiano Marcelino en la *Historia* del emperador Juliano, á cuyo servicio estuvo por algún tiempo, narra el hecho de la manera siguiente: *Mientras que Alipio daba prisa á la obra con denuedo y le ayudaba el gobernador de la provincia, salieron de los fundamentos unos globos temerosos de llamas que con repetidos asaltos devoraron á varios peones é hicieron inaccesible aquel paraje. Por esta causa, vista la resistencia porfiada del elemento, cesó la obra emprendida.* [3]

La autoridad del historiador pagano debería bastar para admitir por indubitable la verdad histórica del hecho. Sin

---

1 DARRÁS, *Hist. de l'Église*, t. IX, chap. I, p. 39.

2 TILLEMONT, *Mémoires des empereurs*, t. IV.—MOULINET, *Recueil des dissert. sur les apparitions.*—GRETSER, *De Cruce*, lib. II, cap. XXVI.—CHIFFLET, *De convers. Constantini.*—DUVOISIN, *Dissert. sur la vision de Constant.*—PALMA, *Prælection. hist. ec.*, t. I, p II, cap. IV, V.—WOUTERS, *Dissert*, t. II, diss. I.—GUILLEUX, *Diction. apolog.* art. *Constantin.*

3 BOLAND., XVIII august., p. 562.

1 BOLAND., 3 maji.—TILLEMONT, *Mémoires*, t. VII.—SCHRÖDL, *Dictionnaire de theologie*, art. *Croix.*

2 S. GREGORIO NAZIANZENO, *Orat.*, XXXII *In S. Athanas.*

3 Cum rei idem fortiter instaret Alypius, juvaretque provinciæ rector, metuendi globi flammarum prope fundamenta crebris assultibus erumpentes, fecere locum exustis aliquoties operantibus inaccessibilem: hocque modo, elemento obstinatius repellente cessavit incœptum. —Lib. XXIII, cap. I.

embargo, los testimonios de los Santos Padres y escritores eclesiásticos [1] añaden tanta fuerza al dicho de Amiano, que los críticos adversarios no osan desechar la realidad de tan famoso acontecimiento. [2] El propio Juliano confirma la verdad del caso en un discurso, de que sólo ha quedado un fragmento, combatido por el protestante Warburton [3] y defendido por Bullet. [4] Entre los defensores del gran suceso debe contarse el naturalista Deluc [5] contra las marañas del chufletero Voltaire. Hemos visto, pág. 333, qué opinan ciertos anglicanos; pero una cosa debe notarse, advertida por Wouters, [6] que los autores eclesiásticos arriba citados reconocen por causa única de haberse impedido la reedificación del templo, la terribilidad de tan imprevisto portento. [7]

Empiezan aquí los adversarios á esforzar el grito contra la verdad histórica y filosófica. Los torbellinos de fuego, dicen, provenían del terremoto que en 362 asoló tantas ciudades.—R. No entremos en altercados. ¿Cuánto tiempo duraría ese terremoto? Si tanta prisa llevaba el emperador apóstata, si en tantos deseos ardía de allanar dificultades por no cejar en su intento, si al día siguiente pudo haber despreciado los temores de un pasajero susto, si el terremoto no era obstáculo para la prosecución de los trabajos que se acababan de empezar, ¿por qué se deja vencer, y abandona un tan premeditado proyecto, cual si viese malogrado el fin de sus esperanzas? Un terremoto, si podía causar en su semblante variedad de colores según los afectos del ánimo, no era motivo bastante para robarle el consejo, y revolverle y enmendarle el ambicioso plan de batalla.

Instan. La muerte del emperador fué la causa de alzar la mano de las obras comenzadas.—R. Preséntennos los racionalistas y anglicanos un solo autor antiguo que haya alegado por causa de la interrumpida construcción la muerte de Juliano. Amiano Marcelino no vió otra sino la erupción de los fuegos subterráneos; los rabinos, más interesados en echar á casualidad el fenómeno, tampoco se acogen á la muerte del emperador; el propio Juliano en el citado fragmento [1] señala su intención de reedificar el templo á honra de la divinidad, sin condiciones ni cortapisas; y cuando tantas cabezas entraban á porfía en la demanda, y tantas manos se empeñaban en llevarla á cabo, y tantos corazones temerarios estaban dispuestos á envalentonarse con la oposición; rendirse todos á un acaso, mudar todos de intento, mostrar todos flaqueza, y, soltando la zapa y el designio, dejar las zanjas en afrentosa desnudez, es señal de un fundadísimo temor, arguye prudentísima cautela, no fué resolución tomada sin madurez.

Porfían. Este fenómeno debióse probablemente á una vigorosa explosión causada por gas inflamable, comprimido largos años en aquellas cavidades subterráneas. [2]—R. Habló la *ciencia*. Detengamos el paso y consideremos su dictamen. Mas antes pongamos en claro las circunstancias particulares del hecho. No queremos sacarlas de los autores eclesiásticos, arriba alegados, que hablaban con testigos oculares ó auriculares. — Veinte años antes de nacer yo, sucedió el caso, todos nosotros somos testigos: así hablaba San Crisóstomo. En particular San Gregorio Nazianzeno refiere cosas tales, que por ningún discurso natural se pueden explicar. Pero pasémoslas por alto. Apliquémonos á considerar el testimonio de Amiano Marcelino. En él constan tres efectos: terremoto, incendio, mortandad; estos tres desastres hicieron, dice, el paraje inaccesible y fueron causa de suspender la maniobra. Esta, entiéndase bien, se ejecutaba al aire libre, con increible ardor, por hombres y mujeres, con abastecimiento de materiales para la coronación del vastísimo plan, cuando súbitamente estalla el fuego subterráneo, hiere y mata á muchos peones, y en el acto queda el sitio desierto, Alipio libre del cargo, los trabajadores con

---

[1] S. GREGORIO NAZIANZENO, *Orat. V contra Julian.*—S. AMBROSIO, *Epist.*, XL.—S. JUAN CRISÓSTOMO, *Orat. V, advers. judæos.*—RUFINO, *Hist.*, lib. X, cap. XI.—SÓCRATES, *Hist.* lib. III, cap. XX.—SOZOMENO, *Hist.*, lib. V, cap. XXI.—TEODORETO, lib. III, cap. XVII.—RAB. GEDALIAH, *Wagenseil. Tela ignea Satanæ.*

[2] Le fait, en lui-même doit être considéré comme historique. MUNK, *Palestine*, p. 609.

[3] *Dissert. sur les tremblem. de terre*, t. I.

[4] *Hist. de l'etablissement du christian.*, Julien.

[5] *Observations sur les savants incredules.*, chapitre XVIII

[6] *Dissert.*, XIX, IV.

[7] Judæi ipsi ac gentiles fidem faciant qui opus imperfectum dimiserunt, aut ut verius dicam, ne inchoare quidem potuerunt. SOZOMENO, *Hist.*, lib. V, cap. XXI.

[1] JULIANO, *Fragment.*, p. 540.

[2] Il y'eut probablement une forte explosion, causée par l'air inflammable longtemps comprimé dans les souterrains.—MUNK, *Palestine*, p. 609.

los brazos cruzados, el proyecto en el olvido, el intento desvanecido en los aires.

¿Qué causa natural basta para dar razón de tan extraña novedad? Munk reproduce la hipótesis de Guizot, quien al traducir la *Historia de la decadencia y ruina del imperio romano* de Gibbon, apostilló el tomo cuarto con una nota intempestiva, y tan vacía como los sótanos aderezados por su imaginación. No queremos escudriñarlos; pero á la postre preguntamos: ¿quién produjo esa explosión tan violenta y asoladora?—El gas inflamable, dicen.—¿Qué gas?—Sellan con el silencio los labios: la *ciencia* calla. Hable la ignorancia. Gas ó aire inflamable en el caso presente podía ser el fosfuro ó sesqui-fosfuro de hidrógeno; pero este elemento no existe en tanta copia, que baste para causar explosiones violentas y repetidas, pues proviene de la descomposición de materias orgánicas, y cuando se produce en gran cantidad, y obra por sí mismo, sin concurso de agente exterior, en dos días se desvanece del todo, y deja libre y desocupado el paraje sin riesgo de enojosas resultas. Aquí no queremos saber de los adversarios dónde estaban almacenados los cadáveres que habían de producir dicho gas, porque ni lo saben ellos, ni necesitamos saberlo nosotros. Lo que nos importa saber es cómo tan pronto aflojan los interesados en la reedificación, por qué no la prosiguen al cabo de ocho días, por qué la sepultan en la noche del olvido, quién se la borró de la memoria.

Dirán que no era ese gas, sino otro, el carburo de hidrógeno, que mezclado con el aire atmosférico llegaba de las profundidades á la superficie, y al contacto de una tea encendida causó horrenda detonación.—R. Pasemos por la arbitrariedad de tantas suposiciones: ¿tan torpe era Alipio, tan desdichados los arquitectos y maestros de obras, tan inexpertos los albañiles que no echasen de ver la facilidad de evitar desgracias y la ninguna necesidad de condenar por inaccesible el sitio donde se desahogase el gas? ¿Por qué dejan de la mano la construcción en cuyo remate se interesa el empeño de los judíos, el compromiso del pueblo, la honra del emperador? Si cada vez que ocurre en las minas un accidente funesto, debieran tratarse como á desahuciadas y abominables, ¿qué mina se habría explotado en el presente siglo? Concedamos á Guizot su pretensión, á saber, que para visitar y rodear las honduras de las zanjas fué necesario armarse de antorchas; pero las llamas y detonaciones no habían de espantar ni deslumbrar á los empresarios hasta el extremo de quitarles toda esperanza de prosecución, pues el combustible pierde la fuerza al paso que se desfoga. ¿Cómo ellos desmayan al principio de la carrera, y se rinden á la desventura humillados y vencidos? Muy mala cuenta dan Guizot y Munk, representantes de la *ciencia*, de tan público acaecimiento para venderle por natural. Mediten con atenta consideración el testimonio de Amiano Marcelino, y verán cuán imposible es explicar por vía de gases el sentido de su embrolladísima y elocuentísima expresión. Y cuando la hayan desentrañado y expuesto, quédales otro barranco más inapeable, la exposición de las circunstancias señaladas por los escritores cristianos, contemporáneos del suceso, que ningún protestante ni racionalista ha podido hasta el presente interpretar como naturales y debidas al poder de causas físicas.

Otra boca sopló aquel fuego, no salió de las entrañas de la naturaleza por propia espontaneidad. Desde el año 365 hasta el día de hoy, en el espacio de mil quinientos años, ningún Juliano se atrevió á poner en pie el templo de Jerusalén, con haber quedado los Santos Lugares á merced de moros, turcos y judíos. ¿Por qué no lo han intentado? ¿por falta de osadía y arrojo? ¿Qué digo? ¿Cómo los judíos actuales no emprenden la suntuosa fábrica? ¿Qué les falta? ¿dinero? ¿protección oficial? ¿espíritu de empresa? ¿odio al cristianismo? Vayan, hagan la prueba, ahonden otra vez los cimientos, erijan el templo santo, consuman en su erección los millones acaudalados, apliquen todos los ingenios del humano saber; vayan, acaben de una vez la obra intentada por Juliano y demuestren á la faz del mundo que fué natural y de fácil explicación la causa de su afrentoso desistimiento. Vayan, les prometemos de grado hacernos propagadores de su bienandanza. Entre tanto seguimos repitiendo la predicción de nuestro divino Salvador, [1] verificada en el imperio de Tito, engrandecida por la novedad de este suceso, confirmada por la paciente confesión de diezinueve siglos.

---

[1] Non relinquetur hic lapis super lapidem, qui non destruatur.—Matth., XXIV, 2.—Marc., XIII, 2—Luc., XXI, 6.

San Cirilo, arzobispo de Jerusalén, el día 7 de Mayo del año 351 dióse prisa á escribir al emperador Constantino la novedad acaecida aquel mismo día en Jerusalén á vista de toda la ciudad. Traslademos al pie de la letra su relación. *En este santo tiempo de Pentecostés, en estas nonas de Mayo, hacia la hora de tercia, una cruz muy grande, formada de luz, se ha dejado ver en el cielo encima del santo Gólgota, extendida hasta el santo monte de los Olivos. No uno que otro la divisó, sino toda la ciudad se recreó con su figura evidentísima. Nadie vaya á sospechar que corrió volando como cosa fantástica; por largas horas dejóse contemplar de los ojos sobre la tierra,* [1] *con un tan vivo resplandor, que obscurecía los rayos del sol; que á no ser así la hubieran éstos ofuscado, y no habría podido verse. Los espectadores, sobrecogidos de temerosa alegría corrieron de tropel á la iglesia, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, de toda edad, áun las doncellas más retiradas, cristianos y gentiles llegados de varios puntos. Todos á una voz exaltaban con loores á Cristo Jesús, Señor nuestro, Hijo de Dios unigénito por hacedor de la maravilla, reconociendo real y experimentalmente que el dogma religioso de los cristianos estriba, no en voces persuasivas de saber humano, sino en demostración del Espíritu y poder; y que no sólo le anuncian los hombres, sino que también le comprueba el cielo con testimonio del mismo Dios.* [2] A los protestantes, que por no caberles en el pecho la paciencia, cierran con un mar de inconvenientes este famosísimo hecho, les mandamos examinar con atención las autoridades que le ponen fuera de controversia, [3] si no les inspira confianza la de San Cirilo. No vengan á remolinear; en vez de baterías no usen embustes; examinen las cosas sin pasión, y les será de provecho el examen.

Ponga fin á esta materia, por no alargarla demasiado, el testimonio de San Agustín á quién el protestante Gordon concede [1] fidedignidad suficiente para garantir los hechos que refiere. En la *Ciudad de Dios* [2] dice en los términos siguientes: *También ahora se hacen milagros en nombre de Cristo, ora sea por sus sacramentos, ora por las oraciones, ó memorias de sus santos; aunque no son tan claros, é ilustres que sean tan famosos, y se divulguen con tanta gloria como aquéllos. Porque el Canon de la sagrada Escritura, el cual convino que se publicase, hace que se lean aquéllos por todo el mundo y se conserven fijos en la memoria de todo el pueblo; pero éstos donde quiera que sucedan apenas allí se saben, ó generalmente por toda la ciudad, ó por algunos de los que están en el lugar. Porque por la mayor parte áun allí algunos poquísimos los saben, ignorándolos los demás, principalmente si es grande la ciudad; y cuando aciertan á contarse en otras partes, y á otros, no llevan tanta autoridad consigo, que sin dificultad, ó sin poner duda se crean, aunque los cuenten y den noticia de ellos los mismos fieles á los fieles cristianos. El milagro que sucedió en Milán estando yo allí, cuando cobró la vista un ciego, pudo llegar á noticia de muchos, porque la ciudad es grande, y se hallaba entonces presente el Emperador y sucedió la cosa á vista de una inmensa multitud de pueblo, que concurrió á los cuerpos de los bienaventurados Mártires Protasio y Gervasio. Estos habiendo estado encubiertos, sin tenerse noticia de ellos, se hallaron revelándose en sueños al obispo Ambrosio. Allí fué donde aquel ciego desechando sus tinieblas, vió el día. Pero en Cartago ¿quién sabe, fuera de algunos bien pocos, la salud que cobró Inocencio, abogado que fué de la audiencia del Gobernador? Allí me hallé yo presente, y lo vi con mis ojos. Porque como él con toda su casa era muy devoto, nos hospedó á mí y á mi hermano Alipio, cuando vinimos de esotra parte del mar: que aunque no éramos clérigos, pero ya servíamos á Dios, y entonces posábamos en su casa.*

Prosigue el santo Doctor narrando la enfermedad del abogado Inocencio, y la operación que los cirujanos habían de hacerle, y cómo le aseguraban muchos daría el alma en las manos de los médicos. Es muy sabrosa relación. El milagro fué que antes de operarle amaneció el enfermo del todo sano por las oraciones de la fe. Después dice San Agustín: *Había en nuestra*

---

[1] ἐπὶ πλείοσιν ὥραις ὑπὲρ γῆν ὀφθαλμοφανῶς θεωρούμενος.

[2] *Epist. ad Constantin. Imperator.*, n. 4.

[3] S JERÓNIMO, *Chronic.*, *ad an. 17 Constant.*— FILOSTORGIO, *Hist.*, lib. III, cap. XXVI.—SOZOMENO, *Hist.*, lib. IV, cap. V. — SÓCRATES, *Hist.*, lib. II, cap. XXVIII.—IDACIO, *Fast. Consul.*, æra 389.— *Chronic. alexandrin.* ad an. 351.—P. AQUILEG.. *Hist.*, lib. II.— *Acta Sti. Artemii.*, SURIO, 20 oct.—CEDRENO. TEÓFANES, GLICAS, NICÉFORO, GRETSER, t. II, *De Cruce*, p. 542.— S. FRANCISCO DE SALES, *L'étendard. de la sainte Croix.*, livre II, chap. IV.

[1] *Ministry of Healing*. p. 109.

[2] Lib. XXII, cap. VIII.

Hipona un viejo llamado Florencio, hombre que se sustentaba con el oficio de sastre. Púsose en oración delante de los veinte Mártires, cuya iglesia con sus reliquias tenemos muy célebre; pidió en voz clara que le vistiesen: oyéronle unos mancebos que acaso se hallaron allí burlándose, y cuando se apartó de allí se fueron tras él, dándole matraca como á hombre que había pedido á los Mártires cincuenta folles para comprar de vestir. Él caminando sin responder palabra vió en la costa un pez muy grande palpitando que el mar había arrojado, y con ayuda de aquellos mancebos, le cogió, y le vendió á un cierto bodegonero, que se llamaba Carcoso, buen cristiano, diciéndole lo que había sucedido, en trescientos folles, ó dineros, pensando comprar con ellos lana para que su mujer le hiciese, como pudiera, con que vestirse. Pero el mesonero abriendo el pez halló en su vientre un anillo de oro, y movido á compasión y temeroso de Dios, se le dió al hombre, diciendo: ves aquí, cómo te han dado de vestir los veinte Mártires.

Euscario sacerdote natural de España, vivía en Calama, padeciendo mucho había, de mal de piedra: vióse libre por la reliquia del Mártir, traida allí por el Obispo Posidio.

Este mismo huésped, prevaleciendo en él otra enfermedad, estaba tendido y muerto, de manera que le ataban ya los dedos pulgares. Con el favor pues del dicho Mártir, habiendo traido de su capilla ó memoria, la reliquia, y poniéndosela sobre el cuerpo como estaba echado, resucitó.

Hubo allí un hombre principal, llamado Marcial, ya muy viejo, y muy enemigo de la religión cristiana. Tenía una hija gran cristiana y un yerno, que se había bautizado aquel año. Cayó enfermo, y como le pidiesen con muchos ruegos y lágrimas, que se hiciera cristiano, no quiso en ninguna manera, y echólos de sí con mucha cólera y enojo. Parecióle á su yerno acudir á la memoria de San Esteban, y rogar allí por él cuanto pudiese, para que Dios le diera buen espíritu, porque no dilatase más su conversión. Hízolo con grandísimos suspiros y lágrimas, y con un afecto ardiendo verdaderamente en caridad, y á la partida de allí tomó algunas flores del altar, lo que se le ofreció, y á la noche se las puso debajo de la cabecera, y así se fué á dormir; cuando he aquí antes que amaneciese comienza á dar voces, que vayan corriendo á llamar al Obispo, que entonces se hallaba conmigo en Hipona; y como le dijeron que estaba ausente, pidió le llamasen sacerdotes. Fueron, y luego dijo que creía. Este mientras le duró la vida, siempre tuvo en la boca: Christe, accipe spiritum meum, *Cristo, recibe mi espíritu; no sabiendo que estas palabras fueron las últimas que dijo el benditísimo Mártir San Esteban cuando le apedrearon los judíos; y con ellas también acabó éste últimamente, porque no mucho despues murió.*

Una beata, que vivía cerca de Anduro, en una granja que se llama Carpaliana, cayó enferma, y no teniendo esperanza de poder sanar fueron por la reliquia de San Esteban, pero antes que fuesen con ella, murió la enferma. Con todo, sus padres cubrieron el cuerpo difunto con la túnica del Santo, y cobrando el espíritu, escapó de la muerte.

En Hipona un cierto Baso, siro, se puso en oración ante la memoria del mismo Mártir por una hija que tenía enferma y de peligro y traía consigo el vestido de ella: y he aquí llegan corriendo de su casa los criados con la nueva de que era ya muerta. Pero como estuviese él en oración, sus amigos que se hallaban allí, los detuvieron, y mandaron que no se lo dijesen al padre, porque no fuese llorando por las calles. El cual como volviese á su casa, que estaba ya llena de los llantos de los suyos, arrojando el vestido de la hija, que traía consigo, sobre ella, tornó á cobrar la vida.

Tambien en el mismo lugar, aquí entre nosotros murió de enfermedad un hijo de un receptor llamado Ireneo, y estando tendido el cuerpo difunto, y disponiendo ya con gemidos y lágrimas las exequias, uno de sus amigos, entre los consuelos que otros le daban, le advirtió, que untase el cuerpo con el aceite de la lámpara del mismo Mártir; hízolo y revivió.

Así mismo aquí entre nosotros Eleusino, varón tribunicio, puso á un niño hijo suyo, que se le había muerto de una enfermedad, sobre la memoria del Mártir, que está en una aldea suya, y después de haber hecho oración allí con muchas lágrimas, le recibió vivo.

¿Que haré? que me aprieta la palabra que dí de acabar con esta obra, de manera que no puedo referir todo lo que sé, y sin duda que los más de los nuestros cuando leyeren esto se quejarán de mí porque me he dejado muchas cosas de que ellos como yo tienen noticia. A los cuales suplico me perdonen, y consideren cuán prolijo sería hacer lo que me fuerza, que no haga aquí, la necesidad del fin que llevo en esta obra. Porque, dejando otras cosas, si quisiera escribir sólo los milagros de las sanidades que ha obrado este Mártir, digo el glorioso San Esteban, en la Colonia Cala-

mense, y en esta nuestra, fuera necesario hacer muchos libros, y con todo no fuera posible recogerlos todos, sino sólo aquellos de que nos han dado memoriales, para que se reciten y publiquen al pueblo. Porque esto quisimos que se hiciese viendo que también en nuestros tiempos obraba Dios muchas señales y virtudes muy semejantes á las antiguas, pues no era razón, que muchos dejasen de saberlas. Porque no ha aún dos años se puso en Hipona la Real esta memoria, y con haber muchos milagros, y es certísimo, de que no se han dado memoriales, los que se han dado llegan ya casi á setenta cuando yo escribía esto. Pero en la Calama, donde la misma memoria comenzó primero y se dan más á menudo, es increiblemente mayor el número que hay. Sabemos también de otras muchas maravillas, que ha hecho el mismo Mártir en la Colonia de Uzali, que está cerca de Utica, cuya memoria puso allí mucho antes que la tuviésemos acá, el Obispo Evodio. Pero no hay allí costumbre de dar memoriales, ó por mejor decir no la hubo, porque por ventura á la hora de ahora habrá ya comenzado. Porque hallándome allí poco ha exhorté con beneplácito del Obispo de dicho lugar á Petronia, señora ilustre, que había sanado allí milagrosamente de una grande y prolija enfermedad (en que no aprovecharon todos los remedios de los médicos), que diese un memorial, para que se recitase al pueblo y ella obedientemente lo hizo así.

Con que también ahora se hacen muchos milagros, haciéndolos el mismo Dios por medio de quien quiere, y como quiere, el que hizo también aquellos que vemos, aunque éstos no son tan notorios como los otros, y para que no se olviden se suelen renovar con la frecuente lección, como preservativo de la memoria. Porque aún adonde se pone diligencia, como la que se ha comenzado á poner aquí entre nosotros, de recitar al pueblo, los memoriales de los que reciben los beneficios, los que se hallan presentes lo oyen sólo una vez y los más no se hallan presentes. De manera que ni los que se hallaron presentes al cabo de algunos días se acuerdan de lo que oyeron, y apenas se halla uno que quiera contar lo que oyó al que sabe que estuvo ausente. Hasta aquí San Agustín.

Concluye su capítulo narrando el último de los veinticuatro milagros que especifica. En ellos se ve representada la diversidad de carismas que concedidos á los apóstoles perseveraban en tiempo de San Agustín, aunque con menos frecuencia. Por esta causa los dichos y hechos contenidos en los escritores de los primeros siglos demuestran que los milagros no se estancaron en el primero, sino que pasaron adelante, sin más diferencia que la diminución en cantidad, supuesto que el Espíritu Santo reparte sus carismas según su divino beneplácito.

Conforme á esto, vanísima es la distinción introducida por los protestantes entre milagros de mayor y de menor calidad, al establecer que difieren entre sí, siquiera en el grado, siendo los unos obras sensibles hechas directamente por Dios, y los otros intervenciones de la divinidad en las causas naturales. *Cuando los Padres llaman milagros las curaciones súbitas alcanzadas por las oraciones de la Iglesia ó de los Santos, parece que significan más bien especiales providencias que evidentes y sensibles milagros.* [1] En vano pretende Mozley y en general los protestantes coartar los milagros de los primeros siglos á curaciones, conjuros, visiones; los textos citados aquí y los que en otra parte van puestos [2] prueban que las resurrecciones y otros casos de milagros apostólicos se hicieron glorioso lugar en aquellos tiempos; ni todas las distinciones anglicanas son bastantes para torcer el sentido de los textos historiales. Los dones con que fué ennoblecida la santidad de la Iglesia desde el principio, quedaron en ella depositados para durar cuanto los siglos duraren; se reserva en todo caso al Espíritu de Cristo que la rige, el cuidado de hacer que brillen más ó menos en cada siglo, según su soberana administración.

ARTÍCULO IV.

El martirio.—Motivo formal.—Fuerza moral de este criterio.—Prerogativas de los mártires.—No los hay verdaderos fuera del catolicismo.—La paciencia no basta para la verdad del martirio.—Suéltanse varias dificultades.—Los mártires testificaron hechos y no doctrinas tan sólo.—El entusiasmo no hace mártires.—La gracia de Dios esfuerza al martirio.

Ofrécese aquí oportunidad para tratar del martirio considerado como hecho milagroso, de condición muy superior á las fuerzas y leyes naturales. Importa examinar ante todo la índole del motivo que impele al mártir á llevar con igualdad lo cruel del suplicio. Los públicos criminales se someten á torturas violentas parecidas

---

1 MOZLEY, *Lectures on Miracles.*, Lect. VIII, p. 211.
2 Lib. I, cap. XII.

á las de los mártires, pero la disposición de ánimo señala claramente la diferencia de los atormentados. *Amamos á los mártires*, decía San Juan Crisóstomo, *no por la pena que padecen en el tormento, sino porque le sufren por Cristo; y al revés, miramos con horror á los ladrones, no por el castigo que sufren, sino á causa de las maldades con que le merecieron.*[1] En este sentido el glorioso San Agustín hacía burla del donatista Gaudencio que se preciaba de llamar mártires y bienaventurados á los herejes de su bando. *Causa tendríais para alabaros de bienaventurados, si suspirando por la gloria de los mártires tuvierais el motivo de los mártires, porque no aclamó el Salvador bienaventurados á los que arrostran males como quiera, sino á los que los arrostran por amor del Hijo del hombre que es Cristo Jesús; y vosotros lejos de padecer por él, padecéis yendo contra él.* [2] Según esta doctrina, que es la de los Santos, en el mártir la muerte violenta es el objeto material, el motivo que á ella le induce es el objeto formal. *No la pena sino la causa constituye al mártir*, decía San Agustín, [3] siguiendo á San Cipriano. La gloria de verdadero mártir requiere que el motivo ó el objeto formal sea sobrenaturalmente bueno.

Los que mostrasen inflexibilidad en presencia de la muerte dada en odio de la fe, llevados de vanagloria y por granjear estima y alabanza humana, en vez de mártires, mejor se llamarían desalmados, porque pospondrían la vida que Dios les dió á un bien natural de inferior calidad. *El martirio, aceptado por captar alabanza y admiración, es cosa vanísima.* [4] *Quédese para los Empédocles, Arístides, Empedótimos, Trofonios, y para gente de esta estofa, el exponer la vida por codicia de gloria. Los cristianos, más huelgan de padecer por motivo de piedad, aunque deban ser sepultados en silencio sus tormentos, que aquéllos de florecer con su impiedad y ambición de ser tenidos y estimados.* [5]

Además, no basta que el motivo sea bueno con honestidad natural. La fe, sin la cual es imposible agradar á Dios, [1] se acompaña con la gracia divina, necesaria para acometer la empresa dificultosa del tormento; y la gracia no se gana por punta de lanza merced á aquella disposición natural, que tendría un hombre si mirase únicamente á la bondad filosófica y moral del padecer. Y juntamente con la fe, el lauro del mártir exige voluntad pronta y magnánima que la defienda por amor de nuestro Señor Jesucristo, honra y cabeza de los mártires. Mas así como la fe ha de dictar ó informar el motivo, sopena de ser inepto para héroe cristiano el que de ella está privado; también la fe ha de ser el blanco á donde aseste sus tiros el perseguidor, si el perseguido debe ser contado en el coro de los mártires. Un asesino condenado á la horca, aunque en su interior aceptase la muerte por Cristo con espíritu de fe, no merecerá corona de mártir, porque padece por la justicia vindicativa encargada de escarmentar las maldades, y no por la justicia de su causa, ni por odio que el juez tenga á la fe, como lo prueba el Padre Teófilo Rainaud, y es doctrina común.[2] Odio á la fe en el perseguidor, amor á la fe en el perseguido: dos elementos necesarios para el verdadero martirio.

Más, dón de Dios y obra suya es el martirio. El entendimiento por su parte propone al hombre un acto que sale del paso común y entra en los términos sobrenaturales, la voluntad por la suya anhela un heroísmo que deja atrás las proezas del orden natural. No es poderoso el hombre, dejado á su natural inclinación, para anteponer bienes invisibles á la posesión de bienes sensibles, y abrazar muerte afrentosa y dolorosa por un porvenir de gloria que espera; y ¿cómo sin tener fortaleza sobrenatural podrá el hombre ejecutar imposibilidades llegando á lo sublime de su deseo? *Vencer al demonio, dar de mano al cuerpo, menospreciar la existencia, fatigar tormentos, cansar verdugos, gloriarse de injurias, buscar en la muerte vida, no es de humana virtud, regalo es y dón del cielo.* [3] Pues si el mérito natu-

---

[1] *Orat. I contra Judæos.*

[2] Vos autem non propter ipsum patimini, sed contra ipsum.—*Contra Gaudent.* lib. II, cap. XII.

[3] Non pœna sed causa martyrem facit. — *Serm. de Sanctis Gervasio et Protasio, epist. ad Festum.* — *Epist. ad Vincentium.* — Super psalm. XXXIV, serm. II. — Serm. VI, *de Martyrib.*—*De correptione Donatist. ad Bonifacium.*

[4] S. JERÓNIMO, in cap. V *ad Galat.*

[5] S. GREGORIO NAZIANZENO, *orat. I in Julian.*

Es muy frecuente confundir en el día de hoy los vocablos y abusar de lo más santo y divino. El Dr. Thuillier, miembro de la Comisión encargada de estudiar la patogenesia del cólera morbo en Egipto, murió víctima de la enfermedad, el 18 de Septiembre de 1883. «Este triste suceso engrandece la Comisión con la auréola del martirio y prueba una vez más el destino sublime del sacerdote de la ciencia de curar, cuyos heroísmos son á veces incomparables con nada.» (DECIO CARLAN, *El Siglo Médico*, 1883. p. 640.) ¿Ni media palabra tiene *El Siglo Médico* para corregir el abuso de ese lenguaje corruptor y profano?

[1] Hebr., XI, 6. [2] *De martyrio*, pars II, cap. III.

[3] S. PEDRO CRISÓLOGO, serm. 152.

ral no es parte para arrebatar la palma de mártir, y si Dios tampoco se obligó con promesa firmada á premiar las virtudes cristianas con un tan singular beneficio, deberemos concluir de aquí que tampoco merecimientos sobrenaturales son bastantes para lograr de condigno una gracia tan honrosa.

Tratemos de definir con claridad la especial condición del martirio. Así la describe el docto Bolgeni: [1] *Mártires se llaman los que mueren dando testimonio de la verdad de los hechos que prueban victoriosamente la religión cristiana. Y esta es la diferencia esencial y notabilísima entre nuestros mártires y los de las religiones falsas, á saber, que éstos dieron sus vidas por algunos dogmas especulativos que ellos defendían con aferrado juicio; pero ¿qué prueba su muerte? Prueba que estaban convencidos de la verdad de esos dogmas, pero un dogma especulativo no se prueba por la persuasión de un sujeto cualquiera, falta saber en qué razones se funda esa persuasión. Al contrario, los mártires cristianos, al ofrecer sus vidas por atestiguar la verdad de la doctrina que profesaban con inquebrantable fe, atestiguaban á un tiempo una multitud de hechos indubitables y milagrosos que ponían en clara evidencia la divina revelación. Ellos eran los únicos verdaderos mártires.*

Toda la fuerza del argumento deducido de los mártires, estriba en que las cosas creídas por ellos eran verdaderas objetivamente y no sólo subjetivamente, porque la convicción que mostraban no les nacía del entendimiento, sujeto á error, sino de los sentidos, infalibles en los hechos de su competencia. Sócrates murió adherido á los principios de su filosofía, Cranmer murió profesando principios contrarios al papado, Servet murió obstinado en sus doctrinas; estas muertes violentas manifiestan la sinceridad de los pacientes y la convicción subjetiva de sus opiniones, pero no demuestran la verdad objetiva de la causa. *Quédanos entera libertad*, decía el protestante Tomás Chalmers, [2] *para poner en duda la filosofía de Sócrates, ó la ortodoxia de Cranmer y de Servet; pero si un apóstol del cristianismo nos dijese, en el momento solemne de su último trance y á vista de los horrorosos aparatos del martirio, que ha visto á Jesús resucitado, que trató con él varios días, que puso la mano en la llaga de su costado, y que lleno de convicción exclamó: ¡Señor mío y Dios mío! sentiríamos que la verdad vive desterrada del mundo, si un lenguaje y un testimonio de este jaéz pudiera inducirnos en error.*

Si el mártir es testigo de un hecho, y no de una doctrina especulativa, evidente cosa es que la libertad acompaña al hombre que persevera en esta confesión, porque *siendo dueño de sustraerse á la violencia, prefiere sucumbir á consentir en lo que le exigen sus atormentadores; y puesto en la alternativa ó de vivir dando de mano á su religión, ó de morir permaneciendo en ella, abraza la muerte gustoso.* [1] Este es el carácter distintivo del martirio, y de esta raíz se toma la fuerza que tiene para demostrar la verdad de la religión cristiana. Y de esta misma circunstancia prueba el citado Arzobispo de Viena cómo los mártires sólo tuvieron imitadores falsos en las sectas nacidas del cristianismo.

De lo dicho derivemos algunas prerogativas que acompañan á los mártires. Cuando el Señor concede al hombre tan singular merced, la muerte abrazada por su amor aventaja en preeminencia á todos los actos morales, por excelentes que sean. El soldado que militando en las filas de Cristo no se harta de penalidades hasta derramar su sangre, hace, á no dudarlo, la obra más grande de caridad que un cristiano puede hacer. No hay para el hombre cosa más amada naturalmente que la vida, y entregarla sin reserva, y acrisolar con tormentos la libertad con que la da, y sufrirlos con efecto anteponiendo á ella y á otras infinitas que tuviera, el amor de Jesucristo y su divina gloria, es la mayor prenda de amor que puede un hombre dar.

Fuera de ser prenda de amor, es victoria señaladísima. Aquel vence que sale con lo que pretende, y aquel es vencido que pierde lo que tenía. El mártir logra al fin su pretensión, conviene á saber, dar testimonio de la fe, glorificar á Dios, trocar su vida temporal por la eterna, propagar el cristianismo, convertir á los infieles, extender los términos de la Iglesia por el mundo; el perseguidor perdió lo que presumía ganar ó quería retener, es decir, el culto de los dioses, el triunfo del error, la conservación de la idola-

[1] *Economie de la foi chrétienne*, I p. chap. I, art. II.
[2] *Preuves de la révélation chrétienne*, p. II, chap. IV.

[1] Le Franc de Pompignan, *La religion vengée de l'incrédulité*, I partie, 1772.

tría, la justificación de los vicios; clamando los unos «matemos,» respondiendo los otros «muramos,» llevan la palma los que mueren, y el oprobio los que matan, con gran servicio de Dios. La pasión de los fenecidos multiplica imponderablemente el cuerpo místico, cuando parecía venir al cabo en manos de los perseguidores, y los jueces que sentencian y los verdugos que ejecutan siéntense de improviso mudados al espectáculo de tanta paciencia por la fervorosa oración de sus perseguidos.

Los mártires son los testigos de Cristo, como se lo mandó el mismo Señor, diciendo: *Me seréis testigos en Jerusalén y en todas las demás provincias hasta los últimos fines de la tierra.* [1] No testigos de sola palabra, sino rubricadores del testimonio verbal con la sangre de sus venas, y por esta causa testigos gravísimos, elocuentísimos, incontrastables, que persuaden á los tiranos la certidumbre de la confesada verdad y la fuerza divina que en el martirio los sustenta, como lo declara San Agustín. [2]

Realza la gravedad del testimonio la gravedad del tormento. A los mártires los crucifican, los apedrean, degüellan, cortan miembro á miembro, les escarpian los pechos, les estiran los brazos y pies con mucha fuerza, quémanlos á fuego lento, abrásanlos con planchas de hierro, métenlos en tinas hirviendo, los arrastran á colas de caballo, los sujetan á ruedas de navajas, los parten con ramas de árboles, les desencajan los huesos con tornos, los tienden en camas de hierro sembradas de puntas, abiertas con azotes las carnes las bañan en salmuera, los exponen á la voracidad de los leones, y ejecutan en ellos otras maneras de increíbles crueldades. Venlos en el potro los fieles, y, lejos de temblar, se alientan á iguales proezas, con que les salen á los tiranos muy al contrario y vanísimos sus intentos. Arnobio, [3] Eusebio, [4] San Agustín, [5] ponderan los prodigios de paciencia presenciados en los mártires.

También los gentiles padecieron tormento. Mucio Escévola tuvo por un rato el brazo en el fuego, Curcio se echó armado sobre su caballo en una sima, [1] Régulo puesto en una caja de clavos fué por ellos atravesado hasta morir, [2] Horacio Cocles y los Decios en la guerra ocuparon el punto de mayor peligro por amor de la patria, [3] Lucrecia, Dido y Porcia se acarrearon también la muerte por huir males é infamias, [4] Escipión africano y Catón [5] se dieron de puñaladas por no sufrir una imaginada deshonra. Tales son los héroes de la antigüedad celebrados por su fortaleza y constancia. ¡Cuán infinita es la distancia que los separa de nuestros mártires! Ellos padecieron por respetos humanos, los mártires por respetos divinos; ellos no se expusieron á prolijidad de tormentos, los de los mártires duraban días, meses, años; aquéllos sufrían sin consuelo, con tristeza, rabia y desmayo, los nuestros se gozaban en los potros como en lecho de flores; aquéllos no movían á otros al amor del padecer, los nuestros aficionaban aún á los atormentadores al amor de los tormentos; aquéllos solían ser varones de temperamento robusto y ánimo obstinado, los nuestros eran personas de flaquísima condición. Y particularizando más las diferencias, los gentiles y herejes se entusiasmaban como por emulación siendo pocos los esforzados, los cristianos á sangre fría y con pleno dominio de sus actos sentían el fuego interior que los movía; los extraños corrían temerarios y con frenético ardor á las hogueras, los nuestros muy sobre pensado y sólo por convicción, esquivando siempre que podían el trance de la muerte; los extraños libraban en los suplicios la honra y dignidad personal, los nuestros sin esperanza de honra y con pérdida de bienes se presentaban al potro; los extraños morían porque debían morir ni gozaban apenas de libertad para evitar los extremos de rigor, los nuestros morían de su libre voluntad pudiendo redimir la vejación y alcanzar honra con solo alargar al incienso la mano; los extraños morían muertes vulgares y breves con tristeza y congojosa desesperación, y si á veces con fortaleza, eran hombres acostumbrados á

1 Act., I, 8.
2 Serm. III, *De Martyrib.—De Civitate Dei*, lib. VIII, cap. XXVII.
3 *Contra Gentes*, lib. I.
4 *Histor.*, lib. VIII, cap. IX.
5 Serm. IV, *De amore Dei et sæculi.*

1 VALER. MÁXIMO, lib. III, cap. III; lib. V, cap. VI.
2 Ibid. lib. I
3 Ibid. lib. I, cap. VII; lib. V, cap. VI; lib. III, cap. II.
4 TERTULIANO, lib. *De martyribus.*
5 VALER. MÁXIMO, lib. III, cap. II.

la fatiga; los nuestros muertes exquisitas y prolongadas anteponiendo la deshonra de la ignominia á una honrosa apostasía; los extraños en su muerte merecían estima y consideración del populacho, los nuestros perdían la vida, con suma infamia y sin rastro de humanidad en los jueces y verdugos; en fin, los extraños son tan pocos que apenas forman cifra, los nuestros agotan el cálculo aritmético y salen de cuenta y cuento.

¿Quién leerá, sin sentir conmovidas de alborozo las entrañas, el *Memorial de los Santos*, escrito por el arzobispo toledano San Eulogio, en el siglo VIII, en loor de los mártires españoles coronados por la secta impía de Mahoma? *Quisiera yo me respondiesen los que se burlan de los soldados de Cristo, si fué el amor de la muerte quien los llevó á la muerte, ó si fué más bien el amor del paraíso quien los impulsó al suplicio con ánimo de evitar los incendios de la muerte eterna.* [1] Léase todo este precioso libro, y se verá con qué intención corrían los mártires cristianos á la palma de la victoria.

De la expuesta doctrina podemos bien colegir que no hay mártires posibles fuera del gremio de la Iglesia católica, única verdadera. No puede en la religión pagana caber la gloria del martirio. La aceptación del tormento en un gentil es acto natural y humano, sin resabio ni olor de fe. No podía ser mártir el tan celebrado Sócrates, si es cierto que bebió la cicuta por defender la unidad de Dios, cuando por discurso de razón y no por vía de revelación conoció esta verdad. Ninguna confesión podía hacer con su muerte de cosa sobrenatural quien ninguna revelación creyó, ni tampoco alcanzó cómo pudiese Dios revelar á los mortales los bienes de su vida interna. No así morían los mártires. Como verdaderos testigos sellaban con su preciosa sangre las cosas que el Hijo de Dios había hecho y enseñado á los apóstoles. Ni fueron tampoco mártires los que por amor natural, por compasión humana, por afecto de humanidad, siendo gentiles, socorrían á los cristianos y padecían á veces con ellos muerte violenta y cruel.

Por este título podemos juzgar de los mártires herejes. No hablemos de los que mueren por defender una verdad que juzgan invenciblemente ser de fe, no siéndolo, porque éstos, en opinión de muchos Doctores, acaban como verdaderos mártires, por estar dispuestos á dar su vida en defensa de cualquiera verdad de fe divina. Tratamos aquí de herejes formalmente tales, que hicieron naufragio de la única y verdadera fe. Estos si dejan la vida en manos del tirano, por cuenta propia la dejan fiados en su juicio particular y errado; y porque separados del seno de la Iglesia, viven reñidos con la verdadera fe, en mal hora se vanaglorían de ceñir el lauro de los héroes, que humildes y gozosos todo el depósito de la fe abrazan y sustentan sin ninguna discrepancia. No pueden acabar en paz y confesando la fe católica los rebeldes y contrarios á la autoridad de Dios, expresada por la santa Iglesia. Esta doctrina exponen copiosamente [1] los Santos, y no se cansan de clamar que la fe partida carece de corona, que paciencia sin fe poco aprovecha al paciente, que los herejes en saliendo de esta vida no tienen derecho al galardón, que el desmembrado de la unidad no debe fuera de la Iglesia prometerse la palma gloriosa de mártir.

Sin embargo, el prurito de los herejes ha sido en todos los siglos ostentar en público largas listas de mártires, como si les fueran ellas argumento de poseer la verdad en su favor. A esta vanidad fueron aficionados los marcionitas; blasonaban con vano gozo de mártires sin número, y en ellos cifraban la divina aprobación de sus perversas doctrinas. *Se alaban de abundar en mártires de Cristo los discípulos de Marción, y no confiesan ni adoran al mismo Cristo como debieran.* [2] Soñábanse felices los maniqueos y donatistas, por la misma causa, como consta en San Agustín [3] y en San Optato milevitano. [4] Los eufemitas, Novaciano, Nicéforo, Metrodoro, Patrófilo y otros abatiéronse á grandes penas por motivo de religión; mas porque eran ramas secas desgajadas del tron-

[1] Vellem responderent mihi Christi militum derisores utrum amor mortis eos ad mortem perduxerit, an non magis oblectatio paradisi ut æternæ mortis evaderent incendia, ad supplicium ire coegerit? Quantum reor, nullus responderet quod intuitu moriendi obitum experierint sancti, sed ut per temporalem interitum ignes evitarent perpetui lethi.—Lib. I, n. 32.

[1] S. AGUSTIN, Serm. 119, *De Divers.* cap. IV.—In Psalm., 59.—lib. I, De serm. Dom., cap. IX.—S. IRENEO, lib. IV, cap. LXIV.—S. CIPRIANO, epist. 52.—Epist. 57.—S FULGENCIO, lib. *De Fide ad Petrum*, cap. XXXIX.—S. GREGORIO, XVIII, *Moral*, cap. XIV.

[2] EUSEBIO, *Hist. eccles.*, lib. V, cap. XV.

[3] *Contra Faust.*, lib. V. cap. VIII.

[4] *Contra Parmen.*, lib. III.

co vivo, sarmientos cortados de la vid verdadera, se marchitaron sin alcanzar el verdor del eterno laurel. A ninguno de los muertos fuera de su valladar la Iglesia católica concedió los honores de legítimo testimonio.

La valentía que emplean los Santos Padres en extrañar del martirologio á los herejes, usan también contra los cismáticos, que al fin herejes se tornan y corren la misma suerte. Así San Agustín, [1] San Optato, [2] San Crisóstomo, [3] San Gregorio, [4] Eusebio, [5] con clarísimas razones muestran cuán vana es la sangre vertida de los que viven separados de la católica unidad. Quien con más elocuencia y tesón trató á los cismáticos fué San Cipriano, preclarísimo defensor de la unidad de la Iglesia. En el libro que de esta materia compuso, impugnando el cisma de Novaciano, dice así: *¿Por ventura piensan tener consigo á Cristo cuando se juntan los que fuera de la Iglesia de Cristo se juntan? Los tales, aunque padezcan muerte en la confesión de ese nombre, no lavan con sangre la mancha, que por ser inexpiable y causa de grave discordia, no se purifica con padecimientos.* (Esse martir non potest, qui in Ecclesia non est) *No puede ser mártir quien en la Iglesia no está... No puede mostrarse mártir quien dejó la caridad fraterna... Ardan en las llamas, entréguense á los incendios, caréense con las fieras, den sus vidas; no será esa corona de la fe, sino pena de la perfidia y término de la desesperación. Podrán salir á recibir en las gargantas el tajo de la cuchilla, no saldrán á recibir en la cabeza el premio de la corona* (Occidi talis potest, coronari non potest). Hasta aquí el gran Cipriano, fundado en aquello de San Pablo: [6] *Aunque entregue yo mi cuerpo á las llamas, si no tengo caridad, de ningún provecho me es.* Porque el crisol donde se purifica el oro del amor divino, en la Iglesia reside, la cual *es la oficina de la verdadera caridad, y hace que las almas resplandezcan con fulgores de eterna hermosura*, según la linda expresión de San Gregorio. [7]

Dilucidemos ahora la controversia, si la paciencia de un mártir es argumento que establezca la condición de su martirio. Conviene antes distinguir entre individuo y muchedumbre. La constancia de un católico particular cuando se muestra inflexible á los fieros golpes por causa de religión, no prueba que su religión sea la verdadera y revelada, porque no tan sólo un hereje podría arrostrar el potro por un artículo verdadero y también por uno falso y heretical, pero áun el católico, con ostentar y todo gran paciencia en lo de fuera, no repugna que tenga osadía al punto de morir, llevado de motivos humanos, de imprudente fanatismo; y como se nos oculte la disposición interior que le hace más fuerte que los que le maltratan, síguese que el martirio de un particular no es prenda de verdad católica, ni de ser revelada la religión por cuya causa padece. *Solo Dios puede juzgar de estas cosas, á él ninguna hay que sea oculta; nosotros no lo podemos, esnos oscura y dificultosa tarea; así es que ha habido católicos que han padecido por causa de la gloria humana.* [1]

Pero considerada la constancia de tantos mártires, de toda edad, sexo, condición, lugar y tiempo, que por no perder la fe ofrecieron alegres los cuellos al cuchillo, sácase argumento incontrastable de la verdad religiosa. Este privilegio excelentísimo reconocieron los primeros apologistas, [2] y celebraron á una voz con ilustres encomios la heroicidad de los confesores de Cristo, porque con su confesión heróica eran reclamo á los gentiles para llamarlos á la Iglesia, y arma poderosa para acabar con la perversidad de las sectas. *Tan grande es,* decía San Cipriano, *la eficacia del martirio, que precisa á creer al que te quiso matar.* [3] Pesadas las circunstancias de los mártires, el argumento que de su consideración resulta es poderoso de por sí para demostrar la credulidad de la religión cristiana. [4] En este sentido dijo un autor protestante: *No puedo dejar en silencio una cosa que me ha parecido milagro espantoso, y que duró los tres primeros siglos, á saber, el valor admirable y la paciencia sobrenatural que manifestaban los mártires en medio de los atroces tormentos que les hacían*

---

[1] Lib. I, *De Serm. Dom.*, cap. IX.
[2] *Contra Parmen.*, lib. III. [3] Hom. XI *ad Ephes.*
[4] *Mor.* XVIII, cap. XIV.
[5] *Hist.*, lib. VI, cap. XXXVII.
[6] Cor. XIII, 3. [7] *Mor.*, lib. XVIII, cap. XIV.

[1] S. AGUSTÍN, in Psalm. XLIII.
[2] TERTULIANO, lib. *ad Scapulam.* — S. JUSTINO, *Apolog.*, lib. I. — S. CIPRIANO, lib. *de laude martyrum.* — LACTANCIO, *Instit.*, lib. V, cap. XIII, XXIII. — S. CRISÓSTOMO, *Orat. de S. Eustach.* — S. JERÓNIMO, *Quæst. XI ad Hedib.*
[3] Virtus est tanta martyris, ut per illam credere etiam ille cogatur qui te voluit occidere. — Lib. *de laude martyr.*, n. 40.
[4] P. TEÓFILO RAYNAUD, *De Martyrio*, pars II, cap. IV

pasar... Estos suplicios me parecen superiores á todas las fuerzas de la naturaleza... Espirar lentamente en tormentos dolorosísimos, pudiendo librarse por un acto de hipocresía que fácilmente se perdonara, es acción tan puesta sobre las fuerzas y la constancia de los hombres, que no podemos menos de reconocer que un poder sobrenatural sustentaba estos mártires dignísimos. Esto es de Addison. [1]

Si en general puede esto decirse, *es claro que el testimonio de los primeros mártires que habían sido testigos oculares, ó adoctrinados por testigos oculares, tiene mucho más peso que el de los mártires siguientes, porque aquellos derramaron su sangre en prenda de haber sido testigos, ó cuasi testigos, de los hechos milagrosos que asientan la divinidad de la cristiana religión, cuando los últimos dan su sangre y vida para testificar que están convencidos de la divinidad de su religión.* [2] Lo que aquí este autor dice, ha menester alguna aclaración. Los primeros apóstoles rindieron la vida por Cristo en testimonio de que le habían visto resucitado, y presenciado los milagros, y oido la celestial doctrina; cosas palpables y evidentes, en que no cabía engaño ni ilusión. *Pruébennos los adversarios que ha habido hombres de seso y de conducta irreprensible que hayan muerto para efecto de atestiguar que vieron cosas que en realidad no vieron, ó que oyeron lo que en verdad nunca oyeron, y nos daremos por vencidos confesándoles que la prueba tomada del martirio de los apóstoles es nula é insuficiente.* [3]

Los discípulos de los apóstoles, ya que no hubiesen asistido á los milagros de Cristo, asistieron á los de los apóstoles y primeros fieles, y por su gloriosa evidencia se convirtieron á la fe. Si pues se dejaban despedazar con cruelísimos tormentos y daban la vida confesando lo visto por sus ojos, su confesión valía tanto como la de los apóstoles, porque tan ciertas eran para éstos como para aquéllos las cosas del Evangelio. Los que corrieron más adelante á los tormentos sin haber visto los milagros de los apóstoles ni de los primeros mártires, conocían los monumentos y actas de sus confesiones y la causa de haber sacrificado sus vidas, y de esta manera sacrificaban las propias con todas las prendas posibles de ser divina su religión. No hay secta que presente mártires que se hayan hartado de tormentos con tanta cordura y seguridad. Los montanistas se abalanzaban al fuego antes de adjurar sus creencias; herejes eran, pero no morían por sustentar hechos, sino solamente por los dogmas de Montano, destituidos de fundamento; fanáticos eran, y obstinados en su fanatismo, concedían más crédito á sus opiniones que á sus ojos; necia terquedad indigna del glorioso laurel. Los anabaptistas y luteranos tampoco se dejaban quebrantar los cuerpos por hechos palpables, sino por opiniones y doctrinas; eran fanáticos, ninguno por opiniones arriesga la vida si no es un temerario: sobre ser fanáticos y temerarios, faltábales aquella mansedumbre que no siente gastada ni apurada la paciencia, y aquel aire beatífico que muestra el purísimo deleite del interior. [1]

Los mártires budistas ¿dónde están? Barth, célebre indianista, dice: *Nadie ha presentado hasta hoy un argumento serio que pruebe haber sido el budismo blanco de persecución duradera y general.* [2] Si algunos fueron perseguidos y muertos, padecieron por una secta naturalista que en la leche habían mamado y que tenían por verdadera; los católicos morían por una ley contraria á la educación recibida y á las naturales inclinaciones, por haberla visto comprobada con inequívocas razones. *Fiunt, non nascuntur christiani,* decía Tertuliano. [3] Por esta causa verdaderos testigos (mártires) no los hay ni puede haber fuera del judaísmo y del cristianismo, porque ninguna otra religión posee hechos verdaderos que merezcan ser testificados con tanta fortaleza. Las más de las sectas, hugonotes, quákeros, valdenses, estriban en que sus enemigos fueron castigados por la divina justicia. Los católicos no fundamos en tan flaca razón nuestra creencia, ni necesitamos argumentos tan débiles: válganse de ellos los que de los nuestros carecen. Y así Pío IX, [4] confirmando el sentir de todos los teólogos, consideró el martirio como uno de los criterios de credibilidad más

[1] *De la relig. cristiana: Démonstrations évangéliques*, t. IX, p. 1015.
[2] PARA DU PHANJAS, *Philos. de la religion*, p. I, sect. VI, n. 188.
[3] BERGIER, *Certitude des preuves du christianisme*, chap. III, § 5.

[1] HURTER, *Martyrum sanguis vox veritatis: Opuscula selecta Patrum*, t. IV, *Theologia generalis*, t. I, th. XV.
[2] *Religions de l' Inde*, p. 133.
[3] *Apolog.*, cap. XVIII. [4] *Encyclic.*, 9 nov 1846.

poderosos para demostrar la verdad del catolicismo.

Descendamos á satisfacer algunos reparos que al martirio así explicado suelen ponerse. No hay religión, dicen, que no cuente sus mártires.—R. Primero, no es verdad que cada religión haya tenido mártires. Sócrates es de los pocos ejemplares ofrecidos por la religión pagana. Acusáronle de introducir deidades nuevas: propiamente hablando, él no enseñaba doctrinas superiores á los dictámenes de la ley natural, fué condenado por sus enemigos á beber la cicuta. ¿Qué mártires podía engendrar el gentilismo, cuando epicúreos y estoicos frecuentaban unos templos y daban incienso á unos dioses? *No la pena, sino la causa hace mártires*, clamaba San Cipriano. [1] Y era voz común de los apologistas. Pero demos que fueran sin número de paganos que se mostraron columnas de paciencia en defensa de una doctrina particular. Nada se adelanta con eso. Nuestros mártires no fueron tales por haber sustentado doctrinas, nó, sino por haber sustentado hechos, como dijimos; eran testigos los mártires, no de dogmas solamente, sino de sucesos notorios y dignos de toda fe, y ningún hombre ha muerto por defender hechos evidentemente falsos, porque no es eso posible. No pongamos los ojos en la paciencia, gozo, inocencia, mansedumbre, caridad de los nuestros, ni la cotejemos con la aparente resignación, coraje, odio, perversidad de los extraños; pero salta á los ojos que los mártires de las otras religiones ni podían estar ciertos de las doctrinas que profesaban, ni tenían hechos sobrenaturales en que ostentar su humildad y misión, ni estaban poseídos de amor de Dios para con su sangre consignar la verdad; al revés, el testimonio de nuestros mártires prueba que la causa que los movía era verdadera y digna de toda estimación y más preciosa que su vida y bienestar.

Los mártires, añaden, sellaron con su sangre opiniones religiosas que tenían ellos por verdaderas.—R. Nó, nó. Los primeros mártires Esteban, Pedro, Pablo, Bartolomé, Policarpo, no padecieron por la verdad de sus opiniones, sino por los hechos en que se fundaban sus principios religiosos. Esta es la especial ventaja que esmalta la gloria de nuestros mártires, haberse hecho pregoneros de acontecimientos públicos, sensibles, palmarios, indubitables, confirmados por milagros patentes y esplendorosos, en los cuales ni en los sucesos cabía terquedad, duda, exaltación de cabeza, entusiasmo devoto, ni fanatismo piadoso que corriese de pecho en pecho. Yerran torpemente los que imaginan que por meras opiniones se gloriaban en las cadenas; su gloria era dar fe de que Jesucristo había muerto y resucitado, hechos innegables que servían de fundamento á sus creencias. [1] Conforme á esto grandísima confusión é inexactitud revelan estas palabras de D. Gumersindo de Azcárate: *Desgraciadamente, es verdad que la religión y la filosofía han tenido verdugos, pero también lo es que han tenido mártires, y éstos sólo son posibles, cuando hay fe en una creencia, en un principio, en algo superior y trascendental.* [2]

La constancia de los primeros mártires, instan, era muy natural que engendrase prosélitos.— R. El fruto natural de las persecuciones no era acrecentar el número de los mártires. El paganismo perseguido muere, la herejía acosada desfallece, el rabinismo oprimido se acaba; de lo contrario ¿cómo no ha crecido la turba de sectas heterodoxas, sino que ha venido á menos al paso que se vieron apretadas por la justicia de las leyes? El oficio de la Santa Inquisición no dejó cuajar la herejía de Calvino en España, y cuando castigó á los conversos porque judaizaban ó desertaban del cristianismo antes abrazado, fueron los judíos perdiendo terreno hasta desaparecer de la península.

Porfían. La fe de los gentiles fué hija del entusiasmo y del ciego fanatismo.— R. La fe de los gentiles era valerosa y más fuerte que la misma muerte, nunca el entusiasmo llegó á tanto. Hombres hubo que dieron sus vidas por la patria y áun por causas más leves; llamáronse mártires por apodo, mostraban el denuedo que los arrojaba á poner fin á una vida efímera en defensa de la patria, que venía á ser la defensa de sus propios intereses. Otros acometieron arriscadas empresas impelidos por la ambición y deseo de gloria. En semejantes casos vemos al hom-

[1] Causa non pœna facit martyrem, epist. LIII, *ad Antonian.*

[1] Bergier, *Apologie de la religion*, chap. VI, art. III.
[2] *Estudios filosóficos*, 1877: *El positivismo y la civilización*, pág. 99.

bre menospreciador de su vida empeñado en puntos de honra. Y entregado á satisfacer humanas codicias, vemos la exaltación violenta que avasalla las pasiones por un momento cuando mira cercana la realización de sueños dorados. El esclavo que mató á Asdrúbal, aunque desmembrado y despedazado con diversos tormentos, *lo sufrió todo con rostro muy alegre y regocijado*, [1] por el gusto con que había vengado la muerte de su amo dando muerte á su matador. Sin el estímulo de una pasión, cuanto quiera justificada, no habría el hombre concebido entusiasmo, y sin entusiasmo habría perdido aquella corruptible corona.

No así los mártires de Cristo. La razón, no la pasión, los hace esforzados; la tranquilidad, no la exaltación de ánimo, los induce á tener en menos la vida; la voluntad deliberada, no el temerario arrojo, lucha con el tumulto de naturales pasiones; el amor de Dios, no el amor de la honra, los estimula y alienta; ni son varones encallecidos en la dureza de los trabajos, sino doncellas, niños, ancianos, personas de condición humilde, de alto linaje, de suaves costumbres, de vida sosegada; ni pocos y contados como los héroes, sino muchos en número, esparcidos por todos los países, continuados por todos los siglos, odiados y perseguidos cruelmente por todos los gobernantes. El entusiasmo no es capaz de engendrar este linaje de heroísmo. La naturaleza no basta por sí á despertar tan sublimes sentimientos. Muy al revés, si el entusiamo arrebató alguna vez á un mártir á excesos desaforados y ajenos de la cordura religiosa, la Iglesia le negó su veneración y el timbre de mártir cristiano.

El ingenio del preclaro Balmes vió con asombro la grandeza de este heroísmo, y preguntaba á su escéptico con acerada elocuencia: *¿Qué cosas naturales puede V. imaginar para explicarlo? ¿el entusiasmo? pero un sentimiento tan pasajero ¿cómo es dable que se sostenga por espacio de tres siglos? ¿cómo puede propagarse por todo el mundo conocido? ¿La gloria humana? pero tantos que perecían sin dejar ni siquiera su nombre, ¿cómo podrá decirse que muriesen por la gloria? ¿Y qué clase de gloria será esta que así atrae al fogoso joven como al caduco anciano, á la matrona como á la doncella, al adulto como al niño al sabio como al ignorante, al rico como al pobre, al magnate como al mendigo? Pongámonos de buena fe, y será preciso reconocer que por más poderoso que sea sobre el corazón el ascendiente de gloria, no alcanzó jamás á producir un efecto tan grande, tan universal en situaciones y personas tan diferentes; pongámonos de buena fe, y descubriremos aquí el dedo de Dios.* [1] Hasta aquí Balmes. Razón será concluir que no bastó el entusiasmo para despertar en los pechos de los gentiles la fe y el ardor del martirio.

Ya podemos inferir cuán poderosa era la persecución de los tiranos para acrecentar el denuedo de los mártires cristianos. *Esa, que vosotros apellidáis aspereza de persecución, es no persecución sino liberación nuestra, la opresión no causará pena, sino que conducirá á la luz de la libertad. Es como si un hombre brutal y estólido pensase que no afligiría á un preso con penas graves y atroces, sino es ensañándose con la cárcel que le encierra, y destruyendo su materia, quemando techo, paredes, ventanas, y derribando todas las partes del edifizio, no haciendo cuenta que con su asolamiento da luz y quita las tinieblas molestísimas al encarcelado que pretende afligir; así también vosotros, con las hogueras, destierros, suplicios, fieras con que despedazáis y oprimís nuestros cuerpos, lejos de quitarnos la vida, sólo nos descargáis de los cueros y cargas, ignorando que cuanto más crueles os mostráis con nuestras carnes, más nos aligeráis de las cadenas pesadas que nos oprimen y más ancha puerta nos abrís para volar á la eterna claridad.* Así hablaba el grande Arnobio. [2]

---

[1] Mariana, *Historia de España*, lib. II, cap. VIII.

[1] *Cartas á un escéptico*, carta V.

[2] Ista, quam dicitis, persecutionis asperitas, liberatio nostra est, non persecutio; nec pœnam vexatio inferet, sed ad lucem libertatis educet; ut si aliquis brutus ac stolidus in carcerem hominem datum quæstionum numquam afficere se gravibus atque immanibus existimet pœnis, nisi in ipsum sæviat carcerem, materiam ejus comminuat, atque urat tectum, parietem, januas, partesque alias operis renudet, dejiciat, affligat, nesciens hoc facto ei cui videatur afficere dari ab se lucem et sceleratam (molestíssimam) eripi cæcitatem: itidem et vos flammis, exiliis, cruciatibus, belluis, quibus corpora lancinatis et divexatis nostra, non vitam eripitis nobis, sed pelliculis relevatis et cutibus nos; nescii quod quantum instatis et pergitis in effigies has nostras speciesque sævire, tantum arctis et gravibus relevatis vinculis, et ad lumen efficitis circuncisis nexibus evolare. *Advers. gentes*, lib., II, cap. LXXVII.

CAPITULO XII.

EL MILAGRO EN LAS PERSECUCIONES.

ARTÍCULO I.

Intento de los racionalistas en tratar de las persecuciones.—La causa de ellas no fué la fuerza fatal del progreso.—El imperio romano no amenazaba ruina en el primer siglo.—Causas políticas.—Todos los poderes se armaron contra Cristo.—Leyes romanas.—Acusaciones.—Los tiranos no obraban de buena fe.—Los cristianos no fueron intolerantes ni quebrantadores de las leyes.—Nerón.—Número de mártires en Roma.—Tres suertes de tormentos.—Persecución fuera de Roma.—Testimonios.

Los enemigos de la Iglesia católica, cuando descienden á las causas que despertaron la saña de los emperadores romanos y dieron margen á la más sangrienta lucha entre las celebradas en las páginas de la historia, con tal artificio rodean la grandeza de este capital acaecimiento, que ó se preocupan por él ligerísimamente, ó quedan con la pluma suspensa, ó si hablan es para cargar á los cristianos la crueldad de los perseguidores. De los que callan es Draper; cual si los tres primeros siglos fuesen de poca ó de ninguna importancia, pasa por ellos con tanta ligereza, que apenas significa estar informado del gran milagro que aquella era presenció. *Era fácil*, dice, *la rápida difusión por todo el imperio del principio cristiano nuevamente establecido. Se extendió de la Siria á toda el Asia Menor, y sucesivamente llegó á Chipre, Grecia, Italia, y en el Oeste hasta las Galias y la Gran Bretaña. Se apresuró su propagación por misioneros que lo hicieron conocer en todas direcciones.* [1] Los emperadores qué decretaron, los mártires cómo procedieron, la virtud divina cómo contrastó la fuerza humana y brutal; cierra Draper la boca, como si le tuviese en ayunas el grandioso acontecimiento de los tres primeros siglos. Su silencio es la más comprensiva alabanza.

Los que no quieren graduarse de ignorantes gastan muchas hojas de papel en encarecer las persecuciones de los emperadores; pero les conceden limitadísima influencia en la propagación del cristianismo, y las pintan como incidentes históricos sin ninguna relación con el acrecentamiento de la Iglesia. Ella debió sus soberanos aumentos á un poder ciego y fatal arraigado en las entrañas de la humanidad, que con tan extraño vigor la impele de progreso en progreso, de institución en institución. En abono de este principio llegan á enseñar los críticos racionalistas que, lejos de intervenir sombra de milagro en la lucha de los cristianos con los paganos, la decadencia del paganismo allanó por fortuna el camino y aceleró el triunfo de la cristiandad.

Pero la historia con la poderosa elocuencia de los hechos, otra más alta filosofía nos enseña. Ordenación de Dios fué disponer que á la victoria precediese la pelea, para que el triunfo del cristianismo se debiese á extraordinaria asistencia del cielo. Si desde su origen hubiera tenido la Iglesia en su favor el apoyo de los príncipes, tal vez se habría reputado á cosa humana su raro engrandecimiento; pero era menester que la loca indignación de sus enemigos no dejase lugar á duda sobre el milagro de su existencia y propagación.

En primer lugar, no es cierto que el culto pagano corriese en el primer siglo á un fin desastrado que le pusiera á punto de fenecer. Es propia condición de todo humano establecimiento mostrar á trechos lo caduco de su institución, mas no por eso viene luego á tierra y acaba. El

1 *Hist. de los Conflictos*, cap. II.

culto del Panteón era en verdad echado á cosa de burla por ingenios altaneros é indóciles, como Horacio, Cicerón, Lucrecio, que, escépticos rematados, mofaban de las ceremonias sacerdotales, sin osar extender la mano á la substancia de las cosas; mas los principios de la religión pagana quedaban tan unos como siempre, y las costumbres tradicionales conservaban todo el vigor sin desistir de su firmeza, cuando se mostró al mundo la Iglesia de Jesucristo. Admitimos de buen grado que en ciertas capitales daba muestras de sí la incredulidad de los descontentos; pero otras y pueblos y comarcas enteras vivían en sencillez de sumisión gozando sin desconcierto el esplendor del culto patrio. Sucedíales lo que entre nosotros á veces pasa, que oyendo un cristiano decir ó leyendo en libros apologéticos que la secta de Buda va decayendo en las naciones del Oriente, si luego emprende un viaje por aquellas tierras verá por sus ojos con qué pujanza domina en las ciudades marítimas del Asia, y se espantará de contar monasterios de budistas donde sólo pensó hallar señales de muerte; así, quien quiera que presenciase con qué descaro la indiferencia religiosa paseaba por las calles de Roma su altivez, habría tenido por fenecida en desventura la religión gentílica, si viajando por el resto del imperio no hubiese advertido que el ministerio sacerdotal, la frecuencia de los sacrificios, el concurso de adoradores, la muchedumbre de ofrendas, la reverencia y culto de los dioses daban señas inequívocas de durar exenta de riesgo la tradicional idolatría. Al imperio romano no le tenía cansado la multitud de dioses, ni desengañado la necedad de su religión, ni harto el desvarío del culto. Por el contrario, pareció cobrar nuevos bríos, soñándose poderoso, cuando el cristianismo le salió al encuentro, ni más ni menos que un ejército se va templando y disponiendo, y se apresta á la jornada para ir á la batalla cuando ve á su rival en ademán de presentársela. Los emperadores procuraron dar firmeza á las instituciones establecidas reformándolas según lo permitían sus fuerzas, por no dejarse vencer de la naciente sociedad. No estaba tan agostada la religión del imperio, que se secase y le viniese envuelta la muerte con tanta facilidad.

El emperador era á la vez pontífice y rey. Tenía mano en lo sagrado y en lo profano. Prevalecer contra el altar, era guerrear contra el trono. Veían los emperadores que el cristianismo no estaba pendiente del poder civil como de elemento esencial, entendían que su jefe espiritual poseía prerogativas que deslustraban la gloria de la autoridad temporal, y recelaban que abierto el camino á la nueva religión, vendría la nacional á menoscabarse hasta el punto de perderse del todo la reverencia debida á la cesárea majestad. De esta manera de ser nacía la intolerancia profesada por Roma á los cultos extranjeros, y la guerra á toda religión que no reconociese en el César prerogativas divinas.

Así las cosas, rompió la conjuración más formidable que el poder de la tierra supo levantar. Todas las fuerzas humanas se coligaron para arremeter de mancomún á la Iglesia naciente y sacarla de cuajo, si pudieran, con todas sus raíces. Los filósofos Séneca, Plutarco, Epicteto, Marco Aurelio, ocuparon sus ingenios en esforzar las excelencias de la razón, los príncipes forjaron nuevas leyes con que detener á los amigos de novedades, los sacerdotes con sus burlas condenaban al menosprecio la santidad de nuestros misterios, los pueblos ayudaban con sus escarnios al vilipendio de la nueva *secta*.

Grandiosa fué la lucha. Los príncipes más humanos repararon en hacer paces con la Iglesia, hasta que vieron despeñada de su cumbre altísima la grandeza del imperio: todos hicieron en ella hostilidades á fuego y á sangre, crueles, encarnizadas. Si alguno de ellos blandeó, su blandura se redujo á mirar el cristianismo como un elemento de conciliación religiosa que facilitaba el ejercicio de todos los cultos. *Gentiles eran los emperadores Augusto, Tiberio, Cayo, Nerón, Vespasiano, Tito, y tras éste todos, hasta el tiempo del dichoso emperador Constantino; todos, cual más, cual menos, hicieron guerra á la Iglesia; pero todos, como quiera, se la hicieron* (ἐπολέμουν δ' οὖν ὅμω ἅπαντες). *Si algunos usaron de más blandura, el vivir públicamente en la impiedad les era argumento de guerrear, pues los que los adulaban se valían de su buena gracia para molestar y hostigar á la Iglesia. Pero todos sus artificios y acometimientos cual telillas de arañas se disiparon, con más presteza que el humo desaparecieron, con más ligereza que el polvo pasaron y se desvanecieron.* [1]

[1] San Crisóstomo, *Quod Christus sit Deus*, cap. XV.

Dos maneras de leyes estaban á la sazón en vigor, las leyes contra los cultos extraños, las leyes contra las corporaciones. Las primeras proscribían toda deidad no reconocida con solemnidad legal, y con la culpa medían la pena de los adoradores; por el contrario, todo desacato hecho á los dioses del imperio se condenaba por crimen gravísimo, y se escarmentaba con destierro, muerte ó privación de franquicias. [1] Las leyes contra las corporaciones vedaban las juntas en secreto, por los grandes riesgos en que ponían á la república, según la experiencia se lo había avisado á los monarcas. El quebrantamiento de las leyes imperiales no podía prometer á los cristianos sino el fuego de la persecución. Y, sin embargo, no podían menos de infringirlas si habían de guardar la ley de Dios. La celebración de sus misterios venía á ser un delito punible por las leyes de la patria, ya que no podían celebrarse sin asociación de personas y sin adorar á Jesucristo, y celebrándose juntas eran tenidas por el pueblo en concepto de conspiraciones contra el Estado, por focos de corrupción con máscara de piedad, y como tales estaban sujetas al rigor de la justicia vindicativa. Por motivo de esto, como en otro lugar va dicho, daban á los cristianos apodos infames llamándolos *sacrílegos* [2] adoradores de la cabeza de asno, [3] enemigos públicos, [4] reos de lesa majestad, [5] supersticiosos, [6] detestables, [7] adversarios de los príncipes, [8] y juntamente los denostaban culpándolos de otros crímenes como de homicidas, [9] incestuosos, [10] desalmados, [11] reos de todas las maldades, [12] demonios, [13] impostores, [14] magos, ateos, [15] tenebrosos, [16] infanticidas y sanguinarios; [17] por manera que no pudiendo los romanos concebir la santidad de nuestra religión, imputaban á sus reuniones los excesos abominables cometidos en los misterios de Mitra ó de Serapis, y á este tenor daban á desalmamiento de cristianos las pestes, hambres, calamidades y azotes físicos y morales de la humanidad, como si no hubiera en el orbe otros malhechores que ellos, y como si otras maldades que las suyas no se cometieran en todo el mundo universo.

Contra tamaño cúmulo de cargos no tenían los nuestros sino la palabra en que librar la defensa de su causa. Alzaron vivos clamores los apologistas, volviendo por el derecho de la verdad con el poder de su dialéctica y con la valentía de sus ingenios. ¿Qué replicaban los filósofos paganos á los argumentos de un Justino, de un Tertuliano, de un Orígenes, de un Minucio Félix, de un Arnobio, de un Lactancio, de un Atenágoras, de un Taciano, de un Cipriano, de un Quadrato, que fueron los principales defensores de la cristiana fe? Ni media palabra: aquellas mudas lenguas eran la apología mejor; el silencio de los filósofos fué voz poderosa que atronó á los defensores de la imperial equidad.

Quedaba para el siglo presente la desdicha de oir voces interesadas en defensa de aquellos tiranos. Los emperadores tenían razón, claman, defendían la religión nacional, y estaban en su derecho.—R. ¿Qué razón ni qué derecho tiene el hombre para proscribir el culto del verdadero Dios? ¿En qué tiempo una ley que manda el error y condena la verdad, ha tenido fuerza para obligar? ¿En qué lugar ha sido lícito incensar la torpeza del vicio y humillar la pureza de la virtud? Nó. Allí donde el politeismo reinaba sin rebozo en público y en privado; allí donde las supersticiones de los adivinos, las evocaciones de los magos, las nefandas imprecaciones de los sacerdotes tenían honroso lugar; allí donde los templos se convertían en aparadores de dioses repugnantes y vilísimos, donde los suplicantes presentaban ofrendas para lograr intentos injustos y ruines, y porque no salían con ellos azotaban en público las estatuas de los dioses; [1] allí donde los poetas en sus cantos, los dramáticos en sus representaciones, los pintores en sus lienzos subían al cielo las desvergüenzas de sus deidades, y encendían con la pintura de sus infames tratos la fantasía del pueblo; allí donde las banderas militares, los palacios de los patricios, las plazas y calles públicas hacían gala de tanta chusma de dioses y diosas; en una palabra, donde todo recibía adoración, excepto el

---

1 Döllinger, *Paganisme et Judaïsme*, t. II, III.
2 Mamachi, I, 91. 3 Tertuliano, *Apolog.*, XVI.
4 Tertuliano, *Apolog.*, XXXV.
5 Ibid., XXXVIII. 6 Suetonio, *Nero*, XVI.
7 Tácito, *Annal*, lib. XV, 44.
8 Tertuliano, *Apol.*, XXXV.
9 Tertuliano, *Apol.*, II. 10 Ibid.
11 Ibid., VII. 12 Ibid., II.
13 Luciano, *De morte Peregr.*
14 S. Jerón., *Ad Furiam*, ep. X. 15 Arnob. lib. I.
16 Minucio Félix, *Octav.*, VIII.
17 Tertuliano, *Ad Nat.*, I, VII.

1 M. Champagny, *Les Césars*.

único y verdadero Dios, con ninguna sombra de justicia podían ser privados los cristianos de adorar y festejar el suyo, con ningún derecho se les apodaba con títulos injuriosos, ninguna culpa se tenían ellos de que dioses de palo perdiesen crédito, ni de que sus adoradores fuesen ineptos para preservarlos de ignominiosa ruina.

Dicen: los tiranos obraban de buena fe.– R. Buena fe ¿en qué? ¿En acumular á los cristianos el incendio de Roma y otros nefandos crímenes para tener pretexto de vejarlos más á mansalva, en desenvainar contra ellos la espada del rigor cuando los procónsules los declaraban inculpables, en echarles el sambenito de malhechores á título de cristianos, en tratar con espantosa severidad á los inflexibles tras de perdonar á los apóstatas acusados de mil delitos, en hacer prueba en los esforzados por ver de amedrentarlos, en no guardar con ellos ni forma en los procesos, ni tasa en la aplicación de penas, ni consideración con los denunciados, ni regularidad en las denuncias, sino clara pasión, suma violencia, inhumana crueldad, evidente sinrazón? Porque la prisión se hacía sin orden del juez unas veces, otras dando con los acusados en tribunales incompetentes, otras, y eran muchas, metiéndolos en la cárcel sin diferencia ni precaución alguna, otras y no eran pocas, trazándose el interrogatorio al antojo del magistrado, otras, y eran las más, condenando por delitos imaginarios, otras en fin, tomando satisfacción antes de abrirse el proceso y examinando con dureza de castigo antes de conocer de la causa. Los que á tanta severidad procedían no estaban de buena fe.

Replican. Los cristianos por su intolerancia merecieron las iras de aquellos gobiernos.—R. ¿Quiénes eran los intolerantes, los paganos ó los cristianos? No tenía derecho de excluir de sus templos al Dios de los cristianos una religión que á todos los dioses daba cabida, debía tolerar el culto cristiano que tenía á los ojos de la razón la recomendación de tantos milagros, ó siquiera los emperadores hubiesen dejado á los apóstoles y fieles vivir al uso de la ley cristiana. Ellos no estorbaban las ceremonias y ritos gentílicos, y si predicaban la unidad de Dios y la exclusión de todo otro culto, motivos razonables tenían para ello, motivos que habían de examinar los príncipes para decidir si les asistía ó nó razón para lo que predicaban. Los que eran tan condescendientes con todos los dioses y áun con los que ningún dios adoraban, sólo para el cristianismo guardaban saña, odio, castigos, muertes; con solos los cristianos usaron de intolerancia.

No es maravilla. Desde que el Evangelio empezó á publicarse hasta el siglo IV, halló entrañas de fiera en la autoridad civil, el poder humano nególe siempre el derecho de existir. Apenas hubo el Salvador subido al cielo los judíos procuraron poner terror en los pechos de los apóstoles. *La Sinagoga fué para ellos manantial de persecuciones.* [1] La calumnia y la espada fueron las armas con que quisieron atajarles los pasos. Testigo San Esteban protomártir apedreado por los judíos, testigo la muchedumbre de fieles puestos en bretes y acosados por Saulo en nombre de los príncipes de la Sinagoga, [2] testigos Santiago y San Pedro perseguidos bajo el reinado del emperador Claudio, [3] testigo San Pablo amenazado de muerte por los judíos, [4] testigo Santiago obispo de Jerusalén arrojado de lo alto del templo en tiempo del sumo sacerdote Annan. [5] Los paganos animados con cierto linaje de emulación á imitar á los judíos, sentenciaron á muerte infame con edictos imperiales la profesión cristiana. ¡Ah! si la Iglesia se hubiera contentado con un altar en el Panteón, pronto se habría amansado el enojo de los tiranos. Ella se preciaba de ser la única religión verdadera, y justificaba con pruebas de concluyentes milagros su pretensión; su firmeza en hacerla pública costó la vida á tantos hijos suyos. Firmó su derecho con el martirio, y el martirio habló por ella y la coronó de gloria. La sangre del mártir no se derrama, siémbrase más bien, y cada gota que cae en la tierra da ciento por uno con el favor de Dios; un soldado que maten levanta escuadrones con la voz del ejemplo. [6]

Muy mal aconsejado pronunció un doctor de la Sorbona en 1882 estas sentencias: *Los cristianos quebrantaban todas las leyes romanas. Atropellaban con todo cuanto componía el patriotismo romano, minaban sorda-*

---

[1] Synagogam fontem persecutionum ab apostolis. TERTULIANO, *Contra Gnostic.* X. [2] Act., cap. XXVI. [3] Act., cap. XII. [4] Act., XIV, XVI. [5] EUSEB., *Hist. eccles.*, lib. II, 23. [6] TERTULIANO, Apolog XXII.—S. LEÓN, serm. 2 in nat. apost.—S. AGUSTÍN, *Præfat.* in psalm. XL.—S. JERÓNIMO, epist. LXII.

mente el viejo mundo, y hacían vacío en el imperio. El estado tenía, pues, derecho y razón contra esa sociedad sin patria. Los buenos emperadores gozan de la facultad de destruir y asolar el cristianismo; el perseguirle es acto de legítima defensa. [1] Así M. Lavisse, al igual de los que tiran á subir hasta las estrellas el estado civil, para asentar su grandeza sobre todo lo humano y divino, que es, en hecho de verdad, saltar de peña en peña hasta caer en la sima del profundo nihilismo. Estos doctores blasonan de amigos de la libertad, y echan grillos á las conciencias; pregonan libertad, y se la niegan al hombre para divorciarse de una religión condenada por la razón natural. Nó; las persecuciones de la Iglesia no nacieron de la imposibilidad de florecer juntamente con el Estado. Cuando vivió tan estrechamente unida con él en el siglo IV, no aspiraba á serle rival ni le era posible siendo tan niña. La calumnia y la crueldad fueron las dos causas que dieron alas á la persecución imperial, como las habían dado á la del Sanedrín. La calumnia aguzando su envenenada lengua pintó á los cristianos en figura de criminales, la crueldad puso las manos en ellos sin más probanza que el mero hecho de ser cristianos. Pero aconteció que el Imperio dotado de inmenso vigor abarcando con los brazos de su administración el mundo entero, pertrechado de todos los poderes para sojuzgar naciones, no se halló capaz de señorear con el aparato de sus legiones una sociedad tierna, de humilde cuna, formada de gente flaca, antes fué vencido, deshecho, desbaratado cuando contra ella se encaró: ¡gran milagro! *Milagro es que la Iglesia católica gravemente perseguida, se haga más fuerte con la persecución y prevalezca contra enemigos astutos y poderosos.* [2]

A este milagro procuran en nuestros días quitar el glorioso resplandor los libres pensadores; en frase de ellos la Iglesia no entró en campo con el imperio romano sino después de llegar á edad adulta, al cabo de dos siglos de existencia. La persecución brava empezó, dicen, en el siglo tercero. Los emperadores romanos le dieron lugar y tiempo para crecer, robustecerse y hacerse capaz de medir sus fuerzas con las del Imperio que habían ya mermado: ¿qué mucho que extendiera sus dominios y ocupara el Oriente y el Occidente? Razón será demostrar el gran milagro de la persecución, singularmente en los tres primeros siglos. Una religión que sobrevivió á la furia de tan espantosas tormentas, no pudo vivir sino de milagro.

1 *La Revue critique*, 1882.
2 BEATO CANISIO, *Notæ in Evang.*, Dom. XVI, *post Trinit.*

Neron (64-68), monstruo nacido para oprobio de la humanidad, mandó incendiar en el año 64 gran parte de la ciudad de Roma, con intento de hacer ilustre su nombre, dándole á la ciudad incendiada. Acusado de haber sido autor de tan horrible desmán, cargó á los judíos cristianos que allí residían la infamia de su criminal atentado. *Nerón para acallar el rumor del pueblo que le achacaba á él la causa del espantoso incendio, apellidó y sujetó á inauditos suplicios á unos hombres odiados por sus maldades* (per flagitia invisos), *llamados por el vulgo cristianos.* Esto sabemos de boca de Tácito, [1] el cual prosigue diciendo: *Esta perniciosa superstición, reprimida en el acto, brotó luego, no sólo en la Judea, donde había nacido, mas también en Roma, donde se junta y concurre cuanto hay de facineroso y desalmado en el mundo.* [2] *Primeramente fueron presos los que confesaban; después por informaciones de éstos una gran muchedumbre* (multitudo ingens), *convencida menos del crimen de incendio que del odio del linaje humano.* [3] Si por indicaciones de los primeros cristianos que se declararon por tales, se descubrió que componían gran muchedumbre, según Tácito, áun no suponiendo que hubiese denuncias ni apóstatas, déjase entender cómo los alguaciles de Nerón vendrían en conocimiento de los muchos que se juntaban en las catacumbas.

Lo primero que conviene considerar es la fuerza de la dicción *multitudo ingens* del historiador. Algunos modernos [4] suben á ocho mil la cifra de cristianos judíos que moraban en Roma, Renan lleva la suma á veinte ó treinta mil, [5] M. Littré

1 Ann. XV, 44.
2 Repressaque in præsens exitialis superstitio, rursus erumpebat, non modo per Judæam, originem ejus mali, sed per urbem etiam. Ibid.
3 Haud perinde in crimine incendii quam odio humani generis convicti sunt.—Ibid.
4 M. DURUY, *Hist. des Romains*, t. IV, 1881, p. 504. —M. AUBÉ, *Hist. des persécut. de l'Eglise*, 1875, p. 99.
5 *L'Ante-Christ.*, 1873, p. 7.

vierte la voz *multitudo ingens* por *multitude énorme*. [1] Cierto es que San Pablo hacia el año 52 escribía á los Romanos que su fe era ya celebrada en todo el universo. [2] Y cuando el emperador Claudio expulsó de Roma los cristianos á causa de los tumultos que levantaban, según Suetonio, no podían ser sino muy numerosos y subir á muchos miles. Y la razón persuade que *una comunidad obscura y escasa no habría despertado los recelos y la crueldad de Neron.* [3] Los protestantes se desembarazan fácilmente del exorbitante número negando que San Pedro estuviese en Roma; con que si se les prueba que estuvo, cosa fácil de probar, no saben por dónde salir del apuro.

Esta ingente muchedumbre de cristianos fué pesquisada por los ministros de justicia; unos confesaron abiertamente su fe, otros fueron asidos por indicios y delaciones, todos puestos en la cárcel. *Sobrevinieron á las befas los tormentos, unos cubiertos con pieles de bestias perecieron devorados de perros, otros fueron crucificados, otros deputados á ser pasto de las llamas y al caer del día fueron quemados á guisa de luminarias nocturnas. Neron había franqueado para este espectáculo sus jardines, y hacía sus correrías mezclado con la muchedumbre en traje de cochero ó montado en su carro. Pero aunque estos hombres fuesen malhechores y merecedores de los últimos suplicios, causaban lástima porque eran sacrificados no á la pública utilidad, sino á la saña de un particular.* [4] Según era grande la afición de los romanos á los espectáculos del circo, Neron quiso solemnizar la desgracia del incendio con una fiesta sin ejemplar. Reunió el pueblo en un vasto local, situado en sus jardines imperiales al otro lado del Tiber sobre el Vaticano. Del testimonio de Tácito no nos consta cuántos días duró la fiesta; lo que consta es que hubo parte de día y parte de noche. Tres suertes de tormentos señala Tácito. El primero fué la caza; vestían con pieles de fieras á los cristianos, arrojábanlos á perros hambrientos, que solían ser de casta muy brava, [5] éstos engañados con la apariencia del traje, despedazaban á las víctimas con mayor ferocidad. El segundo linaje de tormentos fué la cruz; en sendas cruces fueron clavados, según era costumbre en los anfiteatros, y así dispuestos soltaban fieras y los devoraban. La tercera clase de suplicios fué la iluminación nocturna, muy á gusto de los romanos. Ataban á unos palos plantados en los jardines los cuerpos de los cristianos, y cubiertos con túnicas embreadas les pegaban fuego haciendo de ellos luminarias, y dejaban que poco á poco se apagasen y en el suelo la ceniza y grasa derretida dejasen un reguero notable. En medio de este horrible resplandor se dejaba ver Nerón ó montado en el coche, ó mezclado con la plebe, con su vestido de juglar atizando el fuego. [1]

Otra manera de crueldad inventó para mortificar la honestidad de las mujeres cristianas. San Clemente romano, escribiendo á los Corintios unos treinta años después, les trae á la memoria esta persecución y dice que había en ella *mujeres Danaides y Dirces, que padeciendo terribles y nefandas injurias alcanzaron el término en la carrera de su fe y recibieron el galardón, á pesar de tener cuerpo flaco y medroso* (αἰκίσματα δεινὰ καὶ ἀνόσια παθοῦσαι). Estas palabras, en que no suda poco el estudio de los intérpretes, ó significan que dos mujeres, llamadas Danaide y Dirce, padecieron tormento afrentoso en esta persecución, ó bien quieren decir, y parece lo más verosímil, que obligadas las mujeres (γυναῖκες) cristianas á representar en público personajes mitológicos, como las hijas de Dánao y la bacante Dirce, después de burlas y escarnios eran degolladas al arbitrio del emperador.

Hacer computación del número de cristianos que probaron el amor de Cristo con tormentos en estas fiestas populares, es ardua tarea. Quinientas, mil y muchos miles de víctimas solían dejar la vida en el anfiteatro, como de Tácito sabemos, [2] y áun esos eran pocos para cebar la sangrienta curiosidad de tantos miles de espectadores. El incendio había devastado el Circo, que daba entrada á 150 mil personas; para volver por el bien público y medir con la culpa la pena, crecido número de cristianos amontonaría Nerón entre caza de la mañana, dramas de todo el día, y luminarias de la noche. San

1 *Études sur les Barbares*, p. 22.
2 Rom. I, 8.
3 Milman, *The history of christianity from the birth of Christ to the abolition of paganism*, 1840, t. I, p. 260.
4 Tácito, *Ann.*, XV, 44.
5 Estrabon, *Geogr.*, IV, 5.

1 Habitu aurigæ permixtus plebi. Tácito, ibid.
2 *Annal.*, XII.

Clemente llamó gran muchedumbre [1] la de los Mártires de esta persecución.

No se limitó al recinto de la ciudad imperial. Algunos críticos del día han dado por cierto que la saña neroniana no traspasó los términos de Roma, pues la fingida causa no comprendía á los cristianos extranjeros. Pero la voz de la tradición otra cosa nos dice. El pretexto del incendio se extendía á los cristianos de Roma, mas viendo los procónsules la ejecución decretada por su amo en la capital del imperio, y habiendo sabido que la causa alegada en el proceso consistía en que los cristianos eran los enemigos del humano linaje, juzgaron la ejecución romana por decreto y pensaron que no había razón para eximir á los cristianos de las provincias. [2] Suetonio trae de esto una buena razón. *Fueron*, dice, *cargados de suplicios los cristianos, linaje de hombres de una superstición nueva y maléfica.* [3] Si el achaque de incendiarios fué el pretexto, la verdadera causa era la *superstición maléfica*; si el motivo aparente fué un supuesto desorden, el motivo real era el pertenecer los cristianos á un *culto nuevo.* Si pues los de Roma eran tenidos por gente de tan perversa índole, y corrió la fama que habían osado poner fuego á la capital del mundo, no es mucho que fuera de Roma en las provincias y colonias pasasen todos los cristianos por desalmados, enemigos del bien común y de los príncipes, [4] y que como tales fuesen castigados, desterrados y cargados de oprobio y tormentos.

Prueba perentoria tenemos en la carta primera de San Pedro escrita en Roma, durante esta persecución, á las iglesias del Ponto, Galacia, Capadocia, Asia, Bitinia, en que dice: *Carísimos, no os extrañéis del hervor* (πυρώσει, incendio, exploración por el fuego) *que ha cargado sobre vosotros para probaros, cual si fuese cosa nueva. Pero uniéndoos á las pasiones de Cristo, regocijaos, para gozaros y saltar de placer en el día de la revelación de su gloria. Si os insultan en nombre de Cristo, dichosos sois... Ninguno de vosotros sea castigado por homicida, ladrón, maldiciente, codicioso del bien ajeno. Pero si os persiguen por ser cristianos, no os avergoncéis, glorificad á Dios en ese nombre.* [1] En las cuales palabras vivamente centellea el fuego de la persecución que cundía por toda el Asia Menor y por las provincias romanas, en donde eran afligidos los discípulos de Cristo por serlo, so fama de malhechores, ladrones, homicidas.

Confirma esta sentencia el testimonio de Melitón que dice: *Nerón y Domiciano fueron los únicos que formaron causa á los cristianos*. Y Tertuliano clamaba: *Consultad vuestros protocolos; en ellos veréis cómo Nerón se enfureció contra esta secta... con su espada cesárea; pero nos gloriamos de haber tenido tal instrumento de nuestra condenación... También Domiciano lo había intentado.* [2] No sin razón nombran estos dos escritores á Nerón y á Domiciano, como queriendo excluir á los demás emperadores, porque solos ellos dos expidieron decretos especiales contra los cristianos, ya que todos fueron perseguidores implacables.

También son de mucha fuerza los testimonios de Lactancio y de Sulpicio Severo, que declaran haber sido general la causa y el efecto de la persecución. Lactancio: *Como echase de ver Nerón que no tan solo en Roma, sino también por todas partes abandonaba la muchedumbre cada día el culto de los ídolos y se pasaba á la nueva religión condenando la antigua, se arrojó á destruir el templo celestial y á desterrar la justicia, y fué el primero que persiguió los siervos de Dios.* [3] —Sulpicio Severo: *Con este principio empezó la crueldad contra los cristianos, después con leyes se vedó la religión, y publicados los edictos ya no era lícito ser cristiano.* [4]—En alta voz habló Orosio, declarando que Nerón con igual crueldad trató á los cristianos de todo el imperio. [5]—

---

[1] πολὺ πλῆθος ἐκλεκτῶν, I. Cor. 16.

[2] Martigny, *Dictionnaire des antiquités chrétiennes*, 1877. art. *Persecutions.*—Rossi, *Bullettino di archeologia cristiana*, 1865.

[3] Afflicti suppliciis christiani, genus hominum superstitionis novæ et maleficæ. *Nero*, XVI.— Baronio, *Annal.*, *an.* 304. IX.

[4] Tertuliano, *Apolog.*, XXXV.

---

[1] I. Petr., IV, 12.

[2] Consulite commentarios vestros: illic reperietis primum Neronem in hanc sectam... cesariano gladio ferocisse: sed tali delicatore damnationis nostræ etiam gloriamur... Tentaverat et Domitianus.—*Apolog.* V.

[3] Nero cum animadverteret non modo Romæ sed ubique quotidie magnam multitudinem deficere á cultu idolorum, et ad religionem novam damnata vetustate transire, prosilivit, ad excindendum cœleste templum, delemdamque justitiam. *De mortib. persecut.* cap. II.

[4] Datis legibus religio vetabatur, palamque edictis propositis christianum esse non licebat.—*Hist. sacr.* lib. II, 41.

[5] Omnibus flagitiis suis hoc addidit, quod primus Romæ Christianos suppliciis et mortibus affecit, ac per omnes provincias pari persecutione excruciari imperavit. Ipsum quoque nomen extirpare conatus.—*Hist.* lib. VII. cap. V.

Los versos de Prudencio muestran más claramente que todas las persecuciones segaron en España cosecha de laureles con que coronar á nuestros mártires. Dicen así:

> Nec furor quisquam sine laude nostrum
> Cessit aut clari vacuus cruoris
> Martyrum semper numerus sub omni
> Grandine crevit. [1]

Con estas autoridades quedan refutados los protestantes Dowell [2] y Gibbon, [3] y juntamente los modernos que señalan la sola ciudad de Roma por término de la persecución neroniana. La verdadera causa fué la religión de Cristo, como lo prueban los testimonios de los autores sagrados y profanos que van puestos; y la persecución fué general, según los últimos textos alegados, y era muy natural que los aduladores de Nerón incitasen su ferocidad y áun compitiesen con él en el odio del nombre cristiano, sobre lo cual pueden consultarse los autores de Historia Eclesiástica. [4]

Bien se deja entender de lo dicho cómo Nerón á pesar de la indiferencia con que miraba el culto gentílico, cargó los golpes de su odio en las costumbres y religión de los cristianos, así como había puesto á prueba las virtudes de algunos filósofos gentiles. Sus edictos causaron espanto en muchas ciudades de Italia, de España, de la Galia, sin contar las provincias del Asia Menor, donde copiosa mies de palmas recogieron los discípulos de Cristo inmolados por la crueldad del monstruo en el espacio de cuatro años. De ellos hace memoria el martirologio romano á 24 de Junio. *Todos*, dice, *fueron discípulos de los apóstoles y las primicias de la Iglesia romana, campo feraz de mártires.* Los principales son: en Ravena, Ursicino y Vital; en Milán, Gervasio y Protasio, Nazario y Celso; en Brescia, Alejandro; en Luca, Paulino; en Pisa, Torpetes; en Beauvais, Saturnino; en Amiens, Fermín; en Aquilea, Hermágoras, Fortunato; en Zaragoza, Policetes, San Marcos y Santa Tecla; en la cárcel mamertina, cuarenta y nueve convertidos por San Pedro y San Pablo. En esta cárcel estuvieron presos por orden de Nerón los dos sagrados apóstoles, que habían estado ausentes de Roma durante las sangrientas solemnidades; después á 29 de Junio del año 66, deseoso el emperador de aterrar los ánimos, los mandó martirizar. ¿Quién hoy se acuerda de Nerón sino para execrar su memoria? ¿quién no se acuerda de Pedro y Pablo para bendecir su valor?

ARTÍCULO II.

Domiciano.—Causas de su persecución.—Generalidad.—Mártires.—Trajano —Carta de Plinio.—Respuesta de Trajano.—Consultas —Mártires. — Adriano — Calumnias contra los cristianos. —Martirios. —Consultas y respuestas —Marco Aurelio — Ocasión que tuvo de perseguir á la Iglesia.—Mártires que coronó. —Crueldad de este emperador.—Numerosidad de los confesores de Cristo.

Con la muerte de Nerón alcanzó una suerte de tregua la vida de los cristianos. Domiciano reinó al principio en paz, sin irritarse con la religión de Cristo. Pronto con el imperio acrecentada la ambición, adoró en su persona, y dando con las alas de la soberbia en la cumbre de las estrellas subió de príncipe á dios, y mandó colocar su estatua en los adoratorios más frecuentados y que se inmolasen hecatombes enteras en su honor. [1] *Nuestro Señor y Dios manda esto*; [2] así encabezaba sus decretos. Los cristianos que rehusaban darle incienso fueron acusados del crimen de lesa majestad, y con más crueldad se procedió contra ellos que contra los filósofos estóicos, á quienes había declarado perse-

---

[1] Famosa es aquella inscripción:

> Neroni Claudio Cæsari
> Aug. Pontif. Max.
> Ob provinciam latronibus et his qui
> novam generi humano superstitionem
> inculcabant purgatam.

Es cosa entretenida ver qué juicios tan varios forman los autores. Wouters (*Dissert.* t. I. Diss. XX, § III.) dice que fué hallada en Portugal; otros en la Coruña, en Manresa; Ambrosio de Morales (*Cor.* I fol. 265) confiesa no haberla visto; Gruter (*Inscript. antiquæ*, n. 238) la copia sin recato; el P. Flores (t. III, p. 153), aunque nunca dió con ella, la defiende por legítima; también Ferrer (*Hist de Santiago*, fol. 177), Argote (*Memorias*, t. IV, 65), Masdeu (t. V. p. 173) reconocen y estiman su valor; La Fuente, (*Hist. eclesiástica de España*, cap. IV § 23) y el Ilmo. Sr. Aguilar Obispo de Segorbe (*Errores historicos*, 1880, t. I, p. 108) la citan y no la desechan. Sin embargo es apócrifa. Bastaría haberla publicado el mantuano Diego Strada, en el siglo XVI, para tenerla por sospechosa. Pero comparada con las auténticas, que de Nerón poseemos, la forma y el estilo la delatan por hechiza y falsa, como Hübner la juzgó (*Inscriptiones hisp.* 1869, p. 25.).

[2] *Dissert.* Ciprian. XI.

[3] *Hist. de rom. imp. inter.*

[4] Natal Alejandro, *Hist. eccles.* sæcul. I, cap. X.—Mamachi, *Origin. et antiquit. christ.* t. I.—Berti, *Hist. eccles.* t. II. diss. V. in sæcul I.—Gallonio, *De SS. Martyr. cruciatibus.* —Palma, *Prælect. Hist. eccles.* t. I, p. I, cap. IV.—Wouters, *Dissert.* t. I, *dissert.* XX.

[1] Plinio, *Panegyr.* cap. LII.

[2] Suetonio, *Domitian.* cap. XIII.

cución, pareciéndole tan ridícula severidad ofensa á su imperial despotismo. En el año 94 anduvo ya hecho un lobo contra muchos varones consulares y contra nobles matronas, por *novadores de cosas*, [1] crimen que solían cargar á los cristianos. La codicia de los ricos patrimonios y el temor del nuevo culto le arrojaron á tantas muertes y destierros. [2] A ninguno de su familia le valió ser de mucha ó de poca edad; como fuesen cristianos no hallaban en su pecho rastro de clemencia. El Cónsul Flavio Clemente, su mujer Domitila, Flavia Domitila su hija, y Flavia Domitila su sobrina fueron las primeras víctimas. Así lo depone Dion Casio [3], y añade haber sido la causa *el crimen de ateismo* (ἔγκλημα ἀθεότητος). Llamaban *ateos* á los cristianos los gentiles [4] y *ateismo* su religión, porque no consentía sacrificios sangrientos ni estatuas de dioses.

Suetonio [5] acusa á Flavio de vilísimo retraimiento (*contemptissimæ inertiæ*), porque esquivaba tomar parte en los asuntos públicos, llenos de prácticas idolátricas. También Eusebio refiere el destierro de Domitila, sobrina de Flavio Clemente, decretado por Domiciano á causa de la religión. [6] San Jerónimo pinta la devoción que sintió Santa Paula al visitar la isla Poncia donde Domitila padeció ilustre martirio. [7] Además, Dion escribe que Domiciano mandó degollar á Glabrión por los mismos delitos que á los Flavios. Estos excesos de crueldad significan cuán en breve el cristianismo se adelantó hasta las gradas del trono imperial, y cuán señaladas conquistas alcanzó entre las más nobles familias de Roma, antes de acabar el primer siglo. [8] Si al principio el azote de Domiciano dió en cabezas de nobles patricios, después al fin descargó cruel sobre la plebe cristiana, como lo cantó Juvenal. [9]

Esta segunda persecución pasó también los límites romanos y extendió cuanto pudo su rigor por el litoral del Asia, por Antioquía, Siria, Esmirna, Lidia, Pérgamo, Misia, como se saca del Apocalipsis, escrito á fines del imperio de Domiciano, [1] y de las Actas de San Ignacio mártir. Una carta de Plinio á Trajano indica que llevó sus excesos hasta Bitinia y el Ponto Euxino. Porque habiendo Plinio sido enviado á Bitinia en calidad de legado en el año III, escribió á Trajano participándole cómo unos veinte años antes muchos cristianos de Bitinia habían renegado su fe por causa de la persecución, [2] como se colige claramente de sus palabras. La misma conclusión facilitan Eusebio, [3] Orosio [4] y Brucio; [5] cuyas expresiones prueban que no solamente Domiciano atentó contra las haciendas, mas aun contra las vidas quitándoselas á muchos cristianos, si bien su reinado fué breve comparado con el de Nerón. *Muchos cristianos* (πολλοὶ χριστιανῶν) dice Eusebio [6] fueron sacrificados á su odio mortal.

Donde más furiosamente se cebó fué en Roma, como dijimos. Apenas duró un año entero, como lo insinúan Tertuliano, [7] y Hegesipo, [8] al decir que la persecución cesó antes de cerrar el tirano los ojos; pero el ser breve no fué parte para dejar de ser cruelísima, como podía esperarse de un hombre que había tomado sabor en la sangre de los cristianos, y á quien Juvenal llamaba Neron, [9] y Tertuliano [10] pedazo de Nerón por la crueldad. Sus sanguinarios edictos pusieron corona de mártir á San Juan Evangelista, metiéndole en una caldera de aceite hirviendo, [11] á San Andrés aspándole en una cruz, á San Dionisio areopagita con Rústico y Eleuterio azotándolos y segándoles las gargantas, á San Eugenio cortándole la cabeza cuando iba á visitar á San Dionisio, y á San Anacleto vertiendo su sangre, y poniendo igualmente las manos sacrílegas en la vida de San Onésimo, de San Nicomedes, de San Cleto, de San Rómulo, de San Publio en Atenas, de San Lagar en Laodicea, de los Santos Apuleyo y Mar-

---

1 Quasi molitores novarum rerum, SUETONIO.
2 Non vidit Agricola tot consularium cædes, tot nobilissimarum feminarum exilia et fugas. TÁCITO, *Vita Julii Agric.*
3 LXVII, 43.
4 SAN JUSTINO, *Apol.*, I. 6.—II, 3.—ATENÁGORAS, *Legatio pro. Christ.*, 3.—LUCIANO, *Alexandr.*, 25.—MINUCIO FELIX, *Octav.*, VIII.
5 *Domitianus*, 15.
6 *Hist. eccles.*, lib. III, 18.
7 Epist., CVIII *ad Eustoch.*
8 SUETONIO, *Domit.*, XV.
9 Satyr. IV.—152, HERMAS, *Visio*, IV.

1 II, 9.—III, 10.
2 Alii ab judice nominati esse se christianos dixerunt, et mox negaverunt; fuisse quidem, sed desiisse, quidam ante trienium, quidam ante plus annos, nonnemo etiam ante viginti quoque.—Ep. X, 99.
3 *Hist. eccl.*, lib. III, cap. XVII.
4 *Hist.*, lib. VII, cap. X.
5 Apud Euseb. *in Chronico.*
6 *Chron.*, lib. II, 6—II.
7 *Apolog.*, V.
8 EUSEB. *Hist.*, III, 20.
9 *Satyr.*, IV, 38.
10 Portio Neronis de crudelitate. *Apol.*, V.
11 TERTULIANO, *De Præscr.*, XXXVI.

celo en Roma, de San Onesíforo en el Helesponto, de los hijos de Judas primo del Salvador,[1] de San Timoteo en Efeso, y de San Antipas en Pérgamo encerrado en un buey de cobre ardiendo. Prudencio en el himno á San Emeterio y Celedonio, se queja de que la saña de los verdugos privase á la Iglesia española de la noticia de sus mártires en las primeras persecuciones, como quiera que ya á fines del segundo siglo extendía la fe su señorío hasta los confines de España, según la palabra de Tertuliano.[2]

Acusan con querellas importunas los modernos críticos á los escritores católicos de que ponderan sin tasa el número de los mártires; pero carece de fundamento la acusación. *Si desechan tanta nube de testimonios por nacer de manantial cristiano, oigan siquiera la voz no sospechosa de los escritores paganos. Suetonio y Dión Casio nos dicen que el número de los mártires fué sin medida bajo Domiciano; Tácito escribe que este tirano parecía querer agotar toda la sangre de la república;*[3] *en fin Plinio el joven le llama* bestia feroz que hallaba gusto en lamer sangre.[4] *Podemos, pues, á los que abogan por la clemencia de los emperadores romanos, repetir las palabras que escribía Eusebio en el año* 300: *El número de los mártires víctimas de la crueldad de Domiciano fué tal, que los autores más hostiles á nuestra religión no han podido pasarle en silencio. Dejaron estampado á la vez el rigor de la persecución, y la heróica constancia de los cristianos.*[5] Todo esto es de Darrás.[6]

Base esencial del imperio romano era la religión, sin ella la autoridad de los emperadores habría sido quimera. Ser enemigo del culto patrio era serlo de los príncipes, ni había que buscar otro crimen. Por inocente y morigerado que fuese el súbdito, con sólo mostrarse menospreciador del culto oficial incurría en el odio público y era digno de muerte. Confirmación de esto es la carta escrita por Plinio al emperador Trajano, en que le pide solución de sus dudas y cómo había de proceder en el enjuiciamiento criminal de los cristianos acusados. Porque no bien hubo entrado en su jurisdicción proconsular de Bitinia, deseoso de alentar á los adoradores paganos comenzó á dar oídos á las acusaciones levantadas contra los discípulos de Cristo. Su pusilanimidad natural y la falta de pericia le pusieron en grande aprieto. *Las cartas de Plinio han sido puestas en duda por Gibbon, Semler, Corrodi, Held, y defendidas por Haversaat, Gierig, Gieseler, Neander. La concordancia de los manuscritos, los testimonios de Tertuliano,*[1] *y de Eusebio,*[2] *y varias razones internas hablan muy alto en favor de su autenticidad.*[3]

En la que dirigió á Trajano le decía: *No sé qué acciones deban castigarse, ó inquirirse, ni de qué manera se han de castigar. No es pequeña mi perplejidad cuando discurro si se han de distinguir las edades de los acusados, ó si ha de haber diferencia entre niños y varones hechos; si debo perdonar á los que se arrepienten, ó si castigar al acusado que se retracta de su cristianismo; si tengo de perseguir el nombre sólo de cristiano, ó solamente las maldades cometidas por causa de él.*[4] Este procónsul, que parecía trasudar con ansias y agonías, obraba cual si ninguna padeciese. *Entre tanto,* prosigue, *en los casos que se me han ofrecido de denuncias cristianas, este es el camino que he seguido. Les pregunté si en realidad lo eran; á los que otorgaron torné á preguntar segunda y tercera vez, amenazándolos con el tormento; á los que han perseverado en ello los mandé á los tormentos,*[5] *porque no tengo la menor duda que sea cual fuere la condición del hecho, criminal ó no, la obstinación y el porfiado empeño merecen ser castigados.*

En este intermedio ocurrieron casos de circunstancias especiales. A los acusados que tenían título de ciudadanos romanos, remitíalos á Roma al tribunal del

---

1 Eusеb. *Hist. eccles.*, lib. III, cap. XXXII.
2 Hispaniarum omnes termini et Galliarum diversæ nationes.—*Contra Judæos*, cap. VII.
3 *Agric.*, cap. XLIV.
4 *Paneg.*, 68.
5 *Hist. eccles.*, lib. III, cap. XVIII.
6 *Hist. de l'Eglise.*, t. VI. pag. 494: 1869.

1 *Apol.*, cap. II.
2 III, 33.
3 Card. Hergenroether, *Hist. de la Iglesia*, t. I, cap. I, num. 53.
4 Nescio quid et quatenus aut puniri soleat, aut quæri. Nec mediocriter hæsitavi, sit ne aliquod discrimen ætatum, an quamlibet teneri nihil á robustioribus differant; deturne pœnitentiæ venia, an ei qui omnino christianus fuit, desiisse non prosit; nomen ipsum etiamsi flagitiis careat, an flagiosa cohærentia nomini puniantur.
5 Interim in eis qui ad me tamquam christiani deferebantur, hunc sum secutus modum. Interrogavi ipsos an essent christiani; confitentes, iterum ac tertio interrogavi supplicium minatus; perseverantes duci jussi; nec enim dubitabam qualecumque esset quod faterentur pervicaciam certe et inflexibilem obstinationem debere puniri.

César. [1] También fueron denunciadas personas que habían renegado de la fe tiempo hacía, y otras que eran aún cristianas y vivían en la esclavitud. Ni en las unas ni en las otras pudo el gobernador descubrir rastro de crimen. Los primeros declararon, después de largo interrogatorio, que antes de abandonar la verdad de la religión cristiana, se juntaban en días fijos, al amanecer, á cantar, alternando los coros, himnos á Cristo Dios; que en aquellas reuniones se obligaban á no cometer robos, asesinatos, adulterios, á no faltar á la fe dada, á no negar el depósito confiado; que después se despedían y tornaban á juntarse para tomar en común una comida sencilla é inocente; que todas estas cosas habían dejado de practicarlas desde que Plinio se las había prohibido. [2] Con todos éstos usaba Plinio de clemencia.

Pero en otros casos que se le ofrecían de cristianos firmes en la fe, esclavos de condición que, por serlo, podían ser puestos en el potro, aunque no hallase delitos en su causa, ejecutaba en ellos toda la severidad de los tormentos para efecto de averiguar la verdad, y sólo alcanzaba á descubrir mayor firmeza y constancia en la fe. [3] Persuadido á que, no obstante los libelos infamatorios y las acusaciones frecuentes, no tenía motivo para reprobar las costumbres y vida de los cristianos, considerado el exorbitante número de los acusados, determinó dar parte de su congoja al emperador y, suspendido todo proceso, esperar de Trajano la respuesta. [4]

A los escrúpulos del procónsul satisfizo el emperador lacónicamente, alabando la prudencia de su conducta y declarándole que aunque no podía darse regla general

[1] Fuerunt alii similis amentiæ, quos quia cives erant adnotavi in urbem remittendos.

[2] Affirmabant, autem hanc fuisse summam vel culpæ suæ vel erroris, quod essent soliti stato die ante lucem convenire, carmenque Christo quasi Deo dicere secum invicem, seque sacramento non in scelus aliquod obstringere, sed ne furta, ne latrocinia, ne adulteria committerent, ne fidem fallerent, ne depositum appellati abnegarent, quibus peractis morem sibi discedendi fuisse, rursusque coeundi ad capiendum cibum promiscuum tamen et innoxium: quod ipsum facere desiisse post edictum meum, quo secundum mandata tua hæterias esse vetueram.

[3] Necessarium credidi ex duabus ancillis quæ ministræ dicebantur, quid esset veri, et per tormenta quærere; sed nihil aliud inveni quam superstitionem pravam et immodicam.

[4] Ideoque, dilata cognitione, ad consulendum te decurri. Visa est enim mihi res digna consultatione maxime propter periclitantium numerum. Multi enim omnis ætatis, omnis ordinis utriusque sexus etiam, vocantur n periculum, et vocabuntur.

para todos los casos, no convenía pesquisar á los cristianos; pero que si eran denunciados y convencidos, se les aplicase la ley, teniendo en cuenta que si alguno renegaba de su cristianismo con las obras, justo era se le tratase con humanidad y cortesía y se olvidasen con ancho corazón las antiguas sospechas; que, en fin, no era razón hiciese delito de libelos anónimos, *por ser cosa*, dice, *de malísimo ejemplo y no propia de nuestro siglo.* [1]

La respuesta del emperador se reduce á sancionar cuanto su procónsul había ordenado, menos lo tocante á libelos anónimos. Mándale Trajano que no ande á caza de cristianos, pero que si se los presentan al tribunal, los condene á muerte sin remisión, con tal que los acusadores salgan á cara descubierta á tomar sobre sí la responsabilidad de su dicho; de lo contrario quede por nula la denuncia, y por libre el acusado. [2] Cualquiera, dice, que sea delatado y convencido de *supersticioso*, si rehusa ofrecer á los ídolos, debe ser multado con pena capital. Con más claridad no podía Trajano sentenciar por malo el cristianismo: miramiento con los individuos, mucha indulgencia si se retractan; si denunciados son convencidos, por el hecho de ser cristianos, mueran, tienen contra sí sentencia definitiva. ¿Y cuáles eran los capítulos de acusación? Que se reunían antes de amanecer á cantar alabanzas á Cristo, á profesar aborrecimiento del homicidio, del adulterio, del fraude, de la perfidia y demás injusticias. [3] Estos actos se tenían por punibles. Anhelaba el emperador en su respuesta á Plinio atajar con toda severidad los desacatos del culto, mirando sólo á razones de Estado; resolución injustísima, que entregaba la conducta de los cristianos á los antojos de los jueces y á la ojeriza de los acusadores.

Cuánta contradicción se contenga en el rescripto de Trajano, lo pondera con invicto denuedo el gran Tertuliano, diciendo así: *¡Oh sentencia confusa por necesidad! dice que no sean inquiridos como ino-*

[1] Conquerendi non sunt. Si deferantur et arguantur puniendi sunt. Ita tamen ut qui negaverit se christianum esse, idque re ipsa manifestum fecerit, id est, supplicando diis nostris, quamvis suspectus in præteritum fuerit, veniam ex pœnitentia impetret. Sine auctore vero propositi libelli nullo crimine locum habent: nam et pessimi exempli, nec nostri sæculi est.

[2] OROSIO, *Hist.*, lib. VII, cap. VIII.—S. JERÓNIMO, *Chronic.* lib. II, ad an. CIV.

[3] TERTULIANO, *Apologetic.*, cap. II.

centes, y determina sean castigados por reos! ¡Perdona y se encruelece, disimula y castiga! ¿Cómo te enredas con tu censura? Si condenas, ¿por qué no inquieres también? si no inquieres, ¿por qué tampoco absuelves? En seguir la huella á los ladrones por todas las provincias se emplea toda una guarnición militar, contra los reos de la majestad y contra los enemigos públicos todo hombre es soldado, á los compañeros y sabedores se extiende la inquisición; solamente al cristiano se le niega la averiguación, es lícito presentarlos, como si hubiera diferencia entre averiguación y presentación! [1]

Dos cosas resultan evidentes en la carta de Plinio y en la respuesta de Trajano. La primera es que había leyes formales dictadas contra los cristianos por el mero hecho de serlo; ellas, como constase jurídicamente la acusación, los sentenciaban por reos de muerte. El emperador y su delegado no disputaban acerca de esto; sus dudas y disputas eran, no sobre la aplicación de la pena á los que querían seguir la doctrina de Cristo, sino sobre los libelos anónimos y calumniosos y sobre las informaciones que debían tomarse; pero el aplaudir Trajano en general la conducta del procónsul, demuestra que estaba en vigor la ley de proscripción contra el cristianismo. La ley era esta: *no es lícito ser cristiano*, [2] publicada por Nerón, confirmada por Domiciano, sustentada por Trajano, y conservada en su sér por todo el segundo siglo. Con clamar el juez: *no es lícito ser cristiano*, y con responder el fiel: *cristiano soy*, dábase por conclusa la causa. [3] *Este es*, dice Martigny hablando de Trajano, *el primer acto que declaró ilícita de un modo resuelto la religión cristiana. Hasta entonces los fieles, excepto durante las dos primeras persecuciones, habían quedado dentro del derecho común protegidos por la tolerancia de los Césares.* [4] Falsamente piensan algunos escritores modernos que Trajano fué el primero en introducir en el Código penal el crimen de la profesión cristiana. Trajano presuponía la existencia de la ley, Plinio la ejecutaba: á las dudas de éste respondió la interpretación de aquél.

Otra carta nos ha trasmitido Juan Malala, de Tiberiano, gobernador de Palestina, en que pregunta á Trajano qué maneras ha de usar con los cristianos. Héla aquí, suponiendo que sea auténtica: *Tiberiano, gobernador de Palestina, á Trajano, invencible Emperador y divino César: Conforme á las órdenes que tenía, he procurado informarme de los galileos, acusados ante mí con el nombre de cristianos. Ellos por sí mismos se ofrecen á la muerte, sin que ni palabras ni amenazas hayan podido recabar hasta el presente que depongan su terquedad y abandonen su odiosa profesión. Las leyes son del todo ineficaces para quebrantar su fortaleza. Dignaos mandarme las instrucciones que parezcan convenientes á vuestra soberana potestad.* [1]

La decisión dada por Trajano á las consultas de sus gobernadores, en vez de disminuir el número de acusados, debió de acrecentarle. El odio privado y la vindicta pública hallaban en esta política abierto camino para los desafueros más extremados. Traían al monarca exasperado las juntas llamadas *sodalitia*, *collegia*, y cuanto más secretas eran, de peor ánimo estaba con ellas. Fácil cosa les era á los jueces comprobar la cristiandad de los acusados, si éstos, juntándose ocultamente en común, no se escondían de declararse en público. No era mucho que la persecución atase las manos á los mismos perseguidores. Arrio Antonino, gobernador de Asia, como pasase por una ciudad, todos los cristianos que en ella moraban se ofrecieron juntos á su tribunal, y después de castigar á unos cuantos, dijo á los demás: *¡Miserables! si tantas ganas tenéis de morir, ahí tenéis precipicios y sogas.* [2]

Escribe el protestante Dodwell [3] que la Iglesia disfrutó de gran paz y libertad desde la muerte de Domiciano hasta el imperio de Decio (96-249); y de Trajano dice que sólo se embraveció contra la

---

[1] O sententiam necessitate confusam! Negat inquirendos ut innocentes et mandat puniendos ut nocentes! Parcit et sævit, dissimulat et animadvertit. ¿Quid temetipsum censura circumvenis? Si damnas, cur non et inquiris? si non inquiris, cur non et absolvis? Latronibus vestigandis per universas provincias militaris statio sortitur, in reos majestatis et publicos hostes omnis homo miles est. ad socios, ad conscios usque inquisitio extenditur; solum christianum inquiri non licet, offerri licet, quasi aliud esset actura inquisitio quam oblatio.—*Apolog.*, cap. II.

[2] Christianos esse non licet.—SULPICIO SEVERO, *Hist. sacr.*, II, 41.—TERTULIANO, *Apol*, cap. XXII.—LACTANCIO, *de Morte persecut.*, 34.

[3] TERTULIANO, *Apol.*, cap. II.—S. JUSTINO, *Apol.*, II, 2.

[4] *Dictionnaire des antiquités chrétiennes*, 1877, p. 633.

[1] *Chronograph.*, lib. XI.

[2] Ὦ δεῖλοι, εἰ θέλετε ἀποθνήσκειν κρημνοὺς ἢ βρόχους ἔχετε.—TERTULIANO, *ad Scapulam*, cap. V.

[3] *Dissert. Cyprian.*, XI, § 17.

iglesia de Antioquía dando muerte á los santos Ignacio, Zósimo y Rufo. Cuán falso sea este juicio, vémoslo en las Actas de San Ignacio, mártir, donde consta que Trajano intentaba rendir á su imperio todos los cristianos, forzándolos á sacrificar ó á morir; vémoslo en San Policarpo, que aconsejaba á los fieles de Filipos imitasen la gran paciencia de Ignacio, Zósimo y Rufo, y la de otros compatricios suyos; vémoslo en el martirio de Simeón, obispo de Jerusalén; [1] vémoslo en los procónsules de Asia y de Bitinia, como dijimos: de suerte que si la persecución impugnó el nombre de Cristo en Bitinia, Asia, Palestina, no dejaría de multiplicar vejaciones contra los cristianos de las otras provincias imperiales á causa del desprecio de la religión nacional, que era todo el cuerpo de su delito. [2] El librepensador M. Havet, con más arte que ciencia, se enfurece contra el cristianismo, diciendo: *Exceptuado el acceso de despotismo de Nerón y la persecución de un año bajo el imperio de Domiciano, el cristianismo vivió unos cien años sin tener que luchar con ninguna prohibición legal ni con sucesión de violencias.* [3] ¿Así de una plumada borra Havet las persecuciones de Trajano y de Adriano, condenando por apócrifa la correspondencia epistolar entre Trajano y Plinio, cual si fuera, como dice, *un pastel admirablemente compuesto?* [4] ¿Dónde sepulta el mal intencionado escritor á los santos mártires Ignacio y Simeón, que seguramente padecieron durante el imperio de Trajano, áun dando de barato que las actas de sus martirios careciesen de autenticidad? ¿Y esta se llama *crítica histórica*, hacer sospechosos los documentos porque desbaratan el juego maliciosamente entablado?

Cuán grande fuese el número de mártires en esta persecución no es fácil averiguarlo. Grocio tuvo por cierto que había sido más general que la de Nerón y Domiciano; [5] Eusebio parece significar que no fué universal. [6] Los principales mártires fueron San Simeón de Jerusalén, San Clemente desterrado al Quersoneso donde encontró dos mil cristianos condenados á las minas, San Mancio, primer obispo de Ebora en España, San Evaristo, Eufrosina y Teodora nobles romanas. San Ignacio obispo de Antioquía, que murió en Roma, escribió á los de Esmirna una carta llena de fuego divino, en la forma siguiente: *Yo escribo á todos los fieles, y les certifico que muero por Dios con voluntad y alegría. Por lo cual os ruego que no me seáis estorbo vosotros. Ruégoos mucho que no me seáis malos amigos. Dejadme que sea manjar de las fieras, por cuyo medio conseguiré á Jesucristo. Trigo suyo soy, y tengo de ser molido con los dientes de los leones para quedar hecho pan limpio de Dios. No pongáis estorbo á las fieras, antes convidadlas con regalo, para que sean mi sepultura y no dejen fuera de sí parte de mi cuerpo ninguna. Entonces seré discípulo verdadero de Cristo, cuando ni mi cuerpo fuere visto en el mundo. Rogad por mí al Señor que por medio de estos instrumentos me haga su sacrificio. No os pongo leyes como San Pedro ó San Pablo, que aquéllos eran apóstoles de Cristo, y yo soy una nonada; aquéllos eran libres como siervos de Cristo, yo hasta ahora solamente soy siervo. Mas si como deseo, padezco, seré siervo libertado de Jesucristo, y resucitaré en él del todo libre. Ahora aprisionado por él aprendo á no desear cosa alguna vana y mundana. Desde Siria hasta Roma voy echado á las bestias. Por mar y por tierra de noche y de día voy atado á diez leopardos, que bien tratados se hacen peores. Mas sus excesos son mi doctrina, y no por eso soy justo. Deseo las fieras que me estan aguardando, y ruego verme presto con ellas; las regalaré y convidaré que me traguen de presto, y que no hagan conmigo lo que con otros, que no osaron tocarlos. Y si ellas no quisieren de su voluntad, yo las forzaré á que me coman. Perdonadme, hijos, que yo bien sé lo que conviene. Ahora comienzo á aprender á no apetecer nada de lo que se ve ó no se ve, á fin de alcanzar al Señor. Fuego y cruz, y bestias fieras, heridas, divisiones, quebrantamientos de huesos, cortamientos de miembros, desatamiento de todo el cuerpo, y cuanto puede herir el demonio, venga sobre mí, como solamente gane yo á Cristo. Nada me servirá la tierra toda, nada los reinos de este siglo. Muy mejor me es á mí morir por Cristo que ser rey de todo el mundo. Al Señor deseo, al Hijo verdadero de Dios, á Cristo Jesús, al que murió y resucitó por nosotros. Perdonadme, hermanos míos, no me impidáis el caminar á la vida; que Jesús es la vida de los fie-*

---

1 Eusebio, *Hist.*, lib. III, cap. XXXII.
2 Borghesi, *Ann. archeol.*, XVII.—Berti, *Hist.*, t. II, *Dissert.* V, in sec. II.—Palma, *Prælect.*, t. I. p. I, cap. X.—Wouters, *Dissert.*, t. I, diss. XXXII.
3 *Le christianisme et ses origines*, 1884, t. IV, p. 433.
4 Ibid., p. 425.
5 *Ap. Illig. Hist. eccles.* sec. II.
6 *Hist. eccles.*, lib. III, cap. XXXIII.

les. No queráis que muera yo: que muerte es la vida sin Cristo. [1]

Adriano sucedió á Trajano en 117. El decreto de exterminio contra los cristianos prosiguió inquietando sus vidas. Al confirmar lo decretado por su predecesor, Adriano puso ley á las calumnias y á las condenaciones sumarias, pero estuvo firme en que la secta ilegal debía ser enfrenada y castigada, y por ilegal pasaba el cristianismo. Opina el Cardenal Baronio [2] que un motín fraguado por judíos dió ocasión á que se creyera obra de cristianos, y ardiese contra todos el fuego de la persecución. Otros son de parecer que las abominaciones de los gnósticos y carpocracianos, descubiertas en tiempo de este emperador, se prohijaron á los cristianos, [3] contra los cuales el pueblo enfurecido desató la lengua no haciendo diferencia entre herejes y católicos, y levantó el clamor propalando incestos y festines y escándalos, que si bien eran maldades de los herejes se vendían por bellaquerías de los nuestros. Ayudó á inflamar el odio del príncipe la ruindad de los aduladores, quienes conocido el celo que tenía por la superstición pagana y el aborrecimiento á todo extraño culto, atizaron en el pecho imperial la saña concebida y la dieron nuevos alientos.

Hicieron correr la voz que los cristianos en sus conventículos degollaban un niño, y se comían las carnes y le bebían la sangre, envolviendo esta bárbara costumbre en horribles juramentos y banquetes abominables. ¿Qué resultó de las informaciones? resultó que mandadas prender dos mujeres, que se decían diaconisas, no pareció rastro de los crímenes impuestos, sino la frecuencia de santísimos misterios que había cundido por pueblos y aldeas, y se extendía á innúmera muchedumbre de familias.

Esta situación dejó franca la entrada á los apologistas para salir á la defensa del culto perseguido. El primero fué Quadrato, el segundo Arístides, el tercero el escritor de la *Carta á Diognetes;* los tres con valerosa libertad tomaron la voz por los cristianos oponiendo nuestra verdad á la mentira pagana. [1] Con todo eso esclavos y libres, legos y clérigos, ricos y pobres hubieron de pasar por el crisol de esta persecución en Roma y en las provincias proconsulares, si no á la vez, en diversas ocasiones. Porque algunos gobernadores, experimentada la inocencia de los atormentados y la constancia que mostraban, acudían con instancias al emperador y conseguían alguna tregua. Entre ellos el procónsul de Asia Licinio Graniano notificó al emperador la gran repugnancia que sentía en condenar á los cristianos sin trámites legales, sólo por los clamores del pueblo. Satisfizo Adriano á la reclamación escribiendo á Cayo Minucio Fundano, sucesor de Graniano, una carta del tenor siguiente: *Adriano á Minucio Fundano. Tengo recibida la carta que tu antecesor Licinio Graniano varón esclarecido me escribió, y no quiero quede sin respuesta, no sea que los inocentes pierdan la paz, y se abra la puerta á la liviandad de los calumniadores. Por tanto si algunos hombres de esa provincia quieren empeñar su palabra contra los cristianos y sostener en el tribunal la acusación, yo no se lo estorbo, pero tampoco les consiento que se fíen de voces y hablillas cualesquiera. Es más justo que tú conozcas de las cosas levantadas por los acusadores, y si alguno de ellos llega á probar que los acusados cometieron infracción contra la ley, debes escarmentarlos con suplicios, según la calidad del delito. Pero, por Hércules, ten gran cuenta que el que denunciare calumniosamente sea castigado con suplicios más rigurosos, por su maldad y osadía.* Tal es la carta, cuya autenticidad pone fuera de controversia Neander [2] contra Keim que sin razón la tiene por sospechosa. [3]

En ella son dignas de notarse las cosas siguientes. La primera, el resolver que antes de dar sentencia precediesen probanzas, no lo hacía Adriano en favor de los cristianos, sino de los paganos, por cuanto le convenía que no fuesen comprendidos en la pena los que no eran cristianos de profesión. Lo segundo, crimen contra la ley era el ser cristiano, y quienquiera que fuese acusado y convicto, quedaba sujeto á pena capital; pero si era absuelto, la pena recaía sobre el calumnioso acusador. Lo tercero, al tenor de estos trámites únicamente podían formarse quejas con se-

---

[1] *Epist. ad Romanos.*
[2] *Annal.*, ad an. 150. § 4.
[3] DODWELL, *Cypr. Diss.*, XI. § XXIX.

[1] S. JERÓNIMO, *epist.* VIII.
[2] I, p. 56.
[3] *Theol. Jahrb. von Baur*, 1856, III, 387.

guridad contra los cristianos fervorosos y principales, los tibios si flaqueaban en la fe convertían fácilmente en calumnia la querella de sus adversarios. Lo cuarto, aunque la ley no guardaba consideración á ningún cristiano, la grave responsabilidad que se envolvía en un proceso, hacía que las acusaciones fuesen menos frecuentes, pero con este enjuiciamiento la persecución tomaba más carácter de regular y legal. [1]

Por aquí se ve qué respuesta deba darse á las cavilaciones del protestante Dodwel, [2] ocupado en sostener que bajo el imperio de Adriano ningún hijo de la Iglesia dió la vida por causa de la fe. En verdad este emperador no echó bando de persecución, pero las persecuciones populares ganaron tierra y prevalecieron á su sombra y tolerancia. Esto demuestran las apologías de Quadrato y Arístides, esto las cartas de Graniano al emperador, ésto el rescripto del emperador al procónsul Fundano, ésto el haber sido despachado el rescripto á los prefectos de otras provincias como sabemos por San Melitón, [3] ésto la inscripción hallada en el cementerio de Calixto [4] donde se pone la muerte de Mario, ésto el martirio de Santa Sinforosa y sus siete hijos, y consta en sus Actas, juzgadas auténticas; de donde se sigue que Adriano fué verdadero perseguidor de la Iglesia. Lo que dijo Lampridio, [5] que Adriano hizo cuenta de poner á Cristo entre los dioses del imperio, es noticia confutada por Esparciano, [6] porque Adriano era menospreciador de toda religión que no fuese la romana, bien que propendiese al sincretismo religioso, como muchos protestantes modernos. [7]

En el imperio de Adriano probaron la fe con el martirio el Papa San Alejandro, Evencio y Teodulo, Hermes y Quirino en Roma; San Eustoquio con Santa Teopista su mujer, y sus hijos Agape y Teopisto; Faustino y Jovita en Brescia; Calocero en Milán; Santa Sofía con sus tres hijas; Sabina y Serapia en Umbría; San Marcio en Lombardía; San Segundo en Asti; San Antíloco primer mártir de Cerdeña; Santa Zoe con su marido Héspero y sus dos hijos Ciriaco y Teodulo; Santa María, esclava del decurión Tértulo; San Telésforo, San Getulio, su hermano Amancio, sus compañeros Cereal y Primitivo, su mujer Sinforosa con sus siete hijos en Tívoli. [1]

El emperador Marco Aurelio (161-180) trocó en parte la ventura de la religión pagana; no por eso abolió la ley de persecución contra la Iglesia; lo único que hizo fué, después de hartarse de sangre cristiana, apretado por las apologías de Apolinar, Milcíades, Atenágoras y Justino, mostrarse más manso á mediados de su reinado, pero no supo resistir á las violentas pretensiones de los filósofos que con calumnias denigraban la vida de los fieles. Tampoco hizo leyes nuevas contra éstos directamente, se contentó con mandar que se les aplicasen las antiguas, [2] ordenando además fuese desterrado á una isla quien quiera que hiciese algo que pudiera inspirar en los corazones mudadizos de los hombres supersticiosos temor á la divinidad. [3]

Por otra parte los bárbaros del Norte despertaban del sueño, los africanos penetraban en el interior de España, los sediciosos inquietaban con motines las Galias, los Cattos tentaban novedades en la Germania, los Partos se precipitaban insolentes sobre la Armenia, en Roma el Tíber salía de madre, la peste, el hambre, el estrago turbaban el sosiego del imperio. ¿Quién desarmará las iras de los dioses? *De todas las calamidades públicas, de todas las desgracias del pueblo queréis que los cristianos tengan la culpa. Si el Tíber se sube á los muros, si el Nilo no inunda los campos, si el cielo se pone de bronce, si tiembla la tierra, si viene hambre, peste, álzase luego el clamor: los cristianos al león.* [4] Juntábase en Aurelio la superstición á la crueldad. No acometía empresa de importancia que no sacrificase antes miles de víctimas á los dioses. No es maravilla que creciendo las calamidades públicas en todo el imperio, crecie-

[1] S. Justino I, *Apolog.*, 68.
[2] *Dissert. Cyprian*, XI, § 28.
[3] Euseb., *Hist.*, lib. IV, cap. XXVI.
[4] Aringhi, *Roma subterranea*, lib. III, cap. XXI.—Mamachi, *Orig. et antiquit. christ.* lib II, § 4.
[5] *In Alex. Sev.*, cap. XLIII. [6] *In Hadr.*, cap. XXII.
[7] De Pressensé, *Hist. des trois premiers siècles*, 1889, t. III, p. 447.

[1] Bullet, *Hist. de l' établissement du christianisme*, 1764.
[2] Tertuliano, *Apolog.*, cap. V.
[3] Hergenroether, *Hist. de la Iglesia*, t. I, cap. I, núm 59.
[4] Tertuliano, *Apologet.*, cap. XL. — *Ad Nationes*, lib. I, 9.

se también imponderablemente la persecución de los cristianos, á quienes estimaba reos de tantas desgracias. [1]

San Justino había disputado con el cínico Crescente, y humillado muchas veces su altiva soberbia. No se la perdonó el vencido; á falta de razones valióse de la calumnia para cerrar la boca á su adversario. Puso acusación contra él y contra Caritón, Carita, Evelpisto, Hierax, Peón, Liberiano; examinados y hallados convictos de cristianos, pasó el cuchillo por los cuellos de todos.

Los martirios crecieron como espuma en las provincias. *Los cristianos*, decía Celso, enemigo capital del Evangelio, *son perseguidos por todas partes, andan errantes y vagabundos, acosados y pesquisados, porque quieren acabar con ellos.* [2] San Teófilo de Antioquía refiere que en su tiempo, debajo de Marco Aurelio, no cesaban los cristianos de ser azotados con varas y heridos con piedras, y á veces muertos. [3] En la epístola que los cristianos de Esmirna escribieron á las iglesias de Asia sobre el martirio de San Policarpo, leemos: *Felices fueron y generosos todos los martirios... Los que eran desgarrados con azotes hasta descubrírseles las íntimas venas y arterias, llevaban con invicta paciencia y esfuerzo sus trabajos. Frío les parecía el fuego de tan crueles verdugos... De igual suerte los condenados á las fieras sufrieron también graves suplicios.* La apología que San Melitón ofreció al emperador Aurelio, dice así: *Persecución padece el linaje de los hombres píos, acosados por Asia con nuevos decretos. Imprudentísimos delatores, codiciosos de bienes ajenos, tomando ocasión de los edictos imperiales, en público andan ocupando á todas horas los bienes de hombres inocentes.* [4] Teatros principales de esta persecución fueron las iglesias de Lión y Viena de Francia. Vivían allí muchos cristianos griegos, frigios, asiáticos, juntamente con los naturales, que no eran pocos. San Potino y sus compañeros, que no bajaban de cuarenta y ocho (entre ellos Atalo, Maturo, Xanto, Pontico, Blandina), dieron heróico ejemplo de fortaleza cuando el furor de los legados los cargó de infortunios. Unos diez cristianos renegaron la fe y fueron dados por libres; los que ocuparon sus puestos estuvieron fuertes á los golpes de la espada. [1]

Siguió la sangre corriendo después de esta ejecución (177). En la misma ciudad de Lión, San Epipodio murió decapitado y San Alejandro en cruz, San Benigno en Dijón, San Espeusipo, Eleusipo y Melasipo en Langres, San Andoco cerca de Autún, San Marcelo en Chalons, San Valeriano en Tonnerre, San Valentín en Tournus, San Tirso y San Félix en Saulieu, todos domaron el coraje de los verdugos con el triunfo de su paciencia.

Los legados de Aurelio no se atenían á las instrucciones de los tiranos antecedentes. Andaban á caza de cristianos, y sin ponerse en cuenta de si eran ó no culpables contra el derecho común, pronunciaban sentencia de muerte contra ellos. Procónsul hubo que amenazó con el potro á los esclavos de amos cristianos; los desdichados se dejaron amedrentar á vista de los tormentos tan desatinadamente, que vinieron á declarar, á instancia de los verdugos, que sus señores cometían en los banquetes homicidios y abominaciones escandalosas. [2] Esto bastó para caer sobre los cristianos con todo el peso de la ley.

Roma ofreció por este tiempo el espectáculo de una noble romana, Cecilia, sentenciada á morir en su propia casa á manos del lictor, que con tres cuchilladas la dejó bañada en sangre, aún así tardó tres días en volar al cielo. A Cecilia habían precedido en el martirio su esposo Valeriano, Tiburcio su hermano, y Máximo; siguióla después el papa Urbano. La sangre que en esta persecución se derramó deja helada la del que lo considera. *Cuanto más adentro voy en el estudio de la historia y de los monumentos de los siglos primeros, más me persuado ser grandísimo el número de los mártires cuyos nombres no conocemos, y que no tienen sus aniversarios anotados en la rica y antigua compilación del Martirologio jeronimiano.* Así habla el erudito arqueólogo Rossi. [3]

A fines del segundo siglo Tertuliano escribió su *Exhortación á los mártires*, en que los alienta á padecer con fortaleza y á poner los ojos en el eterno galardón; poco después en su *Apologético*, demues-

---

1 AMIANO MARCELINO, XXV, 4.
2 ORIGENES, *Contra Celsum*, lib. VIII, cap. LXIX.
3 *Ad Autolyc.*, lib. III.
4 EUSEBIO, *Hist.*, lib. IV, cap. XXVI.

1 EUSEBIO, *Hist.*, lib. V, cap. I.
2 EUSEBIO, *Hist.*, lib. V, cap. I.
3 *Bulletino di archeologia cristiana*, 1875, p. 173.

tra cuán injusto era condenarlos por el solo nombre de cristianos, y aquí señala los linajes de suplicios con que los despedazaban los jueces y los desmanes que de la plebe padecían, tales y tan desaforados, que áun los cadáveres desenterraba, y destrozados los entregaba á la rapacidad de las fieras. [1] No refiere los nombres ni el número de los que al fin del segundo siglo bebieron el cáliz de la Pasión. Lo que declara Tertuliano confírmalo Clemente de Alejandría en sus *Stromata*, escritas por este tiempo, donde testifica que en Alejandría y en Cartago pasaban los cristianos por el rigor de durísimos suplicios. El magnánimo obispo de Esmirna, San Policarpo, espiró en una hoguera (167-168) víctima del furor público; este triunfo encendió los ánimos de los fieles y ocasionó otras muchas palmas en el Asia Menor.

ARTÍCULO III.

El sanguinario Cómodo.—Septimio Severo.—Sistema que entabló.—Prohibe el culto cristiano.—Proceder de los fieles.—Nuevos mártires.—Antonino Pío y Caracalla.—Decio: su desenfrenada crueldad.—Decadencia del imperio.—Ley de proscripción general.—Víctimas.

No fué Marco Aurelio blando y de tiernas entrañas: los críticos voluntarios ocultando debajo del lindo cebo el anzuelo de la falsedad, se deleitan en pintarle apacible y manso; la verdad es que ensangrentó sus manos con harta sangre cristiana, como hemos visto. Sucedióle su hijo el sanguinario Cómodo (180-192). Los primeros rayos de sus iras quebraron en la iglesia de Africa, que había florecido largo tiempo á la sombra de la paz. Saturnino desenvainó la espada y segó laureles á los primeros mártires, [2] que fueron los cuatro de Madaura y los seis Escilitanos.

En Roma tomaba creces el cristianismo entre las familias principales. Apolonio, senador, [3] delatado por un esclavo, hubo de rendir al cuchillo la cerviz, otros muchos varones nobilísimos alargaron también las suyas en este conflicto. Mas ora fuese la muchedumbre de cristianos que servían en palacio, ora por la buena

[1] *Apolog.*, XXXVII.
[2] Primus hic gladium in nos egit, TERTULIANO, *Ad Scapulam*, III.
[3] SAN JERÓNIMO, *De viris illustr.*

traza de Marcia mujer de Cómodo, la Iglesia gozó de algún sosiego, y fué restituida la libertad á los desterrados y condenados á las minas. *No fué esta una aprobación oficial del cristianismo, pero siquiera es el primer paso enderezado á establecer un* modus vivendi *que consentía á la Iglesia y al Estado coexistir de hecho, sino de derecho.* [1]

Si Cómodo usó de alguna templanza Septimio Severo (193-211) dió tregua á la persecución hasta el año 202. Porque al principio de su reinado, alcanzada victoria contra Níger y Albino, *no tan sólo no hizo daño á los cristianos de familias senatoriales* (clarissimas feminas et clarissimos viros sciens hujus sectæ esse), *pero áun dijo de ellos encarecidos elogios y resistió á los clamores del pueblo enfurecido contra nosotros.* [2] Amaneció el año 202, y estando en Palestina, á donde se había trasladado á causa de un motín intentado por los judíos, *vedó so graves penas que nadie se hiciera judío, y lo mismo dispuso de los cristianos.* [3] Aquí la persecución hízose brava, y tan inaudita fué la crueldad ejecutada con los cristianos, que muchos creyeron venida la hora del Anticristo. [4]

Contemplaba Severo cuán sin virtud habían sido las leyes para cortar los ramos al árbol del cristianismo, y espantado de los renuevos que brotaban presumió poner fuego á la raíz. Hasta el presente los cristianos podían gozar del bien de la paz, con tal que ninguno les hiciera cargo de crimen: en adelante los convertidos y fautores de la conversión, áun sin ser acusados, estarán sujetos á las penas de la ley imperial. La violencia de este arbitrio muestra claramente, que el cristianismo avasallaba entendimientos y corazones, merced á los milagros de fortaleza presenciados en los mártires, que encendían en los ánimos de los gentiles llamas abrasadoras, si bien los paganos libres de preocupaciones juzgaban de nuestra religión con más estima y acierto, pues no podían negar que las virtudes de los cris-

[1] PABLO ALLARD, *Les Persécutions et le nombre des martyrs*, art. IX.
[2] TERTULIANO, *Ad Scapulam*, cap. IV.
[3] Judæos fieri sub gravi pœna vetuit, item etiam de christianis sanxit.—ESPARCIANO, *Vita Severi*, cap. XVII.—SULP. SEVERO, II, 45.
[4] EUSEBIO, *Hist.*, VI, 7.—SAN JERÓNIMO, *De Vir. illustr.*, LII.

tianos hacían clase de hombres aparte y singular, [1] de suerte que ayudando el favor de Dios salían de sus ceguedades y deleites los malos y se acrecentaba el número de los verdaderos creyentes, al mismo tiempo que *las rentas de los templos de día en día venían á menos, y el tesoro de los dioses carecía de ofrendas.* [2]

A la verdad la Iglesia crecía, y á fines del siglo segundo había salido de pañales. Antes de principiar el tercero se habían juntado concilios en Roma, Palestina, Acaya, Ponto, Mesopotamia, Asia Menor, Galia; poco después reuniéronse en Cartago setenta obispos africanos para resolver asuntos tocantes á dogma y disciplina. Esta incomparable actividad, por el contraste que hacía con la indolencia del paganismo, despertaba grande extrañeza en el ánimo de los magistrados, á quienes menos escocía el decaimiento del imperio que la sobrepujante vitalidad de la Iglesia. Con arrojo se lo decía Tertuliano: *Sin tomar las armas, sin rebelarnos, con solo descartarnos de vosotros y formar cuerpo apartado, os podríamos combatir. El día en que esta gran muchedumbre os abandonase y se aislase yendo á remotas tierras, quedaría vuestro imperio avergonzado y lleno de confusión por la pérdida de tantos ciudadanos: la misma separación os bastaría para castigo. Ciertamente os espantaría vuestra soledad, el silencio de las cosas y el estupor de vuestra muerta dominación; tendríais que buscar á quien imponer leyes, más enemigos os quedarían que ciudadanos.* [3]

Señoreado Septimio Severo por la fuerza de estas razones, el único camino que halló fué prohibir con graves penas los progresos del Evangelio. *Así dió la señal de la persecución sistemática y oficial, es decir, de un cambio radical en la jurisprudencia que el imperio romano había seguido en el decurso del siglo respecto de los cristianos.* [4]

El edicto del emperador se estrenó en Egipto, donde, según dice Clemente de Alejandría, los mártires brotaban como las aguas de fuentes inagotables. [5] *Cada día los estamos contemplando unos tostados, otros torturados, otros decapitados.* El mismo Clemente había de poner freno al denuedo temerario de los muchos que sin tener experimentada su fortaleza se entregaban á las manos de los verdugos. [1] Los discípulos de Orígenes salían del aula á buscar la guirnalda de mártires. Plutarco, Sereno, Heráclides, Herón, acompañados de su maestro derramaron su sangre valerosos. De la Tebaida acudían los cristianos á hartarse de tormentos. [2] La Virgen Potamiena y el alguacil que la llevaba al suplicio compraron con sus vidas la corona. [3] Sendas palmas tronchó el cuchillo para las cabezas de Casto, Emilio, Celerina, Lorenzo, Ignacio, Saturo, Saturnino, Revocato, Facundo, Artaxio, Perpetua, Felicidad y Gudena.

Con todo los cristianos, siempre que podían, hurtaban el cuerpo á la rabia de los perseguidores, como notoriamente se vió en la provincia de Africa. Si no podían escapar, pagaban con dinero el silencio de los corchetes, para que no intentasen la pesquisa. Tertuliano declara que en los libros estaban escritas las sumas satisfechas de los cristianos por librarse de la muerte. [4] En mal hora echaba en rostro Tertuliano á los fieles esta cautela, cual si el huir fuese apostatar, y el rescate agravio á la fe. *Más vale renegar de la fe en medio de los tormentos; un soldado perdido en la pelea es preferible á un soldado fugado.* [5] Esta arrogancia no fué hija de la fe; era fruto de la humana soberbia, que ya en 203 comenzaba á perturbar la serenidad de Tertuliano, arrastrándole á deplorables excesos. Como quiera que sea, el cuadro que nos pinta de los martirios ejecutados en los principios de Severo manifiesta la crueldad de los perseguidores. *Vivimos en el fuego de la persecución, en la canícula del martirio. A unos los prueba el fuego, á otros el hierro, á otros los dientes de las fieras, otros después de gustar la dureza de los azotes y las uñas de hierro, yacen y se consumen en las mazmorras. Yo mismo me veo acosado de lejos como liebre por los cazadores.* [6]

En la Galia fué una enormidad el estrago causado por la ley de Severo. Gre-

---

[1] Gentium genus dicimur. TERTULIANO, *Ad Nationes*, I, 8.
[2] TERTULIANO, *Apolog.* cap. XLIII.
[3] *Apolog.*, cap. XXXVII.
[4] PABLO ALLARD, *Les Persécutions*, art. XI, III.
[5] *Stromat.*, lib. II, cap. XXII.

[1] *Strom.*, lib. IV.
[2] EUSEB., *Hist.*, lib. V, cap. I.
[3] EUSEB., *Hist.*, lib. VI, 5.
[4] *De fuga persecut.*, XIII.
[5] Ibid., X.
[6] Nunc in præsentia rerum est medius ardor, ipsa canicula persecutionis... Alios ignis, alios gladius, alios bestiæ christianos probaberunt. Alii fustibus interim et ungulis insuper degustata martyria in carcere esuriunt. Nos ipsi, ut lepores, destinata venatio de longinquo obsidemur.—*Scorpiacus*, I.

gorio Turonense escribe que la sangre de los cristianos corría por las plazas como avenida de río. Con gran rabia y furor atravesaba el lobo, sediento de sangre, las provincias y ensangrentaba las uñas en los inocentes corderos. En la floreciente ciudad de Lión recibió la palma San Ireneo con sus numerosos compañeros. En Roma padeció Nadal, caido antes en herejía; en Apamea de Asia Cayo y Alejandro; en Bitinia, Ponto, Paflagonia habría también sus mártires, según eran muchos los cristianos que poblaban estas provincias. De los documentos alegados consta que se queda muy corto el crítico Dodwell [1] cuando asienta que la persecución de Severo duró solos dos años y coronó escasa cantidad de mártires. [2]

Hemos omitido de intento los reinados de Antonino Pío y de Caracalla que no hicieron sino caminar sobre las huellas de los otros emperadores. Caracalla mayormente en Africa tiranizó á los cristianos. *Por el Dios vivo somos abrasados y padecemos lo que ni los sacrílegos, ni los enemigos públicos, ni los reos de lesa majestad suelen padecer.* Así hablaba Tertuliano al procónsul Tértulo Escápula. [3] Antonino Pío pasa en boca de los modernos por un emperador benigno, favorecedor de los cristianos. Basta leer á San Justino para entender que en tiempo de Antonino (138-161) se les cortaba á los fieles la cabeza, se les crucificaba, se les afligía con cadenas, fuego, fieras, y llovían sobre ellos los enojos del emperador. *Cuanto con más fiereza nos martirizan, más crece el número de fieles.* [4] No se embraveció con edictos nuevos, pero mandó la ejecución de los antiguos, [5] sin que bastasen las razones y defensas de los apologistas para intimidar á los jueces; el cristiano que se les presentaba en calidad de tal, sin más forma de proceso lo pagaba con la cabeza. Así la llama de la persecución prendía por todas partes.

La primera apología de San Justino claramente lo demuestra. En ella pinta la atroz injusticia con que eran tratados en los tribunales, y habla al emperador como á causa de tantas vejaciones. Además las Actas de Santa Felicidad y de sus siete hijos, martirizados por mandato de Antonino, lo evidencian, y no menos claro lo dice una inscripción hallada en el cementerio de Calixto en que se deplora la desgracia de carecer el mártir de sepultura amigable de sus parientes. [1] La apología de San Justino penetró dulcemente en el ánimo del emperador, hasta el punto de aconsejarle una ley favorable á los cristianos, á que ayudó no poco un espantoso temblor de tierra, que asoló muchas ciudades del Asia. Decía así la ley: *Si alguno insiste en causar á un cristiano molestia por serlo, el denunciado sea absuelto aunque conste que es cristiano, y sea castigado el delator.* [2] Que este edicto sea obra de Antonino Pío parece con razón sostenerse, si bien muchos le creen interpolado, y áun no falta quien rechace su autenticidad.

Sentóse en el trono Maximino (235-238), y perdió los estribos de puro coraje con los obispos y operarios evangélicos. Con la tregua concedida por Severo á la Iglesia diéronse prisa sus campeones á extender sus dominios plantando la cruz en las comarcas de la gentilidad. Orígenes describe el cristianismo corriendo, á principios del siglo tercero, desde la Bretaña hasta la Mauritania, [3] contando entre las tierras aún no evangelizadas algunos pueblos del Danubio, la región oriental y la comarca allende el Nilo. [4] El emperador Maximino que no apartaba los ojos de tan prodigiosa propagación, para atajar los pasos al Evangelio quitaba de en medio á los papas San Ponciano y San Antero, [5] sin perdonar á los simples fieles, que mayormente en Capadocia eran perseguidos de muerte por la profesión cristiana, como se saca de Firmiliano [6] y de Rufino. [7] El populacho frenético era quien subía bramando hasta las nubes los desmanes de los cristianos, y forzaba á los jueces á ejecutar violencias contra ellos en muchos casos; situación que duró varios años y no uno solo, como pensó Dodwell, [8] hasta que una guerra civil encendida por

---

[1] *Dissert, Cyprian.* XI, § 41.
[2] TILLEMONT, *Mémoires*, t. III. p. 115.—PALMA, *Prœl ct., hist. ecless*, t. I, part. I, cap. XXII. — WOUTERS, *Dissert.* t. I, *dissert.*, XL.
[3] Cap. IV.
[4] *Dialog cum Triphone*, cap. CX.
[5] TERTULIANO, *De fuga persecutor.* VIII, IX.

[1] EUSEBIO, *Hist.*, lib. IV, cap XIII.
[2] ARINGHI, *Roma subterran.* lib. III, cap. XXII.
[3] *In Matth* hom., XXVIII.
[4] *Contra Celsum*, II.
[5] EUSEBIO, lib. VI, cap. LI.
[6] Epist., LXXV.
[7] *Hist. ecclés.*, lib. VI, cap. XIX.
[8] *Dissert.*, XI, § 48.

casi todo el imperio, tuvo por remate el entronizamiento de Decio en 249.

Su primer designio fué extirpar el cristianismo que estaba tan dilatado. Esforzóse en corroborar la fuerza imperial con la renovación del antiguo culto, por parecerle que un culto nuevo era la ruina del imperio. No entendía que el orden civil y el religioso son dos órdenes de naturaleza diversa, y no deben confundirse en uno, aunque deban vivir unidos y perfectamente trabados. No es de maravillar que el imperio corriera á largos pasos á su ruina, cuando la pujanza del culto cristiano ponía en evidencia las miserias y los absurdos del culto idolátrico. Algunos modernos han encarecido sin medida el retraimiento de los cristianos como causa que ayudó á la decadencia del imperio. Aserción falsísima, como más arriba se dijo. El imperio tenía dentro de sus entrañas las causas de su envejecimiento. El ardor militar fué apagándose en los nobles de suerte, que ya Aurelio hubo de prohibir á los senadores fuesen á la guerra, porque la aristocracia se desdeñaba de empuñar las armas, y era cosa de asombro hallarse en las filas un hijo de casa noble. En la índole y en la política de los emperadores estaba la verdadera causa. Las carreras civiles seguían el mismo rumbo. Muy ardua empresa era para los cristianos componer las prescripciones legales con la observancia evangélica; sin embargo, muchos de ellos llenaban cargos públicos en tiempo de Decio con notable severidad. [1] Pero ¿qué se podía esperar de un cuerpo corrompido y estragado por una política enemiga de la verdadera virtud? ¿Qué podía hacer la Iglesia con su fuerza vivificadora cuando la ponían una ese y un clavo en el rostro, y la daban por nula y por indigna de vivir? ¿era posible resucitar el cadáver haciendo guerra á la vida?

Esta fué sin embargo la proeza de Decio. (249-251). Pensó que el medio más adecuado para infundir espíritu á las virtudes de la antigua Roma, sería tener oprimidos á los cristianos, ó precisarlos al culto nacional. Apóstatas ántes que mártires: tal era su enseña. Lamentábase de que los fieles muriesen en el tormento. *Acerbísimos suplicios sin el consuelo del morir*, decía San Cipriano.—[1] *Era tal* (el edicto de Decio contra los cristianos) *que los mismos escogidos, si fuera posible, se escandalizaran y todos los cristianos en gran manera se habrían aterrado.* [2]—*Existió años después un animal execrable, Decio, que oprimió la Iglesia.* [3]—*El emperador mandó en su edicto que los prefectos y magistrados cristianos con todo linaje de suplicios y amenazas se redujesen al culto de los dioses.* [4] Se le avivaba la rabia con la sed, y poníase furioso al oir el nombre de mártir. No había halagos, promesas, amenazas, potros, cárceles, tormentos que no intentase á trueque de lograr una apostasía. Con este fin promulgó bando de proscripción general, que fué esparcir el terror y el exterminio por todos los puntos del Imperio.

A ningún emperador se le había asentado el designio de perseguir sistemáticamente á todas las clases del pueblo cristiano, y de obligar á la abjuración sin diferencia de edad ni sexo. A la tiranía de Decio tocaba pregonar edictos sangrientos, con orden que los fieles se presentasen por sí propios á los tribunales y jueces, si no querían ser pesquisados. Visto el proceso, se les forzaba ó á renegar, ó á morir. Los apologistas de este tiempo Orígenes, Lactancio, San Cipriano, San Dionisio Alejandrino, San Optato, dan testimonio de tan malhadado empeño [5]

La primera víctima fué San Fabián papa. Su martirio causó gran consternación. San Cornelio sucesor suyo alcanzó igual corona. Los confesores de Cristo, obispos y presbíteros en particular, eran presos y encarcelados en gran número. Pareciendo á los magistrados que el tiempo acabaría con la paciencia de los héroes, guardábanlos como olvidados, en prisión, y allí los apaleaban, hasta matarlos de hambre y sed. Máximo, Urbano, Macario, Moisés fallecieron en las cárceles de Roma, [6] Celerino, Sidonio, Calfurnio, Basiano, Sabina, Maria, Uranio, Alejo, Quinciano, Colecta, Emérita, Januaria, Dativa, Donata, Espesina, pasaron en la

[1] EUSEB. *Hist.* lib. VI. cap. XLI.

[1] Epist. VII.
[2] S. DIONISIO ALEJANDRINO, *apud Euseb.*, *Hist.* lib. VI, cap. XLI.
[3] LACTANCIO, *De morte persecutor.* cap. IV.
[4] S. GREGORIO NISENO, *Vita Sti. Gregor. Thaumaturgi.*
[5] PALMA., *Prælect.* t. I, part. I. cap. XXIV, XXV. —WOUTERS., *Dissert.* t. I, dissert. LVII.
[6] S. CIPRIANO., epist. XVI.

prisión atrocísimos tormentos y dieron allí su espíritu al Señor apoyados en la constancia de la fe; [1] Saturnino, Acacio, Bábilas, Alejandro, Obispos también, se coronaron de gloria; San Abdón y San Senén en Roma, Santa Águeda en Catania, San Aurelio y San Numidio en Africa, San Cristóbal en Licia, San Pionio en Esmirna, pasaron por la aspereza de la cárcel al inmarcesible laurel. Fuera de éstos, los más célebres, fueron sin número los que hicieron gloriosa confesión en el imperio de Decio.

Los obispos y demás clérigos hacían esfuerzos por mantener libres de riesgo las ovejas del inmenso rebaño, pero no pudieron evitar que algunos fieles ó por cobardía, ó por conveniencia temporal, perdiesen el aliento del ánimo y contristasen con su apocamiento el corazón de los buenos. [2] No habían faltado apóstatas en los reinados anteriores, mas en éste fueron los casos más frecuentes. Llamábanse *blasphemati* los que abjuraban la fe; *thurificati*, los que ofrecían incienso á los ídolos; *sacrificati*, los que hacían sacrificios paganos; *libellatici*, los que compraban cédulas declaratorias de una infidelidad que no tenían. Léanse las obras de San Cipriano, [3] y se verá la triste minoría de los que caían á medio camino con la carga, y cuánto cuidado empleó la Iglesia en preservarlos del peligro de la seducción, y los trámites que decretó para admitirlos otra vez en su gracia y amistad. [4]

El emperador Valeriano (251-253) mostróse benévolo al principio, y tan favorable á los cristianos, que su palacio semejaba iglesia; [5] tantos eran los fieles ocupados en el servicio imperial. Tan poco tiempo tardó en torcerles el rostro, como en prestar gratos oídos á los consejos de su favorito Marciano, enemigo de los católicos. En 257 dió estampido la persecución, y cobró más fiereza al año siguiente, en que publicó Valeriano un edicto prohibiendo las juntas de cristianos y desterrando á muchos obispos y sacerdotes.

[1] Epist. *Lucian. ad Celerin.*, *apud Cyprianum* ep. XXI.
[2] S. Cipriano., ep. II.—Euseb. *Hist.* VI, 43.
[3] *De Lapsis*, epist. LI, LIV.
[4] Martigny., *Dictionnaire des antiq. chrét.* art. *Lapsi*.
[5] Eusebio, *Hist.*, lib. VII, cap. X.

El año 258 condenó á muerte á muchos clérigos, privó de sus cargos á senadores y principales, confiscó los bienes á matronas ilustres, y sometió á trabajos viles á los cristianos que servían en la corte. [1] Fueron martirizados en Roma el Papa San Esteban, los diáconos Marcelo é Hipólito, Olimpio y Exuperia, Rufina y Segunda, el Papa San Sixto y su arcediano San Lorenzo; en Cartago San Cipriano con ocho discípulos suyos. En Tarragona de España vertieron la sangre gloriosamente San Fructuoso y dos diáconos Augurio y Eulogio; [2] además son dignos de memoria los mártires de Vich San Luciano y Marciano, [3] las santas Justa y Rufina, San Marcelo y sus doce hijos, San Acisclo y Santa Victoria, los Santos Hemeterio y Celedonio, si bien difieren los autores en las épocas de estos martirios, dado que tuvieron lugar en el siglo III. [4] En Antioquía padeció San Nicéforo, en Cesarea el niño Cirilo y tres amigos, en Utica ciento cincuenta y tres fieles, en Cirta (Constantina) un gran número de ellos, en las Galias San Aureliano, Santa Coloma, San Patroclo, San Paulo, Santa Teodosia. [5]

Las hordas salvajes se despeñaban del Norte y amenazaban con estrago al imperio romano, que caminaba á su ruina sin remedio; preso Valeriano por el rey Sapor, cesó esta octava persecución. Sin acierto ha querido el anglicano Dodwell limitarla á solos los obispos de la Iglesia. San Cipriano, testigo presencial, afirma todo lo contrario. [6]

En Aureliano se cuenta la nona persecución. Bajo su reinado perdieron las vidas Santa Mustiola de Chiusi, de sangre real, el Papa San Félix, San Dionisio, San Cayo Papa, San Víctor de Marsella. En menos de seis meses fueron coronados por Cristo en Roma doscientos treinta y siete cristianos. Corrió la sangre por todo el imperio hasta los últimos confines. En el viaje que hizo el emperador por la Ga-

[1] Eusebio, *Hist. eccles.*, lib. VII, cap. XXX.
[2] Florez, *España Sagrada*, t. XXV, tract. LXIII, cap. II. — Prudencio, *Peristephan.*, hymn. IV. — La Fuente, *Hist. eclesiast.*, t. I, cap. IV, § 24.
[3] Florez, *Esp. Sagr.*, t. XXVIII.
[4] La Fuente, Ibid., § 25-32.
[5] Gregorio de Tours. *Hist.*, lib. I, cap. XXX.
[6] Multiplex plebis portio confessa est pariter, et pariter coronata est.—Epist. LXXVI.

lia, dejó huellas de sangre, como lo testifican los mártires de Troyes y de Auxerre, viéndose precisados á huirse á los montes y cuevas los fieles perseguidos. Muerto Aureliano, en los seis meses que hubo de interregno no cesaron los gobernadores de mandar cristianos al degolladero.

ARTÍCULO IV.

Ultimas persecuciones y mártires cristianos. — Defiéndese la inmensa cantidad de martirios en los tres siglos.—Otras persecuciones posteriores. — Pruébase la razón del milagro en los mártires.—Resuélvese una objeción contra lo dicho.

Diocleciano levantó la última y la más deshecha borrasca contra la Iglesia (284-306). Para tener más seguras las riendas del imperio, nombró á Maximiano por gobernador de Occidente, y asentó él su trono en Nicomedia. Maximiano, enemigo mortal del cristianismo, inmoló con inhumana crueldad, por sí ó por sus gobernadores, á cristianos sin número: los principales fueron Zoe, Cástor, Victoriano, Sinforiano, Claudio, Tranquilino, Tiburcio, Cástulo, la legión Tebea con San Mauricio al frente, Víctor, Ginés, Caprasio, Oroncio, Tiberio, Modesto, Florencio, Fermín, Victorico, Luciano, Crispín, Crispiniano, Albano, con muchos millares, que es imposible nombrar.

Las cosas del Imperio indujeron á Diocleciano á que llamase á Galerio y á Constancio Cloro, y quedó repartido el gobierno entre los cuatro, de esta manera: Diocleciano mandaba en Nicomedia, Galerio en la Panonia, Constancio en Tréveris, Maximiano en Roma. En los dominios de Diocleciano quedó el suelo sembrado de fieles heridos de muerte violenta. En la Tebaida, por dos años enteros, eran consumidos por el fuego de la persecución unos cien cristianos al día. Una ciudad de Frigia fué incendiada en odio de la fe. Cartago y la Numidia presenciaron sangrientos espectáculos. Así que hubo publicado Diocleciano su decreto de exterminio contra templos, obispos y fieles, en un punto cundió la mortandad por toda la república, á que ayudaba cada provincia inventando su particular tormento, Mesopotamia el fuego, Ponto la rueda, Arabia el hacha, Capadocia el plomo derretido. En Roma la furia de Maximiano se avivó contra Santa Inés, Santa Cándida, San Artemio y tantos otros, que *en un mes diezisiete mil mártires de ambos sexos de toda condición acabaron en las diversas provincias.* [1]

Calumnia es la de Burckhardt, cuando dice que los cristianos provocaron esta persecución conspirando contra el trono y el imperio. Ningún documento podrá presentarse que directa ni indirectamente confirme semejante aserción. No dejó de haber apostasías; no es de extrañar en la más cruel de todas las persecuciones por su extensión, duración y atrocidad de suplicios. [2] De los *diez mil santos mártires que por la confesión de Cristo perecieron degollados en Nicomedia al principio de la persecución de Diocleciano,* [3] apenas cabe duda vistas las enormidades que en ella se ejecutaron. [4]

No pondremos fin á las persecuciones de los emperadores romanos sin desvanecer una preocupación que se ha hecho común á varios escritores españoles. *La España,* dice Sánchez de la Campa, *era politeista, y á pesar de las leyendas de martirios acaecidos en ella, hasta mucho tiempo después de la época de Trajano que murió el año* 117 *de la era vulgar, no conoció la persecución. La persecución de los cristianos en España no tuvo lugar hasta que Diocleciano la decretó en Nicomedia.* [5] Dos errores principales contiene la brevedad de estas palabras: España no adoró á Jesucristo en los dos primeros siglos, la espada de la persecución no se esgrimió en la península contra los cristianos hasta que Diocleciano la desenvainó. El primer error queda refutado con varios testimonios alegados en el presente y anterior capítulo; el segundo se deshace por sí mismo. Quien desee más amplia refutación acuda á los *Errores históricos,* obra llena de grave y docta erudición, por el Ilmo. Sr. D. Francisco de Asís Aguilar, obispo de Segorbe. [6]

En la violencia de esta décima persecución espantó al mundo la constancia de infinitos españoles. Los principales fueron Vicente, las dos Eulalias, Justo, Pástor, Narciso, Félix, Cucufate, Leocadia, Vicente, Sabina, Cristeta, Lamberto, Zoilo, Verísimo, Máxima, Julia, Ciriaco, Severo y

---

1 *Martirol. rom.*, 26 Abril.

2 LACTANCIO, *De morte persecutor.* cap. XVI. —TILLEMONT, V. 446. —HERGENROETHER, *Hist.* t. I, II, 76.

3 *Martirol. romano*, 18 mar. 20.

4 BOLANDISTAS, t. II, Mart. 617. — EUSEBIO, *Hist.* lib. VIII, cap. VI. — LACTANCIO, *De morte persecut.* cap X.

5 *Historia filosófica de la Instrucción pública en España*, t. I, p. 53, 1871.

6 T. I, cap. XXXI, 1830.

otros cinco, Carpóforo, Abundio, en fin Engracia y los mártires de Zaragoza, cuyo número queda sepultado en la ciencia de Dios. Llegó á tales extremos de violencia esta persecución en España, que los idólatras, como alabándose de haber exterminado y arrancado de cuajo las raíces del cristianismo, cual si levantaran torre contra el cielo, osaron eternizar su imaginado triunfo grabando, según parece, en mármol estas voces á gloria del emperador: *Nomine christianorum deleto.* [1]

Consumen sus desvelos los enemigos del milagro en obscurecer la numerosidad de los mártires, trabajando por mostrar que las noticias que de ellos tenemos se reducen á ponderaciones devotas hijas de la nimia credulidad. A Dodwell y á Gibbon no les quedó más que hacer: á ninguna diligencia han faltado los católicos por conservar á la verdad sus fueros sagrados. No viene á nuestro propósito extender la pluma en esta intrincada materia. Baste primeramente recordar, demás de lo dicho, cuán amargamente deploraba el poeta Prudencio la tala de actas y papeles que en la persecución de Decio se hizo por los gentiles. *Un impío satélite,* dice, *robó los escritos, temiendo que los siglos bien informados por libros fieles no transmitiesen á los venideros el orden, tiempo, y linaje de martirio de nuestros héroes.* [2] Júntese á esto que los notarios apostólicos no eran suficientes á recibir los nombres de los millares que cada día perecían confesando la fe, sin forma ninguna de proceso, como tienen por cierto Mabillon [3] y Ruinart. [4] Y ¿quién nos ha descifrado los nombres y el guarismo de aquella *ingente multitud* de cristianos martirizados por Nerón, como testifican Tácito [5] Suetonio [6] y Juvenal? [7] Además los historiadores eclesiásticos que de mártires hablan, dicen que *en Lión corría por las plazas públicas como un*

[1] BARON, Ad an. 308, VIII.—FLOREZ, t. III, 135.—MASDEU, t. V, p. 373.—LA FUENTE, *Hist. ecles.*, t. I, p. 116.

[2] Chartulas blasphemus olim nam satelles abstulit,
Ne tenacibus libellis erudita sæcula
Ordinem, tempus, modumque passionis proditum
Dulcibus linguis per aures posterorum spargerent.
Peristeph. I, 76, etc.

[3] *De Cultu Sanctor. ignot.* epist ad Euseb. Roman., 1699.

[4] *Adnot.* in Euseb., p. 316.

[5] *Annal.* XV, 44.

[6] *Nero*, XXXVIII.

[7] *Satyr.* I.

rio la sangre de los cristianos, [1] que *eran infinitos* [2] en la persecución de Marco Aurelio, que *(fere infiniti) apenas tenían cuento* los martirizados en tiempo de Severo, [3] que *Roma estaba cuajada de cuerpos de mártires,* [4] que los sepultados en Roma son innúmeros, [5] que la tierra fué esmaltada con miles de mártires, [6] que donde quiera los prefectos se cebaron en sangre cristiana, [7] con las cuales ponderativas voces no acertaban á expresar el número sinnúmero de víctimas inmoladas en cada persecución. Callemos los martirologios, como el de San Jerónimo, que nombra 30 (1 Enero), 120 (25 Octubre), 270 (1 Julio), 300 y 3000 (22 Diciembre); el Romano que trae 70 (3 Diciembre), 165 (10 Agosto), 262 (17 Junio), 900 (1 Marzo), 10, 203 (9 Julio); omitiendo ahora las once mil vírgenes, la legión tebea, los diez mil de Nicomedia, los innumerables de Zaragoza, aunque los adversarios usen de poca consideración con la autoridad de los martirologios.

Pero los argumentos se tornan en daño de los argumentantes. Con énfasis de voces clamorosas no se hartan de llamar sediciosos, intolerantes, enemigos del imperio á los primeros cristianos, y nos los representan por prodigios de insolencia contra los magistrados, por pasmos de audacia contra los verdugos, por portentos de fanatismo y temeridad; y luego cuando recogen velas y se ponen á contarlos, sólo hallan una mano, un puñado, muy poquitos, con que vienen á significar que los príncipes y los procónsules eran necios, para poco y faltos de fuerza para contener en sumisión á los turbulentos fieles. ¿Por qué no concluyen más bien que si la crueldad de los unos pasó la raya del desafuero, el guarismo de los otros respondió á tanta crueldad y tiranía? Ciertamente entre Nerón y Diocleciano hubo sus años de tregua, pero ningún emperador por benévolo que se le estime tuvo pecho para revocar los edictos imperiales; á lo sumo suspendieron su ejecución, ó dejaron con libertad á los gobernadores de provincia.

[1] S. GREGORIO DE TOURS, *Hist. Franc.* lib. I, cap. XXVII.

[2] EUSEB., *Hist.*, lib V, cap. I.

[3] Ibid., V, 5.

[4] PRUDENCIO, *Peristeph. S Laurent.—Himn. XI de passione Sti. Hippolyti.*

[5] S. PAULINO, Carm. XIII, de S. Felice Natali.

[6] S AGUSTÍN, Tract. in Jo., CXIII. — Serm. CCC, cap. II.

[7] S. JUSTINO, *Apol.* I.

Si acaso algún apologista, como Orígenes, dice que el número de los mártires era corto y por intervalos, *pues no quería Dios que el linaje de los cristianos del todo pereciese*, [1] significa que fué corto el número cotejado con el de los que sobrevivieron á la persecución, como lo expone el Padre Houze en su libro reciente *Les origines chrétiennes*. Tal es el resumen de las investigaciones modernas; cuanto con más diligencia se practican por los eruditos, más crece la cantidad de los mártires. Considerados los estudios de Baronio en sus Anales, de los Bolandos en sus Actas, y de otros críticos, [2] es ya hoy necia presunción echar tinieblas de dudas sobre la universalidad, porfía, y crueldad que los católicos atribuyen á las diez persecuciones de los tres primeros siglos.

No se acabaron aquí. Otras fraguas se encendieron no mucho después, en que se forjaron coronas de mártires. Sapor é Isdejerdes (426) reyes de Persia tornaron á soplar el fuego, en Armenia Tiridates le atizó otra vez, Constancio arriano embistió con desenfrenado ímpetu contra innumerables cristianos, Juliano apóstata (366) usó con ellos de grandes crueldades, el arriano Valente (378) tampoco los podía digerir y acosó á muchos de ellos, las gentes bárbaras del Septentrión no perdonaron á los seguidores de Cristo en Europa y Africa, Genserico y Hunerico (470) movieron la persecución vandálica, Teodorico en Italia (499), Anastasio en Oriente, Cambases en Persia (498), Trasimundo en Africa no dejaron la Iglesia en paz. Después los judíos y sarracenos, embriagados de igual rabia, cargaron sobre los cristianos incomportable cúmulo de penalidades en Palestina (530); Alboino rey longobardo pasó por la espada á gran número de católicos (576), Cosroes los tiranizó en Palestina y Africa (607), León, Coprónimo, Constantino (718-747) excedieron en crueldad á los emperadores gentiles; pasen en silencio los mártires del Norte seis de los cuales fueron reyes, los mártires españoles (850) atormentados por moros y herejes, los de Holanda y Bohemia (siglo X), los de Alemania (siglo XI), de Grecia, Siria, Polonia (siglo XII) y los de Occidente (siglo XIII) en número de 1300, no contados los religiosos que padecieron en Ceuta y en la India; ni mencionados los de Siria (siglo XIV) que murieron á manos de musulmanes, los de Bulgaria y Francia martirizados por los herejes, los de Jerusalén y Túnez (siglo XV) por los sarracenos, los del siglo XVI, que en las Indias Occidentales y Orientales, en Siria, Africa, Alemania, Flandes, probaron á Cristo el amor con prolongado é inalterable sufrimiento. En el reinado de Isabel las ejecuciones capitales llegaron en Inglaterra á 204, sin hacer cuenta de destierros, tormentos, confiscaciones que dejaron con vida á los perseguidos. [1] Y ¿quién contará los que de entónces acá alcanzaron la gloria del martirio en el Japón, en la China, en la India, en el Mogol y en ambas Américas?

Lo que más importa es demostrar el gran milagro de Dios en la persecución de la Iglesia. El quebrantamiento ó excepción que aquí intervino no fué de ley alguna física, sino de una ley moral. No quiere esto decir que no ocurriesen suspensiones de leyes físicas, fisiológicas y naturales en la duración de los tormentos, pues no pocas veces, como en las Actas se puede ver, interrumpió su curso la naturaleza sensible dando lugar á evidentes y públicos milagros; pero no en eso precisamente consistió la grandeza del martirio. Solo Dios pudo ser el autor de la fortaleza experimentada por los cristianos muertos en odio de la fe. Muchedumbre de hombres, mujeres y niños, sin pertenecer á bando político ni á facción militar, en medio de paz inalterable, se presentan á jueces taimados, son entregados á verdugos crueles, expuestos á tormentos atroces, y en vez de perder el ánimo, ó indicar descontento, se gozan padeciendo, muestran suavísima resignación, dominio de sus personas, serenidad en el semblante, gran modestia y circunspección en sus gestos, ni se descubre en ellos muestra de afecto terreno, ni señal de jactancia vana, ni sombra de fanatismo ciego, ni asomo de imbecilidad, ni orgullo de amor patrio, sino al contrario sentimientos purísimos y castísimos, pen-

---

1 *Contra Cels.*, lib. III, cap. VIII.

2 RUINART, *Præfat.* III.—MAMACHI, *Orig. et antiq. christ.* t. I, p. 459.—BOLDETTI, *Osservazioni sopra i cimitieri de santi martiri*, 1729.—ROSSI, *Roma sotterranea cristiana*, 1877.—VISCONTI, *Sposizione d'alcune antiche iscriz. crist*, 1824.—ANSALDI, *Multitudo maxima christ.*

1 MILNER, *Démonstrations Evangél.* t. XII, p. 320.

samientos levantados y generosos, alientos excelsos y nobles, de suerte que en medio de los pocos é insignificantes apóstatas que ceden cobardes á la fuerza del tormento, ellos se hallan en las cárceles libres, en los suplicios columnas de paciencia, en los desastres fuertes y animosos, entre dolorosas heridas modelos de sufrimiento, entre olas de agonías gozosos y esforzados; y espantan á los verdugos con su inquebrantable constancia, y confunden á los tiranos con su denodado pecho, y hacen á veces milagros entre sus mismas torturas, con que convierten á muchos de los presentes, y áun rinden al yugo de la fe á sus mismos atormentadores: quien esto contempla con ojos serenos no puede menos de pensar que una extraordinaria virtud asiste á tanto valor, infunde tanta constancia, alienta tanto heroísmo; y quien juntamente con tan extraño valor considera las pruebas de amor divino que dan tantos miles de corazones, no dudará en calificar de sobrenatural y milagroso el sufrimiento de los mártires. Blasón de Dios es vencer las pasiones de la carne, los halagos del mundo, las astucias del demonio con el testimonio de los mártires. De aquí le nace al martirio esa fuerza incontrastable y la evidencia que acarrea á la credibilidad de nuestros misterios, y por eso el martirio pertenece al capítulo de los milagros del orden moral pues tiene por autor á solo Dios.

Además la muchedumbre innumerable de hombres de toda condición, edad, oficio y temperamento, que por espacio de tres siglos continuos casi sin descanso sostienen el peso de eslabonadas aflicciones, cuyo solo aspecto horroriza, y reciben esta carga con mansísima resignación, sin perder punto los estribos, son con el ejemplo de su invicta paciencia causa y motivo de convertirse muchos de los presentes, y que los convertidos mueran tan voluntariamente como ellos no por opiniones especulativas, en que cabe terquedad y propio sentir, sino por testificar un solo hecho, la divinidad de Jesucristo, que vieron apoyada en tan insigne milagro de fortaleza y constancia. Es imposible que tantos miles de hombres no acostumbrados á la aflicción, en un momento se hagan de mármol á los padecimientos, y estén como la roca entre las olas del mar, sin darse á partido, á pesar de tantas crueldades como en ellos se ejecutan; no es posible arrostrarlas si Dios no asiste con su extraordinario é inmediato poder. La corporación de los fieles, á no estar prevenida con un favor especialísimo del cielo, en esta coyuntura habría sucumbido del todo.

La paciencia inalterable entre tan atroces y prolongados martirios es milagro ilustre; no hay fuerzas naturales, por grandes que sean, que á tanto lleguen; ni la razón, ni la fe, ni la esperanza de la dicha infinita bastan por sí, á no concurrir una singularísima asistencia fuera del uso común. No hay en lo humano razones ni trazas que alienten á un cristiano á perder el miedo á la muerte, pudiendo por un acto de hipocresía, ó por una restricción mental, que habría dado luego lugar al arrepentimiento y perdón, haber escapado del peligro con tanta facilidad. El amor de la verdad sólo por privilegio de la gracia divina llama para sí y trae á su mandar el amor de la vida, imponiéndole tan extraños sacrificios; y esto no en uno, ni en dos, sino en un número exorbitante de hombres por espacio de tres siglos: *de donde me veo precisado á concluir que ó eran aquellos hombres de otro temple que los de hoy, ó estaban sostenidos por fuerzas milagrosas, privativas de aquellos primeros siglos, sin las cuales tal vez el nombre cristiano habría del todo perecido.* Así Addison, protestante. [1]

No es mucho que los gentiles, espantados de que hombres de diversas condiciones y estados hiciesen holocausto de sus bienes, honras, vidas, por sustentar un hecho, creyéndolos movidos de instinto divino entrasen á examinar la doctrina que profesaban, y examinada la amasen, y amada la abrazasen, y abrazada por no faltar á ella se hicieran sus compañeros en el mismo sacrificio. Dícelo hermosamente Lactancio: *De esta manera sucede que visto el milagro de tanta fortaleza* (miraculum virtutis), *se forme un pueblo nuevo con la agregación de gentes extrañas* (novus populus accedat). *Cuando el pueblo ve que los hombres son hechos pedazos por varios linajes de tormentos, y cómo se cansan los atormentadores y no se cansan los atormentados, piensa como es la verdad, que ni el concierto de los muchos ni la perseverancia de los que mueren es cosa vana, y que la paciencia que*

1 *De la religion chrétienne*, sect. VI, § 6.

muestran no podría imperar tantos suplicios sin particular asistencia de Dios. [1] Los que á la sola sombra del pecado palidecían medrosos, *á la vista del suplicio volaban alegres, como abejas á la colmena*, decía el apóstata Juliano. [2]

En los mártires se cumplieron dos admirables predicciones de Cristo: la persecución de sus enemigos, la fortaleza en superarla; [3] fortaleza prometida y otorgada por Cristo en la confesión de su nombre. San Esteban vió á Cristo [4] durante su martirio, que le alentaba á padecer, y los fieles de Esmirna escribieron de San Policarpo que era regalado en el tormento por la presencia del Salvador. [5]

Pero los adversarios fundan su reputación en hacer cara obstinados contra la verdad de las cosas. Dicen que el motivo de las persecuciones fué político, y no religioso. Los contemporáneos, amigos y enemigos de este gran suceso, asientan lo contrario con toda claridad. Todos los apologistas, sin exceptuar uno solo, publican en muy alta voz, y demuestran con razones que los cristianos no eran criminales contra las leyes públicas, que con palpable injusticia los acusaban y condenaban por reos de sedición, que su único *crimen* era no querer quemar incienso á las deidades romanas. Las razones con que estos asertos establecen nadie jamás las desmintió.

Los enemigos notaban el cristianismo de superstición perniciosa, [6] de superstición mala y maléfica, [7] de superstición mala y excesiva; [8] igual capítulo oponían contra los fieles Celso, Juliano, Libanio, Trifón; la misma querella hacían los emperadores cuando para justificar sus edictos alegaban que tenían aborrecimiento al culto legal; el mismo delito se les probaba en los tribunales, que nunca hacían gracia de crimen civil á ningún cristiano al declararle inocente.

Esto mismo prueban aquellos infamantes dicterios con que los denostaban, llamándolos de ateos, magos, impostores, supersticiosos, bárbaros por religión, malos demonios, sacrílegos, profanos, sibilistas, judíos, galileos, nazareos; nombres que hablan propiamente de religión, y representan al vivo cómo toda la culpabilidad cristiana consistía en no rendir parias al culto pagano, hasta el punto de darse por amigos y protectores de los apóstatas los que antes habían sido sus cruelísimos perseguidores. Apellidábanlos á las veces, no cabe duda, enemigos del linaje humano, enemigos de los príncipes, reos de lesa majestad, malvados, facciosos, rebeldes, infanticidas y otros calificativos de este jaéz; pero fuera de que nunca se les pudo probar una sola de tan infames acusaciones, como consta en los procesos auténticos de sus martirios, las más de ellas se resumían en el odio que profesaban á la religión imperial, tan encarecida por los monarcas.

El motivo que levantó la llama de la persecución contra la Iglesia fué siempre y siempre será, en todo tiempo y lugar, la entereza del cristianismo: el error no puede hacer paces con la verdad, el vicio tira á matar á la virtud que le condena, la hipocresía revienta de enojo contra la sinceridad cuando ve patente la contradicción. La religión cristiana es institución tan pura, que no admite conciertos con otra; cristiandad y paganismo no caben en un sujeto, en una familia, en una sociedad. A los romanos se les asentó que podían ser religiosos y malvados á la vez; religiosos en las ceremonias del templo, malvados en las costumbres privadas; honrados en público, corrompidos en secreto; dignos de la apoteosis por sus hazañas, de indulgencia por sus vicios. Con esta santidad de lengua, baldonada por la recta razón, nunca disimuló el cristianismo, que demandaba á los suyos integridad de costumbres y proceder edificante, santidad interna y profesión externa de virtud. A los romanos se les alcanzó esta verdad así que les amaneció noticia de la religión cristiana; luego entendieron que cristiano y pagano no hacen un cuerpo. [1]

Mas ¿qué sucedió? Odio á la mentira, á la hipocresía, al error, al vicio, clamaba el cristiano; conciliación, disimulo,

---

[1] Cum videat vulgus dilacerari homines variis tormentorum generibus et inter fatigatos carnifices invictam tenere patientiam; existimant, id quod res est, nec consensum tam multorum nec perseverantiam morientium vanam esse, nec ipsam patientiam sine Deo posse cruciatus tantos superare —Lib. V, cap. XIII.

[2] S. GREGOR. NAZIANZ, *in Julian. Oratio*.

[3] Luc., XXI. — Matth., X, 18, 32; XXIV, 9.— Marc., XIII, 9.—ADDISON, *De la relig. chrét*, sect. VIII, § 1, con las notas de Seigneux.

[4] Act. VII, 55.

[5] PERUJO, *Diccionario de ciencias eclesiásticas*, art. *Mártires*.

[6] Exitiabilis superstitio.—TÁCITO.

[7] Superstitionis pravæ et maleficæ.—SUETONIO.

[8] Superstitionem pravam et immodicam.—PLINIO.

[1] BERGIER, *Diccionar. de teol.* art. *Mártires*.—DEVIVIER, *Cours d'apolog. chrét.* 1889, p. 190.

tolerancia, término medio, pedía el pagano: una sola es la buena y verdadera religión, repetía el cristiano; todas son buenas y tolerables, respondía el pagano. El arco tenía que hacerse pedazos. El denuedo de los cristianos había de poner leña á la cólera de los emperadores, y como éstos eran príncipes y aquéllos vasallos, ya que el príncipe no podía quitar al vasallo la razón, le quitó los bienes, la hacienda, la vida, y el vasallo fué mártir, y el príncipe avasallador de los mártires. La lógica á esto obligaba. Ponerse á sus pies el cristianismo era deshacerse; más honroso le era dejarse sopear; inclinar la rodilla al imperialismo fuera degenerar de la alteza de su origen celeste. La santidad cristiana era el crimen mayor; guerra de exterminio fué la suerte que pudo esperar de emperadores que llevaban la mira en hacerse amables al pueblo y en acelerar la ejecución de sus planes políticos.

Muy poca atención han puesto á los escritos de nuestros apologistas los que culpan á los mártires de haber pagado con la cabeza sus motines políticos. La resistencia del cristianismo nunca fué á mano armada, ni sediciosa, ni violenta; siempre fué divinamente moral. Aquel *non possumus* era el grito de la verdadera libertad contra el monopolio de todas las libertades resumidas en la autocracia del emperador. El cristianismo se acreditó de valeroso al defender los derechos y deberes individuales de todos los hombres, sin por eso romper los vínculos sociales que atan las personas á la legítima obediencia. No codiciaban los cristianos la destrucción, sino la regeneración del Estado civil; por el emperador oraban, al emperador acataban, á su servicio se rendían. *Más nuestro que vuestro es el César, puesto que nuestro Dios le constituyó.* [1] En caso de conflicto, cuando la ley civil repugna á la ley moral, *despreciada la voluntad del legislador humano, obedecemos al divino.* [2] Porque *nuestro reino no es terreno ni humano, sólo nos interesa el reino de Dios.* [3] De los emperadores unos decretaron la persecución, otros la favorecieron, otros la toleraron, ninguno de ellos volvió atrás en el espacio de los tres primeros siglos, porque ninguno se ajustó á las leyes del cristianismo, y todos creyeron hacer obsequio á sus dioses poniéndoselas debajo de los pies. [1] Si pues el emperador carecía de derecho para condenar el cristianismo, si era lego y falto de competencia para juzgarle, si por otra parte los cristianos no se desmandaban contra el Estado, si procuraban siquiera con plegarias el acierto y la prosperidad de los príncipes, ¿con qué apariencia de razón se estacionan los críticos y claman que el cristianismo, por haber roto con la sociedad civil y eximídose de toda ley, mereció las iras de los emperadores y los desafueros de la persecución?

No todos los cristianos fueron sus víctimas; los herejes, en vez de arrostrar el martirio, le volvieron las espaldas. Los herejes, que blasonaban de cristianismo en sus horas serenas ó le querían para componerle con la terquedad de sus opiniones, no fueron tratados con extremo rigor por los tiranos; los oprimidos fueron los católicos, sobre ellos descargó el torbellino con toda su furia, porque los profesores de culto interno y externo juntamente no se habían de contentar con adorar á Dios en el secreto de sus pechos, como los herejes, ni creían hacer á Dios razonable servicio si no le sacrificaban públicamente sus haciendas y vidas. Los herejes hubieron de trocarse en tiranos y revolver contra los católicos las armas de la persecución en muchas ocasiones. Mas así como el milagro físico trae á veces máscara de verdadero sin serlo, también el espectáculo del martirio fué visto alguna vez en sujetos no católicos, si bien tan mal disfrazado, que claramente mostraba cuán mentida era aquella exterior grandeza; pero en todo caso solamente las sectas cristianas le pudieron remedar. *El verdadero martirio es fruto del Evangelio, el falso y contrahecho solamente del católico pudieron copiarle las sectas*, dice el docto marqués de Pompignan. [2] Primero se cansaron los tiranos de matar que los católicos de morir: por esto quedó ahogado el paganismo, y el catolicismo campeó, y no campeó la herejía ni el cisma, por falta de divina vitalidad. [3]

---

1 Noster est magis Cæsar, ut a nostro Deo constitutus. Tertuliano, *Apolog.* cap. XXXIII.
2 Origenes, *Contra Cels.*, lib. V, 37.
3 San Justino, *Apolog.*, lib. II.

1 Höfler, *Dictionnaire encycloped. de théol.*, art. *Persécutions*.
2 *La religion vengée de l'incredulité*, part. 1.
3 Moehler, *Hist. de l'Eglise*, t. 1, p. 498.

Así que el martirio ha sido estimado en todo tiempo por los defensores del catolicismo como uno de los más poderosos argumentos de las manifestaciones divinas en favor de la Iglesia verdadera. La santidad de Pio IX en su Encíclica *Qui pluribus*, de 9 de Noviembre de 1846, contó el testimonio de los mártires entre los principios sólidos en que estriba la verdad católica. *Es evidente*, decía, *que esta fe maestra de la vida, señal de salvación, extirpadora de todos los vicios, nodriza y fecunda madre de las virtudes..... esclarecida y señalada con la constancia de tantos mártires... llevó el estandarte de la cruz por todo el universo, por mar y tierra, de Oriente á Occidente... En todas estas cosas brilla por doquiera un resplandor tan grande de sabiduría y de poder divino, que cualquiera entendimiento comprende fácilmente que la fe cristiana es obra de Dios.—¡Oh qué inefable gloria de Cristo! oh qué bien, oh qué provecho inmenso, oh qué ornamento tan hermoso! oh qué lustre tan glorioso de la gloria de Cristo, tener tantos mártires que cada uno de ellos es un Abrahan y un Job, y mucho más! ¡Oh Iglesia de Cristo, más clara que el firmamento con todas sus estrellas, y más resplandeciente con el fuego de su caridad y amor, que el sol con su lumbre y resplandor! Oh Iglesia de Cristo, más constante y sólida con el ejército invencible de los mártires que el cielo empíreo con sus virtudes y dones, que el paraíso con todos sus deleites! Honremos y veneremos estos santos mártires, celebremos sus fiestas, imitemos sus virtudes y ofrezcámosles oraciones; pues como dice Agustín:* [1] *todas las veces que celebramos los martirios de los santos mártires, tantas decimos alabanzas á nuestro Salvador, y todas las veces que afirmamos y manifestamos las penas y muertes que padecieron por Cristo, tantas predicamos y ensalzamos la gloria de Cristo.* [2]

---

[1] Sermon II, de SS. Innoc.
[2] P. Arias, *Imit. de Cristo*, tr. 3, cap. 36.

CAPÍTULO XIII.

TAUMATURGOS DEL NUEVO TESTAMENTO.

ARTÍCULO I.

El milagro eclesiástico divide á los protestantes.—Lucha entre ellos.—Los varones apostólicos habían de obrar milagros.—Nuevos milagros en los siglos medios.—Ministerio de los Santos.—No todos fueron taumaturgos.—Los taumaturgos no menoscaban la gloria de Cristo.—Constan ciertamente muchos milagros de Santos.—Dios los hizo por su medio.—Cada Santo es un milagro acumulado.—Por qué causas hace Dios milagros por sus Santos.—Axiomas del B. Pedro Canisio.

Recapitulando lo expuesto en otro lugar, la controversia entablada por el protestante Middleton puso en tal congoja el ánimo de los anglicanos, que aún no han vuelto en sí del susto. El milagro siempre fué su torcedor, la manzana de la discordia. Hecho concierto entre todos de negar la continuación de los milagros antes de la Reforma, empezó la división de pareceres cuando vinieron á determinar en qué época dejaron de obrarse. El dictamen más común fué que se estancó el dón de milagros cuando el cristianismo se pervirtió, y empezó á pervertirse en el siglo cuarto, decían unos; en el quinto, porfiaban otros; en el sexto, añadían algunos; ni faltó quien otorgase, que las solas curaciones milagrosas habían durado siempre en la Iglesia de Dios. En fin, los más concuerdan en que al advenimiento del emperador Constantino secóse la vena de tan precioso dón, que hasta entonces había florecido.

No es moderno tal estilo de discurso. El rey de Inglaterra, como va dicho (p. 365), negaba obstinadamente que los milagros de la Iglesia romana fuesen verdaderos, y los juzgó por mentirosos, porque habían sido fraguados para ganar la gracia de los Papas y conciliarles autoridad y poder. No quería el P. Suárez levantar del suelo tan indigna calumnia, mas con todo brevemente quiso rebatirla, y con tal nervio lo hizo que dejó sin respuesta al calumniador. Sigamos su raciocinio. *Quiero preguntarles, si creen que despues del año 600, en que la iglesia de Inglaterra se fundó, pudo haber en la Iglesia de Cristo verdaderos milagros. Si dicen que nó, esquivan las promesas de Cristo y las limitan á su antojo;* [1] *promesas, que no pueden ceñirse á tiempo determinado, de lo contrario podríamos decir que solamente los apóstoles pudieron hacer milagros verdaderos, ó cosa tal; la cual es absurdísima aserción. Luego no concedió Cristo á su Iglesia facultad de hacer milagros en los primeros siglos solamente, sino por todo el tiempo que dura según la oportunidad y circunstancias.*

A esta razón podían responder los adversarios, que el dicho poder duró mientras duró en la Iglesia la verdadera fe, y que corrompida ésta comenzaron los falsos milagros del Anticristo. Revuelve Suárez con brío diciendo: *Eso es caer en otra sima de errores. Si la Iglesia empezó á carecer de la verdadera fe, pereció del todo la Iglesia; y eso va contra la promesa de Cristo, que las puertas del infierno no habían de prevalecer contra ella. Ni porfíen que pereció la Iglesia visible, porque ya está demostrado ser visible la Iglesia verdadera, y tener asegurada por Cristo su perpetuidad hasta el fin. Fuera de que, los milagros son cosas sensibles, y sólo pueden ser hechos por la Iglesia visible; luego á ella le fueron hechas las promesas de Cristo, y en ella duró siempre el poder de los milagros.* Hasta aquí el P. Suárez. [2]

Middleton, hombre sagaz y leido, más incrédulo que protestante, entró en batalla con los teólogos anglicanos del pasado siglo, probándoles perentoriamente que no

---

[1] Marc., XVI.—Matth., XVII.—Jo., XIV.
[2] *Defensio fidei catholicæ*, lib. V, cap. XIX.

les era dado señalar época en que hubiesen tenido fin los milagros, sin verse precisados á admitir su duración hasta la hora presente. Repitamos lo dicho en el libro anterior (cap. XIII), y amplifiquemos un poco más esta sabrosa controversia. *Si concedeis á los católicos romanos*, decía, Middleton, *un sólo siglo de milagros después de los tiempos apostólicos, os enredáis en un laberinto de dificultades, de que no será posible salir á no conceder iguales poderes al siglo actual.* [1] Y discurría con arte el ladino, porque los milagros modernos se efectúan como los antiguos por varones santísimos, para persuadir la fe é introducirla en regiones bárbaras, con iguales indicios y parecidas circunstancias, y son referidos por testigos fidedignos y santos; tienen, pues, mérito igual. Y estrechaba Middleton á sus contrarios con sagacidad ingeniosa haciéndoles ver por irrecusables razones que igual autoridad é igual crédito merecían los relatores de milagros modernos que los escritores antiguos; [2] y los abrumaba mortificándolos con esta sutil pregunta: *¿con qué derecho desecháis vosotros los testimonios modernos cuando aprobáis los patrísticos?*—Percibieron ellos el filis de la agudeza, y poniendo freno al torrente de verbosidad con que el fisgón de alto coturno esparcía en los oídos de sus camaradas retintines de mal encubierta malicia, le pagaban en la misma moneda escarneciendo de su fisga con otra semejante interrogación: Y tú, ¿con qué derecho te desembarazas de los milagros patrísticos cuando apruebas y abrazas los apostólicos? Mordíase aquí los labios Middleton y hurtaba el cuerpo, ni pudiera tapar la boca á sus redarguyentes sino mostrando al mundo que tenía en una castañeta todos los milagros por junto, quier apostólicos, quier eclesiásticos, como Chalmers en su *Diccionario Biográfico* lo insinúa. Callaba Middleton, sin saber qué responder: excluidos, como excluía, todos los milagros eclesiásticos, y contento con los apostólicos que constan en el Nuevo Testamento, venía á dar en tierra con la inspiración y con la autenticidad del Nuevo Testamento: las cuales dos prerogativas estriban, cuanto á su noticia, en el testimonio de los hombres. Si hombres son los que testifican los milagros eclesiásticos, si hombres son los que testifican que el Nuevo Testamento es Escritura inspirada y auténtica, según el sentir de los protestantes, negada la autoridad del humano testimonio en la relación de aquellos hechos, venía á desvanecerse, en cierta manera, por via indirecta, la verdad de los milagros apostólicos que Middleton afectaba patrocinar.

Sea lo que fuere de las inconsecuencias de Middleton, que como mal piloto doblaba muchos cabos y puntas sin dar fondo en puerto seguro, *cosa clara es, que al probar contra sus antagonistas que el testimonio por ellos alegado en apoyo de los milagros que admitían, no pesaba más que el alegado en apoyo de los milagros que desechaban, asentaba y confirmaba la doctrina de los católicos romanos sobre la sucesión no interrumpida de los milagros en la Iglesia, siendo cierto, por otra parte, que cuando los adversarios de Middleton demostraban que la inspiración del Nuevo Testamento, y áun la autenticidad del texto, no podían probarse sino con el favor del humano testimonio, establecían y asentaban también la doctrina que sobre la tradición tiene y enseña la Iglesia católica romana.* [1]

Viniendo á nuestro propósito, el establecimiento del cristianismo fué ordenado y llevado á cabo con una singularísima providencia de Dios, en que resplandecía la infinita sabiduría, santidad, bondad, poder con señales extraordinarias. Entre ellas sobresalen los milagros, clarísimamente prometidos en el Evangelio; promesas hechas, no precisamente á los discípulos de Cristo que posean viva y acrisolada fe, mas también á los que junten á ella la oración y pidan á Dios favor extraordinario, si fuere menester, para llevar adelante la causa de la divina gloria, ora haciendo pecho á los asaltos enemigos, ora esforzando la constancia de los buenos, ora atrayendo á los malos al culto del verdadero Dios. La asistencia del cielo convenía especialmente á los apostólicos varones, que para sembrar la fe habían de oponerse al furor de las pasiones humanas y contrastar la pujanza de los vicios arraigados en naciones idólatras. La intervención inmediata de Dios era en estos casos muy á propósito para hacer fecunda la palabra del Evangelio, acreditando á

---

[1] *Inquiry*, I, XXXII. [2] Ibid., XV, XVI.

[1] BUTLER, *Défense de l'Église romaine*, lettre III, § IV.

sus infatigables propagadores, como en otra parte se trató.

Sin la intervención de taumaturgos á duras penas se hace creible la rápida conversión de los bárbaros. Los ostrogodos y lombardos que ocuparon la Italia, los francos y visigodos que sujetaron la Galia, los suevos y visigodos que se apoderaron de España, los anglos que señorearon la Gran Bretaña, los vándalos que dominaron en Africa, tantos pueblos de gentes idólatras ó contaminadas con la herejía, al convertirse á la fe ¿cómo habían de abjurar la torpeza de sus errores, sino á fuerza de patentes y grandes milagros? Refiere Juan Mosco en su *Prado espiritual* (siglo VI), la devota sentencia de un anciano que solía decir: *Señales y prodigios se han hecho divinamente en la Iglesia á causa de las herejías que brotaron y cada día van brotando, y en particular á causa de los perniciosos cismas del acéfalo Severo y demás, para consolidación y seguridad de las almas débiles, y para la conversión de aquéllos si les da voluntad de hacerlo. Por esta causa los Santos Padres y los beatísimos mártires desde el principio de la fe, hasta el día de hoy, hacen milagros en la santa, católica y apostólica Iglesia.* [1]

Apenas puede el entendimiento alcanzar cómo los ingleses del siglo VI llegaron á desprenderse de sus brutales costumbres y abrazaron con entera libertad la pureza de la religión católica, á menos que los monjes enviados por San Gregorio, Papa, hiciesen allí algún milagro; y por igual motivo es cosa dura de creer que los germanos en el siglo VIII, los polacos y búlgaros en el IX, los moravos y bohemios en el X, los húngaros en el XI, los noruegos en el XII, los tártaros en el XIII, y otras fieras naciones en los siglos siguientes, derrocasen á los pies de Cristo la brutalidad de sus vicios, sin que sus espirituales conquistadores poseyesen el dón de milagros, ó de algún modo el dón de lenguas, necesario, al parecer, para comunicar con pueblos tan varios, que tenía cada uno la suya y ardua de aprender; principalmente cuando les anunciaban cosas nunca oídas ni soñadas, inaccesibles á la humana razón, sin que bastaran á su rudeza los testimonios de aquellos varones para desvanecer las dudas y satisfacer la curiosidad. La gloria de Dios y el bien de tantas almas interesaban la introducción del Evangelio, y no era fácil de llevarse á remate tan alta empresa sin el acompañamiento de los milagros; que por esta causa encomendó el Señor á sus apóstoles la facultad taumatúrgica cuando los envió á la conversión del mundo universo. Sus sucesores, que ocupados en la misma empresa con parecidas dificultades habían de lidiar, no era razón careciesen de esta amplia facultad.

Cuanto más, que rapidísimos fueron los pasos del cristianismo, una vez introducido en una región cualquiera, como consta en los anales de la historia eclesiástica. Gran parte de la Germania fué reducida á la fe por San Bonifacio en medio siglo, la Galia y la España á fines del segundo habían entrado en el redil de Cristo, San Vicente Ferrer en breves años sacó de vicios y errores á cantidad de judíos y sarracenos; por no mencionar el inmenso número de bautismos administrados desde mediados del siglo XVI hasta mediados del XVII en las Indias Oriental y Occidental, á gentes no menos bravas por su indómita condición, que las evangelizadas por los primeros sagrados apóstoles. ¡Cuán diferente rumbo han seguido en todo tiempo las conversiones hechas por los herejes! como puede verse en las Conferencias del Cardenal Wiseman. [1]

Además, los historiadores nos han transmitido la relación de muchos casos maravillosos, acaecidos mientras se predicaba la fe en lugares apartados; relación firmada por testigos oculares, ó siquier auriculares de reconocida probidad, que por ningún concepto hubieran osado, si alguna vez osaron (¡mal pecado!), engalanar su escritura con rasgos hiperbólicos, á no haber tenido por cierto que los héroes cuyas hazañas tanto encumbraban, habían sido enriquecidos con el privilegio de hacer maravillas verdaderas, como quiera que no fuesen tales las que ellos tan sin tino les imputaban. Los Centuriadores de Magdeburgo, en el siglo XVI,

---

[1] Dicebat senex quidam: signa et prodigia usque hodie divinitus in Ecclesia fiunt propter eas quæ pullulaverunt et pullulant quotidie impias hæreses, et maxime propter acephali Severi et cæterorum perniciosa schismata, ad munimen ac firmitatem infirmarum animarum, atque ad illorum ipsorum si ita voluerint conversionem. Propterea igitur a Stis. Patribus et a beatissimis martyribus ab initio fidei hodie fiunt mirabilia in sancta catholica et apostolica Ecclesia. cap. CCXIII.

[1] *Controversia sobre las doctrinas y prácticas principales de la Iglesia católica.*—Controv. VI, VII.

tomaron de su parte el cargo de probar cómo la Reforma protestante estaba muy concorde con la fe de los primeros siglos. Llega la obra hasta el año 1300, y en cada siglo tienen buen cuidado estos luteranos de notar varios milagros, apoyándolos en autores de los tiempos en que acontecieron; milagros que, aunque falsamente achacados por los magdeburgenses á engaño ó á demonio, al estilo de los fariseos y gentiles, corroboran los dogmas principales de la doctrina católica, contra lo que ellos intentaban, como se lo demuestra el Cardenal Baronio, que para confutarlos escribió sus preciosos *Anales*. Por donde los enemigos de los taumaturgos eclesiásticos llanamente vienen á confesar que cada siglo los tuvo, dado que yerren á las claras en el señalar la causa de aquellas obras, cuya histórica verdad no se atreven á negar. Que no fueron supersticiosas ni diabólicas, sino hechas por invocación del nombre de Jesús, conforme á la costumbre de los apóstoles, se lo persuadirá fácilmente quien con mediana atención leyere las relaciones; y que no se interesó en ellas envidia, ambición, codicia, propia estima, sino celo del bien espiritual, odio al vicio, amor de Cristo, respeto de gloria divina, tampoco es dable dudarlo. Así que, apurados con madurez los hechos, su naturaleza, fin, medios y efectos, examinadas las prendas de los narradores, hecha inquisición de las antiguas tradiciones, se puede dar por constante que estas cosas poseen el mismo grado de probabilidad que los milagros de los primeros siglos, recibidos con aplauso por casi todos los protestantes.

A nadie parezca cosa rara que en los siglos medios entrasen á ocupar la admiración pública nuevos géneros de prodigios, extraños á los tiempos apostólicos. De los apóstoles no es verdad asentada que con estar pertrechados con los dones del Espíritu Santo, convirtiesen el agua en vino, multiplicasen panes, pisasen aguas, sosegasen tormentas, ostentasen su grandioso poder en seres inanimados y naturales, como del Salvador leemos y queda arriba referido (cap. V); en esta suerte de milagros los apóstoles, lejos de exceder á Cristo, según la licencia que les tenía dada, ni tan siquiera le igualaron, puesto caso que le llevasen suma ventaja en otro linaje de operaciones, conforme también va dicho (cap. XI, art. I). Aun en otra maravilla hicieron más alta figura, digámoslo así, á saber, en el asombramiento que causaron con sus milagros en los ánimos de los judíos. Habían los fariseos y escribas cerrado la puerta á las maravillas de nuestro Salvador, y buscando capa con que cubrir su envidia y terquedad, determinaron darle la muerte, tal vez pensando con ella poner término á las inquietudes de sus conciencias; mas al reparar que, muerto y todo, resplandecía en los apóstoles un nuevo y más extraordinario poder, y que con su traza se habían echado al cuello el dogal, diéronse por engañados, cayeron en la cuenta, abrieron los ojos, y no sabiendo qué resolución tomar, [1] apenas Gamaliel habló al descubierto en el caso, condenaron ellos lo dicho y hecho, y *mucha turba de sacerdotes obedeció á la fe.* [2] Circunstancia notada con gran tino por el obispo anglicano Sherlock en su obra *Los testigos de la Resurrección de Jesucristo*. Si los apóstoles en unas operaciones igualaron, en otras excedieron, en otras fueron inferiores á Cristo nuestro Señor, síguese que ni los milagros de Cristo fueron dados por norma á los apóstoles, ni los hechos por los apóstoles han de servir de norma y pauta con que nivelar los de los Santos. Las promesas de Cristo han de tener cumplimiento, y á la virtud de su soberano Espíritu pertenece llevarle adelante por sus grados, conforme lo requieran los fueros de la divina gloria y el bien de las almas. La parte que aún queda por verificar comprende los milagros relativos á cosas naturales. Temer que la promesa quiebre y caiga sobre falso, ó venga á parar en nada el Espíritu de Cristo, sería notable impiedad; afirmar que se evacuaron en los apóstoles las promesas de Cristo con todas sus condiciones, es falsedad notoria. Ni Cristo señaló á los milagros límite de tiempo ó lugar, ni puso tasa al poder de hacerlos, ni exceptuó los más raros é increíbles; todos los dejó á la infinita providencia de su soberano Espíritu, que había de animar de continuo hasta el fin de los tiempos su cuerpo místico, la Iglesia, como otras veces se ha dicho. *Cristo, no sólo por medio de los Santos vivos, mas también difuntos y por sus reliquias obra muchas cosas admirables, concediendo al mundo*

[1] Act., V, 24.

[2] Act., VI, 7.

bienes infinitos, como los Padres griegos y latinos lo confiesan á despecho de los herejes arrianos. [1]

Mas de aquí no se infiere que los milagros de los santos sean materia de fe. Solamente lo son los de las Escrituras, por estar fundados en divino é infalible testimonio. La Iglesia católica, cuya cabeza es el Pontífice romano, solícita en velar por la integridad de la fe, ya que tenga avisados á los pastores estén prevenidos y expliquen á su grey la diferencia entre los milagros verdaderos y falsos, nunca profiere una sentencia sino miradas y vueltas á mirar muy bien las cosas, en cuanto le consta por señales evidentes y sin sospecha la verdad histórica y filosófica del hecho, como en su lugar se trató. En los más casos abstiénese de fallar. Cuando apurados los medios de investigación aprueba un milagro, no impone obligación de creerle por cosa de fe, pero estamos obligados á creerle por cosa cierta moralmente; obligación derivada del derecho que á la Iglesia asiste de ser creída y acatada como juez que autoritativamente sentencia, aunque no impere directamente el asenso. De forma que no se excusaría de temeridad quien apellidase falso un milagro que la Santa Sede aprobó, ó quien obstinadamente se empeñara en estimarle indigno de acatamiento. Los milagros eclesiásticos respecto de su condición histórica, descansan en testimonio humano, sujeto á engaño y error: merecen crédito los hechos fundados en relaciones auténticas, en criterios prudentes, en autoridad fidedigna; no le merecen ni son dignos de recomendación los apoyados en testificaciones inciertas, apócrifas, fabulosas; mas cuando la Iglesia abre los labios y falla, seguros estamos y sería pecado levantar tabara de argumentos contra la verdad histórica ó contra la verdad filosófica del milagro, y culpable arrojo denegar en tal caso el asentimiento.

Los santos son los embajadores de parte de Dios y ministros de su voluntad. En calidad de tales han gozado el privilegio de plenipotenciarios de la divina Majestad, cada cual en la medida que al Señor ha complacido. Ni todos fueron enviados con extraordinarios poderes, ni los más esclarecidos alcanzaron por eso mayor grado de santidad, por cuanto la medida de la santidad no es grandeza de milagros, sino quilates de amor de Dios y del prójimo, como enseñan los doctores, en especial San Gregorio y San Jerónimo, y es doctrina que se saca de San Pablo claramente. Cierto si el lustre de los milagros fuese necesaria prenda de perfección, poca gloria habrían alcanzado los Agustinos, los Atanasios, los Crisóstomos, ambos Gregorios Nazianzeno y Niseno, que hicieron pocos ó ningunos milagros. Sólo Dios, que dispone las cosas puestas sobre al ámbito de la naturaleza criada, sabe dónde, cuándo, cómo y por qué deban obrarse milagros; y llegada la coyuntura mueve las manos, esfuerza la voz, y asiste á la obra de su ministro, que asombra al mundo con el sobresalto de extrañas maravillas.

Cuando esto acontece, otorga el Señor al hombre poderes con que libremente tenga el imperio de las criaturas, lo cual viene á ser encomendar á sus manos, hasta cierto punto, las riendas del mundo sensible en un distrito particular. Y pues celan ellos con desinterés propio, áun á costa de sus vidas, la divina gloria, menospreciando peligros por el bien de sus hermanos y trayendo guerra continua con los vicios y errores, razón es que á veces les luzca estampado en la frente el sello de ministros del Altísimo, en las manos y lenguas la fortaleza de su poderío, y que áun sus frías cenizas echen rayos de gloriosa majestad. Todos los siglos, desde Jesucristo acá, han presenciado las hazañas de varones tan privilegiados, en todos los siglos ha engendrado la Iglesia católica taumaturgos, potentísimos en obras y palabras, á todos los siglos ha cabido la ventura incomparable de ver confirmada la embajada de los apóstoles con señales portentosas y con variedad de virtudes según las trazas de la soberana voluntad.

Los escritores acatólicos, admitidos los milagros del Antiguo y del Nuevo Testamento, se hallan tentados con los acaecidos en el trascurso de los siglos cristianos, y los tienen por imposturas ó supercherías. En este capítulo acabaremos de asentar la verdad contenida en los milagros eclesiásticos que contra los protestantes defendemos. No se nos esconde que entramos en una espesísima selva. Las vidas de los santos, que fueron escritas

[1] BEATO PEDRO CANISIO. *Notæ in Evangel., lect. domin. III Adventus.*

por testigos coevos, á veces oculares, ó que por referencia de éstos se compusieron, gozan de indisputable autoridad; pero grandemente perjudicial ha sido á la fidelidad histórica el que los biógrafos más fácilmente hayan tomado el oficio de panegiristas que de historiadores, y en vez de hechos concretos y bien deslindados se hayan ocupado en celebrar con elogios las virtudes de los héroes. Demás de esto, los escritores de la Edad Media suelen amontonar en sus libros prodigios de toda suerte, que por ventura en el pensamiento de los antiguos historiadores tenían significado alegórico, y reciben de aquéllos sentido literal y en traje de hechos acontecidos se transmiten á la posteridad. Sin embargo, *aunque en no pocos documentos de esta índole muchas cosas son dignas de reprensión, con gran cautela se ha de proceder en aplicar dicha censura á todas las vidas á bulto, áun á las que tienen autores conocidos y graves; antes de censurarlas se ha de pesar cada cosa de por sí.* [1] La *Historia Lausiaca* de Paladio, la *Historia religiosa* de Teodoreto, el *Prado espiritual* de Juan Mosco, las *Vidas* de Metafraste, fueron añadidas, interpoladas, adulteradas en no pocos puntos por plumas posteriores, y es obra de mucho estudio, por no decir imposible, separar en ellas la paja del grano. Mombricio, [2] Lipomano, [3] Surio, [4] Rosweyde, [5] Rivadeneyra, [6] Butler, [7] sudaron en la empresa de acrisolar los hechos históricos de los Santos; sin embargo, no es todo oro lo que en sus páginas reluce. Siendo esto así, á pesar de la confusión que reina en muchas vidas, y de la dificultad de distinguir en ellas lo real de lo fabuloso, sería incomportable temeridad negar que en general hayan existido taumaturgos en todas las edades de la Iglesia católica, poderosos en todo linaje de maravillas.

Antes de proceder á su relación bien será advertir, aunque en otro lugar va dicho, lo primero, que el Salvador del mundo anunció á sus discípulos que harían iguales y áun mayores milagros que él; y con esta superior facultad los armó al enviarlos por el mundo á pregonar la buena nueva. Lo segundo, varones de singular doctrina, de excelente ingenio, de probado crédito, un Agustín, un Atanasio, un Nazianzeno, un Basilio, un Crisóstomo, un Justino, un Orígenes, un Tertuliano, y otros cien de las primeras edades dieron testimonio de haberse hecho milagros en su tiempo ó en su presencia, como también se dijo arriba. Lo tercero, historias fidedignas de pueblos más recientes refieren casos portentosos, en cuya virtud las gentes abrazaron la fe católica renunciando á sus errores é idolatrías, como Inglaterra, Irlanda, Alemania, el Japón, y es su testimonio tan digno de todo crédito, que por poco que se ponga en duda la fuerza de sus atestaciones, podemos desestimar toda narración histórica antigua y moderna. Lo cuarto, las tradiciones populares, las fiestas seculares, los monumentos más ilustres, la fundación de muchos reinos, la experiencia de muchos siglos, todo está publicando á voces la existencia de los taumaturgos. Finalmente, lo quinto, los procesos formados por la Iglesia católica en las causas de Beatificación y Canonización de los Santos contienen milagros verdaderos, hechos en vida, examinados con suficiente crítica, fundados en pruebas irrecusables, jurídicamente testificados, donde todas las diligencias y cautelas que el sano criterio pudiera desear se hallan satisfechas con todo el lleno de la verdad.

Estas advertencias abren camino para establecer que no padece tinieblas la luz de los milagros en la Iglesia católica, de cuya santidad son parte escogida, y cuya condición muestran á los ojos de todos á par de católica, apostólica, una, y única entre las muchas en quienes se anubló el sol de tan preciosas excelencias. Sueltan las voces á la queja algunos devotos, teniendo por caso de menos valer, por temor de ver menoscabada la gloria de nuestra Cabeza y Fundador Jesús, si admitimos que los santos hicieron milagros sin duda mucho mayores y en más abundancia que él. En otra parte hemos dicho que nada se concluye de esta argumentación. No es Cristo nuestro Bien autor de milagros como quiera, sino fuente manantial de la omnipotente virtud, el que contiene en sí la potestad original y superior, y el único hacedor de todos cuantos milagros hicieron y harán los santos y taumaturgos. De ninguno sino de solo él pudo con verdad decirse: *Dió á sus discípulos potestad so-*

[1] P. SMEDT, *Introductio ad Histor. ecclesiast.* 1876, p. 122
[2] *Vitæ Sanctorum*. 1471.
[3] *Historia de vitis Sanctorum*, 1551.
[4] *De probatis Sanctorum historiis*, 1569.
[5] *Vitæ Patrum*, 1615.
[6] *Flos Sanctorum*.
[7] *Vidas de los Santos*.

bre todos los demonios para lanzarlos, y para sanar toda dolencia y todo linaje de enfermedades. [1] La virtud taumatúrgica era en Cristo natural, derivada de aquella unión hipostática que enlazaba estrechísimamente al Verbo del Padre con la naturaleza humana, y hacía que donde quiera curase toda suerte de males con solo abrir los labios, con solo el contacto de sus vestidos, en fin con solo un acto de su voluntad, [2] por manera que así como el océano es el arca caudalosa de todas las aguas, y de su riqueza se abastecen fuentes, ríos y nubes; no de otra manera es Cristo tesoro caudalosísimo que reparte á los Santos virtud para mil linajes de portentos, cada cual en su medida según los acuerdos de su adorable providencia.

Así los taumaturgos son instrumentos del poder de Cristo, al modo que los apóstoles son órganos y pregoneros de su palabra divina. *El Verbo divino era quien hablaba por su boca. El quien con milagros ilustraba su poder, él quien les daba gracia con que perdonar pecados, él quien era inmolado en todas las víctimas sacrificadas en el discurso del tiempo; él, por abreviar, lo era todo, lo hacía todo en el antiguo y en el nuevo Testamento, con la diferencia, que en el antiguo lo obraba todo en figura, y en el nuevo en realidad de verdad.* [3] Por esta causa no se dice con propiedad que los taumaturgos hayan hecho más y mayores milagros que Cristo, por cuanto los hechos por otros hízolos él, y la gloria de tantas maravillas como otros hicieron, tócale á él. Si San Pedro curaba enfermos y endemoniados con su sombra, poder de Cristo fué; si San Gregorio trasladó el curso del agua con su palabra, poder de Cristo fué; si San Vicente Ferrer resucitó á un hombre hecho trozos su cuerpo, poder de Cristo fué; si otros muchos tuvieron al parecer en las manos las llaves del cielo y dieron cima á cosas más admirables que las escritas en los Evangelios, poder de Cristo fué, el cual con grande aviso prometió á los que creyesen firmemente en él, que más colmadas maravillas rematarían que las que él remataba, [4] significando á sus discípulos que vendrían ocasiones en que sus fieles servidores llevarían á efecto maneras de portentos en cuya comparación serían pequeños los por él ejecutados; pero por el mero hecho de anunciarlos de antemano y de cierta ciencia, nos enseñaba que de su noble pecho manaría toda la excelencia taumatúrgica, y les haría él á ellos tales franquezas y liberalidades y les concedería privilegios tan insignes, que no pudieran serles de valor sin el consentimiento y firma del que era autor de la vida y de la muerte, porque no ha de ser el discípulo más que su maestro, ni la criatura sobre su omnipotente Criador.

[1] Matth., X, 1.
[2] Marc., VI.—Luc., VI.—Jo., V.—Matth., II.
[3] D' ARGENTAN, *Confer.* XVI, art. III.
[4] Jo., XIV, 12.

Con esto queda respondido á Muratori cuando declaró por *cosa cierta que los santos no hacen milagros.* [1] Habíanle precedido en el atrevimiento los Valdenses impugnados por Alonso de Castro, [2] Erasmo citado por Catarino, [3] Calvino alegado por Serario [4], y otros herejes amigos de zaherir la memoria de los santos. [5] El P. Fr. Francisco Dorantes, teólogo del Concilio Tridentino, obispo que fué de Oviedo, en sus *Lugares Católicos* [6] teje una suma de milagros hechos desde el siglo II hasta el XVI, citando los autores que los refieren y apuntando los más principales prodigios. Este insigne polemista fué el primero que sintió la necesidad de señalar este lugar católico para convencer la contumacia de Calvino y demás herejes. La Sagrada Escritura, los Padres y los Teólogos los convencen de temerarios.

La Escritura con toda claridad dice de Moisés, [7] de Eliseo, [8] de los apóstoles, [9] de San Esteban [10] que hicieron eterna su fama con hazañas milagrosas ejecutando por su mano señales de extraordinario poder. San Agustín certifica la misma verdad por estas palabras: *Creamos á los santos que decían verdad y hacían*

[1] *La regolata devozione*, 1747, cap. XX.
[2] *Adv. hæres.* art. *Miracula.*
[3] Lib. II, *De gloria Sanctorum.*
[4] *De Litaniis*, lib. II, q. XXXII.
[5] BELARMINO, *De Sant. Beat.*, cap. XX.—GRETSER, *De Festis.*, lib. II.
[6] Lib. IV, cap. VII, VIII.
[7] Magna mirabilia fecit Moises coram universo Israel. —*Deut.* XXXIV, 12.
[8] In vita monstra et in morte mirabilia operatus est. —*Eccli.* XLVIII, 14.
[9] Per manus autem apostolorum fiebant signa et prodigia multa.—*Act.*, V, 12.
[10] Stephanus faciebat prodigia et signa magna in populo.—*Act.*, VI, 8.

prodigios, diciendo verdad padecieron para poder hacer prodigios. [1] Habla San Basilio del mártir Mamante, y le atribuye grandes milagros. [2] De parecidas locuciones usaron los tres Gregorios, el Nazianzeno, [3] el Niseno, [4] el Magno, [5] y San Crisóstomo, [6] significando que los siervos de Dios con la alteza de la divina virtud se levantaron á prodigiosas maravillas.

Fuera prolijo trabajo el enumerar los autores teólogos que dejaron afianzada en razón esta verdad. El principal de ellos, Santo Tomás, escribió: *Los hombres santos son dichos hacer milagros* [7] en cuanto son causas morales, Dios causa física, de las acciones milagrosas, poniendo de su parte alguna industria por ayudar al intento de Dios. Con entera claridad lo expresó el P. Suárez diciendo: *Puede un Santo cooperar é ir con Dios á la parte en hacernos un beneficio no sólo orando, mas también prestando algún ministerio concedido por Dios, y entonces es lícito suplicar al Santo que nos alcance aquel beneficio por sus ruegos y también por su cooperación y esfuerzo.* [8] No sin causa definió el Santo Concilio de Trento contra luteranos, calvinistas, zuinglianos y demas herejes, ser cosa buena y conveniente invocar humildemente el favor de los santos y acudir á su intercesión para conseguir de Dios mercedes por su Hijo Jesucristo nuestro Señor. [9]

Con esto queda evidenciado que no solamente cada varón santo es en la Iglesia católica un cúmulo de portentos, portento su vida entera, portento su fortaleza en los trabajos, portento su caridad y celo apostólico, portento el curso de sus peregrinaciones y trabajos, portento su ciencia y paciencia, portento el fruto de sus sudores, portento en fin su vida toda tan colmada de maravillas, que bien consideradas bastarían por sí solas para confirmar y enaltecer el crédito de nuestra fe; pero ha querido el Señor hacerse más admirable con ellos, fuera de los dones de santificación, en los dones de los milagros, fiándoles el cuidado de las cosas y haciéndolos sus lugartenientes para mandar sobre ellas con imperio en la naturaleza corpórea. Nunca ha cesado Jesucristo, Jerarca invisible de la Iglesia, de enviar al mundo ministros que demuestren la santidad de su Esposa con rayos de infinito poder. En los siglos de más corrupción, cuando los hombres parece andan perdidos por el camino del error, no se ha descuidado de dar testimonio de su sobrenatural providencia mediante los taumaturgos, poniendo en sus manos, no obstante las maldades de los fieles, remedio eficaz con que abrirles los ojos y reanimar su fe casi muerta, con una suerte de maravillas tales que parecieran juegos y entretenimientos ociosos, si no constase ciertamente ser demostraciones del divino poder.

Hace el Señor milagros por mano de sus siervos, ora con el fin de arraigar y perfeccionar en los cristianos el hábito de la fe, ora con el de curar los males que engendra la herejía en los apocados católicos, unas veces mirando á espantar á los viciosos y sacarlos del atolladero de sus malas pasiones, otras á remediar las necesidades de los fieles con el refrigerio de su misericordia, ya atento á honrar á los que le honran procurando la gloria de su santo nombre, ya deseoso de que los incrédulos despierten y echen de ver cuánto va de religión á religión y cuán excelente es el culto del verdadero Dios, ya en fin para que las sectas disidentes vean por vista de ojos cuán para poco sea su culto heretical pues no da de sí fruto ninguno digno de admiración. [1]

El Beato Pedro Canisio, llamado con razón martillo de los herejes por el valor con que desplegó contra los protestantes la riqueza de su doctrina, consagró varios capítulos á la refutación de las objeciones propuestas por los novadores sobre los milagros de la Virgen María y de los santos. [2] El capítulo diezioocho contiene siete axiomas ó proposiciones fundamentales, cuya explicación puede verse en el citado

---

[1] Credamus sanctis et vera dicentibus et mira facientibus; dicendo enim vera passi sunt, ut possent facere mira.—*De Civit. Dei.*, lib. XXII, cap X.

[2] Memores estote martyris qui quosque sanitati restituit, quibuscumque pueros jam mortuos ad vitam reductos reddidit, quotquot vitæ terminos prorogavit.—*Hom. de S. Mamante.*

[3] *Orat. in Julian.* [4] *Orat. in 40 Martyr.*

[5] *Dial*, lib. II, cap. XXX.

[6] *Hom.*, in VII Machab.

[7] Sancti homines dicuntur miracula facere.—I p. q. CX; a. 4 ad 1—Apostolis non est data potestas ut ipsi sanarent infirmos, sed ut ad eorum orationem infirmi sanarentur, tamen non semper modo deprecativo utebantur, sed quandoque modo indicativo et imperativo.—III p. q. LXXXIV, a. 3. ad 14.

[8] *De religione*, lib. I, cap. X.

[9] Sess. XXV, *De Invocatione*, 68.

[1] PLAZZA, *Christ. devot.*, p. I, cap. VI, cap. IX.—SPAGNI, *De mirac.*, pars IX.

[2] *De Maria Deipara Virgine*, lib. V.

libro, y se colige de lo expuesto hasta aquí. A fin de ilustrar el capítulo presente con los rayos de esta gloriosa lumbrera, hemos querido poner á continuación los enunciados de dichas proposiciones, en la forma siguiente:

Primera. Entre los verdaderos y los falsos milagros debe admitirse y retenerse en todo tiempo señalada diferencia.

Segunda. Aunque en Dios resida la primera potestad en orden á ejecutar en el orbe los verdaderos milagros, los ángeles y los santos se dice bien que los hacen ó porque los efectúa Dios conforme á los deseos de ellos, ó porque en el hacerlos prestan ellos algún ministerio, como Santo Tomás lo notó.

Tercera. Los verdaderos milagros hechos por Dios en todas las edades mediante sus Santos, son ilustres manifestaciones de la virtud y gloria divina, y testimonios ó rúbricas de la recta fe y sana doctrina, con los cuales los incrédulos se sientan movidos á abrazar la fe cristiana y los creyentes se confirmen más y más en la posesión de la católica verdad contra los impíos y herejes.

Cuarta. Los verdaderos milagros obrados por medio de los Santos del cielo no deben recibir menoscabo ni perjuicio por el mero hecho de que ciertos predicadores ó escritores divulguen ó vendan al pueblo cosas falsas por verdaderas, y otras dudosas ó ficticias por evidentes y ciertas.

Quinta. Desterrar los milagros de los santos ó negarlos del todo ha sido traza usada y propia de los que han hecho guerra funestísima contra Cristo y su Iglesia, y sido enemigos encarnizados del nombre cristiano.

Sexta. La virtud y gracia de milagros póstumos, concedida por Dios muchas veces á los Santos de cualquier orden que fuesen para que estuviésemos seguros de la majestad de su cabeza Cristo, y de la gloria de sus miembros, y de la verdad de la cristiana fe, y del fruto de la católica invocación, por ninguna razón puede ser negada á la santísima y augustísima Virgen María, cuya gloria no debe ser inferior á la de ningún santo ilustre.

Séptima. Demasiado solícitos y escrupulosos andan aquellos censores que á ningún milagro dan cabida ni aprobación fuera de los admitidos por antiquísimos escritores.

ARTÍCULO II.

San Gregorio Taumaturgo.—Siglo IV. San Martín.—San Antonio Abad.—San Hilarión.—San Nicolás.—Siglo V. San Germán.—Santo Toribio.—San Millán.—San Patricio.—San Simeón.—Siglo VI. San Remigio.—San Leonardo.—San Benito.—Siglo VII. San Agustín.—San Cutberto.—San Ildefonso.—Siglo VIII. San Huberto.—San Frutos.—San Esteban.—Hechos notables.

Al recoger en compendio algunos entre los infinitos milagros producidos por los héroes del cristianismo en el gremio de la Iglesia católica, no intentamos demostrar que ha debido ella poseer en todo tiempo taumaturgos, es decir, varones santos favorecidos en vida con el dón de obrar maravillas. A la dignidad de la Iglesia basta que haya despedido de sí rayos de hermosura de siglo en siglo hiriendo los ojos de todos los hombres con la claridad de los milagros, de cualquier modo que sucediesen, ora por la palabra de los santos viviendo ellos, ora muertos ellos con el favor de sus reliquias, ora por otras vías que Dios dispuso, pues no era de necesidad que desplegase su poder por medio de sujetos vivos; pero en la historia eclesiástica reverberan los rayos sobrenaturales con tan hermoso resplandor, que bien podemos afirmar (y es lo único que aquí pretendemos) que en ningún siglo han faltado varones poderosísimos en obras y en palabras, que emulando las proezas de los primeros apóstoles diesen admirable cumplimiento á las promesas del Salvador.

De los tres primeros siglos van referidos arriba hartos ejemplos. Apuntaremos del siglo III algunas memorables hazañas de San Gregorio, obispo de Neocesarea, llamado por antonomasia *Taumaturgo*. Turbas de enfermos con sola su bendición recobraban perfecta salud. Hincando en tierra un palo enfrenó la furia de un caudaloso río con ordenarle que detuviese la corriente. El mismo bastón plantado en el suelo echó raíces y se tornó árbol frondoso. Mandólo, y quedó seca y sin agua una espaciosa laguna; mandólo, y salió de su lugar un monte que embarazaba para edificar una iglesia, y se trasladó más lejos; lo cual refiere el Venerable Beda por estas palabras: *Como quisiese edificar una iglesia y viese que el sitio era más angosto de lo que convenía, porque de una parte un peñón del mar, de la otra un monte vecino no daban lugar, fué allá el Santo*

de noche, y postrado de rodillas suplicó al Señor, trayéndole á la memoria su promesa, que apartase el monte lejos de allí. Al amanecer volvió y hallóse que el monte había dejado á los albañiles tanto espacio cuanto era menester para levantar la iglesia. Podía éste, podía otro varón de igual mérito que éste, si la oportunidad lo pidiese, alcanzar del Señor por su fe, que el monte fuese arrojado en la mar. [1]

La vida del Obispo de Cesarea fué compuesta por San Gregorio Niseno, que vivió en el siglo siguiente, aprovechándose de las tradiciones y memorias que reinaban en la misma comarca. Los milagros fueron señaladísimos y en todo linaje de cosas; por grandes que fuesen los hace creibles la promesa del Señor. Fuera de que, los Santos Padres Basilio y Jerónimo, y los escritores eclesiásticos Sócrates, Sozomeno, Rufino, Teodoreto responden de su verdad y reportan á los incrédulos con la firmeza de sus asertos. ¿Con qué razón el inglés Douglas los compara con los de Apolonio Tianeo y los llama invenciones de la Edad Media? Lardner, Cave, Douglas y los anglicanos en común juzgan por nimiamente crédulos ó por mentirosos á los escritores que estas cosas dejaron escritas. *Así como admitir la intervención del Criador es necesario para conocer la fuerza argumentativa de los milagros de Moisés y de San Pablo, así admitida la doctrina de la presencia divina en la Iglesia queda suplido muy bien lo que tienen de vago y ambiguo los milagros de San Gregorio Taumaturgo ó de San Martín.* Con este valor quebrantaba el tesón del osado Douglas el juicioso Newman antes de hacerse católico. [2] El argumento más concluyente es este. Los milagros se hicieron al efecto de convertir á los idólatras. Al entrar el Santo en posesión de su obispado halló diezisiete cristianos en Neocesarea; al morir apenas quedaban diezisiete infieles. *Una tan pronta conversión y tan universal fuera un milagro inexplicable sin el concurso de los muchos milagros que á ella cooperaron.* [3]

Siglo IV. En este siglo gran taumaturgo fué San Martín. Su primer milagro fué restituir la vida á un catecúmeno de su monasterio que estaba por bautizar. Nombrado obispo de Tours curó á una joven baldada y moribunda, limpió á un leproso echándole los brazos y la bendición, dió vista á Paulino de Nola tocándole los ojos, y coronó con dichoso remate aquella estupenda hazaña deteniendo con la voz y haciendo que cayese al lado opuesto un enorme peñasco, el cual con sogas unos idólatras á instancias del santo querían echar por el suelo, y amenazaba cogerle á él debajo con peligro de hacerle pedazos. [1] Así lo refiere en la vida de este gran siervo de Dios Sulpicio Severo, que fué discípulo suyo, y pasa en opinión de los racionalistas por escritor grave y concienzudo. No pueden aquí los anglicanos acusar con querellas importunas al historiador, porque Sulpicio cuenta larga y circunstanciadamente las cosas que vió, y además *estas cosas que yo cuento*, dice, *son de notoriedad universal en todas las Galias.* [2]

Fuera de la resurrección dicha, refiere otras dos. [3] Ahora bien, desahóguense los enemigos del milagro gritando que los muertos no lo eran de veras; los Galos, que á causa de tan espantosos milagros le aclamaron por su patrono, bastan para taparles la boca. El Breviario romano (11 Noviembre) le llama *grandioso resucitador de tres muertos.* Otras cosas hizo dignas de consideración. Confundió los falsos profetas, dió en rostro á los visionarios con sus embustes, y derribó el altar de un ladrón famoso cuyo sepulcro frecuentaba la muchedumbre vulgar é ignorante. [4] Con la señal de la cruz detuvo una procesión profana, y quedaron los gentiles, que en ella iban, tan sin poder moverse del sitio, que por esfuerzos que hacían no lograban alzar los pies, hasta que San Martín les dió para ello licencia. En este santísimo conquistador espiritual de las Galias vemos cumplidas de lleno las promesas del Salvador. *Los milagros eran aquí necesarios como en el siglo apostólico. Convenía el asiento y demostración del orden sobrenatural para fundar la monarquía francesa.* [5] Su sepulcro fué teatro de grandísimos prodigios que pueden verse en Gregorio Turonense [6] y en

---

1 VEN. BEDA. lib. III, *Comm. in Marc.* cap. XI
2 *Two essays on miracles*, 1885, p. 189, 261.
3 DARRAS, *Hist. de l'Eglise*, t. VIII, chap. I, n. 29.

1 *De vita B. Martini*, cap. XIII.
2 *Dial* II, cap. V.
3 *De Vita B. Martini*, cap. VII, VIII.—Dialog. II, cap. IV.
4 SULPICIO SEVERO, *De Vita B. Martini*, cap. XI; XXXIII, XXXIV.
5 DARRAS, *Hist. de l'Eglise*, t. X, chap. II, n. 73.
6 Lib. I, cap. XXIII.

Fortunato, [1] y los expuso el docto Chassay en su obra *El Doctor Strauss y sus adversarios en Alemania.* [2] El hereje Douglas se muestra terco en sostener que ningún Santo conoció en sí facultad de hacer milagros, sino que sus amigos ó devotos llevados de loca afición se los pegaron ennobleciendo con fingidos atavíos su figura. [3] Pero Sulpicio Severo escribe con toda claridad lo que San Martín solía decir, á saber, que más milagros hacía antes que después de ser obispo; [4] declaración, que no tiene glosa ni salida y hiere como un rayo los ojos de Douglas.

San Antonio Abad sin moverse de la habitación que tenía en el yermo, sabía cosas puestas muy lejos de sus ojos, áun á trece jornadas de distancia. [5] Tenía que vadear un río, y en un punto era traspasado al lado opuesto sin hacer ninguna diligencia. Sanaba enfermos con solo rogar por ellos, estando ausente. Si algo ignoraba que le conviniera saber, pedíaselo á Dios, y se lo descubría luego. Martiniano, capitán de la milicia, rogóle que librase á su hija del mal espíritu, y con la invocación del nombre de Jesús, la dejó libre. *Muchos y diversos milagros obró el Señor por él... Muchos hombres que padecían vejación, puestos á dormir á la entrada de su monasterio, eran curados por las oraciones que á Cristo hacía.* Esto refiere San Atanasio. [6] Tanta era la copia de milagros, que su humildad le forzó á retirarse á lo más apartado del desierto para contrarestar la fama que de su santidad corría; pero aún allí mandaba sobre las fieras ordenando que no le dañasen y jamás le tocaron al pelo de la ropa. San Atanasio, escritor de su vida, le conoció y trató; y añade que muchos se convertían á vista de sus estupendos milagros. Don Emilio Castelar, que donde quiera ponga la mano, deja impreso el *tau* de su marca, omitiendo de propósito los milagros de San Antonio desflora con la destreza de las palabras la grandiosa figura del taumaturgo, diciendo: *Sus nervios sobreexcitados por el ayuno, le sugerían toda suerte de visiones extrañas y le tentaban al vicio y al placer con una continua é incesante tentación.* [7] Nervios que á tales operaciones se levantan, como las dichas, no pueden ser sino milagrosos.

San Hilarión, cuya vida escribió San Jerónimo, fué también taumaturgo, discípulo de San Antonio. Dió vista á una mujer ciega diez años hacía, sanó á un paralítico y á varios hidrópicos, alcanzó lluvia con oraciones, enfrenó la bravura de las olas, conjuró posesos, y amansó un camello furioso que había atropellado á muchas personas. Diez meses después de enterrado halláronle las ropas intactas y el cuerpo fresco cual si acabase de espirar, despidiendo exquisita fragancia. Cuando los enfermos de Siria acudían á San Antonio por remedio de sus males, decíales el santo anciano: ¿Cómo os molestáis viniendo de tan lejos, pues tenéis tan cerca á mi hijo Hilarión?

San Nicolás, obispo de Mira, es uno de los más celebrados taumaturgos. Yendo embarcado restituyó la vida á un marinero que había caído muerto sobre el puente desde lo alto del palo mayor. *Contamos sencillamente cosas tan grandes porque eran familiares al taumaturgo. Los milagros que hizo agotan todo número. Daba vista á ciegos, oído á sordos, salud á dolientes, sin que hubiera uno solo que puesto delante de él no recobrase luego salud. Así lo dice Metafraste* [1], á quien D. Vicente La Fuente llama sin fundamento *escritor fabulista y muy desacreditado,* [2] si bien en otro lugar parece pensar lo contrario. [3] Más de quinientas *Vidas* llevan el nombre de Metafraste y no son de su pluma, como esta lo es. [4] San Nicolás fué en todo tiempo venerado en la Iglesia de Dios por insigne taumaturgo. [5]

Siglo V. San Germán, sobresaltado por una brava tormenta al pasar el canal de la Mancha, invocó el nombre de Jesús, echó en el mar unas gotas de óleo bendito, y al punto se quietó. Durante sus contiendas con los herejes pelagianos en prueba de la verdad que predicaba dió vista á la hija de un tribuno bretón, ciega de nacimiento.

---

1 Lib. III.
2 Cap. XVIII, § 3.
3 *Criterion*, p. 369.
4 Dialog., II.
5 *Acta Sanctorum*, 17 Januar. p. 133.
6 *Vita*, cap. XI.
7 *La revolución religiosa*, t. II, lib. IV, cap. III, p. 67.

---

1 *Vita Sti. Nicolai*, Migne, *Patrol. græc.* t. CXVI, col. 330.
2 *Hist. ecles de España*, t. I, p. 46.
3 Ibid, p. 63.
4 Smedt, *Introductio gen. ad Hist. ecclesiast.* 1876, p. 125.
5 *Vita* dal P. Antonio Beatillo Barese, 1620, lib. VI, lib. IX.—*Historia*, por el P. M. Fr. Pablo de S. Nicolás, 1734, lib. I, cap. XX; lib. II, cap. II, cap. XIV.

En Inglaterra hizo otros muchos milagros, narrados por el venerable Beda. [1] El efecto fué pasarse al bando de la fe católica muchos pelagianos, y otros avergonzados y humillados huir de los hombres. La resurrección del hijo de Volusiano, y la repentina curación de un criado de la emperatriz Placidia fueron los últimos milagros que obró. *Sus virtudes*, decía San Pedro Crisólogo, *eran más admirables que sus milagros.* [2]

De Santo Toribio, obispo de Astorga martillo de los herejes priscilianistas, entre otros prodigios que obró cuéntase que, acusado de adulterio, tomó en sus vestiduras brasas encendidas, y quedó sin lesión suya ni del sagrado lienzo. Curó también á la hija del Rey, y á otros enfermos con espanto de los presentes. [3] El milagro de las ascuas le refieren otros á Toribio presbítero de Palencia, ó al obispo Montano. [4]

San Millán ó Emiliano, cuya vida debemos al gran obispo San Braulio, y la traen Sandoval, Brivar, Aguirre, Mabillon y otros, hizo curaciones de cojos, paralíticos, ciegos, energúmenos en tan gran número que *fuera infinito el discurso si se hubiesen de poner todos los casos*, dice San Braulio. Con un poco de vino proveyó á las necesidades de inmensa muchedumbre de pueblo. Estuvo también dotado del dón de profecía. [5] El Padre Fray Toribio de Minguella de la Merced, en sus *Estudios histórico-religiosos acerca de la patria, estado y vida de San Millán*, 1883, ha restituído á su antigua pureza el texto de San Braulio, sin enmendar ni retocar cosa importante sobre los milagros del taumaturgo aragonés.

No salgamos de España sin conmemorar los milagros debidos á las reliquias del protomártir San Esteban. El primero que las trajo de Palestina á las regiones occidentales, fué nuestro afamado Orosio, en el año 416. Parte de ellas alcanzó á los obispos de Africa San Agustín, Posidio, Evodio, Proyecto, Lucilo. [6] Llamábanlas *Memorias*, y las veneraban en capillas y altares, expresamente construídos, con culto particular. El primero que en Africa las honró públicamente fué Evodio, obispo de Uzali, á quien fueron presentados dos libros [1] que contenían las relaciones de muchos milagros obrados por virtud de las reliquias del santo Protomártir. San Agustín hablando de los milagros hechos en Uzali, tácitamente remite los fieles á los libros de Evodio. [2] Los obrados en Calama por la acción de las reliquias, ni San Agustín pudo juntarlos todos, [3] ni bastaran libros para contener su relación. [4] Menores eran en cantidad los hechos por la *Memoria* de Hipona, y con todo ascendían á setenta las informaciones escritas sobre su verificación. A la *Memoria* de Anduro también se atribuyen milagros, referidos por San Agustín, y apuntados más arriba (cap. XI), entre ellos varias resurrecciones. Seis muertos resucitados por las reliquias de San Esteban cuenta San Agustín en su tiempo. [5]

En el año 418 hizo San Esteban una gloriosa demostración de poder convirtiendo con sus reliquias, traídas de Jerusalén por Orosio, á los judíos de la isla de Menorca. En el libro anterior (pag. 195) hemos insinuado la carta circular de Severo, obispo de la isla, dirigida á todas las iglesias de la cristiandad, en que se da cuenta del feliz acaecimiento. El obispo de Uzali Evodio, que mantuvo con San Agustín correspondencia epistolar, confiesa haber recibido y leído en público la circular del obispo de Menorca; [6] documento que el Cardenal Baronio halló muy bien conservado en la Biblioteca Vaticana, y le dió á luz por vez primera en sus *Anales*. [7]

Esta preciosísima carta de Severo, divulgada por el orbe cristiano, impulsó al emperador Honorio á dar contra los judíos una ley rigurosa que los despojaba de empleos, honores y cargos públicos, *haciendo cuenta*, dice Baronio, *que, á ejemplo de los judíos menorquines, la conversión*

---

[1] *Hist.*, lib. 1, cap. XVIII, XX, XXI.—BOLANDISTAS; *Act. S. Germani*, 31 Jul.

[2] DARRAS, *Hist. de l'Eglise*, t. XIII, p. 217.

[3] ALONSO DE VILLEGAS, *Flos Sanctorum*, fol. 443.

[4] LA FUENTE, *Hist. ecles. de España*, t. II, p. 53, 173, 432.

[5] LA FUENTE, t. II, p. 521.—GÓMEZ DE LIRIA, *San Millán aragonés*, 1733

[6] MARCELINO, *Chronic.* — S. AGUSTÍN, *De Civit. Dei*, lib. XXII, cap. VII, VIII.—Serm. XXXIII de divers.

[1] *De Miraculis Sti. Stephani*, libri duo.

[2] Apud Uzalim, ubi est episcopus frater meus Evodius, quanta miracula ibi fiant, quærite et invenietis. — *De divers*, serm. XXXII, XXXIII.

[3] Non hic possum omnia commemorare quæ scio, et proculdubio plerique nostrorum cum hæc legent, dolebunt me tan multa prætermississe quæ utique mecum sciunt. *De Civit. Dei*, lib. XXII, cap. VIII.

[4] Si miracula sanitatum velim scribere, plurimi conficiendi sunt libri, nec tamen omnia colligi poterunt, sed tantum de quibus libelli dati sunt.

[5] BARONIO, *Annal*, ad an. 416, n. XXIV.

[6] *De miraculis Sti. Stephani*, lib. I, cap. II.—S. AGUSTÍN, *De Civit. Dei*, lib. XXII, cap. XVIII.

[7] Ad an. 418, n. XLIV.

de todos los demás se adelantaría con el aprieto é infortunio.—*Y aconteció,* prosigue el Analista, *que la lectura pública de la carta de Severo en todas las iglesias inflamó los ánimos de los fieles á procurar la conversión de todo el pueblo hebreo, y á principiarla por donde había principiado la de los judíos menorquines, á saber, por el incendio de las sinagogas.* [1] Mas como entre los judíos reinase gran turbación y angustiosa rebeldía por no querer romper las prisiones de su tradicional rabinismo, fué prudencia de los emperadores prohibir con decretos todo ademán de incendio y vejación. A los católicos menorquines quédales una gloria imperecedera, y es, que la conversión de los judíos isleños no fué debida á la quema de su sinagoga, sino á los milagros de San Esteban, como en la carta de Severo consta, y Baronio lo confirma en el lugar citado.

San Patricio, apóstol de Irlanda, ocupado en edificar templos y en plantar la fe en las selvas del Norte, fué requerido para que acreditase con señales su predicación. Un día hirió con el báculo la tierra delante de mucho pueblo, y de súbito brotó un grandísimo fuego, á cuyas llamas acabó de rendirse la incredulidad de aquellas bárbaras gentes. Entre sus hazañas maravillosas cuéntanse muchos muertos resucitados. Fué inmensa la cosecha que recogió de sazonadas obras en bien de la Iglesia. [2]

San Simeón Estilita, el menor, empezó de muy niño la vida eremítica y penitente. A poco de subir á la columna sanó un enfermo y libró un energúmeno, porque en una visión que tuvo recibió del cielo el dón de milagros. [3] Ofreciéronsele al punto ocasiones en que emplearle. Al sonido de su nombre las fieras deponían la bravura, las dolencias se rendían, amainaban las calamidades, la peste se alejaba, los leprosos quedaban sanos, los enemigos arrollados, los cautivos puestos en libertad, los granos de trigo se multiplicaban en tiempo de carestía; áun sus cabellos, báculo, tacto de sus manos parecían dotados de inestimable eficacia. Tanto era el gentío que se agolpaba en torno de su columna á pedirle favor, que no siendo su persona suficiente á satisfacer los deseos de todos, repartía á sus discípulos varas benditas con que dispensar mercedes, y á cada tres que hacían tornaba el Santo á bendecir la vara, para que ellos no se alzasen con la gloria y la diesen á solo Dios. Teodoreto, en su *Historia religiosa,* dejónos escritos los hechos de San Simeón (cap. VI), y juntamente la biografía de treinta solitarios que hicieron ilustres las grutas del monte Telmiso. Paladio (*Historia Lausiaca*), y Casiano (*Instituta cænobiorum*) escribieron las vidas de los santos anacoretas de las Tebaidas, llenas de maravillas y de virtudes.

Siglo VI. San Remigio, arzobispo de Reims, resplandeció con la fama de gran taumaturgo. Ya en su elección sucedieron cosas memorables. Lanzaba demonios de los cuerpos. Con la señal de la cruz fué contrarestando la voracidad de un incendio, que amagaba apoderarse de toda la ciudad, hasta que redujo la extensión del fuego á una bola, y por una puerta de la ciudad la arrojó con admiración del pueblo. Resucitó á una doncella. Amenazó con la ira de Dios á hombres facinerosos, y tuvo efecto la amenaza con terribles enfermedades. Faltóle un día el santo Oleo con qué bautizar al rey Clodoveo; fué Dios servido de enviarle una avecilla con una redoma en el pico llena del óleo que era menester. Tomóla el Santo, y la paloma tornóse volando por donde vino. Murió el mes de Enero; pero á causa de un señalado prodigio acaecido en la traslación de su cuerpo, se celebra su fiesta á primeros de Octubre. [1] El Papa Hormisdas celebró en una carta, digna de ponderación, los milagros de San Remigio, á quien escribía llamándolos equiparables á los de los primeros apóstoles. [2] Hace de ellos memoria Santo Tomás. [3]

San Leonardo, discípulo de San Re-

---

1 Ibid. n. LXXIII.
2 BEDA, *Hist.*, lib. 1.—BOLANDISTAS, *Act. S. Patric.* 17 martii.
3 *Acta SS.*, 14 maji, p. 325.

1 BOLAND., *Acta SS.*, 1.º Oct.
2 Vices itaque nostras per omne regnum dilecti et spiritalis filii nostri Ludovici, quem semper adminiculante superna gratia, plurimis et apostolorum temporibus æquiparandis signorum miraculis prædicationem salutiferam constantibus, cum integra gente convertisti et sacri dono baptismatis consecrasti, salvis privilegiis quæ metropolitanis decrevit antiquitas, præsenti auctoritate committimus.—Epist. I.—MIGNE, *Pat. lat.*, t. LXIII, p. 369.
3 *De regimine princip.*, lib. II, cap. XVI.

migio, fué muy afamado á causa de los milagros que Dios obró por su intercesión. A la mujer del rey Clodoveo alcanzó que diese á luz sin riesgo. En un lugar secano y falto de agua mandó hacer excavación, y á poco rato manó una fuente muy copiosa. Eran muchos los presos que encomendados al socorro de sus oraciones, se veían libres, y dejaban las cadenas y grilletes en el monasterio del Santo como prendas de agradecimiento. [1]

San Benito, llamado restaurador de la vida monástica en Occidente, por haber dado perfección á la disciplina monacal, [2] señalóse por los grandes imposibles que superó. Por su mandado salió agua de una peña durísima, en grande abundancia. Como el joven Plácido fuese por agua y cayese en ella, mandó San Benito á Mauro que corriese á dar favor al que se ahogaba. Pide Mauro la bendición, y caminando sobre el agua sin hundirse, toma á Plácido por los cabellos y le saca del lago sin novedad. [3] Una pared cogió debajo á un monje y le hizo añicos; llévanle al Santo en un saco los miembros y huesos destrozados, y con su oración el muerto renació más vivo que nunca, y fué por su orden á trabajar y ayudar á los que reparaban la pared. [4] Tuvo el dón de señalar especificadamente lo que ocurría á sus monjes cuando viajaban, cual si por sus ojos lo viera, y les notaba lo que comían, bebían, hablaban fuera del monasterio. El rey Totila, sabido este insigne privilegio, vistió de rey á un criado suyo y le envió al Santo; éste luego conoció la musaraña, y la dió á conocer. Anunció al rey Totila que ocuparía la ciudad de Roma, reinaría nueve años, y el décimo pondría fin á su vida. No tienen cuento los secretos que descubrió, las cosas que profetizó, las veces que se apareció, los enfermos que sanó de repente, los muertos que restituyó á la vida. Y más en número son los prodigios obrados por sus santas reliquias en el trascurso de las edades. [5]

[1] BONINIO, vol. II. — VILLEGAS, *Flos Sanctorum*, fol. 470.
[2] CASIANO, lib. II *De Instit. monach.*, cap. II.
[3] SAN GREGORIO, *Dialog.*, lib. II, *Dialog.* VII.
[4] SAN GREGORIO MAGNO, *In Vita Sti. Bened.*, cap. III.
[5] *Acta SS.*, XXI Martii, pag. 296. — MABILLON, *Annal. ord. Sti. Bened.* — YEPES, *Historia de la Orden de San Benito*, 1648. — STENGELIO, *Thaumasia benedictina*, 1650.

Siglo VII. San Agustín, obispo de Cantorbery, en el viaje que hizo de Roma á Inglaterra, sacó agua con el báculo. Los pueblos por donde pasaba creyeron que tenía mano en el gobierno de las criaturas y que le acompañaba franco albedrío para alcanzar de Dios cualquier merced. No bien hubo entrado en Inglaterra desplegó su virtud con resplandecientes prodigios. La señal de la cruz le bastaba para dar vista á un ciego, oído á un sordo, ligereza á un paralítico, limpieza á un leproso, de que resultó bautizar en un día mil personas. Dejemos los casos de naufragio, [1] y los muchos milagros que el siglo XI (1091) presenció al trasladarse sus reliquias. [2]

La verdad de los milagros que obraron San Agustín y sus compañeros en la conversión de Inglaterra, queda comprobada por el testimonio del Dr. Fletcher, [3] según que le cita el católico Butler, [4] en esta forma: *No solamente los historiadores coetáneos, mas también muchos protestantes, reconocen que Dios galardonó con el dón de milagros los esfuerzos de San Agustín y de sus compañeros. Ni el más encarnizado enemigo del nombre católico, el* Martirologio de Fox, *rehusa admitir esta verdad; y la confirma la santidad de vida de estos apóstoles, la legitimidad de su embajada, y la verdadera religión que procuraban establecer. — El Rey,* dice Fox, *tomó en consideración la pureza de su vida, y sintióse movido por los milagros que obraban por divina permisión.* [5] *El fruto fué trocarse un pueblo grosero, bárbaro y corrompido, en nación mansa, amorosa, tratable y devota.* En la sepultura de San Agustín léese esta inscripción: *Hic requiescit D. Augustinus... qui operatione miraculorum suffultus, Edelberthum regem ac gentem illius ab idolorum cultu ad fidem Christi convertit.* [6] Aquí los ingleses antiguos publican la mengua de los anglicanos modernos y los dejan corridos y bien humillados. El Dr. Lingard [7] confiesa que ni

[1] *Acta SS.*, die XXVI Maji.
[2] PARKER, *De antiquit. Britannicæ eccles.*, 1605. — STILLINGFLEET, *Antiquities of the British Churches*, 1685. — LINGARD, *Antiquities of the Saxon Church*, t. I.
[3] *Sermons*, vol. II.
[4] *Défense de l'Eglise romaine*, lettre III, § I.
[5] *Acts and monuments*, col. 2.
[6] BEDA, *Hist. eccles.*, lib. II, cap. III.
[7] *Antiquit. of the Saxon Church.*, t. I, chap. IX.
Sucesor de S. Agustín en la silla de Cantorbery fué S. Dunstan, fallecido en 988. El rey D. Alfonso el Sabio celebró en la *Cántiga CCLXXXVIII*, una celestial visión del santo Arzobispo, abreviada por Gil Zamora (*Li-*

el ingenio ni la incredulidad bastan á refutar la existencia de aquellos hechos, pero achaca la parte milagrosa á ignorancia, á credulidad; como si solos los anglicanos fuesen los juiciosos y discretos.

De San Cutberto refiere el Venerable Beda los milagros que le conciliaron autoridad en el reino de Inglaterra. Señalado fué el servicio que le prestaron las aves del cielo y los peces del mar acudiendo á su necesidad con el deseado sustento. La mujer del gobernador padecía horrible vejación del demonio; fué á verla San Cutberto, y áun antes de llegar huyó de ella el maligno espíritu. *Por esta manera restituyó la salud á muchos enfermos y curó endemoniados en ausencia con solo orar por ellos,* dice el Venerable Beda. [1] Con una palabra ahuyentó aves que hacían presa en la cebada, y cuervos que talaban un campo. La sierva de Dios Santa Elfleda estando desahuciada y sin poderse valer se puso un ceñidor del Santo, y luego sanó. Con agua bendita curó á la mujer de un conde que se hallaba muy al cabo. A una religiosa muy enferma, con aceite le devolvió la salud. Estaba que se moría el gobernador Hildmero, diéronle un pedazo de pan bendecido por el Santo, y fué remedio repentino contra el mal. Otra vez con su bendición desterró la peste de un lugar. Otros muchos prodigios pueden verse en los Bolandistas [2] que hacen á San Cutberto muy admirable.

San Ildefonso arzobispo de Toledo experimentó dos singularísimos favores del cielo que, por haber sido públicos y notorios, tienen aquí su lugar; ambos fueron galardones con que la Madre de Dios quiso recompensar á su devoto los esfuerzos empleados en echar de España á los herejes que se desmandaban insolentes contra su gloriosa Virginidad. Habíase juntado todo el clero y gente ilustre en la iglesia, donde se guarda el sepulcro de Santa Leocadia, martirizada en aquella ciudad de Toledo; el rey Recesvinto se hallaba también presente con su corte á la solemnidad que se hacía á la gloriosa virgen y mártir. El santo arzobispo Ildefonso antes de empezar el oficio hincóse de rodillas junto al sepulcro de la mártir, y estando en oración, súbitamente la losa del sepulcro, que treinta hombres no podían levantar, se levantó por sí misma y dejó ver el cuerpo de la Santa cubierto con un velo. Incorporóse el sagrado cadáver, y saliendo parte de él fuera del sepulcro, dejáronse oir estas voces: *Por ti, Ildefonso, vive mi Señora.* Volvíase el cuerpo á su lugar, cuando el devoto Prelado asió del velo que tenía delante del rostro, y, pedida venia, con un cuchillo que tenía el rey consigo, le cortó un pedazo del lienzo, que se muestra en el día de hoy en el sagrario de la Santa Iglesia Catedral.

El segundo prodigio fué, si cabe, más asombroso y extraordinario. Entraba San Ildefonso, acompañado de sus clérigos, en la iglesia para cantar maitines á la fiesta de la Expectación de Nuestra Señora, cuando al llegar á la puerta del templo quedaron todos deslumbrados por una extraordinaria claridad, que los obligó á dejar las hachas y á escapar huyendo espantados y llenos de temerosa reverencia. El Santo con más ánimo y sin mirar en cosa alguna entró y acercóse al altar á tener oración. Después de hecha, alzando los ojos á su sitial, que estaba en lugar eminente, vió á la Madre de Dios cortejada de millares de ángeles. En esto, cobrado brio habían entrado en la iglesia los clérigos. Como viese el santo arzobispo á la Virgen María que le mostraba ojos blandos y halagüeños, tomó ánimo para arrojarse á sus pies, como lo hizo, haciéndole acatamiento cual se debía á la Madre de Dios. Ella con palabras regaladísimas púsole en las manos una preciosa vestidura, y luego con toda la celestial comitiva se apartó y le dejó. Enseñaba San Ildefonso el sagrado ornamento á sus diáconos y clérigos, y ellos no acertaban á decidir de qué color fuese; pero que era cosa de arriba se mostró bien en los muchos enfermos que tocándole sanaron. [1]

---

ber Mariæ, (tract. VII, fol. 65); cuyas relaciones proceden, así lo juzga el P. Fidel Fita (*Estudios históricos*, 1888, t. VIII, p. 238), de la *Crónica de Helinando*, monje de Montfroid, (MIGNE, t. CCXII, col. 905), el cual la tomaría de Osberto, autor del siglo XI (*Vida de S. Dunstan*, Boland, t. IV, Maji, p. 373), ó del primer biógrafo que escribió la vida del Santo poco después de su muerte. El P. Fita (Ibid. p. 239) traslada este último relato de los Bolandistas. Para que se entienda con qué cuidado procuraban aquellos escritores conservar el fondo histórico de los hechos.

[1] *Acta SS.*, XX martii, p. 105. [2] Ibid., p. 118.

[1] De este riquísimo dón hacen memoria, fuera del Martirologio Romano, autores sin cuento, que pueden verse en Flórez (*España Sagrada*., t. VI, Apend. 8.—t. V, p. 395.—t. XXXVII, p. 287, y 357). Sobre la forma de la *vestidura sacerdotal*, así llamada genéricamente por el Breviario, no concuerdan los escritores antiguos. Parece cosa clara que «el uso del vocablo en cues-

Siglo VIII. San Huberto, primer obispo de Lieja y discípulo de San Lamberto, fué insigne taumaturgo en la región del Brabante, juntando á la valentía de la palabra el esplendor de los milagros. Una mujer que profanaba el Domingo trabajando, quedó contrahecha y tullida; suplicó al Santo remedio, y el siervo de Dios vista señal de arrepentimiento, otorgóle el uso de emtrambas manos. En una sequía extraordinaria como viniese á faltar el agua en el rio Mosa, San Huberto, en medio de la consternación general, después de alentar á los cristianos á la confianza en Dios, hizo fervorosa oración, y en aquel punto el cielo se cubrió de nubes, y deshechas en lluvia dieron agua en abundancia. En un pueblo con la señal de la cruz puso término á un incendio. Salvó después á varios pescadores que habían caido en el río y corrían peligro de irse á pique. Una rama verde, que como símbolo de su vida gloriosa habían puesto en su sepultura, á las pocas horas creció dos palmos. La frecuencia de estos prodigios convidó al sepulcro continuas romerías.

Estos y otros parecidos hechos fueron contados en la lista de las fábulas por muchos escritores eclesiásticos. Fleury, [1] Rohrbacher, [2] Guethée [3] apenas osaban hacer memoria de este glorioso apóstol, pareciéndoles contrariedades sus milagros. La biografía del gran taumaturgo escrita con buena crítica por el Padre Juan Roberti, S. J. en 1621 quedó sepultada en el olvido, hasta que la gloria de sus milagros vino á sobrepujar los escrúpulos de los críticos. La verdad de muchas circunstancias, antes juzgadas legendarias, se ha restituído á la luz por los monumentos paleográficos, que han confirmado los *Gesta Huberti* sacados de manuscritos antiquísimos, y de esta manera la gloria de sus milagros ha sobrevivido á la zozobra de las opiniones. [4]

San Frutos, patrón de Segovia, entre otros milagros cobró gran fama de taumaturgo por haber burlado las artes de los moros, que le buscaban para la muerte por la guerra que les hacía. Intentando ellos escalar su celda con ánimo de acabar con él, lejos de hurtarles el cuerpo presentóse á sus perseguidores, pero fiado en la divina virtud hirió con el bastón un peñasco y le partió en pedazos con espanto de los moros que dieron á huir despavoridos al estruendo. Si grandes fueron sus milagros en vida, mayores los hizo después de muerto curando enfermos con su poderosa intercesión. Una mujer, arrojada por su marido de un lugar muy alto, llegó al suelo sin lesión habiendo invocado á San Frutos. [5]

Célebres son los milagros de San Es-

---

tión (*alba*) asciende cuando menos al siglo XI» (P. Fidel Fita, *Estudios históricos.*, 1886, t. III, p. 178). Gonzalo de Berceo después de narrar que la Virgen Santísima «Dioli una casulla sin aguya cosida. — Obra era angélica, non de omne texida», le da el nombre de *alba* (*Milagros de Nuestra Sennora.*, I, vers. 41. — 72). A la calificación de Berceo se inclinaron Alfonso el Sabio (*Cántigas de Santa María.*, cant. 2.º), Gil de Zamora (Vestimentum quod nos albam sacerdotalem vocamus, ei attulit.— *Liber Mariæ, tract.*, XVI, cap. V), Gaulier de Coincy (*Les miracles de la Sainte Vierge. Miracle de Saint Hyldefonse*), el monje Hermann (Casulam prætiosissimam quam beáta Dei genitrix Sancto Ildefonso dederat.—Vestemque quæ *alba* vocatur. *De Miraculis Sanctæ Mariæ Laudunensis.*, Prol.), denominándola *casulla* ó *alba*, y *casulla* la apellidaron Rivadeneyra y Flórez, y casulla es la grabada en el medallón de mármol que se ve en la catedral de Toledo, y *casulla* la representada en el fresco de Lucas Jordan en la bóveda de la sacristía del propio templo, y *casulla* la pintada por Rubens en su famoso tríptico que está en el Museo de Viena.

Sin embargo, los autores antecedentes al siglo XI se abstienen de semejante calificación. El arzobispo Cixila, del siglo VIII, la nombró *benedictio tegminis, vestimenta gloriæ* (*Vida de San Ildefonso.*, lib. IV, cap. VIII); el rey Alfonso VI se contenta con decir, *de vestimentis Matris ejus, Virginis Mariæ* (*Esp. Sagrada.*, t. XXXVII, p. 287); D. Pelayo obispo de Oviedo la llamó *pallium quod dedit ipsa regina cœli Ildefonso* (Ibid, p. 357); el arzobispo D. Rodrigo la titula, *vestis illa gloriosissima quam beata Virgo contulit glorioso pontifici Ildefonso* (*De rebus Hispaniæ*, lib. IV, cap. VIII); para que así entendamos cuán prudente anduvo el Breviario en el moderar la expresión del relato. Por otra parte, hemos de colegir, vista la muchedumbre de autores que del suceso principal dan cuenta, la verdad histórica de la aparición, porque si bien algunos, como San Julián de Toledo, pasa por alto la celestial vestidura en la *Vida* de San Ildefonso, ninguno hallamos que manifestase sombra de duda ó menosprecio de su realidad (Lucas de Tuy, *In Chronic.* —Juan Magno, *Historia Gothor.*, lib. XVI, cap. XXI.— Baronio, *Annot. ad Martyrol.* — Boland, 23 *Januar.*, p. 536 —Florez., *España Sagrada.*, t. V).

El P. Fita, resuelto á no admitir cosa que no esté muy apurada en el crisol del examen, usa de rectísima inflexibilidad con el crítico Mabillon por habérsele ido la pluma á llamar la vestidura «Casulla hecha de paño blanco» (Albam absolute vocabant casulam illam quod ex panno albo confecta esset. *Annal. Benedict.*, lib. XV, n. X). Contra el candor del benedictino francés alega el eruditísimo académico de la Historia que no era de paño ni blanco el regalo de la Virgen, sino de cendal finísimo y trasparente, de azul turquí, sin costura ni textura, como cosa celestial y divina (*Estudios históricos.*, ibid. p. 178).

---

1 *Hist.*, lib XLI, cap. XVI, XXXVIII.

2 *Hist. univ. de l' Eglise cathol.*, t. X, p. 490.

3 *Hist. de l' Eglise de France*, t. II, p. 469.

4 Acta Sancti Huberti Episcopi, Leodii in Belgio, edidit, *commentario prævio, annotationibus et appendice de gloria posthuma illustravit Carolus De Smedt S. J. hagiographus bollandianus*, 1887.

5 *Ex manuscript. eccles. Segov.*—Colmenares, *Historia de Segovia.*—Florez, *España Sagrada*, t. VIII.—Lafuente, *Historia ecles. de España*, t. III, p. 23.

teban Sabaita en el yermo. Pasó por en medio de salteadores sin ser visto, predijo á un obstinado que moriría, sanó un energúmeno, conoció cosas ausentes y muy distantes, socorrió á personas puestas en grave riesgo, penetró los secretos del corazón humano, vadeó el río Jordán á pie enjuto, anduvo sobre las aguas del Mar Muerto, con la señal de la cruz abrió de par en par las puertas del templo de San Juan Bautista cerradas con llave, conocía los pecados ocultos como si en su presencia se cometieran, penetraba los mínimos pensamientos, llamaba por su nombre á personas nunca vistas ni oídas, sacó agua de las peñas, descubrió un tesoro escondido en las entrañas de la tierra para alivio de gente menesterosa, y otras cosas pasaron por él que serían del todo increíbles si no las abonaran testigos dignos de fe. [1]

En tiempo en que el emperador Coprónimo movía guerra á las santas imágenes y cargaba la mano en los católicos que las veneraban, cayó sobre Constantinopla (10 de Agosto de 746) un velo de tinieblas espesísimas que duraron seis días continuos. A los seis meses (18 de Enero de 747) se dejó sentir en Siria, Palestina, Perea un espantoso terremoto que derribó casas, iglesias, monasterios pereciendo á millares los hombres envueltos en las ruinas. En el mismo año picó en Calabria una enfermedad contagiosa que corrió por Grecia, y por el archipiélago. En Constantinopla las señales que precedieron á la peste fueron unas crucecitas pintadas en los vestidos de los que vivían en las ciudades y en los campos. Bultos de sombras y fantasmas espantables parecían en muchos sitios y se metían en las casas hiriendo á los moradores. Constantinopla quedó casi del todo desierta, y por falta de vivos quedaban sin sepultura los muertos. Refieren estos desastrosos sucesos tres autores de aquel tiempo, San Teófanes abad de Agra en su *Chronographia*, San Teodoro Estudita, [2] Pablo diácono. [3] Los tres casi por los mismos términos narran la aparición de las cruces, el estrago de la peste y las visiones de los espectros. La crítica moderna denomina casual y meramente natural la coincidencia de estos sucesos con la persecución de Coprónimo, que apellidaba *ídolo de impostura* la imagen de la santa cruz. Providencia singular y llena de misericordia debemos más bien llamarla. [1]

ARTICULO III.

Siglo IX. San León III.—Reliquias de San Esteban.—San Willebaldo.—Siglo X. San Romualdo.—San Adalberto.—San Udalrico.—Siglo XI. San Atilano.—Beato Vital.—San Gregorio.—San Juan Gualberto.—Siglo XII. San Estanislao obispo.—San Pedro.—San Norberto.—San Isidro Labrador.—San Bernardo.—Respuesta á las objeciones.

Siglo IX. Uno de los milagros más públicos y evidentes que han acaecido en el mundo fué el que ocurrio en Roma á principios del siglo IX en la persona del papa León III. Los enemigos de la Silla Apostólica le sacaron los ojos y le cortaron la lengua: con todo el Papa León veía y hablaba. No pueden los adversarios del milagro desear más copia de documentos que acrediten su autenticidad. Alcuino que, noticioso de la perpetrada maldad ignoraba la milagrosa curación, escribió á Carlo Magno apremiándole á tomar venganza de la grave injuria; [2] mas luego que tuvo noticia del milagro, se lo participó al emperador [3]. Dan además testimonio los *Anales de Metz*, Eginardo, el Poema *De adventu Leonis in Galliam*, el autor de *Gesta Caroli magni*, y en especial el *Liber Pontificalis* obra de grande autoridad. Toda la Galia y toda la Germania fueron testigos presenciales, cuando San León hizo su viaje por Francia, de las cicatrices que en su rostro y boca conservaba; todos cuantos le veían no acababan de salir de su asombro contemplando á un hombre que, sacados de sus cuencas los ojos, continuaba viendo las cosas, y arrancada la lengua, articulaba con perfección. Por esta causa como de milagro auténtico se puso en el Martirologio romano expresa mención.

Cuando las reliquias de San Sebastián fueron trasladadas de Roma al monasterio de San Medardo (en Francia), en el siglo IX, subieron á muchos miles los milagros obrados en su tránsito; porque no había lugar donde no hiciese Dios alguno señalado. Energúmenos curados, ciegos con ojos, paralíticos con movimiento, cojos con piernas hábiles ex-

1 *Acta SS. die.*, XIII Julii, p. 590.
2 *Laudatio Sti Platonis hegumeni.*
3 *Hist. Miscell*, lib. XXIII.

1 Le Beau, *Hist. du Bas Empire*, livre LXIV. — Darras, *Hist. de l'Eglise*, t. XVII, p. 163.
2 Epist. XCIV—XCVI. 3 Epist. CIX.

tendieron la fama de San Sebastián, de suerte que *acudía muchedumbre piadosa y corrían varones poderosos y matronas ilustres á presenciar, mezclándose con los plebeyos, obras nunca vistas ni oidas.* [1] Son cuenta aparte los portentos que en el lugar de su deposición resplandecieron: en un papel de aquel tiempo se leen 4170 milagros hechos por las reliquias del valeroso mártir. [2]

Este siglo merece especial mención por haberse en él amotinado los griegos contra la Iglesia católica, siendo Focio su caudillo, quien pretendió alzarles la obediencia papal. Los milagros, que hasta entónces habían ocupado la admiración de los pueblos, prosiguieron echando rayos de nueva claridad en el campo católico romano, y al revés quedaron retraidos y por entero tenebrosos los que habían ántes del cisma ilustrado las regiones bizantinas, apartadas en 863 del centro de la unidad católica. Suecia, Noruega, Dinamarca, Polonia, Bohemia, entregadas á impías supersticiones abren los ojos á la nueva luz, al estruendo de los milagros obrados por los apóstoles que el Papa les enviaba. [3] San Canuto, San Wenceslao, San Bonifacio, [4] derramaron por aquellas comarcas beneficios de divinos resplandores que ayudaron á desterrar las tinieblas del error. No hay para qué añadir aquí las hazañas milagrosas de San Willehaldo, primer obispo de Brema, ni contar las de San Luidgero, primer obispo de Munster, ni mencionar las del Papa San León IV, ni señalar las proezas extraordinarias con que otros apóstoles de la Germania eternizaron sus nombres y virtudes en el siglo IX, llamado por la crítica voluntaria siglo de tinieblas y corrupción.

Siglo X. San Romualdo fué por este tiempo insigne taumaturgo. Mandó cortar una encina que estaba junto á su celda, y al cortarla, por lo muy inclinada que tenía la copa hacia la celda, había de caer encima de ella, pero hizo el Santo la señal de la cruz, y cayó al lado opuesto. [5] Un hombre andaba fuera de sí con enajenación mental; dióle San Romualdo un ósculo en el rostro, y quedó repentinamente sano por toda la vida. A otro que padecía hinchazón de piernas, con agua fresca le curó. A un niño endemoniado le libró de la vejación con un bocado de pan bendito. [1]

San Adalberto, obispo de Praga, alcanzó gran renombre por las curaciones instantáneas que hacía con su bendición pastoral. San Pedro Damiano, autor de aquel tiempo, cuenta algunos milagros hechos por San Odilon, abad de Cluni. [2] Célebre fué el milagro de la emperatriz Cunegunda, esposa de San Enrique, cuando en prueba de su virginidad pasó los pies descalzos por brasas encendidas sin lastimarse, como consta en la vida de San Enrique. [3] De San Udalrico, obispo de Hamburgo, llamado taumaturgo de Alemania, habla la Encíclica del Papa Juan XIV, que en este siglo X decretó su canonización, y fué, como va dicho en otro lugar, la primera que solemnemente se celebró cuando se hubieron examinado los milagros hechos por el siervo de Dios en vida y muerte, en ciegos, paralíticos, posesos. [4]

Siglo XI. A Santo Domingo, abad del monasterio de Silos en Castilla fué grande la fama que le dieron sus profecías y milagros. El monje Grimaldo, del mismo monasterio y tiempo del Santo puso por escrito su vida, y después otro monje de San Millán, Gonzalo Berceo, valiéndose de los documentos de Silos escribió en verso su vida y milagros, en el siglo XIII. A tres capítulos principales pueden restringirse los milagros que hizo Dios por él mientras vivió; á curar enfermos, á libertar cautivos, á socorrer menesterosos por vías inesperadas y extraordinarias. El dón de profecía fué en él señalado con especiales circunstancias. *Fueron tantos los milagros que obró Dios con los fieles por intercesión del Santo, tan continuos y patentes, que el obispo de Burgos, D. Jimeno, que asistió á su glorioso tránsi-*

---

[1] *Acta SS.* XX Januar. p. 285.
[2] *Acta SS.* ibid p. 295.
[3] CRANTZ, *Metropol.* lib. II, cap. X, XI.
[4] BOZIO, *De signis Ecclesiæ Dei*, lib. V. cap. I.—SAN PEDRO DAMIANO, *Vita Sti. Romualdi.*
[5] *Acta SS.* VII Febr. p. 118.

[1] Ibid. p. 139. SAN PEDRO DAMIANO, *Vita Sti. Romualdi.*
[2] JOTSALDO, *Vita S. Odilon. Migne, Patr. lat.* t. CXLII.
[3] MIGNE, *Patrol. lat.* t. CXL, col. 157.
[4] *Patrol. lat.* t. CXXXVII. col. 845.—BOZIO, *De signis Ecclesiæ Dei*, lib. V, cap. I.

to y funeral, conoció no ser decente la sepultura común para un cuerpo á quien el cielo distinguía con tan particulares prodigios. [1] *Y es circunstancia bien notable que á los dos años después de su fallecimiento hubiese ya el cielo testificado su santidad de modo que todos le reconociesen y bendijesen como bienaventurado.* [2]

El B. Vital resucitó un muerto con el imperio de su voz en Normandía. Mirábanse unos á otros espantados los hombres al ver los prodigios de su predicación, y con ellos encaminó á muchos convertidos á vida perfecta. *Crean todos,* dice su historiador, [3] *que no hay en lo dicho cosa que no sea auténtica. No inventamos, ni exageramos. Si no constasen pruebas positivas, testimonios gravísimos, tradiciones locales bien averiguadas, no habría yo dado cabida en mi historia á tan preclaros hechos.* [4]

San Gregorio Papa VII de este nombre, antes de serlo extendió su glorioso poder á obras maravillosas. El Cardenal cismático Benno publicó un escrito en que trataba de explicar por intervención diabólica y por poder de magia los hechos extraordinarios que en su vida se leen; [5] también el obispo simoniaco de Alba tuvo por nigromante á Hildebrando; la verdad sea que Gregorio VII *fué,* dice Pablo Bernried, *un nuevo Elias, y como el profeta de Israél halló en Anselmo un nuevo Eliseo.* No fueron escritos los milagros de San Gregorio VII por abonar la condición del pontificado ni para procurar la canonización de este papa á todo trance, porque fuera de que los milagros hechos en vida no califican la santidad, de Alejandro II cuenta Pedro Diácono, [6] que lanzó demonios, curó enfermos; y con todo eso no está canonizado, ni hubo Papa que viese motivo bastante para ello. [7]

Los enemigos del papado han querido ganar nombre de severos á costa de la justicia cuando han acusado á San Gregorio tiznando su nombre con obscura memoria. Edgardo Quinet [1] le llama *santo,* Voltaire le trata de loco, [2] Michelet le nota de escéptico; [3] los tres caminan á un fin que es deslumbrar el pontificado, el uno pregonando que todos los papas son santos, el otro que todos los santos son locos, el tercero que los hay que mueren sin rastro de fe. ¡Brutales calumnias! Otra más común, propalada por Voigt, [4] por Thierry, [5] por Guizot, [6] es llamar ambicioso y dominador independiente al papa San Gregorio. No son pocos los amigos de la insana libertad que se arriman á este partido. ¡Fatal desgracia! Ignoran los muy audaces que ningún hombre sube al honor de la canonización sin las credenciales de patentísimos milagros. Vea quien quisiere cómo Palma, [7] Wouters [8] y Gorini [9] contestan á las apasionadas querellas de los galicanos y libres pensadores, y prosigamos nuestro camino.

San Juan Gualberto, juntado que hubo discípulos, derramó por el mundo rasgos de claridad, como uno de los antiguos Padres del yermo. Socorría menesterosos por vías extraordinarias, penetraba cosas secretas, libraba enfermos, sacaba de peligros, alimentaba pobres con sustento prodigioso, las fieras se le rendían mansamente, grande era el concurso de gentes que acudían á su autoridad por auxilio corporal y espiritual. Para confundir á los herejes, dispuso que un monje entrase en una grande hoguera vestido con ornamentos sagrados, y ni alba, ni estola, ni ropa alguna quedó chamuscada, con vergüenza de los herejes y consuelo de los católicos. [10]

Siglo XII. San Estanislao, obispo de Cracovia, reconvino al rey Boleslao, por-

---

1 Florez, *España Sagrada,* t. XXVII, p. 458.
2 Ibid. p. 459. 3 *Vita B. Vitalis,* lib. II, cap. VI.
4 Darras. *Hist. de l'Eglise,* t. XXIV, p. 592.
5 Benno, *Vita et Gesta Hildebrandi.*
6 *Chron. Cassin.,* lib. III, cap. XXXVI.—Migne, *Patrol. lat.,* t. CLXXIII, col. 268.
7 Beatissimus itaque talis ac tantus magister (Gregorius VII) miracula multa fecit, vivus et mortuus. Fecit siquidem et bonus discipulus (Anselmus). Magister inquam in Deo, discipulus in Deo; et in beatissimo magistro facit, ut dicitur, plura discipulus. Nec mirum. Plura enim Petrus fecit quam Christus, non equidem propria virtute, sed quia abnegans semetipsum secutus est Christum, sicut et hic Pater noster venerabilis, quia plus imitatus est in omnibus magistrum, multas operatur virtutes. Multi enim sunt quorum vitam novimus sanctissimam; qui et requiem vere obtinent sempiternam, sed miraculorum non ostenderunt virtutem.—*Vita B. Anselmi,* Migne, t. CXLVIII, pág. 721.—Esto escribe un contemporáneo del B. Anselmo, obispo de Luca, que señala seguidamente multitud de milagros suyos. Otros de San Gregorio VII hállanse en las *Vidas* de San Altmano y de S. Tiemon.—Migne, t. CXLVIII, pag. 870, 906, 40.

1 *Le catholicisme et la révolution française,* p. 139.
2 *Essais sur les mœurs des nations,* chap. XLVI.
3 *Hist de France,* t. II, livre. IV, chap. IX.
4 *Hist. du pape Grégoire VII.*
5 *Hist. de la conquête de l'Angleterre,* t. I. livre. III.
6 *Hist. de la civil. en Europe,* leçon VI, X.
7 *Prælectiones hist. ecclesiast.,* t. III, cap. IV.
8 *Dissertationes hist. ecclesiast.,* t. IV. dissert. IX, X, XI.
9 *Défense de l'Eglise.* 1878, t. III, chap. XVIII.
10 Bolandistas, *Vita S. Jo. Gualb.* 12 jul., p. 351.

que traía escandalizado el reino con su rotura de costumbres. Apretado de congoja infernal descargó sobre el santo prelado su furia; éste que había comprado unas tierras á un caballero, llamado Pedro, y hecho la paga debidamente, fué citado por los herederos del difunto Pedro ante el tribunal del Rey. Aquí todos se atrevieron contra la honradez del santo Obispo. El siervo de Dios pidió plazo de tres días, prometiendo presentarles por testigo al mismo Pedro que había muerto tres años antes. A los tres días acudió San Estanislao con clero y pueblo al lugar de la sepultura, mandó que la abriesen, hizo oración, y después con grande imperio ordenó al muerto que en nombre de la Santísima Trinidad se levantase y diese testimonio de la verdad delante del tribunal. El cadáver que estaba descarnado y casi hecho ceniza, se levantó al punto y pareció cuerpo lozano como cuando vivía, y llamado á dar fe declaró cómo era verdad que había vendido las tierras á su obispo, y recibido el justo precio. Cumplido el oficio por mandado de San Estanislao tendióse en tierra y quedó otra vez cadáver en presencia de mucho pueblo. [1]

San Pedro, arzobispo de Italia, fué muy señalado por el dón de curaciones: una niña de cinco años, coja de nacimiento, recibida su bendición, saltó y brincó con ligereza infantil ante numeroso concurso. También multiplicó varias veces los panes de los pobres. [2] Un retazo de su capa en manos del rey de Inglaterra hacía notables maravillas, que tuvieron por testigos muchedumbre de pueblo y grandes señores.

San Norberto, arzobispo de Magdeburgo, poseyó el dón de echar demonios con la señal de la cruz. Trajéronle una mujer ciega, y soplando en sus ojos le dió perfecta vista. Tenía tal dominio sobre los lobos, que al sonido de su nombre soltaban la presa, y se hacían guardianes del ganado en vez de robadores. [3]

San Isidro Labrador, patrón de Madrid, demostró en su vida no ser Dios aceptador de personas, y cómo en el repartir sus dones no tiene cuenta con la calidad y condición del sujeto. Muchos y considerables milagros hizo el Santo, siendo hombre del campo, ocupado en la labranza. Recogió los más principales Juan Diácono, escritor del siglo XIII, en un cartapacio de veintiocho folios, de autenticidad indubitable. El P. Fidel Fita emite la opinión de que el historiador Juan Diácono no es otro que Gil de Zamora (*Joannes Egidii*) *por varias razones*, dice, *sobre cuya probanza decidirá el lector, una vez haya recorrido el texto fundamental que restituyo á la pureza primitiva en presencia del códice.* [1] El infatigable académico de la Historia traslada por entero el códice del siglo XIII, procedente del archivo parroquial de San Andrés de Madrid; en sus notas y en la página 251 insinúa varias razones en confirmación de haber sido el P. Fr. Gil de Zamora (Maestro de D. Sancho el Bravo, hijo y sucesor de Alfonso el Sabio) el verdadero autor de la primitiva *Leyenda de San Isidro.* [2]

No es necesaria la tal identificación para sosegar los ánimos. El P. Fr. Jaime Bleda, dominico, dió á luz en 1622 la *Vida y milagros del glorioso San Isidro el Labrador*, bien asegurado y cierto de la verdad de lo que escribía. Expone su juicio acerca de Juan Diácono, y entre otras cosas dice así: *No avia corrido tan adelante el autoridad, que no pudiera beverse clara y limpia la verdad en su fuente sin enturbiarse. Tuvo ayudas muy importantes para la verdad de la historia, pues vió y oyó lo que vido, y este fundamento nos da para la certidumbre que no se puede desear mayor firmeza, así todos los que tomaron de su historia, que son personas de grande doctrina y prudencia, y pueden juzgar en esto, tienen por cierto todo lo que escrivió.* [3] Los varones *de grande doctrina y prudencia*, á que se refiere el P. Bleda, fueron, entre otros, los siguientes:

---

1 LONGINO, *Hist. Polon.*, lib. VII.—CROMER, *De rebus gest. Polon.* lib. IX.

2 GAUFRED, *Vita S. Petri.*—BOLAND., 8 mayo.

3 *Acta SS.* 4 Jun. p. 847.—*La Vie du Bienheureux Saint Norbert*, par Maurice du Pré, 1889.

---

1 *Estudios históricos*, 1886, t. V, p. 197.

2 Generoso se muestra el P. Fita cuando pone á la merced del lector la decisión de la contienda. La identidad propuesta por el discreto académico ha de parecer extraña al que considera los muchos autores de los tres últimos siglos que revolvieron el texto de Juan Diácono sin acordarse de Gil de Zamora. Respetando las razones de analogía y coincidencia, nos duele pensar que la *Leyenda de San Isidro*, puesta en manos de Gil de Zamora, hubiera salido, como su *Librum Mariæ* (reproducido y mejorado por el mismo P. Fita en sus *Estudios Históricos*, t. III, p. 173; t. VIII, p. 284), zurcido de relatos milagrosos, en donde la contradicción brota á cada paso, el anacronismo pulula por doquier, la falsedad corre libre á impulsos de la fantasía, la crédula devoción suple el fondo de verdad histórica. Más fe que todo eso nos merece la Leyenda de Juan Diácono.

3 Ibid., lib. I, p. 209.

Alonso de Villegas, [1] Ambrosio de Morales, [2] Lucio Marineo Sículo, [3] Lope de Vega, [4] Juan López de Oyos, [5] Gonzalo Hernández de Oviedo, [6] Hurtado de Mendoza, [7] Juan Ortíz Lucio; [8] personajes de gran rectitud, como todos en España sabemos, enemigos de afear con mentiras la venerable antigüedad, para que entiendan los enemigos del milagro con qué tiento los escritores de esta *Vida* tomaron la pluma cuando quisieron ilustrar la grandeza de los hechos. En nuestros días D. Gerardo Mullé de la Cerda ha publicado la *Vida de San Isidro Labrador*, y en ella se aprovechó del mismo citado códice.

Los milagros reunidos por Juan Diácono andaban en su tiempo de boca en boca, y son éstos: Ocupábase San Isidro en orar, y su pareja de bueyes araba por sí, sin que nadie los amenazase.—Estando en misa y sabiendo que un lobo había arremetido á su jumento, prosiguió en su oración, y al terminarla halló al lobo muerto y al jumento sano y sin herida.—Como un día le convidasen á comer, é introdujese consigo en la casa á unos pobres que á la puerta halló, la comida que para él solo había quedado, por haber acudido tarde, resultó tan acrecentada, que bastó para todos y áun para otros pobres que fueron llegando.— Una vez yendo su amo, Juan de Vargas, á visitar con el santo la heredad, y sintiendo mucha sed en tiempo muy recio, le pidió de beber; el Santo al punto dió un golpe con su aijada en una piedra, diciendo: Aquí cuando Dios quería, agua había. En el acto brotó un manantial de agua cristalina, que obró grandes prodigios en dolientes de todas condiciones. Nunca la fuente vino á menos, sino cuando en 1574 los moriscos vendían por dinero el agua.—Muriósele á su amo una hija, hizo Isidro oración por ella, y en tocando el cadáver le restituyó la vida.—Un hijo suyo caído en un pozo profundo, por las oraciones de su padre fué subiendo juntamente con el agua hasta el brocal, y le sacaron ileso y sano.—Otros milagros acaecidos en su muerte y después hasta el día de hoy, pueden verse en el libro de D. Gerardo Mullé. [1]

Hombre de más influjo moral que San Bernardo no le hubo en todo el siglo XII. Ni suceso había en Europa que no pasase por su mano, ni persona de lustre que no le diese parte de sus propósitos, de palabra ó por escrito. Papas (Honorio II, Eugenio III, Inocencio III), Emperadores (Luis el Gordo, Luis el Mozo, Conrado III, Lotario), Reyes (Matilde, Enrique), Duques (de Borgoña, de Aquitania, de Bretaña), Cardenales, Obispos, Abades, filósofos, políticos, se correspondían con él y le reconocían una cierta superioridad digna de veneración.

Brilló con la majestad de los milagros. Tres advertencias conviene ante todo hacer acerca de este gran taumaturgo. La primera, que escribió la *Vida de San Malaquías*, Arzobispo de Armagh, Legado apostólico de Irlanda, y en ella recapituló muchos prodigios obrados por el santo irlandés con la minuciosa indicación de circunstancias, y con la expresada mención de personas que aún vivían en su tiempo, y eran como él, abonados testigos de tan raras maravillas. La segunda cosa es, que entre los modernos biógrafos más calificados, [2] Jorge Hüffer es el único que ha sacado de fuentes puras la verdad de los milagros de San Bernardo, y presentado en su real magnificencia el augusto retrato del preclarísimo taumaturgo que hermoseó é hizo famoso todo aquel siglo. [3] Lo tercero, ha de tenerse en consideración la diferencia entre los escritores de la *primera Vida* y los que publicaron la segunda, tercera y restantes, hasta nosotros: aquéllos fueron contemporáneos y coetáneos del santo Abad, y en sus páginas dejaron estampada la marca de los acaecimientos, tales como los presenciaron; éstos, por no haber insistido en las huellas de los primeros, desnaturalizaron los hechos con exorbitante ornamentación de fantasía, y por esta causa no merecen el crédito que á narradores de historia corresponde.

Los autores de la *primera Vida* fueron

---

[1] *Vida de Isidro Labrador*, 1592.
[2] 1574, lib. XVII, cap. XXVII.
[3] *Obra nueva de las cosas memorables de España*, 1539, lib. I, fol. 13.
[4] *Poema castellano*, 1602.
[5] *Obsequias de la Reyna doña Isabel de Valoys*, 1569.
[6] *Quinquagenas*. 2.ª p. cap. II. XXXII.
[7] Libro antiguo de la *Vida* del Santo, á mediados del siglo XVI.
[8] *Flos Sanctorum*, 1609, fol. 158.

[1] 1891, 2.ª edición, cap. IV y V.—*Vida, virtudes y milagros de San Isidro*, por el P. Fr. Nicolás José de la Cruz. 1790
[2] P. Ratisbonne, *Histoire de Saint Bernard*, 1864.—Neander, *Der heilige Bernard*, 1865.—Morisson, *The life and times of Saint Bernard*, 1884.—Chevallier, *Histoire de Saint Bernard*, 1888.
[3] *Der heilige Bernard von Clairvaux*, 1886.

especialmente tres. El libro primero fué compuesto por Guillermo, Abad de Saint-Thierry; el segundo por Arnoldo, Abad de Bonneval; el tercero, cuarto y quinto por Godofredo de Auxerre, Secretario del Santo Patriarca. Los tres, amigos suyos, escribieron á mediados del siglo XII, ó diciendo con la pluma lo que ante sus ojos pasó, ó relatando las cosas que les llegaron al oído; pero con tal puntualidad las dejaron escritas, que primero agotaban todo el caudal de su sagacidad y diligencia en asegurarse de la sincera deposición de los informantes, para con tan rigurosa investigación cerrar los labios á los detractores del milagro. Después extendieron las proezas del Santo otros escritores de menos autoridad. La *segunda Vida* reconoce por autor al Obispo Alano, fallecido en 1181, veinticinco años después del glorioso tránsito del taumaturgo. La *tercera Vida* es obra, según parece, del monje Godofredo, que tomó parte en la *primera*. La *cuarta Vida* es del ermitaño Juan. Todas estas *Vidas*, en las mil y más páginas que comprenden, rebosan tanta copia de milagros, que apenas hay en ellas una columna que no esté esmaltada con algún señalado prodigio, pero solamente la *primera* está exenta de tacha, sólo ella merece absoluto crédito. [1] Una *Vida* autorizada con seguridades y resguardos de tanto valor, no es mucho que al arrostrar los escollos de la publicidad fuese acogida con aplauso, trasladada con afán, celebrada con grandes loores por toda suerte de religiosos, en especial cuando veían á los tres autores empeñados en eliminar de sus escritos, para mejor acrisolar los hechos, los rasgos sobrenaturales no bastantemente fundados en garantías de autenticidad.

De particular importancia es á nuestro propósito el libro sexto de la *Vida primera*, intitulado: *Historia miraculorum in itinere Germaniæ patratorum*. [2] Aquí recapitula el escritor con gran cuidado las maravillas obradas por el Santo, para noticia y edificación de la posteridad. La minuta que de ellas hizo, venía á ser la copia en limpio y el resumen de los apuntamientos tomados por los personajes que al Santo acompañaron en sus excursiones por Europa, desde Portugal hasta Inglaterra, desde Francia hasta Hungría, los cuales eran por lo común obispos, abades, monjes, canónigos y otros clérigos, diversos según la diversidad de las comarcas por donde el Santo pasaba, varones de notoria probidad y prudencia, que apuntando sucintamente lo que veían y oían decir, remitían los apuntes al encargado de componer la *Vida*.

La rectitud y sinceridad de los apuntadores quedan fuera de toda duda, la autoridad de los escritores está libre de toda objeción. Hombres que hacen sumaria relación de lo que han visto y oido; hombres que sin una voz de diferencia concurren maravillosamente en el resumen de cosas extraordinarias; hombres que para asentar más cabalmente la verdad de las curaciones inquieren y averiguan la permanencia de la recobrada salud; hombres que corroboran las deposiciones con la admiración de los pueblos, con la aclamación de las ciudades, con los exvotos públicos de los agraciados; autores que amontonan y describen cosas admirables con expresiones lisas é ingenuas sin intención de dibujar un retrato ideal ni de hacer el panegírico de un santo, no pueden menos de estimarse imparciales y fidedignos cuando refieren que San Bernardo restituyó á 221 ciegos la vista, curó á 180 sordo-mudos, remedió á 126 cojos, sanó á á 184 enfermos, devolvió el uso de la razón á 21 dementes, y ejerció en los elementos y demonios imperio superior sin que uno solo resistiese al poderío de su virtud; no pueden ser desechados por sospechosos cuando confiesan que esta muchedumbre de enfermos milagrosamente curados es cifra y borrón de la cantidad total y positiva de los acaecidos milagros; cuando contestan que los hacía San Bernardo con la señal de la cruz, con solo aplicar la mano, á veces con oración mental, y que á su instantánea y perfecta operación acompañaban las conversiones súbitas de hombres encenagados en la corrupción de los vicios.

¿Qué opondrá la crítica libre á caracteres de verdad histórica y filosófica tan palpables? ¿Dirá por ventura que un Beranger de Poitiers, un Esteban de Alinerra, un Gauthier Map silbaron y tomaron á risa los milagros de San Bernardo? De ningún mérito es este reparo. Beranger dió pública satisfacción de su fanfarronada con la veneración debida á la verdad de

[1] MIGNE, *Patrol. lat.*, t. CLXXXV.
[2] MIGNE, t. CLXXXV, 370.

cosas tan evidentes; los otros dos ni convenían en sus relatos con los testigos oculares, ni supieron disimular su mala fe y preocupación. Nó, los historiadores de San Bernardo no desfiguraron los hechos á trueque de glorificarle con carga de elogios, no hicieron venales sus plumas para entretejer una apoteosis, el interés de la verdad los puso en el empeño de escribir. Los más célebres protestantes, Lutero, Calvino, Bucero, Ecolampadio, Fervel, Whitaker, Mosheim, no han podido menos de dar veneración á cosas tan auténticamente reconocidas. [1]

Resolvamos otra suerte de objeciones. El anglicano Paley escribía: *los milagros papistas no confirmaban ninguna verdad, ni hacían conversiones.* [2] —R. Grosera calumnia. Cuanto á la verdad demostrativa San Bernardo declaró al papa Eugenio III, que Dios le había dado el poder de milagros para justificar la predicación de la segunda cruzada. [3] En su carta á los de Tolosa confiesa que con sermones y también con maravillas trae confusos y humillados á los herejes. *Que yo os predico la verdadera doctrina*, decía á los vecinos de Sarlat, *y que la de los herejes sea falsa, lo echaréis de ver por esta señal: los enfermos que comieren de este pan cobrarán luego la salud;* y la predicción tenía efecto. *Entre los principales prodigios de San Bernardo pongo yo*, decía Gerson, *los que hizo convirtiendo á hombres encallecidos en depravadas costumbres.* [4]

Otra objeción. El Dr. Douglas, copiando de Gibbon la especie, para demostrar que los milagros de los santos son patrañas inventadas en siglos posteriores, suelta la presa á sus impetuosos fervores respecto de San Bernardo con estos alardes: *Yo desafío sin miedo á todos los admiradores de los santos de la iglesia romana, á que me presenten el dicho de uno solo que pretenda haber poseído facultad de hacer milagros.* [5] —R. San Bernardo, varón humildísimo, hablaba muy poco de sí, mucho menos se vendía por profeta y taumaturgo; sin embargo de lo arraigada que estaba en su pecho la virtud de la humildad, apretado por la obligación de dar pública razón de sí, mostró á Eugenio IV venciendo su gran repugnancia, que reconocía en sí el dón de milagros. *Dicen ellos: ¿por dónde sabemos nosotros que de Dios proviene tu predicación? ¿Qué señales haces tú para que te creamos? No soy yo quien á eso tengo de responder; muévalos á compasión mi sonrojo. Responde tú por mí y por ti, conforme á las cosas que has visto y oído.* [1] En otra parte decía: *Corto ha sido el tiempo que con vosotros moré, mas no desaprovechado, porque la verdad se hizo lugar no sólo con mis palabras, sino también con mis obras.* [2] Estos indicios liquidan plenamente la tesis, á saber, que San Bernardo habló como San Pablo, dando clarísimo testimonio de que tenía conciencia de su milagroso poder. No podía descubrirse más distintamente la sinjusticia y audacia del Dr. Paley.

A Enrique Martín, astuto racionalista, le faltó valor para poner entredicho á los milagros de San Bernardo, pero le sobró arrojo para forjar sobre ellos calumnias como ésta. *No es posible dudar*, dice, *que en torno de San Bernardo acontecieron cosas puestas fuera de las leyes ordinarias de la naturaleza: un hombre como él debió de tener dominio casi sobrehumano en las personas nerviosas y en las almas vehementes; y ya sabemos cuánto sea el influjo de la imaginación en los achaques del sistema nervioso.* [3] La voz de estos adversarios haría mella en el ánimo de César Cantú cuando no se recató de escribir sobre San Bernardo en esta forma: *También se le atribuían milagros, pero ¿qué mayor milagro que el ascendiente ejercido por un monje sobre su tiempo?* [4] Con esta sangre fría se lava las manos César Cantú sin hallar en sí valor para poner fuera de riesgo la verdad de los antedichos milagros. [5] No es de maravillar que una vida tan preclara como la de San Bernardo, en cuya época tenían fin las herejías antiguas y empezaban á esparcirse las semillas de las modernas, halle tantos escritores que se destemplen sin respeto y sin medida.

Respondamos brevemente. Los enemigos que tenemos delante asientan por re-

---

1 Milner, *L'attestation divine*, lettre XXVI.
2 *Vue des preuves*, vol. I, p. 346.
3 P. Diessbak, *Le chrétien catholique*, chap. XV.
4 *Sermo Sti., Bernardi.*
5 *Criterion on miracles*, p. 369.

1 Sed dicunt isti: unde scimus quod á Domino sermo egressus est? Quae signa tu facis ut credamus tibi? Non est quod ad ista ipse respondeam; parcendum verecundiae meae. Responde tu pro me et pro te ipso, secundum ea quae audisti et vidisti.—*De Consideratione*, lib. II, cap. I.
2 Mora quidem brevis apud vos, sed non infructuosa, veritate nimirum per nos manifestata non solum in sermone, sed etiam in virtute.—Epist. CCXLI.
3 *Hist. de France*, t. III, p. 430.
4 *Hist. univers.* V, 219.
5 *Civiltà Cattolica*, Abril 1891.

gla de crítica ser incompetentes aquellos testigos que, preocupados en favor de lo sobrenatural, juzgan posible la intervención extraordinaria de Dios en el gobierno del mundo. En tiempo de San Bernardo hubo milagros falsos, como cada siglo los ha tenido. Dícelo con claridad un testigo presencial, Geroch de Reichersberg, por estas palabras: *No escasearon en aquella sazón signos y prodigios falaces, obrados en tanta abundancia por hombres de vida estragada, que á los propios milagreros faltábales tiempo para sentarse á la mesa cuando las turbas los acosaban pidiendo señales y salud: yo con estos mis ojos lo vi.* [1] Muchos autores de aquella edad arguyeron de apócrifos y mentirosísimos los milagros de estos juglares de comedia; como podrá ver quien quisiere en la obra *Monumenta Germaniæ*, [2] al paso que con inflexible juicio justificaron á San Bernardo acogiendo con ojos halagüeños y solemnizando por genuinos los portentos de su vida. Con la autenticidad histórica deberían mostrarse inexorables nuestros racionalistas en vez de pasarla por alto desdeñosos, atentos á envolver á los simples en sofismas y disparates. El punto capital es este: las operaciones imputadas á San Bernardo por los testigos de vista, ¿fueron verdaderas y reales, ó casos fingidos por ellos? Toda la malevolencia de los incrédulos no basta á obscurecer la realidad histórica de los hechos. La varilla mágica de la fantasía es pobrísimo recurso para resolver la verdad filosófica de las milagrosas curaciones á que daba cima San Bernardo mediante una sencilla plegaria.

Porfían los incrédulos clamando: Nosotros tenemos por cosa averiguada que los escritores de su vida anhelaban la honra de su Patriarca, y haciendo extremos por él, empeñados en canonizarle con anticipación, le ataviaron con dones que nunca tuvo, y le abrillantaron con acciones que nunca ejecutó.—R. También nosotros los católicos lo otorgamos. De buen grado concedemos que algunos escritores que publicaron *Vidas* después de pasar el Santo á otra mejor, desdijeron de la sencillez y rectitud usada por los amigos y contemporáneos, hasta el punto de emparamentar con bizarros adornos la historia verdadera. Así Alano, obispo de Auxerre, en la *Segunda Vida* que compuso por los años de 1170, á los quince de muerto el santo abad, permitióse la libertad de retocar, añadir, suprimir, mejorar, con afán de sublimar la santidad de Bernardo á la cumbre del heroísmo ideal: Juan el Ermitaño, hacia el año 1180, escribió la *Tercera Vida*, y cubrió el fondo real, entre pormenores de legítima procedencia, con galas de espléndidas relaciones, de episodios legendarios, de apariciones y portentos de ninguna manera patrocinados por testimonios fehacientes; Herberto, autor del *Liber miraculorum* en 1178, dió cabida á leyendas peregrinas, á visiones hiperbólicas, á cuentos infundados, á historias imaginarias, sin echar de ver que renunciaba á la exactitud de los testigos oculares; el *Exordium magnum*, cuyo autor parece fué Conrado de Eberbach en el primer tercio del siglo XIII, promete menos seguridad histórica por el mucho caudal que hace de sucesos raros é increíbles, de maravillas fantásticas y ridículas; el *Chronicon claravallense*, compuesto después del año 1223 por un monje de Claraval, ya que sea de estimable autoridad en lo tocante al orden cronológico, la tiene muy mediana en la parte histórica, que es una indiscreta reproducción del *Liber miraculorum*, sin notarse diferencia entre sucesos auténticos y sucesos dudosos y falsos.

La disculpa más benigna que tan desaforados abusos consienten es, que en estas *Vidas* de San Bernardo la fantasía de los autores tomó alas, subióse á las nubes, y dando cuerpo y vistoso relieve á las virtudes internas y al trato íntimo que el Santo había tenido con Dios, representó en figuras simbólicas y en rayos de vanísimas hipérboles las operaciones espirituales. De aquí nació aquel néctar precioso que la Virgen Sacratísima ofreció á su amartelado devoto; de aquí aquella forma descomunal que el demonio revistió para quebrar la rueda del carro en que iba San Bernardo; de aquí aquel acatamiento de las estatuas que se inclinaban al Santo con el saludo, *Ave Bernarde*; de aquí aquellas resurrecciones de muertos pintadas sin fundamento histórico por los autores

[1] Nam et signa atque prodigia mendacia eodem tempore non defuerunt, quæ adeo per quosdam illius tempestatis viros, per quosdam etiam illius vitæ perditissimæ socios multiplicata sunt, ut eisdem mirabiliariis, irruentibus nimirum ad eos turbis ac signa vel sanitates petentibus, vix vacarit panem comedere. Quod ipse vidi oculis meis.—*De investigatione Christi*, edit. Scheibelberger, 1875, p. 156.

[2] T. XVI, 3, 188, 641.

más recientes, al revés de los testigos oculares, que nunca supieron que á un solo difunto hubiese restituído la vida el glorioso taumaturgo. El admirable lienzo en que Murillo representó á la Virgen María dando el pecho virginal á San Bernardo, era una imagen alegórica que expresaba la devoción del Santo á la Madre de Dios y el amor maternal de María á su fidelísimo siervo: ¿quién será tan desaconsejado que tome por verdad la figura, por realidad histórica un símbolo artístico?

Sin embargo, todas estas ficciones, seductoras por su originalidad, con haber sido en un principio representaciones morales destinadas á significar las virtudes y poderío de San Bernardo, pasaron después por acaecimientos históricos y reales en la pluma de los admiradores imprudentes, mas no fascinaron la fantasía de los hombres sesudos que buscaban en las fuentes originales de los primitivos relatos la puntualidad de las cosas acaecidas. Cuerdamente proceden los enemigos del milagro cuando censuran con acrimonia la invención de portentos no ejecutados por San Bernardo, mas violan á sabiendas las leyes de sana crítica si niegan asentimiento á las informaciones de los testigos oculares y auriculares. Enmienden los críticos y castiguen en buen hora la galanura de los adornos bordados por la credulidad con achaque de realzar las virtudes del taumaturgo, destierren los colores y barnices postizos sobrepuestos por la imaginación al relato primitivo; pero déjennos en su castiza belleza la fisonomía original del tipo auténtico que la historia nos legó. [1]

ARTÍCULO IV.

Siglo XIII. Santo Domingo de Guzmán.—San Francisco de Asís; sus llagas.—El milagro de Daroca.— San Antonio de Padua —San Jacinto — Siglo XIV. San Nicolás de Tolentino.—San Roque.—Siglo XV. San Vicente Ferrer.— San Antonio. — San Francisco de Paula.—Suma de estupendas maravillas en todo linaje de cosas.

Siglo XIII. Gran taumaturgo fué también Santo Domingo de Guzmán. Aunque su vida esté adornada de portentos tomados de boca del vulgo con poca crítica, es indubitable que poseyó el dón de lanzar demonios, de resucitar muertos, de franquear la salud á enfermos desahuciados. Multiplicó el pan y el vino en varias ocasiones. Alcanzó de Dios la inteligencia de la lengua alemana sin haberla aprendido. [1] Testigo fué la ciudad de Roma de aquel raro suceso obrado en el sobrino de un Cardenal, que cayendo del caballo se había destrozado los miembros y quedado sin vida: dijo el Santo misa, se acercó al cadáver, le cogió de la mano, y le mandó en nombre de Cristo que se levantase; el muerto volvió en sí, abrió los ojos y se levantó con admiración y espanto de todo el concurso. Innumerables son los milagros que hizo después de muerto.

No fué inferior en esta suerte de grandezas San Francisco de Asís. Una de ellas pocas veces vista, era la costumbre de hablar con seres privados de razón, animales y plantas. El amor del Criador le arrebataba á la contemplación de las criaturas. Dirigía la palabra á golondrinas, conejos, peces, llamándolos hermanos y hermanas, pues hechuras eran, como el hombre, de las manos de un mismo Señor. Y así como David convidaba á las aves, bestias, serpientes, y áun al fuego, granizo, nieve, aire, á loar al Señor de todo; así también San Francisco á vista de estos seres se encendía en amor divino, y no se podía contener sin ausentarse de sí mostrando afuera con coloquios y palabras encarecidas el incendio interior. La maravilla está en que las bestezuelas en oyendo su voz refrenaban las suyas propias con extraño silencio, quedando como pasmadas puesta la atención á lo que decía, y se le acercaban, le halagaban y no se movían del sitio sin su bendición y licencia. [2] Además de estos prodigios señalóse en curar enfermos con pan bendito, en dar vista á ciegos, movimiento á paralíticos, libertad á endemoniados, vida á varios muertos, y en hacer otras maravillas que mostraban estar en su mano la sujeción de todas las criaturas privadas de conocimiento racional, como dice san Buenaventura en su Vida. [3]

El prodigio más admirable, nuevo hasta entonces, fué la impresión de las llagas en manos, pies y costado. *Nós recordamos*, dice el papa León XIII, *aquí un suceso no menos esplendoroso en sí mismo por*

[1] *Revue des questions historiques*, 1888, t. XLIII, p. 337. — *Histoire de Saint Bernard*, par l'abbé Ratisbonne, 1843, t. I, IIIe époque, chap. XXII.

[1] *Acta SS.* 4 august. p. 584.

[2] *Acta SS.* die IV octobr. pag. 533.

[3] Cap. XII.

el milagro celebrado en las lenguas de los siglos. Un día que San Francisco hallábase en ardorosa contemplación de las llagas de Cristo, cuando aspiraba, digámoslo así, en él sus dolorosos efectos, y parecía beber cual si tuviera sed, un ángel descendido del cielo mostrósele de repente; luego brilló una virtud misteriosa, tanto que Francisco sintió sus manos y pies como horadados con clavos y su costado herido por aguda lanza. Desde entonces sintió en el alma inmenso ardor de caridad; en el cuerpo llevó siempre hasta el fin de sus días la impresión viva de las llagas de Jesucristo. [1]

Contra la real existencia de tan prodigioso suceso se rebelaron los protestantes Teodoro Beza, [2] Felipe Morneo, [3] Pedro Boquin y otros citados por el Padre Turriano [4] y por el Padre Raynaud; [5] llamaban estos herejes las llagas de San Francisco ficciones, idolillos, embustes. Francisco Pomponazzi anduvo dudoso en si eran ó nó verdaderas. [6] Pero *tan cierta cosa es para los piadosos católicos la impresión real de las llagas, que sin horrenda temeridad no puede ponerse en duda.* [7]

Esta tesis del doctísimo teólogo quedará demostrada si advertimos que partió el santo Patriarca de esta vida el año 1226. Su discípulo y compañero Fray Tomás Celano, por orden del Papa Gregorio IX escribió, antes del año 1230, una biografía del Fundador; otra *Vida* puso por escrito, antes del 1241, el Padre Fray Ceperano; en 1246 tres padres de la Orden refirieron las cosas de San Francisco: en todas estas relaciones se dan por verdaderas sus benditísimas llagas. El Papa Gregorio IX en un Rescripto de 1237 declara que comprobó la verdad de la estigmatización mediante personas dignas de todo crédito. En otros dos diplomas, el uno del año XI de su pontificado, el otro que empieza *Seraphim volabant juxta prophetam*, confirma la misma realidad, y amenaza con anatema á los que la censuren y motejen. Mucho vale el testimonio del español Lucas de Tuy, que á los dos ó tres años de muerto el Santo dió testimonio de las llagas, [8] haciendo mal gesto á las consecuencias que algunos hombres exagerados querían de ellas sacar en orden al número y forma de los clavos de Cristo. Juntemos á los dichos testimonios el de Fray Elías, que sucedió á San Francisco, y en una carta al Ministro de Francia, en 1226, describe la forma de las llagas en manos, pies y costado. [1] Grande y sobre toda ponderación es la autoridad de los alegados testimonios anteriores á San Buenaventura.

Hacia el año 1260 con suma diligencia y cuidado emprendió el Doctor Seráfico la *Vida* del Santo estigmatizado. Las palabras con que da cuenta de las llagas son éstas: *Desparecióse la visión después de familiares y misteriosos coloquios, y hallóse Francisco inflamado interiormente con incendio de serafín, y exteriormente marcada su carne con la perfecta imagen del Crucificado, no de otra suerte que la cera, blanda á los halagos del fuego, fácilmente se impresiona y recibe en sí la imagen del sello que se le aplica. Instantáneamente comenzaron á dejarse ver en manos y pies los clavos; cuyas cabezas en las manos sobresalían en las palmas, y por la parte contraria sus retorcidas puntas; por el opuesto en los pies sobresalían las cabezas á los empeines, y las puntas retorcidas en las plantas. En el lado derecho se descubría una cisura ancha y profunda, como si se hubiera formado con el hierro de una lanza; sus labios rubicundos de la sangre, vertían tanta, que á las veces teñía la túnica y paños menores.* [2] El testimonio de San Buenaventura ha sido aclamado fidedigno por los Sumos Pontífices en las Bulas que directa ó indirectamente hablaron de esta materia, y por los historiadores propios y extraños que escribieron después de examinar de propósito las relaciones escritas.

No faltaron muy en los principios personas católicas que tocadas de emulación se opusieron tenaces á la verdad del hecho. Atajó su atrevida locuacidad con censuras Alejandro IV, que por su propia vista había registrado las llagas, y trató á los censores de sacrílegos y blasfemos, en su bula *Benigna operatio*, de 1255. No se dió por vencida la porfía de los españoles, siempre afanosos de creer con justificados motivos. La bula *Quia longum esset* del propio Alejandro, expedida en 1259, reportó con intimada excomunión á los

[1] Encíclica, de 17 Sept. 1882.
[2] In cap. VI ad Galat.
[3] *Mysterium iniquitatis*, p. 345.
[4] *Apologet.* cap. XIII.
[5] Opera, t. XIII, *De Stigmatismo*, cap. X.
[6] *De incantationib.* cap. VI.
[7] P. TEÓFILO RAYNAUD. *De Stigmatismo*, cap. X, p. 124.
[8] *Contra albigens.* lib. II, cap. XI.

[1] *Acta SS.* Oct. IV, p. 659.
[2] *Legenda*, cap. XIII

castellanos, leoneses y gallegos que más dudas mantenían. Otros Papas, Nicolao IV, Benedicto XI, Paulo V, Sixto V, honraron, celebraron y elevaron á culto público las llagas de San Francisco, sin que nadie sino la turba protestante se atreviese á poner en tan patente milagro la lengua sacrílega y envenenada.

Personas seglares de primera suposición, cardenales, príncipes, hombres de estado, doctores y médicos fueron testigos oculares de las llagas impresas. Santa Clara hízole á su santo Patriarca unos zapatos con tal arte, que cubriendo el empeine tenían en la planta una muesca donde pudieran descansar las puntas remachadas sin que cargase en ellas el peso del cuerpo. [1] Con ocasión de las llagas obráronse notables prodigios que pueden verse en los *Anales* de Wadingo y en las *Crónicas* de Cornejo y Marco de Lisboa. Después de muerto el santo estigmatizado, vieron y examinaron las llagas Santa Clara y sus monjas: la santa al ver que los clavos eran movibles, con la fuerza que pudo tiró de uno de ellos, y sólo alcanzó que brotase de la llaga sangre purísima. [2] Otras experiencias hicieron los ciudadanos de Asís con raros efectos de devoción, confirmando Dios con ruidosos milagros la verdad de la estigmatización, de cuya índole haremos más adelante especial tratado. [3]

Milagro de Daroca. *Los soldados cristianos que quedaron de guarnición en Valencia, salieron en compañía de Guillen Aguilón y de otros caballeros á correr y robar las tierras de moros: cargaron sobre el territorio de Játiva y tomaron á Rebolledo de sobresalto. En aquellos montes estaba el castillo de Chio como llave de un valle muy fresco y abundante. Pusiéronse sobre él: los cercados con ahumadas apellidaron en su ayuda los moros de la comarca, que se juntaron en número de veinte mil, y asentaron sus reales á vista del castillo. Los cristianos eran pocos, muy valientes y animosos: determinados de pelear con aquella morisma, con el sol se pusieron á oir misa, á que querían comulgar seis de los capitanes; en esto oyeron tal alarido en los reales por causa de los moros que de repente los acometieron, que les fué forzoso dejada la misa acudir á las armas. El preste envolvió y escondió las seis formas consagradas en los corporales, que vencidos los moros, hallaron bañados en la sangre que de las formas salió. Ganada la victoria, forzaron luego y abatieron aquel castillo. Los corporales se guardan en Daroca con mucha devoción: la hijuela en un convento de Dominicos de Carboneras puesta allí por su fundador Don Andrés de Cabrera, marqués de Moya, ca la hobo por el mucho favor que alcanzó con los reyes católicos.* [1]

Gran resonancia tuvo este milagro en toda la cristiandad. Aun hoy día, pasados seis siglos y medio, se conservan los Santísimos Corporales con las seis formas algo pálidas matizadas de sangre. Las bulas de los Papas, archivadas en Daroca, dan fe de las informaciones juradas que se hicieron en la averiguación de este esclarecido acontecimiento. [2] Los romanos Pontífices Urbano IV, Martino V, Benedicto X, Sixto V, Urbano VIII, aprobaron y acrecentaron con grandes indulgencias el culto de los Santísimos Corporales; los Santos Tomás de Aquino, Buenaventura, Vicente Ferrer, los tuvieron por dignos de adoración; emperadores y reyes de la Europa cristiana los acataron reverentes; emplearon sus plumas en historiar la grandeza del milagro Gaspar Miguel de la Cueva, Pedro Antonio Beuter, Fr. Luis de Granada, [3] Fr. Hernando del Castillo, [4] Alonso de Villegas, [5] Lucio Marineo, [6] Tomás Bozio, [7] Fr. Jaime Bleda; [8] finalmente, el Abad de San Ildefonso, D. Mariano Martínez presentó al Congreso Eucarístico Nacional celebrado en Valencia en 1893, una Memoria que mereció la aprobación del mismo Congreso, en cuyo capítulo tercero resume las razones que caracterizan por milagroso este notable suceso.

Otros infinitos obrados por la Sagrada Eucaristía pueden verse en Diego Marchant, [9] en Claudio Sainctes, [10] en Becano, [11] en Jaime Bleda, [12] quien ofrece más

[1] Cornejo, *Crónica seráfica*, p. I, lib. IV, cap. XXXI.
[2] Cornejo, ibid. lib. V. cap. XXVII.
[3] *Florecitas de S. Francisco.*, 1881, cap. XXI hasta el cap. XXVII.—*Vida del Seráfico Padre*, por el Padre Cándido Chalipe, recoleto, lib. II, lib. IV.

[1] Mariana, *Hist. de España*, lib. XIII, cap. I.
[2] La Fuente, *Hist. eclesiast. de España*, t. IV, p. 268.
[3] *Símbolo de la fe*, parte segunda, § 7.
[4] *Primera centuria*, cap. XXVIII.
[5] *Flos Sanctorum*, cap. LII.
[6] *Hist. de España*, lib. V, cap. *De sacris ædibus*.
[7] T. II, lib. XIV. [8] *Cofradía de la Minerva*, 1600.
[9] *Candelabri mystici*, tract. IV, lectio VI, Prop. II.
[10] *De rebus Eucharistiæ controversis*, 1576, secunda repetitio.
[11] *Manuale controvers*, lib. III, cap. VI.
[12] *Cofradía de la Minerva*, 1600.

de doscientos cincuenta, y confirman la doctrina católica sobre el Santísimo Sacramento del Altar, y deshacen las falsedades hereticales de los calvinistas y demás acatólicos. No todos los sobredichos milagros poseen igual crédito; aunque en algunos ande la relación á obscuras y con poca seguridad, y por eso debe uno contentarse con conjeturas probables, los indicios de otros son tan convenientes y claros, que fuera imprudencia desear mayores visos de histórica verdad.

San Antonio de Padua, á quien Gregorio IX solía llamar Arca del Nuevo Testamento, por la solidez de razones con que convenció en la disputa á muchos herejes y convirtió á grandes pecadores, en los treinta y seis años que vivió llevábase los ojos de las gentes con el lustre de sus portentos. Templó con su oración la furia de un huracán. El solo contacto de su hábito daba salud repentina. Fué visto á un tiempo en el coro con los frailes y en el púlpito predicando muy lejos. Resucitó muertos. Sobresalió en el espíritu de profecía. No era pequeño milagro que un hombre acosado como él, de achaques, pudiese estar todo el día ocupado en confesar y predicar, y en dar consejos y respuestas á las continuas consultas. Tan admirables fueron los efectos que á su muerte siguieron, que al cabo de un año Gregorio IX le canonizó; y á los treinta y dos, con estar consumidas todas sus carnes, la lengua fué hallada incorrupta y fresca. [1]

San Jacinto en una aparición tenida el día de la Asunción, recibió de la Virgen Sacratísima el dón de milagros. Presto restituyó la vida á un caballero noble ahogado en un hondo río tomándole de la mano. Curó súbitamente un tullido de Cracovia, y dió cabal salud á una moribunda, con solo poner sobre ella las manos. Hecha la cruz pasó al otro lado del río Vandalum, arrebatado y profundo, pisando sobre las aguas con toda seguridad. En el manteo de San Jacinto, como en balsa, vadearon también sus compañeros el río sin irse á pique. Con otras grandes mercedes acreditó su poder, como dando fecundidad á las estériles, vista clara á los ciegos, pan milagroso á los necesitados. [2] Los milagros póstumos pasan los términos de lo que suelen los santos.

Siglo XIV. San Nicolás de Tolentino en prenda del lustre que había de alcanzar su poder, vió en la oración una estrella refulgente que andaba por la tierra. Desde entonces comenzaron las maravillas. Sanaba personas contrahechas, multiplicaba panes, con el contacto curaba ciegos de ambos ojos, ponía en pie á los tullidos, restituía á los cojos el debido movimiento, devolvía á los cadáveres perfecta vida, libraba de las cadenas y cárceles á los presos, serenaba la furia de las tempestades, [1] y otras cosas estupendas hizo, hasta el punto de declarar Eugenio IV en la Bula de canonización que *Dios con su infinita sabiduría le había escogido entre mil como ejemplar luminoso, que había probado la excelencia de su vida con signos y prodigios, y manifestado su poder con perpetuos y notables milagros*. Señaladas fueron las efusiones de sangre que en sus yertos brazos se notaron en los años de 1676, 1679, 1698, y 1699, y en siglos anteriores otras muchas veces; causaba esta sagrada emanación efectos saludables en toda la cristiandad. No se ponen aquí las maravillas de primer orden alcanzadas por su invocación durante las pestes que cundieron por España, Italia y Francia en el siglo XVII; también dejamos aparte las gracias conseguidas por los panecillos benditos de San Nicolás en diversas partes del orbe católico.

El glorioso San Roque parece haber sido enviado al mundo para consuelo de los apestados. Tocar á los heridos de peste y hacerles la cruz era ponerlos en salvo. En tiempo en que el contagio se extendió por Italia, Francia y otros reinos de Europa, los que acudían á San Roque salían bien de las ocasiones. Hospitales enteros en Placencia, Roma, Cesena, donde picaba la pestilencia con increíble furia, experimentaron á maravilla el favor de San Roque. Tocado el Santo de la peste se alejó de Plasencia y se guareció en un bosque, donde el Señor le deparó un perro que le traía á la choza todos los días el pan necesario. De allí salía á dar alivio á los inficionados por los pueblos circunvecinos. Aun los animales se postraban pidiendo en

[1] *Acta SS.*, 13 de Junio: *Miracula S. Antonii*, cap. IV.—*Florecitas de S. Francisco*, 1881, cap. XXXIX, cap. XL. — *Vida*, por el abate D. Manuel Acevedo, lib. II, cap. IV.

[2] *Acta SS.*, 16 Aug., p. 316.

[1] *Acta SS.*, X sept. p. 663.

su tanto remedio y sanidad. [1] En la *Historia eclesiástica* de D. Vicente Lafuente [2] pueden verse otros milagros ilustres que pertenecen á este siglo.

Siglo XV. San Vicente Ferrer fué el pasmo del orbe por los milagros que obró. Cosa singular era que hablando su dialecto valenciano le entendiesen griegos, sardos, húngaros, bretones, alemanes, ingleses, franceses, italianos, como si les hablara en sus idiomas propios. Dotóle Dios del dón de profecía, que le mostraba con claridad cosas ausentes y ocultas, y áun le rompía el velo que cubre el interior de las almas. La gracia de hacer milagros fué también señaladísima. En solos cuatro procesos [3] se cuentan 860, no comprendidos los de España que salen de cuenta. Tuvo particular eficacia en arrojar demonios de los cuerpos; santiguaba las tempestades, y en un punto se deshacían; paralíticos, sordos, mudos, epilépticos, ciegos, dementes se sentían con entera salud en su presencia á muy poca costa. En una ocasión alimentó con quince panes á dos mil hombres; finalmente restituyó en público á cadáveres helados el vigor que antes tenían. A la luz de tantos resplandores amanecían arrepentidos moros y judíos á miles, y alentados á penitencia grandes pecadores, con cuyas conversiones se mudó en breve tiempo la faz de la Europa. [4]

A San Antonino arzobispo de Florencia honró el Señor con la prerogativa de los milagros en vida y muerte. Invocando su nombre, dice en su bula el Papa Adriano VI, los energúmenos se veían asegurados de los malignos atormentadores, los enfermos dados por incurables revivían y convalecían, los lisiados de algún miembro lograban el uso expedito, cosas que el Santo hubiese tocado ó usado eran autoras de pasmosas curaciones: tantas proezas hicieron pública la fama de su nombre y santidad. Escribieron su vida Fray Vicente Mainardo, Francisco Castellonense y Ugolino Verino.

Glória de taumaturgo alcanzó S. Francisco de Paula en sumo grado. De toda suerte fueron y en grandísima cantidad las maravillas con que su vida resplandeció. Amansó los animales más esquivos y cerriles, resucitó peces muertos, no se quemó teniendo en las manos brasas encendidas, con escaso vino dió de beber á gran número de personas, con cera curó piernas quebradas, pronosticó sucesos con veinte años de anticipación, serenó temporales con cera bendita, sacó fuego de lámparas apagadas, sanó epilépticos, sordos, tullidos, espiritados; curaciones, que los médicos calabreses no llevando en paciencia, se concertaron para poner coto á las idas y venidas de los devotos, despachándole un sacerdote que se lo avisase; el cual, visto un gran milagro por sus ojos, le pidió perdón y pregonó su maravillosa santidad. [1] Célebre es aquel prodigio que le acaeció cuando obstinado un marinero en no querer llevarle á Mesina, extendió el Santo la capa sobre las aguas, y puesto encima oprimió con sus plantas la soberbia del mar pasando victoriosamente el estrecho. [2] El Papa León X [3] celebró en la Constitución, con que le levantó al honor del culto, [4] la grandeza de sus milagros. Su cuerpo, once días expuesto á los ojos y veneración del pueblo, no cesó de obrar maravillas; los herejes en 1562 le hallaron incorrupto, y despechados le redujeron á cenizas con impío sacrilegio. [5] Su vida fué escrita por Francisco Victon, teólogo de la Orden, contemporáneo del taumaturgo.

No será fuera de propósito traer aquí el parangón hecho por el Cardenal Belarmino entre San Francisco de Paula y el heresiarca Lutero, por estas palabras: *Casi en el mismo tiempo existieron (ponde-*

---

1 *Acta SS.*, 16 aug. p. 401. 2 T. IV, p. 413.

3 De Aviñon, Venecia, Tolosa, Nápoles.

4 *Acta SS.* 5 april t. X, p. 500.—P. Fr. Francisco Diago, *Historia de la vida y milagros, muerte y discipulos del bienaventurado predicador apostólico San Vicente Ferrer* 1600. — P. Fr. Andrés Ferrer de Valdecebro, *Historia de la vida maravillosa del apóstol de Valencia San Vicente Ferrer*, 1682, lib. III.—En público Congreso de 1869 fué llamado por D. Emilio Castelar nuestro Santo *demagogo y digno de ser anatematizado por la historia* (*Diario de las Sesiones de las Cortes Constituyentes*, t. II, p. 900). Salió en defensa del glorioso taumaturgo el señor Manterola, y desempeñó su apología con tanta eficacia de razones, que no hubo quien se las deshiciese.

1 *Acta SS.* 2 apr. p. 124.

2 *Vita*, da Mons. José María Perrimezzi, 1841, vol. I, capo IX.

3 Omnia omnipotens subjecit sub pedibus ejus pisces maris et volatilia cœli, oves et boves universas, insuper et pecora campi....mortui surrexerunt, leprosi mundati sunt, steriles pepererunt, natura obtemperavit invita... et non tantum obtemperavit natura, quantum annihilata est, in igne amittente virtutem et in arido prorumpendo fontes usque in hodiernum diem. *Acta SS.* p. 171.

4 I Mayo 1519.

5 Spondano, *Contin. Annal. Bar.* an. 1508.

rad, os ruego, esto que digo) contrarios entre sí, Lutero en Alemania, Francisco en Italia. Lutero arrojó de sí la cogulla que tenía, Francisco vistió la que no tenía; Lutero enseñó que nada aprovecha el ayuno y que la elección de manjares es cosa supersticiosa, Francisco instituyó una orden en que los afiliados deben ayunar con frecuencia y abstenerse de carnes y lacticinios perpetuamente; Lutero detestó el celibato, la obediencia y pobreza voluntaria como cosas vanas y antojos de hombres, Francisco las mismas cosas abrazó con increible devoción como consejos utilísimos de Cristo; Lutero á cuantos pudo llamó del monasterio al siglo, Francisco á cuantos pudo trajo del siglo al monasterio; Lutero quiso que León X pareciese y fuese estimado anticristo, Francisco al mismo León cuando no era Pontífice predíjole que lo sería, y le sujetó como á Vicario de Cristo su orden con la debida humildad y devoción. ¿Cuál de estos dos se apartó del recto camino? Francisco ó Lutero? Porque ambos á dos á buen seguro no caminaban por los mismos pasos cuando sus vidas y costumbres é intentos eran totalmente contrarios. Mas ¿cómo titubeamos? ¿por qué palpamos tinieblas en medio de tanta luz? ¿Acaso no disipó Dios las dudas cuando al uno le honró con grandísimos milagros, al otro permitió que atollase en tantos vicios y maldades? ¿Pues qué? Predica aquel bienaventurado Francisco la adhesión á la Sede apostólica, la frecuencia de los ayunos, la honra del celibato, la invocación de los santos, la veneración de las reliquias é imágenes, y resplandece con milagros; predica Lutero todo lo contrario, y ni una sola pulga pudo en su vida resucitar, ¿y andaremos perplejos en qué parte esté la verdad? ¿Por ventura cuando confirmaba Dios desde el cielo con milagros la doctrina y costumbres del B. Francisco, no reprobaba la doctrina de Lutero y sus costumbres enteramente contrarias? [1]

Cifremos en breve compendio las maravillas que en los santos contemplamos. La naturaleza sensible parecía colgar de sus labios, desempeñando las esperanzas dadas por Cristo. Mandaban á las nubes y despedían agua en un punto (San Hilarión, San Huberto); sacaban agua de los peñascos (San Clemente, San Benito, San Isidro, Santa Edelburga); dominaban la furia del mar, ó caminando sobre las ondas (San Ramón de Peñafort, San Juan de Mata, San Francisco de Paula, San Jacinto), ó enfrenando su encrespada soberbia (San Javier); señoreaban las tempestades (Santa Escolástica, San Vicente Ferrer) y gobernaban los aguaceros (San Felipe Neri); tenían imperio sobre el fuego que dejaba ilesas las carnes (San Juan Gualberto, Santo Toribio); multiplicaban el vino (Santo Domingo, San Antonio de Padua); recibían los panes extraño aumento á sus voces (San Pedro, San Bernardo); trocaban el agua en dulcísimo licor (Santa Isabel, Santa Brígida); soldaban en el acto los cascos de vasos rotos (San Pedro Claver, San Gregorio Magno); reverdecían, á su mandar, palos secos hincados en el suelo (San Adelmo); cargaban en un punto de fruta madura por su oración árboles secos y estériles (San Luis Bertrán, San Añano); castigaban con esterilidad gruesas y fertilísimas tierras (San Leofrido).

Si tan poderosa mano tuvieron los varones de Dios en la naturaleza tosca y vegetal, no menos lució su poder en el reino animal y en las bestias de mar y tierra. Quién llamó en derredor suyo los peces, y los peces oyeron su voz (San Antonio de Padua); quién levantó su vara sobre la indómita fiereza del tigre y de la hiena, y ellos respetan el mandato (San Macario, San Luís Bertrán); quién da órdenes á hormigas, y ratones, y ellos las ejecutan (San Martín de Porres, San Francisco Solano); quién recibe de un cuervo la ración diaria (San Pablo ermitaño, San Antonio); quién dispone que las golondrinas huyan y no vuelvan más (B. Francisco de Fabriano); quién envía una nube de tábanos contra un ejército de guerreros (Santiago de Niribe); quién de una tropa de cínifes admite el cortejo y homenaje (Santa Rosa de Lima). Y no tendría fin la tarea si hubiésemos de poner aquí las demostraciones de poder sobrehumano que ejercitaron los siervos de Dios sobre los vivientes del reino animal.

Ni tampoco acabaríamos si se hubieran de enumerar los taumaturgos de entrambos sexos que tuvieron dominio sobre las enfermedades, sobre los demonios, sobre la muerte, por ser tantos los casos, que apenas hay siglo en que no haya brillado en la Iglesia algún santo que estas tres prerogativas ostentase á la faz del mundo

[1] Conciones duodecim continentes argumenta totidem ad hominem catholicum in sua fide confirmandum et hæreticum a perfidia sua convertendum. Concio VI, *De Gloria miraculorum*. *Opera Omnia*, t. IX, 1873, p. 547.

entero. La naturaleza toda estaba pendiente de su voluntad, porque su voluntad estaba puesta toda entera á disposición de la divina; y así en las dificultades que vencieron, en las valentías que acabaron, en las obras á que se alargaron, en los triunfos que consiguieron, en la gloria que alcanzaron, persuadieron al mundo que eran dueños de lo criado porque se habían entregado totalmente al servicio y gloria del Criador. El poder que el divino Salvador ejercitó en todos los órdenes de seres, minerales, vegetales, animales, humanos, espirituales, ejercitáronle ellos también, á la medida de la suprema disposición, siendo copias de Jesucristo en el poder como lo eran en la virtud y santidad.

CAPÍTULO XIV.

MILAGROS MODERNOS.

ARTÍCULO I.

Los milagros son de todos tiempos y lugares.—Por qué no vemos ahora tantos como en los primeros siglos.—El milagro de San Jenaro.—Cómo le querían explicar los *sabios*.—Vanos esfuerzos de la ciencia.—Milagros del siglo XVI cifrados en San Francisco Javier.—Objeciones que los protestantes han hecho á sus milagros.

El intento particular de este capítulo es deshacer el engaño de aquellos eruditos que, pagados de sus luces, llaman superstición todo prodigio que no se contiene en el Evangelio ó en los anales de los primeros siglos. La superstición, en verdad, frisa y tiene sus linderos con la devoción excesiva; mas pensar que Dios, que tan generoso se mostró en los principios del cristianismo, y tan admirable en sus santos, como hasta aquí hemos considerado, puso fin á las demostraciones de poder concedidas á todas las edades, es sobre fatuidad presunción y soberbia. Dios rodea, cuando lo tiene por bien, con las clarísimas llamas de los milagros el cuerpo ilustre de su Iglesia.

Podrá preguntar alguno, por qué no vemos en nuestros tiempos tantas maravillas como en tiempos pasados se vieron, especialmente cuando los incrédulos se extienden más y más sin término en este siglo, y parece, ó que Dios los estima en poco, ó que provee mal á su eterna salvación, como quiera que los milagros á mostrarles el verdadero camino habían de enderezarse. Su necesidad y utilidad no pueden ser más patentes.—R. La respuesta general á este reparo es, que para regir los hombres los pasos de su vida, basta al presente la memoria de los milagros pasados. Porque á la manera que los obrados por ministerio de Moisés duraron mientras se proponía la ley escrita, y después cesaron, pero no cesó la obligación de conmemorarlos á tiempos, pues que su memoria era suficiente sin otros nuevos para conservar el culto de Dios y guardar su santa ley; así también los que en la aurora del cristianismo ocuparon la atención pública y ayudaron á discernir sin engaño entre la verdadera y la falsa religión, dejaron luego de brillar con aquella majestad de antes, pero no se borraron de los Evangelios y libros eclesiásticos, para que su recordación diese alientos á los buenos y confundiese la obstinación y ceguera de los malos. Mas con todo, quiso Dios depositar en el seno de su Iglesia el dón de hacer milagros, no como arma necesaria para defenderse, sino con arreo y prerogativa que mostrase de lejos y soberanamente la divinidad de su institución.

De esta materia queda dicho atrás lo bastante para excusar repeticiones, y así ninguna razón les asiste á los modernos para desear milagros. No el creer con más firmeza; ninguna firmeza podemos esperar de ánimos curiosos, que no desvanecen las tinieblas de la falsedad con los milagros de los pasados siglos. Si alguna vez los modernos incrédulos piden milagros, pídenlos, no para esclarecer la verdad y rendir sus entendimientos al yugo de la fe, sino para hacer más notoria la rebeldía de su incredulidad; pídenlos para mostrar que no tiene término la altivez de su razón; pídenlos porque su soberbia ha dado fondo, y quisieran calumniar, si pudiesen, á su misma evidencia para acabar con la verdad cuando les diese en la cara.

Al hablar así no es nuestra intención quitar de en medio, del todo, los milagros modernos. Milagros quedan, y no pocos, mas no hechos en orden á establecer la fe. Milagros, y grandes milagros, ha

obrado Dios áun en nuestra edad, para honrar á los santos á cuya invocación se pedían, y milagros que declarasen la santidad de algún siervo suyo, milagros que elevasen á los altares las virtudes de un católico, milagros que decidiesen si un dogma no definido convenía que lo fuese, milagros que introdujesen una solemne festividad en el rito de la Iglesia santa, milagros que mostrasen ser la Iglesia católica la única depositaria de tan excelente prerogativa.

En prueba de que hay todavía milagros en la Iglesia de Dios, citemos uno que se renueva cada año, hace siglos. El glorioso mártir San Jenaro fué degollado (313) en un lugar distante dos leguas de Nápoles. Una mujer tuvo la devoción de recoger del suelo una poca de sangre del santo mártir, y la encerró en una redoma de vidrio. La redoma se conserva en Nápoles; la sangre está cuajada y dura, pero cada vez que la presentan delante de la sagrada cabeza del Santo, comienza la sangre á deshacerse y á derretirse, formando espumilla cual si fuese recién salida del cuerpo; y apartada la redoma, vuelve la sangre á cuajarse como antes: si otra vez y otras mil la ofrecen á la cabeza del mártir, rebulle y se liquida, viéndose en ella algunas pajuelas que andaban envueltas en la sangre cuando la devota mujer la recogió.

En tres tiempos durante el año se pone la reliquia á vista de la cabeza, y cada vez la sangre coagulada se liquida por sí propia y hierve con notable rapidez: en Mayo, en Septiembre, en Diciembre; es este un hecho público, testificado por hombres de todas las naciones del orbe. Los tres tiempos son éstos: fiesta y octava de la traslación del santo cuerpo (primer domingo de Mayo), fiesta y octava de su martirio (19 Septiembre), fiesta de su patrocinio (16 Diciembre). El fenómeno consiste en liquidarse la sangre por la mañana y quedarse sólida por la tarde. No siempre ofrece el fenómeno el mismo aspecto. A veces la sangre se clarifica puesta delante de otras reliquias, otras pocas veces dentro del relicario en que se guarda, algunas en días diferentes de los acostumbrados, y en éstos alguna vez quedó cuajada sin deshacerse. Sobre lo cual pueden leerse los *Bolandistas* (19 de Septiembre). La Iglesia ninguna resolución ha tomado acerca de la condición de este fenómeno. Si la ciencia halla traza cómo explicarle según las leyes naturales, no habrá milagro; si no hay explicación posible, será cosa milagrosa y digna de todo encarecimiento. [1]

Los esclarecidos Ruffini [2] y Férgola [3] dieron en su tiempo solución á las dificultades propuestas por los incrédulos. El libre pensador Luca ocupó mucho tiempo en el diligente examen de este fenómeno y salió de dudas convencido de cuán imposible era alegar por él leyes físicas. El químico Pedro Punzo, discípulo suyo, estudiado el hecho, dió al público las consecuencias que de su estudio se derivaban. La última era ésta: *En el estado actual de la ciencia es imposible resolver este misterioso problema* (27 Agosto de 1880). Algunos han querido ver alguna manera de razón en la elevada temperatura del ambiente; pero la sangre se derrite en Diciembre y no en tiempo del mayor calor, y cuando en tiempo de frío es en días determinados. Así que á los más parece misterio; que no es poco, aunque no quieran otorgar sea milagro. Pero ¿cómo no ha de ser milagro la variación de volumen que experimenta el cuajarón de sangre, dilatándose á veces hasta ocupar la capacidad de la ampolla, tornándose después á su ordinario volumen, sin guardar regularidad ni fijeza en los fenómenos de ebullición, en el tiempo ni temperatura? Porque unas veces se liquida á vista de la cabeza, otras lejos de ella; unas en pocos minutos, otras en más espacio de tiempo, unas llega su liquidación hasta llenar el vaso, otras no se resuelve toda entera sino en parte. La opinión del católico Francés relatada en la *Controverse* [4] tiene por fundamento que la substancia contenida en la redomita raras veces se liquida en Diciembre, y pretende hallar sólida explicación en la alta temperatura del ambiente. Lo primero no es verdad, porque en Diciembre se produce el fenómeno como en Mayo y Septiembre. Lo segundo tampoco es razón, porque los herejes del siglo pasado, como veremos, alegaban ese argumento de la elevada temperatura, y no lograron la victoria. Cuando libres pensadores, como Luca y Punzo, aquietaron su curiosidad, no fué por falta de obstinación, ni de investiga-

[1] *La ciencia cristiana*, vol. XVIII, p. 279.
[2] *Riflessioni critiche sopra il saggio filosofico intorno alle probabilità*: memoria IV, p. 11.
[3] *Disc. apolog. del miracolo de S. Genaro*, 1839.
[4] T. 1, p. 668.

ción científica, sino porque la ciencia no tenía caudal para resistir á la claridad de la maravilla.

Mucho menos aceptable es la exposición de Larousse. [1] *Tómese*, dice, *éter sulfúrico, mézclese con onoquiles, échese en esta tintura la substancia spermaceti. Esta substancia se coagula á diez grados bajo cero, y entra en ebullición á veinte sobre cero.* Así piensa este químico responder á todas las dudas. Pero le quedan las principales por resolver. La substancia contenida en la ampolla de Nápoles antes de llegar á veinte grados se cuaja y se deslíe, en Diciembre; y pasados los veinte grados también se disuelve, y no se disuelve según los días. Parece pues que hay aquí *una violación de las leyes naturales, cuyo carácter distintivo es la constancia y regularidad.* [2]

El abate Lecanu, que se muestra más diestro en despertar dudas contra los milagros bíblicos y eclesiásticos, que cuidadoso de darles debida solución conforme lo pide el carácter de escritor católico, acerca del hecho que tratamos resuelve que *no debe tenerse por milagroso un fenómeno que puede explicarse por causas físicas siquiera desconocidas, y que no fué pedido al cielo como una gracia.* [3] Cuáles sean las causas físicas eficientes de la dicha ebullición, no las apunta el crítico; indica que *antes tendríamos que conocer la índole de la substancia contenida en las ampollas.* [4] Pero insiste en que el fenómeno lejos de ser favor del cielo, ceba solo la curiosidad. *San Jenaro es muy servicial: no sabemos que los Santos lo fueran tanto, áun cuando nadie se lo ruega y en cosas que no se refieren á la salvación.* [5] Estas no parecen razones dignas de un aristarco. La curiosidad podrá caber en un turista inglés, en un viajero francés, en un cualquiera que desee ver; pero algo más contiene el hecho que la satisfacción de los ojos; la incapacidad de los sabios en presentar razón probable contra el fenómeno demuestra que algo más hay en él que objeto de curiosidad. Afirmar que no hay milagro si no acaece por vía de ruego, es ignorar el origen de infinitos milagros, ni Cristo les puso esa condición, principalmente que ignoramos por qué caminos vino éste á realizarse en sus principios; pero ningún doctor católico ha enseñado que por cebarse los ojos curiosos en la operación de un milagro deje éste de serlo. Lo que en Nápoles pasa no depende del capricho de nadie, ni San Jenaro se muestra antojadizo; pone condiciones que no está en manos de cualquiera trastrocarlas, y en esto resplandece lo inexplicable del hecho. *Los milagros divinos no son curiosos, ni prestigiosos, ni tales que halaguen con deleite el humano sentido, sino que edifiquen la Iglesia, engendren reverencia y temor de Dios, y enciendan los fieles á la imitación de los Santos.* Esto dice el P. Medina, [1] alegado por Lecanu en su favor. Esta constancia de raros efectos deja ofuscados á los incrédulos, que no aciertan á dar en el rastro del cómo. Pero Dios por el deseo de ilustrarlos y que cesen de su ceguedad, póneles á los ojos tres veces al año este prodigio para que en él confiesen la gloria de los Santos, la existencia de un orden de cosas superior, la verdad de la religión cristiana, la providencia de Dios, el mérito de la fe, la necesidad de humillar el entendimiento á las cosas invisibles. El célebre Dumas presenció este milagro y dejó sellado su asombro en estas palabras: *¿Quién dirá que desde el siglo IV hasta el XIX hayan conservado los canónigos de Nápoles el secreto de la supercheria?... En tal caso su fidelidad sería más admirable que el mismo prodigio. Prefiero creer sin rodeos el milagro, y declarar que rotundamente le creo... Voltaire y Lavoisier quisieron morder en esta ampolla, y como la sierpe de la fábula, se rompieron en ella los dientes.*

Es cosa notable que desde el siglo X en que parece comenzó á divisarse el milagro, y áun desde el siglo IV, como algunos pretenden, ningún hereje levantó dificultades hasta que parecieron los herejes reformantes. En el siglo pasado un calvinista, Pedro Molineo, pretendió que era fraude, y después de dormir sobre ello, resolvió que los devotos echaban cal viva para que la sangre hirviese. Pero salióle al camino otro hereje luterano refutando en una disertación sus dislates y tratándole de necio. Entre otras cosas le decía: *¿Cómo en tantos años pudo quedar oculto un fraude tamaño en medio de una ciudad tan culta?* Así lo refiere San Ligorio. [2] El cual trae los discursos de otros herejes, como el de Gas-

[1] *Grand-Dictionaire*, art. *Janvier*.
[2] ARDUIN, *La Controverse*, 1881, t. I, p. 666.—VACANT, *Dictionnaire apolog.* art. *Janvier*.
[3] *Dictionnaire des miracles*, art. *Janvier*, p. 1014.
[4] Ibid., p. 1015.
[5] Ibid.

[1] *De recta in Deum fide*, lib. II, cap. VIII.
[2] *Verità della fede*, capo VI.

par Newmann, que compuso un líquido artificiosamente y le hizo hervir delante del público; del calvinista Picennia, que atribuía el prodigio al calor de las velas y de la muchedumbre agrupada; de otros, que le achacaban á las exhalaciones del Vesubio; de otros que miraban estos como efectos de la simpatía natural. Va el Santo Doctor respondiendo y estrechando á los herejes con donaire y fuerza de razones, y al fin concluye diciendo: *En suma, cuanto más porfían los herejes en inventar maneras de destruir la creencia de este milagro, más la confirman y aseguran.* También el Padre Feijóo indicando que el conocimiento de la filosofía experimental es necesario para discernir los milagros, dice que por haberse tenido por verdaderas ciertas fabulosas maravillas, fueron reputadas naturales las que eran milagrosas. *Por este camino*, añade, *han pretendido los herejes eludir el constante prodigio de San Jenaro, atribuyendo unos su milagrosa liquidación al decrépito vejestorio de quiméricas simpatías entre la sangre y cabeza del Santo, otros ya á la sangre de la cabra silvestre, ya á la cal viva, en quienes, contra lo que muestra claramente la experiencia, han querido fingir virtud disolutiva de la sangre cuajada.* [1] Todo esto significa que si los sabios no han dado hasta el presente con la causa de este efecto por más extremos que hicieron, debemos tenerle en concepto de milagroso. Con todo, siempre queda á salvo la prudencia de la Iglesia católica, que hasta el día de hoy se ha abstenido de dar dictamen.

No podemos pues dudar de que en los últimos siglos ha habido milagros en la Iglesia católica. Hubo santos, y los santos siempre llevan consigo el fruto de los milagros. Son los santos bellísimas lumbreras que esmaltan el cielo de la Iglesia y con los destellos de sus obras esclarecen y hermosean la faz de la tierra. ¿A quién no asombra con qué denuedo emprendieron hazañas arduas y dificultosísimas, y con qué entereza las llevaron á cabo, sin que la adversidad derribase su constancia, ni la persecución abatiese su valor? El siglo XVI, siglo de los apóstatas, será afamado por los dones extraordinarios con que Dios ilustró la Iglesia católica, señalando como con el dedo cuál era su verdadera Esposa, la merecedora de sus amores. Muchos fueron los santos que en esta época granjearon reputación de taumaturgos. San Cayetano, Santo Tomás de Villanueva, San Luis Bertrán, [1] San José de Cupertino, San Pedro de Alcántara, San Juan de la Cruz, San Felipe Neri, San Pascual Bailón, el Beato Andrés de Hibernón, San Francisco Caracciolo, San Andrés Avelino, varones de heróica santidad y de incomparable poder que acreditaron su estimación con ilustrísimos milagros, los cuales podrían aquí relatarse si no bastase ver impresos sus nombres para enmudecer de admiración. Supla por todos el de San Francisco Javier, honrado con el timbre de apóstol por los Sumos Pontífices Gregorio XV, Urbano VIII, Clemente X, esclarecido con señales de tal por los prodigios y virtudes que el Señor dispensó á los primeros apóstoles al principio de su predicación.

El dón de lenguas resplandecía en él con singular maravilla: *De repente, enseñado por Dios, hablaba lenguas que antes no sabía, de naciones desconocidas, elocuentísimamente, como si se hubiera criado en aquellas mismas tierras; y tal vez había acontecido, que predicando el Santo á pueblos de diversas naciones, con estupor y pasmo le oyese cada uno á un mismo tiempo hablar las grandezas de Dios en la propia lengua en que cada uno había nacido.* Así la Bula de su canonización.

Las profecías fueron sin cuento. El Padre Antonio Quadros, varón grave y provincial de la India, afirmaba que *si se acordara de todas las que había oído referir del Santo Apóstol, podría contar más de cien mil, pero ya se dejaban de notar porque eran tan frecuentes, que no hacían novedad y parecía su lenguaje ordinario, por lo cual era llamado de muchos: el profeta de la India.* [2]

Los milagros que en vida hizo no hay pluma que pueda reducirlos á guarismo. *Todos los elementos*, dicen los jueces de la Rota, *fueron testigos y pregoneros de su santidad. Hacía la señal de la cruz sobre vasijas de agua salada, y se volvía dulce y de peregrino sabor; salían en manadas los tigres á comerse las criaturas, él echándoles agua bendita los ahuyentaba y exterminaba; fué visto por*

---

[1] *Cartas*, t. II, carta XI.

[1] Merece ser citado en especial el P. Fr. Juan Fernandez como expositor solícito de los milagros de San Luis Bertrán y del Beato Nicolás Factor, en sus *Demostraciones católicas*, lib. III, *Discurso* V, § 16.

[2] P. García, *Vida y milagros de San Francisco Javier*, t. 2.°, libro V, cap. III.

cincuenta testigos en dos naves á un tiempo, multiplicando presencias; tocaba los enfermos con sus manos, y recibían salud; por mano de los niños enviaba cruces, rosarios, cualquiera cosa, y remediábanse en el acto necesidades extremas; tomaba de la mano á los cadáveres, y los muertos resucitaban.

Los muertos á quienes devolvió la primera lozanía son sin disputa veinte, aprobados en los procesos de Canonización. Fuera de éstos resultan cuarenta y ocho, según relaciones fidedignas. *Pero yo creo que son muchos más*, dice el P. García, *porque en los procesos de Cochin, Malaca, Bacain y Goa se repite varias veces ser fama común y cierta que resucitó muchos en la costa de la Pesquería, muchos en Malaca, y muchos en Japón, y otros testigos universalmente deponen que creían haber sido muchísimos, y con todo eso son pocos los que sabemos en particular de estas partes, que son los que entran en la cuenta que hemos hecho.* [1]

Estas manifestaciones divinas hicieron tan honda mella en los reinos convertidos, que muchos pueblos de Oriente inducidos por los gentiles á desamparar la recibida fe, tuvieron vigor entre tan recios encuentros para perseverar en ella por largos años, sin ayuda de sacerdote, sólo con traer á la memoria las maravillas que Dios por su siervo entre ellos había obrado. Lumbrera fué San Javier que desterrando del Oriente las tinieblas de la ignorancia, esparció por muchos reinos la luz del Evangelio, y desarraigando las malas costumbres plantó semilla de virtud y santidad. Tenía imperio sobre vicios y viciosos, como sobre la naturaleza, por ambos motivos fué ilustre su apostolado. Referir los acontecimientos extraños y portentosos que á su muerte siguieron, raya en lo imposible; enfermos curados, posesos remediados, incendios apagados, terremotos comprimidos, temporales sosegados, muertos vueltos á la vida, apariciones maravillosas, conversiones admirables, y otros innúmeros milagros de todo género han sido puestos en evidencia por testigos fidedignos, los cuales obró Dios por los merecimientos de su siervo San Francisco Javier.

Los protestantes no cesan de levantar testimonios á la memoria del grande apóstol. Ellos, que parecen tan leídos, hablan cual si no supieran leer. El eruditísimo P. Gretser, á fines del siglo XVI, en sus libros apologéticos no quiso dar importancia con seria refutación á los argumentos del calvinista Lithe contra los milagros de nuestro apóstol porque eran aberraciones de juicio trastornado, y se contentó con afrentar con la burla al hereje calumniador. He aquí la suma de razones con que éste pretendía prevalecer. Primero: ¿quién dará crédito á esos milagros si no son los jesuitas y semejantes fanáticos? Segunda: Rivadeneyra receloso de mentir encaja crasísimos embustes. Tercera: de tales engaños y blasfemias contra el Hijo de Dios llenan sus páginas los jesuitas. Cuarta: todo el mundo sabe que aquel japonés que vino á Roma, fué enviado por Javier con una carga de mentiras para que las vendiese en Roma por ingeniosas verdades. — *¿Con argumentos como los tuyos*, decíale el P. Gretser, *qué historias no echarás á pique, Miseno, si no deben llamarse más bien insultos y desvergüenzas de tus labios impudentes que otro lenguaje no saben usar? ¿Por qué no das á tus rateras calumnias algún viso de verdad, tomando pie de la persona de Javier, de la índole de sus milagros, del tiempo y ocasión y de parecidas circunstancias, con que si no en realidad, al menos en apariencia hagas semblante de refutar la historia del autor? Si sólo aciertas á publicar denuestos, ¿quién no se reirá de ti? quién no te tratará de impostor? Cualquier doctorzuelo con tus propios dichos podría deshacer los milagros de un San Hilarión, de un San Antonio, de tantos otros anacoretas relatados por San Jerónimo, San Atanasio y Teodoreto; pero ¿quién osará darlos por nulos con esa facilidad? ¿Por qué no acometiste con más poderosas armas sino porque de ellas carecías? Gran servicio hiciste, Miseno, á los milagros de Javier, cuando gastaste contra ellos tan flacos argumentos propios de ánimo taimado y traidor.* [1] Muy en lo justo se ponía el doctísimo apologista, áun antes que la Silla apostólica hubiese confirmado con su aprobación el proceso de las virtudes y milagros del apóstol de Oriente.

Los protestantes modernos no han puesto tanto cuidado en deslindar los sucesos como en aliarse entre sí y remolinear contra los milagros de San Javier.

[1] *Vida y milagros de S. Francisco Javier*, lib. V, cap. XVI.

[1] *Apolog.* lib. IV, cap. II.

Dicen: *Javier en sus cartas no tan sólo no habla de dón de milagros que tuviese, sino que afirma positivamente haber carecido de semejante poder.* Así Douglas. [1] Y Trench, tenido en fama de gran teólogo, repite: *En las cartas de San Javier no se dice palabra de milagros hechos por él ó por su ministerio;* [2] y prosigue el anglicano, al estilo de Tholuck, [3] censurando con lengua viperina las proezas de San Francisco Javier, y cúbrese el rostro con ambas manos y abre la boca á mil lástimas deplorando que el apóstol de Oriente hubiese hecho más milagros y mayores que Cristo nuestro Señor, como si no hubiera el Salvador prometido á sus apóstoles y fieles más grandeza de portentos que la que en los suyos lucía.

Abramos las Cartas del Apóstol de las Indias. En una escrita á San Ignacio desde Tucuturin á 23 de Mayo de 1543, cuenta su viaje al promontorio de Comorin, y entre otras cosas dice que visitó con un compañero á una mujer gravísima y desahuciada, y viéndola en tan apretado trance, brevemente la instruyó, la bautizó, *y lo mismo fué acabar de bautizarla que parir aquella mujer, que* in Christo speravit et credidit, *un niño:..... Inmediatamente se divulgó por todo el lugar el milagro que Dios nuestro Señor había hecho en aquella casa.* El resultado fué convertirse y bautizarse todos los vecinos del pueblo.

En otra carta enviada desde Cochin á los Padres de Roma, á 12 de Enero de 1544, confirma el dón de milagros que poseía, por estas admirables palabras: *Así á los que venían á que yo los remediase en sus enfermedades, como á los que enviaban pidiendo fuese á sus casas por no poder ellos venir, deseando satisfacer á sus deseos, porque no se disminuyese en ellos la gran confianza y buena estima acerca de nuestra santa religión, juzgaba no podía negarme á tan justas peticiones. Pero viendo que yo solo y por mí mismo no podía cumplir con todos, como lo deseaba, ni evitar las competencias que entre ellos había, sobre quién me había de llevar primero á su casa, ordené que en mi lugar fuesen los niños que sabían las oraciones, á los enfermos. Ellos iban, y entrando en casa del enfermo, juntaban á todos los domésticos y convocaban también á los vecinos, y haciendo que con ellos dijesen el Credo, animaban á los enfermos diciéndoles que se esforzasen á tener una firme y cierta esperanza de la salud, y después rezaban y decían sobre ellos las oraciones con mucha devoción. Y ¿qué sucedía? que Dios nuestro Señor, movido de la fe, confianza y piedad de los niños, y de los otros que allí se hallaban, á los más de los enfermos les concedía misericordioso la salud del cuerpo y la del alma.* Estas dos cartas arrojan á la vista centellas de vivísima claridad, á cuya luz se ve que San Francisco Javier tenía conciencia de su milagroso poder, y convicción del poder milagroso concedido á los niños que en su nombre enviaba á los enfermos. ¿Han leido esas cartas los Protestantes?

Replican. Los milagros de Javier se dicen acaecidos allá muy lejos, en los confines de Oriente, y se publicaron en Europa 35 años después. Asi Douglas. [1]—R. Falso lo segundo; impertinencia lo primero, indigna de refutación. Oigan al P. Rivadeneyra. *No dejaré de contar cómo vimos en Roma el año de 1554 al primer hombre que dentro del Japón recibió el santo bautismo. Llamábase Bernardo..... Decíame Bernardo del P. Francisco tres cosas..... La tercera, que el vió por sus ojos traer al P. Francisco muchos enfermos de varias enfermedades, y que en haciendo sobre ellos la señal de la cruz, ó echándoles un poco de agua bendita, á la hora quedaban todos sanos. Y así decía, que los japoneses le tenían por más que hombre, y como cosa enviada del cielo. Y no es mucho que los gentiles pensasen esto, porque es cosa averiguada que le honró Dios dándole la gracia y dón de hacer muchos y esclarecidos milagros en vida y en muerte, y los hace hasta el día de hoy su cuerpo. Sanó enfermedades de muchas maneras, lanzó muchos demonios de los cuerpos humanos, alumbró ciegos y resucitó muertos. Fué en el dón de profecía muy excelente, porque describió muchas cosas secretas, y vió cosas en tiempos y lugares muy distantes.* [2] Además el P. Enrique Anríquez en 27 de Enero de 1552, antes que muriese San Javier escribía á San Ignacio: *Sabía Dios nuestro Señor cuán necesario era el P. M. Francisco en estas partes para todos nosotros y para los portugueses y cristianos y para la conversión de los infieles; no se puede decir cuán bienquisto es de todos el P. M. Francisco, y la gran reputación que*

---

1 *Criterion*, p. 76.
2 *Notes on miracles*, 1862, p. 53.
3 *Verm. Schrift*, p. 50, 57.

1 *Criterion*, p. 78.
2 *Vida de S. Ignacio*., lib. IV, cap. VII.

dél tienen, propter opera quæ operatur. Dominus conservet eum et vivificet eum. [1] Finalmente á los tres años de la muerte de San Javier el Rey de Portugal, Juan III, escribió al virey de la India encargándole hiciese información sobre los milagros de San Francisco y se la enviase firmada y sellada. En 1571 se publicó la carta del Rey en el libro *Rerum in Oriente gestarum* del P. Manuel Acosta: *Información que yo he visto de muchos y muy graves testigos, tomados con autoridad pública, por mandado del serenísimo Rey de Portugal Don Juan el tercero.* [2] ¿Saben leer los anglicanos?

Instan. Francisco Javier no intentaba confirmar ningún dogma con sus obras. Así Douglas y consortes.—R. No puede ser más calumniosa la afirmación. Una vez viendo el Santo que su predicación era cosa perdida, y que las palabras prestaban poco, echó mano á las obras y mandó á los indios que desenterrasen un muerto; hecha oración, en prueba de que les predicaba la verdad, volvió la vida á las cenizas heladas de aquel cadáver, y los que se hacían de mármol á sus razones, á vista de aquella espléndida demostración rindieron dóciles el cuello al yugo de la fe. Como un ministro holandés porfiase en ganar á los Paravas del Cabo de Comorín, *respondieron al protestante: el Padre Francisco resucitó por aquí cinco muertos; da la vida tú al doble y te oiremos.* [3]

Vuelven á instar. El P. José Acosta dice terminantemente que nunca oyó hablar de milagros hechos por los misioneros en toda la India. Así Douglas, [4] Farmer, [5] Roberts, [6] Mesurier. [7] —R. *Pongamos los ojos en el hombre de nuestro siglo, en el bienaventurado M.° Francisco, varón de vida apostólica, de quien tantos y tan ilustres milagros se refieren por muchos y muy idóneos testigos, que apenas se leen más y mayores de otro, fuera de los apóstoles.* Esto dice el P. José Acosta; [8] los protestantes quisieran leer todo lo contrario, porque leen al revés. No todos, sin embargo, leen mal. Samuel Musson cita á varios protestantes sinceros, como Baldæus, Halcuit, Tavernier, con cuyas autoridades propicias á los milagros de San Francisco Javier, quebranta la protervia y ablanda la dureza de aquel hereje que sin empacho decía: *todos los protestantes tienen por imposturas los milagros que de San Javier se propalan.* [1] No todos los protestantes han cerrado los ojos á la verdad histórica y filosófica de estos milagros; pero muchos se han cegado con ellos hablando sin tino, por pasión.

Con otro borrón quieren obscurecer la fama de nuestro taumaturgo. *En toda la historia no se da un solo ejemplo, ni bien averiguado, ni siquiera mencionado, de sujeto que haya ejercido ó pretendido ejercer el dón de lenguas.* Así Middletón, [2] Douglas y Paley.—R. Los biógrafos de San Francisco Javier á una voz escriben que en la India y en el Japón habló y trató con gentes de idiomas peregrinos sin haberlos aprendido. El espacio de diez años no le bastara para hacerse capaz de las infinitas lenguas que manejó en el Oriente, dado que ninguna otra ocupación hubiese tenido. La Bula de Urbano VIII, arriba citada, depone el hecho con toda claridad. Pero como los protestantes están reñidos con el dón de lenguas, será menester abrir aquí un paréntesis y detenernos en esta controversia. E. de Pressensé, que en materia de milagros eclesiásticos guarda misterioso silencio, exponiendo lo acaecido en la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles el día de Pentecostés, viene á decir que no hablaban lenguas desconocidas, sino *simplemente un lenguaje enigmático, extático* (un langage mistérieux, extatique). Porque *no hay rastro en los apóstoles de un dón sobrenatural de adquirir el uso de lenguas extrañas sin haberlas aprendido, no obstante la afirmación gratuita de Ireneo y Tertuliano.* [3] Y en otra parte, insistiendo en el dón de lenguas señalado por San Pablo en su carta á los Corintios, dice el mismo protestante que era *un lenguaje inarticulado, una salmodia misteriosa, manifestación extraña del estado de éxtasis, en que el pensamiento abismado en lo infinito ha perdido toda precisión, por estar absorto de algún modo por la efusión de lo divino.* [4] En el mismo sentido dice Renan que los apóstoles estando extasiados se mostraban

---

[1] *Cartas de S. Ignacio.*, t. III, 1877, p. 504.
[2] RIVADENEYRA, *Vida de S. Ignacio*, lib. IV, cap. VII.
[3] BERAULT-BERCASTEL, *Hist. ecclés.*, t. XXIII, p. 454.
[4] *Criter.* p. 73.
[5] *Disc. on miracles.*
[6] *Observat. sur un recit.*
[7] *Ramptosis Lectures.*
[8] *De procuranda Indorum salute*, 1589 lib. II, cap. X.

[1] *A review of miracles*, chapt. XIII, n. 35.
[2] *Inquiry*, p. 120.
[3] *Histoire des trois premiers siècles*, 1888. t. II, p. 153.
[4] Ibid. t. III, p. 227.

á la muchedumbre, y que ésta haciendo semblante de entenderlos teníalos por ebrios. [1]

Así discurren muchos protestantes. Otros dicen que το λαλεῖν γλώσσαις significa formar con la lengua sones inarticulados; para otros es barbotar ó hablar entre dientes sin decir palabra; para otros, mascullar ó hablar en jerigonza usando provincialismos; para otros, echar voces del pecho con entusiasmo; para otros, decir con franqueza y libertad lo que uno siente; para otros, usar la lengua única que fué común á los primeros hombres del mundo. De todas estas exposiciones ninguna hay que se conforme con la letra del texto. Dice San Lucas de los apóstoles, que *estando llenos del Espíritu Santo empezaron á hablar con varias lenguas* (ἑτέραις γλώσσαις), *que cada morador de Jerusalen les oia su propio dialecto* (τῇ ἰδίᾳ διαλέκτῳ), *que todos se pasmaban de cómo aquellos hombres siendo galileos usaban un modo de decir que cada uno de ellos entendía, que había en Jerusalen partos, medos, capadocios, egipcios, romanos, árabes, griegos, asirios, que todos y cada cual oia sonar su nativo idioma* (λαλούντες αὐτῶν ταῖς ἡμέτεραις γλώσσαις), *y que en fin no podían los presentes con su admiración preguntándose unos á otros, ¿qué significa esto?* [2] La claridad de este capítulo no se compone con la confusión y tinieblas de las sentencias indicadas: ¿qué mucho que los protestantes cuando rehusan conceder á los apóstoles un dón tan patente en los *Actos*, le nieguen á San Francisco Javier? Véase cómo Patrizzi, [3] Smith, [4] Corluy, [5] Köllner [6] asientan la realidad de la prerogativa apóstolica.

De dos maneras podían los apóstoles ejercitarla. O empleando su idioma propio eran entendidos por hombres de diversas naciones, ó tenían facultad innata é infusa para entender y hablar sucesivamente, y según la oportunidad de las ocasiones, idiomas no adquiridos por el uso. Santo Tomás [7] juzgó que los apóstoles no sólo declaraban á todos sus pensamientos, y eran entendidos de todos con el solo dialecto que usaban, pero que además poseyeron el dón de hablar lenguas y de entender á los que las manejaban. A este sentir se inclinan en general los expositores del aquinatense. [1]

No vayamos á pensar que los apóstoles llevasen en la boca un diccionario universal con todos los vocablos de todos los idiomas del orbe; no era menester, bastaba que expresasen sus conceptos en varios lenguajes, muchos ó pocos, según lo pedía la necesidad, así como tampoco requería la infusión de este carisma, que soltasen la lengua ó la pluma con gallardo y elegante estilo. [2] No confundamos la excelencia de este dón con la destreza de ciertos gentiles, con Mitrídates, rey del Ponto, que poseía el uso de veintidos lenguas; [3] Cleopatra, reina de Egipto que hablaba muchos idiomas; [4] Amalasunta, hija del rey Teodorico, que poseyó las lenguas de todas las gentes; [5] otros que pueden verse en el citado Matta: la habilidad de dichos personajes, áun suponiéndola averiguada, no pasaba de artificio natural, aprendido con diligencia y tiempo y á fuerza de tenaz retentiva; sin embargo, era limitada, caduca y muy imperfecta, como suelen ser las cosas humanas, muy diversas de las divinas. La gracia de los apóstoles se extendía á usar de un solo idioma y ser entendido por oyentes de diversas nacionalidades y lenguas. Esta singular maravilla podía acaecer, dice el P. Suárez, de dos maneras, *ya fuese que al oir todos los concurrentes las voces de un idioma extraño al suyo, percibieran el sentido y la intentada significación, ya fuese que las palabras del predicador, pertenecientes á una lengua hiriesen los oídos de los individuos sonando cual si fueran las propias y naturales de cada cual.* [6] Sentido y sonido, que vendrían á ser un especial favor otorgado á los oyentes en gracia del predicador.

Este dón singularísimo fué asegurado por el Salvador á sus creyentes. *Hablarán*,

---

1 *Les Apôtres*, p. 69.
2 *Act.* II, 4, 12.
3 *Comment in Act. apost.* cap. II.
4 *Dictionary of Bible*, *Tongues*.
5 *Dictionnaire apologét.*, art. *Langues*.
6 *De form* γλώσσαις λαλεῖν in Nov. Testam.
7 2.ª 2.ae, q. CLXXVI, art. 1.

---

1 SUÁREZ, *De Gratia, Prolegom.*, III, cap. V.—SALMANTICENSES, *Curs. theol.*, t. III, D. XVII.—THYRRHÉE, *De apparition.*, lib. II, cap. XIV. — MATTEUCCI, *Theol. canon*, tít. III, cap. III, art. 2, § 5. — SILVIO, In 2.am 2.ae q. LXXVI, art 1.—MATTA: Licet fieri potuisset quod propria et naturali eorum lingua docentes apostoli ab omnibus intelligerentur, convenientius tamen erat quod ipsi linguis omnibus loquerentur, quia hoc pertinebat ad perfectionem scientiæ per quam non solum loqui, sed etiam quæ ab aliis dicerentur, intelligere possent. —*De Sanctor. canonizatione*, 1678, p. III, cap. VI, n. 1.
2 BENEDICTO IX, *De servor. Dei beatif.*, lib. III, cap. XLVIII.
3 AULO GELIO, *Noct. attic.*, cap. VII, XVII.—VALERIO MÁXIMO, lib. VIII, cap. VII.
4 PLUTARCO, in *Antonio*.
5 SABELIO, *Ennead.*, lib. II.
6 Ibid., cap. V.

dice, *lenguas nuevas.* [1] Por la historia sabemos cuán puntualmente acudió el Espíritu Santo con esta gracia á sus siervos en casos de necesidad. San Ireneo refiere, como arriba se dijo, la realidad del dón de lenguas usado entre fieles de su tiempo, diciendo: *Perfectos llama el Apóstol á los que recibieron el Espíritu de Dios y hablan todas las lenguas por el Espíritu de Dios... Nosotros oimos á hermanos que hablan todas las lenguas por gracia del Espíritu.* [2] En igual sentido habla Tertuliano. [3] En las vidas de San Cadoco, [4] de San Teliao, [5] de San David y San Paterno, [6] de San Pacomio, [7] de San Luis Bertran, [8] se refieren casos de dón de lenguas, fuera de otros que cuenta Görres. [9] Y de San Vicente Ferrer sabemos que en Génova tuvo por oyentes griegos, alemanes, sardos, húngaros y otras gentes que sólo sabían su lengua patria, y confesaron al fin del sermón que no se les había escapado palabra. [10]

Es argucia de los protestantes, De Pressensé, Douglas, Farmer y demás, alegar que San Pedro, San Javier tuvieron intérprete, y con efecto hubieron de trabajar en hacerse capaces de ciertas lenguas. De San Javier sabemos, que á costa de mucho trabajo cultivó el malabar, el japonés, el chino. A esta dificultad hace tiempo que respondió el Cardenal Gotti, [11] pero los protestantes no saben allanarse á leer las respuestas de los católicos, y nos obligan á repetírselas en cada siglo. Suma ignorancia es en ellos la manera que tienen de argüir. El dón de lenguas, como gracia *gratis data*, no es habitual ni permanente. [12] Sólo en Cristo fueron habituales todos los dones. En los Santos van y vienen, y cada vez que los usan es por concesión del Espíritu Santo. San Javier experimentó en sí más de una vez la excelencia del dón de lenguas, como consta, ni los protestantes con todos sus raciocinios evidenciarán lo contrario. Argumentar, como hacen, equivale á probar que Cristo no resucitaba muertos porque había cementerios en Palestina, ni curaba enfermos porque hubiera hospitales. ¿Dónde han aprendido que para el dón de lenguas hay que ser un Mezzofanti, y hablar y escribir á todas horas los idiomas posibles é imaginables? San Francisco Javier pasó noches y días en estudiar lenguas. *Me he vuelto niño en el estudio, ¡ojalá lo fuese en la sencillez!,* [1] escribía, significando que andaba al estudio del japonés. No obstante, sin haberse dedicado al chino predicaba en Amanguchi á los chinos. [2] Además, con su mediano portugués, con su elegante castellano, con su fácil latín, en otras circunstancias se daba á entender á gentes que usaban lenguas extrañas y muy peregrinas. Cómo era, Dios lo sabe; pero de que poseía el dón de lenguas hay copia de testimonios, que hacen vanas las réplicas de los anglicanos.

Los calvinistas hacían de San Francisco Javier tanta estimación, que solían decir: *Si Javier fuese de los nuestros, le miraríamos con razón como otro Pablo.* [3] Y más claramente lo expresa por estas palabras el protestante Baldeus: [4] *Si la religión de Javier se compusiese con la nuestra, deberíamos estimarle y venerarle como á un segundo Pablo.* Afirma un ministro del culto anglicano, Ricardo Hakluyt: *Las historias modernas de las Indias están llenas de las excelentes virtudes y de las obras milagrosas de este santo varón.* Cita este dicho Fèvre, continuador de Darrás, [5] quien prosigue diciendo: *San Francisco Javier es un taumaturgo, no cabe dudarlo; los hechos son de ayer, numerosos y brillantes; fueron presenciados, historiados, testificados por veinte pueblos. Estos milagros ciertos resuelven la cuestión filosófica de su posibilidad, y rinden á la Iglesia un obsequio divino.*

---

1 Marc., XVI, 17.
2 Perfectos dicens eos qui perceperunt Spiritum Dei et omnibus linguis loquuntur per Spiritum Dei ...ἀκούομεν ἀδελφῶν παντοδαπαῖς λαλούντων διὰ τοῦ Πνεύματος γλώσσαις. *Contra hæres.*, lib. V, cap. VI.
3 *Contra Marcion.*, lib. V, cap. VIII.
4 BOLAND., 24 Jannuar., cap. I.
5 BOLAND., 9 Febr., cap. II.
6 Ibid. 7 BOLAND., 14 Maji, cap. III.
8 Bozio, *De signis Ecclesiæ*, lib. VI, sign. 22, cap. V.
9 *La mystique*, t. I, livre II, chap. XVII.
10 S. ANTONINO, *Sum. histor.*, tít. XXIII, cap. VIII.
11 *De vera Ecclesia*, t. I, cap. II, § 4.
12 BONA, *De discret. spir.*, cap. II.

1 *Cartas*, lib. VI, carta I.
2 LEÓN PAGÉS, *Lettres*, t. I, p. XCVI.
3 P. BOHOURS, *Vie de S. Fr. Xavier*, livre VI.
4 *Hist. des Indes*, p. 78.
5 *Hist. de l'Église*, t. XXXIV, 1885, p. 252.

ARTÍCULO II.

Siglo XVII. San Francisco de Jerónimo. — San Juan Francisco Regis. — San José de Cupertino. — Siglo XVIII. El Beato José de Oriol.—San Alfonso María de Ligorio.—San Pablo de la Cruz.— Siglo XIX. Observaciones sobre los taumaturgos.—Solución de algunas dudas.

Prosiguiendo la enumeración de los taumaturgos eclesiásticos, á Santo Toribio de Mogrovejo, arzobispo de Lima, se le debe este apellido, porque sus obras fueron en la América meridional comparables á las de San Javier en la India oriental. El apostolado en que Dios le puso, fué glorioso por el dón de milagros. Sintieron el imperio de su palabra los elementos, las enfermedades, la muerte, lo oculto y porvenir. Así consta en la *Vida* que en el mismo siglo escribieron Antonio de León, Cipriano Herrera, Agustín de Macedo, Anastasio Nicoselli. Como Dios le comunicó muy á llena mano los tesoros de su poder, así fué su apostolado provechoso, y logró convertir en rosas de celestial fragancia las flores salvajinas de aquel nuevo mundo.

En el mismo siglo San Francisco de Jerónimo gozó el nombre de taumaturgo con justa razón. En una de las excursiones apostólicas que hacía por el reino de Nápoles, vió cerrada la puerta de una casa de malvivir, y preguntada la causa y oyendo decir que el día antes había fallecido de repente una mujer de mala fama, deseó ver su cadáver. Entra con otros en el aposento, y revestido de superior espíritu exclamó: ¿Catalina, dónde estás ahora? —Abre los ojos la difunta y con triste y ronca voz responde: En el infierno, en el infierno. Salieron todos espantados de la casa y con deseos de confesarse. En otra ocasión platicando al pueblo, acertaron á pasar por allí unas mujeres, y como no quisieron detenerse sino que pasando habían de turbar la función, el santo misionero puso el crucifijo delante de los caballos que tiraban del coche, y ellos se pararon y se estuvieron dobladas las rodillas medio cuarto de hora. Una monja lega que no sabía escribir, al solo mandato del Padre Francisco asentó muy bien los dedos y siguió el rastro de las letras á maravilla con pasmo de las otras monjas. A un niño de dos meses le movió la lengua y le hizo formar el habla. Invocando á su protector San Ciro hacía muy extrañas curaciones. [1]

El dón de profecía poseyó en alto grado. Cuéntanse noventa predicciones en los procesos. Entre otras profetizó á San Alfonso María de Ligorio, niño á la sazón, que viviría noventa años y sería obispo. A la muerte de San Francisco de Jerónimo fué teatro de grandes milagros su sepulcro, y creció el número en la traslación de su cuerpo á la iglesia del *Jesús Nuevo*, en 1822.

San Juan Francisco Regis señaló su apostolado del Languedoc, Puy y Vivarés con estupendas maravillas. Rompiósele una pierna de una caída que dió, y al punto se le curó la rotura sin emplear remedio humano. Tres veces hallóse lleno de trigo un alfolí del todo vacío, por su oración. Con ella logró cesase el contagio que en Montfaucon hacía estrago. En Tai dió vista á dos ciegos, en Marlhes curó á un endemoniado. En fin, no hubo misión de las infinitas que corrió por los pueblos del Mediodía de Francia, que no quedase marcada con algún raro prodigio. Han crecido después de su muerte y glorificado su nombre en el lugar de Lalovesco, donde descansan sus sagrados restos. A la altura de aquellos riscos sube cada año de todas partes la devoción de los peregrinos, autorizando el Señor con curaciones milagrosas, como la que en 1871 por nuestros propios ojos presenciamos, el poderoso valimiento del apóstol del Vivarés. Claudio de la Brue y el Padre d' Aubenton escribieron los portentos de su vida.

En el mismo siglo XVII San José de Cupertino, de la Orden seráfica, llenó con toda verdad el título de taumaturgo. Entre arrobamientos estupendos que le sacaban con frecuencia de los sentidos, entre fragancias prodigiosas que exhalaba su cuerpo, entre profecías que eran en él extrordinarias, entre otros carismas divinos, fué singular en él la gracia de las curaciones que le dieron gran nombradía. Nuestro Señor que tenía puesto sobre él sus soberanos ojos, con los resplandores propios de un taumaturgo esmaltó su preciosa vida y gloriosa muerte. [2]

Favorecido fué el siglo XVIII con los milagros del Bto. José Oriol, ilustre barcelonés. Haciendo la señal de la cruz, ó aplicando la mano volvía sanos á enfer-

---

[1] *Vita*, dal P. Longaro degli Oddi, 1806, lib. III.

[2] *Compendio della vita, virtù e miracoli*, da Fr. Domenico Andrea Rossi, 1767, p. 24, 67, 74, 97.

mos desahuciados y sin esperanza de vida. Fué tan rara en él esta gracia, que de los pueblos de Cataluña le llamaban para casos desesperados, y él regalaba á los dolientes con el beneficio de la salud. A nuestra Señora del Pino, donde era beneficiado, acudían cada día tropas de enfermos y achacosos; el Bto. José con la bendición concedía á los sordos oido, á los ciegos vista, habla á los mudos, y á otros afligidos de males incurables perfecta y entera sanidad. Dícelo Pío VII en su decreto de beatificación por estas palabras: *Era celebrado en toda suerte de virtudes, curaciones milagrosas, conocimiento de cosas ocultas y pensamientos secretos, en milagros y profecías, que pregonó por doquier la voz de la fama: los enfermos entraban atropados á ciertas horas en una iglesia señalada por él, y á vista de muchedumbre de fieles los curaba y consolaba.* [1]

Muchos fueron los milagros con que Dios canonizó de antemano la santidad y doctrina de San Alfonso María de Ligorio. Vistos los procesos de su causa resulta haber hecho en vida más de ciento, en casi toda suerte de lances. Alimentó á treinta y tres personas con cortísima cantidad de comida, apagó un incendio horroroso con una imagen de la Virgen, haciendo la cruz desviaba la lava del Vesubio, apareciósе á una mujer enferma que vivía lejos y la curó un humor maligno repentinamente, dió habla á un niño mudo con solo santiguarle la frente. Referir por menudo todos los prodigios de su vida sería cosa enojosa. De los procesos consta que yendo por la calle, á pie ó en carruaje, se le presentaban enfermos, y echándoles la bendicion se sentían aliviados. Cuando los achaques no le permitían salir de casa presentábanle en palacio los dolientes, y de igual modo los reducía á mejor estado. Así no tienen cuento ni pueden reducirse á cifra los portentos obrados en vida. Después de muerto sabemos que no hizo tantos. Por donde se viene á concluir que con San Alfonso de Ligorio se singularizó el Señor siguiendo otro camino que con los demás Santos. Lo ordinario fué siempre haber sido más en número los milagros después de la muerte que durante la vida, porque convenía para gloria de los mismos Santos y honra de la verdadera santidad, que Dios la testificase después y la diese á conocer á la Iglesia con testimonios inequívocos. San Alfonso María fué una excepción en el orden de esta providencia. [1]

Finalmente San Pablo de la Cruz, fundador de los Pasionistas, fué portento de la gracia. Desde niño previnole Dios con singulares bendiciones y le ilustró con admirables carismas. Más adelante, fundada la congregación, fueron incesantes sus raptos, resplandores y visiones celestes. Se le vió á veces levantado del suelo y bañado en dulcísimas luces. Cuando predicaba oíase una voz que le dictaba las palabras que decía, y á larga distancia era oido y entendido por el auditorio. [2] Esclarecido en él fué el dón de lenguas, de profecía, de discreción de espíritus, ni fué menos raro el poder que poseyó sobre los demonios, enfermedades y elementos de toda la naturaleza sensible. [3]

Entremos en el siglo XIX, siglo de perversidad y de tinieblas, y también de reacción católica. Los taumaturgos que en los precedentes siglos hemos contemplado, demuestran que nunca cesó Cristo de cercar á su Iglesia alumbrándola con los resplandores de sus milagros, y fecundándola con los influjos de sus celestiales gracias. En ella, que es de sí un gran portento y cuya duración es obra de grandísimo milagro, se cumplen las antiguas profecías, que son también esplendorosos milagros. Mas los milagros de los taumaturgos eclesiásticos no son pruebas necesarias de la divinidad de Cristo ni de la divinidad de la religión católica; son señales honrosas de la santidad de sus miembros, son regalos de la divina protección, argumentos de que tenemos abogados en

---

[1] *Vida*, por D. Juan Francisco Masdeu, 1807, p. 123, 158.

[1] *Compendio della vita, virtù e miracoli*, dal Padre D. Vincenzo Antonio Giattini e dal Sacerdote Giacinto Amici, 1802, cap. X.—*Vida*, por el P. Victorio Loyódice, 1874, lib. II, cap. XVIII; lib. IV, cap. XII.

[2] Una *Memoria* de Krishaber titulada *Investigaciones experimentales sobre la voz*, ofrece las conclusiones siguientes: 1.ª Las cuerdas vocales productoras del sonido no determinan por sí solas sino sonidos muy apagados, cuyo valor músico es difícil de apreciar.—2.ª Refuerzan poderosamente la intensión de estos sonidos primarios de las cuerdas vocales, las cavidades faringo-bucal y faringonasal, que hacen el oficio de resonadores.—3.ª El vestíbulo y los ventrículos de la laringe no tienen influencia en la intensidad del sonido.— 4.ª La voz recibe el carácter de su timbre del mismo origen que el de su intensidad, con la diferencia, que el timbre se determina principalmente por la cavidad buco-nasal y la intensidad por la faríngea, á cuya amplitud es una de las condiciones más esenciales de la potencia de la voz.—*El Siglo Médico*, 1880, p. 786.

[3] *Vida*, por el P. Luis-Teresa de Jesús, 1869, cap. XX, XXVII.

la gloria, demostraciones de alegría que dan los cielos, estremecimientos gloriosos de la corte celestial, indicios ciertos del amor que tiene Cristo á sus escogidos. El protestantismo estéril y falto de fecundidad, lejos de dar hasta el presente muestra alguna de santidad, antes muchas de furiosa crueldad y de redomada soberbia, ha labrado á los hijos de la Iglesia católica esplendentes coronas y palmas. Inglaterra, Holanda, Francia, Irlanda fueron campos de sangrientas luchas. Después la revolución francesa así como engendró apóstatas sin cuento, no dió menos que á manos llenas ocasiones de merecer á muchos héroes católicos, entre los cuales bien podríamos contar laureados mártires.

El respeto debido á la autoridad de la Iglesia nos ata las manos, y no nos deja calificar por verdaderos milagros los hechos insignes que acaecieron á la muerte de tan señalados personajes. Si todos ellos, imitadores de la cruz de Cristo, recibirán un día los honores de los altares, lo ignoramos; pero la Corte de Roma ha dado á muchos de ellos el título de Venerables, y de algunos es permitido afirmar que no solamente hicieron milagros póstumos que decidan presto su solemne Beatificación; mas áun esmaltaron sus edificantes vidas con hazañas milagrosas: tales son los Venerables fundadores Andrés Huberto Fournet, Luis María Beaudouin, Antonio Receveur, Julia Billiart, María Rivier, Emilia de Rodat, José Benito Cottolengo, y algunos más, mencionados por Arturo Loth, [1] que han reproducido en el siglo actual las proezas de los más famosos taumaturgos.

Ninguno de los Beatos ó Santos modernos ha merecido la honra del culto sin resplandecer primero con la auréola de virtudes heróicas y con el lustre de auténticos milagros. La religión de la Compañía de Jesús en los tres últimos siglos ha levantado sobre los altares á trece Santos y á noventa Beatos, é introducido además cincuenta causas de Siervos de Dios en la Congregación de Ritos. Cuán grande cúmulo de milagros presupongan estas cifras, alcánzalo perfectamente quien sabe lo indispensable que son los milagros para promover, fallar y llevar á término la Beatificación y Canonización de un varón justo. Memorables son los que en estos últimos años han canonizado á Alonso Rodríguez, á Pedro Claver, á Juan Berchmans, y dado renombre de Beatos á los Venerables Pompilio, Perboyre, Baldinucci, Fr. Diego de Cádiz, Juan de Avila, y á otros muchos de cuya canonización se trata ya. [1]

¿Qué diremos de siervos de Dios, cuyas causas están introducidas y en camino de fallarse? Los mártires del Oriente, Francisco Javier Bianchi, Claudio de la Colombière, Nuncio Saprizio, Cristina de Saboya, Diego Libermann, José Pignatelli, Ana María Taigi, Vicente Strambi, Gaspar del Búfalo, Sofía Barat, Magdalena Canossa, Juan Bautista Vianney (cura de Ars); todos estos héroes, y otros muchos que el tiempo irá ilustrando (Don Juan Bosco, Bernardo Overberg, Antonio María Claret, Isabel Letón), son modelos de relevante santidad que edificaron á nuestro siglo con la solidez de sus virtudes, y prometen ilustrarle un día con el asombro de los milagros. No constan auténticamente los obrados por la intercesión de estos ejemplares católicos, contemporáneos nuestros; la Silla apostólica, prudentísima en sus fallos, tiene por corto el espacio de uno y dos siglos para madurar sus decretos; no nos es lícito prevenir su inapelable juicio, ni calificar antes de tiempo á los que ella no levantó del polvo á la honra del culto católico. A la verdad, una de las principales glorias de nuestro amadísimo Papa León XIII, bastante por su singular grandeza para dignificar é inmortalizar la vida de un Romano Pontífice, ha sido el haber sacado de la sombra á la pública luz y promovido con eficacia las causas de tantos varones insignes en santidad, que invocados por los fieles mostraron con magníficos favo-

[1] *Le miracle en France au XIXe siècle*, chap. X

[1] En 1818 por la intercesión del Venerable Benito Labre se obró una curación milagrosa en la persona de Josefina Marini; otra, cuando ya beatificado, en 1860 en María Luisa de la Inmaculada Concepción. La Beata Germana Cousin hizo dos, el uno en 15 Noviembre de 1854, el otro en 14 Junio de 1858, á cual más admirables, sin contar las multiplicaciones de substancias alimenticias debidas á su invocación. El Beato Grignon de Monfort en Marzo de 1870 dispensó á Regina Malle la curación de una insanable cojera. El Beato Juan Bautista de la Salle en Febrero del 32 y en Abril del 81 fué autor de dos favores milagrosos. El Beato Pedro Chanel, mártir glorioso, ha despedido rayos de celestiales beneficios en favor de la Oceanía. Con mucha razón espantado el escritor Arturo Loth á vista de los milagros con que Dios protege á los católicos franceses, exclama: «En aucun temps, en aucun pays, il n' y a eu plus de miracles qu' en France, à notre époque.» *Le miracle en France au XIXe siecle*, 1894, Introd. p. 31.

res la verdad de su celestial patrocinio. Quien tantos desvelos emplea en hacerse glorificador de los amigos de Dios, asegurada tiene la recompensa de sus generosos servicios. Aun prescindiendo de esta providencial disposición del Pontífice reinante, tenemos por cosa cierta, que así como en éste y en los anteriores siglos la continuación de los milagros acrecentó la gloria de la religión católica, así también la seguirá acrecentando hasta el cerrar de los tiempos enalteciendo con su grandeza la santidad y divinidad de la Iglesia. [1]

En los obradores de milagros que hasta aquí van referidos no ha sido nuestro pensamiento exponer la lista de taumaturgos que en cada siglo resplandecieron, fuera tarea muy costosa; sólo se han apuntado algunos que sirvan para demostrar con evidencia de razón cuán llena está la historia eclesiástica de maravillas asombrosas y edificantes. Sin embargo, muy tasado es el número de los taumaturgos si los comparamos con los varones de santidad eminente, con los pontífices virtuosísimos, obispos preclarísimos, sacerdotes humildísimos, apóstoles celosísimos, hombres y mujeres de aventajada perfección que multiplicaron en su vida obras santas sin acompañarlas con una sola que fuese activo milagro. La sagrada Orden de San Benito, madre fecunda de santos, pocos son los taumaturgos que cuenta, las Ordenes mendicantes tampoco andan ricas de ellos, indicio claro de que el blasón de taumaturgo no está vinculado á oficio ni ministerio, sino sólo á dispensación de la adorable providencia.

Tampoco es razón inferir que los muchos milagros, atribuídos por los historiadores á un taumaturgo, á San Bernardo, á San Vicente Ferrer, á San Francisco Javier, fuesen todos cabales y filosóficos sin género de duda. Fácilmente creemos que entre los muy verdaderos, algunos se ingirieron que eran dudosos, algunos inciertos, algunos nulos, porque en materia de prodigios, cuando abundan, es fácil que yerre el tiro la credulidad del relator y dé muy lejos de lo sobrenatural que ha de constituir el milagro, así como también es hacedero que no acierte con todo lo que es milagroso. Pero lo que no cabe en humana conjetura es que todas las operaciones narradas de San Bernardo, de San Vicente Ferrer, de Santo Domingo, de San Antonio de Padua, del Beato José de Oriol hayan sido naturales, fabulosas, supositicias, quiméricas y de ningún modo acaecidas. Los fueros de la historia no consienten tan inconcebible ilusión ó impostura.

Los deistas del siglo XVII, XVIII, XIX, incitados del horror al orden sobrenatural han buscado trazas y caminos por donde, haciendo las sospechas verdades, menoscabar la autoridad de los historiadores que cuentan milagros acaecidos en la Edad Media, la cual renombran época de superstición, de ignorancia, de fanatismo; contra cuyo criterio si no se precaucionan los católicos, no cayendo en su ánimo sospecha, será fácil que echen las cosas á la peor parte y sepulten en el silencio el providencial ministerio de los taumaturgos; y ya que les den cabida en sus libros, si no usan de cautela, los presentarán como varones señalados por su elocuencia, heróica santidad, destreza en los negocios públicos, ascendiente sobre las voluntades humanas; pero envolverán en sombras con reservas y atenuaciones las milagrosas hazañas con que llevaron adelante la luz del Evangelio y la reforma de costumbres. Así lo vemos por desgracia en autores recientes, aunque se llamen César Cantú, Hergenröether, y semejantes.

La incredulidad hace mofa de la historia eclesiástica y tiene por flor de prudencia contar entre las fábulas las maravillas de Dios. En verdad, prudencia es el no recibir cerrados los ojos toda suerte de narraciones, como quiera que la credulidad de los pueblos, la fantasía de los escritores, la envidia y el interés, la malicia y la ignorancia han forjado no pocas historias

---

[1] Un caso notable refiere el Cardenal Pie, acaecido en Migné, diócesis de Poitiers, á 17 de Diciembre de 1826. Estando el cielo sereno vióse una cruz resplandeciente sobre la iglesia parroquial de Migné, después de plantarse un trofeo en memoria del jubileo celebrado en dicha parroquia. La Cruz era de color blanco plateado, larga de unos ciento cuarenta pies, muy regular y bien formada. Tres mil personas la contemplaron por espacio de media hora. El *Constitutionnel* (25 Febrero 1827) no negó el hecho, tampoco le dió por milagroso, pero pasó por alto el juicio emitido por la comisión que el obispo había nombrado para inquirir sobre la aparición. En efecto, este prodigio después que estuvo sometido por espacio de once meses al examen de los comisarios episcopales, sabios y profesores de ciencias, fué aprobado por muchos obispos y estimado milagroso por el Papa León XII.—Breve, *Allata iam*, 18 Abril 1827.—*Etsi maxime*, 18 Agosto 1827.—Pastoral del Ilmo. Sr. Bouillé, 28 Noviembre 1827.—Pastoral del Ilmo. Sr. Pie, 18 Nov. 1876.—Algunos puntos de contacto tiene esta aparición con la descrita por San Cirilo, y expuesta en el cap. XI. ARTURO LOTH, *Le miracle en France au dix-neuvième siecle*, 1894, p. 33.—Semejantes acaecimientos pueden verse referidos por Spondano en el siglo XVI.

estupendas, que pesadas en justa balanza hállanse de ningún momento, por fundarse en hablillas del vulgo ó en tradiciones inconstantes. Gran cuidado ha tenido la Iglesia católica en precaver el yerro del vulgo simple considerando la vana creencia como calamidad digna de eficaz remedio. Por esta causa dispuso el Santo Concilio de Trento, y en otra parte lo dijimos, que se pusiese en la inquisición de los milagros suma diligencia y que ninguno fuese recibido sin la aprobación de los obispos, la cual debe ir fundada en el consejo de varones piadosos y doctos, y nivelada por las reglas de la piedad y verdad.

Los milagros que de los santos taumaturgos van resumidos no han parecido ante el tribunal de la Iglesia ni de sus obispos, porque acostumbra la Iglesia romana llamar á juicio los milagros, tan solamente en caso de tener que hacer justicia de la santidad de sus hijos cuando se solicita por los fieles su beatificación, ó canonización; y entonces los únicos milagros, de que pide cuenta con gran rigor, son los acontecidos después que el siervo de Dios cerró los ojos á esta vida mortal; los obrados en vida ni los mete en pleito ni ocupa en ellos su principal consideración.

No por eso los milagros de los taumaturgos se hallan faltos de crédito. Si tuvieran en su abono la sola voz del vulgo, si pudiera razonablemente sospecharse que traen su origen de inconsideración, de ignorancia, de malicia, imprudente sería el asenso por falta de bastante averiguación, y condenable por nimia sería la credulidad. Pero cuando los hechos son testificados por autores contemporáneos ó muy vecinos á los acontecimientos, cuando eminentes críticos los han purificado y pasado por el crisol de su leal saber, cuando escritores gravísimos y de ajustado criterio los dan por verdaderos milagros, cuando la devoción de los pueblos, el sentir de los doctos, la discreción de los santos, de unos varones santísimos niega constantemente que hiciesen milagros y á otros tal vez no tan santos porfiadamente se los conceden, linaje de volterianismo sería y de altanero racionalismo poner mancilla en narraciones tan autorizadas, porque sería negar á todo hecho histórico la verdad por innumerables autores calificada.

Tales son los hechos que en estos quince siglos hemos someramente tocado respecto de los taumaturgos. Generalmente hablando, el narrador que de cada uno escribió fué hombre veraz y docto, testigo ocular ó auricular, y debe hacer fuerza su testimonio por la condición del que le da. La calidad, no tanto la cantidad, de los testigos es la que pesa y hace preciosa la aseveración y digna de reverencia. Habríamos podido, si el intento diera lugar, hacer esto palpable examinando en particular el mérito de cada historiador, y discutir por menudo, como de San Bernardo va dicho, las circunstancias en que cada autor escribió, y las dificultades que cada vida taumatúrgica ofrece, como en la de San Javier hicimos; principalmente, que los más de los taumaturgos dichos se hallan estimados por tales en las Bulas de canonización, emanadas del tribunal supremo después de las más exquisitas diligencias, como resultantes de los procesos informatorios.

Finalmente, notaremos que el señalar á cada siglo taumaturgos, ó hacedores de milagros en vida, conforme lo intentaron el Cardenal Belarmino [1] y el P. Lessio, [2] no ha sido con propósito de pretender que en todos los siglos por venir haya de haber taumaturgos, ó autores de milagros en vida; pues que á la manifestación de la vitalidad exuberante de la Iglesia basta que en el decurso de los siglos haya milagros hechos por invocación ó por las reliquias de los santos del cielo. Si todos los milagros reducidos á compendio en este y en el anterior capítulo, fueran falsos ó de ninguna manera creibles, no tendría falencia la perennidad de los milagros en el trascurso de los siglos, como sea verdad que antes de la beatificación ó canonización de los santos debió siempre y deberá en lo sucesivo preceder la verificación de los milagros consecutivos á la muerte del siervo de Dios y examinados por el juicio de la Iglesia romana.

---

1 *De Notis Ecclesiæ*, lib. IV, cap. XIV.

2 Consultatio: quæ fides et religio sit capessenda; *consider*. IV.

ARTÍCULO III.

La Virgen Santísima es un milagro.—Autoridades de los Santos.—El Santuario de Lourdes.—Clamores del naturalismo contra las apariciones.—Violencias del poder civil.—La verdadera ciencia está por el milagro.—La prensa contradice á la ciencia.—La comisión diocesana.—Concurrencia de peregrinos.—Cartel de desafío.

Gran milagro es María. Diósela al rey Acaz el profeta Isaías por rara señal y por suma de los milagros que podía pedir: *Una Virgen concebirá á un varón. Con mucha razón llaman á la Virgen milagro prodigioso y oficina de milagros, por la admiración y espanto que causan así su vida milagrosa como los milagros y prodigios nunca vistos que en ella se obraron. Y así San Ignacio mártir la llama* prodigio celestial y sacratísimo milagro de la gracia; *San Epifanio,* misterio secreto del cielo y de la tierra *y* espantoso milagro entre las obras de la gracia; *San Juan Damasceno la llama* nueva maravilla *y* abismo de milagros, *y da voces á Salomón que deje ya de afirmar que no hay cosa nueva debajo del sol, y que oiga al profeta Jeremías lo que dice, que crió Dios una cosa nueva sobre la tierra, hablando de la Virgen. Y finalmente es muy usado de los Santos llamarla con semejantes nombres, llevados de la admiración de las raras y prodigiosas maravillas que en ella resplandecen.* [1] La que es admiración de los ángeles, pasmo de querubines, asombro de las virtudes, grandeza peregrina, primor y elegancia del mundo, ¿qué mucho sea rica en milagros y sacratísimo espectáculo de portentos y maravillas? La que dió sus entrañas por oficina donde se fraguase aquel gran milagro de la Encarnación juntándose humanidad y divinidad en unidad de persona divina, quedando ella verdadera madre de Dios, del mismo Dios recibió las llaves del cielo y los tesoros del mundo para que acudiesen á su poder por milagros los mortales en las angustias de la vida.

Era muy puesto en razón que á los hombres del siglo XIX, que tanto asquean el milagro, les diese en rostro con él nuestro soberano Señor, y los dejase aturdidos y confusos, sin estar en su mano cerrar los ojos á la grandeza del divino poder. A la turba de incrédulos y de semi-creyentes, que si admiten la posibilidad, claman contra la verificación del milagro, era justo que tomase la mano la Reina del Cielo, y viniese á ponerlos de pies en el camino de la verdad atajando de todas maneras los efugios que para rehusarla habían de inventar. [1] La cueva de Lourdes es la escuela donde la Emperatriz de los cielos con la palmatoria en la mano meterá por los ojos á nuestros sabios una importante lección.

Bernardeta de edad de catorce años, endeble y de poca salud, el día 11 de Febrero de 1858 tuvo en la gruta de Lourdes esta visión. Aparecióle una matrona de extraordinaria hermosura, vestida de blanco, dos cintas azules le bajaban hasta los pies y otra también azul le rodeaba la cintura; de la mano le colgaba un rosario. Al punto comenzó la gritería de los *sabios*: Alucinacion, catalepsis; [2] y con voces despertaban á los dormidos diciendo: *Detenga la Aparecida el curso del sol como Josué, saque agua de la peña como Moisés, sane enfermos incurables, mande á la naturaleza, y creeremos; mas ¿quién ignora que semejantes cosas ni son ni serán jamás?* Estos eran los clamores del racionalismo más amedrentado que corajoso.

El comisario de policía, Jacomet, quiso informarse de la *visionaria* y que diese razón de sí á un severo interrogatorio (21 Febrero, 1858). Las respuestas dejaron desairada la petulancia del hombre, y hubo de perder el bocado en que confió dar dentellada. Otro, M. Dufo, abogado incrédulo, hizo preguntas de propósito á Bernardeta, y tuvo que oir las respuestas humillado y rendido. A los 25 de Febrero la extática, entre innumerable concurso, después de la visión acostumbrada, por indicación de la aparecida escarbando con los dedos el suelo ve mojada la tierra con agua. Los filosofastros llamaban casual aquel sudor de la gruta, mas como el hilo de agua se hiciese mayor, y la fuente manase y llegase á dar en aquella semana 120

1 P. Fr. José de Jesús María, carmelita, *Historia de la vida y excelencias de la Virgen María Nuestra Señora*, 1675, cap. II.

Es sabido que Mahoma llegó á llamar á la Virgen Santísima *manifiesto milagro* (Alcorán, Azoar 31); lugar explanado y encarecido por el P. Fr. Lorenzo de Zamora en su *Monarquía mística de la Iglesia*, tercera parte, 1614, psalmo LXXXVI, vers. 5, fol. 51.

1 Fáltanos espacio para conmemorar dignamente la revelación, propagación y efectos sobrenaturales de la *Medalla Milagrosa* (18 Julio de 1830), las manifestaciones divinas de la *Virgen de las Victorias* (3 Diciembre de 1836), la admirable conversión del judío Ratisbona (31 de Enero de 1842), la aparición de la Saleta (Septiembre del 46), y otras gracias extraordinarias concedidas por la Madre de Dios en romerías y santuarios.

2 Le Lavedan, 18 Février 1858.

mil litros de agua cristalina y potable al día, por no sufrir aquel baño de vergonzosa confusión dijeron mil demasías, y en particular que siempre había habido manantial en aquel paraje. Pero mientras atronaban al público con sus voces, el agua recién salida fué aplicada á un hombre que adolecía de una *amaurosis incurable*, y en aquel instante quedó extirpado el mal desde su raíz. Para obscurecer la verdad del milagro los que porfiaban que de antiguo existía la fuente, fué menester negasen, como negaron, que el hombre (Bourriette) tuviese el ojo malo, concediendo á lo sumo que se creía sano sin estarlo de veras.

Las curaciones instantáneas se alcanzaban unas á otras. El agua benéfica era apetecida y buscada con ardor. A fin de excusar desengaños el obispo de Tarbes, Mons. Laurence, silencioso y confiado veda y pone ley á su clero para que no se acerque á la gruta. *Al revés el barón Massy, gobernador, guarnece con cuerpo de guardia aquel sitio y con centinelas coge las avenidas. A pesar de estas precauciones crece la concurrencia de los peregrinos y la frecuencia de los prodigios. La traza de los periódicos librepensadores es callar los sucesos verdaderos y fingir milagros falsos atribuyéndolos á Bernardeta.* [1]

A los 25 de Marzo dice la aparecida á la niña Soubirous: *Yo soy la Inmaculada Concepción.* Nadie oyó ni vió cosa, sino sola Bernardeta. Otras muchachas se vendían por videntes; sus visiones se desvanecieron de la noche á la mañana, pero las de nuestra niña eran frecuentes y con todas las señales de buenas y castizas. Al eco de la fama los pueblos corrían desalados, y en tocando el agua á los enfermos curaban ó en el acto, ó en breve tiempo. Llega á oídos del ministro de Cultos el raro acontecimiento, y determina que se veden á la joven las idas y venidas á la cueva (12 Abril). El obispo de Tarbes no tiene muerta la esperanza.

Los médicos, incrédulos los más de ellos, condenan el rumor del hecho; primero tachan de hipócrita á Bernardeta, después por alucinada, en fin por demente. Los buenos los instan á que se hagan testigos de los éxtasis; responden ellos que se sabían de coro que no hay milagros en el mundo. El Dr. Dozous, médico incrédulo, se ofrece á desbaratar aquellas quimeras. Va á Lourdes, estudia el temperamento de la extática, no la suelta de la mano, la pulsa antes y después de los éxtasis, por dieziocho días continuos presencia estos fenómenos. En uno de ellos, llega la niña á poner las manos, que tenía enclavijadas, sobre una vela encendida, fija en el suelo: la llama serpeaba y se mostraba entre los dedos. Los circunstantes al verlo querían estorbar aquella molestia, pero el Dr. Dozous no dejó que nadie se le acercase. Un cuarto de hora permaneció Bernardeta en esta postura. Después Dozous examina detenidamente las manos, y no halla resabio de quemazón. Y arrimando la vela á la niña fuera del éxtasis, notó que no era insensible. Tenemos dos hechos prodigiosos: insensibilidad é incombustibilidad. La insensibilidad es común á los éxtasis, como más adelante veremos, y se obtiene con el cloroformo, cocaina, hipnotismo, etc. La incombustibilidad no es natural, porque el calor, áun sin causar dolor, carboniza la epidermis y las partes profundas de la piel. En nuestro caso, la piel de Bernardeta quedó ilesa sin señal de quemadura, sin descomposición del tejido, al calor de la llama. Más de cien personas fueron testigos. Zola, en vez de examinar con detención el prodigio, hurtando el cuerpo á la dificultad se contenta con una relación superficial y enigmática diciendo: *Sobre el cirio dejó la joven por mucho tiempo la mano inadvertidamente* (par megarde), *sin quemarla.* [1] En estos dos meses tuvo Bernardeta dieziocho éxtasis: después cesaron del todo. Entre tanto corrían rumores de curaciones milagrosas obradas lejos de la cueva por el agua de la fuente.

Los enemigos del milagro hacen extremos por poner silencio al ruido de tantas maravillas. Los sabios llaman otra vez á su tribunal á la extática, y sellan con el silencio la boca, avergonzados. Un magnetizador quiere magnetizarla, y nada logra de aquel temperamento linfático. Promesas y amenazas ninguna mella hacen en su pecho virginal. Dos médicos ponen á prueba su cordura y discreción, y declaran que no es posible sea ilusa ó demente. Sin embargo, el gobernador manda llevarla al hospicio de Tarbes y

[1] *Ère imperiale*, num. 6 mars, 1858.

[1] *Lourdes* 1894, p. 107.

quitar las cosas devotas de la cueva. (4 Mayo.)

Para poner en ejecución estas órdenes del gobernador, el comisario de policía busca por treinta francos un carro, y no le halla: al fin una mujer, que se quebró una pierna el día siguiente, le facilita á Jacomet un carretón para acarrear las cruces, estatuas, cuadros, cirios, rosarios, collares, dijes, ramilletes, alfombras, cestillas y dineros de limosna; y tomándole á un hombre, que el mismo día se desgració los piés, una segur para echar abajo la balaustrada que cercaba las presentallas dichas, dejó la cueva desnuda y limpia como estaba antes de la aparición.

La prisión de Bernardeta no se hizo porque M. Massy, examinado con diligencia el temperamento de la doncella, no la tuvo por loca ni por ilusa. Con esto venía á confesar en cierto modo la realidad de los milagros, por más que se opusiese á ella de punta en blanco. Menudeaban los casos de curaciones repentinas. Como no las podían negar, inquirían los *sabios* la razón de ellas en las cualidades minerales de aquel raudal; y cual si la fuente por llamarse termal ó terapéutica fuese propiedad del Estado, el alcalde prohibe tomar agua y entrar en la cerca. Mas hete aquí que un famoso químico de Tolosa M. Filhol (7 Agosto 1858) examina con toda escrupulosidad el agua de Massabielle, y en informe oficial depone ser común, cristalina y desprovista de propiedades sanativas; y sin embargo, sanaba repentinamente á los desahuciados.

Para colmo de desaciertos el ministro de Cultos, Rouland, intenta hacer violencia á la devoción de los fieles que anhelaban el agua de Lourdes. Al mal informado ministro le sale al encuentro el valeroso Obispo, y con eficaces razones reporta y reduce al silencio la insolencia del hombre lenguaraz que había osado llamar *ceremonias grotescas, comedias escandalosas, deplorables manifestaciones* las cosas que en la cueva habían sucedido.

El poder civil desbaratado y confuso, lejos de rendirse empéñase en lucha fiera intentando decidir su triunfo por las hojas de los periódicos. Los órganos del naturalismo, franceses y extranjeros, se mancomunan, arman algazara contra los milagros de Lourdes, quién [1] se declara contra la existencia del milagro apodándole *espantajo* de la seria convicción, quién [1] disfraza con falsedad las cosas y calumnia las personas vendiendo las maravillas por trapacerías de curas, [2] quién anuncia que Bernardeta se volverá loca antes de acabarse el mes, quién recibe con risadas y desprecia con escarnio la pastoral del Obispo de Tarbes; [3] por otra parte, los papeles católicos vuelven por la verdad denodados y exigen con instancia que se consideren las cosas con gran diligencia en lugar del silencio y atropello que los descontentos aconsejaban. Entre tanto el emperador Napoleón se mordía en secreto los labios.

No callaba la voz de los milagros. Sonaban por los departamentos franceses, y aún llegó su fama á las naciones vecinas. De todos los que se podían averiguar hacía jurídica información la comisión nombrada por el Ordinario. Personajes de alta consideración llamados por el rumor de los sucesos acudían á Lourdes, preguntaban por Bernardeta, solicitaban el beneficio del agua; mas viendo cerradas las puertas del recinto, encadenada la libertad de la devoción, y vejados los fieles que se arrodillaban á rogar, es increible lo sentidos que quedaban contra tales desafueros.

No tardó el emperador en saber lo que en Lourdes pasaba y los desmanes del poder civil. Napoleón III, que miraba con ojos fríos todo lo tocante á religión, mostróse enojado del mal tercio que le hacían en este asunto el ministro y el gobernador. Despacha al punto por el telégrafo un parte al gobernador de Tarbes, mandando revocar el edicto de prohibición y conceder entera libertad á la devoción de los pueblos. Disponía así Nuestro Señor las cosas para que aquellos mismos que habían procurado apagar la palpable evidencia del milagro, fuesen los que más ayudasen á su esplendor y engrandecimiento. El gobernador y el comisario hubieron de resignar sus cargos.

Aquí entra el comento de Zola. *En el emperador*, dice, *renovóse el antiguo sueño humanitario, la vuelta de su compasión hacia los desheredados... Un grito de alegría divina se dejaba oir: Dios había vencido. ¿Dios?*

---

[1] *La Presse*, 31 Agosto de 1858.

[1] *Le Siècle*, 30 Agosto 1858.
[2] *Amsterdaamsche Courant*, 9 Setiembre 1858.
[3] *Journal des Débats*, 3 Setiembre 1858.

¡Ah! nó, sino la miseria humana, la eterna necesidad de la mentira, esa esperanza del condenado que mirando por su salvacion remítela á las manos de una omnipotencia invisible, más fuerte que la naturaleza, única poderosa á quebrantar sus inexorables leyes. Quien había vencido era la piedad soberana de los caudillos del pueblo, el obispo y el misericordioso emperador, dejando á los enfermos el fetiche que consolaba á los unos y á veces curaba á los otros. [1] No se atreve el escritor materialista á porfiar contra la verdad de los milagros; tropezó en la nube lúcida, y por no sufrir el resplandor cierra los ojos, y como bestia de tahona anda ciego al rededor de esta ridícula sentencia: *El deseo de sanar sanaba, la sed del milagro hacía el milagro.* [2] Apenas junta una palabra con otra, que no insinúe un desatino.

La comisión diocesana seguía tomando informaciones de los casos que á centenares se ofrecían, de curaciones prodigiosas, con tanto rigor en la elección, que sólo consideraba las curaciones instantáneas y selladas de antemano con la calificación de médicos hábiles y de químicos acreditados. En testimonio de lo cual el Ilustrísimo Prelado (18 Enero 1862) después de maduro examen y sin atender á las maravillosas conversiones de pecadores inveterados, y no teniendo en cuenta las raras y estupendas operaciones de la gracia, declaró que el agua natural de Lourdes había curado enfermos desahuciados y tenidos por incurables, que dichas curaciones habían sido parte súbitas, parte con solo beber agua ó lavarse con ella dos ó tres veces, pero que eran permanentes y firmes sin que la medicina hubiese podido desmentir la verdad de la convalecencia.

El milagro prosperaba en el recinto de Lourdes y extendía su crédito por el ámbito de entrambos mundos. *El milagro brilla con creciente claridad en la gruta de la Inmaculada Concepción. En ningún tiempo quizá, ni áun en el de las Cruzadas, el pueblo cristiano se vió arrebatado de un ímpetu más irresistible y divino. En ningún lugar de la tierra los prodigios se han multiplicado con tan larga misericordia como aquí. Nuestra edad, cual ninguna otra, negó el milagro, y el milagro rebosa con una valentía y en tanta copiosidad que el orgullo de la razón se siente amilanado, y la fe espantada y llena de esperanza y amor. La mayor parte de las romerías que vienen de lejanas tieras, llevan algunos de sus enfermos totalmente curados. En menos de tres horas hemos visto cuatro dolientes vueltos en el acto á la salud. Miles de testigos presencian la súbita curación de dos enfermos de cinco y diez años. Médicos que se hallan presentes quedan atónitos y sin pulsos, el uno no cabe de gozo, el otro no puede con el llanto, las turbas arrodilladas oran, cantan himnos, entre tanto pecadores empedernidos piden confesión, un protestante no consiente dilación en su bautismo, todas las almas salen fuera de sí de reconocimiento y de amor. Evidentemente el dedo de Dios, su mano, su corazón anda aquí.* [1].

Antes que se juntase en Lourdes la romería nacional del 72, en los meses de Junio y Julio del 71 visitaron la cueva al pie de treinta mil personas en diferentes cáfilas; en cada peregrinación día por día sentíase con salud repentinamente algún enfermo señalado. La nación francesa estaba enferma, la enfermedad que consumía sus entrañas y amenazaba acabar su vida moral, era el horror del milagro. La Virgen sin mancilla muestra su apacible semblante, y con milagros viene á curar á la enferma de gravedad. ¡Y que milagros! Milagro en dieziocho apariciones celestiales que roban los sentidos á Bernardeta, milagro en el viento misterioso que conmueve á la niña sin agitar las hojas secas, milagro en el manantial que de repente brota del suelo y crece y nunca merma, milagro en el concurso de peregrinos que á bandadas acuden de ambos mundos, milagro en la población repentina de un lugar yermo é inaccesible, milagro en los edificios monumentales erigidos allí por la fe y devoción, milagro en las mercedes espirituales y temporales alcanzadas por la intercesión de María, milagro en el libro de Enrique Lasserre, debido á una curación instantánea de los ojos, que tenía el autor casi del todo perdidos *(Notre Dame de Lourdes)*, milagro en las cuarenta ediciones hechas en el espacio de tres años, del texto francés, milagro en fin en la torpeza y atolondramiento de los deistas que no osan confesar ni contrariar el milagro.

De tan vergonzoso silencio sacaba Artus un argumento irrecusable que que-

[1] *Lourdes*, 1894, p. 227. [2] Ibid., p. 229.

[1] *Annales de Lourdes*, Septembre 1872.

remos hacer propio expresándole con sus mismos términos. *Y pues entre tantos testigos que vieron por sus ojos, entre tantos filósofos que se encogen de hombros al que de intervención divina les habla, entre tantos adversarios como tienen los milagros, uno que es uno no se ha presentado á recoger el guante, y toda la turba de libres pensadores ha hecho el sordo y rehusado aventurar su bolsa en la mesa de los jueces; de hoy más todos los hombres cuerdos y de buena fe deberán tener por demostrado que los hechos sobrenaturales ocurridos en Lourdes en nuestro siglo y narrados por Enrique Lasserre, están puestos fuera de controversia, que verdaderamente la Virgen María apareció en Lourdes, que la fuente brotó del suelo por obra divina, que las milagrosas curaciones declaradas ciertas por los adversarios que no osan combatirlas, testifican y prueban, á los ojos del que quiera tenerlos abiertos, la divina verdad del Cristianismo y la eterna omnipotencia del Dios humanado que adoramos en nuestros altares. Queda también demostrado que los libres pensadores, cuando en sus libros, periódicos y disputas desechan y llaman á disputa el milagro, el catolicismo, la divinidad de Cristo con tanto desenfado, fingen seguridad y certidumbre que no tienen ni en sus conciencias, ni en sus entendimientos, ni en sus corazones. Queda también puesto en clara evidencia que en el ventilar estas cuestiones religiosas, que ellos tratan con tanta liviandad y sin mirar el daño que á los pueblos hacen, no quieren poner á riesgo un solo escudo, ni en contingencia el éxito de una reyerta: lo cual basta para calificar su conducta, y medir la condición de su buena fe, y pesar lo que son y valen.*

¡Divinamente dicho, divinamente trazado! Desvaríos permite Dios á los hombres para demostración perentoria del milagro. [1] Porque el celoso D. Emilio Artus, agraciado con la curación súbita de una sobrina de catorce años, notando los excesos de los racionalistas, que sin apurar la verdad de las cosas hacían befa de los milagros, tuvo la valentía de entrar en apuesta con todos ellos desafiándolos á que demostrasen que Bernardeta había estado encerrada por loca en el convento de las Ursulinas de Nevers. El que quisiera estar á juicio llevaría por premio, si vencía, diez mil francos, los cuales depositó en manos del notario Turquet con cinco mil más para gastos de la causa. Un año entero estuvo en depósito el premio; ningún libre pensador aceptó el reto, ninguno tuvo pecho para entrar en campo con Artus [1] bajo las condiciones propuestas.

[1] *La Civiltà Cattolica*, 19 Ottobre, 1872, pág. 166.

ARTÍCULO IV.

Multitud de milagros en las frecuentes peregrinaciones —Procesiones de Jesús Sacramentado.—Qué suerte de enfermos acuden á Lourdes.—Qué médicos los examinan.—Argumentos del naturalismo contra las curaciones.—Solución: cúranse en Lourdes enfermedades orgánicas.—Ejemplos.—Las enformedades neuropáticas.—Respuesta á un racionalista.—Dober del católico en esta parte.—Otros Santuarios de María.—Milagros obrados en ellos.—Su alta significación.—Es bueno pedir y ensalzar los milagros de los santos.

Al ruido de los portentos que en la gruta de Massabielle se mostraban, respondió el fervor de los pueblos católicos que concurrían á millaradas á patentizar la verdad de su admiración, y al concurso de los peregrinos siguióse otro número sinnúmero de milagros que acreditaban debidamente la realidad de la primera aparición. En dieziseis años (1874-1890) contáronse mil cuatrocientas romerías, tenidas en consideración las principales y mayores. En ellas se dejaron ver dieziseis Cardenales, cuatrocientos dieziocho entre Arzobispos y Obispos de la Iglesia romana.

En 1877 dieron principio las peregrinaciones de enfermos. Más de trece van ya. Señalada fué la de 1890, compuesta de unos mil dolientes de toda suerte, apercibidos con sendos certificados de sus médicos de cabecera. Al pie de ochenta gozaron del privilegio de un total restablecimiento, en aquella peregrinación nacional, merced al agua de Lourdes, como dieron por constante los treinta facultativos juntados allí de toda la nación. [2]

Otra maravilla comenzó á manifestarse desde el 1888, á consecuencia de las procesiones del Santísimo Sacramento, que saliendo de la nueva basílica pasaban por delante de la cueva. El Hijo de Dios y su Madre admirable diéronse las manos para llover mercedes sobre los pobres enfermos. A ocho á los pies de Jesús Sacramentado les nació el bien de la salud repentina en la primera procesión (22 Agosto 1888), en la del año siguiente (21 Agos-

[1] *Les Miracles de Notre Dame de Lourdes*, *Défi public á la libre pensée*, par E. Artus, 1872.— *Le Monde*, 16 août, 1872.—*L'Univers* 18 août, 1872.

[2] *L'Univers*, 5 sept. 1890.

to 1889) fueron tres los que gozaron de ella sin saber cómo, en la del 22 (id. id.) entre veinte mil peregrinos una mujer moribunda reparó la vida en un instante con gran prosperidad, [1] en la del 26 Agosto de 1890 entre quince mil peregrinos fueron varios los afortunados que tomando alas saltaron de sus camillas y acompañaron alegres el Santísimo Sacramento. [2]

Contemplando sucesos de tanta evidencia exclamaba *la Civiltà Cattolica*: *El milagro de Lourdes es la confusión y ruina del ateismo contemporáneo. No pudiendo refutarle, le envuelve y calla; faltándole valor para desmentirle, hace burla de él; como si pretendiera apagar el sol, ó mofar de sus resplandores. Más fuerza tiene este milagro palmario y continuo para mantener viva la fe en la cristiandad, que no todos los sofismas de una ciencia engañosa para mermarla y obscurecerla.* [3]

Lourdes ha venido á ser en breves años el más concurrido santuario del mundo, el centro más público del orbe, el hospital más frecuentado, no solamente á causa de los infinitos achacosos que allí se reunen, mas también por los muchos representantes de la Facultad que allí tienen fácil entrada. Publicidad mayor no podía desearse. En aquel anfiteatro de la ciencia y de la miseria, así como ninguna dolencia falta, tampoco ningún facultativo halla cerrada la puerta para llamar á juicio las operadas curaciones. Porque *los enfermos de Lourdes son los que hallamos en todos los hospitales. En la romería nacional, mil ó mil quinientos enfermos se juntaron en torno de la gruta; número superior al del* Hotel Dieu *de París. Si exceptuamos las enfermedades agudas, fiebres eruptivas, pneumonías, fiebres tifoideas, vemos allí todas las variedades de males crónicos, la tisis, el cáncer, las dolencias del estómago en diversísimas formas, los achaques nerviosos en todas sus manifestaciones... Los que piensan que solamente se notan enfermedades nerviosas, dan á entender que no se hallaron presentes á estas grandes aglomeraciones. Ofrécense en Lourdes todas las miserias físicas: el niño linfático con sus tumores blancos, sus caries y llagas; los tísicos que parecen tocar el término de sus padecimientos; todos los aquejados de la médula, los sordomudos de nacimiento, los ciegos; en una palabra, todos los enfermos dispuestos á buscar algún alivio. Y al lado de estas miserias físicas hállanse las miserias morales.* [1]

A presenciar estos grandiosos triunfos de la humana flaqueza concurren todos los facultativos del orbe de cualquier condición que sean, si se les antoja el gusto de hacer el viaje; creyentes fervorosos, creyentes tímidos, creyentes á medias, incrédulos de buena fe, incrédulos de mala fe, adversarios de la religión, en fin, todos los médicos y cirujanos amigos y enemigos del milagro, tienen franco albedrío para examinar, ventilar, contrariar las conclusiones del tribunal allí perennemente constituido, sin que la ciencia pueda echar de menos aquella libertad que se debe al uso de sus derechos. Libertad laudable cuanto necesaria, para que ni prevalezca la mofa de nuestros adversarios, ni quede defraudada la causa de Dios. La autenticidad y verdad histórica de las curaciones es el primer punto capital que debe constar, antes de proceder á la verdad filosófica del milagro. Lo que deja aturdido el ánimo de los que visitan aquel devoto recinto es cómo hasta el presente ninguna Academia se ha dignado enviar sus prohombres, su selecta comisión de doctores con el cargo de averiguar oficialmente los procedimientos de la nueva terapéutica usada en Lourdes, para que desvíen la buena dicha y desvanezcan la *bobería* del pueblo fiel persuadiéndole al descubierto, que va según las leyes médicas todo cuanto allí pasa. Sellados tiene los labios la *ciencia oficial*, ábrelos tan sólo para alborotar el mundo con sentencias desatinadas sin osar tomar en sus manos los Anales de Lourdes.

Los enemigos del milagro se han desmandado sin freno contra estas curaciones, negándoles la intervención directa de Dios y queriendo explicarlas por acción de fuerzas naturales, siquiera desconocidas. Richet, [2] Bonjean, [3] Tuke, [4] Bernheim, [5] Diday, [6] otra cosa no ven sino resultas de histerismo y de sugestión religiosa en todo cuanto da de sí la aplica-

[1] P. ENRIQUE VADON, *Triomphe de Jésus-Hostie*, 1890.
[2] *L'Univers*, 30 août 1890.
[3] Serie XIV, vol. IX, 21 Marzo 1891.

[1] BOISSARIE, *Lourdes; Histoire médicale*, 1891, p. 7.
[2] *Les démoniaques d'aujourd'hui.*
[3] *La suggestion mentale*, p. 41.
[4] *Le corps et l'esprit*, 1886, p. 317.
[5] *Hypnotisme. Suggestion, Psychothérapie*, leçon X.
[6] Citado por Boissarie, *Lourdes*, p. 110.

ción del agua de Lourdes. Las enfermedades se reducen, en su sentir, á alteraciones de nervios mal interpretadas; los enfermos que frecuentan la gruta son todos histéricos y neuropáticos que por efecto de la sugestión fácilmente truecan su mal estado; las mejorías van siempre todas conforme á las leyes de la medicina como las de la Salpêtrière; demás de que los certificados de los médicos ó son confusos, ó son contradictorios: en fin, la gran taumaturga de Lourdes es la sugestión. Su más denodado campeón decía: *Al relatar las observaciones de curaciones auténticas logradas en Lourdes, al trabajar en nombre de la ciencia por despojarlas de su carácter milagroso, al comparar la sugestión religiosa con la sugestión hipnótica, yo no intento ni combatir la fe religiosa, ni lastimar el sentimiento religioso. Todas esas observaciones han sido recogidas con sinceridad y compulsadas por hombres honorables. Los hechos existen; pero la interpretación que de ellos se da, es errónea.* [1]

Tal es la suma de cargos. No viene á nuestro propósito declarar aquí los secretos del histerismo é hipnotismo, ni especificar qué suerte de enfermos se curan en las clínicas sugestivas, ni cuánto tiempo les dura el alivio que en el acto experimentan, ni qué condiciones han de poseer para sentir la virtud de la sugestión. No es este lugar acomodado para exponer la índole y efectos de la psicoterapéutica moderna. Ármese de paciencia el curioso lector y vaya leyendo, que en el libro siguiente, donde habrá de tratarse despacio esta importante materia, quedará satisfecha la justicia de su deseo.

Por ahora adviértase con atención, que dos suertes de enfermedades cercan de dolores al hombre en este valle de lágrimas: las unas orgánicas, las otras funcionales; porque unas veces recibe daño un órgano, otras sólo queda alterada la función. El cáncer, la hemorragia cerebral, la fractura, la exóstosis, el quiste, la tuberculosis, se cuentan entre las enfermedades orgánicas, pues nacen de haberse estragado, lisiado, destruido la membrana, hueso, pulmón, cerebro, médula. Por el contrario la epilepsia, el histérico, la ataxia y ciertas parálisis que privan la vista, oído, habla, sin lesión orgánica, y provienen de trastorno y desconcierto en el sistema nervioso, pertenecen á la categoría de enfermedades funcionales.

Siendo esto así, la sugestión, según lo confiesan los médicos sugestionistas, es inhábil para restaurar tejidos y regenerar substancias que en el organismo se estragaron, y solamente es poderosa para corregir el vicio de una función, y restablecer el orden y ejercicio que le es propio. El juego de nervios, restituído por la sugestión, presupone íntegros y sanos los tejidos, los cuales, sin ayuda de principios acarreados por el torrente sanguíneo, no se pueden renovar; y mucho menos está en mano de la sugestión restituir ó reparar instantáneamente y en breves minutos un epitelio, un músculo, un hueso, un cartílago atrofiado ó perdido. Porque los materiales dichos suministrados por la sangre, han de ser transformados por las células vivas, y para lograrlo se han ellas de dividir, propagar, crecer prósperamente hasta labrar aquella parte del organismo que se arruinó y es necesaria al buen concierto de la unidad funcional; obra que pide orden, espacio, alimento nutritivo, largos días de paciencia. En un momento no hay fuerza humana que baste para desterrar el vicio de una enfermedad orgánica, dado que sea posible poner en concierto casi en el acto el sistema nervioso y normalizar sus funciones. En esto convienen todos los pareceres de los médicos. Oigamos el de Bernheim, que dice: *No pretendo yo que la sugestión influya directamente en el órgano enfermo y suprima la congestión vascular, y resuelva la exudación inflamatoria, y restaure los elementos del parénquima destruído ó degenerado. ¿Qué agente hay en la materia médica que sea capaz de suscitar ese* processus *curativo?* [1]

Abriendo los Anales de Lourdes, cuyo resumen ha puesto en clara luz el Doctor Boissarie, médico de aquella localidad, [2] hallamos casos que tienen gran probabilidad de ser milagrosos, casos que podrían recibir de algún modo explicación científica, casos que sin linaje de disputa salen fuera de las leyes biológicas. Fundados en estos documentos, intentamos probar que en Lourdes se han presenciado curaciones repentinas de enfermedades

[1] BERNHEIM, *Traité de la suggestion appliquée à la thérapeutique*, p. 218.

[1] *Suggestion et ses applications à la thérapeutique*, p. 406.

[2] *Lourdes. Histoire médicale*, 1891.

orgánicas. Si esto llegamos á demostrar, habremos también ocurrido de soslayo á la dificultad que podía haber despertado en el ánimo del curioso el capítulo antecedente, pues pudo haberle parecido que muchas de las enfermedades curadas por los santos no eran orgánicas, sino sólo nerviosas causadas por desorden de funciones. Y se lo damos de barato, á tal que otorgue también lo que no es posible dudar, á saber, que los santos curaron de repente enfermos, muchos ó pocos, que lo eran por tener dañadas las partes organizadas de sus miembros. Traslademos, pues, algunos ejemplos de las curaciones de Lourdes conforme constan en sus Anales.

I. Una joven hidrópica, después de doce años de gastos en medicinas, al tomar agua de Lourdes, se duerme, y sin más despierta buena y sana. [1]

II. Pedro de Rudder tenía la pierna quebrada de una caida y movible en todo sentido, distando los extremos de los dos fragmentos entre sí tres centímetros; ocho años padeció este mal, y en breves minutos de oración en Lourdes hállase con la pierna soldada sin resabio de llaga. [2]

III. Magdalena Latapie, de dieziocho años, tísica de cuatro, bebe dos vasos de agua de Lourdes, y de repente queda del todo buena. [3]

IV. Otras veintinueve curaciones súbitas de afección pulmonar grave, pueden verse en el libro de M. Boissarie. [4]

V. Un cáncer de pecho, cuya amputación había sido ordenada por el médico, desaparece con el agua de Lourdes. [5]

VI. La caries y necrosis de los huesos de la pierna derecha, se desvanecen luego cicatrizándose los tejidos óseos, con el agua de Lourdes. [6]

VII. Un tumor del pecho, con apariencias de cáncer, se deshace con dos ó tres aplicaciones del agua de Lourdes. [7]

VIII. Una mujer de 61 años, tuvo roto por 19 años continuos el cuello del fémur, y no podía andar sin muletas; todo mal cesó quedando ella con entera libertad después que se bañó en la piscina de Lourdes. [1]

IX. Un mancebo que padeció, por espacio de cinco años, un tumor blanco complicado con llagas, va á Lourdes, y vuelve sin tumor ni úlceras y con la pierna del todo libre. [2]

X. Enrique Lasserre, por lesión de la retina se había quedado ciego, sin que los dos oculistas más afamados lograsen facilitarle remedio. No bien se hubo lavado los ojos con agua de Lourdes, hallóse muy bien de la vista, y le dura hace más de treinta años. Sin fatiga ha escrito agradecido *la Historia de Nuestra Señora de Lourdes*, que ha sido el libro más sonado del orbe, y está traducido en veintidós lenguas.

XI. Una mujer padeció catorce años dolores agudísimos y hemorragias frecuentes, sin apenas retener alimento, á causa de una úlcera en la mucosa del estómago; la piscina de Lourdes restituyó á su estómago perdido la tan suspirada salud. [3]

XII. Tres sordo-mudos de nacimiento, juzgados incurables por dos médicos, hallaron en Lourdes remedio cabal á su dolencia. [4]

XIII. Sobre otra curación súbita compuso Enrique Lasserre un librito de 126 páginas comprobando que no podía ser natural. [5]

XIV. Una hemorragia cerebral grave, con parálisis persistente y casi completa en el brazo derecho é incompleta en el lado izquierdo y en la pierna derecha, quedó remediada, á los dos años, súbita y radicalmente de vuelta de Lourdes, [6] como consta en los Anales.

XV. Una luxación de la articulación coxo-femoral del lado derecho con retracción permanente de los músculos, y con llaga profunda que cubría los dos tercios de la cara exterior de la pierna; á los nueve baños tomados en la piscina de Lourdes, acabó del todo en el acto, después de doce años de tener desesperanzado al paciente. [7]

---

[1] BOISSARIE, Ib., p. 132.

[2] *Annal.*, t. VIII, p. 107.—El Dr. Affenaer al examinar la pierna de Pedro, con lágrimas en los ojos exclamó: «Estás radicalmente curado; tu pierna es como la de un niño que acaba de nacer. Todos los remedios humanos eran ineficaces; pero lo que no pueden los médicos, lo puede la Madre de Dios.» (ARTURO LOTH, *Le miracle en France au XIX^e siècle*, chap. VII, p. 220). Podíamos presentar las admiraciones de los facultativos en los otros casos citados.

[3] *Annal.*, t. II, p. 66.

[4] Cap. V, lib. IV.

[5] *Annal.*, t. V, p. 102.

[6] *Annal.*, t. V, p. 260.

[7] *Annal.*, t. VI, p. 38.

[1] *Annal.*, t. IX, p. 98.

[2] *Annal*, t. XIV, p. 150.

[3] BOISSARIE, *Lourdes*, p. 379.

[4] BOISSARIE, Ib., p. 386.

[5] *Le miracle du 16 Septembre 1877*, troisième édit. 1878.

[6] DR. CH. HÉLOT, *Un miracle de Lourdes.*

[7] *Annal.*, oct. et nov., 1878.

XVI. Otra luxación congénita de las cabezas de los fémures, por veintiocho años causaba doble cojera á la doliente, sin embargo de las industrias y trazas de los facultativos; á los pocos segundos de sentir el baño de la piscina, queda totalmente fuera de cuidado.

XVII. Siete años llevó una joven hincada en la palma de la mano izquierda, media aguja que había penetrado profundamente en la eminencia tenar, á la raíz del dedo pulgar. Puso la mano en el agua de Lourdes por tres veces, y en cuatro minutos la aguja, que por ningún artificio habían los cirujanos logrado extraer, por sí misma subiendo de la falange á la falangeta vino á asomar por la punta. [2]

Los casos aquí resumidos no son sino ejemplos de los sin cuenta que han arrojado rayos de publicidad en la cueva de Lourdes. Léanse los Anales, la obra de Lasserre, el libro de Boissarie, la obrita del P. Vadon, y quedará todo sano entendimiento, por rebelde que sea, convencido de que las enfermedades trocadas en salud por la eficacia de esta agua, son en gran parte orgánicas, debidas á atrofias, tumores, llagas, úlceras, lesiones, rupturas, que no se enmiendan ni mejoran en un instante con solos baños de agua cristalina. *Si la crítica tiene objeciones que oponer, preséntelas en hora buena, pero siquiera sírvase leer y guardar las reglas de la dialéctica. Si los relatos le parecen verídicos, como por tales los tenemos nosotros, muestre su leal franqueza reconociendo la mano de Dios, cuando no es dable atribuir al hombre efectos desproporcionados á causa natural.* Con este brío presentaba el P. Hipólito Martin [3] en tres bien razonados artículos, solemne desafío á la moderna incredulidad, después de discutir algunos de los casos arriba indicados, conforme lo había hecho antes el P. Ricardo F. Clarke [4] con cauteloso acuerdo.

Colígese de lo dicho que no todas las curaciones logradas en Lourdes versan sobre enfermedades nerviosas. Esta consecuencia, que no admite réplica, nos ahorra la molestia de emprender el examen de las enfermedades que provienen de histerismo, y de que han quedado también libres los dolientes por medio del agua de Lourdes, y no sólo con aplicación de ella, ni sólo orando, esperando, confiando, más también sin intención, ni acción ninguna, con suma facilidad, con solo presentarse en aquel devoto lugar. Y porque de esto hemos de tratar en ocasión más oportuna, quede por ahora asentada la instantánea curación de males orgánicos é incurables, y conste con evidencia la verdad del milagro moderno.

No obstante, es muy expresivo el juicio del Dr. Boissarie por estas palabras: *Los médicos que han querido ver, en las curaciones de Lourdes, curaciones de achaques nerviosos tan solamente, han caído en manifiesto error, y tenemos de ello hartas pruebas. Los que rechazan toda suerte de enfermedadas en que el elemento nervioso no prevalece poco ó mucho, dejan de tener en cuenta sucesos muy importantes que merecen lugar en nuestros Anales.* [1] Dejemos en manos de los médicos el debate: ellos resolverán si todas las personas histéricas curadas en Lourdes, lo han sido por vía natural. Pero en conclusión, todas las leyes fisiológicas, todos los principios de la biología, todos los secretos de la medicina, todos los esfuerzos de la Facultad, han sido hasta el día de hoy insuficientes para dar razón natural de *todas* las curaciones manifestadas en este glorioso santuario.—El Dr. Saint-Maclou decía: *En la gruta de Massabielle, no sólo se desvanece la forma mórbida por siempre, pero áun la raíz de la enfermedad queda arrancada. La constitución se transforma, la diátesis se borra.* [2]—El Dr. Vergez: *Si me preguntan qué cosa he visto en Lourdes, diré: según el examen de los hechos más auténticos, puestos á disposición de la ciencia y del arte, he visto, he tocado la obra divina, el milagro.* [3]—El Dr. Constantino James: *He visitado el santuario de Lourdes, y hablando de las cosas que me atañen, quiero decir, á mi propia clientela, declaro haber visto enfermos volver curados de allí, á pesar de haber mis compañeros y yo juzgado que era imposible á la naturaleza y al arte.* [4]—El Dr. Boissarie: *No solamente* 250 *médicos, sino más de mil son los que han sido testigos indirectos y jueces de los milagros de Lourdes, á pesar de ser por lo común á causa de sus opiniones ó doctrinas, enemigos de lo sobrenatural y del milagro.* [5]—Los médicos y cirujanos protestantes Tho-

---

[1] *Annal.*, févr. 1884. [2] *Annal*, déc. 1887.
[3] *Études religieuses*, janvier 1891, p. 20.
[4] *Nineteenth Century*, nov. 1882.

[1] *Lourdes*, p. 397. [2] *Annales*, octobre, 1886
[3] *Informe*, citado por Boissarie, p. 217.
[4] Ibid., p. 206. [5] Ibid. p. 246.

rens, Mac Geven, Vizerie, han rubricado con su firma el prodigio de varias curaciones. *Los médicos hostiles, escépticos, fanfarrones, vencidos por la evidencia de las cosas, han venido, no haciendo cuenta de sus teorías ó doctrinas, á dar testimonio de la verdad. Con los centenares de certificados, de observaciones científicas, que los Anales nos han conservado, podemos levantar á la gloria de la Virgen de la Gruta un excelso y perdurable monumento.* [1]

La Iglesia romana, si bien concediendo, como concedió á 23 de Julio de 1890, rezo y misa propia á Nuestra Señora de Lourdes, podría parecer que ha tomado sobre sí la responsabilidad de los milagros allí acaecidos; pero es tanta la prudencia con que van selladas las disposiciones pontificias, que ni áun indirectamente ha pretendido la Silla Apostólica aprobar el milagro (es parecer nuestro) ni absolver la cuestión de su filosófica verdad. Ya tiempo antes en 12 de Mayo de 1877 la Sagrada Congregación de Ritos á la propuesta de varios obispos que preguntaban si las apariciones de Lourdes eran aprobadas por la Sede Apostólica, respondió que *ni aprobadas ni condenadas, sino tan sólo permitidas como dignas de ser piadosamente creidas con fe humana según la tradición que tienen confirmada con idóneos testimonios y monumentos.*

Entre tanto el antiguo presidente de la Sociedad médico-psicológica de Londres, Dr. Hack Tuke, se pone á contestar á varios ejemplos de curaciones acaecidas en Lourdes y conceptuadas milagrosas por el doctor católico Mackey. [2] Es muy curioso el artificio que usa este racionalista en defender su pleito. Escoge unas cuantas parálisis, y en breves razones cierra el proceso concluyendo que su curación fué natural; y cuando toma en consideración las enfermedades orgánicas, y se propone explicar la consolidación súbita de una fractura, la reduccion de una luxación, la cicatrización de una várice, efectos que sin diferencia de tiempo acaecieron en Lourdes, pronuncia esta definitiva sentencia: *No es nuestro ánimo aplicar nuestros principios á estos postreros hechos; bástanos decir con Virchow: ó superchería, ó milagro; y dejamos á un lado todos los casos que no tienen analogía con las observaciones científicas como las que pasan en la Salpêtrière.* [1]—Un poco más abajo añade: *Nos cuentan que han sido curadas de repente las heridas, pero las pruebas distan mucho de ser evidentes. Ningún médico lo presenció; ni el tiempo transcurrido entre el testimonio de un médico y la curación era notablemente largo.* [2] Si al doctor Tuke le presentamos el certificado del médico, mofa del médico y del certificado, [3] por no admitir más causa que la influencia del alma en el cuerpo. A este tono pone en ridículo las cosas milagrosas acontecidas en Knock, junto á Claremorris, en el Oeste de Irlanda, merced á otra aparición de la Virgen Santísima en 1879; en donde las curaciones han sido frecuentes y de enfermedades orgánicas, de que dió cuenta un testigo ocular. [4] Pero Tuke, sin abrir proceso ni conocer de la causa, las juzga de inferior calidad que las alcanzadas por el influjo de la imaginación sobre el organismo. [5]

Tal es el proceder de nuestros adversarios, lleno de temerosa confusión. El temor de tropezar en un milagro no les da lugar á consejo, porque los induce á despedir de sí la autenticidad de los hechos, la veracidad de los atestados, la fidedignidad de los testigos, la competencia de los doctores; y preciándose de ser alumnos de la verdad, en vez de ocuparse en explorarla hacen asco de Lourdes y de Knock; y si van, ni se informan de las curaciones, ni examinan los Anales, ni ayudan con los resplandores de sus ingenios á sacar la cuestión de tinieblas. A la honra de las Academias toca que en esta parte entienda el mundo civilizado dónde está la superchería, la mentira, la impostura. Los católicos no hemos de andar á caza de milagros, nos bastan los del Evangelio para cimentar nuestra fe, y estamos persuadidos de que la verdadera devoción más pierde que gana de divulgar por milagro lo que no lo es. Ahora más que nunca es un deber contrarestar los antojos del vulgo, y no consentir que las verdades católicas ni el patrocinio de los santos se confirmen con embustes y patrañas. El vulgo fiel más propende á superstición que á impiedad, y es cosa de alta importancia que los médicos y miembros de la

---

1 BOISSARIE, *Lourdes*, p. 443.

2 *Dublin Review*, 1880, p. 386, *Miracles and medical science*.

1 *Le corps et l'esprit*, 1886, p. 320. 2 Ibid., p. 321.

3 Ibid., p. 323.

4 *The Cork Examiner*, 17 sept., 1881. 5 Ibid., 324.

Facultad contribuyan con sus luces á preservar del escollo los pueblos depurando de vanas credulidades la hermosura de nuestra santa religión. [1]

Siendo esta la posición del católico, ningún libre pensador tiene derecho de sentenciar las curaciones de Lourdes si nunca sacó el pie de su estancia, si nunca entró en aquella clínica pública y extraordinaria. Vayan, acudan, deténganse, lean, revuelvan, observen, cotejen, conferencien, objeten, deduzcan; sean imparciales, y volverán (seguros estamos) con menos desdén en los labios, con menos prevención en el entendimiento, con menos odio en la voluntad, con más claro conocimiento de Dios. Allí quedarán perfectamente enseñados de cómo las curaciones de achaques neuropáticos, raras en los anfiteatros clínicos, incompletas las más veces, y poco duraderas, son en Lourdes frecuentes, radicales, enteras, perpetuas y tan cabales como instantáneas. El doctor Charcot, que nunca desplegó los labios para emitir su opinión, cuando envía á Lourdes cada año su cincuentena de enfermos, y después se pone á considerar sus mejorías, no tiene boca para decidir que todas van por vía de sugestión. Calla, tal vez por excusar una caida en terreno tan resbaladizo; calla, mas nunca ha enseñado que la historia de Lourdes sea una devota leyenda. [2]

Emilio Zola visitó el santuario en 1894. Los libres pensadores confiaban tal vez bañarse de júbilo en el torrente de cínica verbosidad; ahora no les bastan manos para cubrirse de vergüenza el rostro por el cenagal de inmundicias que el nuevo Epicuro lanzó en su monstruoso volumen de *Lourdes* al sentido común de la nación francesa. Al salir del Santuario, sin atreverse á deshacer de una plumada las milagrosas curaciones, inmortalizó su orgulloso desdén en este insensato gruñido: *La sed de lo divino que los siglos no pudieron apagar, ha vuelto á sentirse con violencia al terminar nuestro siglo de ciencia. Lourdes es una prueba perentoria, innegable, de que nunca tal vez ha podido el hombre vivir sin el sueño de un Dios supremo que restableciese la igualdad y rehiciese la dicha á fuerza de milagros. Cuando el hombre siente la desgracia de vivir, vuelve á la ilusión divina, porque el hombre flaco y desnudo no tiene fuerzas para sobrellevar su miseria terrestre sin la eterna mentira de un paraíso.* [1]

Concluyamos: *el deber del médico y del sabio católico es valerse, en esta lucha por el bien y la verdad, de las armas que Dios le pone en las manos, y sería vano esfuerzo reemplazarlas por otras más fuertes y aceradas. Abandonar el santuario de Lourdes sin defensa á la discusión y á las injurias del libre pensamiento y del racionalismo, no tan sólo es hoy cobardía, mas también imprudencia, como lo sería entregar al enemigo un castillo de primer orden.* [2]

Al salir de Lourdes después de despedirnos de nuestra amorosísima Madre, tendamos la vista por la muchedumbre de santuarios suyos que pueblan la tierra. El doctísimo Padre Guillermo Gumppenberg, á instancias del Padre Goswino Nikel, General de la Compañía de Jesús, en su *Atlas Mariano* emprendió historiar los hallazgos prodigiosos de mil doscientas imágenes de la Virgen María, y el culto secular que en los santuarios de toda la cristiandad se ha tributado á la celestial Señora en los diezisiete primeros siglos de la Iglesia. Además en otra colección, en el tomo XII, p. 703 de la *Summa Aurea*, añádense 150 santuarios á los del *Atlas Mariano*; y pudieran añadirse centenares, atento á que muchísimas son las devotas ermitas y figuras de la Virgen conocidas en España que no entran en la lista de las arriba mencionadas.

Mas lo que de este número sin número de santuarios queremos concluir es que en su principio y progreso pueden parangonarse con el de Nuestra Señora de Lourdes. Todos ellos fundan su establecimiento en alguna aparición de la Señora, ó corporal, ó imaginativa: la comunicación con los hombres es muy propia de su condición y corazón maternal. Pero las apariciones de María nunca fueron ociosas ni vanas, siempre anduvieron acompañadas de insignes muestras de misericordia. Los grillos, muletas, brazos, piernas, cadenas, mortajas, barquitos, exvotos, y demás presentallas que cuajan

---

[1] VACANT, *Dictionnaire apologét.* art. *Lourdes.*
[2] *La Civiltà cattolica*, 6 Febraio, 1892, p. 272.

[1] *Lourdes*, 1894, p. 593.
El presbítero José Cresley ha publicado la primera impugnación completa, con copia de documentos, de la novela zoluna bajo este título: *Critique d'un roman historique. Le Lourdes de Zola*, 1894
[2] HTO. MARTÍN, *Études réligieuses*, janvier 1894 p. 27.

los santuarios de Nuestra Señora, otra cosa no son sino armas colgadas de las paredes, en servicio de la Reina del mundo, y en demostración de su poderoso valimiento.

De aquí nacen milagros sin cuento, ni es posible reducirlos á suma. El *Compendio de los milagros de Nuestra Señora del Pilar*, recopilado por D. José Félix de Amada (1680), trae sesenta mercedes milagrosas alcanzadas por intercesión de la Patrona aragonesa. El *Miranda Mariana* del P. Brentano, benedictino, cuenta 975 milagros, tomados de fuentes legítimas, debidos al patrocinio de María. Dignos de eterna memoria son los experimentados en estatuas y pinturas. En Italia hace un siglo fueron vistas figuras de María que movían los ojos y derramaban abundancia de lágrimas. [1] Hechas informaciones por nombramiento del papa Pío VI, resultó que 900 testigos confirmaron y pusieron fuera de cuestión la verdad de este suceso, y en memoria perpetua instituyó el romano Pontífice la fiesta de Nuestra Señora de los Prodigios (9 Julio). A 11 de Mayo de 1850 una pintura de la Virgen benditísima venerada en Rímini mudó de semblante, expresó varios efectos y movió los ojos delante de muchos testigos, ciento de los cuales informaron sobre la verdad de caso tan prodigioso.

No es menester citar aquí los Anales de los PP. Carmelitas, Mercedarios, Franciscanos y otras sagradas religiones, donde se contienen maravillas obradas por la Virgen Nuestra Señora. También es ocioso añadir que no todos los que se pregonan han sido verdaderos milagros. La fama en este particular más tiene de aprensión que de real. Por esta causa la Iglesia ha usado siempre de cautela en no dar crédito á sudores y lágrimas de imágenes de María sin grandes y palpables razones. La verdad de los milagros no pende de los labios de la plebe, sino de la deposición de testigos oculares dotados de veracidad, juicio y consideración. Para decretar que la Virgen benditísima privilegia con su particular favor á todos cuantos la invocan ó entran en su asilo á venerarla, más que buena fe es menester. La frecuencia y continuación de curaciones y gracias extraordinarias está en las trazas de la divina providencia.

Mas ¿quién será tan temerario que piense que si no todos los estimados por milagros en hecho de verdad lo son, ninguno hay que verdaderamente lo sea? Los santuarios de María son monumentos erigidos á su misericordioso patrocinio por la devoción y reconocimiento, monumentos de piedra y no obras de papel; y la piedra no miente., como sabe mentir la pluma; la piedra habla el lenguaje de la verdad. Ningún monumento se levantó á la Madre de Dios sin razón suficiente. Los santuarios de María vienen á ser testimonios fehacientes de los milagros que acreditaron el imperio de su maternal amor.

Terminemos esta materia con la exposición de las razones que prueban haber Dios concedido á santos determinados el privilegio de sobresalir en una suerte de milagros más que en otra; cuestión tratada en parte ya más arriba. [1] Entre mil santuarios se echa de ver uno señalado, donde á la invocación de la Virgen María, ó de un santo particular, se logran maravillas en un género de mercedes que en vano se buscan en otra parte y parecen vinculadas al singular patrocinio de aquel taumaturgo.

Esta verdad la tuvo por cierta San Pablo cuando enseñaba que en la Iglesia militante hay divisiones de gracias, de ministerios y de operaciones, [2] siendo cosa clara que la Iglesia triunfante no ha de ser de peor condición, como quiera que la divina sabiduría reparte los dones taumatúrgicos según su beneplácito á gloria de Dios y utilidad del cuerpo místico. Si á ciertos ángeles ha encomendado el Señor particulares ministerios, como dice San Agustín, [3] no repugna, antes muy verosímil es que con los santos haya Dios mostrado una liberalidad extremada haciéndolos depositarios de larguísimo poder para especiales maravillas. Sin duda lo pensaba el santo Doctor cuando escribió al clero de Hipona lo siguiente: *Así como dice el Apóstol que no todos los santos poseen dón de curaciones, ni todos sobresalen en discreción de espíritus, tampoco ordenó Dios que con todas las reliquias de los santos se facilitasen iguales imposibles.* [4] Santo Tomás sintió lo

[1] P. Matignon, *La question du surnaturel*, III p. chap. VII.

[1] Lib. I, cap. VI, art. II.—Ibid. cap. XIV, art. 1.—Lib. III, cap. XIII, art. 1.
[2] I Cor. XII. [3] Lib. LXXXIII, quæst. LXXIX.
[4] *Epist. ad cler. Hippon.*

mismo al decir: *A ciertos santos fué concedido ser abogados en algunas especiales causas.* [1] El teólogo Gabriel Biel condenaba por error el enseñar que no deben los fieles acudir al patrocinio de un santo determinado para alcanzar particulares favores, [2] cual si con todos los bienaventurados, sin diferencia, hubiera Dios andado sin tasa por un igual. Otros autores pueden verse en Benito Plazza. [3]

Deje de atormentarse á sí propio y de escandalizarse de los fieles el importuno Muratori, porque recurren al favor de los santos con gran confianza por singulares milagros. Los santos, á fuer de amigos de Dios, y como intercesores nuestros, aunque todos sean capaces de multiplicar oraciones por los fieles y pecadores, la experiencia, la tradición, la inspiración particular enseña haber Dios constituido singularizarse con unos más que con otros, ostentándose clementísimo y exorable. Muy obscura dejó esta verdad Muratori, cuando pensó que sólo ofrecen los santos el incienso de su oración para rogar por nosotros. [4] Mezquina limitación; podemos dar voces á los santos, pidiendo con instancia todas las mercedes que ellos pueden hacer, y es cosa averiguada que pueden hacer milagros, no por sí y ante sí, sino por virtud divina, impetrándolos con las plegarias y tomando en su ejecución la parte encomendada por Dios. No creemos los católicos que los santos sean autores de las obras milagrosas por su propia dignidad; de solo Dios es propiedad ejecutarlas, y la oración hecha con lágrimas y clamores á las puertas de su caritativo patrocinio, envuelve esa misma dependencia y subordinación, puesto caso que ellos sólo quieren lo que quiere Dios, y sólo representan en sus oraciones lo que desean que se haga, como dice Santo Tomás. [5] Cuando el Concilio Tridentino decretó ser bueno y provechoso implorar el auxilio de los santos en orden á conseguir beneficios, y derivó su definición del uso recibido en la Iglesia católica y apostólica, y del consentimiento unánime de los Santos Padres, no templó ni redujo á tan corta raya, como lo hace Muratori, el alcance de nuestras oraciones. [1]

Finalmente, con justísima razón merecen los milagros de los santos, no tan sólo quedar impresos en los epitafios, eternizados en los mármoles, conservados en los lienzos, mas también ser celebrados en sermones panegíricos con gloriosa ocupación de lenguas y plumas, aunque su grandeza traspase los términos de los obrados por Cristo nuestro Salvador, con tal que sean ciertos y de averiguada autenticidad. Jesucristo no puso [2] á sus fieles servidores términos ni ley en la jurisdicción y facultad taumatúrgica, habló absolutamente al prometerles harían cosas más admirables que las obradas por él en su vida mortal; ¿cómo no será menguada imprudencia y oposición manifiesta al fin del milagro el cercenar, ocultar, deprimir los de los santos por grandes y espantosos que sean, como los deprimía y limitaba el atrevido Erasmo, llamado por el P. Salmerón «censor del cielo y de la tierra?» [3] Siendo ésta una tan llana verdad, no lo es menos que la cristiana fe más entiende en inquirir y admirar las acciones que constituyen á uno santo, que las que por tal le señalan; y si contempladas le dan deleite las obras visibles, que son leche de niños, más se apasiona por las invisibles, que son manjar de grandes. Pero así como de la leche pasa el niño al manjar sólido, así nuestra fe, alimentada con señales imperfectas, aspira tan generosa á las macizas virtudes, que ya no tenga necesidad de paladear, bastándole rumiar, conforme al símil gracioso de Valcando. [4]

---

[1] Quibusdam sanctis datum est in aliquibus causis specialibus præcipue patrocinari. — In IV Sent., dist. XLV, q. III, art. 2 ad 2.

[2] *Expos. canon. missæ*, lect. XII.

[3] *Christ devot.*, p. I, cap. VI, IX.

[4] *La regolata devozione*, 1747, cap. XX.

[5] *Supplem.*, q. LXXII, art. 3.

[1] SPAGNI, *De miraculis.*, pars. IX, Prop. II, art. 3.

[2] Jo., XIV, 12.—Marc., XI, 22.

[3] *De miraculis*, tract. XLVII.

[4] Christianæ perspicaciæ est magis requirere atque attendere quæ unumquemque sanctum faciant, quam quæ sanctum ostendunt, delectatur siquidem visibilibus sanctorum factis, sed tamen ad invisibilia eorum facta pervenire omnimodis appetit... Ardentius exquirit fides Ecclesiæ quales illi quos veneratur fuerint ex invisibilibus animæ virtutibus, quam quales ex signis visibilibus quæ profecto sunt lac parvulorum, non cibus solidus robustorum. Sed sicut a lacte ad solidum cibum pervenitur, sic signis imperfectis fidei nostræ vegetata ad solidas animæ virtutes quandoque perducitur, ut jam necesse non habeat sugere, sed tantum ruminare. — *Vita S. Deodati*, MIGNE, *Patr. lat.*, t. CLI, p. 632.

CAPÍTULO XV.

LA MÍSTICA DIVINA.

ARTÍCULO I.

La mística es la flor de la fe católica.—La mística española.—Los falsos sistemas de mística.—Guerra de los racionalistas contra la mística divina.—A quienes se concede la vida contemplativa.—Grados.—Oración de recogimiento.—Oración de quietud.—Embriaguez de amor.—Sueño místico.—Toques íntimos.—Heridas amorosas.—Fin de la contemplación.—Disposiciones.—Enlace espiritual.—Qué bienes produce.

La mística, si con toda propiedad hemos de hablar, no tiene sér fuera del cristianismo. El trato íntimo con Dios presupone el verdadero conocimiento de la divinidad, y no hay religión sino la cristiana que posea de los atributos divinos cabal y perfecta noticia. Un abismo infranqueable ponen entre Dios y el hombre las religiones paganas; la cristiana ajustando la grandeza con la pequeñez traba amistad entre Dios y el hombre, y los enlaza con unión amorosa, íntima y perfecta. La vida mística tiene asiento por excelencia en el Dios-hombre, Cristo nuestro Redentor, de quien se deriva á los fieles por obra del Espíritu Santo, quedando vinculada en el cuerpo de la Iglesia. Fundamento de la vida mística en sus miembros es la vida práctica de fe, sacramentos, culto, mandamientos, en la forma ordinaria; sobre esta base asienta el cristiano su vida mística por el ejercicio de las virtudes, en particular por la abnegación de su propia voluntad, pero al Espíritu Santo, dispensador de todos los carismas, está reservada la potestad de iluminar, atraer, abrazar las almas y de obrar en ellas operaciones de orden superior en quienquiera, como quiera, y á la medida que quiera.

La venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles derramó en sus almas rayos esclarecidos de amor y ciencia mística, de que fueron consumados maestros San Pedro, San Pablo, San Juan. Las persecuciones de los primeros siglos inflamaron los fieles en deseos de romper con el mundo y con el amor propio, y dieron lugar á que los desiertos se poblasen de almas santas que se correspondían místicamente con Cristo nuestro Salvador. La irrupción de los bárbaros ayudó á edificar el mundo nuevo sobre las ruinas del antiguo, y penetrando el espíritu cristiano en aquel caos de destrabados elementos constituyó una sociedad fervorosa, semillero de órdenes monacales, teatro de secretísimas operaciones. En este período, que corre hasta el renacimiento, entre las prácticas de la vida moral que se alimenta de mandamientos y sacramentos, y entre los fervores de la vida ascética que se ocupa en el ejercicio de los consejos para alcanzar la perfección evangélica, campea la vida mística, que tiende por los pasos de la vía purgativa, iluminativa, unitiva al trato perfecto con Dios, y se levanta en alas de la contemplación á los abrazos amorosos por ascensiones altísimas entre esplendores de divina caridad.[1]

Al desenvolvimiento de esta vida en el seno de las naciones cristianas ayuda poderosamente el ardor de la fe, favorecido por circunstancias exteriores. El ingenio español dotado de nobilísima energía, predispuesto maravillosamente á la vida de fe y pronto al sacrificio por no perderla, lanzados de la península el moro y el judío que la ultrajaban, siéntese libre de trabas

---

[1] Juan de Jesús María, *Theol. mystica*, cap. II.—Suarez, *De oratione*, lib II. cap. XI.—Gerson, *De myst. theol. specul.* Consider. XXVIII.—Bona, *Via compendii ad Deum*. cap. III.—Scaramelli, *Direll. mist.* Tratt. I.—San Francisco de Sales, *Traité de l'amour de Dieu*, liv. VI, chap. I.—Ribet, *La mystique divine*, vol. I' Introd.

para dar expansión á la cristiana vitalidad, y arraigado más profundamente en sus creencias las patentiza sin rebozo á la faz de las naciones. Esta generosa disposición abre la puerta á la mística española. *¿En qué otra nación hemos visto que la vida mística haya penetrado más adentro en los corazones y los haya abrasado en más vivas llamas? En un día señalado España dilata sus fronteras, su jurisdicción abraza el mundo, la vida de sus hijos toma las proporciones de una epopeya. En este punto, el misticismo recibe en España una fisonomía particular: no se encierra en un poema inmortal, ni en una teología sabia, ni en tentativas de reforma, ni en amalgamas de teorías bíblicas; su acción se extiende á las inteligencias, á las costumbres, y, en el siglo XVI, cifra la índole de la virtud española. El misticismo reina por doquier, en el claustro, en la literatura, en las artes, en las ciencias, en el púlpito, en la vida privada y pública, y tal vez en las resoluciones de los gobiernos. Este movimiento ni empieza ni acaba en Santa Teresa; tiene sus raíces en lo pasado, transmite sus frutos al porvenir.* Esto dice el francés Mons. J. Fèvre, continuador de Darras. [1] Lo que con más vivas llamas encendió los pechos de los místicos españoles fué el celo de la religión católica, irritado por las turbulencias hereticales que ponían en agonía miserable los principales reinos de Europa. San Ignacio de Loyola, San Juan de la Cruz, el Bto. Juan de Avila, Baltasar Alvarez, San Alonso Rodríguez, San Pedro de Alcántara, Bto. Nicolás Factor, San Pascual Bailón, Juan de Jesús María, Sancha Carrillo, Juana de la Cruz, Catalina de Córdoba, Bta. Catalina Tomás, Catalina de Sandoval, Marina de Escobar, Condesa de Feria, y otros sin número, fueron místicos que atizados por el celo de la fe experimentaron los dulces abrazos de Dios en lo alto de la contemplación, sin mencionar los autores de teología mística, fuera de los dichos, como Juan de los Angeles, Luis de la Puente, Jerónimo Gracián, Miguel Godínez, Malon de Chaide, Alejo de Venegas, Luis de León; valiendo por todos la mística doctora Teresa de Jesús, que en lo que sintió y escribió no tuvo otro maestro que Dios, y enseñó á los venideros con incomparable maestría cuanto deben saber y entender sobre las operaciones de la ciencia mística.

[1] *Hist. de l'Église*, t. XXXV, p. 319.

El misticismo español no se ceba de conceptos metafísicos, ni de ocios menguados, ni de amores fantásticos, ni de concepciones egoistas; es activo y prudente, enamorado y puro, noble y manso, heróico en su abnegación, desdeñoso de lo terreno, generoso en sus empresas; y como lo ha dicho un autor francés, Pablo Rousselot, que pertenece á la escuela de Cousin y cifra el misticismo en el arrebato y exaltación de la fe religiosa, *nota común á la mayor parte de estos místicos es su carácter militante. Los amantes del ideal son los soldados de una jornada llena de peligro: estos amigos de Dios son hombres de acción.* [1] El misticismo español no es como el de Escoto Erígena, que enseñó el aniquilamiento del alma en Dios por una suerte de panteismo; ni es como el misticismo de Hugo de San Víctor, ontológico-idealista, lleno de claro obscuro que causa confusión; ni como el del M.° Eckhart, que ideó una transformación del hombre en Dios, á la manera del pan que se convierte en el cuerpo de Cristo en la Eucaristía; ni como el de Juan de Mercuria, que imaginó una identificación absoluta de la voluntad divina con la humana, áun respecto de los pecados más abominables; ni como el de Bertoldo de Rorbach, que decía: el hombre puede llegar á un estado tal de unión mística, que esté dispensado de ayunar y de orar; ni como el de Ruysbroek, que con fórmulas tenebrosas ponía en la muerte del alma la cumbre de la santidad, y fué por esto reprendido por el sabio Gerson; ni como el de Juan Tauler, lleno de expresiones enigmáticas é ininteligibles, si bien de ideas elevadas; ni como el de Enrique Suson, embrollado y obscuro, dado que ortodoxo y sublime; ni como el de los Iluminados, que admitida una acción panteística con Dios, y la contemplación de la esencia divina en esta vida, desterraban la necesidad de obras cristianas y de la palabra de Dios; ni como el embelesamiento estúpido de los quietistas, que predicaban la muerte mística, la indiferencia con la gloria, la absoluta necesidad de la contemplación, y colocaban lo sumo de la perfección en el ocio del alma, y le entendían tal que á trueque de no perderle érales lícito consentir á la sensualidad los más repugnantes excesos; ni finalmente como el pietismo de los luteranos,

[1] *Les mystiques espagnols*, p. 438.

que dados á la interpretación pseudo-mística de las Escrituras, exaltaban artificiosamente la imaginación y, á vueltas del del sentimiento religioso, se despeñaban en escandalosas maldades.

Puro, santo, discreto era el misticismo del siglo XVI en España. Altamente dogmático y ortodoxo, sumiso á las conclusiones de la católica teología, estimador de la sana filosofía, subordinado al juicio de la Iglesia Santa, como hermosamente lo prueba el P. Fr. Marcelino Gutiérrez. [1] No identificaban aquellas almas escogidas al hombre con Dios, enlazaban estrechamente la voluntad humana y la divina con unión de caridad, anteponían la mortificación de la voluntad al deleite de la contemplación, tenían en más vivir en humildad y obediencia que ser llevadas en brazos de serafines, sentían pena de que Dios las regalase, recelaban engaño en las operaciones místicas, en una palabra, eran almas de probada virtud con todas las señales de buen espíritu. No es de este lugar exponer los grandes bienes que á la Europa y al mundo civilizado dimanaron de la mística española, glorioso monumento de fe. *El misticismo llevaba en sí un secreto poderío de acción, una fuerza de vitalidad indubitable, ¿por qué no diremos que parte de su energía penetró en el corazón de la nación española para exaltar sus fuerzas vivas y levantarlas á su más alto grado de esperanza? Tal era su virtud expansiva, que presto traspasó las fronteras de España.* [2] Era menester que apuntase la luz fatídica del siglo XIX, para que levantasen sus voces los apellidados sabios, y blasfemasen lo que nunca entendieron. Oigamos los dislates que les ha sugerido el estudio de la ciencia mística.

M. Lélut: *Sopena de ser tenido por loco, ningún hombre puede presumir tener comunicación con la divinidad ó con agentes sobrenaturales.—La unción con Dios de los místicos es una perturbación de la sensibilidad.* [3] —M. Cousin: *El misticismo quita al hombre la razón, y le deja la sensibilidad... El ideal de la virtud es para el místico un ciego abandonar todo su sér en una contemplación vacía de pensamientos, en una oración sin palabra, y casi sin conciencia... El misticismo es una quimera, un peligro, á veces un crimen.* [4] — Bartolomé Saint-Hilaire: *El misticismo raya en locura, ó por expresarlo mejor, pasa la raya de la demencia.* [1]— Jouffroy: *el principio de los místicos es remunerar á todo esfuerzo, á toda acción y esperar que la muerte coloque al hombre en un estado en que no sea posible cumplir con su fin.* [2]—Pablo de Rémusat habla así de los místicos: *M. Figuier en su* Historia de lo maravilloso, *intentó explicar cosas que son inexplicables, y mejor fuera negarlas.* [3] —Rousselot: *Es imposible en teoría y en nombre de los principios no condenar el misticismo.* [4] — González Serrano: *El misticismo cristiano es una moral sin psicología, produce el desarrollo vertiginoso de una imaginación calenturienta, que no se sacia con las representaciones esquemáticas, sino que necesita dar elasticidad semimaterial y tangible á los símbolos, y produce un arrobamiento que reviste un carácter bien acentuado de sensualismo.* [5]—Sr. Canalejas: *El misticismo se origina de la espontaneidad de la razón humana con entera independencia de las creencias en dogmas positivos.—El misticismo español es hijo legítimo del siglo en que se fundaba la libertad de conciencia, y se enaltecía la fuerza y la inteligencia individual.* [6]—Montégut: *En los místicos españoles la caridad más es virtud teológica que teologal.* [7] Estas y parecidas son las voces de nuestros adversarios, que mofan de las comunicaciones divinas. Dejémoslos que clamoreen. Los racionalistas, los positivistas, los materialistas de nuestra época no merecen consideración, porque no tan sólo ignoran, pero áun son incapaces de penetrar la grandeza de los secretos de Dios. Quédense atrás, y vamos adelante llevando por guías los escritores de teología mística que han sido los maestros más ordinarios de nuestra vida religiosa.

La mística divina no consiste, como la ascética, en el ejercicio de las virtudes cristianas y perfectas, sino en la comunicación altísima y secretísima con Dios nuestro Criador y Señor. Levantada el alma por la purísima caridad á las alturas

---

1 *El misticismo ortodoxo*, 1886, cap. III y IV.
2 MGR. FÈVRE, *Histoire de l'Église*, t. XXXV, p. 376.
3 *Le démon de Socrate*, 1836, p. 107.
4 *Du vrai, du beau et du bien*, leçon V.

1 Citado por el P. Bonniot, en su libro, *Le miracle*, livre II, chap. II.
2 *Cours de droit naturel*, t. I.
3 *Revue des Deux Mondes*, 1861.
4 *Les mystiques espagnols*, 1869, chap. XIV, p. 498.
5 *Psicología del amor*. Citado y refutado por D. JUAN VALERA en sus *Nuevos estudios críticos*, 1888, p. 361.
6 Escuelas místic. español. VIII.—*Estudios críticos*, p. 192.
7 *Revue des Deux Mondes*, I mars 1864.

de la contemplación, se engolfa en un piélago de luces divinas donde experimenta ardores internos, que á veces trascienden y rompen por el cuerpo con extrañas manifestaciones. La mística es un estado que abraza los efectos sobrenaturales, externos é internos, que disponen, acompañan ó siguen á la sublime contemplación. La esfera en que la mística se explaya es levantadísima y puesta fuera de todo sentido, superior á todo concepto y oculta á la comprensión humana; es un mundo nuevo, lleno de escollos y simas para nuestra flaca inteligencia, en que dan de ojos los presumidos, y ciegan los que pasan plaza de sabios. Aquí los racionalistas tienen muy poco que ver, de puro petulantes hacen fiesta y donaire de lo que no saben imaginar ni por asomo, pero la mística divina los deja para necios en la desenvoltura de sus pensamientos.

Teatro de la mística divina es la contemplación, *intuición libre, perspicaz, cierta, sobre Dios y las cosas celestes, que engendra admiración y remata en amor, yendo siempre por el camino de la fe.* [1] Admiración y gozo son los efectos de la mística contemplación, con estas dos alas vuela el alma sin discurso y sin trabajo, y descansa blandamente en las cosas divinas, según que el ímpetu de la gracia la favorece y guía. Nobilísimo es este dón, de amor nace, amor cría, luz despide, dicha rebosa y bienes sin cuento é inefables. La vida contemplativa hace infinitas ventajas á la vida activa, como enseñan San Agustín, [2] San Gregorio, [3] Santo Tomás [4] y todos los doctores místicos, si bien no es necesaria para la vida perfecta ni para la santidad formal y permanente.

Objetos propios de la contemplación son los atributos de Dios, la Sacratísima Humanidad de nuestro Señor Jesucristo, los misterios de su vida adorable, las verdades de la fe cristiana; campo dilatadísimo, en donde el alma tiene ascensiones y movimientos sublimes, que la inflaman en ardores de suavísimo amor, subidas que requieren gran limpieza de espíritu, pasiones mortificadas, ejercicio de virtudes macizas, soledad y silencio interior, dominio de afectos y deseos: áun supuestos los di-

[1] ALVAREZ DE PAZ, *De Natura contemplat.*, lib. V, p. II, cap. I.
[2] *Contra Faust. Manich.*, lib. XXII, cap. LII.
[3] *Moral*, lib. VI, cap. XXXVII.
[4] 2.ª, 2.æ, q. CLXXXII, a. 1.

chos preámbulos queda siempre que la contemplación es gracia infusa, dón gratuito, obra exclusiva de Dios, y pide vocación especial, á que no todos temperamentos son adaptados, como enseña San Juan de la Cruz. [1] Porque para que el entendimiento humano dé alto vuelo hacia Dios, que sin esfuerzo suspenda las potencias tranquila y remontadamente en un mar de resplandores celestes, y para que la voluntad entre en admiración de las grandezas que descubre y rompa atónita en afectos de amor y gozo, y no cabiendo el corazón en sí de gozo derrame por las potencias sensitivas los raudales de deleite y devoción espiritual; singular llamamiento de Dios es menester, elección muy especial, y señales ciertas de la divina voluntad.

Lo ordinario es concederse á los perfectos en premio de su fidelidad, como á sujetos mejor dispuestos, principalmente si este estado ha de ser habitual; que si alguna vez se comunica á proficientes y aun á principiantes en la virtud, es por respecto y en prenda de la encumbrada perfección á que traza levantarlos la divina bondad, para con estos sabrosos deleites empezar á destetarlos de los gustos de la vida sensitiva; por manera que ninguna condición ni estado queda excluído de los dones divinos, como vemos en la venerable Ana María Taigi, que entre sus cuidados de madre de familia llegó á levantar el vuelo á lo más alto de la mística unión. En este particular le merecen á Dios honrosa preferencia las mujeres; aunque más flacas y vanas que los hombres, contrapesa en ellas así el Señor de algún modo, como agudamente notó el Padre Godínez en su *Práctica de la teología mística*, la gracia sacerdotal y el oficio apostólico con que á nosotros se dignó honrarnos. Las doncellas cristianas que consagran alma y cuerpo al servicio del celestial Esposo en el silencio de los claustros, son las más dispuestas á recibir los rayos de las comunicaciones divinas.

Los escalones por donde sube el alma á lo más encumbrado de la contemplación son muchos y muy varios, porque como las cosas de Dios sean muy ordenadas, ésta que es divinísima convenía se desenvolviese por sus grados, y de pequeños principios se alzase paso ante paso á la con-

[1] *Subida al monte Carmelo*, lib. II, cap. XIII.

sumación perfecta de la caridad. Con todo, pues que el espíritu de Dios sopla donde quiere, *no es la contemplación como las ciencias humanas, que tienen primeros principios de donde salen consecuencias, porque en ella no hay principio alguno de que se sigan, ni tras este paso se sigue forzosamente estotro paso ó grado de contemplación.* [1] Santa Teresa decía también: *Parecerá que para llegar á estas moradas se ha de haber vivido en las otras mucho tiempo: y aunque lo ordinario es que se ha de haber estado en la que acabamos de decir, mas no es regla cierta (como ya habreis oido mucha veces), porque da el Señor cuando quiere, y como quiere, y á quien quiere, como bienes suyos, que no hace agravio á nadie.* [2] Sin embargo de lo dicho, el estilo ordinario de Dios es levantar al alma por grados progresivos á la unión, así como en lo natural hay sus pasos intermedios para ir de lo ínfimo á lo sumo; y por esta causa la santa Fundadora en sus *Moradas* explica detenidamente los diversos estados por donde va pasando el alma contemplativa hasta subir á la perfecta unión y enlace espiritual, y parecidamente los autores de mística teología. De estos grados conviene dar aquí sucinta noticia, para que se vea cuán generoso es Dios en el trato familiar con sus criaturas, y cómo trasciende la vida mística las leyes del humano pensamiento.

El grado más bajo es la oración de recogimiento, en que *los sentidos y cosas exteriores van perdiendo su derecho, porque el alma vaya cobrando el suyo que tenía perdido.* [3] Este llamamiento al retiro viene á ser *como el silbo del pastor*, y tiene tanta fuerza con las almas *que desamparan las cosas exteriores en que andan enajenadas, y métense en el Castillo.* [4] Esta manera de recogimiento no se adquiere con humana diligencia, sino por la acción de la gracia, según que lo declara elegantemente San Francisco de Sales. [5]

A este preámbulo de la contemplación infusa síguese la oración de quietud, donde *está el alma como un niño que mama cuando está á los pechos de su madre, y ella sin que él paladee échale la leche en la boca para regalarle; ansi es acá, que sin trabajo del entendimiento está amando la voluntad.* [1] Esta forma de oración es de más alto linaje que aquella suavidad y paz experimentada por las almas fuera de la contemplación, en cosas devotas; aunque en sí dista mucho de la extática suspensión. Silencio, amortecimiento, sueño de potencias, fijeza de la voluntad, dado que breve y fugaz, son los caracteres de este grado; sus efectos suelen ser encendimientos amorosos, desasimiento de cosas terrenas, resignación en el divino querer, alegría espiritual con copia de dulcísimas lágrimas.

Vienen luego los trasportes y las santas ansias de abismarse el alma toda en su Dios. Porque cuando el amor prende en un alma, despierta en ella júbilos y saltos de gozo, ímpetus y suspiros ardientes, y salen mediadas las palabras desconcertadamente como de persona embriagada, y *dice mil desatinos santos atinándo siempre á contentar á quien la tiene ansí. Yo sé de persona que con no ser poeta, le acaecia hacer de presto coplas muy sentidas declarando su pena bien.* [2] Dichosa embriaguez, que si bien tiene en el alma su asiento, derrama el deleitoso licor por el apetito sensitivo, y le rebosa en excesos de gozo, y rompe en juiciosos despropósitos que semejan á los sabios del mundo locuras, como les acaecía á los Santos Felipe Neri, Francisco de Asís, José de Cupertino, Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, Magdalena de Pazzis en la celsitud de su vida espiritual. La fuerza del divino mosto sintió en medio de su suplicio un San Andrés, un San Ignacio, un San Lorenzo, un San Vicente: embebecidos y absortos en la dulcedumbre divina parecían de mármol al rigor de los tormentos.

Abismada el alma en el océano de luz celeste, sepultada en un profundo olvido de las cosas humanas, trabada la lengua, como dice San Juan de la Cruz, con los celestiales arropes de tanta dulzura, [3] cae en un subidísimo sueño, en que todo duerme, fuera del corazón, que vela muy despierto y derretido en amorosos afectos, *como una cosa fluida y líquida dentro de la divinidad que ella ama.* [4] Aquí

[1] P. GODINEZ, *Práctica de la Teología mística*, lib. IV, cap. VII

[2] *Castillo interior, Moradas cuartas*, cap. I.

[3] SANTA TERESA, *Mor. cuartas*. cap. III. [4] Ibid.

[5] *Traité de l'amour de Dieu*, livre VI, chap. VII.

[1] SANTA TERESA, *Camino de perfección*, cap. XXXI, 8.

[2] SANTA TERESA, *Vida*, cap. XVI.

[3] *Subida al monte Carmelo*, lib II, cap. XIV.

[4] ...comme une chose fluide et liquide dans la Divinité qu'elle aime.—SAN FRANCISCO DE SALES, *Traité de l'amour de Dieu*, livre IV, chap. II.

Santa Teresa, modelo de discreción, nota la diferencia del sueño místico al letargo natural por estas graves palabras: *De un peligro os quiero avisar (aunque os lo he dicho en otra parte) en que he visto caer á personas de oración (en especial mujeres que como somos tan flacas ha mas lugar para lo que voy á decir) y es que algunas de la mucha penitencia y oración y vigilias, y aun sin esto sonse flacas de complexión, en teniendo algún regalo sujétales el natural, y como sienten contento alguno interior y caimiento en lo exterior, y una flaqueza cuando hay una flaqueza que llaman espiritual, que es un poco más de lo que queda dicho; paréceles que es lo uno como lo otro, y déjanse embebecer; y mientras más se dejan, se embebecen más, porque se enflaquece más el natural, y en su seso les parece arrobamiento; y llámolo yo abobamiento, que no es otra cosa más de estar perdiendo tiempo allí y gastando salud. A una persona acaecía estar ocho horas, que ni están sin sentido, ni sienten cosas de Dios; con dormir y comer, y no hacer tanta penitencia, se le quitó á esta persona porque hubo quien la entendiese, que á su confesor traía engañado y á otras personas.* [1]

Notable es la diferencia entre el sueño natural y el místico: el natural *se caracteriza... por una cesación de las reacciones motrices encefálicas conocidas con el nombre de movimientos voluntarios; lo esencialmente abolido en el sueño es... el trabajo cerebral unido á las reacciones voluntarias, la coordinación normal de las funciones de relación,* [2] de suerte que *cuando el sueño es profundo, el hombre es comparable al animal á quien el fisiólogo ha quitado los hemisferios cerebrales.* [3] Por el contrario el sueño místico despierta increible actividad en los movimientos propiamente voluntarios, causa en el alma disgusto de todo lo que no es Dios, aguza el entendimiento, repara las fuerzas gastadas en las potencias y apremia á más perfectas obras del divino servicio, como en otro lugar más á la larga se dirá.

A fin de excitar Dios en el alma nuevos alientos que la enfervoricen más y la soliciten á desear con más vivas ansias la unión perfecta, dale toques suavísimos y deleitosos, que conmueven lo más secreto de sus potencias. Dícelo San Juan de la Cruz hermosamente: *Hay algunas noticias y toques de estos que hace Dios en la substancia del alma que de tal manera la enriquecen, que no solo basta una de ellas para quitar al alma de una vez algunas imperfecciones, que ella no había podido quitar en toda su vida, mas la deja llena de virtudes y bienes de Dios. Y le son al alma tan sabrosos y de tan íntimo deleite estos toques, que con uno de ellos se daría por bien pagada de todos los trabajos que en su vida hubiese padecido aunque fuesen innumerables. Y son tan sensibles y eficaces que algunas veces no sólo al alma, mas también al cuerpo hacen estremecer... Y por cuanto estas noticias se dan al alma de repente, como habemos dicho, y sin albedrío de ella, no tiene el alma que hacer en pretender ó no pretenderlas, sino háyase humilde y resignadamente acerca de ellas, que Dios hará su obra como y cuando él quisiere.* [1] Al demonio, que no puede penetrar en lo interior de las potencias espirituales, quédale el único arbitrio de remedar estas delicadísimas impresiones con otras imaginarias y sensibles, que por ser groseras y toscas, si se examinan, demostrarán luego la ruindad del autor, como enseña Scaramelli. [2]

Los toques de Dios son á veces como dardos que hieren y traspasan el alma agudamente, y van acompañados de ternísima suavidad. El dolor que causan es incentivo de amor, porque si el deseo de amar engendra dolor, el amor de desear produce dulcedumbre y deleite inefable. Así lo dice Santa Teresa con su ordinaria claridad: *Siente el alma ser herida sabrosísimamente, mas no atina cómo ni quién la hirió: mas bien conoce ser cosa preciosa, y jamás querría ser sana de aquella herida... porque claramente le parece que está con ella su Dios. Direisme, pues si esto entiende ¿qué desea? ó qué le da pena? ¿qué mayor bien quiere? No lo sé, sé que parece le llega á las entrañas esta pena, y que cuando dellas saca la saeta el que la hiere, verdaderamente parece que se las lleva tras sí, según el sentimiento de amor que siente. Estaba pensando ahora si sería que deste fuego del brasero encendido, que es mi Dios, saltaba alguna centella y daba en el alma de manera que se dejaba sentir aquel encendido fuego, y como no era aún bastante para quemarla, y él es tan deleitoso*

[1] *Castillo interior, Moradas cuartas*, cap. III.
[2] DUVAL, *Cours de Physiologie*, 1883, p. 106.
[3] Ibid. p. 107.

[1] *Subida del monte Carmelo*, lib. II, cap. XXVI.
[2] *Direttorio mistico*, Tratt. II, capo XIV.

queda con aquella pena, y al tocar hace aquella operación. [1] Desfallecimientos dulces, suspiros vivísimos, requiebros tiernos, júbilos secretísimos, regaladísimas ansias, sentimientos amorosos causan en el alma estas heridas de amor, y á veces lágrimas, palpitaciones, ardores desusados y otros efectos en la salud y economía del organismo.

No son menos maravillosas las llagas é impresiones corpóreas, que corresponden á las íntimas y profundas del alma. Muy digna de notarse es la herida que recibió en su corazón Santa Teresa de Jesús, renovada en varias ocasiones, según que lo cuenta ella por estas palabras: *Quiso el Señor que viese aquí algunas veces esta visión. Veía un ángel cabe mí hacia el lado izquierdo en forma corporal... Veíale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecía tener un poco de fuego. Este me parecía meter por el corazón algunas veces, y me llegaba á las entrañas; al sacarle me parecía las llevaba consigo y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor, que me hacía dar aquellos quejidos, y tan excesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor, que no hay que desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios. No es dolor corporal, sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo, y áun harto. Es un requiebro tan suave que pasa entre el alma y Dios, que suplico ya á su bondad lo dé á gustar á quien pensare que miento.* [2] El corazón de esta Santa, que se guarda intacto en Alba de Tormes, conserva en el día de hoy después de tres siglos, las heridas abiertas por el dardo del Serafín; la mayor tiene medio decímetro de abertura. ¿Podía Santa Teresa sobrevivir veinte años á una herida mortal sin que Dios suspendiese con patente milagro los fueros de las leyes fisiológicas? No sin causa el Papa Benedicto XIII instituyó en 1732 la solemnidad de la *Transverberación* de Santa Teresa en testimonio del estupendo prodigio. Hablando absolutamente de las llagas corporales, podrían provenir de operación diabólica, como enseñan los místicos [3] y en su lugar se dirá, no así las llagas de amor que el alma siente en lo alto de la contemplación querúbica, porque no llega á tanto la potestad de nuestro enemigo. [1]

El fin último de la contemplación mística es la unión del alma con Dios: no aquella unión tosca y elemental que alcanza toda criatura con su Criador por efecto de la creación y conservación, ni tampoco aquella sobrenatural y excelentísima que le viene al alma racional por la gracia justificante y que la constituye morada de la soberana Trinidad y partícipe de la vida misma de Dios, ni tampoco aquella unión consumada y perfecta del cielo que sobrepuja á toda comprensión; sino unión fruitiva y graciosa, no plena ni acabada, preludio de la celeste, y encaminada á ella por via de fe y de amor. Esta mística alianza, á que va el alma disponiéndose por los grados antedichos, y que arrebata en Dios voluntad y entendimiento con todas sus fuerzas, es al principio pasajera y se renueva á menudo interviniendo á trechos vaivenes de deliquios, heridas, ardores, ilustraciones, amortecimientos espirituales, con que se prepara el alma y se allega con más pujanza á la unión transformativa y permanente. Santa Teresa emplea para explicarla esta comparación del gusano de la seda. Pasa el gusano en estado de larva treinta y cuatro días haciendo cuatro mudas de la piel que son las diversas edades del animal; después de bien cebado, con los hilos de seda que le salen del cuerpo teje primero su capullo revolviéndose sobre sí despacio y sin descanso, y terminada en cuatro días la obra, se va trasformando de larva en crisálida, y después sale convertido en linda mariposa con alas blanquecinas y graciosas. [2] Mientras en el alma se está labrando esta peregrina metamórfosis ¿quién dirá las dulzuras que experimenta, los rayos de luz que la inundan, las ansias que la aprietan, las crecientes de amor que la bañan, las ascensiones que la levantan á su único bien y Señor?

Tal es el preámbulo del enlace final. Aparatos del desposorio hasta que se concluya la unión, y prendas de total entregamiento son los éxtasis y enajenaciones. La intimidad del alma con Dios viene á robar á los sentidos la fuerza propia

---

1 *Castillo interior, moradas sextas*, cap. II.
2 *Vida*, cap. XXIX.
3 SCARAMELLI, Tratt. III, capo XXVIII.

1 P. FR. FELIPE DE LA SMA. TRINIDAD, P. III, Tr. I, D. III, a, 4. — Véase más arriba, pág. 234.
2 *Castillo interior, Moradas quintas*, cap. II

que han menester para sus convenientes funciones, porque la vida racional llegó á términos que ocupada toda en la contemplación mística, apenas deja á la parte vegetativa otro vigor que para no desfallecer del todo. De aquí nace aquel embebecimiento de las potencias superiores en la materia de la contemplación, sin que apenas le quede al hombre mano para oponerse á los ímpetus de la gracia; y ora el contemplativo anda fuera de sí suave y pacíficamente, ora su entendimiento y voluntad suben altos y sin tropiezos en vuelos sublimes, ora embargados los sentidos se engolfa el espíritu muy adentro en el piélago de comunicaciones divinas, y cuanto más crece la unidad amorosa, menos poder hay en la fantasía, aunque pocas veces se le embotan las fuerzas de suerte, que el alma goce de la amistad divina sin algún servicio de la imaginativa, como luego diremos.

En este intervalo de la unión extática los capítulos del desposorio entre Dios y el alma se conciertan en alguna visión imaginaria, en que el soberano Esposo presentándose á su amada la escoge con algún símbolo misterioso por esposa definitivamente, y le demuestra su determinada voluntad. Las Santas Catalina de Bolonia, Gertrudis, Rosa de Lima, Coleta, Teresa de Jesús, Catalina de Sena, Catalina de Riccis y otras almas bienaventuradas fueron favorecidas con estas visiones esponsalicias y con raras prendas de permanente é inquebrantable unión, en que consiste el matrimonio espiritual, conforme le llaman los místicos.

No hay palabras que lo digan cabalmente como ello es, ni conceptos que basten á declarar la grandeza de estos favores. La figura del enlace matrimonial, expresa en las Santas Escrituras, ha sido empleada no tan sólo por todos los escritores de Teología mística, mas áun por los Santos Padres desde San Dionisio hasta San Bernardo, y por los Doctores teólogos, para representar el abrazo secrecretísimo de Dios con las almas santas. La unión contemplativa después de pasar por los estados arriba dichos, al fin se hace firme y duradera, y remata en una suerte de indisolubilidad, sólo comparable con la celeste y gloriosa, aunque no llega á la eminencia de su lumbre é impecabilidad. Es una manera de matrimonio rato, no consumado, cuya consumación se queda para el tálamo de la gloria. Los esponsales que anteceden á la mística alianza se celebran en una altísima visión de la beatífica Trinidad, en que las tres soberanas Personas hablan al alma, y le participan su ansiada venida, como lo enseñan Santa Teresa, [1] San Lorenzo Justiniano, [2] San Bernardo, [3] Alvarez de Paz. [4] Pero el contrato espiritual ha de efectuarse entre el alma y el Verbo eterno; éstos son los dos esposos que deben juntarse con entrañable amor para que el alma pueda exclamar: *mi vida Cristo es; vivo yo; no yo, sino Cristo en mí*. Para esto muéstrase el Verbo al alma en visión intelectual purísima y regaladísima, y con hablas vitalísimas y demostraciones inefables la levanta á la dignidad de esposa suya: así se dan el uno al otro en amorosos incendios. Este acto solemne tiene lugar en el *centro mismo* del alma, como dicen Santa Teresa [5] y San Juan de la Cruz. [6]

Referir ahora el tesoro de bienes que vienen al alma con el espiritual consorcio, pide otras fuerzas y otro espacio. Cierto la comunicación es mutua: el Esposo franquea á la esposa la riqueza de sus dones, la esposa al Esposo todo su sér y libertad; el Esposo reina como dueño de su esposa confiándola los íntimos secretos de su providencia, y la esposa sólo vive y alienta desvelándose en sustentar la gloria del Esposo, muriendo de no morir por él. Aquí cesan los tumultos de la parte inferior, callan amortecidas las pasiones, se aquieta el ruído de las humanas miserias, logran las virtudes grado heróico, la imperturbable paz sella con su esplendor to-

---

1 *Castillo int. Mor. Sept.* cap. I.
2 *De Spirituali et Casta Verbi animæque connubio.*
3 *In Cant.* serm. LXXXIII.
4 *De Grad. Comtempl.* lib. V, p. III, cap. XIV.
5 *Mor. Sept.* cap. I.
6 *Llama de amor viva*, canción I. v. III. — Ande sobre aviso el discreto lector en el manejo de autores legos en filosofía que escriben sobre el misticismo. D. Juan Valera, entre ellos, parece convertirse en aplausos cuando habla del *centro del alma;* reciba el lector con reserva los afectados loores, y tema no sea maliciosa ironía la que se presenta con el incensario ardiendo. Se nos antoja que D. Juan Valera con todo su talento no estaba enterado de lo que significaron los escritores místicos con esa hermosa palabra. (*Nuevos estudios críticos*, 1888, *Psicología del amor*, p. 349). Un poco más abajo gasta el mismo autor seis páginas de prosa para avisar que va á decir de la Santa Doctora algo que suene, y después de simulados esfuerzos se reduce todo el estudio del literato á escribir que la Santa llegó *á la cumbre de la metafísica*, y tuvo *la visión intelectual y pura de lo absoluto* (Ibid. p. 414). Estamos de norabuena los españoles con una Doctora krausista. No lo creyéramos si no lo dijese un metafísico del tamaño de D. Juan Valera.

das las obras, ríos de deleite bañan de continuo las potencias, raros son ya los arrobamientos, suspendiéronse los altibajos, sentada la esposa en la cumbre sestea al lado del Esposo, descansa, goza, ama. Mas como esta cumbre no sea la del cielo, y la estrechísima unión no conceda el privilegio de la impecabilidad absoluta, y sin revelación especial no haya estar ciertos de la perseverancia; por eso el alma que ha contraído tan ricas nupcias podría realmente pecar y abusar de su libertad. Para más entera noticia pueden consultarse Verhæge, [1] Schram, [2] P. Seraphin, [3] San Lorenzo Justiniani, [4] José López Ezquerra, [5] y otros que se citarán más adelante.

ARTÍCULO II.

Visiones: son milagros.—Visión corpórea; sus señales.—Visión imaginaria; es más ordinaria en sueños.—Visión intelectual; no cabe en ella engaño.—Objetos de estas tres clases de apariciones.—Cómo aparecen Cristo, la Virgen, los ángeles, los Santos, las almas del purgatorio, los demonios, los condenados, los mortales.—Disputa sobre si estas apariciones son personales ó impersonales.—Cómo se obran las bilocaciones.

Dilatado es el campo que ofrece á las grandezas la vida contemplativa, estupendas sus ascensiones, admirables sus pasos, secretísimos sus desvíos y veredas, y todos sus efectos sobre manera divinos, pues caminan á la unión perfecta de Dios. Otras formas tiene la vida mística, que vienen á ser como mejorías del trato íntimo. Las visiones son vistas sobrenaturales y extraordinarias de cosas celestes ó terrestres, que en su realidad ó en figura se presentan á la mente, á la imaginación, á los sentidos. De aquí nacen tres suertes de representaciones: intelectuales, que tienen por objeto el mundo espiritual é inteligible; imaginarias, que se ofrecen á la fantasía en forma sensible; corpóreas, que ponen los cuerpos al alcance de los sentidos. Y aunque las intelectuales, que, por ilustrar con su presencia el humano entendimiento son de más alta condición, á las veces acompañen á las imaginarias según el intento de Dios que las causa; pero aquéllas son, comunmente hablando, privativas de los varones perfectos en santidad, las imaginarias pertenecen á los proficientes, las corporales á los principiantes en la virtud, [1] sin que por eso deban ponerse límites á la divina disposición, que alguna vez entretiene á sus grandes siervos con visiones materiales y sensibles. Llenas están las Escrituras y las vidas de los Santos de visiones y apariciones de todo género, que en el orden de la santificación son verdaderos milagros y señaladas mercedes, como en su lugar dijimos. [2]

La dificultad está en distinguir la visión imaginaria de la corpórea. Señales de aparición corpórea son: si la visión persevera por notable espacio de tiempo, si todos los sentidos dan testimonio de lo que los ojos ven, si el objeto se ofrece á los sentidos de varias personas á un tiempo, si la aparición deja rastro y efecto sensible. Concurriendo estas circunstancias la visión será corpórea y no imaginaria. Estas son las señales notadas por los autores de mística, Bona, [3] Suárez, [4] Schram, [5] Ribet [6] y otros comunmente según Santo Tomás. [7] Es mucho de considerar que si bien la nota más cierta de visión corporal es cuando se produce delante de varias personas, en algún caso podrá ser verdadera aunque sea vista por una sola, porque el ser sensible á uno y no á otros, como las de Bernardeta en Lourdes, no es razón bastante para poner duda en su realidad objetiva, mayormente cuando causa algún fenómeno sensible que todos presencien: gran tiento es menester para juzgar con rectitud y no calificar por corpórea toda aparición, como ya lo notó Benedicto XIV, y es engaño en que caen fácilmente los escritores de Vidas. [8].

La visión imaginaria tiene por campo la fantasía, y prodúcese sin esfuerzo ni apercibimiento, y sin que esté en la voluntad del hombre tenerla ó dejarla de tener. El tiempo ordinario es durante el sueño. En sueños tuvieron visiones imaginarias Faraón, [9] Nabucodonosor [10] y otros personajes de las Escrituras. El P. Alvarez juzga que más estima Dios dar parte de sus secretos al hombre dormido que despierto, [11] entre otras razones, porque el

[1] *Manuel de Théologie mystique*, 1876.
[2] *Theologia mystica*, 1848.
[3] *Principes de Théologie mystique*, 1878.
[4] *De spirituali et casto Verbi animæque Connubio*.
[5] *Lucerna mystica*, 1782.

[1] SCARAMELLI, *Direttorio mistico*, Tratt. IV, capo III.—EZQUERRA, *Lucerna mystica*. Tract. V, cap. III.
[2] Págs. 24, 154. [3] *De discret. spir.*, cap. XIX.
[4] *De Angelis*. lib. IV, cap. XXII.
[5] *Theol. myst*, § 510.
[6] *La mystique divine*, t. I. II.e p. chap. II.
[7] I p. q. LI, a. 2.
[8] *De SS. beatif.*, lib. IV, p. I, cap. XXII.
[9] Gen XLI. [10] Dan., II.
[11] *De Grad. Contempl.*, p. III, cap. XI.

hombre despierto es menos hábil para entender las disposiciones del cielo, y en eso resplandece con más soberanía el divino poder. Todos los autores concuerdan en que el tiempo más á propósito para las visiones imaginarias, es el de sueño extático, porque la visión imaginaria deja más efecto de sí en el hombre enajenado de sentidos corporales, y más fácilmente arrebata al alma con la viveza de su resplandor. Pero no todas las veces esta suerte de apariciones roban á los sentidos la acción, de lo contrario no sería posible distinguirlas de las corpóreas, y por esto el P. Alvarez, Benedicto XIV, Fr. Felipe de la Santísima Trinidad, el Cardenal Laurea y otros tienen por averiguado ser todo tiempo á propósito para recibir las imaginarias ilustraciones.

La visión intelectual asiéntase en el alma sin concurso de imagen ó de impresión sensible. Dios, ángeles, almas, conceptos morales, y áun cosas corpóreas en su purísima verdad y en su sér inteligible más delicado, constituyen las iluminaciones espiritualísimas, llenas de claridad, duraderas, altamente impresas en el entendimiento, y tan arraigadas, que el ánimo se halla firmemente establecido en la verdad que la visión le representó. Las imaginarias, al revés, pasan presto, se desvanecen luego y se borran. Santa Teresa sentía junto á sí á Jesucristo nuestro Señor, aunque no le veía, *ni con los ojos del cuerpo ni del alma... ni veía rostro... y entendió claro no ser demonio.* [1] La diferencia de estas dos suertes de visiones está en que las facultades sensitivas se ceban en las formas materiales, y el entendimiento mira en su forma espiritual é inmaterial las cosas que se le ofrecen, sin discurso ni tropiezo.

En la visión intelectual no cabe engaño ni sospecha, cierta está el alma de ser Dios su autor. En las otras, que tienen por objeto formas sensibles, no alcanza el hombre si lo que ve es juego de la imaginación ó burlería del demonio; en las intelectuales la verdad desnuda apacienta el espíritu y produce de sí grande luz, como hablan los santos y doctores de mística. [2]

[1] *Moradas sextas*, cap. VIII.

[2] S. AGUSTÍN, *De Civit. Dei*, lib. XVI, cap. VI.—STO. TOMÁS, 2.ª 2.ae, q. CLXXIV, a. 2.—S. BUENAVENTURA, *De Prof. relig.*, lib II, cap. LXXVI.—CARDENAL BONA, *De Discret. spirit*, cap. XVIII.—ALVAREZ DE PAZ, *De Grad. contempl*, lib. V, p. III, cap. XII.

De la vision arriba dicha habla la santa Doctora en estos términos: *Acá* (en la visión que tuvo de Cristo), *sin verse se imprime con una noticia tan clara que no parece se puede dudar: que quiere el Señor esté tan esculpida en el entendimiento, que no se puede dudar más que lo que se ve, ni tanto, porque en éstos algunas veces nos queda sospecha si se nos antojó; acá, aunque de presto dé esta sospecha, queda por una parte gran certidumbre, que no tiene fuerza la duda... Paréceme que es á donde el demonio se puede entremeter menos... Es una cosa tan de espíritu esta manera de visión y de lenguaje, que ningún bullicio hay en las potencias ni en los sentidos, á mi parecer, por donde el demonio pueda sacar nada.* [1]

Siendo esto así, de solo Dios es herir los ojos del alma con el resplandor de estas visitas. El demonio á lo sumo consigue, con todos sus artificios, representar en la fantasía alguna figura de extraordinaria lucidez, que parezca al hombre divina iluminación; pero por poco que paremos en ella se verá cuán fría deja al alma, seca, vana y contenta de sí, y cuán fugaz y desatinada es, y cómo apaga, en vez de avivar, la llama del amor divino. De aquí les viene á los santos, visitados con visiones intelectuales, aquella fortaleza en defender la verdad de lo que por visión intelectual se les infundía.

Si bajamos á tratar del objeto de estas visitas, primeramente Dios revelaba en el Antiguo Testamento por visión imaginaria la grandeza de su misericordia y el temor de su justicia, valiéndose de figuras y representaciones acomodadas; [2] pero las intelectuales, como más conformes á la naturaleza divina, han sido en todo tiempo muy frecuentes, y en ellas las tres soberanas Personas ilustraron las almas con purísimos destellos sobre la verdad de sus Personales caracteres y de los comunes atributos.

El divino Salvador también se ha mostrado en visión resplandeciente, corpórea, imaginaria, intelectual áun después de su gloriosa Ascensión á los cielos. En forma de niño hízose presente á muchas almas santas; en traje de pobre, á San Juan de Dios; en hábito de leproso, á San Juan Columbano; en forma de serafín, á San

[1] *Vida*, cap XXVII.

[2] Gen., XV, 1.—XX, 3.—XXVI, 24.—XXVIII, 12.—XXXI, 11.

Francisco de Asís; en figura de mendigo, á San Martín; en semblante de cordero, á Santa Lutgardis, y á infinitos otros azotado, espinado, crucificado, glorioso, y revistiendo las formas de todos los misterios de su vida mortal. En visión intelectual le divisó Santa Teresa, Santa Ángela de Foligno, San Alfonso Rodríguez y otros muchos santos, con inefables dejos y muy preciosas ganancias.

De las apariciones sensibles si se hicieron por presencia corporal del mismo Salvador, ó por representación extrínseca, lo disputan los teólogos. Inquiere el Padre Suárez si Cristo desde que subió á los cielos se ha dejado ver de los mortales, y resuelve que sin duda se ha mostrado alguna vez, como cuando apareció á San Pablo, á San Pedro cerca de Roma, á la Virgen María antes de su Asunción. Señala tres opiniones en este particular. La primera dice que Cristo nunca bajó á la tierra en figura visible, sino sólo para sacramentarse en la Eucaristía; sus apariciones fueron ó por visión imaginaria, ó por representación en cuerpo aéreo, ó por visión corporal desde el cielo así como le vió San Esteban. [1] La segunda opinión tiene que alguna vez bajó Cristo á la tierra saliendo del cielo. Así juzga Santo Tomás. [2] La tercera sentencia pone que Cristo sin moverse del cielo vino á la tierra corporalmente, ocupando á un tiempo dos lugares.

El juicio que forma Suárez sobre las tres opiniones es éste. La primera, que dice no haber Cristo salido del cielo después de su Ascensión, es mala de defender, á causa de las tres apariciones hechas á San Pablo, á San Pedro, á la Virgen moribunda. Las otras dos las da por probables, y ninguna de ellas por cierta. *De las tres lo que juzgo verdad es que Cristo después que subió á los cielos, estuvo en la tierra alguna vez, pero si se ausentó entonces ó no del cielo, lo tengo por cosa incierta* (incertum est mihi); *y acaso alguna vez estuvo en ambas juntamente, como cuando apareció á Pedro y á Pablo*; *y si bajó el día de la Asunción á llevarse á su madre al cielo, no parece verosímil que á la sazón se quedase arriba y se volviese con su madre allá.* [3]

Más mérito tiene, en nuestra opinión, la sentencia de Santo Tomás. Sin embargo nótese con qué cautela procedía Suárez, á pesar de tener por probables las tres sentencias expuestas, respecto de las otras apariciones hechas por Cristo en la tierra. *No hemos de ser fáciles en pensar*, dice, *que todas las apariciones que se cuentan en las historias sean por vía de bilocación, porque no se han de multiplicar tan grandes milagros cuando bastan otros modos más fáciles.* [1] El Cardenal Bona solamente admite como personal la de la visión de San Pablo. [2] Scaramelli [3] defiende también que fuera del caso de San Pablo nunca salió Cristo del cielo sino para quedarse en el sacramento. Benedicto XIV, siguiendo á Thyrée, [4] está por la impersonalidad de las apariciones de Cristo. *Fuera de la visión que tuvo San Pablo, las demás apariciones, acaecidas después de la Ascensión, puede decirse con probabilidad que no fueron personales.* [5]

Las visiones de Cristo en la hostia consagrada recogidas por Bozio, [6] Thyrée, [7] Raynaud, [8] Peña, [9] Cesáreo, [10] se explican por Santo Tomás de dos maneras, ó admitiendo mudanza en los sentidos de los presentes, ó por mudanza en las especies sacramentales, pero sin mudanza en el cuerpo de Jesús sacramentado. Esta doctrina sustentan Raynaud, [11] Fr. Felipe de San Pablo, [12] Cardenal Cienfuegos, [13] Enrique Susón. [14] Rivet [15] se aparta del común sentir de los teólogos cuando pretende que todas las apariciones de Cristo fueron personales, y ha de introducir nuevos milagros en la formación material de las apariciones corpóreas para que resalte la imagen de Cristo, que no siempre aparece en la misma figura; y *sin gran milagro no podría Cristo mediante su humanidad formar por sí aquel cuerpo, milagro que no hace falta, ni tiene fundamento, y es más conveniente que se forme por medio de los ángeles.* [16] Concluyamos con Fr. Felipe de la Santísima Tri-

---

[1] Act. VIII, 55. [2] III p. q. LVII, a. 6.
[3] In III, p. D. Thomæ, disp. LI, sect. IV, n. 6.

---

[1] Ibid., n. 5 [2] *De Discret. spir.*, cap. XIX.
[3] *Direll. mist.* Tr. IV, capo II.
[4] *De Christi apparit. imperson.* cap. VIII.
[5] Probabiliter cœtera quæ post Christi ascensionem contigerunt apparitiones personales non fuisse dici potest. — *De Servor. Dei beatif*, lib. III, cap. L, n. 6.
[6] *De signis Ecclesiæ*; lib. XIV, cap. VII.
[7] *De apparit. sacrament.*, cap. XI.
[8] T. VI, *De apparit. in Euchar. sacr.*, § 5.
[9] *Vida de San Raimundo de Peñafort*, lib. I, cap. XXVI.
[10] Lib. IX, *Illustr. mirac.*, cap. II.
[11] Ibid., § 9. [12] *De sacr. apparit.*, § 1.
[13] *De vita abscondita*, disp. II, sec. VI.
[14] *Confer. ecclesiast.*, p. V, conf. XII, q. II.
[15] *La mystique divine*, t. II, 1879, p. 58.
[16] SUÁREZ, *De Angelis*, lib. VI, cap. XXI, n. 21.

nidad: *Con razón se dice que cuando Cristo quiere favorecer á un siervo suyo, le envía un ángel que le represente y haga sus veces en dicha visión.* [1]

Las apariciones de la Virgen María han sido innumerables, públicas y privadas, como bien lo saben los fundadores de de las Ordenes religiosas. En ellos se singularizó la celestial Señora, cercándolos con su patrocinio y multiplicando prendas de su maternal amor. Y no fundadores solo, también los particulares son sin número los que recibieron visitas regaladas de la soberana Princesa con demostraciones de singular cariño. De estas apariciones afirman los teólogos con Suárez, que son impersonales por lo regular, [2] porque no es decoroso que los que están en el cielo en cuerpo y alma, como la Virgen Sacratísima, dejen con frecuencia aquel lugar y bajen á la tierra; y que *estén á la vez en ambas partes es gran milagro, y no conviene afirmarle sin gran fundamento.* Los ángeles sirven para formar estos cuerpos aparecidos, como lo enseñan Schram, [3] Scaramelli, [4] Reguera [5] y otros. Exceptúase el caso de algún especial privilegio, en que la Virgen María en persona se deja ver. Suárez señala entre ellos la aparición de la Virgen á San Ildefonso, de que dijimos. [6] Lo mismo podríamos afirmar de la aparición de María á San Pedro Nolasco, á San Raimundo de Peñafort, y á Jaime de Aragón en la institución de la Orden de la Merced, mayormente cuando en las lecciones del segundo nocturno dícese *ipsamet Beatissima Virgo* (24 Sept.). Mas con todo, en estos y en otros casos, que han sido muchos, aun así es incierto, en opinión de Suárez, que la Virgen apareciese personalmente. Rivet [7] lo da por cierto, pero no presenta razón que persuada, antes muchas dificultades en la formación del cuerpo aparente, que hacen menos probable la sentencia de la aparición personal.

Las visiones de ángeles ocupan lugar distinguido en la mística divina. Sus apariciones hinchen de claridad las Santas

[1] P. II, tract. III, disp. IV, a. I.
[2] Illæ apparitiones regulariter non fiunt á propriis personis eorum qui apparere videntur per seipsos.—*De Angelis*, lib. VI, cap XXI, n. 23.
[3] *Theol. myst.* t. II, § 499.
[4] *Diret. mist.* lib. II, p. 2, capo I.
[5] *Theol. myst.*, t. II, n. 101.
[6] Pág. 780.
[7] *La mystique divine*, t. II, p. 76.

Escrituras [1] y las vidas de los Santos. Lo más común es ponerse delante de los ojos en figura humana. [2] Fraguan ellos por sí un cuerpo de materias terrestres, y ostentan bien las facciones que denotan la hermosura de su condición. Ya intiman órdenes de Dios á los mortales, ya acompañan á Jesús y á María, ora acuden á favorecer al necesitado, ora asisten á los moribundos, aquí alientan á los mártires, allí infunden ánimo en las batallas, unas veces llevan al cielo las almas justas, otras castigan las perversas terriblemente: entre sus terrenas ocupaciones no pierden á Dios de vista ni cesan de gozar de su presencia y claridad. [3] San Jerónimo refiere [4] que á la tía de la virgen Eustoquia le fué mostrado en sueños un ángel con rostro ceñudo, y le amenazó que por haber osado profanar la inocencia de su santa sobrina ataviándola vanamente y acicalando sus trenzas y cabellos, por disposición de Dios y en castigo de aquella profanación se le secarían las manos, y á los cinco meses perdería hijos y marido. Así se cumplió por sus pasos el castigo con notoria publicidad, según que el mismo santo Doctor depone, cuyo testimonio merece todo crédito siendo las personas nobles y muy conocidas en su tiempo.

Dictamen es del Padre Petavio [5] que todos los ángeles sin distinción son enviados á comunicar con los hombres; todos pueden ser objeto de visiones sobrenaturales. En las Escrituras leemos las apariciones de los arcángeles Miguel, Gabriel, Rafaél. [6] Señaladamente célebre es la aparición de San Miguel en el monte Gárgano (493) en la Pulla; de la cual instituyó la Iglesia católica solemnidad particular (8 Mayo), significando con cuánta gravedad tiene por reales esta especie de visiones, aunque no las acepte como cosas de fe. A los ángeles de guarda incumben más en particular las sensibles manifestaciones. Trato tenían familiar con sus ángeles Santa Francisca Romana, Santa Margarita de Cortona, Santa Rosa de Lima, Santa Liduuina, y se recreaban

[1] Gen. XXVIII, 12.—III Reg. XIX. 5.—Dan. VIII, 16.—Zachar., I, 13.—Matth., I, 20.—Act. X, 3.—XXVII, 23.
[2] Gen. XVIII.—XIX.—XXII.—Num. XXII.—Jos. V.—Jud., VI.—Tob., V.—Luc., I, 28.—Matth. IV, 11.—Marc., I, 13.—Act. V, 19.—XII, 7.
[3] Tob., XII, 15.
[4] *Epist. ad Lætam.*
[5] *De Angelis*, lib. II, cap. VI.
[6] Apoc. XII.—Dan., IX.—Luc., I.—Tob., XII.

con su nobilísima vista. Conocida es de todos la conversión de Valeriano y de Tiburcio por haber visto al ángel de Santa Cecilia.

Tócales su parte á las almas bienaventuradas en los aparecimientos. Los imaginarios las representan rodeadas de majestad con coronas, palmas, rayos, flores, instrumentos y otras insignias de santidad y poder. Las visiones corporales han sido frecuentes en los anales de la mística. San Pedro se mostró á Santa Agueda, Santa Agueda á Santa Lucía, Santa Clara á Santa Teresa, San Luis á Santa Magdalena de Pazzis, San Antonio de Padua á un amigo suyo, San Francisco de Asís á Guy de Cortona, Santa Catalina de Sena á Santa Rosa de Lima, y otros muchísimos hicieron de sí parecidas presencias auxiliando, amonestando, curando, consolando á sus devotos, y también reprendiendo á pecadores. No siempre fueron vistas las almas en cuerpo humano; que también se demostraron en figura de astro, de globo ígneo, de paloma, de flor, de que hay hartos ejemplos en las vidas de las Santas Juana Francisca de Chantal, Rosa de Lima, Escolástica, Teresa, Liduvina, por no referirlos todos. Acerca del carácter de estas apariciones San Agustín no tenía valor para decidir si eran personales ó impersonales. [1] Del alma de Moisés en el Tabor dice que apareció juntamente con su cuerpo resucitado, [2] y lo mismo tuvo San Jerónimo. [3] Pero el Tostado, [4] Lira [5] y Santo Tomás sienten que el cuerpo fué aéreo. En general el Doctor Angélico no osa afirmar el carácter personal de estas apariciones. Los teólogos en común defienden la impersonalidad, y que las apariciones se ejecutan por medio de ángeles. [6] Tanto más, añade Suárez, cuanto que *las almas tal vez no pueden naturalmente tomar cuerpo al modo que pueden los ángeles, ni conviene que se les conceda esa virtud, pues no está á su cargo el cuidado y administración de las cosas externas que se hacen en este mundo.* [7]

De las almas del Purgatorio no es lícito dudar que Dios les conceda visitas con que enseñen á los hombres la terribilidad de aquellas penas. Ya se han figurado imaginariamente las llamas de fuego á las Santas Catalina de Rizzis, Liduvina, Verónica de Binasco, Isabel de Sconause; ya las almas han dado muestras de sí á Catalina de Sena, Margarita Alacoque, Oswaldo, Margarita de Cortona, pidiéndoles favor, agradeciendo sufragios. A veces oyéronse ruidos invisibles, voces lastimeras, ayes, chasquidos, sin que se pudiese averiguar de dónde procedían; y en esto puede caber engaño, como hartas veces sucede, pero cuando dichas señales coinciden con la muerte de alguno que no fué pecador escandaloso, ó que no se convirtió á Dios poco antes de morir, podrán en algún caso ser indicios de verdadera aparición. Sobre la índole de estas apariciones va dicho arriba la disensión que reina entre los teólogos, los más de ellos las consideran hechas por ángeles y no por las mismas almas.

La aparición de los demonios es cosa notoria que se hace por permisión expresa de Dios para acrisolar la virtud de sus siervos. Increible es el arrojo de nuestro enemigo por poco que le suelten las manos, como se ve en Job, en San Antonio abad, en Santa Margarita de Cortona, en la Beata Catalina Tomás, en Santa Teresa de Jesús, en Santa Clara, en la Beata Alacoque y en otros santos, cuyos padecimientos y tentaciones muestran hasta dónde puede llegar la saña, violencia y crueldad de Lucifer. Se representa unas veces en forma humana disforme y al propio para infundir terror, ó encender la llama del placer; otras veces se transfigura en ángel de luz, y tomando aspecto glorioso parece la persona de María Santísima, de los ángeles, de los difuntos, con que el traidor se miente hermoso á los altivos y soberbios; otras da señales de su presencia con aullidos, golpes, estruendo, y de voces pasa á obras armando redes y causando todos los posibles daños, según la permisión de Dios.

Cuando pasan estas visiones en sueños, ó de noche, sin libertad de sentidos externos, sin presencia de testigos, sin quedar rastro de la vejación, es más razonable pensar que fué imaginaria la visión, que externa y corpórea. Cuando cuenta de sí San Alonso Rodríguez en su avanzada edad que *en las tentaciones ha sido más de doscientas veces mártir,.. de los demonios pa-*

[1] *De Cura gerenda pro mortuis*, cap. XVI.
[2] Lib. III *de Mirabil. Sacræ Scripturæ*, cap. XX.
[3] In Matth. XVII. [4] In Jerem. q. LIV, LV.
[5] In Matth. XVII.
[6] SCARAMELLI, libro II, p. II, cap. I.—SCHRAM, *Theolog. myst.* § 199.
[7] *De Angelis*, lib. VI, cap. XXI, n. 23.

saba más trabajo que los mártires de los gentiles. [1] *También me he visto en un trabajo y tentación, en el cual me vi en grande aprieto, como se vieron los mártires cuando los atormentaban y despedazaban sus carnes y quemaban.* [2] *De esta manera era yo atormentado con instrumentos de fuego visible y sensible, y duró poco tiempo porque se les acabó el término y licencia que tenían de Dios...y luego en un punto desapareció todo, y quedé libre de la tentación y de los trabajos.* [3] Este martirio que sobrevenía al Santo de noche, á lo último de su vejez, sin quedarle después dolor ni llaga visible, tiene todas las señales de imaginario, padecido en la fantasía, sin que obste la santidad y veracidad del anciano, que en semejantes casos no era juez competente para distinguir lo real de lo fantástico, pues basta para dar razón de todo, admitir que aquella vivísima aprensión de los tormentos, como á nuestro Señor en Getsemaní le acontecía, á manera de veneno se derramaba por todo su cuerpo y le causaba grandísima molestia, hasta que invocando el favor del cielo, la Virgen Santísima con su soberana presencia desvanecía el interno trabajo. Lo que de este Santo decimos puede aplicarse á hechos parecidos que leemos en las vidas de otros Santos. Con tanta mayor seguridad se debe esto decir cuanto que los teólogos místicos admiten comunmente que las visiones corporales pueden recibirse de dos maneras, ó por acción inmediata del cuerpo que hiere la retina, ó por acción de un agente espiritual que cause en el sentido impresión sin objeto externo que la produzca. Así lo enseñan Suárez, [4] Alvarez de Paz [5] y otros muchos siguiendo á Santo Tomás.

Vienen las apariciones de los condenados, comprobadas por la historia, ora sean éstos vistos penando en el infierno, ora se ofrezcan á la vista fuera de él. Conocida es la visión de Santa Teresa [6] en que le fué mostrado el lugar que en el infierno le habría tocado si hubiera continuado en su mal proceder; ni importa traer las vidas de Santa Francisca romana, de Santa Magdalena de Pazzis, de la Beata Hossanna de Mantua; ni mencionar los casos en que las almas condenadas volvían á sus cuerpos por divina disposición,

1 *Memoria*, A. fol. 42. 2 A. 169. 3 Ibid.
4 *De Angelis*, lib. IV, cap. XXXIII, n. 14.
5 *De Gradib. contemplat.*, lib. V, p. III, cap. X.
6 *Vida*, cap. XXXII.

ó se vestían de otros nuevos, con que testificar la rectitud de los juicios de Dios, la existencia y horror de las penas eternas y el castigo debido á la mala vida. Cuánto peligro haya de ilusión en esta suerte de visiones, y cuán necesarias sean las reglas arriba indicadas para certificar la aparición corpórea, no es menester declararlo.

Más extraordinarias son las apariciones de hombres vivos y mortales á otros que viven ausentes. El Profeta Habacuc trasportado de Judea á Babilonia en breve tiempo, [1] el diácono Felipe llevado súbitamente á la ciudad de Azoto, [2] San Pedro de Alcántara apareciendo á Santa Teresa con estar á larga distancia, [3] San Felipe Neri mostrándose á personas lejanas, San Antonio viajando en una noche de Padua á Lisboa y en otra tornando de Lisboa á Italia, [4] la Beatísima Virgen María visitando en cuerpo mortal al apóstol Santiago á orillas del río Ebro, son ejemplos esclarecidos de velocísimas traslaciones. Cómo eran ejecutadas no está del todo averiguado. Que sin milagro no podían hacerse lo dicen las leyes de los cuerpos, que no alcanzan á medir espacios sin proporcionado tiempo. No hay repugnancia que se ejecutasen con suma velocidad pasando por el espacio intermedio. Si de los bienaventurados concluye el Padre Suárez que puede sostenerse la instantánea traslación, y trae á San Agustín, á San Anselmo y á San Lorenzo Justiniani en su abono, [5] tampoco repugnará que Dios conceda á los mortales este raro privilegio, yendo todo por vía de milagro.

Pero aparecimientos se narran en los anales de la historia, que indican bilocación y presencia de un mismo sujeto en varios lugares á un tiempo. A San Antonio de Padua se le ve simultáneamente en la catedral de Montpeller y en el coro de su convento; Santa Liduwina yacía en su cama enferma y sin poderse valer, y mientras tanto visitaba las estaciones de Roma y Tierra Santa; San Francisco Javier hacía de barquero en una chalupa, y descansaba estribando en la antena de un navío; San Martín de Porres fué saludado en igual fecha en Argel, en Bayona, en Lima, en China, es decir, en las cuatro partes del

1 Dan., XIV, 30. 3 *Vida*, cap. XXVII.
2 Act. VIII, 39. 4 Boland., 13 Junii.
5 *De Myster. Christi*, Disp. XLVIII, sect. IV.

mundo; San José de Cupertino, morando en su convento de Asís, asistía á la muerte de su madre; San Alfonso María de Ligorio sin moverse de Arienzo declaró haberse hallado presente á la agonía de Clemente XIV; casos parecidos leemos en las vidas de San Pedro Regalado, de Santa Brígida, en muchos de los cuales los siervos de Dios se hallaban destituidos de sentidos y como muertos en un lugar, mientras que obraban activamente en otro, aunque no siempre acontecía esta circunstancia. Cuánta verdad encierren las multiplicadas presencias que hemos apuntado, lo entenderá fácilmente quien sepa fueron examinadas y discutidas con competencia de testimonios en las causas de beatificación.

Cuanto á la posibilidad de obrarse estos prodigios, algunos autores han querido explicarla por la bilocación. Dos grandes escuelas pelean entre sí para definir si es posible ó nó que un cuerpo esté situado á un tiempo en dos lugares según sus dimensiones, por obra del divino poder. En un campo combaten Santo Tomás, [1] el Ferrariense, [2] Vazquez, [3] Capréolo, Durando, Godoy, Ledesma, Cartujano, Herveo, Soto y otros tomistas, los cuales sostienen que repugna á la esencia de las cosas que un cuerpo llene dos lugares á un tiempo con su volumen y dimensiones. En el campo opuesto que pelea por la posibilidad de la bilocación dimensiva, entran Escoto, [4] San Buenaventura, [5] Suarez, [6] el Cardenal Belarmino, [7] el Cardenal Lugo, [8] el Cardenal Tolomeo, [9] el Cardenal Franzelin, [10] el Cardenal Toledo, [11] Compton, [12] Mayr, [13] Mendive, [14] Losada [15] y casi todos los nuestros (menos Vázquez) que han medido las armas con los protestantes en la cuestión de la Eucaristía. El ejemplo del cuerpo de Cristo que sin dejar el cielo se pone sacramentado en el altar, parece dar gran fuerza á esta segunda opinión, pues poco hace al caso que esté invisible; lo que espanta al entendimiento no es el modo de estar situado sino la situación. Pero la sentencia contraria, sostenida por Santo Tomás, es la más aceptable y digna de ser defendida.

El protestante Leclerc, enemigo de la Eucaristía cuanto amigo de Descartes, calumniaba la doctrina de la teología católica y de los milagros juntamente cuando escribía: *Los que cuentan entre los milagros del cristianismo el que un cuerpo humano siendo único en número, sea extenso y no extenso á un tiempo, y exista en muchos lugares á la vez, fingen un milagro de que no tienen idea, y usan voces que no entienden..... Atribuyen á la religión un misterio absurdo y contrario á las más claras luces de la razón y de la revelación.* [1] Un autor como éste que tanta fama tenía de erudito, mostraba no haber abierto ningún libro de teología escolástica; así juzgan nuestras cosas los protestantes, sin conocimiento de causa.

Mas cuanto á la presente controversia, libre le es al filósofo escoger la opinión que más le cuadre. La nuestra va ya indicada. Conforme á la enseñanza casi general de los teólogos, las apariciones son impersonales y no ejecutadas por la presencia de los mismos que se dicen aparecer. Escribe el Cardenal Toledo: *Algunos intentan demostrar la bilocación por los hechos. San Ambrosio dijo que estando en Milán había asistido al entierro que se hacía muy lejos de allí á San Martín. Cristo apareció á Pedro cerca de Roma y estaba en el cielo. Pero estas cosas no convencen, porque pudo ser aquélla por un ángel, ésta por apariencia.* [2] Según esto, podemos prescindir de la bilocación y explicar por otras maneras la presencia de un hombre mortal en dos ó más puntos de la tierra, sea por acción á distancia, sea por traslación de las especies visivas, sea por impresión hecha en los sentidos de los espectadores, sea en fin por ministerio de ángeles que, como San Rafaél, parezcan á los ojos lo que en verdad no son.

---

1 *Quodlib.* III, art. 2. — In IV, sent. dist. X, q. 1, art. 1.—Dist. XLIV. q. 2, art. 2.
2 In IV, *Contra Gent.* cap. LXVIII.
3 *De Euchar.* disp. CLXXXIX, cap. VI.
4 In IV, dist. X, q. II. 5 In IV, dist. X, art. 1.
6 In III p. disp. XLVIII, sect. IV.
7 *De Euchar.* lib. III. cap. III.
8 *De Euchar.* disp. V, sect. 1.
9 *Dissert. physic. Metaphys.* VI, sec. IV.
10 *De Euchar.* p. 174.
11 In III p. q. LXXVI, art. 8.
12 Disp. XXXV, *Physic.* sect. V.
13 *Philos. peripat.* p. III, disp. III, q. VII, art. III.
14 *Cosmologia*, 1887, p. 52.
15 *Cursus philos.* t. VI, tr. III, disp. II, cap. II.

1 *Demonstr. évangél.*, t. VI, p. 942.
2 Potuit illud esse per spiritum, hoc per apparientiam.—In III p. q. LXXVI, art. 8.

ARTICULO III.

Éxtasis místico: en qué consiste.—Nace del amor divino. —Cuál sea su objeto —Tiene tres movimientos principales.—El entendimiento extático á veces no se ayuda de la fantasía.—Autoridad de Santa Teresa. — Oficio de la voluntad. — Intervalos del éxtasis. — Éxtasis perfecto é imperfecto. — Diferencia entre el éxtasis y el r pto. — En el éxtasis no se pierde la libertad.— Efectos que deja en el alma. — La suspensión de los sentidos es natura . — Cómo quedan las potencias vegetativas —El alma extática no salo fuera del cuerpo. —Diferencias entre éxtasis natural y sobrenatural — —Valor del éxtasis en las causas de beatificación.— Clamores de los modernos racionalistas contra el éxtasis.

El éxtasis es un enajenamiento del alma en una contemplación sobrenatural, que deja la facultad sensitiva desfallecida y sin acción. Elevación de la mente, suspensión del sentido, son las dos partes del éxtasis. La teología católica las afirma constantemente. San Agustín dió del éxtasis esta definición: *Es una enajenación que aparta la mente de los sentidos corpóreos para que el espíritu del hombre, tomado del espíritu divino, se ocupe en ver y mirar las imágenes.* [1]—Santo Tomás da parte del éxtasis al entendimiento, parte á la voluntad; por ambas potencias el hombre sale de sí, y se levanta á conocimientos y afectos que no le son debidos. [2]—San Buenaventura dice: *Éxtasis es una cierta elevación deleitosa del hombre sobre sí, quedando desierta la parte exterior, á la fuente sobreintelectual del amor divino.* [3] —Gerson: *Es un arrobamiento de la mente con interrupción de todas las operaciones de las inferiores potencias.* [4]—El Cardenal Bona: *Es un exceso de la mente, en que los sentidos externos están trabados, y no sólo no obran, pero ni pueden obrar ni ser excitados por objetos exteriores.* [5]—El P. Alvarez de Paz: *Es una elevación de la mente á Dios, con abstracción de sentidos externos, que procede de la grandeza de la divina contemplación.* [6] Por esta parte todos los doctores místicos admiten en el éxtasis divino elevación en Dios de las facultades superiores ó sensitivas. Esta operación presupone un vuelo del pensamiento y del afecto, no originado de meditación intencional ni de contemplación artificiosa, ni de principio morboso, sino de principio infuso, á saber, de especies luminosas y caloríficas que con tal fuerza embisten al alma, que la dejan inhábil para regir los sentidos del cuerpo. Así lo han entendido los maestros de la teología mística. [1]

Dios, por su inefable bondad, se apodera del alma y la sublima á la contemplación de las infinitas perfecciones encendiéndola en su amor y descubriéndola admirables secretos. Por ser Dios la causa única y exclusiva de los efectos llámase *místico* el éxtasis con toda propiedad. Las sagradas páginas ofrecen casos de éxtasis divinos, [2] de que tratan los autores. [3] Los Santos Padres, [4] observando la índole de los arrobamientos narrados en las vidas de los contemplativos, concuerdan en atribuirlos á Dios cuando la vehemencia del conocimiento y del amor levanta el alma sobre sí, y cuando así arrebatada, por no ser poderosa á señorear el cuerpo, le desampara y no le provee de fuerzas para ejecutar la vida sensitiva, conservándole las necesarias á la vegetativa. En esto consiste el éxtasis de los místicos, hablando con entera propiedad: empieza en el alma, y del alma redunda en el cuerpo; el primer efecto es invisible, el segundo sensible para los que ven al extático: al revés, el extático experimenta la elevación mental, y no siente la flaqueza del

---

[1] Mentis alienatio a sensibus corporis, ut spiritus hominis divino spiritu assumptus, capiendis atque intuendis imaginibus vacet. — *De divers. quæst. ad Simplic.*, lib. II, q 1.

[2] 2.ª 2 ae q. CLXXV, art. 2.

[3] Est deserto exteriori homini sui ipsius supra se voluptuosa quædam elevatio ad superintellectualem divini amoris fontem.—*De septem gradib. contemplat.*

[4] Est raptus mentis cum cessatione omnium operationum in inferioribus potentiis. — *De monte contemplat.*, cap. XXXVI.

[5] *De Discret. spir.*, cap. XIV.

[6] *De gradib. contempl.*, lib. V, part. III, cap. VIII.

---

[1] SUÁREZ, *De oratione*, lib. II, cap. XIV.—GRAVINA, *Lapis lydius*, p. I, tract. V, cap. VI.—GUADALUPE, *Myst. theol.*, tract. IV, cap. III.—P. FELIPE DE LA SANTISIMA TRINIDAD, *Myst. theol.*, p. III, tract. I, disc. III, art 3. —EZQUERRA, *Lucerna mystica*, tract. V, cap. XX.—HURTADO. *Resp. moral*, p. I, tract. V, cap VI.—SANDEO, *Myst. theol.*, lib. II, *Comment.* VII, VIII — P. JUAN DE JESÚS MARÍA, *Theol. myst.*, cap. VI. — VALLGORNERA, *Theol mystica*, q. IV, disp. II, art. 11.— P. ANTONIO DEL ESPÍRITU SANTO, *Director. mystic*, tract. IV, disp. I, sect XII. —GODINEZ, *Práctica de teologia mística*, lib X, cap. VIII.—LA REGUERA, *Comment. Praxis theol. myst.*, lib. X, quest. VIII.

[2] Gen., II, 21; XV, 12.—Ezech., III, 12; VIII, 3.—Dan., X, 8. — Act., X, 10. — II Cor., XII, 2, 3.—Apoc., I, 17.

[3] FERNÁNDEZ, *Visiones Vet. Testam.*, prelud VIII.—BRANCATI, *De oratione*, opusc. V, cap. VI.—THYRRÉE, *De apparition. intell.*, lib IV, cap. IV. — P. LAPUENTE, *Sobre los Cantares*, lib VIII, exhort. VII; lib X, exhort IV —RAYNAUD, t. XV, *Heteroct. spir*, sect. II, p. V.—RAFAEL DE LA TORRE, 2.ª 2 ae q XCV, art. 5

[4] S. AGUSTÍN, lib I, *Super Genes.*, quest. LXXX.—In psalm. XXX.—In psalm CXV.—*De Genes ad litt.*, lib. XII, cap. XXVI, XXX. — *De cura pro mortuis*, cap. XII.— S. GREGORIO MAGNO, *Moral*, lib. XXXI, cap. VII.—S. GREGORIO NISENO, *Hom. X in Cantic* — RICARDO DE SAN VICTOR, *De contemplat*, lib. V, cap. VII. —SANTO TOMAS, 12.ae q. XXVIII, art. 3.

cuerpo. El estado interno constituye lo substancial del éxtasis, el externo lo accidental.

El extásis nace del amor. El amor es extático, dijo San Dionisio areopagita, [1] Saca al amante de sí y traspásale en el amado haciendo de los dos perfecta unión de caridad. Santo Tomás expone qué parte toca al entendimiento y qué parte á la voluntad en la operación extática. La parte del entendimiento consiste en quedarse asido á una cosa sin derramarse en otras; esto es lo formal del éxtasis. La parte de la voluntad está en que la vehemencia del afecto robe el alma y la lleve tras sí como volando con gran deleite no dejándola ser dueña de su afición; esta es la causa del éxtasis y su acto más principal. Síguese que el éxtasis sea producido por la luz y por el amor, pero más es efecto de amor que de luz. Así lo enseña Santo Tomás, [2] y lo exponen á la larga los autores citados, y comunmente los comentadores del Doctor Angélico.

Con él débese notar que el afecto ha de ser vehemente para herir al hombre hasta ponerle fuera de sí y robarle la sensibilidad; [3] cuanto más vehementes sean la intelección y el amor, más perfecto será el arrobamiento. Requiérense dos cosas para esto: de parte de la mente, luz extraordinaria que le arrebate la admiración y le excite al amor; de parte de la voluntad, ardorosa llama de afecto que se derrame á su vez por la mente y la convide á más intenso conocimiento. [4] No un grado cualquiera de contemplación es suficiente para llegar al éxtasis divino. Siendo gracia gratis data concédesela el Señor á incipientes, á pecadores, á perfectos, según los designios de la suprema voluntad, y al concederla acompáñala de la eficacia que es servido haciéndola capaz de privar los sentidos, ya todos juntos, ya algunos, ó no por entero; pero en medio de la inacción y anestesia las potencias anímicas rebosan actividad incalculable. En esto debe cifrarse lo maravilloso del éxtasis místico. Por manera que cuando las potencias duermen juntamente con los sentidos, no hay éxtasis místico; ni será perfecto si, embargada la sensibilidad, las potencias espirituales se dedican á una labor vulgar; ni será tampoco perfecto si no consta de iluminación extraordinaria que atice el amor, y de inflamación extraordinaria que influya ferventísimos ardores é impulse á nueva noticia del objeto amado. Siendo la contemplación meramente especulativa, producirá éxtasis filosófico, no místico y sobrenatural, de que ahora tratamos. [1]

Si, como enseña Santo Tomás, la fe y la caridad producen el éxtasis místico en el entendimiento y en la voluntad, ora sublimando al hombre á la inteligencia de cosas superiores al sentido y á la razón, ora arrebatando la voluntad al deseo de cosas puestas fuera de su connatural apetito; si de ambas maneras es el amor causa del éxtasis, directamense por sí en el segundo caso, indirecta y dispositivamente en el primero, conforme á la doctrina común, [2] síguese claramente no ser otro el objeto del éxtasis que la bondad y hermosura de Dios. La bondad, cebo propio de la voluntad, cuando se representa al espíritu del hombre sumamente deleitable y rica de bien, con tal fuerza enciende el ardor del apetito, que le quita los aceros sino es para arrojarse á querer con ímpetu la posesión del Sumo Bien; la hermosura, hechizo del alma, cuando con su esplendor la convida á la contemplación de Bien infinito, con tanta virtud trae en pos de sí su potencía amativa, que la hace incapaz de oponer resistencia al celeste atractivo. *Dios, bueno y bello, por su belleza convida al entendimiento á su contemplación, por su bondad convida el apetito á su deseo, el amor llama á contemplar, la contemplación í amar: el éxtasis depende todo del amor.* Hermosamente dicho por San Francisco de Sales. [3]

Resultan tres movimientos en el hombre extasiado: pasmo, devoción, gozo. Pasmo; esforzándose el alma por apagar su sed en la fuente de bondad y hermosu-

---

[1] *De divin. nomin.*, cap. IV, § 13.

[2] II.ª II.ae q. CLXXV, a. 2.

[3] Ex hoc ipso quod appetitus ad aliquid vehementer afficitur, potest contingere quod ex violentia affectus homo ab omnibus aliis alienetur.—2. 2.ae q. CLXXV, a. 1.

[4] Schram., *Instit. Theol. myst.*, t. II, n. 596.

[1] S. Juan de la Cruz, *Declaracion del Cántico espiritual*, Canción XII. — S. Francisco de Sales, *Traité de l'amour de Dieu*, livre VII, chap. IV.—Scacchi, *De not. Sanctor.*, sect. III, cap. III.—Santa Teresa, *Vida*, cap. XVIII --XXI.—*Morad.* VII, cap. III.—*Morad.* VI, cap. IV.

[2] Santo Tomas, 1.ª 2ae, q. XXVIII, a. 3.—Spert, *Select. myst*, p. V, cap. IX. — Rikelio, *In Dionys. De divin. nomin.*, cap. VII.—Ezquera, *Lucerna myst.*, tr. V, cap. XX.

[3] *Traité de l' amour*, livre VII.

ra del amado, y no pudiendo salir con su afán por ser estos atributos de tan superior calidad, viene á caer en profundo estupor, pues conoce cuán inaccesible sea el Bien que con su afición la enciende en vivas llamas; y si el asombro del alma sube de punto y llega á robarla á las impresiones sensibles, quedará del todo fuera de sí. Devoción; aquel esfuerzo empleado en granjear el Bien que desea, pondrá espuelas al deseo y le engolosinará con más impaciencia el apetito; y si el apetito toca á su término y hace presa en el Amado, saldrá el alma de sí y vivirá toda en él. Gozo; llegada el alma á la posesión del Bien, se pondrá á tiernamente amar, pero aunque quede embriagada en aquel océano de deleites que del Sumo Bien dimanan, sentirá ser muy limitadas las fuerzas presentes para el caudal de gozo que la inunda. Estos tres movimientos, pasmo, devoción, gozo, que tienen por fuente común el amor, pueden ser sucesivos en un éxtasis, y también tres formas y maneras suyas. Así lo entienden los místicos, Bona, [1] San Francisco de Sales [2] y otros.

Cuando la gracia del Señor, poniendo al alma en la contemplación de las cosas divinas, le descubre la grandeza de las infinitas perfecciones y las esclarece con lumbre vivísima, para que cebe en ellas los ojos del entendimiento y cierre la entrada á las impresiones de fuera, es tan poderosa la vehemencia con que el pensamiento á vista de la amabilidad divina pone fuera de sí la voluntad, que es poca toda energía para admirar, amar, gozar el sumo y colmado Bien que en aquel íntimo abrazo se encierra. ¿Cómo podría el espíritu humano alzarse á tan remontada esfera, sin especialísima merced de Dios? La facultad natural de nuestro entendimiento iluminado por la fe en su condición de viador, no es estar suspenso, hincada la atención, sin pestañear, en la hermosura divina extáticamente; investigando, discurriendo, analizando, comparando sacamos conclusiones, rastreamos propiedades, columbramos grandezas en la infinita esencia, y estas operaciones preparan de lejos el camino al éxtasis místico, pero no constituyen al alma en él si Dios no lo da. Casos raros son los éxtasis místicos, inefables mercedes del cielo. Llama

¹ *De discr. spir.*, cap. XIV.
² *Traité de l'amour*, liv. VII, chap. IV.

Dios al alma á su trato invisible, dícele una palabra viva, y este es el rayo milagroso que la penetra, ilumina, inflama y la deja enferma de amor con admirables efectos.

Uno de los más extraños consiste en llevar puestos los ojos el entendimiento en la bondad y hermosura de Dios sin ayuda de fantasmas, sin concurso de la imaginativa, merced que no implica contradicción por más singular que sea. En verdad, no puede naturalmente ser que el entendimiento humano suba á contemplar las cosas divinas en esta vida mortal, y no cooperen los sentidos á la fantasía suministrando imágenes y ayudando á ellas el cerebro. Este es el común sentir de los teólogos y filósofos escolásticos, y lo tiene Santo Tomás. [1] *Sin embargo,* discurre el Padre Suárez, *todos los teólogos confiesan no ser absurdo que la mente humana sea levantada en esta vida á este linaje de contemplación, en que contemple lo inteligible sin cooperacion de la fantasía. La razón* a priori *es, porque la necesidad de esta cooperación, cuando el entendimiento obra, no es esencial ó intrínseca, y no repugna que la divina virtud la estorbe y supla, confortando el entendimiento del hombre y facilitándole la obra sin concurso del sentido externo ó interno.* [2] Esta es la maravilla que acontece alguna vez en los éxtasis. Sin hacer presencia en la imaginativa los objetos, el alma se extasía en su inteligencia. Así deroga Dios la ley natural impuesta al ejercicio de la facultad intelectiva. Unas veces la imaginación provee de fantasmas al entendimiento, otras se queda suspensa y sin concurrir. Así como la demencia en el loco consiste en estar la razón entorpecida é inerte y en andar la fantasía á rienda suelta con incesante actividad; así por el contrario en el éxtasis divino concurre á veces acrecentamiento extraordinario del poder intelectivo, con disminución ó suspensión total del poder imaginativo; y en este caso el cerebro del extático permanecerá ocioso entre las operaciones intelectuales que rebosan incomparable energía.

Dícelo Santa Teresa de Jesús por estas admirables palabras: *Estando ansí el alma buscando á Dios, siente con un deleite grandísimo y suave, casi desfallecer toda con una manera de desmayo, que le va faltando el*

¹ 2.ª 2.ae q. CLXXIV, a. 2, ad 4.
² *De Religione*, lib. II, cap. XIV, n. 4.

huelgo y todas las fuerzas corporales; de manera que, si no es con mucha pena, no puede aún menear las manos, los ojos se le cierran sin quererlos cerrar; y si los tiene abiertos no ve casi nada, ni si lee acierta á decir letra, ni casi atina á conocerla bien; ve que hay letra, mas como el entendimiento no ayuda, no sabe leer aunque quiera; oye, mas no entiende lo que oye. Ansí que de los sentidos no se aprovecha nada, sino es para no la acabar de dejar á su placer, y ansí antes la dañan. Hablar es por demás, que no atina á formar palabra, ni hay fuerza ya que atinase para poderla pronunciar; porque toda la fuerza exterior se pierde, y se aumenta en las del alma para mejor poder gozar de su gloria. El deleite exterior que se siente es grande, y muy conocido. Esta oración no hace daño por larga que sea; al menos á mí nunca me lo hizo, ni me acuerdo hacerme el Señor ninguna vez esta merced por mala que estuviese, que sintiese mal, antes quedaba con gran mejoría. Mas ¿qué mal puede hacer tan gran bien? Es cosa tan conocida las operaciones exteriores, que no se puede dudar, que hubo gran ocasión, pues ansí quitó las fuerzas con tanto deleite para dejarlas mayores.

Verdad es que á los principios pasa en tan breve tiempo (al menos á mí ansí me acaecia), que en estas señales exteriores, ni en la falta de los sentidos, no se da tanto á entender en la sobra de mercedes, que ha sido grande la claridad del sol que ha estado allí, pues ansi la ha derretido. Y nótese esto, que á mi parecer, por largo que sea el espacio de estar el alma en esta suspensión de todas las potencias, es bien breve; cuando estuviese media hora, es muy mucho; yo nunca, á mi parecer estuve tanto. Verdad es, que se puede mal sentir lo que se está, pues no se siente; mas digo, que de una vez es muy poco espacio sin tornar alguna potencia en sí. La voluntad es la que mantiene la tela; mas las otras dos potencias presto tornan á importunar; como la voluntad está queda, tórnalas á suspender, y están otro poco, y tornan á vivir. En esto se pueden pasar algunas horas de oración, y se pasan; porque comenzadas las dos potencias á emborrachar y gustar de aquel vino divino, con facilidad se tornan á perder de sí, para estar muy más ganadas; y acompañan á la voluntad, y se gozan todas tres. Mas este estar perdidas del todo, y sin ninguna imaginación en nada (que á mi entender también se pierde del todo) digo que es breve espacio, aunque no tan del todo tornan en sí, que no puedan estar algunas horas como desatinadas, tornando de poco en poco á cogerlas Dios consigo. [1]

Notables son y sencillamente dichas las cosas que acaba de declarar la Doctora mística acerca de lo que pasaba en sus éxtasis; confirmación autorizada de lo expuesto y de lo que más adelante se dirá. Mucho importa considerar en el éxtasis místico el afecto de la voluntad. Hemos asentado ya que el éxtasis divino es una operación afectiva, más propia de la vida moral que de la vida intelectual. A la voluntad humana se ordena la mística divina, á enlazarla con Dios en perfectísima caridad; y el éxtasis después de la mera contemplación es la forma de la vida mística que dispone á lo más subido de la unión. *El más alto modo de unión es cuando Dios se comunica al alma dándola conocimiento de sí en la oración sin discurso alguno; y á tanto puede llegar que se esté abrasada de amor, y estando así con su Dios el alma se enajena de sí toda, y se aniquila y deshace y se entrega toda á su Dios conocido y amado, y allí dentro de su Dios, entregada dél y poseida, hace della como Señor della comunicándosele: y como él es fuego de amor dentro de sí mesmo la está abrasando con su amor. Esta es la transformación del alma con Dios; y esto todo se viene á hacer por el camino del amor, y este mismo amor obra la unión de los dos enamorados; de condición, que entre los dos ya no hay dos voluntades, sino una sola, y esta es la de Dios, estando el alma con su Dios en alta contemplación.* Por estas palabras expresó el santo Hermano Alonso Rodríguez la unión extática que le era muy ordinaria y que dejó apuntada en uno de sus manuscritos. [2]

Así la voluntad queda en el éxtasis firmemente confederada en vínculo amoroso con el manantial de toda amabilidad que es Dios. Y en tanto que la voluntad se baña de gozo nadando en aquel piélago de castísimos deleites, las otras dos potencias, memoria y entendimiento, no siempre conservan la firmeza de la unión. Al mejor tiempo se destraban, y dejando el raudal purísimo de la enriscada cumbre, bajan por intervalos en busca de arroyuelos extraños. Enséñalo Santa Teresa, tan experimentada maestra, diciendo así: *Ya he dicho, que en este primer recogimiento y*

---

[1] *Vida*, cap. XVIII.

[2] M. fol. 1.

quietud, no faltan las potencias del alma, mas está tan satisfecha con Dios, que mientras aquello dura, aunque las dos potencias se desbaraten, como la voluntad está unida con Dios, no se pierde la quietud y sosiego, antes ella poco á poco torna á recoger el entendimiento y la memoria. [1] Más abajo dice así: *Muchas veces lo que pasa por mí es que, como dije en la oración pasada, gózase con intérvalos, muchas veces se engolfa el alma, ú la engolfa el Señor en mí, por mijor decir, y tiniéndola ansi un poco, quédase con sola la voluntad. Paréceme este bullicio de estotras dos potencias, como el que tiene una lengüecilla de estos relojes de sol, que nunca para; mas cuando el sol de justicia quiere, hácelas detener.* [2] En otra parte escribe señalando la diferencia entre el éxtasis natural y el místico: *Podránme decir: qué diferencia tiene esto (embebecimiento natural) de arrobamiento? que lo mesmo es, al menos al parecer, y no les falta razón, mas no al ser. Porque el arrobamiento, ú unión de todas las potencias, como digo, dura poco, y deja grandes efectos y luz interior en el alma, con otras muchas ganancias, y ninguna cosa obra el entendimiento, sino el Señor es el que obra en la voluntad. Acá es muy diferente; que aunque el cuerpo está preso, no lo está la voluntad ni la memoria ni entendimiento, sino que harán su operación desvariada, y por ventura, si han asentado en una cosa, aquí dará y tomará.* [3]

De las palabras de Santa Teresa, que contiene la doctrina de todos los escritores de teología mística, podría nacer una no pequeña dificultad. Si el éxtasis psicológico proviene de actuación mental y de la atenta aplicación que hace el entendimiento de su fuerza aprehensiva á una verdad aislada, resultando de la atención del espíritu aquella suerte de parálisis en la vida animal, ¿cómo puede ser que el éxtasis dure, y no cese, cuando el entendimiento desatándose desampara la cumbre de la contemplación? Al descenso de la mente y á la disipación de la memoria y fantasía debiera seguirse forzosamente la soltura de las demás potencias orgánicas, y tendría que cesar el rapto á poco de haber comenzado.

Para responder á la dificultad basta leer con atención lo dicho por Santa Teresa. La voluntad pone afición y amor en las cosas conforme se las representa el entendimiento, y con más vehemente afición abraza un objeto, mientras con más claridad el entendimiento se le muestra como apetecible. Mas el entendimiento en esta vida mortal nunca se adhiere á un misterio ó perfección divina con asenso inamovible, á causa del obscuro conocimiento que de Dios tiene. Y si por una parte se adhiere, y parece descansar en la contemplación de una verdad conocida, por otra anda inquieto, discurriendo y divagando, buscando y sosegando, dando y tomando, sin acabar de asentar el pie. El astrónomo que tiene atentos los ojos en la luna sin pestañear, al mismo tiempo que mira de lleno en lleno su rueda, inquiere la índole de su luz, la forma de sus arrugas, y vuela inquieto por sus montes y valles; y puede un filósofo que considera una verdad, estar bien asido á los principios en que ella se funda, y al propio tiempo investigar la conveniencia ó disconveniencia que tienen con la verdad que contempla. A este modo el entendimiento del extático no cesa un punto de su amorosa vista; mas por ponérsele el objeto infinito ante los ojos no clara y distintamente, sino con luz de fe y con infinita obscuridad, halla después de fijada la atención, motivo para indagar y discurrir, y nuevas causas de inquietud; entre tanto la imaginativa que no hace presa en el objeto infinito, ayuda con sus representaciones sensibles á extraviar el entendimiento discursivo, y á derribarle de lo alto de la contemplación. Resulta de aquí, que si por una parte la memoria y entendimiento pugnan por destrabar la unión extática de la voluntad, ésta embelesada y engolosinada con los deleites de su unión, hará cuanto es de su parte para que las otras dos potencias suban otra vez á los abrazos del Amado y la hagan compañía en la continuación del regalo; y mientras los discursos y fantasmas no usurpen la atención del entendimiento, la voluntad seguirá navegando en el mar insondable de las divinas perfecciones, gozando de aquella paz, alegría, devoción, admiración y gozo que dijimos ser propios del éxtasis, como agudamente lo explica el P. Bonniot. [1]

Por esta causa los místicos distinguen el éxtasis perfecto y el imperfecto. En esta

[1] *Libro de su vida*, cap. XV. [2] Ibid., cap. XX.
[3] *Libro de las Fundaciones*, cap. VI.

[1] *Le miracle*, 1879, livre II, chap. I, § 3.

operación entran dos partes: el apogeo y los intervalos. El apogeo dura poco, los intervalos son frecuentes y duran más. Cuando la voluntad logra que el entendimiento y la memoria dejen de distraerse con vaguedades, y que se estén quedos y fijos en la contemplación, entonces está ella en su apogeo y queda pasmada de admiración, encendida en devoción, embriagada de purísimo deleite. Cuando el entendimiento discursivo se arranca de la unión y bate las alas con presteza en busca de conceptos nuevos, y á vueltas de su ansiedad túrbase también la memoria, y la imaginativa despierta y se afana en trazar especies, tienen lugar los intervalos, que pueden ser largos y ocupar más tiempo con sus paradas, que lo encumbrado del éxtasis. Aun entonces, ni los sentidos se actúan en operación sensitiva, y si la ejercitan es apenas completa. Hablando de estas interrupciones, S. Alonso Rodríguez escribe lo que le pasaba, diciendo: *Algunas veces, y como dos ó tres, volvía algo en sí, y veía que un muchachuelo con un palillo le llegaba á los ojos, y decía: arrebatado está.* [1] Donde se descubre el juego de la fantasía durante el éxtasis antes de volver del todo en sí el contemplativo. Finalmente, cuando el entendimiento solicitado por la memoria y la fantasía se ocupa en exterioridades, y quita del todo la atención al objeto divino, entonces estas tres potencias prevalecen contra la voluntad, rompen del todo la unión, cesa el éxtasis y vuelve el hombre otra vez á su vida normal y de relación.

Consiguiente es á lo dicho, que el éxtasis en su punto más alto dure poco, por tener sus altibajos; comprendidos los intervalos y apogeos podrá ser que dure horas, días, semanas, como consta en las vidas de los santos, [2] particularmente en Santa Teresa, San Ignacio de Loyola, Beata Catalina Tomás, Santa Coleta, Santa María Magdalena de Pazzis, Santa Ángela de Foligno. [3]

También es de notar la diferencia señalada por Santa Teresa entre éxtasis y rapto, en la carta que escribió al P. Rodrigo Alvarez: *La diferencia que hay*, dice, *de arrobamiento y arrebatamiento, es que el arrobamiento va poco á poco muriéndose á estas cosas exteriores, perdiendo los sentidos y viviendo á Dios. El arrebatamiento viene con sola una noticia que su Majestad da en lo íntimo del alma, con una velocidad que le parece que la arrebata á lo superior de ella, que á su parecer se le va del cuerpo.* [1] Esta declaración experimental de la Santa sirvió al Cardenal Bona para establecer cuánto va de rapto á éxtasis. [2] La misma distinción había enseñado ya Santo Tomás, [3] y la exponen Araujo, [4] Castellini, [5] Silvio [6] y otros, resolviendo que la violencia del rapto no ocupa forzosamente ni embebe el sentido, aunque por lo común así suceda, como lo explica el Cardenal Laurea. [7] Esta clase de vuelos súbitos, dice el santo Alonso en su *Memoria*, [8] que le eran frecuentes.

El éxtasis deja lugar á la humana libertad. En esto concuerdan los teólogos comunmente. El P. Suárez propugna la conciliación del éxtasis con la libertad, no tan sólo en los actos preparatorios, mas también *en el acto de amor y caridad que en la contemplación extática se ejercita.* [9] Porque la gracia divina, lejos de estragar la naturaleza, la perfecciona y embellece, y la libertad en el amor extático pertenece al estado de viador, y es necesaria al mérito del acto, ni se hace creible que Dios prive al hombre justo, cuando á tan eximia alteza la sublima, de tanta perfección y provecho, principalmente siendo axioma teológico, que fuera de la visión beatífica, la voluntad nunca es necesitada en orden al ejercicio por virtud de un objeto abstractivamente conocido; y cuando el acto del entendimiento fuera necesario, no induciría necesidad en el acto de la voluntad, que debe en todo caso quedar con entero dominio de sus actos. De gran peso es este discurso de Suárez, que viene á ser puesto en latín el expresado en romance por Santa Teresa: *Parece que no es posible que haga Dios*

---

1 *Memoria*, p. 128.
2 Bolandistas, 4 Enero, p. 206; 25 Mayo, p. 189; 30 Agosto, p. 673; 6 Marzo, p. 557
3 La Beata Catalina Tomás tenía frecuentes raptos que le duraban catorce y quince días; en ellos, sin probar bocado, conservaba el semblante, ora fresco y hermoso, ora tristísimo y hundido.—*Vida, virtudes y milagros*, por Plácido Rulbno, 1755, lib. IV, cap. III.

---

1 *Libro de Relaciones, Relación VIII.*—Bibliot. de Autor. Españoles, *Escritos de Santa Teresa*, t. 1, p. 165.
2 *De discret.*, cap. XIV. n. 2.
3 2.ª 2.ªe q. CLXXV, art. 2 ad 1.
4 *Decis. moral*, tract. III, q. XXVIII.
5 *De inquisit. mirac. De extasi.*
6 *In loc. D. Thomæ.*
7 Opusc. V, *De oratione*, cap. VI.
8 A, p. 12; p. 20.
9 *De religione*, lib. II, cap. XX.

merced tan grande para que pierda el tiempo, y no gane nada mereciendo en él, no es de creer. [1] Muchos son los autores, teólogos y místicos, que se arriman á este dictamen, [2] á pesar de que otros no reconozcan mérito en tan realzada operación. [3]

Pasando á otra cosa, el éxtasis engendra en el alma un denuedo superior y una prontitud tan generosa para acometer grandes empresas del divino servicio, que tiene San Francisco de Sales por sospechosos aquellos arrobamientos que no llevan por fruto estas heróicas osadías. [4] No viven los justos tan del todo peregrinos y desterrados en este valle de lágrimas, que no les den á veces los aires de la patria, y que por los rayos de subidos toques no columbren á ratos las almenas y alegrías de aquella santa ciudad. Por esta causa el éxtasis les es una espuela que los incita á romper las ataduras y á volar con más ligereza á la cumbre de la perfección. *Su Majestad*, dice Santa Teresa, *nunca se cansa de dar, porque no contento con tenerla hecha una cosa consigo, por haberla ya unido á sí mesmo, comienza á regalarse con ella, á descubrirle secretos, á holgarse de que entienda lo que ha ganado, y que conozca algo de loque la tiene por dar. Hácela ir perdiendo estos sentidos exteriores, porque no se la ocupe nada: esto es arrobamiento.* [5] Aquí señala nuestra Doctora el fin principal de los éxtasis, sin que por eso debamos negar que son argumentos de la unión que florece entre la Iglesia triunfante y la militante, entre el cielo y la tierra, como lo declara el docto Aberle. [6]

Descendamos á los efectos que produce el éxtasis en las potencias corporales. En lo alto del vuelo místico el sistema nervioso pierde por lo común la inervación quedando trabado é inerte, al menos cuanto á los órganos de los sentidos. La insensibilidad y la inmovilidad son totales en muchos casos, en otros parciales y limitadas, y áun en algunos el transportamiento interior no es parte para estorbar el ejercicio de los nervios motores; mas lo ordinario es quedarse yerto el cuerpo, heladas las extremidades, cual si fuera cadáver, como depone Santa Teresa; [1] y así ni los ojos ven, ni los oidos oyen, ni el tacto siente el fuego, ni el olfato la fragancia, ni el paladar el sabor; y si á veces la vista se fija, es en la visión que se le representa; y si la lengua articula voces, expresan los altísimos conceptos que ocupan la mente; y si alguna vez hay en los sentidos movimiento, es cuando se interpone mandato superior. En fin la inercia corporal en medio de una actividad mental incomparable es el ordinario efecto de estos transportamientos, y tanto es más completa la trabazón de los sentidos cuanto es más profunda la absorción mental.

La verdad de los raptos más se ha de conocer por las cosas que en ellos se descubren, que por las señales exteriores que tienen. [2] Con estas palabras indica el P. Lapuente que la atadura y suspensión de sentidos es efecto natural, y no propiamente milagrosa. Santo Tomás no la encerró en la definición del éxtasis místico. *La enajenación de sentidos proviene de que siendo limitadas las fuerzas del alma, y sublime y eficaz la elevación, roba y recoge para sí todas las energías del alma sin dejarle virtud para regir los sentidos.* Esta razón de Ezquerra [3] es la apuntada por Santo Tomás, [4] defendida por Suarez, [5] desenvuelta por Alvarez de Paz, [6] notada por todos los autores de mística, [7] cuando inquieren sobre la índole de la suspensión corpórea. El P. Scaramelli se expresa diciendo: *Estas enajenaciones admirables de los sentidos no se deben atribuir de modo alguno á milagro; sino que puesta aquella grande elevación de la mente en Dios, y aquella íntima unión de amor, se deben seguir naturalmente;* [8] y da tres buenas razones. *Pero no obstante eso,* añade, *no se pierden en el éxtasis las otras acciones vitales, cuales son la nutrición, la circulación de la sangre, la palpitación del corazón y la respiración; bien que estas mis-*

---

[1] *Conceptos del amor de Dios*, cap. VI.
[2] GUADALUPE, *Myst. theol.*, tract IV, cap. VI.—LA REGUERA, *Comment. Praxis theol.* lib. X, quæst. VIII, § 6.—SANDEO, *Comment VIII*, disq. VI —BENEDICTO XIV, *De servor. Dei beatif.*, lib. III, cap. XLIX.
[3] BOSSUET, *Intr. sur les états d'oraison*, livre IX.—ABERLE, *Dictionnaire encyclop. de théol.* art. *Extase.*—S. LIGORIO, *Praxis confess.*, n 127.
[4] *Traité de l'amour de Dieu*, livre VII, chap. VIII.
[5] *Camino de perfección*, cap. LVI.
[6] *Dictionnaire encyclop.*, art. *Extase.*

[1] *Moradas sextas*, cap. IV.
[2] *Guia espiritual*, trat. III, cap. VIII, § III.
[3] *Lucerna myst* trat. V, cap. XX, n. 203.
[4] 2 2.ae q. CLXXV, art. 2.
[5] *De religione*, lib. II, cap. XV.
[6] *De gradib. contemplat.* lib. V, p. III, cap. VIII.
[7] CARD BONA, *De discr. spir.* cap. XIV.—FELIPE DE LA SMA. TRINIDAD, *Theol. myst.* p. III, tract. III, disc. II, art. 2.—GODINEZ, *Práctica de teol. mist.* lib. X, cap. IV.
[8] *Direttor. mistico*, Tratt. III, capo XIX.

mas operaciones se debiliten mucho y procedan con mucha lentitud, porque estos actos, como nota el mismo Santo Doctor, son más naturales y dependen menos de la dirección del entendimiento y de la voluntad [1] El P. Suarez [2] lo expone de esta manera: *Puede uno*, dice, *parando fijamente en alguna cosa sobrenatural, quedar tan suspenso y fuera de sí, por su natural atención, que ni vea, ni oiga, ni sienta, y permanezca así inmoble y como extático por un rato de tiempo, pues el alma toda puesta en la especulación de aquel objeto no puede atender á las operaciones de los sentidos, ni enviarles los espíritus necesarios para ejecutarlas.*

Aunque sea esto verdad, se diferencia el éxtasis místico del natural, respecto de la suspensión de sentidos. En el natural los miembros padecen violencia, amarillean, pónense rígidos y fríos; en el místico comunmente lejos de padecer conservan su firmeza con el calor y color propio, sin lesión ni mudanza, por provenir el acceso de íntimo recogimiento espiritual y de eficacísima absorción que inhabilita los sentidos para sus propias operaciones. Así llamó el P. Suárez *natural ó connatural*, como cosa más probable, la trabazón de los sentidos. [3] De ningún modo ha de llamarse milagrosa, aunque sea sobrenatural la contemplación que la origina; la iluminación del entendimiento y el ardor de la voluntad no necesitan el uso de los sentidos, bástanles las especies por ellos adquiridas y los fantasmas elaborados por la fantasía; con más holgura vacan á sus operaciones cuando sin actual ejercicio de ojos, oidos y lengua suben á la cima de la contemplación, como lo expone el Padre Suárez. [4]

De sí lo declara Santa Teresa diciendo: *Aunque pocas veces se pierde el sentido, algunas me ha acaecido á mí perderle del todo; pocas, y poco rato. Mas lo ordinario es, que se turba, y aunque no puede hacer nada de sí, cuanto á lo exterior, no deja de entender y oir, como cosa de lejos. No digo que entiende y oye cuando está en lo subido dél; digo subido, en los tiempos que se pierden las potencias porque están muy unidas con Dios, que entonces no ve, ni oye, ni siente, á mi parecer; mas, como dije en la oración pasada, este trasformamiento del alma del todo en Dios, dura poco; mas eso que dura, ninguna potencia se siente, ni sabe lo que pasa allí.* [1] Si Santa María Magadalena de Pazzis hablaba en sus raptos, como consta en los procesos de su Canonización por boca de dieziocho testigos oculares, no es eso contra la naturaleza del éxtasis, sino muy conforme á ella, ya que, está dicho, en los intervalos y descensos la fantasía y las potencias sensitivas se emplean en sus naturales actos por tiempo limitado, según la ordenación divina, para luego remontarse otra vez el alma y vivir mental y afectivamente abrazada con el sumo Bien. Los raptos de Santa Magdalena de Pazzis unas veces le embargaban los sentidos internos y externos, llegado el apogeo extático; otras remitíase el embargamiento de los sentidos con el uso de la fantasía, entonces tenían lugar voces articuladas y operaciones exteriores, que no estorbaban la actual unión, menos intensa, con Dios.

Pero si la vida de relacion es nula, ó casi nula, en los extáticos, la vida vegetativa prosigue en sus ordinarias funciones, si bien con notable disimulo. El ser éstas independientes de la atención mental y de la vida sensitiva hace sigan sin tropiezo su camino. No obstante, ya que no tropiecen retardan el curso. La circulación y respiración hácense remisas y casi imperceptibles, apenas nótase movimiento en el pecho, latido en el corazón, pulso en las venas, anhélito en los labios, secreción de ninguna suerte. *En estos arrobamientos*, dice Santa Teresa, *parece no anima el alma en el cuerpo, y así se siente muy sentido faltar de él el calor natural, vase enfriando, aunque con grandísima suavidad y deleite... Algunas veces se me quitan los pulsos casi, según dicen las que algunas veces se llegan á mí de las hermanas que ya más lo entienden.* [2] La razón de Santo Tomás es que, no pudiendo la potencia vegetativa impedir ni retardar la atención intelectual, como la retardan é impiden las sensitivas, no hay motivo para que cese en el rapto, especialmente siendo necesaria la nutrición á la economía animal. [3] A esta sólida razón se rinden los demás doctores. [4]

---

1 Ibid. 2 Lib. II, *De oratione*, cap. XV.
3 *De Religione*, ib.
4 *De oratione*, lib. II, cap. XIV, n. 6, 7.

1 *Vida*, cap. XX. 2 *Vida*, cap. XX.
3 2. 2ae q. CLXXV, a. 5 ad 3.
4 Suarez, *De oratione*, lib. II, cap. XVIII. — Cardenal Laurea, In III dist. XX, a. 23. — La Reguera, *Praxis theol. myst.*, lib. X, q. VIII. — Gravina, *Lapis*

Cuanto á las operaciones de la imaginativa y demás potencias inferiores, en el éxtasis procedente de contemplación intelectual, sin fantasmas, puede darse suspensión de potencias sensitivas, así como cuando el éxtasis proviene de contemplación imaginaria, solamente hay suspensión de sentidos exteriores. Ezquerra pone diferencia entre rapto y deliquio, [1] incluyendo en el deliquio las formas imaginarias y excluyéndolas del rapto. Esa distinción va mal fundada en Santa Teresa, que lejos de introducir tal diferencia, [2] admite visiones imaginarias en el rapto llamado arrobamiento. [3] Si en este caso el éxtasis enajena solamente los sentidos externos, la contemplación pura intelectual roba y maniata las potencias sensitivas internas y externas, que es maravilla grande; y áun podríamos llamarla milagro, pues exime al contemplativo de la sujeción y dependencia de los fantasmas, ley psicológica común á todos los viadores.

En fin, solamente la imagen de la muerte daría cabal concepto de un cuerpo extático, si los abrasamientos interiores, saliendo al semblante exterior, no diesen indicios del alma que allí mora. Porque el rostro del extático se viste de hermosa claridad, dibújanse en las facciones el gozo, la admiración, el dolor, la alegría, la esperanza, la aflicción, según la calidad de las visiones en que está embebecida el alma: toda la persona, más que muerta parece transfigurada. No es pequeño argumento de la elevación del alma la agilidad del cuerpo, á las veces tan liviano, que es llevado en pos del espíritu, como perdida su natural densidad. Demás del testimonio de Santa Teresa arriba citado, comprueban lo dicho estas otras palabras suyas: *Digo que muchas veces me parecía me dejaba el cuerpo tan ligero, que toda la pesadumbre dél me quitaba, y algunas era tanto, que casi no entendía poner los pies en el suelo. Pues cuando está en el arrobamiento el cuerpo queda como muerto, sin poder nada de sí muchas veces, y como le toma se queda siempre, si sentado, si las manos abiertas, si cerradas. Porque, aunque pocas veces se pierde el sentido, algunas me ha acaecido á mí perderle del todo, pocas y poco rato; mas lo ordinario es, que se turba, y aunque no puede hacer nada de sí cuanto á lo exterior, no deja de entender y oir como cosa de léjos. No digo que entiende y oye cuando está en lo subido de él (digo subido, en los tiempos que se pierden las potencias, porque están muy unidas con Dios, que entonces no ve, ni oye, ni siente, á mi parecer); mas como dije en la oración de unión pasada, este transformamiento del alma del todo en Dios, dura poco; mas eso que dura, ninguna potencia se siente ni sabe lo que pasa allí.* [1]

Puesto caso que las potencias superiores llegadas á un punto elevado de concentración, á causa de los raudales de luz y calor que las transportan y fijan en la contemplación experimental de Dios, suspenden su acción sobre las potencias inferiores, y desamparan el cuerpo con tanto mayor descuido cuanto la absorción interna es mayor y más perfecta; preguntan los místicos, si esta deserción del alma puede llegar alguna vez á ser alejamiento y ausencia total, de suerte que el cuerpo quede cadáver por algún espacio, siquiera breve, de tiempo, y vuelva luego el alma á tomar posesión del organismo. S. Agustín no acertaba á resolver esta duda, y se atenía á San Pablo, que no osó afirmar ni negar; [2] si bien no le parecía increible que algunas almas santas hayan sido trasportadas fuera del cuerpo para gustar más á sus anchas las dulzuras de la contemplación. [3] Santo Tomás no tuvo por necesaria la disolución del vínculo substancial para explicar los vuelos místicos; y la razón es, que siendo Dios inmenso y presente al alma en todo lugar, no es menester que arranque el alma del cuerpo para holgarse con ella y revelarle sus secretos. De manera, que aunque cosa cierta y averiguada no tengamos de si permanece el alma ó si se aparta, hay razones bastantes para juzgar por más probable la permanencia. Así interpreta Silvio á San Agustín y á Santo Tomás [4] sobre el rapto de San Pablo. En lo mismo están Suárez, [5] Delrío, [6] Cardenal Laurea, [7] Gravina, [8] Zacchias. [9]

---

lyd. lib. II, cap. XXX.—Tyrrhée, *De apparit.*, lib. IV, cap. IV.

[1] *Lucerna mystica,* Tract V, cap. XXI, n. 226.

[2] *Vida*, cap. XX.—*Moradas sextas*, cap. IV.

[3] Suarez, *De Oratione*, lib. II, cap. XVII.

---

[1] *Vida*, cap. XX. [2] *De Genes ad litt.*, lib. XII, cap. I.

[3] *Epist. ad Paulin.*, *De videndo Deo.*

[4] In 2.ª 2.ae q. CLXXV, art. 5.

[5] *De relig.*, lib. II, cap. XVIII.

[6] *Disquisit. magic.*, lib. II, q. XXIX.

[7] In III Sentent. disp. XL, art. 23.

[8] *Lap. lyd.*, lib. II, cap. XXX, assert. III.

[9] *Quest. medico-legal.* lib. IV, tit. I. quæst. VI.

Santa Teresa quedó en duda: *Tornando*, dice, *á este apresurado arrebatar el espíritu, es de tal manera que verdaderamente me parece sale del cuerpo, y por otra claro está que no queda esta persona muerta; al menos ella no puede decir si está en el cuerpo ú si no por algunos instantes... al menos ni jurara que está en el cuerpo, ni tampoco que está el cuerpo sin alma.* [1] Remite la decisión á los doctos. Entre los cuales dice San Juan de la Cruz: *En aquella visitación de Espíritu divino es arrebatado con gran fuerza el del alma á comunicarse con el divino, y destituir al cuerpo, y dejar de sentir en él, y de tener en él sus acciones, porque la tiene en Dios... Y no por eso se ha de entender que destituye el alma al cuerpo, y le desampara de la vida natural, sino que no tiene sus acciones en él. Y esta es la causa porque en estos raptos y vuelos se queda el cuerpo sin sentido, y aunque le hagan cosas de grandísimo dolor no siente, porque no es como otros traspasos y desmayos naturales, que con el dolor vuelven en sí.* [2] De esto podemos colegir que los casos referidos por el docto Ribet, [3] aunque raros y peregrinos, no exigen un milagro de tan alto jaéz como la resurrección formal, pudiendo explicarse sin necesidad de suponer en ellos verdadera muerte.

No siempre el éxtasis es operación divina; podrá ser á veces natural y también diabólica. No viene á nuestro propósito entretener el discurso en estos dos géneros que más adelante se tratarán. Limitándonos por ahora al natural, compendiemos las diferencias que median entre él y el místico. En el arrobo ó amortecimiento natural, quien desfallece es el hombre perdida la sensibilidad y el uso de la razón; en el místico el alma es quien queda absorta usando de sus potencias espirituales divinamente, porque á la viveza de la contemplación síguese el fijarse de las facultades intelectuales en el atractivo del bien infinito que contemplan, y embebecida el alma en la dulcedumbre de la unión, siéntese con menos virtud para influir en las potencias sensitivas, según aquella ley psicológica, que mientras es mayor la intensidad ejercitada por las facultades intelectuales, menor es la que puede gastar en los órganos y nervios de la sensibilidad. Además, en los desvanecimientos naturales tiene el alma embargadas sus potencias superiores y sólo la imaginativa vuela por devaneos fugaces; no así en los transportes divinos, que cuanto más altos son, más altas inteligencias procuran al alma y más vivos encendimientos en el espíritu. En los éxtasis naturales no queda en la memoria del paciente rastro de lo que pasó; en los místicos guarda vivo y perdurable recuerdo de las cosas contempladas, y si á veces no pueden ser referidas las cosas que se vieron ú oyeron, no es por falta de memoria, sino por ser ellas tan remontadas que no hay forma de relatarlas, como de sí dice San Pablo [1] y lo confiesa la mística Doctora. [2] En los éxtasis naturales la flaqueza del cuerpo postra las fuerzas del espíritu; en los místicos la intensidad del espíritu derrueca los bríos del cuerpo. En los naturales el pensamiento se ceba en frívolas imágenes y en alucinaciones destrabadas y pueriles; en los místicos las facultades superiores se apacientan con sublimes conceptos y se explayan en vistas y hablas de inefable grandeza. Los naturales provienen de flaqueza corporal, de suma sensibilidad, de enfermedad nerviosa, de estudio intenso; los místicos sobrevienen con frecuencia sin causa precedente, sin meditación anterior, y cuando precedió consideración ó afecto devoto, las luces amanecidas son del todo sobrenaturales y de ninguna manera debidas á humano esfuerzo. En el éxtasis natural, la concentración es vaporosa, pasiva, en cosas triviales é indiferentes; en el místico es enérgica, profunda en cosas santas y no imaginadas ni sentidas. El natural produce fatiga, flaqueza, tedio, pesadumbre, necesidad de descanso; el místico ni cansa ni desazona, y si á veces causa molimiento corporal, en cambio cesa luego, y queda grande ánimo, fervor y fortaleza. En el natural no bastan gritos ni violencias para tornar en sí al extático; en el místico una sola voz de la obediencia es poderosa para despertar al adormecido que había sido de piedra á las violencias extrañas. El natural va sujeto á períodos y á curso determinados; el místico no sigue ley ni períodos aunque bien puede asaltar en días señalados por la Iglesia para la celebración de especiales misterios, ó en la oración, ó

---

1 *Moradas sextas*, cap. V.
2 *Cántico espiritual*, canción XIII.
3 *La mystique divine*, 1879, t. II, chap. XIX, § V.

1 II. Cor. XII, 4.
2 *Moradas sextas*, cap. IV.

después de comulgar, ó á una santa palabra, ó en cualquiera ocupación. El natural á veces degenera en morbosidad ó es síntoma de ella, ó produce gran molestia; el místico, ya que en su decurso á veces cause grandes bascas, terminado da alivio y destierra todo resabio de flaqueza y deja el cuerpo en gran quietud. El natural suele ir acompañado de vanidad, liviandad, bobería, desaseo, inconveniencia; el místico pasa con sumo decoro y compostura en el cuerpo, con alegría de rostro, con palabras celestiales si las usa, y después de pasado se nota en el extático vergüenza, confusión y cosas edificantes. Infinito se haría el discurso si hubiesen de notarse todas las diferencias; volveremos sobre ellas más adelante: [1] todas reunidas denotan ser sobrenatural y divino el éxtasis de los contemplativos y milagroso por soberana manera.

Sin embargo, si se atiende á la abstracción mental y al efecto que en el cuerpo resulta, *no debe decirse que cuanto á la substancia traspase el orden de la gracia que se da para tales pensamientos, mas solamente cuanto al modo,* como enseña Benedicto XIV, haciendo propia suya la decisión del Padre Baldello; [2] por motivo de una firmeza tal de atención que arrebate todas las fuerzas del alma, la concede á muy pocos la divina Bondad, y en todo caso según las disposiciones de cada uno. Mas si el éxtasis va acompañado de accidentes extraordinarios, como bañarse de resplandor el semblante, iluminarse los vestidos, levantarse el cuerpo del suelo, quedar suspenso en los aires, y semejantes, la índole de estos accidentes traspasa el orden natural y califica el éxtasis de verdadero milagro cuanto á la substancia.

Mas como quiera que sea, el éxtasis pesa y cuenta poco en los procesos de beatificación, la cual demanda virtudes y milagros personales. Siervos de Dios han sido canonizados por la Iglesia que nunca fueron extáticos, y muchos extáticos, á quienes faltaban los dichos requisitos, quedaron sin los honores del culto. Porque fuera de ser dificultosa empresa calificar un éxtasis místico y diferenciarle del natural y diabólico, pudiendo además ser artificial y provocado, como el hipnotismo é histerismo nos enseñan, y así es poca toda la humana prudencia para estimar su valor debidamente en ciertas circunstancias; mas por ser dón gratúito de Dios, cuando es verdaderamente divino, y porque no marca por sí la santidad del que le experimenta, la Iglesia nuestra Madre, aunque mucho cuidado ponga en aplicar las reglas dadas sobre este particular, [1] no procede á examinar un éxtasis sin primero pasar los ojos muy de asiento por las virtudes y milagros, que son los que con más excelencia y propiedad demuestran á los ojos de los fieles la santidad heróica del siervo de Dios.

Hemos dado hasta aquí una sucinta idea del éxtasis religioso, tomando por guías los maestros y doctores de teología mística, grandes conocedores teóricos y prácticos de tan excelente carisma. Bajemos á oir el parecer de la gente lega. La *ciencia* contemporánea hace grandes espantos y da voces como furiosa contra los éxtasis de los místicos. Oigamos algunas. M. Lemoine: *El éxtasis es un ramo de locura.*—[2] A. Maury: *El éxtasis, sea cual fuere su causa, debe mirarse como un estado mórbido, menos exaltado que la enajenación mental, pero con todos los caracteres de una enfermedad.* [3]—El Dr. Morel: *El éxtasis y la catalepsia son situaciones neuropáticas que se reducen por una parte á la historia de las locuras epidémicas, y por otra á ciertos estados neuropáticos, como el histérico, no menos que á ciertas afecciones cerebrales idiopáticas ó simpáticas.* [4]—Eugenio Sue: *Los éxtasis de Santa Teresa eran resultas de excesos nerviosos y eróticos.*—M. Bartolomé Saint-Hilaire: *El éxtasis aniquila en el alma la conciencia propia, la noción de la existencia separada, simplificada como ella la formó. En el éxtasis el alma se suicida, y muere por unos instantes.—El éxtasis es un yerro enorme, y un yerro culpable las más veces.*—Mr Jouffroy: *Del estado de contemplación al estado de ensueño (rêve), de alucinación y de éxtasis, sólo hay un paso, paso que todos los místicos dieron.* [5]—

---

[1] Pueden verse muchas otras en SANTO TOMÁS, 2.ª 2.ae, q. CLXXV, a. 2. —SUAREZ, *De Relig.*, lib. II, cap. XV —ALVAREZ DE PAZ. *De Gradib. contempl.*, lib. V, p. III, cap. VIII.—EZQUERRA, *Luc. myst*, Tract. V, n. 216 —SANTA TERESA, *Moradas sextas.* cap IV.—*Moradas Septimas*, cap. III.—*Vida.* cap. XX. —SCARAMELLI, *Dirett. mist.* § 606, Schol. III.—SAN JUAN DE LA CRUZ, *Subida del Carmelo*, lib. III, cap. VII.

[2] *De Servor Dei beatific.*, lib. III, cap. XLIX.

[1] BENEDICTO XIV, *De servor. Dei beatif.* lib. III, cap. LXXIX.

[2] *Du sommeil*, 1855.

[3] *Le sommeil et les rêves*, 1865.

[4] *Traité des maladies mentales*, 1855.

[5] *Cours de droit naturel.*

M. Cousin: *La vida de éxtasis carece de acción y de pensamiento, es contraria á la razón.*—M. Cabanis: *Las catalepsias, los éxtasis y todos los paroxismos de exaltación..... proceden por lo común de espasmos histéricos.* [1] —El Dr. Azam hablando de la catalepsia, y después de explicar por el estado cataléptico los éxtasis de los faquires, dice así: *Traigamos á la memoria los éxtasis de Santa Teresa, de los convulsionarios de San Medardo, de los proscritos de Cevennes.* [2]

A la vocería de éstos y de otros resabidos racionalistas tenemos hechos los oidos. Dejémoslos que voceen. El más honroso juicio que de sus voces se puede hacer es pensar que nunca han sabido ni entendido lo que es un éxtasis místico, y cuando ponen nombre de frenesí á lo que ignoran qué cosa sea, toman el título de sandios y de sacrílegos. La ciencia mística es un santuario en que la *ciencia* incrédula no tiene entrada. No parece sino que en Tertuliano y en sus montanistas aprendieron estos escritores el concepto que del éxtasis tienen formado. ¡Qué ignorancia tan crasa, qué malicia tan diabólica, qué desenfreno tan brutal descubre Eugenio Pelletan en su *¿Ha muerto Dios?* [3] cuando habla de la Beata Margarita Alacoque! y Emilio Zola en su *Lourdes* [4] cuando pinta las visiones de Bernardeta! Aplazamos el debate para el libro siguiente.

ARTÍCULO IV.

Enfermedades místicas.—Llagas corporales que provienen de los éxtasis.—Heridas en el corazon.—Trueque de corazones.—Perfección de sentidos.—Olores místicos.—Licores balsamicos.—Rayos y luces.—Ayunos de los contemplativos.—Vuelos corpóreos.—Grandeza de estos prodigios.—La profecía.—Instinto profético.—Qué parte puede tener el demonio en las predicciones.

Los trasportes amorosos causan en las almas justas encendimientos interiores que se traspasan no pocas veces al cuerpo y caldean el corazón y miembros extremos. Santa Brígida no sentía el frío glacial de Suecia, San Estanislao de Kostka había menester que le humedeciesen á menudo el pecho con paños de agua fria, San Javier echábase agua á los pechos que le templase los ardores de amor, San Francisco de Asís aplicó la mano á un compañero que se helaba de frio y dejóle todo ardiendo, Santa Magdalena de Pazzis usaba de baños friísimos para acabar con el fuego interior que la abrasaba, San Pedro de Alcántara se arrojó en un estanque helado y púsole hirviendo, el Beato Nicolás Factor calentaba en invierno el agua fría con su contacto, Santa Catalina de Génova y San Felipe Neri sentían arder como brasas sus corazones dentro del pecho. Estas manifestaciones se explican bien por el fuego venido del cielo que abrasaba sus almas con incendios de amor; porque siendo el corazón asiento de los afectos, como los modernos fisiólogos lo confiesan, [1] es muy consiguiente que donde más arde el afecto, más fuego prenda en el corazón, y la sangre circule más ardorosa, y el calor y movimiento influyan con más eficacia en todo el organismo. Mas ¿cómo no se abrasaban y consumían los órganos? ¿Por qué no todos los amantes divinos experimentaron síntomas de calentura? ¿Cómo llegaron los dichos á edad avanzada sin que con tan raros abrasamientos viniese á quebrar notablemente su salud? No es facil á la fisiología explicar la rareza de estos fenómenos.

Mucho más dificultosas le serán las enfermedades místicas, no precisamente aquellos raudales de lágrimas que nunca paraban en la Beata Margarita de Hungría, en San Alonso Rodríguez, en Santa Magdalena de Pazzis, en San Ignacio de Loyola, en Santa Genoveva, en Santa Isabel de Hungría y en otros varones perfectos heridos de vivísima contrición por las culpas propias ó ajenas, ó por los dolores de Cristo crucificado, sin menoscabo de la vista, sin daño de la salud, viviendo larguísimos años; sino aquellos espantosos desórdenes producidos en el organismo sin causa natural bastante. Santa Adegunda suplicó al Señor que la diese una enfermedad, y al punto sintióse acometida de un cáncer horrible; Santa Coleta, en la víspera de algún mártir, experimentaba en sí los rigores de su martirio; Santa Francisca romana, contemplando las llagas de Cristo crucificado, no podía valerse de pies y manos por el vivo dolor que le daba; Santa

---

[1] Citados por el P. Bonniot, *Le miracle*. livre II, chap. II.
[2] *Hypnotisme, Double conscience*, 1887, pág. 40.—Calmeil, *De la folie*. 1845.
[3] Trad. de F. Agramonte, 1888, § XIII.
[4] 1894. p. 105.

[1] Claudio Bernard, *Leçons sur les propriétés des tissus vivants*, p. 459.—Steinmetz *Physiologie chrétienne*, V leçon.

Liduwina, por más de treinta años, fué un retablo de males extrañísimos, roimiento de entrañas, fuego en los brazos, rabioso dolor de muelas, hinchazón de la lengua, esquinencia crónica, hemorragia por ojos y oídos, parálisis en pies y piernas, sin que tanto cúmulo de enfermedades le estorbasen las estaciones devotas que hacía, clavada en la cama, por los Santos Lugares, y quedando su cuerpo con la muerte, de bellísimo aspecto, sin llagas, con notable resplandor.

Para mayor declaración de este punto, traigamos el ejemplo de San Alonso Rodríguez, que cuenta como sigue lo que en la oración le pasaba: *Mas le aconteció*, dice, *á esta persona que le parece sería por espacio de diez años, que habiendo tenido los años atrás, que serían como ocho ó diez, grande entrada en la oración, después se mudaron los tiempos de tal suerte, que á la oración de la mañana luego que se arrodillaba sobrevenía sobre ella una cierta enfermedad, y tal y tan grande é incógnita, ó tentación que le daba gran trabajo; la cual era que todo su interior y exterior del cuerpo venía todo en un punto, empezando la oración, á hinchársele por de dentro y de fuera en tan grande mal de enfermedad y tormento y pesadumbre, que le apretaba tanto que le parecía que con poco más se le acabara la vida... Lo cual le costaba gran trabajo, porque cuanto más porfiaba y perseveraba, más crecía en él el trabajo, hasta que ya como casi muerto del tormento, del cual todo como una sopa estaba empapado en lo interior de las entrañas y en lo exterior de fuera, y áun con tan grande trabajo estando de rodillas, se dejaba caer en tierra de pura flaqueza y desmayo del cuerpo; y allí se estaba tendido casi muerto, porfiando como podía, hasta que se le acababa la hora de oración. Después de acabada la hora de oración se levantaba, y apenas sentía trabajos, antes entre día era muy visitado de Dios.* ¿Podía naturalmente acaecer que una súbita alteración de humores, á hora determinada, sin causa precedente, ocasionando bascas mortales y embotando las potencias al paciente, así, de súbito, y tan por el cabo cesase, sin dejar memoria de sí en todo el curso del día, y que se produjese este fenómeno por espacio de varios años continuos, sin que sepamos por qué motivo pasó? No queremos decir que fuese obra de Dios; también podía ser vejación del enemigo infernal que de todas maneras acosaba al santo Hermano. Quédense á la consideración de los médicos casos tan maravillosos.

También lo son las llagas, heridas, marcas que se les imprimían á los Santos contemplativos, en manos, pies, costado, pecho, espalda, cabeza, en donde les quedaban á veces grabadas las señales dolorosas correspondientes á las heridas que padecía en su sacratísima humanidad el adorable Jesús. No siempre eran visibles, en muchos casos pasaban sólo en el interior del alma las impresiones de dolor. Muy notables fueron, sin duda, en San Francisco de Asís, en Santa Catalina de Sena, en Santa Magdalena de Pazzis, en Santa Liduwina, en la Beata Lucía de Narni, en Santa Catalina de Ricci, en la Beata Cristina de Stommeln; en unos, á petición de ellos, desaparecieron de la superficie corpórea, en otros se descubrían en ciertos días del año, ora con derramamiento de sangre, ora con sanguínea congestión, sin atravesar la piel. Á veces se han visto almas contemplativas (Santa Lutgardis, Santa Margarita de Cortona, la Beata Cristina de Stommeln), sudar sangre por los poros del cuerpo estando en oración; aunque este efecto podía bien ser natural, como le pareció á Benedicto XIV. [1] Otros recibían en sus cuerpos azotes por mano invisible (Beata Verónica de Binasco), tormentos en los miembros (Santa Coleta, Beata Magdalena de Panatesi, Beata Catalina Tomás), señales de los instrumentos en la frente, en el corazón, en el pecho (San Francisco de Asís, Beato Enrique Susón, Beata Clara de Montefalcó).

No aseguramos que los trescientos veinte casos de estigmatización, discutidos por el Dr. Antonio Imbert, [2] catedrático de medicina hace treinta y seis años, sean todos, históricamente hablando, exentos de sospecha real; pero el hecho de la estigmatización en su conjunto histórico no puede sin grave temeridad negarse ni atribuirse á fraude ó á maleficio diabólico.

De lo hasta aquí apuntado se colige que la contemplación de la sagrada Pasión causa, veces hay, en las almas heridas profundas que trascienden á los cuerpos con demostraciones sensibles y lasti-

---

[1] *De Serv. Dei Beatif.*, lib. IV. p. 1, cap. XXVI, n. 7.

[2] *La stigmatization, l' extase divine et les miracles de Lourdes*, 1894, vol. I.

mosas. Los racionalistas, obstinados en negar toda huella de cosa sobrenatural, y puestos en explicar por leyes naturales los prodigios de los Santos, quieren que la energía del alma sea muy suficiente por sí á dejar figuradas en los miembros las llagas y heridas sobredichas. A dos causas suelen atribuirlas; á la excesiva compasión, y al vehemente deseo de crucificarse el alma con Cristo. Que estas causas no basten es más que cierto, si no interviene virtud superior. Porque nadie negará que muchísimos santos y santas se sintieron vivamente estremecidos en lo más íntimo del alma contemplando los dolores y afrentas de Jesucristo en su sacratísima Pasión, sin que el afecto subido que los impresionaba dejase en el cuerpo señal ni efecto sensible. Ni tampoco basta lo segundo que alegan; por más que muchos contemplativos ardieran en vivísimas ansias de crucificarse y de morir con Cristo crucificado, y á pesar de no haber tenido intención de tales llagas, unos las recibieron contra su voluntad, otros que las quisieran nunca pudieron lograrlas sino hechizas y contrahechas. Luego ¿qué parte tiene el alma en la obra de la mística estigmatización? El escritor Görres que así aboga por los racionalistas defiende un pleito perdido. [1]

San Alonso Rodríguez contemplando la Pasión de Cristo, con la luz y calor que en su alma encendía la vista de sus tormentos, entreteníase despacio saboreando los extremos de amor que hizo el Redentor de los hombres para rescatarnos del pecado, y penetrando en lo más secreto del divino corazón le veía crucificado y ensangrentado, y pidiéndole en retorno su amor. Engolfado el Santo en la sublimidad de tantas finezas, quedábase gozando del bien que Dios le comunicaba. Herida su alma con los rayos del amor *la metía el Señor*, dice, *dentro de su corazón, á donde la comunicaba grandes cosas de su pasión y de los muchos grandes trabajos que por ella pasaba... dándole á sentir en sí mismo en el alma y en el cuerpo de sus trabajos, de manera que desde los pies hasta la cabeza se sentía estar crucificada esta persona con Cristo, comunicándola allí parte de sus trabajos, y sintiéndolos ella en sí mesma.* [2] El interior de San Alonso era como un gran teatro donde se representaban los pasos dolorosos de la sacrosanta Pasión, y vuelto en sí veíase sumido en un mar de angustias, quebrantado el cuerpo y dolorido cual si las espinas, azotes y clavos hubiesen realmente hecho su oficio en los miembros. En otra parte dice: *Dale á ella el Señor á sentir en sí misma* (á esta persona) *sus trabajos, de manera que desde los pies hasta la cabeza le parece que allá dentro de su corazón le parece que está crucificada y atormentada con Jesús crucificado.* [1] En el tomo XI de sus escritos se leen efectos parecidos y sus ardientes ansias de transformarse en Cristo crucificado.

Sin embargo de todo eso, el santo Hermano careció del favor de las llagas, no fué estigmatizado en los ochenta y siete años que vivió; y parece que si la imaginación y *fuerza plástica*, como dicen, pudiera dirigir los humores á tal ó cual parte del cuerpo y engendrar fluxiones y congestiones, el bendito Alonso, que toda la vida pasó en contemplación mística, había de ser de los más llagados. Ni repliquen los racionalistas que las llagas tienen relación con el histerismo, porque aunque este achaque tenga á veces lugar en los hombres, basta leer á San Buenaventura y á Raimundo de Capua, cómo le fueron dadas estas hondas impresiones á San Francisco y á Santa Catalina de Sena, para entender cuán sin fundamento ni sombra de razón apelan los adversarios al histerismo y á causa natural, como más adelante largamente se dirá. El hecho es que en unos santos vemos los pies y manos totalmente heridos, en otros el corazón traspasado con dardo ó lanza, en otros las señales relumbran con vivísima claridad, en otros duran impresas hasta la muerte; en fin, *hacer las aberturas en la carne por defuera, el amor que estaba dentro no lo podía por sí.* [2] Así la imaginación por vehemente y exaltada que esté, no es capaz de marcar el cuerpo con impresiones sangrientas, tales como por la historia conocemos. Es gracia singularísima concedida á tan pocas personas, que apenas llega á setenta el número de los verdaderamente estigmatizados, contando hombres y mujeres.

Entre las maravillas de la mística di-

---

[1] *Mystique divine*, livre IV, chap. XVII.
[2] *Memoria*, n. 3.

[1] E fol. 62.
[2] De faire les ouvertures en la chair par dehors, l'amour qui estoit dedans ne le pouvoit pas bonnement faire.—S. FRANCISCO DE SALES, *Traité de l'amour de Dieu*, livre VI, chap. XV.

vina resplandecen las operaciones físicas obradas por Dios en los corazones de sus grandes siervos. El corazón es el órgano del amor, y no es mucho que hombres tan abrasados de amor divino experimentasen notables efectos en esta parte vital. Del santo Hermano Alonso Rodríguez leemos de su puño y letra: *Le aconteció á esta persona estando un día rezando el Rosario de Nuestra Señora, que vió súbitamente en espíritu cómo nuestra Señora y su bendito Hijo vinieron á él, y el Hijo venía al lado derecho de la Madre, y al izquierdo de esta persona; y el Hijo bendito se aposentó dentro del corazón de esta persona, y la Virgen traía otro corazón consigo, y se lo puso al otro lado derecho y se metió dentro de él; de condición que dentro de esta persona se aposentaron con tan grande presencia suya sensible, que hasta agora le dura amenudo sin poder olvidar el sentirlos en sí mesmo, con haber más de doce años que le aconteció.* Esto escribía el Hermano en 1604. Más adelante en 1618 (25 de Enero) el Padre Torrens su confesor dió testimonio del mismo suceso; [1] y dice que preguntado el Hermano si experimentaba sensiblemente ó con la sola imaginación la presencia de sus Amores, Jesús y María, respondía que sensiblemente. En 1613 añadía el santo Hermano: *hasta ahora le dura la merced de sentir esta presencia dentro de sí, y muchas veces fuera de sí al lado del corazón á Jesús, y al otro lado á su Santísima Madre con amor grande.* [2]

Algunas almas privilegiadas sintieron en sí una extraña operación dentro de la cavidad torácica, como si después de arrobamientos dulcísimos, les hubieran arrancado el corazón y puesto otro nuevo en su lugar (Santa Gertrudis, Santa Catalina de Ricci, Santa Magdalena de Pazzis, Santa Juana de Valois); otras con más admirables efectos conocieron por experiencia que no tenían corazón, por habérsele quitado su divino Esposo Jesús (Beata Hosanna de Mantua, Santa Catalina de Racconigi), y en señal de tan raro prodigio quedábales ó dolor intensísimo, ó llaga en aquella parte del lado izquierdo. Santa Catalina de Sena no reparaba en decir, después de una visita celestial de Cristo Nuestro Señor, que vivía sin corazón y que le faltaba en el pecho esta preciosa entraña, hasta que en otra visita y aparición recibida algún tiempo después del mismo Cristo, le fué restituído el corazón, quedándole una notable cicatriz. San Miguel de los Santos fué regalado con el Corazón de Cristo en lugar del suyo propio, y en el trueque de corazones sintió llamas encendidísimas del divino amor. Estos hechos referidos por autores dignos de todo crédito y examinados con tiento por la Congregación romana, contienen maravillas inexplicables y de suma veneración.

Falta ahora saber si la renovación del corazón de estos Santos y la substitución del corazón de Jesucristo en lugar del suyo fué operación física, ó solamente mística y simbólica. Que se operó algún efecto físico no puede ponerlo en duda quien considere las cicatrices, aberturas, dolores, que sensiblemente les quedaban en el cuerpo. Si el hecho físico llegó al extremo de poner Cristo su propio corazón en el lugar del corazón de sus siervos, no es cosa tan averiguada. Dos explicaciones son aquí aceptables: la una es que la transformación fuese mística y espiritual, de suerte que sin moverse el corazón de su lugar el Señor le diera la configuración y la sensibilidad de afectos tal, que pareciese en un todo semejante al suyo; la otra es que el Salvador efectivamente les arrancase con sus divinas manos este órgano, y después de darle la semejanza conveniente y hacerle como el suyo, le devolviese á su lugar. De esta manera ó sea que se admita una transformación interior ó una transformación exterior, sin necesidad de que Cristo se desposeyese de su corazón divino, podía tener lugar la renovación dicha, que es de lo más estupendo que en hechos místicos puede imaginarse.

Es la vida de los Santos teatro de raras transformaciones. Sus cuerpos animados por almas endiosadas, venían á poseer índole semejante á la sutileza de los espíritus. Los sentidos alcanzaban virtud asombrosa. A veces veían personas puestas á cinco leguas de distancia (Beata Margarita de Yprés, Beata Catalina Tomás), otras divisaban semblante negro y disforme en hombres pecadores (San José de Cupertino), otras descubrían en la hostia consagrada la forma de un niño resplandeciente y majestuoso (San Alonso Rodriguez, Beata Lucía de Narni), otras percibían concierto de voces celestiales (San Severino de Colonia, Beato Davan-

[1] *Memoria*, A. p. 230.   [2] A. 149.

zato), ó con el olfato conocían por el rastro las virtudes y los vicios de los presentes (San Felipe Neri, San Hilarión, San José de Cupertino, Santa Brígida), ó gozaban de dulzura incomparable en la lengua al recibir la comunión (Santa Margarita de Cortona, Santa Angela de Foligno), ó con el tacto distinguían las reliquias y cosas bendecidas (Venerable Ana Emmerich), ó poseían una voz tan poderosa que se dejaba oir claramente de personas muy distantes (San Antonio de Padua, San Vicente Ferrer).

Es difícil dar explicación natural de estos raros fenómenos. Porque según ley del humano organismo tienen los sentidos su limitada jurisdicción, y mediante ellos ejercita el hombre los actos de las potencias sensitivas. Ninguna fuerza oculta ni potencia reside en el hombre, fuera de los cinco sentidos, que le dé noticia de las cosas exteriores. De donde el hombre que ve, oye, gusta, toca, huele cosas que pasan los límites de cada sentido, debemos decir que percibe y siente por vía extraordinaria, providencial y milagrosa. En muchos de los casos citados podría acontecer la maravilla por alteración del órgano corpóreo, como dice el P. Alvarez de Paz [1] y no lo desestima Suárez, [2] causando Dios en el cuerpo la sensación que produciría el objeto si se hallase presente. Además lo que puede un alma, esforzada por Dios y rebosando vida divina, supera nuestro concepto; [3] mas siempre queda que semejantes operaciones salen del todo de la esfera natural.

Lejos de ella también están los olores finísimos que despedían los Santos, como San Felipe Neri, Santa Martina, Santa Catalina de Ricci, la Beata Lucía de Narni, la Beata Cristina de Stommeln, cual si nadaran sus cuerpos en un baño de gloria, con que recreaban el olfato de los circunstantes, sin que la ascosidad de sus dolencias fuera parte para contrarestar la suavidad de la fragancia (San Juan de la Cruz, Santa Liduwina). Mayormente no tienen comparación los aromas balsámicos que echaban de sí sus cadáveres (Santa Teresa, San Juan Berchmans, San Pedro de Alcántara, Santa Rosa de Lima, Santa Isabel de Portugal), y áun sus huesos á la vuelta de largos años, pegándose la suavidad á los lienzos, papeles, paredes, muebles que hubiesen tocado en vida. El que se obstine y ose negarlo, tenga paciencia y revuelva la obra de los Padres Bolandistas, y para juzgar con conocimiento de causa lea las vidas de los Santos Francisco de Paula, Tomás de Aquino, Teresa, Cayetano, Ignacio de Loyola, Rosa de Viterbo, Luis Bertrán, José de Cupertino, Tomás de Villanueva, Juan de Sahagún, Raimundo de Peñafort. [1]

Parécele á Görres [2] que tan peregrinos olores son producto del organismo. Según este escritor, el cuerpo humano, vaso de mil venenos, sentina de hedor insoportable, no solamente no hiede, sino que infunde dulce y suavísimo deleite con los efluvios que exhala, como si fuese virtud natural del cadáver transformar sus gases fétidos y corrompidos en perfumes del paraíso. Donosa química la de Görres, que hace perpetuas las delicias de sus productos. También será natural, según eso, la virtud que contienen estas emanaciones para curar súbitamente á los que las perciben; y natural la gracia de convertir almas, que á veces estuvo vinculada á la percepción de dichos olores (Santa Catalina de Bolonia, Santa Teresa de Jesús); y natural en fin la duración secular de estos efectos. Más conforme á razón parece pensar que pues los Santos fueron el buen olor de Cristo esparcido por doquier, á sus miembros concedió el Señor la facultad de impresionar blandamente las potencias y sentidos de los mortales, en testimonio de la virtud de sus merecimientos.

1 *De Grad. Contempl.*, lib. V, p. III, cap. X.
2 *De Angelis*, lib. IV, cap. XXXIII.
3 Sto. Tomás, 1.ª 2.ae q. XXIV, a. 3.

1 No es nuestra intención desvirtuar las experiencias del Dr. Homonond, dirigidas á la Sociedad neurológica americana. En *El Siglo Médico* (t. XXV, p. 443) el doctor Serret las resume diciendo: «Habla primero la historia de una señora histérica que durante sus accesos exhalaba un olor agradable, que recordaba el de la violeta, mas esto sólo ocurría en la mitad izquierda y anterior del tórax, yendo acompañado de una traspiración abundante en este punto. El olor se percibía á algunos pies de distancia, y desaparecía por completo en el intervalo de los ataques. El examen químico de este sudor odorífico reveló la presencia de un éter butírico. Otro caso se refiere á un joven que padecía de corea y cuyo sudor adquirió un olor de ananá. En otro, el mismo olor, pero sólo se percibía durante los accesos de cólera. El autor cita también el caso de un hipocondriaco que exhalaba un olor de violetas en ciertos momentos. Los hechos que preceden no se han explicado hasta el día, habiéndose contentado con atribuirlos vagamente á un desorden nervioso; por lo cual nos limitamos á consignarlos.» — La opinión del Dr. Homonond, áun dando entera fe á sus observaciones, es ineficaz para dar cuenta cabal de las fragancias místicas.
2 *Mystique divine*, livre III, chap. IV.

Por otro camino lleva el Dr. Mantegazza las fragancias aromáticas de los cuerpos santos. Báñase en agua de azahar cuando dice: *Nuestro cutis en los paroxismos de terror, de amor, de coraje exhala olores particulares, y no es de maravillar que algunos santos esparciesen suavísima y viva fragancia.* [1] Conforme á este dictamen, los santos, cuyos cuerpos vaporearon con la gracia de los aromas, eran neuropáticos ó siquiera de constitución neurótica; circunstancia que jamás demostraran los enemigos de la mística cristiana. Y cuando la hayan demostrado fáltales probar que un tumor, un cáncer, una llaga profunda, un cadáver en vez de arrojar desapacible fetidez, regale el olfato con la suavidad de un exquisito aroma, y esto merced á la habilidad natural del sistema nervioso; aserto que ofende al sentido común.

Al par de los olores van los ungüentos y licores experimentados en no pocas reliquias de Santos, en forma de sudor, de sangre, aceite, leche, bálsamo y diversidad de materias olorosas. Algunos sepulcros son fuentes manantiales de salud por los arroyos de riquísimo líquido, que de los huesos áridos y seculares se han rezumado (San Andrés, San Mateo, San Nicolás de Mira, Santa Teresa, Santa Valburga, San Angelo, Santa Cándida, Santa Eduwigis). Cómo Görres pudo tener estos productos por consecuencias del régimen vegetal que seguían en su vida los Santos, apenas se creería si no lo viéramos impreso. [2] Huesos secos y exentos de humedad, que donde quiera que se guarden lanzan de sí la misma suerte de destilación, no puede afirmarse que sea por virtud natural. Y pues nunca se vió que la sepultura, el embalsamamiento, el artificio humano, la índole de los huesos produzca tan raros fenómenos, milagrosa es la tal emanación.

¿Qué diremos de los rayos de luz que enviaban de sí los Santos en ciertas ocasiones? Santa Zita procuraba ocultarse á tener oración en los rincones de su casa, y los resplandores que la cercaban descubrían su presencia. San Francisco de Borja parecía en su recogimiento una lumbrera viva. San Andrés Avelino con la luz que despedía, guiaba los pasos de sus compañeros en noche cerrada, Santa Inés encandiló con sus fulgores á los libertinos del lugar infame, Santa Bárbara mostró su cuerpo vestido de resplandor á los ojos de los paganos, las pupilas de San Filiberto brillaban como dos astros, las manos de Santa Genoveva destellaban llamas como antorchas, San Felipe Neri asombró con la lumbre de sus dedos la atención del arzobispo de Ragusa, á Santa Coleta le salían de la boca borbollones de vivísima claridad, á San Alonso Rodriguez le vieron en los ojos llamas de gran resplandor después de comulgar; en fin, *si se hubieran de contar los rayos, resplandores y luces que fueron vistos en los cuerpos de los Santos y que se ponen en el número de los milagros, no hay ceros para sumarlos,* dice Benedicto XIV. [1] Obra era de la mano de Dios, que los seráficos ardores que abrasaban las almas reverberasen por los cuerpos y saliesen al exterior á ilustrar la presencia del Espíritu divino en sus escogidos. El alma influye en el cuerpo naturalmente y le comunica parte de su facultad, el cuerpo la recibe tanto más limitada y toscamente cuanto el alma posee sentimientos más terrenos y bajos; pero por más que el alma señoree los sentidos y los honre con la pureza de sus virtudes, jamás llegará á iluminarlos y esclarecerlos con verdaderos raudales de luz, si el Señor no se lo da, ó si no produce en los ojos de los presentes impresiones de claridad.

Es ley fisiológica, que los cuerpos organizados con el uso y ejercicio menoscaben sus fuerzas, y necesiten alimento para repararlas: asimilación y desasimilación son funciones indispensables de la vida. En la de los Santos vemos esta ley dispensada por abstinencias extrañas. Señaláronse por riguroso ayuno de cuarenta días, San Simeón Estilita, Santa Coleta, San Dalmasio, Santa Isabel, ayunando á imitación del divino Salvador cuaresmas enteras sin pasar alimento. San Pedro de Alcántara le tomaba cada tercer día, San Elpidio domingos y jueves, San Eutimio cada domingo, la Beata Catalina Tomás pasaba largos días sin probar bocado. No es esto lo más raro. A las almas escogidas el divino Esposo sentábalas á su mesa, servíales el plato de su divinidad y humanidad, y el solo pan eucarísti-

[1] *Estasi umane*, p. 237. [2] *Mystique divine*, ibid.

[1] *De serv. Dei Beatif.* lib. IV, p. I, cap. XXVI.

co érales sustento y esfuerzo. Santa Catalina de Sena con la sola comunión tenía sobrado para toda la cuaresma y tiempo pascual, Santa Rosa de Lima quedaba tan harta después de comulgar que sin gran repugnancia no admitía alimento, el Beato Nicolás Factor vivió largo tiempo de solas comuniones.

Los enemigos del milagro harán aquí lista larga de ayunantes y abstinentes que vivieron temporadas sin un adarme de comida y no lo pasaban mal, y colegirán que la abstinencia prolongada es cosa notoria en los anales de la medicina. El Padre Nieremberg, en prueba de que sin alimento pueden algunos sustentar la vida muchos años, trae notables historias y copia de autoridades. [1] Mas no canten victoria tan presto los enemigos, porque en los Santos la abstinencia no era resultado de enfermedad, la sagrada comunión era suplemento de toda otra materia alimenticia, por manera que en no comulgando caían en una gran postración de fuerzas corporales, argumento claro que el ayuno salía de las leyes ordinarias, y andaba acompañado de una asistencia especial del divino poder.

Otro tanto deberán confesar de las continuas vigilias que leemos en las vidas de los Santos. Quién pasaba de claro en claro veinte días con sus noches (San Macario), quién apenas pegaba los ojos una hora en toda la semana (Santa Coleta, Santa Catalina de Ricci), quién cabeceó hora y media cada noche por espacio de cuarenta años (San Pedro de Alcántara), quién vivió ochenta años en continuo insomnio (Beata Agueda de la Cruz): no perdían el vigor ni la lozanía de sus carnes estos Santos á vueltas de sus vigilias, y no es posible perder el sueño por largo tiempo sin contraer enfermedad y sin sucumbir á la corta ó á la larga. ¿Cuál de los dos milagros es mayor, pasar sin comer, ó pasar sin dormir?

La ley de la gravedad fuerza á los cuerpos á descender por la vertical mientras no lo estorbe otra resultante más poderosa. Ningún cuerpo humano está exento de esta ley, á causa de su peso específico. En el salto, en la carrera, en el trepar por una peña, en el subir por una escalera, puede el esfuerzo del hombre hacer que los miembros venzan la inclinación á bajar, oponiendo fuerza contraria y más pujante; pero el cuerpo de suyo, siendo más denso que el aire, no puede flotar y mucho menos volar por más vitalidad que ostente. Sin embargo, en los Santos se vieron suspensiones en el aire, vuelos y carreras impetuosas por el ambiente sutil; Santa Teresa no tocaba con los pies en el suelo, San Pablo de la Cruz se levantaba por los aires, San Pedro de Alcántara se subía hasta el coro, Santa Coleta desparecía de los ojos por el espacio, el Beato Filipino se cernía sobre las encinas, San José de Cupertino revoloteaba por paredes y bóvedas, Santa Cristina remedaba los vuelos de las aves con pasmosa agilidad.

Estos vuelos arrebataban la admiración de los espectadores, espantados de cómo cuerpos pesados semejasen ligerísimas plumas. No menos espanto causaba San Raimundo de Peñafort partiendo del puerto de Soller (Mallorca) sin más barca que su capa, sin otro timón que el báculo, y haciendo sobre las aguas hasta Barcelona la travesía en solas seis horas. San Jacinto, San Francisco de Paula, San Juan de Mata hicieron parecidas proezas, en presencia de numeroso concurso. Encarecen la grandeza de estos prodigios otros de no menor admiración: aquella sutileza con que un San Raimundo de Peñafort entra á puerta cerrada en el claustro de su convento, y un Santo Domingo penetra en una iglesia estando echada la llave; aquella fortaleza con que una Santa Lucía no puede ser movida de su sitio con maromas ni por muchos pares de bueyes; aquella impasibilidad con que un San Pablo es mordido de víbora sin padecer lesión; aquella seguridad con que un San Antonio de Padua y un San Víctor toman veneno y no sienten los efectos; aquel denuedo con que San Juan Evangelista, San Policarpo, Santa Inés, San Lamberto, San Bonifacio, Santa Cunegunda y otros cien salieron del fuego como de un baño de rosas; aquella entereza con que una Santa Catalina de Sena, un San José de Cupertino, un San Pedro de Alcántara, un San Juan de Dios anduvieron pisando ascuas y metidos entre llamas sin daño de las vestiduras; aquella inopinada presteza con que un San Vicente Ferrer, una Santa Bona de Pisa, un San Luciano se hacían invisibles á los presentes y se mos-

1 *Oculta filosofía*, lib. II, cap. XXIX.

traban á los ojos según su beneplácito. Grandes son estas maravillas, su grandeza dejaba atónitos á los numerosos testigos que las presenciaban. Quien porfíe en negarlas tendrá que luchar con la veracidad de los sentidos, y poner en cuestión la misma existencia de los cuerpos. Admitirlas es profesar que Dios tiene plenaria jurisdicción en las cosas y que á todas las causas se extiende el cuidado de su providencia á honra de sus escogidos, cuando concede á sus cuerpos aquellas disposiciones más adecuadas para substraerlos al influjo de las leyes físicas, y galardonar el amor y gloria que ellos á la divina Majestad procuraron.

Muchas objeciones y réplicas oponen los racionalistas á las cosas en este capítulo indicadas. No siendo éste lugar á propósito para resolverlas, remitámoslas al libro siguiente, donde tendrán su cabal respuesta, y entre tanto pongamos fin á este segundo resumiendo las principales nociones acerca de la profecía, y completando las dadas en el primero. [1]

Profecía, decíamos, es la manifestación de cosas arcanas y misteriosas comunicadas por Dios. Profeta es el hombre que entendiendo ser de Dios las comunicaciones extraordinarias las expresa con palabras ó con signos exteriores. En la profecía concurren dos partes, la del Vidente, que penetra con los ojos del alma la verdad de las cosas ocultas, la del Profeta que anuncia por obra ó de palabra lo que le fué revelado. Anchísimo es el horizonte en que se espacia la vista del profeta. *Mientras más apartadas están las cosas de la humana inteligencia, con más propiedad pertenecen á la profecía.* [2] Tales son los futuros contingentes, á que no da alcance nuestra limitada capacidad por depender de causas indeterminadas y libres. Materia suya son también los secretos del corazón pasados y presentes, ocultos al humano conocimiento. En fin los misterios altísimos inapeables á nuestra corta razón. Síguese de estas definiciones y divisiones no ser profecía la publicación de verdades conocidas por comunicación del demonio, ni la predicción de cosas futuras entendidas de los adivinos por vía natural, y

1 Págs. 8, 286, 310.
2 Tanto aliqua magis ad prophetiam pertinent, quanto longius ab humana cognitione existunt. — SANTO TOMÁS, 2, 2.ae q. LXXI, art. 3.

mucho menos si se anuncian conjeturalmente, aunque después acontezcan; ni son profetas los que por eternizar su fama, por hacerse escuchar con aplauso, ó por otro cualquier interés, se elevan sobre los coturnos de numerosas palabras y pronostican, sin tener razón suficiente, sucesos que tal vez luego se verifican.

Dos condiciones son necesarias en toda predicción verdaderamente profética: la ilustración divina y la infalibilidad del evento; [1] y en todo profeta, que conozca venir de Dios el vaticinio, y que el Espíritu Santo le mueve á notificarle. [2] A la razón de profecía pertenece que la mente del profeta conozca provenirle de Dios la ilustración presente. Por esta causa es la profecía dón sobrenatural y gratuito. Perfecta será la profecía si el hombre, fuera de sentirse movido á declarar su pensamiento, entiende el significado de las figuras representadas; si no alcanza su significación, será profecía imperfecta; pero si demás de ignorar el contenido de las voces no siente el impulso de la inspiración, y predice sin intención dejándose llevar pasivamente de la fuerza superior, entonces será instinto profético, y no verdadera profecía, según lo entiende Santo Tomás siguiendo á San Agustín. [3] A Caifas [4] faltóle el conocimiento, no la divina moción, sintióse movido á decir lo que ignoraba, obrando pasivamente; [5] por esto habló por instinto profético, y no como verdadero profeta. Profetizó no formal, sino materialmente, [6] en cuanto profirió una sentencia profética sin espíritu profético, por no haber caido en que sus palabras contenían un misterio, como sucede al verdadero profeta que no sólo anuncia sentencias de cosas arcanas, pero también las pronuncia por tales, como José, Daniel, Isaías. Púsole Dios á Caifás á pesar de ser simoníaco y malvado, aquellas voces en los labios sin caer él en la cuenta de lo que significaban.

Aquel exceso mental, que en la profecía se contiene, no anubla un punto la serenidad de la razón, ni suelta el freno á

1 SANTO TOMÁS, 2, 2ae, q. CLXXII, art. 2.
2 Ib. q. CLXXIII, art. 4.
3 22, q. CLXXIII, art, 4.—SAN AGUSTÍN, *De Genes. ad litt.* lib. XII, cap. IX, cap. XXII.—SAN GREGORIO MAGNO, lib. XI. *Moral*, cap. XII.
4 Job. X, 50.
5 SAN AGUSTÍN, *De Genes., ad litt.* lib. II, cap. XVII.
6 Non formaliter, sed materialiter.—PEREIRA, In cap. XI. Jo. disp. LXXII.

las potencias poniéndolas furiosas, como erradamente pensó Tertuliano, montanista; [1] el sentirse arrebatado el hombre y fuera de sí de frenético, y hacer visajes y gestos sin echar de ver lo que dice cuando se le calienta la boca, es más bien indicio de divinación diabólica ó señal de gran bellaquería, ó si no de estar demente; mas con todo eso, la verdadera profecía no excluye el embelesamiento y enajenación de sentidos, como acompañe el acuerdo y señorío de la razón.

Además, será la profecía obra de Dios si contiene revelación; no siempre la contiene cuando el hombre habla por instinto profético. Alguna vez sucederá que un varón de Dios se sienta inspirado por moción superior á escribir ó hablar, pero tal vez la costumbre de vaticinar hace que entre las cosas reveladas intercale circunstancias particulares metiéndolas de su propia cosecha, sin que Dios las enmiende ni autorice; en este caso en muchas verdades podrán quedar entreveradas cosas que sean opiniones personales, y áun yerros notables. Así se explica la diversidad y contradicción que en ciertos escritos de revelaciones á veces observamos, como lo significó San Juan de la Cruz por estas formales palabras: *Aunque los dichos y revelaciones sean de Dios, no nos podemos asegurar en ellos, porque nos podemos muy fácilmente engañar en nuestra manera de entenderlos. Porque éstos son abismo y profundidad de espíritu, y quererlos limitar á lo que de ellos entendemos y puede aprender el sentido nuestro, no es más que querer palpar el aire y alguna mota, que encuentra la mano en él, y el aire se va, y no queda nada.* [2] Según esto, hartas veces ha sucedido recibir un Santo de arriba una revelación, y errar en la interpretación é inteligencia de ella. Porque *pueden ser las palabras y visiones de Dios verdaderas y ciertas, y nosotros engañarnos en ellas, por no saber entender alta y principalmente los propósitos y sentidos que Dios en ellas lleva.* En otras ocasiones también acontecerá que el profeta dé á su predicción sentido absoluto, y no le tenga sino condicional; y como el Señor no revele las condiciones en que se deba cumplir su palabra, fuerza es que nazcan de ahí conjeturas aventuradas.

Parte del dón de profecía es la discreción de espíritus, común á muchos Santos, cuando leían en los corazones los íntimos pensamientos y deseos. No es la discreción instinto solamente, sino vista clara que descubre en las almas los movimientos ocultos y el principio que los causa. Así Santa Rosa de Lima, San Felipe Neri, con cabal distinción comprendían las intenciones secretas de las personas que trataban, porque el espíritu de Dios les comunicaba aquella luz, y no la tenían de reflexión ó de ciencia experimental.

La infusión del saber es también de origen celeste. Santa Catalina de Sena, sin aprender y ni siquiera conocer los signos, leía perfectamente y escribía con facilidad; Santa Rosa de Lima era muy niña, y en la escuela de la oración aprendió á escribir y leer correctamente; y son sin cuento los casos parecidos en que Dios concurrió en calidad de maestro. El sapientísimo Salomón ¿por qué vías alcanzó tan grande sabiduría, sino por divina infusión? [1] Santa Ildegardis no sólo poseía el dón de conocer y curar enfermedades, mas también acudían á ella los doctores por consejo en dificultades gravísimas. San Pascual Bailón, San José de Cupertino, Santa Coleta, San Alonso Rodríguez, con ser personas sin letras, respondían soberanamente á puntos de ardua especulación.

Pero es de advertir lo que dice San Juan de la Cruz hablando de estos dones del entendimiento. El demonio en el trato con las almas anda á vueltas, como lobo con piel de oveja entre el ganado, y con la disimulación de este traje cae en la cuenta de muchas cosas que Dios obra en las almas, y trata él con sus embustes de ingerirlas parecidas; con este reclamo lleva fácilmente á la red los pasos de los simples, y piensan ellos, que pues salen las cosas verdad, no serán sino de Dios. Al astuto enemigo le es fácil cosa conocer y antever muchos efectos en sus causas naturales, y dar parte de ellos á los hombres. Visto el estado atmosférico puede prever los temblores de tierra, lluvias, pestes, enfermedades. *¿Qué mucho es que revelando el demonio esto á un alma, diciendo: de aquí á un año y medio habrá pestilencia, que salga verdadero? Y es profecía del demonio... y puede el demonio conocer que*

---

[1] *De Anima*, cap. XLV.
[2] *Subida del monte Carmelo*, lib. II, cap. XIX.

[1] III Reg., IV, 29.

Pedro no puede naturalmente vivir más de tantos años, y decirlo antes: y así otras muchas cosas, y de muchas maneras, que no se pueden acabar de decir por ser intrincadísimas y sutilísimas.

La profecía es un milagro en el orden intelectual. Este dón fué concedido á la Iglesia de Dios [1] y resplandece en las vidas de los Santos canonizados, para honra de los mismos, edificación de los fieles, esplendor de la Iglesia y gloria de Jesucristo, fuente original de todos los milagros.

[1] I Cor., XIV.

